SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, A MARCELINO SOBRE LA CIUDAD DE DIOS CONTRA LOS PAGANOS. Veintidós libros.

LIBRO PRIMERO. Reprende a los paganos que atribuían las calamidades del mundo, y especialmente la reciente devastación de la ciudad de Roma por los godos, a la religión cristiana, que prohíbe el culto a los dioses. Habla de los bienes y males que entonces, como suele suceder, fueron comunes a buenos y malos. Finalmente, refuta la insolencia de aquellos que objetaban la violación del pudor de las mujeres cristianas por los soldados.

PRÓLOGO. Sobre el propósito y argumento de la obra emprendida.

La gloriosísima ciudad de Dios, ya sea en este curso de los tiempos, cuando peregrina entre los impíos viviendo de la fe (Habacuc II, 4), ya sea en la estabilidad de la sede eterna, que ahora espera con paciencia (Romanos VIII, 25), hasta que la justicia se convierta en juicio (Salmo XCIII, 15), y que en adelante alcanzará por la excelencia de la victoria última y la paz perfecta, he asumido defenderla en esta obra que tú has iniciado y que mi promesa me obliga, contra aquellos que prefieren a sus dioses al Creador de ella, hijo queridísimo Marcelino. Es una gran obra y ardua: pero Dios es nuestro ayudador (Salmo LXI, 9). Pues sé con qué fuerzas se necesita trabajar para persuadir a los soberbios de cuánta es la virtud de la humildad, por la cual se logra que todas las cimas terrenales, vacilantes por la movilidad temporal, sean superadas no por la arrogancia humana usurpada, sino por la gracia divina otorgada. Porque el rey y fundador de esta ciudad, de la que hemos comenzado a hablar, en la Escritura reveló a sus pueblos la sentencia de la ley divina, donde se dice: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6; y I Pedro V, 5). Esto mismo que es de Dios, también lo ambiciona el espíritu inflado del alma soberbia, y ama que se le diga en alabanzas: Perdonar a los sometidos y doblegar a los soberbios (Virgilio, Eneida, libro 6, verso 854). Por lo tanto, tampoco debe pasarse en silencio lo que la razón de esta obra emprendida exige decir, y la capacidad permite, sobre la ciudad terrenal, que cuando desea dominar, aunque los pueblos sirvan, el mismo deseo de dominar la domina.

CAPÍTULO PRIMERO.---Sobre los adversarios del nombre de Cristo, a quienes los bárbaros perdonaron en la devastación de la Ciudad por causa de Cristo.

De aquí surgen los enemigos contra los cuales debe defenderse la ciudad de Dios: muchos de los cuales, corrigiendo el error de la impiedad, se convierten en ciudadanos bastante aptos en ella; pero muchos arden en ella con tales fuegos de odio, y son tan ingratos a los manifiestos beneficios de su Redentor, que hoy no moverían sus lenguas contra ella, si no hubieran encontrado, huyendo del hierro hostil, en sus lugares sagrados la vida de la que se enorgullecen. ¿Acaso no son también enemigos del nombre de Cristo aquellos romanos a quienes los bárbaros perdonaron por causa de Cristo? Lo atestiguan los lugares de los mártires y las basílicas de los Apóstoles, que en aquella devastación de la Ciudad recibieron a los suyos y a los extraños que a ellas se refugiaron. Hasta allí se ensañaba el enemigo sangriento; allí se detenía el furor del asesino: allí eran llevados por los enemigos compasivos aquellos a quienes también fuera de esos lugares habían perdonado, para que no cayeran en manos de quienes no tenían la misma misericordia. Sin embargo, incluso aquellos que en otros lugares actuaban con ferocidad y al estilo hostil, cuando llegaban a esos lugares donde se había prohibido lo que en otros lugares era lícito por derecho de guerra, toda la brutalidad de golpear se refrenaba, y el deseo de capturar se quebrantaba. Así escaparon muchos, que ahora critican los tiempos cristianos, y atribuyen a Cristo los males que esa ciudad sufrió: pero no atribuyen a nuestro Cristo los bienes que se hicieron en ellos para que vivieran, por el honor de Cristo, sino a su destino: cuando más bien deberían, si tuvieran algún sentido recto,

atribuir aquellos duros y ásperos sufrimientos que padecieron de los enemigos a la divina providencia, que suele corregir y castigar las costumbres corruptas de los hombres con guerras; y también ejercitar la vida mortal justa y loable con tales aflicciones, y transferirla probada a cosas mejores, o retenerla aún en estas tierras para otros usos: pero lo que se les perdonó, ya sea en cualquier lugar por el nombre de Cristo, o en los lugares dedicadísimos y amplísimos al nombre de Cristo, y elegidos por una misericordia más amplia para la capacidad de la multitud, los bárbaros crueles perdonaron, esto deben atribuirlo a los tiempos cristianos; de aquí deben dar gracias a Dios, de aquí deben correr verdaderamente a su nombre, para que escapen de las penas del fuego eterno; nombre que muchos de ellos usurparon falsamente, para escapar de las penas de la destrucción presente. Pues aquellos que ves insultar petulante y procazmente a los siervos de Cristo, son en su mayoría quienes no habrían escapado de aquella destrucción y calamidad, si no se hubieran fingido siervos de Cristo. Y ahora, con ingrata soberbia y la más impía locura, resisten a su nombre con corazón perverso, para que sean castigados con tinieblas eternas, al nombre al que falsamente recurrieron con la boca, para disfrutar de la luz temporal.

CAPÍTULO II.---Que nunca se han librado guerras de tal manera que los vencedores perdonaran a los vencidos por causa de los dioses de aquellos a quienes vencieron.

Se han escrito tantas guerras, ya sea antes de la fundación de Roma, o desde su surgimiento e imperio: que lean y presenten alguna ciudad capturada por extranjeros de tal manera que los enemigos que la tomaron perdonaran a aquellos que se supo que se habían refugiado en los templos de sus dioses; o que algún líder bárbaro ordenara que, al irrumpir en la ciudad, nadie fuera herido si se encontraba en tal o cual templo. ¿Acaso no vio Eneas a Príamo manchando con sangre los altares que él mismo había consagrado con fuego? (Virgilio, Eneida, libro 2, versos 501, 502). ¿Acaso no Diomedes y Ulises, después de matar a los guardianes de la ciudadela, se llevaron la imagen sagrada, y con manos ensangrentadas se atrevieron a tocar las cintas virginales de la diosa? Sin embargo, lo que sigue no es cierto: Desde entonces fluyó, y retrocedió la esperanza de los dánaos. (Ibid. versos 166-170). Pues después vencieron, después destruyeron Troya con hierro y fuego, después mataron a Príamo que se refugiaba en los altares. Y Troya no pereció porque perdió a Minerva. ¿Qué había perdido antes Minerva misma para perecer? ¿Acaso a sus guardianes? Esto ciertamente es verdad: pues con ellos muertos, pudo ser llevada. Porque no eran los hombres quienes protegían la imagen, sino la imagen la que era protegida por los hombres. ¿Cómo, entonces, se la adoraba para que protegiera la patria y los ciudadanos, si no pudo proteger a sus propios guardianes?

CAPÍTULO III.---Cuán imprudentemente los romanos creyeron que los dioses penates, que no pudieron proteger Troya, les serían útiles.

He aquí a qué dioses los romanos se alegraban de haber confiado la protección de su ciudad. ¡Oh error demasiado miserable! Y nos reprochan cuando decimos tales cosas de sus dioses, y no reprochan a sus propios autores, a quienes pagaron para aprender, y a quienes consideraron dignos de salario público y honores. Pues en Virgilio, a quien los niños leen para que, como gran poeta y el más ilustre y excelente de todos, bebido en las mentes tiernas, no pueda ser fácilmente borrado por el olvido; según aquello de Horacio, La vasija nueva conservará por mucho tiempo el olor con que una vez fue impregnada: (Epístolas, libro 1, Ep. 2, versos 69, 70). En este Virgilio, Juno es presentada diciendo a Eolo, rey de los vientos, contra los troyanos: Una raza enemiga para mí navega el mar Tirreno, llevando a Ilión a Italia, y a los penates vencidos. (Eneida, libro 1, versos 71, 72). ¿Acaso estos penates vencidos debieron ser confiados prudentemente a Roma para que no fuera vencida? Pero Juno decía esto, como una mujer enojada, sin saber lo que decía. ¿Y no es Aeneas mismo,

tantas veces llamado piadoso, quien narra: Panthus Otríades, sacerdote de la ciudadela y de Febo, lleva en su mano los sagrados objetos, y a los dioses vencidos, y a su pequeño nieto, y corre frenético hacia las puertas? (Eneida, libro 2, versos 319-321). ¿No son los mismos dioses, a quienes no duda en llamar vencidos, los que se dice que se encomendaron a él más bien que él a ellos, cuando se le dice: Troya te encomienda sus sagrados objetos y sus penates? (Ibid. verso 293). Si, pues, Virgilio llama a tales dioses vencidos, y para que vencidos de alguna manera escaparan, se los encomendaron a un hombre; ¿qué demencia es pensar que Roma fue sabiamente confiada a estos tutores, y que no pudo ser devastada si no los hubiera perdido? Más bien, adorar a dioses vencidos como protectores y defensores, ¿qué es sino tener no buenos numina, sino malos presagios? Pues mucho más sabiamente se cree que Roma no habría llegado a esta calamidad si antes no hubieran perecido; sino que ellos habrían perecido hace tiempo si Roma no los hubiera protegido tanto como pudo. Porque, ¿quién no ve, cuando lo considera, cuánta vanidad hay en presumir que no se puede ser vencido bajo defensores vencidos, y que por eso pereció, porque perdió a los dioses guardianes; cuando la única causa de perecer pudo ser querer tener guardianes que perecerían? Por lo tanto, cuando se escribieron y cantaron tales cosas sobre los dioses vencidos, no era que a los poetas les gustara mentir, sino que la verdad obligaba a los hombres sensatos a confesar. Pero estas cosas deben tratarse más oportunamente en otro lugar de manera diligente y copiosa: ahora explicaré un poco, como pueda, lo que había comenzado a decir sobre los hombres ingratos: quienes atribuyen a Cristo, blasfemando, los males que merecidamente sufren por la perversidad de sus costumbres; pero no se dignan considerar que se les perdona incluso a ellos por causa de Cristo, y ejercen contra su nombre las lenguas con la demencia de una sacrílega insolencia, con las que usurparon falsamente el mismo nombre para vivir; o las lenguas que en sus lugares sagrados reprimieron por miedo, para que allí estuvieran seguros y protegidos, donde por él fueron ilesos de los enemigos, y de allí saltaron contra él con maldiciones hostiles.

CAPÍTULO IV.---Sobre el asilo de Juno en Troya, que no liberó a nadie de los griegos, y las basílicas de los Apóstoles, que defendieron a todos los que se refugiaron en ellas de los bárbaros.

La misma Troya, como dije, madre del pueblo romano, no pudo proteger a sus ciudadanos en los lugares sagrados de sus dioses del fuego y la espada de los griegos, que adoraban a los mismos dioses: incluso, en el asilo de Juno, los guardianes elegidos, Fénix y el terrible Ulises, vigilaban el botín; allí se acumulaban desde todas partes los tesoros de Troya arrebatados de los santuarios incendiados, las mesas de los dioses, las copas de oro macizo, y las vestiduras cautivas: los niños y las madres temerosas se mantenían alrededor en largo orden. (Virgilio, Eneida, libro 2, versos 761-767). Se eligió, al parecer, un lugar consagrado a una diosa tan grande, no para que no se pudiera sacar a los cautivos, sino para que los cautivos fueran incluidos. Compara ahora aquel asilo, no de cualquier dios común, o de la multitud plebeya, sino de la hermana y esposa de Júpiter mismo y reina de todos los dioses, con las memorias de nuestros Apóstoles. Allí se llevaban los despojos arrebatados de los templos incendiados y de los dioses, no para ser devueltos a los vencidos, sino para ser divididos entre los vencedores; pero aquí, y lo que en otros lugares se encontró que pertenecía a estos lugares, fue devuelto con honor y el más religioso respeto. Allí se perdió la libertad, aquí se preservó; allí se cerró la cautividad, aquí se prohibió; allí se oprimía a los poseídos por los enemigos dominantes, aquí se conducía a los liberados por los enemigos compasivos: finalmente, aquel templo de Juno lo eligió la avaricia y soberbia de los griegos ligeros; estas basílicas de Cristo las eligió la misericordia y humildad incluso de los bárbaros inhumanos. A menos que tal vez los griegos, en aquella victoria suya, perdonaran a los templos de los

dioses comunes, y no se atrevieran a herir o capturar a los troyanos miserables y vencidos que se refugiaron allí; pero Virgilio, al estilo de los poetas, mintió sobre eso. Más bien, describió la costumbre de los enemigos que destruyen ciudades.

CAPÍTULO V.---Sobre la costumbre general de los enemigos que destruyen ciudades vencidas, y lo que César pensó al respecto.

Esta costumbre también la menciona César (como escribe Salustio, el historiador de la verdad ennoblecida) en su discurso en el senado sobre los conspiradores: "Raptar vírgenes, niños; arrancar a los hijos del abrazo de sus padres, las madres de familia sufrir lo que a los vencedores les plazca, saquear templos y casas, hacer matanzas e incendios; finalmente, llenar todo de armas, cadáveres, sangre y luto" (Salustio, sobre la Conjuración de Catilina, capítulo 51). Si aquí hubiera callado sobre los templos, pensaríamos que los enemigos solían perdonar las sedes de los dioses. Y esto no lo temían los templos romanos de enemigos extranjeros, sino de Catilina y sus socios, senadores muy nobles y ciudadanos romanos. Pero estos eran, al parecer, perdidos y parricidas de la patria.

CAPÍTULO VI.---Que ni siquiera los romanos capturaron ciudades de tal manera que perdonaran a los vencidos en sus templos.

¿Por qué, entonces, nuestro discurso discurriría por muchas naciones que han librado guerras entre sí y en ninguna parte perdonaron a los vencidos en las sedes de sus dioses? Veamos a los mismos romanos: recordemos y consideremos a los mismos romanos, de cuya principal alabanza se dijo: Perdonar a los sometidos y doblegar a los soberbios. y que, habiendo recibido una injuria, preferían perdonar que perseguir (Salustio, sobre la Conjuración de Catilina, capítulo 9 al final): cuando tantas y tan grandes ciudades, para dominar ampliamente, fueron conquistadas y capturadas, léase qué templos solían exceptuar, para que cualquiera que se refugiara en ellos fuera liberado. ¿O acaso lo hacían y los escritores de las mismas gestas lo callaban? ¿Es que, quienes buscaban especialmente lo que debían alabar, pasarían por alto estos clarísimos indicios de piedad según ellos? El ilustre Marco Marcelo del nombre romano, que capturó Siracusa, una ciudad muy adornada, se dice que lloró primero por su ruina, y antes de su sangre derramó sus lágrimas sobre ella. También se preocupó por preservar la castidad, incluso en el enemigo. Pues antes de que el pueblo victorioso invadiera la ciudad, estableció un edicto para que nadie violara el cuerpo libre. Sin embargo, la ciudad fue destruida según la costumbre de las guerras, y en ninguna parte se lee que el emperador tan casto y clemente ordenara que cualquiera que se refugiara en tal o cual templo se fuera ileso. Lo cual de ninguna manera se pasaría por alto, cuando ni sus lágrimas, ni lo que decretó para que la castidad no fuera violada, pudo ser callado. Fabio, el destructor de la ciudad de Tarento, es alabado por abstenerse de saquear las imágenes. Pues cuando su escriba le sugirió qué hacer con las estatuas de los dioses, que fueron capturadas en gran número, condimentó su continencia incluso con una broma. Preguntó, en efecto, de qué tipo eran: y cuando le informaron no solo de muchas grandes, sino también de armadas, dijo: Dejemos a los tarentinos a sus dioses enojados. Pues si ni las lágrimas de aquel, ni la risa de este, ni la casta misericordia de aquel, ni la graciosa continencia de este, pudieron ser calladas por los escritores de las gestas romanas; ¿cuándo se pasaría por alto si perdonaran a algunos hombres en honor de alguno de sus dioses, de tal manera que prohibieran que se hiciera matanza o cautiverio en algún templo?

CAPÍTULO VII.---Que en la destrucción de la Ciudad lo que se hizo ásperamente ocurrió por la costumbre de la guerra; lo que se hizo clementemente, provino del poder del nombre de Cristo.

Por lo tanto, todo lo que de devastación, matanza, saqueo, incendio, aflicción, se cometió en esta reciente calamidad romana, lo hizo la costumbre de las guerras. Pero lo que se hizo de manera nueva, lo que en la inusitada apariencia de las cosas la barbarie apareció tan benigna, que se eligieron y designaron las amplísimas basílicas para ser llenadas con el pueblo al que se perdonaría, donde nadie sería herido, de donde nadie sería arrebatado, a donde muchos serían llevados por los enemigos compasivos para ser liberados, de donde no serían llevados cautivos por los enemigos crueles; esto debe atribuirse al nombre de Cristo, esto al tiempo cristiano, quien no lo ve, es ciego; quien lo ve y no lo alaba, es ingrato; quien se opone al que alaba, es insensato. Lejos esté que alguien prudente impute esto a la ferocidad de los bárbaros. Las mentes más feroces y crueles las aterrorizó, las frenó, las moderó maravillosamente aquel que por el profeta predijo tanto tiempo antes: Visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus pecados; pero mi misericordia no la apartaré de ellos (Salmo LXXXVIII, 33, 34).

CAPÍTULO VIII.---Sobre los bienes y males que a menudo son comunes a buenos y malos.

1. Alguien dirá: ¿Por qué, entonces, esta misericordia divina también llega a los impíos e ingratos? ¿Por qué, creemos, sino porque la ofreció aquel que diariamente hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos (Mateo V, 45)? Pues aunque algunos de ellos, reflexionando sobre estas cosas, se corrigen arrepintiéndose de la impiedad; otros, como dice el Apóstol, despreciando las riquezas de la bondad y la longanimidad de Dios, según la dureza de su corazón y su corazón impenitente, atesoran para sí mismos ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Romanos II, 4, 6): sin embargo, la paciencia de Dios invita a los malos al arrepentimiento, así como el castigo de Dios instruye a los buenos en la paciencia. Asimismo, la misericordia de Dios abraza a los buenos para ser consolados, así como la severidad de Dios corrige a los malos para ser castigados. Pues agradó a la providencia divina preparar en el futuro bienes para los justos, de los cuales no disfrutarán los injustos; y males para los impíos, de los cuales no serán atormentados los buenos. Pero quiso que estos bienes y males temporales fueran comunes a ambos: para que no se desearan con avidez los bienes que también los malos ven que poseen; ni se evitaran vergonzosamente los males que también a menudo afectan a los buenos.

2. Sin embargo, hay una gran diferencia en cómo se usan tanto las cosas que son prósperas como las que se llaman adversas. Pues el bueno no se exalta con los bienes temporales, ni se quiebra con los males; pero el malo es castigado con tal infelicidad porque se corrompe con la felicidad. Sin embargo, Dios a menudo muestra más claramente su operación incluso en la distribución de estas cosas. Pues si ahora todo pecado fuera castigado con una pena manifiesta, se pensaría que nada se reserva para el juicio final: por otro lado, si la Divinidad no castigara ahora abiertamente ningún pecado, no se creería en la providencia divina. De manera similar, en las cosas favorables, si Dios no concediera evidentemente algunas de ellas a quienes las piden, no diríamos que pertenecen a él: y si las diera a todos los que las piden, pensaríamos que solo se le debe servir por tales recompensas; y tal servicio no nos haría piadosos, sino más bien codiciosos y avaros. Dado que estas cosas son así, cualquiera que sea bueno o malo y sufra aflicciones, no por eso no están diferenciados, porque no está diferenciado lo que ambos sufren. Pues permanece la disimilitud de los que sufren incluso en la similitud de las pasiones; y aunque bajo el mismo tormento, no es lo mismo la virtud y el vicio. Pues así como bajo un mismo fuego el oro resplandece, la paja humea; y bajo la misma trilla las pajas se desmenuzan, los granos se purifican; ni por eso se confunde el aceite con el orujo, porque se exprime con el mismo peso de la prensa: así una misma fuerza que irrumpe

prueba, purifica, refina a los buenos; condena, devasta, extermina a los malos. Por eso, en la misma aflicción los malos detestan y blasfeman de Dios; pero los buenos oran y alaban. Tanto importa, no qué cosas, sino qué clase de persona sufre. Pues agitado por el mismo movimiento, el lodo exhala horriblemente, y el ungüento fragante suavemente.

CAPÍTULO IX.---Sobre las causas de las correcciones, por las cuales tanto los buenos como los malos son flagelados por igual.

1. ¿Qué, pues, han sufrido los cristianos en esa devastación de las cosas, que no les sirva más bien para su provecho al considerarlas fielmente? Primero, al reflexionar humildemente sobre los mismos pecados, por los cuales Dios, indignado, llenó al mundo de tantas calamidades, aunque estén lejos de los criminales, de los depravados y de los impíos, no se consideran tan ajenos a las faltas como para no juzgarse dignos de sufrir males temporales por ellas. Excepto que cada uno, por más loablemente que viva, cede en algunos aspectos a la concupiscencia carnal, aunque no hasta la enormidad de los crímenes y el abismo de las depravaciones y la abominación de la impiedad, pero sí a algunos pecados, ya sean raros o más frecuentes cuanto menores sean: excepto esto, ¿quién se encuentra fácilmente que tenga a esos mismos, por cuya horrenda soberbia, lujuria y avaricia, y execrables iniquidades e impiedades, Dios, como predijo amenazando, destruye las tierras (Isaías XXIV, y en otros lugares), de la manera en que deben ser tenidos? ¿Que viva con ellos como se debe vivir con tales? Pues a menudo se disimula mal al enseñarles, amonestarles, a veces incluso reprenderles y corregirles; ya sea por pereza de trabajar, o por vergüenza de ofenderles en su presencia; o por evitar enemistades, para que no impidan y perjudiquen en estas cosas temporales, ya sea las que nuestra codicia aún desea obtener, o las que nuestra debilidad teme perder: de modo que, aunque a los buenos les desagrade la vida de los malos, y por eso no caigan con ellos en aquella condenación que después de esta vida se prepara para tales; sin embargo, porque perdonan sus pecados condenables, mientras temen a ellos en sus faltas leves y veniales, con justicia son castigados temporalmente con ellos, aunque no sean castigados eternamente. Con justicia sienten amarga esta vida, cuando son afligidos divinamente con ellos, de cuya dulzura amando no quisieron ser amargos a los pecadores.

2. Pues si alguien perdona a los que obran mal al reprenderles y corregirles, porque busca un tiempo más oportuno, o teme que se vuelvan peores por ello, o que impidan a otros débiles ser educados en una vida buena y piadosa, y los opriman y aparten de la fe; no parece ser ocasión de codicia, sino consejo de caridad. Es culpable que aquellos que viven de manera diferente y aborrecen las acciones de los malos, sin embargo, perdonen los pecados ajenos, que deberían desaprobar o reprender, mientras evitan sus ofensas, para que no les perjudiquen en estas cosas que los buenos e inocentes usan lícitamente, pero más codiciosamente de lo que deberían, quienes peregrinan en este mundo y llevan la esperanza de la patria celestial. No solo los más débiles, que llevan una vida conyugal, tienen o buscan tener hijos, poseen casas y familias (a quienes el Apóstol se dirige en las Iglesias, enseñando y amonestando cómo deben vivir tanto las esposas con los maridos, como los maridos con las esposas, y los hijos con los padres, y los padres con los hijos, y los siervos con los amos, y los amos con los siervos [Colosenses III, 18-22]), adquieren muchas cosas temporales y terrenales con gusto y las pierden con molestia, por las cuales no se atreven a ofender a personas cuya vida les desagrada por estar contaminada y criminal: sino también aquellos que ocupan un grado superior de vida, no están atrapados en vínculos conyugales, y usan un sustento y vestimenta modestos, a menudo, cuidando de su fama y seguridad, mientras temen las insidias y ataques de los malos, se abstienen de reprenderlos. Y aunque no los teman tanto como para ceder a perpetrar cosas similares por cualquier terror e impropiedad de ellos; sin embargo, no quieren

a menudo reprender lo que no perpetran con ellos, cuando tal vez podrían corregir a algunos reprendiéndolos; para que, si no pudieran, su seguridad y fama no lleguen a peligro y destrucción: no por la consideración de que ven su fama y seguridad como necesarias para la utilidad de educar a los hombres; sino más bien por la debilidad que deleita la lengua halagadora y el día humano (I Corintios IV, 3), y se teme el juicio del vulgo y la tortura o muerte de la carne; esto es, por algunos lazos de codicia, no por deberes de caridad.

3. No me parece, por tanto, que esta sea una causa pequeña por la cual los buenos sean castigados con los malos, cuando a Dios le place castigar las costumbres perdidas también con la aflicción de penas temporales. Son castigados juntos, no porque vivan juntos una mala vida, sino porque aman juntos la vida temporal; no igualmente, pero sí juntos: la cual los buenos deberían despreciar, para que aquellos corregidos y enmendados alcancen la eterna; a la cual, si no quisieran ser compañeros para alcanzarla, serían llevados y amados como enemigos: porque, mientras vivan, siempre es incierto si cambiarán su voluntad para mejor. En esto no tienen ciertamente una causa igual, sino mucho más grave, aquellos a quienes se dice por el profeta: "Él ciertamente morirá en su pecado, pero su sangre la demandaré de la mano del centinela" (Ezequiel XXXIII, 6). Pues los centinelas, es decir, los superiores de los pueblos, han sido constituidos en las Iglesias para que no perdonen al reprender los pecados. Sin embargo, no está completamente libre de culpa de este tipo, quien, aunque no sea superior, en aquellos con quienes está unido por la necesidad de esta vida, conoce muchas cosas que deben ser advertidas o reprendidas, y las descuida, evitando sus ofensas, por aquellas cosas que usa en esta vida no indebidamente, pero se deleita más de lo que debería. Luego, los buenos tienen otra causa por la cual son afligidos con males temporales; como la tuvo Job: para que el alma humana se pruebe y conozca a sí misma, cuánta virtud de piedad ama a Dios gratuitamente.

CAPÍTULO X.---Que a los santos en la pérdida de cosas temporales no les falta nada.

1. Considerando y observando esto correctamente, observa si algo malo ha sucedido a los fieles y piadosos que no se convierta en bien para ellos: a menos que se deba pensar que aquella sentencia apostólica es vana, donde dice: "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien" (Romanos VIII, 28).

[CAPÍTULO X.] Perdieron todo lo que tenían. ¿Acaso la fe? ¿Acaso la piedad? ¿Acaso los bienes del hombre interior, que es rico ante Dios (I Pedro III, 4)? Estas son las riquezas de los cristianos, con las que el Apóstol decía ser opulento: "Pero gran ganancia es la piedad con contentamiento. Porque nada trajimos a este mundo, y sin duda nada podremos sacar; pero teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición. Porque raíz de todos los males es el amor al dinero; el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores" (I Timoteo VI, 6-10).

2. A aquellos, pues, cuyas riquezas terrenales perecieron en aquella devastación, si las tenían de la manera en que lo habían oído de este pobre exteriormente, rico interiormente; es decir, si usaban el mundo como si no lo usaran (I Corintios VII, 31): pudieron decir lo que aquel gravemente tentado y mínimamente vencido: "Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré a la tierra. El Señor dio, el Señor quitó; como al Señor le plació, así se hizo: bendito sea el nombre del Señor" (Job I, 21): para que el buen siervo tuviera grandes riquezas en la misma voluntad de su Señor, en la cual se enriqueciera siguiendo con la mente, y no se entristeciera viviendo por las cosas que dejó, que pronto dejaría al morir. Sin embargo,

aquellos más débiles, que a estos bienes terrenales, aunque no los antepusieran a Cristo, se aferraban con alguna codicia; cuanto pecaron amando estas cosas, lo sintieron al perderlas. Pues tanto dolieron, cuanto se insertaron en los dolores; como recordé que el Apóstol dijo antes. Pues era necesario que se les añadiera también la disciplina de las experiencias, de las cuales había sido descuidada tanto tiempo la de las palabras. Porque cuando el Apóstol dijo: "Los que quieren enriquecerse caen en tentación", y lo demás; ciertamente en las riquezas reprendió la codicia, no la facultad: quien mandó en otro lugar, diciendo: "Manda a los ricos de este mundo, que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas; sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos; que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, que den con facilidad, que compartan, atesorando para sí buen fundamento para el futuro, para que echen mano de la vida verdadera" (I Timoteo VI, 17-19). Aquellos que hacían esto con sus riquezas, se consolaron de las pérdidas leves con grandes ganancias; y se alegraron más por lo que guardaron más seguro al dar con facilidad, que se entristecieron por lo que perdieron más fácilmente al retener con temor. Pues lo que pudo perecer en la tierra, fue lo que les pesó no transferir de allí. Porque quienes recibieron el consejo de su Señor, diciendo: "No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan: porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón" (Mateo VI, 19-21); en tiempo de tribulación probaron cuán rectamente habían pensado, no despreciando al preceptor veracísimo y al guardián fidelísimo e invictísimo de su tesoro. Pues si muchos se alegraron de tener sus riquezas donde el enemigo no pudo llegar; cuánto más ciertamente y con seguridad pudieron alegrarse quienes, por el consejo de su Dios, las trasladaron allí donde el enemigo no pudo llegar en absoluto. Por lo cual nuestro Paulino, obispo de Nola, de opulentísimo rico, voluntariamente paupérrimo y copiosísimamente santo, cuando los bárbaros también devastaron a Nola, mientras era retenido por ellos, así oraba en su corazón, como supimos después de él: "Señor, no me atormente por el oro y la plata; porque tú sabes dónde están todas mis cosas". Pues tenía todas sus cosas donde aquel que le había mostrado dónde y cómo atesorar, quien también había predicho que estos males vendrían al mundo. Por lo tanto, quienes obedecieron a su Señor advirtiéndoles dónde y cómo atesorar, no perdieron ni siquiera esas riquezas terrenales cuando los bárbaros las asaltaron: pero aquellos a quienes no les pesó no obedecer, aprendieron qué hacer con tales cosas, si no con sabiduría previa, al menos con experiencia posterior.

3. Pero algunos buenos cristianos también fueron torturados para que revelaran sus bienes a los enemigos. Sin embargo, no pudieron revelar ni perder el bien por el cual ellos mismos eran buenos. Si prefirieron ser torturados antes que revelar el mamón de iniquidad, no eran buenos. Debieron ser advertidos, quienes sufrían tanto por el oro, cuánto deberían soportar por Cristo: para que aprendieran a amar más bien a aquel que enriquecería con felicidad eterna a los que sufrían por él; no al oro y la plata, por los cuales sufrir fue miserable, ya sea ocultándolos con mentiras o revelándolos diciendo la verdad. Pues entre tormentos nadie perdió a Cristo confesándolo: nadie conservó el oro, sino negándolo. Por lo tanto, los tormentos fueron quizás más útiles, enseñando a amar el bien incorruptible, que aquellos bienes que torturaban a sus dueños con su amor sin ningún fruto útil. Pero algunos, incluso sin tener nada que revelar, fueron torturados porque no se les creía. Y estos tal vez deseaban tener, y no eran pobres con santa voluntad: a quienes se les mostró que no las facultades, sino las mismas codicias eran dignas de tales tormentos. Si, sin embargo, con el propósito de una vida mejor no tenían oro y plata escondidos, no sé si a alguno de ellos le sucedió que, mientras se creía que tenía, fue torturado: pero, sin embargo, incluso si sucedió, ciertamente quien confesaba su santa pobreza entre aquellos tormentos, confesaba a Cristo. Por lo tanto,

aunque no mereció ser creído por los enemigos, no pudo, sin embargo, ser torturado sin recompensa celestial como confesor de la santa pobreza.

4. [XI.] Muchos, dicen, incluso cristianos fueron devastados por una larga hambruna. Esto también los buenos fieles lo convirtieron en su provecho soportándolo piadosamente. Pues a quienes la hambruna mató, los libró de los males de esta vida, como una enfermedad del cuerpo: pero a quienes no mató, les enseñó a vivir más frugalmente, les enseñó a ayunar más prolongadamente.

CAPÍTULO XI.---Sobre el fin de la vida temporal, ya sea más larga o más corta.

Pero muchos cristianos también fueron asesinados, muchos consumidos por la fea variedad de muchas muertes. Si esto debe ser lamentado, es común a todos los que han sido engendrados en esta vida. Sé que nadie ha muerto que no hubiera de morir alguna vez. Sin embargo, el fin de la vida hace que una vida larga y una corta sean lo mismo. Pues no hay algo mejor, ni algo peor; ni algo mayor, ni algo más breve, que ya no sea lo mismo. ¿Y qué importa con qué tipo de muerte se termine esta vida, cuando aquel a quien se le termina no está obligado a morir de nuevo? Pero cuando a cada mortal bajo los accidentes cotidianos de esta vida se le amenazan de algún modo innumerables muertes, mientras es incierto cuál de ellas vendrá; pregunto si es mejor sufrir una muriendo, o temer todas viviendo. Y no ignoro cuán más débilmente se elige vivir mucho tiempo bajo el temor de tantas muertes, que morir una vez sin temer ninguna después. Pero una cosa es lo que el sentido de la carne débilmente temeroso rehúye, otra lo que la razón de la mente diligentemente esclarecida convence. No debe considerarse mala la muerte que una buena vida ha precedido: pues no hace mala a la muerte sino lo que sigue a la muerte. Por lo tanto, no debe preocuparse mucho por aquellos que necesariamente han de morir, qué sucede para que mueran; sino a dónde se ven obligados a ir al morir. Así que, si los cristianos saben que la muerte de un pobre religioso entre las lenguas de los perros lamiendo fue mucho mejor que la de un rico impío en púrpura y lino fino (Lucas XVI, 19-31); ¿qué daño hicieron a los muertos que vivieron bien aquellos horrendos géneros de muertes?

CAPÍTULO XII.---Sobre la sepultura de los cuerpos humanos, que aunque se niegue a los cristianos, no les quita nada.

1. Pero en tanta matanza de cadáveres, ni siquiera pudieron ser sepultados. Ni esto la fe piadosa lo teme demasiado, sosteniendo lo predicho, que ni las bestias que devoran serán un obstáculo para los cuerpos que han de resucitar, de los cuales no perecerá un cabello de la cabeza (Lucas XXI, 18). De ningún modo diría la Verdad: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Mateo X, 28); si algo perjudicara a la vida futura lo que los enemigos quisieran hacer con los cuerpos de los muertos. A menos que alguien sea tan absurdo como para sostener que no se debe temer a los que matan el cuerpo antes de la muerte, para que no maten el cuerpo, y que se debe temer después de la muerte, para que no permitan que el cuerpo muerto sea sepultado. Es falso, pues, lo que dijo Cristo: "Los que matan el cuerpo, y después no tienen qué hacer" (Lucas XII, 4); si tienen tantas cosas que hacer con los cadáveres. Lejos esté que sea falso lo que dijo la Verdad. Pues se dijo que hacen algo cuando matan, porque hay sentido en el cuerpo al matar; pero después no tienen qué hacer, porque no hay sentido en el cuerpo muerto. Por lo tanto, muchos cuerpos de cristianos no fueron cubiertos por la tierra: pero ninguno de ellos fue separado del cielo y la tierra, que toda la llena con su presencia, quien sabe de dónde resucitar lo que creó. Se dice en el Salmo: "Pusieron los cuerpos de tus siervos como comida para las aves del cielo, la carne de tus santos para las bestias de la tierra: derramaron su sangre como agua alrededor de

Jerusalén, y no había quien los sepultara" (Salmo LXXVIII, 2, 3): pero más bien para exagerar la crueldad de quienes hicieron esto, no la infelicidad de quienes lo sufrieron. Aunque estas cosas parezcan duras y terribles a los ojos de los hombres; "preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos" (Salmo CXV, 15). Por lo tanto, todas estas cosas, es decir, el cuidado del funeral, la condición de la sepultura, la pompa de las exequias, son más bien consuelos de los vivos que ayudas de los muertos. Si algo beneficia al impío una sepultura preciosa, perjudicará al piadoso una vil o ninguna. Exequias espléndidas en presencia de los hombres exhibió aquella multitud de siervos al rico vestido de púrpura: pero mucho más espléndidas en presencia del Señor prestó el ministerio de los ángeles al pobre ulceroso, que no lo llevaron a un sepulcro de mármol, sino que lo llevaron al seno de Abraham.

2. Se ríen de esto aquellos contra quienes hemos asumido la defensa de la ciudad de Dios. Sin embargo, el cuidado de la sepultura también lo despreciaron sus filósofos: y a menudo ejércitos enteros, mientras morían por la patria terrenal, no se preocuparon de dónde yacerían después, o de qué bestias serían alimento: y los poetas pudieron decir plausiblemente sobre esto: "Está cubierto por el cielo, quien no tiene urna". Cuánto menos deben insultar a los cristianos por los cuerpos insepultos, a quienes se les promete no solo la reforma de la carne y de todos los miembros, sino también la restitución y reintegración en un instante de tiempo, no solo de la tierra, sino también del seno más secreto de los otros elementos, donde los cadáveres disueltos se retiraron (I Corintios XV, 52).

CAPÍTULO XIII.---Cuál es la razón de sepultar los cuerpos de los santos.

No obstante, los cuerpos de los difuntos, especialmente los de los justos y fieles, no deben ser despreciados ni rechazados, ya que el Espíritu Santo los utilizó como instrumentos y vasos para todas las buenas obras. Si las vestiduras y anillos paternos, y cosas semejantes, son más apreciadas por los descendientes cuanto mayor es el afecto hacia los padres, de ninguna manera deben ser despreciados los cuerpos mismos, que llevamos de manera mucho más íntima y cercana que cualquier vestimenta. Estos cuerpos no pertenecen al ornamento o ayuda que se aplica externamente, sino a la misma naturaleza del hombre. Por eso, los funerales de los justos antiguos fueron atendidos con piadosa diligencia, se celebraron exequias y se proveyó sepultura (Gén. XXV, 9; XXXV, 29; L, 2-13, etc.): y ellos mismos, mientras vivían, encargaron a sus hijos sobre el entierro o incluso la traslación de sus cuerpos (Gén. XLVII, 29, 30; L, 24): y Tobías es alabado por el ángel por haber merecido el favor de Dios al enterrar a los muertos (Tob. II, 9; XII, 12). El mismo Señor, que resucitaría al tercer día, alaba y encomienda como digno de ser predicado el buen acto de una mujer piadosa que derramó un ungüento precioso sobre sus miembros, haciéndolo para su sepultura (Mat. XXVI, 10-13). Y en el Evangelio se recuerda laudablemente a quienes cuidaron de cubrir y enterrar con diligencia y honor el cuerpo de Cristo bajado de la cruz (Juan XIX, 38-42). Sin embargo, estas autoridades no nos advierten que los cadáveres tengan algún sentido, sino que indican que los cuerpos de los muertos también pertenecen a la providencia de Dios, a quien agradan tales actos de piedad, para afirmar la fe en la resurrección. De aquí se aprende saludablemente cuán grande puede ser la recompensa por las limosnas que ofrecemos a los vivos y conscientes, si ni siquiera se pierde ante Dios lo que se paga con diligencia y cuidado a los miembros inanimados de los hombres. También hay otras cosas que los santos Patriarcas quisieron que se entendieran con espíritu profético sobre el entierro o traslado de sus cuerpos; pero este no es el lugar para tratarlas, ya que basta con lo que hemos dicho. Pero si las cosas necesarias para sustentar a los vivos, como el alimento y el vestido, aunque falten con grave aflicción, no quiebran en los buenos la virtud de soportar y tolerar, ni arrancan del

alma la piedad, sino que la hacen más fecunda al ejercitarla: cuánto más, cuando faltan las cosas que suelen aplicarse para cuidar los funerales y enterrar los cuerpos de los difuntos, no hacen miserables a los ya tranquilos en las ocultas moradas de los piadosos. Por lo tanto, cuando estas cosas faltaron a los cadáveres de los cristianos en la devastación de aquella gran ciudad o de otras ciudades, no es culpa de los vivos, que no pudieron proveerlas, ni castigo para los muertos, que no pueden sentirlas.

CAPÍTULO XIV.---De la cautividad de los santos, a quienes nunca faltaron los consuelos divinos.

Pero muchos, dicen, cristianos también fueron llevados cautivos. Esto ciertamente es muy lamentable, si pudieron ser llevados a algún lugar donde no encontraron a su Dios. En las Escrituras sagradas hay grandes consuelos incluso para este desastre. Hubo tres jóvenes en cautiverio, estuvo Daniel, hubo otros profetas: y Dios no faltó como consolador. Así pues, no abandonó a sus fieles bajo el dominio de una nación, aunque bárbara, sin embargo humana, quien no abandonó al profeta ni en las entrañas de la bestia (Jonás II). También estas cosas, con quienes discutimos, prefieren ridiculizar antes que creer: quienes, sin embargo, en sus escritos creen que Arion de Metimna, un célebre citarista, cuando fue arrojado de un barco, fue recogido por el lomo de un delfín y llevado a tierra. Pero aquello nuestro sobre el profeta Jonás es más increíble. Claramente más increíble, porque es más maravilloso; y más maravilloso, porque es más poderoso.

CAPÍTULO XV.---De Régulo, en quien se encuentra un ejemplo de cautividad soportada voluntariamente por religión: lo cual, sin embargo, no pudo beneficiarle al adorar a los dioses.

1. Sin embargo, estos tienen un ejemplo nobilísimo de cautividad soportada voluntariamente por causa de la religión incluso entre sus hombres ilustres. Marco Atilio Régulo, comandante del pueblo romano, fue cautivo entre los cartagineses. Quienes, al preferir que los romanos devolvieran a los suyos antes que retener a sus cautivos, enviaron a este Régulo con sus legados a Roma para obtener esto, previamente obligado por juramento a regresar a Cartago si no lograba lo que querían. Él fue, y en el senado persuadió lo contrario, ya que no consideraba útil para la república romana intercambiar cautivos. Y después de esta persuasión, no fue obligado por los suyos a regresar a los enemigos; sino que lo que había jurado, lo cumplió voluntariamente. Pero ellos lo mataron con torturas inventadas y horribles. Encerrado en un estrecho madero, donde se le obligaba a estar de pie, y clavado por todas partes con clavos afiladísimos, para que no pudiera inclinarse hacia ninguna parte sin los más atroces dolores, incluso lo mataron manteniéndolo despierto. Ciertamente, merecidamente alaban una virtud tan grande en tan gran infortunio. Y por los dioses juró, cuyo culto prohibido, estos creen que inflige tales calamidades a la humanidad. Quienes, por lo tanto, eran adorados para hacer próspera esta vida, si quisieron o permitieron que estas penas se infligieran a quien juró verdaderamente, ¿qué podrían haber hecho más gravemente a un perjuro enojados? Pero, ¿por qué no concluir mi razonamiento para ambos lados? Ciertamente, él adoró a los dioses de tal manera que, por la fidelidad al juramento, no dudó en no quedarse en su patria, ni ir a cualquier otro lugar, sino regresar a sus acérrimos enemigos. Si esto lo consideraba útil para esta vida, cuyo fin tan horrible mereció, sin duda estaba equivocado. Con su ejemplo enseñó que los dioses no benefician a sus adoradores en esta felicidad temporal: ya que, dedicado a su culto, fue vencido y llevado cautivo, y porque no quiso hacer otra cosa que lo que había jurado por ellos, fue torturado y extinguido con un género de suplicio nuevo y nunca antes oído, y demasiado horrible. Si, sin embargo, el culto a los dioses después de esta vida devuelve la felicidad como recompensa, ¿por qué calumnian a

los tiempos cristianos, diciendo que aquella calamidad le sucedió a la Ciudad porque dejó de adorar a sus dioses, cuando pudo haber sido tan infeliz incluso adorándolos diligentemente, como lo fue aquel Régulo? A menos que alguien, con una demencia de ceguera tan asombrosa, se oponga a la clarísima verdad, y se atreva a sostener que una ciudad entera que adora a los dioses no puede ser infeliz, pero un solo hombre sí; ya que, evidentemente, el poder de sus dioses es más adecuado para conservar a muchos que a individuos; cuando la multitud se compone de individuos.

2. Pero si dicen que M. Régulo, incluso en aquella cautividad y en aquellos tormentos del cuerpo, pudo ser feliz por la virtud del alma; busquemos más bien la verdadera virtud por la cual también la ciudad pueda ser feliz. Pues no hay otra manera de que una ciudad sea feliz que un hombre: ya que la ciudad no es otra cosa que una multitud de hombres concordes. Por lo tanto, no discuto por ahora qué clase de virtud hubo en Régulo: basta ahora con que, con este nobilísimo ejemplo, se vean obligados a admitir que no se debe adorar a los dioses por los bienes del cuerpo o por aquellas cosas que suceden externamente al hombre; ya que él prefirió carecer de todas estas cosas antes que ofender a los dioses por los que juró. Pero, ¿qué haremos con los hombres que se glorían de haber tenido un ciudadano así, pero temen tener una ciudad así? Si no temen, entonces admitan que algo similar a lo que le sucedió a Régulo pudo haberle sucedido también a una ciudad que adoraba a los dioses tan diligentemente como él, y no calumnien a los tiempos cristianos. Pero como la cuestión surgió sobre aquellos cristianos que también fueron llevados cautivos; que miren esto y callen, quienes impúdica e imprudentemente se burlan de la religión más saludable: porque si no fue reprochable para sus dioses que su más atento adorador, mientras les guardaba fidelidad al juramento, perdiera su patria, cuando no tenía otra, y fuera llevado cautivo entre los enemigos, y porque no quiso hacer otra cosa que lo que había jurado por ellos, fue asesinado con un suplicio de nueva crueldad y larga muerte: mucho menos debe ser culpado el nombre cristiano en la cautividad de sus consagrados, quienes, esperando con verdadera fe la patria celestial, también en sus propias moradas saben que son peregrinos (I Pedro II, 11).

CAPÍTULO XVI.---Si la virtud del alma puede ser contaminada por los ultrajes, que incluso la cautividad de santas vírgenes pudo haber sufrido, sin el consentimiento de la voluntad.

Ciertamente creen que están lanzando una gran acusación contra los cristianos cuando, al exagerar su cautividad, añaden también los ultrajes cometidos, no solo en matrimonios ajenos y vírgenes que iban a casarse, sino también en algunas consagradas. Aquí, en verdad, no la fe, no la piedad, no la misma virtud que se llama castidad, sino más bien nuestra discusión se ve constreñida entre el pudor y la razón en ciertas estrecheces. No nos preocupamos tanto aquí por responder a los ajenos, como por consolar a los nuestros. Por lo tanto, que se establezca y afirme en primer lugar que la virtud por la cual se vive rectamente, desde la sede del alma gobierna los miembros del cuerpo, y que el cuerpo santo se hace por el uso de la voluntad santa: permaneciendo esta inconmovible y estable, cualquier cosa que otro haga del cuerpo o en el cuerpo, que no pueda evitarse sin pecado propio, está fuera de la culpa del que lo padece. Pero porque no solo lo que pertenece al dolor, sino también lo que pertenece a la lujuria, puede perpetrarse en un cuerpo ajeno; cualquier cosa de este tipo que se haga, aunque no sacuda la castidad retenida con el ánimo más constante, sin embargo, infunde pudor; no se crea que se hizo con la voluntad de la mente, lo que tal vez no pudo hacerse sin algún placer de la carne.

CAPÍTULO XVII.---De la muerte voluntaria por miedo al castigo o al deshonor.

Por lo tanto, incluso aquellas que se mataron para no sufrir algo de este tipo, ¿quién con afecto humano no querría perdonarlas? Y aquellas que no quisieron matarse para no evitar con su crimen el delito ajeno, cualquiera que les impute esto como crimen, no estará libre del crimen de insensatez. Pues ciertamente, si no es lícito matar a un hombre, incluso culpable, por autoridad privada, cuya licencia de matar no concede ninguna ley: sin duda, quien se mata a sí mismo es un homicida; y tanto más culpable es, cuanto más inocente fue en la causa por la que pensó que debía matarse. Pues si detestamos con razón el acto de Judas, y la verdad lo juzga, cuando se ahorcó, que aumentó más bien que expió el crimen de aquella traición malvada; ya que, desesperando de la misericordia de Dios, arrepentido de manera fatal, no dejó lugar para una penitencia saludable (Mat. XXVII, 3): cuánto más debe abstenerse de su propia muerte quien no tiene en sí mismo nada que castigar con tal suplicio. Judas, en efecto, cuando se mató, mató a un hombre malvado: y, sin embargo, no solo fue culpable de la muerte de Cristo, sino también de la suya propia; porque, aunque por su crimen, fue asesinado por otro crimen suyo. ¿Por qué, entonces, debe un hombre que no ha hecho nada malo hacerse daño a sí mismo, y matándose a sí mismo matar a un hombre inocente, para no sufrir a otro culpable; y perpetrar en sí mismo un pecado propio, para no sufrir en él un pecado ajeno?

CAPÍTULO XVIII.---De la lujuria de las violencias ajenas, que mi mente sufre sin consentimiento en el cuerpo oprimido.

1. Pero, en efecto, se teme que la lujuria ajena contamine. No contaminará, si es ajena: si, sin embargo, contamina, no será ajena. Pero como la castidad es una virtud del alma, y tiene como compañera la fortaleza, que decide soportar cualquier mal antes que consentir en el mal; y ningún magnánimo y casto tiene en su poder lo que se hace de su carne, sino solo lo que aprueba o rechaza con la mente: ¿quién, con la misma mente sana, pensará que pierde la castidad si, tal vez, en su carne aprehendida y oprimida se ejerce y se satisface una lujuria que no es suya? Pues si de este modo se pierde la castidad, ciertamente la castidad no será una virtud del alma; ni pertenecerá a esos bienes por los cuales se vive bien, sino que se contará entre los bienes del cuerpo; tales como son, las fuerzas, la belleza, la salud sana e íntegra, y si hay algo de este tipo: bienes que, aunque se disminuyan, no disminuyen en absoluto la vida buena y justa. Pero si la castidad es algo tal, ¿por qué se lucha por ella, para que no se pierda, incluso con peligro del cuerpo? Si, sin embargo, es un bien del alma, incluso con el cuerpo oprimido no se pierde. Más aún, el bien de la santa continencia, al no ceder a las inmundicias de las concupiscencias carnales, también santifica el cuerpo: y por eso, al no ceder a ellas, persiste con intención inconmovible, y no se pierde la santidad del mismo cuerpo, porque la voluntad de usarlo santamente persevera, y en cuanto depende de él, también la facultad.

2. Pues el cuerpo no es santo por el hecho de que sus miembros estén íntegros, o por el hecho de que no sean tocados por ningún contacto; ya que pueden ser heridos por diversos accidentes y los médicos, a veces, al ayudar a la salud, hacen cosas allí que el aspecto horroriza. Una partera, al explorar con la mano la integridad de una virgen, ya sea por malevolencia, ignorancia o casualidad, mientras inspecciona, la pierde: no creo que nadie sea tan necio como para pensar que se ha perdido algo incluso de la santidad del mismo cuerpo, aunque se haya perdido la integridad de aquel miembro. Por lo tanto, permaneciendo el propósito del alma, por el cual también el cuerpo mereció ser santificado, la violencia de la lujuria ajena no quita la santidad al cuerpo, que la perseverancia de su propia continencia conserva. ¿O acaso si alguna mujer, con la mente corrompida y el propósito violado que había prometido a Dios, va a ser corrompida por su seductor; aún yendo, la llamamos santa incluso en el cuerpo, habiendo perdido y destruido la santidad del alma, por la cual el cuerpo era santificado? Lejos de nosotros este error: y más bien seamos advertidos de que la santidad

del cuerpo no se pierde, permaneciendo la santidad del alma, incluso con el cuerpo oprimido, así como se pierde la santidad del cuerpo con la santidad del alma violada, incluso con el cuerpo intacto. Por lo tanto, la mujer violentamente oprimida, sin ningún consentimiento propio, no tiene nada que castigar en sí misma con muerte voluntaria, y mucho menos antes de que esto suceda; para que no se cometa un homicidio cierto, cuando el mismo delito, aunque ajeno, aún pende incierto.

CAPÍTULO XIX.---De Lucrecia, que se mató por la violación sufrida.

1. ¿O acaso se atreverán a contradecir esta razón evidente, por la cual decimos que, con el cuerpo oprimido, sin cambiar en mal la intención de la castidad, el delito es solo de quien oprime y se acuesta, no de quien, oprimida, no consiente con ninguna voluntad al que se acuesta, aquellos contra quienes defendemos no solo las mentes, sino también los cuerpos santos de las mujeres cristianas oprimidas en cautiverio? Ciertamente, Lucrecia, una matrona noble y antigua romana, es ensalzada con grandes alabanzas de castidad. Cuando el hijo del rey Tarquinio se apoderó de su cuerpo violentamente oprimido y lo poseyó lujuriosamente, ella, enferma e impaciente por el crimen del joven más impío, lo reveló a su esposo Colatino y a su pariente Bruto, hombres clarísimos y fortísimos, y los obligó a vengarse: luego, dolida e impaciente por el acto vil cometido en ella, se mató. ¿Qué diremos? ¿Debe ser juzgada esta como adúltera o casta? ¿Quién consideraría que hay que esforzarse en esta controversia? Magníficamente alguien, declamando verazmente sobre esto, dijo: «Es asombroso decirlo; fueron dos, y solo uno cometió adulterio.» Espléndida y verazmente. Pues mirando en la mezcla de los cuerpos de dos personas la iniquísima lujuria de uno, la castísima voluntad del otro; y atendiendo no a lo que se hacía con la unión de los miembros, sino a lo que se hacía con la diversidad de los ánimos, dijo: «Fueron dos, y solo uno cometió adulterio.»

2. Pero, ¿qué es esto, que se castiga más gravemente a quien no cometió adulterio? Pues él fue expulsado de la patria con su padre; ella fue sacrificada con el más alto suplicio. Si no es impudicia lo que se sufre con violencia; no es justicia lo que se castiga en la casta. A vosotros apelo, leyes y jueces romanos. Sin duda, después de perpetrados los crímenes, no quisisteis que nadie malvado fuera impunemente condenado. Si, por lo tanto, alguien denunciara este crimen ante vuestro juicio, y os probara que no solo fue condenada sin juicio, sino también casta e inocente, ¿no castigaríais con severidad adecuada a quien lo hizo? Esto hizo aquella Lucrecia; aquella, aquella Lucrecia tan alabada, mató a la inocente, casta, Lucrecia que sufrió violencia. Emitid sentencia. Pero si no podéis, porque no está presente a quien podáis castigar; ¿por qué alabáis con tanta predicación a la asesina de una inocente y casta? A quien ciertamente, entre los jueces infernales, incluso tales como los cantan los poemas de vuestros poetas, no defendéis con ninguna razón, constituida entre aquellos, que se dieron muerte a sí mismos inocentes, y, odiando la luz, arrojaron sus almas. A quien, deseando regresar a las alturas, el destino se lo impide, y el pantano intransitable con su agua triste la ata. ¿O acaso no está allí porque no se mató a sí misma inocente, sino culpable de un mal en sí misma? Pues, ¿qué si (lo que solo ella podía saber), aunque el joven irrumpiera violentamente, también fue seducida por su propia lujuria y consintió, y castigándose a sí misma dolió de tal manera que pensó que debía expiarse con la muerte? Aunque ni siquiera así debió matarse, si podía hacer una penitencia fructuosa ante los dioses falsos. Sin embargo, si tal vez es así, y es falso que fueron dos, y solo uno cometió adulterio, sino más bien ambos cometieron adulterio, uno con invasión manifiesta, la otra con consentimiento oculto: no se mató a sí misma inocente, y por eso puede decirse por sus defensores letrados que no está entre los infiernos entre aquellos, «que se dieron muerte a sí mismos inocentes.» Pero esta causa se ve constreñida desde ambos lados, de modo que si se atenúa el homicidio, se confirma el

adulterio; si se purga el adulterio, se acumula el homicidio: y no se encuentra salida alguna, donde se dice, Si fue adulterada, ¿por qué alabada? si fue casta, ¿por qué muerta?

3. Sin embargo, para refutar a aquellos que insultan a las mujeres cristianas capturadas y violadas, alejados de todo pensamiento de santidad, nos basta con el noble ejemplo de esta mujer y con lo que se ha dicho en sus alabanzas: «Eran dos, y solo uno cometió adulterio». Pues Lucrecia fue creída de tal manera que no pudo mancharse con ningún consentimiento adulterino. Así que, al matarse a sí misma porque soportó al adúltero, aunque no fue adulterada, no fue por amor a la castidad, sino por debilidad del pudor. Le avergonzó la deshonra ajena cometida en ella, aunque no con ella; y como mujer romana ávida de alabanza, temió demasiado que se pensara que lo que sufrió violentamente mientras vivía, lo habría sufrido voluntariamente si viviera. Por eso pensó que debía aplicar ese castigo como testigo de su mente ante los ojos de los hombres, a quienes no podía mostrar su conciencia. Se avergonzó de ser considerada cómplice del hecho, si soportaba pacientemente lo que otro había hecho en ella deshonrosamente. No hicieron esto las mujeres cristianas que, habiendo sufrido cosas similares, viven. Sin embargo, no vengaron en sí mismas el crimen ajeno, para no añadir sus propios crímenes a los de otros, si, porque los enemigos cometieron violaciones en ellas por concupiscencia, ellas cometieran homicidios en sí mismas por vergüenza. Pues tienen dentro la gloria de la castidad, el testimonio de la conciencia: lo tienen ante los ojos de su Dios, y no buscan más, donde no tienen más que hacer correctamente; para no desviarse de la autoridad de la ley divina, mientras evitan malamente la ofensa de la sospecha humana.

CAPÍTULO XX.---Que no hay autoridad que otorgue a los cristianos el derecho a la muerte voluntaria en cualquier causa.

Porque no en vano en los santos Libros canónicos no se puede encontrar que se nos haya mandado o permitido divinamente que, ya sea para alcanzar la inmortalidad o para evitar cualquier mal, nos inflijamos la muerte a nosotros mismos. Pues debemos entender que estamos prohibidos, donde la Ley dice: No matarás: especialmente porque no añadió, a tu prójimo: como cuando prohibió el falso testimonio, dijo: No dirás falso testimonio contra tu prójimo (Éxodo XX, 13, 16). Sin embargo, si alguien dijera falso testimonio contra sí mismo, no se consideraría ajeno a este crimen. Porque recibió la regla de amar al prójimo como a sí mismo; ya que está escrito, Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mateo XXII, 39). Por lo tanto, si es igualmente culpable de falso testimonio quien confiesa falsamente sobre sí mismo, como si lo hiciera contra su prójimo; cuando en el precepto que prohíbe el falso testimonio, se prohíbe contra el prójimo, y podría parecer a quienes no entienden correctamente que no está prohibido que alguien sea falso testigo contra sí mismo: cuánto más debe entenderse que no es lícito que un hombre se mate a sí mismo, cuando en lo que está escrito, No matarás, sin añadir nada más, nadie, ni siquiera el que recibe el precepto, se entiende exceptuado. Por lo tanto, algunos intentan extender este precepto incluso a las bestias y al ganado, para que de esto no sea lícito matar a ninguno de ellos. ¿Por qué no entonces también las hierbas, y todo lo que se alimenta y se fija en la tierra? porque este tipo de cosas, aunque no sienten, se dice que viven; y por lo tanto pueden morir; y también, cuando se aplica fuerza, ser matadas. Por eso el Apóstol, cuando hablaba de tales semillas, dijo: Lo que siembras no se vivifica, si no muere (I Cor. XV, 36). Y en el Salmo está escrito: Mató sus vides con granizo (Salmo LXXVII, 47). ¿Acaso por esto, cuando escuchamos, No matarás, consideramos un crimen arrancar un arbusto, y nos adherimos insensatamente al error de los maniqueos? Por lo tanto, eliminando estos delirios, cuando leemos, No matarás, si no lo entendemos dicho de los arbustos, porque no tienen sentido; ni de los animales irracionales, volátiles, acuáticos, terrestres, reptiles, porque no se nos asocian con razón, que

no se les ha dado tener en común con nosotros; por lo que, por la justísima ordenación del Creador, su vida y muerte están sujetas a nuestro uso: queda que entendamos que se dijo de los hombres, No matarás: ni a otro, ni a ti mismo. Porque quien se mata a sí mismo, no mata a otro que a un hombre.

CAPÍTULO XXI.---Sobre las muertes de hombres que están exentas del crimen de homicidio.

Ciertas excepciones ha hecho la misma autoridad divina, para que no sea lícito matar a un hombre. Pero exceptuando a aquellos que Dios manda matar, ya sea por ley dada, o por mandato expreso a una persona por un tiempo: no mata quien debe el ministerio al que manda, como el apoyo de la espada al que la usa: y por eso no actuaron contra este precepto, donde se dijo, No matarás, quienes, con Dios como autor, hicieron guerras, o quienes, llevando la persona de la autoridad pública según sus leyes, es decir, el imperio de la razón justísima, castigaron con la muerte a los criminales. Y Abraham no solo no fue culpado del crimen de crueldad, sino que fue alabado con el nombre de piedad, porque quiso matar a su hijo, no de manera criminal, sino obedientemente (Gén. XXII). Y con razón se pregunta si debe considerarse por mandato de Dios que Jefté mató a su hija, que salió a recibir a su padre, cuando había prometido inmolar a Dios lo que primero le saliera al encuentro al regresar victorioso de la batalla (Jueces XI). Ni Sansón se excusa de otra manera, por haberse aplastado a sí mismo con los enemigos en la ruina de la casa, sino porque el espíritu secretamente lo había ordenado, quien hacía milagros a través de él (Id. XVI, 30). Exceptuando, por lo tanto, a aquellos que la ley justa en general, o el mismo Dios, fuente de justicia, manda matar; quienquiera que mate a un hombre, ya sea a sí mismo o a cualquier otro, está implicado en el crimen de homicidio.

CAPÍTULO XXII.---Que la muerte voluntaria nunca puede pertenecer a la grandeza de ánimo.

1. Y cualquiera que haya perpetrado esto en sí mismo, tal vez sea admirable por la grandeza de ánimo, pero no digno de alabanza por la salud de la sabiduría. Aunque si se consulta la razón más diligentemente, ni siquiera se puede llamar correctamente grandeza de ánimo, donde alguien, no pudiendo soportar las adversidades o los pecados ajenos, se mata a sí mismo. Pues se descubre más bien una mente débil, que no puede soportar la dura servidumbre de su cuerpo, o la necia opinión del vulgo; y con mayor razón debe llamarse grande el ánimo que puede soportar una vida penosa, más que huir de ella; y despreciar el juicio humano, especialmente el vulgar, que a menudo está envuelto en la oscuridad del error, ante la luz y pureza de la conciencia. Por lo tanto, si debe considerarse grande de ánimo cuando un hombre se da muerte a sí mismo, aquel Cleombroto se encuentra más bien en esta grandeza de ánimo; de quien se dice que, después de leer el libro de Platón, donde discutía sobre la inmortalidad del alma, se lanzó desde un muro, y así pasó de esta vida a la que creyó mejor. Pues nada le urgía de calamidad o crimen, ya sea verdadero o falso, que no pudiendo soportar, se quitara la vida; sino que solo la grandeza de ánimo estuvo presente para emprender la muerte, y romper los dulces lazos de esta vida. Sin embargo, lo que hizo fue más grande que bueno, como podría testificarle el mismo Platón, a quien había leído: quien ciertamente habría hecho eso principalmente, o incluso lo habría ordenado; a menos que, con la mente con la que vio la inmortalidad del alma, hubiera juzgado que no debía hacerse, sino incluso prohibirse.

2. [XXIII.] Pero muchos se han matado para no caer en manos de los enemigos. No solo preguntamos si se hizo, sino si debía hacerse. Pues la razón sana debe anteponerse incluso a

los ejemplos, a los cuales también concuerdan los ejemplos, pero aquellos que son tanto más dignos de imitación cuanto más excelentes en piedad. No lo hicieron los Patriarcas, ni los Profetas, ni los Apóstoles: porque el mismo Señor Cristo, cuando les advirtió que, si sufrían persecución, huyeran de ciudad en ciudad (Mateo X, 23), pudo haberles advertido que se quitaran la vida, para no caer en manos de los perseguidores. Pero si Él no ordenó ni aconsejó que de esa manera salieran de esta vida aquellos a quienes prometió prepararles moradas eternas al partir (Juan XIV, 2); cualquiera que sea el ejemplo que opongan las naciones que ignoran a Dios, es evidente que esto no es lícito para quienes adoran al único Dios verdadero.

CAPÍTULO XXIII.---Qué tipo de ejemplo es el de Catón, que se mató a sí mismo, no soportando la victoria de César.

Sin embargo, incluso aquellos, además de Lucrecia, de quien ya hemos dicho lo suficiente, no encuentran fácilmente de cuya autoridad puedan prescribir, excepto a ese Catón, que se mató en Útica: no porque lo hiciera solo, sino porque se consideraba un hombre docto y honesto, para que con razón se piense que lo que hizo pudo haberse hecho correctamente o pueda hacerse. ¿Qué puedo decir principalmente de su acto, sino que sus amigos, incluso algunos hombres doctos, que más prudentemente disuadían de hacerlo, lo consideraron un acto de ánimo más débil que fuerte, lo que demostraría que no era la honestidad evitando lo deshonroso, sino la debilidad no soportando lo adverso? Esto mismo indicó el propio Catón en su queridísimo hijo. Pues si era deshonroso vivir bajo la victoria de César, ¿por qué fue el padre autor de esta deshonra para su hijo, a quien le ordenó esperar todo de la benevolencia de César? ¿Por qué no lo obligó también a él a la muerte? Pues si Torcuato mató laudablemente a su hijo, que había luchado contra el mandato, incluso siendo victorioso; ¿por qué Catón, vencido, perdonó a su hijo vencido, cuando no se perdonó a sí mismo? ¿O acaso era más deshonroso ser victorioso contra el mandato, que soportar al vencedor contra el honor? De ninguna manera, entonces, Catón juzgó que era deshonroso vivir bajo el vencedor César; de lo contrario, con la espada paterna habría liberado a su hijo de esta deshonra. ¿Qué es, entonces, sino que amó tanto a su hijo, a quien esperaba y deseaba que César perdonara, como envidió la gloria de César, para que no se le perdonara también a él, como se dice que dijo el mismo César; o, para decir algo más suavemente, se avergonzó?

CAPÍTULO XXIV.---Que en esa virtud en la que Régulo fue superior a Catón, los cristianos destacan mucho más.

Sin embargo, no quieren estos, contra quienes argumentamos, que prefiramos a Catón al santo Job, quien prefirió soportar tan horrendos males en su carne, que, al infligirse la muerte, carecer de todos los tormentos, ni a otros santos de nuestras Escrituras de suma autoridad y dignísimos de fe, que prefirieron soportar la cautividad y el dominio de los enemigos, que infligirse la muerte; sino que prefiramos a Marco Régulo al mismo Marco Catón de sus propias letras. Pues Catón nunca había vencido a César, a quien, vencido, se negó a someterse, y para no someterse, eligió ser matado por sí mismo: pero Régulo ya había vencido a los cartagineses, y como emperador romano no había obtenido una victoria lamentable de los ciudadanos, sino una victoria laudable de los enemigos; sin embargo, después de ser vencido por ellos, prefirió soportarlos sirviendo, que quitarse la vida muriendo. Por lo tanto, conservó tanto la paciencia bajo el dominio de los cartagineses, como la constancia en el amor de los romanos, ni quitando su cuerpo vencido de los enemigos, ni su alma invicta de los ciudadanos. Y al no querer matarse, no lo hizo por amor a esta vida. Esto lo demostró cuando, por la causa de una promesa y un juramento, regresó sin ninguna duda a los mismos enemigos, a quienes había ofendido más gravemente con palabras en el senado que con armas en la guerra. Por lo tanto, siendo un despreciador tan grande de esta

vida, cuando prefirió terminarla bajo las penas de los enemigos que matarse a sí mismo; sin duda juzgó que era un gran crimen que un hombre se matara a sí mismo. Entre todos sus hombres laudables y distinguidos por las insignias de las virtudes, no presentan a Roma a uno mejor; a quien ni la felicidad corrompió, pues permaneció paupérrimo en tanta victoria; ni la infelicidad quebró, pues regresó intrépido a tan grandes desgracias. Pero si los hombres más valientes y preclaros, defensores de la patria terrenal, y aunque adoradores de dioses falsos, no mentirosos, sino veracísimos juradores, que pudieron herir a los enemigos vencidos según la costumbre y el derecho de la guerra, estos, vencidos por los enemigos, no quisieron herirse a sí mismos; y aunque no temían la muerte, prefirieron soportar a los vencedores como señores, que infligirse la muerte: cuánto más los cristianos, adoradores del verdadero Dios y suspirando por la patria celestial, se abstendrán de este crimen, si la disposición divina los somete a los enemigos para ser probados o corregidos por un tiempo; a quienes en esa humildad no abandona, quien por ellos vino tan humildemente, el Altísimo; especialmente a quienes no constriñen las leyes de ningún poder militar o de tal milicia, para herir al enemigo vencido. [XXV.] ¿Quién, entonces, es tan malvado error que se infiltra, para que un hombre se mate a sí mismo, ya sea porque el enemigo pecó contra él, o para que no peque contra él; cuando no se atreve a matar al enemigo pecador o que va a pecar?

CAPÍTULO XXV.---Que el pecado no debe evitarse mediante el pecado.

Pero temen y evitan, dicen, que el cuerpo sometido a la lujuria del enemigo, con la más seductora voluptuosidad, atraiga al alma a consentir en el pecado. Por lo tanto, dicen, no ya por el pecado ajeno, sino por su propio pecado, antes de que alguien lo cometa, debe matarse a sí mismo. De ninguna manera hará esto el alma, para consentir en la lujuria de su carne excitada por la lujuria ajena, que está sujeta a Dios y a su sabiduría, más que a la concupiscencia de la carne. Sin embargo, si es un acto detestable y un crimen condenable, incluso matar a un hombre a sí mismo, como proclama la verdad manifiesta; ¿quién es tan insensato que diga, Pequemos ahora, para que no pequemos después; cometamos ahora un homicidio, para que no caigamos en adulterio después? ¿No es mejor, si tanto domina la iniquidad, que se elijan no la inocencia, sino más bien los pecados, que un adulterio futuro incierto, que un homicidio presente cierto? ¿No es mejor cometer un escándalo que pueda ser sanado con arrepentimiento, que un crimen donde no se deja lugar para un arrepentimiento saludable? Digo esto por aquellos que, no por evitar el pecado ajeno, sino por evitar su propio pecado, para que no consientan en su propia lujuria excitada por la lujuria ajena, piensan que deben infligirse la muerte. Sin embargo, que esté lejos de la mente cristiana, que confía en su Dios, y en quien, puesta su esperanza, se apoya en su ayuda; que esté lejos, digo, que tal mente ceda al consentimiento de la deshonra por cualquier voluptuosidad de la carne. Porque si esa desobediencia concupiscente, que aún habita en los miembros mortales, se mueve contra la ley de nuestra voluntad como si fuera por su propia ley; cuánto más está sin culpa en el cuerpo de quien no consiente, si está sin culpa en el cuerpo de quien duerme.

CAPÍTULO XXVI.---Sobre aquellas cosas que no es lícito hacer, cuando se sabe que han sido hechas por santos, cómo deben ser creídas.

Pero algunas santas mujeres, dicen, en tiempo de persecución, para evitar a los perseguidores de su castidad, se arrojaron al río que las iba a arrastrar y matar; y de esa manera murieron, y sus martirios son celebrados con veneración en la Iglesia católica. No me atrevo a juzgar temerariamente sobre esto. Pues no sé si la autoridad divina persuadió a la Iglesia con algunos testimonios dignos de fe, para que honre así su memoria: y puede ser que así sea. ¿Qué si lo hicieron, no engañadas humanamente, sino mandadas divinamente; no errando, sino obedeciendo? como de Sansón no nos es lícito creer otra cosa. Pero cuando Dios manda,

y manifiesta sin ambigüedades que manda; ¿quién llamará crimen a la obediencia? ¿quién acusará de impiedad el cumplimiento del mandato? Pero no por eso, sin crimen, hace quienquiera que decida inmolar a su hijo, porque Abraham lo hizo laudablemente. Pues también el soldado, cuando obedeciendo a la potestad bajo la cual está legítimamente constituido, mata a un hombre, no es culpable de homicidio por ninguna ley de su ciudad; más bien, si no lo hace, es culpable de deserción y desprecio del mandato. Pues si lo hace por su propia voluntad y autoridad, cae en el crimen de derramamiento de sangre humana. Por lo tanto, de donde se le castiga si lo hace sin mandato, de ahí se le castigará si no lo hace con mandato. Pues si es así con el mandato del emperador, cuánto más con el mandato del Creador. Por lo tanto, quien escucha que no es lícito matarse a sí mismo, que lo haga si lo manda aquel cuyos mandatos no es lícito despreciar: solo que vea si el mandato divino no vacila en ninguna incertidumbre. Nosotros apelamos a la conciencia a través del oído, no usurpamos el juicio de lo oculto. Nadie sabe lo que sucede en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él (I Cor. II, 11). Esto decimos, esto afirmamos, esto aprobamos de todas las maneras, que nadie debe infligirse la muerte voluntaria, como huyendo de las molestias temporales, para no caer en las perpetuas: nadie por los pecados ajenos, para no comenzar a tener este gravísimo propio, que no lo contaminaba el ajeno: nadie por sus pecados pasados, para los cuales más bien necesita esta vida, para que puedan ser sanados con arrepentimiento: nadie como deseando una vida mejor, que se espera después de la muerte; porque una vida mejor después de la muerte no recibe a los culpables de su propia muerte.

CAPÍTULO XXVII.---Si para evitar el pecado debe buscarse la muerte voluntaria.

Queda una causa de la que había comenzado a hablar, por la cual se considera útil que alguien se quite la vida, a saber, para no caer en pecado, ya sea por el placer seductor o por el dolor violento. Si quisiéramos aceptar esta causa, llegaría al punto de que se debería exhortar a las personas a quitarse la vida cuando, lavados por el baño de la santa regeneración, han recibido la remisión de todos los pecados. Pues entonces es el momento de evitar todos los pecados futuros, cuando todos los pasados han sido borrados. Si esto se hace correctamente con la muerte voluntaria, ¿por qué no se hace entonces principalmente? ¿Por qué el bautizado se perdona a sí mismo? ¿Por qué, una vez liberada la cabeza, se expone de nuevo a tantos peligros de esta vida, cuando es de tan fácil poder evitarlo todo con la muerte autoimpuesta, estando escrito: "El que ama el peligro, en él caerá" (Eclo. III, 27)? ¿Por qué, entonces, se aman tantos y tan grandes peligros, o al menos, aunque no se amen, se asumen, cuando permanece en esta vida quien puede abandonarla? ¿O acaso una perversidad tan insulsa trastorna el corazón y lo aparta de la consideración de la verdad, que si alguien debe matarse para no caer en pecado bajo el dominio de un solo captor, considera que debe vivir para soportar el mundo mismo, lleno de tentaciones a todas horas, y tales como se temen bajo un solo señor, y de innumerables otros, sin los cuales esta vida no se lleva? ¿Qué razón hay, entonces, para que consumamos tiempo en esas exhortaciones, en las que, al hablar a los bautizados, nos esforzamos por encenderlos, ya sea hacia la integridad virginal, la continencia de las viudas, o la misma fidelidad del lecho conyugal; cuando tenemos mejores y más alejados de todos los peligros de pecar, atajos, para que, a quienes después de la remisión más reciente de los pecados podamos persuadir de tomar la muerte y aplicársela a sí mismos, los enviemos al Señor más sanos y puros? Pero si alguien piensa que esto debe emprenderse y aconsejarse, no digo que es insensato, sino que está loco: ¿con qué cara le dice a un hombre: "Mátate, para que no añadas a tus pequeños pecados uno más grave, mientras vives bajo un señor de costumbres bárbaras e impúdicas", quien no puede sino decir de manera criminal: "Mátate, absuelto de todos tus pecados, para que no cometas de nuevo tales o incluso peores; mientras vives en un mundo seductor con tantas impuras voluptuosidades,

tantas nefandas crueldades, tantos errores y terrores enemigos"? Porque es un crimen decir esto, es ciertamente un crimen matarse. Pues si pudiera haber alguna causa justa para hacer esto voluntariamente, sin duda no sería más justa que esta. Pero como esta no lo es, entonces no hay ninguna.

CAPÍTULO XXVIII.---Con qué juicio de Dios se ha permitido que la libido hostil peque en los cuerpos de los continentes.

1. No os sea, pues, tediosa vuestra vida, oh fieles de Cristo, si vuestra castidad ha sido objeto de burla por parte de los enemigos. Tenéis un gran y verdadero consuelo, si conserváis una conciencia fiel, de no haber consentido en los pecados de aquellos que han sido permitidos pecar contra vosotros. [XXVIII.] Pero si acaso os preguntáis por qué se les permitió, la providencia del Creador del mundo y Gobernador es profunda, y sus juicios son inescrutables, y sus caminos son ininvestigables (Rom. XI, 33). Sin embargo, preguntad fielmente a vuestras almas, no sea que os hayáis enorgullecido excesivamente de este bien de la integridad y la continencia o la castidad, y os hayáis deleitado con alabanzas humanas, envidiando incluso a algunos en esto. No acuso lo que no sé, ni escucho lo que vuestros corazones interrogados os responden. Sin embargo, si responden que así es, no os sorprendáis de haber perdido aquello con lo que deseabais agradar a los hombres; y de que os haya quedado aquello que no puede mostrarse a los hombres. Si no consentisteis en pecar, la gracia divina, para que no se perdiera, añadió su ayuda divina; a la gloria humana, para que no se amara, sucedió la deshonra humana. Consolaos en ambos casos, pusilánimes; probadas allí, castigadas aquí; justificadas allí, corregidas aquí. Pero aquellas cuyos corazones interrogados responden que nunca se enorgullecieron del bien de la virginidad o la viudez o la castidad conyugal, sino que consintieron con los humildes (Rom. XII, 16) y se regocijaron con temblor por el don de Dios, sin envidiar a nadie la excelencia de la santidad y la castidad; sino que, dejando de lado la alabanza humana, que suele ser mayor cuanto más raro es el bien que exige alabanza, desearon más bien que su número fuera mayor, que ellas mismas destacaran más en la escasez: ni siquiera estas, que son así, si alguna de ellas también fue sometida por la libido bárbara, deben quejarse de que esto se les permitió; ni deben creer que Dios descuida estas cosas, porque permite lo que nadie comete impunemente. Pues algunos pesos de malas pasiones se relajan por un juicio divino presente oculto, y se reservan para el último manifiesto. Quizás, sin embargo, estas que son bien conscientes de no haberse enorgullecido de este bien de la castidad, y sin embargo han sufrido la violencia hostil en la carne, tenían alguna debilidad latente, que podría elevarse a la soberbia, si hubieran escapado de esta humillación en aquella devastación. Así como algunos fueron arrebatados por la muerte, para que la malicia no cambiara su entendimiento (Sab. IV, 11); así algo fue arrebatado de estas por la fuerza, para que la prosperidad no cambiara su modestia. Por lo tanto, a ambas, que de su carne, que no había sufrido contacto vergonzoso de nadie, o ya se enorgullecían, o podrían enorgullecerse, si no hubieran sido tocadas por la violencia de los enemigos, no se les quitó la castidad, sino que se les persuadió la humildad: a las de la hinchazón inminente se les socorrió, a las de la inminente se les previno.

2. Aunque tampoco debe callarse que a algunas que han sufrido esto, pudo parecerles que el bien de la continencia debía contarse entre los bienes corporales, y que permanecía si el cuerpo no era tocado por la libido de nadie; pero no estaba puesto en la sola fuerza de voluntad ayudada divinamente, para que el cuerpo y el espíritu fueran santos; ni era un bien tal que no pudiera ser arrebatado contra la voluntad: tal error quizás les fue quitado. Pues cuando piensan con qué conciencia han servido a Dios, y con fe inquebrantable no piensan que Él, a quien así servían e invocaban, pudiera de ninguna manera abandonarlos; y no pueden dudar de cuánto le agrada la castidad: ven que es consecuente que Él de ninguna

manera hubiera permitido que esto sucediera a sus santos, si de esa manera pudiera perecer la santidad que les confirió y ama en ellos.

CAPÍTULO XXIX.---Qué debe responder la familia de Cristo a los infieles, cuando reprochan que Cristo no la liberó de la furia de los enemigos.

Tiene, pues, toda la familia del sumo y verdadero Dios su consuelo, no engañoso, ni puesto en la esperanza de cosas inestables o pasajeras; y tampoco debe lamentarse de la vida temporal misma, en la que se educa para la eterna, y usa los bienes terrenales como peregrina, sin quedar atrapada, y con los males se prueba o se corrige. Pero aquellos que se burlan de su prueba, y le dicen, cuando acaso ha caído en algún mal temporal, "¿Dónde está tu Dios?" (Sal. XLI, 4), que ellos mismos digan dónde están sus dioses, cuando sufren tales cosas, para evitar las cuales los adoran o sostienen que deben ser adorados. Pues ella responde: Mi Dios está presente en todas partes, todo en todas partes, en ninguna parte encerrado, que pueda estar presente en secreto, ausente no movido: cuando me agita con cosas adversas, o examina méritos, o castiga pecados, y me guarda una recompensa eterna por los males temporales soportados piadosamente: pero vosotros, ¿quiénes sois, con quienes sea digno hablar siquiera de vuestros dioses, cuánto menos de mi Dios, que es terrible sobre todos los dioses; porque los dioses de las naciones son demonios, pero el Señor hizo los cielos (Sal. XCV, 4, 5)?

CAPÍTULO XXX.---Qué vergonzosas prosperidades desean aquellos que se quejan de los tiempos cristianos.

Si aquel Nasica, vuestro Scipio, alguna vez pontífice, viviera, a quien bajo el terror de la guerra púnica, cuando se buscaba un hombre óptimo para recibir los sagrados frigios, todo el senado eligió, cuyo rostro tal vez no osaríais mirar, él os detendría de esta impudencia. Pues, ¿por qué os quejáis de los tiempos cristianos, afligidos por cosas adversas, sino porque deseáis tener vuestra lujuria segura, y con costumbres perdidísimas fluir sin ninguna aspereza de molestias? Pues no deseáis tener paz y abundar en todo tipo de riquezas para usar bien estos bienes, es decir, con modestia, sobriedad, templanza, piedad; sino para que una infinita variedad de placeres se busque con insanas efusiones, y de las cosas prósperas surjan males en las costumbres, peores que los enemigos furiosos. Pero aquel Scipio, vuestro pontífice máximo, aquel elegido por el juicio de todo el senado sin discrepancia de opiniones como el mejor hombre, temiendo esta calamidad para vosotros, no quería que la rival del imperio romano, Cartago, fuera destruida, y se oponía a Catón, que decretaba que fuera destruida, temiendo para los ánimos débiles al enemigo, la seguridad; y viendo necesario el terror como un tutor adecuado para los ciudadanos menores. Y no le falló su opinión: se probó con hechos cuán verdadero era lo que decía. Pues destruida Cartago, habiendo sido alejado y extinguido un gran terror de la república romana, siguieron inmediatamente tantos males surgidos de las cosas prósperas, que, corrompida y rota la concordia, primero con crueles y sangrientas sediciones, luego con la conexión de malas causas, incluso con guerras civiles, se produjeron tales matanzas, se derramó tanta sangre, y con tal avidez de proscripciones y saqueos ardió la inhumanidad, que aquellos romanos que con vida más íntegra temían los males de los enemigos, habiendo perdido la integridad de vida, sufrieron cosas más crueles de los ciudadanos: y esa misma libido de dominar, que entre otros vicios del género humano estaba más pura en todo el pueblo romano, después de que venció en unos pocos más poderosos, aplastó y fatigó a los demás, incluso oprimiéndolos con el yugo de la servidumbre.

CAPÍTULO XXXI.---Con qué grados de vicios creció en los romanos el deseo de reinar.

Pues, ¿cuándo descansaría en mentes tan soberbias, hasta que, con honores continuados, llegara al poder real? Pero no habría posibilidad de continuar los honores, si no prevaleciera la ambición. Y no prevalecería la ambición, si no estuviera corrompido el pueblo por la avaricia y la lujuria. Pero un pueblo avaro y lujurioso fue hecho por las cosas prósperas, que Nasica aquel consideraba prudentemente que debían evitarse, cuando no quería que se quitara la ciudad enemiga más grande, más fuerte, más opulenta; para que el temor reprimiera la lujuria, la lujuria reprimida no se desbordara, y con la lujuria contenida, la avaricia no se extendiera: cerrados estos vicios, floreciera y creciera la virtud útil para la ciudad, y permaneciera la libertad adecuada para esa virtud. De aquí también venía, y de este amor providente por la patria, que el mismo pontífice máximo vuestro, elegido por el senado de aquel tiempo (lo cual debe decirse a menudo) sin ninguna discrepancia de opiniones como el mejor hombre, detuvo al senado que intentaba construir un teatro, y lo persuadió con un discurso muy grave, para que no permitieran que la lujuria griega se infiltrara en las costumbres viriles de la patria, y consintieran en la nequicia extranjera para debilitar y socavar la virtud romana: y tanto valió su autoridad, que conmovida por sus palabras, la providencia senatorial prohibió en adelante que se colocaran incluso los asientos, que ya la ciudad había comenzado a usar en el espectáculo de los juegos, apilados por un momento. Con cuánto empeño habría eliminado él mismo los juegos escénicos de la ciudad de Roma, si se atreviera a resistir la autoridad de aquellos a quienes consideraba dioses; que no entendía que eran demonios nocivos, o si lo entendía, pensaba que debían ser aplacados más bien que despreciados. Pues aún no había sido declarada a las naciones la doctrina suprema, que purificando el corazón con fe, para alcanzar las cosas celestiales o supercelestiales, cambiara el afecto humano con humilde piedad, y liberara del dominio de los demonios soberbios.

CAPÍTULO XXXII.---De la institución de los juegos escénicos.

Sin embargo, sabed, los que no sabéis estas cosas; y vosotros que fingís no saber, prestad atención, que murmuráis contra el libertador de tales señores: los juegos escénicos, espectáculos de torpezas y licencia de vanidades, no fueron instituidos en Roma por los vicios de los hombres, sino por las órdenes de vuestros dioses. Sería más tolerable que rindierais honores divinos a aquel Scipio, que adorarais a tales dioses: pues no eran aquellos dioses mejores que su pontífice. He aquí, prestad atención, si una mente tan embriagada por errores durante tanto tiempo os permite considerar algo sano. Los dioses, para calmar la pestilencia de los cuerpos, ordenaban que se les exhibieran juegos escénicos; pero el pontífice, para evitar la pestilencia de las almas, prohibía construir la escena. Si anteponéis el alma al cuerpo con alguna luz de mente, elegid a quién adoráis. Pues aquella pestilencia de los cuerpos no cesó porque al pueblo belicoso y acostumbrado antes solo a los juegos circenses se le introdujera la delicada locura de los juegos escénicos: sino que la astucia de los espíritus impíos, previendo que aquella pestilencia ya cesaría en su debido fin, se preocupó de introducir otra mucho más grave, que mucho le agrada, no a los cuerpos, sino a las costumbres, con esta ocasión; que cegó a las almas de los miserables con tales tinieblas, las desfiguró con tal deformidad, que incluso ahora (lo cual tal vez será increíble si lo oyen nuestros descendientes), con la ciudad de Roma devastada, aquellos poseídos por esta pestilencia, y que pudieron llegar a Cartago huyendo de allí, en los teatros diariamente competían en locura por los actores.

CAPÍTULO XXXIII.---De los vicios de los romanos, que la destrucción de la patria no corrigió.

¡Oh mentes insensatas! ¿Qué es esta locura tan grande, no error, sino furor, que vuestra ruina (como hemos oído) llorada por los pueblos orientales, y con las mayores ciudades en tierras

remotas llevando luto y dolor público, vosotros buscabais, entrabais, llenabais los teatros, y los hacíais mucho más insanos de lo que habían sido antes? Esta mancha y peste de las almas, esta subversión de la probidad y la honestidad, os temía aquel Scipio, cuando prohibía construir teatros, cuando veía que fácilmente podríais ser corrompidos y subvertidos por las cosas prósperas, cuando no quería que estuvierais seguros del terror hostil. Pues no consideraba él que la república fuera feliz con las murallas en pie, pero con las costumbres en ruinas. Pero en vosotros prevaleció más lo que los demonios impíos sedujeron, que lo que los hombres prudentes previeron. De aquí es que no queréis que se os impute a vosotros los males que hacéis; pero imputáis a los tiempos cristianos los males que sufrís. Pues no buscáis en vuestra seguridad una república pacífica, sino una lujuria impune, que corrompidos por las cosas prósperas, no pudisteis corregir con las adversas. Aquel Scipio quería que os atemorizara el enemigo, para que no fluyerais en lujuria; vosotros, ni siquiera aplastados por el enemigo, reprimisteis la lujuria: perdisteis la utilidad de la calamidad, y os hicisteis miserables, y permanecisteis pésimos.

CAPÍTULO XXXIV.---De la clemencia de Dios, que moderó la destrucción de la ciudad.

Y sin embargo, el hecho de que viváis, es de Dios; que os perdona, os advierte para que os corrijáis arrepintiéndoos; que incluso a vosotros ingratos os concedió que bajo el nombre de sus siervos, o en los lugares de sus mártires, evitarais las manos hostiles. [XXXIV.] Se dice que Rómulo y Remo establecieron un asilo, al que cualquiera que huyera, quedaría libre de toda culpa, buscando aumentar la multitud de la ciudad que se iba a crear. Un ejemplo admirable precedió en honor de Cristo. Esto establecieron los destructores de la ciudad, lo que antes habían establecido los fundadores. ¿Y qué gran cosa es, si hicieron esto para que se supliera el número de sus ciudadanos, lo que hicieron estos para que se preservara la multitud de sus enemigos?

CAPÍTULO XXXV.---De los hijos de la Iglesia ocultos entre los impíos, y de los falsos cristianos dentro de la Iglesia.

Estas y tales cosas, si se puede más abundantemente y convenientemente, responda a sus enemigos la familia redimida del Señor Cristo, y la ciudad peregrina del rey Cristo. [XXXV.] Recuerde ciertamente, que entre esos enemigos se ocultan futuros ciudadanos, para que no considere infructuoso incluso entre ellos lo que, hasta que llegue a los confesos, lleva a los hostiles, como también del número de ellos la ciudad de Dios tiene consigo, mientras peregrina en el mundo, conectados por la comunión de los Sacramentos, que no estarán con ella en la suerte eterna de los santos; que están en parte en oculto, en parte en abierto; que incluso con esos enemigos no dudan en murmurar contra Dios, cuyo sacramento llevan, a veces llenando con ellos los teatros, a veces las iglesias con nosotros. Pero de la corrección de algunos incluso de tales, mucho menos debe desesperarse, si entre los adversarios más abiertos se ocultan amigos predestinados, aún desconocidos incluso para sí mismos. Pues estas dos ciudades están entrelazadas en este siglo, y mezcladas entre sí, hasta que sean separadas por el juicio final: de cuyo origen y progreso y debidos fines, lo que creo que debe decirse, cuanto Dios me ayude, lo expondré, para la gloria de la ciudad de Dios, que brillará más claramente comparada con las cosas contrarias.

CAPÍTULO XXXVI.---De qué causas se tratará en la siguiente discusión.

Pero aún debo decir algunas cosas contra aquellos que atribuyen las calamidades de la república romana a nuestra religión, por la cual se les prohíbe sacrificar a sus dioses. Pues deben recordarse las cosas y cuántas pudieron haber ocurrido, o parecerán suficientes, los

males que esa ciudad sufrió, o las provincias pertenecientes a su imperio, antes de que sus sacrificios fueran prohibidos: todo lo cual sin duda nos atribuirían, si ya su religión fuera clara para ellos, o si ya se les prohibiera de sus sagrados sacrílegos. Luego se debe mostrar qué costumbres de ellos, y por qué razón el verdadero Dios se dignó ayudar a aumentar el imperio, en cuyo poder están todos los reinos; y cuánto no les ayudaron aquellos a quienes consideran dioses, sino más bien cuánto les dañaron engañando y engañando. Finalmente, se hablará contra aquellos que, refutados y convictos por pruebas clarísimas, intentan afirmar que los dioses deben ser adorados no por la utilidad de la vida presente, sino por la que será después de la muerte. Esta cuestión, a menos que me equivoque, será mucho más laboriosa, y digna de una discusión más elevada; para que también se discuta contra los filósofos en ella, no cualquiera, sino aquellos que son claros con la gloria más excelente entre ellos, y sienten muchas cosas con nosotros, a saber, sobre la inmortalidad del alma, y que el verdadero Dios creó el mundo, y sobre su providencia, por la cual gobierna todo lo que creó. Pero como también ellos deben ser refutados en aquellas cosas que sienten contra nosotros; no debemos faltar a este deber: para que, refutadas las impías contradicciones por las fuerzas que Dios impartirá, afirmemos la ciudad de Dios, y la verdadera piedad, y el culto de Dios, en el cual solo se promete verdaderamente la bienaventuranza sempiterna. Este, pues, sea el fin de este volumen, para que en adelante tomemos el comienzo dispuesto de otro.

LIBRO SEGUNDO. En el cual, comenzando la discusión sobre los males que antes de Cristo, con el culto de los falsos dioses vigente, sufrieron Roma, se demuestra primero que no fueron liberados, sino más bien acumulados, por los males de las costumbres y los vicios del alma, procurados por los falsos dioses.

CAPÍTULO PRIMERO.---Del modo que debe aplicarse a la necesidad de la discusión.

Si el sentido de la verdad evidente no se viera obstaculizado por la débil percepción de la costumbre humana, sino que se sometiera a la doctrina saludable como a un remedio, hasta que con la ayuda divina, obtenida por la fe de la piedad, se curara; no sería necesario mucho discurso para convencer a cualquiera del error de una opinión vana, a aquellos que piensan correctamente y explican sus pensamientos con palabras suficientes. Pero ahora, dado que la enfermedad de los insensatos es mayor y más grave, por la cual sus movimientos irracionales persisten incluso después de que se les ha dado una razón completa, tanto como un hombre puede dar a otro, ya sea por una ceguera excesiva, que no les permite ver lo evidente, o por una obstinada terquedad, que no les permite aceptar lo que ven, como si defendieran la misma razón y verdad: surge la necesidad de hablar extensamente sobre cosas claras, como si las presentáramos a aquellos que no las ven, no para que las miren, sino para que las toquen de alguna manera palpando y entrecerrando los ojos. Y sin embargo, ¿cuál será el fin de la discusión y el límite del discurso, si siempre pensamos que debemos responder a los que responden? Porque aquellos que no pueden entender lo que se dice, o son tan duros de mente que, incluso si lo entienden, no obedecen; responden, como está escrito, y hablan iniquidad (Salmo 93, 4), y son incansablemente vanos. Si quisiéramos refutar sus palabras contrarias tantas veces como con obstinación decidieran no preocuparse por lo que dicen, siempre que contradigan de alguna manera nuestras discusiones; ves cuán infinito, penoso e infructuoso sería. Por lo tanto, ni a ti mismo, mi hijo Marcelino, ni a otros, a quienes nuestro trabajo sirve útil y generosamente en la caridad de Cristo, quisiera que juzgaran mis escritos aquellos que siempre desean una respuesta, cuando oyen que se contradice algo de lo que se lee; para que no se vuelvan semejantes a esas mujercillas que menciona el Apóstol, siempre aprendiendo y nunca llegando al conocimiento de la verdad (II Tim. III, 7).

CAPÍTULO II.---De lo que se ha tratado en el primer volumen.

En el libro anterior, cuando comencé a hablar de la ciudad de Dios, de donde se tomó en manos toda esta obra con su ayuda; me encontré con que debía responder primero a aquellos que atribuyen estas guerras, por las cuales este mundo es devastado, y especialmente la reciente devastación de la ciudad de Roma por los bárbaros, a la religión cristiana, que les prohíbe servir a los demonios con sacrificios impíos: cuando más bien deberían atribuir esto a Cristo, porque por su nombre, contra la costumbre y el modo de las guerras, los bárbaros les ofrecieron lugares religiosos y amplios donde refugiarse; y en muchos casos honraron el servicio dedicado a Cristo, no solo verdadero, sino también fingido por temor, de tal manera que lo que se les podría haber hecho por derecho de guerra, juzgaron que era ilícito para ellos. De ahí surgió la cuestión de por qué estos beneficios divinos también llegaron a los impíos e ingratos; y por qué esas mismas durezas, que se hicieron hostilmente, afligieron por igual a los piadosos con los impíos. Esta cuestión, extendida por muchas cosas (pues en todos los beneficios cotidianos de Dios o en las calamidades humanas, que a menudo ocurren mezcladas e indiscriminadamente a los que viven bien y a los que viven mal, suele mover a muchos), me detuve un poco para resolverla según la necesidad de la obra emprendida; especialmente para consolar a las santas mujeres y piadosamente castas, en las que el enemigo perpetró algo que causó dolor de vergüenza, aunque no quitó la firmeza de la castidad; para que no se arrepientan de vidas de las que no hay motivo para arrepentirse de maldad. Luego dije algunas cosas contra aquellos que, con la más impúdica insolencia, atacan a los cristianos afectados por esas adversidades, y especialmente la vergüenza de las mujeres humilladas, aunque castas y santas, siendo ellos mismos los más malvados e irreverentes, muy degenerados de aquellos mismos romanos, de los cuales se alaban muchas cosas ilustres y se celebran en la memoria de las letras, y de hecho, muy contrarios a la gloria de aquellos. Pues Roma, ganada y aumentada por los trabajos de los antiguos, la habían hecho más fea en pie que en ruinas: ya que en su ruina cayeron piedras y maderas, pero en la vida de estos cayeron todas las defensas y ornamentos, no de los muros, sino de las costumbres; mientras que sus corazones ardían con deseos más funestos que los incendios que quemaban los techos de aquella ciudad. Dicho esto, terminé el primer libro. En adelante, me propuse hablar de los males que esa ciudad ha sufrido desde su origen, ya sea en sí misma, ya en las provincias que ya le estaban sometidas: todo lo cual atribuirían a la religión cristiana, si ya entonces resonara la doctrina evangélica con libre testimonio contra sus dioses falsos y engañosos.

CAPÍTULO III.---De la historia que se debe asumir para mostrar qué males les sucedieron a los romanos cuando adoraban a los dioses, antes de que la religión cristiana creciera.

Recuerda, sin embargo, que al mencionar estas cosas, todavía estoy actuando contra los ignorantes, de cuya ignorancia también surgió el proverbio vulgar: Falta la lluvia, culpa de los cristianos. Pues hay quienes, instruidos en estudios liberales, aman la historia, por la cual conocen fácilmente estas cosas: pero para hacernos más odiosos a las multitudes ignorantes, fingen no saberlo; y se esfuerzan por confirmar entre el vulgo que las calamidades que deben afligir al género humano a intervalos determinados de lugares y tiempos, ocurren por causa del nombre cristiano, que se difunde con gran fama y celebridad por todas partes. Que recuerden entonces con nosotros, antes de que Cristo viniera en carne, antes de que su nombre se diera a conocer a los pueblos con esa gloria que en vano envidian, cuántas calamidades han afligido de múltiples y variadas maneras a los asuntos romanos; y en estas defiendan, si pueden, a sus dioses, si se les adora para que sus adoradores no sufran tales males, de los cuales, si ahora han sufrido algo, insisten en que se nos debe culpar. ¿Por qué permitieron que sucedieran estas cosas a sus adoradores, antes de que el nombre de Cristo, ya declarado, los ofendiera y prohibiera sus sacrificios?

CAPÍTULO IV.---Que los adoradores de los dioses nunca recibieron de sus dioses preceptos de probidad, y que en sus ritos celebraban cosas vergonzosas.

Primero, ¿por qué sus dioses no se preocuparon de que no tuvieran las peores costumbres? Porque el verdadero Dios, con razón, descuidó a aquellos que no lo adoraban; pero esos dioses, de cuyo culto los hombres ingratos se quejan de ser prohibidos, ¿por qué no ayudaron a sus adoradores con leyes para vivir bien? Sin duda, era digno que así como estos cuidaban de sus ritos, así aquellos cuidaran de sus acciones. Pero se responde que cada uno es malo por su propia voluntad. ¿Quién negará esto? Sin embargo, correspondía a los dioses consultores no ocultar a sus pueblos adoradores los preceptos de la buena vida, sino proporcionarlos con clara predicación; incluso a través de vates, convenir y reprender a los pecadores; amenazar abiertamente con castigos a los que obran mal, prometer recompensas a los que viven rectamente. ¿Alguna vez resonó algo así en los templos de esos dioses con voz clara y eminente? También nosotros, en nuestra juventud, acudíamos a veces a los espectáculos y burlas de sacrilegios; observábamos a los poseídos, escuchábamos a los músicos; nos deleitábamos con los juegos más vergonzosos, que se ofrecían a los dioses y diosas, a la Virgen Celestial, y a la madre de todos, Berecintia: ante cuya litera, en el día solemne de su lavatorio, se cantaban públicamente por los actores más viles cosas tales que no solo no convenían a la madre de los dioses, sino que no convenían a la madre de ningún senador o de cualquier hombre honesto, ni siquiera a la madre de los mismos actores. Pues la vergüenza humana tiene algo hacia los padres que ni siquiera la misma maldad puede quitar. Por tanto, esa obscenidad de palabras y hechos indecentes, los mismos actores se avergonzarían de representarla en sus casas ante sus madres como ensayo, pero la representaban públicamente ante la madre de los dioses, con la multitud más numerosa de ambos sexos mirando y escuchando. Si la curiosidad la atrajo a asistir rodeada, al menos la ofensa a la castidad debería haberla hecho retirarse avergonzada. ¿Qué son los sacrilegios, si esos son ritos? ¿O qué contaminación, si eso es lavatorio? Y estos se llamaban Fercula, como si se celebrara un banquete en el que los inmundos demonios se alimentaran de sus manjares. Pues ¿quién no siente qué tipo de espíritus se deleitan con tales obscenidades, a menos que no sepa si hay espíritus inmundos que engañan con el nombre de dioses, o viva de tal manera que prefiera tener a estos propicios que al verdadero Dios, y los tema enojados?

CAPÍTULO V.---De las obscenidades con las que la Madre de los dioses era honrada por sus adoradores.

De ninguna manera a estos, que se deleitan más en los vicios de la costumbre más flagitiosa que en luchar contra ellos, sino al mismo Nasica Escipión, quien fue elegido por el senado como el mejor hombre, en cuyas manos fue recibido el simulacro de ese mismo demonio, y llevado a la ciudad, quisiera tener como juez en este asunto. Nos diría si querría que su madre mereciera tan bien de la república que se le decretaran honores divinos: como consta que tanto los griegos como los romanos y otras naciones han decretado a ciertos mortales, cuyos beneficios hacia ellos valoraban mucho, y creían que se habían hecho inmortales y recibidos en el número de los dioses. Sin duda, él desearía tal felicidad para su madre, si fuera posible. Pero si luego le preguntáramos si querría que entre sus honores divinos se celebraran esas cosas vergonzosas; ¿no clamaría que preferiría que su madre yaciera muerta sin ningún sentido, que vivir como diosa para escuchar eso con gusto? Lejos de que un senador del pueblo romano, dotado de tal mente, que prohibió construir un teatro en la ciudad de hombres valientes, quisiera que su madre fuera adorada de tal manera que se le propiciara con tales ritos, con los que una matrona se ofendería si se le dirigieran como insultos. Y de ninguna manera creería que la vergüenza de una mujer laudable se transformaría en lo contrario por la

divinidad, de modo que sus adoradores la invocaran con tales honores, con los que, si se le lanzaran como insultos a alguien cuando vivía entre los hombres, a menos que cerrara los oídos y se retirara, se avergonzarían por ella tanto los parientes, como el marido, y los hijos. Por tanto, una madre de los dioses tal, que avergonzaría a cualquier hombre, incluso al más vil, de tener como madre, buscó un hombre óptimo para ocupar las mentes romanas, no para hacerlo aconsejando y ayudando, sino para engañarlo y atraparlo, semejante a aquella de la que está escrito: La mujer atrapa las preciosas almas de los hombres (Prov. VI, 26): para que aquel gran ánimo, sublimado por este testimonio divino, y creyéndose verdaderamente óptimo, no buscara la verdadera piedad y religión, sin la cual todo ingenio, por muy loable que sea, se desvanece y cae en la vanidad de la soberbia. ¿Cómo, pues, no buscaría insidiosamente esa diosa a un hombre óptimo, cuando busca tales cosas en sus ritos, que los hombres óptimos aborrecen que se les apliquen en sus banquetes?

CAPÍTULO VI.---Que los dioses de los paganos nunca sancionaron una doctrina de buena vida.

De aquí que no se preocuparon por la vida y las costumbres de las ciudades y pueblos que los adoraban, permitiendo sin ninguna prohibición terrible suya que se llenaran de males tan horrendos y detestables, no en el campo y las viñas, no en la casa y el dinero, ni siquiera en el mismo cuerpo, que está sujeto a la mente, sino en la misma mente, en el mismo rector del cuerpo, el alma, y se volvieran pésimos. O si los prohibían, que esto se muestre más bien, que esto se pruebe. Y no nos hablen de susurros exhalados a los oídos de unos pocos y transmitidos como un secreto con una especie de religión, por los cuales se aprenda la probidad y la castidad de la vida: sino que se demuestren o se mencionen lugares consagrados alguna vez a tales reuniones, no donde se representaran juegos con las voces y movimientos obscenos de los actores, ni donde se celebraran las Fugalia con toda licencia de obscenidades (y verdaderamente Fugalia, pero de pudor y honestidad); sino donde los pueblos escucharan lo que los dioses ordenaban sobre la contención de la avaricia, la ruptura de la ambición, el freno de la lujuria; donde los miserables aprendieran lo que Persio increpó diciendo: Aprended, oh miserables, y reconoced las causas de las cosas, qué somos, o para qué nacemos, cuál es el orden dado, o el giro suave de la meta, y de dónde; cuál es la medida del dinero, qué es lícito desear, qué tiene de útil el áspero dinero; cuánto es decoroso dar a la patria y a los queridos parientes; quién te ordenó ser Dios, y en qué parte de la cosa humana estás colocado. (Sátira 3, vers. 66-72.) Dígase en qué lugares solían recitarse públicamente los preceptos de los dioses que enseñan estas cosas, y ser escuchados frecuentemente por los pueblos adoradores de ellos, como nosotros mostramos que las iglesias están instituidas para esto, dondequiera que se difunde la religión cristiana.

CAPÍTULO VII.---Que los inventos filosóficos son inútiles sin autoridad divina, donde lo que los dioses hicieron mueve más a alguien inclinado a los vicios que lo que los hombres disputaron.

¿O acaso nos recordarán las escuelas y disputas de los filósofos? Primero, estas no son romanas, sino griegas; o si por eso ya son romanas, porque Grecia también se convirtió en provincia romana; no son preceptos de los dioses, sino inventos de hombres, que de alguna manera intentaron, dotados de agudísimos ingenios, investigar razonando qué se ocultaba en la naturaleza de las cosas, qué debía ser apetecido y evitado en las costumbres, qué en las mismas reglas de razonamiento se derivaba con cierta conexión, o qué no era consecuente, o incluso repugnaba. Y algunos de ellos encontraron algunas cosas grandes, en cuanto fueron ayudados divinamente; pero en cuanto fueron impedidos humanamente, erraron: especialmente cuando su soberbia fue justamente resistida por la providencia divina, para

mostrar, incluso por comparación con estos, el camino de la piedad que se eleva desde la humildad a las cosas superiores: sobre lo cual después tendremos lugar para investigar y discutir según la voluntad del verdadero Dios. Sin embargo, si los filósofos encontraron algo que pudiera ser suficiente para una buena vida y alcanzar la bienaventuranza; ¿cuánto más justamente se les decretarían honores divinos a tales? ¿Cuánto mejor y más honestamente se leerían los libros de Platón en su templo, que en los templos de los demonios se cortaran los gallos, se consagraran los afeminados, se mutilaran los locos, y cualquier otra cosa cruel o vergonzosa, o vergonzosamente cruel, o cruelmente vergonzosa que se suele celebrar en los ritos de tales dioses? ¿Cuánto más sensato sería, para instruir en justicia a la juventud, recitar públicamente las leyes de los dioses, que alabar vanamente las leyes e instituciones de los mayores? Pues todos los adoradores de tales dioses, tan pronto como la lujuria los impulsa, «tintada con veneno ardiente,» como dice Persio, miran más lo que hizo Júpiter, que lo que enseñó Platón, o lo que censuró Catón. De aquí que en Terencio el joven flagitioso mira una pintura en la pared, donde estaba esta pintura, Júpiter, cómo dicen que una vez envió a Dánae una lluvia de oro en su regazo: y con esta gran autoridad aplica un patrocinio a su propia depravación, cuando se jacta de imitar al dios en eso.

¿Pero qué dios? (dice) El que con gran estruendo sacude los templos del cielo. ¿No haría yo, un hombrecito, esto? Yo, en verdad, lo hice, y con gusto. (Terent. Eunuch. act. 3, sc. 5, vers. 36, 37, y 42, 43.)

CAPÍTULO VIII.---De los juegos escénicos, en los que los dioses no se ofenden por la representación de sus obscenidades, sino que se aplacan.

Pero, en efecto, no se transmiten estas cosas en los ritos de los dioses, sino en las fábulas de los poetas. No quiero decir que aquellos misterios sean más vergonzosos que estos teatrales: digo esto, que la historia que niega lo convence, que esos mismos juegos, en los que reinan las ficciones de los poetas, no fueron introducidos por la ignorante obediencia a los ritos de los dioses por los romanos; sino que los mismos dioses, para que se celebraran solemnemente para ellos y se consagraran a su honor, lo hicieron exigiendo con severidad, y de alguna manera extorsionando: lo cual mencioné brevemente en el primer libro. Pues con la agravación de la peste, los juegos escénicos fueron instituidos por la autoridad de los pontífices en Roma. ¿Quién, pues, en la vida que lleva no considerará que debe seguir más bien lo que se actúa en los juegos instituidos por autoridad divina, que lo que se escribe en las leyes promulgadas por consejo humano? Si los poetas falsamente revelaron a Júpiter adúltero, los dioses castos, porque tal crimen fue inventado en los juegos humanos, no porque fue descuidado, debieron enojarse y vengarse. Y estos son los juegos escénicos más tolerables, a saber, las comedias y tragedias, es decir, las fábulas de los poetas que se representan en los espectáculos, compuestas con mucha indecencia de cosas, pero al menos sin ninguna obscenidad de palabras, como muchas otras: que incluso entre los estudios que se llaman honestos y liberales, los niños son obligados a leer y aprender de los ancianos.

CAPÍTULO IX.---Lo que los antiguos romanos pensaban sobre la restricción de la licencia poética, que los griegos, siguiendo el juicio de los dioses, querían que fuera libre.

¿Qué pensaban los antiguos romanos sobre esto, Cicerón lo testifica en los libros que escribió sobre la República, donde Escipión, discutiendo, dice: «Nunca las comedias, a menos que la costumbre de la vida lo permitiera, podrían haber aprobado sus flagicios en los teatros.» Y los griegos, en efecto, más antiguos, guardaron una cierta coherencia de su opinión viciosa, entre los cuales también fue permitido por ley que la comedia dijera lo que quisiera, sobre quien quisiera, nominalmente. Así que, como habla en los mismos libros el Africano, «¿A quién no

tocó? o más bien, ¿a quién no molestó? ¿A quién perdonó? Está bien, hombres populares malvados, sediciosos en la república, Cleón, Cleofonte, Hipérbolo los hirió. Lo soportaremos, dice, aunque es mejor que tales ciudadanos sean notados por el censor que por el poeta: pero que Pericles, cuando ya había presidido su ciudad con gran autoridad durante muchos años en casa y en la guerra, fuera violado con versos; y que se representaran en escena, no fue más apropiado que si Plauto, dice, nuestro, o Nevio hubiera querido maldecir a Publio y Cneo Escipión o Cecilio a Marco Catón.» Luego, poco después: «Nuestras,» dice, «contra las doce Tablas, cuando sancionaron con la pena capital muy pocas cosas, entre ellas también pensaron que debía sancionarse, si alguien cantara, o compusiera un poema que hiciera infamia o deshonra a otro. Muy bien. Pues debemos tener la vida propuesta a los juicios de los magistrados, a las disputas legítimas, no a los ingenios de los poetas; ni escuchar una injuria, a menos que sea con la ley de que se pueda responder, y defenderse en juicio.» Estas cosas del cuarto libro de Cicerón sobre la República consideré que debían ser extraídas palabra por palabra, omitiendo o cambiando un poco algunas cosas para facilitar la comprensión. Pues mucho tienen que ver con el asunto que intento explicar, si puedo. Luego dice otras cosas, y así concluye este lugar, mostrando que a los antiguos romanos les desagradaba que se elogiara o vituperara a alguien vivo en escena. Pero, como dije, esto los griegos, aunque más desvergonzadamente, quisieron que fuera permitido más coherentemente, cuando vieron que a sus dioses les eran aceptas y gratas las injurias, no solo de los hombres, sino también de los mismos dioses en las fábulas escénicas; ya sea que fueran inventadas por los poetas, o que se recordaran y representaran en los teatros sus verdaderos crímenes, y que a sus adoradores no les parecieran dignas de risa, sino también de imitación. Pues fue demasiado soberbio perdonar la fama de los príncipes de la ciudad y de los ciudadanos, cuando las deidades no quisieron que se perdonara su propia fama.

CAPÍTULO X.---Con qué arte de dañar quieren los demonios que se narren de ellos crímenes falsos o verdaderos.

Porque lo que se presenta como defensa, no es que se diga la verdad sobre los dioses, sino falsedades y ficciones, eso mismo es más criminal, si se consulta la piedad de la religión; pero si se considera la malicia de los demonios, ¿qué hay más astuto para engañar y más sagaz? Pues cuando se lanza una calumnia contra un buen y útil gobernante de la patria, ¿no es tanto más indignante cuanto más alejado está de la verdad y más ajeno a su vida? ¿Qué castigos, entonces, son suficientes cuando se comete una injuria tan nefanda y tan notable contra Dios?

[X.] Pero los espíritus malignos, a quienes estos consideran dioses, incluso desean que se digan de ellos crímenes que no han cometido, siempre que con estas opiniones atrapen las mentes humanas como con redes, y las arrastren con ellos al castigo predestinado: ya sea que los hombres hayan cometido esos crímenes, a quienes les gusta ser considerados dioses que se complacen en los errores humanos, por los cuales se interponen para ser adorados con mil artes de daño y engaño; o incluso si esos crímenes no son verdaderos de ningún hombre, los espíritus más engañosos los aceptan gustosamente como inventados sobre las deidades, para que, para perpetrar crímenes y vilezas, parezca que se trae una autoridad suficientemente idónea del mismo cielo a la tierra. Por lo tanto, cuando los griegos sentían que eran siervos de tales deidades, entre tantas y tan grandes infamias teatrales de ellos, de ninguna manera pensaron que debían ser perdonados por los poetas, ya sea deseando ser semejantes a sus dioses incluso de esta manera, o temiendo que al buscar una fama más honorable para sí mismos, y al preferirse a ellos de esta manera, los provocaran a la ira.

CAPÍTULO XI.---Sobre los actores escénicos aceptados en la administración de la república griega, porque los pacificadores de los dioses eran injustamente despreciados por los hombres.

A esta conveniencia pertenece el hecho de que también consideraron dignos de no poco honor cívico a los actores escénicos de esas mismas obras. De hecho, como se menciona también en el libro sobre la República, Aeschines de Atenas, un hombre muy elocuente, cuando era joven actuó en tragedias y luego se dedicó a la república; y los atenienses enviaron a Aristodemo, también actor trágico, como embajador en asuntos de paz y guerra a Filipo en varias ocasiones. Pues no se consideraba coherente, cuando veían que las mismas artes y juegos escénicos eran aceptados incluso por sus dioses, considerar infames a aquellos por quienes se llevaban a cabo. [XI.] Los griegos hicieron esto de manera vergonzosa, pero ciertamente de acuerdo con sus dioses, quienes no se atrevieron a sustraer la vida de los ciudadanos de ser lacerada por las lenguas de poetas y actores, de quienes veían que la vida de los dioses era criticada con el consentimiento y el placer de los mismos dioses; y consideraron que los mismos hombres, por quienes se realizaban estas cosas en los teatros, que sabían que eran gratas a las deidades a las que estaban sometidos, no solo no debían ser despreciados en la ciudad, sino que debían ser altamente honrados. ¿Qué razón podrían encontrar para honrar a los sacerdotes, porque a través de ellos se ofrecían víctimas aceptables a los dioses, y considerar despreciables a los actores escénicos, por quienes se exhibía ese placer u honor a los dioses, según aprendieron por su advertencia, que se enojarían si no se hiciera? Especialmente cuando Labeón, a quien proclaman muy experto en este tipo de cosas, distingue a las deidades buenas de las malas incluso por esta diversidad de culto, afirmando que los dioses malos deben ser propiciados con sacrificios y súplicas tristes; pero los buenos con servicios alegres y placenteros: como son, según él mismo dice, los juegos, los banquetes, los lectisternios. Todo esto será discutido con más detalle más adelante, si Dios lo permite. Ahora, en lo que respecta al asunto presente, ya sea que todo se atribuya a todos como si fueran buenos, sin distinción (pues no es apropiado que haya dioses malos, ya que estos, siendo espíritus impuros, son todos malos), o que, como le pareció a Labeón, se distribuyan estos servicios a aquellos y estos a estos otros: los griegos consideran muy apropiadamente dignos de honor tanto a los sacerdotes, por quienes se ministran las víctimas, como a los actores escénicos, por quienes se exhiben los juegos; para no hacer injuria a todos sus dioses, si los juegos son gratos a todos, o, lo que es más indigno, a aquellos que consideran buenos, si los juegos son amados solo por ellos.

CAPÍTULO XII.---Que los romanos, al quitar la libertad a los poetas para hablar mal de los hombres, que dieron en cambio para hablar mal de los dioses, pensaron mejor de sí mismos que de sus dioses.

Pero los romanos, como se jacta Escipión en aquella discusión sobre la república, no quisieron que la vida y la fama estuvieran sujetas a las injurias y calumnias de los poetas, sancionando incluso con la pena capital si alguien se atrevía a componer tal poema. Esto lo establecieron de manera bastante honorable para con ellos mismos, pero con soberbia e irreligiosidad hacia sus dioses: pues sabiendo que no solo soportaban pacientemente, sino que incluso gustosamente eran lacerados por las calumnias y maldiciones de los poetas, consideraron que ellos mismos eran más dignos de no sufrir tales injurias que sus dioses, y se protegieron de ellas incluso por ley, mientras que mezclaron estas cosas incluso en las solemnidades sagradas de aquellos. ¿Así que, Escipión, alabas que se haya negado a los poetas romanos la licencia de infligir oprobio a cualquiera de los romanos, cuando ves que no han perdonado a ninguno de tus dioses? ¿Así que te pareció que la estima de tu curia debía ser más valorada que la del Capitolio, o más bien de la única Roma que de todo el cielo; para

que los poetas fueran prohibidos por ley de ejercer su lengua maledicente contra tus ciudadanos, y lanzaran con seguridad tantas injurias contra tus dioses, sin que ningún senador, ningún censor, ningún príncipe, ningún pontífice lo prohibiera? Evidentemente, fue indigno que Plauto o Nevio insultaran a Publio y Cneo Escipión, o que Cecilio insultara a M. Catón; y fue digno que vuestro Terencio incitara la depravación de los jóvenes con el escándalo de Júpiter óptimo máximo.

CAPÍTULO XIII.---Que los romanos debieron entender que sus dioses, que deseaban ser adorados con juegos escénicos indecentes, no eran dignos de honor divino.

Pero tal vez me respondería, si viviera: ¿Cómo no íbamos a querer que estas cosas quedaran impunes, si los mismos dioses querían que fueran sagradas, cuando los juegos escénicos, donde se celebran, se declaman y se actúan tales cosas, fueron introducidos en las costumbres romanas y ordenados para ser dedicados y exhibidos en sus honores? ¿Por qué, entonces, no se entendió más bien que no eran dioses verdaderos, ni en absoluto dignos de que esa república les rindiera honores divinos? Pues a quienes no debía ni convenía adorar, si deseaban que se realizaran juegos con las injurias de los romanos; ¿cómo, pregunto, fueron considerados dignos de adoración, cómo no fueron entendidos como espíritus detestables, que con el deseo de engañar exigieron que sus crímenes fueran celebrados entre sus honores? Asimismo, los romanos, aunque ya estaban oprimidos por una superstición nociva para adorar a esos dioses, que veían que querían que las indecencias escénicas se consagraran a ellos, sin embargo, recordando su propia dignidad y pudor, no honraron a los actores de tales obras al modo de los griegos, sino que, como dice el mismo Escipión en Cicerón, "como consideraban la escena y todo el arte escénico como un oprobio, quisieron que ese tipo de hombres no solo careciera del honor de los demás ciudadanos, sino que también fuera removido de su tribu por la nota del censor". Sin duda, una prudencia excelente y digna de los elogios romanos: pero desearía que se siguieran a sí mismos, que se imitaran a sí mismos. Pues he aquí que correctamente, cualquiera que de los ciudadanos romanos eligiera ser actor escénico, no solo no se le daba ningún lugar de honor, sino que tampoco se le permitía, por la nota del censor, mantener su propia tribu. ¡Oh, ánimo de la ciudad ávido de alabanza, genuinamente romano! Pero respóndaseme, ¿con qué razón coherente se repelen de todo honor a los hombres escénicos, y se admiten los juegos escénicos en los honores de los dioses? Esas artes teatrales la virtud romana no las conoció durante mucho tiempo: si se buscaran para el entretenimiento del placer humano, se infiltrarían en los vicios de las costumbres humanas. Los dioses pidieron que se les exhibieran: ¿cómo, entonces, se rechaza al actor por quien se adora al dios? ¿Y con qué cara se marca la infamia de esa teatralidad si se adora al que la exige? En esta controversia disputan griegos y romanos. Los griegos creen que honran correctamente a los hombres escénicos, porque adoran a los dioses que exigen los juegos escénicos; los romanos, en cambio, no permiten que los hombres escénicos deshonren ni siquiera la tribu plebeya, mucho menos la curia senatorial. En esta disputa, tal razonamiento resuelve la cuestión principal. Los griegos proponen: Si tales dioses deben ser adorados, ciertamente también tales hombres deben ser honrados. Los romanos asumen: Pero de ninguna manera tales hombres deben ser honrados. Los cristianos concluyen: Por lo tanto, de ninguna manera tales dioses deben ser adorados.

CAPÍTULO XIV.---Que Platón fue mejor, quien no dio lugar a los poetas en una ciudad bien ordenada, que estos dioses, que quisieron ser honrados con juegos escénicos.

1. Luego preguntamos, ¿por qué los mismos poetas, compositores de tales obras, que están prohibidos por la ley de las Doce Tablas de dañar la fama de los ciudadanos, lanzando tales injurias contra los dioses, no son considerados deshonestos como los actores escénicos? ¿Con

qué razón es correcto que se infamen los actores de las ficciones poéticas y de los dioses ignominiosos, y se honren a los autores? ¿O acaso debe darse la palma a Platón, el griego, quien al formar con razón cómo debe ser una ciudad, consideró que los poetas, como adversarios de la verdad, debían ser expulsados de la ciudad? Este, en verdad, no soportó indignamente las injurias a los dioses, y no quiso que las mentes de los ciudadanos fueran corrompidas y engañadas por ficciones. Compara ahora la humanidad de Platón, expulsando a los poetas de la ciudad para que no engañen a los ciudadanos, con la divinidad de los dioses que desean que los juegos escénicos sean parte de su honor. Aquel, para que no se escribieran tales cosas, aunque no persuadió discutiendo, sin embargo, aconsejó a la ligereza y lascivia de los griegos; estos, para que tales cosas se realizaran, extorsionaron a la gravedad y modestia de los romanos con su mandato. Y no solo quisieron que se hicieran, sino que se dedicaran a ellos, se consagraran a ellos, se exhibieran solemnemente a ellos. ¿A quién, entonces, con más razón debería la ciudad otorgar honores divinos? ¿A Platón, que prohíbe estas cosas viles y nefandas; o a los demonios que se complacen en este engaño de los hombres, a quienes aquel no pudo persuadir con la verdad?

2. Este Platón, Labeón lo consideró digno de ser mencionado entre los semidioses, como Hércules, como Rómulo: sin embargo, antepone a los semidioses a los héroes, pero coloca a ambos entre las deidades. Sin embargo, no dudo que este, a quien llaman semidiós, debe ser preferido no solo a los héroes, sino también a los mismos dioses. Las leyes romanas se acercan a las disputaciones de Platón, cuando este condena todas las ficciones poéticas, y aquellos al menos quitan a los poetas la licencia de maldecir a los hombres; aquel expulsa a los poetas de la misma ciudad, estos al menos remueven a los actores de las obras poéticas de la sociedad de la ciudad, y si se atrevieran a algo contra los dioses que exigen los juegos escénicos, tal vez los removerían de todas partes. Por lo tanto, de ninguna manera podrían los romanos recibir o esperar de sus dioses leyes para instituir buenas costumbres o corregir malas, a quienes superan y convencen con sus propias leyes. Pues aquellos exigen para su honor los juegos escénicos, estos repelen de todos los honores a los hombres escénicos: aquellos ordenan que se celebren para ellos las infamias de los dioses con ficciones poéticas, estos disuaden de las infamias de los hombres la impudencia de los poetas. Sin embargo, ese semidiós Platón resistió a la lujuria de tales dioses, y mostró a la índole de los romanos lo que debía hacerse; quien no quiso que los poetas, ya mintiendo a su antojo, ya proponiendo a los hombres miserables como hechos de los dioses para ser imitados, vivieran en una ciudad bien ordenada. Nosotros, en verdad, no proclamamos a Platón ni dios, ni semidiós; ni lo comparamos con ningún ángel santo del Dios supremo, ni con ningún profeta veraz, ni con ningún apóstol, ni con ningún mártir de Cristo, ni con ningún cristiano; cuya razón de nuestra sentencia, con la ayuda de Dios, se explicará en su lugar: pero, sin embargo, consideramos que debe ser preferido, ya sea a Rómulo y Hércules (aunque nadie de los historiadores o poetas ha dicho o inventado que este mató a su hermano o cometió algún crimen), ciertamente a Príapo, o a algún Cinocefalo, finalmente a la Fiebre, que los romanos recibieron como deidades extranjeras, o consagraron como propias. ¿Cómo, entonces, podrían tales dioses, que incluso cuidaron de sembrar y aumentar los crímenes, deseando que sus crímenes fueran conocidos por los pueblos a través de celebraciones teatrales, para que, como con autoridad divina, la libido humana, ya de por sí muy perversa, se encendiera: en vano exclamando Cicerón, quien al tratar sobre los poetas, dice: "Cuando se les añade el clamor y la aprobación del pueblo, como de un gran y sabio maestro, ¡qué tinieblas arrojan! ¡Qué miedos introducen! ¡Qué deseos inflaman!"

CAPÍTULO XV.---Que los romanos instituyeron algunos de sus dioses no por razón, sino por adulación.

¿Qué razón, entonces, hay en la elección de los dioses, incluso de los falsos, y no más bien adulación? cuando a este Platón, a quien consideran un semidiós, que se esforzó tanto en sus disputaciones para que los males del alma, que principalmente deben evitarse, no corrompieran las costumbres humanas, no lo consideraron digno de ningún templo sagrado; y prefirieron a su Rómulo a muchos dioses, aunque incluso a este lo recomiendan más bien como semidiós que como dios, como si fuera una doctrina más secreta de ellos. Pues incluso le instituyeron un flamen, un tipo de sacerdocio que, según el testimonio del ápice, sobresalió tanto en los ritos romanos, que solo tenían tres flamines instituidos para tres deidades. El Dialis para Júpiter, el Marcial para Marte, el Quirinal para Rómulo. Pues, recibido en el cielo por la benevolencia de los ciudadanos, fue llamado después Quirino. Por lo tanto, fue preferido a Neptuno y Plutón, hermanos de Júpiter, y al mismo Saturno, su padre, con este honor de Rómulo, para que el sacerdocio que otorgaron a Júpiter, también se lo otorgaran a este, y a Marte como su padre, tal vez por él.

CAPÍTULO XVI.---Que si a los dioses les importara la justicia, los romanos deberían haber recibido de ellos preceptos de vida, en lugar de tomar leyes de otros hombres.

Si los romanos hubieran podido recibir leyes de vida de sus dioses, no habrían tomado las leyes de Solón de los atenienses varios años después de la fundación de Roma: aunque no las mantuvieron tal como las recibieron, sino que intentaron hacerlas mejores y más enmendadas. Aunque Licurgo afirmó haber instituido leyes para los lacedemonios por la autoridad de Apolo: lo cual los romanos prudentemente no quisieron creer, por lo que no las tomaron de allí. Se dice que Numa Pompilio, quien sucedió a Rómulo en el reino, estableció algunas leyes, que ciertamente no eran suficientes para gobernar la ciudad; quien también instituyó muchos ritos sagrados: sin embargo, no se dice que haya recibido esas leyes de las deidades. Por lo tanto, los males del alma, los males de la vida, los males de las costumbres, que son tan grandes que los hombres más sabios de ellos afirman que las repúblicas perecen por ellos incluso cuando las ciudades permanecen, sus dioses no se preocuparon en absoluto de que no les sucedieran a sus adoradores; más bien, como se ha discutido anteriormente, se preocuparon de aumentarlos de todas las maneras posibles.

CAPÍTULO XVII.---Sobre el rapto de las sabinas y otras iniquidades que prevalecieron en la ciudad romana incluso en tiempos considerados laudables.

¿O acaso al pueblo romano no se le dieron leyes por las deidades porque, como dice Salustio, "el derecho y el bien prevalecían entre ellos no tanto por las leyes como por la naturaleza"? Creo que de este derecho y bien se derivó el rapto de las sabinas. Pues, ¿qué es más justo y mejor que llevarse por la fuerza a las hijas de otros, engañadas por un espectáculo, sin recibirlas de sus padres? Pues si los sabinos actuaban injustamente al negar a sus hijas cuando se las pedían, ¿cuánto más injusto fue raptarlas no dadas? Podría haberse librado una guerra más justa con esa gente que negaba a sus hijas para matrimonio a sus vecinos y colindantes, que con aquellos que reclamaban a las raptadas. Por lo tanto, eso debería haberse hecho: allí Marte habría ayudado a su hijo luchando, para vengar con armas la injuria de los matrimonios negados, y de esa manera habría llegado a las mujeres que deseaba. Pues tal vez con algún derecho de guerra, las que fueron injustamente negadas, serían justamente llevadas por el vencedor; pero sin ningún derecho de paz, raptó a las no dadas, y libró una guerra injusta con sus padres justamente indignados. Esto ciertamente tuvo un éxito más útil y feliz, que aunque la memoria de ese fraude permaneció en el espectáculo circense, sin embargo, el crimen no agradó como ejemplo en esa ciudad e imperio: y los romanos erraron más fácilmente en esto, al consagrar a Rómulo como dios después de esa iniquidad, que al permitir que su hecho en el rapto de mujeres fuera imitado por alguna ley o costumbre. De este derecho y bien, después

de la expulsión del rey Tarquinio con sus hijos, cuyo hijo violentamente violó a Lucrecia, Junio Bruto, cónsul, obligó a Lucio Tarquinio Colatino, esposo de la misma Lucrecia y su colega, un hombre bueno e inocente, a abdicar de su magistratura, y no le permitió vivir en la ciudad. Este crimen lo cometió con el favor o la tolerancia del pueblo, del cual el mismo Colatino, al igual que Bruto, había recibido el consulado. De este derecho y bien, Marco Camilo, un hombre ilustre de su tiempo, quien después de una guerra de diez años, en el que el ejército romano fue gravemente afligido por tantas derrotas, ya con Roma misma dudando y temblando por su seguridad, venció fácilmente a los veientes, enemigos muy graves del pueblo romano, y capturó su ciudad opulentísima, fue acusado por la envidia de los detractores de su virtud y la insolencia de los tribunos de la plebe, y sintió tan ingrata a la ciudad que había liberado, que, seguro de su condena, se exilió voluntariamente, y fue condenado en ausencia a diez mil ases; pronto sería nuevamente el vengador de la patria contra los galos ingratos. Ya me cansa recordar muchas cosas feas e injustas con las que esa ciudad era agitada, cuando los poderosos intentaban someter al pueblo, y el pueblo se negaba a someterse a ellos; y los defensores de ambas partes actuaban más por el deseo de vencer que por pensar en algo justo y bueno.

CAPÍTULO XVIII.---Lo que la historia de Salustio revela sobre las costumbres de los romanos, ya sea reprimidas por el miedo o relajadas por la seguridad.

1. Así que tendré moderación, y más bien tomaré como testigo al mismo Salustio, quien al alabar a los romanos dijo, de donde se originó este discurso nuestro, «El derecho y el bien entre ellos prevalecían más por naturaleza que por leyes»; alabando aquel tiempo en que, expulsados los reyes, la ciudad creció increíblemente en un breve lapso de tiempo: sin embargo, el mismo en el primer libro de su Historia y en su mismo inicio confiesa que incluso entonces, cuando la república fue trasladada de los reyes a los cónsules, después de un pequeño intervalo, hubo injusticias de los más poderosos, y por ellas la secesión del pueblo de los patricios, y otras disensiones en la ciudad. Pues cuando recordó que el pueblo romano actuó con las mejores costumbres y la máxima concordia entre la segunda y la última guerra cartaginesa, y dijo que la causa de este bien no fue el amor a la justicia, sino el miedo a una paz infiel mientras Cartago estaba en pie; por lo cual también Nasica, para reprimir la maldad y preservar esas óptimas costumbres, no quería que Cartago fuera destruida para que los vicios fueran contenidos por el miedo: inmediatamente añadió el mismo Salustio, y dijo: «Pero la discordia, la avaricia, la ambición y otros males que suelen surgir en tiempos de prosperidad, se incrementaron especialmente después de la destrucción de Cartago.» Para que entendiéramos que incluso antes solían surgir y aumentar. Por lo cual, añadiendo por qué dijo esto, dice: «Pues las injusticias de los más poderosos, y por ellas la secesión del pueblo de los patricios, y otras disensiones en casa existieron desde el principio, y no más que cuando los reyes fueron expulsados, mientras el miedo a Tarquinio y la grave guerra con Etruria se mantuvo, se actuó con un derecho equitativo y moderado.» Ves cómo incluso en ese breve tiempo, cuando los reyes fueron expulsados, es decir, echados, se actuó algo con un derecho equitativo y moderado, dijo que la causa fue el miedo; porque se temía la guerra que el rey Tarquinio, expulsado del reino y de la ciudad, aliado con los etruscos, libraba contra los romanos. Presta atención, pues, a lo que luego añade: «Después,» dice, «los patricios ejercieron un dominio servil sobre el pueblo, consultando sobre la vida y el cuerpo al modo regio, expulsándolos de la tierra, y actuando solos en el poder, excluyendo a los demás. Oprimido el pueblo por estas crueldades y especialmente por la usura, mientras soportaba tributo y al mismo tiempo servicio militar en guerras continuas, se armó y ocupó el monte Sacro y el Aventino: y entonces se procuró tribunos del pueblo y otros derechos. El fin de las discordias y luchas de ambos lados fue la segunda guerra púnica.» Ves desde qué tiempo, es

decir, poco después de expulsados los reyes, cómo eran los romanos, de quienes dice, «El derecho y el bien entre ellos prevalecían más por naturaleza que por leyes.»

2. Además, si se encuentran esos tiempos en los que se proclama que la república romana fue la más hermosa y óptima; ¿qué debemos decir o pensar ya de la época siguiente, «cuando poco a poco, cambiada» para usar las palabras del mismo historiador, «de la más hermosa y óptima, se convirtió en la peor y más escandalosa» (Salustio, sobre la Conjuración de Catilina, cap. 5); después de la destrucción de Cartago, como recordó? Qué tiempos el mismo Salustio brevemente recuerda y describe en su Historia, puede leerse, cuántos males de costumbres, que surgieron en tiempos de prosperidad, hasta las guerras civiles demuestra que se llegó. «Desde ese tiempo,» como dice, «las costumbres de los mayores no poco a poco, como antes, sino como un torrente se precipitaron; tanto se corrompió la juventud con el lujo y la avaricia, que con razón se dice que nacieron quienes ni podían tener bienes familiares, ni soportar a otros.» Luego Salustio dice más sobre los vicios de Sila y la otra fealdad de la república: y otros escritores coinciden en esto, aunque con elocuencia muy desigual.

3. Sin embargo, ves, creo, y cualquiera que preste atención percibe fácilmente en qué colapso de costumbres pésimas cayó esa ciudad, antes de la venida de nuestro Rey supremo. Pues estas cosas sucedieron no solo antes de que Cristo comenzara a enseñar en carne presente, sino incluso antes de que naciera de la Virgen. Por tanto, ya que no se atreven a imputar a sus dioses tantos y tan grandes males de aquellos tiempos, más tolerables antes, o intolerables y horrendos después de la destrucción de Cartago, insertando con astucia maligna opiniones en las mentes humanas, de donde tales vicios crecieran; ¿por qué imputan los males presentes a Cristo, quien con doctrina sanísima prohíbe adorar a dioses falsos y engañosos, y detestando y condenando con autoridad divina esos deseos nocivos y escandalosos de los hombres, retira poco a poco a su familia de este mundo que se descompone y cae en estos males, para fundar una ciudad eterna, gloriosísima no por el aplauso de la vanidad, sino por el juicio de la verdad?

CAPÍTULO XIX.---De la corrupción de la república romana, antes de que Cristo quitara el culto a los dioses.

He aquí la república romana (lo cual no digo yo primero, sino que sus autores, de quienes aprendimos esto por precio, lo dijeron mucho antes del advenimiento de Cristo) «poco a poco cambiada, de la más hermosa y óptima, se convirtió en la peor y más escandalosa.» He aquí antes del advenimiento de Cristo, después de la destrucción de Cartago, «las costumbres de los mayores, no poco a poco, como antes, sino como un torrente se precipitaron; tanto se corrompió la juventud con el lujo y la avaricia.» Que nos lean preceptos contra el lujo y la avaricia dados al pueblo romano por sus dioses. Ojalá al menos callaran sobre lo casto y modesto, y no pidieran de él cosas vergonzosas e ignominiosas, con las cuales, a través de una falsa divinidad, conciliarían una autoridad perniciosa. Que lean los nuestros, y a través de los Profetas, y del santo Evangelio, y de los Hechos apostólicos, y de las Epístolas, tantos contra la avaricia y el lujo, en todas partes a los pueblos congregados para esto, cuán excelentemente, cuán divinamente, no como si resonaran de las disputas de los filósofos, sino como si tronaran de los oráculos y nubes de Dios. Y sin embargo, el lujo y la avaricia y las costumbres crueles y vergonzosas antes del advenimiento de Cristo hicieron a la república la peor y más escandalosa, no lo imputan a sus dioses: pero la aflicción de ella, cualquiera que sea en este tiempo que su orgullo y delicias hayan sufrido, la increpan a la religión cristiana. Cuyos preceptos sobre costumbres justas y probas, si al mismo tiempo escucharan y cuidaran reyes de la tierra y todos los pueblos, príncipes y todos los jueces de la tierra, jóvenes y vírgenes, ancianos con jóvenes (Salmo CXLVIII, 11, 12), toda edad capaz y ambos sexos, y a

quienes Juan el Bautista se dirige, los mismos recaudadores y soldados (Lucas III, 12-14); y la república adornaría con su felicidad la vida presente, y ascendería al culmen de la vida eterna para reinar beatísimamente. Pero porque este escucha, aquel desprecia, y más son amigos de los vicios que halagan malamente que de la utilidad de la aspereza de las virtudes; los siervos de Cristo son mandados a tolerar, ya sean reyes, ya sean príncipes, ya sean jueces, ya sean soldados, ya sean provinciales, ya sean ricos, ya sean pobres, ya sean libres, ya sean siervos de cualquiera de los dos sexos, incluso la peor y más escandalosa república, si es necesario; y en esa santísima y augustísima corte de los ángeles y república celestial, donde la voluntad de Dios es ley, compararse un lugar clarísimo incluso con esta tolerancia.

CAPÍTULO XX.---Con qué felicidad quieren gozar, y con qué costumbres vivir, quienes critican los tiempos de la religión cristiana.

Pero tales adoradores y amantes de esos dioses, de quienes incluso se alegran de ser imitadores en crímenes y escándalos, de ningún modo se preocupan de que la república no sea la peor y más escandalosa. Solo que se mantenga, dicen, solo que florezca llena de riquezas, gloriosa con victorias; o, lo que es más feliz, que esté segura en paz. ¿Y qué nos importa? más bien nos importa más, si cada uno siempre aumenta sus riquezas, que estén disponibles para los derroches diarios, por los cuales cada uno más poderoso también someta a los más débiles. Que los pobres obedezcan a los ricos por causa de la saciedad; y para que disfruten de una inercia tranquila con sus patrocinios, que los ricos abusen de los pobres para clientelas y para el servicio de su orgullo. Que los pueblos aplaudan, no a los consultores de sus utilidades, sino a los distribuidores de placeres. Que no se ordenen cosas duras, que no se prohíban cosas impuras. Que los reyes no se preocupen de gobernar con buenos, sino con súbditos. Que las provincias sirvan a los reyes no como rectores de costumbres, sino como dominadores de cosas y proveedores de sus delicias; y que no los honren sinceramente, sino que los teman maliciosa y servilmente. Que se atienda más a lo que daña a la propiedad ajena que a lo que daña a la propia vida, según las leyes. Que nadie sea llevado ante los jueces, a menos que haya sido importuno o nocivo a la propiedad, casa, salud, o a cualquiera que no lo desee: pero que de sus propias cosas, o con sus propios, o con quienes quieran, haga cada uno lo que le plazca. Que abunden las prostitutas públicas, ya sea para todos los que quieran disfrutar de ellas, o especialmente para aquellos que no pueden tener privadas. Que se construyan casas amplísimas y adornadísimas, que se frecuenten banquetes opíparos; donde a cada uno le plazca y pueda, que se juegue, beba, vomite, y se disuelva día y noche. Que resuenen por todas partes las danzas, que los teatros hierven con voces de alegría deshonesta y con todo tipo de placer, ya sea el más cruel o el más vergonzoso. Que sea enemigo público quien no se complazca con esta felicidad; quien intente cambiarla o quitarla, que la multitud libre lo aparte de los oídos, lo expulse de los asientos, lo quite de los vivos. Que sean considerados dioses verdaderos quienes procuren a los pueblos alcanzar esta felicidad, y una vez alcanzada, la conserven. Que sean adorados como quieran, que exijan los juegos que quieran, que puedan tener con sus adoradores o de sus adoradores: solo que hagan que nada se tema de enemigo, peste, o de cualquier calamidad para tal felicidad. ¿Quién en su sano juicio compararía esta república, no digo con el imperio romano, sino con la casa de Sardanápalo? quien una vez fue rey tan entregado a los placeres, que hizo escribir en su sepulcro que solo tenía muerto lo que su deseo había consumido al disfrutarlo mientras vivía. Si tuvieran a este rey indulgente con ellos en tales cosas, y no oponiéndose a ellas con ninguna severidad; a este le consagrarían un templo y un sacerdote más gustosamente que los antiguos romanos a Rómulo.

CAPÍTULO XXI.---Cuál fue la opinión de Cicerón sobre la república romana.

1. Pero si se desprecia a quien dijo que la república romana se convirtió en la peor y más escandalosa, y no les importa cuánta mancha y deshonra de costumbres pésimas y escandalosas la llene, sino solo que se mantenga y permanezca; que escuchen que no, como narra Salustio, se convirtió en la peor y más escandalosa, sino, como discute Cicerón, ya entonces había perecido por completo, y no quedaba en absoluto república alguna. Pues introduce a Escipión, el mismo que destruyó Cartago, discutiendo sobre la república, cuando se presentía que por esa corrupción, que describe Salustio, estaba a punto de perecer. En efecto, se discute en el tiempo en que ya uno de los Gracos había sido asesinado, de quien Salustio escribe que comenzaron las graves sediciones. Pues se hace mención de su muerte en esos mismos libros. Cuando Escipión al final del segundo libro había dicho: «Así como en las cuerdas y flautas y en el mismo canto y voces hay que mantener una cierta armonía de sonidos distintos, que las orejas educadas no pueden soportar si se altera o discrepa; y esa armonía se logra con la moderación de voces muy diferentes, y sin embargo se hace concordante y congruente: así de los órdenes más altos e inferiores y los intermedios interpuestos, como de sonidos, la ciudad debe armonizar con una razón moderada en el consenso de los más diferentes; y lo que en la música se llama armonía en el canto, eso es la concordia en la ciudad, el vínculo más estrecho y mejor de la seguridad en toda república, y que no puede existir sin justicia de ninguna manera»: y luego, después de haber disertado algo más ampliamente y abundantemente sobre cuánto beneficia la justicia a la ciudad, y cuánto perjudica si falta; entonces Filón, uno de los que asistían a la discusión, pidió que esta misma cuestión se tratara con más diligencia, y que se dijera más sobre la justicia, debido a aquello que ya se decía comúnmente, que la república no podía ser gobernada sin injusticia. Por tanto, Scipión estuvo de acuerdo en que esta cuestión debía ser discutida y aclarada, y respondió que no había nada que aún se considerara dicho sobre la república, y que pudieran avanzar más, a menos que se confirmara, no solo que era falso aquello de que no podía ser gobernada sin injusticia; sino que esto era lo más verdadero, que no podía ser gobernada sin la máxima justicia (Libro 2, cap. 43). La explicación de esta cuestión, cuando se pospuso para el día siguiente, se llevó a cabo con gran conflicto en el tercer libro. Pues Filón mismo asumió la discusión de aquellos que sentían que no podía ser gobernada sin injusticia, purgándose principalmente para que no se creyera que él mismo lo sentía. Y actuó diligentemente a favor de la injusticia contra la justicia, como si intentara mostrar con razones y ejemplos verosímiles que esta era útil para la república, y aquella inútil. Entonces Laelio, a petición de todos, se dispuso a defender la justicia; y afirmó cuanto pudo, que nada era tan enemigo de la ciudad como la injusticia, ni en absoluto podía ser gobernada o mantenerse la república sin gran justicia.

2. Con esta cuestión, tratada cuanto pareció suficiente, Scipión vuelve a lo interrumpido, recuerda y recomienda su breve definición de república, en la que había dicho que era cosa del pueblo (Libro 1, cap. 25). Determina que el pueblo no es cualquier reunión de multitud, sino una reunión unida por el consenso del derecho y la comunidad de utilidad. Luego muestra cuánta es la utilidad de la definición en la discusión: y a partir de esas definiciones suyas concluye que entonces es república, es decir, cosa del pueblo, cuando se gobierna bien y justamente, ya sea por un rey, ya sea por unos pocos optimates, ya sea por todo el pueblo. Pero cuando el rey es injusto, a quien llamó tirano, según el uso griego; o los optimates son injustos, cuyo consenso llamó facción; o el mismo pueblo es injusto, para lo cual no encontró nombre usual, sino que también lo llamó tirano: ya no es viciosa, como se había discutido el día anterior; sino, como la razón conectada a partir de esas definiciones había enseñado, en absoluto no es república: porque no sería cosa del pueblo, cuando el tirano o la facción la tomara; ni el mismo pueblo sería ya pueblo, si fuera injusto, porque no sería una multitud

unida por el consenso del derecho y la comunidad de utilidad, como se había definido al pueblo.

3. Por tanto, cuando la república romana era tal como la describe Salustio; ya no era la peor y más escandalosa, como él dice, sino en absoluto no era, según esta razón, que la discusión sobre la república entre sus grandes entonces príncipes reveló. Como también el mismo Tulio, no hablando en el discurso de Escipión, ni de ningún otro, sino en su propio discurso, al principio del quinto libro, después de haber mencionado primero el verso del poeta Ennio, en el que dijo: «La cosa romana se mantiene por las antiguas costumbres y los hombres.» Que ciertamente ese verso, dice, me parece pronunciado como de un oráculo, ya sea por su brevedad o por su verdad. Pues ni los hombres, si la ciudad no hubiera sido así de moral, ni las costumbres, si estos hombres no hubieran estado al frente, podrían haber fundado o mantenido tanto tiempo una república tan grande y que gobernara tan justamente y ampliamente. Por tanto, antes de nuestra memoria, tanto la misma costumbre patriarcal producía hombres excelentes, como los hombres excelentes mantenían la antigua costumbre y las instituciones de los mayores. Pero nuestra época, cuando recibió la república como una pintura excelente, pero desvanecida por la antigüedad, no solo descuidó renovarla con los mismos colores con los que había sido, sino que ni siquiera se preocupó de conservar al menos su forma y sus últimos trazos. Pues, ¿qué queda de las antiguas costumbres, por las cuales él dijo que la cosa romana se mantenía, que vemos tan olvidadas que no solo no se cultivan, sino que también se desconocen? Pues, ¿qué diré de los hombres? Las costumbres mismas perecieron por la falta de hombres, de lo cual tanto mal no solo debemos dar cuenta, sino que también debemos, como acusados de un crimen capital, de alguna manera defendernos. Pues por nuestros vicios, no por algún azar, retenemos la república en palabra; pero en realidad hace tiempo que la hemos perdido.

4. Esto confesaba Cicerón mucho después de la muerte de Africano, a quien en sus libros hizo discutir sobre la república, sin embargo, aún antes del advenimiento de Cristo: lo cual, si se sintiera y dijera con la religión cristiana difamada y prevaleciente, ¿quién de estos no consideraría que debía imputarse a los cristianos? Por lo cual, ¿por qué no cuidaron sus dioses de que entonces no pereciera y se perdiera aquella república, que Cicerón lamenta tan tristemente perdida mucho antes de que Cristo viniera en carne? Que lo vean sus alabadores, incluso con aquellos antiguos hombres y costumbres, cómo fue, si en ella prevaleció la verdadera justicia; o tal vez ni entonces fue viva en costumbres, sino pintada con colores. Lo cual incluso el mismo Cicerón, sin saberlo, cuando la prefería, expresó. Pero en otro momento, si Dios quiere, lo veremos. Me esforzaré en su lugar, para mostrar según las definiciones del mismo Cicerón, en las que brevemente puso qué es la república, y qué es el pueblo, hablando Escipión (atestiguando también muchas, ya sean del mismo, ya sean de aquellos a quienes hizo hablar en la misma discusión, sentencias), que nunca fue aquella república, porque nunca en ella hubo verdadera justicia. Según definiciones más probables, fue república de alguna manera según su modo: y fue mejor administrada por los romanos más antiguos que por los posteriores. Pero la verdadera justicia no está, sino en aquella república, cuyo fundador y rector es Cristo; si también se complace en llamarla república, porque no podemos negar que es cosa del pueblo. Pero si este nombre, que en otro lugar y de otra manera se ha divulgado, está tal vez más alejado del uso de nuestra locución; ciertamente en esa ciudad está la verdadera justicia, de la cual la Escritura santa dice: «Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios» (Salmo LXXXVI, 3).

CAPÍTULO XXII.---Que a los dioses de los romanos nunca les importó que la república pereciera por malas costumbres.

1. Pero en lo que respecta a la cuestión presente, por más loable que digan que fue o es esa república, según sus autores más doctos, ya mucho antes de la venida de Cristo se había convertido en la peor y más escandalosa: en verdad, no existía, y había perecido por sus costumbres perdidísimas. Para que no pereciera, los dioses guardianes debieron dar a su pueblo adorador las principales normas de vida y moral, a quien se le rendía culto con tantos templos, tantos sacerdotes y tipos de sacrificios, tan numerosos y variados ritos, tantas festividades solemnes, tantas y tan grandes celebraciones de juegos: donde los demonios no hicieron más que ocuparse de sus asuntos, sin preocuparse de cómo vivían, más bien preocupándose de que vivieran de manera perdida, siempre que, sin embargo, les sirvieran sometidos por miedo a su honor. O si las dieron, que se presenten, se muestren, se lean, qué leyes de los dioses despreciaron los Gracos, para que todo se perturbara con sediciones; qué leyes Marius, Cinna y Carbo, para que incluso se embarcaran en guerras civiles, emprendidas por causas muy injustas, cruelmente llevadas a cabo y terminadas aún más cruelmente; qué leyes finalmente el mismo Sila, cuya vida, costumbres y hechos, descritos por Salustio y otros historiadores, ¿quién no se horroriza? ¿Quién no admitiría que esa república pereció entonces?

2. ¿O acaso se atreverán a oponer, como suelen, aquella sentencia de Virgilio en defensa de sus dioses, debido a las costumbres de ciudadanos de este tipo, "Discessere omnes adytis arisque relictis Dî, quibus imperium hoc steterat"? (Eneida, libro 2, versos 351, 352). Primero, si es así, no tienen por qué quejarse de la religión cristiana, porque ofendidos por ella, sus dioses los abandonaron: ya que sus mayores, mucho antes, con sus costumbres, habían ahuyentado de los altares de la Urbe a tantos y tan pequeños dioses, como moscas. Pero, sin embargo, ¿dónde estaba esta multitud de deidades cuando, mucho antes de que se corrompieran las costumbres antiguas, Roma fue capturada e incendiada por los galos? ¿O acaso estaban presentes y dormían? Pues entonces, cuando toda la Urbe fue reducida al poder de los enemigos, solo quedó el monte Capitolino; que también habría sido capturado, si al menos los gansos no hubieran vigilado mientras los dioses dormían. De donde Roma casi cayó en la superstición de los egipcios que adoraban bestias y aves, cuando celebraban solemnidades al ganso. Pero de estos males adventicios, y más del cuerpo que del alma, que ocurren ya sea por enemigos o por otra calamidad, no discuto por ahora: ahora trato sobre la corrupción de las costumbres, que primero se descoloraron paulatinamente, luego precipitadas como un torrente, se produjo una ruina tan grande de la república, aunque con techos y murallas intactas, que sus grandes autores no dudan en decir que entonces se perdió. Y con razón se habrían ido, para que se perdiera, todos los dioses dejando los santuarios y altares, si la ciudad hubiera despreciado sus preceptos sobre la buena vida y la justicia. Pero ahora, ¿qué clase de dioses, pregunto, fueron, si no quisieron vivir con su pueblo adorador, a quien no enseñaron a vivir bien mientras vivía mal?

CAPÍTULO XXIII.---Las variaciones de las cosas temporales no dependen del favor o la oposición de los demonios, sino del juicio del verdadero Dios.

1. ¿Qué, además, parece que asistieron a sus deseos de ser cumplidos, y se muestra que no estuvieron al frente para refrenarlos? Pues, ¿quién sino los dioses ayudaron a Mario, un hombre nuevo y de origen humilde, autor y gestor cruentísimo de guerras civiles, para que fuera cónsul siete veces, y para que muriera anciano en su séptimo consulado, sin caer en manos de Sila, que pronto sería el vencedor? Pues si sus dioses no lo ayudaron en esto, no es poco lo que admiten, que incluso sin sus dioses propicios, puede sucederle a un hombre esa felicidad temporal que tanto aman; y que los hombres, como fue Mario, pueden ser colmados y disfrutar de salud, fuerzas, riquezas, honores, dignidad, longevidad, con los dioses

enojados: y que los hombres, como fue Régulo, pueden ser torturados y morir en cautiverio, esclavitud, pobreza, vigilias, dolores, con los dioses amigos. Si conceden que esto es así, confiesan que no les sirven de nada, y que son adorados en vano. Pues si se esforzaron más en enseñar al pueblo cosas contrarias a las virtudes del alma y la probidad de vida, cuyos premios deben esperarse después de la muerte; si tampoco en estos bienes transitorios y temporales, ni perjudican a los que odian, ni benefician a los que aman: ¿por qué se les adora? ¿por qué se les busca con tanto afán de ser adorados? ¿Por qué se murmura que se han ido, como ofendidos, en tiempos laboriosos y tristes; y se injuria con los más indignos insultos a la religión cristiana por su causa? Pero si tienen en estas cosas, ya sea poder de beneficio o de maleficio; ¿por qué asistieron al malvado Mario, y no al buen Régulo? ¿O acaso por esto se entienden ellos mismos como los más injustos y malvados? Pero si por esto se les considera más temibles y dignos de ser adorados, tampoco se les considere así: pues no se encuentra que Régulo los adorara menos que Mario. Ni por eso parece que deba elegirse una vida pésima, porque se cree que los dioses favorecieron más a Mario que a Régulo. Pues Metelo, el más alabado de los romanos, que tuvo cinco hijos cónsules, también fue feliz en las cosas temporales; y Catilina, el peor, oprimido por la pobreza y abatido en la guerra de su crimen, fue infeliz: y con la verdadera y certísima felicidad prevalecen los buenos adoradores de Dios, de quien solo puede conferirse.

2. Por tanto, cuando esa república perecía por las malas costumbres, sus dioses no hicieron nada para dirigir o corregir las costumbres, para que no pereciera, sino que añadieron a las costumbres para depravarlas y corromperlas, para que pereciera. Y no se finjan buenos, como si ofendidos por la iniquidad de los ciudadanos se hubieran ido. Sin duda estaban allí; se delatan, se convencen: no pudieron ni ayudar con preceptos, ni ocultarse callando. Omito que Mario fue encomendado por los compasivos minturnenses en el bosque de la diosa Marica, para que le prosperara todo; y regresando ileso de la desesperación más extrema, condujo a la Urbe un ejército cruel siendo él mismo cruel: donde cuán sangrienta, cuán incivil, y más inhumana que hostil fue su victoria; que lean quienes quieran a los que lo escribieron. Pero esto, como dije, lo omito: no atribuyo la sangrienta felicidad de Mario a Marica, no sé quién, sino más bien a la providencia oculta de Dios para cerrar la boca de estos, y liberarlos del error a quienes no actúan por pasiones, sino que observan esto prudentemente. Porque incluso si los demonios pueden algo en estas cosas, pueden tanto como se les permite por el juicio secreto del Omnipotente; para que no sobrevaloremos la felicidad terrena, que, como a Mario, a menudo se concede también a los malos; ni la consideremos mala, cuando vemos que muchos piadosos y buenos adoradores del único Dios verdadero prevalecen con ella, a pesar de los demonios; ni consideremos que esos espíritus inmundos deben ser propiciados o temidos por estos mismos bienes o males terrenales. Porque así como los mismos hombres malos en la tierra, así también ellos no pueden hacer todo lo que quieren, sino cuanto se les permite por la ordenación de aquel cuyos juicios nadie comprende plenamente, nadie reprende justamente.

CAPÍTULO XXIV.---Sobre los actos de Sila, de los cuales los demonios se mostraron como ayudantes.

1. Ciertamente Sila mismo, cuyos tiempos fueron tales que los anteriores, de los cuales parecía ser vengador, se buscaban en comparación con ellos, cuando primero movió el campamento hacia la Urbe contra Mario, escribe Livio que los exta fueron tan favorables al sacrificar, que Postumio el arúspice quiso ser custodiado, dispuesto a sufrir la pena capital, a menos que lo que Sila tenía en mente, con la ayuda de los dioses, se cumpliera. He aquí que no habían abandonado los santuarios y altares los dioses, cuando predecían el resultado de los acontecimientos, y no se preocupaban por la corrección del mismo Sila. Prometían una gran

felicidad presagiando, y no quebrantaban la mala codicia amenazando. Luego, cuando estaba en Asia llevando a cabo la guerra mitridática, le fue mandado por Lucio Ticio de parte de Júpiter, que vencería a Mitrídates: y así fue. Y después, cuando planeaba regresar a la Urbe y vengar sus injurias y las de sus amigos con sangre civil, nuevamente le fue mandado por el mismo Júpiter a través de un soldado de la sexta legión, que antes le había anunciado la victoria sobre Mitrídates, y entonces prometía darle el poder para recuperar la república de sus enemigos no sin mucha sangre. Entonces Sila preguntó qué forma había visto el soldado; cuando él lo indicó, recordó la que antes había oído de aquel que había llevado el mensaje de la victoria mitridática del mismo. ¿Qué se puede responder aquí, por qué los dioses se preocuparon de anunciar estas cosas como felices, y ninguno de ellos se preocupó de advertir a Sila para corregirse, que iba a cometer tantos males con armas civiles criminales, que no mancharían, sino que borrarían por completo la república? Sin duda se entienden los demonios, como he dicho muchas veces, y lo sabemos por las Escrituras sagradas, y las mismas cosas lo indican suficientemente, que hacen su negocio, para ser considerados y adorados como dioses, y que se les ofrezcan aquellas cosas, con las cuales quienes las ofrecen, asociados con ellos, tienen una misma causa pésima en el juicio de Dios.

2. Luego, cuando Sila llegó a Tarento y allí sacrificó, vio en el hígado de un ternero la semejanza de una corona de oro. Entonces Postumio el arúspice respondió que le significaba una victoria ilustre, y le ordenó que solo él comiera de esos exta. Después, al poco tiempo, un esclavo de cierto Lucio Pontio clamó profetizando: Vengo de parte de Bellona; la victoria es tuya, Sila. Luego añadió que el Capitolio iba a arder. Cuando dijo esto, inmediatamente salió del campamento, y al día siguiente regresó más agitado, y clamó que el Capitolio había ardido. Sin embargo, el Capitolio realmente había ardido. Lo cual ciertamente al demonio le fue fácil prever, y muy rápidamente anunciar. Sin embargo, presta atención a lo que más importa para el caso, bajo qué dioses desean estar quienes blasfeman contra el Salvador que libera las voluntades de los fieles del dominio de los demonios. Un hombre clamó profetizando, La victoria es tuya, Sila; y para que se creyera que clamaba esto por espíritu divino, también anunció algo cercano y pronto a suceder, que se hizo mientras estaba lejos de aquel por quien hablaba el espíritu: sin embargo, no clamó, Abstente de crímenes, Sila; los cuales allí victorioso cometió tan horrendos, a quien en el hígado del ternero apareció el ilustrísimo signo de la corona de oro de su victoria. Tales signos, si los dioses justos solieran dar, y no los demonios impíos, ciertamente en esos exta mostrarían más bien males nefastos y gravemente nocivos para el mismo Sila. Pues no le benefició tanto a su dignidad aquella victoria, como le perjudicó a su codicia; por la cual, al desear desmedidamente, y elevado y precipitado por las cosas favorables, más bien él mismo pereció en las costumbres, que perder a los enemigos en los cuerpos. Estos males verdaderamente tristes y verdaderamente lamentables, no se los anunciaban los dioses con exta, ni con augurios, ni con el sueño o vaticinio de nadie. Pues temían más que se corrigiera, que que fuera vencido. Más bien se esforzaban para que, victorioso glorioso de ciudadanos, vencido y cautivo de vicios nefandos, y por estos también mucho más sometido a los mismos demonios.

CAPÍTULO XXV.---Cuánto incitan los espíritus malignos a los hombres a los crímenes, cuando en la comisión de delitos interponen como una autoridad divina su ejemplo.

1. De allí, ¿quién no entiende, quién no ve, sino quien prefiere imitar a tales dioses, que ser separado de su sociedad por la gracia divina, cuánto se esfuerzan estos espíritus malignos en ofrecer su ejemplo como una autoridad divina para los crímenes, lo cual también en cierta extensa llanura de Campania, donde no mucho después las tropas civiles chocaron en una batalla nefaria, ellos mismos primero fueron vistos pelear entre sí? Pues allí primero se escucharon grandes estruendos: y luego muchos anunciaron haber visto durante varios días

dos ejércitos pelear. Cuando cesó esa lucha, también encontraron huellas como de hombres y caballos, tantas como pudieron ser impresas por aquel conflicto. Si, por tanto, verdaderamente los numina pelearon entre sí, ya se excusan las guerras civiles humanas; sin embargo, considérese cuál es la malicia o miseria de tales dioses: pero si fingieron haber peleado, ¿qué otra cosa hicieron, sino que los romanos al pelear civilmente, como por ejemplo de los dioses, no vieran que cometían ningún crimen? Pues ya habían comenzado las guerras civiles, y ya habían precedido varias matanzas execrables de batallas nefandas: ya había conmovido a muchos que un soldado, mientras despojaba a un muerto, reconoció a su hermano en el cadáver desnudo, y detestando las guerras civiles, se mató allí mismo uniéndose al cuerpo fraterno. Para que, por tanto, no se sintiera aversión por este gran mal, sino que más y más creciera el ardor de las armas criminales, los demonios nocivos, que ellos consideraban dioses y creían que debían ser adorados y venerados, quisieron aparecer peleando entre sí a los hombres; para que la afectividad cívica no temiera imitar tales luchas, sino que más bien el crimen humano se excusara con el ejemplo divino. Con esta astucia los espíritus malignos también ordenaron que los juegos, de los cuales ya he dicho mucho, se les dedicaran y consagraran: donde las tantas infamias de los dioses celebradas en los cánticos teatrales y las acciones de las fábulas, y cualquiera que creyera que ellos hicieron tales cosas, y cualquiera que no lo creyera, pero sin embargo viera que les gustaba muchísimo que se les ofrecieran tales cosas, las imitara con seguridad. Para que, por tanto, nadie pensara que en los dioses se escribieron más bien injurias, que algo digno de ellos, dondequiera que los poetas mencionaron que pelearon entre sí; ellos mismos para engañar a los hombres confirmaron los poemas de los poetas, mostrando sus peleas no solo a través de los actores en el teatro, sino también por sí mismos en el campo a los ojos humanos.

2. Nos hemos visto obligados a decir estas cosas, ya que los autores de ellos no dudaron en decir y escribir que la república romana ya había sido destruida por las pésimas costumbres de los ciudadanos, y que no quedaba ninguna mucho antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo. A esta perdición no se la imputan a sus dioses, quienes imputan a nuestro Cristo los males transitorios, por los cuales los buenos, ya sea que vivan o mueran, no pueden perecer: cuando nuestro Cristo frecuenta tantos preceptos para las mejores costumbres contra las costumbres perdidas; y sus dioses no hicieron nada con su pueblo adorador, por esa república, para que no pereciera; más bien corrompiendo esas mismas costumbres como con sus ejemplos de autoridad nociva, hicieron más bien que pereciera. Que nadie, por tanto, se atreva a decir que entonces no pereció, porque "Discessere omnes adytis arisque relictis Dî", como amigos de las virtudes, cuando se ofendieron por los vicios de los hombres; porque se les convence de haber estado presentes por tantos signos de exta, augurios, vaticinios con los cuales se jactaban y deseaban ser considerados presagios de los futuros y ayudantes de las batallas: quienes si verdaderamente se hubieran ido, los romanos habrían ardido en guerras civiles más moderadamente por sus propias pasiones que por las instigaciones de ellos.

CAPÍTULO XXVI.---Sobre los consejos secretos de los demonios, que se referían a las buenas costumbres, cuando en sus ritos se enseñaba toda iniquidad.

1. Siendo así las cosas, cuando abiertamente y públicamente las torpezas mezcladas con crueldades, las infamias y crímenes de los numina, ya sean revelados o inventados, a petición de ellos mismos, y si no se hacía se enojaban, incluso consagrados y dedicados a ellos con solemnidades ciertas y establecidas, se hicieron claros, y se presentaron a los ojos de todos para ser imitados: ¿qué es lo que los mismos demonios, que confiesan ser espíritus inmundos con tales placeres, que con sus infamias y crímenes, ya sean indicados o simulados, y con la celebración de ellos pedida por los impúdicos, extorsionada por los pudorosos, se testifican a sí mismos como autores de una vida criminal e inmunda; sin embargo, se dice que en sus

santuarios y secretos recintos dan ciertos buenos preceptos sobre las costumbres, a algunos como sus elegidos consagrados? Si esto es así, por esto mismo debe observarse y convencerse más la astucia de los espíritus nocivos. Pues tal es la fuerza de la probidad y la castidad, que toda o casi toda la naturaleza humana se mueve con su alabanza, y no está tan viciada por la torpeza que pierda por completo el sentido de la honestidad. Por tanto, la malicia de los demonios, a menos que en algún lugar se transforme, como sabemos que está escrito en nuestras Escrituras, en ángeles de luz, no cumple con su negocio de engaño. Por tanto, afuera la impiedad impura resuena con el más célebre estruendo a los pueblos, y adentro la castidad simulada apenas suena a unos pocos: se ofrecen abiertamente las cosas vergonzosas, y en secreto las laudables: el decoro se oculta, y la deshonra se muestra: lo que se hace mal, convoca a todos los espectadores; lo que se dice bien, apenas encuentra algunos oyentes: como si las cosas honestas debieran avergonzarse, y las deshonestas gloriarse. Pero, ¿dónde sucede esto, sino en los templos de los demonios? ¿dónde, sino en los albergues de la falacia? Pues se hace para que los más honestos, que son pocos, sean capturados; pero esto, para que los más numerosos, que son los más viles, no sean corregidos.

2. Dónde y cuándo los consagrados de Coelestis escuchaban los preceptos de castidad, no lo sabemos: sin embargo, ante el mismo santuario, donde contemplábamos la estatua colocada, todos los que acudían de todas partes, y donde cada uno podía estar de pie, observábamos atentamente los juegos que se llevaban a cabo, mirando con alternante mirada, de un lado la pompa meretriz, del otro la diosa virgen; a aquella se le adoraba suplicante, ante aquella se celebraban cosas vergonzosas: no vimos allí mimos pudorosos, ni una actriz más recatada; todo se llenaba de oficios de obscenidad. Se sabía qué agradaba al numen virginal, y se exhibía lo que la matrona más instruida llevaría a casa desde el templo. Algunas más pudorosas apartaban el rostro de los impuros movimientos de los actores, y aprendían el arte del vicio con furtiva atención. Pues se avergonzaban de los hombres para no atreverse a mirar con rostro libre los gestos impúdicos; pero mucho menos se atrevían a condenar con corazón casto los ritos de aquel a quien veneraban. Sin embargo, esto se ofrecía abiertamente para ser aprendido en el templo, para perpetrarlo al menos se buscaba un lugar secreto en casa: maravillándose mucho (si había alguno allí) del pudor de los mortales, que los crímenes humanos no se cometieran libremente, los cuales incluso religiosamente se aprendían entre los dioses, y se tendrían enojados si no se cuidaba de exhibirlos también. Pues, ¿qué otro espíritu, instigando ocultamente las mentes más malvadas, y urge a cometer adulterios, y se alimenta de los hechos, sino el que también se deleita con tales ritos, estableciendo en los templos las estatuas de los demonios, amando en los juegos las estatuas de los vicios; susurrando en secreto palabras de justicia para engañar incluso a unos pocos buenos, frecuentando abiertamente las invitaciones a la iniquidad para poseer a innumerables malos?

CAPÍTULO XXVII.---Con cuánta subversión de la disciplina pública los romanos consagraron obscenidades de los juegos para aplacar a sus dioses.

Vir gravis y pseudo-filósofo Tulio, futuro edil, clamaba en los oídos de la ciudad que, entre otras funciones de su magistratura, debía apaciguar a Flora, madre de los juegos, con una celebración: juegos que solían celebrarse con tanta devoción como indecencia. En otro lugar, ya como cónsul en los extremos peligros de la ciudad, dice que se celebraron juegos durante diez días, y que no se omitió nada que pudiera aplacar a los dioses: como si no fuera mejor irritar a tales dioses con templanza que apaciguarlos con lujuria; y provocarlos con honestidad incluso a enemistades, que calmarlos con tanta deformidad. Pues no habrían sido los hombres más dañinos con cualquier crueldad inhumana, por quienes se aplacaban, que lo que dañaban ellos mismos, al ser aplacados con la más vil de las viciosidades: ya que, para

desviar lo que se temía del enemigo en los cuerpos, los dioses se conciliaban de tal manera que la virtud era derrotada en las mentes; quienes no se opondrían como defensores a los atacantes de las murallas, si primero no fueran expugnadores de las buenas costumbres. Esta apaciguación de tales deidades, la más petulante, impura, impúdica, malvada, inmunda, cuyos actores la loable índole de la virtud romana privó de honor, movió la tribu, reconoció como viles, hizo infames; esta, digo, vergonzosa y que la verdadera religión debe rechazar y detestar, esta apaciguación de tales deidades, estas fábulas seductoras y criminales sobre los dioses, estos hechos ignominiosos de los dioses, ya sea cometidos criminalmente y con vileza, o inventados de manera más criminal y vil, toda la ciudad los aprendía con los ojos y oídos públicos: veía que estos hechos complacían a las deidades; y por eso creía que no solo debían ser exhibidos a ellos, sino también imitados por sí mismos: no aquello que no sé qué, como bueno y honesto, que se decía a tan pocos y tan ocultamente (si es que se decía), que se temía más que no se conociera, que no se hiciera.

CAPÍTULO XXVIII.---De la salubridad de la religión cristiana.

Los hombres son liberados del yugo tártaro y de la sociedad penal de estos poderes inmundísimos por el nombre de Cristo, y son trasladados a la luz de la piedad más saludable desde aquella noche de la impiedad más perniciosa, se quejan y murmuran los inicuos e ingratos, y poseídos más profundamente y estrechamente por aquel espíritu nefasto, porque los pueblos confluyen a las iglesias con una celebración casta, con una honesta discreción de ambos sexos: donde escuchan cómo deben vivir bien aquí temporalmente, para que después de esta vida merezcan vivir siempre bienaventurados; donde la santa Escritura y la doctrina de la justicia resuenan desde un lugar superior a la vista de todos, y quienes las cumplen, escuchan para la recompensa; y quienes no las cumplen, escuchan para el juicio. Aunque algunos burladores de tales preceptos vienen allí, toda su petulancia se deposita con una repentina transformación, o se reprime por temor o vergüenza. Pues no se les propone nada vergonzoso y escandaloso para ver e imitar, donde se insinúan los preceptos del verdadero Dios, se narran milagros, se alaban dones, o se solicitan beneficios.

CAPÍTULO XXIX.---Exhortación a los romanos para abandonar el culto a los dioses.

1. Anhela más bien esto, oh loable índole romana, oh progenie de los Régulos, Escévolas, Escipiones, Fabricios: anhela más bien esto, distingue esto de aquella vanidad más vil y de la malignidad más engañosa de los demonios. Si algo en ti se destaca naturalmente como digno de alabanza, solo se purifica y perfecciona con la verdadera piedad; pero se destruye y castiga con la impiedad. Ahora elige qué seguir, para que no seas alabado en ti mismo, sino en el verdadero Dios sin error alguno. Entonces, en verdad, tenías gloria popular, pero por el oculto juicio de la divina providencia, te faltaba la verdadera religión que debías elegir. Despierta, es de día; como has despertado en algunos, de cuya virtud perfecta y por la verdadera fe incluso nos gloriamos en sus pasiones, quienes luchando por todas partes contra los poderes más enemigos, y venciéndolos valientemente muriendo, nos engendraron esta patria con su sangre. A esta patria te invitamos, y te exhortamos a que te unas al número de sus ciudadanos, cuyo asilo es de algún modo la verdadera remisión de los pecados. No escuches a tus degenerados que critican a Cristo o a los cristianos, y acusan los tiempos como malos, cuando buscan tiempos en los que no haya una vida tranquila, sino más bien una iniquidad segura. Esto nunca te agradó ni siquiera por la patria terrenal. Ahora toma la celestial, por la cual trabajarás mínimamente, y en ella reinarás verdaderamente y para siempre. Allí no tendrás el hogar de Vesta, ni la piedra Capitolina, sino un solo Dios verdadero que no pondrá límites a las cosas ni tiempos, te dará un imperio sin fin. (Eneida, libro 1, versos 278, 279.)

2. No busques dioses falsos y engañosos; más bien recházalos y desdénalos, brillando hacia la verdadera libertad. No son dioses, son espíritus malignos, para quienes tu eterna felicidad es un castigo. Juno no parece haber envidiado tanto a los troyanos, de quienes desciendes carnalmente, las fortalezas romanas, como estos demonios, que aún consideras dioses, envidian las moradas eternas a todo el género humano. Y tú misma, en gran parte, has juzgado sobre tales, cuando los apaciguaste con juegos, y a través de los hombres por quienes hiciste esos mismos juegos, quisiste que fueran infames. Permite que se afirme tu libertad contra los espíritus inmundos, que habían impuesto sobre tus cuellos la obligación de consagrarles y celebrar su ignominia. Has removido a los actores de crímenes divinos de tus honores: suplica al verdadero Dios que te quite a esos dioses, que se deleitan en sus crímenes, ya sean verdaderos, lo cual es lo más ignominioso; o falsos, lo cual es lo más malicioso. Bien, que por tu propia voluntad no quisiste permitir la sociedad de la ciudad a los histriones y escénicos; despierta más plenamente: de ninguna manera se aplaca la majestad divina con esas artes, con las que se mancilla la dignidad humana. ¿Cómo, entonces, crees que los dioses, que se deleitan con tales servicios, pueden ser considerados entre el número de las santas potestades celestiales; cuando no consideraste que los hombres por quienes se realizan esos mismos servicios debían ser tenidos entre el número de cualesquiera ciudadanos romanos? Incomparablemente más clara es la ciudad celestial, donde la victoria es la verdad; donde la dignidad es la santidad; donde la paz es la felicidad; donde la vida es la eternidad. Mucho menos tiene en su sociedad a tales dioses, si tú te avergonzaste de tener tales hombres en la tuya. Por tanto, si deseas llegar a la ciudad bienaventurada, evita la sociedad de los demonios. Son indignamente adorados por los honestos, quienes son aplacados por los viles. Así, estos deben ser removidos de tu piedad por la purificación cristiana, como aquellos fueron removidos de tu dignidad por la censura. De los bienes carnales, de los cuales solo los malos quieren disfrutar, y de los males carnales, que solo no quieren sufrir, que no tienen en estos lo que se cree que tienen estos demonios, el poder; aunque si lo tuvieran, deberíamos más bien despreciar incluso estas cosas, que adorarlos por estas cosas, y adorándolos no poder llegar a aquellas cosas que nos envidian: sin embargo, ni en estas cosas tienen este poder, que creen aquellos que sostienen que deben ser adorados por estas cosas, lo veremos en adelante, para que aquí sea el fin de este volumen.

LIBRO TERCERO. Así como en el libro anterior sobre los males de las costumbres y del alma, así en el presente sobre los inconvenientes del cuerpo y de las cosas externas, Agustín muestra que los romanos, desde la fundación de la ciudad, han sido continuamente acosados por estos males, y que para desviar este tipo de males, los dioses falsos, cuando antes de la venida de Cristo eran libremente adorados, no prestaron ninguna ayuda.

CAPÍTULO PRIMERO.---De las adversidades que solo los malos temen, y que el mundo siempre ha sufrido, mientras adoraba a los dioses.

Ya creo que se ha dicho lo suficiente sobre los males de las costumbres y del alma, que principalmente deben evitarse, que los dioses falsos no se preocuparon en absoluto por ayudar a su pueblo adorador a no ser oprimido por el cúmulo de esos males; sino que más bien actuaron para que fuera oprimido al máximo. Ahora veo que se debe hablar de aquellos males que solo estos no quieren sufrir, como el hambre, la enfermedad, la guerra, el despojo, la cautividad, la masacre, y si hay otros similares que ya mencionamos en el primer libro. Pues solo consideran malos estos males, que no hacen malos a los hombres, ni se avergüenzan de ser ellos mismos malos entre los bienes que alaban; y se indignan más si tienen una mala villa, que si tienen una mala vida: como si el mayor bien del hombre fuera tener todos los bienes, excepto a sí mismo. Pero ni siquiera tales males, que solo estos temen, los dioses de ellos, cuando eran libremente adorados por ellos, impidieron que les sucedieran.

Pues cuando en diversos lugares y tiempos antes de la venida de nuestro Redentor, el género humano era oprimido por innumerables y algunas veces incluso increíbles calamidades; ¿qué otros dioses adoraba el mundo, excepto este único pueblo hebreo, y algunos fuera de este pueblo, dondequiera que la gracia divina los considerara dignos por el juicio más oculto y justo de Dios? Pero para no hacer esto demasiado largo, callaré sobre los gravísimos males de otras naciones por todas partes: en cuanto a Roma y el imperio romano, solo hablaré; es decir, sobre la propia ciudad, y cualquiera que estuviera unida a ella por sociedad o sujeta por condición, qué han sufrido antes de la venida de Cristo, cuando ya pertenecían como al cuerpo de su república.

CAPÍTULO II.---Si los dioses, que eran adorados de manera similar por romanos y griegos, tuvieron razones para permitir que Ilión fuera destruida.

Primero, la propia Troya o Ilión, de donde es el origen del pueblo romano (pues no debe pasarse por alto ni disimularse, lo que también toqué en el primer libro [Cap. 4]), teniendo los mismos dioses y adorándolos, ¿por qué fue vencida, capturada y destruida por los griegos? Dicen que a Príamo le fueron devueltas las perjurias paternas de Laomedonte. Entonces es cierto que Apolo y Neptuno sirvieron a Laomedonte con trabajos mercenarios; pues se dice que les prometió una recompensa y juró falsamente. Me sorprende que Apolo, llamado adivino, trabajara en una obra tan grande, sin saber que Laomedonte no iba a cumplir su promesa. Aunque tampoco convenía a Neptuno, su tío, hermano de Júpiter, rey del mar, ignorar el futuro. Pues Homero introduce a este Neptuno, de la estirpe de Eneas, de cuyos descendientes se fundó Roma, aunque se dice que el mismo poeta existió antes de la fundación de esa ciudad, profetizando algo grande (Ilíada, Y, versos 302-305): quien también, como dice, lo arrebató en una nube para que no fuera asesinado por Aquiles, deseando con ello voltear desde lo más profundo las murallas perjuras de Troya construidas con sus propias manos. Por lo tanto, los grandes dioses Neptuno y Apolo, ignorantes de que Laomedonte les negaría la recompensa, fueron constructores gratuitos e ingratos de las murallas troyanas. Que vean si es más grave creer en tales dioses, que perjurar a tales dioses. Pues ni siquiera el propio Homero lo creyó fácilmente, quien hace que Neptuno luche contra los troyanos, pero Apolo a favor de los troyanos, aunque la fábula narra que ambos estaban ofendidos por ese perjurio. Si, por lo tanto, creen en las fábulas, que se avergüencen de adorar tales deidades; si no creen en las fábulas, que no aleguen los perjurios troyanos, ni se maravillen de que los dioses castigaran los perjurios troyanos, pero amaran los romanos. Pues de dónde tuvo la conjuración de Catilina en una ciudad tan grande y corrupta también una gran cantidad de aquellos a quienes alimentaba la mano y la lengua con perjurio o sangre civil? Pues, ¿qué otra cosa hacían tantas veces los senadores corruptos en los juicios, tantas veces el pueblo en los sufragios o en cualquier causa que se tratara en sus asambleas, sino que pecaban incluso perjurando? Pues con costumbres corruptísimas se mantenía la antigua costumbre de jurar, no para ser disuadidos de los crímenes por el temor a la religión, sino para que también los perjurios se añadieran a los demás crímenes.

CAPÍTULO III.---No pudieron ofenderse los dioses por el adulterio de Paris, que se dice frecuentado entre ellos mismos.

Por lo tanto, no hay razón por la cual los dioses, a quienes, como dicen, se mantuvo aquel imperio (Virgilio, Eneida, libro 2, verso 352), cuando se demuestra que fueron vencidos por los griegos prevalecientes, se finjan enojados con los troyanos perjurios. Ni se ofendieron por el adulterio de Paris, como algunos defienden nuevamente, para abandonar Troya. Pues suelen ser autores y maestros de pecados, no vengadores. La ciudad de Roma, dice Salustio, según he recibido, fue fundada y habitada al principio por troyanos, que, bajo el liderazgo de

Eneas, vagaban como fugitivos con asentamientos inciertos (De la Conjuración de Catilina, cap. 6). Si, por lo tanto, las deidades juzgaron que el adulterio de Paris debía ser castigado, o más bien en los romanos, o ciertamente también en los romanos debía ser castigado; porque la madre de Eneas hizo esto. Pero, ¿cómo odiaban en aquel el crimen de adulterio, que no odiaban en su aliada Venus (para omitir otras cosas) lo que había cometido con Anquises, de lo cual había engendrado a Eneas? ¿O porque aquello se hizo con Menelao indignado, pero esto con Vulcano concediendo? Pues los dioses, creo, no celan a sus esposas, hasta el punto de dignarse tenerlas incluso comunes con los hombres. Tal vez se me considere que me burlo de las fábulas, y que no trato con seriedad una causa de tanto peso. No creamos, entonces, si se quiere, que Eneas es hijo de Venus: concedo esto, si tampoco Rómulo es hijo de Marte. Si, sin embargo, aquello, ¿por qué no también esto? ¿O es lícito a los dioses mezclarse con mujeres humanas, pero no es lícito a los hombres mezclarse con diosas? Dura, o más bien increíble condición, que lo que fue permitido a Marte en el derecho de Venus en el concubinato, no le sea permitido a la propia Venus en su derecho. Pero ambos están confirmados por la autoridad romana. Pues ni menos creyó el reciente César que Venus era su abuela, que el más antiguo Rómulo que Marte era su padre.

CAPÍTULO IV.---Sobre la opinión de Varrón, que dijo que es útil que los hombres mientan diciendo que son engendrados por dioses.

Alguien podría decir: ¿Así que tú crees estas cosas? Yo, en verdad, no creo estas cosas. Pues incluso el más docto de ellos, Varrón, aunque no audazmente, ni confiadamente, casi lo admite. Pero dice que es útil para las ciudades que los hombres valientes, aunque sea falso, crean que son engendrados por dioses: para que de ese modo el ánimo humano, llevando la confianza de una estirpe divina, emprenda con más audacia grandes empresas, actúe con más vehemencia, y por eso cumpla con más éxito por la misma seguridad. Esta opinión de Varrón, expresada, como pude, con mis palabras, ves cuán amplio lugar abre a la falsedad; para que entendamos que más sagrados y casi religiosos pudieron ser inventados, donde se pensó que las mentiras sobre los propios dioses también beneficiaban a los ciudadanos.

CAPÍTULO V.---No se prueba que los dioses castigaran el adulterio de Paris, que no castigaron en la madre de Rómulo.

Pero si pudo Venus engendrar a Eneas del concubinato con Anquises, o Marte engendrar a Rómulo del concubinato con la hija de Numitor, dejemos esto en medio. Pues casi surge una cuestión similar también de nuestras Escrituras, en la que se pregunta si los ángeles transgresores se mezclaron con las hijas de los hombres; de donde, nacidos gigantes, es decir, hombres excesivamente grandes y fuertes, entonces la tierra se llenó (Gén. VI, 4). [V.] Por lo tanto, nuestra discusión se refiere por ahora a ambos casos. Pues si son verdaderas las cosas que se leen sobre la madre de Eneas y el padre de Rómulo; ¿cómo pueden desagradar a los dioses los adulterios humanos, que soportan concordemente en sí mismos? Si, sin embargo, son falsas; tampoco pueden enojarse con los verdaderos adulterios humanos, que también se deleitan con sus falsos. A esto se añade, ya que si aquello de Marte no se cree, para que tampoco aquello de Venus se crea, la causa de la madre de Rómulo no se defiende con ningún pretexto de concubinato divino. Pero fue sacerdotisa Silvia vestal, y por eso los dioses debieron más bien castigar aquel sacrilegio en los romanos, que el adulterio de Paris en los troyanos. Pues incluso los antiguos romanos, en el estupro de las sacerdotisas de Vesta, enterraban vivas a las adúlteras, pero a las mujeres adúlteras, aunque con alguna condena, no las castigaban con la muerte: hasta tal punto castigaban más gravemente lo que consideraban los santuarios divinos, que los lechos humanos.

CAPÍTULO VI.---Sobre el parricidio de Rómulo, que los dioses no castigaron.

Añado otra cosa, porque si hasta tal punto los pecados de los hombres desagradaran a aquellas deidades, que ofendidos por el hecho de Paris abandonaran Troya para que pudiera ser destruida; más bien los movería contra los romanos el hermano de Rómulo asesinado, que contra los troyanos el marido griego burlado; más bien irritaría el parricidio de una ciudad naciente, que el adulterio de una ciudad reinante. Y no importa para la causa que ahora tratamos, si esto lo hizo Rómulo, o lo ordenó, lo cual muchos niegan con impudencia, muchos dudan con vergüenza, muchos disimulan con dolor. No nos detengamos, por lo tanto, en investigar más diligentemente este asunto a través de los testimonios ponderados de muchos escritores: se sabe públicamente que el hermano de Rómulo fue asesinado, no por enemigos, no por extraños. Si Rómulo lo perpetró o lo ordenó; él mismo fue más bien la cabeza de los romanos, que Paris de los troyanos: ¿por qué, entonces, el rapto de la esposa ajena provocó la ira de los dioses contra los troyanos, y la tutela de esos mismos dioses invitó a los romanos este exterminador de su hermano? Si, sin embargo, aquel crimen está ajeno al hecho y mandato de Rómulo; ya que debió ser vengado, toda aquella ciudad lo hizo, porque toda lo despreció; y no ya al hermano, sino al padre, lo cual es peor, mató. Pues ambos fueron fundadores, donde uno, quitado por el crimen, no fue permitido ser gobernante. No hay, creo, qué decir sobre qué mal mereció Troya para que los dioses la abandonaran, para que pudiera ser destruida; y qué bien Roma, para que los dioses la habitaran, para que pudiera crecer: a menos que los vencidos huyeran de allí, y se unieran a estos, a quienes engañarían igualmente. Más bien, permanecieron allí, para engañar a aquellos a su manera, que nuevamente habitarían esas tierras; y aquí, ejerciendo más sus artes de engaño, se glorificaron con mayores honores.

CAPÍTULO VII.---Sobre la destrucción de Ilión, que el líder Mario Fimbria destruyó.

Ciertamente, en medio de las guerras civiles ya en ebullición, ¿qué había hecho de miserable Ilión para ser destruida por Fimbria, un hombre de las peores facciones de Mario, de manera mucho más feroz y cruel que antaño por los griegos? Pues entonces muchos huyeron de allí, y muchos fueron capturados y al menos vivieron en servidumbre. Sin embargo, Fimbria primero emitió un edicto para que no se perdonara a nadie; y quemó toda la ciudad y a todos los hombres en ella con un incendio. Esto mereció Ilión, no de los griegos, a quienes había irritado con su iniquidad, sino de los romanos, a quienes había propagado con su calamidad; sin que los dioses comunes ayudaran en nada para repeler esto, o, lo que es verdad, no valiendo nada. ¿Acaso entonces también se retiraron todos los dioses de los santuarios y altares abandonados, aquellos en los que la ciudad había permanecido, después de los antiguos incendios y ruinas de los griegos, reconstruida? Si se retiraron, pregunto la causa; y cuanto mejor encuentro la causa de los ciudadanos, tanto peor la de los dioses. Pues ellos cerraron las puertas contra Fimbria para preservar la ciudad intacta para Sila: por esto, él, enojado, la incendió, o más bien la extinguió por completo. Además, Sila fue un líder de las mejores facciones civiles, aún intentando recuperar la república con las armas: estos buenos inicios aún no habían tenido malos resultados. ¿Qué mejor podrían haber hecho los ciudadanos de esa ciudad? ¿Qué más honesto? ¿Qué más fiel? ¿Qué más digno de la parentela romana que preservar la ciudad para la mejor causa de los romanos y cerrar las puertas contra el parricida de la república romana? Pero, ¿en qué medida se volvió esto en su ruina, que lo consideren los defensores de los dioses? Que los dioses abandonaran a los adúlteros y dejaran Ilión a las llamas de los griegos para que de sus cenizas naciera una Roma más casta: ¿por qué después abandonaron esa misma ciudad emparentada con los romanos, no rebelándose contra Roma, su noble hija, sino guardando la fe más constante y piadosa a

sus partes más justas; y la dejaron para ser destruida, no por los valientes hombres griegos, sino por el hombre más vil de los romanos? O si a los dioses les desagradaba la causa de las facciones de Sila, a quien los miserables cerraron las puertas para salvar la ciudad; ¿por qué a ese mismo Sila le prometían y predecían tantos bienes? ¿O es que aquí se reconocen más como aduladores de los afortunados que como defensores de los desafortunados? Por lo tanto, Ilión no fue destruida entonces por ellos cuando fue abandonada. Pues los demonios, siempre vigilantes para engañar, hicieron lo que pudieron. Con todo destruido e incendiado junto con la ciudad, se dice que solo la estatua de Minerva permaneció intacta bajo la gran ruina de su templo, como escribe Livio: no para que se dijera, "Dioses patrios, bajo cuyo numen siempre está Troya" (Virgilio, Eneida, libro 1, versos 702, 703) para su alabanza; sino para que no se dijera, "Se retiraron todos de los santuarios y altares abandonados" para su defensa. Pues se les permitió hacer eso, no para probar que eran poderosos, sino para demostrar que estaban presentes.

CAPÍTULO VIII.---Si Roma debió ser confiada a los dioses de Ilión.

Entonces, ¿con qué prudencia, después del testimonio de la misma Troya, fue Roma confiada a los dioses de Ilión para su custodia? Alguien podría decir que ya estaban acostumbrados a habitar en Roma cuando Fimbria destruyó Ilión. Entonces, ¿por qué permaneció la estatua de Minerva? Además, si estaban en Roma cuando Fimbria destruyó Ilión, tal vez estaban en Ilión cuando los galos capturaron e incendiaron la misma Roma: pero como son muy agudos de oído y rapidísimos de movimiento, regresaron rápidamente al llamado de un ganso, al menos para proteger la colina Capitolina, que había quedado; sin embargo, para defender otras cosas, fueron avisados demasiado tarde.

CAPÍTULO IX.---Si se debe creer que los dioses otorgaron la paz que hubo bajo el reino de Numa.

También se cree que estos dioses ayudaron a Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, para que durante todo su reinado tuviera paz y cerrara las puertas de Jano, que suelen estar abiertas en tiempos de guerra: por el mérito, claro está, de que estableció muchos ritos sagrados para los romanos. A ese hombre le habría sido motivo de alegría por tanto ocio, si hubiera sabido emplearlo en cosas saludables, y, dejando de lado la curiosidad perniciosísima, buscar al verdadero Dios con verdadera piedad. Sin embargo, no fueron los dioses quienes le otorgaron ese ocio; sino que tal vez lo habrían engañado menos si no lo hubieran encontrado ocioso. Pues cuanto menos ocupado lo encontraron, tanto más lo ocuparon ellos. Porque lo que él intentó, y con qué artes pudo asociar a tales dioses consigo mismo o con esa ciudad, lo revela Varrón: lo cual, si al Señor le place, se discutirá más detalladamente en su lugar. Ahora bien, dado que la cuestión es sobre sus beneficios, la paz es un gran beneficio: pero es un beneficio del verdadero Dios, a menudo también como el sol, como la lluvia y otros auxilios de la vida, sobre los ingratos y malvados. Pero si ese gran bien lo otorgaron esos dioses a Roma o a Pompilio, ¿por qué nunca lo otorgaron al imperio romano durante esos tiempos más loables? ¿Acaso los ritos eran más útiles cuando se instituían que cuando se celebraban ya instituidos? Pero entonces aún no existían, sino que se añadían para que existieran; después ya existían, y se custodiaban para que fueran útiles. ¿Por qué, entonces, esos cuarenta y tres, o, como otros quieren, treinta y nueve años transcurrieron en tan larga paz bajo el reinado de Numa, y después de los ritos instituidos, y de los mismos dioses, que habían sido invitados con esos ritos, ya como guardianes y protectores, apenas después de tantos años desde la fundación de la ciudad hasta Augusto, se menciona un año como un gran milagro en el que los romanos pudieron cerrar las puertas de la guerra después de la primera guerra púnica?

CAPÍTULO X.---Si hubiera sido deseable que el imperio romano se hubiera incrementado con tanta furia de guerras, cuando con el mismo empeño con el que se incrementó bajo Numa, podría haber sido pacífico y seguro.

¿O responden que, si no fuera por las guerras continuas y sucesivas, el imperio romano no podría haberse extendido tan lejos y con tanta gloria? Una causa adecuada: para que el imperio fuera grande, ¿por qué debería ser inquieto? ¿No es mejor en los cuerpos humanos tener una estatura moderada con salud, que alcanzar una gran mole gigante con aflicciones perpetuas, y ni siquiera cuando se ha alcanzado, descansar, sino ser agitado por males tanto mayores cuanto mayores son los miembros? ¿Qué mal habría, y no más bien mucho bien, si esos tiempos perduraran, que Sallustio menciona brevemente, donde dice: "Por lo tanto, al principio los reyes (pues en la tierra ese fue el primer nombre del poder) eran diferentes; algunos ejercitaban el ingenio, otros el cuerpo: entonces la vida de los hombres se llevaba sin codicia, a cada uno le satisfacía lo suyo" (Sallustio, en la Conjuración de Catilina, cap. 2)? ¿O para que el imperio se incrementara tanto, debía suceder lo que Virgilio detesta, diciendo: "Hasta que una edad peor y descolorida, y la furia de la guerra, y el amor por poseer sucedieron" (Eneida, libro 8, versos 326, 327)? Pero ciertamente, por tantas guerras emprendidas y llevadas a cabo, la justa defensa de los romanos es que, al ser atacados por enemigos importunos, no los impulsaba la avidez de obtener alabanza humana, sino la necesidad de proteger la seguridad y la libertad. Que así sea. Pues después de que sus asuntos, como escribe el mismo Sallustio, aumentados por leyes, costumbres y tierras, parecían suficientemente prósperos y poderosos, como la mayoría de las cosas mortales, la envidia surgió de la opulencia. Por lo tanto, los reyes y pueblos vecinos intentaron la guerra, pocos de los amigos fueron de ayuda: pues los demás, aterrados por el miedo, se mantuvieron alejados de los peligros. Pero los romanos, atentos en casa y en el campo, se apresuraban, preparaban, se animaban unos a otros, salían al encuentro de los enemigos; protegían con armas la libertad, la patria y los padres. Después, cuando habían repelido los peligros con valentía, llevaban ayuda a los aliados y amigos, y más bien ganaban amistades dando beneficios que recibiéndolos (Sallustio, en la Conjuración de Catilina, cap. 6). Roma creció adecuadamente con estas artes. Pero bajo el reinado de Numa, para que hubiera una paz tan larga, ¿acaso los malvados atacaban y tentaban con guerra; o no sucedía nada de eso, para que esa paz pudiera persistir? Pues si Roma era provocada por guerras incluso entonces, y no se oponían armas a las armas: ¿de qué manera se lograba que, sin ser vencidos en ninguna batalla, sin ser aterrorizados por ningún ataque marcial, los enemigos se calmaran; de esa manera siempre se actuaría, y Roma siempre reinaría pacífica con las puertas de Jano cerradas. Pero si no estaba en su poder, entonces Roma no tuvo la paz mientras los dioses de ellos, sino mientras los hombres vecinos quisieron, que no la provocaron con ninguna guerra: a menos que tal vez esos dioses también se atrevan a venderle al hombre lo que otro hombre quiso o no quiso. Ciertamente, ya por su propio vicio, los demonios tienen interés en cuanto se les permite aterrorizar o excitar las malas mentes: pero si siempre pudieran esto, y no se actuara a menudo de otra manera contra su intento por un poder más secreto y superior, siempre tendrían en su poder las paces y las victorias bélicas, que casi siempre ocurren por los movimientos de las mentes humanas: las cuales, sin embargo, a menudo se realizan contra su voluntad, no solo muchas fábulas mentirosas, y apenas algo verdadero indicando o significando, sino también la misma historia romana lo confiesa.

CAPÍTULO XI.---Sobre la estatua del Apolo de Cumas, cuyo llanto se creyó que indicaba la derrota de los griegos, a quienes no podía ayudar.

Pues no de otra manera se anunció que aquel Apolo de Cumas lloró durante cuatro días cuando se luchaba contra los aqueos y el rey Aristónico: con lo cual, aterrados los arúspices

por tal prodigio, cuando pensaron que esa estatua debía ser arrojada al mar, los ancianos de Cumas intervinieron y relataron que tal prodigio también había aparecido en la guerra de Antíoco y Pérgamo con la misma figura: y porque había resultado favorable para los romanos, testificaron que por decreto del senado se habían enviado dones al mismo Apolo. Entonces, los arúspices convocados como más expertos respondieron que el llanto de la estatua de Apolo era favorable para los romanos, porque Cumas era una colonia griega, y que Apolo, llorando, había significado luto y calamidad para sus tierras, de donde había sido llamado, es decir, para la misma Grecia. Luego, pronto se anunció que el rey Aristónico había sido vencido y capturado; a quien Apolo ciertamente no quería ni deseaba que fuera vencido, y esto lo indicaba incluso con las lágrimas de su piedra. Por lo tanto, no del todo incongruentemente, aunque fabulosas, sin embargo, similares a la verdad, los poetas describen los caracteres de los demonios en sus versos. Pues Diana lamentó a Camila en Virgilio, y Hércules lloró por la muerte de Palante. De aquí tal vez también Numa Pompilio, abundante en paz, pero sin saber quién la otorgaba, ni buscándolo; cuando pensaba ocioso a qué dioses confiar la salvación y el reino romano, y no creía que el verdadero y omnipotente Dios se preocupara por estas cosas terrenales, y recordaba a los dioses troyanos que Eneas había traído, y que ni el reino troyano ni el laviniense fundado por el mismo Eneas habían podido conservar por mucho tiempo, pensó que debía proveer otros, a quienes a esos anteriores (ya sea que hubieran pasado a Roma con Rómulo, o cuando Alba fue destruida iban a pasar) o como fugitivos les asignara guardianes, o como inválidos les proporcionara ayudantes.

CAPÍTULO XII.---Cuántos dioses añadieron los romanos además de la constitución de Numa, cuya multitud no les sirvió de nada.

Sin embargo, Roma no se dignó a estar contenta con estos ritos sagrados, que Pompilio había establecido allí en tan gran número: pues aún no tenía el templo supremo de Júpiter. El rey Tarquinio fue quien construyó el Capitolio allí. Esculapio, sin embargo, vino de Epidauro, como un médico muy hábil para ejercer su arte más gloriosamente en la ciudad más noble. También la madre de los dioses, no sé de dónde, de Pessinunte. Pues era indigno que, mientras su hijo ya presidía en la colina Capitolina, ella aún permaneciera oculta en un lugar ignoble. Sin embargo, si es madre de todos los dioses, no solo siguió a algunos de sus hijos a Roma, sino que también precedió a otros que vendrían después. Me sorprende, ciertamente, si ella misma dio a luz al Cinocéfalo, que llegó mucho después de Egipto. Si también la diosa Fiebre nació de ella, que lo vea Esculapio, su bisnieto. Pero de dondequiera que haya nacido, no creo que los dioses peregrinos se atrevan a llamarla ignoble, siendo una diosa ciudadana romana. Bajo la protección de tantos dioses, ¿quién puede contar, indígenas y extranjeros, celestiales, terrestres, infernales, marinos, de fuentes, fluviales; y, como dice Varrón, ciertos e inciertos, y en todos los géneros de dioses, como en los animales, machos y hembras? Bajo la protección de tantos dioses, Roma no debería haber sido agitada y afligida por tan grandes y horrendas calamidades, de las cuales mencionaré algunas de muchas. Pues había congregado demasiados dioses con su gran humo, como si fuera una señal dada, para su protección; a quienes al instituir y proporcionar templos, altares, sacrificios, sacerdotes, ofendía al sumo y verdadero Dios, a quien solo se deben hacer estas cosas correctamente. Y ciertamente vivió más feliz con menos: pero cuanto más grande se hizo, como un barco con marineros, pensó que debía tener más; creo, desesperando de que aquellos menos, bajo los cuales había vivido mejor en comparación con una vida peor, no fueran suficientes para ayudar a su grandeza. Pues primero bajo los mismos reyes, excepto Numa Pompilio, de quien ya he hablado antes, ¿cuán grande fue el mal de la discordia que obligó a matar al hermano de Rómulo?

CAPÍTULO XIII.---Con qué derecho, con qué pacto los romanos obtuvieron los primeros matrimonios.

¿Cómo es que ni Juno, que ya con su Júpiter favorecía a los romanos como señores de las cosas, y a la gente togada, ni la misma Venus pudo ayudar a sus eneidas para que merecieran matrimonios de manera buena y justa, y una calamidad tan grande cayó por la falta de esto, que los tomaron por engaño, y pronto se vieron obligados a luchar con los suegros; para que las mujeres desdichadas, aún no reconciliadas con sus maridos por la injuria, ya fueran dotadas con la sangre de sus padres? Pero, en efecto, los romanos vencieron en este conflicto a sus vecinos. ¿Cuántas y cuán numerosas heridas y muertes de ambos lados, de parientes y vecinos, costaron esas victorias? Por un solo César suegro y un solo yerno suyo, Pompeyo, ya muerta la hija de César, esposa de Pompeyo, ¿con cuánto y cuán justo impulso de dolor exclama Lucano, "Guerras más que civiles por los campos de Ematia, y el derecho dado al crimen cantamos!" (Lucano, libro 1, versos 1, 2). Por lo tanto, los romanos vencieron para arrancar con manos ensangrentadas los abrazos miserables de las hijas de los suegros; y aquellas no se atrevían a llorar a los padres muertos, para no ofender a los victoriosos maridos; que aún luchando, no sabían por quién hacer votos. A tales matrimonios no Venus, sino Bellona los donó: o tal vez Alecto, aquella furia infernal, ya con Juno favoreciéndoles, tuvo más licencia sobre ellos que cuando fue excitada por sus súplicas contra Eneas. Andromaca fue capturada más felizmente que aquellas bodas romanas se celebraron: aunque serviles, sin embargo, después de sus abrazos, Pirro no mató a ninguno de los troyanos. Pero los romanos mataban a los suegros en las batallas, cuyos hijos ya abrazaban en los tálamos. Aquella, sometida al vencedor, solo pudo lamentar la muerte de los suyos, no temerla: aquellas, asociadas a los combatientes, temían las muertes de sus padres por los maridos que avanzaban, las lamentaban cuando regresaban, sin tener libre el temor ni el dolor. Pues por la muerte de los ciudadanos, parientes, hermanos, padres, o se angustiaban piadosamente, o se alegraban cruelmente por las victorias de los maridos. A esto se añadía que, como son alternas las guerras, algunas perdieron a los maridos por la espada de los padres, otras por la espada de ambos, padres y maridos: pues tampoco entre los romanos fueron pequeñas esas disputas. De hecho, se llegó incluso al asedio de la ciudad, y con las puertas cerradas se defendían: cuando estas fueron abiertas con engaño, y los enemigos admitidos dentro de las murallas, en el mismo foro se libró una lucha criminal y demasiado atroz entre yernos y suegros. Y aquellos raptores incluso eran superados; y huyendo frecuentemente dentro de sus casas, manchaban más gravemente las victorias anteriores, aunque también estas eran vergonzosas y lamentables. Sin embargo, aquí Rómulo, ya desesperando de la virtud de los suyos, rogó a Júpiter que se mantuvieran firmes: y él, con esta ocasión, encontró el nombre de Stator. No habría fin a tanto mal, si aquellas raptadas no hubieran salido con los cabellos desgarrados, y postradas ante sus padres, no hubieran calmado la ira justísima de ellos, no con armas victoriosas, sino con piadosa súplica. Luego, Rómulo se vio obligado a soportar a Tito Tacio, rey de los sabinos, como socio del reino, impaciente del consorte germano: pero ¿cuándo soportaría a este por mucho tiempo, quien no soportó a su hermano gemelo? Por lo cual, también asesinado este, para ser un dios mayor, obtuvo el reino solo. ¿Cuáles son estos derechos de los matrimonios, qué incentivos de guerras, qué pactos de hermandad, afinidad, sociedad, divinidad? ¿Qué, finalmente, bajo tantos dioses tutores, es la vida de la ciudad? Ves cuántas cosas podrían decirse aquí y cuántas más, si no fuera porque nuestra intención se ocupa de lo que queda, y el discurso se apresura hacia otras cosas.

CAPÍTULO XIV.---Sobre la impiedad de la guerra que los romanos infligieron a los albanos, y sobre la victoria obtenida por la lujuria de dominar.

1. ¿Qué sucedió después de Numa bajo otros reyes? ¡Con cuánta desgracia, no solo para ellos mismos, sino también para los romanos, fueron provocados los albanos a la guerra! Porque, evidentemente, la paz de Numa se había vuelto tan larga que se despreciaba. ¡Cuán frecuentes fueron las matanzas de los ejércitos romanos y albanos, y la destrucción de ambas ciudades! Alba, aquella que el hijo de Eneas, Ascanio, había fundado, más cercana madre de Roma que la misma Troya, fue provocada a la guerra por el rey Tulo Hostilio: al luchar, fue afligida y afligió, hasta que muchos se cansaron de la igual deserción de las batallas. Entonces se decidió probar el resultado de la guerra con tres hermanos de cada lado: de los romanos salieron los tres Horacios, y de los albanos los tres Curiacios; de los tres Curiacios, dos Horacios fueron vencidos, pero un Horacio venció y mató a los tres Curiacios. Así, Roma resultó victoriosa, con tal pérdida incluso en la última batalla, que de seis vivos, solo uno regresó a casa. ¿A quién le causó daño en ambos lados? ¿A quién le causó luto, sino a la descendencia de Eneas, a los descendientes de Ascanio, a la progenie de Venus, a los nietos de Júpiter? Pues esto fue más que una guerra civil, cuando la ciudad hija luchó contra la ciudad madre. A este combate de los tres hermanos se añadió otro mal atroz y horrendo. Pues como ambos pueblos eran antes amigos (ya que eran vecinos y parientes), una hermana de los Horacios estaba prometida a uno de los Curiacios: después de que vio los despojos de su prometido en su hermano vencedor, fue asesinada por el mismo hermano porque lloró. Me parece que el sentimiento de esta única mujer fue más humano que el de todo el pueblo romano. Ella, que ya retenía a su prometido con media fidelidad, o tal vez incluso dolida por el mismo hermano que mató a aquel a quien había prometido a su hermana, creo que no lloró culpablemente. ¿De dónde, pues, en Virgilio, Eneas el piadoso lamenta laudablemente al enemigo incluso muerto por su propia mano? ¿De dónde Marcelo, recordando la ciudad de Siracusa, que poco antes había caído bajo su mano desde su cúspide y gloria, la lloró compadecido pensando en la condición común? Pido que obtengamos del sentimiento humano que una mujer lloró sin culpa a su prometido asesinado por su hermano, si los hombres lloraron incluso con alabanza a los enemigos vencidos por ellos. Así que cuando aquella mujer lloraba la muerte infligida por su hermano a su prometido, Roma se alegraba de haber luchado contra la ciudad madre con tal matanza, y de haber vencido con tal derramamiento de sangre de parientes de ambos lados.

2. ¿Qué se me ofrece como excusa, el nombre de alabanza, el nombre de victoria? Removidos los obstáculos de la insana opinión, que los crímenes se vean desnudos, se pesen desnudos, se juzguen desnudos. Que se diga la causa de Alba, como se decía el adulterio de Troya. No se encuentra ninguna tal, ninguna similar: solo para que Tulo moviera a los hombres inactivos a las armas, y ya desacostumbrados a los triunfos. Por tanto, por ese vicio se perpetró un crimen tan grande de guerra social y de parientes. Ese vicio lo toca de paso Salustio. Pues cuando brevemente alabando recordó los tiempos antiguos, cuando la vida de los hombres se llevaba sin codicia, y lo suyo a cada uno le parecía suficiente: "Después, sin embargo," dice, "cuando en Asia Ciro, en Grecia los lacedemonios y los atenienses comenzaron a someter ciudades y naciones, tener la lujuria de dominar como causa de guerra, considerar la mayor gloria en el mayor imperio": y otras cosas que él mismo había comenzado a decir. A mí me basta hasta aquí haber puesto sus palabras. Esa lujuria de dominar agita y destruye con grandes males al género humano. Con esa lujuria Roma entonces, vencida, se jactaba de haber vencido a Alba, y llamaba gloria a la alabanza de su crimen. Porque se alaba, dice nuestra Escritura, al pecador en los deseos de su alma; y el que hace iniquidades, es bendecido. Por tanto, que se quiten los engañosos velos y las engañosas blanqueaduras de las cosas, para que se examinen con sincero juicio. Que nadie me diga, Aquel grande y aquel otro, porque luchó con aquel y aquel otro, y venció. También luchan los gladiadores, y ellos también vencen: esa crueldad también tiene premios de alabanza. Pero creo que es mejor

sufrir las penas de cualquier inercia, que buscar la gloria de esas armas. Y sin embargo, si los gladiadores que iban a luchar entre sí salieran a la arena, de los cuales uno fuera hijo y el otro padre, ¿quién soportaría tal espectáculo? ¿quién no lo apartaría? ¿Cómo, entonces, pudo ser gloriosa la lucha de armas entre la ciudad madre y la ciudad hija? ¿O fue diferente porque no fue en una arena, y los campos más amplios no se llenaron de los funerales de dos gladiadores, sino de muchos en dos pueblos; y no estaban rodeados por un anfiteatro, sino que ofrecían un espectáculo impío al mundo entero, tanto a los vivos como a los futuros, mientras se extendiera esa fama?

3. Sin embargo, aquellos dioses guardianes del imperio romano sufrían la violencia de su afición, y como espectadores teatrales de tales combates, hasta que la hermana de los Horacios, por los tres Curiacios muertos, también ella, la tercera del otro lado, fue añadida con la espada fraterna a los dos hermanos, para que Roma, que había vencido, no tuviera menos muertes. Luego, como fruto de la victoria, Alba fue destruida: donde después de Ilión, que los griegos destruyeron, y después de Lavinio, donde Eneas había establecido un reino extranjero y fugitivo, en tercer lugar habían habitado aquellos dioses troyanos. Pero según su costumbre, tal vez ya habían migrado de allí; por eso fue destruida. Evidentemente, "todos los dioses, dejando los santuarios y altares, se habían ido, por los cuales aquel imperio había permanecido." Ciertamente se habían ido ya por tercera vez, para que la cuarta Roma les fuera confiada con providencia. Pues Alba había desagradado, donde Amulio, expulsando a su hermano, y Roma había agradado, donde Rómulo, matando a su hermano, había reinado. Pero antes de que Alba fuera destruida, dicen que su pueblo fue trasladado a Roma, para que de ambas se hiciera una sola ciudad. Sea, así se hizo: sin embargo, aquella ciudad, el reino de Ascanio y el tercer hogar de los dioses troyanos, fue destruida por la ciudad hija, la madre. Y para que los restos de la guerra de dos pueblos hicieran una masa miserable, se derramó mucha sangre de ambos. ¿Qué más puedo decir individualmente bajo los otros reyes, tantas veces renovadas las mismas guerras, que parecían terminadas con victorias, y tantas veces consumadas con grandes matanzas, repetidas una y otra vez después de tratados y paz entre yernos y suegros y su descendencia y posteridad? No fue un pequeño indicio de esta calamidad que ninguno de ellos cerró las puertas de la guerra. Por tanto, ninguno de ellos reinó en paz bajo tantos dioses guardianes.

CAPÍTULO XV.---Cómo fue la vida y el final de los reyes romanos.

1. ¿Cuál fue el final de esos reyes? Que la adulación fabulosa vea sobre Rómulo, quien se dice que fue recibido en el cielo: que vean algunos de sus escritores, quienes dijeron que fue despedazado por el senado debido a su ferocidad, y que se inventó a un tal Julio Próculo, quien dijo que se le había aparecido, y que le había mandado al pueblo romano que lo adoraran entre los dioses; y de ese modo el pueblo, que comenzaba a levantarse contra el senado, fue reprimido y apaciguado. Pues también ocurrió un eclipse solar, que la multitud ignorante, sin saber que fue causado por el curso regular del sol, atribuía a los méritos de Rómulo. Como si, en verdad, si aquel fuera el luto del sol, no debería más bien creerse que fue asesinado, y que el crimen mismo fue señalado por la aversión incluso de la luz diurna: como realmente sucedió cuando el Señor fue crucificado por la crueldad e impiedad de los judíos. Esa oscuridad del sol, que no ocurrió por el curso regular de los astros, se muestra suficientemente por el hecho de que entonces era la Pascua de los judíos; pues se celebra con luna llena: y el eclipse regular del sol solo ocurre al final de la luna. También Cicerón considera que aquella recepción de Rómulo entre los dioses fue más creída que hecha, cuando al alabarlo en los libros de la República, en el discurso de Escipión: "Tanto logró," dice, "que cuando de repente el sol se oscureció y no apareció, se creyó que fue colocado entre los dioses: opinión que ningún mortal pudo alcanzar sin una gloria de virtud

extraordinaria." Pero lo que dice, que de repente no apareció, ciertamente se entiende allí o por la violencia de la tormenta, o por el secreto del asesinato y el crimen. Pues también otros escritores de ellos añaden a la oscuridad del sol una tormenta repentina, que ciertamente o proporcionó la ocasión para el crimen, o consumió a Rómulo. De Tulo Hostilio, quien fue el tercer rey después de Rómulo, y quien también fue consumido por un rayo, dice en los mismos libros el mismo Cicerón, que por eso no se creyó que este también fue recibido entre los dioses con tal muerte, porque tal vez lo que se probó (es decir, se persuadió) en Rómulo, los romanos no quisieron vulgarizar, es decir, hacer común, si esto también se concediera fácilmente a otro. También dice abiertamente en las Invectivas, "Aquel que fundó esta ciudad, Rómulo, lo elevamos a los dioses inmortales por benevolencia y fama": para mostrar que no fue hecho realmente, sino que fue proclamado y difundido por los méritos de su virtud. En el diálogo de Hortensio, cuando hablaba de los eclipses regulares del sol, "Para que produzca las mismas tinieblas que produjo en la muerte de Rómulo, que fue hecho por la oscuridad del sol." Ciertamente aquí no temió decir la muerte de un hombre, porque fue más un disputador que un alabador.

2. ¿Qué horrendos finales tuvieron los otros reyes del pueblo romano, excepto Numa Pompilio y Anco Marcio, que murieron de enfermedad? Tulo Hostilio, como dije, vencedor y destructor de Alba, fue consumido por un rayo con toda su casa. Prisco Tarquinio fue asesinado por los hijos de su predecesor. Servio Tulio fue asesinado por el nefario crimen de su yerno Tarquinio el Soberbio, quien le sucedió en el reino. Y los dioses no "abandonaron los santuarios y altares" cuando se perpetró tal parricidio contra el mejor rey de ese pueblo, a quienes dicen que, para hacer esto a la miserable Troya, y dejarla para que los griegos la destruyeran y quemaran, fueron movidos por el adulterio de Paris. Pero además, después de haber asesinado a su suegro, Tarquinio mismo sucedió. Esos dioses vieron a este parricida nefario reinando por el asesinato de su suegro, gloriándose además en muchas guerras y victorias, y construyendo el Capitolio con el botín, no ausentes, sino presentes y permaneciendo, y permitieron que su rey Júpiter presidiera y reinara en aquel altísimo templo, es decir, en la obra del parricida. Pues no fue un inocente quien construyó el Capitolio, y después fue expulsado de la ciudad por sus malas acciones: sino que llegó al reino mismo, en el cual construyó el Capitolio, por la perpetración de un crimen de la mayor atrocidad. Pero el hecho de que los romanos lo expulsaran del reino después, y lo excluyeran de las murallas de la ciudad, no fue por su pecado en el ultraje a Lucrecia, sino por el pecado de su hijo, cometido sin su conocimiento y estando ausente. En ese momento asediaba la ciudad de Ardea y libraba la guerra por el pueblo romano: no sabemos qué habría hecho si el crimen de su hijo le hubiera sido comunicado. Y sin embargo, sin explorar su juicio y sin probarlo, el pueblo le quitó el poder; y al recibir al ejército, al que se le ordenó desertar, luego con las puertas cerradas no le permitió entrar al regresar. Pero después de las gravísimas guerras, en las que agotó a esos mismos romanos al incitar a los vecinos, después de que fue abandonado por aquellos en quienes confiaba para recibir ayuda, no pudo recuperar el reino, vivió en la ciudad de Tusculum, cercana a Roma, catorce años, según se dice, llevando una vida privada en paz, y envejeció con su esposa, con un final tal vez más deseable que el de su suegro, asesinado por el crimen de su yerno, y con el conocimiento de su hija, como se dice. Sin embargo, los romanos no llamaron a este Tarquinio cruel o criminal, sino soberbio, tal vez no soportando otra soberbia sus fastos reales. Pues el crimen de haber asesinado a su suegro, el mejor rey de ellos, lo despreciaron tanto que lo hicieron su rey: donde me sorprende si no cometieron un crimen más grave al pagar una recompensa tan grande a un crimen tan grande. Y los dioses no "abandonaron los santuarios y altares." A menos que alguien defienda a estos dioses diciendo que permanecieron en Roma para poder castigar más a los romanos con castigos que ayudarlos con beneficios, seduciéndolos con vanas victorias y

agotándolos con gravísimas guerras. Esta fue la vida de los romanos bajo los reyes en el tiempo laudable de esa república hasta la expulsión de Tarquinio el Soberbio, durante casi doscientos cuarenta y tres años, cuando todas esas victorias, compradas con tanta sangre y tantas calamidades, apenas extendieron ese imperio a veinte millas de la ciudad: ¡cuánto espacio falta para que al menos se compare con el territorio de alguna ciudad de Getulia!

CAPÍTULO XVI.---De los primeros cónsules en Roma, de los cuales uno expulsó al otro de la patria, y luego murió en Roma después de los más atroces parricidios, herido por un enemigo herido.

A este tiempo añadamos también aquel tiempo, hasta que dice Salustio que se llevó a cabo con un derecho equitativo y moderado, mientras el miedo a Tarquinio y la grave guerra con Etruria estaban presentes. Pues mientras los etruscos ayudaban a Tarquinio a intentar regresar al reino, Roma fue sacudida por una grave guerra. Por eso dice que la república se llevó a cabo con un derecho equitativo y moderado, bajo la presión del miedo, no persuadida por la justicia. En ese brevísimo tiempo, ¡cuán funesto fue aquel año en que se crearon los primeros cónsules, expulsado el poder real! Pues no completaron su año. Junio Bruto expulsó de la ciudad a su colega Lucio Tarquinio Colatino; luego, él mismo cayó en la guerra con heridas mutuas con el enemigo, habiendo matado primero a sus propios hijos y a los hermanos de su esposa, porque supo que habían conspirado para restaurar a Tarquinio. Este hecho, después de que Virgilio lo mencionó laudablemente, inmediatamente lo lamentó con clemencia. Pues después de haber dicho, "Y el padre llamará a sus hijos que inician nuevas guerras a la pena por la hermosa libertad"; luego exclamó y dijo, "¡Infeliz! como sea que los menores soporten esos hechos." De cualquier manera, dice, los posteriores soporten esos hechos, es decir, los prefieran y exalten; quien mató a sus hijos, es infeliz. Y como para consolar al infeliz, añadió: "Venció el amor a la patria, y el inmenso deseo de alabanzas." ¿No parece que en este Bruto, quien mató a sus hijos, y no pudo sobrevivir al enemigo hijo de Tarquinio herido por él mismo, y a quien más bien sobrevivió el mismo Tarquinio, se reivindicó la inocencia del colega de Colatino, quien como buen ciudadano sufrió lo que el mismo tirano Tarquinio? Pues también se dice que el mismo Bruto era pariente de Tarquinio. Pero a Colatino, evidentemente, lo oprimió la similitud del nombre, porque también se llamaba Tarquinio. Que cambiara el nombre, no la patria: finalmente, en su nombre, que este vocablo fuera menor, que solo se llamara L. Colatino. Pero por eso no perdió lo que sin ningún detrimento podía perder, para que se le ordenara carecer tanto del honor de ser el primer cónsul como de la ciudadanía como buen ciudadano. ¿Acaso no es esta la gloria de Junio Bruto, una detestable iniquidad y nada útil para la república? ¿Acaso para perpetrar esto, "Venció el amor a la patria, y el inmenso deseo de alabanzas"? Ya expulsado Tarquinio el tirano, el cónsul fue creado con Bruto, el marido de Lucrecia, L. Tarquinio Colatino. ¡Cuán justamente el pueblo atendió a las costumbres en el ciudadano, no al nombre! ¡Cuán injustamente Bruto privó a su colega de aquel primer y nuevo poder, a quien podía, si esto le ofendía, privar solo del nombre, y lo privó tanto del honor como de la patria! Estas cosas malas se hicieron, estas adversidades sucedieron, cuando en aquella república se llevó a cabo con un derecho equitativo y moderado. También Lucrecio, quien había sido designado en lugar de Bruto, fue consumido por la enfermedad antes de que terminara el mismo año. Así, P. Valerio, quien sucedió a Colatino, y M. Horacio, quien fue designado en lugar del difunto Lucrecio, completaron aquel año funesto y tartáreo, que tuvo cinco cónsules: año en el que la república romana inauguró el nuevo honor y poder del consulado.

CAPÍTULO XVII.---Después de los inicios del poder consular, con qué males fue afligida la república romana, sin la ayuda de los dioses que adoraba.

1. Entonces, con el miedo ligeramente disminuido, no porque las guerras hubieran cesado, sino porque no presionaban con un peso tan grave, es decir, al finalizar el tiempo en que se actuó con justicia equitativa y moderada, siguieron los eventos que el mismo Salustio (Histor. lib. 1) explica brevemente: Luego, con un gobierno servil, los padres ejercían sobre el pueblo, consultando sobre la vida y el cuerpo al modo regio, expulsando de la tierra, y actuando solos en el poder, excluyendo a los demás. Con estas crueldades, y especialmente con la opresión de la usura, el pueblo, soportando simultáneamente tributos y servicio militar debido a las guerras constantes, se armó y ocupó el monte Sacro y el Aventino: y entonces se procuró tribunos de la plebe y otros derechos. El fin de las discordias y luchas de ambos lados fue la segunda guerra púnica. [XVII.] ¿Por qué, entonces, he de soportar tantas demoras escribiendo, o traerlas a quienes leen? Qué miserable fue aquella república durante tanto tiempo, a lo largo de tantos años hasta la segunda guerra púnica, sin dejar de ser inquietada por guerras externas y discordias y sediciones civiles internas, lo ha insinuado brevemente Salustio. Por lo tanto, aquellas victorias no fueron alegrías sólidas de los bienaventurados, sino consuelos vacíos de los miserables, y provocaciones seductoras para soportar otros y otros males estériles, de los que no estaban en paz. Y no se enojen con nosotros los buenos y prudentes romanos porque decimos esto: aunque sobre este asunto no deben ser solicitados ni advertidos, ya que es segurísimo que no se enojarán. Pues no decimos cosas más graves o más severas que las que dicen sus autores, muy inferiores en estilo y ocio: a quienes, sin embargo, ellos mismos se han esforzado en aprender y obligan a sus hijos a esforzarse. Pero aquellos que se enojan, ¿cómo me soportarían si yo dijera lo que Salustio (Ibid.) dice? Surgieron muchas revueltas, sediciones, y finalmente guerras civiles, mientras unos pocos poderosos, en cuyo favor la mayoría había cedido, buscaban el dominio bajo el honesto nombre de padres o del pueblo; y los buenos y malos ciudadanos eran llamados así, no por sus méritos hacia la república, estando todos igualmente corrompidos, sino según quien fuera más rico y más fuerte en injusticia, porque defendía lo presente, era considerado bueno. Además, si aquellos escritores de historia consideraron que pertenecía a la honesta libertad no callar los males de su propia ciudad, a pesar de que en muchos lugares se vieron obligados a alabarla con gran elogio, ya que no tenían otra más verdadera, en la que los ciudadanos eternos debían ser leídos: ¿qué nos conviene hacer a nosotros, cuya esperanza, cuanto mejor y más segura está en Dios, tanto mayor debe ser la libertad, cuando los males presentes se imputan a nuestro Cristo, para que las mentes más débiles e ignorantes se alejen de esa ciudad, en la que solo se debe vivir feliz y continuamente? Ni decimos cosas más horribles sobre sus dioses que sus autores, a quienes leen y proclaman: ya que de ellos mismos hemos recibido lo que decimos, y de ninguna manera podemos decir tales cosas o todas ellas.

2. ¿Dónde estaban, entonces, aquellos dioses, que se cree que deben ser adorados por la escasa y engañosa felicidad de este mundo, cuando los romanos, a quienes con la más mentirosa astucia se vendían para ser adorados, eran atormentados por tantas calamidades? ¿Dónde estaban cuando el cónsul Valerio, defendiendo el Capitolio incendiado por exiliados y esclavos, fue asesinado? Y él mismo pudo más fácilmente ayudar al templo de Júpiter que toda esa multitud de dioses con su máximo y óptimo rey, cuyo templo había liberado, pudo socorrer. ¿Dónde estaban cuando la ciudad, fatigada por los males densísimos de las sediciones, mientras esperaba en calma a los enviados a Atenas para obtener leyes, fue devastada por una grave hambruna y pestilencia? ¿Dónde estaban cuando nuevamente el pueblo, sufriendo de hambre, creó por primera vez un prefecto de la provisión de grano; y con esa hambre creciendo, Espurio Melio, quien distribuyó grano a la multitud hambrienta, incurrió en la acusación de aspirar al reino, y por la insistencia del mismo prefecto, fue asesinado por el dictador L. Quincio, ya decrépito, a manos de Quinto Servilio, maestro de

caballería, con el máximo y peligrosísimo tumulto de la ciudad? ¿Dónde estaban cuando, surgida una gran pestilencia, el pueblo, fatigado sin remedio por dioses inútiles durante mucho tiempo, decidió exhibir nuevos lectisternios, lo que nunca antes había hecho? Las camas se tendían en honor a los dioses, de donde este rito, o más bien sacrilegio, tomó su nombre. ¿Dónde estaban cuando durante diez años continuos, luchando mal, el ejército romano recibió frecuentes y grandes derrotas en Veyes, a menos que finalmente se les socorriera por Furio Camilo, a quien después la ingrata ciudad condenó? ¿Dónde estaban cuando los galos tomaron Roma, la saquearon, la incendiaron, y la llenaron de matanzas? ¿Dónde estaban cuando aquella notable pestilencia causó una destrucción tan grande, en la que también murió Furio Camilo, quien antes defendió a la ingrata república de los veientinos y luego la vengó de los galos? En esta pestilencia, introdujeron los juegos escénicos, otra nueva plaga, no para los cuerpos de los romanos, sino, lo que es mucho más pernicioso, para las costumbres. ¿Dónde estaban cuando otra grave pestilencia se creyó que surgió de los venenos de las matronas, cuyos comportamientos, más allá de la fe de muchos y nobles, se descubrieron más graves que cualquier pestilencia? O cuando en las Horcas Caudinas, sitiados por los samnitas, ambos cónsules con su ejército se vieron obligados a hacer un tratado vergonzoso con ellos; de modo que, habiendo dado seiscientos jinetes romanos como rehenes, los demás, despojados de sus armas y otras pertenencias, privados de sus vestimentas, fueron enviados bajo el yugo del enemigo con una sola prenda. O cuando, con una grave pestilencia afectando a los demás, muchos en el ejército también murieron alcanzados por un rayo. O cuando, nuevamente, por otra pestilencia intolerable, Roma se vio obligada a invocar y traer a Esculapio de Epidauro como un dios médico; ya que al rey de todos, Júpiter, que ya llevaba mucho tiempo sentado en el Capitolio, no le habían permitido, tal vez, aprender medicina debido a los muchos adulterios a los que se había dedicado en su juventud. O cuando, conspirando al mismo tiempo los enemigos, los lucanos, brutios, samnitas, etruscos y galos senones, primero mataron a los enviados, luego, con el pretor, oprimieron al ejército, pereciendo con él siete tribunos y trece mil soldados. O cuando, después de graves y largas sediciones en Roma, en las que finalmente el pueblo se retiró al Janículo con una hostil devastación, la calamidad de este mal fue tan terrible que, por esa razón, lo que solía hacerse en los peligros extremos, se creó un dictador, Hortensio, quien, habiendo llamado de vuelta al pueblo, expiró en el mismo cargo, lo que no había sucedido antes a ningún dictador, y lo que fue un crimen más grave para esos dioses ya presentes Esculapio.

3. Entonces, en verdad, tantas guerras proliferaron por todas partes, que por la escasez de soldados, aquellos proletarios, que recibieron este nombre porque se dedicaban a engendrar descendencia, al no poder servir en el ejército por su pobreza, fueron reclutados para el servicio militar. También fue llamado por los tarentinos Pirro, rey de Grecia, entonces celebrado con gran gloria, convirtiéndose en enemigo de los romanos. A quien, ciertamente, consultando sobre el futuro de los eventos, Apolo le dio un oráculo tan ambiguo, que cualquiera de los dos resultados que ocurriera, él sería considerado divino. Pues dijo: Te digo, Pirro, que puedes vencer a los romanos. Y así, ya fuera que Pirro fuera vencido por los romanos, o los romanos por Pirro, el profeta, seguro, esperaba cualquiera de los dos resultados. ¿Qué entonces y cuán horrendas fueron las matanzas de ambos ejércitos? En la cual, sin embargo, Pirro resultó superior, de modo que ya podía proclamar a Apolo como divino por su comprensión; a menos que en la siguiente batalla los romanos se retiraran superiores. Y en medio de tanta carnicería de guerras, también surgió una grave pestilencia de mujeres: pues antes de dar a luz partos maduros, las embarazadas morían. Allí, creo, Esculapio se excusaba, diciendo que era un archiatra, no una partera. También perecían de manera similar los rebaños, de modo que ya se creía que el género animal iba a desaparecer.

¿Qué de aquel invierno memorable, tan increíblemente feroz, que con nieves de horrible altura permaneciendo incluso en el foro durante cuarenta días, también el Tíber se congeló, si hubiera ocurrido en nuestros tiempos, qué y cuánto habrían dicho? ¿Qué de aquella también gran pestilencia, cuánto tiempo duró, cuántos mató? Que cuando se extendió al año siguiente mucho más gravemente, con Esculapio presente en vano, se recurrió a los libros sibilinos. En este tipo de oráculos, como Cicerón recuerda en sus libros sobre la Adivinación, se suele creer más en los intérpretes, que como pueden o quieren, conjeturan lo dudoso. Entonces, se dijo que la causa de la pestilencia era que muchos mantenían ocupados privadamente muchos templos sagrados: así, por el momento, Esculapio fue liberado de un gran crimen de ignorancia o negligencia. Pero, ¿de dónde habían sido ocupados por muchos esos templos, sin que nadie lo prohibiera, sino porque a esa multitud de dioses se les había suplicado en vano durante mucho tiempo; y así, poco a poco, los lugares eran abandonados por los adoradores, de modo que, como vacíos, sin ofender a nadie, pudieran ser reivindicados al menos para usos humanos? Pues si aquellos templos, diligentemente restaurados y reparados para calmar la pestilencia, no hubieran sido después descuidados y usurpados de la misma manera, no se atribuiría a la gran pericia de Varrón, quien escribiendo sobre los templos sagrados menciona tantas cosas ignoradas. Pero entonces, por el momento, se procuró una elegante excusa de los dioses, no una expulsión de la pestilencia.

CAPÍTULO XVIII.---Cuántas calamidades afligieron a los romanos durante las guerras púnicas, en vano buscando la protección de los dioses.

1. Ahora bien, en las guerras púnicas, cuando entre ambos imperios la victoria pendía durante mucho tiempo incierta y ambigua, y dos pueblos muy poderosos dirigían sus fuerzas más fuertes y opulentas uno contra el otro, ¿cuántos reinos menores fueron triturados? ¿Qué ciudades grandes y nobles fueron destruidas? ¿Cuántas ciudades fueron afligidas, cuántas perdidas? ¿Cuán lejos y ampliamente se devastaron tantas regiones y tierras? ¿Cuántas veces fueron vencidos aquí y allá los vencedores? ¿Cuántos hombres fueron consumidos, ya fueran soldados combatientes o pueblos desarmados? ¿Cuánta fuerza de naves fue oprimida en batallas navales y sumergida por la variedad de diferentes tempestades? Si intentamos narrar o recordar, no seremos otra cosa que escritores de historia. Entonces, la ciudad romana, perturbada por un gran miedo, corría hacia remedios vanos y ridículos. Se restauraron, por la autoridad de los libros sibilinos, los juegos seculares, cuya celebración había sido instituida cada cien años, y que en tiempos más felices, por el olvido de la memoria, habían perecido. También los pontífices renovaron los juegos sagrados a los infiernos, y estos mismos habían sido abolidos en años anteriores más prósperos. Pues cuando fueron renovados, tanta fue la abundancia de muertos que enriqueció a los infiernos que incluso les complacía jugar: cuando, de hecho, los miserables hombres llevaban a cabo las mismas guerras rabiosas y las animosidades sangrientas y las victorias funerarias de un lado y otro, grandes juegos de los demonios y opíparas comidas de los infiernos. Nada ciertamente más miserable ocurrió en la primera guerra púnica que el hecho de que los romanos fueron vencidos de tal manera que incluso aquel Régulo fue capturado, de quien hicimos mención en el primer y segundo libro, un hombre claramente grande y antes victorioso y conquistador de los cartagineses: quien incluso habría terminado la primera guerra púnica, si no hubiera impuesto condiciones más duras de lo que podían soportar a los exhaustos cartagineses, por su excesiva avidez de alabanza y gloria. La captura inesperadísima de ese hombre, su servidumbre indignísima, su juramento fidelísimo, y su muerte crudísima, si no hacen que esos dioses se sonrojen, es verdad que son de bronce y no tienen sangre.

2. Ni faltaron en ese tiempo los males más graves dentro de las murallas. Pues con el río Tíber desbordándose más allá de lo acostumbrado, casi todos los llanos de la ciudad fueron

destruidos; algunos impulsados por el ímpetu como de un torrente, otros empapados y hundidos como por un estanque duradero. A esta plaga siguió un fuego más pernicioso, que, habiendo prendido en los edificios más altos alrededor del foro, no perdonó ni siquiera al templo de Vesta, su lugar más familiar, donde las vírgenes, no tanto honoradas como condenadas, solían mantenerle la vida perpetua con la más diligente sustitución de leña. Entonces, en verdad, allí el fuego no solo vivía, sino que también se enfurecía. Asustadas por su ímpetu, las vírgenes, al no poder liberar de aquel incendio los sagrados objetos fatales, que ya habían oprimido tres ciudades en las que habían estado, Metelo, el pontífice, olvidándose de su propia seguridad, irrumpió y, medio quemado, los arrebató. Pues ni siquiera el fuego lo reconoció: o en verdad, no había allí un numen que no hubiera huido, si hubiera estado. Así que el hombre pudo más bien ayudar a los sagrados objetos de Vesta que estos al hombre. Si no podían repeler el fuego por sí mismos, ¿cómo podrían ayudar a la ciudad, cuya salvación se suponía que debían proteger, contra aquellas aguas y llamas? Como también el hecho mismo demostró que no pudieron hacer nada en absoluto. Estas cosas no se les reprocharían de ninguna manera a ellos por nosotros, si dijeran que esos sagrados objetos no fueron instituidos para proteger estos bienes temporales, sino para significar los eternos; y por lo tanto, cuando, por ser corporales y visibles, les ocurriera perecer, nada se disminuiría de aquellas cosas para las que fueron instituidos, y podrían ser restaurados nuevamente para los mismos usos. Pero ahora, con una ceguera admirable, creen que por esos sagrados objetos que pueden perecer, pudo haberse hecho que la salvación terrenal y la felicidad temporal de la ciudad no pudiera perecer. Por lo tanto, cuando incluso permaneciendo esos sagrados objetos, se muestra que o la destrucción de la salvación o la infelicidad ha irrumpido, se avergüenzan de cambiar una opinión que no pueden defender.

CAPÍTULO XIX.---Sobre la aflicción de la segunda guerra púnica, donde las fuerzas de ambas partes fueron consumidas.

En la segunda guerra púnica, es demasiado largo recordar las calamidades de dos pueblos, luchando tan lejos y ampliamente entre sí; de modo que incluso aquellos que no se propusieron tanto narrar las guerras romanas como alabar el imperio romano, confiesan que aquel que venció fue más parecido al vencido. Pues Aníbal, surgiendo de Hispania, habiendo superado los montes Pirineos, cruzado la Galia, y roto los Alpes, con un largo rodeo aumentando sus fuerzas, devastando o subyugando todo como un torrente, irrumpiendo en las fauces de Italia, ¡cuán sangrientas fueron las guerras, cuántas batallas! ¡Cuántas veces fueron vencidos los romanos! ¡Cuántas ciudades se rebelaron al enemigo, cuántas fueron capturadas y oprimidas! ¡Cuán terribles combates, y tantas veces gloriosos para Aníbal con la derrota romana! ¿Qué puedo decir del horrendo desastre de Cannas, donde Aníbal, aunque era el más cruel, sin embargo, saciado por tanta matanza de enemigos acérrimos, se dice que ordenó perdonar? De donde envió a Cartago tres modios de anillos de oro: para que entendieran que tanta dignidad romana había caído en esa batalla, que más fácilmente la podía contener una medida que un número; y de aquí se pensó que la matanza de la multitud restante, mucho más numerosa cuanto más baja, que yacía sin anillos, debía ser conjeturada más bien que anunciada. Finalmente, siguió tal escasez de soldados, que los romanos reunieron a los culpables de crímenes con la promesa de impunidad, liberaron a los esclavos con la libertad, y de ellos se formó un ejército no tanto suplementario como vergonzoso. A los esclavos, o mejor dicho, para no hacerles injuria, ya libertos que iban a luchar por la república romana, les faltaron armas. Fueron retiradas de los templos, como si los romanos dijeran a sus dioses: Poned lo que habéis tenido tanto tiempo en vano, no sea que nuestros siervos puedan hacer algo útil de ello, de lo que vosotros, nuestros dioses, no habéis podido hacer nada. Entonces, también, cuando el tesoro se agotó para pagar los sueldos, las riquezas privadas se destinaron

a usos públicos, de modo que cada uno contribuyó con lo que tenía, dejando al senado mismo, y mucho más a los demás órdenes y tribus, nada de oro excepto los anillos de cada uno y las bullas, miserables insignias de dignidad. ¿Quién soportaría a estos, si en nuestros tiempos se les obligara a tal escasez, cuando apenas los soportamos ahora, cuando por un placer superfluo se dona más a los actores que lo que entonces se contribuyó a las legiones por la salvación extrema?

CAPÍTULO XX.---Sobre la destrucción de los saguntinos, a quienes, pereciendo por la amistad de los romanos, los dioses romanos no brindaron ayuda.

Pero entre todos estos males de la segunda guerra púnica, nada fue más lamentable y digno de queja que la destrucción de los saguntinos. Esta ciudad de Hispania, muy amiga del pueblo romano, fue destruida mientras mantenía su lealtad a dicho pueblo. Aníbal, rompiendo el tratado con los romanos, buscó razones para provocarlos a la guerra. Así, sitió Sagunto con ferocidad: cuando esto se supo en Roma, se enviaron embajadores a Aníbal para que se retirara del sitio. Despreciados, se dirigieron a Cartago y presentaron una queja por la ruptura del tratado, pero regresaron a Roma sin haber logrado nada. Mientras se producían estas demoras, aquella miserable y opulentísima ciudad, muy querida por su propia república y por la romana, fue destruida por los cartagineses en el octavo o noveno mes. Leer sobre su destrucción, y más aún escribir sobre ella, es horroroso. Sin embargo, la mencionaré brevemente: es muy relevante para el asunto que se trata. Primero, se consumió por el hambre: se dice que algunos incluso se alimentaron de los cadáveres de sus propios compatriotas. Luego, agotada de todos los recursos, para no caer cautiva en manos de Aníbal, construyó una gran pira pública, en la que, ardiendo, todos se lanzaron, después de ser también asesinados con hierro. Aquí deberían haber actuado los dioses glotones y embusteros, ansiosos de los sacrificios de grasa y engañando con la oscuridad de las falsas adivinaciones: aquí deberían haber hecho algo, socorriendo a la ciudad más amiga del pueblo romano, no permitiendo que pereciera por conservar su lealtad. Ellos ciertamente estuvieron presentes cuando, mediante un tratado, se unió a la república romana. Así, Sagunto, fielmente guardando lo que había unido con ellos por acuerdo, lo que había vinculado por lealtad, lo que había asegurado con juramento, fue sitiada, oprimida y consumida por el traidor. Si esos mismos dioses después atemorizaron a Aníbal con tormentas y rayos cuando estaba cerca de las murallas romanas, y lo alejaron mucho; deberían haber hecho algo así desde el principio. Me atrevo a decir que habría sido más honorable para ellos desatar una tormenta por los amigos de los romanos, que estaban en peligro de romper su lealtad a los romanos y no tenían ayuda en ese momento, que por los propios romanos, que luchaban por sí mismos y eran opulentos contra Aníbal. Si, por lo tanto, fueran guardianes de la felicidad y la gloria romanas, habrían evitado de ella el grave crimen de la calamidad saguntina: pero ahora, ¿cómo se puede creer tan neciamente que Roma no pereció con Aníbal victorioso gracias a esos dioses defensores, que no pudieron socorrer a la ciudad saguntina para que no pereciera por su amistad? Si el pueblo saguntino hubiera sido cristiano y hubiera sufrido algo así por la fe evangélica, aunque no se hubiera corrompido a sí mismo ni con hierro ni con fuego; pero si hubiera sufrido la destrucción por la fe evangélica, lo habría hecho con la esperanza en la que había creído en Cristo, no por la recompensa de un tiempo brevísimo, sino de una eternidad interminable. Pero, ¿qué responderán los defensores y excusadores de esos dioses sobre los saguntinos que perecieron, sino lo mismo que sobre aquel Régulo que fue exterminado? La diferencia es que él era un solo hombre, y ellos toda una ciudad; pero la causa de la muerte de ambos fue la conservación de la lealtad. Por esta razón, él quiso regresar a los enemigos, y ella no quiso pasar a ellos. ¿Provoca la lealtad conservada la ira de los dioses? ¿O pueden perecer, incluso con los dioses propicios, no solo los hombres, sino también ciudades enteras?

Que elijan lo que quieran. Si esos dioses se enojan por la lealtad conservada, que busquen a los traidores que los adoren: pero si, incluso con ellos propicios, los hombres y las ciudades pueden ser afligidos por muchos y graves sufrimientos y perecer, no se les adora con ningún fruto de esta felicidad. Que dejen de enojarse, entonces, aquellos que creen que se han vuelto infelices por la pérdida de los sagrados de sus dioses. Porque podrían, no solo con ellos permaneciendo, sino también favoreciendo, no, como ahora, murmurar por la miseria, sino, como entonces Régulo y los saguntinos, ser horriblemente torturados y también perecer por completo.

CAPÍTULO XXI.---Cuán ingrata fue la ciudad romana con Escipión, su libertador, y en qué costumbres vivió cuando Salustio la describe como la mejor.

Por otra parte, entre la segunda y la última guerra cartaginesa, cuando Salustio dijo que los romanos actuaron con las mejores costumbres y la máxima concordia (paso por alto muchas cosas, considerando la extensión de la obra emprendida): en ese mismo tiempo de las mejores costumbres y la máxima concordia, aquel Escipión, libertador de Roma e Italia, y consumador tan ilustre y admirable de la segunda guerra púnica, tan horrenda, tan destructiva, tan peligrosa, vencedor de Aníbal y domador de Cartago, cuya vida desde la juventud se describe como dedicada a los dioses y nutrida en los templos, cedió a las acusaciones de sus enemigos, y, privado de la patria que con su virtud salvó y liberó, vivió y completó su vida en la ciudad de Linterno, después de su insigne triunfo, sin ser capturado por ningún deseo de aquella ciudad, de tal manera que se dice que ordenó que ni siquiera muerto se le hiciera un funeral en la ingrata patria. Luego, por primera vez, a través de Cneo Manlio, procónsul triunfante sobre los gálatas, la lujuria asiática, peor que cualquier enemigo, se infiltró en Roma. Entonces, por primera vez, se dice que se vieron lechos de bronce y tapices preciosos: entonces se introdujeron en los banquetes las salteristas y otras licencias indecorosas. Pero ahora he decidido hablar de esos males que los hombres sufren de manera intolerable, no de los que hacen con gusto. Por lo tanto, lo que he mencionado sobre Escipión, que cediendo a sus enemigos murió fuera de la patria que liberó, se refiere a la discusión presente, porque los númenes romanos, de cuyos templos apartó a Aníbal, no le devolvieron el favor, que se adoran solo por esta felicidad. Pero como Salustio dijo que en ese tiempo había las mejores costumbres, por eso pensé que debía mencionar esto de la lujuria asiática, para que se entienda que también eso fue dicho por Salustio en comparación con otros tiempos, en los que ciertamente hubo peores costumbres en gravísimas discordias. Pues entonces, es decir, entre la segunda y la última guerra cartaginesa, también se promulgó aquella ley Voconiana, para que nadie hiciera heredera a una mujer, ni siquiera a su única hija. No sé qué puede decirse o pensarse más injusto que esta ley. Sin embargo, en todo ese intervalo de las dos guerras púnicas, la infelicidad fue más tolerable. El ejército solo se desgastaba en guerras externas, pero se consolaba con victorias: en casa, no había discordias como en otras ocasiones. Pero en la última guerra púnica, con un solo impulso de otro Escipión, que por esto también recibió el sobrenombre de Africano, fue destruida desde la raíz la rival del imperio romano: y luego, la república romana fue oprimida por tan grandes montones de males, que se muestra que la prosperidad y seguridad de las cosas, de donde se acumularon esos males por las costumbres demasiado corruptas, dañó más al ser destruida tan rápidamente, que antes había dañado la adversa Cartago durante tanto tiempo. Durante todo este tiempo hasta César Augusto, quien parece no haber extorsionado a los romanos, ni siquiera en su propia opinión, una libertad gloriosa, sino contenciosa y destructiva y ya completamente debilitada y languideciente, de todas las maneras, y haber devuelto todo al arbitrio real, y haber restaurado y renovado la república, como si se hubiera derrumbado por una vejez mórbida: durante todo este tiempo, omito por otras y otras causas también y

también las calamidades bélicas, y el tratado de Numancia, manchado de horrible ignominia: pues las aves habían volado de la jaula, y al cónsul Mancino, como dicen, le hicieron un mal augurio; como si durante tantos años, en los que esa pequeña ciudad había afligido al ejército romano sitiado, y ya había comenzado a ser un terror para la misma república romana, otros hubieran marchado contra ella con mal augurio.

CAPÍTULO XXII.---Del edicto de Mitrídates, por el cual ordenó matar a todos los ciudadanos romanos que se encontraran en Asia.

Pero estas cosas, digo, las omito, aunque no he dejado de mencionar aquello de que el rey Mitrídates de Asia ordenó matar en un solo día a todos los ciudadanos romanos que viajaban por Asia, y que estaban en innumerable cantidad dedicados a sus negocios: y así se hizo. ¡Qué aspecto tan miserable de las cosas era aquel, cuando de repente cualquiera, dondequiera que se encontrara, en el campo, en el camino, en la ciudad, en la casa, en el pueblo, en el foro, en el templo, en la cama, en el banquete, fue inesperadamente y de manera impía asesinado! ¿Qué gemidos de los moribundos, qué lágrimas de los espectadores, tal vez incluso de los que golpeaban, hubo? ¡Qué dura necesidad la de los anfitriones, no solo de ver esas matanzas impías en su propia casa, sino también de perpetrarlas; con aquellos rostros de repente cambiados de la amable cortesía de la humanidad a la tarea hostil que debía realizarse en paz, con heridas mutuas, diría yo, cuando el golpeado era herido en el cuerpo, y el golpeador en el alma! ¿Acaso todos estos despreciaron los augurios? ¿Acaso no tenían dioses, tanto domésticos como públicos, a quienes consultar cuando partieron de sus hogares hacia ese viaje sin retorno? Si esto es así, no tienen por qué quejarse de nuestros tiempos en este asunto. Hace tiempo que los romanos desprecian estas vanidades. Pero si los consultaron, que se responda qué les sirvieron, cuando por leyes humanas solamente, sin que nadie lo prohibiera, fueron permitidos.

CAPÍTULO XXIII.---De los males internos que agitaron la república romana, precedidos por un prodigio que se manifestó en la rabia de todos los animales que sirven a los hombres.

Pero ya mencionemos brevemente, en la medida de lo posible, aquellos males que, cuanto más internos, más miserables fueron: discordias civiles, o más bien inciviles; y ya no sediciones, sino incluso guerras urbanas, donde se derramó tanta sangre, donde los partidarios no se enfrentaban con disensiones de discursos y diversas voces entre sí, sino que ya con hierro y armas se ensañaban: guerras sociales, guerras serviles, guerras civiles, ¿cuánto sangre romana derramaron, cuánta devastación y desolación causaron en Italia? Pues antes de que el Lacio social se levantara contra Roma, todos los animales sometidos al uso humano, perros, caballos, asnos, bueyes, y cualquier otro ganado bajo el dominio de los hombres, de repente se volvieron salvajes y olvidaron su domesticidad, abandonaron las casas y vagaban libres, y rechazaban todo acceso no solo de otros, sino incluso de sus propios dueños, no sin la muerte o el peligro de quien se atreviera a acercarse demasiado. ¿Qué señal de mal fue esta, si fue una señal, que fue un mal tan grande, si incluso no fue una señal? Si esto hubiera sucedido en nuestros tiempos, soportaríamos a estos más rabiosos que aquellos sus animales.

CAPÍTULO XXIV.---De la discordia civil que las sediciones de los Gracos provocaron.

El inicio de las guerras civiles fue las sediciones de los Gracos provocadas por las leyes agrarias. Querían dividir las tierras al pueblo, que la nobleza poseía indebidamente. Pero atreverse a desarraigar una iniquidad tan antigua fue peligrosísimo; o más bien, como demostró el mismo hecho, fue pernicioso. ¿Cuántas muertes ocurrieron cuando el primer Graco fue asesinado? ¿Y también cuando su otro hermano, no mucho tiempo después? Pues

no se mataban con leyes y orden de las potestades, sino con tumultos y conflictos armados, nobles e ignobles. Después de la muerte del otro Graco, Lucio Opimio, cónsul que había levantado armas contra él dentro de la ciudad, y con él y sus aliados oprimidos y exterminados había hecho una gran matanza de ciudadanos, cuando tuvo la investigación judicial persiguiendo a los demás, se dice que mató a tres mil hombres. De lo cual se puede entender cuánta multitud de muertes pudo haber tenido el tumultuoso conflicto de armas, cuando tuvo tantas la examinada cognición de los juicios. El asesino del mismo Graco vendió su cabeza, tan pesada como era, al cónsul por el mismo peso en oro: pues este pacto había precedido a la matanza. En la cual también fue asesinado con sus hijos Marco Fulvio, cónsul.

CAPÍTULO XXV.---Del templo de la Concordia construido por decreto del senado en el lugar de las sediciones y matanzas.

Con un decreto del senado ciertamente elegante, en el mismo lugar donde se cometió aquel tumulto fúnebre, donde cayeron tantos ciudadanos de todo orden, se construyó un templo a la Concordia, para que la pena de los Gracos sirviera de testigo a los ojos de los que se reunían, y les recordara con punzante memoria. Pero, ¿qué fue esto sino una burla de los dioses, construir un templo a esa diosa que, si hubiera estado en la ciudad, no habría caído desgarrada por tan grandes disensiones? A menos que quizás la culpable de este crimen fuera la Concordia, porque había abandonado los ánimos de los ciudadanos, mereció ser encerrada en ese templo como en una cárcel. Pues, si quisieron que las cosas realizadas concordaran, ¿por qué no construyeron allí más bien un templo a la Discordia? ¿O se da alguna razón por la cual la Concordia sea una diosa, y la Discordia no lo sea; para que, según la distinción de Labeón, esta sea buena, y aquella mala? Ni él mismo parece haber seguido otra cosa que el hecho de que advirtió que en Roma incluso a la Fiebre, como a la Salud, se le había construido un templo. Por lo tanto, de la misma manera, no solo a la Concordia, sino también a la Discordia se le debió construir. Así que los romanos quisieron vivir peligrosamente con una diosa tan mala enojada, y no recordaron que la destrucción de Troya tuvo su origen en su ofensa. Pues ella, porque no había sido invitada entre los dioses, inventó la disputa de las tres diosas con la colocación de la manzana de oro: de donde surgió la riña de los dioses, y Venus victoriosa, y Helena raptada, y Troya destruida. Por lo tanto, si quizás, indignada porque no mereció tener un templo entre los dioses en la ciudad, ya estaba perturbando la ciudad con tan grandes tumultos; ¿cuánto más pudo haberse irritado cuando vio que en el lugar de aquella matanza, es decir, en el lugar de su obra, se había construido un templo a su adversaria? Nosotros, que nos reímos de estas vanidades, provocamos la ira de esos sabios y doctos, y sin embargo, los adoradores de los númenes buenos y malos no salen de esta cuestión de la Concordia y la Discordia, ya sea que hayan omitido el culto de estas diosas, y hayan preferido a ellas a la Fiebre y a Belona, a quienes hicieron antiguos santuarios; o si también las adoraron, cuando, con la Concordia partiendo, la Discordia enfurecida los llevó hasta las guerras civiles.

CAPÍTULO XXVI.---De los diversos tipos de guerra que siguieron después de la construcción del templo de la Concordia.

Un obstáculo muy claro para las sediciones pensaron que era oponer a los que se reunían el templo de la Concordia como testigo de la matanza y el castigo de los Gracos. Cuánto han progresado con esto, lo indican los peores sucesos que siguieron. Pues de ahí en adelante, los que se reunían no se esforzaron por evitar el ejemplo de los Gracos, sino por superar su propósito, Lucio Saturnino, tribuno de la plebe, y Cayo Servilio, pretor, y mucho después Marco Druso, cuyas sediciones causaron primero ya entonces gravísimas matanzas, y luego encendieron las guerras sociales: con las cuales Italia fue gravemente afligida y llevada a una

desolación y devastación maravillosa. Luego siguió la guerra servil, y las guerras civiles: en las cuales, ¿qué batallas se libraron, cuánta sangre se derramó? para que casi todas las gentes itálicas, sobre las cuales el imperio romano prevalecía principalmente, fueran sometidas como si fueran una bárbara y feroz horda. Ya de unos pocos, es decir, menos de setenta gladiadores, cómo se contrajo la guerra servil, a qué número y cuán feroz y audaz llegó: qué generales del pueblo romano superaron: qué ciudades y regiones devastaron y cómo, apenas pudieron explicarlo suficientemente los que escribieron la historia. Y no solo fue esa la guerra servil; sino que también los esclavos devastaron primero la provincia de Macedonia, y luego Sicilia y la costa marítima. ¿Cuánto y cuán horrendo cometieron primero los latrocinios, luego las guerras poderosas de los piratas, quién puede expresarlo con palabras?

CAPÍTULO XXVII.---De la guerra civil entre Mario y Sila.

Cuando Mario, ya ensangrentado con sangre civil, habiendo matado a muchos de las partes contrarias a él, fue vencido y huyó de la ciudad, apenas respirando un poco la ciudad, para usar las palabras de Cicerón, después venció Cinna con Mario. Entonces, ciertamente, con hombres clarísimos asesinados, las luces de la ciudad fueron extinguidas. Sila vengó después la crueldad de esta victoria, no es necesario decir con cuánta disminución de ciudadanos y cuánta calamidad de la república. De esta venganza, que fue más perniciosa que si los crímenes que se castigaban hubieran quedado impunes, dice también Lucano: "La medicina excedió el límite; y demasiado siguió, donde las manos del mal condujeron; perecieron los culpables. Pero cuando ya solo podían sobrevivir los culpables, entonces se dio libertad a los odios, y la ira, desatada de los frenos de las leyes, se precipitó." En aquella guerra entre Mario y Sila, excepto aquellos que cayeron fuera en el campo de batalla, también en la misma ciudad los cadáveres llenaron las calles, plazas, foros, teatros, templos; de modo que era difícil juzgar cuándo los vencedores produjeron más muertes, si primero para vencer, o después porque habían vencido: cuando primero la victoria de Mario, cuando se restituyó a sí mismo del exilio, excepto por las matanzas hechas por todas partes, la cabeza del cónsul Octavio se colocó en las tribunas, César y Fimbria fueron asesinados en sus propias casas, dos Crasos, padre e hijo, fueron sacrificados en mutua presencia, Bebio y Numitorio, arrastrados con un gancho, murieron con las entrañas esparcidas, Catulo, habiendo bebido veneno, se sustrajo de las manos de sus enemigos, Merula, flamen de Júpiter, con las venas cortadas, ofreció incluso su sangre a su Júpiter. En los mismos ojos de Mario, eran golpeados inmediatamente aquellos a quienes no había querido extender la mano derecha al saludarlos.

CAPÍTULO XXVIII.---Cómo fue la victoria de Sila, vengadora de la crueldad de Mario.

Syllana, en efecto, fue una victoria seguida por una venganza de crueldad, que después de tanto derramamiento de sangre de ciudadanos, con la cual fue obtenida, una vez terminado el conflicto con los enemigos vivos, se desató más cruelmente en tiempos de paz. Ya después de las matanzas anteriores y recientes de Mario el Mayor, se añadieron otras más graves por Mario el Joven y Carbo, de las mismas facciones marianas: quienes, ante la inminencia de Sila, desesperando no solo de la victoria, sino incluso de la salvación misma, llenaron todo de matanzas propias y ajenas. Pues además de la masacre extendida por diversos lugares, incluso con el senado sitiado, eran llevados a la espada desde la misma curia, como si fuera una cárcel. Mucio Escévola, el pontífice, porque nada era considerado más sagrado entre los romanos que el templo de Vesta, abrazado a la misma ara, fue asesinado; y casi extinguió con su sangre el fuego que siempre ardía bajo el cuidado perpetuo de las vírgenes. Luego Sila, victorioso, entró en la ciudad, quien en la villa pública, no ya en guerra, sino con la misma paz desatada, ordenó la ejecución de siete mil rendidos (que ciertamente estaban desarmados)

no combatiendo, sino mandando. En toda la ciudad, cualquier seguidor de Sila golpeaba a quien quisiera: de donde no se podían contar tantos funerales, hasta que se le sugirió a Sila que debía permitir que algunos vivieran, para que hubiera quienes pudieran gobernar los vencedores. Entonces, ya contenida la licencia de matar que se desbordaba furiosamente por todas partes, se propuso con gran júbilo aquella lista que contenía dos mil hombres de ambos órdenes ilustres, ecuestre y senatorial, para ser asesinados y proscritos. El número entristecía, pero el límite consolaba; y no porque tantos cayeran había tanto dolor, sino alegría, porque los demás no temían. Pero en algunos de los que fueron condenados a morir, incluso esa cruel seguridad de los demás, gemía por los tipos de muerte escogidos. Pues a uno lo despedazaron con las manos de los que lo descuartizaban sin hierro, más brutalmente los hombres a un hombre vivo, que las bestias suelen desgarrar un cadáver abandonado. A otro, con los ojos arrancados y los miembros amputados poco a poco, se le obligó a vivir en tales tormentos durante mucho tiempo, o más bien a morir durante mucho tiempo. Incluso se subastaron, como si fueran villas, algunas ciudades nobles. Una, en verdad, como si se ordenara llevar a un solo reo, fue ordenada a ser masacrada en su totalidad. Estas cosas sucedieron en paz después de la guerra, no para acelerar la obtención de la victoria, sino para que no se despreciara la obtenida. La paz compitió con la guerra en crueldad, y venció. Pues aquella derribó a los armados, esta a los desarmados. En la guerra, el que era golpeado, si podía, golpeaba: pero en la paz, no para que el que escapara viviera, sino para que muriendo no resistiera.

CAPÍTULO XXIX.---De la comparación de la irrupción gótica con aquellas calamidades que los romanos sufrieron ya sea por los galos, o por los autores de las guerras civiles.

¿Qué furia de las naciones extranjeras, qué crueldad de los bárbaros puede compararse con esta victoria de los ciudadanos sobre los ciudadanos? ¿Qué vio Roma más funesto, más horrible y amargo, si la antigua irrupción de los galos y la reciente de los godos, o la ferocidad de Mario y Sila y otros hombres ilustres de sus facciones, como si fueran sus propias luces contra sus propios miembros? Los galos ciertamente masacraron al senado, todo lo que pudieron encontrar en toda la ciudad, excepto la ciudadela capitolina, que fue la única que de alguna manera se defendió; pero a los que estaban en esa colina les vendieron al menos la vida por oro, que aunque no podían arrebatar con hierro, podían consumir con el asedio: los godos, en cambio, perdonaron a tantos senadores, que es más sorprendente que mataran a algunos. Pero Sila, con Mario aún vivo, se sentó victorioso en el Capitolio, que fue seguro de los galos, para decretar matanzas; y cuando Mario escapó en fuga, para regresar más feroz y sangriento, este en el Capitolio, incluso por decreto del senado, privó a tantos de la vida y sus bienes. Pero en las facciones marianas, en ausencia de Sila, ¿qué hubo sagrado a lo que perdonaran, cuando a Mucio, ciudadano, senador, pontífice, no le perdonaron la misma ara, donde estaban, como dicen, los destinos de Roma, abrazándola con sus miserables brazos? Además, aquella última lista de Sila, dejando de lado otras innumerables muertes, degolló a más senadores de los que los godos pudieron siquiera saquear.

CAPÍTULO XXX.---De la conexión de las guerras que precedieron al advenimiento de Cristo, muchas y gravísimas.

¿Con qué rostro, con qué corazón, con qué impudencia, con qué insensatez, o más bien locura, no imputan aquellos males a sus dioses, y estos a nuestro Cristo? Las crueles guerras civiles, más amargas que todas las guerras hostiles, incluso según sus autores, por las cuales aquella república no fue juzgada afligida, sino completamente perdida, surgieron mucho antes del advenimiento de Cristo, y por la cadena de causas criminales desde la guerra de Mario y Sila hasta las guerras de Sertorio y Catilina, de los cuales aquel fue proscrito por

Sila, este nutrido: de ahí a la guerra de Lépido y Catulo, de los cuales uno deseaba rescindir los actos de Sila, el otro defenderlos: de ahí a la de Pompeyo y César, de los cuales Pompeyo fue seguidor de Sila, y su poder igualó o incluso superó; pero César no soportaba el poder de Pompeyo, sino porque no lo tenía, que sin embargo, vencido e incluso asesinado, lo superó. De ahí llegaron a otro César, que después fue llamado Augusto, bajo cuyo imperio nació Cristo. Pues incluso el mismo Augusto libró muchas guerras civiles: y en ellas también perecieron muchos hombres ilustres, entre los cuales Cicerón, aquel elocuente artífice del gobierno de la república. Pues a Cayo César, vencedor de Pompeyo (quien ejerció la victoria civil con clemencia, y otorgó vida y dignidad a sus adversarios), una conspiración de ciertos nobles senadores lo asesinó en la misma curia, como si fuera un aspirante al reino, por la libertad de la república. Luego, Antonio, muy diferente en costumbres y manchado y corrompido por todos los vicios, parecía aspirar a su poder, al cual Cicerón se oponía vehementemente por la misma libertad de la patria. Entonces emergió aquel joven César de admirable índole, hijo adoptivo de aquel Cayo César: quien, como dije, después fue llamado Augusto. A este joven César, para que su poder se fortaleciera contra Antonio, Cicerón favorecía; esperando que, una vez depuesta y oprimida la dominación de Antonio, restaurara la libertad de la república, tan ciego e imprudente de los futuros, que el mismo joven, cuya dignidad y poder apoyaba, permitiera que Antonio lo matara en una especie de pacto de concordia, y sometiera la misma libertad de la república, por la cual tanto clamaba, a su propio dominio.

CAPÍTULO XXXI.---Que impúdicamente imputan los presentes inconvenientes a Cristo quienes no son permitidos adorar a los dioses, cuando tales calamidades ocurrieron en el tiempo en que eran adorados.

Acusen a sus dioses de tantos males, quienes son ingratos a nuestro Cristo por tantos bienes. Ciertamente, cuando sucedían aquellos males, las aras de los dioses estaban calientes, exhalaban incienso sabio y guirnaldas frescas, los sacerdocios brillaban, los templos resplandecían; se sacrificaba, se jugaba, se robaba en los templos, cuando por todas partes se derramaba tanta sangre de ciudadanos por ciudadanos, no solo en otros lugares, sino también entre los mismos altares de los dioses. Tulio no eligió un templo al cual refugiarse; porque Mucio lo había elegido en vano. Estos que insultan mucho más indignamente a los tiempos cristianos, o se refugiaron en lugares dedicadísimos a Cristo, o incluso los mismos bárbaros los condujeron allí para que vivieran. Sé esto, y cualquiera que juzgue sin parcialidad lo reconoce fácilmente conmigo (para omitir otras muchas cosas que he mencionado, y otras muchas más que consideré largo mencionar), si el género humano antes de las guerras púnicas hubiera recibido la disciplina cristiana, y hubiera seguido tal devastación de cosas, como aquellas guerras trituraron Europa y África; ninguno de tales, como los que ahora sufrimos, no lo habría atribuido a la religión cristiana. Mucho menos se tolerarían sus voces, en cuanto a los romanos, si la recepción y difusión de la religión cristiana, o aquella irrupción de los galos, o aquella devastación del Tíber y de los incendios, o lo que precede a todos los males, aquellas guerras civiles siguieran. También otros males, que sucedieron tan increíblemente que se contaron entre los prodigios, si hubieran sucedido en tiempos cristianos, ¿a quién, sino a los cristianos, los habrían imputado como crímenes? Pues omito aquellos que fueron más admirables que dañinos, bueyes que hablaron, infantes aún no nacidos que gritaron ciertas palabras desde los vientres de sus madres, serpientes que volaron, mujeres y gallinas y hombres que fueron convertidos en sexo masculino: y otras cosas de este tipo; que en sus libros, no fabulosos, sino históricos, ya sean verdaderos o falsos, no traen perdición a los hombres, sino asombro. Pero cuando llovió tierra, cuando llovió arcilla, cuando llovió piedras, no como suele llamarse granizo con este nombre, sino piedras en

absoluto; ciertamente estas cosas pudieron también herir gravemente. Leemos en ellos que con los fuegos del Etna descendiendo desde la misma cima del monte hasta la costa cercana, el mar hirvió tanto que las rocas se quemaron, y las breas de los barcos se disolvieron. Esto ciertamente no fue levemente dañino, aunque increíblemente asombroso. Nuevamente, con el mismo ardor de los fuegos, escribieron que Sicilia fue cubierta con tal cantidad de ceniza, que los techos de la ciudad de Catania fueron sepultados y derrumbados: conmovidos por esta calamidad, los romanos misericordiosamente le perdonaron el tributo de ese año. También escribieron que una multitud de langostas en África fue similar a un prodigio, cuando ya era provincia del pueblo romano: pues dicen que, después de consumir los frutos y las hojas de los árboles, fueron arrojadas al mar en una nube inmensa e incalculable: y al morir y ser devueltas a las costas, y de ahí corromperse el aire, surgió tal pestilencia, que en el solo reino de Masinisa se dice que perecieron ochocientos mil hombres, y mucho más en las tierras cercanas a las costas. Entonces en Útica, de treinta mil jóvenes que había allí, dicen que quedaron diez. Tal vanidad, como la que soportamos, y a la que nos vemos obligados a responder, ¿qué de esto no atribuiría a la religión cristiana, si lo viera en tiempos cristianos? Y sin embargo, no atribuyen estas cosas a sus dioses: cuyo culto requieren, para no sufrir estas cosas o menores, cuando sufrieron mayores de aquellos a quienes antes adoraban.

LIBRO CUARTO. En el cual se prueba que la amplitud del imperio romano y su duración deben atribuirse, no a Júpiter ni a los dioses paganos, a quienes apenas se creía que se les podían confiar funciones singulares y las más bajas, sino al único verdadero Dios, autor de la felicidad, en cuyo poder y juicio se constituyen y se mantienen los reinos terrenales.

CAPÍTULO PRIMERO.---De lo que se discutió en el primer volumen.

Comenzando a hablar de la ciudad de Dios, primero consideré que debía responder a sus enemigos, quienes persiguiendo las alegrías terrenales, y anhelando las cosas fugaces, increpan a la religión cristiana, que es la única religión saludable y verdadera, por cualquier cosa triste que sufran en ellas, más por la misericordia de un Dios que advierte, que por la severidad de uno que castiga. Y puesto que, aunque entre ellos también hay un vulgo indocto, se irritan más gravemente contra nosotros por la autoridad de los doctos, creyendo los ignorantes que las cosas que sucedieron insólitamente en sus tiempos no solían suceder en otros tiempos pasados; y su opinión, incluso por aquellos que saben que es falsa, para que parezcan tener justas quejas contra nosotros, la fortalecen con la disimulación de su conocimiento: fue necesario demostrar, a partir de los libros que sus autores dejaron a la memoria para conocer la historia de los tiempos pasados, que es muy diferente de lo que piensan; y al mismo tiempo enseñar que los falsos dioses, que adoraban abiertamente o aún adoran en secreto, son espíritus inmundos y malignos y engañosos demonios; hasta el punto de que se deleitan, ya sea con sus verdaderos o ficticios crímenes, que quisieron que se celebraran en sus fiestas; para que la debilidad humana no pueda ser apartada de cometer hechos condenables, mientras se ofrece como autoridad divina para imitarlos. Esto no lo probamos por nuestra conjetura, sino en parte por la memoria reciente, porque también vimos tales cosas ofrecidas a tales deidades; en parte por las escrituras de aquellos que no como en contumelia, sino como en honor de sus dioses, dejaron estas cosas escritas para la posteridad: de tal manera que un hombre muy docto entre ellos, Varrón, de gravísima autoridad, al dividir los libros de cosas humanas y divinas, distribuyéndolos según la dignidad de cada cosa, no colocó los juegos escénicos al menos en las cosas humanas, sino en las divinas: cuando ciertamente, si solo hubiera hombres buenos y honestos en la ciudad, ni siquiera en las cosas humanas deberían haber juegos escénicos. Lo cual ciertamente no hizo por su propia autoridad, sino porque los encontró en las cosas divinas, nacido y educado en Roma. Y puesto que al final del primer libro, brevemente expusimos lo que debía decirse a

continuación, y de estas cosas dijimos algunas en los dos siguientes, reconocemos que debemos devolver lo que resta a la expectativa de los lectores.

CAPÍTULO II.---De lo que contienen el segundo y tercer libro.

Prometimos, por tanto, que diríamos algunas cosas contra aquellos que refieren las calamidades de la república romana a nuestra religión, y que recordaríamos cuantas y cuán grandes pudieran ocurrir, o parecieran suficientes, males que aquella ciudad sufrió, o las provincias pertenecientes a su imperio, antes de que sus sacrificios fueran prohibidos: todo lo cual sin duda nos atribuirían, si ya su religión no fuera clara, o si no los prohibiera de sus sacrílegos ritos. Esto lo hemos completado suficientemente, según creo, en el segundo y tercer libro: en el segundo tratando de los males de las costumbres, que son males que deben ser considerados solos o los mayores; en el tercero de aquellos que los necios solos temen sufrir, a saber, del cuerpo y de las cosas externas, que a menudo sufren también los buenos. Aquellos males no digo pacientemente, sino con gusto los tienen, por los cuales ellos mismos se vuelven malos. Y cuán pocas cosas dije de la misma ciudad y su imperio? ni siquiera todo hasta César Augusto. ¿Qué, si hubiera querido recordar y exagerar aquellos males que no se hacen los hombres entre sí, como son las devastaciones y destrucciones de los beligerantes, sino que suceden a las cosas terrenales desde los mismos elementos del mundo? que en un lugar Apuleyo brevemente menciona en el libro que escribió sobre el Mundo, diciendo que todas las cosas terrenales tienen cambios, conversiones y destrucciones. Pues con temblores excesivos de la tierra, para usar sus palabras, dice que la tierra se ha resquebrajado, y las ciudades interceptadas con sus pueblos: también con lluvias torrenciales se han inundado regiones enteras: aquellas que antes eran continentes, han sido convertidas en islas por las olas para los huéspedes y visitantes, y otras han sido hechas accesibles a pie por la inactividad del mar: ciudades han sido destruidas por vientos y tormentas: incendios han brotado de las nubes, por los cuales las regiones de Oriente han sido consumidas y perecieron; y en las regiones de Occidente, ciertas erupciones y desbordamientos han causado las mismas destrucciones. Así, desde las cimas del Etna, con cráteres desbordados, incendios divinos han corrido por las pendientes, como ríos de llamas. Si hubiera querido recoger estas y otras cosas similares que tiene la historia, ¿cuándo habría terminado de contar las que sucedieron en aquellos tiempos, antes de que el nombre de Cristo reprimiera aquellas vanas y perniciosas cosas para la verdadera salvación? También prometí que demostraría qué costumbres tenían, y por qué razón el verdadero Dios se dignó ayudar a aumentar el imperio, en cuyo poder están todos los reinos; y cuánto no los ayudaron aquellos que consideran dioses, y más bien cuánto dañaron engañando y engañando: de lo cual ahora veo que debo hablar, y más sobre los incrementos del imperio romano. Pues sobre el engaño nocivo de los demonios, que adoraban como dioses, cuánto mal introdujo en sus costumbres, ya se ha dicho bastante en el segundo libro. Pero a lo largo de los tres libros completados, donde ha parecido oportuno, hemos recomendado también en los mismos males bélicos cuánto consuelo Dios ha otorgado a los buenos y malos a través del nombre de Cristo, a quien los bárbaros rindieron tanto honor fuera de la costumbre de las guerras, como quien hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mateo 5, 45).

CAPÍTULO III.---Si la amplitud del imperio, que no se adquiere sino por guerras, debe considerarse entre los bienes de los sabios o de los felices.

Ya veamos qué es lo que se atreven a atribuir a los dioses romanos en cuanto a la gran extensión y duración del imperio romano: aquellos a quienes afirman haber honrado de manera digna incluso a través de los servicios de juegos indecentes y de hombres corruptos.

Aunque antes quisiera indagar un poco sobre cuál es la razón, cuál la prudencia, cuando no se puede mostrar la felicidad de los hombres, siempre en medio de desastres bélicos y en sangre civil o enemiga, pero humana, girando con oscuro temor y sangrienta codicia, para que se compare una alegría frágilmente brillante, a la que se teme más horriblemente que se rompa de repente, queriendo gloriarse de la grandeza y extensión del imperio. Para que esto se juzgue más fácilmente, no nos dejemos llevar por una vanidad vacía, ni embotemos la agudeza de nuestra intención con palabras altisonantes de las cosas, cuando escuchamos sobre pueblos, reinos, provincias: sino que consideremos a dos hombres (pues cada hombre individual, como una letra en el discurso, es como un elemento de la ciudad y del reino, por muy extensa que sea la ocupación de tierras), de los cuales pensemos en uno pobre, o más bien moderado; y en otro muy rico: pero un rico ansioso por temores, consumido por tristezas, ardiente de codicia, nunca seguro, siempre inquieto, jadeando en continuas contiendas de enemistades, aumentando ciertamente con estas miserias su patrimonio de manera inmensa, y con esos aumentos acumulando también amarguísimas preocupaciones; mientras que el moderado, con una pequeña y suficiente propiedad familiar, es querido por los suyos, gozando de dulcísima paz con parientes, vecinos, amigos, religioso en piedad, benigno de mente, sano de cuerpo, sobrio en vida, casto en costumbres, seguro en conciencia. No sé si alguien es tan insensato que se atreva a dudar a quién preferiría. Así pues, como en estos dos hombres, así en dos familias, así en dos pueblos, así en dos reinos sigue la regla de la equidad: la cual, aplicada con vigilancia, si nuestra intención se corrige, veremos fácilmente dónde habita la vanidad y dónde la felicidad. Por lo tanto, si se adora al verdadero Dios, y se le sirve con sagrados verdaderos y buenas costumbres, es útil que los buenos reinen ampliamente y por mucho tiempo. Y esto no es tan útil para ellos mismos, como para aquellos sobre quienes reinan. Pues en cuanto a ellos se refiere, su piedad y probidad, que son grandes dones de Dios, les basta para la verdadera felicidad, con la cual esta vida se lleva bien, y después se alcanza la eterna. En esta tierra, por tanto, el reino de los buenos no se otorga tanto a ellos, como a las cosas humanas: el reino de los malos, en cambio, perjudica más a los que reinan, que devastan sus almas con mayor licencia de crímenes; pero a aquellos que les sirven y están sometidos, no les perjudica sino su propia iniquidad. Pues para los justos, cualquier mal que les inflijan los inicuos señores, no es castigo del crimen, sino prueba de virtud. Por lo tanto, el bueno, aunque sirva, es libre: el malo, aunque reine, es esclavo; y no de un solo hombre, sino, lo que es más grave, de tantos amos como vicios. Sobre estos vicios, cuando la Escritura divina trataba, dice: "Porque de quien uno es vencido, a éste es también esclavo" (II Pedro II, 19).

CAPÍTULO IV.---Cuán semejantes son los reinos a los latrocinios sin justicia.

Quitada, pues, la justicia, ¿qué son los reinos sino grandes latrocinios? Porque también los latrocinios, ¿qué son sino pequeños reinos? Es también una banda de hombres, se rige por el mando de un jefe, se une por un pacto de sociedad, se divide el botín por una ley de acuerdo. Este mal, si crece con el aumento de hombres perdidos, de modo que ocupa lugares, establece sedes, ocupa ciudades, somete pueblos, más evidentemente asume el nombre de reino, que ya se le confiere manifiestamente no por la avidez no quitada, sino por la impunidad añadida. Pues con elegancia y verdad respondió un pirata capturado a Alejandro Magno. Porque cuando el mismo rey le preguntó al hombre qué le parecía tener el mar infestado, él con libre insolencia dijo: "Lo mismo que a ti tener la tierra: pero porque yo lo hago con un pequeño barco, soy llamado ladrón, porque tú lo haces con una gran flota, emperador".

CAPÍTULO V.---De los gladiadores fugitivos, cuya potencia fue similar a la dignidad real.

Por lo tanto, omito preguntar qué clase de hombres reunió Rómulo, ya que se les hizo un gran favor al darles la ciudadanía, para que dejaran de pensar en los castigos debidos, cuyo miedo los impulsaba a mayores crímenes; para que de ahí en adelante fueran más pacíficos para las cosas humanas. Esto digo, que el mismo imperio romano, ya grande con muchas naciones subyugadas y temido por las demás, lo sintió amargamente, lo temió gravemente, no sin gran esfuerzo para evitar una gran calamidad; cuando unos pocos gladiadores en Campania, huyendo de la escuela, formaron un gran ejército, tuvieron tres líderes, devastaron Italia ampliamente y con gran crueldad. Que digan qué dios los ayudó, para que de un pequeño y despreciable latrocinio llegaran a un reino, temido ya por las grandes fuerzas y fortalezas romanas. ¿O porque no duraron mucho, por eso se les negará que fueron ayudados por la divinidad? Como si la vida de cualquier hombre fuera duradera. Por lo tanto, de esta manera, los dioses no ayudan a nadie a reinar, ya que cada uno muere pronto; ni debe considerarse un beneficio lo que en poco tiempo en cada hombre, y por lo tanto individualmente en todos, se desvanece como vapor. Pues, ¿qué importa a aquellos que bajo Rómulo adoraron a los dioses, y hace tiempo que murieron, que después de su muerte el imperio romano haya crecido tanto? ya que ellos en el inframundo defienden sus causas: si buenas o malas, no importa para el asunto presente. Esto debe entenderse de todos aquellos que a través del mismo imperio (aunque se extienda en largos espacios con mortales que mueren y suceden) pasaron rápidamente en pocos días de su vida, llevando las cargas de sus actos. Pero si incluso los beneficios de tan breve tiempo deben atribuirse a la ayuda de los dioses, no poco fueron ayudados aquellos gladiadores, que rompieron las cadenas de la condición servil, huyeron, escaparon, reunieron un gran y fortísimo ejército, obedientes a los consejos y órdenes de sus reyes, muy temidos por la grandeza romana, e invencibles para algunos emperadores romanos, capturaron mucho: obtuvieron muchas victorias, disfrutaron de los placeres que quisieron; hicieron lo que les sugirió el deseo: finalmente, hasta que fueron vencidos, lo cual fue muy difícil de hacer, vivieron elevados y reinando. Pero vayamos a cosas mayores.

CAPÍTULO VI.---De la codicia del rey Nino, quien, para dominar más ampliamente, fue el primero en llevar la guerra a sus vecinos.

Justino, quien siguió a Trogo Pompeyo, griego o más bien extranjero, no solo escribió la historia en latín, como él, sino también brevemente, comienza la obra de sus libros así: "Al principio de las cosas, el poder de las naciones y pueblos estaba en manos de los reyes, a quienes no la ambición popular, sino la moderación probada entre los buenos elevaba a la cumbre de esta majestad. Los pueblos no estaban sujetos a leyes: los arbitrios de los príncipes eran leyes. La costumbre era proteger más que extender los límites del imperio: los reinos se limitaban dentro de su propia patria. Nino, rey de los asirios, fue el primero en cambiar la antigua y casi ancestral costumbre de las naciones por una nueva codicia de imperio. Él fue el primero en llevar la guerra a sus vecinos, y sometió a los pueblos aún inexpertos en resistir hasta los confines de Libia." Y poco después: "Nino, dice, consolidó la magnitud del dominio adquirido con una posesión continua. Por lo tanto, con los vecinos sometidos, al pasar a otros con el aumento de fuerzas más fuerte, y siendo cada victoria próxima un instrumento de la siguiente, subyugó a todos los pueblos del Oriente." Cualquiera que sea la fidelidad de los hechos, ya sea que este o Trogo lo haya escrito (pues otras letras más fieles muestran que mintieron en algunas cosas), sin embargo, está acordado entre otros escritores que el reino de Asiria fue extendido por el rey Nino a lo largo y ancho. Y perseveró tanto tiempo que el romano aún no es de su edad. Pues como escriben quienes han seguido la historia cronológica, mil doscientos cuarenta años desde el primer año en que Nino comenzó a reinar, permaneció este reino, hasta que fue transferido a los medos. Pero llevar la guerra a los

vecinos, y de ahí proceder a los demás, y someter y oprimir a pueblos no molestos solo por la codicia de reinar, ¿qué otra cosa es sino un gran latrocinio que debe ser llamado?

CAPÍTULO VII.---Si los reinos terrenales en sus progresos y declives son ayudados o abandonados por la asistencia de los dioses.

Si sin la ayuda de los dioses fue tan grande y prolongado este reino, ¿por qué se atribuye a los dioses romanos el reino romano, amplio en lugares y duradero en tiempos? Pues cualquiera que sea la causa de aquello, es también la de esto. Pero si también se sostiene que aquello debe atribuirse a la ayuda de los dioses, pregunto de cuáles. Pues no otras naciones, que Nino sometió y subyugó, adoraban entonces a otros dioses. O si los asirios tenían sus propios dioses, como artesanos más hábiles en construir y conservar el imperio, ¿acaso murieron cuando también ellos perdieron el imperio, o al no recibir la recompensa prometida, o al ser prometida otra mayor, prefirieron pasar a los medos, y de ahí nuevamente a los persas, invitados por Ciro y prometiendo algo más ventajoso? Una nación que no en los estrechos límites del Oriente, después del gran reino de Alejandro de Macedonia en lugares, pero brevísimo en tiempo, aún perdura en su reino. Si esto es así, o los dioses son infieles, que abandonan a los suyos y pasan a los enemigos; lo cual ni siquiera hizo el hombre Camilo, cuando victorioso y conquistador de la ciudad más adversa, sintió ingrata a Roma, a la que había vencido, aunque después, olvidando la injuria, recordando la patria, la liberó nuevamente de los galos: o no son tan fuertes como conviene que sean los dioses, que pueden ser vencidos por consejos o fuerzas humanas. O si, cuando luchan entre sí, no son los dioses vencidos por los hombres, sino los dioses por otros dioses, que son propios de cada ciudad; entonces también tienen enemistades entre ellos, que cada uno asume por su parte. Por lo tanto, una ciudad no debió adorar más a sus dioses que a otros, por quienes sus propios serían ayudados. Finalmente, de cualquier manera que sea este tránsito, fuga, migración o defección en la lucha de los dioses, aún en aquellos tiempos y en aquellas partes de la tierra no se había predicado el nombre de Cristo, cuando aquellos reinos fueron perdidos y transferidos a través de grandes desastres bélicos. Pues si después de mil doscientos y algo más años, cuando el reino fue quitado a los asirios, ya allí la religión cristiana predicara otro reino eterno, y prohibiera los sacrílegos cultos de los falsos dioses; ¿qué otra cosa dirían los vanos hombres de aquella nación, sino que el reino, que fue conservado tanto tiempo, no pudo perecer por otra causa sino por haber abandonado sus religiones y haber recibido aquella? En esta voz de vanidad, que podría ser, que atiendan a su espejo; y al quejarse de cosas similares, si tienen algún pudor, se avergüencen. Aunque el imperio romano ha sido afligido más bien que cambiado; lo cual también le ocurrió en otros tiempos antes del nombre de Cristo: y ha sido restaurado de aquella aflicción; lo cual no debe desesperarse tampoco en estos tiempos. Pues, ¿quién conoce la voluntad de Dios sobre este asunto?

CAPÍTULO VIII.---De qué dioses creen los romanos que su imperio fue aumentado y conservado, cuando apenas creían que la protección de cosas singulares debía ser confiada a dioses singulares.

Luego, preguntemos, si les parece bien, de entre tanta multitud de dioses que los romanos adoraban, a cuál principalmente, o a qué dioses creen que aquel imperio fue extendido y conservado. Pues no se atreven a atribuir en esta obra tan ilustre y llena de tanta dignidad algunas partes a la diosa Cloacina, o a Volupia, que se llama así por el placer; o a Lubentina, cuyo nombre es por la lujuria; o al Vaticano, que preside los vagidos de los niños; o a Cunina, que administra sus cunas. ¿Cuándo pueden en un solo lugar de este libro ser mencionados todos los nombres de dioses o diosas, que ellos apenas pudieron abarcar en grandes volúmenes, distribuyendo a cada uno los oficios propios de los numina? Ni siquiera el oficio

de los campos se consideró que debía ser confiado a un solo dios; sino que a la diosa Rusina se le confiaron las tierras, al dios Jugatino las cumbres de los montes; a la diosa Collatina las colinas, a Vallonia los valles. Ni siquiera pudieron encontrar una Segetia tal a la que confiaran de una vez las cosechas: sino que mientras los sembrados estuvieran bajo tierra, quisieron que tuvieran a la diosa Seja como encargada; pero cuando ya estuvieran sobre la tierra y formaran la cosecha, a la diosa Segetia; y cuando los granos fueran recogidos y almacenados, para que se conservaran seguros, pusieron a la diosa Tutilina. ¿A quién no le parecería suficiente aquella Segetia, mientras la cosecha llegara desde los inicios herbosos hasta las espigas secas? Sin embargo, no fue suficiente para los hombres amantes de la multitud de dioses, para que el alma miserable se prostituyera a la multitud de demonios, desdeñando el casto abrazo del único Dios verdadero. Por lo tanto, pusieron a Proserpina a cargo de los granos germinantes, al dios Noduto de los nudos y articulaciones de los tallos, a la diosa Volutina de las envolturas de las vainas; cuando las vainas se abren para que salga la espiga, a la diosa Patelana; cuando las cosechas se igualan con nuevas espigas, porque igualar en latín antiguo se decía hostire, a la diosa Hostilina; a la diosa Flora cuando los granos florecen, al dios Lacturno cuando están lechosos, a la diosa Matuta cuando maduran; cuando se arrancan, es decir, se quitan de la tierra, a la diosa Runcina. Y no menciono todo, porque me cansa lo que a ellos no les avergüenza. Sin embargo, he dicho estas pocas cosas para que se entienda que de ninguna manera se atreven a decir que estos numina establecieron, aumentaron, conservaron el imperio romano, que se aplicaban a sus respectivos oficios de tal manera que nada universal se confiaba a uno solo. ¿Cuándo, pues, Segetia cuidaría del imperio, a quien no se le permitía cuidar simultáneamente de los campos y los árboles? ¿Cuándo pensaría Cunina en las armas, cuya supervisión no se permitía exceder las cunas de los niños? ¿Cuándo ayudaría Noduto en la guerra, quien ni siquiera se ocupaba del folículo de la espiga, sino solo del nudo del tallo? Cada uno pone un portero en su casa, y porque es hombre, es completamente suficiente: tres dioses pusieron ellos, a Forculo en las puertas, a Cardea en el quicio, a Limentino en el umbral. Así, Forculo no podía cuidar simultáneamente del quicio y del umbral.

CAPÍTULO IX.---Si la amplitud y duración del imperio romano debe ser atribuida a Júpiter, a quien sus adoradores consideran el dios supremo.

Dejando, pues, de lado esa multitud de dioses menores, o al menos interrumpiéndola un poco, debemos investigar el oficio de los dioses mayores, por el cual Roma se hizo tan grande que gobernó tantas naciones durante tanto tiempo. Sin duda, esta es obra de Júpiter. Pues quieren que él sea el rey de todos los dioses y diosas: esto lo indica su cetro, esto el Capitolio en la alta colina. De este dios, aunque sea por un poeta, proclaman muy convenientemente: "Todo está lleno de Júpiter" (Virgilio, Égloga 3, verso 60). Varro cree que incluso es adorado por aquellos que adoran a un solo Dios sin imagen, pero con otro nombre. Si esto es así, ¿por qué fue tratado tan mal en Roma (como también en otras naciones), que se le hiciera una imagen? Lo cual también a Varrón le desagrada tanto, que aunque estaba oprimido por la perversa costumbre de una ciudad tan grande, no dudó en decir y escribir que aquellos que instituyeron imágenes para los pueblos, quitaron el miedo y añadieron el error.

CAPÍTULO X.---Qué opiniones siguieron aquellos que asignaron diferentes dioses a diferentes partes del mundo.

¿Por qué también se une a él Juno, su esposa, que se dice es hermana y esposa (Virgilio, Eneida, libro 1, verso 47)? Porque, dicen, entendemos a Júpiter en el éter y a Juno en el aire; y estos dos elementos están unidos, uno superior y otro inferior. No es, por tanto, aquel del

que se ha dicho: "Todo está lleno de Júpiter", si alguna parte la llena Juno. ¿O acaso ambos llenan ambos, y estos dos cónyuges están juntos en estos dos elementos y en cada uno de ellos? ¿Por qué entonces se asigna el éter a Júpiter y el aire a Juno? Finalmente, estos dos serían suficientes: ¿qué es lo que el mar se le atribuye a Neptuno y la tierra a Plutón? Y para que ellos tampoco quedaran sin esposas, se añade a Neptuno Salacia y a Plutón Proserpina. Pues así como Juno ocupa la parte inferior del cielo, es decir, el aire, así Salacia ocupa la parte inferior del mar y Proserpina la de la tierra. Buscan cómo remendar las fábulas y no lo encuentran. Si esto fuera así, los antiguos habrían transmitido que hay tres elementos del mundo, no cuatro, para que cada pareja de dioses se dividiera entre los elementos. Pero ahora han afirmado de todas las maneras que el éter es una cosa y el aire otra. El agua, ya sea superior o inferior, es agua: supongamos que es diferente, ¿acaso hasta el punto de no ser agua? Y la tierra inferior, ¿qué otra cosa puede ser sino tierra, por más que esté diferenciada? Luego, he aquí que el mundo corpóreo está completo en estos cuatro o tres elementos: ¿dónde estará Minerva? ¿Qué ocupará? ¿Qué llenará? Pues fue establecida junto con ellos en el Capitolio, aunque no es hija de ambos. O si dicen que Minerva ocupa la parte superior del éter, y por esta razón los poetas fingen que nació de la cabeza de Júpiter, ¿por qué entonces no se la considera la reina de los dioses, ya que es superior a Júpiter? ¿O es que era indigno anteponer a la hija sobre el padre? ¿Por qué no se mantuvo esta justicia de Júpiter hacia Saturno? ¿O es que fue vencido? ¿Entonces lucharon? ¡Lejos de nosotros, dicen: eso es charlatanería de fábulas! He aquí que no se crea en las fábulas, y que se piense mejor de los dioses: ¿por qué entonces no se le dio al padre de Júpiter, aunque no más sublime, al menos un asiento igual de honor? Porque Saturno, dicen, es la longitud del tiempo. Por lo tanto, quienes adoran a Saturno adoran al tiempo, y se insinúa que el rey de los dioses, Júpiter, nació del tiempo. Pues, ¿qué se dice de indigno, cuando se dice que Júpiter y Juno nacieron del tiempo, si él es el cielo y ella la tierra, cuando ciertamente se hicieron el cielo y la tierra? Pues esto también lo tienen en sus libros los doctos y sabios de ellos: y no de las ficciones poéticas, sino de los libros de los filósofos, se ha dicho por Virgilio: "Entonces el padre omnipotente, con lluvias fecundas, descendió al regazo de su esposa alegre" (Virgilio, Geórgicas, libro 2, versos 325, 326), es decir, al regazo de la tierra o de la tierra. Porque aquí también quieren que haya algunas diferencias, y en la misma tierra piensan que una cosa es la Tierra, otra Tellus, otra Tellumón. Y tienen a todos estos dioses llamados por sus nombres, distinguidos por sus oficios, venerados con sus altares y ritos sagrados. A la misma Tierra también la llaman madre de los dioses: para que ya los poetas inventen cosas más tolerables, si según los libros de ellos, no poéticos, sino sagrados, no solo Juno es hermana y esposa, sino también madre de Júpiter. A la misma tierra la quieren como Ceres, y también como Vesta: aunque a menudo afirman que Vesta no es sino fuego, perteneciente a los hogares, sin los cuales la ciudad no puede existir; y por eso las vírgenes suelen servirle, porque así como de una virgen, así nada nace del fuego. Toda esta vanidad debía ser abolida y extinguida por aquel que nació de una Virgen. Pues, ¿quién soporta que, habiendo atribuido tanto honor y casi castidad al fuego, a veces no se avergüencen de decir que Vesta es también Venus, para que se desvanezca la honrada virginidad en sus siervas? Pues si Vesta es Venus, ¿cómo le sirvieron debidamente las vírgenes absteniéndose de las obras venéreas? ¿O hay dos Venus, una virgen, otra mujer? ¿O más bien tres, una de las vírgenes, que también es Vesta, otra de las casadas, otra de las prostitutas? A la cual también los fenicios daban un don de la prostitución de sus hijas, antes de unirlas a sus maridos. ¿Cuál de ellas es la esposa de Vulcano? No ciertamente la virgen, puesto que tiene marido. Pero lejos de nosotros que sea prostituta, para no parecer que hacemos injuria al hijo de Juno y colaborador de Minerva. Por lo tanto, esto se entiende que pertenece a las casadas: pero no queremos que la imiten en lo que hizo con Marte. De nuevo, dicen, vuelves a las fábulas. ¿Qué justicia es esta, enojarse con nosotros por decir tales cosas de sus dioses; y no enojarse con ellos mismos, que en los

teatros ven con mucho gusto los crímenes de sus dioses? Y lo que sería increíble, si no se probara con el más firme testimonio, estos mismos crímenes teatrales de sus dioses fueron instituidos en honor de esos mismos dioses.

CAPÍTULO XI.---De los muchos dioses que los doctores paganos defienden que son un mismo Júpiter.

Por más que quieran, pues, afirmar con razones y disputas físicas: ya sea que Júpiter sea el alma de este mundo corpóreo, que llena y mueve toda esta mole construida y compactada de cuatro, o de cuantos elementos les plazca; ya sea que ceda sus partes a su hermana y hermanos: ya sea que sea el éter, para que el aire, Juno, lo abrace desde abajo; ya sea que todo junto con el aire sea él mismo el cielo, y la tierra como esposa y también madre (porque esto en lo divino no es vergonzoso) la fecunde con lluvias y semillas fecundas; ya sea (para no tener que recorrer todo) un dios único, del que muchos creen que el poeta más noble dijo: "Pues el dios va por todas partes, tierras, mares y el profundo cielo" (Virgilio, Geórgicas, libro 4, versos 221, 222): él mismo en el éter es Júpiter, él mismo en el aire es Juno, él mismo en el mar es Neptuno, en las partes inferiores del mar él mismo es Salacia, en la tierra es Plutón, en la tierra inferior es Proserpina, en los hogares domésticos es Vesta, en el horno de los herreros es Vulcano, en los astros es el sol y la luna y las estrellas, en los adivinos es Apolo, en el comercio es Mercurio, en Jano es el iniciador, en Término es el terminador, Saturno en el tiempo, Marte y Belona en las guerras, Baco en las viñas, Ceres en los cereales, Diana en los bosques, Minerva en los ingenios: él mismo es finalmente también en esa multitud casi plebeya de dioses: él mismo preside con el nombre de Baco sobre las semillas de los hombres, y con el nombre de Libera sobre las de las mujeres: él mismo es Diespiter, que lleva el parto al día; él mismo es la diosa Mena, a quien han puesto al frente de los menstruos de las mujeres; él mismo es Lucina, que es invocada por las parturientas: él mismo ayuda a los nacidos, recibiéndolos en el seno de la tierra, y es llamado Ops; él mismo abre la boca en el llanto, y es llamado el dios Vaticano: él mismo levanta de la tierra, y es llamado la diosa Levana; él mismo cuida las cunas, y es llamado la diosa Cunina: no es otro, sino él mismo en aquellas diosas que cantan los destinos a los nacidos, y son llamadas Carmentes: preside sobre los fortuitos, y es llamado Fortuna: en la diosa Rumina ordeña la mama al niño, porque los antiguos llamaron rumam a la mama; en la diosa Potina ministra la bebida; en la diosa Educa provee el alimento: de la pavor de los niños es llamada Paventia; de la esperanza que viene, Venilia; de la voluptuosidad, Volupia; del acto, Agenoria; de los estímulos, con los que el hombre es impulsado a la acción excesiva, es llamada la diosa Stimula, la diosa Strenia es, haciendo al hombre esforzado; Numeria, que enseña a contar; Camoena, que enseña a cantar: él mismo es también el dios Consus, proporcionando consejos; y la diosa Sentia, inspirando sentencias: él mismo es la diosa Juventas, que después de la toga pretexta recibe los comienzos de la edad juvenil: él mismo es también Fortuna Barbata, que viste de barba a los adultos; a quienes no quisieron honrar, para que al menos este numen, aunque sea masculino, lo llamaran Barbatum, como de los nudos Nodutum, o al menos no Fortuna, sino porque tiene barba, lo llamaran Fortunium: él mismo en el dios Jugatino une a los cónyuges; y cuando a la virgen esposa se le desata el cinturón, él es invocado, y es llamada la diosa Virginiensis: él mismo es Mutunus o Tutunus, que es en griego Priapo: si no da vergüenza, todo esto que he dicho, y lo que no he dicho (pues no he considerado que todo deba decirse), todos estos dioses y diosas son un solo Júpiter: ya sea que sean, como algunos quieren, todas estas partes de él, o sus virtudes, como les parece a aquellos a quienes les place que sea el alma del mundo; lo cual es una opinión de grandes y muy doctos. Si esto es así (lo cual no cuestiono por ahora), ¿qué perderían si adoraran a un solo Dios con un compendio más prudente? Pues, ¿qué de él sería despreciado, cuando él mismo fuera adorado? Pero si se

temía que las partes de él, omitidas o descuidadas, se enojaran: entonces no es como quieren, como si toda esta vida de un solo ser animado contuviera a todos los dioses, como sus virtudes, o miembros, o partes; sino que cada parte tiene su vida separada de las demás, si una puede enojarse al ser omitida y otra al ser aplacada. Pero si se dice que todo Júpiter, es decir, todo él mismo, podría ofenderse si sus partes no fueran adoradas también individualmente y minuciosamente, se dice tontamente. Pues ninguna de ellas sería omitida, cuando él mismo, que tiene todo, fuera adorado. Pues, para omitir otras cosas, que son innumerables, cuando dicen que todas las estrellas son partes de Júpiter, y que todas viven y tienen almas racionales, y por eso sin controversia son dioses, no ven cuántas no adoran, a cuántas no construyen templos, no erigen altares, que sin embargo han considerado que deben erigirse para poquísimas estrellas, y sacrificarse individualmente. Si, por lo tanto, se enojan los que no son adorados individualmente, ¿no temen, habiendo aplacado a unos pocos, vivir con todo el cielo enojado? Pero si adoran a todas las estrellas porque están en Júpiter, a quien adoran, con este compendio podrían suplicar a todos en aquel único. Pues así nadie se enojaría, cuando en aquel único nadie sería despreciado, más bien que, habiendo adorado a algunos, se proporcionaría una justa causa de enojo a aquellos, que serían omitidos, mucho más numerosos: especialmente cuando a ellos, resplandecientes desde la sede suprema, se les anteponía Priapo, desvergonzadamente desnudo.

CAPÍTULO XII.---De la opinión de aquellos que pensaron que Dios es el alma del mundo, y el mundo el cuerpo de Dios.

¿Qué hay de eso, no debería mover a los hombres agudos, o a cualquier tipo de hombres? Pues no se necesita una gran inteligencia para atender, dejando de lado el afán de contienda, si el alma del mundo es Dios, y para esa alma el mundo es como el cuerpo, para que sea un solo animal consistente en alma y cuerpo, y este Dios es un seno de la naturaleza que contiene en sí mismo todo, para que de su misma alma, que vivifica toda esta mole, se tomen las vidas y almas de todos los vivientes según la suerte de cada uno al nacer, no quedando nada en absoluto que no sea parte de Dios. Si esto es así, ¿quién no ve cuánta impiedad e irreligiosidad se sigue, para que lo que uno pise, pise una parte de Dios, y en todo ser animado que se mate, se trunque una parte de Dios? No quiero decir todo lo que puede ocurrir a los que piensan, pero no se puede decir sin vergüenza.

CAPÍTULO XIII.---De aquellos que afirman que solo los seres animados racionales son partes de un solo Dios.

Pero si solo los animales racionales, como los hombres, son partes de Dios; no veo, ciertamente, si todo el mundo es Dios, cómo separan a las bestias de sus partes. Pero, ¿para qué luchar? De ese mismo ser racional, es decir, el hombre, ¿qué puede ser más infeliz que creer que una parte de Dios es azotada, cuando un niño es azotado? Ahora bien, que las partes de Dios se vuelvan lascivas, iniquas, impías, y completamente condenables, ¿quién puede soportarlo, sino quien está completamente loco? Finalmente, ¿por qué se enoja con aquellos por quienes no es adorado, cuando no es adorado por sus propias partes? Queda, pues, que digan que todos los dioses tienen sus propias vidas, que cada uno vive para sí, que ninguno de ellos es parte de otro; sino que todos deben ser adorados, quienes pueden ser conocidos y adorados; porque son tantos, que no todos pueden serlo. De los cuales Júpiter, porque preside como rey, creo que es considerado por ellos como quien estableció o aumentó el reino romano. Pues si él no lo hizo, ¿qué otro dios creen que pudo emprender una obra tan grande, cuando todos están ocupados con sus propios oficios y obras, y ninguno invade el de otro? Por lo tanto, de un rey de los dioses pudo propagarse y aumentarse el reino de los hombres.

CAPÍTULO XIV.---Que los aumentos de los reinos se atribuyan incongruentemente a Júpiter: cuando, si la Victoria, como quieren, es una diosa, ella sola bastaría para este negocio.

Aquí primero pregunto, ¿por qué no es también el reino un dios? Pues, ¿por qué no lo es, si la Victoria es una diosa? O, ¿qué necesidad hay de Júpiter en este asunto, si la Victoria favorece y es propicia, y siempre va con aquellos a quienes quiere que sean victoriosos? Con esta diosa favoreciendo y siendo propicia, incluso con Júpiter descansando o haciendo otra cosa, ¿qué naciones no quedarían sometidas? ¿Qué reinos no cederían? ¿O acaso desagrada a los buenos, con la más iniquísima maldad, luchar y provocar a los vecinos pacíficos que no hacen ninguna injuria para expandir el reino con una guerra espontánea? Claramente, si así lo sienten, lo apruebo y lo alabo.

CAPÍTULO XV.---Si es congruente para los buenos querer reinar más ampliamente.

Vean, pues, si no corresponde a los hombres buenos alegrarse de la amplitud del reino. Pues la iniquidad de aquellos con quienes se libraron justas guerras ayudó al reino a crecer: lo cual ciertamente sería pequeño, si la paz y la justicia de los vecinos no provocaran ninguna guerra con ninguna injuria: y así, con las cosas humanas más felices, todos los reinos serían pequeños, alegrándose en una vecindad concordante; y así habría en el mundo muchos reinos de naciones, como hay en la ciudad muchas casas de ciudadanos. Por lo tanto, guerrear y, habiendo sometido a las naciones, expandir el reino, parece una felicidad para los malos, una necesidad para los buenos. Pero porque sería peor que los injustos dominaran a los más justos, por eso no se dice incongruentemente también esta felicidad. Pero sin duda es una mayor felicidad tener un vecino bueno y concordante, que someter a un vecino malo y beligerante. Son malos deseos, desear tener a quien odiar, o a quien temer, para que pueda haber a quien vencer. Si, pues, librando justas guerras, no impías, no iniquas, los romanos pudieron adquirir un imperio tan grande, ¿acaso debe ser adorada como una diosa también la iniquidad ajena? Pues vemos que mucho contribuyó a esta amplitud del imperio, que hacía a los injustos, para que hubiera con quienes se libraran justas guerras, y se aumentara el imperio. ¿Por qué, entonces, la iniquidad no es también una diosa, o de las naciones extranjeras, si el Pavor y el Pallor y la Fiebre merecieron ser dioses romanos? Con estas dos, es decir, la iniquidad ajena y la diosa Victoria, mientras la iniquidad excita las causas de las guerras, la Victoria termina felizmente las mismas guerras, incluso con Júpiter descansando, creció el imperio. Pues, ¿qué partes tendría aquí Júpiter; cuando lo que podría considerarse beneficioso de él, son considerados dioses, son llamados dioses, son adorados como dioses, son invocados por sus propias partes? Sin embargo, tendría aquí también él alguna parte, si el reino también fuera llamado así, como se llama a la Victoria. O si el reino es un don de Júpiter, ¿por qué no se considera también la victoria un don suyo? Lo cual ciertamente se consideraría, si no se conociera y adorara al verdadero Rey de reyes y Señor de señores (Apocalipsis XIX, 16), sino una piedra en el Capitolio.

CAPÍTULO XVI.---Qué fue lo que llevó a los romanos, asignando dioses individuales a todas las cosas y a casi todos los movimientos, a querer que el templo de la Quietud estuviera fuera de las puertas.

Sin embargo, me sorprende mucho que, habiendo asignado dioses individuales a todas las cosas y a casi todos los movimientos, llamaron a una diosa Agenoria, que incitara a actuar; a una diosa Stimula, que incitara a actuar en exceso; a una diosa Murcia, que no moviera en exceso, y hiciera al hombre, como dice Pomponio, murcido, es decir, demasiado perezoso e inactivo; a una diosa Strenia, que hiciera al hombre esforzado; a todos estos dioses y diosas

aceptaron hacerles sacrificios públicos: pero llamando a la Quietud, que hiciera al hombre quieto, aunque tenía un templo fuera de la puerta Colina, no quisieron aceptarla públicamente. ¿Fue esto una indicación de un ánimo inquieto, o más bien se significó así que quien perseverara en adorar a esa multitud, no podría tener quietud de los dioses, sino de los demonios? A la cual llama el verdadero Médico, diciendo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mateo XI, 29).

CAPÍTULO XVII.---Si la suma potestad es de Júpiter, también la Victoria debería haber sido considerada una diosa.

¿O acaso dicen que Júpiter envía a la diosa Victoria, y que ella, obedeciendo al rey de los dioses, va a donde él ordena, y se sienta en la parte de aquellos a quienes él quiere? Esto se dice verdaderamente, no de aquel Júpiter, que ellos fingen como rey de los dioses según su opinión; sino de aquel verdadero Rey de los siglos, que envía no a la Victoria, que no tiene sustancia, sino a su ángel, y hace vencer a quien él quiere; cuyo consejo puede ser oculto, pero no puede ser injusto. Pues si la victoria es una diosa, ¿por qué no es también un dios el triunfo, y se le une a la victoria como esposo, o hermano, o hijo? Pues tales cosas han opinado ellos de los dioses, que si los poetas las fingieran, y nosotros las criticáramos; ellos responderían que las ficciones de los poetas son para reírse, no para atribuirse a los verdaderos numenes: y sin embargo, ellos mismos no se reían cuando tales delirios no los leían en los poetas, sino que los adoraban en los templos. Por lo tanto, deberían rogar a Júpiter por todo, y suplicar solo a él. Pues, ¿a dónde enviaría a la Victoria, si es una diosa y está bajo ese rey, podría atreverse a resistirle, y hacer su propia voluntad?

CAPÍTULO XVIII.---Felicidad y Fortuna, quienes las consideran diosas, ¿cómo las distinguen?

¿Qué decir de que también Felicidad es una diosa? Recibió un templo, mereció un altar, y se le han rendido los sacrificios correspondientes. Entonces, ¿por qué no se la venera exclusivamente a ella? Pues donde ella está, ¿qué bien no está presente? Pero, ¿qué significa que también Fortuna sea considerada una diosa y se la venere? ¿Acaso felicidad y fortuna son cosas distintas? Porque la fortuna puede ser mala, mientras que si la felicidad es mala, ya no es felicidad. Ciertamente, debemos considerar a todos los dioses de ambos sexos (si es que tienen sexo) como buenos. Esto lo dice Platón (en "La República", libro 2), así como otros filósofos y destacados gobernantes de repúblicas y pueblos. Entonces, ¿cómo es que la diosa Fortuna a veces es buena y a veces mala? ¿O acaso cuando es mala, deja de ser diosa y se convierte repentinamente en un demonio maligno? ¿Cuántas diosas hay entonces? Sin duda, tantas como personas afortunadas, es decir, de buena fortuna. Pues, dado que hay muchos otros al mismo tiempo de mala fortuna, ¿acaso si ella fuera la misma, sería simultáneamente mala y buena; para unos de una manera, para otros de otra? ¿O es que la diosa siempre es buena? Entonces, ella es Felicidad: ¿por qué se usan dos nombres? Pero esto se puede tolerar: es común que una cosa se llame con dos nombres. ¿Por qué diferentes templos, diferentes altares, diferentes ritos? Hay una razón, dicen: porque la felicidad es la que tienen los buenos por méritos previos; mientras que la fortuna, que se dice buena, ocurre fortuitamente a las personas, tanto buenas como malas, sin examen de méritos, de ahí su nombre. Entonces, ¿cómo puede ser buena si llega sin juicio tanto a buenos como a malos? ¿Por qué se venera a alguien tan ciega, que cae sobre cualquiera, pasando a menudo por alto a sus adoradores y adhiriéndose a sus despreciadores? O si sus adoradores logran algo para ser vistos y amados por ella, ya sigue méritos, no llega fortuitamente. ¿Dónde está entonces la definición de fortuna? ¿Dónde está el hecho de que incluso su nombre proviene de lo fortuito? No sirve de

nada venerarla si es fortuna. Pero si distingue a sus adoradores para beneficiarlos, no es fortuna. ¿O acaso Júpiter la envía donde quiere? Entonces, que solo él sea venerado: pues Fortuna no puede resistirse a su mandato y a donde él quiera enviarla. O que la adoren los malos, que no quieren tener méritos para atraer a la Diosa Felicidad.

CAPÍTULO XIX.---Sobre la Fortuna femenina.

A esta, a la que llaman Fortuna, le atribuyen tanto poder divino que incluso se dice que su imagen, dedicada por las matronas (y llamada Fortuna femenina [Liv. l. 2]), habló, y no una, sino dos veces, afirmando que las matronas la habían dedicado correctamente. Si esto es cierto, no debemos sorprendernos. No es difícil para los demonios malignos engañar de esta manera, y sus artes y astucias deberían haber sido advertidas por el hecho de que esa diosa habló, siendo algo que ocurre fortuitamente, no por méritos. Fue Fortuna la que habló, y Felicidad permaneció muda; ¿para qué otra cosa, sino para que los hombres no se preocuparan por vivir rectamente, sino por ganarse a Fortuna, que los haría afortunados sin ningún mérito bueno? Y ciertamente, si Fortuna habla, no debería ser femenina, sino masculina, para que no se pensara que las mismas que dedicaron la imagen inventaron tal milagro con locuacidad femenina.

CAPÍTULO XX.---Sobre la Virtud y la Fe, que los paganos honraron con templos y ritos, omitiendo otros bienes que deberían haber sido venerados de manera similar, si se atribuía divinidad correctamente a otros.

También hicieron de la Virtud una diosa: que si fuera una diosa, debería ser preferida a muchas. Y ahora, como no es una diosa, sino un don de Dios, debe ser solicitada a él, quien solo puede otorgarla: y toda la multitud de falsos dioses desaparecerá. Pero, ¿por qué también la Fe fue considerada una diosa y recibió un templo y un altar? Quien la reconoce prudentemente, se convierte en su morada. ¿De dónde saben ellos qué es la fe, cuyo primer y máximo deber es creer en el verdadero Dios? Pero, ¿por qué no bastaba con la virtud? ¿Acaso no incluye la fe? Pues vieron que la virtud debía dividirse en cuatro especies: prudencia, justicia, fortaleza, templanza. Y como cada una de estas especies tiene sus partes, la fe es parte de la justicia; y tiene un lugar preeminente entre nosotros, quienes sabemos qué significa que el justo vive por la fe (Habac. II, 4). Pero me sorprende que, siendo tan ávidos de una multitud de dioses, si la fe es una diosa, ¿por qué hicieron injuria a tantas otras diosas omitiéndolas, cuando podrían haberles dedicado templos y altares de manera similar? ¿Por qué la templanza no mereció ser una diosa, cuando algunos príncipes romanos adquirieron no poca gloria con su nombre? ¿Por qué finalmente la fortaleza no es una diosa, que asistió a Mucio cuando extendió su mano en las llamas; que asistió a Curcio cuando se lanzó por su patria en un terreno abrupto; que asistió a Decio padre y a Decio hijo cuando se ofrecieron por el ejército? Si en todos ellos había verdadera fortaleza, de lo cual ahora no se trata. ¿Por qué la prudencia, por qué la sabiduría no merecieron lugares entre los dioses? ¿O es que en el nombre general de la virtud se veneran todas? Así, entonces, podría venerarse a un solo Dios, cuyas partes se consideran los demás dioses. Pero en esa única virtud están la fe y la castidad, que sin embargo merecieron altares en templos propios.

CAPÍTULO XXI.---Que al no entender los dones de Dios, debieron contentarse al menos con la Virtud y la Felicidad.

Estas diosas no las hizo la verdad, sino la vanidad: pues son dones del verdadero Dios, no son diosas. Sin embargo, donde hay virtud y felicidad, ¿qué más se busca? ¿Qué le basta a quien no le bastan la virtud y la felicidad? La virtud abarca todo lo que se debe hacer; la felicidad,

todo lo que se debe desear. Si Júpiter era venerado para que otorgara estas cosas; porque si algo bueno es la amplitud y duración del reino, pertenece a la misma felicidad; ¿por qué no se entendió que son dones de Dios, no diosas? Pero si se pensó que eran diosas, al menos no se buscaría otra multitud tan grande de dioses. Pues considerando las funciones de todos los dioses y diosas, que según su opinión inventaron, que encuentren, si pueden, algo que pueda ser otorgado por algún dios a un hombre que tiene virtud y felicidad. ¿Qué se pediría de la doctrina a Mercurio o a Minerva, cuando la virtud lo tiene todo consigo? Pues el arte mismo de vivir bien y rectamente fue definido por los antiguos como virtud. De ahí que se pensó que los latinos derivaron el nombre de arte de lo que en griego se llama ἀρετή, virtud. Pero si la virtud solo pudiera llegar a alguien ingenioso, ¿qué necesidad había del dios Catio padre, que hiciera a los hombres cati, es decir, agudos, cuando esto podría conferirlo la felicidad? Pues nacer ingenioso es cuestión de felicidad. Por lo tanto, aunque no pudiera ser venerada por alguien no nacido para que, conciliada, le otorgara esto, lo conferiría a sus padres, sus adoradores, para que les nacieran hijos ingeniosos. ¿Qué necesidad había de invocar a Lucina para las parturientas, cuando, si Felicidad estuviera presente, no solo parirían bien, sino también buenos hijos? ¿Qué necesidad había de encomendar a la diosa Opi a los nacidos, al dios Vaticano a los que lloran, a la diosa Cunina a los que yacen, a la diosa Rumina a los que maman, al dios Statilino a los que se levantan, a la diosa Adeona a los que se acercan, a Abeona a los que se alejan; a la diosa Menti, para que tengan buena mente; al dios Volumno y a la diosa Volumna, para que quieran bien; a los dioses nupciales, para que se casen bien; a los dioses agrícolas, para que obtengan frutos abundantes, y especialmente a la diosa Fructesea; a Marte y Bellona, para que luchen bien; a la diosa Victoria, para que venzan; al dios Honor, para que sean honrados; a la diosa Pecunia, para que sean ricos; al dios Aesculano y a su hijo Argentino, para que tengan dinero de bronce y plata? Pues pusieron a Aesculano como padre de Argentino, porque primero se usó el dinero de bronce, luego el de plata. Me sorprende, sin embargo, que Argentino no engendrara a Aurino, porque también siguió el de oro. Si tuvieran a este dios, como a Saturno Júpiter, así también pondrían a Aurino por encima del padre Argentino y del abuelo Aesculano. ¿Qué necesidad había, entonces, de venerar e invocar a tal multitud de dioses por estos bienes del alma, del cuerpo o externos; que ni siquiera he mencionado a todos, ni ellos pudieron proveer dioses para todos los bienes humanos, detallados minuciosamente; cuando una sola diosa Felicidad podría conferir todo con gran facilidad; y no solo no se buscaría a nadie más para obtener bienes, sino tampoco para alejar los males? ¿Por qué invocar a la diosa Fessonia para los cansados, a la diosa Pellonia para alejar a los enemigos, al médico Apolo o a Esculapio, o a ambos juntos cuando hubiera gran peligro? Ni al dios Spiniensis para arrancar espinas de los campos; ni a la diosa Rubigo para que no se acerque, se rogaría: con Felicidad presente y protegiendo, o no surgirían males, o se alejarían fácilmente. Finalmente, ya que tratamos de estas dos diosas, Virtud y Felicidad, si la felicidad es la recompensa de la virtud, no es una diosa, sino un don de Dios: pero si es una diosa, ¿por qué no se dice que también confiere la virtud; puesto que incluso conseguir la virtud es una gran felicidad?

CAPÍTULO XXII.---Sobre el conocimiento de los dioses que deben ser venerados, que Varrón se jacta de haber proporcionado a los romanos.

¿Qué es, entonces, lo que Varrón proclama como un gran beneficio que ofrece a sus conciudadanos, al no solo enumerar los dioses que deben ser venerados por los romanos, sino también al decir qué corresponde a cada uno? Pues dice que no sirve de nada conocer el nombre y la forma de un médico si se ignora que es médico, y así se ignora por qué se le debe suplicar: de la misma manera, dice que no sirve de nada saber que Esculapio es un dios si se ignora que ayuda a la salud, y así se ignora por qué se le debe suplicar. Esto lo afirma

también con otra analogía, diciendo que no solo vivir bien, sino vivir en absoluto, nadie podría hacerlo si ignorara quién es el herrero, quién el panadero, quién el albañil, de quién puede obtener algo útil: a quién tomar como ayudante, a quién como guía, a quién como maestro: de la misma manera, no hay duda de que el conocimiento de los dioses es útil si se sabe qué poder y facultad tiene cada dios sobre cada cosa. Pues de ahí, dice, podremos saber a qué dios invocar y suplicar por cada cosa: para no hacer como los mimos, y pedir agua a Baco, vino a las Ninfas. Gran utilidad, sin duda. ¿Quién no le agradecería si mostrara la verdad; y si enseñara a los hombres a venerar al único verdadero Dios, de quien provienen todos los bienes?

CAPÍTULO XXIII.---Sobre la Felicidad, que los romanos, adoradores de muchos dioses, no veneraron durante mucho tiempo con honor divino, cuando ella sola bastaría para todo.

1. Pero, en cuanto a lo que ahora se trata, si sus libros y ritos son verdaderos, y Felicidad es una diosa, ¿por qué no se estableció que solo ella fuera venerada, quien podría conferir todo y hacer feliz de manera completa? ¿Quién desea algo por otra razón que no sea para ser feliz? ¿Por qué, entonces, tan tarde Lucullus le construyó un templo a esta gran diosa después de tantos príncipes romanos? ¿Por qué el mismo Rómulo, deseando fundar una ciudad feliz, no le erigió un templo en primer lugar? Ni suplicó a otros dioses por algo, cuando nada faltaría si ella estuviera presente. Pues él mismo no se convertiría ni en rey, ni, como creen, en dios, si no tuviera a esta diosa propicia. ¿Por qué, entonces, estableció para los romanos a los dioses Jano, Júpiter, Marte, Pico, Fauno, Tiberino, Hércules, y a otros que fueran? ¿Por qué Tito Tacio añadió a Saturno, Ops, Sol, Luna, Vulcano, Luz, y a quienesquiera que añadiera, entre los cuales también a la diosa Cloacina, descuidando a Felicidad? ¿Por qué Numa tantos dioses y diosas sin ella? ¿O acaso no pudo verla en tanta multitud? Ciertamente, el rey Hostilio no habría introducido nuevos dioses, Pavor y Pallor, para ser propiciados, si hubiera conocido o venerado a esta diosa. Pues con Felicidad presente, todo pavor y palidez no se propiciaría para que se alejara, sino que huiría expulsado.

2. Luego, ¿cómo es que el imperio romano ya crecía ampliamente y aún nadie veneraba a Felicidad? ¿O es que el imperio era más grande que feliz? Pues, ¿cómo podría haber verdadera felicidad donde no había verdadera piedad? La piedad es el culto verdadero del verdadero Dios, no el culto de tantos dioses falsos, como demonios. Pero incluso después de que Felicidad fue recibida en el número de los dioses, siguió una gran infelicidad de guerras civiles. ¿O acaso Felicidad se indignó justamente porque fue invitada tan tarde y no para su honor, sino más bien para su deshonra, al ser venerada junto con Príapo, Cloacina, Pavor, Pallor, Febris, y otros no numina de adoración, sino crimina de los adoradores?

3. Finalmente, si una diosa tan grande debía ser venerada con una multitud tan indigna, ¿por qué no se la veneró de manera más ilustre que a los demás? ¿Quién soportaría que Felicidad no esté entre los dioses Consentes, que dicen ser convocados al consejo de Júpiter, ni entre los dioses que llaman Selectos? Se le debería haber construido un templo que sobresaliera tanto por la altura del lugar como por la dignidad de la obra. ¿Por qué no algo mejor que a Júpiter mismo? Pues, ¿qué le dio a Júpiter el reino sino Felicidad? si es que fue feliz mientras reinaba. Y la felicidad es más valiosa que el reino. Nadie duda de que se puede encontrar fácilmente a alguien que tema convertirse en rey: pero no se encuentra a nadie que no quiera ser feliz. Por lo tanto, incluso los dioses, si se les pudiera consultar por augurios o de cualquier manera, se les preguntaría sobre esto, si quisieran ceder el lugar a Felicidad: si acaso el lugar de otros templos o altares ya estuviera ocupado, donde se construiría un templo más grande y sublime para Felicidad, incluso el mismo Júpiter cedería, para que Felicidad ocupara la cima del Capitolio. Pues nadie resistiría a Felicidad, a menos que, lo cual es

imposible, quisiera ser infeliz. De ninguna manera, si se le consultara, haría Júpiter lo que le hicieron tres dioses, Marte, Terminus y Juventas, que no quisieron cederle el lugar a su mayor y rey. Pues, como dicen sus escritos, cuando el rey Tarquinio quiso construir el Capitolio, y vio que el lugar que le parecía más digno y adecuado estaba ocupado por otros dioses, no atreviéndose a hacer algo contra su voluntad y creyendo que cederían voluntariamente a tan gran numen y a su príncipe; porque había muchos allí donde se construyó el Capitolio, consultó por augurio si querían ceder el lugar a Júpiter: y todos quisieron ceder, excepto los que mencioné, Marte, Terminus, Juventas: y por eso el Capitolio se construyó de tal manera que estos tres también estuvieran dentro con signos tan oscuros que apenas los hombres más doctos lo supieran. De ninguna manera, entonces, Júpiter despreciaría a Felicidad, como fue despreciado por Terminus, Marte y Juventas. Pero incluso aquellos que no cedieron a Júpiter, ciertamente cederían a Felicidad, que hizo a Júpiter su rey. O si no cedieran, no lo harían por desprecio, sino porque preferirían estar oscuros en la casa de Felicidad que sobresalir sin ella en sus propios lugares.

4. Así, con la diosa Felicidad establecida en un lugar amplísimo y altísimo, los ciudadanos aprenderían de dónde se debe pedir ayuda para todo buen deseo. Y así, por la misma naturaleza, abandonada la superflua multitud de otros dioses, se veneraría solo a Felicidad, se le suplicaría a ella sola, se frecuentaría su templo por los ciudadanos que quisieran ser felices, de los cuales no habría nadie que no quisiera: y así se pediría a ella misma, que era solicitada por todos. Pues, ¿quién desea recibir algo de algún dios, sino felicidad, o lo que cree que pertenece a la felicidad? Por lo tanto, si la felicidad tiene en su poder con quién estar (y lo tiene, si es una diosa), ¿qué necedad es pedirla a otro dios, cuando puedes obtenerla de ella misma? Por lo tanto, debieron honrar a esta diosa sobre los demás dioses incluso con la dignidad del lugar. Pues, como se lee entre ellos, los antiguos romanos veneraron más a un tal Summanus, a quien atribuían los rayos nocturnos, que a Júpiter, a quien pertenecían los rayos diurnos. Pero después de que se construyó un templo insigne y sublime para Júpiter, debido a la dignidad del templo, la multitud acudió a él de tal manera que apenas se encuentra quien recuerde haber leído el nombre de Summanus, que ya no puede escuchar. Pero si la felicidad no es una diosa, ya que, lo cual es verdad, es un don de Dios; busquemos a ese Dios que puede otorgarla, y abandonemos la nociva multitud de falsos dioses, que la vana multitud de hombres necios sigue, haciendo de los dones de Dios sus dioses, y ofendiendo con la obstinación de su voluntad orgullosa al mismo, de quien son esos dones. Pues no puede evitar la infelicidad quien venera la felicidad como diosa y abandona a Dios, el dador de la felicidad: así como no puede evitar el hambre quien lame un pan pintado y no pide al hombre que tiene el verdadero.

CAPÍTULO XXIV.---Cómo defienden los paganos que entre los dioses veneren los mismos dones divinos.

Libet autem eorum considerare rationes. ¿Es posible, dicen, creer que nuestros antepasados fueron tan insensatos como para no saber que estos dones son divinos y no dioses? Pero como sabían que tales cosas no se conceden a nadie sino por la generosidad de algún dios, y no encontraban los nombres de esos dioses, llamaban dioses a las cosas que sentían que les eran dadas por ellos, modificando algunos vocablos, como llamaron a Bellona por la guerra, no a la guerra; a Cunina por las cunas, no a la cuna; a Segetia por las cosechas, no a la cosecha; a Pomona por los frutos, no al fruto; a Bubona por los bueyes, no al buey: o ciertamente sin declinación del vocablo, como se nombran las cosas mismas, así se llamó diosa Pecunia, que da el dinero, no se pensó en absoluto que el dinero fuera la diosa misma: así Virtus, que da la virtud; Honor, que da el honor; Concordia, que da la concordia; Victoria, que da la victoria.

Así, dicen, cuando se llama diosa a Felicitas, no se atiende a lo que se da, sino al numen del que se da la felicidad.

CAPÍTULO XXV.---De que se debe adorar a un solo Dios, quien, aunque se ignore su nombre, se siente que es el dador de la felicidad.

Con esta razón expuesta, tal vez persuadiremos más fácilmente a aquellos cuyo corazón no está demasiado endurecido, lo que deseamos. Pues si ya la debilidad humana ha sentido que la felicidad no puede ser dada sino por algún Dios; y esto lo sintieron hombres que adoraban a tantos dioses, entre los cuales estaba incluso su rey Júpiter; porque ignoraban el nombre de aquel por quien se daba la felicidad, por eso quisieron llamarlo con el nombre de la misma cosa que creían que les era dada por él: juzgaron, por tanto, que ni siquiera Júpiter, a quien ya adoraban, podía dar la felicidad; sino que ciertamente debía ser adorado aquel a quien consideraban que debía ser adorado con el nombre de la misma Felicidad. Afirmo que creyeron que la felicidad era dada por un cierto Dios, a quien no conocían: por tanto, que se busque a él, que se adore a él, y es suficiente. Que se rechace el ruido de innumerables demonios: no le basta a aquel este Dios, a quien no le basta su don. No le basta, digo, adorar al Dios dador de la felicidad, a quien no le basta recibir la misma felicidad. Pero a quien le basta (pues el hombre no tiene nada más que deba desear), que sirva al único Dios dador de la felicidad. No es él a quien llaman Júpiter. Pues si lo reconocieran como dador de la felicidad, ciertamente no buscarían a otro, o a otra, de quien se diera la felicidad, con el nombre de la misma Felicidad; ni pensarían que Júpiter mismo debía ser adorado con tantas injurias. Este es llamado adúltero de esposas ajenas, este es el impúdico amante y raptor de un hermoso niño.

CAPÍTULO XXVI.---De los juegos escénicos que los dioses exigieron que sus adoradores les celebraran.

Pero, dice Tulio, Homero fingía estas cosas y trasladaba lo humano a los dioses: preferiría que lo divino se trasladara a nosotros. Con razón le disgustó al hombre serio el poeta inventor de crímenes divinos. ¿Por qué, entonces, los juegos escénicos, donde se dicen, se cantan, se actúan estas cosas, se exhiben en honor de los dioses, y son escritos entre las cosas divinas por los más doctos? Aquí exclame Cicerón, no contra las ficciones de los poetas, sino contra las instituciones de los antepasados. ¿O no exclamarían también ellos, "¿Qué hemos hecho nosotros? Los mismos dioses exigieron que estas cosas se exhibieran en sus honores, lo ordenaron con severidad, predijeron calamidades si no se hacía; porque algo fue descuidado, lo castigaron severamente; porque lo que fue descuidado se hizo, mostraron estar complacidos." Entre sus virtudes y hechos admirables se menciona lo que diré. A Tito Latinio, un rústico romano padre de familia, se le dijo en sueños que anunciara al senado que los juegos romanos debían ser restaurados, porque el primer día de ellos, en un cierto criminal que fue ordenado llevar al suplicio ante el pueblo espectador, el mandato desagradó tristemente a los numina que buscaban alegría en los juegos. Cuando aquel, advertido por el sueño, no se atrevió a hacer lo ordenado al día siguiente, la segunda noche se le ordenó lo mismo con más severidad: perdió a su hijo porque no lo hizo. La tercera noche se le dijo al hombre que si no lo hacía, le sobrevendría un castigo mayor. Aunque así no se atrevió, cayó en una enfermedad aguda y horrible. Entonces, por consejo de sus amigos, llevó el asunto a los magistrados, y llevado en una litera al senado, expuesto el sueño, recuperó inmediatamente la salud, y se fue sano por sus propios pies. Asombrado por tan gran milagro, el senado decretó que los juegos se restauraran con el cuádruple del dinero. ¿Quién no ve, quien tiene sano juicio, que los hombres sometidos a malignos demonios, de cuya dominación no libera sino la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, fueron forzados a

exhibir a tales dioses cosas que con recto consejo podrían juzgarse vergonzosas? En esos juegos ciertamente se repiten los crímenes poéticos de los numina, juegos que, por mandato del senado, se restauraban por los numina que los obligaban. En esos juegos, los actores más viles cantaban, actuaban, agradaban a Júpiter, corruptor de la castidad. Si eso se fingía, él se enojaría: pero si se deleitaba con sus crímenes, incluso ficticios, ¿cuándo se le adoraría, sino cuando se servía al diablo? ¿Acaso este fundaría, expandiría, conservaría el imperio romano, siendo más despreciable que cualquier romano a quien tales cosas disgustaran? ¿Este daría la felicidad, quien era adorado tan infeliz; y si no se le adoraba así, se enojaba más infeliz?

CAPÍTULO XXVII.---De los tres géneros de dioses, sobre los cuales discutió el pontífice Escévola.

Se ha registrado en las letras que el doctísimo pontífice Escévola discutió sobre tres géneros de dioses transmitidos: uno por los poetas, otro por los filósofos, y el tercero por los príncipes de la ciudad. Dice que el primer género es trivial, porque se fingen muchas cosas indignas de los dioses; el segundo no es adecuado para las ciudades, porque tiene algunas cosas superfluas, y otras que es perjudicial que los pueblos conozcan. De las superfluas no hay gran causa: pues suele decirse también por los jurisconsultos, "Las cosas superfluas no dañan." Pero, ¿cuáles son aquellas que, al ser divulgadas al pueblo, dañan? Dice que no son dioses Hércules, Esculapio, Cástor, Pólux: pues se revela por los doctos que fueron hombres y perecieron con condición humana. ¿Qué más? Que las ciudades no tienen verdaderas imágenes de los dioses; que el verdadero Dios no tiene sexo, ni edad, ni miembros corporales definidos. Esto no quiere que los pueblos lo sepan el pontífice: pues no cree que sean falsas. Por tanto, considera que es conveniente que las ciudades sean engañadas en la religión. Lo cual Varro no duda en decir en sus libros de las Cosas divinas. ¡Qué religión tan excelente, a la que acuda el enfermo para ser liberado, y cuando busque la verdad por la que ser liberado, se crea que le conviene ser engañado! Ciertamente no se oculta en esas letras por qué Escévola rechaza el género poético de los dioses: porque, evidentemente, deforman a los dioses de tal manera que no se comparan ni siquiera con los buenos hombres, cuando hacen que uno robe, otro adultere; así también algo de otra manera, torpemente, y neciamente decir y hacer; que tres diosas compitieron entre sí por el premio de la belleza, y las dos vencidas por Venus destruyeron Troya; que el mismo Júpiter se convirtió en toro o cisne para yacer con alguna; que una diosa se casó con un hombre, que Saturno devoró a sus hijos: en fin, nada puede ser fingido de milagros y vicios que no se encuentre allí, y que esté lejos de la naturaleza de los dioses. Oh Escévola, pontífice máximo, quita los juegos, si puedes: ordena a los pueblos que no ofrezcan tales honores a los dioses inmortales, donde se deleiten en admirar los crímenes de los dioses, y lo que puede hacerse les agrade imitar. Pero si el pueblo te responde, "Vosotros nos impusisteis esto, pontífices: ruega a los mismos dioses, por cuya instigación ordenasteis esto, que no manden que se les exhiban tales cosas." Si son malas, y por tanto de ningún modo deben creerse de la majestad de los dioses, es mayor la injuria a los dioses, de quienes se fingen impunemente. Pero no te escuchan, son demonios, enseñan cosas perversas, se deleitan en cosas torpes: no solo no consideran injuria si se fingen tales cosas de ellos; sino que más bien no pueden soportar la injuria si no se actúan en sus solemnidades. Ahora bien, si interpelas a Júpiter contra ellos, especialmente por esa razón, porque sus crímenes se actúan más en los juegos escénicos; ¿no es acaso, aunque lo llaméis Dios Júpiter, quien gobierna y administra todo este mundo, la mayor injuria que le hacéis, al pensar que debe ser adorado con estos, y que es el rey de ellos?

CAPÍTULO XXVIII.---Si el culto de los dioses ayudó a los romanos a obtener y expandir su reino.

De ningún modo, por tanto, tales dioses, que se complacen o más bien se acusan con tales honores, de modo que es mayor el crimen que se deleitan con falsedades, que si se dijeran verdades de ellos, pudieron aumentar y conservar el imperio romano. Pues si pudieran, más bien concederían tan grande don a los griegos, quienes los adoraron en cosas divinas de este tipo, es decir, en los juegos escénicos, de manera más honorable y digna, cuando no se sustrajeron de las mordeduras de los poetas, en las que veían a los dioses ser desgarrados, dándoles licencia para tratar mal a los hombres que quisieran, y no juzgaron a los actores escénicos como viles, sino dignos incluso de honores ilustres. Pero así como pudieron los romanos tener dinero de oro, aunque no adoraran al dios Aurino: así también pudieron tener dinero de plata, y de bronce, si no adoraran a Argentino, ni a su padre Aesculano: y así todo, que da pereza detallar. Así, pues, también podrían tener un reino, aunque el verdadero Dios no lo quisiera de ningún modo; pero con estos dioses falsos y muchos ignorados o despreciados, y con aquel único conocido y adorado con fe sincera y costumbres, tendrían aquí un reino mejor, tanto como tuvieran, y después de esto recibirían uno eterno, ya sea que lo tuvieran aquí o no.

CAPÍTULO XXIX.---Sobre la falsedad del augurio que pareció indicar la fortaleza y estabilidad del reino romano.

Pues, ¿qué es aquello que dijeron que fue un augurio muy hermoso, que mencioné poco antes, que Marte, Término y Juventud no quisieron ceder su lugar ni siquiera al rey de los dioses, Júpiter? Pues así, dicen, se significó que la nación marcial, es decir, la romana, no cedería a nadie el lugar que ocupaba; que los términos romanos, por el dios Término, no serían movidos por nadie; que la juventud romana, por la diosa Juventud, no cedería a nadie. Vean, pues, cómo tienen a este rey de sus dioses y dador de su reino, para que lo pusieran como adversario en los augurios, a quien no ceder sería hermoso. Aunque si estas cosas son verdaderas, no tienen en absoluto qué temer. Pues no confesarán que los dioses cedieron a Cristo, quienes no quisieron ceder a Júpiter. Pues con los límites del imperio intactos, pudieron ceder a Cristo, y de los asientos de los lugares y especialmente del corazón de los creyentes. Pero antes de que Cristo viniera en carne, antes de que se escribieran estas cosas que sacamos de sus libros; pero sin embargo después de que se hizo aquel augurio bajo el rey Tarquinio, varias veces el ejército romano fue derrotado, es decir, puesto en fuga, y mostró falso el augurio, por el cual aquella Juventud no había cedido a Júpiter; y la nación marcial, siendo los galos superiores e irrumpiendo, fue aplastada en la misma Ciudad; y los límites del imperio, con muchas ciudades desertando a Aníbal, fueron reducidos a estrechez. Así se vació la hermosura de los augurios, quedó la contumacia contra Júpiter, no de los dioses, sino de los demonios. Pues una cosa es no haber cedido; otra es haber regresado de donde habías cedido. Aunque también después, en las partes orientales, por voluntad de Adriano, se cambiaron los límites del imperio romano. Pues él concedió al imperio de los persas tres provincias nobles, Armenia, Mesopotamia, Asiria: de modo que el dios Término, que según estos protegía los límites romanos, y por aquel augurio tan hermoso no había cedido su lugar a Júpiter, parece haber temido más al rey de los hombres, Adriano, que al rey de los dioses. También, habiendo sido recuperadas las provincias mencionadas en otro tiempo, casi en nuestra memoria, Término cedió hacia atrás, cuando Juliano, entregado a los oráculos de aquellos dioses, con audacia desmedida ordenó quemar las naves que llevaban alimento: de lo cual, privado el ejército, y pronto también extinguido él mismo por una herida enemiga, fue reducido a tal escasez, que ninguno escapó de allí, con los enemigos atacando por todas partes al ejército turbado por la muerte del emperador, a menos que se acordara la paz y se fijaran allí los límites del imperio, donde persisten hasta hoy; no con tanto detrimento como había concedido Adriano, pero fijados en una composición media. Por tanto, con un augurio

vano, el dios Término no cedió a Júpiter, quien cedió a la voluntad de Adriano, también a la temeridad de Juliano, y a la necesidad de Joviano. Vieron estas cosas los romanos más inteligentes y serios; pero contra la costumbre de la ciudad, que estaba obligada a ritos demoníacos, poco podían: porque incluso si sentían que aquellas cosas eran vanas, sin embargo, pensaban que el culto religioso, que se debe a Dios, debía ser exhibido a la naturaleza de las cosas bajo el gobierno y dominio del único verdadero Dios: sirviendo, como dice el Apóstol, a la criatura antes que al Creador, que es bendito por los siglos (Rom. I, 25). De este verdadero Dios era necesario el auxilio, para que fueran enviados hombres santos y verdaderamente piadosos, que murieran por la verdadera religión, para que las falsas fueran quitadas por los vivos.

CAPÍTULO XXX.---Sobre las opiniones de los adoradores de los dioses gentiles, que confiesan lo que sienten.

Cicerón, augur, se burla de los augurios, y reprende a los hombres que moderan los consejos de vida por las voces del cuervo y la corneja (De Divinatione, lib. 2, cap. 37). Pero este Académico, que sostiene que todo es incierto, es indigno de tener alguna autoridad en estas cosas. Disputa en su obra Q. Lucilio Balbo en el segundo libro de Deorum Natura, y aunque él mismo inserta supersticiones como físicas y filosóficas de la naturaleza de las cosas, sin embargo, se indigna con la institución de las imágenes y las opiniones fabulosas, hablando así: "¿Veis, pues, cómo de las cosas físicas bien y útilmente inventadas, se ha derivado la razón a dioses ficticios e inventados? Esta cosa ha engendrado falsas opiniones, errores turbulentos, y supersticiones casi de ancianas. Pues las formas de los dioses, y sus edades, y vestimentas y adornos nos son conocidos: además, sus géneros, matrimonios, parentescos, todo trasladado a la semejanza de la debilidad humana. Pues también se les introduce con ánimos perturbados: hemos recibido de los dioses deseos, enfermedades, iras. Ni siquiera, como dicen las fábulas, los dioses han carecido de guerras y batallas. No solo, como en Homero, cuando dos ejércitos contrarios eran defendidos por dioses de una parte y de otra (Iliada Y, vers. 67 sqq.), sino también que con los Titanes o con los Gigantes libraron sus propias guerras. Estas cosas se dicen y se creen muy neciamente, y están llenas de vanidad y de suma ligereza" (Cap. 28). He aquí, por ahora, lo que confiesan quienes defienden a los dioses de los gentiles. Luego, cuando dice que estas cosas pertenecen a la superstición, y a la religión, que él mismo parece enseñar según los estoicos: "Pues no solo los filósofos, sino también nuestros mayores separaron la superstición de la religión. Pues quienes todo el día rezaban, dice, e inmolaban para que sus hijos les sobrevivieran, fueron llamados supersticiosos" (Ver Lactancio, lib. 4, cap. 28): ¿quién no entiende que intenta, mientras teme la costumbre de la ciudad, alabar la religión de los mayores, y querer separarla de la superstición, pero no encuentra cómo hacerlo? Pues si por los mayores fueron llamados supersticiosos aquellos que todo el día rezaban e inmolaban, ¿acaso no también aquellos que instituyeron (lo que él reprueba) las diversas imágenes de los dioses, distintas en edad y vestimenta, los géneros de los dioses, los matrimonios, los parentescos? Estas cosas, cuando se culpan como supersticiosas, implican esa culpa a los mayores, instituyentes y adoradores de tales imágenes: implican también a él mismo, quien, por más que se esfuerce en liberarse con cualquier elocuencia, tenía que venerar estas cosas; ni se atrevería a murmurar lo que en esta disputa diserta, en la asamblea del pueblo. Demos, pues, gracias los cristianos a nuestro Señor Dios, no al Cielo y la Tierra; como él disputa, sino a quien hizo el cielo y la tierra; quien estas supersticiones, que este Balbo como balbuceando apenas reprende, por la altísima humildad de Cristo, por la predicación de los Apóstoles, por la fe de los mártires que mueren por la verdad y viven con la verdad, no solo en los corazones religiosos, sino también en las casas supersticiosas, ha subvertido con la libertad de sus siervos.

CAPÍTULO XXXI.---Sobre las opiniones de Varrón, quien, aunque rechazó la persuasión popular, aunque no llegó al conocimiento del verdadero Dios, sin embargo, consideró que debía adorarse a un solo dios.

1. ¿Qué dice el mismo Varrón, a quien lamentamos que en las cosas divinas haya puesto los juegos escénicos, aunque no por su propio juicio, cuando en muchos lugares exhorta como religioso a adorar a los dioses, no confiesa acaso que no sigue por su propio juicio lo que recuerda que la ciudad romana instituyó, de modo que si constituyera una nueva ciudad, no duda en confesar que habría dedicado a los dioses y sus nombres según la fórmula de la naturaleza? Pero ya que estaba en un pueblo antiguo, dice que debe mantener la historia de los nombres y apellidos recibida de los antiguos, tal como fue transmitida, y escribir y examinar esas cosas con el fin de que el vulgo quiera más adorarlos que despreciarlos. Con estas palabras, el hombre agudísimo indica suficientemente que no revela todo lo que no le sería despreciable, sino que también al mismo vulgo le parecería digno de desprecio, a menos que se callara. Yo debería haber sido considerado conjeturando estas cosas, a menos que evidentemente en otro lugar él mismo dijera, hablando de las religiones, que hay muchas cosas verdaderas que no solo no es útil que el vulgo sepa, sino que también, aunque sean falsas, conviene que el pueblo piense de otra manera, y por eso los griegos cerraron con silencio y paredes las teletas y misterios. Aquí ciertamente reveló todo el consejo de los que se consideraban sabios, por quienes se gobernarían las ciudades y los pueblos. Sin embargo, esta falacia deleita de manera maravillosa a los malignos demonios, quienes poseen por igual a los engañadores y a los engañados, de cuya dominación no libera sino la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

2. También dice el mismo autor, agudísimo y doctísimo, que sólo aquellos que creyeron que Dios era un alma que gobierna el mundo con movimiento y razón, parecen haber comprendido qué es Dios. Y aunque aún no alcanzaba lo que la verdad sostiene; pues el verdadero Dios no es un alma, sino el creador y hacedor del alma: sin embargo, si pudiera liberarse de los prejuicios de la costumbre, confesaría y aconsejaría que se debe adorar a un solo Dios, que gobierna el mundo con movimiento y razón: de modo que la cuestión con él sobre este asunto quedaría en que lo llamara alma, en lugar de creador del alma. También dice que los antiguos romanos adoraron a los dioses sin imágenes durante más de ciento setenta años. «Si esto hubiera permanecido», dice, «los dioses serían observados con más pureza». A esta opinión suya añade como testimonio, entre otras cosas, al pueblo judío: y no duda en concluir ese pasaje diciendo que aquellos que primero colocaron imágenes de dioses para los pueblos, les quitaron el miedo a sus ciudades y les añadieron error; pensando prudentemente que los dioses podrían ser fácilmente despreciados en la estupidez de las imágenes. Pero no dice que transmitieron error, sino que añadieron error; ya que quiere que se entienda que había error incluso sin imágenes. Por lo tanto, cuando dice que sólo aquellos que creyeron que Dios era un alma que gobierna el mundo comprendieron qué es Dios, y considera que la religión se observa con más pureza sin imágenes, ¿quién no ve cuán cerca estuvo de la verdad? Pues si pudiera algo contra la antigüedad de tan gran error, ciertamente consideraría que un solo Dios, que creía que gobernaba el mundo, debía ser adorado sin imagen; y estando tan cerca, tal vez fácilmente sería advertido sobre la mutabilidad del alma, para que sintiera que la naturaleza inmutable, que también creó el alma, es el verdadero Dios. Siendo así las cosas, cualquier burla de los muchos dioses que tales hombres pusieron en sus escritos, más bien fueron obligados a confesarla por la oculta voluntad de Dios, que intentaron persuadirla. Por lo tanto, si se presentan testimonios de nosotros para refutarlos, se presentan para refutar a aquellos que no quieren advertir de cuán grande y cuán maligna

potestad de los demonios nos libera el singular sacrificio de tan santa sangre derramada y el don del Espíritu impartido.

CAPÍTULO XXXII.---Por qué razón los príncipes de las naciones quisieron que las falsas religiones permanecieran entre los pueblos sujetos a ellos.

También dice que los pueblos se inclinaron más hacia las generaciones de los dioses según los poetas que según los físicos; y por eso sus mayores, es decir, los antiguos romanos, creyeron en el sexo y las generaciones de los dioses, y establecieron sus matrimonios. Esto parece haberse hecho por ninguna otra razón que porque fue asunto de hombres prudentes y sabios engañar al pueblo en las religiones, y en eso mismo no sólo adorar, sino también imitar a los demonios, que tienen un gran deseo de engañar. Pues así como los demonios no pueden poseer a aquellos a quienes no han engañado, así también los príncipes humanos, no justos, sino semejantes a los demonios, persuadían a los pueblos de que las cosas que sabían vanas eran verdaderas en nombre de la religión, atándolos así más estrechamente a la sociedad civil, para poseerlos de manera similar como súbditos. ¿Quién, siendo débil e ignorante, podría escapar de los engaños de los príncipes de la ciudad y de los demonios?

CAPÍTULO XXXIII.---Que por el juicio y poder del verdadero Dios están ordenados los tiempos de todos los reyes y reinos.

Por lo tanto, ese Dios, autor y dador de la felicidad, porque es el único verdadero Dios, da los reinos terrenales tanto a los buenos como a los malos. Y no lo hace al azar y como por casualidad, porque es Dios, no la fortuna; sino según el orden de las cosas y de los tiempos oculto para nosotros, pero muy conocido para Él: a cuyo orden de los tiempos no está sujeto para servir, sino que Él mismo, como señor, lo gobierna y dispone como moderador. Pero la felicidad no la da sino a los buenos. Pues estos pueden no tenerla y tenerla sirviendo, pueden no tenerla y tenerla reinando. La cual será plena en esa vida donde ya nadie servirá. Y por eso los reinos terrenales son dados por Él tanto a los buenos como a los malos; para que sus adoradores, aún en el progreso de su alma infantil, no deseen estos dones de Él como algo grande. Y este es el sacramento del Antiguo Testamento, donde estaba oculto el nuevo, que allí se prometieron y se dieron dones terrenales: para que los espirituales, aunque aún no predicando en manifestación, entendieran qué eternidad se significaba con aquellas cosas temporales, y en qué dones de Dios estaba la verdadera felicidad.

CAPÍTULO XXXIV.---Del reino de los judíos, que fue instituido y conservado por el único y verdadero Dios, mientras permanecieron en la verdadera religión.

Por lo tanto, para que se conocieran también esos bienes terrenales, a los que sólo aspiran aquellos que no pueden pensar en mejores, estaban en el poder del único Dios, no de muchos falsos, que los romanos antes creyeron que debían ser adorados, multiplicó a su pueblo en Egipto a partir de unos pocos, y de allí los liberó con señales maravillosas. Ni las mujeres invocaron a Lucina cuando sus partos, para multiplicarse de maneras maravillosas, y esa nación creció increíblemente, Él mismo los liberó de las manos de los egipcios que los perseguían y querían matar a todos los niños, Él mismo los salvó. Sin la diosa Rumina mamaron; sin Cunina estuvieron en las cunas; sin Educa y Potina tomaron alimento y bebida: sin tantos dioses infantiles fueron criados; sin dioses conyugales se casaron; sin el culto de Príapo se unieron a sus cónyuges. Sin la invocación de Neptuno, el mar se abrió para ellos al pasar, y cubrió a sus enemigos que los seguían con las olas que regresaban sobre ellos. No consagraron a ninguna diosa Mannia cuando tomaron maná del cielo; ni cuando la roca golpeada derramó agua para los sedientos, adoraron a las Ninfas y Lymphas. Sin los ritos

insanos de Marte y Bellona libraron guerras, y sin victoria ciertamente no vencieron, pero no la consideraron una diosa, sino un don de su Dios. Sin Segetia tuvieron cosechas, sin Bubona bueyes, miel sin Mellona, frutas sin Pomona; y absolutamente todo, por lo que los romanos pensaron que debían suplicar a tantas multitudes de falsos dioses, lo recibieron mucho más felizmente del único verdadero Dios. Y si no hubieran pecado contra Él con impía curiosidad, seducidos como por artes mágicas, desviándose hacia dioses ajenos y hacia ídolos, y finalmente matando a Cristo, habrían permanecido en el mismo reino, aunque no más espacioso, pero sí más feliz. Y ahora que están dispersos por casi todas las tierras y naciones, es por la providencia de ese único verdadero Dios: para que, como las imágenes de los falsos dioses, los altares, los bosques sagrados, los templos son destruidos en todas partes, y los sacrificios son prohibidos, se pruebe por sus códices cómo esto fue profetizado mucho antes; no sea que, cuando se lea en nuestros escritos, se piense que fue inventado por nosotros. Lo que sigue debe ser considerado en el siguiente volumen, y aquí debe darse un límite a esta extensión.

LIBRO QUINTO. Al principio trata sobre la eliminación de la opinión del destino, para que no existan quienes quieran atribuir las fuerzas y el crecimiento del imperio romano, que en el libro anterior mostró que no podían ser atribuidos a dioses falsos, al destino. Luego, al caer en la cuestión de la presciencia de Dios, prueba que el libre albedrío de nuestra voluntad no se elimina por ella. Después habla de las antiguas costumbres de los romanos, y por qué mérito de ellos, o por qué juicio de Dios, sucedió que el mismo Dios verdadero, a quien no adoraban, fue su ayudante para aumentar el imperio. Finalmente enseña cuál debe ser considerada la verdadera felicidad de los emperadores cristianos.

PREFACIO.

Puesto que se sabe que la plenitud de todas las cosas deseables es la felicidad, que no es una diosa, sino un don de Dios, y por eso no debe ser adorado ningún dios por los hombres, sino aquel que puede hacerlos felices; de donde si ella fuera una diosa, merecidamente se diría que sólo ella debe ser adorada: ya veamos consecuentemente por qué causa Dios, que puede dar también esos bienes que pueden tener incluso los no buenos, y por lo tanto también no felices, quiso que el imperio romano fuera tan grande y tan duradero. Porque esto no lo hizo la multitud de dioses falsos que adoraban, y ya hemos dicho mucho, y donde parezca oportuno, lo diremos.

CAPÍTULO PRIMERO.---La causa del imperio romano y de todos los reinos no es fortuita, ni reside en la posición de las estrellas.

Por lo tanto, la causa de la grandeza del imperio romano no es fortuita, ni fatal, según la sentencia u opinión de aquellos que dicen que son fortuitas las cosas que o no tienen causas, o no provienen de algún orden racional; y que son fatales las que suceden por necesidad de algún orden, aparte de la voluntad de Dios y de los hombres. Sin duda, por la divina providencia se constituyen los reinos humanos. Si alguien atribuye esto al destino porque llama destino a la misma voluntad o poder de Dios, que mantenga la sentencia, pero corrija su lenguaje. Pues, ¿por qué no dice primero lo que después dirá, cuando alguien le pregunte qué llama destino? Porque cuando los hombres oyen esto, por la acostumbrada manera de hablar, no entienden sino la fuerza de la posición de las estrellas, tal como es cuando alguien nace, o es concebido: lo cual algunos separan de la voluntad de Dios, otros afirman que también depende de ella. Pero aquellos que piensan que las estrellas deciden sin la voluntad de Dios lo que hacemos, o qué bienes tenemos o qué males sufrimos, deben ser rechazados de los oídos de todos; no sólo de aquellos que mantienen la verdadera religión, sino de los que quieren ser

adoradores de dioses cualesquiera, aunque falsos. Pues esta opinión no hace otra cosa que lograr que no se adore ni se pida a ningún Dios en absoluto. Contra estos no hemos instituido ahora la disputa, sino contra aquellos que, en defensa de los que consideran dioses, se oponen a la religión cristiana. Aquellos que suspenden la posición de las estrellas, de algún modo decidiendo cómo es cada uno, y qué le sucede de bueno o malo, de la voluntad de Dios, si piensan que esas mismas estrellas tienen este poder otorgado por el poder supremo, para decidir voluntariamente estas cosas; hacen una gran injuria al cielo, en cuyo clarísimo senado y espléndida corte piensan que se decretan crímenes que, si alguna ciudad terrena los hubiera decretado con el género humano decretando, habría sido destruida. ¿Qué juicio se deja entonces a Dios sobre los hechos de los hombres, a los que se les aplica una necesidad celestial, siendo Él el Señor de las estrellas y de los hombres? O si no dicen que las estrellas, habiendo recibido poder del sumo Dios, deciden estas cosas por su propia voluntad, sino que cumplen completamente sus órdenes en imponer tales necesidades: ¿es que debemos pensar de Dios mismo lo que parecía indigno pensar de la voluntad de las estrellas? Pero si se dice que las estrellas significan más bien estas cosas que hacerlas; como si esa posición fuera una especie de lenguaje, prediciendo el futuro, no actuando (pues no fue una opinión mediocre de hombres doctos): no suelen hablar así los matemáticos, como, por ejemplo, decir, Marte en tal posición significa un homicida; sino, Hace un homicida: sin embargo, para conceder que no hablan como deben, y que deben tomar de los filósofos la regla del discurso para predecir lo que creen encontrar en la posición de las estrellas: ¿cómo es que nunca pudieron decir nada sobre por qué en la vida de los gemelos, en sus acciones, en sus eventos, en sus profesiones, artes, honores, y otras cosas pertenecientes a la vida humana, y en la misma muerte hay a menudo tanta diversidad, que muchos extraños son más similares a ellos en cuanto a esto que ellos mismos entre sí, separados por un breve intervalo de tiempo al nacer, pero concebidos en un solo momento por un solo acto de unión?

CAPÍTULO II.---Sobre la similar y disímil salud de los gemelos.

Cicerón dice que Hipócrates, el médico más noble, dejó escrito que algunos hermanos, cuando comenzaron a enfermar al mismo tiempo, y su enfermedad empeoraba al mismo tiempo, y al mismo tiempo se aliviaba, sospechó que eran gemelos. Posidonio, el estoico, muy dedicado a la astrología, solía afirmar que nacieron y fueron concebidos bajo la misma constitución de los astros. Así, lo que el médico creía que se debía a la temperancia muy similar de la salud, el filósofo astrólogo lo atribuía a la fuerza y constitución de las estrellas, que existía cuando fueron concebidos y nacidos. En este caso, la conjetura médica es mucho más aceptable y cercana a la credibilidad: ya que los padres, como estaban afectados corporalmente mientras se unían, así pudieron ser afectados los principios de los concebidos, que al recibir los primeros incrementos del cuerpo materno nacieron con una salud similar; luego, criados en una casa con los mismos alimentos, donde el aire y la posición del lugar y la fuerza de las aguas, según testifica la medicina, influyen mucho en afectar bien o mal al cuerpo; acostumbrados también a las mismas actividades, llevaban cuerpos tan similares que incluso para enfermarse al mismo tiempo se movían de manera similar por las mismas causas. Pero querer atribuir la constitución del cielo y de las estrellas, que existía cuando fueron concebidos o nacidos, a esta paridad de enfermedad, cuando tantas cosas de género muy diverso y de afectos y eventos muy diversos pudieron ser concebidas y nacidas al mismo tiempo en una región de tierra sometida al mismo cielo, no sé de qué insolencia es. Pero nosotros sabemos que los gemelos no sólo tienen acciones y peregrinaciones diversas, sino que también sufren enfermedades dispares. Sobre lo cual, me parece que Hipócrates daría una razón muy fácil, diciendo que las diferentes alimentaciones y ejercicios, que no provienen de la temperancia del cuerpo, sino de la voluntad del alma, pudieron causarles enfermedades

disímiles. Pero Posidonio, o cualquier defensor de las estrellas fatales, me sorprendería si puede encontrar algo que decir aquí, si no quiere engañar las mentes de los ignorantes en cosas que desconocen. Pues lo que intentan lograr con el exiguo intervalo de tiempo que los gemelos tienen entre sí al nacer, debido a la parte del cielo donde se coloca la anotación de la hora, que llaman horóscopo; o no vale tanto como se encuentra en la diversidad de voluntades, acciones, costumbres y casos de los gemelos; o vale más incluso que la misma humildad o nobleza de su linaje, cuya máxima diversidad sólo la colocan en la hora en que cada uno nace. Por lo tanto, si uno nace tan rápidamente después del otro que la misma parte del horóscopo permanece, busco todas las cosas iguales, que no se pueden encontrar en ningún gemelo: si, sin embargo, la tardanza del siguiente cambia el horóscopo, busco padres diferentes, que los gemelos no pueden tener.

CAPÍTULO III.---Sobre el argumento que el matemático Nigidius asumió de la rueda del alfarero en la cuestión de los gemelos.

Por lo tanto, en vano se presenta esa noble invención de la rueda del alfarero, que dicen que Nigidius, turbado por esta cuestión, respondió, de donde también fue llamado Figulus. Pues cuando hizo girar la rueda del alfarero con la mayor fuerza que pudo, golpeó dos veces con tinta en un lugar de ella con suma rapidez; luego, cuando el movimiento cesó, se encontraron las marcas que había hecho, distantes en la extremidad de esa rueda por no poco intervalo. Así, dijo, en la gran rapidez del cielo, aunque uno nazca tan rápidamente después del otro como yo golpeé dos veces la rueda, hay mucho en el espacio del cielo: de aquí, dijo, provienen las cosas que se dicen disímiles en los caracteres y casos de los gemelos. Este invento es más frágil que los vasos que se forman con esa rotación. Pues si tanto importa en el cielo, que no puede ser comprendido por las constelaciones, que a uno de los gemelos le toque una herencia y al otro no; ¿por qué se atreven a decir tales cosas en las constelaciones de los demás, cuando las han inspeccionado, que pertenecen a ese secreto que nadie puede comprender y anotar en los momentos de nacimiento? Si, sin embargo, dicen tales cosas en las cartas natales de otros porque estas pertenecen a espacios de tiempo más prolongados; pero los momentos de las partes mínimas, que los gemelos pueden tener al nacer, se atribuyen a cosas mínimas, de las que los matemáticos no suelen ser consultados: (¿quién, en efecto, consulta cuándo debe sentarse, cuándo debe caminar, cuándo o qué debe almorzar?) ¿acaso decimos esto cuando mostramos en los caracteres, obras y casos de los gemelos muchas y muy grandes diferencias?

CAPÍTULO IV.---Sobre Esaú y Jacob, gemelos, muy diferentes entre sí en la calidad de sus caracteres y acciones.

Nacieron dos gemelos en la antigua memoria de los padres (para hablar de los insignes) de tal manera uno después del otro, que el posterior sostenía el talón del anterior. Hubo en su vida y en sus caracteres tanta diversidad, tanta disparidad en sus acciones, tanta disimilitud en el amor de los padres, que incluso esa distancia los hizo enemigos entre sí (Gén. XXV, 24-34). ¿Acaso se dice esto porque uno caminaba mientras el otro estaba sentado, y mientras uno dormía el otro estaba despierto, mientras uno hablaba el otro callaba; cosas que pertenecen a esas minucias que no pueden ser comprendidas por aquellos que escriben la constitución de las estrellas bajo la cual nace cada uno, para que los matemáticos sean consultados? Uno llevó una servidumbre mercenaria, el otro no sirvió; uno era amado por la madre, el otro no era amado; uno perdió el honor que entre ellos se consideraba grande, el otro lo obtuvo. ¿Qué sobre las esposas, qué sobre los hijos, qué sobre las cosas, cuánta diversidad? [V.] Si, por lo tanto, estas cosas pertenecen a esas minucias de tiempo que los gemelos tienen entre sí, y no se atribuyen a las constelaciones; ¿por qué se dicen estas cosas cuando se inspeccionan las

constelaciones de los demás? Si, sin embargo, se dicen porque no pertenecen a minucias incomprensibles, sino a espacios de tiempo que pueden ser observados y anotados; ¿qué hace aquí esa rueda del alfarero, sino que los hombres de corazón de barro sean lanzados en un giro, para que no se demuestren las vanas habladurías de los matemáticos?

CAPÍTULO V.---De qué maneras se puede demostrar que los matemáticos profesan una ciencia vana.

Quid iidem ipsi, quorum morbum, quod eodem tempore gravior leviorque apparebat amborum, medicinaliter inspiciens Hippocrates, geminos suspicatus est, nonne satis istos redarguunt, qui volunt sideribus dare, quod de corporum simili temperatione veniebat? Cur enim similiter eodemque tempore, non alter prior, alter posterior aegrotabant, sicut nati fuerant, quia utique simul nasci ambo non poterant? Aut si nihil momenti attulit, ut diversis temporibus aegrotarent, quod diversis temporibus nati sunt; quare tempus in nascendo diversum ad aliarum rerum diversitates valere contendunt? Cur potuerunt diversis temporibus peregrinari, diversis temporibus ducere uxores, diversis temporibus filios procreare, et multa alia, propterea quia diversis temporibus nati sunt, et non potuerunt eadem causa diversis etiam temporibus aegrotare? Si enim dispar nascendi mora mutavit horoscopum, et disparilitatem intulit caeteris rebus; cur illud in aegritudinibus mansit, quod habebat in temporis aequalitate conceptus? Aut si fata valetudinis in conceptu sunt, aliarum vero rerum in ortu esse dicuntur, non deberent inspectis natalium constellationibus de valetudine aliquid dicere, quando eis inspicienda conceptionalis hora non datur. Si autem ideo praenuntiant aegritudines, non inspecto conceptionis horoscopo, quia indicant eas momenta nascentium; quomodo dicerent cuilibet eorum geminorum ex nativitatis hora, quando aegrotaturus esset, cum et alter qui non habebat eamdem horam nativitatis, necesse haberet pariter aegrotare? Deinde quaero, si tanta distantia est temporis in nativitate geminorum, ut per hanc oporteat eis constellationes fieri diversas, propter diversum horoscopum, et ob hoc diversos omnes cardines, ubi tanta vis ponitur, ut hinc etiam diversa sint fata; unde hoc accidere potuit, cum eorum conceptus diversum tempus habere non possit? Aut si duorum uno momento temporis conceptorum potuerunt esse ad nascendum fata disparia, cur non et duorum uno momento temporis natorum possint esse ad vivendum atque moriendum fata disparia? Nam si unum momentum, quo ambo concepti sunt, non impedivit, ut alter prior, alter posterior nasceretur; cur, uno momento si duo nascuntur, impediat aliquid, ut alter prior, alter posterior moriatur? Si conceptio momenti unius diversos casus in utero geminos habere permittit; cur nativitas momenti unius non etiam quoslibet duos in terra diversos casus habere permittat, ac sic omnia hujus artis vel potius vanitatis commenta tollantur? Quid est hoc quod uno tempore, uno momento, sub una eademque coeli positione concepti diversa habent fata, quae illos perducant ad diversarum horarum nativitatem, et uno momento temporis sub una eademque coeli positione de duabus matribus duo pariter nati, diversa fata habere non possunt, quae illos perducant ad diversam vivendi vel moriendi necessitatem? An concepti nondum habent fata, quae, nisi nascantur, habere non poterunt? Quid est ergo quod dicunt, si hora conceptionalis inveniatur, multa ab istis dici posse divinis? Unde etiam illud a nonnullis praedicatur, quod quidam sapiens horam elegit, qua cum uxore concumberet, unde filium mirabilem gigneret. Unde postremo et hoc est, quod de illis pariter aegrotantibus geminis Posidonius, magnus astrologus idemque philosophus, respondebat, ideo fieri, quod eodem tempore fuissent nati, eodemque concepti. Nam utique propter hoc addebat conceptionem, ne diceretur ei non ad liquidum eodem tempore potuisse nasci, quos constabat omnino eodem tempore fuisse conceptos; ut hoc, quod similiter simulque aegrotabant, non daret de proximo pari corporis temperamento, sed eamdem quoque valetudinis parilitatem sidereis nexibus alligaret. Si igitur in conceptu tanta vis est ad aequalitatem fatorum, non debuerunt nascendo

eadem fata mutari. Aut si propterea mutantur fata geminorum, quia temporibus diversis nascuntur, cur non potius intelligamus jam fuisse mutata, ut diversis temporibus nascerentur? Itane non mutat fata nativitatis voluntas viventium, cum mutet fata conceptionis ordo nascentium?

CAPUT VI.---De geminis disparis sexus.

Quanquam et in ipsis geminorum conceptibus, ubi certe amborum eadem momenta sunt temporum, unde fit ut sub eadem constellatione fatali alter concipiatur masculus, altera femina? Novimus geminos diversi sexus, ambo adhuc vivunt, ambo aetate vigent adhuc; quorum cum sint inter se similes corporum species, quantum in diverso sexu potest; instituto tamen et proposito vitae ita sunt dispares, ut, praeter actus, quos necesse est a virilibus distare, femineos, quod ille in officio Comitis militat et a sua domo pene semper peregrinatur, illa de solo patrio et de rure proprio non recedit: insuper (quod est incredibilius, si astralia fata credantur; non autem mirum, si voluntates hominum et Dei munera cogitentur), ille conjugatus, illa virgo sacra est; ille numerosam prolem genuit, illa nec nupsit. At enim plurimum vis horoscopi valet? Hoc quam nihil sit, jam satis disserui. Sed qualecumque sit, in ortu valere dicunt: numquid et in conceptu? ubi et unum concubitum esse manifestum est; et tanta naturae vis est, ut cum conceperit femina, deinde alterum concipere omnino non possit: unde necesse est, eadem esse in geminis momenta conceptus. An forte, quia diverso horoscopo nati sunt, aut ille in masculum, dum nascerentur, aut illa in feminam commutata est? Cum igitur non usquequaque absurde dici posset, ad solas corporum differentias afflatus quosdam valere sidereos, sicut in solaribus accessibus et decessibus videmus etiam ipsius anni tempora variari, et lunaribus incrementis atque decrementis augeri et minui quaedam genera rerum, sicut echinos, et conchas, et mirabiles aestus oceani; non autem et animi voluntates positionibus siderum subdi: nunc isti, cum etiam nostros actus inde religare conantur, admonent ut quaeramus, unde ne in ipsis quidem corporibus eis possit ratio ista constare. Quid enim tam ad corpus pertinens, quam corporis sexus? et tamen sub eadem positione siderum diversi sexus gemini concipi potuerunt. Unde quid insipientius dici aut credi potest, quam siderum positionem, quae ad horam conceptionis eadem ambobus fuit, facere non potuisse, ut, cum quo habebat eamdem constellationem, sexum diversum a fratre non haberet; et positionem siderum, quae fuit ad horam nascentium, facere potuisse, ut ab eo tam multum virginali sanctitate distaret?

CAPUT VII.---De electione diei quo uxor ducitur, quove in agro aliquid plantatur aut seritur.

Jam illud quis ferat, quod in eligendis diebus nova quaedam suis actibus fata moliuntur? Non erat videlicet ille ita natus, ut haberet admirabilem filium; sed ita potius, ut contemptibilem gigneret: et ideo vir doctus elegit horam qua misceretur uxori. Fecit ergo fatum, quod non habebat, et ex ipsius facto coepit esse fatale, quod in ejus nativitate non fuerat. O stultitiam singularem! Eligitur dies ut ducatur uxor: credo, propterea quia potest in diem non bonum, nisi exigatur, incurri, et infeliciter duci. Ubi est ergo quod nascenti jam sidera decreverunt? an potest homo, quod ei jam constitutum est, diei electione mutare, et quod ipse in eligendo die constituerit, non poterit ab alia potestate mutari? Deinde si soli homines, non autem omnia quae sub coelo sunt, constellationibus subjacent, cur alios eligunt dies accommodatos ponendis vitibus, vel arboribus, vel segetibus; alios dies pecoribus vel domandis, vel admittendis maribus, quibus equarum vel boum fetentur armenta, et caetera hujusmodi? Si autem propterea valent ad has res dies electi, quia terrenis omnibus corporibus, sive animantibus, sive non animantibus, secundum diversitates temporalium momentorum, siderum positio dominatur; considerent quam innumerabilia sub uno temporis puncto vel nascantur, vel oriantur, vel inchoentur, et tam diversos exitus habeant, ut istas observationes

cuivis puero ridendas esse persuadeant. Quis enim est tam excors, ut audeat dicere, omnes arbores, omnes herbas, omnes bestias, serpentes, aves, pisces, vermiculos, momenta nascendi singillatim habere diversa? Solent tamen homines ad tentandam peritiam mathematicorum afferre ad eos constellationes mutorum animalium, quorum ortus propter hanc explorationem domi suae diligenter observant, eosque mathematicos praeferunt caeteris, qui constellationibus inspectis dicunt non esse hominem natum, sed pecus. Audent etiam dicere quale pecus, utrum aptum lanicio, an vectationi, an aratro, an custodiae domus. Nam et ad canina fata tentantur, et cum magnis admirantium clamoribus ista respondent. Sic desipiunt homines, ut existiment, cum homo nascitur, caeteros rerum ortus ita inhiberi, ut cum illo sub eadem coeli plaga nec musca nascatur. Nam si hanc admiserint, procedit ratiocinatio, quae gradatim accessibus modicis eos a muscis ad camelos elephantosque perducat. Nec illud volunt advertere, quod electo ad seminandum agrum die, tam multa grana in terram simul veniunt, simul germinant, exorta segete simul herbescunt, pubescunt, flavescunt; et tamen inde spicas caeteris coaevas, atque, ut ita dixerim, congerminales, alias rubigo interimit, alias aves depopulantur, alias homines avellunt. Quomodo istis alias constellationes fuisse dicturi sunt, quas tam diversos exitus habere conspiciunt? an eos poenitebit his rebus dies eligere, easque ad coeleste negabunt pertinere decretum, et solos sideribus subdent homines, quibus solis in terra Deus dedit liberas voluntates? His omnibus consideratis, non immerito creditur, cum astrologi mirabiliter multa vera respondent, occulto instinctu fieri spirituum non bonorum, quorum cura est has falsas et noxias opiniones de astralibus fatis inserere humanis mentibus atque firmare, non horoscopi notati et inspecti aliqua arte, quae nulla est.

CAPUT VIII.---De his qui non astrorum positionem, sed connexionem causarum ex Dei voluntate pendentem fati nomine appellant.

Qui vero non astrorum constitutionem, sicuti est cum quidque concipitur, vel nascitur, vel inchoatur, sed omnium connexionem seriemque causarum, qua fit omne quod fit, fati nomine appellant; non multum cum eis de verbi controversia laborandum atque certandum est: quandoquidem ipsum causarum ordinem et quandam connexionem Dei summi tribuunt voluntati et potestati, qui optime et veracissime creditur et cuncta scire antequam fiant, et nihil inordinatum relinquere; a quo sunt omnes potestates, quamvis ab illo non sint omnium voluntates. Ipsam itaque praecipue Dei summi voluntatem, cujus potestas insuperabiliter per cuncta porrigitur, eos appellare fatum sic probatur. Annaei Senecae sunt, nisi fallor, hi versus: Duc, summe pater, altique dominator poli, Quocumque placuit, nulla parendi mora est. Adsum impiger: fac nolle, comitabor gemens, Malusque patiar facere quod licuit bono. Ducunt volentem fata, nolentem trahunt. Nempe evidentissime hoc ultimo versu ea fata appellavit, quam supra dixerat summi patris voluntatem: cui se paratum obedire dicit, ut volens ducatur, ne nolens trahatur; quoniam scilicet Ducunt volentem fata, nolentem trahunt. Illi quoque versus Homerici huic sententiae suffragantur, quos Cicero in latinum vertit: Tales sunt hominum mentes, quali pater ipse Juppiter auctiferas lustravit lumine terras. Nec in hac quaestione auctoritatem haberet poetica sententia: sed quoniam Stoicos dicit, vim fati asserentes, istos ex Homero versus solere usurpare, non de illius poetae, sed de istorum philosophorum opinione tractatur, cum per istos versus, quos disputationi adhibent, quam de fato habent, quid sentiant esse fatum, apertissime declaratur, quoniam Jovem appellant, quem summum deum putant, a quo connexionem dicunt pendere fatorum.

CAPUT IX.---De praescientia Dei et libera hominis voluntate, contra Ciceronis definitionem.

1. Hos Cicero ita redarguere nititur, ut non existimet aliquid se adversus eos valere, nisi auferat divinationem. Quam sic conatur auferre, ut neget esse scientiam futurorum, eamque omnibus viribus nullam esse omnino contendat, vel in Deo, vel in homine, nullamque rerum

praedictionem. Ita et Dei praescientiam negat, et omnem prophetiam luce clariorem conatur evertere vanis argumentationibus, et opponendo sibi quaedam oracula, quae facile possunt refelli: quae tamen nec ipsa convincit. In his autem mathematicorum conjecturis refutandis ejus regnat oratio; quia vere tales sunt, ut se ipsae destruant et refellant. Multo sunt autem tolerabiliores qui vel siderea fata constituunt, quam iste, qui tollit praescientiam futurorum. Nam et confiteri esse Deum et negare praescium futurorum, apertissima insania est. Quod et ipse cum videret, etiam illud tentavit asserere, quod scriptum est, Dixit insipiens in corde suo, Non est Deus (Psal. XIII, 1): sed non ex sua persona. Vidit enim quam esset invidiosum et molestum: ideoque Cottam fecit disputantem de hac re adversum Stoicos in libris de deorum Natura (Libro 3), et pro Lucilio Balbo, cui Stoicorum partes defendendas dedit, maluit ferre sententiam, quam pro Cotta, qui nullam naturam divinam esse contendit. In libris vero de Divinatione ex se ipso apertissime oppugnat praescientiam futurorum. Hoc autem totum facere videtur, ne fatum esse consentiat, et perdat liberam voluntatem. Putat enim, concessa scientia futurorum, ita esse consequens fatum, ut negari omnino non possit. Sed quoquo modo se habeant tortuosissimae concertationes et disputationes philosophorum, nos ut confitemur summum et verum Deum, ita voluntatem summamque potestatem ac praescientiam ejus confitemur. Nec timemus ne ideo non voluntate faciamus, quod voluntate facimus, quia id nos facturos ille praescivit, cujus praescientia falli non potest. Quod Cicero timuit, ut oppugnaret praescientiam; et Stoici, ut non omnia necessitate fieri dicerent, quamvis omnia fato fieri contenderent.

2. Quid est ergo quod Cicero timuit in praescientia futurorum, ut eam labefactare disputatione detestabili niteretur? Videlicet quia si praescita sunt omnia futura, hoc ordine venient, quo ventura esse praescita sunt: et si hoc ordine venient, certus est ordo rerum praescienti Deo: et si certus est ordo rerum, certus est ordo causarum; non enim aliquid fieri potest, quod non aliqua efficiens causa praecesserit: si autem certus est ordo causarum, quo fit omne quod fit; fato, inquit, fiunt omnia quae fiunt. Quod si ita est, nihil est in nostra potestate, nullumque est arbitrium voluntatis: quod si concedimus, inquit, omnis humana vita subvertitur; frustra leges dantur; frustra objurgationes, laudes, vituperationes, exhortationes adhibentur; neque ulla justitia bonis praemia, et malis supplicia constituta sunt. Haec ergo ne consequantur indigna et absurda et perniciosa rebus humanis, non vult esse praescientiam futurorum: atque in has angustias coarctat animum religiosum, ut unum eligat e duobus, aut esse aliquid in nostra voluntate, aut esse praescientiam futurorum: quoniam utrumque arbitratur esse non posse, sed si alterum confirmabitur, alterum tolli; si elegerimus praescientiam futurorum, tolli voluntatis arbitrium; si elegerimus voluntatis arbitrium, tolli praescientiam futurorum. Ipse itaque ut vir magnus et doctus, et vitae humanae plurimum ac peritissime consulens, ex his duobus elegit liberum voluntatis arbitrium: quod ut confirmaretur, negavit praescientiam futurorum: atque ita, dum vult facere liberos, fecit sacrilegos. Religiosus autem animus utrumque eligit, utrumque confitetur, et fide pietatis utrumque confirmat. Quomodo, inquit? Nam si est praescientia futurorum, sequentur illa omnia, quae connexa sunt, donec eo perveniatur, ut nihil sit in nostra voluntate. Porro si est aliquid in nostra voluntate, eisdem recursis gradibus eo pervenitur, ut non sit praescientia futurorum. Nam per illa omnia sic recurritur: Si est voluntatis arbitrium, non omnia fato fiunt: si non omnia fato fiunt, non est omnium certus ordo causarum: si certus causarum ordo non est, nec rerum certus est ordo praescienti Deo, quae fieri non possunt, nisi praecedentibus et efficientibus causis: si rerum ordo praescienti Deo certus non est, non omnia sic veniunt, ut ea ventura praescivit: porro si non omnia sic veniunt, ut ab illo ventura praescita sunt, non est, inquit, in Deo praescientia omnium futurorum.

3. Nos, en oposición a estos sacrílegos y audaces impíos, afirmamos que Dios sabe todo antes de que suceda, y que actuamos por voluntad propia en todo lo que sentimos y sabemos que solo puede hacerse si lo queremos. No decimos que todo sucede por destino, más bien afirmamos que nada sucede por destino: ya que el término "destino" se usa comúnmente para referirse a la disposición de los astros cuando alguien es concebido o nace (pues esta idea es en sí misma insustancial), demostramos que no tiene valor alguno. No negamos el orden de las causas, donde la voluntad de Dios tiene gran poder, pero no lo llamamos destino, a menos que entendamos que destino proviene de "fando", es decir, de hablar: no podemos negar que está escrito en las Sagradas Escrituras: "Una vez habló Dios, dos cosas he oído: que el poder es de Dios, y tuya, Señor, es la misericordia, porque tú pagas a cada uno según sus obras" (Salmo 61, 12-13). Lo que se dice "Una vez habló" se entiende como que habló de manera inmutable, es decir, inalterable, como sabe inalterablemente todo lo que va a suceder y lo que Él mismo va a hacer. Por esta razón podríamos llamar destino al hablar, si no fuera porque este término ya se entiende de otra manera, y no queremos que los corazones de los hombres se inclinen hacia ello. No se sigue, sin embargo, que si Dios conoce con certeza el orden de todas las causas, por ello nada esté en el libre albedrío de nuestra voluntad. Nuestras propias voluntades están también en el orden de las causas, que es conocido con certeza por Dios y contenido en su presciencia; ya que las voluntades humanas son causas de las obras humanas. Así, quien ha previsto todas las causas de las cosas, ciertamente no pudo ignorar nuestras voluntades, que previó como causas de nuestras obras.

4. Incluso lo que el mismo Cicerón concede, que nada sucede si no precede una causa eficiente (Libro de Fato, cap. 10 y ss.), es suficiente para refutarlo en esta cuestión. ¿De qué le sirve decir que nada sucede sin causa, pero que no toda causa es fatal, porque hay causas fortuitas, naturales y voluntarias? Basta con que confiese que todo lo que sucede, sucede solo si precede una causa. Nosotros decimos que esas causas que se llaman fortuitas, de donde también proviene el nombre de fortuna, no son inexistentes, sino ocultas; y las atribuimos a la voluntad del verdadero Dios o de cualquier espíritu. Y no separamos las causas naturales de la voluntad de aquel que es el autor y creador de toda naturaleza. Ahora bien, las causas voluntarias son de Dios, de los ángeles, de los hombres o de cualquier animal: si es que se pueden llamar voluntades de los animales irracionales aquellos movimientos por los cuales hacen algo según su naturaleza, cuando desean o evitan algo. Hablo de las voluntades de los ángeles, ya sean buenos, a quienes llamamos ángeles de Dios, o malos, a quienes llamamos ángeles del diablo o incluso demonios: así también de los hombres, tanto buenos como malos. Por lo tanto, se concluye que no hay causas eficientes de todo lo que sucede, excepto las voluntarias, de esa naturaleza que es el espíritu de vida. Pues incluso el aire o el viento se llama espíritu: pero como es cuerpo, no es espíritu de vida. El espíritu de vida, que vivifica todo y es creador de todo cuerpo y de todo espíritu creado, es Dios mismo, espíritu no creado. En su voluntad está el supremo poder, que ayuda a las buenas voluntades de los espíritus creados, juzga las malas, ordena todas; y a algunos concede poderes, a otros no. Pues así como es creador de todas las naturalezas, es dador de todos los poderes, no de las voluntades. Las malas voluntades no son de Él; porque son contra la naturaleza, que es de Él. Los cuerpos, por tanto, están más sujetos a las voluntades; algunos a las nuestras, es decir, de todos los seres animados mortales, y más de los hombres que de las bestias; otros a las de los ángeles: pero todos están principalmente sujetos a la voluntad de Dios; a quien también están sujetas todas las voluntades, porque no tienen poder sino el que Él concede. Por lo tanto, la causa de las cosas que hace, y no es hecha, es Dios. Otras causas hacen y son hechas; como son todos los espíritus creados, especialmente los racionales. Las causas corporales, que más son hechas que hacen, no deben contarse entre las causas eficientes; porque pueden hacer lo que las voluntades de los espíritus hacen de ellas. ¿Cómo, entonces, el orden de las causas,

que es conocido con certeza por Dios, hace que nada esté en nuestra voluntad, cuando en ese mismo orden de causas nuestras voluntades tienen un gran lugar? Que Cicerón, pues, dispute con aquellos que dicen que este orden de causas es fatal, o más bien lo llaman destino (Libro de Fato, caps. 11, 12); lo cual aborrecemos, principalmente por el término, que no se entiende en la verdadera realidad. Lo que él niega, que el orden de todas las causas sea certísimo y conocido por la presciencia de Dios, lo detestamos más que los estoicos. O bien niega que Dios exista, lo cual intentó hacer en los libros sobre la Naturaleza de los Dioses, introduciendo la persona de otro: o si confiesa que Dios existe, pero niega que sea presciente de los futuros, dice lo mismo que aquel insensato dijo en su corazón: "No hay Dios" (Salmo 13, 1). Porque quien no es presciente de todos los futuros, ciertamente no es Dios. Por lo tanto, nuestras voluntades valen tanto como Dios quiso y previó que valieran: y por eso, lo que valen, valen con certeza; y lo que van a hacer, ciertamente lo harán: porque Él previó que iban a valer y a hacer, cuya presciencia no puede fallar. Por lo tanto, si me agradara aplicar el nombre de destino a alguna cosa, más bien diría que el destino del más débil es la voluntad del más poderoso, que lo tiene en su poder, que por ese orden de causas, que los estoicos llaman destino, no de manera usual, sino a su manera, se quita el libre albedrío de nuestra voluntad.

CAPÍTULO X.---Si alguna necesidad domina las voluntades de los hombres.

1. Por lo tanto, no hay que temer esa necesidad que los estoicos temieron tanto, que se esforzaron en distinguir las causas de las cosas de tal manera que algunas las sustrajeron de la necesidad y otras las sometieron a ella: y entre las que no quisieron que estuvieran bajo la necesidad, pusieron también nuestras voluntades, para que no dejaran de ser libres si se sometían a la necesidad. Si esa necesidad debe llamarse nuestra, que no está en nuestro poder, pero que, aunque no queramos, hace lo que puede, como es la necesidad de la muerte; es evidente que nuestras voluntades, por las cuales se vive recta o erróneamente, no están bajo tal necesidad. Pues hacemos muchas cosas que, si no quisiéramos, ciertamente no haríamos. Esto se refiere principalmente al mismo querer: pues, si queremos, es; si no queremos, no es: no querríamos si no quisiéramos. Pero si se define como necesidad aquello según lo cual decimos que es necesario que algo sea así o se haga así; no sé por qué deberíamos temer que nos quite la libertad de la voluntad. Pues no ponemos la vida de Dios ni su presciencia bajo la necesidad si decimos que es necesario que Dios viva siempre y que conozca todo: así como tampoco se disminuye su poder cuando se dice que no puede morir ni ser engañado. Pues no puede hacer esto de tal manera que, si pudiera, ciertamente sería de menor poder. Con razón se le llama omnipotente, quien, sin embargo, no puede morir ni ser engañado. Se dice que es omnipotente haciendo lo que quiere, no sufriendo lo que no quiere: lo cual, si le sucediera, de ninguna manera sería omnipotente. Por lo tanto, hay ciertas cosas que no puede hacer porque es omnipotente. Así también, cuando decimos que es necesario que, cuando queremos, queramos con libre albedrío; y sin duda decimos la verdad, y no por eso sometemos el libre albedrío a la necesidad que quita la libertad. Por lo tanto, nuestras voluntades existen, y ellas mismas hacen todo lo que hacemos queriendo, lo cual no se haría si no quisiéramos. Pero lo que alguien sufre involuntariamente por la voluntad de otros hombres, incluso así la voluntad tiene poder; aunque no la voluntad de ese hombre, sino el poder de Dios. Pues si solo hubiera voluntad, y no pudiera hacer lo que quisiera, sería impedida por una voluntad más poderosa: y aun así, no obstante, sería voluntad, y no de otro, sino de quien quisiera, aunque no pudiera cumplir lo que quisiera. Por lo tanto, lo que el hombre sufre contra su voluntad, no debe atribuirlo a las voluntades humanas o angélicas o de cualquier espíritu creado, sino más bien a aquel que da poder a los que quieren.

2. No es, por tanto, que no haya nada en nuestra voluntad porque Dios previó lo que sucedería en nuestra voluntad: pues quien previó esto, no previó nada. Ahora bien, si aquel que previó lo que sucedería en nuestra voluntad no previó nada, sino algo; ciertamente, con él previendo, hay algo en nuestra voluntad. Por lo tanto, de ninguna manera estamos obligados a, o bien, reteniendo la presciencia de Dios, eliminar el libre albedrío de la voluntad, o bien, reteniendo el libre albedrío, negar (lo cual es un sacrilegio) que Dios es presciente de los futuros: sino que abrazamos ambos, confesamos ambos fiel y verdaderamente; aquello, para creer bien; esto, para vivir bien. Se vive mal si no se cree bien acerca de Dios. Por lo tanto, lejos de nosotros esté negar su presciencia, para que queramos ser libres, por cuya ayuda somos libres, o lo seremos. Por lo tanto, no son en vano las leyes, las reprensiones, las exhortaciones, las alabanzas y las censuras: porque también previó que ellas existirían, y valen mucho, tanto como previó que valdrían; y las oraciones valen para obtener lo que previó que concedería a los que oran: y justamente se han establecido premios para las buenas obras y castigos para los pecados. Pues no peca el hombre porque Dios previó que pecaría: más bien, no se duda de que peca cuando peca, porque aquel cuya presciencia no puede fallar, no el destino, no la fortuna, no otra cosa, sino que previó que él pecaría. Si no quisiera pecar, ciertamente no pecaría: pero si no quisiera pecar, también esto lo previó.

CAPÍTULO XI.---Sobre la providencia universal de Dios, cuyas leyes abarcan todo.

Dios, por tanto, supremo y verdadero, con su Verbo y el Espíritu Santo, que son tres en uno, Dios único omnipotente, creador y hacedor de toda alma y de todo cuerpo: de quien son partícipes felices, quienesquiera que sean felices en verdad, no en vanidad: quien hizo al hombre un animal racional de alma y cuerpo; quien no permitió que el hombre pecador quedara impune, ni lo dejó sin misericordia; quien dio a los buenos y a los malos la esencia incluso con las piedras, la vida seminal incluso con los árboles, la vida sensitiva incluso con los animales, la vida intelectual solo con los ángeles: de quien es todo modo, toda especie, todo orden; de quien es la medida, el número, el peso; de quien es todo lo que naturalmente es, de cualquier género que sea, de cualquier estimación que sea; de quien son las semillas de las formas, las formas de las semillas, el movimiento de las semillas y de las formas: quien dio al cuerpo el origen, la belleza, la salud, la fecundidad de la propagación, la disposición de los miembros, la salud de la concordia: quien también dio al alma irracional la memoria, el sentido, el apetito; y al racional, además, la mente, la inteligencia, la voluntad: quien no solo el cielo y la tierra, ni solo al ángel y al hombre; sino ni siquiera las entrañas de un pequeño y despreciable animal, ni la pluma de un ave, ni la flor de una hierba, ni la hoja de un árbol dejó sin la conveniencia de sus partes y una cierta paz: de ninguna manera se debe creer que quiso que los reinos de los hombres y sus dominios y servidumbres estuvieran fuera de las leyes de su providencia.

CAPÍTULO XII.---Qué costumbres de los antiguos romanos merecieron que el verdadero Dios, aunque no lo adoraran, aumentara su imperio.

1. Por lo tanto, veamos qué costumbres de los romanos, y por qué razón, el verdadero Dios se dignó ayudar a aumentar su imperio, en cuyo poder están también los reinos terrenales. Para poder discutir esto más completamente, hemos escrito un libro anterior relacionado con esto, que en esta materia no hay poder alguno de esos dioses, que incluso en asuntos triviales pensaron que debían ser adorados; y las partes superiores del presente volumen, que hemos llevado hasta aquí, sobre la cuestión de eliminar el destino: para que nadie, a quien ya se le haya persuadido de que el imperio romano no se propagó ni se mantuvo por el culto de esos dioses, lo atribuya a un destino cualquiera, en lugar de a la potentísima voluntad del Dios supremo. Los antiguos y primeros romanos, según enseña y recomienda su historia, aunque

como otras naciones, excepto una, la del pueblo hebreo, adoraban a dioses falsos, y no ofrecían sacrificios a Dios, sino a los demonios, sin embargo, ávidos de alabanza, eran generosos con el dinero, deseaban una gran gloria, riquezas honestas (Sallust. en Catil., cap. 7): amaron ardientemente esto, por esto quisieron vivir, por esto no dudaron en morir. Reprimieron las demás pasiones con esta gran pasión por la gloria. Finalmente, su propia patria, ya que consideraban que servir era deshonroso, pero dominar y gobernar era glorioso, primero con todo su esfuerzo quisieron que fuera libre, luego que fuera dominante. De ahí que el rey Tarquinio fuera expulsado, y se establecieran cónsules, que se llamaron así por consultar, no reyes o señores por gobernar y dominar: aunque los reyes parecen haber sido llamados mejor por gobernar, para que el reino venga de los reyes, y los reyes, como se ha dicho, de gobernar; pero el orgullo real no se consideró la disciplina del que gobierna, o la benevolencia del que consulta, sino la soberbia del que domina. Expulsado, pues, el rey Tarquinio, y establecidos los cónsules, siguió lo que el mismo autor puso en las alabanzas de los romanos, que "la ciudad, increíble de recordar, creció tanto en poco tiempo después de haber obtenido la libertad, que una gran pasión por la gloria se había apoderado de ellos" (Sallust. en Catil. cap. 7). Por lo tanto, esta avidez de alabanza y deseo de gloria hizo muchas cosas admirables, dignas de alabanza y gloriosas según la estimación de los hombres.

2. El mismo Salustio alaba en sus tiempos a grandes y destacados hombres, Marco Catón y Cayo César, diciendo que durante mucho tiempo esa república no tuvo a nadie grande en virtud, pero en su memoria había dos de gran virtud, con diferentes costumbres. En las alabanzas de César puso que deseaba un gran imperio, un ejército, una nueva guerra, donde su virtud pudiera brillar (Ibid., caps. 53, 54). Así se hacía en los votos de los hombres grandes en virtud, que levantaran en guerra a las miserables naciones, y las azotaran con el sangriento látigo de Bellona, para que hubiera donde su virtud pudiera brillar. Esto lo hacía ciertamente esa avidez de alabanza y deseo de gloria. Por amor, pues, primero a la libertad, luego también a la dominación, y por el deseo de alabanza y gloria, hicieron muchas cosas grandes. Les da testimonio de ambas cosas incluso el poeta insigne de ellos: de ahí que diga, "Tampoco Tarquinio, expulsado, Porsena ordenaba recibir, y con gran asedio oprimía la ciudad: los descendientes de Eneas se lanzaban al hierro por la libertad" (Virgilio, Eneida, lib. 8, vers. 646-648). Entonces, para ellos era grande morir valientemente o vivir libres. Pero cuando se obtuvo la libertad, una gran pasión por la gloria se apoderó de ellos, de modo que la sola libertad no era suficiente, a menos que también se buscara la dominación, mientras se consideraba grande lo que, como si hablara Júpiter, el mismo poeta dice, "Incluso la áspera Juno, que ahora fatiga el mar, la tierra y el cielo con miedo, cambiará sus planes para mejor, y conmigo favorecerá a los romanos, señores de las cosas y la gente togada. Así está decidido. Vendrá una era con los lustros deslizándose, cuando la casa de Asáraco someterá a Fthia y las claras Micenas al servicio, y dominará a los vencidos Argos" (Eneida, lib. 1, vers. 279-285). Estas cosas, ciertamente Virgilio, introduciendo a Júpiter como si predijera el futuro, ya las recordaba hechas, y las veía presentes: pero quise mencionarlas para mostrar que la dominación después de la libertad era tan importante para los romanos que se ponía en sus grandes alabanzas. De ahí es también aquello del mismo poeta, que, cuando anteponía las artes propias de los romanos de gobernar y mandar y someter y derrotar a los pueblos a las artes de otras naciones, decía, "Otros forjarán bronces que respiran más suavemente: creo que incluso sacarán rostros vivos del mármol: defenderán mejor las causas; y describirán con el compás los movimientos del cielo, y dirán las estrellas nacientes. Tú, romano, recuerda gobernar a los pueblos con tu imperio. Estas serán tus artes, y poner costumbre a la paz, perdonar a los sometidos, y derrotar a los soberbios" (Eneida, lib. 6, vers. 847-853).

3. Estas artes las ejercían con tanta pericia cuanto menos se entregaban a los placeres, y a la debilitación del ánimo y del cuerpo en desear y aumentar las riquezas, y por ellas corromper las costumbres, robando a los miserables ciudadanos, dando a los escénicos deshonestos. De ahí que aquellos que ya superaban y abundaban en tales corrupciones de costumbres, cuando Salustio escribía estas cosas y Virgilio las cantaba, no buscaban honores y gloria con esas artes, sino con engaños y fraudes. De ahí que el mismo diga: "Pero primero la ambición más que la avaricia ejercitaba los ánimos de los hombres, lo cual, sin embargo, era un vicio más cercano a la virtud. Pues la gloria, el honor, el imperio, tanto el bueno como el cobarde lo desean por igual: pero aquel, dice, se esfuerza por el camino verdadero; a este, porque le faltan las buenas artes, se esfuerza con engaños y fraudes" (Salust. en Catil., c. 11). Estas son aquellas buenas artes, llegar al honor y la gloria y el imperio por la virtud, no por la ambición engañosa; que tanto el bueno como el cobarde desean por igual: pero aquel, es decir, el bueno, se esfuerza por el camino verdadero. El camino es la virtud, por la cual se esfuerza como hacia el fin de la posesión, es decir, hacia la gloria, el honor, el imperio. Que los romanos tenían esto innato, lo indican incluso los templos de los dioses entre ellos, que establecieron muy juntos, de la Virtud y el Honor, considerando dioses lo que se da por Dios. De ahí se puede entender qué fin querían que tuviera la virtud, y a qué la referían, los que eran buenos, al honor, ciertamente: pues los malos ni siquiera la tenían, aunque deseaban tener honor, que intentaban obtener con malas artes, es decir, con engaños y fraudes.

4. Cato fue mejor alabado. De él se dice: "Cuanto menos buscaba la gloria, más lo seguía" (Ibid., cap. 54). Pues la gloria es el juicio de los hombres que opinan bien de otros hombres. Por lo tanto, es mejor la virtud que no se contenta con el testimonio humano, sino con el de su propia conciencia. De ahí que el Apóstol diga: "Nuestra gloria es esta, el testimonio de nuestra conciencia" (II Cor. I, 12). Y en otro lugar: "Examine cada uno su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse solo en sí mismo, y no en otro" (Gál. VI, 4). Por lo tanto, la gloria, el honor y el poder que deseaban para sí, y a los que los buenos se esforzaban por llegar mediante buenas artes, no deben seguir a la virtud, sino que la virtud debe seguirlos a ellos. Porque no es verdadera virtud si no tiende al fin donde está el bien del hombre, que no hay mejor. Por eso, los honores que Cato buscó, no debió buscarlos, sino que la ciudad debió dárselos por su virtud, sin que él los pidiera.

5. Pero cuando en aquella memoria había dos romanos grandes en virtud, César y Cato, la virtud de Cato parece haber estado mucho más cerca de la verdad que la de César. Veamos, pues, cómo era la ciudad en ese tiempo y cómo había sido antes, en la misma sentencia de Cato: "No penséis", dice, "que nuestros mayores hicieron grande la república desde pequeña con las armas. Si así fuera, nosotros la tendríamos mucho más hermosa. Pues tenemos más abundancia de aliados y ciudadanos, además de armas y caballos, que ellos. Pero hubo otras cosas que los hicieron grandes, que nosotros no tenemos; la industria en casa, el justo imperio fuera, el ánimo libre en el consejo, no sujeto ni al delito ni a la lujuria. En lugar de esto, tenemos lujo y avaricia, pobreza pública, riqueza privada: alabamos las riquezas, seguimos la inercia: no hay distinción entre buenos y malos; la ambición posee todos los premios de la virtud. Y no es de extrañar: donde cada uno toma consejo por separado para sí mismo, donde en casa servís a los placeres, aquí al dinero o al favor, sucede que se hace un ataque a la república vacía" (Sallust. en Catilin., c. 52).

6. Quien escucha estas palabras de Cato o de Salustio, piensa que todos los romanos antiguos que se alaban eran así, o la mayoría. No es así: de lo contrario, no serían verdaderas las cosas que él mismo escribe, las que mencioné en el segundo libro de esta obra (Cap. 18), donde dice que las injusticias de los más poderosos, y por ellas la secesión del pueblo de los padres,

y otras disensiones en casa existieron desde el principio, y que no se actuó con más justicia y moderación que después de la expulsión de los reyes, mientras hubo miedo de Tarquinio, hasta que terminó la grave guerra que se había emprendido por él con Etruria: pero después, los padres ejercieron un dominio servil sobre el pueblo, lo azotaron al estilo regio, lo expulsaron de la tierra, y, sin la participación de los demás, actuaron solos en el poder; de cuyas discordias, mientras unos querían dominar y otros no querían servir, el fin fue la segunda guerra púnica: porque de nuevo comenzó a urgir un grave temor, y de esas perturbaciones, con mayor cuidado, se contuvieron los ánimos inquietos y se los llamó a la concordia civil. Pero por algunos pocos, que eran buenos a su manera, se administraban grandes cosas, y, tolerando y moderando esos males, la providencia de unos pocos buenos hacía crecer esa cosa, como dice el mismo historiador, que, leyendo y escuchando muchas cosas que el pueblo romano hizo en casa y en la milicia, en el mar y en la tierra, le placía atender a lo que principalmente sostenía tan grandes negocios; pues sabía que muchas veces los romanos habían luchado con pequeñas fuerzas contra grandes legiones de enemigos, había conocido guerras libradas con pequeñas tropas contra reyes opulentos; y, reflexionando mucho, dijo que la excelente virtud de unos pocos ciudadanos había logrado todo, y que por eso la pobreza superó a las riquezas, la escasez a la multitud. Pero después de que la ciudad fue corrompida por el lujo y la desidia, de nuevo la república, por su magnitud, sostenía los vicios de los generales y magistrados. Por lo tanto, la virtud de unos pocos, que se esforzaban por la gloria, el honor, el poder, por el verdadero camino, es decir, por la misma virtud, también fue alabada por Cato. De ahí será la industria en casa, que mencionó Cato, para que el erario fuera opulento, las cosas privadas modestas. De donde, con las costumbres corrompidas, puso el vicio contrario, pobreza pública, riqueza privada.

CAPÍTULO XIII.---Del amor a la alabanza, que aunque es un vicio, se considera virtud porque a través de él se contienen vicios mayores.

Por lo tanto, cuando durante mucho tiempo los reinos de Oriente fueron ilustres, Dios quiso que también lo fuera uno occidental, que en tiempo fuera posterior, pero en amplitud y magnitud del imperio más ilustre. Y lo concedió principalmente a hombres tales para dominar los grandes males de muchas naciones, que por causa del honor, la alabanza y la gloria consultaron a la patria, en la cual buscaban esa misma gloria, y no dudaron en anteponer su salvación a la de ella, comprimiendo por este único vicio, es decir, el amor a la alabanza, la codicia del dinero y muchos otros vicios. [XIII.] Pues ve más sanamente quien reconoce que el amor a la alabanza es un vicio: lo que no escapó al poeta Horacio, quien dijo: "Te hinchas de amor a la alabanza, hay ciertos sacrificios que podrán recrearte al ser leídos tres veces en un librito puro" (Epistolarum lib. 1, epist. 1, vers. 36, 37). Y el mismo en un poema lírico, para reprimir la lujuria de dominar, cantó así: "Reinarás más ampliamente dominando el espíritu ávido, que si unieras Libia a los remotos Gades, y ambos cartagineses sirvieran a uno solo" (Carmin. lib. 2, carm. 2, vers. 9-12). Sin embargo, quienes no refrenan las lujurias más torpes, con la fe de la piedad obteniendo el Espíritu Santo, y el amor a la belleza inteligible, al menos son menos torpes por el deseo de la alabanza y la gloria humanas, aunque no sean ya santos. Incluso Tulio no pudo disimular esto, en los mismos libros que escribió sobre la República, donde habla de instituir al príncipe de la ciudad, a quien dice que debe ser alimentado con gloria; y consecuentemente recuerda que sus mayores hicieron muchas cosas maravillosas y notables por el deseo de gloria. Por lo tanto, no solo no resistían a este vicio, sino que también consideraban que debía ser excitado y encendido, pensando que esto era útil para la república. Aunque ni siquiera en los mismos libros de filosofía Tulio disimula esta peste, donde la confiesa con claridad. Pues cuando hablaba de tales estudios, que ciertamente deben ser seguidos con el fin del verdadero bien, no con la vanidad de la alabanza humana,

introdujo esta sentencia universal y general: "El honor alimenta las artes y todas se encienden con el estudio de la gloria, y siempre yacen aquellas que son desaprobadas por algunos" (Tuscul. Quaest. lib. 1, cap. 2).

CAPÍTULO XIV.---De cortar el amor a la alabanza humana, ya que toda la gloria de los justos está en Dios.

Por lo tanto, a esta codicia se le resiste mejor sin duda que cediendo a ella. Pues cuanto más puro está uno de esta impureza, más se asemeja a Dios. Que en esta vida, aunque no se erradique completamente del corazón, porque incluso a los ánimos que progresan bien no cesa de tentar; al menos la codicia de la gloria sea superada por el amor a la justicia: para que si en algún lugar yacen cosas que son desaprobadas por algunos, si son buenas, si son rectas, incluso el mismo amor a la alabanza humana se avergüence y ceda al amor a la verdad. Pues este vicio es tan enemigo de la fe piadosa, si en el corazón es mayor la codicia de la gloria que el temor o el amor a Dios, que el Señor dijo: "¿Cómo podéis creer, esperando la gloria unos de otros, y no buscando la gloria que viene solo de Dios?" (Juan V, 44). También sobre algunos que creyeron en él, y temían confesarlo abiertamente, dice el Evangelista: "Amaron más la gloria de los hombres que la de Dios" (Id. XII, 43). Lo que los santos Apóstoles no hicieron: quienes, cuando predicaban el nombre de Cristo en esos lugares, donde no solo era desaprobado (como él dijo, "siempre yacen aquellas que son desaprobadas por algunos"), sino que también era objeto de la mayor detestación; manteniendo lo que habían oído del buen Maestro y médico de las mentes, "Si alguno me niega delante de los hombres, yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos, y delante de los ángeles de Dios" (Mat. X, 33; Luc. XII, 9); entre maldiciones y oprobios, entre persecuciones gravísimas y crueles penas, no fueron disuadidos de la predicación de la salvación humana por tanto clamor de ofensa humana. Y lo que ellos, haciendo y diciendo divinamente y viviendo divinamente, con los corazones duros de alguna manera conquistados, y la paz de la justicia introducida, una gran gloria en la Iglesia de Cristo siguió; no descansaron en ella como en el fin de su virtud: sino que también refiriéndola a la gloria de Dios, por cuya gracia eran tales, con este mismo estímulo encendían a aquellos a quienes aconsejaban, al amor de aquel por quien también ellos se hacían tales. Pues para que no fueran buenos por la gloria humana, su Maestro les había enseñado, diciendo: "Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. VI, 1). Pero de nuevo, para que no entendieran esto perversamente y temieran agradar a los hombres, y menos beneficiaran ocultando que son buenos, mostrando con qué fin debían hacerse conocer, dijo: "Brillen vuestras obras delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Id. V, 16). No, pues, "para ser vistos por ellos", es decir, con esta intención de querer que se conviertan a vosotros, porque no sois nada por vosotros mismos: sino "para que glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos", a quien convertidos sean lo que sois. A estos siguieron los mártires, que superaron a los Scaevolas, y Curtios, y Decios, no infligiéndose penas a sí mismos, sino soportando las infligidas, y con verdadera virtud, porque con verdadera piedad, y con innumerable multitud. Pero como ellos estaban en la ciudad terrena, a quienes se les proponía como fin de todos sus deberes por ella, su seguridad, y el reino no en el cielo, sino en la tierra; no en la vida eterna; sino en la sucesión de los que mueren y de los que han de morir: ¿qué otra cosa amarían sino la gloria, con la que querían incluso después de la muerte como vivir en la boca de los que alaban?

CAPÍTULO XV.---De la recompensa temporal que Dios dio a las buenas costumbres de los romanos.

Por lo tanto, a quienes Dios no iba a dar la vida eterna con sus santos ángeles en su ciudad celestial, a cuya sociedad conduce la verdadera piedad, que no ofrece el servicio de la religión, que los griegos llaman λατρεία, sino al único Dios verdadero; si tampoco les concediera esta gloria terrena del imperio excelentísimo, no se les pagaría la recompensa de sus buenas artes, es decir, de las virtudes, con las que se esforzaban por llegar a tanta gloria. Pues de tales, que parecen hacer algo bueno por esto, para ser glorificados por los hombres, también el Señor dice: "En verdad os digo, ya tienen su recompensa" (Mat. VI, 2). Así también estos despreciaron sus bienes privados por la cosa común, es decir, la república, y por su erario, resistieron a la avaricia, consultaron a la patria con consejo libre; ni al delito según sus leyes, ni a la lujuria sujetos: con todas estas artes como verdadero camino llegaron a los honores, al poder, a la gloria: fueron honrados en casi todas las naciones; impusieron las leyes de su imperio a muchas naciones; y hoy son gloriosos en casi todas las naciones por las letras y la historia. No hay de qué quejarse de la justicia del sumo y verdadero Dios: han recibido su recompensa.

CAPÍTULO XVI.---De la recompensa de los santos ciudadanos de la ciudad eterna, a quienes son útiles los ejemplos de virtudes de los romanos.

Pero la recompensa de los santos es muy diferente, incluso de los que aquí sufren oprobios por la ciudad de Dios, que es odiosa a los amantes de este mundo. Esa ciudad es eterna: allí nadie nace, porque nadie muere: allí está la verdadera y plena felicidad, no una diosa, sino un don de Dios: de allí hemos recibido el empeño de la fe, mientras peregrinamos suspirando por su belleza: allí no nace el sol sobre buenos y malos (Mat. V, 45), sino que el sol de justicia protege solo a los buenos: allí no habrá gran industria, enriquecer el erario público con bienes privados angostos, donde el tesoro común es la verdad. Por lo tanto, no solo para que tal recompensa se pagara a tales hombres, el imperio romano se extendió para la gloria humana; sino también para que los ciudadanos de aquella ciudad eterna, mientras aquí peregrinan (II Cor. V, 6.), consideren diligente y sobriamente esos ejemplos, y vean cuánto amor se debe a la patria celestial por la vida eterna, si tanto fue amada por sus ciudadanos la terrena por la gloria humana.

CAPÍTULO XVII.---Con qué fruto los romanos hicieron la guerra, y cuánto beneficiaron a aquellos a quienes vencieron.

1. Pues en cuanto a esta vida de los mortales, que se lleva y termina en pocos días, ¿qué importa bajo qué imperio viva el hombre que ha de morir, si los que gobiernan no lo obligan a cosas impías e injustas? ¿O acaso los romanos hicieron algún daño a las naciones a las que subyugaron e impusieron sus leyes, salvo porque eso se hizo con una gran matanza de guerras? Lo que si se hiciera de manera concordante, se haría con mejor éxito: pero no habría gloria de los triunfadores. Pues ni los romanos vivían sin sus propias leyes, que imponían a los demás. Si esto se hiciera sin Marte y Bellona, de modo que no hubiera lugar para la victoria, sin que nadie venciera donde nadie había luchado, ¿no sería la misma condición para los romanos y las demás naciones? especialmente si pronto se hiciera, lo que después se hizo con gran gratitud y humanidad, que todos los que pertenecían al imperio romano recibieran la sociedad de la ciudad y fueran ciudadanos romanos; y así fuera de todos lo que antes era de pocos: solo que esa plebe, que no tenía sus propios campos, viviera del público: cuyo sustento por buenos administradores de la república se proporcionaría más gratamente por los concordes, que se extorsionaría a los vencidos.

2. Pues ¿qué importa para la seguridad y las buenas costumbres, ciertamente las mismas dignidades de los hombres, que unos vencieron, otros fueron vencidos, en absoluto no veo,

salvo aquel orgullo vanísimo de la gloria humana, en el que recibieron su recompensa, quienes ardieron con su gran deseo, y libraron guerras ardientes. ¿Acaso los campos de ellos no pagan tributos? ¿Acaso a ellos no se les permite aprender lo que a otros no se les permite? ¿Acaso no hay muchos senadores en otras tierras, que ni siquiera conocen Roma de vista? Quita la jactancia, y ¿qué son todos los hombres sino hombres? Lo cual, si la perversidad del siglo admitiera, que los más honorables fueran los mejores; ni así debería considerarse grande el honor humano, porque el humo no tiene peso. Pero usemos también en estas cosas el beneficio de nuestro Señor Dios: consideremos cuánto despreciaron, qué soportaron, qué codicias subyugaron por la gloria humana, quienes merecieron recibirla como recompensa de tales virtudes: y que esto también nos valga para oprimir la soberbia; para que cuando esa ciudad, en la que se nos ha prometido reinar, dista tanto de esta, cuanto dista el cielo de la tierra, la alegría temporal de la vida eterna, las alabanzas vanas de la gloria sólida, la sociedad de los mortales de la sociedad de los ángeles, la luz del sol y la luna de la luz de aquel que hizo el sol y la luna, no parezca que han hecho algo grande los ciudadanos de tan grande patria, si por alcanzarla han hecho algo de buena obra, o han soportado algunos males; cuando aquellos por esta terrena ya alcanzada hicieron tanto, soportaron tanto. Especialmente porque la remisión de los pecados, que reúne a los ciudadanos a la patria eterna, tiene algo que, por una cierta sombra, fue similar a aquel asilo de Rómulo, por el cual la multitud, con la que se fundaría aquella ciudad, se congregó con impunidad de cualquier delito.

CAPÍTULO XVIII.---Cuán ajenos a la jactancia deben estar los cristianos, si han hecho algo por el amor a la patria eterna, cuando los romanos hicieron tanto por la gloria humana y la ciudad terrena.

1. ¿Qué, pues, es grande por aquella patria eterna y celestial, despreciar todos los halagos de este siglo, por más agradables que sean, si por esta temporal y terrena Bruto pudo incluso matar a sus hijos, lo cual aquella no obliga a hacer a nadie? Pero ciertamente es más difícil matar a los hijos, que lo que por esta se debe hacer, dar a los pobres lo que parecía que debía ser reunido y guardado para los hijos, o, si surge una tentación que obliga a hacerlo por la fe y la justicia, perderlo. Pues ni a nosotros ni a nuestros hijos nos hacen felices las riquezas terrenas, que hemos de perder viviendo nosotros, o, muertos nosotros, poseídas por quienes no sabemos, o tal vez por quienes no queremos: sino que Dios nos hace felices, quien es la verdadera opulencia de las mentes. Pero a Bruto, porque mató a sus hijos, el poeta laudador le da testimonio de infelicidad. Pues dice: "Y el padre llamará a sus hijos que inician nuevas guerras a la pena por la hermosa libertad, infeliz, comoquiera que lo juzguen los menores". Pero en el verso siguiente consuela al infeliz: "Vence el amor a la patria y el inmenso deseo de alabanzas". (Eneida, lib. 6, vers. 820-823.) Estos son los dos, la libertad y el deseo de la alabanza humana, que impulsaron a los romanos a hechos admirables. Si, pues, por la libertad de los que han de morir y el deseo de alabanzas, que se buscan de los mortales, los hijos pudieron ser muertos por el padre; ¿qué es grande, si por la verdadera libertad, que nos hace libres del dominio de la iniquidad, la muerte y el diablo, y no por el deseo de alabanzas humanas, sino por la caridad de liberar a los hombres, no de un rey Tarquinio, sino de los demonios y el príncipe de los demonios, no se matan hijos, sino que los pobres de Cristo se cuentan entre los hijos?

2. Si otro príncipe romano, de nombre Torcuato, mató a su hijo, no porque luchara contra la patria, sino incluso por ella, pero porque lo hizo contra su mandato, es decir, contra lo que había ordenado el padre emperador, al ser provocado por un enemigo y luchar con ardor juvenil, aunque hubiera vencido, para que no fuera más el mal en el ejemplo del desprecio al mandato que el bien en la gloria del enemigo vencido: ¿por qué se jactan aquellos que, por las

leyes de la patria inmortal, desprecian todos los bienes terrenales, que se aman mucho menos que a los hijos? Si Furio Camilo, incluso habiendo sido condenado por sus rivales, liberó nuevamente a la ingrata patria de los galos, después de haberla liberado del yugo de los feroces enemigos veientinos, porque no tenía un lugar mejor donde pudiera vivir glorioso: ¿por qué se ensalza como si hubiera hecho algo grande aquel que, habiendo sufrido una grave injuria de deshonra por parte de enemigos carnales en la Iglesia, no se pasó a sus enemigos herejes ni fundó alguna herejía contra ella, sino que, en la medida de sus fuerzas, la defendió de la perniciosísima perversidad de los herejes; cuando no hay otro lugar, no donde se viva en la gloria de los hombres, sino donde se adquiera la vida eterna? Si Mucio, para que se hiciera la paz con el rey Porsena, quien oprimía a los romanos con una guerra gravísima, porque no pudo matar al propio Porsena y, engañado, mató a otro en su lugar, extendió su mano derecha sobre un altar ardiente ante sus ojos, diciendo que muchos como él habían conspirado para su destrucción; y Porsena, horrorizado por su valentía y la conspiración de tales hombres, se contuvo de esa guerra haciendo la paz sin demora: ¿quién atribuirá sus méritos al reino de los cielos, si por él no ofrece una mano, ni lo hace voluntariamente, sino sufriendo por la persecución de alguien, entrega todo su cuerpo a las llamas? Si Curcio, armado, se lanzó a caballo en un abismo de la tierra, sirviendo a los oráculos de sus dioses, porque habían ordenado que allí se enviara lo mejor que los romanos tuvieran, y no pudieron entender otra cosa que sobresalían en hombres y armas, por lo que era necesario que un hombre armado se precipitara a esa destrucción por mandato de los dioses: ¿qué dirá que ha hecho grande por la patria eterna aquel que, habiendo sufrido a un enemigo de su fe, no se lanzó voluntariamente a tal muerte, sino que fue enviado por él y murió; cuando recibió un oráculo más seguro de su Señor y del mismo rey de su patria, "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Mateo 10, 28)? Si los Decios, consagrándose de alguna manera con palabras ciertas para ser sacrificados, se ofrecieron para que, al caer ellos y aplacar la ira de los dioses con su sangre, el ejército romano fuera liberado; de ninguna manera se enorgullecen los santos mártires como si hubieran hecho algo digno por la participación en esa patria, donde la felicidad es eterna y verdadera, si hasta el derramamiento de su sangre, no solo amaron a sus hermanos por quienes se derramaba, sino también a sus enemigos, por quienes se derramaba, como se les había ordenado, luchando con la fe de la caridad y la caridad de la fe. Si Marco Pulvilo, dedicando el templo de Júpiter, Juno y Minerva, al recibir la falsa noticia de la muerte de su hijo por parte de envidiosos, para que perturbado por esa noticia se retirara y así su colega obtuviera la gloria de la dedicación, lo despreció tanto que incluso ordenó que fuera arrojado sin sepultura; y así, en su corazón, el dolor de la orfandad fue vencido por el deseo de gloria: ¿qué grandeza dirá que ha hecho por la predicación del santo Evangelio, por la cual los ciudadanos de la patria celestial son liberados y reunidos de diversos errores, a quien el Señor dijo, preocupado por la sepultura de su padre, "Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos" (Mateo 8, 22)? Si Marco Régulo, para no engañar con un juramento a los cruelísimos enemigos, regresó a ellos desde la misma Roma, porque, como se dice que respondió a los romanos que querían retenerlo, después de haber servido a los africanos, no podía tener allí la dignidad de un ciudadano honesto; y los cartagineses, porque había actuado contra ellos en el senado romano, lo mataron con gravísimos suplicios: ¿no son despreciables esos tormentos por la fe de aquella patria, a cuya felicidad conduce la misma fe? ¿O qué se le dará al Señor por todo lo que ha dado (Salmo 115, 12), si por la fe que se le debe a Él, un hombre ha sufrido tales cosas como las que Régulo sufrió por la fe que debía a los enemigos más perniciosos? ¿Cómo se atreverá a enaltecerse el cristiano por la pobreza voluntaria, para caminar más ligero en la peregrinación de esta vida por el camino que conduce a la patria, donde las verdaderas riquezas son Dios mismo, cuando escucha o lee sobre Lucio Valerio, quien murió en su consulado, siendo tan pobre que su sepultura fue costeada con monedas reunidas por el pueblo? O escucha o lee sobre Quincio Cincinato, quien poseía cuatro

yugadas de tierra y las cultivaba con sus propias manos, siendo llevado del arado para ser dictador, un honor mayor que el de cónsul; y habiendo vencido a los enemigos y alcanzado una gran gloria, permaneció en la misma pobreza. ¿O qué grandeza proclamará haber hecho, por no haber sido seducido por ninguna recompensa de este mundo de la sociedad de aquella patria eterna, cuando aprendió que Fabricio no pudo ser separado de la ciudad romana por los grandes regalos de Pirro, rey de los epirotas, ni siquiera por la promesa de una cuarta parte del reino, y prefirió permanecer allí en su pobreza como un ciudadano privado? Pues, aunque tenían una república, es decir, una cosa del pueblo, una cosa de la patria, una cosa común, opulentísima y riquísima, ellos mismos eran tan pobres en sus casas, que uno de ellos, que ya había sido cónsul dos veces, fue expulsado de ese senado de hombres pobres por una nota censoria, porque se descubrió que tenía diez libras de plata en vasos; así, ellos mismos eran pobres, cuyos triunfos enriquecían el tesoro público: ¿no comprenden todos los cristianos, que con un propósito más excelente hacen comunes sus riquezas, según lo que está escrito en los Hechos de los Apóstoles, para que se distribuya a cada uno según su necesidad; y nadie diga que algo es propio, sino que tengan todas las cosas en común (Hechos 2, 45; y 4, 32); que no deben ser llevados por ninguna jactancia al hacer esto para obtener la sociedad de los ángeles, cuando casi hicieron algo similar para conservar la gloria de los romanos?

3. Estas y otras cosas, si se encuentran de este tipo en sus escritos, ¿cuándo se darían a conocer, cuándo se proclamarían con tanta fama, si el imperio romano no se hubiera extendido ampliamente y se hubiera aumentado con magníficos éxitos? Por lo tanto, a través de ese imperio tan amplio y duradero, y glorioso por las virtudes de hombres tan grandes, se ha dado la recompensa que buscaban a su intención, y se nos han propuesto ejemplos de necesaria advertencia: para que, si no mantenemos las virtudes, de las cuales estas son de alguna manera similares, que ellos mantuvieron por la gloria de la ciudad terrena, por la ciudad gloriosísima de Dios, nos sintamos avergonzados; si las mantenemos, no nos enorgullezcamos: porque, como dice el Apóstol, "las aflicciones de este tiempo no son comparables con la gloria venidera que se revelará en nosotros" (Romanos 8, 18). En cuanto a la gloria humana y la vida del tiempo presente, la vida de ellos se consideraba suficientemente digna. Por lo tanto, incluso los judíos, que mataron a Cristo, al revelarse el Nuevo Testamento, que estaba velado en el Antiguo, para que Dios, el único y verdadero, no fuera adorado por beneficios terrenales y temporales, que la divina providencia concede mezclados a buenos y malos, sino por la vida eterna y los dones perpetuos y la sociedad de la misma ciudad celestial, fueron justamente superados por la gloria de estos; para que aquellos que buscaron y adquirieron la gloria terrena con cualesquiera virtudes, vencieran a aquellos que, con grandes vicios, mataron y rechazaron al dador de la verdadera gloria y de la ciudad eterna.

CAPÍTULO XIX.---Diferencia entre el deseo de gloria y el deseo de dominio.

Hay ciertamente una diferencia entre el deseo de la gloria humana y el deseo de dominio. Pues aunque es fácil que quien se deleita demasiado en la gloria humana también desee ardientemente dominar; sin embargo, quienes desean la verdadera gloria de las alabanzas humanas, se esfuerzan por no desagradar a quienes juzgan bien. Hay muchas cosas buenas en las costumbres, sobre las cuales muchos juzgan bien, aunque muchos no las posean: por esos bienes de las costumbres se esfuerzan por alcanzar la gloria y el imperio o dominio, de los cuales dice Salustio, "Pero él se esfuerza por el verdadero camino". Pero quien, sin el deseo de gloria, por el cual teme desagradar a quienes juzgan bien, desea dominar y gobernar, a menudo busca obtener lo que ama incluso a través de los crímenes más atroces. Por lo tanto, quien desea la gloria, o se esfuerza por el verdadero camino, o ciertamente lucha con engaños y falacias, queriendo parecer bueno, lo que no es (Salustio en Catilina). Y por eso, para quien

tiene virtudes, es una gran virtud despreciar la gloria; porque su desprecio está en la presencia de Dios, pero no se revela al juicio humano. Pues cualquier cosa que haga ante los ojos de los hombres, para que aparezca como despreciador de la gloria, si se cree que lo hace para mayor alabanza, es decir, para mayor gloria, no hay manera de mostrar a los que sospechan que es de otra manera de lo que sospechan. Pero quien desprecia los juicios de los que alaban, también desprecia la temeridad de los que sospechan: sin embargo, si es verdaderamente bueno, no desprecia su salvación; porque quien tiene virtudes del Espíritu de Dios es de tal justicia, que incluso ama a sus enemigos; y los ama de tal manera que desea tener corregidos a sus enemigos o detractores como compañeros; no en la patria terrena, sino en la celestial: en cuanto a sus alabadores, aunque desprecia lo que alaban, no desprecia lo que aman; ni quiere engañar a los que alaban, para no engañar a los que aman: por eso se esfuerza ardientemente para que más bien sea alabado aquel de quien el hombre tiene lo que en él se alaba justamente. Pero quien desprecia la gloria y es ávido de dominio, supera a las bestias ya sea por vicios de crueldad o de lujuria. Algunos romanos fueron así: pues, aunque perdieron el cuidado de la reputación, no carecieron del deseo de dominio. La historia revela que muchos fueron así: pero la cumbre de este vicio y casi una especie de fortaleza fue alcanzada por Nerón César; cuya lujuria fue tal que nada de él se temía como viril; tanta crueldad, que no se creía que tuviera nada de blando, si no se supiera. Sin embargo, incluso a tales no se les da el poder de dominar sino por la providencia del Dios supremo, cuando juzga que los asuntos humanos son dignos de tales señores. La voz divina es clara sobre este asunto, hablando la sabiduría de Dios: "Por mí reinan los reyes, y los tiranos por mí tienen la tierra" (Proverbios 8, 15). Pero para que no se piense que los tiranos son reyes no malvados e impíos, sino llamados fuertes por el antiguo nombre, de donde dice Virgilio, "Será parte de mi paz haber tocado la mano del tirano" (Eneida, libro 7, verso 266): se ha dicho claramente en otro lugar sobre Dios, "Que hace reinar al hombre hipócrita por la perversidad del pueblo" (Job 34, 30). Por lo tanto, aunque he expuesto, como he podido, por qué causa el único Dios verdadero y justo ayudó a los romanos, según una cierta forma de bondad de la ciudad terrena, a alcanzar la gloria de un imperio tan grande: sin embargo, puede haber otra causa más oculta, debido a los diversos méritos del género humano, más conocida por Dios que por nosotros; mientras quede claro entre todos los verdaderamente piadosos que nadie puede tener verdadera virtud sin verdadera piedad, es decir, sin el verdadero culto al verdadero Dios; ni es verdadera cuando sirve a la gloria humana. Sin embargo, aquellos que no son ciudadanos de la ciudad eterna, que en nuestras Sagradas Escrituras se llama la ciudad de Dios (Salmo 45, 5; y 47, 3 y 9, etc.), son más útiles para la ciudad terrena cuando tienen virtud, aunque sea la misma, que si no la tuvieran. Pero aquellos que, dotados de verdadera piedad, viven bien, si tienen el conocimiento de gobernar pueblos, nada es más feliz para los asuntos humanos que si, por la misericordia de Dios, tienen poder. Tales hombres no atribuyen sus virtudes, por grandes que sean en esta vida, sino a la gracia de Dios, que las ha dado a quienes quieren, creen y piden; y al mismo tiempo comprenden cuánto les falta para la perfección de la justicia, como es en la sociedad de los santos ángeles, a la cual se esfuerzan por adaptarse. Por mucho que se alabe y se proclame la virtud que sin verdadera piedad sirve a la gloria de los hombres, de ninguna manera se compara con los pequeños comienzos de los santos, cuya esperanza está puesta en la gracia y misericordia del verdadero Dios.

CAPÍTULO XX.---Tan vergonzoso es que las virtudes sirvan a la gloria humana como al placer del cuerpo.

Los filósofos que sitúan el fin del bien humano en la misma virtud suelen, para avergonzar a ciertos filósofos que aprueban las virtudes pero las miden por el fin del placer corporal y consideran que este debe ser buscado por sí mismo, mientras que aquellas por él, pintar una

especie de cuadro con palabras, donde el placer se sienta en un trono real como una especie de reina delicada; y las virtudes, como siervas, se someten a ella, observando su gesto para hacer lo que ella ordene: que ordene a la prudencia que investigue diligentemente cómo el placer puede reinar y estar a salvo; que ordene a la justicia que preste los beneficios que pueda para ganar amistades necesarias para los bienes corporales; que no haga daño a nadie, para que, al ofender las leyes, el placer no pueda vivir seguro; que ordene a la fortaleza que, si el dolor afecta al cuerpo, que no lo lleve a la muerte, mantenga firmemente a su señora, es decir, al placer, en la mente, para que, a través del recuerdo de sus delicias pasadas, mitigue los aguijones del dolor presente; que ordene a la templanza que tome solo la cantidad de alimentos y otras cosas que deleiten, para que, por la falta de moderación, no se altere la salud y se ofenda gravemente el placer, que los epicúreos consideran el mayor incluso en la salud del cuerpo. Así, las virtudes, con toda la dignidad de su gloria, sirven a una especie de mujer imperiosa e indigna, el placer. Dicen que no hay nada más ignominioso y deforme que esta pintura, y que el aspecto de los buenos no puede soportarlo: y dicen la verdad. Pero no creo que la pintura sea suficientemente decorosa si se imagina también de tal manera que las virtudes sirvan a la gloria humana. Aunque esta gloria no sea una mujer delicada, está inflada y tiene mucha vanidad. Por lo tanto, no sirve dignamente la solidez y firmeza de las virtudes, para que la prudencia no prevea nada, la justicia no distribuya nada, la fortaleza no tolere nada, la templanza no modere nada, sino para agradar a los hombres y servir a la gloria vana. Ni se defenderán de esta fealdad aquellos que, despreciando los juicios ajenos como despreciadores de la gloria, se consideran sabios y se complacen a sí mismos. Pues su virtud, si es que tienen alguna, está de otro modo sometida a la alabanza humana: porque quien se complace a sí mismo, también es un hombre. Pero quien, con verdadera piedad hacia Dios, a quien ama, cree y espera, se enfoca más en aquellas cosas en las que se desagrada a sí mismo que en aquellas, si las hay, que no le agradan tanto a él como a la verdad; ni atribuye lo que ya puede agradar sino a la misericordia de aquel a quien teme desagradar; agradeciendo por lo que ha sido sanado, orando por lo que debe ser sanado.

CAPÍTULO XXI.---El reino romano ha sido dispuesto por el verdadero Dios, de quien es todo poder, y cuya providencia gobierna todas las cosas.

Dado que esto es así, no atribuyamos el poder de dar reino e imperio sino al verdadero Dios, quien da la felicidad en el reino de los cielos solo a los piadosos; pero el reino terrenal tanto a los piadosos como a los impíos, como le place, a quien nada le place injustamente. Aunque hemos dicho algo que quiso que nos fuera revelado; sin embargo, es mucho para nosotros, y supera nuestras fuerzas, discutir los secretos de los hombres y juzgar claramente los méritos de los reinos. Por lo tanto, ese único Dios verdadero, que no abandona al género humano ni en juicio ni en ayuda, cuando quiso, y cuanto quiso, dio el reino a los romanos: quien lo dio a los asirios, o incluso a los persas, de quienes las letras de estos contienen que solo adoraban a dos dioses, uno bueno y otro malo: para no hablar del pueblo hebreo, del cual ya he dicho lo que me ha parecido suficiente, que no adoró a otro Dios que al único cuando reinó. El que dio a los persas las cosechas sin el culto de la diosa Segetia, quien dio otros dones de la tierra sin el culto de tantos dioses, a quienes estos asignaron a cada cosa individual, o incluso a varias cosas individuales; él también dio el reino sin el culto de aquellos por cuyo culto estos creyeron que reinaban. Así también a los hombres; quien a Mario, él mismo a Cayo César; quien a Augusto, él mismo también a Nerón; quien a los Vespasianos, tanto al padre como al hijo, los emperadores más amables, él mismo también a Domiciano, el más cruel: y para no tener que ir por cada uno, quien a Constantino cristiano, él mismo al apóstata Juliano: cuya excelente disposición fue engañada por el amor al dominio, la curiosidad sacrílega y detestable, a cuyos vanos oráculos estaba entregado, cuando, confiado en la seguridad de la

victoria, incendió las naves que llevaban el necesario sustento; luego, avanzando con fervor en empresas desmedidas, y pronto, merecidamente por su temeridad, fue asesinado, dejando al ejército necesitado en tierras hostiles, de modo que no pudo escapar de allí de otra manera, sino que los límites del imperio romano se movieron contra el augurio del dios Término, del cual hablamos en el libro anterior (Cap. 29). Pues el dios Término cedió a la necesidad, quien no había cedido a Júpiter. Estas cosas, ciertamente, el único y verdadero Dios las gobierna y dirige como le place: y si por causas ocultas, ¿acaso injustas?

CAPÍTULO XXII.---Los tiempos y los resultados de las guerras dependen del juicio de Dios.

Así también los tiempos mismos de las guerras, como están en su arbitrio y justo juicio y misericordia, pueden oprimir o consolar al género humano, de modo que unas se terminen más rápido y otras más lentamente. La guerra de los Piratas por Pompeyo y la tercera guerra Púnica por Escipión fueron concluidas con increíble rapidez y brevedad de tiempo. También la guerra de los gladiadores fugitivos, aunque muchos generales romanos y dos cónsules fueron vencidos, e Italia fue horriblemente devastada y arruinada, sin embargo, en el tercer año, después de muchos consumos, fue consumada. Los Picenos, Marsos y Pelignos, pueblos no extranjeros, sino itálicos, después de una larga y devotísima servidumbre bajo el yugo romano, intentaron levantar la cabeza hacia la libertad, ya con muchas naciones sometidas al imperio romano y Cartago destruida: en esta guerra itálica, los romanos fueron vencidos muchas veces, donde también perecieron dos cónsules y otros senadores muy nobles: sin embargo, este mal no se prolongó por mucho tiempo; pues el quinto año le puso fin. Pero la segunda guerra Púnica, con máximas pérdidas y calamidades para la república, durante dieciocho años debilitó y casi consumió las fuerzas romanas: en dos batallas cayeron casi setenta mil romanos. La primera guerra Púnica se llevó a cabo durante veintitrés años: la guerra Mitridática, cuarenta años. Y para que nadie piense que los comienzos de los romanos fueron más fuertes para llevar a cabo las guerras más rápidamente, en tiempos anteriores, muy alabados en toda virtud, la guerra Samnítica se prolongó casi cincuenta años: en esta guerra los romanos fueron vencidos de tal manera que incluso fueron enviados bajo el yugo. Pero como no amaban la gloria por la justicia, sino que parecían amar la justicia por la gloria, rompieron la paz y el tratado hecho. Esto lo menciono porque muchos, ignorantes de las cosas pasadas, algunos incluso disimuladores de su conocimiento, si ven que en tiempos cristianos alguna guerra se prolonga un poco más, inmediatamente atacan con gran insolencia nuestra religión, exclamando que, si no existiera, y se adoraran los dioses con el antiguo rito, ya con aquella virtud romana, que con la ayuda de Marte y Bellona concluyó tan rápidamente tantas guerras, también esta se terminaría muy rápidamente. Recuerden, pues, quienes han leído cuán largas guerras, con cuán diversos eventos, con cuán dolorosas derrotas fueron llevadas a cabo por los antiguos romanos, como suele el mundo ser sacudido como un mar tempestuoso por la variada tormenta de tales males: y, aunque no quieran, alguna vez admitan, y no se destruyan a sí mismos con lenguas insensatas contra Dios, y no engañen a los ignorantes.

CAPÍTULO XXIII.---De la guerra en la que Radagaiso, rey de los godos, adorador de demonios, fue vencido en un solo día con sus ingentes tropas.

Lo que sin embargo en nuestra memoria reciente Dios hizo de manera maravillosa y misericordiosa, no lo recuerdan con acción de gracias; sino que, en la medida de lo posible, intentan sepultarlo en el olvido de todos los hombres: lo cual, si callamos, seremos igualmente ingratos. Cuando Radagaiso, rey de los godos, con un ejército ingente e inmenso ya establecido en las cercanías de la ciudad, amenazaba las cabezas romanas, fue vencido en

un solo día con tal rapidez, que sin que uno solo, no digo muerto, sino herido de los romanos, más de cien mil de su ejército fueron abatidos, y él mismo con sus hijos fue capturado y muerto con el castigo debido. Pues si aquel tan impío con tantas y tan impías tropas hubiera entrado en Roma, ¿a quién habría perdonado? ¿A qué lugares de los mártires habría rendido honor? ¿En qué persona habría temido a Dios? ¿De quién no habría derramado sangre, de quién habría querido dejar intacta la castidad? ¿Qué voces habrían tenido estos por sus dioses, con cuánta insolencia se habrían jactado de que él había vencido, de que había podido tanto, porque con sacrificios diarios aplacaba e invitaba a los dioses, lo que la religión cristiana no permitía a los romanos hacer? Pues cuando ya se acercaba a estos lugares, donde fue oprimido por el mandato de la suprema majestad, mientras su fama se extendía por todas partes, se decía en Cartago que los paganos creían, difundían, proclamaban que él, protegido y ayudado por los dioses amigos, a quienes se decía que sacrificaba diariamente, no podía ser vencido por aquellos que no hacían tales sacrificios a los dioses romanos, ni permitían que nadie los hiciera. Y no dan gracias, miserables, a la gran misericordia de Dios, quien, cuando había decidido castigar con la irrupción bárbara las costumbres de los hombres dignos de sufrir cosas más graves, moderó su indignación con tanta mansedumbre, que primero hizo que fuera vencido de manera maravillosa, para que no se diera gloria a los demonios, a quienes se sabía que él suplicaba, para derribar las almas de los débiles; luego, que Roma fuera capturada por estos bárbaros, quienes, contra toda costumbre de guerras anteriores, protegieron con reverencia cristiana a los que se refugiaban en los lugares sagrados, y se opusieron a los demonios y a los ritos de sacrificios impíos, de los cuales él había presumido, de tal manera que parecían librar una guerra mucho más feroz con ellos que con los hombres: así el verdadero Señor y gobernador de las cosas castigó a los romanos con misericordia, y mostró a los suplicantes de los demonios, increíblemente vencidos, que aquellos sacrificios no eran necesarios para la salvación de las cosas presentes; para que por aquellos que no contienden obstinadamente, sino que atienden prudentemente, no se abandone la verdadera religión por las necesidades presentes, y más bien se mantenga con la más fiel expectativa de la vida eterna.

CAPÍTULO XXIV.---Cuál es la verdadera felicidad de los emperadores cristianos.

No decimos que algunos emperadores cristianos sean felices porque hayan gobernado por más tiempo, o porque dejando hijos gobernantes murieron en paz, o porque sometieron a los enemigos de la república, o porque pudieron prever y oprimir a los ciudadanos enemigos que se levantaban contra ellos. Estos y otros dones o consuelos de esta vida llena de sufrimientos, también algunos adoradores de demonios merecieron recibir, quienes no pertenecen al reino de Dios, al que pertenecen estos: y esto fue hecho por la misericordia de Él mismo, para que no desearan estas cosas como los mayores bienes de Él, quienes creyeran en Él. Pero los llamamos felices si gobiernan justamente, si entre las lenguas de los que los honran sublimemente y las obsequiosidades de los que los saludan con demasiada humildad no se enaltecen, sino que recuerdan que son hombres; si hacen que su poder sirva principalmente para la expansión del culto a Dios; si temen, aman y adoran a Dios; si aman más aquel reino donde no temen tener consortes; si tardan en vengarse, perdonan fácilmente; si ejercen la venganza por la necesidad de gobernar y proteger la república, no para saciar odios de enemistades; si otorgan el perdón no para la impunidad de la iniquidad, sino para la esperanza de corrección; si lo que se ven obligados a decretar con severidad, lo compensan con la suavidad de la misericordia y la generosidad de los beneficios; si la lujuria es tanto más castigada en ellos cuanto podría ser más libre; si prefieren gobernar sus malas pasiones que a cualquier pueblo; y si hacen todas estas cosas, no por el ardor de la vana gloria, sino por el amor a la felicidad eterna: si por sus pecados no descuidan ofrecer a su verdadero Dios el

sacrificio de humildad, misericordia y oración. Tales emperadores cristianos decimos que son felices por ahora en esperanza, y después lo serán en realidad, cuando llegue lo que esperamos.

CAPÍTULO XXV.---De las prosperidades que Dios concedió al emperador cristiano Constantino.

Porque el buen Dios, para que los hombres que creyeran que debía ser adorado por la vida eterna, no pensaran que estas grandezas y reinos terrenales no podían ser alcanzados por nadie, a menos que suplicara a los demonios, ya que estos espíritus tenían mucho poder en tales cosas, llenó al emperador Constantino, que no suplicaba a los demonios, sino que adoraba al verdadero Dios, con tantos dones terrenales como nadie se atrevería a desear: a quien también le permitió fundar una ciudad, compañera del imperio romano, como hija de la misma Roma, pero sin ningún templo o imagen de demonios. Gobernó por mucho tiempo, un solo Augusto sostuvo y defendió todo el mundo romano; fue muy victorioso en la administración y conducción de las guerras; en la opresión de los tiranos prosperó en todo; murió anciano por enfermedad y vejez; dejó hijos gobernantes. Pero nuevamente, para que ningún emperador fuera cristiano con el fin de merecer la felicidad de Constantino, ya que cada uno debe ser cristiano por la vida eterna; Joviano fue arrebatado mucho más rápidamente que Juliano; a Graciano se le permitió ser asesinado por la espada de un tirano; mucho más suavemente, sin duda, que a Pompeyo el Grande, que adoraba a los dioses romanos. Pues aquel no pudo ser vengado por Catón, a quien había dejado como heredero de la guerra civil: pero este, aunque las almas piadosas no requieren tales consuelos, fue vengado por Teodosio, a quien había hecho partícipe del reino, teniendo un hermano pequeño; más ávido de una sociedad fiel que de un poder excesivo.

CAPÍTULO XXVI.---De la fe y piedad del Augusto Teodosio.

1. Por lo tanto, él no solo mantuvo la fidelidad que debía mientras vivía, sino que también, después de su muerte, acogió al joven Valentiniano, hermano de Graciano, expulsado por su asesino Máximo, en las partes de su imperio como un cristiano, lo cuidó con afecto paternal, a quien, despojado de todos los recursos, podría haber eliminado sin dificultad, si hubiera estado más ansioso por la expansión de su dominio que por la caridad de hacer el bien: por lo cual, más bien, lo acogió, conservando su dignidad imperial, y lo consoló con su humanidad y gracia. Luego, cuando el éxito hacía temible a Máximo, él no cayó en curiosidades sacrílegas e ilícitas en sus angustias, sino que envió a Juan, establecido en el desierto de Egipto, a quien había aprendido por la creciente fama que estaba dotado del espíritu de profecía, y recibió de él un mensaje de victoria muy seguro. Pronto, habiendo destruido al tirano Máximo, restituyó con la más misericordiosa veneración al joven Valentiniano a las partes de su imperio de donde había sido expulsado: y, ya sea por insidias, o por otro medio o casualidad, habiendo sido eliminado, otro tirano, Eugenio, que había sido subrogado ilegítimamente en el lugar de aquel emperador, habiendo recibido nuevamente una respuesta profética, lo oprimió con fe cierta, contra cuyo ejército más robusto luchó más orando que golpeando. Los soldados que estaban presentes nos contaron que les fueron arrebatadas de las manos todas las cosas que lanzaban, cuando un fuerte viento soplaba desde las partes de Teodosio hacia los adversarios, y no solo arrebataba con gran rapidez todo lo que se lanzaba contra ellos, sino que también devolvía sus armas a sus cuerpos. Por lo cual, incluso el poeta Claudiano, aunque ajeno al nombre de Cristo, en sus alabanzas dijo: "¡Oh, demasiado amado por Dios, a quien Eolo desde las cavernas lanza tormentas armadas; a quien el cielo milita, y los vientos conjurados acuden a las trompetas!" (En el Panegírico del tercer consulado de Honorio, vers. 96-98). Victorioso, como había creído y predicho, depuso las imágenes de

Júpiter, que habían sido consagradas contra él con no sé qué ritos, y establecidas en los Alpes: y sus rayos, porque eran de oro, a los corredores que bromeaban (lo que permitía aquella alegría) y decían que querían ser fulminados por ellos, se los donó con alegría y benevolencia. A los hijos de sus enemigos, que no por su orden, sino por el ímpetu de la guerra, habían sido arrebatados, incluso no siendo aún cristianos, refugiándose en la iglesia, quiso que se hicieran cristianos por esta ocasión, y los amó con caridad cristiana; no los privó de sus bienes, y los aumentó con honores. No permitió que las enemistades privadas prevalecieran sobre nadie después de la victoria. Las guerras civiles, no como Cinna y Mario y Sila y otros tales, que ni siquiera quisieron terminar cuando ya habían terminado, sino que más bien lamentó que hubieran surgido que quiso dañar a alguien cuando terminaron. Entre todas estas cosas, desde el mismo inicio de su imperio, no cesó de ayudar a la Iglesia, que Valente, el hereje que favorecía a los arrianos, había afligido gravemente, con leyes justísimas y misericordiosísimas contra los impíos: de cuya Iglesia se alegraba más de ser miembro que de reinar en la tierra. Ordenó que se derribaran en todas partes las imágenes de los gentiles, entendiendo bien que los dones terrenales no estaban en el poder de los demonios, sino del verdadero Dios. Pero, ¿qué fue más admirable que su religiosa humildad, cuando, en el gravísimo crimen de los tesalonicenses, a quienes ya, intercediendo los obispos, había prometido indulgencia, fue obligado por el tumulto de algunos que lo rodeaban a vengarse, y, coaccionado por la disciplina eclesiástica, hizo penitencia de tal manera que el pueblo orante se sintió más elevado al ver su majestad imperial postrada, que temeroso al verla iracunda? Estas y otras obras buenas, que sería largo enumerar, llevó consigo de este vapor temporal de cualquier cumbre y sublimidad humana; cuya recompensa es la felicidad eterna, cuyo dador es Dios solo para los verdaderamente piadosos. Las demás cosas de esta vida, ya sean cumbres o ayudas, como el mismo mundo, la luz, los aires, las tierras, las aguas, los frutos, el alma misma del hombre, el cuerpo, los sentidos, la mente, la vida, las concede a buenos y malos: entre las cuales está también cualquier magnitud del imperio, que dispensa según la gobernación de los tiempos.

2.---[XXVII.] Por lo tanto, ya veo que también debe responderse a aquellos que, confutados y convencidos por pruebas muy claras, que muestran que la multitud de falsos dioses no sirve de nada para estas cosas temporales, que solo los necios desean tener, intentan afirmar que no deben ser adorados por la utilidad de la vida presente, sino por la que será después de la muerte. Pues a estos que quieren adorar vanamente por las amistades de este mundo, y se quejan de no ser permitidos en sus pueriles sentimientos, creo que estos cinco libros han respondido suficientemente. De los cuales, cuando publiqué los tres primeros, y comenzaron a estar en manos de muchos, escuché que algunos estaban preparando no sé qué respuesta contra ellos escribiendo. Luego me llegó que ya habían escrito, pero buscaban un tiempo en el que pudieran publicarlo sin peligro. A quienes advierto que no deseen lo que no les conviene. Pues es fácil para cualquiera parecer haber respondido, quien no ha querido callar. ¿O qué es más locuaz que la vanidad? que no por eso puede lo que la verdad, porque, si quiere, también puede gritar más que la verdad. Pero consideren todo cuidadosamente: y si acaso, juzgando sin parcialidad, perciben que son tales que pueden ser más bien ridiculizados que refutados con la más impudente charlatanería y una ligereza casi satírica o mímica, contengan sus tonterías; y elijan más bien ser corregidos por los prudentes que alabados por los imprudentes. Pues si no esperan la libertad de decir la verdad, sino la licencia de maldecir, que no les suceda lo que Cicerón dijo de uno que era llamado feliz por la licencia de pecar: ¡Oh, miserable, a quien se le permitía pecar! Por lo tanto, quienquiera que sea, que se cree feliz por la licencia de maldecir, será mucho más feliz si no se le permite en absoluto: ya que puede, dejando de lado la vanidad de la jactancia, incluso en este tiempo, como si fuera por el deseo de consultar, contradecir lo que quiera; y cuanto puedan, escuchar honestamente,

gravemente, libremente lo que conviene de aquellos a quienes consulta con amistosa discusión.

LIBRO SEXTO. Hasta aquí contra aquellos que creen que los dioses deben ser adorados por esta vida temporal: ahora, sin embargo, contra aquellos que creen que el culto debe serles rendido por la vida eterna: a quienes Agustín, en los cinco libros siguientes, refutará, mostrando aquí en primer lugar la opinión que tenía de los dioses el mismo Varrón, escritor muy recomendado de la teología gentil. Presenta tres tipos de teología según el mismo: fabulosa, natural y civil: y luego demuestra que ni la fabulosa ni la civil contribuyen a la felicidad de la vida futura.

PREFACIO.

En los cinco libros anteriores, creo haber discutido suficientemente contra aquellos que piensan que muchos dioses falsos, que la verdad cristiana demuestra ser inútiles simulacros, o espíritus inmundos y demonios perniciosos, o ciertamente criaturas, no el Creador, deben ser venerados y adorados por el rito y servidumbre que en griego se llama λατρεία, y que se debe solo al verdadero Dios, por la utilidad de esta vida mortal y de las cosas terrenales. Y, ¿quién no sabe que para una necedad o terquedad excesiva, ni estos cinco libros, ni otros de cualquier número, pueden ser suficientes? cuando se considera una gloria de la vanidad no ceder a ninguna fuerza de la verdad; para la ruina, por supuesto, de aquel a quien domina un vicio tan inmenso. Pues también contra toda la industria del que cuida, no por la mala medicina, sino por el enfermo incurable, la enfermedad es invencible. Pero aquellos que, sin ninguna o no con gran y excesiva obstinación del antiguo error, entienden y consideran lo que leen, juzgarán más fácilmente que hemos satisfecho más de lo que la necesidad de la cuestión requería con este número de cinco volúmenes terminados, que hemos discutido menos; y no podrán dudar que toda la envidia que los ignorantes intentan hacer a la religión cristiana por las calamidades de esta vida y la destrucción y cambio de las cosas terrenales, no solo es disimulada, sino también favorecida contra su conciencia por los doctos, a quienes posee una impiedad insana, es completamente vana para el pensamiento y la razón recta, y llena de la más leve temeridad y la más perniciosa animosidad.

CAPÍTULO PRIMERO.---De aquellos que dicen que no adoran a los dioses por la vida presente, sino por la eterna.

1. Ahora, pues, ya que en adelante, como lo requiere el orden prometido, también deben ser refutados y enseñados aquellos que sostienen que no por esta vida, sino por la que será después de la muerte, deben ser adorados los dioses de los gentiles, que la religión cristiana destruye; me place tomar el inicio de mi disputa de un oráculo verídico del santo Salmo: "Bienaventurado aquel cuyo Dios es el Señor, y no miró a las vanidades y locuras mentirosas" (Salmo XXXIX, 5). Sin embargo, en todas las vanidades y locuras mentirosas, es mucho más tolerable escuchar a los filósofos, a quienes les desagradaron estas opiniones y errores de los pueblos: quienes establecieron imágenes para las deidades, y muchas cosas falsas e indignas de aquellos a quienes llaman dioses inmortales, ya sea que las inventaron, o creyeron en las inventadas, y las creídas las mezclaron con el culto de ellos y los ritos sagrados. Con estos hombres, que, aunque no predicando libremente, al menos de alguna manera en las disputas murmurando, testificaron que desaprobaban tales cosas, no se trata tan inconvenientemente esta cuestión: si no debe ser adorado un solo Dios, que hizo toda la creación espiritual y corporal, por la vida que será después de la muerte, sino muchos dioses, que algunos de los mismos filósofos, más excelentes y nobles que los demás, consideraron hechos por aquel único y sublimemente colocados.

2. ¿Quién podría tolerar que se diga y se afirme que aquellos dioses, de los cuales mencioné algunos en el cuarto libro (Capítulos 11 y 21), a quienes se les asignan tareas específicas para asuntos insignificantes, pueden otorgar la vida eterna a alguien? ¿Acaso aquellos hombres muy sabios y agudos, que se glorían de haber enseñado como un gran beneficio, para que se supiera a qué dios se debe suplicar y qué se debe pedir a cada uno, no serán autores de que alguien, al suplicar a los dioses inmortales, cuando pida vino a las Lymphas y estas le respondan: "Nosotras tenemos agua, pide esto a Libero", pueda decir correctamente: "Si no tienen vino, al menos denme la vida eterna"? ¿Qué puede ser más monstruoso que esta absurdité? ¿No responderán aquellas, riendo (pues suelen ser propensas a la risa), si no intentan engañar como demonios, al suplicante: "Oh hombre, ¿crees que tenemos en nuestro poder la vida, cuando oyes que no tenemos ni siquiera una vid?" Por lo tanto, es de una estupidez impudentísima pedir o esperar la vida eterna de tales dioses, quienes se dice que protegen las pequeñas partes de esta vida tan penosa y brevísima, y si se pide a uno lo que está bajo la tutela y poder de otro, es tan inconveniente y absurdo que parece muy similar a la burla de una mímica. Cuando esto lo hacen los mimos sabiendo, son justamente ridiculizados en el teatro; pero cuando lo hacen los necios ignorantes, son más dignamente ridiculizados en el mundo. Por lo tanto, a qué dios o diosa se debe suplicar, en cuanto a esos dioses que las ciudades han instituido, ha sido hábilmente descubierto y consignado a la memoria por los doctos; qué se debe pedir a Libero, por ejemplo, qué a las Lymphas, qué a Vulcano, y así a los demás, algunos de los cuales mencioné en el cuarto libro, y otros consideré que debían ser omitidos. Ahora bien, si pedir vino a Ceres, pan a Libero, agua a Vulcano, fuego a las Lymphas es un error, ¿cuánto más debe entenderse que es un delirio mayor suplicar a cualquiera de estos por la vida eterna?

3. Por lo tanto, si, cuando preguntábamos sobre el reino terrenal, a qué dioses o diosas se debía creer que podían conferirlo a los hombres, después de haber examinado todo, se demostró que era completamente ajeno a la verdad pensar que cualquiera de esos muchos y falsos dioses pudiera siquiera otorgar reinos terrenales: ¿no es de una impiedad insana creer que la vida eterna, que sin duda alguna debe ser preferida a todos los reinos terrenales, pueda ser dada a alguien por cualquiera de ellos? Pues tales dioses no se consideraron incapaces de dar un reino terrenal porque fueran grandes y excelsos, y este algo pequeño y despreciable que no se dignarían cuidar en su gran sublimidad. Pero por mucho que, considerando la fragilidad humana, cualquiera con razón desprecie los efímeros ápices del reino terrenal; tales dioses aparecieron tan indignos que no deberían serles confiadas ni siquiera estas cosas para ser dadas y conservadas. Y por lo tanto, si (como los dos libros anteriores han demostrado) ningún dios de esa multitud, ya sea de los plebeyos o de los nobles dioses, es idóneo para dar reinos mortales a los mortales, ¿cuánto menos puede hacer inmortales a los mortales?

4. Además, si ya tratamos con aquellos que creen que los dioses deben ser adorados no por esta vida, sino por la que vendrá después de la muerte, ya ni siquiera por aquellas cosas que se atribuyen a la potestad de tales dioses como si estuvieran divididas y propias, no por razón de verdad, sino por opinión de vanidad, deben ser adorados; como creen aquellos que sostienen que su culto es necesario para las utilidades de esta vida mortal: contra quienes ya he discutido suficientemente en los cinco volúmenes precedentes, tanto como pude. Dado que esto es así, si la edad de aquellos que adoraran a la diosa Juventud floreciera más notablemente; y sus despreciadores murieran dentro de los años de juventud, o en ella se enfriaran como en un letargo senil: si la Fortuna barbada vistiera más espléndida y festivamente a sus adoradores; y aquellos que la despreciaran aparecieran lampiños o mal barbados: incluso así diríamos con toda razón que estas diosas individuales pueden llegar

hasta aquí, limitadas de alguna manera por sus oficios; y por lo tanto, no se debe pedir la vida eterna a Juventud, que no da barba; ni se debe esperar algo bueno después de esta vida de la Fortuna barbada, cuya potestad en esta vida no es tal que al menos proporcione esa misma edad que se adorna con barba. Ahora bien, cuando su culto no es necesario ni siquiera por estas mismas cosas que se cree que les están sometidas; porque muchos que adoran a la diosa Juventud no han florecido en esa edad, y muchos que no la adoran gozan del vigor de la juventud; asimismo, muchos suplicantes de la Fortuna barbada no han podido alcanzar ni siquiera una barba deforme, y aquellos que la veneran por obtener barba son ridiculizados por sus despreciadores barbudos: ¿acaso el corazón humano es tan insensato que, conociendo que el culto de estos dioses es vano y ridículo por estos mismos dones temporales y rápidamente pasajeros, que se dice que cada uno preside, cree que es fructuoso para la vida eterna? Ni siquiera aquellos que, para que fueran adorados por los pueblos insensatos, les atribuyeron estas obras temporales, se atrevieron a decir que podían darla, ya que, al considerarlos demasiados, dividieron minuciosamente estas tareas para que ninguno de ellos quedara ocioso.

CAPÍTULO II.---Qué se debe creer que pensaba Varrón sobre los dioses de las naciones, cuyos géneros y cultos reveló de tal manera que sería más reverente con ellos si no dijera nada en absoluto.

¿Quién investigó estas cosas con más curiosidad que Marco Varrón? ¿Quién las descubrió con más erudición? ¿Quién las consideró con más atención? ¿Quién las distinguió con más agudeza? ¿Quién las escribió con más diligencia y plenitud? Aunque es menos agradable en elocuencia, está tan lleno de doctrina y sentencias que en toda la erudición, que nosotros llamamos secular y ellos liberal, enseña tanto al estudioso de las cosas como Cicerón deleita al estudioso de las palabras. Finalmente, el mismo Tulio le da tal testimonio que en los libros Académicos dice que la discusión que allí se desarrolla la tuvo con Marco Varrón, "hombre", dice, "de todos el más agudo con facilidad, y sin duda el más docto". No dice, "el más elocuente" o "el más facundo", ya que en esta facultad es muy inferior; sino "de todos, el más agudo con facilidad". Y en esos libros, es decir, los Académicos, donde sostiene que todo debe ser dudado, añade "sin duda el más docto". De hecho, sobre este asunto estaba tan seguro que eliminó la duda que suele aplicar a todo, como si, al discutir sobre esto uno, incluso por la duda de los Académicos, se hubiera olvidado de ser Académico. En el primer libro, al alabar las obras literarias del mismo Varrón, dice: "Nosotros, peregrinando y errando en nuestra ciudad como huéspedes, tus libros nos han devuelto como a casa, para que pudiéramos reconocer alguna vez quiénes y dónde éramos. Tú has revelado la edad de la patria, las descripciones de los tiempos, las leyes de los sagrados, los sacerdotes, la disciplina doméstica y pública, la sede de las regiones, los lugares, los nombres, géneros, oficios y causas de todas las cosas divinas y humanas" (Cicerón, libro 1, capítulo 3, de Cuestiones Académicas). Este hombre, tan insigne y de tan excelente pericia, y lo que también Terenciano dice brevemente con un versículo elegantísimo, "Varro, el hombre más docto de donde sea" (Sobre los metros, en la sección sobre los versos falecios), que leyó tanto que nos asombra que tuviera tiempo para escribir algo; escribió tanto que apenas creemos que alguien pudiera haber leído tanto: este hombre, digo, tan grande en ingenio y doctrina, si fuera un opositor y destructor de las cosas divinas sobre las que escribe, y dijera que no pertenecen a la religión sino a la superstición, no sé si escribiría tantas cosas en ellas que merecen ser ridiculizadas, despreciadas y detestadas. Pero como adoró a esos mismos dioses y consideró que debían ser adorados, al punto de decir en esa misma obra literaria que teme que perezcan, no por incursión hostil, sino por negligencia de los ciudadanos, de la cual dice que los libera como de una ruina, y que los guarda y conserva en la memoria de los buenos con libros de

este tipo con un cuidado más útil que el que Metelo liberó los sagrados de Vesta del incendio, y Eneas los penates de la destrucción de Troya; y sin embargo, transmite para ser leídas por los siglos cosas que con razón deben ser rechazadas por sabios e insensatos, y juzgadas como enemigas de la verdad de la religión: ¿qué debemos pensar, sino que este hombre agudísimo y peritísimo, aunque no libre por el Espíritu Santo, fue oprimido por la costumbre y las leyes de su ciudad; y sin embargo, no quiso callar aquellas cosas que lo movían, bajo la apariencia de recomendar la religión?

CAPÍTULO III.---Cuál es la división de los libros de Varrón, que compuso sobre las Antigüedades de las cosas humanas y divinas.

Escribió cuarenta y un libros de Antigüedades: los dividió en cosas humanas y divinas, asignando veinticinco a las humanas y dieciséis a las divinas: siguiendo esta razón en esa partición, para dar seis libros de las cosas humanas a cada una de las cuatro partes. Pues se propuso quiénes actúan, dónde actúan, cuándo actúan, qué actúan. Así que en los primeros seis escribió sobre los hombres, en los segundos seis sobre los lugares, los terceros seis sobre los tiempos, y los últimos seis sobre las cosas. Cuatro veces seis son veinticuatro. Pero colocó uno singular, que hablara primero de todo, al principio. En las cosas divinas, de nuevo, se mantuvo la misma forma de división, en cuanto a lo que se debe ofrecer a los dioses: pues se ofrecen por los hombres en lugares y tiempos sagrados. Abarcó estos cuatro en tres libros: pues escribió los tres primeros sobre los hombres, los siguientes sobre los lugares, los terceros sobre los tiempos, y los cuartos sobre los sagrados; recomendando con una distinción muy sutil quiénes ofrecen, dónde ofrecen, cuándo ofrecen, qué ofrecen. Pero como debía decir, y era lo más esperado, a quiénes ofrecen, también escribió tres últimos sobre los mismos dioses, para que cinco veces tres fueran quince. Pero son todos, como dijimos, dieciséis: porque al principio de estos también añadió uno singular, que hablara primero de todo: una vez concluido este, subdividió los tres precedentes, que pertenecen a los hombres, de tal manera que el primero trata de los pontífices, el segundo de los augures, el tercero de los quindecimviros de los sagrados. Los segundos tres, que pertenecen a los lugares; de modo que en uno de ellos habla de los santuarios, en otro de los templos sagrados, y en el tercero de los lugares religiosos. Los tres que siguen, y pertenecen a los tiempos, es decir, a los días festivos; de modo que uno de ellos trata de las ferias, otro de los juegos circenses, y el tercero de los escénicos. De los tres cuartos, que pertenecen a los sagrados, uno trata de las consagraciones, otro de los sagrados privados, y el último de los públicos. Esta especie de pompa de servicios en los tres que quedan, los dioses mismos siguen al final, a quienes se ha dedicado todo este culto: en el primero, los dioses ciertos, en el segundo, los inciertos, en el tercero y último de todos, los dioses principales y selectos.

CAPÍTULO IV.---Que de la discusión de Varrón entre los adoradores de los dioses, las cosas humanas se encuentran más antiguas que las divinas.

1. En toda esta serie de distribución y distinción bellísima y sutilísima, buscar y esperar en vano la vida eterna, y desearla impudentemente, por lo que ya hemos dicho y lo que se dirá a continuación, es fácilmente evidente para cualquier hombre que no sea enemigo de sí mismo con un corazón obstinado. Pues estas son instituciones de hombres o de demonios: no de los que ellos llaman demonios buenos; sino, para hablar más claramente, de espíritus inmundos y sin duda malignos, que con una envidia admirable y oculta insertan en las mentes de los impíos opiniones nocivas, por las cuales el alma humana se desvanece más y más, y no puede ser adaptada y adherida a la verdad inmutable y eterna. Este mismo Varrón testifica que escribió primero sobre las cosas humanas y después sobre las divinas, porque las divinas fueron instituidas por los hombres. Pero la verdadera religión no fue instituida por ninguna

ciudad terrenal; sino que claramente instituyó la ciudad celestial: y esta la inspira y enseña el verdadero Dios, dador de la vida eterna, a sus verdaderos adoradores.

2. [IV.] La razón de Varrón, confesando que escribió primero sobre las cosas humanas y después sobre las divinas, porque estas divinas fueron instituidas por los hombres, es esta: "Así como el pintor es anterior a la tabla pintada, el artesano es anterior al edificio; así las ciudades son anteriores a las cosas que las ciudades han instituido". Dice que habría escrito primero sobre los dioses y después sobre los hombres, si escribiera sobre toda la naturaleza de los dioses. Como si aquí escribiera sobre alguna, y no sobre toda; o como si alguna, aunque no toda, naturaleza de los dioses no debiera ser anterior a la de los hombres. ¿Qué pasa con esos tres últimos libros, donde explica diligentemente a los dioses ciertos, inciertos y selectos, que parece no haber omitido ninguna naturaleza de los dioses? ¿Qué es entonces lo que dice: "Si escribiéramos sobre toda la naturaleza de los dioses y de los hombres, habríamos completado primero las cosas divinas antes de tocar las humanas"? O escribe sobre toda la naturaleza de los dioses, o sobre alguna, o sobre ninguna en absoluto. Si sobre toda, ciertamente debe ser preferida a las cosas humanas: si sobre alguna, ¿por qué no también esa parte debe preceder a las humanas? ¿O es indigna de ser preferida incluso a toda la naturaleza de los hombres alguna parte de los dioses? Si es mucho que alguna parte divina sea preferida a todas las cosas humanas, al menos es digna de ser preferida a los romanos: pues escribió los libros de las cosas humanas, no en cuanto al mundo entero, sino en cuanto solo a Roma. Sin embargo, dijo que con razón los había antepuesto a los libros de las cosas divinas, como el pintor a la tabla pintada, como el artesano al edificio; confesando abiertamente que también estas cosas divinas, como la pintura, como la estructura, fueron instituidas por los hombres. Queda entonces que se entienda que no escribió sobre ninguna naturaleza de los dioses; ni quiso decirlo abiertamente, sino dejarlo a la comprensión de los entendidos. Pues donde se dice "no toda", usualmente se entiende alguna: pero también puede entenderse ninguna; ya que lo que no es nada, no es ni todo ni algo. Pues, como él mismo dice, si fuera toda la naturaleza de los dioses sobre la que escribiera, debería ser preferida en el orden de escritura a las cosas humanas: pero como la verdad clama incluso sin que él lo diga, ciertamente debería ser preferida a las cosas romanas, incluso si no fuera toda, sino al menos alguna: pero con razón se pospone; por lo tanto, no es ninguna. No quiso, por lo tanto, anteponer las cosas humanas a las divinas, sino que no quiso anteponer las cosas falsas a las verdaderas. Pues en lo que escribió sobre las cosas humanas, siguió la historia de los hechos: pero lo que escribió sobre estas, que llama divinas, ¿qué sino opiniones de cosas vanas? Esto es, sin duda, lo que quiso mostrar con una sutil señalización; no solo escribiendo sobre estas después de aquellas, sino también dando una razón de por qué lo hizo. Si hubiera guardado silencio sobre esto, tal vez otros lo defenderían de otra manera. Pero en esa misma razón que dio, no dejó nada para que otros lo supusieran a su antojo, y probó suficientemente que puso a los hombres antes que las instituciones de los hombres, no la naturaleza de los hombres antes que la naturaleza de los dioses. Así confesó que escribió los libros de las cosas divinas, no sobre la verdad que pertenece a la naturaleza, sino sobre la falsedad que pertenece al error. Lo cual puso más claramente en otro lugar, como mencioné en el cuarto libro (Capítulo 31, n. 1), que habría escrito según la fórmula de la naturaleza si él mismo fundara una nueva ciudad; pero como ya encontró una antigua, no pudo sino seguir su costumbre.

CAPÍTULO V.---Sobre los tres géneros de teología según Varrón, a saber, uno fabuloso, otro natural, y el tercero civil.

1. Luego, ¿qué es eso de que dice que hay tres géneros de teología, es decir, de la razón que se explica sobre los dioses, y que uno de ellos se llama mythicon, otro physicon, y el tercero civil? En latín, si el uso lo permitiera, llamaríamos al género que puso primero "fabulare";

pero digamos "fabuloso": pues mythicon se dice por las fábulas; ya que μῦθος en griego significa fábula. El segundo, que se llame natural, ya lo admite la costumbre de la locución. El tercero, él mismo lo enunció en latín, que se llama civil. Luego dice: "Llaman mythicon al que usan principalmente los poetas; physicon, al que usan los filósofos; civil, al que usan los pueblos. El primero, dice, en él hay muchas cosas ficticias contra la dignidad y naturaleza de los inmortales. Pues en este está que un dios nace de la cabeza, otro del muslo, otro de gotas de sangre: en este está que los dioses robaron, que adulteraron, que sirvieron a un hombre: finalmente, en este se atribuyen a los dioses todas las cosas que no solo pueden caer en un hombre, sino también en el hombre más despreciable". Aquí ciertamente, donde pudo, donde se atrevió, donde lo consideró impune, expresó sin la niebla de ninguna ambigüedad cuánta injuria se hace a la naturaleza de los dioses con las fabulas más mentirosas. Pues hablaba, no de la teología natural, no de la civil, sino de la fabulosa, que consideró que debía ser culpada libremente.

2. Veamos qué se dice sobre el otro tema. El segundo tipo, dice, es el que he demostrado, sobre el cual los filósofos han dejado muchos libros: en los cuales se trata de quiénes son los dioses, dónde están, qué tipo, qué clase; si los dioses han existido desde cierto tiempo o desde la eternidad; si son de fuego, como cree Heráclito; o de números, como Pitágoras; o de átomos, como dice Epicuro. Así, otras cosas que pueden ser más fácilmente soportadas por los oídos dentro de las paredes de la escuela que fuera en el foro. No criticó nada en este tipo, que llaman físico y pertenece a los filósofos: solo mencionó sus controversias internas, por las cuales se ha multiplicado la diversidad de sectas disidentes. Sin embargo, apartó este tipo del foro, es decir, del pueblo; lo encerró en las escuelas y paredes: pero no apartó de las ciudades aquel primer tipo, el más falso y vergonzoso. ¡Oh, oídos religiosos del pueblo, y entre ellos también los romanos! Lo que los filósofos discuten sobre los dioses inmortales no pueden soportarlo: pero lo que los poetas cantan y los actores representan, porque está inventado contra la dignidad y naturaleza de los inmortales, porque no solo puede aplicarse a un hombre, sino incluso al más despreciable de los hombres, no solo lo soportan, sino que también lo escuchan con gusto. Y no solo eso, sino que también decretan que estas cosas agradan a los mismos dioses y que a través de ellas deben ser aplacados.

3. Alguien podría decir: Distingamos estos dos tipos, el mítico y el físico, es decir, el fabuloso y el natural, de este civil, del cual ahora se trata; de donde él mismo también los distinguió: y veamos ya cómo explica el mismo tipo civil. Veo, ciertamente, por qué debe distinguirse el fabuloso: porque es falso, porque es vergonzoso, porque es indigno. Pero querer distinguir el natural del civil, ¿qué es sino admitir que el mismo civil es defectuoso? Pues si aquel es natural, ¿qué tiene de reprochable para ser excluido? Pero si esto que se llama civil no es natural, ¿qué mérito tiene para ser admitido? Esta es precisamente la razón por la cual escribió primero sobre las cosas humanas y después sobre las divinas; porque en las cosas divinas no siguió la naturaleza, sino las instituciones humanas. Observemos ciertamente también la teología civil. El tercer tipo, dice, es el que los ciudadanos, especialmente los sacerdotes, deben conocer y administrar en las ciudades. En el cual se trata de qué dioses deben ser adorados públicamente, qué ritos y sacrificios debe realizar cada uno. Prestemos atención a lo que sigue. La primera teología, dice, está principalmente adaptada al teatro, la segunda al mundo, la tercera a la ciudad. ¿Quién no ve a cuál le ha dado la palma? Sin duda a la segunda, que antes dijo que era de los filósofos. Pues testifica que esta pertenece al mundo, que ellos opinan que no hay nada más excelente en las cosas. Pero, ¿ha distinguido o unido esas dos teologías, la primera y la tercera, la del teatro y la de la ciudad? Pues vemos que no todo lo que pertenece a la ciudad puede pertenecer también al mundo; aunque veamos que hay ciudades en el mundo: pues puede suceder que en la ciudad, según

falsas opiniones, se adoren y se crean cosas cuya naturaleza no está en el mundo ni fuera del mundo: pero, ¿dónde está el teatro sino en la ciudad? ¿Quién instituyó el teatro sino la ciudad? ¿Para qué lo instituyó sino para los juegos escénicos? ¿Dónde están los juegos escénicos sino en las cosas divinas, sobre las cuales estos libros son escritos con tanta habilidad?

CAPÍTULO VI.---Sobre la teología mítica, es decir, fabulosa, y la civil, contra Varrón.

1. ¡Oh Marco Varrón, siendo el hombre más agudo de todos y sin duda el más docto, pero sin embargo hombre, no Dios, ni elevado por el Espíritu de Dios para ver y anunciar las cosas divinas en verdad y libertad, ves ciertamente cuán separadas deben estar las cosas divinas de las tonterías y mentiras humanas: pero temes ofender las opiniones y costumbres más viciosas de los pueblos en las supersticiones públicas, que sientes que están en desacuerdo con la naturaleza de los dioses, o de tales, como la debilidad del alma humana sospecha en los elementos de este mundo, y lo sientes tú mismo cuando las consideras por todas partes, y toda vuestra literatura lo resuena. ¿Qué hace aquí el ingenio humano, aunque sea el más excelente? ¿Qué te apoya en estas estrecheces la doctrina humana, aunque sea múltiple y vasta? Deseas adorar a los dioses naturales, pero te ves obligado a adorar a los civiles: has encontrado otros fabulosos, sobre los cuales puedes expresar libremente lo que sientes, de donde también deseas, quieras o no, empapar a estos civiles. Pues dices que los fabulosos están adaptados al teatro, los naturales al mundo, los civiles a la ciudad: cuando el mundo es obra divina, pero las ciudades y los teatros son obras humanas; ni se burlan en los teatros de otros dioses que los que se adoran en los templos; ni se les ofrecen juegos a otros que a aquellos a quienes se inmolan víctimas. ¿Cuánto más libre y sutilmente dividirías estas cosas, diciendo que hay dioses naturales, otros instituidos por los hombres; pero que las letras de los poetas sobre los instituidos son diferentes de las de los sacerdotes; ambas, sin embargo, son tan amigas entre sí por la falsedad, que ambas son gratas a los demonios, a quienes la doctrina de la verdad es enemiga?

2. Apartada, pues, un poco la teología que llaman natural, de la cual se debe tratar después, ¿acaso se debe buscar o esperar la vida eterna de los dioses poéticos, teatrales, lúdicos, escénicos? ¡Lejos de ello! Más bien, que el verdadero Dios aleje una demencia tan inmensa y sacrílega. ¿Qué, de aquellos dioses a quienes estas cosas agradan, y a quienes estas cosas complacen, cuando sus crímenes se repiten allí, se debe pedir la vida eterna? Nadie, creo yo, enloquece hasta tal precipicio de impiedad furiosa. Por lo tanto, ni de la teología fabulosa ni de la civil nadie obtiene la vida eterna. Pues aquella al inventar cosas vergonzosas sobre los dioses siembra, esta al favorecerlas cosecha: aquella esparce mentiras, esta las recoge: aquella persigue las cosas divinas con falsos crímenes, esta abraza los juegos de esos crímenes en las cosas divinas: aquella resuena con infames ficciones de los dioses en los cantos de los hombres, esta las consagra en las festividades de los mismos dioses: aquella canta los crímenes y las infamias de los dioses, esta los ama: aquella los revela o los inventa; esta, sin embargo, o atestigua los verdaderos, o se deleita con los falsos. Ambas son vergonzosas y ambas condenables: pero aquella, que es teatral, profesa la vergüenza pública; esta, que es urbana, se adorna con la vergüenza de aquella. ¿Se esperará la vida eterna de aquí, donde esta breve y temporal se contamina? ¿O acaso la vida se contamina por la compañía de hombres impíos, si se insertan en nuestros afectos y asensos, y no se contamina la vida por la sociedad de demonios, que son adorados con sus crímenes? Si son verdaderos, ¡qué malos! Si son falsos, ¡qué mal!

3. Cuando decimos estas cosas, tal vez a alguien que desconozca demasiado estos asuntos le pueda parecer que solo se celebran cosas indignas de la majestad divina y ridículas,

detestables, sobre tales dioses, que se cantan en los poemas poéticos y se representan en los juegos escénicos; pero que aquellos ritos, que no realizan los actores sino los sacerdotes, están purgados y alejados de toda deshonra. Si esto fuera así, nunca nadie consideraría que las torpezas teatrales deben celebrarse en su honor, nunca los mismos dioses ordenarían que se les exhibieran. Pero por eso no da vergüenza realizar tales cosas en los teatros en obediencia a los dioses, porque cosas similares se realizan en los templos. Finalmente, cuando el autor mencionado intentó distinguir la teología civil de la fabulosa y la natural, quiso que se entendiera más bien como una mezcla de ambas que como separada de ambas. Pues dice que lo que escriben los poetas es menos de lo que los pueblos deben seguir; pero lo que escriben los filósofos es más de lo que conviene que el vulgo investigue. Estas cosas, dice, difieren de tal manera que, sin embargo, no pocas han sido tomadas de ambos tipos para las razones civiles. Por lo tanto, escribiremos junto con las civiles aquellas que son comunes con los poetas: de las cuales debemos tener mayor sociedad con los filósofos que con los poetas. No, por lo tanto, ninguna con los poetas. Y sin embargo, en otro lugar dice que los pueblos se han inclinado más hacia los poetas que hacia los físicos en cuanto a las generaciones de los dioses. Pues aquí dijo lo que debe hacerse; allí, lo que se hace. Dijo que los físicos escribieron por utilidad; los poetas, por deleite. Y por lo tanto, lo que los poetas escriben, que los pueblos no deben seguir, son crímenes de los dioses: que, sin embargo, deleitan tanto a los pueblos como a los dioses. Pues los poetas escriben por causa del deleite, como dice, no de la utilidad: sin embargo, escriben lo que los dioses desean, los pueblos exhiben.

CAPÍTULO VII.---Sobre la similitud y concordia de la teología fabulosa y la civil.

1. Por lo tanto, la teología fabulosa, teatral, escénica, llena de indignidad y torpeza, se remite a la teología civil: y toda esta, que con razón se juzga culpable y debe ser rechazada, es parte de esta, que se considera que debe ser adorada y observada; no ciertamente una parte incongruente, como he intentado mostrar, y que está conectada y suspendida de manera inapropiada del cuerpo entero, sino completamente consonante, y como un miembro del mismo cuerpo convenientemente unido. Pues, ¿qué otra cosa muestran aquellas estatuas, formas, edades, sexos, hábitos de los dioses? ¿Acaso los poetas tienen a Júpiter con barba, a Mercurio imberbe, y los pontífices no? ¿Acaso los mimos han hecho a Príapo con enormes genitales, y no también los sacerdotes? ¿O se adora de manera diferente en los lugares sagrados de lo que se ridiculiza en los teatros? ¿Acaso Saturno anciano, Apolo joven, son personajes de los actores, y no son estatuas de los templos? ¿Por qué Forculus, que preside las puertas, y Limentinus, que preside el umbral, son dioses masculinos, y entre ellos Cardea es femenina, que guarda el quicio? ¿No se encuentran estas cosas en los libros de las cosas divinas, que los poetas serios consideraron indignas de sus poemas? ¿Acaso Diana teatral lleva armas, y la urbana es simplemente virgen? ¿Acaso Apolo escénico es citarista, y el de Delfos está libre de este arte? Pero estas cosas son más honestas en comparación con las más vergonzosas. ¿Qué pensaron de Júpiter mismo, quienes colocaron a su nodriza en el Capitolio? ¿No atestiguaron a Euhemero, quien escribió con diligencia histórica, no con charlatanería fabulosa, que todos esos dioses eran hombres mortales? También los epulones de los dioses, los parásitos de Júpiter, quienes los establecieron en su mesa, ¿qué otra cosa quisieron sino que fueran sagrados mímicos? Pues si un mimo hubiera dicho que los parásitos de Júpiter fueron invitados a su banquete, parecería que buscaba la risa. Varrón lo dijo; no cuando se burlaba de los dioses, sino cuando los recomendaba, lo dijo: los libros de las cosas divinas, no humanas, testifican que lo escribió; ni cuando exponía los juegos escénicos, sino cuando explicaba las leyes capitolinas. Finalmente, es vencido por tales cosas, y confiesa que,

así como hicieron a los dioses con forma humana, así creyeron que se deleitaban con los placeres humanos.

2. Pues los espíritus malignos no faltaron a su tarea, para fortalecer estas nocivas opiniones con la burla de las mentes humanas. De donde también proviene aquello, que el sacerdote de Hércules, ocioso y en día festivo, jugó a los dados consigo mismo, alternando con ambas manos, colocando en una a Hércules, en la otra a sí mismo; bajo la condición de que, si él ganaba, prepararía una cena para sí mismo con el dinero del templo y contrataría a una amiga; pero si la victoria era de Hércules, ofrecería lo mismo de su propio dinero al placer de Hércules: luego, cuando fue vencido por sí mismo como si fuera por Hércules, dio la cena debida y a la meretriz más noble, Larentina, al dios Hércules. Pero ella, después de haber dormido en el templo, vio en sueños que Hércules se había unido a ella, y le dijo que al salir, al primer joven que encontrara, recibiría de él la recompensa que debía considerar pagada por Hércules. Y así, cuando al salir se encontró primero con el joven riquísimo Tarucio, y este la tuvo consigo por mucho tiempo, al morir la dejó como heredera. Ella, habiendo obtenido una gran cantidad de dinero, para no parecer ingrata a la recompensa divina, escribió al pueblo romano como heredero, lo que consideró más aceptable para los dioses; y al no aparecer ella, se encontró el testamento: por estos méritos dicen que también mereció honores divinos.

3. Si los poetas inventaran estas cosas, si los mimos las representaran, sin duda se diría que pertenecen a la teología fabulosa, y se juzgaría que deben separarse de la dignidad de la teología civil. Pero cuando estas deshonras, no de los poetas, sino de los pueblos; no de los mimos, sino de los ritos sagrados; no de los teatros, sino de los templos; es decir, no de la teología fabulosa, sino de la civil, son reveladas por un autor tan grande, no en vano los actores fingen con sus artes lúdicas la torpeza de los dioses, sino que ciertamente en vano los sacerdotes intentan fingir con ritos sagrados la honestidad de los dioses, que no existe. Son sagrados los de Juno, y se celebran en su isla favorita de Samos, donde fue dada en matrimonio a Júpiter. Son sagrados los de Ceres, donde se busca a Proserpina raptada por Plutón. Son sagrados los de Venus, donde se llora a su amado Adonis, un joven hermosísimo muerto por el colmillo de un jabalí. Son sagrados los de la Madre de los dioses, donde Atys, un hermoso joven amado por ella y castrado por celos femeninos, es lamentado por la infelicidad de los hombres castrados, a quienes llaman Galos. Estas cosas, aunque son más deformes que cualquier obscenidad escénica, ¿qué es lo que intentan separar los fabulosos inventos de los poetas sobre los dioses, que supuestamente pertenecen al teatro, de la teología civil, que dicen que pertenece a la ciudad, como si fueran indignas y torpes de las honestas y dignas? Por lo tanto, más bien hay razones para agradecer a los actores, que han perdonado los ojos de los hombres y no han desnudado en los espectáculos todo lo que se oculta en las paredes de los templos sagrados. ¿Qué se debe pensar de los ritos de ellos, que se ocultan en las tinieblas, cuando son tan detestables los que se exponen a la luz? Y ciertamente, lo que hacen en secreto a través de los castrados y afeminados, ellos mismos lo verán: sin embargo, no pudieron ocultar a esos mismos hombres infelices y vergonzosamente debilitados y corrompidos. Persuadan a quien puedan de que hacen algo sagrado a través de tales hombres; a quienes no pueden negar que están numerados y se mueven entre sus cosas sagradas. No sabemos qué hacen, pero sabemos a través de quiénes lo hacen. Pues sabemos lo que se hace en la escena, donde nunca, ni en el coro de las meretrices, ha entrado un castrado o afeminado: y sin embargo, incluso ellos realizan cosas torpes e infames; pues no debieron ser realizadas por personas honestas. ¿Cuáles son, entonces, esos ritos, para cuya realización la santidad ha elegido tales hombres, que ni siquiera la obscenidad teatral admite en sí misma?

CAPÍTULO VIII.---Sobre las interpretaciones de razones naturales que los doctores paganos intentan mostrar para sus dioses.

1. Pero, en efecto, tienen estas interpretaciones fisiológicas, como dicen, es decir, de razones naturales. Como si en esta discusión buscáramos fisiología, y no teología; es decir, la razón, no de la naturaleza, sino de Dios. Pues aunque el verdadero Dios es Dios no por opinión, sino por naturaleza: sin embargo, no toda naturaleza es dios; porque también el hombre, el animal, el árbol, y la piedra tienen naturaleza, de los cuales ninguno es Dios. Pero si la cabeza de esta interpretación, cuando se trata de los ritos de la Madre de los dioses, es ciertamente que la madre de los dioses es la tierra, ¿qué más buscamos, qué más investigamos? ¿Qué más claramente apoya a aquellos que dicen que todos estos dioses fueron hombres? Pues así como hay terrígenas, así para ellos la madre es la tierra. Pero en la verdadera teología, la tierra es obra de Dios, no madre. Sin embargo, de cualquier manera que interpreten sus ritos, y los refieran a la naturaleza de las cosas; que los hombres sufran cosas femeninas, no es según la naturaleza, sino contra la naturaleza. Esta enfermedad, este crimen, esta deshonra tiene entre los vicios de los hombres una profesión, que apenas tiene entre los tormentos una confesión. Luego, si estos ritos, que se demuestran ser más vergonzosos que las torpezas escénicas, se excusan y purgan porque tienen sus interpretaciones, que muestran que significan la naturaleza de las cosas; ¿por qué no se excusan y purgan de manera similar también las poéticas? Pues muchos también las han interpretado de la misma manera: hasta el punto de que lo que se dice de ellos como lo más monstruoso e indecible, que Saturno devoró a sus hijos, algunos lo interpretan de tal manera que la longitud del tiempo, que se significa con el nombre de Saturno, consume todo lo que engendra: o, como opina el mismo Varrón, que Saturno se refiere a las semillas, que caen de nuevo en la tierra de donde nacen. Y así otros de otra manera, y de manera similar las demás.

2. Y sin embargo, se dice que la teología fabulosa, y con todas sus interpretaciones de este tipo, es reprobada, rechazada, desaprobada; y no solo por la natural, que es de los filósofos, sino también por esta civil, de la que tratamos, que se afirma que pertenece a las ciudades y pueblos, porque ha inventado cosas indignas de los dioses, se juzga que debe ser repudiada: con el propósito, sin duda, de que, como los hombres más agudos y doctos, que escribieron estas cosas, entendían que ambas debían ser reprobadas, tanto la fabulosa como la civil, pero se atrevían a reprobar aquella, no se atrevían a reprobar esta; propusieron aquella para ser culpada, expusieron esta para ser comparada con ella; no para que esta fuera elegida para ser mantenida en lugar de aquella, sino para que se entendiera que ambas debían ser rechazadas; y así, sin peligro para aquellos que temían reprender la teología civil, ambas despreciadas, aquella que llaman natural encontrara lugar entre las mejores mentes. Pues tanto la civil como la fabulosa son ambas fabulosas y ambas civiles: ambas se encontrarán fabulosas quien prudentemente inspeccione las vanidades y obscenidades de ambas; ambas civiles quien advierta los juegos escénicos pertenecientes a la fabulosa en las festividades de los dioses civiles y en las cosas divinas de las ciudades. ¿Cómo, pues, se atribuye a alguno de estos dioses el poder de dar la vida eterna, a quienes sus estatuas y ritos demuestran ser muy similares a los dioses fabulosos, claramente reprobados, en formas, edades, sexo, hábito, matrimonios, generaciones, ritos, en todos los cuales o se entiende que fueron hombres, y por la vida o muerte de cada uno de ellos se establecieron ritos y solemnidades, insinuando y fortaleciendo este error los demonios, o ciertamente por cualquier ocasión los espíritus inmundos se infiltraron para engañar las mentes humanas?

CAPÍTULO IX.---Sobre los oficios de cada uno de los dioses.

1. ¿No es acaso la división tan vil y minuciosa de las funciones de los dioses, por la cual se dice que se debe suplicar a cada uno por su propio oficio, algo más acorde con la bufonería

de una mímica que con la dignidad divina? Si alguien empleara dos nodrizas para un niño, una para darle solo comida y otra solo bebida, como estos han asignado a dos diosas, Educa y Potina, parecería que está actuando de manera insensata y como en una comedia en su propia casa. Dicen que Liber se llama así porque los hombres, al unirse, se liberan al emitir semillas gracias a su beneficio; lo mismo hace Libera en las mujeres, a quien también consideran Venus, ya que dicen que ellas también emiten semillas; y por esto, en el templo de Liber se coloca la parte viril del cuerpo, y la femenina para Libera. A esto añaden mujeres dedicadas a Liber y vino para incitar la lujuria. Así se celebraban las Bacanales con la máxima locura. Varro mismo confiesa que tales cosas no podrían hacerse por los bacantes sin una mente perturbada. Sin embargo, más tarde, el senado más sensato ordenó eliminarlas. Al menos aquí tal vez comprendieron lo que los espíritus impuros, al ser considerados dioses, pueden hacer en las mentes humanas. Ciertamente, estas cosas no ocurrirían en los teatros. Allí juegan, no enloquecen: aunque tener dioses que se deleiten con tales juegos es similar a la locura.

2. ¿Y qué decir de la distinción entre lo religioso y lo supersticioso, donde se dice que los supersticiosos temen a los dioses, mientras que los religiosos solo los veneran como a padres, no como a enemigos; y que todos son tan buenos que es más fácil que perdonen a los culpables que dañar a un inocente? Sin embargo, menciona que después del parto, a una mujer se le asignan tres dioses guardianes para que Silvano no entre de noche y la moleste; y para significar la presencia de estos guardianes, tres hombres recorren de noche los umbrales de la casa, golpeando primero el umbral con un hacha, luego con un mazo, y finalmente barriendo con escobas, para que con estos signos de cultivo, el dios Silvano sea impedido de entrar; ya que ni los árboles se cortan y podan sin hierro, ni se muele el grano sin mazo, ni se amontonan las cosechas sin escobas; y de estas tres cosas se nombran tres dioses: Intercidona por la intersección del hacha, Pilumno por el mazo, y Deverra por las escobas, para que estos dioses guardianes protejan a la mujer de la violencia del dios Silvano. Así, contra la ferocidad de un dios nocivo, la custodia de los buenos no sería suficiente a menos que fueran más contra uno, y a ese áspero, horrendo e inculto, como es el silvestre, se le opusieran signos de cultivo como contrarios. ¿Es esta la inocencia de los dioses, esta la concordia? ¿Son estos los numina saludables de las ciudades, más risibles que las bufonerías de los teatros?

3. Cuando un hombre y una mujer se unen, se invoca al dios Jugatinus: esto puede tolerarse. Pero cuando la novia es llevada a casa, se invoca al dios Domiducus; para que esté en casa, se invoca al dios Domitius; para que permanezca con su esposo, se añade la diosa Manturna. ¿Qué más se busca? Respetemos la modestia humana: que la concupiscencia de la carne y la sangre complete el resto, asegurando la privacidad del pudor. ¿Por qué se llena la alcoba de una multitud de numina, cuando incluso los acompañantes se retiran? Y se llena no para que su presencia inspire mayor cuidado por la castidad, sino para que la mujer, débil por su sexo y asustada por la novedad, pierda su virginidad sin dificultad con su cooperación: pues está presente la diosa Virginiensis, y el dios padre Subigus, y la diosa madre Prema, y la diosa Pertunda, y Venus, y Priapus. ¿Qué es esto? Si realmente el hombre que trabaja en esa obra necesitara la ayuda de los dioses, ¿no bastaría con uno solo, o una sola? ¿Acaso Venus sola no sería suficiente, quien se dice que se llama así porque sin su fuerza la mujer no dejaría de ser virgen? Si hay algún pudor en los hombres, que no lo hay en los numina, ¿no se sienten los casados tan avergonzados al creer que tantos dioses de ambos sexos están presentes e involucrados en esta obra, que él se mueve menos y ella se resiste más? Y ciertamente, si está presente la diosa Virginiensis para que se desate el cinturón de la virgen; si está presente el dios Subigus para que se someta al hombre; si está presente la diosa Prema para que, una vez sometida, no se mueva, sea comprimida; ¿qué hace allí la diosa Pertunda? Que se sonroje y se retire: que el esposo haga algo. Es muy deshonesto que lo que se llama a ella para hacer, lo

haga alguien que no sea él. Pero tal vez se tolera porque se dice que es una diosa, no un dios. Pues si se creyera que es masculino y se llamara Pertundus, el esposo pediría más ayuda contra él por la castidad de su esposa que la mujer contra Silvano. Pero ¿qué digo de esto, cuando también está presente Priapus, un excesivo masculino, sobre cuyo inmenso y vergonzoso falo se ordenaba a la nueva esposa sentarse, en la más honesta y religiosa costumbre de las matronas?

4. Que sigan adelante y traten de distinguir con la mayor sutileza posible la teología civil de la fabulosa, las ciudades de los teatros, los templos de las escenas, los ritos de los pontífices de los poemas de los poetas, como si fueran cosas honestas de las deshonestas, las verdaderas de las falsas, las graves de las ligeras, las serias de las lúdicas, las deseables de las despreciables. Entendemos lo que hacen: saben que esa teología teatral y fabulosa depende de esta civil, y que se refleja en ella como en un espejo; y por eso, al exponer esta, que no se atreven a condenar, critican y reprenden más libremente su imagen, para que quienes reconocen lo que quieren, detesten también este mismo rostro del que aquella es imagen; que sin embargo los dioses mismos, como mirándose en el mismo espejo, aman tanto, que se ven mejor en ambas. Por eso también han obligado a sus adoradores con terribles mandatos a dedicarles la inmundicia de la teología fabulosa, a ponerla en sus solemnidades, a tenerla en sus asuntos divinos; y así han demostrado más claramente ser ellos mismos espíritus inmundos, y han hecho de esa teología teatral, despreciada y reprobada, un miembro y parte de esta teología urbana, como elegida y aprobada; de modo que, siendo toda ella turbia y engañosa, y conteniendo dioses ficticios, una parte de ella esté en los escritos de los sacerdotes, y otra en los poemas de los poetas. Si tiene otras partes, es otra cuestión: ahora, por la división de Varrón, he mostrado suficientemente, creo, que la teología urbana y la teatral pertenecen a una sola civil. Por lo tanto, como ambas son de similar torpeza, absurdo, indignidad, falsedad, que los hombres religiosos se abstengan de esperar vida eterna de esta o de aquella.

5. Finalmente, el mismo Varrón comenzó a enumerar y mencionar a los dioses desde la concepción del hombre, cuyo número comenzó con Jano; y llevó esa serie hasta la muerte de un hombre decrépito, y cerró a los dioses relacionados con el mismo hombre con la diosa Naenia, que se canta en los funerales de los ancianos: luego comenzó a mostrar otros dioses que no pertenecían al mismo hombre, sino a las cosas del hombre, como el alimento, el vestido, y cualquier otra cosa necesaria para esta vida; mostrando en todo cuál es la función de cada uno; y por qué se debe suplicar a cada uno: en toda esta diligencia no mostró ni nombró dioses a quienes se deba pedir la vida eterna, por la cual propiamente somos cristianos. ¿Quién, entonces, sería tan lento como para no entender que este hombre, al exponer y abrir tan diligentemente la teología civil, y al demostrar que es similar a la fabulosa, indigna y vergonzosa, y al enseñar claramente que la fabulosa es parte de esta, no intenta sino preparar un lugar en las mentes humanas para aquella natural, que dice que pertenece a los filósofos, con tal sutileza que reprende la fabulosa, pero no se atreve a reprender la civil, sino que al exponerla muestra que es reprensible, y así, siendo ambas reprobadas por el juicio de los que entienden correctamente, solo queda la natural para ser elegida? De la cual, en su lugar, con la ayuda del verdadero Dios, se debe hablar más diligentemente.

CAPÍTULO X.---De la libertad de Séneca, quien reprende más vehementemente la teología civil que Varrón la fabulosa.

1. La libertad que le faltó a este para atreverse a reprender abiertamente la teología urbana, tan similar a la teatral, no le faltó del todo a Lucio Anneo Séneca, a quien por algunos

indicios encontramos haber vivido en tiempos de nuestros apóstoles. Le asistió al escribir, pero le faltó al vivir. Pues en el libro que escribió contra las supersticiones, él mismo reprende mucho más copiosamente y vehementemente esta teología civil y urbana que Varrón la teatral y fabulosa. Pues al tratar sobre las imágenes, dice: "Dedican a los inmortales sagrados, inviolables, en la materia más vil e inmóvil, les dan formas de hombres, bestias y peces, y algunos incluso con sexo mixto en cuerpos diversos: llaman dioses a lo que, si de repente se les diera espíritu y se encontraran, serían considerados monstruos." Luego, un poco después, al predicar la teología natural, después de haber expuesto las opiniones de algunos filósofos, se planteó una cuestión y dijo: "En este punto, alguien dice: ¿Voy a creer que el cielo y la tierra son dioses, y que hay otros dioses por encima de la luna y otros por debajo? ¿Voy a soportar a Platón o al peripatético Estratón, de los cuales uno hizo un dios sin cuerpo y el otro sin alma? Y respondiendo a esto, dice: "¿Qué, entonces, te parecen más verdaderos los sueños de T. Tacio, de Rómulo o de Tulio Hostilio? Tacio dedicó a la diosa Cloacina, Rómulo a Pico y Tiberino, Hostilio al Pavor y al Pálido, los más terribles afectos humanos, de los cuales uno es el movimiento de una mente aterrada y el otro del cuerpo, ni siquiera una enfermedad, sino un color. ¿Creerás más en estos numina y los recibirás en el cielo?" Sobre los ritos cruelmente vergonzosos, ¿qué tan libremente escribió? Dice: "Uno se amputa las partes viriles, otro se corta los brazos. ¿Temen a los dioses enojados, quienes así se ganan su favor? Los dioses no deben ser adorados de ninguna manera, si esto es lo que quieren. Tal es la furia de una mente perturbada y expulsada de sus asientos, que así se aplacan los dioses, como ni siquiera los hombres más crueles y de una crueldad legendaria actúan. Los tiranos han lacerado los miembros de algunos, pero no han ordenado a nadie que se lacerara a sí mismo. Algunos han sido castrados para el placer de la lujuria real, pero nadie, por orden de su amo, se ha mutilado para no ser hombre. Se sacrifican a sí mismos en los templos, suplican con sus heridas y sangre. Si alguien tuviera tiempo para observar lo que hacen y lo que sufren, encontraría cosas tan indecorosas para los honestos, tan indignas de los libres, tan disímiles de los sanos, que nadie dudaría de que están locos, si enloquecieran con menos personas: ahora la multitud de los insanos es el patrocinio de la cordura."

2. ¿Quién creería que lo que se dice que ocurre en el mismo Capitolio, y que él critica sin temor, es hecho por alguien que no sea burladores o locos? Pues al ridiculizar los ritos egipcios donde se llora a Osiris perdido y luego se celebra con gran alegría cuando se encuentra, aunque su pérdida y hallazgo son fingidos, el dolor y la alegría son expresados verdaderamente por aquellos que no han perdido ni encontrado nada, dice: "Sin embargo, esta locura tiene un tiempo determinado. Es tolerable enloquecer una vez al año. Llegué al Capitolio, y me avergonzaré de la demencia pública, que el vano furor atribuye a su deber. Uno le da nombres al dios, otro le anuncia las horas a Júpiter; uno es lictor, otro unctor, que con un vano movimiento de brazos imita al que unge. Hay quienes disponen el cabello de Juno y Minerva, parados lejos del templo, no solo de la imagen, moviendo los dedos como si estuvieran peinando. Hay quienes sostienen un espejo: hay quienes llaman a los dioses a sus juicios: hay quienes ofrecen libelos y les explican su causa. Un archimimo instruido, ya anciano y decrépito, actuaba diariamente en el Capitolio, como si los dioses disfrutaran viendo lo que los hombres ya no veían. Todo tipo de artesanos se sientan allí, trabajando para los dioses inmortales." Y poco después: "Sin embargo, estos, aunque prometen a los dioses un uso superfluo, no turpe ni infame. Algunas mujeres se sientan en el Capitolio, creyendo que Júpiter las ama: ni siquiera el respeto de Juno, si uno cree a los poetas, la más iracunda, las asusta."

3. Esta libertad no la tuvo Varrón: solo se atrevió a reprender la teología poética; no se atrevió con la civil, que este desmanteló. Pero si atendemos a la verdad, los templos donde se

hacen estas cosas son peores que los teatros donde se fingen. Por lo tanto, en estos ritos de la teología civil, Séneca el sabio eligió estas partes para no tenerlas en la religión del alma, sino para fingirlas en los actos. Dice: "El sabio observará todas estas cosas como ordenadas por las leyes, no como agradables a los dioses." Y poco después: "¿Qué, además, unimos matrimonios de dioses, y ni siquiera piadosamente, de hermanos y hermanas? Colocamos a Bellona con Marte, a Vulcano con Venus, a Neptuno con Salacia. Sin embargo, dejamos a algunos solteros, como si faltara condición; especialmente cuando algunas son viudas, como Populonia, o Fulgora, y la diosa Rumina: no me sorprende que no hayan tenido pretendiente. Toda esta turba ignoble de dioses, que la larga superstición ha acumulado durante mucho tiempo, así," dice, "la adoraremos, recordando que su culto pertenece más a la costumbre que a la realidad." Por lo tanto, ni esas leyes ni la costumbre en la teología civil instituyeron lo que fuera agradable a los dioses o relevante para la realidad. Pero este, a quien la filosofía había hecho casi libre, sin embargo, porque era senador del ilustre pueblo romano, adoraba lo que reprendía, hacía lo que criticaba, lo que culpaba adoraba: porque evidentemente había aprendido algo grande con la filosofía, no ser supersticioso en el mundo, pero debido a las leyes de los ciudadanos y las costumbres de los hombres, no actuaba como un actor fingiendo en el teatro, sino que imitaba en el templo: tanto más condenable, cuanto que lo que actuaba falsamente, lo hacía de tal manera que el pueblo creía que lo hacía verdaderamente; mientras que el actor, al jugar, más bien deleitaba que engañaba al engañar.

CAPÍTULO XI.---Qué pensaba Séneca de los judíos.

Entre otras supersticiones de la teología civil, también reprende los sacramentos de los judíos, especialmente los sábados; afirmando que es inútil que pierdan casi la séptima parte de su vida descansando cada siete días, y que se perjudican al no hacer muchas cosas urgentes en ese tiempo. Sin embargo, no se atrevió a mencionar a los cristianos, ya entonces enemigos acérrimos de los judíos, ni para bien ni para mal, para no alabar contra la antigua costumbre de su patria, ni reprender contra su propia voluntad. De esos judíos, al hablar, dice: "Mientras tanto, la costumbre de esa nación más criminal ha prevalecido hasta el punto de ser aceptada en todas partes: los vencidos dieron leyes a los vencedores." Se maravillaba al decir esto, y al ignorar lo que se hacía divinamente, añadió una sentencia que significaba lo que pensaba sobre la razón de sus sacramentos. Dice: "Sin embargo, ellos conocen las causas de su rito; la mayor parte del pueblo hace lo que no sabe por qué lo hace." Pero sobre los sacramentos de los judíos, o por qué, o en qué medida fueron instituidos por autoridad divina, y luego fueron abolidos por el pueblo de Dios, a quien se reveló el misterio de la vida eterna, en el tiempo que fue necesario, ya hemos hablado en otros lugares, especialmente al tratar contra los maniqueos, y en este trabajo se debe hablar en un lugar más oportuno.

CAPÍTULO XII.---Que, una vez descubierta la vanidad de los dioses gentiles, no se puede dudar que no pueden otorgar la vida eterna, quienes ni siquiera ayudan en la temporal.

Ahora, debido a las tres teologías, que los griegos llaman mítica, física, política, y que en latín pueden llamarse fabulosa, natural, civil; que ni de la fabulosa, que incluso los adoradores de muchos y falsos dioses han reprendido libremente, ni de la civil, de la cual aquella se demuestra ser parte, y que se encuentra similar o incluso peor que esta, se debe esperar la vida eterna; si a alguien no le bastan las cosas que se han dicho en este volumen, que añada también aquellas que se han discutido en los libros anteriores, y especialmente en el cuarto sobre el dador de la felicidad, Dios. Pues, ¿a quién sino al único dador de felicidad deberían consagrarse los hombres por la vida eterna, si la felicidad fuera una diosa? Pero como no es una diosa, sino un don de Dios; ¿a qué Dios sino al dador de felicidad debemos consagrarnos, a quien amamos con piadosa caridad por la vida eterna, donde está la verdadera

y plena felicidad? No obstante, al no ser ninguno de estos dioses, que se adoran con tanta torpeza, el dador de felicidad, y si no se adoran así, se enojan mucho más torpemente, y por esto se confiesan ser espíritus inmundos, creo que nadie debería dudar de lo que se ha dicho. Además, quien no da felicidad, ¿cómo puede dar vida eterna? Pues llamamos vida eterna a aquella donde hay felicidad sin fin. Porque si el alma vive en penas eternas, en las que también serán torturados los espíritus inmundos, eso es más bien muerte eterna que vida. Pues no hay mayor y peor muerte que donde la muerte no muere. Pero como la naturaleza del alma, por ser creada inmortal, no puede estar sin alguna vida, su máxima muerte es la alienación de la vida de Dios en la eternidad del castigo. Por lo tanto, la vida eterna, es decir, feliz sin fin, solo la da aquel que da la verdadera felicidad. Y como aquellos a quienes adora esta teología civil han sido convencidos de no poder darla; no solo por estas cosas temporales y terrenales, que hemos demostrado en los cinco libros anteriores, sino mucho más por la vida eterna, que será después de la muerte, que hemos tratado en este único libro también con su cooperación, no deben ser adorados. Pero como la fuerza de la costumbre vetusta tiene raíces demasiado profundas, si a alguien le parece que he discutido poco sobre esta teología civil que debe ser rechazada y evitada, que preste atención al otro volumen, que con la ayuda de Dios, se unirá a este.

LIBRO SÉPTIMO. De los dioses selectos de la teología civil, Jano, Júpiter, Saturno, y los demás, que ni con su culto se alcanza la felicidad de la vida eterna.

PREFACIO.

Con mayor diligencia, aquellos que intentan arrancar y extirpar las opiniones perversas y antiguas, enemigas de la verdad de la piedad, que el prolongado error del género humano ha incrustado más profundamente y con mayor tenacidad en las mentes oscuras, y que cooperan, según su capacidad, con la ayuda de la gracia de aquel que, como verdadero Dios, puede hacerlo, deben soportar con paciencia y ecuanimidad las mentes más rápidas y mejores, para quienes los libros anteriores son más que suficientes para esta tarea, y no deben considerar superfluo lo que ya sienten que no es necesario para ellos. Se trata de un asunto de gran importancia, ya que la verdadera y verdaderamente santa divinidad, aunque de ella recibimos también los auxilios necesarios para esta fragilidad que ahora llevamos, no se busca ni se cultiva por el vapor transitorio de la vida mortal, sino por la vida bienaventurada, que no es sino eterna.

CAPÍTULO PRIMERO.---Si, al haberse demostrado que no hay deidad en la teología civil, se debe creer que puede encontrarse en los dioses selectos.

Esta divinidad, o, por así decirlo, deidad; pues ya no les molesta a los nuestros usar esta palabra para traducir más expresamente del griego lo que ellos llaman θεότητα: esta divinidad o deidad, por tanto, no está en esa teología que llaman civil, que Marco Varrón explicó en dieciséis volúmenes, es decir, no se alcanza la felicidad de la vida eterna mediante el culto de tales dioses, como los instituidos por las ciudades y cómo deben ser adorados, a quien aún no ha convencido el sexto libro, que acabamos de concluir, cuando lea este, no tendrá más deseos sobre cómo resolver esta cuestión. Pues puede suceder que alguien piense que al menos los dioses selectos y principales, que Varrón abarcó en su último volumen, de los cuales hemos dicho poco, deben ser adorados por la vida bienaventurada, que no es sino eterna. En este asunto no digo lo que Tertuliano dijo tal vez con más ingenio que verdad: Si los dioses son seleccionados como bulbos, ciertamente los demás son juzgados reprobos. No digo esto: pues veo que incluso de los selectos se eligen algunos para algo mayor y más

excelente; como en el ejército, cuando se eligen reclutas, de ellos también se eligen para alguna obra mayor de armas. Y cuando se eligen en la Iglesia quienes deben ser superiores, ciertamente no se rechazan los demás, ya que todos los buenos fieles son llamados elegidos con razón. Se eligen piedras angulares en un edificio, sin que se rechacen las demás, que se destinan a otras partes de la estructura. Se eligen uvas para comer, y no se rechazan otras, que dejamos para beber. No es necesario recorrer mucho, ya que el asunto es evidente. Por lo tanto, no por el hecho de que algunos dioses sean seleccionados de entre muchos, deben ser criticados ni el que escribió, ni sus adoradores, ni los mismos dioses: sino que debe considerarse más bien quiénes son estos, y para qué propósito parecen haber sido seleccionados.

CAPÍTULO II.---Quiénes son los dioses selectos, y si están exentos de los oficios de los dioses inferiores.

Ciertamente, Varrón recomienda a estos dioses selectos en la composición de un solo libro: Jano, Júpiter, Saturno, Genio, Mercurio, Apolo, Marte, Vulcano, Neptuno, Sol, Orco, Liber Pater, Tierra, Ceres, Juno, Luna, Diana, Minerva, Venus, Vesta: de los cuales, casi veinte en total, doce son varones y ocho son mujeres. ¿Se dice que estas deidades fueron seleccionadas por las mayores administraciones en el mundo, o porque se hicieron más conocidas por los pueblos y se les rindió mayor culto? Si es porque administran obras mayores en el mundo, no deberíamos encontrarlos entre esa multitud casi plebeya de deidades asignadas a pequeñas tareas. Pues el mismo Jano, cuando se concibe el parto, de donde todas esas obras toman su inicio, distribuidas en pequeñas partes a pequeñas deidades, abre el acceso al recibir la semilla: allí está también Saturno por la misma semilla: allí está Liber, que libera al varón al emitir la semilla: allí está Libera, que también quieren que sea Venus, que confiere el mismo beneficio a la mujer, para que también ella se libere al emitir la semilla. Todos estos son de aquellos que se llaman selectos. Pero allí está también la diosa Mena, que preside los flujos menstruales, aunque hija de Júpiter, sin embargo, ignota. Y este mismo autor asigna la provincia de los flujos menstruales en el libro de los dioses selectos a la misma Juno, que también es reina entre los dioses selectos: y aquí, como Juno Lucina, junto con la misma Mena, su hijastra, preside el mismo flujo. Allí están también dos, no sé quiénes, muy oscuros, Vitumnus y Sentinus; de los cuales uno otorga vida y el otro sentidos al parto. Y sin embargo, mucho más ofrecen, siendo ignotísimos, que todos aquellos próceres y selectos. Pues sin vida y sentido, ¿qué es todo aquello que se lleva en el útero femenino, sino algo despreciable comparable al lodo y al polvo?

CAPÍTULO III.---Qué falta de razón hay que pueda mostrar la selección de ciertos dioses, cuando a muchos inferiores se les asigna una administración más excelente.

1. ¿Qué causa, entonces, llevó a tantos dioses selectos a estas obras mínimas, donde son superados en la distribución de esta munificencia por Vitumnus y Sentinus, a quienes la fama oscura esconde? Pues el selecto Jano confiere el acceso y casi la puerta a la semilla; el selecto Saturno confiere la misma semilla; el selecto Liber confiere la emisión de la misma semilla a los varones; lo mismo confiere Libera, que es Ceres o Venus, a las mujeres; la selecta Juno confiere, y no sola, sino con Mena, hija de Júpiter, los flujos menstruales para el crecimiento de lo que ha sido concebido: y el oscuro e ignoto Vitumnus confiere la vida; el oscuro e ignoto Sentinus confiere el sentido: estos dos son tanto más importantes que aquellas cosas, cuanto que también son superados por el intelecto y la razón. Pues así como aquellos que razonan y entienden son ciertamente superiores a aquellos que, sin intelecto y razón, como los animales, viven y sienten: así también aquellas cosas que están dotadas de vida y sentido, son justamente preferidas a aquellas que ni viven ni sienten. Por lo tanto, entre los dioses

selectos, Vitumnus el vivificador y Sentinus el sensificador deberían haber sido considerados más que Jano el admitidor de la semilla y Saturno el dador o sembrador de la semilla, y Liber y Libera los agitadores o emisores de las semillas; semillas que es indigno pensar, a menos que hayan llegado a la vida y al sentido. Estos dones selectos no son otorgados por dioses selectos, sino por algunos desconocidos y, en comparación con la dignidad de estos, descuidados. Si se responde que Jano tiene el poder de todos los inicios, y por eso no se le atribuye sin razón lo que se abre al concepto; y Saturno de todas las semillas, y por eso la siembra del hombre no puede separarse de su operación; Liber y Libera de todas las semillas que deben ser emitidas, y por eso también presiden aquellas que pertenecen a la procreación de los hombres; Juno de todas las purificaciones y partos, y por eso no falta en las purificaciones de las mujeres y en los partos de los hombres: que busquen qué responder sobre Vitumnus y Sentinus, si también quieren que tengan el poder de todo lo que vive y siente. Si lo conceden, que consideren cuán más sublime los colocarán. Pues nacer de semillas, en la tierra y de la tierra es; pero vivir y sentir también se cree que es de los dioses siderales. Si dicen que a Vitumnus y Sentinus se les atribuyen solo estas cosas que viven en la carne y se apoyan en los sentidos; ¿por qué no el dios que hace que todo viva y sienta, también proporciona vida y sentido a la carne, otorgando este don universalmente también a los partos? ¿Y qué necesidad hay de Vitumnus y Sentinus? Si a aquel que preside universalmente sobre la vida y los sentidos, estas cosas carnales, como si fueran las últimas y más bajas, se les han confiado a estos siervos; ¿están tan desprovistos de familia esos selectos, que no encontraron a quienes también confiar estas cosas, sino que con toda su nobleza, por la que parecieron ser seleccionados, se vieron obligados a trabajar con ignotos? La selecta Juno, reina y hermana y esposa de Júpiter, sin embargo, es Iterduca para los niños, y trabaja con las diosas ignotísimas Abeona y Adeona. Allí colocaron también a la diosa Mente, que hace que los niños tengan buena mente, y no se coloca entre los selectos, como si pudiera otorgarse algo mayor al hombre: pero se coloca a Juno, porque es Iterduca y Domiduca, como si sirviera de algo emprender un viaje y ser llevado a casa, si no se tiene buena mente: cuyo don los selectores no colocaron entre las deidades selectas. Que ciertamente debería haber sido preferida a Minerva, a quien le atribuyeron la memoria en estas pequeñas obras de los niños. Pues ¿quién duda que es mucho mejor tener buena mente que una memoria por grande que sea? Nadie es malo si tiene buena mente: pero algunos son pésimos con una memoria admirable, tanto peores cuanto menos pueden olvidar lo que piensan mal. Y sin embargo, Minerva está entre los dioses selectos; pero la diosa Mente está cubierta por la turba vil. ¿Qué decir de la Virtud? ¿Qué de la Felicidad? de las cuales ya hemos hablado más en el cuarto libro: que teniendo como diosas, no quisieron darles lugar entre los dioses selectos, donde dieron a Marte y a Orco, uno hacedor de muertes, el otro receptor.

2. Por lo tanto, cuando en estas pequeñas obras, que se distribuyen en pequeñas partes a muchos dioses, vemos también a los selectos trabajar junto con la plebe; y encontramos que por algunos dioses, que de ninguna manera se consideraron dignos de ser seleccionados, se administran cosas mucho mayores y mejores que por aquellos que se llaman selectos: queda pensar que no por administraciones más excelentes en el mundo, sino porque les sucedió que se hicieron más conocidos por los pueblos, se les llamó selectos y principales. De donde dice también el mismo Varrón, que a algunos dioses padres y diosas madres, como a los hombres, les sucedió la ignominia. Si, por lo tanto, la Felicidad no debió estar entre los dioses selectos, porque no llegaron a esta nobleza por mérito, sino por casualidad; al menos entre ellos, o más bien antes que ellos, debería haberse colocado a la Fortuna, que dicen que es una diosa que no confiere sus dones por disposición racional, sino, como sucede al azar, a cada uno. Esta debería haber tenido el lugar principal entre los selectos, en los que mostró principalmente lo

que podía: cuando vemos que no por virtud preeminente, no por felicidad racional, sino por el poder temerario de la Fortuna, como sus adoradores piensan de ella, fueron seleccionados. Pues el muy elocuente Salustio tal vez también atendió a estos dioses, cuando dijo: «Pero ciertamente la Fortuna domina en toda cosa; ella celebra y oscurece las cosas más por capricho que por verdad.» No pueden encontrar la razón por la cual se celebró a Venus, y se oscureció a la Virtud; cuando de ambas se consagraron numina, y no se comparan los méritos. O si esto mereció ser ennoblecido, porque más lo desean; más desean a Venus que a la Virtud; ¿por qué se celebró a la diosa Minerva, y se oscureció a la diosa Pecunia? cuando en el género humano más atrae la avaricia que la pericia; y en esos mismos que son artísticos, rara vez encuentras a un hombre que no tenga su arte a la venta por una recompensa pecuniaria; y siempre se valora más lo que se hace por algo, que lo que se hace por otra cosa. Si, por lo tanto, por el juicio insensato de la multitud se hizo esta selección de dioses, ¿por qué no se prefirió a la diosa Pecunia sobre Minerva, cuando por el dinero hay muchos artesanos? Si, sin embargo, es la distinción de unos pocos sabios, ¿por qué no se prefirió a Venus la Virtud, cuando la razón la prefiere de lejos? Al menos ciertamente, como dije, la misma Fortuna, que, como piensan quienes más le atribuyen, domina en toda cosa, y celebra y oscurece las cosas más por capricho que por verdad; si tanto valió también en los dioses, que con su juicio temerario celebró a quienes quiso, y oscureció a quienes quiso, debería haber tenido un lugar principal entre los selectos, que en los mismos dioses tiene un poder tan preeminente. ¿O para que no pudiera estar allí, no se debe pensar que la misma Fortuna tuvo sino una fortuna adversa? Por lo tanto, se adversó a sí misma, que ennobleciendo a otros no se ennobleció.

CAPÍTULO IV.---Mejor se ha tratado a los dioses inferiores, que no se infaman con reproches, que a los selectos, cuyas tantas torpezas se celebran.

Sin embargo, alguien podría felicitar a estos dioses selectos, deseoso de nobleza y claridad, y llamarlos afortunados, si no los viera más seleccionados para injurias que para honores. Pues aquella turba ínfima fue cubierta por la misma ignominia, para no ser abrumada por reproches. Nos reímos, ciertamente, cuando los vemos distribuidos en sus obras por las ficciones de las opiniones humanas, como pequeños arrendatarios de impuestos, o como artesanos en el barrio de los plateros, donde un pequeño vaso, para que salga perfecto, pasa por muchos artesanos, cuando podría ser perfeccionado por uno solo. Pero de otra manera no se pensó que se debía consultar a la multitud de operarios, sino para que cada uno aprendiera rápidamente y fácilmente las partes individuales del arte, para que no se viera obligado a ser perfecto en un solo arte tarde y con dificultad. Sin embargo, apenas se encuentra algún dios no seleccionado que haya arrastrado su fama a la infamia por algún crimen; pero apenas hay alguno de los seleccionados que no haya recibido en sí una marca de contumelia notable. Aquellos descendieron a las obras humildes de estos, estos no llegaron a los crímenes sublimes de aquellos. De Jano, ciertamente, no se me ocurre fácilmente nada que pertenezca al oprobio: y tal vez fue así, vivió más inocentemente y más alejado de los crímenes y las deshonras. Recibió benignamente a Saturno huyendo: compartió el reino con su huésped, para que incluso fundaran ciudades individuales; este Janículo, aquel Saturnia. Pero estos en el culto de los dioses, apetitores de toda deshonra, a quien encontraron con una vida menos turbia, lo desfiguraron con la monstruosa deformidad de la estatua; haciéndolo a veces bifronte, a veces incluso cuadrifronte, como si fuera gemelo. ¿O tal vez quisieron que, puesto que muchos dioses selectos habían perdido el rostro al cometer cosas vergonzosas, cuanto más inocente fuera este, tanto más frontoso apareciera?

CAPÍTULO V.---De la doctrina más secreta de los paganos y las razones físicas.

Pero escuchemos más bien sus interpretaciones físicas, con las que intentan colorear la torpeza de su misérrimo error con la apariencia de una doctrina más elevada. Primero, Varrón recomienda estas interpretaciones diciendo que los antiguos crearon estatuas de los dioses y signos y adornos; que cuando los que se acercaran a los misterios de la doctrina los observaran con los ojos, pudieran ver con el alma el alma del mundo y sus partes, es decir, los verdaderos dioses: aquellos que hicieron estatuas con forma humana, se dice que siguieron esto porque el alma de los mortales que está en el cuerpo humano es muy similar al alma inmortal: como si se colocaran vasos para señalar a los dioses, y en el templo de Liber se colocara un oenophorum, que significara el vino, por lo que contiene lo que se contiene: así, por la estatua que tiene forma humana, se significa el alma racional, porque en este vaso la naturaleza suele contenerse, cuya naturaleza quieren que sea dios, o dioses. Estos son los misterios de la doctrina, que este hombre muy docto había penetrado, de donde sacaría estas cosas a la luz. Pero, oh hombre acutísimo, ¿perdiste en estos misterios de la doctrina aquella prudencia por la cual te pareció sobrio que aquellos que primero establecieron estatuas para los pueblos, y quitaron el miedo a sus ciudadanos, y añadieron error, y que los antiguos romanos observaron a los dioses más castamente sin estatuas? pues estos fueron para ti los autores para que te atrevieras a decir estas cosas contra los romanos posteriores. Pues si también aquellos antiquísimos hubieran adorado estatuas, tal vez todo este sentido de no establecer estatuas, al menos verdadero, lo habrías reprimido con el silencio del temor, y en estas perniciosas y vanas ficciones habrías proclamado más elocuentemente y con más altivez los misterios de esta doctrina. Sin embargo, tu alma tan docta e ingeniosa (donde mucho te lamentamos) a través de estos misterios de la doctrina no pudo llegar a su Dios, es decir, a aquel que la hizo, no con quien fue hecha; ni cuya parte es, sino cuya creación es; ni que es el alma de todos, sino que hizo toda alma, por cuya sola iluminación el alma se hace bienaventurada, si no es ingrata a su gracia. Pero estos misterios de la doctrina, ¿qué son, cuánto deben valorarse, lo que sigue lo mostrará? Mientras tanto, el hombre muy docto confiesa que el alma del mundo y sus partes son los verdaderos dioses: de donde se entiende que toda su teología, es decir, la misma natural, a la que más tributa, pudo extenderse hasta la naturaleza del alma racional. Pues de la natural habla muy poco en este libro: en el cual veremos si a través de interpretaciones fisiológicas puede referir a esta natural la civil, que escribió última sobre los dioses selectos. Si pudo, toda será natural: y ¿qué necesidad había de añadir la civil con tanta atención de distinción? Si, sin embargo, está separada por un recto discernimiento; cuando ni esta es verdadera, que le agrada como natural; pues llega hasta el alma, no hasta el verdadero Dios que hizo también el alma: ¿cuánto más abyecta y falsa es esta civil, que está principalmente ocupada en la naturaleza de los cuerpos; como sus mismas interpretaciones, de las cuales necesariamente debo recordar algunas, demostrará con tanta diligencia exquisita y enucleada?

CAPÍTULO VI.---De la opinión de Varrón, que pensó que Dios es el alma del mundo, que sin embargo tiene en sus partes muchas almas, cuya naturaleza es divina.

Por lo tanto, Varro, al hablar de la teología natural, dice que considera a Dios como el alma del mundo, al que los griegos llaman cosmos, y que este mismo mundo es Dios. Pero así como un hombre sabio, aunque esté compuesto de cuerpo y alma, se dice sabio por el alma; así el mundo se llama Dios por el alma, aunque esté compuesto de alma y cuerpo. Aquí parece confesar de alguna manera un solo Dios; pero para introducir varios, añade que el mundo se divide en dos partes, cielo y tierra; y el cielo en dos, éter y aire; y la tierra en agua y suelo: de las cuales el éter es el más alto, el aire el segundo, el agua el tercero, y la tierra el más bajo: todas estas partes están llenas de almas, en el éter y el aire de inmortales, en el agua y la tierra de mortales; y desde el circuito más alto del cielo hasta el círculo de la luna, las

almas etéreas son astros y estrellas, que no solo se entienden como dioses celestiales, sino que también se ven: entre el giro de la luna y las cimas de las nubes y los vientos hay almas aéreas, pero se ven con el alma, no con los ojos; y se les llama héroes, lares y genios. Esta es, en resumen, la teología natural propuesta en esta introducción, que no solo agradó a este, sino a muchos filósofos: sobre la cual se debe discutir más diligentemente cuando, con la ayuda del verdadero Dios, haya completado lo que resta sobre la teología civil, en lo que respecta a los dioses selectos.

CAPÍTULO VII.---Si fue razonable separar a Jano y Término en dos deidades.

Entonces, Jano, del cual se tomó el comienzo, pregunto quién es. Se responde, es el Mundo. Esta es una respuesta breve y clara. ¿Por qué entonces se dice que los inicios de las cosas pertenecen a él, y los fines a otro, al que llaman Término? Pues debido a los inicios y fines, se dice que estos dos dioses tienen dos meses dedicados, además de aquellos diez en los que hasta diciembre el comienzo es marzo; enero a Jano, febrero a Término. Por eso dicen que las Terminalias se celebran en el mismo mes de febrero, cuando se realiza el sacrificio purgatorio, que llaman Februum; de donde el mes tomó su nombre. ¿Acaso los inicios de las cosas pertenecen al mundo, que es Jano, y no los fines, para que otro dios se les ponga al frente? ¿No admiten que todo lo que dicen que sucede en este mundo también termina en este mundo? ¿Qué es esta vanidad, dar poder a la obra a medias, en la imagen una cara doble? ¿No interpretarían mucho más elegantemente a este bifronte si dijeran que es tanto Jano como Término; y dieran una cara a los inicios, otra a los fines? porque quien obra debe atender a ambos. En todo movimiento de su acción, quien no mira el inicio, no prevé el fin. Por lo tanto, es necesario que la intención se conecte desde la memoria que mira hacia adelante. Pues quien olvida lo que comenzó, no encontrará cómo terminarlo. Si pensaran que la vida bienaventurada comienza en este mundo y se perfecciona fuera de él, y por eso atribuyeran a Jano, es decir, al mundo, solo el poder de los inicios; ciertamente pondrían a Término por encima de él, y no lo alejarían de los dioses selectos. Aunque incluso ahora, cuando en estos dos dioses se tratan los inicios y fines de las cosas temporales, se debería haber dado más honor a Término. Pues hay mayor alegría cuando algo se completa: los comienzos están llenos de preocupación hasta que se llevan a cabo al fin, que quien comienza algo, principalmente desea, intenta, espera, anhela; ni se regocija por algo comenzado, a menos que se termine.

CAPÍTULO VIII.---Por qué razón los adoradores de Jano han creado su imagen bifronte, aunque también quieren que se vea cuadrifronte.

Pero ya se ha propuesto la interpretación de la imagen bifronte. Dicen que tiene dos caras, una hacia adelante y otra hacia atrás, porque nuestra boca, cuando la abrimos, parece similar al mundo: de ahí que los griegos llamen al paladar "ouranos"; y algunos poetas latinos han llamado al cielo paladar: desde la abertura de la boca, hay una entrada hacia los dientes hacia afuera, y hacia adentro hacia la garganta. He aquí a dónde ha sido llevado el mundo por el nombre de nuestro paladar, ya sea griego o poético. ¿Pero qué tiene esto que ver con el alma, qué con la vida eterna? ¿Por las simples salivas se adora a este dios, para tragar unas y escupir otras, bajo el cielo del paladar se abren ambas puertas? ¿Qué es más absurdo que no encontrar en el mismo mundo dos puertas opuestas, por las cuales pueda admitir algo hacia adentro o emitir algo hacia afuera; y querer componer la imagen del mundo en Jano a partir de nuestra boca y garganta, que el mundo no tiene semejanza, por el simple paladar, que Jano no tiene semejanza? Cuando lo hacen cuadrifronte y lo llaman Jano gemelo, lo interpretan en relación con las cuatro partes del mundo, como si el mundo mirara hacia afuera, como Jano por todas sus caras. Luego, si Jano es el mundo, y el mundo consta de cuatro partes, es falso

el simulacro de Jano bifronte: o si por eso es verdadero, porque también con el nombre de Oriente y Occidente se suele entender todo el mundo, ¿acaso cuando nombramos las otras dos partes del Norte y el Sur, alguien dirá que el mundo es gemelo como dicen de Jano cuadrifronte? No tienen de dónde interpretar cuatro puertas, que se abran para los que entran y salen, en similitud con el mundo; como encontraron algo que decir sobre el bifronte al menos en la boca del hombre; a menos que Neptuno venga en su ayuda y extienda un pez, que además de la abertura de la boca y la garganta, también tiene abiertas las fauces derecha e izquierda. Y sin embargo, esta vanidad no escapa por tantas puertas a ninguna alma, a menos que escuche a la Verdad diciendo, "Yo soy la puerta". (Juan 10, 9).

CAPÍTULO IX.---Sobre el poder de Júpiter, y su comparación con Jano.

1. Júpiter, que también se llama Jove, ¿quién quieren que sea, que lo expliquen? Es un dios, dicen, que tiene el poder de las causas por las cuales algo se hace en el mundo. Cuán grande es esto, lo atestigua aquel nobilísimo verso de Virgilio: "Feliz el que pudo conocer las causas de las cosas". (Georg. lib. 2, vers. 490). Pero ¿por qué se le antepone Jano, que nos lo responda ese hombre agudísimo y doctísimo? Porque en Jano están los principios, en Júpiter los fines. Con razón, entonces, Júpiter es considerado el rey de todos. Pues los principios son vencidos por los fines: porque aunque los principios preceden en el tiempo, los fines superan en dignidad. Pero esto se diría correctamente si se distinguieran los principios de los hechos y los fines: como el inicio de un hecho es partir, el fin es llegar; el inicio de un hecho es el comienzo del aprendizaje, el fin es la percepción de la doctrina: y así en todas las cosas, los principios son los inicios, y los fines son los fines. Pero este asunto ya se ha discutido entre Jano y Término. Las causas que se atribuyen a Júpiter son eficientes, no efectivas: y de ninguna manera pueden ser precedidas en el tiempo por los hechos o los inicios de los hechos. Pues siempre es anterior la cosa que hace, que aquella que se hace. Por lo tanto, si los inicios de los hechos pertenecen a Jano, no por eso son anteriores a las causas eficientes, que atribuyen a Júpiter. Pues así como nada se hace, así nada se inicia para hacerse, que no haya sido precedido por una causa que lo haga. Este dios, en quien están todas las causas de todas las naturalezas y cosas naturales hechas, si los pueblos lo llaman Júpiter, y lo adoran con tantas contumelias y tan criminales acusaciones, se atan a un sacrilegio más horrible que si no creyeran en absoluto en ningún dios. Por lo tanto, sería mejor para ellos llamar a otro cualquiera con el nombre de Júpiter, digno de honores torpes y deshonrosos, suponiendo un vano invento que más bien blasfemaran (como se dice que a Saturno se le dio una piedra para que la devorara en lugar de su hijo), que decir que este dios es tanto el que truena como el que adultera, y que gobierna todo el mundo y se desborda en tantos adulterios, y que tiene las causas supremas de todas las naturalezas y cosas naturales, y no tiene sus propias causas buenas.

2. Luego pregunto, ¿qué lugar entre los dioses le atribuyen a este Júpiter, si Jano es el mundo? Pues este definió a los verdaderos dioses como el alma del mundo y sus partes: y por lo tanto, cualquier cosa que no sea esto, no es en absoluto, según ellos, un verdadero dios. ¿Acaso dirán que Júpiter es el alma del mundo, de modo que Jano sea su cuerpo, es decir, este mundo visible? Si dicen esto, no habrá manera de que digan que Jano es un dios; porque el cuerpo del mundo no es dios ni siquiera según ellos, sino el alma del mundo y sus partes. Por lo tanto, el mismo dice claramente que considera a Dios como el alma del mundo, y que este mismo mundo es Dios: pero así como un hombre sabio, aunque esté compuesto de alma y cuerpo, se dice sabio por el alma; así el mundo se llama Dios por el alma, aunque esté compuesto de alma y cuerpo. Por lo tanto, solo el cuerpo del mundo no es dios: sino o solo su alma, o el cuerpo y el alma juntos; pero de tal manera que no sea dios por el cuerpo, sino por el alma. Si, por lo tanto, Jano es el mundo, y Jano es dios, ¿acaso dirán que Júpiter, para que

sea dios, es alguna parte de Jano? Pues suelen atribuirle a Júpiter el universo: de donde es, "Júpiter está lleno de todo". Por lo tanto, no pueden considerar a Júpiter como dios, y mucho menos como rey de los dioses, sino como el mundo; para que, según ellos, gobierne a los demás dioses, que son sus partes. En esta opinión también expone algunos versos de Valerio Sorano el mismo Varro, en ese libro que escribió aparte sobre el culto de los dioses; estos versos son: "Júpiter omnipotente, progenitor de reyes y cosas y dioses, progenitor y madre de dioses, un dios, y todos". Se exponen en el mismo libro, de modo que cuando consideraban al varón, que emitía la semilla, y a la hembra que la recibía; y que Júpiter es el mundo, y que él emite todas las semillas de sí mismo, y las recibe en sí mismo: "Por esta causa", dice, "escribió Sorano, Júpiter progenitor y madre: y no menos con causa uno y todos lo mismo; pues el mundo es uno, y en ese uno están todas las cosas".

CAPÍTULO X.---Si hay una correcta distinción entre Jano y Júpiter.

Entonces, si Jano es el mundo, y Júpiter es el mundo, y el mundo es uno, ¿por qué son dos dioses, Jano y Júpiter? ¿Por qué tienen templos separados, altares separados, ritos diferentes, imágenes disímiles? Si es porque una es la fuerza de los principios, otra la de las causas, y aquella recibió el nombre de Jano, esta de Júpiter; ¿acaso si un hombre tiene en diferentes cosas dos poderes o dos artes, porque la fuerza de cada una es diferente, por eso se le llama dos jueces o dos artesanos? Así, entonces, un solo Dios, cuando él mismo tiene el poder de los principios, él mismo de las causas, ¿acaso por eso es necesario pensar que es dos dioses, porque los principios y las causas son dos cosas? Si esto lo consideran justo, también digan que el mismo Júpiter es tantos dioses como cognombres le dieron por sus muchos poderes: porque todas las cosas, de las cuales se tomaron esos cognombres, son muchas y diversas; de las cuales menciono algunas.

CAPÍTULO XI.---Sobre los cognombres de Júpiter, que no se refieren a muchos dioses, sino a uno y el mismo.

Lo llamaron Victor, Invicto, Opitulus, Impulsor, Stator, Centumpeda, Supinal, Tigillum, Almo, Rumino, y otros que sería largo de enumerar. Estos cognombres se impusieron a un solo dios por causas y poderes diferentes, pero no por tantas cosas también forzaron a que fueran tantos dioses: porque vence a todo, porque no es vencido por nadie, porque ayuda a los necesitados, porque tiene el poder de impulsar, establecer, estabilizar, resupinar, porque sostiene y mantiene el mundo como una viga, porque alimenta a todos, porque la ruma, es decir, la mama, alimenta a los animales. En estos, como advertimos, algunos son grandes, otros pequeños; y sin embargo, se dice que uno hace ambos. Creo que las causas de las cosas y los principios están más cerca entre sí, por las cuales quisieron que un mundo fuera dos dioses, Júpiter y Jano, que contener el mundo y dar mama a los animales: y sin embargo, por estas dos obras tan distantes entre sí en fuerza y dignidad, no se vieron obligados a ser dos dioses; sino un solo Júpiter, llamado Tigillum por aquello, Rumino por esto. No quiero decir que dar mama a los animales lactantes podría haber sido más apropiado para Juno que para Júpiter: especialmente cuando también había una diosa Rumina, que se dice que le prestaba ayuda o servicio en esta obra. Pues podría responderse que también Juno no es otra cosa que Júpiter, según esos versos de Valerio Sorano, donde se dice: "Júpiter progenitor y madre". Entonces, ¿por qué se le llamó también Rumino, cuando tal vez al investigar más diligentemente se encuentra que él mismo es también esa diosa Rumina? Pues si es más justo que Júpiter no se le imponga un nombre femenino, a menos que en esos versos se diga "Progenitor y madre", y entre otros cognombres suyos lea que también se le llama Pecunia, que encontramos como diosa entre esos dioses menores, y mencionamos en el cuarto libro

(cap. 21). Pero cuando se le llama Pecunia, ¿por qué no se le llama también Pecunius, como Rumino y Rumina, ellos lo sabrán.

CAPÍTULO XII.---Que Júpiter también se llama Pecunia.

¡Qué elegantemente han dado razón de este nombre! Y se le llama Pecunia, dicen, porque de él son todas las cosas. ¡Oh gran razón del nombre divino! Más bien, aquel de quien son todas las cosas, vil y contumeliosamente se le llama Pecunia. Pues en comparación con todo lo que el cielo y la tierra contienen, ¿qué es la pecunia en todas las cosas que los hombres poseen con el nombre de pecunia? Pero sin duda la avaricia le impuso a Júpiter este nombre, para que quien ama la pecunia, no parezca amar a cualquier dios, sino al mismo rey de todos. Sería muy diferente si algo de esta doctrina se aprendiera saludablemente para la vida eterna, que el dios rector del mundo no se llamara por ellos Pecunia, sino Sabiduría, cuyo amor purga de las inmundicias de la avaricia, es decir, del amor a la pecunia.

CAPÍTULO XIII.---Que al exponer qué es Saturno, o qué es el Genio, ambos se demuestran ser un solo Júpiter.

Pero ¿qué más sobre este Júpiter, al que tal vez los demás deben referirse, para que la opinión de muchos dioses quede vacía, cuando él mismo es todos; ya sea cuando se consideran sus partes o poderes, o cuando la fuerza del alma, que creen difundida por todo, recibe nombres de dioses como partes de esta masa visible, y por la múltiple administración de la naturaleza? ¿Qué es Saturno? Uno, dicen, de los principales dioses, en quien está el dominio de todas las siembras. ¿No es la exposición de esos versos de Valerio Sorano que Júpiter es el mundo, y que él emite todas las semillas de sí mismo, y las recibe en sí mismo? Él es, por lo tanto, en quien está el dominio de todas las siembras. ¿Qué es el Genio? Un dios, dicen, que está a cargo y tiene el poder de todas las cosas que se generan. ¿Qué otro creen que tiene este poder, sino el mundo, al que se le dijo, "Júpiter progenitor y madre"? Y cuando en otro lugar dice que el Genio es el alma racional de cada uno, y por eso hay genios individuales de cada uno, pero que el alma del mundo es dios; ciertamente lo remite a lo mismo, para que se crea que el alma del mundo es el genio universal. Este es, por lo tanto, a quien llaman Júpiter. Pues si todo genio es dios, y el alma de cada hombre es genio, se sigue que el alma de cada hombre es dios: lo cual, si la misma absurdidad los obliga a rechazar, queda que digan que es singular y excelentemente dios el genio, que dicen que es el alma del mundo, y por lo tanto Júpiter.

CAPÍTULO XIV.---Sobre los oficios de Mercurio y Marte.

Mercurio y Marte, sin embargo, no lograron asociarlos con partes del mundo o con obras de Dios que se encuentran en los elementos, y por eso al menos los pusieron a cargo de las obras humanas, como administradores del discurso y la guerra. Si Mercurio, entre ellos, tiene el poder del discurso incluso de los dioses, también domina al rey de los dioses, si Júpiter habla según su juicio o recibió de él la facultad de hablar, lo cual es ciertamente absurdo. Pero si se dice que solo tiene el poder del discurso humano, no es creíble que Júpiter haya querido descender para amamantar, no solo a los niños, sino también a los animales, de donde se le llama Ruminus, y no haya querido que el cuidado de nuestro discurso, por el cual superamos a los animales, le pertenezca: y por lo tanto, Júpiter y Mercurio son lo mismo. Si se dice que el discurso mismo es Mercurio, como lo muestran las interpretaciones sobre él: (pues se dice que Mercurio se llama así porque corre en medio, ya que el discurso corre entre los hombres; por eso en griego se llama Ἑρμῆς, porque el discurso o la interpretación, que ciertamente pertenece al discurso, se llama ἑρμηνεία; por eso también preside sobre los comercios, porque

el discurso se da en medio entre vendedores y compradores; sus alas en la cabeza y los pies significan el discurso que vuela por el aire; se le llama mensajero porque a través del discurso se anuncian todos los pensamientos): si entonces Mercurio es el discurso mismo, incluso confesándolo ellos mismos, no es un dios. Pero cuando hacen dioses a aquellos que ni siquiera son demonios, al suplicar a espíritus impuros, son poseídos por ellos, que no son dioses, sino demonios. Asimismo, como no pudieron encontrar para Marte algún elemento o parte del mundo donde pudiera realizar obras de cualquier tipo de naturaleza, dijeron que era el dios de la guerra, que es obra de los hombres y no deseable para ellos. Si entonces la Felicidad diera paz perpetua, Marte no tendría nada que hacer. Pero si la guerra misma es Marte, como el discurso es Mercurio; ojalá fuera tan evidente que no es un dios, como que no es una guerra que incluso falsamente se llame dios.

CAPÍTULO XV.---De ciertas estrellas que los paganos nombraron con los nombres de sus dioses.

A menos que tal vez esas estrellas sean estos dioses, a las que llamaron con sus nombres: pues llaman a cierta estrella Mercurio, y a otra Marte. Pero allí está también aquella que llaman Júpiter; y sin embargo, el mundo es de Júpiter: allí está la que llaman Saturno; y sin embargo, además le dan no poca sustancia, a saber, de todas las semillas: allí está también la más brillante de todas, que ellos llaman Venus; y sin embargo, quieren que esa misma Venus sea también la Luna: aunque sobre esa estrella resplandeciente entre ellos, como sobre la manzana de oro, Juno y Venus disputan. Pues algunos dicen que el Lucero del Alba es de Venus, otros de Juno: pero, como suele ser, Venus vence. Pues muchos más atribuyen esa estrella a Venus, de modo que apenas se encuentra alguno de ellos que opine de otra manera. Pero, ¿quién no se reiría, cuando dicen que Júpiter es el rey de todos, que su estrella es superada en tanto brillo por la estrella de Venus? pues debería ser mucho más brillante que las demás, cuanto él es más poderoso. Responden que por eso parece así, porque la que se cree más oscura, es superior y está mucho más alejada de la tierra. Si entonces un lugar superior merece mayor dignidad, ¿por qué Saturno está allí superior a Júpiter? ¿o la vanidad de la fábula, que hace rey a Júpiter, no pudo llegar hasta las estrellas; y lo que Saturno no pudo en su reino, ni en el Capitolio, al menos se le permitió obtenerlo en el cielo? ¿Por qué, entonces, Jano no recibió alguna estrella? Si es porque es el mundo, y todos están en él; y el mundo es de Júpiter, y sin embargo la tiene. ¿O acaso compuso su causa como pudo, y en lugar de una estrella que no tiene entre las estrellas, recibió tantas caras en la tierra? Luego, si por las estrellas solamente consideran a Mercurio y Marte partes del mundo, para que puedan tenerlos como dioses, ya que ciertamente el discurso y la guerra no son partes del mundo, sino actos de los hombres; ¿por qué a Aries, Tauro, Cáncer, Escorpión y otros de este tipo, que cuentan como signos celestiales, y no a estrellas individuales, sino a cada uno compuesto de varias, y que dicen estar colocados en lo más alto del cielo, donde un movimiento más constante proporciona un curso invariable a las estrellas, no les hicieron altares, ni santuarios, ni templos; ni los tuvieron como dioses, no digo entre estos selectos, sino ni siquiera entre aquellos como plebeyos?

CAPÍTULO XVI.---De Apolo y Diana y otros dioses selectos, que quisieron que fueran partes del mundo.

Aunque quieren que Apolo sea adivino y médico, sin embargo, para colocarlo en alguna parte del mundo, dijeron que él mismo era el sol; y a Diana, su hermana, de manera similar la luna y la guardiana de los caminos. Por eso también quieren que sea virgen, porque el camino no engendra nada: y por eso ambos tienen flechas, porque esos dos astros extienden sus rayos desde el cielo hasta la tierra. Quieren que Vulcano sea el fuego del mundo, Neptuno las aguas

del mundo, Dite el padre, es decir, Orcus, la parte terrenal e inferior del mundo. Ponen a Liber y Ceres a cargo de las semillas, ya sea él de las masculinas, ella de las femeninas; o él del líquido, y ella de la sequedad de las semillas. Y todo esto se refiere al mundo, es decir, a Júpiter, que por eso se dice Progenitor y progenitora, porque emite todas las semillas de sí mismo y las recibe en sí mismo. Ya que incluso quieren que la Gran Madre sea la misma Ceres, a quien no dicen que sea otra cosa que la tierra, y afirman que es también Juno. Y por eso le atribuyen las causas secundarias de las cosas: aunque a Júpiter se le ha dicho, Progenitor y progenitora de los dioses: porque según ellos, todo el mundo es Júpiter. También a Minerva, porque la pusieron a cargo de las artes humanas, y no encontraron ni una estrella donde colocarla, dijeron que era el éter supremo o incluso la luna. También a Vesta la consideraron la mayor de las diosas, porque ella misma es la tierra; aunque creyeron que el fuego del mundo más leve, que pertenece a los usos fáciles de los hombres, no el más violento como el de Vulcano, debía serle atribuido. Y por lo tanto, quieren que todos estos dioses selectos sean este mundo, en algunos el universo, en otros sus partes: el universo como Júpiter; sus partes, como el Genio, la Gran Madre, el Sol y la Luna, o más bien Apolo y Diana. Y a veces hacen de un dios muchas cosas, a veces de una cosa muchos dioses. Pues un dios son muchas cosas, como el mismo Júpiter: y el mundo entero es Júpiter, y solo el cielo es Júpiter, y solo la estrella es considerada y llamada Júpiter. Asimismo, Juno es la señora de las causas secundarias, y Juno es el aire, y Juno es la tierra, y si venciera a Venus, Juno es la estrella. De manera similar, Minerva es el éter supremo, y Minerva también es la luna, que creen que está en el límite inferior del éter. Pero hacen de una sola cosa muchos dioses. Y Jano es el mundo, y Júpiter: así también Juno es la tierra, y la Gran Madre, y Ceres.

CAPÍTULO XVII.---Que incluso el mismo Varrón pronunció opiniones ambiguas sobre los dioses.

Y así como estas cosas, que he mencionado como ejemplo, no las explican, sino que más bien las complican; como el impulso de una opinión errante los ha empujado, así saltan de aquí para allá, de un lado a otro: de modo que el mismo Varrón prefirió dudar de todo, antes que afirmar algo. Pues después de haber concluido un libro sobre los dioses ciertos, al comenzar a hablar en otro sobre los dioses inciertos, dice: Cuando en este librito haya puesto opiniones dudosas sobre los dioses, no debo ser reprendido. Pues quien crea que se debe y se puede juzgar, cuando lo escuche, lo hará él mismo: yo más fácilmente puedo ser llevado a poner en duda lo que dije en el primer libro, que a dirigir todo lo que escriba en este a alguna conclusión. Así que no solo hizo incierto este sobre los dioses inciertos, sino también aquel sobre los ciertos. En el tercero, sobre los dioses selectos, después de haber prologado lo que creyó necesario prologar de la teología natural, al entrar en las vanidades y locuras mentirosas de esta teología civil, donde no solo no lo guiaba la verdad de las cosas, sino que también lo oprimía la autoridad de los mayores: De los dioses, dice, del pueblo romano públicos, a quienes dedicaron templos, y los marcaron con más signos, escribiré en este libro; pero, como escribe Jenófanes de Colofón, pondré lo que pienso, no lo que afirmo. Pues es propio del hombre opinar estas cosas, del Dios saber. Por lo tanto, promete con temor un discurso de cosas no comprendidas, ni firmemente creídas, sino opinadas y dudadas, al decir cosas que fueron instituidas por los hombres. Pues no como sabía que existía el mundo, que existía el cielo y la tierra, el cielo resplandeciente con estrellas, la tierra fértil en semillas, y otras cosas de este tipo, como creía con cierta estabilidad del alma que toda esta masa y naturaleza es gobernada y administrada por una fuerza invisible y muy poderosa; así podía afirmar sobre Jano, que era el mismo mundo; o encontrar sobre Saturno, cómo podía ser padre de Júpiter y estar sometido a Júpiter reinante, y otras cosas semejantes.

CAPÍTULO XVIII.---Qué causa más creíble hay por la cual el error del paganismo se ha arraigado.

De las cuales se da una razón más creíble, cuando se dice que fueron hombres, y a cada uno de ellos, por aquellos que adulándolos quisieron que fueran dioses, se les establecieron ritos y solemnidades según su ingenio, costumbres, actos, casos, y estas cosas poco a poco, infiltrándose a través de las almas de los hombres semejantes a los demonios y ávidas de cosas lúdicas, se difundieron ampliamente, adornándolas con las mentiras de los poetas, y seduciendo a los espíritus engañosos hacia ellas. Pues más fácilmente pudo suceder que un joven impío, temiendo ser asesinado por un padre impío y ávido de reino, expulsara a su padre del reino, que lo que este interpreta, que Saturno fue superado por Júpiter hijo, porque antes es la causa que pertenece a Júpiter, que la semilla que pertenece a Saturno. Pues si esto fuera así, Saturno nunca habría sido primero, ni sería padre de Júpiter. Pues siempre la semilla precede a la causa, y nunca se genera de la semilla. Pero cuando intentan honrar fábulas vanísimas o hechos humanos con interpretaciones naturales, incluso los hombres más agudos sufren tales angustias, que nos vemos obligados a lamentar también su vanidad.

CAPÍTULO XIX.---Sobre las interpretaciones que justifican el culto a Saturno.

Dijeron que Saturno solía devorar lo que nacía de él, porque las semillas, de donde nacen, regresan a él. Y que se le ofreció una gleba en lugar de Júpiter para devorar, significa, dice, que las semillas que se empezaban a sembrar eran cubiertas por manos humanas, antes de que se inventara la utilidad de arar. Por lo tanto, Saturno debió ser llamado la misma tierra, no las semillas: pues ella misma de alguna manera devora lo que ha engendrado, cuando las semillas nacidas de ella regresan a ella para ser recibidas nuevamente. Y que se dice que se le dio una gleba en lugar de Júpiter, ¿qué tiene que ver esto con que la semilla cubierta por la gleba por manos humanas no sea devorada como las demás? Pues esto se ha dicho como si quien puso la gleba hubiera quitado la semilla, como se dice que a Saturno se le ofreció una gleba y se le quitó Júpiter; y no más bien que la gleba al cubrir la semilla hizo que se devorara más diligentemente. Luego, de este modo, la semilla es Júpiter, no la causa de la semilla, que se decía poco antes. Pero, ¿qué harán los hombres, que cuando interpretan cosas necias, no encuentran qué decir sabiamente? Tiene una hoz, dice, por la agricultura. Ciertamente, en su reinado aún no existía la agricultura, y por eso se dice que sus primeros tiempos fueron, como el mismo interpreta las fábulas, porque los primeros hombres vivían de las semillas que la tierra producía espontáneamente. ¿O acaso, habiendo perdido el cetro, tomó la hoz, para que, habiendo sido rey ocioso en los primeros tiempos, se convirtiera en trabajador laborioso bajo el reinado de su hijo? Luego dice que por eso algunos solían sacrificarle niños, como los cartagineses, y algunos incluso mayores, como los galos, porque de todas las semillas el género humano es el mejor. Sobre esta crueldad vana, ¿qué más se necesita decir? Más bien, observemos y mantengamos que estas interpretaciones no se refieren al verdadero Dios, la naturaleza viva, incorpórea e inmutable, de quien se debe pedir la vida eternamente bienaventurada; sino que sus fines están en cosas corporales, temporales, mutables y mortales. Que Saturno, dice, castró a su padre Cielo en las fábulas, significa que el semen divino está en poder de Saturno, no de Cielo. Esto, en cuanto se puede entender, porque nada nace de las semillas en el cielo. Pero he aquí, Saturno si es hijo de Cielo, es hijo de Júpiter. Pues afirman innumerablemente y diligentemente que Cielo es Júpiter. Así, estas cosas que no vienen de la verdad, a menudo se subvierten a sí mismas sin que nadie las empuje. Se dice que fue llamado Κρόνον, que en griego significa espacio de tiempo: sin el cual, dice, la semilla no puede ser fecunda. Estas y otras muchas cosas se dicen de Saturno, y todas se refieren a la semilla. Pero al menos Saturno con todo este poder debería haber sido suficiente para las semillas: ¿por qué se requieren otros dioses para esto, especialmente Liber

y Libera, es decir, Ceres? De los cuales nuevamente, en lo que respecta a la semilla, dice tantas cosas, como si no hubiera dicho nada de Saturno.

CAPÍTULO XX.---Sobre los ritos de Ceres Eleusina.

En los ritos de Ceres se proclaman aquellos Eleusinos, que fueron los más nobles entre los atenienses. De los cuales este no interpreta nada, excepto lo que se refiere al grano, que Ceres descubrió, y a Proserpina, que perdió cuando fue raptada por Orcus. Y dice que esta misma significa la fecundidad de las semillas: que cuando faltó en cierto tiempo, y la tierra se afligió con esa misma esterilidad, surgió la opinión de que la hija de Ceres, es decir, la misma fecundidad, que se llamaba Proserpina por proserpir, había sido arrebatada por Orcus y retenida en el inframundo: lo cual, cuando fue celebrado con luto público, porque la misma fecundidad regresó, Proserpina devuelta, surgió la alegría, y de esto se establecieron las solemnidades. Luego dice que muchas cosas se transmiten en sus misterios, que no se refieren a otra cosa que al descubrimiento de los frutos.

CAPÍTULO XXI.---Sobre la indecencia de los ritos que se celebraban en honor a Liber.

Ahora bien, los ritos de Liber, a quien pusieron a cargo de las semillas líquidas, y por lo tanto no solo de los líquidos de los frutos, de los cuales el vino tiene de alguna manera la primacía, sino también de las semillas de los animales, ¿a qué grado de indecencia han llegado, me da vergüenza decirlo, debido a la longitud del discurso; pero no me da vergüenza debido a la hebetud orgullosa de estos. Entre otras cosas que me veo obligado a omitir, ya que son muchas; en los cruces de caminos de Italia se dice que se celebraban ciertos ritos de Liber con tanta licencia de indecencia, que en su honor se veneraban los órganos genitales vergonzosos; no al menos con un secreto algo más decente, sino con la iniquidad exultante en público. Pues este miembro vergonzoso durante los días festivos de Liber, con gran honor, se colocaba en carretillas, primero en los cruces de caminos del campo, y luego se llevaba hasta la ciudad. Pero en la ciudad de Lavinio se dedicaba todo un mes a un solo Liber, durante cuyos días todos usaban palabras sumamente obscenas, hasta que ese miembro era llevado a través del foro y descansaba en su lugar. A este miembro deshonesto era necesario que una matrona muy honorable le pusiera una corona públicamente. Así, al parecer, el dios Liber debía ser aplacado para los frutos de las semillas: así debía ser repelido el mal de ojo de los campos, para que una matrona se viera obligada a hacer en público lo que ni siquiera una prostituta debería haber sido permitida hacer en el teatro si las matronas estuvieran mirando. Por estas cosas, no se creyó que Saturno solo pudiera ser suficiente para las semillas, para que la ocasión de multiplicar los dioses fuera encontrada por el alma inmunda, y al estar justamente desprovista del único verdadero Dios debido a su inmundicia, y prostituida por muchos falsos debido a su avidez de mayor inmundicia, llamara a estos sacrilegios sagrados, y se ofreciera a sí misma para ser contaminada y mancillada por las turbas de espíritus impuros.

CAPÍTULO XXII.---Sobre Neptuno, Salacia y Venilia.

Ya tenía Neptuno a Salacia como esposa, a quien dijeron que era la parte inferior del agua del mar; ¿por qué se le añadió también Venilia, sino para que sin ninguna causa de ritos necesarios, solo por la lujuria del alma prostituida, se multiplicara la invitación de los demonios? Pero que se presente la interpretación de la ilustre teología, que nos detenga de esta reprensión con una razón dada. Venilia, dice, es la ola que viene a la orilla; Salacia, la que regresa al mar. ¿Por qué entonces se hacen dos diosas, cuando es una ola la que viene y regresa? Sin duda, es la misma lujuria exultante en muchos dioses. Pues aunque el agua no se

duplica que va y viene; sin embargo, con la ocasión de esta vanidad, al invitar a dos demonios, el alma se contamina más, que va, y no regresa. Te ruego, Varrón, o vosotros, que habéis leído tales escritos de hombres tan doctos, y os jactáis de haber aprendido algo grande, interpretad esto, no quiero decir según aquella naturaleza eterna e inmutable, que es el único Dios; sino al menos según el alma del mundo, y sus partes, que consideráis dioses verdaderos. Hacer del alma del mundo, que permea el mar, un dios para vosotros, Neptuno, es un error de alguna manera más tolerable. ¿Es que la ola que viene a la orilla y regresa al mar, son dos partes del mundo, o dos partes del alma del mundo? ¿Quién de vosotros es tan insensato, que esto lo sepa? ¿Por qué entonces hicieron para vosotros dos diosas, sino porque fue previsto por vuestros mayores sabios, no para que más dioses os gobernaran, sino para que más demonios os poseyeran, que se alegran con estas vanidades y falsedades? ¿Por qué entonces Salacia perdió por esta interpretación la parte inferior del mar, a la que estaba sujeta a su marido? pues ahora, cuando decís que es la ola que regresa, la habéis puesto en la superficie. ¿O porque Venilia tomó una concubina, enojada excluyó a su marido de las alturas del mar?

CAPÍTULO XXIII.---Sobre la Tierra, que Varrón confirma que es una diosa, porque ese espíritu del mundo, que él considera dios, también permea esta parte más baja de su cuerpo, y le imparte poder divino.

1. Sin duda, hay una sola tierra, que vemos llena de sus animales; sin embargo, siendo ella un gran cuerpo en los elementos y la parte más baja del mundo, ¿por qué quieren que sea una diosa? ¿Es porque es fecunda? ¿Por qué entonces no son más bien dioses los hombres, que la hacen más fecunda cultivándola; pero cuando la aran, no cuando la adoran? Pero dicen que la parte del alma del mundo, que la atraviesa, la hace diosa. Como si el alma no fuera más evidente en los hombres, de cuya existencia no hay duda; y sin embargo, los hombres no son considerados dioses: y lo que es gravemente lamentable, se someten a un error admirable y miserable al adorar y venerar a aquellos que no son dioses y a quienes ellos mismos son mejores. Y ciertamente el mismo Varrón, en el mismo libro sobre los dioses selectos, afirma que hay tres grados del alma en toda la naturaleza universal: uno, que atraviesa todas las partes del cuerpo que viven, y no tiene sentido, sino solo salud para vivir: dice que esta fuerza en nuestro cuerpo se extiende a los huesos, uñas, cabellos: así como en el mundo los árboles se alimentan y crecen sin sentido, y viven de alguna manera a su manera. El segundo grado del alma, en el que hay sentido: esta fuerza llega a los ojos, oídos, narices, boca, tacto. El tercer grado del alma es el más alto, llamado mente, en el que predomina la inteligencia: de esto carecen todos los mortales excepto el hombre: dice que esta parte del alma del mundo es dios, pero en nosotros se llama Genio. Sin embargo, en el mundo hay piedras y tierra, que vemos, donde no llega el sentido, como los huesos, como las uñas de dios: pero el sol, la luna, las estrellas, que sentimos, y por las cuales él mismo siente, son su sentido. Además, el éter es su mente: por cuya fuerza, que llega a los astros, también los hace dioses; y por lo que en la tierra penetra, hace a la diosa Tierra; y lo que de allí penetra en el mar y el océano, es el dios Neptuno.

2. Que regrese entonces de esta teología que considera natural, a la que, como para descansar de estos rodeos y vueltas, fatigado, ha salido. Que regrese, digo, que regrese a la civil: aquí aún lo retengo, por un momento trato sobre esto. Aún no digo, si la tierra y las piedras son similares a nuestros huesos y uñas, que de igual manera no tienen inteligencia, como carecen de sentido; o si por eso se dice que nuestros huesos y uñas tienen inteligencia, porque están en el hombre que tiene inteligencia, es tan necio quien dice que estos son dioses en el mundo, como necio es quien dice que en nosotros los huesos y uñas son hombres. Pero esto tal vez

deba tratarse con los filósofos: ahora quiero a este aún político. Pues puede ser que, aunque parezca haber querido levantar un poco la cabeza hacia aquella libertad de la teología natural, aún manejando este libro, y pensando en manejarse en él, también desde allí haya mirado; y haya dicho esto para que sus mayores, o bien otras ciudades, no sean creídas haber adorado en vano a la Tierra y a Neptuno. Pero digo esto, la parte del alma mundana que atraviesa la tierra, como hay una sola tierra, ¿por qué no hizo también una sola diosa, que dice ser la Tierra? Pero si así lo hizo, ¿dónde estará Orcus, hermano de Júpiter y Neptuno, a quien llaman Dite padre? ¿dónde su esposa Proserpina, que según otra opinión puesta en los mismos libros, no es la fertilidad de la tierra, sino que se considera la parte inferior? Pero si dicen que la parte del alma mundana, cuando atraviesa la parte superior de la tierra, hace al dios Dite padre; y cuando la inferior, a la diosa Proserpina; ¿qué será entonces esa Tierra? Pues todo lo que ella era, se ha dividido en estas dos partes y dioses, de modo que no se puede encontrar qué es ella como tercera, o dónde está: a menos que alguien diga que estos dioses Orcus y Proserpina son una sola diosa Tierra; y que ya no son tres, sino o una, o dos: y sin embargo se dicen tres, se consideran tres, se adoran tres con sus altares, sus templos, sus ritos, sus imágenes, sus sacerdotes, y por estas cosas también prostituyen su alma a sus demonios engañosos. Aún se debe responder, qué parte de la tierra atraviesa la parte del alma mundana, para hacer al dios Tellumón. No, dice, sino que una y la misma tierra tiene una doble fuerza, masculina, porque produce semillas; y femenina, porque las recibe y nutre: de ahí que por la fuerza femenina se llame Tierra, y por la masculina Tellumón. ¿Por qué entonces los pontífices, como él mismo indica, añadiendo también otros dos, hacen un rito divino a cuatro dioses, a la Tierra, a Tellumón, a Altor, a Rusor? De la Tierra y Tellumón ya se ha dicho: ¿por qué a Altor? Porque de la tierra, dice, se alimentan todas las cosas que nacen. ¿Por qué a Rusor? Porque, dice, todo vuelve a ella.

CAPÍTULO XXIV.---De los sobrenombres de la Tierra y sus significados, que aunque eran indicios de muchas cosas, no debieron establecer opiniones de muchos dioses.

1. Por lo tanto, una sola tierra debería tener cuatro sobrenombres por esta cuádruple fuerza, no hacer cuatro dioses: como un solo Júpiter con tantos sobrenombres, y una sola Juno con tantos sobrenombres; en los cuales se dice que hay una fuerza múltiple que pertenece a un solo dios o una sola diosa, no que la multitud de sobrenombres haga también una multitud de dioses. Pero ciertamente, así como a veces incluso las mujeres más viles se cansan y se arrepienten de las multitudes que buscaron por lujuria: así el alma, hecha vil y prostituida a espíritus inmundos, multiplicar dioses para sí misma, a los que se postrara para ser contaminada, como mucho le agradó, así a veces también le disgustó. Pues el mismo Varrón, como avergonzado por la misma multitud, quiere que la Tierra sea una sola diosa. La misma, dice, la llaman la Gran Madre, porque tiene un tambor, se significa que es el orbe de la tierra: porque tiene torres en la cabeza, las ciudades: porque se fingen asientos alrededor de ella, ya que todo se mueve, ella no se mueve. Que los Galos fueron hechos para servir a esta diosa, significa que quienes carecen de semilla deben seguir la tierra; pues en ella se encuentra todo. Que se arrojan sobre ella, se ordena, dice, a quienes cultivan la tierra, que no se sienten; pues siempre hay algo que hacer. El sonido de los címbalos, el lanzamiento de herramientas y manos, y el ruido que se hace en el cultivo del campo, significan: por eso de bronce, porque los antiguos la cultivaban con bronce, antes de que se inventara el hierro. Añaden un león suelto y manso, para mostrar que no hay género de tierra tan remoto y feroz que no convenga someter y cultivar. Luego añade y dice, que la Tierra madre y con más nombres y sobrenombres que la llamaron, se consideraron muchos dioses. La Tierra, dice, creen que es Ops, porque se mejora con el trabajo; Madre, porque da a luz muchas cosas; Grande, porque da alimento; Proserpina, porque de ella brotan los frutos; Vesta, porque se viste de hierbas.

Así otras diosas, dice, no absurdamente las refieren a esta. Si entonces es una diosa, que consultando la verdad ni siquiera ella es, por ahora, ¿por qué se va a muchas? Que estos sean muchos nombres de una sola, no tantas diosas como nombres. Pero la autoridad de los mayores errantes lo oprime, y obliga al mismo Varrón, después de esta sentencia, a temblar. Pues añade y dice: Con la opinión de los mayores sobre estas diosas, que las consideraron ser muchas, no lucha. ¿Cómo no lucha, cuando es muy diferente que una diosa tenga muchos nombres, a que sean muchas diosas? Pero puede, dice, ser que la misma cosa sea una, y en ella algunas cosas sean muchas. Concedo que en un hombre haya muchas cosas, ¿acaso por eso también muchos hombres? así en una diosa hay muchas cosas, ¿acaso por eso también muchas diosas? Pero como quieran, dividan, mezclen, multipliquen, replieguen, impliquen.

2. Estos son los misterios ilustres de la Tierra y la Gran Madre, de donde todo se refiere a las semillas mortales y al ejercicio de la agricultura. ¿Es que referidos a estas cosas y teniendo este fin, el tambor, las torres, los Galos, la insana agitación de los miembros, el ruido de los címbalos, la confección de leones, prometen a alguien vida eterna? ¿Es que por eso los Galos castrados sirven a esta Gran diosa, para significar que quienes carecen de semilla deben seguir la tierra; como si no fuera más bien esa servidumbre la que los hace carecer de semilla? Pues, ¿siguiendo a esta diosa, cuando carecen, adquieren semilla; o más bien, siguiendo a esta diosa, cuando tienen, pierden semilla? ¿Es esto interpretarlo, o detestarlo? No se atiende a cuánto han prevalecido los malignos demonios, que no se atrevieron a prometer algo grande con estos ritos, y pudieron exigir cosas tan crueles. Si la tierra no fuera diosa, los hombres le llevarían las manos trabajando, para conseguir semillas a través de ella; no también haciéndose daño a sí mismos, para perder semillas por ella. Si no fuera diosa, se haría fecunda con manos ajenas, de modo que no obligaría al hombre a hacerse estéril con sus propias manos. Ya que en los ritos de Liber una matrona honesta coronaba los órganos viriles, ante la multitud, donde ruborizada y sudorosa, si hay algún rostro en los hombres, tal vez estaba también el marido; y que en la celebración de las bodas, la nueva esposa era ordenada a sentarse sobre el falo de Príapo: son cosas mucho más despreciables y leves ante esta torpeza crudísima o crueldad torpísima, donde con artes demoníacas se engaña a ambos sexos de tal manera que ninguno de los dos es asesinado por su herida. Allí se teme el mal de ojo en los campos, aquí no se teme la amputación de los miembros: allí se deshonra la modestia de la nueva esposa, de modo que no solo no se le quita la fecundidad, sino ni siquiera la virginidad; aquí se amputa la virilidad, de modo que ni se convierte en mujer, ni se deja como hombre.

CAPÍTULO XXV.---Qué interpretación sobre la castración de Atis ha encontrado la doctrina de los sabios griegos.

Y Atis no ha sido mencionado, ni se ha requerido su interpretación por este, en cuya memoria de amor se castra al Galo. Pero los doctos y sabios griegos no han callado una razón tan santa y notable. Pues Porfirio, un filósofo noble, dijo que Atis significa las flores, por la faz primaveral de la tierra, que es más hermosa que en otras estaciones; y por eso castrado, porque la flor cae antes del fruto (En el libro sobre la Razón natural de los dioses). No compararon, pues, al hombre mismo, o como hombre, llamado Atis, sino sus órganos viriles a la flor. Pues estos cayeron mientras él vivía: más bien no cayeron, ni fueron arrancados, sino que claramente fueron desgarrados; y perdida esa flor, no siguió después ningún fruto, sino más bien la esterilidad. ¿Qué queda entonces de él? y lo que quedó después de la castración, ¿qué se dice que significa? ¿a qué se refiere? ¿qué interpretación se ofrece de ello? ¿o al esforzarse en vano y no encontrar nada, persuaden más bien que debe creerse lo que la fama ha divulgado sobre el hombre castrado, y se ha consignado en escritos? Con razón se apartó de esto nuestro Varrón, y no quiso decirlo: pues no ignoraba el hombre más docto.

CAPÍTULO XXVI.---Sobre la torpeza de los ritos de la Gran Madre.

Asimismo, sobre los afeminados consagrados a la misma Gran Madre, contra toda modestia de hombres y mujeres, que hasta ayer con cabellos húmedos, rostro blanqueado, miembros flácidos, paso femenino por las calles y barrios de Cartago, incluso exigían de los pueblos de donde vivían deshonestamente, nada quiso decir Varrón, ni recuerdo haberlo leído en ninguna parte. La interpretación falló, la razón se avergonzó, el discurso calló. Venció a todos los dioses hijos de la Gran Madre, no la grandeza del poder, sino del crimen. A este monstruo no se compara la monstruosidad de Jano. Él tenía en las imágenes solo deformidad, esta en los ritos una crueldad deforme; él tenía miembros añadidos en piedras, esta en hombres perdidos. Este deshonor no lo superan tantos adulterios de Júpiter mismo: él entre corrupciones femeninas infamó el cielo con un solo Ganimedes; esta con tantos afeminados profesos y públicos contaminó la tierra, e hizo injuria al cielo. Tal vez podríamos comparar o preferir a Saturno en este género de crueldad torpísima, quien se dice que castró a su padre: pero en los ritos de Saturno los hombres pudieron ser más bien muertos por manos ajenas, que castrados por las suyas. Él devoró a sus hijos, como dicen los poetas, y los físicos interpretan de esto lo que quieren; pero como la historia lo revela, los mató: pero que los cartagineses sacrificaron a sus hijos a él, no lo aceptaron los romanos. Pero esta Gran Madre de los dioses incluso en los templos romanos introdujo a los castrados, y mantuvo esta crueldad y costumbre; creída para ayudar a las fuerzas de los romanos, cortando los órganos viriles de los hombres. ¿Qué son ante este mal los robos de Mercurio, la lascivia de Venus, los adulterios y torpezas de los demás, que sacaríamos de los libros, si no se cantaran y bailaran diariamente en los teatros? pero ¿qué son estos ante un mal tan grande, cuya magnitud solo competía a la Gran Madre? especialmente porque se dice que aquellos son inventados por los poetas: como si los poetas también hubieran inventado que esas cosas son agradables y aceptables a los dioses. Para que se cantaran o escribieran, es audacia o petulancia de los poetas: pero para que se añadieran a las cosas divinas y honores por los mismos dioses mandando y exigiendo, ¿qué es sino crimen de los dioses; más bien confesión de demonios, y engaño de los miserables? Pero aquello que la Gran Madre de los dioses mereció ser adorada por la consagración de los castrados, no lo inventaron los poetas, sino que prefirieron más bien horrorizarse que cantarlo. ¿A estos dioses selectos debe consagrarse alguien, para que después de la muerte viva felizmente, a quienes consagrado antes de la muerte no puede vivir honestamente, sometido a supersticiones tan viles y obligado a demonios inmundos? Pero todo esto, dice, se refiere al mundo. Que vea si más bien no al inmundo. Pero ¿qué no puede referirse al mundo, que se demuestra que está en el mundo? Pero nosotros buscamos un alma que, confiada en la verdadera religión, no adore el mundo como su dios, sino que alabe el mundo como obra de Dios por Dios; y purificada de las inmundicias mundanas, llegue pura a Dios, quien creó el mundo.

CAPÍTULO XXVII.---Sobre los mitos de los fisiólogos, que ni adoran la verdadera divinidad, ni con el culto con el que debe adorarse la verdadera divinidad.

1. A estos dioses selectos los vemos ciertamente más conocidos que los demás; no obstante, no para que se iluminen sus méritos, sino para que no se oculten sus oprobios: de donde es más creíble que fueron hombres; como no solo las letras poéticas, sino también las históricas han transmitido. Pues lo que Virgilio dice,Primus ab aethereo venit Saturnus Olympo,Arma Jovis fugiens, et regnis exsul ademptis: (Aeneid. lib. 8, vers 319, 320).y lo que sigue relacionado con esto, Euhemero expone toda la historia, que Ennio tradujo al latín: de donde, porque muchos han puesto, quienes antes de nosotros escribieron contra tales errores ya sea en griego o en latín, no me ha parecido oportuno detenerme en ello.

2. [XXVII.] Cuando considero estas fisiologías con las que hombres doctos y agudos intentan convertir estas cosas humanas en cosas divinas, no veo nada más que haber podido referirse a obras temporales y terrenales y a la naturaleza corporal, o incluso si es invisible, sin embargo mutable: lo cual de ninguna manera es el verdadero Dios. Pero si al menos se hiciera con significados congruentes a la religiosidad, sería ciertamente lamentable que no se anunciara y predicara el verdadero Dios; sin embargo, de alguna manera soportable que no se hicieran ni ordenaran cosas tan viles y torpes: pero ahora, cuando en lugar del verdadero Dios, al que solo el alma habitada por él es feliz, es un sacrilegio adorar ya sea el cuerpo o el alma; cuánto más nefario es adorar estas cosas de tal manera que ni la salud ni el decoro humano del cuerpo o el alma del adorador se obtienen. Por lo tanto, si con templo, sacerdote, sacrificio, que se debe al verdadero Dios, se adora algún elemento del mundo, o algún espíritu creado, aunque no inmundo y malo; no es malo porque esas cosas sean malas con las que se adora; sino porque son tales cosas, con las que solo aquel debe ser adorado, a quien tal culto y servicio se debe. Pero si por estupidez o monstruosidad de las imágenes, sacrificios de homicidios, coronación de órganos viriles, pago de adulterios, sección de miembros, castración de genitales, consagración de afeminados, fiestas de juegos impuros y obscenos, alguien pretende adorar al único verdadero Dios, es decir, al creador de toda alma y cuerpo, no peca porque no debe ser adorado a quien adora; sino porque no lo adora como debe ser adorado. Pero quien con tales cosas, es decir, torpes y criminales, y no al verdadero Dios, es decir, al creador del alma y el cuerpo, sino a una criatura aunque no viciosa, ya sea alma, o cuerpo, o alma y cuerpo juntos, peca dos veces contra Dios, porque adora en lugar de él lo que no es él; y con tales cosas lo adora, con las que ni él debe ser adorado, ni lo que no es él. Pero cómo, es decir, cuán torpemente y nefariamente, han adorado, está a la vista. Pero qué o a quiénes han adorado, sería oscuro, si su historia no lo atestiguara, confesando esas mismas cosas que terriblemente exigen los numina. Por lo tanto, eliminados los rodeos, queda claro que con toda esta teología civil se han invitado a los demonios nefarios e inmundísimos espíritus, para ser vistos en imágenes estúpidas, y a través de ellas poseer también corazones necios.

CAPÍTULO XXVIII.---Que la doctrina de Varrón sobre la teología no concuerda en ninguna parte consigo misma.

¿Qué valor tiene, entonces, que el erudito y agudísimo Varrón intente, mediante una sutil disertación, reducir y referir a todos estos dioses al cielo y a la tierra? No puede: se escapan de las manos, rebotan, se deslizan y caen. Al hablar de las mujeres, es decir, de las diosas, dice: «Puesto que, como dije en el primer libro sobre los lugares, se han observado dos principios de los dioses en el cielo y en la tierra, de donde los dioses se llaman en parte celestiales y en parte terrestres: así como en los capítulos anteriores comenzamos con el cielo, cuando hablamos de Jano, a quien algunos llaman cielo, otros mundo; así comenzamos a escribir sobre las mujeres desde la Tierra». Percibo cuánta molestia sufre un ingenio tan grande y tan sutil. Se deja llevar por una cierta razón verosímil, que el cielo es lo que actúa, la tierra lo que padece; y por eso atribuye a aquel una fuerza masculina, a esta una femenina: y no se da cuenta de que es más bien aquel quien hace estas cosas, quien hizo ambos. De aquí también interpreta los nobles misterios de Samotracia en el libro anterior, y promete casi religiosamente que expondrá por escrito lo que ni siquiera es conocido por los suyos y se los enviará. Dice que allí, por muchos indicios, ha concluido que en las imágenes se significa una cosa el cielo, otra la tierra, otra los ejemplos de las cosas que Platón llama ideas: el cielo quiere que se entienda como Júpiter, la tierra como Juno, las ideas como Minerva: el cielo de donde se hace algo, la tierra de la que se hace, el ejemplo según el cual se hace. En este

asunto omito decir que Platón dice que esas ideas tienen tal poder que, según ellas, no solo el cielo hizo algo, sino que incluso el cielo fue hecho. Digo esto, que en este libro de los dioses selectos, ha perdido aquella razón de los tres dioses, con los cuales parece haber abarcado todo. Pues atribuye a los dioses masculinos al cielo, a las diosas a la tierra: entre las cuales coloca a Minerva, a quien antes había puesto por encima del mismo cielo. Luego, el dios masculino Neptuno está en el mar, que pertenece más a la tierra que al cielo. Finalmente, Dis Pater, que en griego se llama Plutón, también él, hermano masculino de ambos, se considera un dios terrestre; ocupando la tierra superior, teniendo en la inferior a Proserpina como esposa. ¿Cómo, entonces, intentan referir a los dioses al cielo y a las diosas a la tierra? ¿Qué tiene de sólido, qué de constante, qué de sobrio, qué de definido esta disertación? Aquella, sin embargo, es la Tierra el inicio de las diosas, la Gran Madre, en cuyo culto resuena la insana torpeza de los blandos y castrados que se cortan y se lanzan: ¿qué es, entonces, lo que se dice que Jano es la cabeza de los dioses, la Tierra la cabeza de las diosas? Ni allí el error hace una sola cabeza, ni aquí la locura sana. ¿Por qué intentan en vano referir esto al mundo? Porque aunque pudieran, ningún piadoso adora al mundo como al verdadero Dios: y sin embargo, la verdad abierta demuestra que ni siquiera esto pueden. Que refieran esto más bien a los hombres muertos, y a los peores demonios, y no quedará ninguna cuestión.

CAPÍTULO XXIX.---Que todo lo que los fisiólogos han referido al mundo y sus partes, debieron referirlo al único verdadero Dios.

Porque todo lo que ellos refieren al mundo desde la teología de estos dioses como si fueran razones físicas, sin ningún escrúpulo de opinión sacrílega, debe atribuirse más bien al verdadero Dios, que hizo el mundo, creador de toda alma y de todo cuerpo, observemos de esta manera: Nosotros adoramos a Dios, no al cielo y la tierra, de las cuales consta este mundo: ni al alma o almas difundidas por cualquier ser viviente; sino a Dios que hizo el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos: que hizo toda alma, ya sea de cualquier modo viviente y carente de sentido y razón, o incluso sintiente, o incluso inteligente.

CAPÍTULO XXX.---Con qué piedad se distingue al Creador de las criaturas, para que no se adoren tantos dioses como obras de un solo autor.

Y ya para comenzar a recorrer las obras de ese único y verdadero Dios, por las cuales estos, mientras intentan interpretar de manera honesta los sacramentos más vergonzosos y criminales, han hecho muchos dioses falsos: adoramos a ese Dios, que a las naturalezas creadas por Él les ha establecido principios y fines de subsistencia y movimiento; que tiene, conoce y dispone las causas de las cosas; que ha establecido la fuerza de las semillas; que ha infundido el alma racional, que se llama mente, en los seres vivientes que quiso; que ha otorgado la facultad y el uso del lenguaje; que ha impartido el don de predecir el futuro a los espíritus que le plació, y por quienes le place predecir el futuro, y por quienes le place alejar las malas enfermedades; que también modera los inicios, progresos y fines de las guerras, cuando es necesario corregir y castigar al género humano; que ha creado y gobierna el fuego más vehemente y violento de este mundo por la moderación de una naturaleza inmensa; que es el creador y gobernador de todas las aguas; que hizo el sol, la más brillante de las luces corporales, y le dio su fuerza y movimiento adecuados; que incluso a los infiernos no les retira su dominio y poder; que establece las semillas y alimentos de los mortales, ya sean secos o líquidos, atribuidos a las naturalezas competentes; que funda y fecunda la tierra; que otorga sus frutos a los animales y a los hombres; que conoce y ordena no solo las causas principales, sino también las subsecuentes; que estableció el movimiento de la luna; que proporciona caminos celestiales y terrestres para los cambios de lugares; que a las mentes humanas, que creó, también les concedió las ciencias de las diversas artes para ayudar a la

vida y la naturaleza; que instituyó la unión del hombre y la mujer para la ayuda de la procreación; que a las comunidades humanas, a quienes se les asignó el fuego terrenal para los usos más fáciles, les concedió el don del fuego terrenal. Estas son ciertamente las cosas que el agudísimo y doctísimo Varrón, ya sea que las haya recibido de otro lugar o que las haya conjeturado él mismo, se esforzó por distribuir entre los dioses selectos a través de no sé qué interpretaciones físicas. [XXX.] Pero estas cosas las hace y actúa un solo verdadero Dios; pero como Dios, es decir, en todas partes entero, no encerrado en ningún lugar, no atado por ningún vínculo, no divisible en partes, no mutable en ninguna parte, llenando el cielo y la tierra con su poder presente, no con una naturaleza necesitada. Así administra todas las cosas que creó, permitiendo que también ellas ejerzan y actúen sus propios movimientos. Aunque no pueden ser nada sin Él, no son lo que Él es. Sin embargo, actúa muchas cosas también a través de los ángeles: pero no beatifica a los ángeles sino de sí mismo. Así, aunque por algunas causas envíe ángeles a los hombres, no beatifica a los hombres de los ángeles, sino de sí mismo, como a los ángeles. De este único y verdadero Dios esperamos la vida eterna.

CAPÍTULO XXXI.---De qué beneficios propios de Dios, además de la generosidad general, disfrutan los seguidores de la verdad.

Porque tenemos de Él, además de beneficios de este tipo, que distribuye a buenos y malos desde esta administración de la naturaleza de la que hemos hablado algo, un gran indicio de amor propio de los buenos. Aunque, por lo que somos, por lo que vivimos, por lo que contemplamos el cielo y la tierra, por lo que tenemos mente y razón, con la que investigamos a Él mismo, que creó todas estas cosas, de ninguna manera podemos ser suficientes para la acción de gracias: sin embargo, porque no nos abandonó completamente, cargados y sepultados por los pecados, y apartados de la contemplación de su luz, y cegados por el amor de las tinieblas, es decir, de la iniquidad, nos envió su Verbo, que es su único Hijo, por quien, al asumir carne por nosotros, nacido y padecido, conociéramos cuánto valora Dios al hombre, y por ese sacrificio singular fuéramos limpiados de todos los pecados, y con su Espíritu derramado en nuestros corazones por el amor, superadas todas las dificultades, llegáramos al descanso eterno y a la inefable dulzura de su contemplación, ¿qué corazones, cuántas lenguas podrían ser suficientes para darle gracias?

CAPÍTULO XXXII.---Que el sacramento de la redención de Cristo nunca ha faltado en tiempos pasados, y siempre ha sido predicado con diversas significaciones.

Este misterio de la vida eterna ha sido predicado desde el principio del género humano a través de ciertos signos y sacramentos en los tiempos adecuados, por los ángeles. Luego, el pueblo hebreo fue congregado en una cierta república que realizara este sacramento, donde por algunos sabios, por otros ignorantes, se anunciara que lo que se realiza desde la venida de Cristo hasta ahora y en adelante, estaba por venir: incluso después, dispersado el mismo pueblo entre las naciones para el testimonio de las Escrituras, en las que se predijo que la salvación eterna en Cristo estaba por venir. Porque no solo las profecías, que están en palabras; ni solo los preceptos de vida, que conforman las costumbres y la piedad, y que se contienen en esas escrituras; sino también los ritos sagrados, los sacerdocios, el tabernáculo, o el templo, los altares, los sacrificios, las ceremonias, los días festivos, y cualquier otra cosa que pertenezca a ese servicio que se debe a Dios, y que en griego se llama propiamente λατρεία, significaron y anunciaron lo que, para la vida eterna de los fieles en Cristo, creemos que se ha cumplido, vemos que se está cumpliendo, y confiamos que se cumplirá.

CAPÍTULO XXXIII.---Que solo a través de la religión cristiana pudo manifestarse el engaño de los espíritus malignos, que se alegran del error de los hombres.

Por esta religión única y verdadera pudo revelarse que los dioses de los gentiles son demonios inmundos, que bajo la apariencia de almas de difuntos o de criaturas mundanas desean ser considerados dioses, y se alegran con soberbia impureza de los honores divinos y de las mismas cosas criminales y vergonzosas, y envidian a las almas humanas su conversión al verdadero Dios. De cuyo dominio inmenso e impío el hombre es liberado cuando cree en aquel que proporcionó un ejemplo de humildad tan grande para levantarse, como la soberbia de ellos los hizo caer. De aquí provienen no solo aquellos de los que ya hemos hablado mucho, y otros y otros similares de las demás naciones y tierras; sino también estos de los que ahora hablamos, como seleccionados para el senado de los dioses; pero claramente seleccionados por la nobleza de sus crímenes, no por la dignidad de sus virtudes. Cuyos ritos Varrón, mientras intenta referirlos a razones naturales, buscando ennoblecer cosas vergonzosas, no puede encontrar cómo encajen y concuerden, porque no son esas las causas de sus ritos que él cree, o más bien quiere que se crean. Porque si no solo esas, sino también cualquier otras de este tipo fueran, aunque no tuvieran nada que ver con el verdadero Dios y la vida eterna, que es lo que se busca en la religión, sin embargo, con una razón cualquiera sobre la naturaleza de las cosas, mitigarían un poco la ofensa que alguna aparente torpeza o absurdo en los ritos no entendidos había causado; como intentó hacer en algunas de las obras teatrales o en los misterios de los templos: donde no absolvió a los teatros por la similitud de los templos, sino que más bien condenó a los templos por la similitud de los teatros; sin embargo, intentó de alguna manera suavizar el sentido ofendido por cosas horribles con una razón de causas naturales.

CAPÍTULO XXXIV.---De los libros de Numa Pompilio, que el senado ordenó quemar para que no se conocieran las causas de los ritos tal como se contenían en ellos.

Pero encontramos, como el mismo doctísimo varón ha revelado, que las causas de los ritos dadas en los libros de Numa Pompilio no pudieron ser toleradas, ni consideradas dignas de ser conocidas no solo por los religiosos, sino siquiera de ser guardadas escritas en las tinieblas. Ya diré lo que en el tercer libro de esta obra prometí que diría en su lugar (Cap. IX). Porque, como se lee en el mismo Varrón en el libro sobre el Culto de los dioses, «un tal Terencio, teniendo una finca en el Janículo, y su boyero, al arar cerca de la tumba de Numa Pompilio, desenterró de la tierra sus libros, donde estaban escritas las causas de los ritos instituidos, los llevó a la ciudad al pretor. Y cuando este inspeccionó los principios, llevó el asunto al senado. Donde, cuando los principales leyeron algunas causas de por qué se había instituido cada cosa en los ritos, el senado, al estar muerto Numa, consintió, y esos libros, como padres conscriptos religiosos, el pretor ordenó que se quemaran». Que cada uno crea lo que quiera: más bien diga lo que la insana contienda sugiera que debe decir, cualquier defensor eminente de tal impiedad. Me basta con advertir que las causas de los ritos escritas por el rey Pompilio, el instituidor de los ritos romanos, no debieron ser conocidas ni por el pueblo, ni por el senado, ni siquiera por los mismos sacerdotes, y que el mismo Numa Pompilio, por curiosidad ilícita, llegó a esos secretos de los demonios, que él mismo escribió para tener de dónde recordar leyendo: pero que, sin embargo, siendo rey, que no temía a nadie, ni se atrevió a enseñar a alguien, ni a destruir borrando o de cualquier manera consumiendo; así que lo que no quiso que nadie supiera, para no enseñar a los hombres cosas nefarias, temió violar, para no tener a los demonios enojados, lo enterró donde creyó seguro, no creyendo que el arado pudiera acercarse a su tumba. Pero el senado, al temer condenar las religiones de los mayores, y por eso verse obligado a consentir a Numa; sin embargo, juzgó que esos libros eran tan perniciosos que no ordenó que se enterraran de nuevo, para que la curiosidad humana no buscara con más vehemencia lo que ya se había revelado, sino que ordenó que los monumentos nefandos fueran abolidos por el fuego: para que, ya que

consideraban necesario realizar esos ritos, se errara de manera más tolerable ignorando sus causas, que conociéndolas se perturbara la ciudad.

CAPÍTULO XXXV.---De la hidromancia, por la cual Numa, al ver ciertas imágenes de demonios, era engañado.

Porque el mismo Numa, a quien no se enviaba ningún profeta de Dios, ningún ángel santo, se vio obligado a practicar la hidromancia, para ver en el agua las imágenes de los dioses, o más bien los engaños de los demonios, de quienes escucharía qué debía establecer y observar en los ritos. Este tipo de adivinación, dice el mismo Varrón, fue traído de los persas, y recuerda que tanto el mismo Numa como después el filósofo Pitágoras lo usaron: donde, al añadir sangre, también dice que se consulta a los infiernos; y dice que en griego se llama νεκρομαντεία: que ya sea hidromancia o necromancia, es lo mismo, donde se ve a los muertos adivinar. Qué artes hacen estas cosas, que ellos lo vean. No quiero decir que estas artes, incluso antes de la venida de nuestro Salvador, solían ser prohibidas por las leyes en las mismas ciudades de los gentiles, y castigadas con la pena más severa. No quiero, digo, decir esto: porque tal vez tales cosas eran permitidas entonces. Sin embargo, dice que con estas artes Pompilio aprendió esos ritos, cuyas causas de los ritos reveló, y las enterró; así temió él mismo lo que aprendió: cuyas causas, los libros revelados, el senado quemó. ¿Por qué, entonces, Varrón interpreta otras causas de esos ritos, como si fueran físicas; tales que si esos libros las hubieran tenido, no habrían ardido; o también habrían incendiado los escritos de Varrón dirigidos y publicados al pontífice César? Por lo tanto, lo que Numa Pompilio sacó, es decir, exportó, agua para hacer hidromancia, por eso se dice que tuvo como esposa a la ninfa Egeria, como se expone en el libro mencionado de Varrón. Así es como los hechos se convierten en fábulas con la aspersión de mentiras. En esa hidromancia, por lo tanto, el curiosísimo rey romano aprendió los ritos, que los pontífices tendrían en sus libros; y sus causas, que no quiso que nadie más supiera. Así que las escribió por separado, y de alguna manera las hizo morir con él, cuando se preocupó por sustraerlas al conocimiento de los hombres y enterrarlas. O bien, allí estaban escritas las tan sórdidas y nocivas pasiones de los demonios, que toda esa teología civil incluso entre tales hombres aparecería execrable, que habían aceptado tantas cosas vergonzosas en los mismos ritos, o bien todos ellos no eran más que hombres muertos, que por la antigüedad de tan largo tiempo casi todos los pueblos de los gentiles habían creído que eran dioses inmortales: cuando con esos ritos los mismos demonios se deleitaban, que se hacían adorar en lugar de los mismos muertos, a quienes habían hecho que se creyera que eran dioses con ciertos testimonios de milagros engañosos. Pero por la oculta providencia del verdadero Dios, se permitió que a Pompilio, su amigo, reconciliado con ellos por las artes con las que se pudo hacer la hidromancia, se le confesara todo aquello; y sin embargo, que al morir no se le permitiera quemarlos, sino más bien enterrarlos, no se le permitió advertir: que no pudieran ser conocidos, ni pudieron resistir al arado que los desenterró, ni al estilo de Varrón, que hizo que lo que se hizo en esta materia llegara a nuestra memoria. Porque no pueden lograr lo que no se les permite: pero se les permite por el alto y justo juicio de Dios supremo según los méritos de aquellos a quienes es justo que sean afligidos, o incluso sometidos y engañados por ellos. Cuán perniciosas o ajenas al culto de la verdadera divinidad se juzgaron esas letras, se puede entender por el hecho de que el senado prefirió quemarlas, que Pompilio ocultó, antes que temer lo que temió quien no pudo atreverse a hacerlo. Quien, por lo tanto, no quiere tener una vida piadosa ni siquiera ahora, busque la eterna con tales ritos. Pero quien no quiere tener sociedad con los malignos demonios, no tema la superstición nociva con la que se les adora: sino que reconozca la verdadera religión, con la que se les descubre y vence.

LIBRO OCTAVO. Llega al tercer tipo de teología, que se llama natural, y aborda la cuestión de si el culto de estos dioses es útil para alcanzar la vida bienaventurada que será después de la muerte, para discutirla con los platónicos, que son fácilmente los principales de los filósofos y se acercan más a la verdad de la fe cristiana. Y aquí primero refuta a Apuleyo y a cualquiera que quiera que se rinda culto a los demonios como mensajeros e intérpretes entre los dioses y los hombres; mostrando que esos mismos demonios, que están sujetos a vicios, y que los hombres probos y prudentes rechazan y condenan, es decir, las ficciones sacrílegas de los poetas, las burlas teatrales, los maleficios y crímenes de las artes mágicas, han importado, y que en absoluto pueden conciliar a los hombres con los dioses buenos.

CAPÍTULO PRIMERO.---Sobre la cuestión de la teología natural a discutir con los filósofos de ciencia superior.

Ahora necesitamos un ánimo mucho más atento que el que teníamos al resolver las cuestiones anteriores y al explicar los libros. En efecto, sobre la teología, que llaman natural, no se debe dialogar con cualquier persona (pues no es fabulosa ni civil, es decir, ni teatral ni urbana; de las cuales una proclama los crímenes de los dioses, y la otra indica los deseos más criminales de los dioses, y por ello más bien de demonios malignos que de dioses); sino que debe discutirse con los filósofos: cuyo mismo nombre, si lo interpretamos en latín, profesa el amor a la sabiduría. Además, si la sabiduría es Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, como la autoridad y la verdad divina lo han mostrado (Sab. VII, 24-27; y Hebr. 1, 2, 3), el verdadero filósofo es amante de Dios. Pero como la realidad misma, cuyo nombre es este, no está en todos los que se glorían con este nombre (pues no son inmediatamente amantes de la verdadera sabiduría todos los que se llaman filósofos): ciertamente, de todos aquellos cuyas opiniones y escritos hemos podido conocer, deben elegirse aquellos con quienes esta cuestión se trate dignamente. Pues no he asumido en esta obra refutar todas las opiniones vanas de todos los filósofos, sino solo aquellas que conciernen a la teología, que entendemos que significa en griego la razón o discurso sobre la divinidad: ni todas de todos, sino solo de aquellos que, aunque consientan en que existe la divinidad y que se ocupa de los asuntos humanos, no obstante, no creen que el culto de un solo Dios inmutable sea suficiente para alcanzar una vida bienaventurada, incluso después de la muerte, sino que piensan que muchos, creados y establecidos por ese único Dios, deben ser adorados por esa razón. Estos ya trascienden la opinión de Varrón por la proximidad a la verdad: ya que él pudo extender toda la teología natural hasta este mundo o su alma: pero estos confiesan a Dios por encima de toda naturaleza del alma, quien no solo hizo este mundo visible, que a menudo se llama cielo y tierra, sino también toda alma en absoluto; y quien hace bienaventurada a la racional e intelectual, de la cual es la humana, por la participación de su luz inmutable e incorpórea. A estos filósofos llamados platónicos, derivado el nombre del maestro Platón, nadie que haya oído siquiera tenuemente estas cosas ignora. Por tanto, de este Platón, lo que considero necesario para la presente cuestión, lo tocaré brevemente, mencionando primero a aquellos que lo precedieron en el mismo género de literatura.

CAPÍTULO II.---De los dos géneros de filósofos, es decir, el Itálico y el Jónico, y sus autores.

En cuanto a las letras griegas, que se consideran más ilustres entre las lenguas de las naciones, se transmiten dos géneros de filósofos; uno Itálico, de esa parte de Italia que una vez fue llamada Magna Grecia; el otro Jónico, en esas tierras donde ahora se llama Grecia. El género Itálico tuvo como autor a Pitágoras de Samos, de quien también se dice que surgió el mismo nombre de filosofía. Pues antes se llamaban Sabios, aquellos que de alguna manera

parecían sobresalir a otros en una vida loable; este, al ser preguntado qué profesaba, respondió que era filósofo, es decir, estudioso o amante de la sabiduría: ya que profesar ser sabio parecía muy arrogante. El príncipe del género Jónico fue Tales de Mileto, uno de aquellos siete que fueron llamados Sabios. Pero aquellos seis se distinguían por su género de vida, y por ciertos preceptos acomodados para vivir bien: pero este Tales, para propagar también sucesores, se destacó investigando la naturaleza de las cosas y consignando sus disputaciones por escrito; y fue especialmente admirable porque, habiendo comprendido los números de la astrología, pudo incluso predecir los eclipses del sol y la luna. Sin embargo, pensó que el principio de las cosas era el agua, y que de ahí existían todos los elementos del mundo y el mismo mundo, y lo que en él se genera. Sin embargo, no puso nada de este admirable trabajo del mundo que vemos bajo la mente divina. A este le sucedió Anaximandro, su oyente, y cambió la opinión sobre la naturaleza de las cosas. Pues no pensó que las cosas nacieran de una sola cosa, como Tales del humor, sino de sus propios principios. Creyó que los principios de cada cosa eran infinitos, y que generaban mundos innumerables, y todo lo que en ellos surge; y pensó que esos mundos se disolvían a veces, y a veces se generaban de nuevo, permaneciendo cada uno el tiempo que pudiera en su edad; tampoco él atribuyó nada a la mente divina en estas obras de las cosas. Este dejó como discípulo y sucesor a Anaxímenes: quien dio todas las causas de las cosas al aire infinito: no negó a los dioses, ni guardó silencio; sin embargo, no creyó que el aire fuera hecho por ellos, sino que ellos surgieron del aire. Anaxágoras, su oyente, percibió que el hacedor de todas estas cosas que vemos era un espíritu divino; y dijo que de una materia infinita, que consistía en partículas semejantes entre sí, se hacían los géneros de todas las cosas según sus medidas y especies propias, pero por un espíritu divino hacedor. También Diógenes, otro oyente de Anaxímenes, dijo que el aire era la materia de las cosas, de la cual se hacían todas; pero que era partícipe de la razón divina, sin la cual nada podía hacerse de él. A Anaxágoras le sucedió su oyente Arquelao: también él pensó que todo consistía de partículas semejantes entre sí, de las cuales se hacía cada cosa, de modo que también decía que había una mente que, uniendo y disolviendo cuerpos eternos, es decir, aquellas partículas, hacía todo. Se dice que Sócrates fue discípulo de este, maestro de Platón, por quien brevemente he recordado todas estas cosas.

CAPÍTULO III.---De la disciplina socrática.

Sócrates, por tanto, es recordado como el primero que dirigió toda la filosofía a corregir y componer las costumbres; cuando antes de él todos dedicaban el máximo esfuerzo a investigar más las cosas físicas, es decir, naturales. Sin embargo, no me parece que pueda concluirse con certeza si Sócrates, al hacer esto, dirigió su ánimo a encontrar algo abierto y cierto, necesario para una vida bienaventurada, por el tedio de las cosas oscuras e inciertas; por la cual parece que la industria de todos los filósofos ha vigilado y trabajado: o si, como algunos sospechan más benevolentemente de él, no quería que las almas inmundas por deseos terrenales intentaran extenderse hacia lo divino. Ya que veía que buscaban las causas de las cosas, que creía que las primeras y supremas no estaban sino en la voluntad de un único y supremo Dios: por lo cual no pensaba que pudieran comprenderse sino con una mente purificada; y por eso consideraba que debía insistirse en una vida purgada con buenas costumbres, para que el alma, liberada de las pasiones que la deprimen, se elevara con su vigor natural hacia las cosas eternas, y con la pureza de la inteligencia contemplara la naturaleza de la luz incorpórea e inmutable, donde las causas de todas las naturalezas hechas viven establemente. Sin embargo, consta que agitó y discutió con notable agudeza y urbanidad la necedad de los ignorantes que opinaban saber algo, incluso en las mismas cuestiones morales, a las que parecía haber dirigido todo su ánimo, ya sea confesando su ignorancia, ya sea disimulando su conocimiento. Por lo cual, habiéndose levantado

enemistades, fue condenado por una acusación calumniosa y castigado con la muerte. Pero después, la misma ciudad de Atenas que lo había condenado públicamente, lo lloró públicamente, volviéndose con la indignación del pueblo contra sus dos acusadores, de modo que uno de ellos, oprimido por la violencia de la multitud, pereció, y el otro evitó una pena similar con un exilio voluntario y perpetuo. Así, Sócrates dejó una fama tan ilustre de vida y muerte, que tuvo muchos seguidores de su filosofía, cuyo estudio fue competir en la discusión de cuestiones morales, donde se trata del sumo bien, por el cual el hombre puede ser bienaventurado. Lo cual, en las disputaciones de Sócrates, mientras todo lo mueve, afirma, destruye, ya que no apareció evidentemente; lo que a cada uno le pareció, de ahí lo tomaron, y donde a cada uno le pareció, establecieron el fin del bien. El fin del bien se llama aquello a lo que, cuando alguien ha llegado, es bienaventurado. Así, los socráticos tuvieron entre sí diversas opiniones sobre este fin, de modo que (lo cual es difícil de creer, que los seguidores de un solo maestro pudieran hacer) algunos decían que el sumo bien era el placer, como Aristipo; otros, la virtud, como Antístenes. Así, unos y otros opinaron una cosa u otra: a quienes sería largo de mencionar.

CAPÍTULO IV.---Del principal entre los discípulos de Sócrates, Platón, quien distinguió toda la filosofía con una triple partición.

Pero entre los discípulos de Sócrates, no sin razón, brilló con una gloria excelentísima, que eclipsaría a todos los demás, Platón. Quien, siendo ateniense, nacido en un lugar honorable entre los suyos, y superando con su admirable ingenio a sus condiscípulos; sin embargo, considerando que no era suficiente para completar la filosofía solo él mismo y la disciplina socrática, viajó lo más ampliamente que pudo, dondequiera que la fama de alguna nobleza de ciencia por percibir lo llevase. Así, aprendió en Egipto todo lo que allí se consideraba grande y se enseñaba, y de allí, viniendo a esas partes de Italia donde se celebraba la fama de los pitagóricos, comprendió fácilmente, habiendo escuchado a los más eminentes doctores en ella, todo lo que florecía entonces de la filosofía itálica. Y porque singularmente amaba a su maestro Sócrates, haciéndolo hablar en casi todos sus diálogos, incluso aquellas cosas que había aprendido de otros, o que él mismo había visto con la mayor inteligencia posible, las temperó con el encanto y las disputaciones morales de aquel. Así, como el estudio de la sabiduría se ocupa en la acción y en la contemplación, de donde una parte de ella puede llamarse activa, y la otra contemplativa; de las cuales la activa se refiere a la vida que se ha de llevar, es decir, a la instrucción de las costumbres, y la contemplativa a la contemplación de las causas de la naturaleza y la verdad más pura: se recuerda que Sócrates sobresalió en la activa; y que Pitágoras se dedicó más a la contemplativa, con las fuerzas de inteligencia que pudo. Por tanto, se alaba a Platón por haber perfeccionado la filosofía uniendo ambas, la cual distribuyó en tres partes: una moral, que se ocupa principalmente en la acción; otra natural, que se destina a la contemplación; y una tercera racional, por la cual se distingue lo verdadero de lo falso: la cual, aunque es necesaria para ambas, es decir, para la acción y la contemplación, sin embargo, la contemplación reclama para sí la percepción de la verdad. Por eso, esta tripartición no es contraria a aquella distinción, por la cual se entiende que todo el estudio de la sabiduría consiste en la acción y la contemplación. Pero lo que Platón pensó en estas o sobre estas partes individuales, es decir, dónde conoció o creyó que estaba el fin de todas las acciones, dónde la causa de todas las naturalezas, dónde la luz de todas las razones, considero que sería largo de explicar discurriendo, y no creo que deba afirmarse temerariamente. Pues, afectando seguir el notorio hábito de su maestro Sócrates, a quien hace disputar en sus volúmenes, de disimular su ciencia o su opinión, porque también a él le agradó ese hábito, ha sucedido que tampoco las sentencias de Platón sobre las grandes cosas pueden percibirse fácilmente. Sin embargo, de aquellas cosas que se leen en él, ya sea que las

haya dicho, o que haya narrado y escrito que fueron dichas por otros, lo que le pareció placentero, algunas deben ser recordadas e insertadas en esta obra por nosotros, ya sea donde apoya la verdadera religión, que nuestra fe acoge y defiende, o donde parece ser contrario a ella, en cuanto a esta cuestión sobre un solo Dios y muchos, en relación con la vida que será verdaderamente bienaventurada después de la muerte. Pues tal vez aquellos que se alaban con más aguda y veraz fama por haber entendido y seguido a Platón, preferido con mucho y correctamente a los demás filósofos de las naciones, sienten algo tal sobre Dios, que en él se encuentra tanto la causa de subsistir, como la razón de entender, y el orden de vivir: de los cuales tres, uno se entiende que pertenece a la parte natural, otro a la racional, y el tercero a la moral. Pues si el hombre ha sido creado de tal manera que por aquello que en él sobresale, alcanza aquello que sobresale sobre todo, es decir, el único verdadero y óptimo Dios, sin el cual ninguna naturaleza subsiste, ninguna doctrina instruye, ningún uso es eficaz: que él sea buscado, donde para nosotros todo es seguro; que él sea contemplado, donde para nosotros todo es cierto; que él sea amado, donde para nosotros todo es recto.

CAPÍTULO V.---Que sobre la teología se debe discutir principalmente con los platónicos, cuya opinión debe ser preferida a los dogmas de todos los filósofos.

Si, por tanto, Platón dijo que el sabio es imitador, conocedor, amante de este Dios, cuya participación lo hace bienaventurado, ¿qué necesidad hay de examinar a los demás? Ninguno se nos ha acercado más que estos. Cédanles, por tanto, no solo aquella teología fabulosa que deleita las mentes de los impíos con los crímenes de los dioses; ni tampoco aquella civil, donde los demonios impuros, seduciendo a los pueblos entregados a los placeres terrenales con el nombre de dioses, quisieron tener los errores humanos como sus honores divinos, excitando a sus adoradores con los estudios más inmundos a ver los juegos de sus crímenes, y exhibiendo juegos más deleitables para ellos mismos con los mismos espectadores: donde si se realizan cosas aparentemente honestas en los templos, se mancillan con la obscenidad de los teatros; y cualquier cosa deshonesta que se realice en los teatros, se alaba comparada con la fealdad de los templos. Y aquellas cosas que Varrón interpretó de estos sagrados, como si se refirieran al cielo y la tierra y las semillas y actos de las cosas mortales; porque ni siquiera esas cosas se significan con esos ritos, que él intenta insinuar; y por eso la verdad no sigue al que lo intenta: y si fueran esas mismas, sin embargo, no deberían ser adoradas por el alma racional como su dios, aquellas cosas que están constituidas naturalmente por debajo de ella; ni debió preferirse a sí misma, como dioses, aquellas cosas a las que el verdadero Dios la prefirió. Y aquellas cosas que Numa Pompilio realmente cuidó de enterrar consigo mismo, relacionadas con tales sagrados, y que, al ser desenterradas por el arado, el senado ordenó quemar. En ese género están también aquellas cosas, para que sospechemos algo más benigno de Numa, que Alejandro Magno escribe a su madre, reveladas a él por un gran sacerdote de los sagrados egipcios llamado León: donde no Picos y Faunos y Eneas y Rómulo, ni tampoco Hércules y Esculapio y Baco nacido de Sémele, y los hermanos Tindáridas, y si hay otros que tienen como dioses siendo mortales, sino que incluso los dioses de las mayores naciones, que Cicerón parece tocar en los Tusculanos con nombres tácitos, Júpiter, Juno, Saturno, Vulcano, Vesta, y muchos otros, que Varrón intenta transferir a las partes del mundo o elementos, se dice que fueron hombres. Pues temiendo, como si fueran revelados los misterios, pide y advierte a Alejandro que, cuando haya insinuado a su madre lo que ha escrito, ordene que se queme con llamas. No solo, por tanto, estas cosas, que las dos teologías, fabulosa y civil, contienen, cedan a los filósofos platónicos, que dijeron que el verdadero Dios es el autor de las cosas, el iluminador de la verdad, y el dador de la bienaventuranza: sino también otros filósofos, que opinaron que los principios corporales de la naturaleza eran para las mentes entregadas al cuerpo, cedan a estos grandes y conocedores de tan gran Dios, como Tales en el

humor, Anaxímenes en el aire, los estoicos en el fuego, Epicuro en los átomos, es decir, en los corpúsculos más diminutos, que no pueden dividirse ni percibirse, y cualquier otro, cuya enumeración no es necesaria, ya sea que dijeran que los cuerpos simples o compuestos, ya sea que carecieran de vida o fueran vivientes, pero sin embargo cuerpos, eran la causa y el principio de las cosas. Pues algunos de ellos creyeron que de cosas no vivas podían hacerse cosas vivas, como los epicúreos: pero otros, de algo viviente, tanto cosas vivientes como no vivientes, pero sin embargo de un cuerpo a cuerpos. Pues los estoicos pensaron que el fuego, es decir, un cuerpo de estos cuatro elementos, de los cuales vemos que este mundo visible está compuesto, era viviente, y sabio, y el hacedor del mismo mundo y de todas las cosas que hay en él, y que ese fuego era dios. Estos y otros similares a ellos solo pudieron pensar lo que sus corazones, atados a los sentidos de la carne, les fabularon. Pues tenían en sí lo que no veían, y se imaginaban lo que veían afuera, incluso cuando no lo veían, sino que solo lo pensaban. Pero esto ya no es un cuerpo en la vista de tal pensamiento, sino una semejanza de cuerpo. Sin embargo, aquello desde donde se ve en el ánimo esta semejanza de cuerpo, no es cuerpo, ni semejanza de cuerpo; y desde donde se ve, y se juzga si es hermosa o deforme, ciertamente es mejor que aquello que se juzga. Esta es la mente del hombre y la naturaleza del alma racional, que ciertamente no es cuerpo; si ya aquella semejanza de cuerpo, cuando se ve y se juzga en el ánimo del que piensa, tampoco es cuerpo. Por tanto, no es ni tierra, ni agua, ni aire, ni fuego: con los cuales cuatro cuerpos, que se llaman cuatro elementos, vemos que este mundo corpóreo está compuesto. Además, si nuestra alma no es cuerpo, ¿cómo es cuerpo Dios, creador del alma? Cedan, por tanto, también estos, como se ha dicho, a los platónicos: cedan también aquellos, a quienes les dio vergüenza decir que Dios es cuerpo, sin embargo, pensaron que nuestros ánimos eran de la misma naturaleza que él. Así, no les conmovió tanta mutabilidad del alma, que es un sacrilegio atribuir a la naturaleza de Dios. Pero dicen, El alma se muta por el cuerpo; pues por sí misma es inmutable. Estos podrían decir, Algún cuerpo hiere la carne; pues por sí misma es invulnerable. Ciertamente, lo que no puede mutarse, no puede serlo por nada: y por tanto, lo que puede mutarse por el cuerpo, puede serlo por algo, y por eso no puede decirse correctamente inmutable.

CAPÍTULO VI.---Del sentido de los platónicos en esa parte de la filosofía, que se llama física.

Vieron, por tanto, estos filósofos, a quienes con razón vemos ser preferidos en fama y gloria sobre los demás, que ningún cuerpo es Dios: y por eso trascendieron todos los cuerpos buscando a Dios. Vieron que todo lo que es mutable no es el Dios supremo: y por eso trascendieron toda alma y todos los espíritus mutables, buscando al Dios supremo. Luego vieron que toda forma en cualquier cosa mutable, por la cual es lo que sea, de cualquier modo y de cualquier naturaleza que sea, no puede existir sino por aquel que verdaderamente es, porque es inmutablemente. Y por esto, ya sea el cuerpo del universo, las figuras, las cualidades, el movimiento ordenado, y los elementos dispuestos desde el cielo hasta la tierra, y cualquier cuerpo que esté en ellos; ya sea toda vida, o la que nutre y contiene, como es en los árboles; o la que tiene esto y siente, como es en los animales; o la que tiene esto y entiende, como es en los hombres; o la que no necesita ayuda nutritiva, sino que solo contiene, siente, entiende, como es en los ángeles, no puede existir sino por aquel que simplemente es: porque no es para él una cosa ser, otra vivir, como si pudiera ser sin vivir; ni es para él una cosa vivir, otra entender, como si pudiera vivir sin entender; ni es para él una cosa entender, otra ser bienaventurado, como si pudiera entender y no ser bienaventurado; sino que lo que es para él vivir, entender, ser bienaventurado, eso es para él ser. Por esta inmutabilidad y simplicidad entendieron que él hizo todas estas cosas, y que él mismo no pudo ser hecho por nadie. Consideraron, en efecto, que todo lo que es, o es cuerpo, o es vida;

y que es mejor que algo sea vida que cuerpo; y que la forma del cuerpo es sensible, y la de la vida es inteligible. Por tanto, prefirieron la forma inteligible a la sensible. Llamamos sensibles a las cosas que pueden ser percibidas por la vista y el tacto del cuerpo: inteligibles, a las que pueden ser entendidas por la visión de la mente. No hay belleza corporal, ya sea en el estado del cuerpo, como es la figura, o en el movimiento, como es la melodía, sobre la cual no juzgue el alma. Lo cual ciertamente no podría hacer, si no fuera mejor en ella esta forma, sin el peso de la masa, sin el ruido de la voz, sin el espacio de lugar o tiempo. Pero allí también, si no fuera mutable, no juzgaría uno mejor que otro sobre la forma sensible: mejor el ingenioso que el lento, mejor el experto que el inexperto, mejor el ejercitado que el menos ejercitado, y el mismo uno cuando progresa, mejor ciertamente después que antes. Pero lo que admite más y menos, sin duda es mutable. De donde los hombres ingeniosos y doctos y ejercitados en estas cosas fácilmente concluyeron que no está en estas cosas la primera forma, donde se demuestra que es mutable. Así, cuando en su vista tanto el cuerpo como el alma eran más o menos hermosos, y si pudieran carecer de toda forma, no serían nada en absoluto, vieron que hay algo donde está la primera y inmutable forma, y por eso incomparable: y allí creyeron con toda razón que está el principio de las cosas, que no fue hecho, y de donde fueron hechas todas las cosas. Así, lo que se conoce de Dios, él mismo se lo manifestó a ellos, cuando por ellos sus invisibles, por las cosas que fueron hechas, fueron entendidas y vistas; también su eterna virtud y divinidad (Rom. I, 19, 20): por quien también todas las cosas visibles y temporales fueron creadas. Estas cosas sean dichas sobre aquella parte que llaman física, es decir, natural.

CAPÍTULO VII.---Cuánto más excelentes que los demás en lógica, es decir, en filosofía racional, deben ser considerados los platónicos.

En cuanto a la doctrina, donde se trata la otra parte, que ellos llaman lógica, es decir, racional; lejos de ser comparados con aquellos que pusieron el juicio de la verdad en los sentidos del cuerpo, y consideraron que todo lo que se aprende debe medirse por sus reglas infieles y engañosas, como los epicúreos, y cualquier otro de este tipo; incluso los estoicos, que aunque amaron vehementemente la habilidad de discutir, que llaman dialéctica, pensaron que debía derivarse de los sentidos del cuerpo; de aquí afirmando que el alma concibe nociones, que llaman ἐννοίας, de aquellas cosas que explican definiendo; de aquí se propaga y conecta toda la razón de aprender y enseñar. Donde yo suelo maravillarme mucho, cuando dicen que los sabios son los únicos bellos, con qué sentidos del cuerpo vieron esta belleza, con qué ojos de la carne contemplaron la forma y el decoro de la sabiduría. Pero estos, a quienes con razón preferimos a los demás, distinguieron las cosas que se perciben con la mente de aquellas que se tocan con los sentidos; sin quitar a los sentidos lo que pueden, ni darles más de lo que pueden. Dijeron que la luz de las mentes para aprender todas las cosas es el mismo Dios por quien todas las cosas fueron hechas.

CAPÍTULO VIII.---Que también en filosofía moral los platónicos obtienen el primer lugar.

Resta la parte moral, que en griego llaman ἠθικήν, donde se busca el sumo bien, al cual referimos todo lo que hacemos, y que no deseamos por otra cosa, sino por sí mismo, y al obtenerlo, no requerimos nada más para ser felices. Por eso se le llama fin, porque por él deseamos las demás cosas, pero él no se desea sino por sí mismo. Este bien beatífico algunos dijeron que está en el cuerpo, otros en el alma, otros en ambos en el hombre. Veían, en efecto, que el hombre mismo consiste en alma y cuerpo, y por eso creían que de uno de estos dos, o de ambos, podía ser para ellos el bien final, por el cual fueran felices, al cual referirían todo lo que hacían, y no buscarían más allá de él. De donde aquellos que se dice que añadieron un tercer género de bienes, que se llama externo, como el honor, la gloria, el

dinero, y cualquier cosa de este tipo, no lo añadieron como final, es decir, para ser deseado por sí mismo, sino por otra cosa; y este género de bienes es bueno para los buenos, malo para los malos. Así, el bien del hombre, que buscaron ya sea del alma, del cuerpo, o de ambos, no pensaron que debía buscarse de otra cosa que del hombre. Pero quienes lo buscaron del cuerpo, de la parte peor del hombre; quienes del alma, de la parte mejor; quienes de ambos, del hombre entero. Ya sea, por tanto, de cualquier parte, o del todo, no sino del hombre. Y estas diferencias, aunque son tres, no por eso hicieron tres, sino muchas disensiones y sectas de filósofos: porque tanto sobre el bien del cuerpo, como sobre el bien del alma, y sobre el bien de ambos, diversos opinaron diversas cosas. Cedan, por tanto, todos estos a aquellos filósofos, que no dijeron que el hombre es feliz disfrutando del cuerpo, o disfrutando del alma, sino disfrutando de Dios: no como el alma del cuerpo o de sí misma, o como el amigo del amigo, sino como el ojo de la luz; si algo de ellos debe traerse a esta similitud, lo cual, si Dios mismo lo permite, en otro lugar, en la medida en que podamos, se hará evidente. [IX.] Ahora basta recordar que Platón determinó que el fin del bien es vivir según la virtud, y que solo puede sucederle a quien tiene conocimiento de Dios e imitación; y que no hay otra causa para ser feliz. Por eso no duda que esto es filosofar, amar a Dios; cuya naturaleza es incorpórea. De donde se concluye que el estudioso de la sabiduría (pues eso es un filósofo) será feliz cuando comience a disfrutar de Dios. Aunque no es inmediatamente feliz quien disfruta de lo que ama; pues muchos, amando cosas que no deben ser amadas, son miserables, y más miserables cuando disfrutan: sin embargo, nadie es feliz quien no disfruta de lo que ama. Pues incluso aquellos que aman cosas que no deben ser amadas, no se consideran felices amando, sino disfrutando. Por tanto, quien disfruta de lo que ama, y ama el verdadero y sumo bien, ¿quién, sino el más miserable, negará que es feliz? Pero el mismo verdadero y sumo bien, dice Platón, es Dios, por lo cual quiere que el filósofo sea amante de Dios, para que, ya que la filosofía tiende a la vida feliz, disfrutando de Dios sea feliz quien haya amado a Dios.

CAPÍTULO IX.---De la filosofía que más se acercó a la verdad de la fe cristiana.

Por tanto, cualquiera de los filósofos que sobre el Dios supremo y verdadero pensaron estas cosas, que es el creador de las cosas, y la luz para conocerlas, y el bien para hacerlas; que de él nos viene el principio de la naturaleza, la verdad de la doctrina, y la felicidad de la vida; ya sean llamados más adecuadamente platónicos, o se impongan cualquier otro nombre a su secta; ya sean solo del género jónico, que entre ellos fueron los principales, como el mismo Platón, y quienes lo entendieron bien; ya sean también itálicos, por Pitágoras y los pitagóricos, y si acaso otros de la misma opinión fueron; ya sean de otras naciones, que fueron considerados sabios o filósofos, atlánticos, libios, egipcios, indios, persas, caldeos, escitas, galos, hispanos y otros que se encuentran, que vieron y enseñaron esto, a todos ellos los preferimos a los demás, y los reconocemos más cercanos a nosotros.

CAPÍTULO X.---Cuál es la excelencia religiosa del cristiano sobre las artes filosóficas.

1. Pues aunque el cristiano solo instruido en las letras eclesiásticas, quizás ignore el nombre de los platónicos, ni sepa si existieron dos géneros de filósofos en la lengua griega, los jónicos y los itálicos; no obstante, no es tan sordo en las cosas humanas, que no sepa que los filósofos profesan el estudio de la sabiduría, o la misma sabiduría. Sin embargo, se cuida de aquellos que filosofan según los elementos de este mundo, no según Dios, por quien el mundo mismo fue hecho. Pues es advertido por el precepto apostólico, y fielmente escucha lo que se ha dicho: Cuídense de que nadie los engañe por medio de la filosofía y el vano engaño, según los elementos del mundo (Col. II, 8). Luego, para que no piense que todos son así, escucha al mismo apóstol decir de algunos: Porque lo que se conoce de Dios, es manifiesto en ellos: porque Dios se lo manifestó. Pues las cosas invisibles de él, desde la

creación del mundo, por las cosas hechas, son entendidas y vistas; también su eterna virtud y divinidad (Rom. I, 19, 20). Y donde hablando a los atenienses, cuando dijo una gran cosa sobre Dios, y que pocos pueden entender, que en él vivimos, nos movemos y somos; añadió y dijo: Como también algunos de los suyos han dicho (Hech. XVII, 28). Sabe ciertamente también cuidarse de ellos en lo que yerran. Pues donde se dijo que por las cosas hechas, Dios les manifestó sus invisibles para ser entendidos y vistos; allí también se dijo que no adoraron correctamente a Dios mismo, porque también a otras cosas, a las que no debían, rindieron honores divinos debidos solo a él: Porque conociendo a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su necio corazón fue oscurecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles (Rom. I, 21-23). Donde hizo entender tanto a romanos, como a griegos, y a egipcios, que se gloriaron en el nombre de la sabiduría. Pero sobre esto discutiremos con ellos más adelante. En lo que nos consienten sobre un solo Dios, autor de este universo, que no solo está sobre todos los cuerpos incorpóreo, sino también sobre todas las almas incorruptible, nuestro principio, nuestra luz, nuestro bien, en esto los preferimos a los demás.

2. [X.] Ni, si el cristiano ignorante de sus letras, no usa en la disputa las palabras que no aprendió, para llamar natural en latín, o física en griego, a esa parte en la que se trata de la investigación de la naturaleza, y racional o lógica, en la que se busca cómo puede percibirse la verdad, y moral o ética, en la que se trata de las costumbres y de los fines de los bienes a desear y de los males a evitar, por eso no sabe que de un solo verdadero Dios y óptimo, tenemos la naturaleza, por la cual fuimos hechos a su imagen, y la doctrina, por la cual lo conocemos a él y a nosotros, y la gracia, por la cual adhiriéndonos a él somos felices. Esta es, por tanto, la razón por la que preferimos a estos sobre los demás; porque mientras otros filósofos desgastaron sus ingenios y estudios en buscar las causas de las cosas, y cuál era el modo de aprender y vivir; estos, conociendo a Dios, encontraron dónde estaba la causa del universo constituido, y la luz para percibir la verdad, y la fuente para beber la felicidad. Por tanto, ya sean estos platónicos, o cualquier otro filósofo de cualquier nación que sienta estas cosas sobre Dios, sienten con nosotros. Pero por eso más nos ha agradado tratar este asunto con los platónicos, porque sus letras son más conocidas. Pues tanto los griegos, cuya lengua prevalece entre las naciones, las celebraron con gran predicación; y los latinos, movidos por su excelencia o gloria, las aprendieron más gustosamente, y al traducirlas a nuestro lenguaje las hicieron más nobles y más claras.

CAPÍTULO XI.---De dónde pudo Platón adquirir esa inteligencia que se acercó a la ciencia cristiana.

Sin embargo, algunos de nuestros compañeros en la gracia de Cristo se maravillan cuando oyen o leen que Platón pensó estas cosas sobre Dios, que reconocen que concuerdan mucho con la verdad de nuestra religión. Por lo cual algunos pensaron que cuando viajó a Egipto, escuchó al profeta Jeremías, o leyó las Escrituras proféticas en ese mismo viaje: de cuya opinión ciertamente he hablado en algunos de mis libros. Pero calculada diligentemente la razón de los tiempos, que se contiene en la historia cronológica, indica que Platón nació casi cien años después del tiempo en que profetizó Jeremías: quien habiendo vivido ochenta y uno, desde el año de su muerte hasta el tiempo en que el rey Ptolomeo de Egipto pidió las Escrituras proféticas del pueblo hebreo de Judea, y se encargó de que fueran interpretadas y tenidas por setenta hombres hebreos, que también conocían la lengua griega, se encuentran casi sesenta años. Por lo cual en ese viaje suyo Platón no pudo ver a Jeremías, ya fallecido tanto tiempo antes, ni leer esas Escrituras, que aún no habían sido traducidas al griego, lengua en la que él era hábil: a menos que, como fue de un estudio agudísimo, así como aprendió las

egipcias, también estas las aprendiera por un intérprete, no para traducirlas escribiendo, lo cual se dice que Ptolomeo mereció como un gran beneficio, quien también podía ser temido por su poder real, sino para aprender conversando lo que contenían, cuanto pudiera comprender. Esto parece ser sugerido por aquellos indicios, que el libro del Génesis comienza así: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra, sin embargo, era invisible y desordenada, y las tinieblas estaban sobre el abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre el agua (Gen. I, 1, 2). En el Timeo, sin embargo, Platón, en el libro que escribió sobre la constitución del mundo, dice que Dios unió primero la tierra y el fuego en esa obra: es evidente, sin embargo, que atribuye al fuego el lugar del cielo: por lo tanto, esta sentencia tiene cierta similitud con aquella en la que se dijo: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Luego, aquellos dos medios, por los cuales se unieran estos extremos, dice que son el agua y el aire: de donde se piensa que así entendió lo que está escrito, el Espíritu de Dios se movía sobre el agua. Pues poco atendiendo a cómo suele llamar esa Escritura al Espíritu de Dios, ya que también el aire se llama espíritu, puede parecer que opinó que los cuatro elementos fueron mencionados en ese lugar. Luego, que Platón dice que el filósofo es amante de Dios, nada arde así en esas sagradas Escrituras: y especialmente aquello, que también me lleva mucho a casi asentir que Platón no fue ajeno a esos Libros, que cuando a Moisés santo se le transmiten las palabras de Dios por el ángel, al preguntarle cuál es su nombre, quien le ordenaba ir al pueblo hebreo para liberarlo de Egipto, se le responde: Yo soy el que soy; y dirás a los hijos de Israel, El que es, me envió a vosotros (Exod. III, 14); como si en comparación con él que verdaderamente es porque es inmutable, las cosas que mutables fueron hechas no sean: Platón sostuvo esto vehementemente, y lo recomendó con gran diligencia. Y no sé si esto se encuentra en alguna parte en los libros de aquellos que fueron antes de Platón, sino donde se dijo: Yo soy el que soy; y dirás a ellos, El que es, me envió a vosotros.

CAPÍTULO XII.---Que incluso los platónicos, aunque pensaron bien sobre el único Dios verdadero, sin embargo, consideraron que se debían hacer sacrificios a muchos dioses.

Pero, de dondequiera que él haya aprendido estas cosas, ya sea de los libros antiguos que le precedieron, o más bien como dice el Apóstol, porque lo que se conoce de Dios es manifiesto en ellos; pues Dios se lo manifestó: las cosas invisibles de Él, desde la creación del mundo, se ven claramente, siendo entendidas por medio de las cosas hechas; su eterno poder y divinidad (Rom. I, 19, 20): ahora, no sin razón, he elegido a los filósofos platónicos con quienes tratar, ya que en esta cuestión que hemos asumido, se trata de la teología natural, si para la felicidad que vendrá después de la muerte, es necesario rendir culto a un solo Dios o a varios, lo he expuesto suficientemente, según creo. [XII.] Por eso he elegido principalmente a estos, ya que sobre un solo Dios, que hizo el cielo y la tierra, cuanto mejor han pensado, tanto más gloriosos e ilustres son considerados en comparación con los demás: tan preferidos por el juicio de los posteriores, que aunque Aristóteles, discípulo de Platón, hombre de excelente ingenio, y en elocuencia ciertamente inferior a Platón, pero superando fácilmente a muchos, fundó la secta peripatética, porque solía discutir caminando, y habiendo reunido a muchos discípulos con su destacada fama, incluso mientras su maestro aún vivía, después de la muerte de Platón, Speusipo, hijo de su hermana, y Jenócrates, su amado discípulo, le sucedieron en su escuela, que se llamaba Academia, y por esto tanto ellos como sus sucesores fueron llamados Académicos; sin embargo, los filósofos más recientes y nobles, a quienes les agradó seguir a Platón, no quisieron ser llamados peripatéticos o académicos, sino platónicos. De entre ellos, los griegos muy nobles son Plotino, Jámblico, Porfirio: y en ambas lenguas, es decir, tanto en griego como en latín, Apuleyo el Africano se destacó como un noble platónico. Pero todos estos, y otros de su tipo, y el mismo Platón, pensaron que se debía

rendir culto a muchos dioses. CAPÍTULO XIII.---Sobre la sentencia de Platón, que definió que los dioses no son sino buenos y amigos de las virtudes.

Aunque, por tanto, disienten de nosotros en muchas otras cosas grandes, en esto que acabo de mencionar, porque no es un asunto pequeño, y de ahí surge ahora la cuestión, primero les pregunto, a quienes consideran que se debe rendir culto, si a los dioses buenos, a los malos, o a ambos, buenos y malos. Pero tenemos la sentencia de Platón, que dice que todos los dioses son buenos, y que no hay en absoluto ningún dios malo (Lib. 10 de las Leyes, y de la República, lib. 2). Por lo tanto, es consecuente que se entienda que esto debe ser ofrecido a los buenos: pues entonces se ofrece a los dioses; ya que no serían dioses si no fueran buenos. Si esto es así, (pues, ¿qué otra cosa es decente creer sobre los dioses?) ciertamente se vacía aquella opinión, por la cual algunos piensan que los dioses malos deben ser aplacados con sacrificios para que no dañen; pero los buenos deben ser invocados para que ayuden. Pues no hay dioses malos: a los buenos, por otro lado, se debe rendir el honor debido de los sacrificios. ¿Quiénes son entonces aquellos que aman los juegos escénicos, y exigen que se unan a las cosas divinas y se presenten en sus honores? cuya fuerza no indica que no existan, sino que este afecto ciertamente indica que son malos. Pues, ¿qué pensó Platón sobre los juegos escénicos, es conocido; ya que considera que los mismos poetas, por haber compuesto poemas tan indignos de la majestad y bondad de los dioses, deben ser expulsados de la ciudad. ¿Quiénes son, entonces, esos dioses que disputan con el mismo Platón sobre los juegos escénicos? Pues él no permite que los dioses sean infamados con falsos crímenes: ellos ordenan que sus honores sean celebrados con los mismos crímenes. Finalmente, cuando ellos ordenaron que se renovaran los mismos juegos, exigiendo cosas indecentes, también actuaron maliciosamente, quitándole el hijo a Tito Latinio, e infligiéndole una enfermedad, porque había rechazado su mandato, y retirando esa enfermedad cuando cumplió con lo ordenado: pero él no considera que sean tan malos como para temerlos, sino que, manteniendo con la máxima constancia la fuerza de su sentencia, no duda en remover del pueblo bien instituido todas las necedades sacrílegas de los poetas, con las cuales aquellos se deleitan en la inmundicia de la sociedad. A este Platón, que ya mencioné en el segundo libro (Cap. 14), Labeón lo coloca entre los semidioses. Labeón cree que las deidades malas deben ser aplacadas con sacrificios sangrientos y súplicas de este tipo, pero las buenas con juegos y cosas que pertenecen a la alegría. ¿Qué es, entonces, que el semidiós Platón no se atreve a quitar esos placeres a los semidioses, sino a los dioses, y a estos buenos, porque los juzga indecentes, con tanta constancia? Estos dioses ciertamente refutan la sentencia de Labeón: pues se mostraron en Latinio no solo lascivos y juguetones, sino también crueles y terribles. Que nos expliquen, entonces, estos platónicos, que consideran a todos los dioses, según la sentencia de su autor, buenos y honestos y compañeros de las virtudes de los sabios, y que consideran impío pensar de otra manera sobre cualquiera de los dioses. Explicamos, dicen. Escuchemos, pues, atentamente.

CAPÍTULO XIV.---Sobre la opinión de aquellos que dijeron que las almas racionales son de tres tipos, es decir, en los dioses celestiales, en los demonios aéreos, y en los hombres terrenales.

1. Dicen que de todos los animales, en los que hay alma racional, hay una división tripartita, en dioses, hombres, demonios. Los dioses ocupan el lugar más alto, los hombres el más bajo, los demonios el medio. Pues la morada de los dioses está en el cielo, la de los hombres en la tierra, la de los demonios en el aire. Así como tienen diferente dignidad de lugares, también la tienen de naturalezas. Por lo tanto, los dioses son superiores a los hombres y a los demonios; los hombres están constituidos por debajo de los dioses y los demonios, como en el orden de los elementos, así en la diferencia de méritos. Los demonios, por tanto,

intermedios, así como deben ser pospuestos a los dioses, bajo los cuales habitan, así deben ser preferidos a los hombres, sobre los cuales están. Pues tienen en común con los dioses la inmortalidad de los cuerpos, pero con los hombres las pasiones de las almas. Por lo cual no es de extrañar, dicen, si también se deleitan con las obscenidades de los juegos y las ficciones de los poetas; ya que son capturados por afectos humanos, de los cuales los dioses están lejos y son ajenos en todos los sentidos. De lo cual se deduce que, al detestar y prohibir las ficciones poéticas, Platón no privó a los dioses, que son todos buenos y excelsos, del placer de los juegos escénicos, sino a los demonios.

2. Si esto es así, aunque se encuentra también en otros, Apuleyo, el platónico de Madaura, escribió un libro sobre este único tema, cuyo título quiso que fuera, Sobre el dios de Sócrates: donde discute y expone, de qué tipo de numen tenía Sócrates un acompañante y aliado por cierta amistad, del cual se dice que solía ser advertido para desistir de actuar, cuando lo que quería hacer no iba a tener un buen resultado. Pues dice claramente, y lo afirma copiosamente, que no era un Dios, sino un demonio, tratando con diligente discusión esta sentencia de Platón sobre la sublimidad de los dioses, la humildad de los hombres y la mediación de los demonios. Si esto es así, ¿cómo se atrevió Platón, aunque no a los dioses, a quienes apartó de todo contagio humano, ciertamente a los mismos demonios, al expulsar a los poetas de la ciudad, a quitarles los placeres teatrales, sino porque de este modo advirtió al alma humana, aunque aún situada en estos miembros mortales, que por el esplendor de la honestidad despreciara las órdenes impuras de los demonios, y detestara su inmundicia? Pues si Platón criticó y prohibió esto con la máxima honestidad, ciertamente los demonios lo exigieron y ordenaron con la máxima indecencia. O Apuleyo se equivoca, y Sócrates no tuvo un amigo de este tipo de numen; o Platón tiene opiniones contradictorias, a veces honrando a los demonios, a veces removiendo sus delicias de una ciudad bien ordenada; o no es de congratularse la amistad de Sócrates con un demonio, de la cual incluso el mismo Apuleyo se avergonzó tanto, que tituló el libro Sobre el dios de Sócrates, cuando según su propia discusión, en la que distingue tan diligente y copiosamente a los dioses de los demonios, debió llamarlo Sobre el demonio de Sócrates. Sin embargo, prefirió poner esto en la misma discusión, que en el título del libro. Pues por la sana doctrina, que ha iluminado los asuntos humanos, todos o casi todos aborrecen el nombre de demonios, de modo que cualquiera que antes de la discusión de Apuleyo, en la que se encomia la dignidad de los demonios, leyera el título del libro, Sobre el demonio de Sócrates, no pensaría que ese hombre estaba en su sano juicio. Pero, ¿qué encontró incluso el mismo Apuleyo para alabar en los demonios, aparte de la sutileza y firmeza de sus cuerpos, y su lugar de habitación más alto? Pues sobre sus costumbres, cuando hablaba de todos en general, no solo no dijo nada bueno, sino también mucho malo. Finalmente, después de leer ese libro, nadie se sorprende de que quisieran tener también la obscenidad escénica en las cosas divinas, y, aunque quieren ser considerados dioses, pudieron deleitarse con los crímenes de los dioses, y que cualquier cosa que en sus ritos se ría con obscena solemnidad o se horrorice con cruel torpeza, conviene a sus afectos.

CAPÍTULO XV.---Que ni por sus cuerpos aéreos, ni por sus moradas superiores, los demonios superan a los hombres.

1. Por lo tanto, lejos esté de un alma verdaderamente religiosa y sometida al verdadero Dios, al considerar estas cosas, pensar que los demonios son mejores que él mismo, porque tienen mejores cuerpos. De lo contrario, se pondría por encima muchas bestias, que nos superan en agudeza de los sentidos, en movimiento fácil y rápido, en fuerza de las extremidades, y en longevidad de los cuerpos. ¿Quién de los hombres igualará a las águilas y buitres en visión? ¿Quién en olfato a los perros? ¿Quién en velocidad a las liebres, ciervos, todas las aves? ¿Quién en fuerza a los leones y elefantes? ¿Quién en longevidad a las serpientes, que incluso

al mudar la piel se dice que dejan la vejez y regresan a la juventud? Pero así como somos mejores que todos estos en razonamiento e inteligencia, así también debemos ser mejores que los demonios en vivir bien y honestamente. Por esto, la providencia divina ha dado a aquellos a quienes nos consta ser superiores, ciertos dones corporales superiores, para que aquello por lo que les superamos, también de este modo se nos recomiende con mucho mayor cuidado para ser cultivado, que el cuerpo; y aprendamos a despreciar la excelencia corporal, que sabemos que los demonios tienen, en comparación con la bondad de vida, por la cual les superamos, teniendo también nosotros la inmortalidad de los cuerpos, no la que la eternidad de los suplicios atormenta, sino la que la pureza de las almas precede.

2. Ahora bien, sobre la altura del lugar, que los demonios habitan en el aire, y nosotros en la tierra, ser movidos por esto, para pensar que por ello deben ser preferidos a nosotros, es completamente ridículo. Pues de este modo nos ponemos por debajo de todas las aves. Pero las aves, cuando se fatigan volando, o tienen que alimentar su cuerpo, regresan a la tierra, ya sea para descansar o para alimentarse; lo cual, dicen, los demonios no hacen. ¿Acaso les parece bien, entonces, que las aves nos superen, y que los demonios superen también a las aves? Si es una locura pensar esto, no hay razón para considerar dignos a los demonios de la superioridad del elemento aéreo, a quienes debemos someternos con afecto religioso. Pues así como pudo suceder que las aves aéreas no solo no nos superen, sino que nos sean sometidas por la dignidad del alma racional que hay en nosotros, así pudo suceder que los demonios, aunque sean más aéreos, no sean mejores que nosotros, terrenales, porque el aire es superior a la tierra; sino que los hombres deben ser preferidos a ellos, porque la esperanza de los hombres piadosos no puede compararse con la desesperación de ellos. Pues también aquella razón de Platón, que conecta y ordena los cuatro elementos en proporción, interponiendo dos medios, el aire y el agua, entre los dos extremos, el fuego muy móvil y la tierra inmóvil, de modo que así como el aire es superior a las aguas y el fuego al aire, así también las aguas son superiores a las tierras; nos advierte suficientemente que no debemos estimar los méritos de los animales según los grados de los elementos. Y el mismo Apuleyo, con los demás, llama al hombre animal terrestre (De deo Socratis) que, sin embargo, se prefiere mucho a los animales acuáticos, aunque Platón pone las aguas por encima de las tierras: para que entendamos que no se debe seguir el mismo orden cuando se trata de los méritos de las almas, que parece ser el orden en los grados de los cuerpos; sino que puede suceder que un alma mejor habite un cuerpo inferior, y una peor un cuerpo superior.

CAPÍTULO XVI.---Qué pensó Apuleyo el platónico sobre las costumbres y acciones de los demonios.

Sobre las costumbres de los demonios, cuando el mismo platónico hablaba, dijo que son agitados por las mismas perturbaciones del alma que los hombres, que se irritan con las injurias, que se aplacan con obsequios y dones, que se alegran con los honores, que se deleitan con diversos ritos sagrados, y que se conmueven si algo se ha descuidado en ellos (De deo Socratis). Entre otras cosas, también dice que las adivinaciones de los augures, arúspices, vates y sueños pertenecen a ellos: que también los milagros de los magos son de ellos (Ibid.). Pero definiéndolos brevemente, dice que los demonios son animales por género, pasivos por alma, racionales por mente, aéreos por cuerpo, eternos por tiempo: de estos cinco, tres primeros son comunes a ellos y a nosotros, el cuarto es propio, el quinto lo tienen en común con los dioses (Ibid.). Pero veo que de los tres superiores que dice que tienen en común con nosotros, dos también los tienen en común con los dioses. Pues dice que los dioses también son animales, distribuyendo cada uno a sus elementos, colocando a nosotros entre los animales terrestres con los demás que viven y sienten en la tierra, entre los acuáticos a los peces y otros nadadores, entre los aéreos a los demonios, entre los etéreos a los dioses

(Ibid.). Por lo tanto, que los demonios sean animales por género, no solo es común a ellos con los hombres, sino también con los dioses y los animales: que sean racionales por mente, es común con los dioses y los hombres; que sean eternos por tiempo, es común solo con los dioses; que sean pasivos por alma, es común solo con los hombres; que sean aéreos por cuerpo, es propio de ellos solos. Por lo tanto, que sean animales por género, no es gran cosa; porque también lo son los animales: que sean racionales por mente, no es superior a nosotros; porque también lo somos nosotros: que sean eternos por tiempo, ¿qué bien es, si no son bienaventurados? Pues mejor es la felicidad temporal, que la eternidad miserable. Que sean pasivos por alma, ¿cómo es superior a nosotros; cuando también lo somos nosotros, y no lo seríamos si no fuéramos miserables? Que sean aéreos por cuerpo, ¿cuánto debe estimarse, cuando a todo cuerpo se prefiere la naturaleza del alma, cualquiera que sea; y por lo tanto el culto religioso, que se debe desde el alma, de ninguna manera debe deberse a aquello que es inferior al alma? Pero si entre aquellas cosas que dice que son de los demonios, enumerara la virtud, la sabiduría, la felicidad, y dijera que las tienen en común con los dioses eternas, ciertamente diría algo deseable y de gran valor: y sin embargo, no por esto deberíamos rendirles culto divino, sino más bien a aquel de quien sabemos que han recibido estas cosas. Cuánto menos ahora son dignos de honor divino los animales aéreos, racionales para poder ser miserables, pasivos para ser miserables, eternos para no poder terminar su miseria.

CAPÍTULO XVII.---Si es digno que se rinda culto a esos espíritus por parte del hombre, de cuyos vicios debe liberarse.

1. Por lo tanto, para omitir otras cosas, y tratar solo esto, que dijo que los demonios tienen en común con nosotros, es decir, las pasiones del alma, si todos los cuatro elementos están llenos de sus animales, inmortales el fuego y el aire, mortales el agua y la tierra; pregunto por qué las almas de los demonios son agitadas por las tormentas y tempestades de las pasiones del alma. Pues perturbación es lo que en griego se llama πάθος: de donde quiso llamarlos pasivos por alma; porque la palabra, derivada de πάθος, se llamaría pasión, movimiento del alma contra la razón. ¿Por qué, entonces, están estas cosas en las almas de los demonios, que no están en los animales? Pues si algo similar aparece en un animal, no es perturbación; porque no es contra la razón, de la cual carecen los animales. Pero en los hombres, para que existan estas perturbaciones, lo hace la necedad, o la miseria. Pues aún no estamos en aquella perfección de sabiduría bienaventurada, que se nos promete después de ser liberados de esta mortalidad. A los dioses, sin embargo, dicen que no sufren estas perturbaciones, porque no solo son eternos, sino también bienaventurados. Pues también tienen almas racionales, pero purísimas de toda mancha y peste. Por lo tanto, si por esto los dioses no se perturban, porque son animales bienaventurados, no miserables; y por esto los animales no se perturban, porque son animales que no pueden ser bienaventurados ni miserables: queda que los demonios, como los hombres, se perturban porque son animales no bienaventurados, sino miserables.

2. [XVII.] ¿Con qué insensatez, o más bien locura, nos sometemos a los demonios por alguna religión, cuando por la verdadera religión nos liberamos de esa viciosidad, por la cual somos semejantes a ellos? Pues cuando los demonios, como también este Apuleyo, aunque les perdona mucho y los considera dignos de honores divinos, sin embargo se ve obligado a confesar, se irritan con la ira; la verdadera religión nos ordena que no nos irritemos con la ira, sino que más bien le resistamos. Cuando los demonios son invitados por dones, la verdadera religión nos ordena que no favorezcamos a nadie por la aceptación de dones. Cuando los demonios se deleitan con los honores, la verdadera religión nos ordena que de ninguna manera nos movamos por tales cosas. Cuando los demonios son enemigos de algunos hombres, amantes de otros, no por juicio prudente y tranquilo, sino por un alma, como él mismo llama, pasiva; la verdadera religión nos ordena que incluso amemos a nuestros

enemigos (Mat. V, 44). Finalmente, todo movimiento del corazón y agitación de la mente, y todas las tormentas y tempestades del alma, con las que dice que los demonios se agitan y fluctúan, la verdadera religión nos ordena que las depositemos. ¿Cuál es, entonces, la causa, sino la necedad y el error miserable, para que te hagas humilde venerando a aquel a quien deseas ser diferente viviendo; y rindas culto religioso a aquel a quien no deseas imitar, cuando la suma de la religión es imitar a quien adoras?

CAPÍTULO XVIII.---Qué tipo de religión es aquella en la que se enseña que los hombres, para ser recomendados a los dioses buenos, deben usar a los demonios como intercesores.

Frustra, por tanto, Apuleyo y quienes piensan de esta manera, le han otorgado este honor, situándolos en el aire, entre el cielo etéreo y la tierra, ya que, como ningún dios se mezcla con el hombre (palabras de Apuleyo), lo que se dice que Platón afirmó, estos llevan las oraciones de los hombres a los dioses, y de allí traen a los hombres lo que solicitan. Consideraron indigno, quienes creyeron estas cosas, que los hombres se mezclaran con los dioses y los dioses con los hombres; pero digno que los demonios se mezclaran tanto con los dioses como con los hombres, para llevar lo solicitado de aquí y traer lo concedido de allá: de modo que el hombre casto, y ajeno a los crímenes de las artes mágicas, los invoque como patronos, por medio de los cuales los dioses lo escuchen, quienes aman estas cosas, que él, al no amarlas, se hace más digno de ser escuchado más fácil y gustosamente. Pues ellos aman las obscenidades escénicas, que la castidad no ama: aman en los hechizos de los magos mil artes de hacer daño (Virgilio, Eneida, libro 7, verso 338), que la inocencia no ama. Por lo tanto, tanto la castidad como la inocencia, si desean obtener algo de los dioses, no podrán hacerlo por sus propios méritos, a menos que intervengan sus enemigos. No hay razón para que este intente justificar las ficciones poéticas y las burlas teatrales. Tenemos contra estas cosas a su maestro y de tanta autoridad entre ellos, Platón: si la vergüenza humana se comporta tan mal consigo misma, que no solo ama lo vil, sino que también considera que es grato a la divinidad.

CAPÍTULO XIX.---De la impiedad del arte mágico, que se apoya en el patrocinio de los espíritus malignos.

Por otra parte, contra las artes mágicas, de las cuales algunos, demasiado infelices y demasiado impíos, incluso se glorían, ¿no citaré como testigo a la luz pública misma? ¿Por qué, entonces, se castigan tan severamente con la severidad de las leyes, si son obras de culto a los dioses? ¿Acaso estas leyes las instituyeron los cristianos, por las cuales se castigan las artes mágicas? Según qué otro sentido, sino que estos maleficios son indudablemente perniciosos para el género humano, dice el poeta clarísimo: "Testifico, querida, a los dioses, y a ti, hermana, y a tu dulce cabeza, que me veo obligada a recurrir a las artes mágicas" (Virgilio, Eneida, libro 4, versos 492, 493). También aquello que dice en otro lugar sobre estas artes: "Y vi trasladar cosechas sembradas en otro lugar" (Églogas 8, verso 99), porque se dice que con esta doctrina pestilente y criminal se transfieren los frutos ajenos a otras tierras: ¿no recuerda Cicerón que en las Doce Tablas, es decir, en las leyes más antiguas de los romanos, está escrito que se estableció un castigo para quien lo hiciera? Finalmente, ¿acaso Apuleyo fue acusado ante jueces cristianos de artes mágicas? Si le hubieran imputado estas, si sabía que eran divinas y piadosas, y congruentes con las obras de los poderes divinos, no solo debía confesarlas, sino también profesarlas, culpando más bien a las leyes que prohibían y consideraban condenables estas cosas, que debían ser consideradas admirables y venerables. Pues así persuadiría a los jueces de su opinión, o, si ellos juzgaran según leyes injustas, y lo condenaran a muerte por predicar y alabar tales cosas, los demonios

le recompensarían con dones dignos de su alma, por predicar las obras divinas de ellos, sin temer que le quitaran la vida humana. Así como nuestros mártires, cuando se les imputaba como crimen la religión cristiana, por la cual sabían que se hacían salvos y gloriosísimos eternamente, no eligieron evadir las penas temporales negándola; sino más bien confesándola, profesándola, predicándola, y soportando todo por ella fiel y valientemente, y muriendo con piadosa seguridad, hicieron que las leyes que la prohibían se avergonzaran y se cambiaran. Sin embargo, de este filósofo platónico existe un discurso muy extenso y elocuente, en el que defiende que el crimen de las artes mágicas le es ajeno, y no quiere parecer inocente de otra manera, sino negando lo que no puede ser cometido por un inocente. Pero todos los milagros de los magos, que correctamente considera condenables, se realizan por doctrinas y obras de demonios; a quienes ve por qué considera dignos de honor, afirmando que son necesarios para llevar nuestras oraciones a los dioses, cuyas obras debemos evitar, si queremos que nuestras oraciones lleguen al verdadero Dios. Luego pregunto, ¿qué tipo de oraciones de los hombres cree que los demonios llevan a los dioses buenos, mágicas o lícitas? Si son mágicas, no quieren tales; si son lícitas, no quieren a través de tales. Pero si un pecador arrepentido derrama oraciones, especialmente si ha cometido algo mágico; ¿acaso recibe el perdón por la intercesión de aquellos que lo impulsaron o favorecieron para caer en la culpa? ¿O también los mismos demonios, para poder merecer indulgencia para los penitentes, primero hacen penitencia por haberlos engañado? Nadie ha dicho jamás esto de los demonios: porque si así fuera, de ninguna manera se atreverían a reclamar honores divinos, quienes deseando llegar a la gracia del perdón, se arrepentirían. Allí está la soberbia detestable, aquí la humildad digna de compasión.

CAPÍTULO XX.---Si se debe creer que los dioses buenos se mezclan más gustosamente con los demonios que con los hombres.

Pero ciertamente una causa urgente y muy estrecha obliga a los demonios a actuar como intermediarios entre los dioses y los hombres, para ofrecer los deseos de los hombres y traer lo concedido por los dioses. ¿Cuál es entonces esta causa, y cuánta necesidad? Porque, dicen, ningún Dios se mezcla con el hombre. Por tanto, admirable santidad de Dios, que no se mezcla con el hombre suplicante, y se mezcla con el demonio arrogante; no se mezcla con el hombre penitente, y se mezcla con el demonio engañador; no se mezcla con el hombre que acude a la divinidad, y se mezcla con el demonio que finge divinidad; no se mezcla con el hombre que pide indulgencia, y se mezcla con el demonio que sugiere maldad; no se mezcla con el hombre que expulsa a los poetas de la ciudad bien ordenada a través de libros filosóficos, y se mezcla con el demonio que, a través de los juegos escénicos, busca las burlas de los poetas por los príncipes y pontífices de la ciudad; no se mezcla con el hombre que prohíbe inventar crímenes de los dioses, y se mezcla con el demonio que se deleita en falsos crímenes de los dioses; no se mezcla con el hombre que castiga con justas leyes los crímenes de los magos, y se mezcla con el demonio que enseña y realiza artes mágicas; no se mezcla con el hombre que huye de la imitación del demonio, y se mezcla con el demonio que busca engañar al hombre.

CAPÍTULO XXI.---Si los dioses usan a los demonios como mensajeros e intérpretes, y si son engañados por ellos o lo desean.

1. Pero ciertamente hay una gran necesidad de esta absurda e indigna situación, que los dioses etéreos, preocupados por los asuntos humanos, no sabrían lo que hacen los hombres terrestres, a menos que los demonios aéreos se lo anunciaran; ya que el éter está lejos de la tierra y suspendido en lo alto, mientras que el aire está contiguo al éter y a la tierra. ¡Oh, admirable sabiduría! ¿Qué otra cosa piensan de los dioses estos que quieren que todos sean

óptimos, sino que cuidan de los asuntos humanos para no parecer indignos de culto, y debido a la distancia de los cielos, desconocen los asuntos humanos, para que se crea que los demonios son necesarios, y por esto también se consideren dignos de culto, a través de los cuales los dioses pueden aprender lo que sucede en los asuntos humanos y dónde es necesario ayudar a los hombres? Si esto es así, los dioses buenos conocen mejor al demonio por el cuerpo cercano, que al hombre por el buen ánimo. ¡Oh, necesidad muy lamentable, o más bien vanidad que debe ser ridiculizada o detestada, para que la divinidad no sea vana! Pues si los dioses pueden ver nuestro ánimo con el ánimo libre del obstáculo del cuerpo, no necesitan mensajeros demoníacos para esto: pero si los dioses etéreos perciben las señales corporales de los ánimos, como son el rostro, el habla, el movimiento, a través de su cuerpo, y de ahí deducen lo que también los demonios anuncian, pueden ser engañados por las mentiras de los demonios. Pero si la divinidad de los dioses no puede ser engañada por los demonios, por la misma divinidad, lo que hacemos, no puede ser ignorado.

2. Sin embargo, me gustaría que estos me dijeran si los demonios anunciaron a los dioses los crímenes de los dioses que a Platón le disgustan como ficciones poéticas, y si ocultaron que les agradan; o si ocultaron ambos, prefiriendo que los dioses fueran ignorantes de todo este asunto; o si anunciaron ambos, tanto la prudencia religiosa de Platón hacia los dioses, como su propia lujuria injuriosa hacia los dioses; o si hicieron saber a los dioses la sentencia de Platón, que no quería que los dioses fueran infamados por las falsas acusaciones de los poetas, y ocultaron su propia maldad, que ama los juegos escénicos donde se celebran esas deshonras de los dioses. De estas cuatro cosas que he propuesto preguntando, elijan cualquiera, y en cualquiera de ellas consideren cuánto mal piensan de los dioses buenos. Pues si eligen la primera, confesarán que no fue lícito para los dioses buenos habitar con el buen Platón, cuando prohibía sus injurias, y habitaron con los demonios malos, cuando se regocijaban en sus injurias; ya que los dioses buenos no podían conocer al hombre bueno, Platón, que estaba lejos de ellos, sino a través de los demonios malos, a quienes no podían conocer estando cerca. Pero si eligen la segunda, y dicen que ambos fueron ocultados por los demonios, para que los dioses no supieran ni la ley religiosísima de Platón ni la deleitación sacrílega de los demonios; ¿qué pueden conocer útilmente los dioses en los asuntos humanos a través de los demonios mensajeros, cuando desconocen aquellas cosas que se decretan en honor de los dioses buenos por la religión de los hombres buenos contra la lujuria de los demonios malos? Pero si eligen la tercera, y responden que no solo la sentencia de Platón, que prohíbe las injurias de los dioses, sino también la maldad de los demonios que se regocijan en las injurias de los dioses, fue anunciada a los dioses por los mismos demonios mensajeros; ¿es esto anunciar o insultar? Y los dioses escuchan ambas cosas, las conocen de tal manera que no solo no alejan de su presencia a los demonios malignos que desean y hacen cosas contrarias a la dignidad de los dioses y a la religión de Platón, sino que también a través de esos malos vecinos transmiten dones a Platón, el bueno y lejano. Pues así los ha unido la serie encadenada de los elementos, que pueden unirse a aquellos de quienes son acusados, pero no pueden unirse a aquel por quien son defendidos: conociendo ambos, pero no pudiendo cambiar los pesos del aire y la tierra. Ahora, lo que queda, si eligen la cuarta, es peor que las demás. ¿Quién soportaría que los demonios anunciaran a los dioses las ficciones criminales de los poetas sobre los dioses inmortales y las indignas burlas de los teatros, y su ardentísima pasión y suavísima voluptuosidad en todas estas cosas, y que callaran lo que Platón, con gravedad filosófica, juzgó que debía ser removido de la mejor república; para que los dioses buenos, a través de tales mensajeros, se vean obligados a conocer los males de los peores, no ajenos, sino de los mismos mensajeros, y no se les permita conocer los bienes de los filósofos, que son contrarios a aquellos, cuando aquellos son en injuria, y estos en honor de los mismos dioses?

CAPÍTULO XXII.---Sobre rechazar el culto a los demonios, contra Apuleyo.

Por tanto, no se debe elegir ninguna de estas cuatro cosas, para que en ninguna de ellas se piense tan mal de los dioses; queda que de ninguna manera se debe creer lo que Apuleyo intenta persuadir, y cualquier otro filósofo de la misma opinión, que los demonios son intermediarios entre los dioses y los hombres como mensajeros e intérpretes, que llevan nuestras peticiones de aquí y traen las ayudas de los dioses de allá: sino que son espíritus ávidos de hacer daño, completamente ajenos a la justicia, hinchados de soberbia, envidiosos de envidia, astutos en el engaño: que habitan en este aire, porque, expulsados de la sublimidad del cielo superior, han sido condenados de antemano a este lugar congruente como una prisión, por el mérito de su transgresión irreversible; sin embargo, no porque el lugar del aire esté sobre las tierras y las aguas, por eso ellos son superiores en méritos a los hombres, quienes no con cuerpo terrenal, sino con el verdadero Dios elegido como ayuda, los superan fácilmente con una mente piadosa. Pero ciertamente dominan a muchos que son indignos de participar en la verdadera religión, como a cautivos y súbditos: a la mayor parte de los cuales, con signos maravillosos y engañosos, ya sea de hechos o de predicciones, les han persuadido de que son dioses. Pero a algunos que observan sus vicios con algo más de atención y diligencia, no han podido persuadirles de que son dioses, y se han fingido ser intermediarios entre los dioses y los hombres y procuradores de beneficios: si al menos no pensaron que se les debía otorgar este honor, quienes no creían que eran dioses, porque veían que eran malos; pero querían que todos los dioses fueran buenos, y no se atrevían a decir que eran completamente indignos de honor divino; especialmente para no ofender a los pueblos, a quienes veían que les servían con inveterada superstición a través de tantos ritos y templos.

CAPÍTULO XXIII.---Lo que Hermes Trismegisto pensó sobre la idolatría, y de dónde pudo saber que las supersticiones egipcias debían ser eliminadas.

1. Pues Hermes el Egipcio, a quien llaman Trismegisto, pensó y escribió cosas diferentes sobre ellos. Apuleyo, en efecto, niega que sean dioses: pero al decir que se mueven entre los hombres y los dioses con cierta mediación, de modo que parecen necesarios para los hombres ante los mismos dioses, no separa su culto de la religión de los dioses superiores. Pero aquel egipcio dice que hay otros dioses hechos por el sumo Dios, y otros por los hombres. Quien escucha esto, tal como lo he expuesto, piensa que se dice de las estatuas, porque son obras de manos humanas: pero él afirma que las estatuas visibles y tangibles son como cuerpos de dioses; pero que en ellas habitan ciertos espíritus invitados, que pueden algo, ya sea para hacer daño, o para cumplir algunos deseos de aquellos a quienes se les rinden honores divinos y servicios de culto. Por tanto, dice que unir estos espíritus invisibles a cosas visibles de materia corporal a través de un cierto arte, para que sean como cuerpos animados, estatuas dedicadas y sometidas a esos espíritus, es hacer dioses, y que los hombres han recibido un gran y maravilloso poder de hacer dioses. Pondré las palabras de este egipcio, tal como han sido interpretadas a nuestra lengua. Y puesto que se nos impone hablar de la relación y compañía de los hombres y los dioses, conoce, oh Asclepio, el poder y la fuerza del hombre. El Señor, dice, y Padre, o lo que es supremo, Dios, así como es el creador de los dioses celestiales, así el hombre es el creador de los dioses que están en los templos, contentos con la proximidad humana. Y poco después: Así, dice, la humanidad, siempre recordando su naturaleza y origen, persevera en esa imitación de la divinidad; de modo que, así como el Padre y Señor hizo dioses eternos a su semejanza, así la humanidad formó a sus dioses a semejanza de su propio rostro. Aquí, cuando Asclepio, a quien principalmente hablaba, le respondió y dijo: Hablas de estatuas, oh Trismegisto: entonces él dijo: Estatuas, oh Asclepio, ¿ves hasta qué punto tú mismo desconfías? Estatuas animadas, llenas de sentido y espíritu,

que hacen tantas y tales cosas; estatuas que predicen el futuro, ya sea por sorteo, por profecía, por sueños, y por muchas otras cosas; que causan debilidades a los hombres, y las curan, tristeza y alegría según los méritos. ¿Ignoras, oh Asclepio, que Egipto es una imagen del cielo; o, lo que es más cierto, una traslación o descenso de todo lo que se gobierna y ejerce en el cielo; y si se debe decir, más verdaderamente nuestra tierra es el templo de todo el mundo? Y sin embargo, puesto que es propio del prudente prever todas las cosas, no es lícito que ustedes ignoren esto: Vendrá un tiempo en que se verá que los egipcios han servido en vano a la divinidad con una mente piadosa y una religión diligente, y toda su santa veneración caerá en la nada y se frustrará.

2. Luego Hermes desarrolla este pasaje con muchas palabras, en el que parece predecir este tiempo en el que la religión cristiana, cuanto más verdadera y santa es, tanto más vehementemente y con más libertad subvierte todas las ficciones engañosas; para que la gracia del verdadero Salvador libere al hombre de esos dioses que hace el hombre, y lo someta a ese Dios por quien fue hecho el hombre. Pero Hermes, al predecir estas cosas, habla como amigo de las mismas ludificaciones de los demonios, y no expresa claramente el nombre cristiano; sino que, como si se eliminaran y destruyeran aquellas cosas cuya observancia mantenía la semejanza celestial en Egipto, así testifica que estas cosas sucederán con una predicación lamentosa. Pues era de aquellos de quienes dice el Apóstol, que conociendo a Dios, no lo glorificaron como Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato corazón se oscureció: profesando ser sabios, se hicieron necios; y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible (Rom. I, 21-23): y otras cosas, que sería largo de mencionar. Pues dice muchas cosas de este tipo sobre el único verdadero Dios, creador del mundo, como las tiene la verdad: y no sé cómo, por esa oscuridad del corazón, cae en estas cosas, para que siempre quiera que los hombres estén sometidos a los dioses que confiesa que son hechos por los hombres, y llore que estas cosas se quiten en el futuro. Como si hubiera algo más infeliz que el hombre, a quien dominan sus propias creaciones: cuando es más fácil, que al adorar como dioses a aquellos que hizo, ni siquiera él sea hombre, que que a través de su culto puedan ser dioses aquellos que hizo el hombre. Pues más fácilmente sucede que el hombre, puesto en honor, sin entender, se compara a los animales (Salmo XLVIII, 13), que que la obra del hombre se prefiera a la obra de Dios hecha a su imagen, es decir, al mismo hombre. Por lo tanto, con razón el hombre se aparta de aquel que lo hizo, cuando se prefiere a sí mismo lo que él hizo.

3. Estas vanas, engañosas, perniciosas, sacrílegas cosas Hermes Egipcio, sabiendo que vendría el tiempo en que serían quitadas, se lamentaba: pero se lamentaba tan descaradamente como imprudentemente sabía. Pues no fue el Espíritu Santo quien le reveló esto, como a los santos profetas, quienes previendo estas cosas decían con júbilo: "¿Hará el hombre dioses, y he aquí que ellos no son dioses?" (Jeremías XVI, 20). Y en otro lugar: "En aquel día, dice el Señor, exterminaré los nombres de los ídolos de la tierra, y no habrá más memoria de ellos" (Zacarías XIII, 2). En cuanto a Egipto, en lo que respecta a este asunto, el santo Isaías profetiza así: "Y se conmoverán las obras hechas por manos de Egipto ante su rostro, y su corazón se desvanecerá en ellos" (Isaías XIX, 1), y otras cosas semejantes. De este tipo eran también aquellos que, sabiendo lo que vendría, se alegraban de que hubiera llegado: como Simeón, como Ana, quienes reconocieron a Jesús recién nacido; como Isabel, quien incluso reconoció la concepción en el Espíritu (Lucas II, 25-38; I, 41-45); como Pedro, diciendo por revelación del Padre, "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mateo XVI, 16). Pero a este egipcio, aquellos espíritus le habían indicado los tiempos futuros de su perdición, quienes también, temblando ante el Señor presente en carne, dijeron: "¿Por qué has

venido antes de tiempo a destruirnos?" (Mateo VIII, 29); ya sea porque les fue repentino lo que, aunque futuro, esperaban más tarde; o porque llamaban a esta misma su perdición, por la cual eran despreciados al ser reconocidos. Y esto era "antes de tiempo", es decir, antes del tiempo del juicio, cuando serán castigados con condenación eterna junto con todos los hombres que se mantienen en su compañía: como habla la religión, que ni engaña ni es engañada; no como este, que es llevado por todo viento de doctrina de aquí para allá (Efesios IV, 14), y mezclando lo falso con lo verdadero, se lamenta como si fuera a perecer la religión que después confiesa como error.

CAPÍTULO XXIV.---Cómo Hermes confesó abiertamente el error de sus antepasados, aunque lamentó que fuera destruido.

1. Después de muchas cosas, vuelve a esto mismo, para decir nuevamente sobre los dioses que los hombres hicieron, hablando así: "Pero ya de tales cosas se ha dicho bastante. Volvamos, dice, al hombre y a la razón, por la cual por don divino el hombre es llamado animal racional. Menos admirables, aunque admirables, son las cosas que se han dicho del hombre. Pues de todas las maravillas, superó la admiración que el hombre pudo descubrir la naturaleza divina y hacerla. Porque nuestros antepasados erraban mucho en cuanto a la razón de los dioses, incrédulos y sin advertir el culto y la religión divina, encontraron el arte por el cual hicieron dioses. A este invento le añadieron una virtud conveniente de la naturaleza del mundo; y mezclándola, como no podían hacer almas, evocando las almas de los demonios o ángeles, las introdujeron en imágenes sagradas y divinos misterios, por los cuales los ídolos pudieron tener poder tanto para hacer el bien como el mal" (pág. 99). No sé si los mismos demonios confesaran así cuando eran conjurados, como este confesó. Porque, dice, "nuestros antepasados erraban mucho en cuanto a la razón de los dioses, incrédulos y sin advertir el culto y la religión divina, encontraron el arte por el cual hicieron dioses". ¿Acaso dijo que erraron medianamente para encontrar este arte de hacer dioses; o se contentó con decir que erraban, sin añadir que erraban mucho? Este error, pues, y la incredulidad de no advertir el culto y la religión divina, encontró el arte por el cual hizo dioses. Y sin embargo, lo que el error y la incredulidad y la aversión del ánimo del culto y la religión divina encontró, para que el hombre hiciera dioses con arte, esto lo lamenta el sabio como si fuera a ser quitada la religión divina en un tiempo cierto por venir. Mira si no es compelido por la fuerza divina a revelar el error pasado de sus mayores, y por la fuerza diabólica a lamentar la futura pena de los demonios. Pues si sus antepasados, errando mucho en cuanto a la razón de los dioses por incredulidad y aversión del ánimo del culto y la religión divina, encontraron el arte por el cual hicieron dioses; ¿qué maravilla que este arte detestable, lo que hizo apartado de la religión divina, sea quitado por la religión divina, cuando la verdad corrige el error, la fe refuta la incredulidad, la conversión corrige la aversión?

2. Pues si hubiera dicho que sus antepasados encontraron el arte por el cual hicieron dioses, sin mencionar las causas, nos correspondería a nosotros, si tuviéramos algún sentido recto y piadoso, atender y ver que de ninguna manera habrían llegado a este arte por el cual el hombre hace dioses, si no se hubieran desviado de la verdad, si hubieran creído lo que es digno de Dios, si hubieran advertido el culto y la religión divina. Y sin embargo, si dijéramos que las causas de este arte son el gran error de los hombres y la incredulidad y la aversión del ánimo errante e infiel de la religión divina, de alguna manera sería soportable la impudencia de los que resisten a la verdad: pero cuando el mismo que admira el poder de este arte sobre todas las demás cosas en el hombre, por el cual les fue concedido hacer dioses, y lamenta que vendrá el tiempo en que todos estos inventos de dioses instituidos por los hombres sean también ordenados a ser quitados por las leyes; confiesa y expresa las causas por las cuales se llegó a esto, diciendo que sus antepasados, por gran error e incredulidad, y no advirtiendo el

culto y la religión divina, encontraron este arte por el cual hicieron dioses: ¿qué debemos decir o más bien qué debemos hacer, sino dar cuantas gracias podamos a nuestro Señor Dios, quien quitó estas cosas por causas contrarias a las que fueron instituidas? Pues lo que instituyó la multitud del error, lo quitó el camino de la verdad; lo que instituyó la incredulidad, lo quitó la fe; lo que instituyó la aversión del culto de la religión divina, lo quitó la conversión al único Dios verdadero y santo: y no solo en Egipto, que es la única que en esto lamenta el espíritu de los demonios, sino en toda la tierra que canta al Señor un cántico nuevo; como verdaderamente las Sagradas y verdaderamente proféticas Escrituras lo predijeron, donde está escrito: "Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra" (Salmo XCV, 1). Pues el título de este salmo es: "Cuando la casa se edificaba después de la cautividad". Se edifica la casa al Señor, la ciudad de Dios, que es la santa Iglesia, en toda la tierra, después de aquella cautividad, en la cual aquellos hombres, de quienes se edifica la casa creyendo en Dios como piedras vivas (I Pedro II, 5), eran poseídos por los demonios. Pues no porque el hombre hiciera dioses, por eso no era poseído por ellos el mismo que los hacía, cuando era llevado a su sociedad al adorarlos: digo sociedad, no de los ídolos insensatos, sino de los demonios astutos. Pues ¿qué son los ídolos, sino lo que dice la misma Escritura: "Tienen ojos, y no ven" (Salmo CXIII, 5): y cualquier cosa semejante de materiales, aunque artísticamente esculpidos, sin embargo, carentes de vida y sentido, debía decirse? Pero los espíritus inmundos, ligados a las mismas estatuas por aquel arte nefario, capturaban miserablemente las almas de sus adoradores en su sociedad. De donde dice el Apóstol: "Sabemos que el ídolo no es nada; pero lo que sacrifican los gentiles, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios: no quiero que seáis partícipes con los demonios" (I Corintios X, 20). Después de esta cautividad, en la cual los hombres eran retenidos por los malignos demonios, la casa de Dios se edifica en toda la tierra: de donde aquel salmo tomó su título, donde se dice: "Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor, toda la tierra. Cantad al Señor, y bendecid su nombre; anunciad de día en día su salvación. Anunciad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas. Porque grande es el Señor, y digno de suprema alabanza, temible sobre todos los dioses. Porque todos los dioses de los gentiles son demonios, pero el Señor hizo los cielos" (Salmo XCV, 1-5).

3. Quien, pues, lamentó que vendría el tiempo en que sería quitado el culto de los ídolos, y en aquellos que los adoraban la dominación de los demonios, instigado por un mal espíritu, siempre quiso que permaneciera esta cautividad, la cual, al ser superada, el Salmo canta que se edifica la casa en toda la tierra. Hermes lo predecía lamentándose; el Profeta lo predecía gozándose. Y porque el Espíritu es vencedor, quien cantaba esto por los santos profetas; también Hermes mismo fue compelido a confesar de muchas maneras que aquellas cosas que no quería y lamentaba que fueran quitadas, no fueron instituidas por prudentes, fieles y religiosos, sino por errantes, incrédulos y aversos al culto de la religión divina. Aunque los llame dioses, sin embargo, cuando dice que fueron hechos por tales hombres, cuales no debemos ser, quiera o no, muestra que no deben ser adorados por aquellos que no son tales como fueron aquellos por quienes fueron hechos; esto es, por prudentes, fieles, religiosos: demostrando también al mismo tiempo que los mismos hombres, que los hicieron, se impusieron a sí mismos tener como dioses a quienes no eran dioses. Pues es verdad aquello profético: "Si el hombre hace dioses, y he aquí que ellos no son dioses" (Jeremías XVI, 20). Tales dioses, dioses de tales, hechos por arte de tales, cuando Hermes los llamó; es decir, a los ídolos demonios, ligados por arte no sé cuál, a los deseos de sus adoradores, cuando los llamó dioses hechos por los hombres, no obstante, no les dio lo que el platónico Apuleyo (de lo cual ya hemos hablado bastante, y hemos mostrado cuán inconveniente y absurdo es), que ellos fueran intérpretes e intercesores entre los dioses que hizo Dios, y los hombres que el mismo Dios hizo; trayendo de aquí los votos, llevando de allá los dones. Pues es demasiado

necio creer que los dioses que hicieron los hombres, valen más ante los dioses que hizo Dios, que los mismos hombres, que el mismo Dios hizo. Pues el demonio ligado al simulacro por arte impía por el hombre, fue hecho dios; pero para tal hombre, no para todo hombre. ¿Qué clase de dios es, pues, aquel que no haría el hombre sino errando e incrédulo y averso del verdadero Dios? Ahora bien, si los demonios que son adorados en los templos, introducidos por arte no sé cuál en las imágenes, es decir, en los simulacros visibles, por aquellos hombres que hicieron dioses con este arte, cuando erraban y estaban aversos del culto y la religión divina, no son mensajeros ni intérpretes entre los hombres y los dioses, tanto por sus pésimos y vergonzosos hábitos, como porque los hombres, aunque errantes e incrédulos y aversos del culto y la religión divina, sin duda son mejores que ellos, a quienes ellos mismos hicieron dioses por arte: queda que lo que pueden, lo puedan como demonios, ya sea haciendo beneficios más bien dañinos, porque engañan más; o haciendo abiertamente el mal. Sin embargo, ninguna de estas cosas, sino cuando y cuanto se les permite por la alta y secreta providencia de Dios: no, pues, como si fueran mediadores entre los hombres y los dioses por la amistad de los dioses, valieran mucho entre los hombres. Pues a los dioses buenos, a quienes llamamos ángeles santos, criaturas racionales de la santa morada celestial, ya sean Tronos, ya sean Dominaciones, ya sean Principados, ya sean Potestades, no pueden ser amigos en absoluto; de quienes están tan lejos en afecto del alma, como lejos están de las virtudes los vicios, y de la bondad la malicia.

CAPÍTULO XXV.---De las cosas que pueden ser comunes a los ángeles santos y a los hombres.

De ninguna manera, pues, debe buscarse la benevolencia o beneficencia de los dioses, o más bien de los ángeles buenos, a través de la mediación de los demonios; sino por la semejanza de buena voluntad, con la cual estamos con ellos, y con ellos vivimos, y con ellos adoramos al Dios a quien adoran, aunque no podamos verlos con los ojos carnales: en cuanto somos miserables por la disimilitud de voluntad y la fragilidad de la debilidad, en tanto estamos lejos de ellos en mérito de vida, no en lugar del cuerpo. Pues no porque habitemos en la tierra por la condición de la carne, sino si con la inmundicia del corazón pensamos en cosas terrenales, no nos unimos a ellos. Pero cuando somos sanados, para que seamos como ellos; por la fe nos acercamos a ellos, si creemos, con su favor, que somos hechos bienaventurados por aquel que también los hizo a ellos.

CAPÍTULO XXVI.---Que toda la religión de los paganos se cumplió en torno a los hombres muertos.

1. Es necesario advertir cómo este egipcio, al lamentar que vendría el tiempo en que serían quitadas aquellas cosas de Egipto, que confiesa que fueron instituidas por errantes e incrédulos, y aversos del culto de la religión divina, dice entre otras cosas: "Entonces esta tierra santísima, sede de santuarios y templos, estará llena de sepulcros y de muertos". Como si, si no se quitaran, los hombres no fueran a morir, o los muertos fueran a ser colocados en otro lugar que no fuera la tierra: y ciertamente cuanto más tiempo y días pasaran, tanto mayor sería el número de sepulcros, debido al mayor número de muertos. Pero parece lamentar que las memorias de nuestros mártires sucedieran a sus templos y santuarios: para que quienes lean esto con un ánimo averso y perverso de nosotros, piensen que los paganos adoraban a dioses en los templos, y nosotros adoramos a muertos en los sepulcros. Pues los hombres impíos, con tanta ceguera, tropiezan como en montañas, y no quieren ver las cosas que golpean sus ojos, que no advierten que en todas las letras de los paganos o no se encuentran, o apenas se encuentran dioses que no hayan sido hombres, y a quienes se les hayan otorgado honores divinos después de muertos. Omito lo que dice Varo, que todos los muertos son

considerados por ellos como dioses Manes, y lo prueba por aquellos ritos que se exhiben a casi todos los muertos, donde también menciona los juegos fúnebres, como si esto fuera el mayor indicio de divinidad, que no suelen celebrarse juegos sino a las deidades.

2. El mismo Hermes, de quien ahora se trata, en el mismo libro donde, como prediciendo el futuro, lamenta diciendo: "Entonces esta tierra santísima, sede de santuarios y templos, estará llena de sepulcros y de muertos"; testifica que los dioses de Egipto son hombres muertos. Pues después de haber dicho que sus antepasados erraban mucho en cuanto a la razón de los dioses, incrédulos y sin advertir el culto y la religión divina, encontraron el arte por el cual hicieron dioses; "A este invento", dice, "le añadieron una virtud conveniente de la naturaleza del mundo, y mezclándola, como no podían hacer almas, evocando las almas de los demonios o ángeles, las introdujeron en imágenes sagradas y divinos misterios, por los cuales los ídolos pudieron tener poder tanto para hacer el bien como el mal": luego sigue como si fuera a probar esto con ejemplos, y dice: "Tu abuelo, oh Asclepio, primer inventor de la medicina, a quien se consagró un templo en el monte de Libia cerca de la costa de los cocodrilos, en el cual yace su hombre mundano, es decir, su cuerpo: pues el resto, o más bien todo, si es que el hombre es todo en el sentido de la vida, mejor regresó al cielo, aún ahora proporcionando a los hombres ayudas con su numen, lo que antes solía proporcionar con el arte de la medicina". He aquí que dijo que un muerto es adorado como dios en el lugar donde tiene su sepulcro: falso y engañoso, que regresó al cielo. Luego añade otro: "Hermes, cuyo nombre ancestral tengo, ¿no ayuda y conserva a todos los mortales que vienen de todas partes, estando en su patria homónima?" Este Hermes mayor, es decir, Mercurio, quien dice que fue su abuelo, se dice que está en Hermópolis, es decir, en la ciudad de su nombre. He aquí que dice que dos dioses fueron hombres, Asclepio y Mercurio. Pero tanto los griegos como los latinos piensan lo mismo de Asclepio; pero muchos no creen que Mercurio haya sido mortal, aunque este testifica que fue su abuelo. Pero, en verdad, si uno es aquel, otro este, aunque sean llamados por el mismo nombre. No discuto mucho, sea uno aquel, otro este: pero este, como Asclepio, fue hecho dios de hombre según el testimonio de tan gran hombre entre los suyos, este Trismegisto, su nieto.

3. Aún añade, y dice: "¿Cuántos bienes no sabemos que Isis, esposa de Osiris, proporciona cuando está propicia, y cuántos males cuando está enojada?" Luego, para mostrar que de este tipo son los dioses que los hombres hacen con aquel arte: de donde se da a entender que opina que los demonios surgieron de las almas de los hombres muertos, que por el arte que encontraron los hombres errantes, incrédulos e irreligiosos, dice que fueron introducidos en las estatuas, porque aquellos que hacían tales dioses no podían hacer almas: cuando de Isis dijo lo que recordé, cuántos males sabemos que causa cuando está enojada, añadió diciendo: "Pues a los dioses terrenales y mundanos les es fácil enojarse, como aquellos que son hechos y compuestos por los hombres de ambas naturalezas". De ambas naturalezas dice, de alma y cuerpo: para que por alma sea el demonio, por cuerpo el simulacro. "Por lo cual", dice, "los egipcios llaman a estos animales sagrados, y en cada ciudad se adoran las almas de aquellos a quienes están consagrados, de modo que son habitados por sus leyes, y llamados por sus nombres". ¿Dónde está aquella queja como de lamento, que la tierra de Egipto, santísima sede de santuarios y templos, sería sepulcro y estaría llena de muertos? Pues el espíritu engañoso, por cuyo instinto Hermes decía estas cosas, fue compelido a confesar que ya entonces aquella tierra estaba llena de sepulcros y muertos, a quienes adoraban como dioses. Pero el dolor de los demonios hablaba por él, quienes lamentaban sus futuras penas en las memorias de los santos mártires. Pues en muchos de tales lugares son atormentados y confiesan, y son expulsados de los cuerpos poseídos de los hombres.

CAPÍTULO XXVII.---Sobre el modo de honor que los cristianos rinden a los mártires.

1. Sin embargo, no erigimos templos, sacerdocios, ritos ni sacrificios a los mismos mártires, ya que no son ellos, sino su Dios, quien es nuestro Dios. Honramos ciertamente sus memorias como santos hombres de Dios, que lucharon hasta la muerte de sus cuerpos por la verdad, para que se conociera la verdadera religión, al quedar refutadas las falsas y ficticias: lo cual, aunque algunos lo sentían antes, lo reprimían por temor. ¿Quién ha oído alguna vez a un sacerdote fiel, de pie ante el altar, incluso sobre el santo cuerpo de un mártir construido para el honor y culto de Dios, decir en sus oraciones: "Te ofrezco sacrificio, Pedro, o Pablo, o Cipriano"; cuando en sus memorias se ofrece a Dios, quien los hizo tanto hombres como mártires; y los unió a sus santos ángeles con honor celestial; para que con esa celebración demos gracias al verdadero Dios por sus victorias, y nos exhortemos a la imitación de tales coronas y palmas, invocando su ayuda a partir de la renovación de su memoria? Por tanto, cualquier servicio religioso que se realice en los lugares de los mártires son adornos de sus memorias, no ritos o sacrificios a los muertos como si fueran dioses. Incluso aquellos que llevan sus banquetes allí, lo cual no hacen los mejores cristianos, y en muchas tierras no existe tal costumbre; sin embargo, quienes lo hacen, cuando los presentan, oran y los retiran para comer, o incluso para compartir con los necesitados, desean que sean santificados para ellos por los méritos de los mártires en el nombre del Señor de los mártires. Pero quien conoce el único sacrificio que también allí se ofrece, el Sacrificio de los Cristianos, sabe que no son sacrificios a los mártires.

2. Por lo tanto, no veneramos a nuestros mártires con honores divinos ni con crímenes humanos, como ellos veneran a sus dioses: no les ofrecemos sacrificios, ni convertimos sus deshonras en sus ritos. Pues sobre Isis, esposa de Osiris, diosa egipcia, y sobre sus padres, quienes se dice que fueron todos reyes, a quienes ella, al sacrificar, encontró una cosecha de cebada, y de allí mostró las espigas a su esposo rey y a su consejero Mercurio, de donde también la llaman Ceres, qué y cuántos males, no por los poetas, sino por las místicas escrituras de ellos, han sido consignados a la memoria, como, revelado por el sacerdote León, Alejandro escribe a su madre Olimpiada, que lo lean quienes quieran o puedan, y lo recuerden quienes lo han leído; y vean a qué hombres muertos, o sobre qué hechos de ellos, se han instituido ritos como si fueran dioses. Lejos de nosotros que, aunque los tengan por dioses, se atrevan a compararlos en alguna parte con nuestros santos mártires, a quienes, sin embargo, no tenemos por dioses. Así, no instituimos sacerdotes, ni ofrecemos sacrificios a nuestros mártires; porque es incongruente, indebido, ilícito, y solo debido a un único Dios: para que no los deleitemos con sus crímenes, ni con los juegos más viles, donde celebran las infamias de sus dioses, si, cuando eran hombres, cometieron tales cosas; o las ficciones deleitantes de demonios nocivos, si no fueron hombres. De este tipo de demonios, Sócrates no tendría un dios, si tuviera a Dios: pero tal vez le impusieron a un hombre ajeno e inocente de esa arte de hacer dioses, un dios tal, quienes quisieron sobresalir en esa misma arte. ¿Qué más? No hay duda para ningún prudente, aunque sea medianamente, que estos espíritus no deben ser venerados por la vida bienaventurada que habrá después de la muerte. Pero tal vez dirán que todos los dioses son buenos, pero que hay demonios malos y buenos: y considerarán que debemos venerar a aquellos por los cuales llegamos a la vida eternamente bienaventurada, a quienes consideran buenos. Qué sea esto, se verá en el siguiente volumen.

LIBRO NOVENO. Después de haber hablado en el libro anterior sobre el rechazo del culto a los demonios, ya que ellos mismos se revelan como espíritus malos con tantos argumentos; en este libro, Agustín responde a aquellos que presentan una diferencia entre demonios malos y buenos: y, al refutar esta diferencia, demuestra que ningún demonio en absoluto, sino solo Cristo, puede desempeñar el papel de mediador de los hombres hacia la bienaventuranza.

CAPÍTULO PRIMERO.---A qué punto ha llegado la discusión previa, y qué debe discutirse sobre la cuestión restante.

Algunos han opinado que hay dioses buenos y malos: otros, pensando mejor de los dioses, les han atribuido tanto honor y alabanza, que no se atrevieron a creer que alguno de los dioses fuera malo. Pero aquellos que dijeron que algunos dioses son buenos y otros malos, también los llamaron demonios con el nombre de dioses: aunque también a los dioses, pero más raramente, con el nombre de demonios; de modo que confiesan que el mismo Júpiter, a quien quieren como rey y príncipe de los demás, fue llamado demonio por Homero. Sin embargo, aquellos que afirman que todos los dioses son buenos, y mucho más superiores a los hombres que se consideran buenos por mérito, se ven movidos por los hechos de los demonios, que no pueden negar, y considerando que de ninguna manera pueden ser cometidos por los dioses, a quienes quieren todos buenos, se ven obligados a establecer una diferencia entre dioses y demonios; para que todo lo que justamente les desagrada en las obras o afectos perversos, con los que los espíritus ocultos manifiestan su poder, crean que es de los demonios, no de los dioses. Pero como creen que esos mismos demonios están situados entre los hombres y los dioses, de modo que ningún dios se mezcla con el hombre para llevar sus deseos, ni para traer lo que se ha obtenido; y esto es lo que sienten principalmente los platónicos, los más destacados y nobles de los filósofos, con quienes, como con los más excelentes, ha parecido conveniente examinar esta cuestión, si el culto a muchos dioses es útil para alcanzar la vida bienaventurada que habrá después de la muerte: en el libro anterior preguntamos cómo los demonios, que se deleitan en cosas que los hombres buenos y prudentes rechazan y condenan, es decir, las sacrílegas, las infames, las criminales, no de cualquier hombre, sino de los mismos dioses, las ficciones de los poetas, y la violenta y punible maldad de las artes mágicas, pueden, como más cercanos y amigos de los dioses buenos, reconciliar a los hombres buenos; y se ha comprobado que esto no es posible de ninguna manera.

CAPÍTULO II.---Si entre los demonios, a quienes los dioses son superiores, hay alguna parte de buenos, cuyo auxilio pueda llevar al alma humana a la verdadera bienaventuranza.

Por lo tanto, este libro, como prometimos al final de aquel, deberá contener la discusión sobre la diferencia (si es que quieren que exista), no entre los dioses entre sí, a quienes dicen todos buenos; ni sobre la diferencia entre dioses y demonios, de quienes aquellos separan ampliamente de los hombres, y a estos colocan entre dioses y hombres; sino sobre la diferencia de los mismos demonios, lo cual concierne a la presente cuestión. [II.] Pues entre muchos es común decir que hay demonios buenos y malos: lo cual, ya sea que sea también la opinión de los platónicos, o de cualquiera, no debe ser descuidada su discusión, para que nadie piense que debe seguir a los demonios buenos, por quienes, como intermediarios, intenta y se esfuerza en ser conciliado con los dioses, a quienes cree todos buenos, para que, como si pudiera estar con ellos después de la muerte, atrapado por los espíritus malignos y engañado por su falacia, se aleje mucho del verdadero Dios, con quien solo, y en quien solo, y de quien solo, el alma humana, es decir, racional e intelectual, es bienaventurada.

CAPÍTULO III.---Qué atribuye Apuleyo a los demonios; a quienes, aunque no les niega la razón, no les asigna ninguna virtud.

¿Cuál es, entonces, la diferencia entre demonios buenos y malos? ya que el platónico Apuleyo, al disertar universalmente sobre ellos, y hablando tanto sobre sus cuerpos aéreos, guardó silencio sobre las virtudes de sus almas, con las que estarían dotados si fueran buenos. Por lo tanto, guardó silencio sobre la causa de la bienaventuranza; pero no pudo guardar

silencio sobre el indicio de miseria, confesando que su mente, por la cual se dice que son racionales, no está al menos imbuida y fortalecida por la virtud, para no ceder a las pasiones irracionales del alma, sino que también, como es costumbre de las mentes necias, se agita con perturbaciones tempestuosas. Pues sus palabras sobre este asunto son estas: "De este número de demonios, dice, los poetas suelen, no lejos de la verdad, fingir que los dioses son enemigos y amantes de ciertos hombres; prosperar y elevar a estos, y en cambio oponerse y afligir a aquellos. Por lo tanto, sentir compasión, indignarse, angustiarse, alegrarse, y sufrir toda la apariencia del alma humana, con un movimiento similar del corazón y la agitación de la mente, fluctuar por todos los vaivenes de las cogitaciones. Todas estas pequeñas tormentas y tempestades están lejos de la tranquilidad de los dioses celestiales" (Apuleyo en el libro De deo Socratis). ¿Hay alguna duda en estas palabras de que no dijo que algunas partes inferiores de las almas, sino las mismas mentes de los demonios, por las cuales son animales racionales, se agitan como un mar tempestuoso por la tormenta de las pasiones? para que no sean comparables ni siquiera con los hombres sabios, quienes, aunque sufren tales perturbaciones del alma, de las cuales la debilidad humana no está libre, incluso cuando las padecen por la condición de esta vida, resisten con una mente imperturbable, no cediendo a ellas para aprobar o perpetrar algo que se desvíe del camino de la sabiduría y la ley de la justicia: sino que, semejantes a los mortales necios e injustos, no en cuerpos, sino en costumbres (para no decir peores, por ser más antiguos y por la debida pena incurables), fluctúan también con el mar de la misma mente, como él lo llamó; ni en la verdad y la virtud, con las que se resiste a las afectaciones turbulentas y perversas, se mantienen en ninguna parte del alma.

CAPÍTULO IV.---Sobre las perturbaciones que ocurren en el alma, cuál es la opinión de los Peripatéticos y los Estoicos.

1. Hay dos opiniones de los filósofos sobre estos movimientos del alma, que los griegos llaman πάθη, y algunos de los nuestros, como Cicerón (De Finibus, lib. 3, cap. 20; Tuscul. Quaest. lib. 3, cap. 4; lib. 4, capp. 5, 6, y en otros lugares), perturbaciones, algunos afectos o afecciones, y otros, como este, más expresamente del griego, pasiones. Estas perturbaciones, o afectos, o pasiones, algunos filósofos dicen que también caen en el sabio, pero moderadas y sujetas a la razón, de modo que la mente les imponga leyes, por así decirlo, para reducirlas a un modo necesario. Quienes sienten esto son platónicos o aristotélicos, siendo Aristóteles discípulo de Platón, quien fundó la secta peripatética. Pero a otros, como los estoicos, no les parece que caigan en el sabio ninguna de estas pasiones en absoluto. Sin embargo, Cicerón, en sus libros sobre los Fines de los bienes y los males, demuestra que los estoicos disputan más sobre palabras que sobre cosas contra los platónicos o peripatéticos: ya que los estoicos no quieren llamar bienes, sino comodidades del cuerpo y externas; porque no quieren que haya ningún bien del hombre aparte de la virtud, como arte de vivir bien, que solo está en el alma. Estos, sin embargo, los llaman simplemente y por la costumbre común de hablar bienes; pero en comparación con la virtud, por la cual se vive rectamente, los consideran pequeños e insignificantes. De lo cual resulta que, ya sea que se llamen bienes o comodidades, se valoran con igual estimación, y en esta cuestión los estoicos no se deleitan, excepto en la novedad de las palabras. Por lo tanto, me parece que también en esto, donde se pregunta si las pasiones del alma afectan al sabio, o si está completamente libre de ellas, disputan más sobre palabras que sobre cosas. Pues creo que ellos no sienten nada diferente de los platónicos y peripatéticos, en cuanto a la fuerza de las cosas, no al sonido de las palabras.

2. Para no alargarme, omitiré otras cosas con las que podría mostrar esto, y diré una sola cosa que sea muy evidente. En los libros titulados Noches Áticas, A. Gelio, hombre de elocuencia elegante y de mucha y fecunda ciencia, escribe que navegó alguna vez con un cierto filósofo noble estoico. Este filósofo, como narra A. Gelio más ampliamente y con más detalle de lo

que yo brevemente toco, cuando esa nave era peligrosamente sacudida por un cielo y un mar horribles, palideció de miedo. Esto fue notado por aquellos que estaban presentes, aunque en la proximidad de la muerte, curiosamente atentos a si el filósofo estaba turbado en su ánimo. Luego, pasada la tempestad, tan pronto como la seguridad ofreció lugar para conversar o incluso charlar, uno de los que esa nave llevaba, un rico asiático lujurioso, se dirigió al filósofo, burlándose de que hubiera temido y palidecido, mientras él permanecía intrépido ante el inminente peligro. Pero él respondió con la respuesta de Aristipo el socrático, quien, habiendo oído las mismas palabras en una situación similar de un hombre similar, respondió que él, por el alma de un bribón tan vil, no tenía razón para preocuparse, pero que él debía temer por el alma de Aristipo. Con esta respuesta, aquel rico fue apartado, y después A. Gelio preguntó al filósofo, no con ánimo de reproche, sino de aprendizaje, cuál era la razón de su miedo. Quien, para enseñar al hombre ardientemente deseoso de saber, sacó inmediatamente de su bolsa el libro del estoico Epicteto, en el que estaban escritas cosas que concordaban con los decretos de Zenón y Crisipo, a quienes conocemos como los principales de los estoicos. En ese libro, dice A. Gelio que leyó que esto era lo que los estoicos sostenían, que las visiones del alma, que llaman fantasías, no están en el poder de uno si ocurren o cuándo ocurren al alma; cuando vienen de cosas terribles y temibles, es necesario que también el alma del sabio se mueva; de modo que por un tiempo se asuste con miedo, o se contraiga con tristeza, como pasiones que preceden al deber de la mente y la razón: sin embargo, no por eso se forma en la mente la opinión de mal, ni se aprueban estas cosas, ni se les consiente. Esto es lo que quieren que esté en el poder, y esto es lo que dicen que distingue al alma del sabio de la del necio, que el alma del necio cede a estas pasiones, y acomoda el consentimiento de la mente; pero el del sabio, aunque las sufre por necesidad, retiene, sin embargo, sobre lo que debe racionalmente apetecer o evitar, una verdadera y estable sentencia con mente inconmovible. Esto, como pude, no más convenientemente que A. Gelio, pero ciertamente más brevemente, y, como creo, más claramente, he expuesto, lo que él recuerda haber leído en el libro de Epicteto, que él dijo y sintió según los decretos de los estoicos.

3. Si esto es así, o no hay diferencia, o casi ninguna, entre la opinión de los estoicos y otros filósofos sobre las pasiones y perturbaciones del alma: pues ambos defienden la mente y la razón del sabio de su dominio. Y por eso tal vez dicen que no caen en el sabio los estoicos, porque de ninguna manera oscurecen con error, ni subvierten con mancha, la sabiduría por la cual es sabio. Sin embargo, afectan al alma del sabio, con la serenidad de la sabiduría intacta, por aquellas cosas que llaman comodidades o incomodidades, aunque no quieran llamarlas bienes o males. Pues ciertamente si aquel filósofo no valorara en nada esas cosas que sentía que perdería en el naufragio, como es esta vida y la salud del cuerpo; no temería tanto ese peligro, que incluso se manifestara con el testimonio del palor. Sin embargo, podía sufrir esa conmoción, y mantener fija en su mente la sentencia de que esa vida y la salud del cuerpo, cuya pérdida amenazaba la inmensidad de la tempestad, no son bienes que hagan buenos a aquellos en quienes están, como lo hace la justicia. Pero lo que dicen que no deben llamarse bienes, sino comodidades; debe atribuirse a la contienda de palabras, no al examen de las cosas. Pues ¿qué importa si se llaman más apropiadamente bienes o comodidades; mientras que, sin embargo, para no ser privados de ellas, no menos el estoico que el peripatético teme y palidece; no llamándolas igualmente, sino estimándolas igualmente? Ambos ciertamente, si por los peligros de esos bienes o comodidades se les urge a un crimen o delito, de modo que no puedan retenerlos de otra manera, dicen que prefieren perder estas cosas por las cuales se mantiene y conserva la naturaleza del cuerpo, que cometer aquellas por las cuales se viola la justicia. Así, la mente, donde está fija esta sentencia, no permite que ninguna perturbación, aunque ocurra en las partes inferiores del alma, prevalezca en sí misma contra la razón: más bien, ella misma las domina, y al no consentirles, sino más bien resistiéndolas, ejerce el reino

de la virtud. Así también describe Virgilio a Eneas, donde dice: "La mente permanece inmóvil, las lágrimas ruedan en vano" (Eneida, lib. 4, vers. 449).

CAPÍTULO V.---Que las pasiones que afectan a los ánimos cristianos no los llevan al vicio, sino que ejercitan la virtud.

No es ahora necesario mostrar copiosamente y con diligencia qué enseña la Sagrada Escritura sobre estas pasiones, en la cual se contiene la instrucción cristiana. Pues bien, somete a Dios esa misma mente para que sea gobernada y ayudada, y las pasiones de la mente deben ser moderadas y frenadas de tal manera que se conviertan en usos de justicia. En definitiva, en nuestra disciplina no se busca tanto si el alma piadosa se enoja, sino por qué se enoja; ni si está triste, sino de dónde proviene su tristeza; ni si teme, sino qué teme. Enfurecerse con el pecador para corregirlo; entristecerse por el afligido para liberarlo; temer por el que está en peligro para que no perezca; no sé si alguien con sana consideración lo reprendería. Pues incluso la misericordia de los estoicos suele ser criticada: pero cuánto más honesto sería que ese estoico se perturbara por la misericordia de liberar a un hombre, que por el temor al naufragio. Mucho mejor y más humano, y más adecuado a los sentimientos de los piadosos, habló Cicerón en el elogio de César, donde dice: "Ninguna de tus virtudes es más admirable ni más grata que la misericordia" (Orat. pro Q. Ligario, cap. 12). ¿Qué es, pues, la misericordia, sino una cierta compasión en nuestro corazón por la miseria ajena, por la cual, si podemos, nos vemos compelidos a socorrer? Sin embargo, este movimiento sirve a la razón, cuando se ofrece misericordia de tal manera que se conserva la justicia, ya sea cuando se otorga al necesitado, o cuando se perdona al penitente. Cicerón, un orador excelente, no dudó en llamar a esto virtud, lo cual a los estoicos no les avergüenza contar entre los vicios: quienes, sin embargo, como enseñó el libro de Epicteto, el más noble de los estoicos, según los decretos de Zenón y Crisipo, quienes fueron los primeros de esta secta, admiten en el ánimo del sabio pasiones de este tipo, al que quieren libre de todos los vicios. De donde se sigue que no consideran estos mismos como vicios, cuando al sabio le suceden de tal manera que no pueden ir contra la virtud de la mente y la razón, y es una y la misma opinión de los peripatéticos, o incluso de los platónicos, y de los mismos estoicos: pero, como dice Tulio, la controversia de palabras ya hace tiempo que atormenta a los griegos más ávidos de contienda que de verdad (De oratore, lib. I, c. 11, § 47). Pero aún con razón se puede preguntar si pertenece a la debilidad de la vida presente soportar tales afectos incluso en algunos buenos oficios: los santos ángeles, en verdad, castigan sin ira a quienes reciben para ser castigados por la ley eterna de Dios, y socorren a los miserables sin compasión por la miseria, y ayudan a los que están en peligro, a quienes aman, sin temor; y sin embargo, los nombres de estas pasiones se usan también para ellos en el lenguaje humano por una cierta similitud de obras, no por la debilidad de los afectos: como Dios mismo, según las Escrituras, se enoja, pero no se turba por ninguna pasión. Pues este verbo de venganza lo usó el efecto, no aquel afecto turbulento.

CAPÍTULO VI.---De qué pasiones, según confiesa Apuleyo, son agitados los demonios, cuya ayuda afirma que beneficia a los hombres ante los dioses.

Mientras se pospone esta cuestión sobre los santos ángeles, veamos cómo dicen los platónicos que los demonios intermedios, situados entre los dioses y los hombres, fluctúan con estos ardores de pasiones. Pues si con la mente libre de ellos y dominándolos, sufrieran movimientos de este tipo, Apuleyo no diría que fluctúan con un movimiento similar del corazón y un oleaje de la mente a través de todos los ardores de las cogitaciones (De deo Socratis). Por lo tanto, la misma mente de ellos, es decir, la parte superior del alma, en la que

son racionales, en la que está la virtud y la sabiduría, si alguna tuvieran, dominaría para gobernar y moderar las pasiones turbulentas de las partes inferiores del alma; la misma mente de ellos, digo, como confiesa este platónico, fluctúa con el oleaje de las perturbaciones. Por lo tanto, la mente de los demonios está sujeta a las pasiones de las lujurias, los temores, las iras y otras semejantes. ¿Qué parte, pues, en ellos es libre y capaz de sabiduría, para agradar a los dioses y aconsejar a los hombres en similitud de buenas costumbres, cuando su mente, subyugada y oprimida por los vicios de las pasiones, cuanto más la posee el deseo de hacer daño, más agudamente se aplica a engañar y decepcionar?

CAPÍTULO VII.---Que los platónicos afirman que los dioses, infamados por las ficciones de los poetas, son en realidad demonios, no dioses, en la contienda de estudios contrarios.

Pero si alguien dice que no son de todos, sino del número de los demonios malos, a quienes los poetas fingen como dioses enemigos y amantes de ciertos hombres, no lejos de la verdad: pues Apuleyo dijo que fluctúan con el oleaje de la mente a través de todos los ardores de las cogitaciones: ¿cómo podremos entender esto, cuando, al decirlo, no describía la mediación de algunos, es decir, de los malos, sino de todos los demonios, debido a sus cuerpos agudos, entre los dioses y los hombres? Pues dice que los poetas fingen que de este número de demonios hacen dioses, y les imponen nombres de dioses, y distribuyen entre los hombres a quienes quieren como amigos y enemigos con la impune licencia de la poesía ficticia; mientras que afirman que los dioses están alejados de estas costumbres de los demonios, tanto por el lugar celestial como por la opulencia de la bienaventuranza (De deo Socratis). Esta es, por tanto, la ficción de los poetas, decir dioses a quienes no lo son, y bajo los nombres de los dioses hacerlos contender entre sí por los hombres, a quienes aman o odian por el estudio de las partes. No está lejos de la verdad decir que esta es la ficción; porque, aunque se les llame con nombres de dioses a quienes no lo son, se describen tales demonios como realmente son. De hecho, dice que de aquí proviene aquella Minerva homérica, que intervino en medio de las filas de los griegos para contener a Aquiles (Ibid.). Por lo tanto, quiere que lo que fue aquella Minerva sea una ficción poética; porque considera a Minerva como una diosa, y la coloca entre los dioses, a quienes cree todos buenos y bienaventurados, en la alta sede etérea, lejos de la conversación de los mortales. Pero que algún demonio fuera favorable a los griegos y contrario a los troyanos, como otro contra los griegos, ayudador de los troyanos, a quien el mismo poeta menciona con el nombre de Venus o Marte, a quienes este coloca como dioses no actuando tales cosas en las moradas celestiales; y que estos demonios, por aquellos a quienes amaban, contra aquellos a quienes odiaban, contendieran entre sí, confesó que los poetas no lo dijeron lejos de la verdad. Pues estas cosas las dijeron de aquellos a quienes testifica que fluctúan con un movimiento similar del corazón y un oleaje de la mente a través de todos los ardores de las cogitaciones, para que pudieran ejercer amores y odios, no por justicia, sino como el pueblo similar a ellos en cazadores y aurigas, según los estudios de sus partes, por unos contra otros. Pues parece que el filósofo platónico se preocupó de que, cuando estas cosas fueran cantadas por los poetas, no se creyera que las hacían los mismos dioses, cuyos nombres los poetas ponen fingiendo, sino los demonios intermedios.

CAPÍTULO VIII.---De la definición de Apuleyo, platónico, sobre los dioses celestiales, los demonios aéreos y los hombres terrenales.

¿Qué hay de esa misma definición de los demonios, que ciertamente debe ser observada, donde determinando abarcó a todos, cuando dice que los demonios son por género animales, por ánimo pasivos, por mente racionales, por cuerpo aéreos, por tiempo eternos (Ibid.)? En estos cinco mencionados, no dijo absolutamente nada que los demonios tuvieran en común

con los buenos hombres, que no estuviera en los malos. Pues cuando describía a los mismos hombres abarcándolos algo más ampliamente, hablando de ellos en su lugar como de los más bajos y terrenales, después de haber hablado primero de los dioses celestiales; para recomendar dos partes desde lo más alto y lo más bajo, en tercer lugar habló de los demonios intermedios: "Por lo tanto, los hombres", dice, "dotados de razón, poderosos en el habla, con almas inmortales, miembros mortales, mentes ligeras y ansiosas, cuerpos brutos y sujetos, costumbres disímiles, errores similares, audacia obstinada, esperanza pertinaz, trabajo vano, fortuna caduca, individualmente mortales, pero todos perpetuos en su género universal, mutables por la prole que se va sucediendo, con tiempo volador, sabiduría tardía, muerte rápida, vida quejumbrosa, habitan la tierra" (De deo Socratis). Cuando aquí decía tantas cosas que pertenecen a la mayoría de los hombres, ¿acaso también omitió aquello que sabía que era de pocos, donde dice "sabiduría tardía"? que si lo hubiera pasado por alto, de ninguna manera habría terminado correctamente el género humano con la diligencia tan atenta de esta descripción. Pero cuando recomendaba la excelencia de los dioses, afirmó que la misma bienaventuranza, a la que los hombres quieren llegar por la sabiduría, sobresale en ellos. Por lo tanto, si quisiera que se entendieran algunos demonios buenos, también pondría algo en la descripción de ellos, de donde se pensara que tienen en común con los dioses alguna parte de bienaventuranza, o con los hombres alguna sabiduría. Ahora bien, no mencionó ningún bien de ellos, por el cual los buenos se distinguen de los malos. Aunque también se abstuvo de expresar libremente la maldad de ellos, no tanto para no ofender a ellos, como para no ofender a sus adoradores, ante quienes hablaba: sin embargo, significó a los prudentes lo que debían pensar de ellos; puesto que separó de todas maneras a los dioses, a quienes quiso que se creyera todos buenos y bienaventurados, de las pasiones de ellos, y, como él mismo dice, de las turbulencias, uniéndolos solo en la eternidad de los cuerpos; inculcando abiertamente que los demonios son semejantes a los hombres no en el bien de la sabiduría, del cual también los hombres pueden ser partícipes, sino en la perturbación de las pasiones, que domina a los necios y malos, pero que los sabios y buenos gobiernan de tal manera que prefieren no tenerla a vencerla. Pues si quisiera que se entendiera que los demonios tienen con los dioses la eternidad no de los cuerpos, sino de las almas, de ninguna manera separaría a los hombres de la participación de esta cosa: porque también cree, sin duda, como platónico, que las almas de los hombres son eternas. Por eso, cuando describía este género de seres animados, dijo que los hombres son de almas inmortales, miembros mortales. Y por lo tanto, si los hombres no tienen en común con los dioses la eternidad por ser mortales de cuerpo: por eso, pues, los demonios la tienen, porque son inmortales de cuerpo.

CAPÍTULO IX.---Si la amistad de los dioses celestiales puede ser proporcionada al hombre por la intercesión de los demonios.

¿Qué clase de mediadores son, pues, entre los hombres y los dioses, por los cuales los hombres aspiran a las amistades de los dioses, quienes tienen esto peor con los hombres, que es lo mejor en el ser animado, es decir, el alma; pero tienen esto mejor con los dioses, que es lo peor en el ser animado, es decir, el cuerpo? Pues cuando el ser animado, es decir, el animal, consta de alma y cuerpo, de los cuales dos el alma es ciertamente mejor que el cuerpo; aunque viciosa e infirma, ciertamente mejor que el cuerpo incluso sanísimo y firmísimo; ya que su naturaleza más excelente no se pospone al cuerpo por la mancha de los vicios; así como el oro, aunque sucio, se estima más caro que la plata o el plomo, aunque purísimos: estos mediadores de dioses y hombres, por los cuales interpuestos se unen las cosas humanas a las divinas, tienen con los dioses el cuerpo eterno, pero con los hombres el alma viciosa; como si la religión, por la cual quieren que los hombres se unan a los dioses por medio de los demonios, estuviera constituida en el cuerpo, no en el alma. ¿Qué nequicia o

castigo, pues, suspendió a estos mediadores falsos y engañosos como de cabeza hacia abajo, para que tengan la parte inferior del ser animado, es decir, el cuerpo, con los superiores, y la parte superior, es decir, el alma, con los inferiores, y con los dioses celestiales en la parte servil unidos, pero con los hombres terrenales en la parte dominante sean miserables? Pues el cuerpo es siervo, como también dice Salustio: "Usamos más del imperio del alma, del servicio del cuerpo". Añadió además él: "Una cosa tenemos en común con los dioses, otra con las bestias" (Salust. en Catil., cap. 1): porque hablaba de los hombres, quienes, como las bestias, tienen cuerpo mortal. Pero estos, a quienes los filósofos nos han proporcionado como mediadores entre nosotros y los dioses, pueden ciertamente decir del alma y el cuerpo: "Una cosa tenemos en común con los dioses, otra con los hombres": pero, como dije, como colgados y suspendidos al revés, teniendo el cuerpo siervo con los dioses bienaventurados, el alma dominante con los hombres miserables, exaltados en la parte inferior, deyectados en la superior. Por lo cual, incluso si alguien pensara que tienen la eternidad con los dioses porque sus almas no se disuelven del cuerpo por ninguna muerte, como las de los animales terrestres: no por eso se debe considerar su cuerpo como un vehículo eterno de honor, sino como un vínculo eterno de condenados.

CAPÍTULO X.---Que según la sentencia de Plotino, los hombres son menos miserables en cuerpo mortal que los demonios en eterno.

Ciertamente Plotino, en tiempos cercanos a nuestra memoria, es alabado por haber entendido a Platón más excelentemente que los demás. Este, cuando trataba de las almas humanas, dice: "El Padre misericordioso les hizo vínculos mortales" (Enneadas 4 libro 3, cap. 12). Así consideró que el hecho de que los hombres sean mortales de cuerpo pertenece a la misericordia de Dios Padre, para que no sean retenidos siempre en la miseria de esta vida. Esta misericordia fue juzgada indigna para la iniquidad de los demonios, que en la miseria del alma pasiva, no como los hombres, sino que recibió un cuerpo eterno. Pues serían más felices que los hombres si tuvieran con ellos un cuerpo mortal y con los dioses un alma bienaventurada. Serían, sin embargo, iguales a los hombres si, con un alma miserable, al menos merecieran tener con ellos un cuerpo mortal; si al menos adquirieran algo de piedad, para descansar de las miserias incluso en la muerte. Ahora bien, no solo no son más felices que los hombres con un alma miserable, sino que son más miserables por el vínculo perpetuo del cuerpo. Pues no quiso que se entendiera que de demonios se hacen dioses, progresando en alguna disciplina de piedad y sabiduría, cuando dijo clarísimamente que los demonios son eternos.

CAPÍTULO XI.---De la opinión de los platónicos, que piensan que las almas de los hombres son demonios después de los cuerpos.

Dice, en efecto, que las almas de los hombres son demonios, y que de los hombres se hacen Lares, si son de buen mérito; Lemures, si son malos, o Larvas: y que los Manes se llaman dioses, si es incierto si son de buenos o de malos méritos. En esta opinión, ¿qué vorágine abren para seguir costumbres perdidas, quién no lo ve, si presta un poco de atención? Pues ya que, por muy malvados que hayan sido los hombres, o bien se imaginan que se convierten en Larvas, o bien en Manes dioses; se hacen tanto peores cuanto más deseosos son de hacer daño: de modo que incluso con ciertos sacrificios, como si fueran honores divinos, después de la muerte se imaginan ser invitados a hacer daño: pues dice que las Larvas son demonios nocivos hechos de hombres. Pero de esto es otra cuestión. Sin embargo, dice que de aquí proviene el nombre griego de los bienaventurados, εὐδαίμονας, porque son de buen ánimo, es decir, buenos demonios; confirmando también que las almas de los hombres son demonios.

CAPÍTULO XII.---De las tres contrariedades, según los platónicos, que distinguen la naturaleza de los demonios y los hombres.

Pero ahora tratamos de aquellos que describió en su propia naturaleza entre los dioses y los hombres como animales por género, racionales por mente, pasivos por ánimo, aéreos por cuerpo, eternos por tiempo. Pues cuando antes separó a los dioses en el cielo sublime, y a los hombres en la tierra ínfima, diferenciándolos por lugares y dignidad de naturaleza, así concluyó: "Tenéis, pues", dice, "por ahora dos animales; dioses muy diferentes de los hombres, por la sublimidad del lugar, la perpetuidad de la vida, la perfección de la naturaleza; sin ninguna comunicación cercana entre ellos, ya que las moradas supremas están separadas de las ínfimas por tanta distancia de altura; y allí la vivacidad es eterna e indefectible, aquí caduca y subcisiva; y aquellos ingenios están sublimados a la bienaventuranza, estos infimados a las miserias" (De deo Socratis). Aquí veo que se han mencionado tres contrarios de las dos partes de la naturaleza últimas, es decir, las más altas y las más bajas. Pues las tres cosas que propuso de los dioses laudables, las repitió con otras palabras, para oponerles otras tres adversas de la condición humana. Las tres de los dioses son: la sublimidad del lugar, la perpetuidad de la vida, la perfección de la naturaleza. Estas las repitió con otras palabras, para oponerles tres contrarias de la condición humana: "Ya que las moradas", dice, "supremas están separadas de las ínfimas por tanta distancia de altura": porque había dicho la sublimidad del lugar. "Y allí la vivacidad", dice, "es eterna e indefectible, aquí caduca y subcisiva": porque había dicho la perpetuidad de la vida. "Y aquellos ingenios", dice, "están sublimados a la bienaventuranza, estos infimados a las miserias": porque había dicho la perfección de la naturaleza. Por lo tanto, tres cosas se han puesto de los dioses, es decir, lugar sublime, eternidad, bienaventuranza: y a estas tres contrarias de los hombres, es decir, lugar ínfimo, mortalidad, miseria.

CAPÍTULO XIII.---Cómo los demonios, si no son bienaventurados con los dioses, ni miserables con los hombres, están en medio de ambas partes sin la comunión de ambas.

1. Entre estas tres cosas de los dioses y los hombres, ya que colocó a los demonios en medio, no hay controversia sobre el lugar: pues entre lo sublime y lo ínfimo, el lugar medio se tiene y se dice muy apropiadamente. Quedan los otros dos pares, a los que se debe prestar una atención más cuidadosa, para mostrar cómo se les pueden atribuir o bien estar ajenos a los demonios, o bien distribuirse de tal manera que la mediedad parece exigir. Pero no pueden estar ajenos a ellos. Pues no podemos decir correctamente, como decimos del lugar medio que no es ni supremo ni ínfimo, que los demonios, siendo animales racionales, no son ni bienaventurados ni miserables, como son los arbustos o los rebaños, que carecen de sentido o razón. Por lo tanto, aquellos en quienes la razón está en las mentes, es necesario que sean o bienaventurados o miserables. Tampoco podemos decir correctamente que los demonios no son ni mortales ni eternos. Pues todos los seres vivientes o viven eternamente, o terminan con la muerte lo que viven. Ahora bien, este dijo que los demonios son eternos por tiempo. ¿Qué queda, pues, sino que estos medios tengan de las dos cosas supremas una, y de las dos ínfimas otra? Pues si tienen ambas de las ínfimas, o ambas de las supremas, no serán medios, sino que se inclinan o se recuestan en una u otra parte. Por lo tanto, ya que no pueden carecer de ambos pares, como se ha demostrado, aceptando de cada parte uno, se situarán en medio. Y por lo tanto, ya que de las ínfimas no pueden tener la eternidad, que allí no está, tienen esto uno de las supremas: y por eso no hay otro para completar su mediedad, que de las ínfimas tengan, sino la miseria.

2. [XIII.] Según los platónicos, la eternidad bienaventurada o la beatitud eterna pertenece a los dioses sublimes; en cambio, a los hombres débiles les corresponde la miseria mortal o la mortalidad miserable; y a los demonios intermedios, la eternidad miserable o la miseria eterna. En la definición de los demonios, no los muestra como intermedios, como prometía, ya que dice que comparten tres cosas con nosotros: que son animales por género, racionales por mente y pasivos por ánimo; y una con los dioses, que son eternos por tiempo; y una propia, que tienen un cuerpo aéreo. ¿Cómo, entonces, son intermedios si tienen una cosa en común con los más altos y tres con los más bajos? ¿Quién no ve que, dejando la medianía, se inclinan y deprimen hacia lo más bajo? Pero ciertamente también pueden encontrarse como intermedios, teniendo una cosa propia, que es el cuerpo aéreo, al igual que los de los más altos y los más bajos tienen cada uno lo suyo, los dioses un cuerpo etéreo y los hombres uno terrenal; y dos cosas comunes a todos, que son animales por género y racionales por mente. Pues él mismo, al hablar de dioses y hombres, dijo: "Tenéis dos animales". Y no suelen estos afirmar que los dioses son sino racionales por mente. Quedan dos cosas, que son pasivos por ánimo y eternos por tiempo: de las cuales tienen una con los más bajos y otra con los más altos, de modo que la medianía equilibrada por una proporción no se eleva a lo más alto ni se deprime a lo más bajo. Esa es la miserable eternidad de los demonios o la eterna miseria. Porque quien dice que son pasivos por ánimo, también diría que son miserables, si no se avergonzara ante sus adoradores. Además, dado que la providencia del Dios supremo, como ellos mismos admiten, no gobierna el mundo por azar fortuito, nunca habría miseria eterna para ellos si no hubiera gran malicia.

3. Si, por tanto, los bienaventurados se llaman correctamente eudemonios, los demonios no son eudemonios, a quienes estos han colocado entre los hombres y los dioses. ¿Dónde, entonces, está el lugar de los demonios buenos, que, estando por encima de los hombres y por debajo de los dioses, ofrecen ayuda a estos y servicio a aquellos? Pues si son buenos y eternos, ciertamente también son bienaventurados. Pero la beatitud eterna no les permite ser intermedios, porque los compara mucho con los dioses y los separa mucho de los hombres. Por lo tanto, en vano intentarán estos mostrar cómo los demonios buenos, si son inmortales y bienaventurados, pueden ser correctamente colocados como intermedios entre los dioses inmortales y bienaventurados y los hombres mortales y miserables. Pues teniendo ambos con los dioses, a saber, la beatitud y la inmortalidad, y nada de esto con los hombres, que son miserables y mortales, ¿cómo no están más bien alejados de los hombres y unidos a los dioses, que constituidos como intermedios entre ambos? Serían intermedios si tuvieran también dos cosas propias, no con dos de cada uno, sino con una de cada uno en común: como el hombre es algo intermedio entre los animales y los ángeles; de modo que, siendo el animal irracional y mortal, y el ángel racional e inmortal, el hombre sería intermedio, inferior a los ángeles, superior a los animales, teniendo con los animales la mortalidad y con los ángeles la razón, siendo un animal racional mortal. Así, cuando buscamos un intermedio entre los bienaventurados inmortales y los miserables mortales, debemos encontrar algo que sea o mortal y bienaventurado, o inmortal y miserable.

CAPÍTULO XIV.---Si los hombres, siendo mortales, pueden ser felices con verdadera beatitud.

Si un hombre puede ser bienaventurado y mortal al mismo tiempo, es una gran cuestión entre los hombres. Algunos, al considerar humildemente su condición, han negado que el hombre pueda ser capaz de beatitud mientras viva mortalmente; otros, en cambio, se han exaltado y se han atrevido a decir que los mortales pueden ser bienaventurados al poseer sabiduría. Si esto es así, ¿por qué no se constituyen ellos mismos como intermedios entre los mortales miserables y los inmortales bienaventurados, teniendo la beatitud con los inmortales

bienaventurados y la mortalidad con los mortales miserables? Pues si son bienaventurados, no envidian a nadie: (¿qué hay más miserable que la envidia?) y por eso aconsejan a los mortales miserables, en la medida de lo posible, para que alcancen la beatitud; de modo que también puedan ser inmortales después de la muerte y unirse a los ángeles inmortales y bienaventurados.

CAPÍTULO XV.---Del Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús.

1. Pero si, como se discute con mucho más credibilidad y probabilidad, todos los hombres, mientras son mortales, también deben ser necesariamente miserables, se debe buscar un mediador que no solo sea hombre, sino también Dios; para que los hombres sean llevados de la miseria mortal a la inmortalidad bienaventurada por la intervención de la bienaventurada mortalidad de este mediador. No debía hacerse mortal, ni permanecer mortal. Se hizo mortal, no debilitando la divinidad del Verbo, sino asumiendo la debilidad de la carne; y no permaneció mortal en esa carne, que resucitó de entre los muertos: porque el fruto de su mediación es que aquellos por quienes se hizo mediador no permanezcan en la muerte perpetua de la carne. Por lo tanto, el mediador entre nosotros y Dios debía tener una mortalidad transitoria y una beatitud permanente: para que por lo que transita, se adaptara a los que mueren; y a lo que permanece, trasladara a los muertos. Así, los ángeles buenos no pueden ser intermedios entre los mortales miserables y los inmortales bienaventurados; porque ellos también son bienaventurados e inmortales: pero los ángeles malos pueden ser intermedios porque son inmortales con aquellos y miserables con estos. A estos se opone el buen Mediador, que, frente a su inmortalidad y miseria, quiso ser mortal por un tiempo y pudo permanecer bienaventurado en la eternidad: y así destruyó en ellos, con la humildad de su muerte y la benignidad de su beatitud, a los inmortales soberbios y a los miserables nocivos, para que no sedujeran a la miseria con la jactancia de la inmortalidad, y liberó a aquellos cuyos corazones purificó por su fe de su inmundísima dominación.

2. Así que el hombre mortal y miserable, muy alejado de los inmortales y bienaventurados, ¿qué medio elige para unirse a la inmortalidad y la beatitud? Lo que puede deleitar en la inmortalidad de los demonios es miserable: lo que puede ofender en la mortalidad de Cristo ya no existe. Allí, por tanto, se debe evitar la miseria sempiterna: aquí no se debe temer la muerte, que no pudo ser sempiterna, y se debe amar la beatitud sempiterna. Porque el medio inmortal y miserable se interpone para que no se permita pasar a la inmortalidad bienaventurada, ya que persiste lo que impide, es decir, la misma miseria: pero el mortal y bienaventurado se interpuso para que, una vez pasada la mortalidad, hiciera inmortales a los muertos, como mostró resucitando, y a los miserables bienaventurados, de lo cual nunca se apartó. Por lo tanto, hay un medio malo que separa a los amigos; y otro bueno que reconcilia a los enemigos. Y por eso hay muchos medios separadores, porque la multitud que es bienaventurada lo es por la participación de un solo Dios; de cuya participación la multitud miserable de los ángeles malos, que se opone más bien como impedimento que se interpone como ayuda para la beatitud, también con su multitud impide de alguna manera que se pueda llegar a ese único bien beatífico, para lo cual, para ser conducidos, no se necesitaban muchos mediadores, sino uno solo; y este mismo, cuya participación nos hace bienaventurados, es decir, el Verbo de Dios no hecho, por el cual fueron hechas todas las cosas. Sin embargo, no es mediador porque sea el Verbo: pues el Verbo, sumamente inmortal y sumamente bienaventurado, está lejos de los mortales miserables; sino mediador por lo que es hombre: mostrando así que no se deben buscar otros mediadores para llegar a ese bien no solo bienaventurado, sino también beatífico; porque el Dios bienaventurado y beatífico, al hacerse partícipe de nuestra humanidad, ofreció un camino para participar de su divinidad. Pues al liberarnos de la mortalidad y la miseria, no nos lleva a los ángeles inmortales y

bienaventurados para que, por su participación, también nosotros seamos inmortales y bienaventurados; sino a esa Trinidad, de cuya participación también los ángeles son bienaventurados. Por eso, cuando en forma de siervo (Filip. II, 7), quiso ser mediador, se colocó por debajo de los ángeles, permaneciendo en forma de Dios por encima de los ángeles: el mismo en lo inferior es el camino de la vida, que en lo superior es la vida.

CAPÍTULO XVI.---Si razonablemente los platónicos han definido que los dioses celestiales, al evitar los contactos terrenales, no se mezclan con los hombres, a quienes los demonios les sirven de intermediarios para la amistad con los dioses.

No es cierto lo que el mismo platónico dice que Platón dijo: Ningún dios se mezcla con el hombre. Y dice que esta es la principal muestra de su sublimidad, que no se contaminan con el contacto humano. Por lo tanto, admite que los demonios se contaminan: y por eso no pueden purificar a aquellos de quienes se contaminan, y todos se vuelven igualmente impuros, tanto los demonios por el contacto con los hombres, como los hombres por el culto a los demonios. O, si los demonios pueden ser tocados y mezclarse con los hombres sin contaminarse, entonces son mejores que los dioses: porque aquellos, si se mezclaran, se contaminarían. Pues se dice que es propio de los dioses estar separados en lo alto para que el contacto humano no pueda contaminarlos. Afirma que el Dios supremo, creador de todo, a quien nosotros llamamos el verdadero Dios, es proclamado por Platón como el único que no puede ser comprendido ni siquiera mínimamente por el lenguaje humano; y que apenas los hombres sabios, cuando se han apartado del cuerpo con el vigor del alma tanto como les es posible, pueden percibir a este Dios, y eso también a veces como un destello rapidísimo de luz blanca en las más profundas tinieblas. Si, por tanto, el Dios verdaderamente supremo está presente a las mentes de los sabios con una presencia inteligible e inefable, aunque sea a veces y como un destello rapidísimo de luz blanca, y no puede ser contaminado por ellos; ¿qué es lo que hace que estos dioses se sitúen en un lugar tan alto para que el contacto humano no los contamine? Como si no bastara con ver esos cuerpos etéreos, cuya luz ilumina la tierra tanto como es necesario. Pero si los astros no se contaminan cuando son vistos, a quienes llama dioses visibles; y los demonios no se contaminan con la vista de los hombres, aunque se vean de cerca. ¿O acaso se contaminarían con las voces humanas, que no se contaminan con la vista; y por eso tienen demonios intermedios, para que les transmitan las voces de los hombres, de quienes están lejos, para que permanezcan incontaminadísimos? ¿Qué más puedo decir de los otros sentidos? Pues no se contaminarían ni los dioses al oler, si estuvieran presentes, ni los demonios, cuando están presentes, con los vapores de los cuerpos vivos humanos, si no se contaminan con los humos de tantos sacrificios cadavéricos. En cuanto al sentido del gusto, no se ven obligados por ninguna necesidad de reponer la mortalidad, para buscar alimentos de los hombres. El tacto, en cambio, está en su poder. Pues aunque parece que el contacto se dice principalmente de este sentido, sin embargo, si quisieran, podrían mezclarse con los hombres de tal manera que se vieran y fueran vistos, oyeran y fueran oídos: pero ¿qué necesidad hay de tocar? pues ni los hombres se atreverían a desearlo, cuando disfrutaran de la vista o la conversación de dioses o demonios buenos: y, si la curiosidad llegara a tal punto que lo desearan; ¿cómo podría alguien tocar a un dios o demonio contra su voluntad, que no puede atrapar ni siquiera a un gorrión?

2. Por lo tanto, viendo y siendo vistos, y hablando y oyendo, los dioses podrían mezclarse corporalmente con los hombres. Pero si los demonios se mezclan de este modo, como he dicho, y no se contaminan, y los dioses se contaminarían si se mezclaran; entonces dicen que los demonios son incontaminables y los dioses contaminables. Pero si los demonios también se contaminan, ¿qué aportan a los hombres para la vida bienaventurada después de la muerte, si no pueden purificar a los hombres, para que puedan unirse a los dioses incontaminados,

entre quienes y ellos están constituidos como intermedios? O si no les confieren este beneficio, ¿de qué sirve a los hombres la mediación amistosa de los demonios? ¿Acaso para que después de la muerte no pasen a los dioses a través de los demonios, sino que vivan juntos ambos contaminados, y por lo tanto ninguno bienaventurado? A menos que alguien diga que los demonios limpian a sus amigos como esponjas o cosas similares, de modo que ellos mismos se vuelven más sucios cuanto más limpios se vuelven los hombres al ser limpiados por ellos. Si esto es así, los dioses se mezclan con demonios más contaminados, que evitaron la proximidad y el contacto humano para no contaminarse. ¿O acaso los dioses pueden purificar a los demonios contaminados por los hombres sin contaminarse por ellos, y de esa manera no podrían también purificar a los hombres? ¿Quién pensaría tales cosas, sino quien ha sido engañado por los demonios más engañosos? ¿Qué, si ver y ser visto contamina, los dioses son vistos por los hombres, a quienes llama visibles, las clarísimas luces del mundo y los demás astros, y los demonios están más protegidos de esta contaminación humana, que no pueden ser vistos a menos que quieran? O si no ser visto, sino ver contamina, nieguen que los hombres sean vistos por esas clarísimas luces del mundo, que consideran dioses, cuando sus rayos se extienden hasta la tierra. Sin embargo, esos rayos, difundidos por todas las cosas inmundas, no se contaminan: y los dioses se contaminarían si se mezclaran con los hombres, incluso si el contacto fuera necesario para ayudar. Pues los rayos del sol y la luna tocan la tierra, y no contaminan esta luz.

CAPÍTULO XVII.---Para alcanzar la vida bienaventurada, que está en la participación del sumo bien, el hombre no necesita un mediador como el demonio, sino uno como el único Cristo.

Me sorprende mucho que hombres tan doctos, que han juzgado que todas las cosas corporales y sensibles deben ser pospuestas en comparación con las incorpóreas e inteligibles, cuando se trata de la vida bienaventurada, mencionen los contactos corporales. ¿Dónde está aquello de Plotino, donde dice: "Por tanto, hay que huir a la patria más querida, y allí está el padre, y allí todo"? ¿Qué, pues, dice, "qué nave o qué huida? Hacerse semejante a Dios". Si, por tanto, cuanto más semejante a Dios, tanto más cercano se hace uno; no hay otra lejanía de él que su disimilitud. Y el alma del hombre es tanto más disímil a aquel incorpóreo, eterno e inmutable cuanto más desea las cosas temporales y mutables. [XVII.] Para sanar esto, ya que las cosas mortales e inmundas que están en lo más bajo no pueden convenir con la pureza inmortal que está en lo más alto, se necesita ciertamente un mediador; pero no uno que tenga un cuerpo inmortal cercano a los más altos, pero un alma enferma semejante a los más bajos; por cuya enfermedad nos envidie más bien para que no sanemos, que nos ayude para que sanemos: sino uno que, siendo nosotros los más bajos, se adapte a nosotros por la mortalidad del cuerpo, y por la justicia del espíritu inmortal, por la cual no por la distancia de los lugares, sino por la excelencia de la semejanza permaneció en los más altos, nos ofrezca verdadera ayuda divina para ser purificados y liberados. Pues el incontaminable Dios no temería ser contaminado por el hombre con el que se revistió, ni por los hombres entre los que se movió en el hombre. No son pequeñas estas dos cosas que mostró salublemente con su encarnación, que la verdadera divinidad no puede ser contaminada por la carne, ni que los demonios deben ser considerados mejores que nosotros porque no tienen carne. Este es, como lo proclama la Sagrada Escritura, el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, de cuya divinidad, por la cual es siempre igual al Padre, y de cuya humanidad, por la cual se hizo semejante a nosotros, no es este el lugar para hablar adecuadamente según nuestra capacidad.

CAPÍTULO XVIII.---Que el engaño de los demonios, al prometer su intercesión como camino hacia Dios, se esfuerza en desviar a los hombres del camino de la verdad.

Pero esos falsos y engañosos mediadores, los demonios, que, siendo miserables y malignos por la inmundicia del espíritu, se manifiestan claramente en muchos efectos, sin embargo, por las distancias de los lugares corporales y por la ligereza de los cuerpos aéreos, intentan apartarnos y desviarnos del progreso de las almas, no proporcionan un camino hacia Dios; sino que, para que no se mantenga el camino, lo impiden. Pues incluso en ese camino corporal, que es falsísimo y lleno de error, en el que no avanza la justicia; ya que no debemos ascender a Dios por la altura corporal, sino por la semejanza espiritual, es decir, incorpórea; incluso en ese camino corporal, que los amigos de los demonios ordenan por grados de elementos, con demonios aéreos constituidos como intermedios entre los dioses etéreos y los hombres terrenales, opinan que los dioses tienen esto de especial, que debido a esta distancia de lugares no pueden ser contaminados por el contacto humano. Así creen que los demonios se contaminan más bien por los hombres, que los hombres se purifican por los demonios, y que los mismos dioses podrían ser contaminados si no estuvieran protegidos por la altura del lugar. ¿Quién es tan infeliz que crea que puede ser purificado por este camino, donde los hombres contaminan a los demonios contaminados, y los dioses son proclamados contaminables; y no elija más bien el camino donde se evitan los demonios contaminantes, y los hombres son purificados de la contaminación por el Dios incontaminable para entrar en la sociedad de los ángeles incontaminados?

CAPÍTULO XIX.---Que la apelación a los demonios ya no se asume entre sus adoradores en el sentido de algo bueno.

Pero para que no parezca que también estamos discutiendo sobre palabras, ya que algunos de estos, por así decirlo, demonólatras, entre los que se encuentra Labeón, afirman que otros los llaman ángeles, a quienes ellos llaman demonios, ya veo que debo decir algo sobre los ángeles buenos, que estos no niegan que existan, pero prefieren llamarlos buenos demonios en lugar de ángeles. Nosotros, sin embargo, como habla la Escritura, según la cual somos cristianos, leemos que los ángeles son en parte buenos, en parte malos, pero nunca leemos que los demonios sean buenos: sino que dondequiera que se encuentre este nombre en esas Escrituras, ya sea que se llamen demonios o demonios, no significan sino espíritus malignos. Y esta costumbre de hablar ha sido seguida por los pueblos en todas partes, hasta el punto de que incluso entre aquellos que se llaman paganos, y que sostienen que se deben adorar muchos dioses y demonios, casi no hay nadie tan letrado y docto que se atreva a decir en alabanza incluso a su propio siervo: "Tienes un demonio"; pero si quiere decir esto a cualquiera, no puede dudar de que se entienda que quiso maldecir. ¿Qué causa, pues, nos obliga a que, después de ofender a tantos oídos, que ya casi son de todos, que han acostumbrado a escuchar esta palabra solo en un sentido negativo, nos veamos obligados a explicar lo que dijimos, cuando podemos evitar la misma ofensa usando el nombre de ángeles?

CAPÍTULO XX.---Sobre la cualidad del conocimiento que hace a los demonios soberbios. Aunque también el origen de este nombre, si observamos los Libros divinos, aporta algo digno de conocimiento. Se les llama δαίμονες, porque es un término griego, debido a su conocimiento. Sin embargo, el Apóstol, hablando por el Espíritu Santo, dice: "El conocimiento envanece, pero la caridad edifica" (1 Cor. VIII, 1). Esto se entiende correctamente de otra manera, a menos que el conocimiento sea útil cuando hay caridad; sin esta, sin embargo, infla, es decir, eleva a una soberbia de vanidad vacía. Por lo tanto, en los demonios hay conocimiento sin caridad, y por eso están tan inflados, es decir, tan soberbios, que han procurado que se les rindan honores divinos y el servicio de la religión, que saben que se debe al verdadero Dios, y lo siguen haciendo tanto como pueden y donde pueden.

Contra la soberbia de los demonios, por la cual el género humano era poseído por sus méritos, la humildad de Dios, que apareció en forma de siervo, tiene tal poder que las almas de los hombres no conocen la inmundicia de la elevación inflada, semejantes a los demonios en soberbia, no en conocimiento.

CAPÍTULO XXI.---De qué manera el Señor quiso darse a conocer a los demonios.

Sin embargo, los mismos demonios saben esto de tal manera que dijeron al mismo Señor revestido de la debilidad de la carne: "¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos antes de tiempo?" (Marcos I, 24; y Mateo VIII, 29). Es claro en estas palabras que en ellos había tanto conocimiento, pero no había caridad. Temían su castigo de Él, no amaban la justicia en Él. Sin embargo, se les dio a conocer tanto como quiso: y quiso tanto como fue necesario. Pero se dio a conocer, no como a los santos ángeles, que disfrutan de su eternidad compartida según lo que es el Verbo de Dios; sino como debía darse a conocer a aquellos que serían aterrorizados, de cuyo poder tiránico de alguna manera iba a liberar a los predestinados a su reino y gloria siempre verdadera y verdaderamente eterna. Por lo tanto, se dio a conocer a los demonios, no por lo que es la vida eterna y la luz inmutable que ilumina a los piadosos, a quienes al ver por la fe, que está en Él, se purifican los corazones; sino por ciertos efectos temporales de su poder y signos ocultos de su presencia, que podrían ser más visibles a los sentidos angélicos incluso de los espíritus malignos que a la debilidad de los hombres. Finalmente, cuando juzgó que debía ocultarse un poco y se escondió un poco más profundamente, el príncipe de los demonios dudó de Él y lo tentó, explorando si era Cristo, tanto como Él mismo permitió ser tentado, para que el hombre que llevaba ajustara el ejemplo de nuestra imitación. Pero después de esa tentación, cuando los ángeles, como está escrito, le servían (Mateo IV, 3-11), ciertamente buenos y santos, y por lo tanto temidos y temibles para los espíritus inmundos, se daba a conocer cada vez más a los demonios cuán grande era, de modo que, aunque la debilidad de la carne en Él pareciera despreciable, nadie se atreviera a resistirle cuando ordenaba.

CAPÍTULO XXII.---Qué diferencia hay entre el conocimiento de los santos ángeles y el conocimiento de los demonios.

Por lo tanto, para estos ángeles buenos, todo conocimiento de cosas corporales y temporales, por el cual los demonios se inflan, es vil: no porque sean ignorantes de ellas, sino porque la caridad de Dios, por la cual son santificados, les es querida, ante cuya belleza no solo incorpórea, sino también inmutable e inefable, en cuyo santo amor arden, desprecian todo lo que está por debajo, y lo que aquello es, no son, y se desprecian a sí mismos entre esas cosas, para disfrutar completamente de ese bien del cual son buenos. Y por eso conocen más ciertamente también estas cosas temporales y mutables; porque contemplan sus causas principales en el Verbo de Dios, por el cual el mundo fue hecho: en las cuales causas algunas son aprobadas, otras reprobadas, todas ordenadas. Sin embargo, los demonios no contemplan las causas eternas de los tiempos y de alguna manera cardinales en la Sabiduría de Dios; sino que, por una mayor experiencia de ciertos signos ocultos para nosotros, prevén mucho más que los hombres lo que está por venir. También a veces anuncian sus propias disposiciones. Finalmente, estos a menudo, aquellos nunca se equivocan. Porque es una cosa conjeturar cosas temporales a partir de cosas temporales y mutables a partir de cosas mutables, e insertar en ellas un modo temporal y mutable de su voluntad y capacidad, lo cual se permite a los demonios por cierta razón: pero es otra cosa prever los cambios de los tiempos en las leyes eternas e inmutables de Dios, que viven en su Sabiduría, y conocer la voluntad de Dios, que es tan certísima como poderosísima sobre todas las cosas, por la participación de su Espíritu; lo cual se ha concedido a los santos ángeles con recta discreción. Por lo tanto, no solo son

eternos, sino también bienaventurados. Pero el bien por el cual son bienaventurados, es Dios para ellos, por quien fueron creados. Pues disfrutan de su participación y contemplación inmutablemente.

CAPÍTULO XXIII.---El nombre de dioses falsamente atribuido a los dioses de los gentiles, que sin embargo es común tanto a los ángeles santos como a los hombres justos según la autoridad de las Escrituras divinas.

1. Si los platónicos prefieren llamar dioses a estos en lugar de demonios, y enumerarlos entre aquellos que su autor y maestro Platón escribe que fueron creados dioses por el Dios supremo (en el Timeo); que digan lo que quieran: no es necesario esforzarse con ellos en una controversia de palabras. Porque si dicen que son inmortales, pero creados por el Dios supremo, y aunque no por sí mismos, sino adhiriéndose a aquel por quien fueron creados, son bienaventurados; dicen lo que decimos, llámenlos con el nombre que quieran. Esta es la opinión de los platónicos, ya sea de todos o de los mejores, y se puede encontrar en sus escritos. Pues incluso sobre el mismo nombre, por el cual llaman dioses a esta criatura inmortal y bienaventurada; por eso casi no hay disensión entre nosotros y ellos, porque también en nuestras Sagradas Escrituras se lee: "Dios de dioses, el Señor ha hablado" (Salmo XLIX, 1): y en otro lugar, "Alabad al Dios de los dioses" (Salmo CXXXV, 2). Y en otro lugar, "Rey grande sobre todos los dioses" (Salmo XCIV, 3). Sin embargo, donde está escrito, "Terrible sobre todos los dioses"; se muestra a continuación por qué se dijo. Pues sigue, "Porque todos los dioses de los gentiles son demonios, pero el Señor hizo los cielos" (Salmo XCV, 4, 5). Por lo tanto, dijo "sobre todos los dioses", pero de los gentiles, es decir, aquellos que las naciones tienen por dioses, que son demonios: por eso "terrible", bajo cuyo terror decían al Señor, "¿Has venido a destruirnos?" (Marcos I, 24). Pero donde se dice "Dios de dioses", no puede entenderse como Dios de los demonios: y "Rey grande sobre todos los dioses", lejos esté que se diga Rey grande sobre todos los demonios. Pero también los hombres en el pueblo de Dios, la misma Escritura los llama dioses. "Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo" (Salmo LXXXI, 6). Por lo tanto, puede entenderse que es el Dios de estos dioses, quien fue llamado "Dios de dioses": y sobre estos dioses, Rey grande, quien fue llamado "Rey grande sobre todos los dioses".

2. Sin embargo, cuando se nos pregunta si los hombres han sido llamados dioses, porque están en el pueblo de Dios, al que Dios se dirige a través de ángeles o de hombres; ¿cuánto más son dignos de ese nombre los inmortales, que disfrutan de esa bienaventuranza a la que los hombres desean llegar adorando a Dios? ¿Qué responderemos, sino que no en vano en las Escrituras santas se expresaron más claramente los hombres llamados dioses, que aquellos inmortales y bienaventurados, a quienes se nos promete que seremos iguales en la resurrección, para que, debido a su excelencia, ninguna infidelidad audaz se atreva a constituir a alguno de ellos como nuestro dios? Lo cual es fácil de evitar en el hombre. Y los hombres debieron ser llamados dioses más evidentemente en el pueblo de Dios, para que se hicieran ciertos y confiados de que Él es su Dios, quien fue llamado "Dios de dioses": porque, aunque se llamen dioses aquellos inmortales y bienaventurados que están en los cielos; sin embargo, no se les ha llamado dioses de los dioses, es decir, dioses de los hombres constituidos en el pueblo de Dios, a quienes se les dijo: "Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo". De aquí es que dice el Apóstol: "Aunque hay quienes se llaman dioses, ya sea en el cielo o en la tierra; como hay muchos dioses y muchos señores: para nosotros, sin embargo, hay un solo Dios, el Padre, de quien son todas las cosas, y nosotros en Él; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas, y nosotros por Él" (1 Cor. VIII, 5, 6).

3. Por lo tanto, no se debe discutir mucho sobre el nombre, cuando la cosa misma es tan clara que está libre de la duda. Sin embargo, lo que decimos que los ángeles enviados de entre esos inmortales bienaventurados son, para anunciar la voluntad de Dios a los hombres, no les agrada a ellos, porque creen que este ministerio no se realiza a través de aquellos a quienes llaman dioses, es decir, inmortales y bienaventurados, sino a través de demonios, a quienes se atreven a llamar inmortales solamente, no también bienaventurados; o ciertamente así inmortales y bienaventurados, pero demonios buenos, no dioses colocados en lo alto y separados del contacto humano: aunque parezca una controversia de nombres, sin embargo, el nombre de los demonios es tan detestable que debemos alejarnos de él de todas las maneras posibles de los santos ángeles. Por lo tanto, este libro se cerrará de tal manera que sepamos que los inmortales y bienaventurados, sean llamados como sean, que sin embargo han sido hechos y creados, no son intermedios para llevar a los mortales miserables a la bienaventuranza inmortal, de la cual están separados por ambas diferencias. Pero aquellos que son intermedios, compartiendo la inmortalidad con los superiores, la miseria con los inferiores, porque son miserables por el mérito de su maldad, pueden envidiarnos la bienaventuranza que no tienen más que proporcionárnosla. Por lo tanto, no tienen nada que ofrecer digno de los amigos de los demonios, por lo cual debamos adorarlos como ayudantes, a quienes más bien debemos evitar como engañadores. Pero aquellos que creen que deben ser adorados con sacrificios y sacrificios por la vida bienaventurada después de la muerte, cualesquiera que sean, y con cualquier nombre que sean dignos, no quieren que se les adore con tal servicio de religión, sino solo a un Dios, a quien también ellos sirven, con la ayuda de Él, lo discutiremos más diligentemente en el siguiente libro.

LIBRO DÉCIMO. En el cual Agustín enseña que el honor divino, que se llama culto de latría y se realiza con sacrificios, no debe ser ofrecido a los ángeles buenos sino solo a Dios, a quien también ellos sirven. Sobre el principio y el camino de la purificación y liberación del alma, discute contra Porfirio.

CAPÍTULO PRIMERO.---La verdadera bienaventuranza, ya sea para los ángeles o para los hombres, se atribuye a un solo Dios, incluso los platónicos lo han definido: pero si aquellos a quienes consideran dignos de adoración por esto mismo, quieren que se les sacrifique solo a Dios, o también a ellos mismos, es algo que debe investigarse.

1. Es una opinión cierta de todos aquellos que pueden usar la razón de alguna manera, que todos los hombres quieren ser bienaventurados. Pero quiénes son, o de dónde se hacen, mientras la debilidad de los mortales lo busca, se han suscitado muchas y grandes controversias, en las cuales los filósofos han desgastado sus estudios y ocios; las cuales traer a colación y discutir, es largo y no necesario. Porque si recuerda quien lee esto, lo que tratamos en el libro octavo al elegir a los filósofos con quienes se tratara esta cuestión sobre la vida bienaventurada, que será después de la muerte, si podemos llegar a ella adorando a un solo Dios verdadero, que también es el creador de los dioses, o adorando a muchos dioses con religión y sacrificios; no espera que se repita lo mismo aquí, especialmente cuando puede refrescar su memoria releyendo, si acaso lo ha olvidado. Elegimos a los platónicos, los más nobles de todos los filósofos: porque, como pudieron saber, aunque el alma humana inmortal y racional o intelectual no puede ser bienaventurada sin participar de la luz de aquel Dios, por quien ella misma y el mundo fueron hechos; así también niegan que alguien pueda alcanzar aquello que todos los hombres desean, es decir, la vida bienaventurada, si no se adhiere con pureza de amor casto a aquel único Dios óptimo, que es inmutable. Pero porque ellos mismos también, ya sea cediendo a la vanidad y al error de los pueblos, o, como dice el Apóstol, "se desvanecieron en sus razonamientos" (Rom. I, 21), creyeron o quisieron que se creyera que muchos dioses debían ser adorados, y algunos de ellos incluso consideraron que se debían

rendir honores divinos a los demonios con sacrificios y sacrificios, a lo cual ya hemos respondido en parte: ahora debemos ver y discutir, tanto como Dios lo permita, si los inmortales y bienaventurados en las moradas celestiales, en las dominaciones, principados, potestades, a quienes estos llaman dioses, y de los cuales algunos llaman buenos demonios, o ángeles con nosotros, cómo deben ser creídos querer que les sirvamos con religión y piedad; es decir, si también a ellos, o solo a su Dios, que también es nuestro, les agrada que les hagamos sacrificios y sacrificios, o que consagremos algo nuestro o a nosotros mismos con ritos de religión.

2. Porque este es el culto debido a la divinidad o, si se debe decir más claramente, a la deidad, para significar con una sola palabra, ya que no encuentro una palabra latina adecuada, lo que quiero decir. Porque lo que nuestros traductores han interpretado como λατρεία en las Sagradas Escrituras, lo han traducido como Servitus. Pero esa servidumbre, que se debe a los hombres, según la cual el Apóstol manda que los siervos deben estar sujetos a sus amos (Efes. VI, 5), se suele llamar con otro nombre en griego: λατρεία, sin embargo, según la costumbre con la que hablaron quienes nos legaron las palabras divinas, se dice siempre, o tan frecuentemente que casi siempre, de esa servidumbre que pertenece al culto de Dios. Por lo tanto, si solo se dice Culto, no parece deberse solo a Dios. Porque también se dice que honramos a los hombres, a quienes frecuentamos con memoria o presencia honorífica. Y no solo se dice culto de aquellas cosas a las que nos sometemos con religiosa humildad, sino también de algunas cosas que están sujetas a nosotros. Pues de esta palabra se derivan los términos agricultores, colonos e inquilinos: y a los mismos dioses no se les llama coelicolas por otra razón, sino porque habitan el cielo; no venerándolo, sino habitándolo; como ciertos colonos del cielo: no como se llaman colonos a aquellos que deben su condición al suelo natal bajo el dominio de los propietarios; sino, como dice un gran autor de la elocuencia latina, "Urbs antiqua fuit, Tyrii tenuere coloni" (Virg. Eneida, l. 1, v. 12). Los llamó colonos por habitar, no por agricultura. De aquí que las ciudades fundadas por grandes ciudades como enjambres de pueblos se llamen colonias. Por lo tanto, aunque es muy cierto que el culto no debe darse sino a Dios, por una cierta noción propia de esta palabra: sin embargo, porque también se dice culto de otras cosas, no puede significarse en latín con una sola palabra el culto debido a Dios.

3. Porque incluso la misma Religión, aunque parece significar más distintamente el culto de Dios; de donde nuestros traductores han interpretado con este nombre lo que en griego se llama θρησκεία: sin embargo, porque en la costumbre latina de hablar, no de los ignorantes, sino incluso de los más doctos, se dice que se debe exhibir religión a las relaciones humanas y afinidades y a cualquier necesidad; no se evita la ambigüedad con ese término, cuando se trata la cuestión del culto a la deidad, para que podamos decir con confianza que la religión no es sino el culto de Dios; porque parece que esta palabra se aparta insolentemente de significar la observancia de la proximidad humana. También la Piedad se entiende propiamente como el culto de Dios, que los griegos llaman εὐσέβειαν. Sin embargo, también se dice que se tiene piadosamente hacia los padres. Pero en el uso popular, este nombre también se usa frecuentemente en obras de misericordia: lo cual creo que ha sucedido porque Dios manda principalmente que se hagan estas cosas, y testifica que le agradan a Él, ya sea en lugar de sacrificios o antes que sacrificios. De esta costumbre de hablar ha surgido que incluso Dios mismo se dice piadoso (II Par. XXX, 9; Ecli. XI, 13; Judit. VII, 20): a quien ciertamente los griegos no llaman εὐσεβεῖν en ningún uso de su lengua; aunque el vulgo también usa εὐσέβειαν por misericordia. Por lo cual, en algunos lugares de las Escrituras, para que la distinción apareciera más claramente, prefirieron decir no εὐσέβειαν, que suena compuesto de buen culto, sino θεοσέβειαν, que suena compuesto de culto a Dios. Sin

embargo, cualquiera de estos no podemos expresar con una sola palabra. Por lo tanto, lo que se llama λατρεία en griego, y se traduce al latín como Servitus, pero esa con la que adoramos a Dios: o lo que se llama θρησκεία en griego, y en latín se dice Religión, pero esa que tenemos hacia Dios: o lo que ellos llaman θεοσέβειαν, y nosotros no podemos expresar con una sola palabra, pero podemos llamar culto a Dios; decimos que esto se debe solo a aquel Dios que es verdadero, y hace a sus adoradores dioses (Salmo LXXXI, 6; Juan X, 34, 35). Por lo tanto, cualquiera que sean los inmortales y bienaventurados en las moradas celestiales, si no nos aman ni quieren que seamos bienaventurados, ciertamente no deben ser adorados. Pero si nos aman y quieren que seamos bienaventurados, ciertamente quieren que lo seamos de donde ellos mismos son: ¿o acaso ellos son bienaventurados de una manera y nosotros de otra?

CAPÍTULO II.---Sobre la iluminación suprema, qué opinó Plotino el platónico.

Pero no tenemos ningún conflicto con estos filósofos más excelentes en esta cuestión. Pues vieron, y en sus escritos lo dejaron abundantemente claro de muchas maneras, que ellos, al igual que nosotros, se hacen bienaventurados por un cierto objeto de luz inteligible, que es Dios para ellos, y es algo distinto de ellos, por el cual son iluminados para brillar, y por cuya participación permanecen perfectos y bienaventurados. Plotino, explicando el sentido de Platón, afirma frecuentemente que ni siquiera aquella que creen ser el alma del universo es bienaventurada por otra cosa que no sea la nuestra: y que esa es la luz que ella no es, sino por la cual fue creada, y por la cual, al ser iluminada inteligiblemente, brilla inteligiblemente. También da una similitud de aquellas cosas incorpóreas con estos cuerpos celestes visibles y amplios, como si aquel fuera el sol y ella la luna. Creen que la luna es iluminada por la presencia del sol. Así, el gran platónico dice que el alma racional (o más bien debería llamarse intelectual, del mismo género que las almas de los inmortales y bienaventurados, que no duda que habitan en las moradas celestiales) no tiene sobre sí otra naturaleza que la de Dios, quien creó el mundo, y por quien ella misma fue hecha: ni de otro lugar se les proporciona a los seres celestiales la vida bienaventurada y la luz de la inteligencia de la verdad, que de donde se nos proporciona también a nosotros; en consonancia con el Evangelio, donde se lee: "Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan: este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino para dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo". En esta diferencia se muestra suficientemente que el alma racional o intelectual, como era en Juan, no puede ser luz para sí misma, sino que brilla por la participación de otra luz verdadera. Esto también lo confiesa Juan mismo, cuando dando testimonio de él dice: "Todos hemos recibido de su plenitud" (Juan 1, 6-9, 16).

CAPÍTULO III.---Del verdadero culto a Dios, del cual los platónicos, aunque entendieron al creador del universo, se desviaron al rendir culto a los ángeles, ya sean buenos o malos, con honor divino.

1. Siendo así las cosas, si los platónicos, o cualquier otro que haya sentido esto, glorificaran a Dios como Dios y le dieran gracias, no se desvanecerían en sus pensamientos, ni se convertirían en autores de los errores de los pueblos, ni temerían resistirles; ciertamente confesarían que tanto a los inmortales y bienaventurados, como a nosotros mortales y miserables, para que podamos ser inmortales y bienaventurados, se debe adorar a un solo Dios de los dioses, que es tanto nuestro como de ellos.

2. A este le debemos el servicio, que en griego se llama λατρεία, ya sea en cualquier sacramento o en nosotros mismos. Pues todos juntos somos su templo, y cada uno de nosotros es un templo (1 Cor. 3, 16-17); porque se digna habitar tanto en la concordia de todos como en cada uno: no es mayor en todos que en cada uno, ya que no se extiende por tamaño, ni se disminuye por división. Cuando nuestro corazón está elevado hacia él, es su altar: lo aplacamos con su Unigénito como sacerdote: le ofrecemos víctimas sangrientas cuando luchamos hasta la sangre por su verdad: le ofrecemos el incienso más dulce cuando ardemos en su presencia con amor piadoso y santo: le dedicamos y devolvemos sus dones en nosotros, y a nosotros mismos: le consagramos la memoria de sus beneficios en festividades solemnes y días establecidos, para que no se infiltre el olvido ingrato con el paso del tiempo: le sacrificamos la ofrenda de humildad y alabanza en el altar del corazón con el fuego de la caridad ferviente. Para verlo, como puede ser visto, y adherirnos a él, nos purificamos de toda mancha de pecados y deseos malos, y somos consagrados en su nombre. Él es la fuente de nuestra bienaventuranza, él es el fin de todo deseo. Al elegirlo, o más bien al volver a elegirlo, pues lo habíamos perdido por negligencia: al volver a elegirlo, de donde se dice que proviene la religión, nos dirigimos hacia él con amor, para descansar al llegar: por eso somos bienaventurados, porque somos perfeccionados en ese fin. Nuestro bien, sobre cuyo fin hay gran disputa entre los filósofos, no es otro que adherirse a él: el único al que el alma intelectual se llena y fecunda con verdaderas virtudes en un abrazo incorpóreo, si se puede decir. Se nos manda amar este bien con todo el corazón, con toda el alma y con toda la fuerza. A este bien debemos ser guiados por aquellos que nos aman, y guiar a aquellos que amamos. Así se cumplen esos dos mandamientos de los que depende toda la Ley y los Profetas: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente"; y "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo 22, 37-40). Pues para que el hombre supiera amarse a sí mismo, se le estableció un fin al que referir todo lo que hiciera, para ser bienaventurado. Porque quien se ama a sí mismo no quiere ser otra cosa que bienaventurado. Este fin es adherirse a Dios (Salmo 72, 28). Así que, al que sabe amarse a sí mismo, cuando se le manda amar al prójimo como a sí mismo, ¿qué otra cosa se le manda, sino que, en la medida de lo posible, le recomiende amar a Dios? Este es el culto a Dios, esta es la verdadera religión, esta es la piedad recta, este es el servicio debido solo a Dios. Por tanto, cualquier poder inmortal dotado de cualquier virtud, si nos ama como a sí mismo, quiere que estemos sujetos a aquel al que también él está sujeto para ser bienaventurado. Si no adora a Dios, es miserable, porque está privado de Dios: si adora a Dios, no quiere ser adorado como Dios. Pues más bien apoya la sentencia divina y favorece con las fuerzas del amor, donde está escrito: "El que sacrifica a los dioses será exterminado, a menos que sea solo al Señor" (Éxodo 22, 20).

CAPÍTULO IV.---Que el sacrificio debe ser ofrecido solo al verdadero Dios.

Porque, para no mencionar ahora otras cosas que pertenecen al servicio de la religión con el que se adora a Dios; ciertamente no hay hombre que se atreva a decir que el sacrificio debe ser ofrecido a otro que no sea Dios. Muchas cosas del culto divino han sido usurpadas para ser ofrecidas a honores humanos, ya sea por excesiva humildad o por adulación perniciosa; pero de tal manera que aquellos a quienes se ofrecían eran considerados hombres, que se dice que deben ser honrados y venerados; si se les añade mucho, adorados: pero ¿quién ha considerado que se debe sacrificar, sino a aquel que sabía, creía o fingía ser Dios? Cuán antiguo es el culto a Dios en el sacrificio, lo indican suficientemente aquellos dos hermanos Caín y Abel, cuyo sacrificio del mayor Dios rechazó, y del menor aceptó.

CAPÍTULO V.---De los sacrificios que Dios no requiere, pero quiso que se observaran como símbolo de lo que sí requiere.

¿Quién es tan insensato como para pensar que lo que se ofrece en los sacrificios es necesario para el uso de Dios? Aunque la Escritura divina lo testifica en muchos lugares, para no alargarnos, basta recordar brevemente lo que dice el Salmo: "Dije al Señor: Tú eres mi Dios; no necesitas de mis bienes" (Salmo 16, 2). Por lo tanto, no solo no necesita ganado, ni ninguna otra cosa corruptible y terrena, sino que ni siquiera la justicia del hombre debe creerse que Dios la necesita, y todo lo que se hace correctamente en el culto a Dios beneficia al hombre, no a Dios. Pues nadie diría que ha beneficiado a una fuente si ha bebido de ella, o a la luz si la ha visto. Y no se debe entender otra cosa de los sacrificios de animales que hicieron los antiguos padres, que ahora el pueblo de Dios lee pero no realiza, sino que con esas cosas se significaban aquellas que se realizan en nosotros, para adherirnos a Dios y para el bien del prójimo. Por lo tanto, el sacrificio visible es el sacramento del sacrificio invisible, es decir, un signo sagrado. De ahí que aquel penitente en el profeta, o el mismo profeta buscando que Dios le sea propicio por sus pecados, dice: "Si quisieras sacrificio, ciertamente lo daría; no te deleitarás en holocaustos. El sacrificio a Dios es un espíritu contrito; un corazón contrito y humillado, Dios no lo despreciará" (Salmo 51, 18-19). Observemos cómo donde dice que Dios no quiere sacrificio, allí muestra que Dios quiere sacrificio. Por lo tanto, no quiere el sacrificio de un animal sacrificado, sino que quiere el sacrificio de un corazón contrito. Así que, al decir que no quiere aquello, se significa que quiere esto. Así, dice que no quiere aquellos sacrificios, como creen los necios, como si fueran deseables para su propio placer. Pues si no quisiera que aquellos sacrificios que desea, de los cuales este es uno, un corazón contrito y humillado por el dolor del arrepentimiento, fueran significados por aquellos sacrificios que se pensaba que deseaba como si fueran deleitables para él, ciertamente no habría mandado ofrecerlos en la Ley antigua. Y por eso debían ser cambiados en el tiempo oportuno y cierto, para que no se creyera que eran deseables para Dios, o ciertamente aceptables en nosotros, y no más bien lo que por ellos se significaba. De ahí que en otro lugar de otro salmo: "Si tuviera hambre, no te lo diría; porque mío es el mundo y su plenitud. ¿Acaso comeré carne de toros, o beberé sangre de machos cabríos?" (Salmo 50, 12-13), como diciendo: "Ciertamente, si me fueran necesarios, no los pediría de ti, que tengo en mi poder". Luego, añadiendo lo que significan: "Ofrece a Dios sacrificio de alabanza, y cumple tus votos al Altísimo. E invócame en el día de la tribulación, y te libraré, y me glorificarás" (Salmo 50, 14-15). También en otro profeta: "¿Con qué me presentaré ante el Señor, me inclinaré ante el Dios excelso? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se complacerá el Señor en miles de carneros, o en diez mil ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi transgresión, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? Se te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno, y qué requiere el Señor de ti: hacer justicia, amar misericordia, y caminar humildemente con tu Dios" (Miqueas 6, 6-8). Y en las palabras de este profeta se distingue claramente que Dios no requiere aquellos sacrificios por sí mismos, sino que por ellos se significan los sacrificios que Dios requiere. En la Epístola a los Hebreos: "No os olvidéis de hacer el bien y de compartir, porque de tales sacrificios se agrada Dios" (Hebreos 13, 16). Por lo tanto, donde está escrito: "Misericordia quiero, y no sacrificio" (Oseas 6, 6), no se debe entender otra cosa que un sacrificio preferido a otro sacrificio: porque lo que todos llaman sacrificio es un signo del verdadero sacrificio. Pero la misericordia es el verdadero sacrificio: de donde se dijo lo que mencioné antes: "De tales sacrificios se agrada Dios". Por lo tanto, todo lo que se lee en el ministerio del tabernáculo o del templo sobre los sacrificios, se refiere a significar el amor a Dios y al prójimo. Porque en estos dos mandamientos, como está escrito, "depende toda la Ley y los Profetas" (Mateo 22, 40).

CAPÍTULO VI.---Del verdadero y perfecto sacrificio.

Por lo tanto, el verdadero sacrificio es toda obra que se realiza para adherirnos a Dios en santa sociedad, referida a ese fin del bien, en el cual podemos ser verdaderamente bienaventurados. De ahí que la misma misericordia con la que se ayuda al hombre, si no se hace por Dios, no es sacrificio. Pues aunque se haga u ofrezca por el hombre, sin embargo, el sacrificio es cosa divina: tanto que los antiguos latinos lo llamaron con este mismo término. De ahí que el mismo hombre consagrado en nombre de Dios, y dedicado a Dios, en cuanto muere al mundo para vivir a Dios, es un sacrificio. Pues esto también pertenece a la misericordia que uno hace consigo mismo. Por eso está escrito: "Ten misericordia de tu alma agradando a Dios" (Eclesiástico 30, 24). Incluso nuestro cuerpo, cuando lo castigamos con templanza, si lo hacemos, como debemos, por Dios, para no presentar nuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, sino como armas de justicia a Dios (Romanos 6, 13), es un sacrificio. A lo que exhorta el Apóstol diciendo: "Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, vuestro culto racional". Si, por lo tanto, el cuerpo, que es usado por el alma como un siervo inferior o como un instrumento, cuando su buen y recto uso se refiere a Dios, es un sacrificio; cuánto más el alma misma cuando se refiere a Dios, para que encendida por el fuego de su amor, pierda la forma de la concupiscencia mundana, y sometida a él como a una forma inmutable, sea reformada, agradándole por lo que ha recibido de su belleza, se convierte en sacrificio. Lo que el mismo apóstol añade consecuentemente: "Y no os conforméis a este mundo, sino transformaos por la renovación de vuestra mente, para que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto" (Romanos 12, 1-2). Por lo tanto, cuando los verdaderos sacrificios son obras de misericordia, ya sea en nosotros mismos o en los prójimos, que se refieren a Dios; y las obras de misericordia no se hacen por otra razón que para ser liberados de la miseria, y por lo tanto para ser bienaventurados; lo cual no se logra sino con aquel bien del que se dijo: "Pero para mí, el bien es acercarme a Dios" (Salmo 72, 28): ciertamente se logra que toda la ciudad redimida, es decir, la congregación y sociedad de los santos, se ofrezca como sacrificio universal a Dios por el gran sacerdote, quien también se ofreció a sí mismo en su pasión por nosotros, para que fuéramos el cuerpo de tan gran cabeza, según la forma de siervo. Pues él ofreció esta forma, en esta fue ofrecido; porque según esta es mediador, en esta es sacerdote, en esta es sacrificio. Por lo tanto, cuando el Apóstol nos exhortó a presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, nuestro culto racional, y no conformarnos a este mundo, sino transformarnos por la renovación de nuestra mente; para comprobar cuál sea la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto, que todo el sacrificio somos nosotros mismos: "Porque digo, por la gracia que me es dada, a todos los que están entre vosotros, que no piensen de sí mismos más de lo que deben pensar, sino que piensen con cordura, según la medida de fe que Dios ha repartido a cada uno. Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros, teniendo dones diferentes según la gracia que nos es dada" (Romanos 12, 3-6). Este es el sacrificio de los cristianos: muchos, un solo cuerpo en Cristo. Lo que también la Iglesia frecuenta en el Sacramento del altar, conocido por los fieles, donde se le muestra que en esa cosa que ofrece, ella misma es ofrecida.

CAPÍTULO VII.---Que el amor de los santos ángeles hacia nosotros es tal que quieren que seamos adoradores no de ellos, sino del único verdadero Dios.

Con razón aquellos que están en las moradas celestiales, inmortales y bienaventurados, que se regocijan con la participación de su Creador, cuya eternidad los hace firmes, cuya verdad los hace ciertos, cuyo don los hace santos; porque nos aman misericordiosamente a nosotros,

mortales y miserables, para que seamos inmortales y bienaventurados, no quieren que les sacrifiquemos; sino a aquel de quien ellos mismos saben que son sacrificio con nosotros. Pues con ellos somos una ciudad de Dios, a la que se dice en el Salmo: "Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios" (Salmo 87, 3): de la cual una parte peregrina en nosotros, y otra parte nos ayuda. Pues de esa ciudad celestial, donde la voluntad de Dios es la ley inteligible e inmutable, de esa corte celestial (pues allí se cuida de nosotros) nos ha sido ministrada la santa Escritura por los ángeles, donde se lee: "El que sacrifica a los dioses será exterminado, a menos que sea solo al Señor" (Éxodo 22, 20). A esta Escritura, a esta ley, tantos milagros han atestiguado, que aparece suficientemente a quién quieren que sacrifiquemos los inmortales y bienaventurados, que quieren para nosotros lo que quieren para sí mismos.

CAPÍTULO VIII.---De los milagros que Dios ha dignado añadir a sus promesas, incluso por el ministerio de los ángeles, para fortalecer la fe de los piadosos.

Si menciono demasiado lo antiguo, parecerá que me extiendo más de lo necesario al relatar los milagros que se realizaron como testimonio de las promesas de Dios, quien hace milenios predijo a Abraham que en su descendencia todas las naciones serían bendecidas (Gén. XVIII, 18). ¿Quién no se maravillaría de que la esposa estéril de Abraham diera a luz un hijo en su vejez, cuando ya ni siquiera una mujer fértil podría concebir (Gén. XXI, 2)? Y en el sacrificio de Abraham, una llama enviada del cielo pasó entre las víctimas divididas (Gén. XV, 17); y a Abraham le fue anunciado por los ángeles el incendio celestial de Sodoma, ángeles que él había recibido como huéspedes, y a través de ellos había mantenido las promesas de Dios sobre la descendencia futura (Gén. XVIII, 20, 14); y cuando el incendio ya era inminente, la maravillosa liberación de Lot, el hijo de su hermano, de Sodoma por los mismos ángeles; cuya esposa, al mirar hacia atrás en el camino, se convirtió repentinamente en sal (Gén. XIX, 17, 26), advirtiendo con gran sacramento que nadie debe desear lo pasado en el camino de su liberación.

Pero, ¿qué decir de aquellos eventos maravillosos que, a través de Moisés, se realizaron en Egipto para liberar al pueblo de Dios del yugo de la servidumbre, donde los magos del faraón, es decir, del rey de Egipto, que oprimía a ese pueblo con su dominio, fueron permitidos a realizar ciertos prodigios para que fueran vencidos de manera más maravillosa? Ellos realizaban sus actos mediante hechicerías y encantamientos mágicos, a los que están dedicados los ángeles malignos, es decir, los demonios; pero Moisés, con mucho más poder, por ser más justo, en el nombre del Señor, quien hizo el cielo y la tierra, los superó fácilmente con la ayuda de los ángeles (Éxodo VII-VIII, 7). Finalmente, en la tercera plaga, cuando los magos fallaron, las diez plagas fueron completadas por Moisés con gran disposición de misterios; con las cuales, para liberar al pueblo de Dios, los duros corazones del faraón y de los egipcios cedieron (Éxodo VIII-XII). Y pronto se arrepintieron, y cuando intentaron perseguir a los hebreos que se alejaban, mientras ellos cruzaban el mar dividido en seco, las aguas se cerraron sobre ellos y fueron cubiertos y oprimidos (Éxodo XIV).

¿Qué decir de aquellos milagros que, cuando el mismo pueblo fue guiado por el desierto, se multiplicaron con asombrosa divinidad; las aguas que no se podían beber, al echarles un madero como Dios había ordenado, perdieron su amargura y saciaron a los sedientos (Éxodo XV, 23-25); el maná que descendió del cielo para los hambrientos; y cuando se estableció una medida para los recolectores, cualquier exceso que alguien recogiera se pudría con gusanos; pero lo recogido en doble cantidad antes del día de reposo, porque no se permitía recoger en el día de reposo, no se corrompía: cuando deseaban comer carne, que parecía

imposible de satisfacer a tanta gente, las aves llenaron el campamento, y el ardor de la codicia fue extinguido por el hastío de la saciedad (Éxodo XVI; Núm. XI, 31-34); los enemigos que se oponían y prohibían el paso, y luchaban, fueron derrotados sin que cayera ningún hebreo, mientras Moisés oraba y extendía sus manos en forma de cruz (Éxodo XVII, 8-16); los sediciosos en el pueblo de Dios, que se separaban de la sociedad divinamente ordenada, fueron tragados vivos por la tierra que se abrió, como ejemplo visible de la pena invisible (Núm. XVI, 23-34); la roca golpeada con la vara derramó abundantes aguas para tanta multitud (Éxodo XVII, 6, 7; Núm. XX, 8-11); las mordeduras mortales de las serpientes, un castigo justísimo por los pecados, fueron sanadas al mirar la serpiente de bronce elevada en un madero, para que el pueblo afligido fuera socorrido, y la muerte fuera destruida por la muerte, como un signo de la similitud de la muerte crucificada (Núm. XXI, 6-9). La serpiente, que fue conservada en memoria de este hecho, cuando más tarde el pueblo errante comenzó a adorarla como un ídolo, el rey Ezequías, sirviendo a Dios con poder religioso, la destruyó con gran alabanza de piedad (IV Reyes XVIII, 4).

CAPÍTULO IX.---Sobre las artes ilícitas en relación con el culto a los demonios, en las que Porfirio el Platónico se involucra, aprobando algunas y desaprobando otras.

1. Estas y muchas otras cosas de este tipo, que sería demasiado largo enumerar todas, se hacían para recomendar el culto al único Dios verdadero y prohibir el de los muchos falsos. Se realizaban con simple fe y confianza en la piedad, no con encantamientos y cánticos compuestos por el arte de la curiosidad nefaria, que llaman magia, o con el nombre más detestable de goetia, o con el más honorable de teurgia, quienes intentan discernir estas cosas, y condenan a otros dedicados a las artes ilícitas, a quienes el vulgo llama hechiceros (pues dicen que estos pertenecen a la goetia); pero quieren que otros sean considerados laudables, a quienes asignan la teurgia; aunque ambos están sujetos a los ritos engañosos de los demonios bajo los nombres de ángeles.

2. Pues Porfirio promete una especie de purificación del alma a través de la teurgia, aunque con una discusión vacilante y algo vergonzosa; pero niega que esta arte pueda proporcionar a alguien el retorno a Dios: para que veas cómo fluctúa entre el vicio de la curiosidad sacrílega y la profesión de filosofía con sentencias alternantes. Pues a veces advierte que esta arte es engañosa y peligrosa en su misma acción y prohibida por las leyes; pero a veces, cediendo a sus alabadores, dice que es útil para purificar la parte del alma, no la intelectual, por la cual se percibe la verdad de las cosas inteligibles, que no tienen semejanzas corporales; sino la espiritual, por la cual se captan las imágenes de las cosas corporales. Dice que esta parte se hace idónea y apta para la recepción de espíritus y ángeles, y para ver a los dioses, a través de ciertas consagraciones teúrgicas, que llaman teletas. Sin embargo, confiesa que a la parte intelectual del alma no le llega ninguna purificación de estas teletas teúrgicas que la haga idónea para ver a su Dios y percibir las cosas que verdaderamente son. De lo cual se puede entender qué tipo de dioses o qué tipo de visión dice que se realiza con las consagraciones teúrgicas, en la cual no se ven las cosas que verdaderamente son. Finalmente, dice que el alma racional, o lo que más le gusta llamar, intelectual, puede evadirse a lo alto, incluso si lo que es espiritual en ella no ha sido purificado por ningún arte teúrgica: pero que el teurgo purga el espíritu hasta el punto de que no por esto alcanza la inmortalidad y la eternidad. Aunque distingue a los ángeles de los demonios, diciendo que los lugares de los demonios son aéreos, y los de los ángeles son etéreos o empíreos, y advierte que se debe usar la amistad de algún demonio, para que, transportado por él, cualquiera pueda elevarse un poco de la tierra después de la muerte, pero dice que hay otro camino hacia la compañía superior de los ángeles: sin embargo, testifica con una confesión casi expresa que se debe evitar la sociedad de los demonios, donde dice que el alma, después de la muerte, al pagar las penas, se

horroriza del culto a los demonios por los cuales fue engañada; y no pudo negar que la misma teurgia, que recomienda como conciliadora de ángeles y dioses, actúa entre tales potestades que o bien envidian la purificación del alma, o sirven a las artes de los envidiosos, expresando la queja de un caldeo desconocido: "Se queja," dice, "un hombre bueno en Caldea, de que en el gran esfuerzo por purificar el alma, los éxitos le fueron frustrados, cuando un hombre poderoso en lo mismo, tocado por la envidia, había atado a las potencias conjuradas con oraciones sagradas, para que no concedieran lo solicitado. Por lo tanto, también él ató," dice, "y este no desató." Con lo cual dijo que aparece que la teurgia es una disciplina tanto de hacer el bien como el mal, tanto entre los dioses como entre los hombres; que incluso los dioses sufren, y son llevados a aquellas perturbaciones y pasiones que Apuleyo atribuye comúnmente a los demonios y a los hombres, separando sin embargo a los dioses de ellos por la altitud de la sede etérea, y afirmando la sentencia de Platón en esa distinción.

CAPÍTULO X.---Sobre la teurgia, que promete una falsa purificación a las almas mediante la invocación de demonios.

He aquí ahora otro platónico, a quien consideran más docto, Porfirio, que dice que incluso los mismos dioses están sujetos a pasiones y perturbaciones a través de una disciplina teúrgica desconocida: porque pudieron ser conjurados y aterrorizados con oraciones sagradas, para que no proporcionaran la purificación del alma, y así aterrorizados por quien ordenaba el mal, no pudieron ser liberados de ese temor por quien pedía el bien, a través de la misma arte teúrgica, y ser liberados para otorgar el beneficio. ¿Quién no ve que todas estas cosas son invenciones de demonios engañosos, excepto su miserable siervo y ajeno a la gracia del verdadero libertador? Pues si estas cosas se realizaran entre dioses buenos, ciertamente allí prevalecería más el benéfico purgador del alma que el malévolo impedidor. O si a los dioses justos el hombre, por quien se actuaba, les parecía indigno de purificación, ciertamente no debieron negarlo por ser aterrorizados por un envidioso, ni, como él mismo dice, impedidos por el miedo de una deidad más poderosa, sino por juicio libre. Sin embargo, es sorprendente que aquel benévolo caldeo, que deseaba purificar el alma con ritos teúrgicos, no encontrara algún dios superior que o bien aterrorizara más y obligara a los dioses aterrorizados a hacer el bien, o que refrenara al que los aterrorizaba, para que pudieran hacer el bien libremente: si, sin embargo, al buen teurgo le faltaron los ritos con los cuales pudiera purgar primero a los mismos dioses, a quienes invocaba como purgadores del alma, de esa peste del temor. ¿Cuál es la razón, entonces, por la que puede ser invocado un dios que aterrorice, pero no uno que purifique? ¿O se encuentra un dios que escuche al envidioso y aterrorice a los dioses para que no hagan el bien; pero no se encuentra un Dios que escuche al benévolo y quite el temor a los dioses para que hagan el bien? ¡Oh, teurgia ilustre! ¡Oh, purificación del alma digna de ser proclamada! donde la inmunda envidia manda más que la pura beneficencia obtiene: más bien, la falacia de los espíritus malignos debe ser evitada y detestada, y la doctrina saludable debe ser escuchada. Pues lo que aquellos que operan estas purificaciones sucias con ritos sacrílegos, como este recuerda, ven, ya sea imágenes de ángeles o de dioses maravillosamente hermosas, como si el espíritu estuviera purificado (si es que ven algo así), es lo que dice el Apóstol, que "Satanás se transfigura como ángel de luz" (II Cor. XI, 14). Porque esas son las fantasías de él, quien deseando atrapar a las almas miserables en los engañosos ritos de muchos falsos dioses, y apartarlas del verdadero culto al verdadero Dios, por el cual solo son purificadas y sanadas, como se dijo de Proteo, "Cambia de formas en todas," (Virgilio, Geórgicas, libro 4, verso 411) persiguiendo hostilmente, ayudando engañosamente, dañando en ambos casos.

CAPÍTULO XI.---Sobre la carta de Porfirio a Anebón el Egipcio, en la que pide ser instruido sobre la diversidad de los demonios.

1. Porfirio fue más sabio cuando escribió a Anebón el Egipcio, donde, similar a un consultante y buscador, revela y derriba las artes sacrílegas. Y allí, de hecho, reprueba a todos los demonios, a quienes dice que, por imprudencia, atraen el vapor húmedo, y por eso no están en el éter, sino en el aire bajo la luna, y en el mismo globo lunar: sin embargo, no se atreve a atribuir todas las falacias, malicias e ineptitudes, que con razón le molestan, a todos los demonios. Pues llama a algunos demonios benignos, según la costumbre de otros, aunque confiesa que todos son imprudentes en general. Sin embargo, se maravilla de que no solo los dioses sean atraídos por las víctimas, sino que también sean compelidos y obligados a hacer lo que los hombres quieren: y si los dioses se distinguen de los demonios por el cuerpo y la incorporeidad, cómo se debe considerar que el sol y la luna, y los demás cuerpos visibles en el cielo, que no duda que son cuerpos, sean dioses; y si son dioses, cómo se dice que algunos son benéficos y otros maléficos; y cómo se unen a los incorpóreos, siendo ellos corpóreos. También pregunta, como dudando, si en los que adivinan y hacen ciertas maravillas, las almas son más poderosas, o si vienen algunos espíritus de fuera, por los cuales pueden hacer estas cosas. Y más bien conjetura que vienen de fuera, porque, con piedras y hierbas aplicadas, atan a algunos, y abren puertas cerradas, o hacen algo así de manera maravillosa. Por lo cual dice que otros opinan que hay un cierto tipo, al que le es propio escuchar, de naturaleza engañosa, multiforme, de múltiples modos, simulando dioses y demonios y almas de los difuntos; y que esto es lo que hace todas estas cosas que parecen ser buenas o malas; pero que en cuanto a las cosas que son verdaderamente buenas, no ayuda en absoluto, sino que ni siquiera las conoce, y a veces obstaculiza y acusa a los diligentes seguidores de la virtud, y está lleno de temeridad y arrogancia, disfruta de los vapores, se deja atrapar por adulaciones, y otras cosas que, sobre este tipo de espíritus engañosos y malignos, que vienen de fuera al alma y engañan los sentidos humanos dormidos o despiertos, no afirma como si estuviera convencido, sino que lo sospecha o duda tan débilmente que dice que otros lo opinan. Pues fue difícil para un filósofo tan grande conocer o acusar con confianza a toda la sociedad diabólica, lo cual cualquier anciana cristiana no duda en conocer, y lo detesta libremente. A menos que tal vez este, y aquel a quien escribe, Anebón, como un sumo sacerdote de tales ritos, y otros admiradores de tales obras, como si fueran divinas y pertenecientes al culto de los dioses, se avergüence de ofender.

2. Sin embargo, continúa, y menciona cosas como si estuviera investigando, que, consideradas sobriamente, no pueden atribuirse sino a potestades malignas y engañosas. Pues pregunta por qué, cuando se invocan a los mejores, se manda a los peores que ejecuten los mandatos injustos del hombre: por qué no escuchan al que ha sido tocado por la lujuria, cuando ellos mismos no dudan en llevar a cualquiera a uniones incestuosas: por qué anuncian que sus sacerdotes deben abstenerse de los animales, para que no se contaminen con vapores corporales, pero ellos mismos son atraídos por otros vapores y los olores de las víctimas; y cuando el adivino es prohibido por el contacto con un cadáver, a menudo celebran esos ritos con cadáveres: qué es lo que, cuando no a un demonio o a un alma de un difunto, sino al mismo sol y luna o a cualquier celestial, un hombre sujeto a cualquier vicio les dirige amenazas, y los aterroriza falsamente, para extorsionarles la verdad. Pues también amenaza con chocar el cielo, y otras cosas similares imposibles para el hombre, para que esos dioses, como niños insensatos, aterrorizados por amenazas falsas y ridículas, hagan lo que se les manda. Dice también que un tal Chaeremon, experto en tales ritos o más bien sacrilegios, escribió que las cosas que se celebran en Egipto, ya sea sobre Isis o sobre Osiris su esposo, tienen un gran poder para obligar a los dioses a hacer lo que se les manda, cuando el que

conjura con cánticos amenaza con revelar o destruir, donde también dice aterradoramente que dispersará los miembros de Osiris, si se niegan a hacer lo que se les manda. Estas y otras cosas similares, que un hombre amenaza vanamente a los dioses, no a cualquiera, sino a los mismos celestiales y resplandecientes con luz estelar, y no sin efecto, sino obligándolos con poder violento, y llevándolos a hacer lo que quiera con estos terrores, Porfirio con razón se maravilla: más bien, bajo la apariencia de maravillarse y buscar las causas de tales cosas, da a entender que estos actos son realizados por espíritus, cuyo tipo describió anteriormente bajo la opinión de otros, no, como él puso, por naturaleza, sino por vicio engañosos, que simulan dioses y almas de los difuntos, pero no, como él dice, simulan demonios, sino que claramente lo son. Y lo que le parece que con hierbas y piedras y animales y ciertos sonidos y voces, y figuras y formaciones, y ciertos movimientos observados en la conversión del cielo y los astros, se fabrican en la tierra por los hombres potestades idóneas para ejecutar varios efectos; todo esto pertenece a esos mismos demonios engañadores de las almas sometidas a ellos, y que se complacen en exhibir burlas placenteras de los errores humanos. Por lo tanto, ya sea que Porfirio realmente dude e investigue estas cosas, sin embargo, menciona cosas por las cuales se pueden convencer y refutar, y se muestra que no pertenecen a esas potestades que nos favorecen para alcanzar la vida bienaventurada, sino a los demonios engañadores: o, para suponer lo mejor del filósofo, quiso no ofender al hombre egipcio dedicado a tales errores, y que se creía saber algo grande, con la autoridad altiva de un maestro, ni turbarlo con la altercación abierta de un adversario, sino convertirlo a pensar en estas cosas con la humildad de alguien que busca aprender, y mostrarle cuán despreciables o incluso evitables son. Finalmente, cerca del final de la carta, pide ser instruido por él sobre cuál es el camino hacia la felicidad según la sabiduría egipcia. Sin embargo, dice que aquellos cuya conversación con los dioses es para encontrar un fugitivo o adquirir una propiedad, o por matrimonios o comercio o algo similar, parecen haber cultivado la sabiduría en vano. También dice que esos mismos numina con los que conversan, aunque predigan verdaderamente sobre otras cosas, como no dan ningún consejo seguro ni suficiente sobre la felicidad, no son dioses ni demonios benévolos, sino o bien aquel que se dice engañoso, o toda invención humana.

CAPÍTULO XIII.---Sobre los milagros que el verdadero Dios realiza a través del ministerio de los santos ángeles.

Verum porque se realizan cosas tan grandes y maravillosas con estas artes, que exceden todo el alcance de la capacidad humana: ¿qué queda, sino que lo que parece predecirse o hacerse maravillosamente como por inspiración divina, y que sin embargo no se refiere al culto del único Dios, al cual adherirse simplemente, como también lo admiten los platónicos y muchos lo testifican, es el único bien beatífico, se entienda prudentemente como burlas de demonios malignos y obstáculos seductores, que deben evitarse con verdadera piedad? [XII.] Además, cualquier milagro, ya sea realizado por ángeles o de cualquier otra manera divinamente, que recomiende el culto y la religión del único Dios, en quien solo está la vida bienaventurada, debe creerse que verdaderamente es realizado por ellos o a través de ellos, quienes nos aman según la verdad y la piedad, con Dios mismo obrando en ellos. No deben ser escuchados aquellos que niegan que el Dios invisible opere milagros visibles; ya que incluso según ellos, Él hizo el mundo, que ciertamente no pueden negar que es visible. Por lo tanto, cualquier cosa maravillosa que ocurra en este mundo es ciertamente menor que todo este mundo, es decir, el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos, que ciertamente Dios hizo. Así como Él mismo que lo hizo, también el modo en que lo hizo es oculto e incomprensible para el hombre. Aunque los milagros de las naturalezas visibles se hayan vuelto comunes por la frecuencia de verlos, cuando los contemplamos sabiamente, son mayores que los más inusuales y raros. Pues todo milagro que se realiza por el hombre, el hombre mismo es un

milagro mayor. Por lo tanto, Dios, que hizo el cielo y la tierra visibles, no desdeña hacer milagros visibles en el cielo o en la tierra, con los cuales excita el alma, aún dedicada a lo visible, a adorarle a Él, el invisible: dónde y cuándo los haga, el consejo inmutable está en Él, en cuya disposición ya se han hecho los tiempos de todo lo que será. Pues moviendo lo temporal, no se mueve temporalmente; ni conoce de manera diferente lo que se hará, que lo que ya se ha hecho; ni escucha de manera diferente a los que invocan, que a los que verá invocar. Pues incluso cuando sus ángeles escuchan, Él escucha en ellos, como en su verdadero templo, no hecho por manos, como en sus santos hombres; y sus mandatos se cumplen temporalmente, vistos por su ley eterna.

CAPÍTULO XIII.---Del Dios invisible, que a menudo se ha mostrado visible, no según lo que es, sino según lo que podían soportar los que lo veían.

No debe sorprender que, siendo invisible, se recuerde que a menudo apareció visiblemente a los Padres. Pues así como el sonido por el cual se escucha una sentencia establecida en el silencio de la inteligencia no es lo mismo que la sentencia misma; así también la apariencia por la cual Dios fue visto, establecido en su naturaleza invisible, no era lo que Él mismo es. Sin embargo, Él mismo era visto en esa apariencia corporal, así como la sentencia misma se escucha en el sonido de la voz: ni ellos ignoraban que veían al Dios invisible en una apariencia corporal, que Él no era. Pues Moisés hablaba con Él, y sin embargo le decía: "Si he hallado gracia ante ti, muéstrame tu rostro, para que te conozca" (Éxodo 33, 13). Por lo tanto, cuando era necesario que la ley de Dios se diera terriblemente en los edictos de los ángeles, no a un solo hombre o a unos pocos sabios, sino a toda la nación y a un gran pueblo, grandes cosas se hicieron ante el mismo pueblo en el monte, donde la ley fue dada por uno, mientras la multitud contemplaba las cosas temibles y aterradoras que sucedían. Pues el pueblo de Israel no creyó a Moisés como los lacedemonios a su Licurgo, que había recibido las leyes que estableció de Júpiter o Apolo. Cuando la ley fue dada al pueblo, en la cual se ordenaba adorar a un solo Dios, en presencia del mismo pueblo, tanto como la divina providencia juzgó suficiente, aparecieron señales y movimientos maravillosos de las cosas, para servir al Creador en la entrega de esa misma ley.

CAPÍTULO XIV.---Del culto al único Dios, no solo por los beneficios eternos, sino también por los temporales, ya que todo está bajo el poder de su providencia.

Así como la correcta educación de un solo hombre, así también la del género humano, que pertenece al pueblo de Dios, ha progresado a través de ciertos momentos del tiempo, como si fueran edades, para que se eleve de lo temporal a lo eterno y de lo visible a lo invisible; de tal manera que incluso en aquel tiempo en que se prometían divinamente recompensas visibles, se recomendaba adorar a un solo Dios, para que la mente humana no se sometiera a nadie más que al verdadero Creador y Señor del alma, incluso por los beneficios terrenales de la vida transitoria. Pues cualquiera que niegue que todo lo que los ángeles o los hombres pueden otorgar a los hombres está bajo el poder del único Omnipotente, está loco. Plotino, el platónico, ciertamente discute sobre la providencia, y demuestra que se extiende desde el Dios supremo, cuya belleza es inteligible e inefable, hasta estas cosas terrenales y bajas, con la belleza de las flores y las hojas: afirma que todas estas cosas, como añadidas y que perecen rápidamente, no podrían tener los números más decorosos de sus formas, a menos que se formaran de donde la forma inteligible e inmutable, que tiene todo a la vez, permanece (Enéadas 3, libro 2, capítulo 13). Esto lo mostró el Señor Jesús cuando dijo: "Considerad los lirios del campo, no trabajan ni hilan. Pero os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Y si Dios viste así la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?" (Mateo 6, 28-30). Por lo tanto, el alma

humana, aún débil por los deseos terrenales, se acostumbra a esperar incluso esos bienes bajos y terrenales necesarios para esta vida transitoria, que temporalmente desea, y que deben ser despreciados en comparación con los beneficios eternos de aquella vida, solo de un Dios, para que no se aparte de su culto incluso en el deseo de estos, y llegue a Él por el desprecio de ellos y el alejamiento de ellos.

CAPÍTULO XV.---Del ministerio de los santos ángeles, que sirven a la providencia de Dios.

Así, pues, la divina providencia ha ordenado el curso de los tiempos, como he dicho, y se lee en los Hechos de los Apóstoles, que la ley fue dada en los edictos de los ángeles sobre el culto del único Dios verdadero (Hechos 7, 53), en los cuales también la persona del mismo Dios, no ciertamente por su sustancia, que siempre permanece invisible a los ojos corruptibles, sino por ciertos indicios a través de la criatura sujeta al Creador, aparecía visiblemente, y hablaba sílaba por sílaba con las voces de las lenguas humanas a través de las transitorias pausas del tiempo, quien en su naturaleza no habla corporalmente, sino espiritualmente; no sensiblemente, sino inteligiblemente; no temporalmente, sino, por así decirlo, eternamente, sin comenzar a hablar ni dejar de hacerlo: lo que sus ministros y mensajeros, que disfrutan de su verdad inmutable, escuchan más sinceramente, no con el oído del cuerpo, sino con la mente; y lo que oyen que debe hacerse de maneras inefables, y llevarse hasta estas cosas visibles y sensibles, lo realizan sin vacilación ni dificultad. Esta ley fue dada en la distribución de los tiempos, que primero tendría, como se ha dicho, promesas terrenales, que sin embargo significarían las eternas, que muchos celebrarían con sacramentos visibles, pero pocos entenderían. Sin embargo, el culto del único Dios se ordena allí con la más clara testificación de todas las voces y cosas, no de uno de la multitud, sino de quien hizo el cielo y la tierra, y toda alma, y todo espíritu que no es lo que Él mismo es. Él hizo, estas cosas fueron hechas: y para que sean y estén bien, necesitan de aquel por quien fueron hechas.

CAPÍTULO XVI.---Si se debe creer a los ángeles que exigen ser adorados con honor divino para obtener la vida bienaventurada, o a aquellos que ordenan servir con religión santa solo al único Dios.

1. ¿A qué ángeles, pues, creemos que se debe sobre la vida bienaventurada y eterna? ¿A aquellos que quieren ser adorados con ritos religiosos, exigiendo que se les ofrezcan sacrificios y ofrendas sagradas por los mortales; o a aquellos que dicen que todo este culto debe ser debido al único Dios creador de todo, y ordenan que se le rinda con verdadera piedad, de cuya contemplación ellos mismos son bienaventurados, y prometen que nosotros también lo seremos? Pues esa visión de Dios es una visión de tanta belleza, y tan digna de amor, que sin ella, aunque uno esté dotado y abundante en cualquier otro bien, Plotino no duda en llamarlo el más infeliz (Enéadas 1, libro 6, capítulo 7). Por lo tanto, cuando algunos ángeles nos incitan con señales maravillosas a adorar a este único, y otros a ellos mismos; y esto de tal manera que aquellos prohíben adorar a estos, pero estos no se atreven a prohibir adorar a aquel; que respondan los platónicos, que respondan los filósofos, que respondan los teurgos, o más bien los perjurios: pues todas esas artes son más dignas de ese nombre. Finalmente, que respondan los hombres, si algún sentido de su naturaleza, por el cual fueron creados racionales, vive en alguna parte de ellos: que respondan, digo, si se debe sacrificar a los dioses o ángeles que ordenan que se les sacrifique, o a aquel único, a quien ordenan aquellos que prohíben tanto a sí mismos como a estos; si ni aquellos ni estos hicieran milagros, sino que solo ordenaran, unos que se les sacrificara, otros que lo prohibieran, pero ordenaran solo a Dios; la misma piedad debería discernir suficientemente qué de esto desciende de la arrogancia del orgullo, y qué de la verdadera religión. Diré aún más: si solo

aquellos que exigen sacrificios para sí mismos movieran las mentes humanas con hechos maravillosos, y aquellos que lo prohíben, y ordenan sacrificar solo a un Dios, no se dignaran hacer estos milagros visibles; ciertamente, no con el sentido del cuerpo, sino con la razón de la mente, su autoridad debería ser preferida: pero como Dios ha hecho esto para recomendar las palabras de su verdad, para que a través de estos mensajeros inmortales, no proclamando su propia arrogancia, sino la majestad de aquel, hiciera milagros mayores, más ciertos, más claros, para que los piadosos débiles no fueran más fácilmente persuadidos por aquellos que exigen sacrificios para sí mismos, una religión falsa, porque mostraban algunas cosas asombrosas a sus sentidos; ¿a quién le gustaría ser tan insensato, que no elija seguir la verdad, donde también encuentra cosas más grandes que admirar?

2. Pues aquellos milagros de los dioses gentiles, que la historia recomienda, no digo aquellos que en intervalos de tiempo ocultos por las causas del mismo mundo, sin embargo, bajo la divina providencia establecidas y ordenadas, ocurren monstruosamente; tales como los partos inusuales de animales, y las caras inusuales de las cosas en el cielo y la tierra, ya sea solo aterradoras, o incluso dañinas, que se dice que se mitigan y procuran con los ritos demoníacos por su astucia más engañosa: sino que digo aquellos que evidentemente parecen hacerse por su fuerza y poder, como es el caso de las imágenes de los dioses Penates que Eneas llevó de Troya al huir, que se dice que se trasladaron de un lugar a otro; que Tarquinio cortó una piedra de afilar con una navaja; que la serpiente de Epidauro se unió a Esculapio navegando hacia Roma; que el barco que llevaba la imagen de la madre frigia, inmovilizado por los grandes esfuerzos de hombres y bueyes, una mujer sola, atada con su cinturón, como testimonio de su castidad, lo movió y arrastró; que una virgen vestal, sobre cuya corrupción se discutía, llenó un colador de agua del Tíber, sin que se derramara, y resolvió la controversia. Estos y otros similares no deben compararse en virtud y magnitud con aquellos que leemos que se hicieron en el pueblo de Dios: cuánto menos con aquellos que también las leyes de esos mismos pueblos, que adoraron tales dioses, juzgaron que debían prohibirse y castigarse, es decir, la magia o la teurgia, la mayoría de las cuales engañan los sentidos de los mortales con una apariencia imaginaria, como es el caso de hacer descender la luna, hasta que, como dice Lucano, "despuma más cerca de las hierbas" (Farsalia, libro 6, verso 503); algunas, sin embargo, aunque puedan parecer iguales en obra a algunos hechos de los piadosos, el mismo fin por el cual se distinguen, muestra incomparablemente que estos nuestros son más excelentes. Pues a aquellos muchos menos deben ser adorados con sacrificios, cuanto más los exigen: a estos, sin embargo, se les recomienda un solo Dios, que demuestra que no necesita tales cosas, tanto por el testimonio de sus Escrituras como por la posterior eliminación de esos mismos sacrificios. Si, por lo tanto, los ángeles exigen sacrificio para sí mismos, deben ser preferidos aquellos que no lo exigen para sí mismos, sino para Dios creador de todo, a quien sirven. Pues de esta manera muestran cuánto nos aman sinceramente, cuando a través del sacrificio no quieren que nos sometamos a ellos, sino a aquel cuya contemplación los hace bienaventurados, y prometen que nosotros también lo seremos, a quien ellos no han dejado. Pero si los ángeles que no quieren que se les sacrifique a uno, sino a muchos, no quieren que se les sacrifique a ellos, sino a los dioses de los cuales son ángeles; incluso así deben ser preferidos aquellos que son ángeles del único Dios de los dioses, a quien ordenan que se le sacrifique, de tal manera que prohíben hacerlo a cualquier otro; ya que ninguno de ellos prohíbe a aquel a quien estos ordenan que se le sacrifique. Pero si, lo que más indica su engañosa arrogancia, no son ángeles buenos, ni de dioses buenos, sino demonios malignos, que no quieren que se les sacrifique a un solo Dios supremo, sino a ellos mismos; ¿qué mayor protección que la del único Dios debe elegirse contra ellos, a quien sirven los ángeles buenos, que no ordenan que se le sirva con sacrificio a ellos, sino a Él, de quien nosotros mismos debemos ser el sacrificio?

CAPÍTULO XVII.---Del arca del Testamento y los milagros de las señales, que fueron hechos divinamente para recomendar la autoridad de la Ley y la promesa.

Por lo tanto, la ley de Dios, que fue dada en los edictos de los ángeles, en la cual se ordenó adorar al único Dios de los dioses con la religión de los sagrados, y se prohibieron todos los demás, fue colocada en el Arca, que fue llamada el Arca del Testimonio. Con este nombre se significa suficientemente que no se acostumbra a encerrar o contener a Dios, que fue adorado a través de todas esas cosas, en un lugar, cuando sus respuestas y ciertas señales se daban a los sentidos humanos desde el lugar de esa Arca, sino que se daban testimonios de su voluntad. Lo que también era la ley misma escrita en tablas de piedra, y colocada en el Arca, como he dicho; que durante el tiempo de la peregrinación en el desierto, junto con el Tabernáculo que fue llamado de manera similar el Tabernáculo del Testimonio, los sacerdotes la llevaban con la debida veneración: y era una señal, que durante el día aparecía una nube, que brillaba como fuego por la noche (Éxodo 13, 21); y cuando la nube se movía, los campamentos se movían; y donde se detenía, se establecían los campamentos (Éxodo 40, 34-35). Sin embargo, se dieron grandes testimonios de milagros a esa ley, además de los que he mencionado, y además de las voces que se emitían desde el lugar de esa Arca. Pues cuando la misma Arca cruzaba el Jordán al entrar en la tierra de la promesa, el río, deteniéndose en la parte superior y fluyendo en la inferior, proporcionó un lugar seco para que ellos y el pueblo cruzaran (Josué 3, 16-17). Luego, la ciudad que primero se encontró hostil, adorando a muchos dioses según la costumbre de los gentiles, fue rodeada siete veces por la misma Arca, y sus muros cayeron de repente, sin ser atacados por mano alguna, ni golpeados por ariete alguno (Josué 6, 20). Después de esto, incluso cuando ya estaban en la tierra de la promesa, y la misma Arca había sido capturada por los enemigos debido a sus pecados, aquellos que la capturaron, la colocaron honorablemente en el templo de su dios, a quien adoraban sobre los demás, y al día siguiente, al abrirlo, encontraron la imagen a la que adoraban caída y deformemente rota. Luego, impulsados por prodigios y castigados más severamente, devolvieron el Arca del testimonio divino al pueblo de donde la habían capturado. ¿Y cómo fue esa devolución? La colocaron en un carro, y le unieron vacas, de las cuales habían separado a los terneros que amamantaban, y las dejaron ir a donde quisieran, deseando también explorar el poder divino. Pero ellas, sin guía ni conductor humano, avanzaron obstinadamente hacia los hebreos, sin ser llamadas por los mugidos de sus hijos hambrientos, y devolvieron un gran sacramento a sus adoradores (1 Samuel 4-6). Estas y cosas similares son pequeñas para Dios, pero grandes para aterrorizar y educar saludablemente a los mortales. Pues si los filósofos, y especialmente los platónicos, son alabados por haber sido más sabios que los demás, como mencioné antes, porque enseñaron que la divina providencia también administra estas cosas débiles y terrenales, con el testimonio de las numerosas bellezas, que no solo se encuentran en los cuerpos de los animales, sino también en las hierbas y el heno: cuánto más evidentemente atestiguan estas cosas la divinidad, que se hacen para la proclamación de su religión, que prohíbe sacrificar a todos los celestiales, terrenales e infernales, ordenando solo a Dios, quien solo hace bienaventurados a los que ama y es amado, y fijando los tiempos de esos sacrificios, prediciendo que serán cambiados por un mejor sacerdote, y testificando que no los desea, sino que a través de ellos significa otros más importantes; no para ser exaltado por estos honores, sino para que nosotros, encendidos por el fuego de su amor, nos excitemos a adorarlo y adherirnos a Él, lo cual es un bien para nosotros, no para Él.

CAPÍTULO XVIII.---Contra aquellos que niegan que se debe creer en los Libros eclesiásticos sobre los milagros con los que el pueblo de Dios fue educado.

¿Dirá alguien que estos milagros son falsos, que no ocurrieron, sino que fueron escritos de manera mendaz? Quienquiera que diga esto, si niega que se deba creer en absoluto en ningún escrito sobre estos asuntos, también puede decir que ningún dios se preocupa por los asuntos mortales. Pues no se persuadieron de ser adorados de otra manera, sino por los efectos de obras maravillosas, de las cuales la historia de las naciones es testigo, y cuyos dioses pudieron mostrarse más como maravillosos que útiles. Por lo tanto, en esta obra nuestra, de la cual ya tenemos este décimo libro en nuestras manos, no hemos asumido refutar a aquellos que niegan que haya alguna fuerza divina, o que afirman que no se preocupan por los asuntos humanos; sino a aquellos que prefieren a sus dioses sobre nuestro Dios, el creador de la santa y gloriosísima ciudad, sin saber que Él mismo es también el creador invisible e inmutable de este mundo visible y mutable, y el dador más verdadero de la vida bienaventurada, no de las cosas que creó, sino de sí mismo. Pues su profeta más veraz dijo: "Pero para mí, el bien es adherirme a Dios" (Salmo 72, 28). Porque entre los filósofos se busca el fin del bien, al cual deben referirse todos los deberes para alcanzarlo. Y este no dijo: "Pero para mí, el bien es abundar en riquezas"; o "ser distinguido con púrpura y cetro, o sobresalir con diadema"; o, lo que algunos incluso de los filósofos no se avergonzaron de decir, "Para mí, el placer del cuerpo es el bien"; o, lo que parecieron decir mejor los que se consideraron mejores, "Para mí, la virtud de mi alma es el bien": sino que dijo: "Para mí, adherirme a Dios es el bien". Esto le enseñó aquel a quien los santos ángeles también advirtieron que solo a Él se debe sacrificar, incluso con la atestación de sus milagros. Por lo tanto, él mismo se había convertido en su sacrificio, encendido por su fuego inteligible, y llevado con santo deseo a su inefable e incorpóreo abrazo. Pero si los adoradores de muchos dioses (cualesquiera que consideren que son sus dioses) creen que los milagros fueron hechos por ellos, ya sea por las historias de asuntos civiles, o por libros mágicos, o, lo que consideran más honesto, por los teúrgicos; ¿qué razón hay para que no quieran creer en esas Escrituras, que estos hechos ocurrieron, a las cuales se debe tanta mayor fe cuanto más grande es aquel sobre todos, a quien solo se manda sacrificar?

CAPÍTULO XIX.---Cuál es la razón del sacrificio visible, que la verdadera religión enseña que debe ofrecerse al único Dios verdadero e invisible.

Pero aquellos que piensan que estos sacrificios visibles son apropiados para otros dioses, y que al verdadero, como invisible, le corresponden los invisibles, y los mayores al mayor, y los mejores al mejor, como son los deberes de una mente pura y una buena voluntad; ciertamente no saben que estos son signos de aquellos, como las palabras sonoras son signos de las cosas. Por lo tanto, así como orando y alabando dirigimos las voces significantes a aquel a quien ofrecemos en el corazón las cosas mismas que significamos: así, sacrificando, no debemos saber que el sacrificio visible debe ofrecerse a otro que no sea aquel de quien en nuestros corazones debemos ser nosotros mismos el sacrificio invisible. Entonces nos favorecen, se alegran con nosotros, y nos ayudan en esto mismo según sus fuerzas los ángeles y las virtudes superiores, y los más poderosos en bondad y piedad. Pero si quisiéramos ofrecerles estas cosas, no las aceptan de buen grado, y cuando son enviados a los hombres de tal manera que su presencia se siente, lo prohíben abiertamente. Hay ejemplos en las Escrituras sagradas. Algunos pensaron que se debía rendir honor a los ángeles, ya sea adorando o sacrificando, lo que se debe a Dios, y fueron advertidos por su amonestación, y se les ordenó ofrecer esto a aquel a quien saben que es lícito hacerlo (Jueces 13, 16; Apocalipsis 22, 8, 9). Los santos ángeles también fueron imitados por los santos hombres de Dios. Pues Pablo y Bernabé en Listra, después de realizar un milagro de sanidad, fueron considerados dioses, y los licaonios quisieron ofrecerles sacrificios; lo cual, apartándolo de sí con humilde piedad, les anunciaron a Dios en quien creían (Hechos 14). Y no por otra razón esos

engañosos lo exigen con soberbia para sí, sino porque saben que se debe al verdadero Dios. Pues no es verdad, como dice Porfirio y algunos piensan, que se deleitan con los humos de los cadáveres, sino con los honores divinos. Tienen abundante suministro de humos por todas partes, y si quisieran más, podrían proporcionárselos ellos mismos. Por lo tanto, los espíritus que se arrogan la divinidad no se deleitan con el humo de cualquier cuerpo, sino con el alma del suplicante, a quien, engañada y sometida, dominan, cerrando el camino al verdadero Dios, para que el hombre no sea su sacrificio, mientras se sacrifica a cualquiera que no sea él.

CAPÍTULO XX.---Del supremo y verdadero sacrificio, que el mismo Mediador de Dios y de los hombres se convirtió.

Por lo tanto, el verdadero Mediador, en cuanto tomando la forma de siervo se convirtió en mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, cuando en la forma de Dios toma el sacrificio con el Padre, con quien es un solo Dios, sin embargo, en la forma de siervo prefirió ser el sacrificio que tomarlo, para que nadie pensara que se debía sacrificar a cualquier criatura. Por esto también es sacerdote, él mismo ofreciendo, él mismo también la ofrenda. Quiso que el sacramento de esto fuera el sacrificio diario de la Iglesia: que siendo el cuerpo de su misma cabeza, aprende a ofrecerse a sí misma por medio de él. Los sacrificios antiguos de los santos eran múltiples y variados signos de este verdadero sacrificio, cuando este único se figuraba a través de muchos, como si una sola cosa se dijera con muchas palabras, para que se recomendara mucho sin fastidio. A este supremo y verdadero sacrificio cedieron todos los falsos sacrificios.

CAPÍTULO XXI.---Del modo en que se da poder a los demonios para glorificar a los santos mediante la tolerancia de las pasiones, quienes vencieron a los espíritus aéreos no apaciguándolos, sino permaneciendo en Dios.

En tiempos moderados y predefinidos, también se permitió poder a los demonios, para que, excitando a los hombres que poseen, ejercieran tiránicamente enemistades contra la ciudad de Dios, y tomaran sacrificios no solo de los que los ofrecen, y los buscaran de los que quieren, sino que también los extorsionaran violentamente de los que no quieren, persiguiéndolos. Esto no solo no es perjudicial, sino que también se encuentra útil para la Iglesia, para que se complete el número de mártires, a quienes la ciudad de Dios tiene como ciudadanos tanto más ilustres y honorables cuanto más valientemente luchan contra el pecado de la impiedad, incluso hasta la sangre. A estos, mucho más elegantemente, si la costumbre de hablar eclesiástica lo permitiera, los llamaríamos nuestros Héroes. Pues se dice que este nombre se deriva de Juno, que en griego se llama Hera; y por eso, según las fábulas griegas, no sé qué hijo suyo fue llamado Héroe: esto, evidentemente, significando mística la fábula, que el aire se asigna a Juno, donde quieren que habiten con los demonios los héroes, con cuyo nombre llaman a las almas de los difuntos de algún mérito. Pero al contrario, nuestros mártires serían llamados héroes, si, como dije, lo permitiera el uso del lenguaje eclesiástico; no porque tengan sociedad con los demonios en el aire, sino porque vencen a esos mismos demonios, es decir, a las potestades aéreas; y en ellos, a la misma Juno, lo que sea que se piense que significa, que no del todo inconvenientemente es introducida por los poetas como enemiga de las virtudes, y envidiosa de los hombres valientes que buscan el cielo. Pero nuevamente, Virgilio sucumbe infeliz y cede a ella, de modo que cuando en él ella dice: "¡Soy vencida por Eneas!" (Eneida, libro 7, verso 310), advierte a Eneas, como con un consejo religioso, y dice: "Canta votos a Juno con gusto, y supera a la poderosa señora con dones suplicantes" (Eneida, libro 3, versos 438, 439). De esta opinión, Porfirio, aunque no de su propio juicio, sino del de otros, dice que un buen dios o genio no viene al hombre, a menos que el malo haya sido antes apaciguado: como si las malas deidades fueran más fuertes entre ellos que las buenas; ya que

las malas impiden las ayudas de las buenas, a menos que, apaciguadas, les den lugar, y las buenas no pueden beneficiar a los que no quieren, pero las malas pueden dañar a los que no pueden resistirlas. Esta no es la vía de la verdadera y verdaderamente santa religión: no así nuestros mártires vencen a Juno, es decir, a las potestades aéreas envidiosas de las virtudes de los piadosos. No en absoluto, si pudiera decirse comúnmente, nuestros héroes superan a Hera no con dones suplicantes, sino con virtudes divinas. Pues más apropiadamente se llamó a Escipión Africano, porque venció a África con virtud, que si hubiera apaciguado a los enemigos con dones para que perdonaran.

CAPÍTULO XXII.---De dónde viene el poder de los santos contra los demonios, y de dónde la verdadera purificación del corazón.

Con verdadera piedad, los hombres de Dios expulsan exorcizando el poder aéreo enemigo y contrario a la piedad, no apaciguándolo; y vencen todas sus tentaciones de adversidad orando, no a él, sino a su Dios contra él. Pues no vence ni somete a nadie, sino por la sociedad del pecado. Por lo tanto, en su nombre es vencido, quien asumió al hombre, y actuó sin pecado, para que en él, sacerdote y sacrificio, se hiciera la remisión de los pecados, es decir, por el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Cristo Jesús, por quien, hecha la purgación de los pecados, somos reconciliados con Dios. Pues no son los hombres separados de Dios sino por los pecados, cuya purgación en esta vida no se hace por nuestra virtud, sino por la misericordia divina; por su indulgencia, no por nuestro poder. Porque incluso esa pequeña virtud que se llama nuestra, nos es concedida por su bondad. Sin embargo, nos atribuiríamos mucho en esta carne, si viviéramos bajo perdón hasta su deposición. Por lo tanto, nos fue otorgada la gracia por el Mediador, para que, contaminados por la carne del pecado, fuéramos limpiados por la semejanza de la carne del pecado. Por esta gracia de Dios, en la que mostró su gran misericordia hacia nosotros, en esta vida somos gobernados por la fe, y después de esta vida, por la misma visión de la verdad inmutable, seremos llevados a la perfección más plena.

CAPÍTULO XXIII.---De los principios en los que los platónicos profesan que está la purificación del alma.

Porfirio también dice que se respondió en oráculos divinos que no somos purificados por los ritos de la luna y el sol: para que de aquí se mostrara que ningún rito de los dioses puede purificar al hombre. Pues, ¿qué ritos purifican, si los del sol y la luna no purifican, a quienes tienen entre los dioses celestiales como los principales? Finalmente, dice que en el mismo oráculo se expresó que los principios pueden purificar; no sea que, cuando se dijo que no purifican los ritos del sol y la luna, se creyera que los ritos de algún otro dios de la multitud valen para purificar. Pero, ¿cuáles dice que son los principios como platónico, lo sabemos. Pues dice que Dios Padre y Dios Hijo, a quien llama en griego el intelecto paterno, o la mente paterna: sobre el Espíritu Santo, o no dice nada, o no dice algo abiertamente: aunque no entiendo a quién más llama el medio de estos. Pues si, como Plotino, cuando disputa sobre las tres sustancias principales, quisiera que se entendiera la naturaleza del alma, no diría el medio de estos, es decir, el medio del Padre y del Hijo. Pues Plotino pospone la naturaleza del alma al intelecto paterno: pero este, cuando dice el medio, no lo pospone, sino que lo interpone. Y ciertamente dijo esto como pudo, o como quiso, lo que nosotros decimos del Espíritu Santo, que no es solo del Padre, ni solo del Hijo, sino el Espíritu de ambos. Pues los filósofos hablan con palabras libres, y no temen ofender los oídos religiosos en cosas muy difíciles de entender. Pero a nosotros nos es lícito hablar según una regla cierta, para que la libertad de las palabras no genere una opinión impía sobre las cosas que estas significan.

CAPÍTULO XXIV.---Del único y verdadero principio, que solo purga y renueva la naturaleza humana.

Por lo tanto, no decimos dos o tres principios, cuando hablamos de Dios, así como no nos es lícito decir dos dioses o tres: aunque hablando de cada uno, ya sea del Padre, o del Hijo, o del Espíritu Santo, confesamos que cada uno es Dios; pero no decimos, sin embargo, como los herejes sabelianos, que el mismo es el Padre, que es también el Hijo, y el mismo Espíritu Santo, que es el Padre y el Hijo; sino que el Padre es el Padre del Hijo, y el Hijo es el Hijo del Padre, y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo no es ni el Padre ni el Hijo. Por lo tanto, se dijo verdaderamente que el hombre no se purifica sino por el principio, aunque en plural se hayan dicho principios entre ellos. Pero Porfirio, sometido a potestades envidiosas, de las cuales se avergonzaba, y temía reprenderlas libremente, no quiso entender que el Señor Cristo es el principio, por cuya encarnación somos purificados. Pues en la misma carne lo despreció, que asumió para el sacrificio de nuestra purgación; no entendiendo el gran sacramento con esa soberbia, que él mismo verdadero y benigno Mediador derribó con su humildad, mostrándose en esa mortalidad a los mortales, que los mediadores malignos y engañosos, al no tener, se elevaron más soberbiamente, y prometieron a los miserables hombres una ayuda engañosa como inmortales a mortales. Por lo tanto, el buen y verdadero Mediador mostró que el pecado es malo, no la sustancia o naturaleza de la carne; que con el alma del hombre puede ser asumida sin pecado, y tenerse, y ser depuesta por la muerte, y ser cambiada en mejor por la resurrección: ni la misma muerte, aunque sea el castigo del pecado, que sin embargo él pagó por nosotros sin pecado, debe ser evitada pecando; sino más bien, si se da la oportunidad, debe ser soportada por la justicia. Pues pudo expiar los pecados muriendo, porque murió, y no por su pecado. Este platónico no reconoció que él es el principio; pues lo reconocería purgatorio. Pues ni la carne es el principio, ni el alma humana; sino el Verbo por el cual todas las cosas fueron hechas. Por lo tanto, la carne no purifica por sí misma, sino por el Verbo que fue asumido, cuando el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 14). Pues hablando mística de su carne que debía ser comida, cuando los que no entendieron se ofendieron y se retiraron, diciendo: "Dura es esta palabra, ¿quién puede oírla?" respondió a los demás que permanecieron: "El Espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha nada" (Juan 6, 61, 64). Por lo tanto, el principio, habiendo asumido el alma y la carne, purifica el alma de los creyentes y la carne. Por eso, cuando los judíos preguntaban quién era, respondió que él era el principio (Juan 8, 25). Lo cual ciertamente no podríamos percibir, siendo carnales, débiles, sujetos a pecados, y envueltos en las tinieblas de la ignorancia, a menos que fuéramos purificados y sanados por él, por lo que éramos y no éramos. Pues éramos hombres, pero no éramos justos: en su encarnación, sin embargo, la naturaleza humana era, pero justa, no pecadora. Esta es la mediación, por la cual se extendió la mano a los caídos y yacentes: esta es la semilla dispuesta por los ángeles, en cuyos edictos también se daba la ley (Gálatas 3, 19), por la cual se mandaba adorar a un solo Dios, y se prometía que este Mediador vendría.

CAPÍTULO XXV.---Todos los santos, tanto en el tiempo de la Ley como en los siglos anteriores, fueron justificados en el sacramento y la fe de Cristo.

La fe en este sacramento permitió también a los justos antiguos purificarse viviendo piadosamente, no solo antes de que la ley fuera dada al pueblo hebreo (pues Dios o los ángeles no les faltaron como predicadores), sino también en los tiempos de la misma ley, aunque pareciera tener promesas carnales en figuras de cosas espirituales, por lo cual se llama Antiguo Testamento. Pues también había profetas entonces, por medio de los cuales, al igual que por los ángeles, se predicaba la misma promesa: y de su número era aquel cuya sentencia

tan grande y divina sobre el fin del bien humano mencioné poco antes, "Pero para mí, el bien es adherirme a Dios". En este salmo claramente se declara la distinción de los dos Testamentos, llamados antiguo y nuevo. Por las promesas carnales y terrenales, al ver que los impíos abundaban en ellas, dice que sus pies casi se movieron, y sus pasos casi se deslizaron, como si hubiera servido a Dios en vano, al ver florecer a sus despreciadores con la felicidad que esperaba de Él; y que se esforzó en la investigación de esta cuestión, queriendo entender por qué era así, hasta que entró en el santuario de Dios y comprendió el final de aquellos que parecían felices al errante. Entonces entendió que en lo que se exaltaron, como dice, fueron derribados, y desfallecieron y perecieron por sus iniquidades; y toda aquella cumbre de felicidad temporal les fue hecha como un sueño del que despierta, quien de repente se encuentra despojado de sus engañosos gozos soñados. Y puesto que en esta tierra o ciudad terrena se consideraban grandes, dice: "Señor, en tu ciudad reducirás su imagen a nada". Lo que le fue útil, incluso en lo terrenal, fue buscarlo solo del verdadero Dios, en cuyo poder están todas las cosas, lo muestra suficientemente cuando dice: "Me he vuelto como una bestia ante ti, y yo siempre contigo". Dijo "como una bestia", ciertamente no entendiendo. Pues debí desear de ti cosas que no pueden ser comunes con los impíos; no aquellas que, al verlos abundar en ellas, pensé que había servido en vano, cuando también ellos las tenían, quienes no quisieron servirte. Sin embargo, "yo siempre contigo", quien incluso en el deseo de tales cosas no busqué otros dioses. Y por esto sigue: "Sostuviste la mano de mi derecha, y en tu voluntad me guiaste, y con gloria me recibiste": como si todo aquello perteneciera a la izquierda, al ver que abundaba entre los impíos, casi colapsó. Pues, ¿qué tengo yo en el cielo? y de ti, ¿qué he deseado sobre la tierra? Se reprende a sí mismo, y justamente se desagrada: porque teniendo un bien tan grande en el cielo (que después entendió), buscó de su Dios en la tierra una felicidad transitoria, frágil y de alguna manera de barro. "Mi corazón y mi carne desfallecieron, Dios de mi corazón": desfallecimiento ciertamente bueno de lo inferior a lo superior. De donde en otro salmo se dice: "Mi alma anhela y desfallece en los atrios del Señor" (Salmo 83, 3). También en otro: "Mi alma desfallece en tu salvación" (Salmo 118, 81). Sin embargo, habiendo dicho de ambos, es decir, del corazón y de la carne desfalleciendo, no añadió, Dios de mi corazón y mi carne; sino, "Dios de mi corazón". Pues por el corazón se purifica la carne. De donde dice el Señor: "Limpia lo que está dentro, y lo que está fuera será limpio" (Mateo 23, 26). Luego dice que su parte es Dios mismo, no algo de Él, sino Él mismo: "Dios de mi corazón, y mi parte es Dios para siempre": que entre muchas cosas que los hombres eligen, Él le pareció digno de ser elegido. Porque, dice, "he aquí, los que se alejan de ti perecerán: has destruido a todo el que se prostituye lejos de ti"; esto es, quien quiere ser el prostíbulo de muchos dioses. De donde sigue aquello, por lo cual también se consideró necesario decir lo demás del mismo salmo: "Pero para mí, adherirme a Dios es bueno": no ir lejos, no prostituirse por muchos. Adherirse a Dios será perfecto cuando todo lo que debe ser liberado, sea liberado. Ahora bien, se hace lo que sigue: "Poner mi esperanza en Dios". Pues la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? dice el Apóstol. Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Romanos 8, 24-25). En esta esperanza ahora constituidos, hagamos lo que sigue, y seamos también nosotros, según nuestra medida, ángeles de Dios, es decir, sus mensajeros, anunciando su voluntad, y alabando su gloria y gracia. De donde, habiendo dicho, "Poner mi esperanza en Dios: para anunciar", dice, "todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sion" (Salmo 72). Esta es la ciudad gloriosísima de Dios; esta conoce y adora a un solo Dios: esta fue anunciada por los santos ángeles, quienes nos invitaron a su sociedad, y quisieron que fuéramos sus conciudadanos en ella; a quienes no les agrada que los adoremos como nuestros dioses, sino con ellos y de ellos y nuestro Dios; ni que les sacrifiquemos, sino que con ellos seamos sacrificio a Dios. Por tanto, sin que nadie dude, quien considera esto dejando de lado la obstinación maligna, todos los inmortales bienaventurados, que no nos

envidian (pues si envidiaran, no serían bienaventurados), sino que más bien nos aman, para que también nosotros seamos bienaventurados con ellos; nos favorecen más, nos ayudan más, cuando adoramos con ellos a un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que si los adoráramos a ellos mismos mediante sacrificios.

CAPÍTULO XXVI.---De la inconstancia de Porfirio, fluctuando entre la confesión del verdadero Dios y el culto a los demonios.

No sé cómo (según me parece) Porfirio se avergonzaba de sus amigos teurgos. Pues de alguna manera saboreaba estas cosas, pero no defendía libremente contra el culto de muchos dioses. Y también dijo que hay otros ángeles, que descendiendo abajo anuncian cosas divinas a los hombres teúrgicos; pero otros que en la tierra declaran las cosas del Padre, y su altura y profundidad. ¿Acaso debemos creer que estos ángeles, cuyo ministerio es declarar la voluntad del Padre, quieren que nos sometamos a alguien que no sea aquel cuya voluntad nos anuncian? Por lo cual también el mismo Platónico advierte muy bien, que debemos imitarlos más bien que invocarlos. Por tanto, no debemos temer, que los inmortales y bienaventurados sometidos a un solo Dios se ofendan si no les sacrificamos. Pues lo que saben que solo se debe al único verdadero Dios, al cual también ellos adhiriéndose son bienaventurados, sin duda no quieren que se les ofrezca ni por ninguna figura significativa, ni por la misma cosa que se significa con los sacramentos. Esta es la arrogancia de los demonios soberbios y miserables, de los cuales es muy diferente la piedad de los sometidos a Dios, y no de otro modo que adhiriéndose a Él son bienaventurados. Para percibir este bien, también a nosotros nos conviene que nos favorezcan con sincera benignidad, y no se arroguen para sí que nos sometamos a ellos; sino que anuncien a aquel bajo el cual nos unamos a ellos en paz. ¿Por qué aún tiemblas, oh filósofo, de tener una voz libre contra las potestades envidiosas de las verdaderas virtudes y dones del verdadero Dios? Ya has distinguido a los ángeles que anuncian la voluntad del Padre, de aquellos ángeles que descienden a los hombres teúrgicos, no sé por qué arte llevados. ¿Por qué aún los honras, diciendo que anuncian cosas divinas? ¿Qué cosas divinas anuncian, que no anuncian la voluntad del Padre? Sin duda son aquellos, a quienes un hombre envidioso ató con oraciones sagradas, para que no prestaran purificación al alma; ni pudieron ser liberados de aquellos vínculos y devueltos a su poder por el que desea purgar, como dices. ¿Aún dudas que estos sean demonios malignos; o tal vez finges no saber, mientras no quieres ofender a los teurgos, de quienes, engañado por la curiosidad, aprendiste estas cosas perniciosas e insanas como un gran beneficio? ¿Te atreves a elevar al cielo esta envidiosa, no potencia, sino pestilencia, y no diré señora, sino como tú confiesas, más bien sierva de los envidiosos, trascendiendo este aire, y colocarla entre tus dioses incluso siderales, o también infamar a los mismos astros con estos oprobios?

CAPÍTULO XXVII.---De la impiedad de Porfirio, que incluso supera el error de Apuleyo.

Cuánto más humanamente y tolerablemente erró tu coherente platónico Apuleyo, quien solo dijo que los demonios ordenados desde la luna hacia abajo son agitados por enfermedades de pasiones y turbaciones de la mente, honrándolos ciertamente, pero queriendo y no queriendo confesó; sin embargo, separó con la mayor disputa posible a los dioses superiores del cielo pertenecientes a los espacios etéreos, ya sean visibles, que veía brillar conspicuos, el sol y la luna y las demás luces allí, o invisibles que pensaba, de toda mancha de estas perturbaciones (De deo Socratis). Pero tú aprendiste esto no de Platón, sino de los maestros caldeos, para que elevaras a las alturas etéreas o empíreas del mundo y a los firmamentos celestiales los vicios humanos, para que tus dioses pudieran anunciar cosas divinas a los teurgos: a quienes, sin embargo, por la vida intelectual te haces superior, para que a ti, como filósofo, las purificaciones del arte teúrgico no te parezcan necesarias; pero aún así las impones a otros,

para que devuelvas esta especie de recompensa a tus maestros, que a aquellos que no pueden filosofar, los seduces a estas cosas, que confiesas que son inútiles para ti como capaz de cosas superiores; para que, en efecto, cualquiera que esté alejado de la virtud de la filosofía, que es demasiado ardua y de pocos, por tu influencia busque a los hombres teúrgicos, por quienes no en el alma intelectual, sino al menos en el alma espiritual sean purgados; y puesto que de aquellos que no les gusta filosofar, la multitud es incomparablemente mayor, se vean obligados a acudir más a tus maestros secretos e ilícitos que a las escuelas platónicas. Pues esto te prometieron los demonios inmundísimos, fingiendo ser dioses etéreos, de los cuales te has hecho predicador y ángel; que purgados en el alma espiritual por el arte teúrgico, no regresan al Padre, pero habitarán sobre las regiones aéreas entre los dioses etéreos. Esta multitud de hombres no escucha esto, por quienes Cristo vino a liberar del dominio de los demonios. En Él tienen la purificación más misericordiosa de su mente, espíritu y cuerpo. Por eso Él asumió todo el hombre sin pecado, para sanar todo lo que constituye al hombre de la peste de los pecados. Ojalá tú también lo hubieras conocido, y te hubieras encomendado a Él para ser sanado más seguramente, que a tu propia virtud, que es humana, frágil e inestable, o a la curiosidad perniciosísima. No te habría engañado, a quien vuestros oráculos, como tú mismo escribes, confesaron santo e inmortal. De quien también el poeta más noble, poéticamente, porque en la persona de otro adumbrada, pero verdaderamente, si lo refieres a Él, dijo: "Bajo tu guía, si quedan vestigios de nuestro crimen, se disolverán en la tierra con perpetuo temor". Pues dijo aquellas cosas, que incluso en los que mucho progresan en la virtud de la justicia pueden, debido a la debilidad de esta vida, aunque no sean crímenes, quedar vestigios de crímenes, que solo son sanados por aquel Salvador, de quien se expresó este verso. Pues esto ciertamente no lo dijo de sí mismo Virgilio en el cuarto verso casi de la misma Égloga indica, donde dice: "Ya viene la última edad del canto de la Sibila de Cumas". De donde esto se muestra sin duda dicho por la Sibila de Cumas. Pero aquellos teurgos, o más bien demonios, fingiendo especies y figuras de dioses, más bien contaminan que purgan el espíritu humano con la falsedad de las fantasías y el engañoso juego de formas vanas. Pues, ¿cómo purgan el espíritu del hombre, quienes tienen inmundo el propio? De otro modo, de ninguna manera serían atados por los cánticos de un hombre envidioso, y el mismo beneficio vano que parecían prestar, o lo oprimirían con miedo, o lo negarían con similar envidia. Basta que confieses que el alma intelectual, es decir, nuestra mente, no puede ser purgada por el arte teúrgico, y que el mismo alma espiritual, es decir, la parte de nuestra alma inferior a la mente, que afirmas puede ser purgada por tal arte, no puede ser hecha inmortal y eterna por este arte. Cristo, sin embargo, promete vida eterna: por lo cual el mundo, aunque os indigne, sin embargo, maravillándose y asombrándose, acude a Él. ¿De qué sirve que no pudiste negar que los hombres erran en la disciplina teúrgica, y engañan a muchos por una sentencia ciega e insensata, y que es un error certísimo, acudir actuando y suplicando a los príncipes y ángeles; y de nuevo, como si no quisieras parecer haber perdido el tiempo aprendiendo estas cosas, envías a los hombres a los teurgos, para que por ellos el alma espiritual de aquellos que no viven según el alma intelectual sea purgada?

CAPÍTULO XXVIII.---Con qué persuasiones Porfirio, cegado, no pudo reconocer la verdadera sabiduría, que es Cristo.

Por tanto, envías a los hombres a un error certísimo. Y no te avergüenza este mal, cuando profesas ser amante de la virtud y la sabiduría. Que si verdaderamente y fielmente la hubieras amado, habrías reconocido a Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios, y no te habrías apartado de su saludabilísima humildad, hinchado por el orgullo de la vana ciencia. Sin embargo, confiesas que también el alma espiritual puede ser purgada por la virtud de la continencia sin las artes teúrgicas y sin las teletas, en las cuales en vano te esforzaste por

aprender. A veces también dices que las teletas no elevan el alma después de la muerte; de modo que ya no parecen ser útiles ni siquiera a la misma que llamas espiritual, después del fin de esta vida: y sin embargo, das vueltas a esto de muchas maneras y lo repites, para nada más, según creo, sino para que también en estas cosas aparezcas como experto, y agrades a los curiosos de las artes ilícitas, o hagas tú mismo curiosos a otros. Pero bien, que dices que esta arte debe ser temida por los peligros de las leyes, o por la misma acción. Y ojalá al menos los miserables te escuchen en esto, y se aparten de allí, para que no sean absorbidos, o no se acerquen en absoluto. Ciertamente dices que la ignorancia y por ella muchos vicios no se purgan por ninguna teleta, sino solo por el νοῦς πατρικὸς, es decir, la mente o intelecto paterno, que es consciente de la voluntad paterna. Sin embargo, no crees que este sea Cristo: lo desprecias por el cuerpo tomado de una mujer y por el oprobio de la cruz, apto, en efecto, para despreciar las cosas inferiores, hinchado por la sabiduría excelsa, para recoger de las superiores. Pero Él cumple lo que los santos profetas predijeron verdaderamente de Él: "Destruiré la sabiduría de los sabios, y rechazaré la prudencia de los prudentes" (Isaías 29, 14). Pues no destruye y rechaza su propia sabiduría en ellos, que Él mismo dio; sino la que se arrogan quienes no tienen la suya. De donde, habiendo mencionado este testimonio profético, sigue y dice el Apóstol: "¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba? ¿Dónde el investigador de este siglo? ¿No hizo Dios necia la sabiduría de este mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios por la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la necedad de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría: pero nosotros, dice, predicamos a Cristo crucificado; para los judíos ciertamente escándalo, para los gentiles necedad; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, a Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios: porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres" (1 Corintios 1, 19-25). Esto, como necio y débil, lo desprecian como sabios y fuertes por su propia virtud. Pero esta es la gracia, que sana a los débiles, no jactándose de su falsa bienaventuranza, sino confesando humildemente su verdadera miseria.

CAPÍTULO XXIX.---De la encarnación de nuestro Señor Jesucristo, que la impiedad de los platónicos se avergüenza de confesar.

1. Predicas al Padre y a su Hijo, a quien llamas intelecto o mente paterna; y a su medio, que creemos que dices el Espíritu Santo, y a vuestro modo los llamas tres dioses. Donde, aunque usáis palabras indisciplinadas, veis sin embargo de alguna manera y como a través de ciertas sombras de imaginación tenue, hacia dónde se debe tender: pero no queréis reconocer la encarnación del Hijo de Dios inmutable, por la cual somos salvados, para que podamos llegar a aquellas cosas que creemos, o al menos en parte las entendemos. Por tanto, veis de alguna manera, aunque de lejos, y aunque con una vista nublada, la patria en la que se debe permanecer; pero no tenéis el camino por el que se debe ir. Sin embargo, confiesas la gracia, puesto que dices que llegar a Dios por la virtud de la inteligencia, es concedido a pocos. Pues no dices, A pocos les agradó; o, Pocos quisieron: pero cuando dices que es concedido, sin duda confiesas la gracia de Dios, no la suficiencia del hombre. También usas esta palabra más abiertamente, donde, siguiendo la sentencia de Platón, tú mismo no dudas, que en esta vida el hombre de ninguna manera puede llegar a la perfección de la sabiduría, sin embargo, según los que viven según el intelecto, todo lo que falta, por la providencia y gracia de Dios, puede ser completado después de esta vida. O si hubieras conocido la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, y la misma encarnación suya, por la cual asumió el alma y el cuerpo del hombre, podrías haber visto que es el supremo ejemplo de gracia. Pero, ¿qué haré? Sé que hablo en vano a un muerto; pero en cuanto a ti; en cuanto a aquellos que te valoran mucho, y te aman ya sea por algún amor de la sabiduría, o por la curiosidad de las artes, que no debiste

aprender, a quienes más bien en tu apelación me dirijo, tal vez no en vano. La gracia de Dios no pudo ser más graciosamente recomendada, que el mismo Hijo único de Dios permaneciendo inmutable asumiera al hombre, y diera la esperanza de su amor a los hombres, con un hombre como medio, para que se llegara a Él desde los hombres, quien estaba tan lejos, inmortal de los mortales, inmutable de los mutables, justo de los impíos, bienaventurado de los miserables. Y porque naturalmente nos ha infundido, que deseamos ser bienaventurados e inmortales, permaneciendo bienaventurado, y asumiendo al mortal, para darnos lo que amamos, enseñó soportando a despreciar lo que tememos.

2. Pero para que pudierais aceptar esta verdad, era necesaria la humildad, que muy difícilmente puede ser persuadida a vuestro cuello. Pues, ¿qué se dice increíble, especialmente a vosotros que tenéis tal sabiduría, que deberíais recordaros a vosotros mismos para creer en esto? ¿Qué, digo, se os dice increíble cuando se dice que Dios asumió un alma humana y un cuerpo? Vosotros ciertamente atribuís tanto al alma intelectual, que es sin duda un alma humana, que decís que puede hacerse consustancial a aquella mente paterna, a quien confesáis como Hijo de Dios. ¿Qué, entonces, es increíble si un alma intelectual fue asumida de manera inefable y singular para la salvación de muchos? Sabemos por nuestra propia naturaleza, que el cuerpo se adhiere al alma para que el hombre sea completo y pleno. Si esto no fuera lo más común, ciertamente sería más increíble: pues es más fácil aceptar que, aunque lo humano se una a lo divino, y lo mutable a lo inmutable, sin embargo, el espíritu al espíritu, o, para usar las palabras que tenéis en uso, lo incorpóreo a lo incorpóreo, que el cuerpo a lo incorpóreo. ¿O acaso os ofende el inusual nacimiento del cuerpo de una virgen? Esto no debería ofender, sino más bien llevar a aceptar la piedad, que el maravilloso nació de manera maravillosa. ¿O es que os negáis a creer que el mismo cuerpo, después de haber sido dejado en la muerte y transformado en mejor en la resurrección, ya incorruptible e inmortal, fue elevado a lo alto? Tal vez os negáis a creer esto, considerando a Porfirio en esos mismos libros, de los cuales he citado mucho, que escribió sobre el regreso del alma, tan frecuentemente ordenando que todo cuerpo debe ser evitado para que el alma pueda permanecer bienaventurada con Dios. Pero él mismo, al sentir estas cosas, debería haber sido corregido, especialmente cuando sobre el alma del mundo visible y de tan inmensa masa corpórea, tenéis tales creencias increíbles. Pues con Platón como autor (en el Timeo), decís que el mundo es un ser viviente, y un ser viviente muy bienaventurado, que queréis que sea también eterno. ¿Cómo, entonces, nunca se separará del cuerpo, ni nunca carecerá de bienaventuranza, si para que el alma sea bienaventurada, todo cuerpo debe ser evitado? También admitís en vuestros libros que el sol y las demás estrellas son cuerpos, lo cual todos los hombres no dudan en observar y decir con vosotros: pero también, con una habilidad más elevada, como pensáis, afirmáis que son seres vivientes muy bienaventurados, y eternos con estos cuerpos. ¿Qué es, entonces, que cuando se os persuade de la fe cristiana, olvidáis o fingís ignorar lo que soléis discutir o enseñar? ¿Cuál es la razón por la que, debido a vuestras opiniones, que vosotros mismos combatís, no queréis ser cristianos, sino porque Cristo vino humildemente, y vosotros sois orgullosos? ¿Qué tipo de cuerpos tendrán los santos en la resurrección, puede ser discutido más minuciosamente en algún momento por los más doctos en las Escrituras cristianas: sin embargo, no dudamos que serán eternos; y que serán tales como Cristo demostró con su resurrección como ejemplo. Pero sean cuales sean, ya que se proclaman absolutamente incorruptibles e inmortales, y de ninguna manera impidiendo la contemplación del alma, que se fija en Dios; y vosotros también decís que hay cuerpos inmortales en los cielos de los bienaventurados inmortales: ¿qué es lo que os hace pensar que para ser bienaventurados, todo cuerpo debe ser evitado, para que parezca que razonablemente evitáis la fe cristiana; sino porque, como digo de nuevo, Cristo es humilde, vosotros sois

orgullosos? ¿O acaso os avergüenza corregiros? Y este vicio es solo de los orgullosos. Evidentemente, avergüenza a los hombres doctos convertirse de discípulos de Platón en discípulos de Cristo, quien enseñó a un pescador con su Espíritu a saber y decir: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada. Lo que fue hecho, en él estaba la vida; y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Este principio del santo Evangelio, que se llama Según Juan, un cierto platónico, como solíamos escuchar del santo anciano Simpliciano, quien más tarde presidió la Iglesia de Milán como obispo, decía que debía ser escrito en letras de oro y expuesto en los lugares más eminentes de todas las Iglesias. Pero por eso el Dios maestro se volvió vil para los orgullosos, porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 1-5, 14): para que no sea suficiente para los miserables que están enfermos, sino que también se exalten en su misma enfermedad, y se avergüencen del remedio por el cual podrían ser sanados. Pues no hacen esto para ser elevados, sino para ser más gravemente afligidos al caer.

CAPÍTULO XXX.---Cuánto Porfirio refutó del dogma platónico, y lo corrigió al disentir.

Si después de Platón se considera indigno corregir algo, ¿por qué Porfirio mismo corrigió algunas cosas, y no pequeñas? Pues es ciertísimo que Platón escribió que las almas de los hombres después de la muerte se revolvían hasta los cuerpos de las bestias. Esta sentencia la sostuvo el maestro de Porfirio y Plotino (Enéadas 3, libro 4, capítulo 2): sin embargo, a Porfirio le desagradó con razón. En cuanto a los hombres, pensó que las almas humanas regresaban no a sus propios cuerpos que habían dejado, sino a otros nuevos. Evidentemente, le avergonzaba creer eso, no fuera que la madre, convertida en mula, llevara al hijo: y no le avergonzaba creer esto, donde la madre convertida en doncella tal vez se casara con el hijo. Cuánto más honestamente se cree lo que enseñaron los santos y veraces ángeles, lo que hablaron los profetas movidos por el Espíritu de Dios, lo que predijeron los mensajeros enviados sobre el Salvador que había de venir, lo que los apóstoles enviados que llenaron el mundo con el Evangelio. Cuánto, digo, más honestamente se cree que las almas regresan una vez a sus propios cuerpos, que regresan tantas veces a diferentes cuerpos. Sin embargo, como dije, Porfirio fue corregido en gran parte en esta opinión, al menos al sentir que las almas humanas solo podían precipitarse en los hombres; y no dudaba en absoluto que los encarcelamientos bestiales fueran abolidos. También dice que Dios dio el alma al mundo para que, conociendo los males de la materia, regresara al Padre, y nunca más fuera retenida por la contaminación de tales cosas. Aunque en esto tiene un pensamiento inconveniente (pues más bien fue dada al cuerpo para hacer el bien; no aprendería el mal si no lo hiciera), sin embargo, corrigió la opinión de otros platónicos, y no en un asunto pequeño, al confesar que el alma purificada de todos los males y establecida con el Padre, nunca más sufriría los males de este mundo. Con esta sentencia ciertamente eliminó lo que se considera más platónico, que de los muertos surgen los vivos, así como de los vivos los muertos (Platón en el Fedón): y mostró que es falso lo que Virgilio parece haber dicho platónicamente, que las almas purificadas son enviadas a los campos Elíseos (con este nombre, como a través de una fábula, parecen significarse las alegrías de los bienaventurados), son llamadas al río Leteo, esto es, al olvido de lo pasado: "Para que, olvidados, revisiten las bóvedas superiores, y de nuevo comiencen a desear regresar a los cuerpos" (Eneida, libro 6, versos 750, 751). Con razón esto desagradó a Porfirio: porque realmente es necio creer que de aquella vida, que no puede ser beatísima a menos que sea certísima de su eternidad, las almas deseen la mancha de los cuerpos corruptibles, y de allí regresar a estas cosas, como si la purificación suprema hiciera que se busque la contaminación. Pues si lo que las purifica perfectamente hace que olviden todos los males, y el olvido de los males hace el deseo de los cuerpos, donde de nuevo se enredan en

los males: ciertamente será causa de infelicidad, la suma felicidad: y causa de necedad, la perfección de la sabiduría; y causa de impureza, la suma purificación. Ni será verdaderamente bienaventurada allí el alma, por mucho tiempo que esté, donde debe ser engañada para ser bienaventurada. Pues no será bienaventurada, a menos que esté segura. Pero para que esté segura, falsamente creerá que siempre será bienaventurada: porque alguna vez será también miserable. ¿Cómo, entonces, se alegrará de la verdad, si la causa de su alegría es la falsedad? Porfirio vio esto, y dijo que el alma purificada regresa al Padre para que nunca más sea retenida por la contaminación de los males. [XXXI.] Por lo tanto, es falso que algunos platónicos creyeran que era necesario ese ciclo de irse y regresar a lo mismo. Y aunque esto fuera verdad, ¿de qué serviría saberlo, a menos que tal vez los platónicos se atrevieran a preferirse a nosotros porque no sabríamos en esta vida lo que ellos, en otra vida mejor, purgadísimos y sapientísimos, no sabrían, y serían bienaventurados creyendo en lo falso? Si esto es lo más absurdo y necio de decir, ciertamente debe preferirse la sentencia de Porfirio a aquellos que sospecharon ciclos de almas alternando siempre entre bienaventuranza y miseria. Si es así, he aquí que un platónico disiente en mejor sentido de Platón: he aquí que vio lo que aquel no vio, y después de tal y tan gran maestro no rehuyó la corrección, sino que prefirió la verdad al hombre.

CAPÍTULO XXXI.---Contra el argumento de los platónicos, que afirman que el alma humana es coeterna con Dios.

¿Por qué, entonces, no creemos más bien en la divinidad sobre estas cosas, que no podemos investigar con el ingenio humano, que dice que el alma misma no es coeterna con Dios, sino creada, que no existía? Pues para que los platónicos no quisieran creer esto, ciertamente se les parecía una causa adecuada, porque nada podría ser eterno de ahí en adelante, a menos que siempre hubiera existido antes. Aunque también sobre el mundo y sobre los dioses que en el mundo fueron hechos por Dios, Platón dice claramente que comenzaron a existir, y tienen un inicio, pero no tendrán fin, sino que por la potentísima voluntad del Creador permanecerán eternamente. Sin embargo, han encontrado cómo entender esto, que no es un inicio de tiempo, sino de sucesión. Pues así como, dicen, si un pie hubiera estado siempre en el polvo desde la eternidad, siempre habría una huella debajo de él; que sin embargo nadie dudaría que la huella fue hecha por el que pisa, ni uno sería anterior al otro, aunque uno fuera hecho por el otro: así, dicen, el mundo y los dioses creados en él, siempre existieron con el que los hizo, y sin embargo fueron hechos. ¿Acaso si el alma siempre existió, también debe decirse que su miseria siempre existió? Pero si algo en ella, que no existía desde la eternidad, comenzó a existir en el tiempo, ¿por qué no pudo ser que ella misma existiera en el tiempo, que antes no existía? Además, su bienaventuranza también, después de la experiencia de los males, más firme y sin fin, como este confiesa, sin duda comenzó en el tiempo, y sin embargo siempre será, aunque antes no existiera. Por lo tanto, toda esa argumentación se disuelve, que se piensa que nada puede ser sin fin de tiempo, a menos que no tenga inicio de tiempo. Se ha encontrado, pues, la bienaventuranza del alma, que aunque tuvo inicio de tiempo, no tendrá fin de tiempo. Por lo tanto, la debilidad humana debe ceder a la autoridad divina, y debemos creer en aquellos bienaventurados e inmortales de la verdadera religión, que no buscan honor para sí mismos, que saben que se debe a su Dios, que también es nuestro; ni ordenan que hagamos sacrificio, sino solo a aquel a quien, como he dicho y debo decir a menudo, debemos ser sacrificio con ellos, a través de aquel sacerdote que en el hombre que asumió, según el cual también quiso ser sacerdote, se dignó ser hecho sacrificio por nosotros hasta la muerte.

CAPÍTULO XXXII.---Sobre el camino universal de liberación del alma, que Porfirio no encontró al buscar mal, y que solo la gracia cristiana ha revelado.

1. Esta es la religión que contiene el camino universal de liberación del alma; porque ninguna puede ser liberada sino por este. Este es, en cierto modo, el camino real, que solo conduce al reino, no tambaleante por la cima temporal, sino seguro por la firmeza de la eternidad. Pero cuando Porfirio dice al final del primer libro sobre el Regreso del alma, que aún no se ha recibido una cierta secta que contenga el camino universal de liberación del alma, ya sea de alguna filosofía verdaderísima, o de las costumbres y disciplina de los indios, o de la inducción de los caldeos, o de cualquier otro camino, y aún no ha llegado a su conocimiento por conocimiento histórico; sin duda confiesa que hay alguno, pero que aún no ha llegado a su conocimiento. Así, no le bastaba todo lo que había aprendido con gran diligencia sobre la liberación del alma, y que parecía saber y sostener para sí mismo, o más bien para otros. Pues sentía que aún le faltaba alguna autoridad muy preeminente, que debía seguir en un asunto tan grande. Pero cuando dice que aún no ha llegado a su conocimiento una secta que contenga el camino universal de liberación del alma, ya sea de alguna filosofía verdaderísima; muestra suficientemente, según creo, que o bien esa filosofía en la que él filosofó no es verdaderísima, o que no contiene tal camino. Y ¿cómo puede ya ser verdaderísima, si no contiene este camino? Pues ¿qué otro camino es universal de liberación del alma, sino aquel por el cual todas las almas son liberadas, y por lo tanto sin el cual ninguna alma es liberada? Pero cuando añade y dice, "O de las costumbres y disciplina de los indios, o de la inducción de los caldeos, o de cualquier otro camino"; testifica con voz clarísima que ni en lo que aprendió de los indios, ni en lo que aprendió de los caldeos, se contiene este camino universal de liberación del alma; y ciertamente no pudo callar que había tomado oráculos divinos de los caldeos, de los cuales hace mención asidua. ¿Qué camino, entonces, quiere que se entienda como el universal de liberación del alma aún no recibido, ya sea de alguna filosofía verdaderísima, o de las doctrinas de aquellas naciones que se consideraban grandes en asuntos divinos, porque más prevaleció en ellas la curiosidad de conocer y adorar a ciertos ángeles, y aún no ha llegado a su conocimiento por conocimiento histórico? ¿Cuál es este camino universal, sino aquel que no es propio de cada nación, sino que fue impartido divinamente a todas las naciones como común? Que ciertamente este hombre, no dotado de un ingenio mediocre, no duda que existe. Pues no cree que la providencia divina pudiera haber dejado al género humano sin este camino universal de liberación del alma. Ni dice que no existe, sino que este bien tan grande y esta ayuda tan grande aún no se ha recibido, aún no ha llegado a su conocimiento. Y no es de extrañar. Pues Porfirio estaba en los asuntos humanos cuando este camino universal de liberación del alma, que no es otro que la religión cristiana, se permitía ser atacado por los adoradores de ídolos y demonios y por los reyes terrenales, para la afirmación y consagración del número de mártires, es decir, testigos de la verdad, por los cuales se mostraría que todos los males corporales deben ser soportados por la fe de la piedad y la recomendación de la verdad. Por lo tanto, Porfirio veía estas cosas, y por tales persecuciones pensaba que este camino pronto perecería, y por eso no creía que fuera el camino universal de liberación del alma, no entendiendo que lo que le preocupaba, y lo que temía en su elección, pertenecía más bien a su confirmación y recomendación más robusta.

2. Esta es, por tanto, la vía universal para la liberación del alma, es decir, concedida por la divina misericordia a todas las naciones; cuyo conocimiento, ciertamente, ha llegado ya a algunos y llegará a otros, y no se le debió ni se le deberá preguntar: ¿Por qué ahora? ¿Y por qué tarde? ya que el consejo del que envía no es penetrable por el ingenio humano. Esto lo comprendió también aquel, cuando dijo que este don de Dios aún no había sido recibido, y aún no había llegado a su conocimiento. Pues no juzgó que no fuera verdad porque aún no había sido recibido en su fe, o porque aún no había llegado a su conocimiento. Esta es, digo,

la vía universal de los creyentes que serán liberados, sobre la cual el fiel Abraham recibió el oráculo divino: En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Él fue ciertamente de la nación caldea, pero para recibir tales promesas, y para que de él se propagara la descendencia dispuesta por los ángeles en la mano del Mediador (Gál. III, 19), en la cual estaría esta vía universal para la liberación del alma, es decir, dada a todas las naciones, se le ordenó salir de su tierra y de su parentela y de la casa de su padre (Gén. XII, 1). Entonces él mismo, liberado primeramente de las supersticiones de los caldeos, adoró siguiendo al único verdadero Dios, a quien creyó fielmente al prometerle estas cosas. Esta es la vía universal, de la cual se dice en la santa profecía: Dios tenga misericordia de nosotros, y nos bendiga; haga resplandecer su rostro sobre nosotros, y tenga misericordia de nosotros: para que conozcamos en la tierra tu camino, tu salvación entre todas las naciones (Sal. LXVI, 2 y 3). De donde, mucho después, habiendo tomado carne de la descendencia de Abraham, el mismo Salvador dijo de sí mismo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). Esta es la vía universal, de la cual se profetizó mucho antes: En los últimos días será manifiesto el monte de la casa del Señor, preparado en la cima de los montes, y será exaltado sobre los collados; y vendrán a él todas las naciones, y muchas naciones entrarán, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará su camino, y caminaremos por él. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor (Isaías II, 2 y 3). Por tanto, esta vía no es de una sola nación, sino de todas las naciones. Y la ley y la palabra del Señor no permanecieron en Sion y Jerusalén; sino que de allí salieron, para difundirse por todo el universo. De donde el mismo Mediador, después de su resurrección, dijo a sus discípulos temerosos: Era necesario que se cumpliera lo que está escrito en la Ley, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendieran las Escrituras, y les dijo, que era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Lucas XXIV, 44-47). Esta es, por tanto, la vía universal para la liberación del alma, que los santos ángeles y los santos profetas primero en unos pocos hombres donde pudieron encontrar la gracia de Dios, y especialmente en la nación hebrea, que era de algún modo la república sagrada, en la profecía y prenunciación de la ciudad de Dios que habría de congregarse de todas las naciones, significaron con el tabernáculo y el templo y el sacerdocio y los sacrificios, y predijeron con algunas palabras manifiestas, muchas de ellas místicas; pero presente en la carne el mismo Mediador, y sus bienaventurados apóstoles revelando ya la gracia del nuevo Testamento, indicaron más abiertamente lo que en tiempos anteriores fue significado de manera más oculta, según la distribución de las edades del género humano, como a Dios sabio le plació ordenar, con signos que atestiguan las obras divinas maravillosas, de las cuales ya he mencionado algunas. Pues no solo aparecieron visiones angélicas, y sonaron solo las palabras de los ministros celestiales: sino que también, por la palabra de Dios actuando en hombres de simple piedad, los espíritus inmundos fueron expulsados de los cuerpos y sentidos de los hombres; se sanaron enfermedades y dolencias del cuerpo; los animales salvajes de la tierra y del agua, las aves del cielo, los árboles, los elementos, las estrellas, cumplieron las órdenes divinas, los infiernos cedieron, los muertos resucitaron: exceptuando los propios y singulares milagros del mismo Salvador, especialmente los de su nacimiento y resurrección; en uno de los cuales mostró solo el sacramento de la virginidad materna, y en el otro también el ejemplo de aquellos que resucitarán al final. Esta vía purifica al hombre entero, y prepara al mortal para la inmortalidad en todas las partes de las que está compuesto. Pues para que no se buscara otra purificación para aquella parte que Porfirio llama intelectual, otra para la que llama espiritual, y otra para el mismo cuerpo, por eso el más veraz y poderoso purificador y salvador asumió todo. Fuera de esta vía, que en parte se predice cuando estas cosas están por venir, en parte se anuncia cuando ya han sucedido,

nunca ha faltado al género humano, nadie ha sido liberado, nadie es liberado, nadie será liberado.

3. Pero lo que Porfirio dice que la vía universal para la liberación del alma aún no ha llegado a su conocimiento histórico: ¿qué historia puede encontrarse más ilustre que esta, que ha alcanzado todo el mundo con tan alto grado de autoridad, o más fiel, en la que se narran los hechos pasados de tal manera que también se predicen los futuros; de los cuales vemos muchos cumplidos, por lo que sin duda esperamos que se cumplan los que quedan? Pues Porfirio, o cualquier platónico, no puede despreciar en esta vía, como si se tratara de cosas terrenales y pertenecientes a esta vida mortal, la adivinación y predicción: lo cual con razón hacen en otras profecías y en las adivinaciones de cualquier tipo o arte. Niegan, en efecto, que estas cosas deban ser valoradas, ya sea de grandes hombres o de gran importancia: y con razón. Pues se hacen por la presciencia de las causas inferiores, como en el arte de la medicina se prevén muchos eventos para la salud por ciertos signos precedentes; o los demonios inmundos anuncian sus hechos dispuestos, de los cuales de algún modo se apropian del derecho en las mentes y deseos de los inicuos para llevarlos a hechos convenientes, y en la materia más baja de la fragilidad humana. No tales cosas los santos hombres en esta vía universal de las almas que serán liberadas, se preocuparon por profetizar como grandes: aunque tampoco les pasaron desapercibidas, y a menudo fueron predichas por ellos, para hacer fe de aquellas cosas que no podían ser comunicadas a los sentidos de los mortales, ni llevadas a la experiencia con rápida facilidad. Pero otras eran verdaderamente grandes y divinas, que, en la medida en que se les concedía, anunciaban como futuras conociendo la voluntad de Dios. Cristo, en efecto, vendría en la carne, y lo que en él se cumplió tan claramente y se cumplió en su nombre, el arrepentimiento de los hombres y la conversión de las voluntades a Dios, la remisión de los pecados, la gracia de la justicia, la fe de los piadosos y la multitud de creyentes en la verdadera divinidad por todo el mundo, la subversión de los cultos de los ídolos y demonios y la ejercitación en las tentaciones, la purificación de los que progresan y la liberación de todo mal, el día del juicio, la resurrección de los muertos, la condenación eterna de la sociedad de los impíos, y el reino eterno de la ciudad gloriosísima de Dios disfrutando de su visión inmortalmente, fueron predichos y prometidos en las Escrituras de esta vía: de los cuales vemos cumplidos tantos, que con recta piedad confiamos que los demás serán futuros. La rectitud de esta vía hasta ver a Dios y adherirse a él eternamente, en la verdad de las santas Escrituras, en la que se predica y afirma, quienes no creen, y por esto no entienden, pueden oponerse, pero no pueden vencer.

4. Por lo tanto, en estos diez libros, aunque menos de lo que algunos esperaban de nosotros, sin embargo, para el estudio de algunos, en la medida en que el verdadero Dios y Señor se dignó ayudarnos, hemos satisfecho, refutando las contradicciones de los impíos, que prefieren a sus dioses al Creador de la santa ciudad, sobre la cual hemos decidido discutir. De estos diez libros, los cinco primeros están escritos contra aquellos que piensan que los dioses deben ser adorados por los bienes de esta vida; y los cinco últimos contra aquellos que creen que el culto de los dioses debe ser mantenido por la vida que será después de la muerte. En adelante, pues, como prometimos en el primer libro, sobre el origen y progreso y debidos fines de las dos ciudades, que dijimos están entrelazadas en este mundo y mezcladas entre sí, lo que creo que debe decirse, en la medida en que sea ayudado divinamente, lo expondré.

LIBRO UNDÉCIMO. Comienza la segunda parte de esta obra, que trata del origen, progreso y debidos fines de las dos ciudades, la terrena y la celestial. En este primer libro, Agustín demuestra cómo los orígenes de estas ciudades precedieron en la distinción de los ángeles buenos y malos, y con esa ocasión trata sobre la constitución del mundo, que se describe en las sagradas Escrituras al principio del libro del Génesis.

CAPÍTULO PRIMERO.---Sobre esa parte de la obra, donde comienzan a demostrarse los inicios y fines de las dos ciudades, es decir, la celestial y la terrena.

Decimos ciudad de Dios, de la cual es testigo esa Escritura, que no por movimientos fortuitos de los ánimos, sino claramente por la disposición suprema de la providencia, ha sometido con divina autoridad a todas las letras de todas las naciones, todos los géneros de ingenios humanos. Pues allí está escrito: Gloriosas cosas se dicen de ti, ciudad de Dios (Sal. LXXXVI, 3). Y en otro salmo se lee: Grande es el Señor, y digno de ser alabado en gran manera en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo, extendiendo las alegrías de toda la tierra. Y poco después en el mismo salmo: Como hemos oído, así hemos visto, en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios; Dios la ha fundado para siempre (Sal. XLVII, 2, 3, 9). También en otro: El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios, el Altísimo ha santificado su tabernáculo; Dios está en medio de ella, no será conmovida (Sal. XLV, 5 y 6). Por estos y otros testimonios semejantes, que sería demasiado largo enumerar todos, hemos aprendido que hay una cierta ciudad de Dios, de la cual deseamos ser ciudadanos con aquel amor que su Creador nos ha inspirado. A este Creador de la santa ciudad, los ciudadanos de la ciudad terrena prefieren a sus dioses, ignorando que él es el Dios de los dioses, no de los dioses falsos, es decir, de los impíos y soberbios, que privados de su luz inmutable y común a todos, y por esto reducidos a un cierto poder indigente, persiguen de algún modo sus propias potencias privadas, y buscan honores divinos de los súbditos engañados; sino de los dioses piadosos y santos, que prefieren someterse a uno que tener muchos sometidos a ellos, y prefieren adorar a Dios que ser adorados como Dios. Pero a los enemigos de esta santa ciudad, en los diez libros anteriores, en la medida en que pudimos, con la ayuda de nuestro Señor y Rey, hemos respondido. Ahora bien, reconociendo lo que se espera de mí, y no olvidando mi deuda, sobre el origen, progreso y debidos fines de las dos ciudades, la terrena y la celestial, que dijimos están entrelazadas y mezcladas entre sí en este mundo, en la medida en que pueda, con la ayuda de nuestro mismo Señor y Rey en quien confío, me dispondré a discutir: y primero diré cómo los orígenes de estas dos ciudades precedieron en la diversidad de los ángeles.

CAPÍTULO II.---Sobre el conocimiento de Dios, al cual nadie de los hombres llega, sino por el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo.

Es grande y muy raro exceder con la intención de la mente toda la creación corporal e incorpórea considerada y comprendida como mutable, y llegar a la sustancia inmutable de Dios, y allí aprender de él mismo, que no hizo toda la naturaleza que no es lo que él, sino él mismo. Pues Dios no habla con el hombre a través de alguna criatura corporal, resonando en los oídos corporales, de modo que entre el que habla y el que escucha se golpeen los espacios aéreos; ni a través de una criatura espiritual que se figura con similitudes de cuerpos, como en sueños o de otro modo semejante; pues así también habla como a los oídos del cuerpo, porque habla como a través del cuerpo y como si hubiera un intervalo de lugares corporales; pues tales visiones son muy semejantes a los cuerpos: sino que habla con la misma verdad, si hay alguien idóneo para escuchar con la mente, no con el cuerpo. Pues a esa parte del hombre le habla, que en el hombre es mejor que las demás de las que el hombre consta, y a la que solo Dios es mejor. Pues cuando el hombre se entiende rectamente, o si no puede, al menos se cree hecho a imagen de Dios; ciertamente es más cercano al Dios superior en esa parte de sí mismo, en la que supera a sus inferiores, que también tiene en común con los animales. Pero porque la misma mente, a la que naturalmente le pertenecen la razón y la inteligencia, está debilitada por ciertos vicios oscuros y antiguos, no solo para adherirse disfrutando, sino también para soportar la luz inmutable, hasta que renovada y sanada de día en día se haga

capaz de tanta felicidad, primero debía ser imbuida y purificada por la fe. En la cual para que caminara más confiadamente hacia la verdad, la misma verdad, el Hijo de Dios, asumiendo hombre, no consumiendo a Dios, constituyó y fundó esa fe, para que hubiera camino para el hombre hacia el Dios del hombre a través del hombre Dios. Pues este es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. Por esto es mediador, por lo que es hombre; por esto también es camino. Pues si entre el que tiende y aquello a lo que se tiende, hay un camino intermedio, hay esperanza de llegar: pero si falta, o se ignora por dónde ir, ¿de qué sirve saber a dónde ir? La única vía más segura contra todos los errores, es que él mismo sea Dios y hombre: a donde se va, Dios; por donde se va, hombre.

CAPÍTULO III.---Sobre la autoridad de la Escritura canónica, compuesta por el divino Espíritu.

Él primero a través de los profetas, luego por sí mismo, después por los apóstoles, habló cuanto juzgó suficiente, y también compuso la Escritura, que se llama canónica, de autoridad eminentísima, a la cual creemos sobre aquellas cosas que no es conveniente ignorar, ni somos capaces de conocer por nosotros mismos. Pues si pueden conocerse por nuestro testimonio aquellas cosas que no están alejadas de nuestros sentidos, ya sean interiores o incluso exteriores; de donde también se llaman presentes, porque así decimos que están ante los sentidos, como ante los ojos lo que está ante los ojos: ciertamente aquellas cosas que están alejadas de nuestros sentidos, porque no podemos conocerlas por nuestro testimonio, buscamos otros testigos sobre ellas, y les creemos, de cuyos sentidos no creemos que estén o hayan estado alejadas. Así como, por tanto, sobre las cosas visibles, que no hemos visto, creemos a quienes las vieron, y así sobre las demás que pertenecen a cada sentido del cuerpo: así sobre aquellas que se sienten con el ánimo y la mente (porque también se llama rectamente sentido, de donde la palabra sentencia tomó su nombre), es decir, sobre las invisibles que están alejadas de nuestro sentido interior, debemos creer a aquellos que las han aprendido dispuestas en aquella luz incorpórea, o las contemplan permaneciendo.

CAPÍTULO IV.---Sobre la condición del mundo, que no es intemporal, ni ordenada por un nuevo consejo de Dios, como si después hubiera querido lo que antes no quiso.

1. De todas las cosas visibles, el mayor es el mundo; de todas las cosas invisibles, el mayor es Dios. Pero vemos que el mundo existe, creemos que Dios existe. Pero que Dios hizo el mundo, a nadie creemos más seguramente que al mismo Dios. ¿Dónde lo hemos oído? En ningún lugar mejor que en las Escrituras sagradas, donde dijo su profeta: En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gén. I, 1). ¿Acaso estuvo allí este profeta, cuando Dios creó el cielo y la tierra? No: pero allí estaba la Sabiduría de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas, que también se traslada a las almas santas, constituyendo amigos de Dios y profetas (Sab. VII, 27), y a ellos sin ruido les narra sus obras interiormente. También les hablan los ángeles de Dios, que siempre ven el rostro del Padre (Mat. XVIII, 10), y anuncian su voluntad a quienes conviene. De estos era uno este profeta, que dijo y escribió: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Quien es un testigo tan idóneo por quien debe creerse a Dios, que por el mismo Espíritu de Dios, por el cual conoció estas cosas reveladas a él, también predijo tanto tiempo antes nuestra fe futura.

2. Pero, ¿por qué le agradó a Dios eterno hacer entonces el cielo y la tierra, que antes no había hecho? Aquellos que dicen esto, si desean que el mundo se vea como eterno sin ningún inicio, y por lo tanto no hecho por Dios, están muy alejados de la verdad y sufren de una enfermedad letal de impiedad. Porque, además de las voces proféticas, el mundo mismo, con

su ordenadísima mutabilidad y movilidad y la bellísima apariencia de todas las cosas visibles, proclama de alguna manera en silencio que fue hecho y que no pudo haber sido hecho sino por un Dios inefablemente grande e inefablemente hermoso. Sin embargo, aquellos que admiten que fue hecho por Dios, pero no quieren que tenga un inicio en el tiempo, sino en su creación, de modo que de alguna manera apenas comprensible siempre haya sido hecho, dicen algo por lo cual parecen defender a Dios de una temeridad fortuita, para que no se crea que de repente le vino a la mente, lo que nunca antes había venido, hacer el mundo, y que le ocurrió una nueva voluntad, cuando en absoluto es mutable: pero no veo cómo esta razón puede sostenerse en otras cosas, especialmente en el alma, que si afirman que es coeterna con Dios, no podrán explicar de dónde le vino la nueva miseria, que nunca antes había existido por la eternidad. Porque si dicen que su miseria y felicidad siempre han alternado, es necesario que digan que también siempre alternarán: de donde les seguirá el absurdo de que incluso cuando se dice que es feliz, en esto ciertamente no es feliz, si prevé su futura miseria y deshonra; pero si no lo prevé, y siempre se considera feliz, será feliz por una falsa opinión: lo cual no puede decirse más neciamente. Pero si piensan que el alma siempre ha alternado con felicidad y miseria a lo largo de los siglos infinitos, pero que ahora, una vez liberada, no volverá a la miseria, igualmente se ven obligados a admitir que nunca fue verdaderamente feliz, sino que comenzará a serlo de una manera nueva y no engañosa; y por lo tanto admitirán que le ocurre algo nuevo, y esto grande y notable, que nunca antes había ocurrido por la eternidad. Si niegan que Dios tuvo en su eterno consejo la causa de esta novedad, al mismo tiempo negarán que él es el autor de su felicidad; lo cual es de nefanda impiedad: pero si dicen que también él lo concibió con un nuevo consejo, para que de ahora en adelante el alma sea eternamente feliz, ¿cómo mostrarán que está libre de la mutabilidad que también a ellos les desagrada? Por otro lado, si admiten que fue creada en el tiempo, pero que no perecerá en ningún tiempo ulterior, como un número, que tiene un inicio pero no un fin, y por lo tanto, habiendo experimentado una vez las miserias, si ha sido liberada de ellas, nunca más será miserable, no dudarán en absoluto de que esto se haga manteniendo la inmutabilidad del consejo de Dios. Si, por lo tanto, creen que el mundo pudo haber sido hecho en el tiempo, y sin embargo no por eso Dios cambió su eterno consejo y voluntad al hacerlo.

CAPÍTULO V.---No debe pensarse en infinitos espacios de tiempo antes del mundo, ni en infinitos lugares.

Luego, es necesario que aquellos que consienten que Dios es el creador del mundo, y sin embargo preguntan sobre el tiempo del mundo, vean qué responderán sobre el lugar del mundo. Pues así como se pregunta por qué fue hecho entonces y no antes, también se puede preguntar por qué aquí donde está y no en otro lugar. Porque si piensan en infinitos espacios de tiempo antes del mundo, en los cuales no les parece que Dios pudo haber cesado de obrar, de manera similar piensan en infinitos espacios de lugares fuera del mundo, en los cuales si alguien dice que el Omnipotente no pudo estar inactivo, ¿no será consecuente que se vean obligados a soñar innumerables mundos con Epicuro?; con la única diferencia de que él afirma que son generados y disueltos por movimientos fortuitos de átomos, mientras que ellos dirán que son hechos por la obra de Dios, si no quieren que esté inactivo en la interminable inmensidad de lugares fuera del mundo que se extienden por todas partes, ni que esos mundos, como también sienten de este, puedan disolverse por alguna causa. Pues tratamos con aquellos que sienten con nosotros que Dios es incorpóreo y creador de todas las naturalezas que no son lo que él es; a otros es demasiado indigno admitirlos a esta discusión de religión: especialmente porque entre aquellos que creen que se debe rendir culto a muchos dioses, estos filósofos han superado a los demás en nobleza y autoridad, no por otra razón, sino porque, aunque a gran distancia, sin embargo, están más cerca de la verdad que los

demás. ¿O acaso dirán que la sustancia de Dios, que no incluyen, ni determinan, ni extienden en lugar, sino que confiesan que está en todas partes con presencia incorpórea, como es digno de sentir sobre Dios, está ausente de tan grandes espacios de lugares fuera del mundo, y ocupada solo en un lugar tan pequeño en comparación con esa infinitud, en el que está el mundo? No creo que progresen en estas vanidades. Por lo tanto, cuando dicen que un mundo de gran masa corpórea, pero finito y determinado en su lugar, fue hecho por Dios, lo que responden sobre los infinitos lugares fuera del mundo, por qué en ellos Dios cesa de obrar; que se respondan a sí mismos sobre los infinitos tiempos antes del mundo, por qué en ellos Dios cesó de obrar. Y así como no es consecuente que Dios, más por casualidad que por razón divina, haya constituido el mundo no en otro lugar, sino en este en el que está, cuando igualmente entre infinitos lugares que se extienden por todas partes, ninguno podría ser elegido con mayor mérito, aunque la misma razón divina por la cual fue hecho no pueda ser comprendida por ninguna mente humana: así no es consecuente que pensemos que algo fortuito le ocurrió a Dios, que hizo el mundo en ese tiempo en lugar de en un tiempo anterior, cuando igualmente los tiempos anteriores pasaron por un espacio infinito hacia atrás, y no hubo diferencia alguna por la cual un tiempo pudiera ser preferido a otro. Si dicen que son vanos los pensamientos de los hombres que imaginan lugares infinitos, cuando no hay lugar fuera del mundo; se les responde que de la misma manera los hombres piensan vanamente en tiempos pasados de inactividad de Dios, cuando no hay tiempo antes del mundo.

CAPÍTULO VI.---El principio de la creación del mundo y de los tiempos es uno, y no uno precede al otro.

Si se distinguen correctamente la eternidad y el tiempo, ya que el tiempo no existe sin alguna movilidad mutable, y en la eternidad no hay cambio alguno; ¿quién no ve que no habría tiempos si no se hubiera hecho una criatura que cambiara algo con algún movimiento; de cuyo movimiento y cambio, cuando una cosa y otra, que no pueden ser simultáneamente, ceden y suceden en intervalos de moras más cortos o más largos, seguiría el tiempo? Por lo tanto, cuando Dios, en cuya eternidad no hay cambio alguno, es el creador y ordenador de los tiempos, no veo cómo se puede decir que creó el mundo después de espacios de tiempo; a menos que se diga que antes del mundo ya había alguna criatura cuyos movimientos hacían correr los tiempos. Pero si las Escrituras sagradas, sumamente veraces, dicen que Dios hizo en el principio el cielo y la tierra (Gén. I, 1), de modo que se entienda que no hizo nada antes, porque esto más bien se diría que hizo en el principio, si hubiera hecho algo antes que todas las demás cosas que hizo; sin duda el mundo no fue hecho en el tiempo, sino con el tiempo. Porque lo que se hace en el tiempo, se hace después de algún tiempo y antes de algún tiempo; después de lo que ha pasado, antes de lo que está por venir: pero no podría haber pasado nada; porque no había criatura cuyos movimientos mutables lo llevaran. Pero el mundo fue hecho con el tiempo, si en su creación se hizo un movimiento mutable, como parece ser también el orden de esos primeros seis o siete días, en los cuales se nombran la mañana y la tarde, hasta que todo lo que Dios hizo en esos días se complete en el sexto día, y en el séptimo se recomiende el descanso de Dios en un gran misterio. Qué tipo de días son estos, o es muy difícil para nosotros, o incluso imposible de concebir; cuánto más decirlo.

CAPÍTULO VII.---Sobre la naturaleza de los primeros días, que se dice que tuvieron tarde y mañana antes de que se hiciera el sol.

Vemos, por supuesto, que estos días conocidos no tienen tarde sino por la puesta del sol, ni mañana sino por la salida del sol: pero los primeros tres días se llevaron a cabo sin el sol, que se dice que fue hecho en el cuarto día. Y primero, la luz fue hecha por la palabra de Dios, y se narra que Dios la separó de las tinieblas, y llamó a esa luz día, y a las tinieblas noche (Gén. I,

4): pero qué tipo de luz es esa, y con qué movimiento alternante; y qué tipo de tarde y mañana hizo, está alejado de nuestros sentidos; ni puede ser entendido por nosotros tal como es, lo cual, sin embargo, debe ser creído sin ninguna duda. O bien es alguna luz corpórea, ya sea en las partes superiores del mundo lejos de nuestra vista, o de donde el sol fue encendido posteriormente: o con el nombre de luz se significó la santa ciudad, en los santos ángeles y espíritus bienaventurados, de la cual dice el Apóstol, La Jerusalén que está arriba, nuestra madre eterna en los cielos (Gál. IV, 26). Pues también dice en otro lugar, Porque todos vosotros sois hijos de la luz, e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas (I Tes. V, 5). Si, sin embargo, podemos entender de alguna manera congruente la tarde y la mañana de este día. Porque el conocimiento de la criatura en comparación con el conocimiento del Creador se oscurece de alguna manera: y también se ilumina y se hace mañana, cuando se refiere a la alabanza y amor del Creador; y no se convierte en noche, donde el Creador no es abandonado por el amor de la criatura. Finalmente, cuando la Escritura enumeró esos días en orden, nunca intercaló el término noche. No dice en ninguna parte, Se hizo noche; sino, Se hizo tarde, y se hizo mañana, un día (Gén. I, 5). Así el segundo día, y los demás. Pues el conocimiento de la criatura en sí misma es más descolorido, por así decirlo, que cuando se conoce en la Sabiduría de Dios, como en el arte por el cual fue hecha. Por eso puede decirse más congruentemente tarde que noche: que, sin embargo, como dije, cuando se refiere a alabar y amar al Creador, vuelve a la mañana. Y esto cuando lo hace en el conocimiento de sí misma, es un día: cuando en el conocimiento del firmamento, que entre las aguas inferiores y superiores fue llamado cielo, es el segundo día: cuando en el conocimiento de la tierra y el mar y de todo lo que se produce, que está arraigado en la tierra, es el tercer día: cuando en el conocimiento de los luminares mayor y menor y de todas las estrellas, es el cuarto día: cuando en el conocimiento de todos los animales acuáticos y volátiles, es el quinto día: cuando en el conocimiento de todos los animales terrestres y del mismo hombre, es el sexto día.

CAPÍTULO VIII.---Cómo debe entenderse el descanso de Dios, que después de las obras de seis días descansó en el séptimo.

Cuando en el séptimo día Dios descansa de todas sus obras, y lo santifica; no debe entenderse puerilmente, como si Dios hubiera trabajado al obrar, quien dijo, y fueron hechas (Sal. CXLVIII, 5), con una palabra inteligible y eterna, no sonora y temporal. Pero el descanso de Dios significa el descanso de aquellos que descansan en Dios; así como la alegría de la casa significa la alegría de aquellos que se alegran en la casa, aunque no sea la casa misma, sino alguna otra cosa la que los hace alegres. Cuánto más, si la misma casa con su belleza hace alegres a sus habitantes, para que no solo se diga alegre en el modo de hablar en que significamos por lo que contiene lo que es contenido; como, Los teatros aplauden, los prados mugen, cuando en aquellos los hombres aplauden, en estos los bueyes mugen: sino también en el que se significa por el que hace lo que se hace; como se dice alegre una carta, significando la alegría de aquellos a quienes hace alegres al leerla. Por lo tanto, muy convenientemente cuando la autoridad profética narra que Dios descansó, se significa el descanso de aquellos que descansan en él, y a quienes él mismo hace descansar. Esto también lo promete la profecía a los hombres a quienes habla, y para quienes ciertamente fue escrita, que también ellos después de las buenas obras que Dios obra en ellos y por ellos, si primero se acercan a él en esta vida por la fe de alguna manera, tendrán en él descanso eterno. Pues esto fue figurado en el pueblo antiguo de Dios con el descanso del sábado por mandato de la ley, sobre lo cual creo que debe discutirse más diligentemente en su lugar.

CAPÍTULO IX.---Qué debe pensarse sobre la creación de los ángeles según los testimonios divinos.

Ahora, ya que he comenzado a hablar sobre el surgimiento de la ciudad santa, y primero he considerado que debía hablar sobre lo que concierne a los santos ángeles, que son una gran parte de esta ciudad, y más bienaventurada porque nunca ha peregrinado, trataré de explicar, con la ayuda de Dios, qué testimonios divinos hay al respecto, en la medida en que parezca suficiente. Donde las Escrituras sagradas hablan de la constitución del mundo, no se dice claramente si los ángeles fueron creados o en qué orden: pero si no fueron omitidos, o bien están significados con el nombre de cielo, donde se dice, En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gén. I, 1); o más bien están significados por esta luz de la que hablo. Sin embargo, no creo que hayan sido omitidos, porque está escrito que Dios descansó en el séptimo día de todas sus obras que hizo; cuando el libro mismo comienza así, En el principio creó Dios el cielo y la tierra: de modo que parece que no hizo nada antes del cielo y la tierra. Por lo tanto, cuando comenzó con el cielo y la tierra, y la misma tierra que primero hizo, como la Escritura lo narra consecuentemente, era invisible y desordenada, y aún no hecha la luz, ciertamente había tinieblas sobre el abismo, es decir, sobre una cierta confusión indistinta de tierra y agua (pues donde no hay luz, necesariamente hay tinieblas); luego todo fue dispuesto creando, lo cual se narra que fue completado en seis días: ¿cómo se omitirían los ángeles, como si no estuvieran en las obras de Dios, de las cuales descansó en el séptimo día? Sin embargo, que los ángeles son obra de Dios, aunque aquí no se omite, no se expresa claramente; pero en otro lugar la Escritura santa lo testifica con voz clarísima. Pues en el himno de los tres en el horno, cuando se había dicho, Bendecid, todas las obras del Señor, al Señor; en la ejecución de esas mismas obras, también se nombran los ángeles (Dan. III, 57, 58). Y en el Salmo se canta: Alabad al Señor desde los cielos, alabadle en las alturas. Alabadle, todos sus ángeles; alabadle, todas sus virtudes. Alabadle, sol y luna; alabadle, todas las estrellas y luz. Alabadle, cielos de los cielos; y aguas que están sobre los cielos, alaben el nombre del Señor. Porque él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas (Sal. CXLVIII, 1-5). También aquí se dice muy claramente que los ángeles fueron hechos por Dios, cuando después de enumerar entre otras cosas celestiales, se añade a todo, Él dijo, y fueron hechas. ¿Quién, pues, se atreverá a pensar que los ángeles fueron hechos después de todas estas cosas que se enumeran en seis días? Pero incluso si alguien es tan insensato, esa vanidad es refutada por aquella Escritura de igual autoridad, donde Dios dice, Cuando fueron hechas las estrellas, todos mis ángeles me alabaron con gran voz (Job XXXVIII, 7, según LXX). Ya estaban, por lo tanto, los ángeles cuando fueron hechas las estrellas. Pero las estrellas fueron hechas en el cuarto día. ¿Diremos, pues, que fueron hechos el tercer día? De ninguna manera. Está claro qué fue hecho en ese día. La tierra fue separada de las aguas, y estos dos elementos tomaron sus especies distintas, y la tierra produjo todo lo que está arraigado en ella. ¿Diremos, pues, que fueron hechos el segundo día? Tampoco: pues entonces fue hecho el firmamento entre las aguas superiores e inferiores, y fue llamado cielo; en cuyo firmamento fueron hechas las estrellas en el cuarto día. Sin duda, pues, si los ángeles pertenecen a las obras de estos días, ellos son aquella luz que recibió el nombre de día, cuya unidad para ser encomiada, no se dijo día primero, sino día uno. Ni es otro el día segundo, o tercero, o los demás: sino el mismo uno repetido para completar el número seis o siete, por el conocimiento seis o siete; seis, ciertamente, de las obras que Dios hizo, y siete del descanso de Dios. Pues cuando Dios dijo, Hágase la luz, y se hizo la luz; si en esta luz se entiende correctamente la creación de los ángeles, ciertamente fueron hechos partícipes de la luz eterna, que es la misma Sabiduría inmutable de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas, a quien llamamos el unigénito Hijo de Dios; para que iluminados por esa luz, por la cual fueron creados, se hicieran luz, y fueran llamados día por la participación de la luz inmutable y del día, que es el Verbo de Dios, por el cual ellos y todas las cosas fueron hechas. Pues la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9), ilumina también a todo ángel puro, para que

sea luz no en sí mismo, sino en Dios: de quien si el ángel se aparta, se hace impuro; como son todos los que se llaman espíritus impuros, y ya no luz en el Señor, sino en sí mismos tinieblas, privados de la participación de la luz eterna. Pues el mal no es una naturaleza; sino la pérdida del bien, ha recibido el nombre de mal.

CAPÍTULO X.---Sobre la simple e inmutable Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, un solo Dios: en quien no hay otra cosa que su cualidad, otra cosa que su sustancia.

1. Es, por tanto, el único bien simple, y por ello el único inmutable, que es Dios. De este bien fueron creadas todas las cosas buenas, pero no simples, y por ello mutables. Creadas ciertamente, digo, es decir, hechas, no engendradas. Pues lo que es engendrado del bien simple, es igualmente simple, y es lo mismo que aquello de lo cual es engendrado; a estos dos llamamos Padre e Hijo; y ambos con el Espíritu Santo son un solo Dios: el Espíritu del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo, es llamado en las Sagradas Escrituras con una cierta noción propia de este nombre. Sin embargo, es otro que el Padre y el Hijo, porque no es ni el Padre ni el Hijo: pero, dije Otro; no, Otra cosa; porque también este es igualmente simple e igualmente bueno, inmutable y coeterno. Y esta Trinidad es un solo Dios: no por ello no es simple, porque es Trinidad. Pues no decimos que esta naturaleza del bien es simple porque en ella esté solo el Padre, o solo el Hijo, o solo el Espíritu Santo; o que esta Trinidad de nombre esté sola sin la subsistencia de las personas, como pensaron los herejes sabelianos; sino que se dice simple porque lo que tiene, eso es, excepto lo que cada persona se dice relativamente a la otra. Pues ciertamente el Padre tiene al Hijo, pero no es el Hijo; y el Hijo tiene al Padre, pero no es el Padre. En lo que se dice respecto a sí mismo, no respecto a otro, eso es lo que tiene: así como se dice respecto a sí mismo viviente, teniendo ciertamente vida, y esa misma vida es él.

2. Por esto, pues, se dice que la naturaleza es simple, a la cual no le es tener algo que pueda perder; o que sea una cosa el que tiene, y otra lo que tiene; como un vaso algún líquido, o el cuerpo el color, o el aire la luz o el calor, o el alma la sabiduría. Nada de esto es aquello que tiene: pues ni el vaso es el líquido, ni el cuerpo el color, ni el aire la luz o el calor, ni el alma es la sabiduría. De aquí que también puedan ser privados de las cosas que tienen, y transformarse y cambiarse en otros hábitos o cualidades, de modo que el vaso se vacíe del humor con el que está lleno, el cuerpo se decolore, el aire se oscurezca o enfríe, y el alma se vuelva insensata. Pero aunque sea un cuerpo incorruptible, como se promete a los santos en la resurrección, tiene ciertamente la cualidad inamovible de la incorruptibilidad, pero permaneciendo la sustancia corporal no es lo mismo que la incorruptibilidad. Pues esta también está toda en cada parte del cuerpo, y no es mayor en un lugar y menor en otro; pues ninguna parte es más incorruptible que otra: el cuerpo mismo es mayor en el todo que en la parte; y cuando una parte es mayor en él, otra menor, no es más incorruptible la que es mayor que la que es menor. Por tanto, el cuerpo es una cosa, que no está todo en todas partes de sí mismo: otra es la incorruptibilidad, que está toda en todas partes de él; porque toda parte del cuerpo incorruptible, aunque desigual a las demás, es igualmente incorrupta. Pues no, por ejemplo, porque el dedo sea menor que toda la mano, por eso la mano es más incorruptible que el dedo. Así, aunque la mano y el dedo sean desiguales, sin embargo, la incorruptibilidad de la mano y del dedo es igual. Y por tanto, aunque la incorruptibilidad sea inseparable del cuerpo incorruptible; sin embargo, es otra la sustancia, por la cual se llama cuerpo, y otra la cualidad por la cual se llama incorruptible. Y por eso, incluso así, no es lo mismo que lo que tiene. También el alma misma, aunque siempre sea sabia, como lo será cuando sea liberada para siempre; sin embargo, será sabia por participación de la sabiduría inmutable, que no es lo que ella misma. Pues aunque el aire nunca sea privado de la luz infundida, por eso no es

otra cosa él, y otra la luz con la que se ilumina. Ni he dicho esto como si el aire fuera el alma: lo que pensaron algunos, que no pudieron concebir una naturaleza incorpórea. Pero estas cosas tienen con aquellas, incluso en gran disparidad, cierta semejanza, de modo que no se diga inconvenientemente que el alma incorpórea se ilumina con la luz incorpórea de la sabiduría simple de Dios, como se ilumina el cuerpo del aire con la luz corpórea; y así como el aire se oscurece privado de esta luz (pues no son otra cosa las tinieblas de cualquier lugar corporal que el aire carente de luz), así el alma se oscurece privada de la luz de la sabiduría.

3. Según esto, pues, se dice que aquellas cosas son simples, que son principalmente y verdaderamente divinas, porque en ellas no es una cosa la cualidad, otra la sustancia, ni por participación de otras cosas son divinas, o sabias, o bienaventuradas. Sin embargo, en las Escrituras santas se ha dicho que el Espíritu de sabiduría es múltiple (Sab. VII, 22), porque tiene muchas cosas en sí: pero lo que tiene, eso es, y todas esas cosas son una. Pues no son muchas, sino una sabiduría, en la cual hay ciertos tesoros inmensos e infinitos de cosas inteligibles, en los cuales están todas las razones invisibles e inmutables de las cosas, incluso visibles y mutables, que por ella fueron hechas. Pues Dios no hizo nada ignorándolo, lo que ni de cualquier hombre artífice se puede decir con razón: por tanto, si hizo todas las cosas sabiéndolas, ciertamente hizo aquellas que conocía. De lo cual surge en la mente algo maravilloso, pero sin embargo verdadero, que este mundo no podría ser conocido por nosotros, si no existiera; pero para Dios, si no fuera conocido, no podría existir.

CAPÍTULO XI.---Si debe creerse que aquellos espíritus que no permanecieron en la verdad también participaron de esa bienaventuranza que los santos ángeles han tenido desde su inicio.

Siendo así, de ningún modo según algún espacio de tiempo existieron antes aquellos espíritus de tinieblas, a quienes llamamos ángeles; sino que al mismo tiempo que fueron hechos, fueron hechos luz: no obstante, no fueron creados solo para que existieran de cualquier manera, y vivieran de cualquier manera; sino también iluminados, para que vivieran sabiamente y bienaventurados. Algunos ángeles, apartados de esta iluminación, no obtuvieron la excelencia de la vida sabia y bienaventurada, que sin duda no es sino eterna y de su eternidad cierta y segura: pero también tienen la vida racional aunque insensata de tal manera, que no pueden perderla, ni siquiera si quisieran. ¿Hasta qué punto, sin embargo, antes de que pecaran, fueron partícipes de esa sabiduría, quién puede definirlo? Sin embargo, ¿cómo diremos que estos fueron iguales en su participación a aquellos que por ello son verdaderamente y plenamente bienaventurados, porque de ninguna manera se engañan sobre la eternidad de su bienaventuranza? Pues si hubieran sido iguales en ella, también estos habrían permanecido igualmente bienaventurados en su eternidad, porque igualmente ciertos. Pues no se puede decir verdaderamente vida eterna, como quiera que sea de larga, si ha de tener fin: ya que vida se llama solo por vivir, pero verdaderamente eterna por no tener fin. Por tanto, aunque no todo lo eterno sea inmediatamente bienaventurado (pues también se dice que el fuego penal es eterno); sin embargo, si la vida verdaderamente perfecta y bienaventurada no es sino eterna, no era tal la de estos, que había de terminar, y por ello no era eterna, ya sea que lo supieran, o ignorándolo pensaran otra cosa: porque sabiendo, el temor, ignorando, el error no les permitía ser bienaventurados. Pero si no lo sabían así, para no confiar en falsedades o incertidumbres, sino que, si su bien era eterno o había de tener fin, no se inclinaban con firme asenso hacia ninguna parte, esa duda sobre tanta felicidad no tenía la plenitud de vida bienaventurada que creemos que está en los santos ángeles. Pues no contraemos el vocablo de vida bienaventurada a ciertas estrecheces de significado, para decir que solo Dios es bienaventurado; quien, sin embargo, es verdaderamente bienaventurado de tal manera que no puede haber mayor bienaventuranza: en cuya comparación, que los ángeles

sean bienaventurados, con su cierta suma bienaventuranza, cuanta puede haber en los ángeles, ¿qué o cuánto es?

CAPÍTULO XII.---Sobre la comparación de la bienaventuranza de los justos, que aún no poseen el premio de la promesa divina, y de los primeros hombres en el paraíso antes del pecado.

No creemos que solo ellos, en lo que respecta a la criatura racional o intelectual, deban ser llamados bienaventurados. Pues ¿quién se atrevería a negar que aquellos primeros hombres en el paraíso fueron bienaventurados antes del pecado, aunque inciertos de su bienaventuranza, cuán duradera o si era eterna (habría sido eterna, si no hubieran pecado); cuando hoy no llamamos impúdicamente bienaventurados a aquellos que vemos vivir justa y piadosamente con la esperanza de la futura inmortalidad, llevando esta vida sin crimen que devaste la conciencia, fácilmente obteniendo la misericordia divina para los pecados de esta debilidad? Quienes, aunque estén ciertos del premio de su perseverancia, sin embargo, se encuentran inciertos de su propia perseverancia. Pues ¿quién de los hombres sabe que perseverará hasta el fin en la acción y progreso de la justicia, a menos que por alguna revelación sea hecho cierto por aquel que sobre este asunto no instruye a todos con justo y oculto juicio, pero a nadie engaña? Por tanto, en cuanto a la delectación del bien presente, el primer hombre en el paraíso era más bienaventurado que cualquier justo en esta debilidad mortal: pero en cuanto a la esperanza del futuro, más bienaventurado es cualquiera en cualesquiera tormentos del cuerpo, a quien no por opinión, sino por cierta verdad le es manifiesto que tendrá sin fin la sociedad de los ángeles, libre de toda molestia, en la participación del sumo Dios, que aquel hombre incierto de su caída en aquella gran felicidad del paraíso.

CAPÍTULO XIII.---Si todos los ángeles fueron creados con una sola felicidad, de modo que ni los que cayeron pudieron conocer que caerían, y después de la ruina de los caídos, los que permanecieron recibieron la presciencia de su perseverancia.

Por tanto, a cualquiera ya no le resulta difícil que se logre la bienaventuranza que la naturaleza intelectual desea con recto propósito; esto es, que disfrute sin molestia alguna del bien inmutable, que es Dios, y que no dude ni se engañe de que permanecerá en él eternamente. Creemos con piadosa fe que los ángeles de luz tienen esto: deducimos con razón consecuente que los ángeles pecadores, que por su depravación fueron privados de aquella luz, no tuvieron esto antes de caer; sin embargo, deben creerse que tuvieron alguna bienaventuranza, aunque no presciente, si vivieron antes del pecado. O si parece duro creer que cuando fueron hechos ángeles, unos fueron creados de tal manera que no recibieron la presciencia de su perseverancia o caída, y otros de tal manera que conocieron con certísima verdad la eternidad de su bienaventuranza; pero todos fueron creados desde el principio con igual felicidad, y así fueron, hasta que aquellos que ahora son malos cayeron por su voluntad del resplandor de la bondad: sin duda es mucho más duro pensar ahora que los ángeles santos son inciertos de su bienaventuranza eterna, e ignorar ellos mismos de sí mismos lo que nosotros hemos podido saber de ellos por las Escrituras santas. Pues ¿quién cristiano católico ignora que ya no habrá otro nuevo diablo de entre los ángeles buenos; así como tampoco este volverá a la sociedad de los ángeles buenos? Pues la Verdad en el Evangelio promete a los santos y fieles que serán iguales a los ángeles de Dios (Mat. XXII, 30): a quienes también se les promete que irán a la vida eterna (Id. XXV, 46). Por tanto, si nosotros estamos ciertos de que nunca caeremos de aquella felicidad inmortal, pero ellos si no están ciertos; ya seremos superiores, no iguales a ellos. Pero porque la Verdad no engaña, y seremos iguales a ellos, ciertamente también ellos están ciertos de su felicidad eterna. De la cual aquellos otros,

porque no estaban ciertos; pues no era eterna su felicidad de la cual estuvieran ciertos, que había de tener fin: queda que o eran desiguales, o si eran iguales, después de la ruina de estos les sobrevino a aquellos la cierta ciencia de su felicidad sempiterna. A menos que alguien diga que lo que el Señor dijo del diablo en el Evangelio, "Él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad" (Juan VIII, 44); debe entenderse de tal manera que no solo fue homicida desde el principio, es decir, desde el principio del género humano, desde que ciertamente fue hecho hombre, a quien engañando pudiera matar: sino también desde el principio de su creación no permaneció en la verdad; y por eso nunca fue bienaventurado con los santos ángeles, rehusando estar sometido a su Creador, y alegrándose en su propia potestad privada por su soberbia, y por ello falso y engañoso; porque ni nunca evade la potestad del Omnipotente, y quien por piadosa sujeción no quiso tener lo que verdaderamente es, pretende por soberbia elevación simular lo que no es: para que así se entienda también lo que el bienaventurado Juan apóstol dijo "Desde el principio el diablo peca" (I Juan III, 8); esto es, desde que fue creado, rehusó la justicia, que no puede tenerse sino por voluntad piadosa y sometida a Dios. Quienquiera que se aquieta a esta sentencia, no piensa con aquellos herejes, es decir, los maniqueos, y si alguna otra peste así piensa, que el diablo tiene una cierta naturaleza propia como de un principio adverso de mal: que deliran con tanta vanidad, que aunque tienen estas palabras evangélicas en autoridad con nosotros, no atienden a que el Señor no dijo, "Era ajeno a la verdad"; sino, "No permaneció en la verdad": donde quiso que se entendiera que cayó de la verdad: en la cual ciertamente si hubiera permanecido, hecho partícipe de ella, permanecería bienaventurado con los santos ángeles.

CAPÍTULO XIV.---De qué género de locución se dijo del diablo, que no permaneció en la verdad, porque la verdad no está en él.

Sin embargo, añadió una indicación, como si hubiéramos preguntado de dónde se muestra que no permaneció en la verdad, y dijo, "Porque no hay verdad en él". Pero habría en él, si hubiera permanecido en ella. Sin embargo, se dijo con una locución menos usual. Pues parece sonar, "No permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él" (Juan VIII, 44), como si esa fuera la causa de que no permaneciera en la verdad, que no hay verdad en él: cuando más bien esa es la causa de que no haya verdad en él, que no permaneció en la verdad. Esta locución también está en el Salmo: "Yo clamé, porque me escuchaste, Dios" (Sal. XVI, 6): cuando parece que debió decirse, "Me escuchaste, Dios, porque clamé". Pero cuando dijo, "Yo clamé"; como si se le preguntara de dónde muestra que clamó, mostró el afecto de su clamor por el efecto de la escucha de Dios; como si dijera, "De aquí muestro que clamé, porque me escuchaste".

CAPÍTULO XV.---Qué debe pensarse de lo que está escrito, "Desde el principio el diablo peca".

Tampoco entienden lo que dijo Juan del diablo, "Desde el principio el diablo peca" (I Juan III, 8); si es natural, de ningún modo es pecado. Pero ¿qué se responde a los testimonios proféticos, ya sea lo que dijo Isaías, señalando al diablo bajo la figura del príncipe de Babilonia, "¿Cómo caíste, Lucifer, que nacías por la mañana?" (Isaías XIV, 12)? o lo que Ezequiel, "En las delicias del paraíso de Dios estuviste, adornado con toda piedra preciosa"? donde se entiende que alguna vez estuvo sin pecado. Pues más expresamente se le dice poco después: "Anduviste en tus días sin defecto" (Ezequiel XXVIII, 13, 14). Que si no pueden entenderse de otra manera más conveniente, es necesario también entender lo que se dijo, "No permaneció en la verdad", de tal manera que estuvo en la verdad, pero no permaneció. Y lo que "desde el principio el diablo peca", no debe entenderse que peca desde el principio desde que fue creado; sino desde el principio del pecado, que desde su soberbia comenzó a

ser pecado. Ni lo que está escrito en el libro de Job, cuando se hablaba del diablo, "Este es el principio de la creación del Señor, que hizo para ser burlado por sus ángeles" (Job XL, 14, según LXX); a lo cual parece concordar también el Salmo, donde se lee, "Este dragón que formaste para burlarse de él" (Sal. CIII, 26); debe entenderse de tal manera que creamos que fue creado desde el principio para que fuera burlado por los ángeles, sino que fue ordenado en este castigo después del pecado. Por tanto, su principio es la creación del Señor: pues no hay naturaleza alguna, incluso en las más extremas y bajas bestias, que no haya constituido aquel de quien es todo modo, toda especie, todo orden, sin los cuales nada de las cosas puede encontrarse o pensarse: cuánto más la criatura angélica, que precede en dignidad de naturaleza a todas las demás cosas que Dios creó.

CAPÍTULO XVI.---De los grados y diferencias de las criaturas, que de una manera las vende el uso de la utilidad, de otra el orden de la razón.

En efecto, en aquellas cosas que de algún modo existen, y no son lo que es Dios, de quien fueron hechas, se anteponen los seres vivientes a los no vivientes; así como aquellos que tienen la capacidad de engendrar o incluso de desear, a aquellos que carecen de este movimiento. Y entre los que viven, se anteponen los que sienten a los que no sienten, como los animales a los árboles. Y entre los que sienten, se anteponen los inteligentes a los no inteligentes, como los hombres a los animales. Y entre los que entienden, se anteponen los inmortales a los mortales, como los ángeles a los hombres. Pero estas preferencias se dan por el orden de la naturaleza: sin embargo, hay otro modo de estimación según el uso de cada uno, por el cual preferimos algunas cosas carentes de sentido a otras que lo tienen, hasta el punto de que, si tuviéramos el poder, quisiéramos eliminarlas completamente de la naturaleza de las cosas, ya sea por ignorar el lugar que ocupan en ella, o incluso si lo sabemos, anteponiéndolas a nuestras comodidades. ¿Quién no preferiría tener pan en su casa en lugar de ratones, o monedas en lugar de pulgas? Pero, ¿qué maravilla, cuando incluso en la estimación de los mismos hombres, cuya naturaleza ciertamente tiene tanta dignidad, a menudo se valora más un caballo que un esclavo, una gema que una sirvienta? Así, la libertad de juzgar difiere mucho de la necesidad del indigente, o del deseo del que anhela, cuando considera qué es lo que por sí mismo depende en los grados de las cosas, y la necesidad, qué es lo que busca por qué; y qué es lo que aparece verdadero a la luz de la mente, y el placer, qué es lo que halaga a los sentidos del cuerpo. Pero tanto vale en las naturalezas racionales un cierto peso de voluntad y amor, que aunque por el orden de la naturaleza los ángeles se anteponen a los hombres, sin embargo, por la ley de la justicia, los hombres buenos se anteponen a los ángeles malos.

CAPÍTULO XVII.---El vicio de la malicia no es naturaleza, sino contra la naturaleza, para la cual el Creador no es causa de pecar, sino la voluntad.

Por la naturaleza, por tanto, no por la malicia del diablo, entendemos correctamente que se dijo: "Este es el principio de la creación del Señor" (Job XL, 14, según los LXX): porque sin duda donde hay vicio de malicia, la naturaleza no viciada precedió. El vicio es, sin embargo, tan contrario a la naturaleza, que no puede sino dañar a la naturaleza. No sería, por tanto, un vicio apartarse de Dios, si a la naturaleza, cuyo vicio es, le correspondiera más estar con Dios. Por lo tanto, incluso la mala voluntad es un gran testimonio de la buena naturaleza. Pero Dios, así como es el mejor creador de buenas naturalezas, es también el más justo ordenador de las malas voluntades; de modo que cuando ellas usan mal las buenas naturalezas, Él usa bien incluso las malas voluntades. Así, hizo que el diablo, bueno por su creación, malo por su voluntad, ordenado en lo inferior, fuera burlado por sus ángeles, es

decir, que sus tentaciones sirvieran a los santos, a quienes desea perjudicar. Y puesto que Dios, al crearlo, no ignoraba su futura maldad, y preveía qué bienes Él mismo haría de sus males: por eso el Salmo dice: "Este dragón, que formaste para burlarte de él" (Sal. CIII, 26), para que en el mismo hecho de haberlo creado, aunque por su bondad fue bueno, ya por su presciencia se entienda que había preparado cómo usarlo incluso en su maldad.

CAPÍTULO XVIII.---Sobre la belleza del universo, que por la ordenación de Dios se hace más brillante incluso por la oposición de los contrarios.

Porque Dios no habría creado a ninguno, no digo de los ángeles, sino ni siquiera de los hombres, a quien supiera que sería malo, si no supiera al mismo tiempo para qué usos de los buenos los acomodaría, y así honraría el orden de los siglos como un bellísimo poema con ciertos antitéticos. Los antitéticos, como se les llama, son adornos muy apropiados de la elocución, que en latín se llaman opuestos, o como se dice más expresivamente, contrapuestos. No es costumbre entre nosotros este vocablo, aunque el discurso latino también usa estos adornos de la elocución, y de hecho, las lenguas de todas las naciones. Con estos antitéticos, el apóstol Pablo en la segunda Epístola a los Corintios explica suavemente aquel pasaje donde dice: "Por las armas de justicia a diestra y a siniestra, por gloria y deshonra, por mala fama y buena fama; como engañadores, y veraces; como desconocidos, y conocidos; como moribundos, y he aquí vivimos; como castigados, y no muertos; como tristes, pero siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, y poseyéndolo todo" (II Cor. VI, 7-10). Así como estos contrarios opuestos a contrarios devuelven la belleza del discurso; así, con una cierta elocuencia no de palabras, sino de cosas, la belleza del siglo se compone por la oposición de los contrarios. Esto se expone muy claramente en el libro del Eclesiástico, de esta manera: "Contra el mal está el bien, y contra la muerte la vida: así contra el piadoso el pecador. Y así mira en todas las obras del Altísimo, de dos en dos, una contra otra" (Eclo. XXXIII, 15).

CAPÍTULO XIX.---Qué parece que debe pensarse sobre lo que está escrito: "Dios dividió entre la luz y las tinieblas".

Aunque la oscuridad del discurso divino es útil también para esto, que engendra muchas sentencias de verdad y las saca a la luz del conocimiento, mientras uno lo entiende de una manera, otro de otra; sin embargo, lo que se entiende en un lugar oscuro, debe ser afirmado ya sea por el testimonio de cosas manifiestas, o por otros lugares no dudosos; ya sea que, al tratar muchas cosas, se llegue también a lo que pensó quien lo escribió; ya sea que eso quede oculto, pero por la ocasión de tratar la profunda oscuridad se digan otras cosas verdaderas: no me parece absurda la sentencia sobre las obras de Dios, si cuando se dice que se hizo la primera luz, se entiende que fueron creados los ángeles, y que entre los ángeles santos e inmundos se hizo la distinción, donde se dijo: "Y Dios dividió entre la luz y las tinieblas; y llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche". Solo Él pudo discernir estas cosas, quien pudo también prever antes de que cayeran que caerían, y que privados de la luz de la verdad permanecerían en la tenebrosa soberbia. Pues entre este día y noche tan conocidos por nosotros, es decir, entre esta luz y estas tinieblas, ordenó a los luminarios del cielo que dividieran: "Haya", dijo, "luminarias en el firmamento del cielo, para que alumbren sobre la tierra, y dividan entre el día y la noche". Y poco después: "E hizo", dice, "Dios dos grandes luminarias; la luminaria mayor para el principio del día, y la luminaria menor para el principio de la noche; y las estrellas: y las puso Dios en el firmamento del cielo, para alumbrar sobre la tierra, y para presidir el día y la noche, y para dividir entre la luz y las tinieblas" (Gen. I, 4, 5, 14, 16-18). Pero entre aquella luz, que es la santa sociedad de los ángeles resplandeciendo inteligiblemente con la iluminación de la verdad, y las tinieblas

contrarias a ella, es decir, las mentes tenebrosas de los ángeles malos apartados de la luz de la justicia, solo Él pudo dividir, a quien tampoco el mal futuro, no de la naturaleza, sino de la voluntad, pudo ser oculto o incierto.

CAPÍTULO XX.---Sobre lo que se dijo después de la distinción de la luz y las tinieblas: "Y vio Dios la luz, que era buena".

Por último, tampoco debe pasarse por alto en silencio que donde Dios dijo: "Hágase la luz, y se hizo la luz"; inmediatamente se añadió: "Y vio Dios la luz, que era buena": no después de que separó entre la luz y las tinieblas; y llamó a la luz día, y a las tinieblas noche, para que no pareciera que junto con la luz también a tales tinieblas daba testimonio de su aprobación. Pues donde las tinieblas son inculpables, entre las cuales y esta luz visible a estos ojos los luminarios del cielo dividen, no antes, sino después se añade: "Y vio Dios que era bueno. Y las puso", dice, "en el firmamento del cielo, para alumbrar sobre la tierra, y para presidir el día y la noche, y para separar entre la luz y las tinieblas. Y vio Dios que era bueno". Pues ambos agradaron, porque ambos son sin pecado. Pero donde Dios dijo: "Hágase la luz, y se hizo la luz. Y vio Dios la luz, que era buena"; y posteriormente se añade: "Y separó Dios entre la luz y las tinieblas; y llamó Dios a la luz día, y a las tinieblas llamó noche" (Gen. I, 3-5, 17, 18): no se añadió en este lugar: "Y vio Dios que era bueno"; para que no se llamara bueno a ambos, cuando uno de ellos es malo, por su propio vicio, no por naturaleza. Y por eso solo allí la luz agradó al Creador: pero las tinieblas angélicas, aunque debían ser ordenadas, no debían ser aprobadas.

CAPÍTULO XXI.---Sobre la eterna e inmutable ciencia de Dios y la voluntad, por la cual siempre le agradaron todas las cosas que hizo, así como hechas, como para ser hechas.

¿Qué otra cosa se debe entender en lo que se dice por todas partes: "Vio Dios que era bueno", sino la aprobación de la obra según el arte hecho, que es la Sabiduría de Dios? Pero Dios no aprendió que era bueno cuando fue hecho, de modo que nada de lo que hizo le era desconocido. Por tanto, cuando ve que es bueno, lo enseña, no lo aprende. Y Platón, de hecho, se atrevió a decir más, que Dios se elevó de gozo cuando se completó la totalidad del mundo (En el Timeo). Donde él mismo no era tan insensato como para pensar que Dios se hizo más feliz por la novedad de su obra: sino que quiso mostrar así que al artífice le agradó ya hecho lo que le había agradado en el arte hacer; no que de alguna manera la ciencia de Dios varíe, para que en ella hagan algo diferente las cosas que aún no son, las que ya son, y las que fueron. Pues no a nuestro modo Él prevé lo que será, ni contempla lo presente, ni recuerda lo pasado; sino de otro modo, muy diferente de la costumbre de nuestras cogitaciones. Él, en efecto, no cambia de pensamiento de esto a aquello, sino que ve de manera completamente inmutable; de modo que aquellas cosas que se hacen temporalmente, y aún no son futuras, y ya son presentes, y ya no son pasadas, Él las comprende todas con una presencia estable y sempiterna: ni de otra manera con los ojos, de otra manera con la mente; pues no consta de alma y cuerpo: ni de otra manera ahora, de otra manera antes, y de otra manera después; porque no como nuestra, así también su ciencia se varía con la diversidad de los tres tiempos, presente, pasado o futuro: en quien no hay mudanza, ni sombra de variación (Santiago I, 17). Pues su intención no pasa de pensamiento en pensamiento, en cuya visión incorpórea están presentes al mismo tiempo todas las cosas que conoce: porque conoce los tiempos sin nociones temporales, así como mueve las cosas temporales sin movimientos temporales. Por tanto, vio que era bueno lo que hizo, donde vio que era bueno para hacerlo. Ni porque lo vio hecho, duplicó su ciencia, ni la aumentó de alguna manera, como si antes de hacerlo hubiera sido de menor ciencia para ver lo que haría: quien no operaría tan perfectamente, si no fuera por una ciencia tan perfecta, a la que nada se añadiría de sus obras.

Por lo tanto, si solo se nos insinuara quién hizo la luz, bastaría con decir: Dios hizo la luz. Si además de quién la hizo, también por qué la hizo; sería suficiente enunciar: "Y dijo Dios: Hágase la luz, y se hizo la luz"; para que supiéramos no solo que Dios, sino también que por el Verbo hizo la luz. Pero porque nos convenía que se nos intimaran tres cosas principalmente sobre la criatura, quién la hizo, por qué la hizo, por qué la hizo: "Dios dijo", dice, "Hágase la luz, y se hizo la luz. Y vio Dios la luz, que era buena". Si, por tanto, preguntamos quién la hizo, es Dios. Si por qué la hizo, "Dijo: Hágase, y se hizo". Si por qué la hizo, "Porque era buena". Ni hay autor más excelente que Dios, ni arte más eficaz que el Verbo de Dios, ni causa mejor que para que se creara el bien por el Dios bueno. Esta causa también Platón la llama justísima para la creación del mundo, "para que por el Dios bueno se hicieran buenas obras" (En el Timeo): ya sea que haya leído esto, o que lo haya conocido por quienes lo leyeron; ya sea que con agudísimo ingenio haya contemplado los invisibles de Dios, entendidos por las cosas hechas, o que lo haya aprendido de quienes lo contemplaron.

CAPÍTULO XXII.---Sobre aquellos a quienes en el universo de cosas bien creadas por el buen Creador algunas cosas les desagradan, y piensan que hay alguna naturaleza mala.

Sin embargo, esta causa, es decir, la bondad de Dios para crear cosas buenas; esta, digo, causa tan justa y adecuada, que considerada diligentemente y pensada piadosamente termina todas las controversias de quienes buscan el origen del mundo, algunos herejes no la vieron: porque la indigente y frágil mortalidad de esta carne, ya viniendo de un justo castigo, mientras no les conviene, les ofende en muchas cosas; como el fuego, o el frío, o una bestia feroz, o algo por el estilo. No atienden, sin embargo, a cuánto vigor tienen en sus lugares y naturalezas, y cuán bellamente ordenadas están; y cuánto decoran, por sus porciones, como en una república común, el universo de las cosas, o cuánto nos atribuyen de utilidad si las usamos congruente y sabiamente; de modo que incluso los venenos, que por inconveniencia son perniciosos, aplicados convenientemente se convierten en saludables medicamentos: y que, por el contrario, también estas cosas que les deleitan, como la comida y la bebida y esta luz, se sienten nocivas por el uso desmedido e inoportuno. Por lo cual la divina providencia nos advierte, no vituperar las cosas insensatamente, sino buscar diligentemente la utilidad de las cosas; y donde nuestro ingenio o debilidad falla, creer así que es oculta, como había algunas que apenas pudimos encontrar: porque incluso la ocultación de la utilidad, o es ejercicio de humildad, o es desgaste de la soberbia; ya que no hay naturaleza alguna que sea mal, y este nombre no es sino privación de bien: pero desde las terrenales hasta las celestiales, y desde las visibles hasta las invisibles, hay unos bienes mejores que otros; desiguales para que existan todas las cosas. Pero Dios es tan gran artífice en las grandes, que no es menor en las pequeñas: las cuales no deben medirse por su grandeza (pues no la tienen), sino por la sabiduría del artífice: como en la apariencia visible del hombre, si se afeita una ceja, cuán poco se le quita al cuerpo, y cuánto a la belleza; porque no consta de masa, sino de la paridad y dimensión de los miembros. Ni ciertamente es mucho de extrañar que aquellos que piensan que hay alguna naturaleza mala surgida y propagada de un principio contrario, no quieran aceptar esta causa de la creación del mundo, para que el buen Dios creara cosas buenas; creyendo que más bien fue llevado a estas construcciones mundanas por la extrema necesidad de repeler un mal rebelde contra Él, y que mezcló su buena naturaleza con el mal para cohibirlo y superarlo, y que muy torpemente contaminada y cruelmente capturada y oprimida, con gran esfuerzo apenas la limpia y libera, no toda, sin embargo; sino que lo que de ella no pudo ser purgado de aquella contaminación, será el revestimiento y vínculo del enemigo vencido e incluido. Así, los maniqueos no desvariarían o más bien enloquecerían, si creyeran que la naturaleza de Dios, tal como es, es inmutable y completamente incorruptible, a la cual ninguna cosa puede dañar: pero que el alma, que pudo ser cambiada en peor por la

voluntad y corrompida por el pecado, y así privada de la luz de la verdad inmutable, no es parte de Dios, ni de su naturaleza que es de Dios, sino creada por Él muy inferior al Creador, lo sintieran con la salud cristiana.

CAPÍTULO XXIII.---Sobre el error en el que se inculpa la doctrina de Orígenes.

1. Pero es mucho más de extrañar que incluso algunos, que creen con nosotros que hay un solo principio de todas las cosas, y que ninguna naturaleza que no es lo que es Dios puede existir sino por el Creador, no quisieron, sin embargo, creer esta causa de la creación del mundo tan buena y simple, bien y simplemente, para que el buen Dios creara cosas buenas, y que después de Dios hubiera cosas que no fueran lo que es Dios, pero buenas que no haría sino el buen Dios. Sino que dicen que las almas, no partes de Dios, sino hechas por Dios, pecaron al apartarse del Creador; y por diversos progresos según la diversidad de pecados, merecieron diversos cuerpos como vínculos, desde los cielos hasta las tierras: y que este es el mundo, y que esta fue la causa de hacer el mundo, no para que se crearan cosas buenas, sino para que se cohibieran las malas. Por esto Orígenes es justamente culpado. En los libros que llama "περί Ἀρχῶν", es decir, sobre los Principios, esto pensó, esto escribió. Donde más de lo que se puede decir, me maravillo de que un hombre tan docto y ejercitado en las letras eclesiásticas no haya atendido, primero, cuán contrario era esto a la intención de esta Escritura de tanta autoridad, que subyugando por todas las obras de Dios, "Y vio Dios que era bueno"; y completadas todas, añadiendo, "Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era muy bueno" (Gen. I): no quiso que se entendiera otra causa de hacer el mundo, sino para que se hicieran cosas buenas por el buen Dios. Donde si nadie hubiera pecado, el mundo estaría adornado y lleno solo de buenas naturalezas: y porque hay pecado, no por eso todo está lleno de pecados, cuando un número mucho mayor de buenos en los cielos guarda el orden de su naturaleza. Ni la mala voluntad, porque no quiso guardar el orden de la naturaleza, por eso escapa a las leyes del justo Dios que todo lo ordena bien. Porque así como la pintura con color negro, puesta en su lugar, así el universo de las cosas, si alguien puede contemplarlo, incluso con los pecadores es hermoso, aunque considerados por sí mismos su deformidad los afea.

2. Luego debió considerar Orígenes, y cualquiera que piense de esta manera, que si esta opinión fuera verdadera, el mundo fue creado para que las almas, como castigo por los méritos de sus pecados, recibieran cuerpos como prisiones, los superiores y más ligeros para quienes pecaron menos, y los inferiores y más pesados para quienes pecaron más. Los demonios, que no tienen nada peor, deberían tener cuerpos terrenales, que no hay nada más bajo y pesado, en lugar de los hombres, incluso los malos. Ahora bien, para que entendamos que los méritos de las almas no deben ser juzgados por las cualidades de los cuerpos, el peor demonio aéreo, y el hombre, aunque ahora sea malo, de malicia mucho menor y más leve, ciertamente antes del pecado recibió un cuerpo de barro. ¿Y qué puede decirse más necio que pensar que Dios, el artífice, no dispuso el sol para que en un mundo hubiera uno solo, por la belleza del decoro o incluso por la salud de las cosas corporales, sino que esto sucedió porque un alma pecó de tal manera que mereció ser encerrada en tal cuerpo? Y por lo tanto, si hubiera sucedido que no una, sino dos; o no dos, sino diez, o cien, hubieran pecado de manera similar e igual, este mundo tendría cien soles. Para que esto no ocurriera, no fue por la maravillosa previsión del artífice para la salud y el decoro de las cosas corporales, sino que sucedió más bien por el gran progreso de pecado de un solo alma, que mereció tal cuerpo. No es de las almas, de las que no saben lo que hablan, sino de aquellos mismos que piensan tales cosas, que el progreso debe ser mucho más restringido, lejos de la verdad y con razón. Por lo tanto, estas tres cosas que mencioné anteriormente, cuando se buscan en cada criatura, quién

la hizo, por qué la hizo, para qué la hizo, para responder, Dios, por el Verbo, porque es buena, si en la profundidad mística se nos insinúa la misma Trinidad, es decir, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; o si surge algo que en este lugar de las Escrituras prohíba que se entienda así, es una cuestión de mucho discurso, y no es necesario explicar todo en un solo volumen.

CAPÍTULO XXIV.---Sobre la Trinidad divina, que ha esparcido indicios de su significado a través de todas sus obras.

Creemos, sostenemos y predicamos fielmente que el Padre engendró el Verbo, es decir, la Sabiduría, por quien todas las cosas fueron hechas, el Hijo unigénito, uno de uno, eterno coeterno, sumamente bueno igualmente bueno; y que el Espíritu Santo es al mismo tiempo el Espíritu del Padre y del Hijo, y él mismo consustancial y coeterno con ambos: y que todo esto es Trinidad por la propiedad de las personas, y un solo Dios por la inseparable divinidad, así como un solo omnipotente por la inseparable omnipotencia: de tal manera que incluso cuando se pregunta por cada uno de ellos, se responde que cada uno de ellos es Dios y omnipotente; pero cuando se trata de todos juntos, no tres dioses o tres omnipotentes, sino un solo Dios omnipotente; hay allí en los tres una unidad inseparable, que así quiso ser predicada. Sin embargo, si el Espíritu Santo del buen Padre y del buen Hijo, porque es común a ambos, puede ser correctamente llamado la bondad de ambos, no me atrevo a precipitar una sentencia temeraria: sin embargo, me atrevería más fácilmente a llamarlo la santidad de ambos, no como una cualidad de ambos, sino también como sustancia, y la tercera persona en la Trinidad. Pues me lleva más probablemente a esto, que aunque el Padre es espíritu y el Hijo es espíritu, y el Padre es santo, y el Hijo es santo, sin embargo, él es propiamente llamado Espíritu Santo, como la santidad sustancial y consustancial de ambos. Pero si la bondad divina no es otra cosa que la santidad, ciertamente es un esfuerzo de razón, no una audacia de presunción, que en las obras de Dios, de una manera secreta de hablar, por la cual se ejercita nuestra intención, se nos insinúa la misma Trinidad, quién hizo cada criatura, por qué la hizo, para qué la hizo. Pues el Padre se entiende por el Verbo, que dijo, Hágase. Lo que fue hecho cuando él lo dijo, sin duda fue hecho por el Verbo. En lo que se dice, Y vio Dios que era bueno; se significa suficientemente que Dios no hizo lo que hizo por necesidad, ni por necesidad de alguna utilidad suya, sino por pura bondad, es decir, porque es bueno: lo cual se dice después de que fue hecho, para indicar que la cosa que fue hecha concuerda con la bondad por la cual fue hecha. Si esta bondad se entiende correctamente como el Espíritu Santo, se nos insinúa la Trinidad en todas sus obras. De ahí es el origen, la formación y la bienaventuranza de la ciudad santa, que está en los santos ángeles arriba. Pues si se pregunta de dónde es, Dios la creó: si de dónde es sabia, es iluminada por Dios: si de dónde es feliz, disfruta de Dios: existiendo es modificada, contemplando es iluminada, adhiriéndose es alegrada; es, ve, ama; en la eternidad de Dios vive, en la verdad de Dios brilla, en la bondad de Dios se regocija.

CAPÍTULO XXV.---Sobre la disciplina tripartita de toda la filosofía.

En la medida en que se puede entender, de aquí los filósofos quisieron que la disciplina de la sabiduría fuera tripartita; o más bien pudieron observar que era tripartita (pues no la establecieron para que fuera así, sino que más bien la encontraron así): de la cual una parte se llamaría física, otra lógica, y la tercera ética. Cuyos nombres en latín ya han sido frecuentados por muchos escritos, para que se llamaran natural, racional y moral: las cuales también brevemente mencionamos en el libro octavo (Cap. 4 y ss.). No porque sea consecuente que en estas tres cosas hayan pensado algo sobre la Trinidad según Dios. Aunque se dice que Platón fue el primero en descubrir y recomendar esta distribución, a

quien no le pareció que el autor de todas las naturalezas fuera otro que Dios, ni el dador de la inteligencia, ni el inspirador del amor por el cual se vive bien y felizmente. Pero ciertamente, aunque sobre la naturaleza de las cosas, y sobre la razón para indagar la verdad, y sobre el fin del bien al que debemos referir todo lo que hacemos, diferentes personas piensan de manera diferente: sin embargo, en estas tres grandes y generales cuestiones se centra toda su intención. Así, aunque en cada una de ellas lo que cada uno sigue, haya una multiplicidad de opiniones discrepantes, nadie duda que hay alguna causa de la naturaleza, una forma de ciencia, un fin de vida. También hay tres cosas que se consideran en cada hombre artífice, para que haga algo; naturaleza, doctrina, uso: la naturaleza debe ser juzgada por el ingenio, la doctrina por la ciencia, el uso por el fruto. No ignoro que propiamente el fruto es del que disfruta, el uso del que utiliza; y que parece haber esta diferencia, que se dice que disfrutamos de aquello que no se refiere a otra cosa y nos deleita por sí mismo; pero usamos aquello que buscamos por otra cosa. Por lo tanto, de las cosas temporales se debe más bien usar que disfrutar, para que merezcamos disfrutar de las eternas. No como los perversos, que quieren disfrutar del dinero, pero usar de Dios; porque no gastan el dinero por Dios, sino que adoran a Dios por el dinero. Sin embargo, en el modo de hablar que más ha prevalecido la costumbre, también usamos de los frutos, y disfrutamos de los usos. Pues los frutos ya se llaman propiamente de los campos, de los cuales ciertamente todos usamos temporalmente. Así que, de esta manera, diré uso en estas tres cosas que he recordado que deben considerarse en el hombre, que son naturaleza, doctrina, uso. De estas, para obtener la vida bienaventurada, como dije, los filósofos inventaron la disciplina tripartita; natural por la naturaleza, racional por la doctrina, moral por el uso. Si, por lo tanto, nuestra naturaleza fuera de nosotros, ciertamente también habríamos engendrado nuestra sabiduría, y no nos preocuparíamos por recibirla por doctrina, es decir, aprendiendo de otro; y nuestro amor, procedente de nosotros y dirigido a nosotros, sería suficiente para vivir felizmente, y no necesitaría de ningún otro bien del cual disfrutar: pero ahora, porque nuestra naturaleza, para que sea, tiene a Dios como autor; sin duda, para que sepamos verdaderamente, debemos tenerlo a él como maestro; también para que seamos felices, como dador de la íntima suavidad.

CAPÍTULO XXVI.---Sobre la imagen de la suma Trinidad, que de alguna manera se encuentra en la naturaleza incluso del hombre no beatificado.

Y nosotros, en nosotros mismos, aunque no igual, sino muy distante, ni coeterna, y para decirlo brevemente, no de la misma sustancia que Dios, sin embargo, reconocemos la imagen de Dios, es decir, de aquella suma Trinidad, aún por perfeccionar en su reforma, para que también sea cercana en semejanza. Pues somos, y sabemos que somos, y amamos ser y saber. En estas tres cosas que he dicho, ninguna falsedad verosímil nos perturba. Pues no las tocamos, como aquellas que están fuera, con ningún sentido del cuerpo, como vemos colores, oímos sonidos, olemos olores, gustamos sabores, sentimos lo duro y lo blando, cuyas imágenes sensibles, aunque muy similares, ya no corporales, las manejamos con el pensamiento, las retenemos en la memoria, y por ellas nos incitamos al deseo de estas cosas: pero sin ninguna imaginación engañosa de fantasías o fantasmas, estoy certísimo de que soy, y de que sé que soy, y de que amo esto. Ningún argumento de los Académicos me atemoriza, diciendo, ¿Qué si te engañas? Pues si me engaño, existo. Porque quien no es, ciertamente no puede ser engañado: y por lo tanto existo, si me engaño. Porque, por lo tanto, sería si me engañara, incluso si me engañara; sin duda, en lo que sé que soy, no me engaño. Es consecuente, además, que tampoco me engaño en lo que sé que sé. Pues así como sé que soy, también sé que sé esto. Y cuando amo estas dos cosas, también añado a ellas el mismo amor como una tercera cosa, no de menor estimación que las cosas que conozco. Pues no me engaño al amar, cuando no me engaño en las cosas que amo: aunque si aquellas cosas fueran

falsas, sería verdad que amo cosas falsas. Pues, ¿cómo podría ser correctamente reprendido y correctamente prohibido de amar cosas falsas, si fuera falso que las amo? Pero cuando aquellas cosas son verdaderas y ciertas, ¿quién duda que cuando se aman, también el amor de ellas es verdadero y cierto? Así como nadie quiere no ser, como nadie quiere no ser feliz. Pues, ¿cómo puede ser feliz, si no es?

CAPÍTULO XXVII.---Sobre la esencia y la ciencia, y el amor de ambas.

1. Así, por una cierta fuerza natural, el ser mismo es tan agradable, que no por otra razón aquellos que son miserables no quieren perecer, y aunque sienten que son miserables, no quieren quitarse a sí mismos de las cosas, sino más bien su miseria. Incluso aquellos que se ven a sí mismos como los más miserables, y claramente lo son, y no solo son juzgados miserables por los sabios, porque son necios, sino también por aquellos que se consideran felices, porque son pobres y mendigos, si alguien les diera la inmortalidad, en la cual ni siquiera la miseria misma moriría, con la propuesta de que si no quisieran estar siempre en la misma miseria, no serían en absoluto, sino que perecerían de todas maneras, ciertamente se regocijarían de alegría, y elegirían así siempre ser, que no ser en absoluto. El sentido más conocido de ellos es testigo de esto. Pues, ¿de dónde temen morir, y prefieren vivir en esa miseria, que terminarla con la muerte, sino porque es evidente cuánto rehúye la naturaleza no ser? Y por eso, cuando saben que van a morir, desean que se les conceda esta misericordia como un gran beneficio, para que vivan un poco más en la misma miseria, y mueran más tarde. Por lo tanto, indican claramente que recibirían con cuánta gratitud la inmortalidad, al menos tal que no tenga fin de mendicidad. ¿Qué? ¿No indican todos los animales, incluso los irracionales, a quienes no se les ha dado pensar estas cosas, desde los inmensos dragones hasta los pequeños gusanos, que quieren ser, y por eso huyen de la destrucción con todos los movimientos que pueden? ¿Qué? ¿No fijan más profundamente sus raíces en la tierra los arbustos y todos los arbustos, que no tienen sentido para evitar la destrucción con un movimiento manifiesto, para que emitan un brote seguro de la cima hacia el aire, para que extraigan alimento, y así conserven su ser de alguna manera? Finalmente, los mismos cuerpos, que no solo no tienen sentido, sino que tampoco tienen al menos una vida seminal, sin embargo, ya sea que salten hacia arriba, o desciendan hacia abajo, o se equilibren en el medio, conservan su esencia donde pueden estar según la naturaleza.

2. Ahora bien, cuánto se ama el saber, y cuánto la naturaleza humana no quiere ser engañada, se puede entender por el hecho de que cualquiera prefiere lamentarse con una mente sana, que alegrarse en la locura. Esta gran y maravillosa fuerza, además de al hombre, no está en ningún otro animal; aunque algunos de ellos tienen un sentido de la vista mucho más agudo que nosotros para contemplar esta luz: pero no pueden tocar aquella luz incorpórea, con la cual nuestra mente es de alguna manera iluminada, para que podamos juzgar correctamente sobre todas estas cosas. Pues en cuanto la captamos, en tanto podemos. Sin embargo, hay en los sentidos de los animales irracionales, aunque de ninguna manera ciencia, ciertamente una cierta similitud de ciencia. Pero las demás cosas corporales, no porque sientan, sino porque son sentidas, se llaman sensibles. De las cuales en los arbustos esto es similar a los sentidos, que se alimentan y generan. Sin embargo, tanto estas como todas las cosas corporales tienen causas ocultas en la naturaleza; pero presentan sus formas, por las cuales la estructura de este mundo visible es hermosa, para ser percibidas por los sentidos, de modo que por lo que no pueden conocer, parecen querer darse a conocer. Pero conocemos estas cosas con el sentido del cuerpo, de tal manera que no juzgamos sobre ellas con el sentido del cuerpo. Pues tenemos otro sentido del hombre interior mucho más excelente que este, por el cual sentimos lo justo y lo injusto: lo justo, por una especie inteligible; lo injusto, por su privación. A este oficio del sentido no se acerca la agudeza de la pupila, ni el orificio del oído, ni las aberturas

de las narices, ni el gusto de la garganta, ni ningún tacto corporal. Allí estoy seguro de que soy, y de que sé que soy, y de que amo esto, y de que estoy seguro de que amo.

CAPÍTULO XXVIII.---Si también debemos amar el mismo amor, con el cual amamos ser y saber, para acercarnos más a la imagen de la divina Trinidad.

Pero de aquellos dos, la esencia y el conocimiento, cuánto se aman en nosotros, y cómo se encuentra en las demás cosas que están debajo de nosotros, aunque diferente, sin embargo, una cierta similitud, hemos dicho lo suficiente según lo que la razón de esta obra emprendida parecía requerir: pero sobre el amor con el cual se aman, si también se ama el mismo amor, no se ha dicho. Pero se ama: y lo probamos por el hecho de que en los hombres que son más correctamente amados, él mismo es más amado. Pues no se dice con razón que un hombre es bueno porque sabe lo que es bueno, sino porque lo ama. ¿Por qué no sentimos también en nosotros mismos que amamos el mismo amor con el cual amamos cualquier cosa buena que amamos? Pues hay también un amor, con el cual se ama lo que no debe ser amado: y odia en sí mismo ese amor, quien ama aquel con el cual se ama lo que debe ser amado. Pues ambos pueden estar en un solo hombre, y es bueno para el hombre que aquel con el cual vivimos bien progrese, y este con el cual vivimos mal disminuya, hasta que sea completamente sanado, y todo lo que vivimos se convierta en bien. Pues si fuéramos bestias, amaríamos la vida carnal y lo que es según su sentido; y eso sería nuestro bien suficiente, y según esto, cuando nos fuera bien, no buscaríamos nada más. También si fuéramos árboles, no podríamos amar con un movimiento sensible, pero sin embargo pareceríamos apetecer eso, para ser más fértiles y más abundantemente fructíferos. Si fuéramos piedras, o olas, o viento, o llama, o algo así, sin ningún sentido ni vida, sin embargo, no nos faltaría un cierto apetito de nuestros lugares y orden. Pues los movimientos de los cuerpos son como amores, ya sea que se esfuercen hacia abajo por gravedad, o hacia arriba por ligereza. Pues así como el cuerpo es llevado por el peso, así el alma es llevada por el amor, a donde quiera que sea llevada. Porque, por lo tanto, somos hombres, creados a la imagen de nuestro Creador, cuya verdadera eternidad es, cuya verdad eterna es, cuya caridad eterna y verdadera es, y es la misma Trinidad eterna, verdadera y querida, ni confusa, ni separada; en las cosas que están debajo de nosotros, porque ellas tampoco serían de ninguna manera, ni estarían contenidas en alguna especie, ni tendrían o apetecerían algún orden, si no hubieran sido hechas por aquel que es sumamente, que es sumamente sabio, que es sumamente bueno: como corriendo con maravillosa estabilidad a través de todas las cosas que hizo, recogemos como ciertas huellas suyas impresas más o menos en otros lugares; pero contemplando su imagen en nosotros mismos, como el hijo menor del evangelio, regresando a nosotros mismos, nos levantamos (Luc. XV, 18), para que regresemos a aquel de quien nos apartamos pecando. Allí nuestro ser no tendrá muerte, allí nuestro saber no tendrá error, allí nuestro amar no tendrá ofensa. Ahora bien, aunque mantenemos estas tres cosas nuestras como ciertas, y no las creemos por otros testigos, sino que las sentimos presentes nosotros mismos, y las vemos con la más verdadera visión interior, sin embargo, mientras sean futuras, o si nunca serán futuras, y a dónde llegarán si se hacen bien, o a dónde si se hacen mal, porque no podemos saberlo por nosotros mismos, buscamos o tenemos otros testigos; sobre cuya fe, por qué no debe haber duda, no es este, sino un lugar posterior para discutir más diligentemente. En este libro, sin embargo, sobre la ciudad de Dios, que no peregrina en la mortalidad de esta vida, sino que es siempre inmortal en los cielos, es decir, sobre los ángeles santos que están adheridos a Dios, que nunca fueron, ni serán desertores, entre los cuales y aquellos que, abandonando la luz eterna, se convirtieron en tinieblas, ya hemos dicho que Dios dividió primero, con su ayuda, lo que hemos comenzado, para que podamos explicarlo.

CAPÍTULO XXIX. Sobre la ciencia de los santos ángeles, que conocen la Trinidad en su misma deidad, y que contemplan las causas de las obras primero en el arte del operante, antes que en las mismas obras del artífice.

Los ángeles santos no aprenden de Dios a través de palabras sonoras, sino por la misma presencia de la verdad inmutable, es decir, su Verbo unigénito. Conocen al Verbo, al Padre y al Espíritu Santo, y saben que la Trinidad es inseparable, y que cada persona en ella es una sola sustancia; y sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios, y lo saben mejor que nosotros mismos nos conocemos. También conocen mejor la creación en la sabiduría de Dios, como en el arte en que fue hecha, que en sí misma; y por lo tanto, se conocen mejor a sí mismos allí que en sí mismos, aunque también en sí mismos. Porque fueron hechos y son distintos de aquel que los hizo. Allí, pues, como en un conocimiento diurno, y en sí mismos como en uno vespertino, como ya dijimos antes (Cap. 7). Hay una gran diferencia entre conocer algo según la razón por la cual fue hecho, y conocerlo en sí mismo. Así como se conoce de manera diferente la rectitud de las líneas o la verdad de las figuras cuando se contempla intelectualmente, y de otra manera cuando se escribe en el polvo; y de manera diferente la justicia en la verdad inmutable, y de otra manera en el alma del justo. Así también las demás cosas, como el firmamento entre las aguas superiores e inferiores, que fue llamado cielo; como la acumulación de aguas abajo y el desnudamiento de la tierra, y la institución de hierbas y árboles; como la condición del sol, la luna y las estrellas; como los animales del agua, es decir, las aves, los peces y las bestias marinas; como los que caminan y reptan en la tierra, y el mismo hombre, que sobresale sobre todas las cosas en la tierra. Todas estas cosas son conocidas de manera diferente en el Verbo de Dios por los ángeles, donde tienen sus causas y razones, es decir, según las cuales fueron hechas, permaneciendo inmutables, y de otra manera en sí mismas; allí con un conocimiento más claro, aquí más oscuro, como el arte y las obras: que, sin embargo, cuando se refieren a la alabanza y veneración del Creador mismo, brillan como la mañana en las mentes de los contemplativos.

CAPÍTULO XXX. De la perfección del número seis, que es el primero que se completa con la cantidad de sus partes.

Estas cosas se narran como completadas en seis días, debido a la perfección del número seis, repetido seis veces en el mismo día: no porque Dios necesitara una demora en el tiempo, como si no pudiera crear todo a la vez, lo que luego los tiempos realizarían con movimientos adecuados; sino porque la perfección de las obras está significada por el número seis. El número seis es el primero que se completa con sus partes, es decir, con su sexta parte, su tercera y su mitad, que son uno, dos y tres: que sumados, hacen seis. Las partes en esta consideración de los números deben entenderse como aquellas que pueden decirse en qué proporción son: como la mitad, la tercera, la cuarta, y así sucesivamente, denominadas a partir de algún número. Pues no porque, por ejemplo, en el número nueve, cuatro sea alguna parte de él, puede decirse en qué proporción es: pero uno sí puede, pues es su novena parte; y tres puede, pues es su tercera parte. Pero estas dos partes suyas, la novena y la tercera, es decir, uno y tres, están lejos de su suma total, que es nueve. Asimismo, en el número diez, cuatro es alguna parte de él; pero no puede decirse en qué proporción es: uno sí puede, pues es su décima parte. Tiene también la quinta, que son dos: y tiene la mitad, que son cinco. Pero estas tres partes suyas, la décima, la quinta y la mitad, es decir, uno, dos y cinco, sumadas no completan diez: son ocho. Las partes del número doce, sumadas, lo superan: pues tiene la duodécima, que es uno; tiene la sexta, que son dos; tiene la cuarta, que son tres; tiene la tercera, que son cuatro; y tiene la mitad, que son seis: uno, dos, tres, cuatro y seis, no hacen doce, sino más, es decir, dieciséis. Esto lo he recordado brevemente para destacar la

perfección del número seis, que es el primero que, como dije, se completa con sus partes sumadas: en el cual Dios completó sus obras. Por lo tanto, no debe despreciarse la razón del número, que en muchos lugares de las Sagradas Escrituras, para quienes observan atentamente, se muestra cuán importante debe considerarse. No en vano se ha dicho en las alabanzas de Dios: "Todo lo dispusiste con medida, número y peso" (Sab. XI, 21).

CAPÍTULO XXXI.---Del séptimo día, en el que se encomia la plenitud y el descanso.

En el séptimo día, es decir, repetido siete veces el mismo día, que también es perfecto por otra razón, se encomia el descanso de Dios, en el cual primero resuena la santificación (Gén. II, 2, 3). Así, Dios no quiso santificar este día en ninguna de sus obras, sino en su descanso, que no tiene tarde: pues no hay criatura alguna que, aunque conocida de manera diferente en el Verbo de Dios y en sí misma, haga un conocimiento diurno y otro vespertino. Sobre la perfección del número siete se pueden decir muchas cosas: pero este libro ya es extenso; y temo que, al encontrar una oportunidad, parezca que queremos alardear de nuestro pequeño conocimiento más ligeramente que útilmente. Por lo tanto, debe tenerse en cuenta la moderación y la gravedad, no sea que, al hablar mucho del número, se nos juzgue negligentes en la medida y el peso. Así que basta con advertir que el primer número impar completo es el tres, y el par completo es el cuatro: de estos dos se compone el siete. Por eso a menudo se pone por el todo, como cuando se dice: "Siete veces caerá el justo, y se levantará" (Prov. XXIV, 16): es decir, cuantas veces caiga, no perecerá. Esto quiso que se entendiera no de iniquidades, sino de tribulaciones que conducen a la humildad. Y, "Siete veces al día te alabaré" (Sal. CXVIII, 164). Lo que en otro lugar se dice de otra manera: "Su alabanza estará siempre en mi boca" (Sal. XXXIII, 2). Y se encuentran muchas cosas de este tipo en las autoridades divinas, en las que, como dije, el número siete suele ponerse por la totalidad de cualquier cosa. Por esto mismo, a menudo se significa con este número al Espíritu Santo, de quien el Señor dice: "Os enseñará toda la verdad" (Juan XVI, 13). Allí está el descanso de Dios, donde se descansa en Dios. En el todo, es decir, en la plena perfección, hay descanso; en parte, hay trabajo. Por eso trabajamos, mientras conocemos en parte; pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será anulado (I Cor. XIII, 9, 10). De ahí que también escudriñamos estas Escrituras con trabajo. Pero los santos ángeles, a cuya sociedad y congregación suspiramos en esta peregrinación tan laboriosa, tienen, así como la eternidad de permanecer, la facilidad de conocer y la felicidad de descansar. Pues nos ayudan sin dificultad; porque con movimientos espirituales puros y libres no se fatigan.

CAPÍTULO XXXII.---De la opinión de aquellos que creen que la creación de los ángeles fue anterior a la del mundo.

Para que nadie dispute y diga que no son los santos ángeles los significados en lo que está escrito: "Hágase la luz, y se hizo la luz"; sino que cualquier luz corporal fue hecha entonces por primera vez, o lo piense, o lo enseñe: que los ángeles fueron hechos antes, no solo antes del firmamento, que fue hecho entre las aguas y llamado cielo, sino antes de lo que se dijo: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra": y que lo que se dijo "En el principio" no se dijo como si esto fuera lo primero que se hizo, cuando antes hizo a los ángeles; sino porque todo lo hizo en la sabiduría, que es su Verbo, y la Escritura misma lo llamó principio; como él mismo respondió en el Evangelio a los judíos que preguntaban quién era, que él era el principio (Juan VIII, 25). No devolveré la contienda en sentido contrario, especialmente porque me agrada mucho que incluso en el comienzo supremo del santo libro del Génesis se encomiende la Trinidad. Pues cuando se dice: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", se entiende que el Padre lo hizo en el Hijo, como atestigua el Salmo, donde se lee: "¡Cuán magnificadas son tus obras, Señor! Todo lo hiciste en sabiduría" (Sal. CIII, 24): muy

apropiadamente poco después se menciona también al Espíritu Santo. Pues cuando se dijo cómo era la tierra que Dios hizo primero, o qué masa o materia de la futura construcción del mundo llamó con el nombre de cielo y tierra, añadiendo y diciendo: "La tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre el abismo": inmediatamente para completar la mención de la Trinidad, dice: "Y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas" (Gén. I, 1-3). Por lo tanto, que cada uno lo entienda como quiera, lo que es tan profundo que puede generar muchas interpretaciones para el ejercicio de los lectores que no se desvían de la regla de la fe: siempre que nadie dude que los santos ángeles en las moradas sublimes, no coeternos con Dios, pero seguros y ciertos de su eterna y verdadera felicidad, pertenecen a su sociedad. A la cual el Señor enseñando que pertenecen sus pequeños, no solo dijo: "Serán iguales a los ángeles de Dios" (Mat. XXII, 30): sino que también mostró de qué contemplación disfrutan los mismos ángeles, cuando dijo: "Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños: porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos" (Id. XVIII, 10).

CAPÍTULO XXXIII.---De las dos sociedades de ángeles, diferentes y desiguales, que no incongruentemente se entienden nombradas con los nombres de luz y tinieblas.

Que algunos ángeles pecaron, y fueron arrojados a las profundidades de este mundo, que es para ellos como una cárcel, hasta la futura condenación final en el día del juicio, el apóstol Pedro lo muestra claramente, diciendo que Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó a prisiones de oscuridad del infierno, reservándolos para ser castigados en el juicio (II Pedro II, 4). ¿Quién duda, pues, que Dios los dividió, ya sea por presciencia o por obra? ¿Y quién contradice que aquellos merecen ser llamados luz? Cuando nosotros, que aún vivimos en la fe, y aún esperamos la igualdad con ellos, aunque no la poseemos, ya hemos sido llamados luz por el Apóstol: "Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (Efes. V, 8). Y estos desertores, ¿quién no advierte que se llaman tinieblas claramente, si se entiende o se cree que son peores que los hombres infieles? Por lo tanto, aunque otra luz debe entenderse en este lugar del libro donde leemos: "Dijo Dios: Hágase la luz, y se hizo la luz"; y otras tinieblas fueron significadas en lo que está escrito: "Dios dividió la luz de las tinieblas" (Gén. I, 3, 4): sin embargo, estas dos sociedades angélicas, una disfrutando de Dios, la otra hinchada de orgullo: una a la que se dice: "Adoradlo, todos sus ángeles" (Sal. XCVI, 8); la otra cuyo príncipe dice: "Todo esto te daré, si postrado me adoras" (Mat. IV, 9): una ardiente en el santo amor de Dios, la otra humeante en el impuro amor de su propia altitud: y porque, como está escrito, "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (Santiago IV, 6; I Pedro V, 5), aquella habitando en los cielos de los cielos, esta arrojada de allí tumultuando en este cielo aéreo inferior: aquella tranquila con piedad luminosa, esta turbulenta con deseos tenebrosos: aquella ayudando clementemente por el mandato de Dios, vengando justamente; esta exasperada por el deseo de someter y dañar: aquella, para que cuanto quiera consuele, ministra a la bondad de Dios; esta, para que cuanto quiera no dañe, frenada por el poder de Dios: aquella burlándose de esta, para que, sin querer, beneficie con sus persecuciones; esta envidiando a aquella, cuando recoge a sus peregrinos: por lo tanto, estas dos sociedades angélicas, desiguales y contrarias entre sí, una buena por naturaleza y recta por voluntad; la otra buena por naturaleza, pero perversa por voluntad, declaradas por otros testimonios más manifiestos de las Escrituras divinas, que también en este libro, llamado Génesis, creemos que están significadas con los nombres de luz y tinieblas, aunque tal vez el que escribió sintió otra cosa en este lugar, no se ha tratado inútilmente la oscuridad de esta sentencia: porque aunque no pudimos indagar la voluntad del autor de este libro, no nos hemos desviado de la regla de la fe, que es suficientemente conocida por los fieles a través de otras Escrituras sagradas de la misma autoridad. Aunque

aquí se han mencionado obras corporales de Dios, tienen sin duda alguna similitud con las espirituales, según lo que dice el Apóstol: "Porque todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas" (I Tes. V, 5). Pero si esto también lo sintió el que escribió, nuestra intención ha llegado a un fin de discusión más perfecto: para que no se crea que un hombre de tan eminente y divina sabiduría, o más bien el Espíritu de Dios a través de él, al mencionar las obras de Dios, que dice que todas fueron completadas en el sexto día, de ninguna manera omitió a los ángeles: ya sea que "En el principio", porque primero los hizo; o que más convenientemente se entienda, "En el principio", porque en el Verbo unigénito los hizo, está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra": con estos nombres se ha significado la creación universal, ya sea espiritual y corporal, lo cual es más creíble; o las dos grandes partes del mundo, en las que se contienen todas las cosas que fueron creadas, para que primero propusiera toda ella, y luego ejecutara sus partes según el número místico de los días.

CAPÍTULO XXXIV.---De lo que algunos piensan, que en la creación del firmamento se significaron los ángeles con el nombre de aguas separadas, y que algunos piensan que las aguas no fueron creadas.

Aunque algunos han pensado que con el nombre de aguas se significaron de alguna manera los pueblos de los ángeles; y que esto es lo que se dijo: "Hágase un firmamento entre las aguas y las aguas" (Gén. I, 6): para que sobre el firmamento se entiendan los ángeles, y debajo ya sea estas aguas visibles, o la multitud de ángeles malos, o las naciones de todos los hombres. Si es así, no aparece allí dónde fueron hechos los ángeles, sino dónde fueron separados. Aunque algunos, lo que es una vanidad muy perversa e impía, niegan que las aguas fueron hechas por Dios, porque en ninguna parte está escrito: "Dijo Dios: Háganse las aguas". Lo que pueden decir con similar vanidad también de la tierra: pues en ninguna parte se lee: "Dijo Dios: Hágase la tierra". Pero, dicen, está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra". Allí, pues, también debe entenderse el agua: pues con un solo nombre se comprendió ambos. Porque "suyo es el mar", como se lee en el Salmo, "y él lo hizo, y sus manos formaron la tierra seca" (Sal. XCIV, 5). Pero aquellos que quieren que se entienda a los ángeles con el nombre de las aguas que están sobre los cielos, se mueven por los pesos de los elementos, y por eso no creen que la naturaleza fluida y pesada del agua pudiera haberse establecido en los lugares superiores del mundo: quienes, según sus razones, si pudieran hacer al hombre, no pondrían la pituita, que en griego se llama φλέγμα, y que en los elementos de nuestro cuerpo ocupa el lugar del agua, en la cabeza. Pues allí está la sede del phlegma, según la obra de Dios, ciertamente muy apropiadamente: según la conjetura de estos, tan absurdamente, que si no supiéramos esto, y en este libro estuviera escrito de manera similar que Dios puso un humor fluido y frío, y por lo tanto pesado, en la parte superior de todas las demás partes del cuerpo humano, estos pesadores de elementos no lo creerían; y si estuvieran sujetos a la autoridad de la misma Escritura, considerarían que algo más debe entenderse de esto. Pero como, si examinamos y tratamos diligentemente cada cosa que está escrita en ese libro divino sobre la constitución del mundo, hay mucho que decir, y hay que desviarse mucho del propósito de la obra emprendida; y ya hemos discutido lo suficiente sobre estas dos sociedades de ángeles, diferentes entre sí y contrarias, en las que se ven algunos comienzos de dos ciudades también en las cosas humanas, de las cuales he propuesto hablar a continuación, cerremos también este libro en algún momento.

LIBRO DOCE. En el que primero Agustín investiga sobre los ángeles, de dónde proviene en verdad la buena voluntad de unos y la mala de otros, y cuál fue la causa de la bienaventuranza de los ángeles buenos y la causa de la miseria de los ángeles malos. Después

trata sobre la institución del hombre, y enseña que no fue creado desde la eternidad, sino en el tiempo, y no por otro autor que Dios.

CAPÍTULO PRIMERO.---De la única naturaleza de los ángeles buenos y malos.

1. Antes de hablar sobre la institución del hombre, donde aparecerá el origen de las dos ciudades, en cuanto al género de los racionales mortales se refiere, como en el libro anterior parece haber aparecido en los ángeles; primero veo que hay que decir algunas cosas sobre los mismos ángeles, para demostrar, en la medida de lo posible, cuán conveniente y congruente se dice que es la sociedad entre hombres y ángeles: para que no se diga que hay cuatro, dos de ángeles y dos de hombres, sino más bien dos ciudades, es decir, sociedades, con razón se dice que están constituidas, una en los buenos, otra en los malos, no solo ángeles, sino también hombres.

2. No cabe duda de que los deseos opuestos de los ángeles buenos y malos no surgieron de naturalezas y principios diferentes, ya que Dios, el buen autor y creador de todas las sustancias, creó a ambos, sino de sus voluntades y deseos. Mientras que unos permanecen firmes en el bien común a todos, que es Dios mismo para ellos, y en su eternidad, verdad y caridad, otros, deleitándose más en su propio poder, como si fueran su propio bien, se apartaron del bien común beatífico superior de todos hacia sus propios intereses; y teniendo la soberbia de la altivez en lugar de la altísima eternidad, la astucia de la vanidad en lugar de la verdad certísima, y los intereses partidistas en lugar de la caridad indivisa, se convirtieron en orgullosos, engañosos y envidiosos. Por tanto, la causa de la bienaventuranza de aquellos es adherirse a Dios. Por consiguiente, la causa de la miseria de estos debe entenderse en sentido contrario, que es no adherirse a Dios. Por lo tanto, si se pregunta por qué aquellos son bienaventurados, se responde correctamente que es porque se adhieren a Dios; y si se pregunta por qué estos son miserables, se responde correctamente que es porque no se adhieren a Dios: no hay bien para la criatura racional o intelectual por el cual sea bienaventurada, sino Dios. Así, aunque no toda criatura puede ser bienaventurada (pues este don no lo alcanzan ni lo comprenden las fieras, los árboles, las piedras, y cosas semejantes), sin embargo, la que puede, no puede por sí misma, porque fue creada de la nada; sino por aquel de quien fue creada. Pues al obtener esto es bienaventurada, y al perderlo es miserable. Aquel que es bienaventurado no por otro bien, sino por sí mismo, no puede ser miserable, porque no puede perderse a sí mismo.

3. Decimos, por tanto, que el bien inmutable no es sino el único verdadero Dios bienaventurado: y que las cosas que hizo son buenas, porque son de él; sin embargo, son mutables, porque no fueron hechas de él, sino de la nada. Aunque, por tanto, no son el bien supremo, siendo Dios un bien mayor que ellas, son, sin embargo, grandes bienes mutables que pueden adherirse al bien inmutable para ser bienaventuradas; lo cual es tan su bien, que sin él necesariamente son miserables. Y no por eso las demás cosas en este universo de la creación son mejores, porque no pueden ser miserables. Pues no se debe decir que los demás miembros de nuestro cuerpo son mejores que los ojos, porque no pueden ser ciegos. Así como es mejor la naturaleza que siente, incluso cuando duele, que la piedra que de ninguna manera puede doler: así la naturaleza racional es más excelente incluso siendo miserable, que aquella que carece de razón o sentido, y por eso no puede caer en la miseria. Siendo esto así, a esta naturaleza, que fue creada en tan gran excelencia, que aunque es mutable, al adherirse al bien inmutable, es decir, al sumo Dios, alcanza la bienaventuranza, y no satisface su necesidad sino siendo bienaventurada, y para satisfacerla no le basta sino Dios, ciertamente no adherirse a él es un vicio. Todo vicio daña a la naturaleza, y por tanto es contra la

naturaleza. Por lo tanto, de aquella que se adhiere a Dios, esta no difiere por naturaleza, sino por vicio: por el cual, sin embargo, también se muestra muy grande y muy laudable la misma naturaleza. Pues de quien se vitupera correctamente el vicio, sin duda se alaba la naturaleza. Porque la recta vituperación del vicio es que con él se deshonra la naturaleza laudable. Así, pues, cuando se dice que el vicio de los ojos es la ceguera, se muestra que la visión pertenece a la naturaleza de los ojos; y cuando se dice que el vicio de los oídos es la sordera, se demuestra que el oído pertenece a su naturaleza: así cuando se dice que el vicio de la criatura angélica es que no se adhiere a Dios, se declara clarísimamente que es propio de su naturaleza adherirse a Dios. ¿Y quién puede pensar dignamente o expresar cuán grande es la alabanza de adherirse a Dios, para vivir en él, saborear en él, alegrarse en él, y disfrutar de tan gran bien sin muerte, sin error, sin molestia? Por lo tanto, también por el vicio de los ángeles malos, que no se adhieren a Dios, ya que todo vicio daña a la naturaleza, se manifiesta suficientemente que Dios creó una naturaleza tan buena en ellos, a la cual es nocivo no estar con Dios.

CAPÍTULO II.---Que no hay esencia contraria a Dios, porque de aquel que es sumamente y siempre es, todo lo que no es parece ser diverso.

Estas cosas se han dicho para que nadie, cuando hablamos de los ángeles apóstatas, piense que pudieron tener una naturaleza diferente como de otro principio, ni que Dios sea el autor de su naturaleza. De la impiedad de este error, cada uno se librará más expedita y fácilmente cuanto más perspicazmente pueda entender lo que Dios dijo por medio del ángel cuando enviaba a Moisés a los hijos de Israel: Yo soy el que soy (Éxodo 3, 14). Pues como Dios es la suma esencia, es decir, es sumamente, y por eso es inmutable; a las cosas que creó de la nada, les dio ser, pero no ser sumamente, como él es; y a unas les dio ser más, a otras menos; y así ordenó las naturalezas de las esencias en grados. Pues así como de lo que es saber, se llama sabiduría; así de lo que es ser, se llama esencia: un nombre nuevo, que no usaron los autores antiguos de la lengua latina, pero ya usado en nuestros tiempos, para que no faltara también a nuestra lengua lo que los griegos llaman οὐσίαν. Este término se expresó de la palabra para que se dijera esencia. Por lo tanto, a la naturaleza que es sumamente, por la cual son hechas todas las cosas que son, no hay naturaleza contraria, sino la que no es. Pues a lo que es, lo que no es, es contrario. Y por eso a Dios, es decir, a la suma esencia, y al autor de todas las esencias de cualquier tipo, no hay esencia contraria.

CAPÍTULO III.---De los enemigos de Dios, no por naturaleza, sino por voluntad contraria, que al dañar a ellos mismos, dañan a una naturaleza buena: porque si el vicio no daña, no es.

Se dice en las Escrituras que son enemigos de Dios aquellos que no por naturaleza, sino por vicios, se oponen a su imperio: no pudiendo dañarle en nada, sino a sí mismos. Son enemigos por la voluntad de resistir, no por el poder de dañar. Pues Dios es inmutable y de ninguna manera corruptible. Por eso el vicio con el que resisten a Dios, quienes son llamados sus enemigos, no es malo para Dios, sino para ellos. Y esto no por otra razón, sino porque corrompe en ellos el bien de la naturaleza. Por tanto, la naturaleza no es contraria a Dios, sino el vicio. Porque lo que es malo, es contrario a lo bueno. ¿Y quién negará que Dios es sumamente bueno? Por tanto, el vicio es contrario a Dios, como el mal al bien. Pero el bien es también la naturaleza que vicia; por lo tanto, también es contrario a este bien: pero a Dios solamente como al bien el mal; a la naturaleza que vicia, no solo es malo, sino también nocivo. Pues ningún mal es nocivo para Dios, pero sí para las naturalezas mutables y corruptibles, buenas, sin embargo, por el testimonio de sus mismos vicios. Pues si no fueran buenas, los vicios no podrían dañarlas. Porque, ¿qué hacen al dañarlas, sino quitarles la integridad, la belleza, la salud, la virtud, y cualquier bien de la naturaleza que suele ser

quitado o disminuido por el vicio? Si esto falta por completo, no daña al quitar ningún bien, y por tanto tampoco es vicio. Pues ser vicio y no dañar, no puede ser. De donde se deduce que, aunque el vicio no puede dañar al bien inmutable, no puede dañar sino al bien: porque no está sino donde daña. Esto también se puede decir de esta manera, que el vicio no puede estar en el bien supremo, ni sino en algún bien. Por lo tanto, solo los bienes pueden estar en algún lugar, los males solos en ninguna parte: porque las naturalezas incluso aquellas que están viciadas por el vicio de la mala voluntad, en cuanto son viciosas, son malas; en cuanto son naturalezas, son buenas. Y cuando la naturaleza viciosa está en las penas, excepto en lo que es naturaleza, también es bueno allí que no esté impune. Pues esto es justo, y todo lo justo es sin duda bueno. Pues nadie paga penas por vicios naturales, sino por voluntarios. Pues incluso el vicio que se ha fortalecido por la costumbre o el progreso excesivo, como si se hubiera arraigado naturalmente, tomó su comienzo de la voluntad. Ahora hablamos de los vicios de aquella naturaleza, a la que le pertenece una mente capaz de la luz inteligible, por la cual se discierne lo justo de lo injusto.

CAPÍTULO IV.---De la naturaleza de los irracionales, o de los que carecen de vida, que en su género y orden no discrepan del decoro del universo.

Por lo demás, considerar como condenables los vicios de los animales y de los árboles, y de otras cosas mutables y mortales, o que carecen completamente de intelecto, sentido o vida, por los cuales se corrompe su naturaleza disoluble, es ridículo: ya que estas criaturas recibieron del mandato del Creador tal modo, que cediendo y sucediendo cumplen la belleza inferior de los tiempos en su género, congruente con las partes de este mundo. Pues no debían igualarse las cosas terrenales a las celestiales, ni por eso debían faltar estas a la universidad, porque aquellas son mejores. Por tanto, cuando en estos lugares, donde convenía que existieran tales cosas, unas nacen al faltar otras, y las menores sucumben a las mayores, y las vencidas se convierten en las cualidades de las vencedoras, es el orden de las cosas transitorias. La belleza de este orden no nos deleita, porque, siendo parte de él por la condición de nuestra mortalidad, no podemos percibir el universo, al cual las partes que nos ofenden se adaptan suficientemente y con decoro. Por lo cual, se nos manda muy correctamente creer en la providencia del Creador, en aquellas cosas en las que somos menos idóneos para contemplarla, para que no nos atrevamos a reprobar en algo la obra de tan gran artífice con la vanidad de la temeridad humana. Aunque también los vicios de las cosas terrenales no voluntarios, ni penales, si los consideramos prudentemente, recomiendan las mismas naturalezas, de las cuales no hay ninguna en absoluto de la que Dios no sea autor y creador: porque también en ellas nos desagrada que por el vicio se nos quite lo que en la naturaleza nos agrada: a menos que a los hombres también les desagraden a menudo las mismas naturalezas, cuando les son nocivas, no considerándolas a ellas, sino su utilidad; como aquellos animales cuya abundancia castigó la soberbia de los egipcios. Pero de este modo también pueden vituperar al sol; porque algunos pecadores, o los que no pagan sus deudas, son mandados por los jueces a ser expuestos al sol. Por tanto, no se debe considerar la naturaleza desde nuestra conveniencia o inconveniencia, sino por sí misma, dando gloria a su artífice. Así es también la naturaleza del fuego eterno sin duda alguna laudable, aunque sea penal para los impíos condenados. Pues ¿qué hay más hermoso que el fuego que arde, vive y brilla? ¿qué más útil que el que calienta, cura y cocina? aunque no hay nada más molesto que el que quema. Por tanto, el mismo fuego, aplicado de una manera, es pernicioso, que convenientemente aplicado se encuentra muy útil. Pues ¿quién puede explicar con palabras sus utilidades en el mundo entero? No deben ser escuchados aquellos que alaban la luz en el fuego, pero vituperan el ardor: evidentemente no por su naturaleza, sino por su conveniencia o inconveniencia. Pues quieren ver, pero no quieren arder. Pero apenas consideran que esa

misma luz, que ciertamente les agrada, daña a los ojos débiles por inconveniencia; y en ese ardor, que les desagrada, algunos animales viven saludablemente por conveniencia.

CAPÍTULO V.---Que en toda especie y modo de naturaleza el Creador es laudable.

Por tanto, todas las naturalezas, porque son, y por eso tienen su modo, su especie, y cierta paz consigo mismas, son ciertamente buenas. Y cuando están donde deben estar por el orden de la naturaleza, guardan su ser tanto como han recibido. Y las que no han recibido ser siempre, se transforman en mejor o peor por el uso y movimiento de las cosas a las que están sometidas por la ley del Creador, tendiendo por la divina providencia al fin que incluye la razón de gobernar el universo: de modo que ni siquiera tanta corrupción, que lleva a las naturalezas mutables y mortales hasta la destrucción, hace que no sea lo que era, para que no se haga de allí consecuentemente lo que debe ser. Siendo esto así, Dios que es sumamente, y por eso de él fue hecha toda esencia que no es sumamente (porque no debía ser igual a él, la que fue hecha de la nada); ni de ninguna manera podría ser, si no hubiera sido hecha por él: no debe ser vituperado por la ofensa de ningún vicio, y debe ser alabado por la consideración de todas las naturalezas.

CAPÍTULO VI.---Cuál es la causa de la bienaventuranza de los ángeles buenos, y cuál es la causa de la miseria de los ángeles malos.

Por lo tanto, la causa de la bienaventuranza de los ángeles buenos se encuentra en la verdad de que se adhieren a aquel que es sumamente. Pero cuando se busca la causa de la miseria de los ángeles malos, con razón se encuentra que, apartados de aquel que es sumamente, se volvieron hacia sí mismos, que no son sumamente: ¿y qué otro nombre se le da a este vicio sino soberbia? Porque el principio de todo pecado es la soberbia (Eclesiástico 10, 15). No quisieron, por tanto, guardar su fortaleza en él (Salmo 58, 10): y quienes serían más si se adhirieran a aquel que es sumamente; al preferirse a él, prefirieron lo que es menos. Este es el primer defecto, la primera carencia y el primer vicio de aquella naturaleza, que fue creada de tal manera que, aunque no era sumamente, podía disfrutar de aquel que es sumamente para alcanzar la bienaventuranza, de quien apartada, no es que no sea nada, pero sí es menos, y por ello se vuelve miserable. Si se busca la causa eficiente de esta mala voluntad, no se encuentra nada. ¿Qué es lo que hace la voluntad mala, cuando ella misma hace la obra mala? Y por tanto, la mala voluntad es eficiente de la obra mala, pero la causa eficiente de la mala voluntad es nada. Porque si es alguna cosa, o tiene o no tiene alguna voluntad: si la tiene, ciertamente la tiene buena o mala: si buena, ¿quién es tan insensato para decir que la buena voluntad hace la voluntad mala? Porque si así fuera, la buena voluntad sería causa del pecado: lo cual no puede pensarse más absurdo. Pero si esa cosa que se cree que hace la voluntad mala, también tiene voluntad mala; también pregunto por aquella que hizo la cosa: y para que haya algún límite en la investigación, busco la causa de la primera mala voluntad. Porque no es la primera voluntad mala la que hizo una voluntad mala: sino aquella primera que ninguna hizo. Pues si hubo una anterior que la hizo, esa es la primera que hizo a la otra. Si se responde que ninguna cosa la hizo, y por eso siempre fue; pregunto si estuvo en alguna naturaleza. Porque si no estuvo en ninguna, en absoluto no fue: pero si estuvo en alguna, la viciaba y corrompía, y le era nociva, y por tanto la privaba de bien. Y por eso la mala voluntad no podía estar en una naturaleza mala; sino en una buena, pero mutable, a la que este vicio podía dañar. Porque si no dañó, ciertamente no fue vicio: y por tanto tampoco debe decirse que fue mala voluntad. Pero si dañó, ciertamente dañó quitando o disminuyendo el bien. Por tanto, no pudo haber una voluntad mala sempiterna en aquella cosa, en la que precedió un bien natural, que la mala voluntad pudiera quitar dañando. Si, por tanto, no era

sempiterna, pregunto quién la hizo. Queda que se diga que la cosa que hizo la mala voluntad, en la que no había voluntad alguna. Pregunto si esta es superior, inferior o igual. Pero si es superior, ciertamente mejor: ¿cómo entonces no es de ninguna, y no más bien de buena voluntad? Lo mismo ciertamente de igual. Porque dos, mientras son igualmente de buena voluntad, no hace uno en el otro la voluntad mala. Queda que una cosa inferior, en la que no hay voluntad, hizo la voluntad mala de la naturaleza angélica, que primero pecó. Pero también la cosa misma, cualquiera que sea inferior hasta la tierra más baja, puesto que es naturaleza y esencia, sin duda es buena, teniendo su modo y especie en su género y orden. ¿Cómo entonces una cosa buena es eficiente de la voluntad mala? ¿Cómo, digo, el bien es causa del mal? Porque cuando la voluntad, dejando lo superior, se vuelve a lo inferior, se hace mala: no porque sea malo aquello a lo que se vuelve; sino porque es perversa la conversión misma. Por tanto, no fue la cosa inferior la que hizo la voluntad mala; sino que la cosa inferior fue apetecida de manera torcida y desordenada por la misma que fue hecha. Porque si dos, igualmente dispuestos de ánimo y cuerpo, ven la belleza de un cuerpo, al verla uno de ellos se mueve a disfrutar ilícitamente, mientras el otro permanece firme en la voluntad casta; ¿qué pensamos que es la causa para que en uno se haga, y en el otro no se haga la voluntad mala? ¿Qué cosa la hizo en aquel en quien se hizo? Porque no fue aquella belleza del cuerpo; pues no la hizo en ambos: ya que a los ojos de ambos se presentó de manera no desigual. ¿O es la carne del que mira la causa? ¿Por qué no también del otro? ¿O es el ánimo? ¿Por qué no de ambos? Porque dijimos que ambos estaban igualmente dispuestos de ánimo y cuerpo. ¿O se dirá que uno de ellos fue tentado por la oculta sugestión de un espíritu maligno? Como si no hubiera consentido a la misma sugestión y cualquier persuasión con su propia voluntad. Esta, pues, es la consentida, esta mala voluntad que malamente prestó atención al que mal aconsejaba, ¿qué cosa la hizo en él? Porque para que este impedimento también se quite de esta cuestión, si ambos son tentados por la misma tentación, y uno cede y consiente, mientras el otro permanece como era; ¿qué otra cosa aparece, sino que uno quiso, el otro no quiso apartarse de la castidad? ¿De dónde, sino de su propia voluntad, donde en ambos era la misma disposición de cuerpo y ánimo? A los ojos de ambos se presentó igualmente la misma belleza, a ambos igualmente se les presentó la oculta tentación: por tanto, a quienes quieren saber qué cosa hizo la mala voluntad propia en uno de ellos, si miran bien, no se les ocurre nada. Porque si decimos que él mismo la hizo, ¿qué era él antes de la mala voluntad sino una naturaleza buena, cuyo autor es Dios, que es el bien inmutable? Por tanto, quien dice que aquel que consintió al tentador y aconsejador, al que no consintió el otro, para usar ilícitamente del bello cuerpo, que se presentó igualmente a ambos para ser visto, cuando antes de aquella visión y tentación ambos eran iguales de ánimo y cuerpo, que él mismo se hizo la mala voluntad, porque ciertamente era bueno antes de la mala voluntad; que pregunte por qué la hizo, si porque es naturaleza, o porque fue hecha de la nada: y encontrará que la mala voluntad no comienza a ser por lo que es naturaleza, sino por lo que la naturaleza fue hecha de la nada. Porque si la naturaleza es causa de la mala voluntad, ¿qué otra cosa nos vemos obligados a decir, sino que del bien se hace el mal, y que el bien es causa del mal? ya que de una naturaleza buena se hace la voluntad mala. ¿Cómo puede ser, que una naturaleza buena, aunque mutable, antes de tener la mala voluntad, haga algo malo, esto es, la misma mala voluntad?

CAPÍTULO VII.---No debe buscarse una causa eficiente de la mala voluntad.

Por tanto, nadie busque una causa eficiente de la mala voluntad: porque no es eficiente, sino deficiente; porque no es una producción, sino una deficiencia. Porque apartarse de lo que es sumamente, hacia lo que es menos, es comenzar a tener una mala voluntad. Y buscar las causas de estas deficiencias, ya que no son eficientes, como dije, sino deficientes, es como si

alguien quisiera ver las tinieblas, o escuchar el silencio: lo cual, sin embargo, nos es conocido; ni aquello sino por los ojos, ni esto sino por los oídos; no ciertamente en la especie, sino en la privación de la especie. Por tanto, nadie busque saber de mí, lo que sé que no sé, a menos que tal vez para aprender a no saber, lo que debe saberse que no puede saberse. Porque aquellas cosas que no se conocen en la especie, sino en su privación, si se puede decir o entender, de alguna manera se conocen no sabiendo, para que sabiendo no se sepan. Porque cuando la agudeza del ojo corporal corre por las especies corporales, en ninguna parte ve las tinieblas, sino donde comienza a no ver. Así también no pertenece a otro sentido, sino solo a los oídos percibir el silencio: lo cual, sin embargo, de ninguna manera se percibe sino no oyendo. Así las especies inteligibles nuestra mente ciertamente las contempla entendiendo; pero donde fallan, aprende no sabiendo. ¿Quién entiende los errores? (Salmo 18, 13).

CAPÍTULO VIII.---Del amor perverso, por el cual la voluntad se aparta del bien inmutable hacia el bien mutable.

Esto sé, que la naturaleza de Dios nunca, en ninguna parte, de ninguna manera puede fallar; y que pueden fallar aquellas cosas que fueron hechas de la nada. Que, sin embargo, cuanto más son, y hacen el bien (pues entonces hacen algo), tienen causas eficientes: en cuanto fallan, y por esto hacen el mal, (¿qué hacen entonces sino vanidades?) tienen causas deficientes. [VIII.] También sé que donde se hace la mala voluntad, se hace en aquello que si no quisiera, no se haría: y por eso los defectos no necesarios, sino voluntarios, son seguidos por una justa pena. Porque no se falla hacia los males, sino mal; es decir, no hacia malas naturalezas, sino mal porque contra el orden de las naturalezas se aparta de lo que es sumamente hacia lo que es menos. Porque no es vicio de oro la avaricia, sino del hombre que ama perversamente el oro, dejando de lado la justicia, que incomparablemente debía anteponerse al oro. Ni es vicio de los cuerpos bellos y agradables la lujuria, sino del alma que ama perversamente los placeres corporales, descuidando la templanza, con la cual nos adaptamos a cosas espiritualmente más bellas e incorruptiblemente más agradables. Ni es vicio de la alabanza humana la jactancia, sino del alma que ama perversamente ser alabada por los hombres, despreciando el testimonio de la conciencia. Ni es vicio del que da el poder, o incluso del mismo poder, la soberbia, sino del alma que ama perversamente su propio poder, despreciando al más poderoso y más justo. Y por tanto, quien ama perversamente el bien de cualquier naturaleza, aunque lo consiga, él mismo se hace malo en el bien, y miserable al ser privado de algo mejor.

CAPÍTULO IX.---Si los santos ángeles tienen al mismo creador de su naturaleza, tienen al mismo autor de la buena voluntad por el Espíritu Santo con la caridad difundida en ellos.

1. Por tanto, ya que no hay causa eficiente natural, o, si se puede decir, esencial de la mala voluntad; pues de ella comienza el mal de los espíritus mutables, por el cual se disminuye y deforma el bien de la naturaleza, y no hace tal voluntad sino la deficiencia, por la cual se abandona a Dios, cuya deficiencia también carece de causa: si decimos que no hay causa eficiente tampoco de la buena voluntad, hay que tener cuidado de que no se crea que la buena voluntad de los ángeles buenos no fue hecha, sino que es coeterna con Dios. Por tanto, ya que ellos mismos fueron hechos, ¿cómo se dirá que aquella no fue hecha? Pero ya que fue hecha, ¿fue hecha con ellos, o estuvieron sin ella antes? Pero si fue hecha con ellos, no hay duda de que fue hecha por aquel que los hizo; y al mismo tiempo que fueron hechos, se adhirieron a aquel por quien fueron hechos, con el amor con el que fueron hechos. Y por eso están separados de la sociedad de aquellos, porque estos permanecieron en la misma buena voluntad, aquellos al apartarse de ella fueron cambiados, con mala voluntad, precisamente porque se apartaron de la buena: de la cual no se habrían apartado, si ciertamente no hubieran

querido. Pero si los ángeles buenos fueron antes sin buena voluntad, y la hicieron en sí mismos sin que Dios obrara; entonces se hicieron mejores por sí mismos, que por aquel que los hizo. Lejos de ello. Porque ¿qué eran sin buena voluntad, sino malos? O si por eso no eran malos, porque tampoco tenían mala voluntad (pues no se habían apartado de ella, que aún no habían comenzado a tener), ciertamente no eran tales, no tan buenos, como comenzaron a ser con la buena voluntad. O si no pudieron hacerse a sí mismos mejores, de lo que los hizo aquel que nadie hace mejor; ciertamente no podrían tener la buena voluntad, por la cual serían mejores, sin la ayuda operante del Creador. Y cuando su buena voluntad hizo que no se volvieran a sí mismos, que eran menos, sino a aquel que es sumamente, y adhiriéndose a él fueran más, y por su participación vivieran sabiamente y bienaventuradamente; ¿qué otra cosa se muestra, sino que cualquier buena voluntad habría permanecido en la sola aspiración, si aquel que hizo de la nada una buena naturaleza capaz de sí mismo, no la hiciera mejor llenándola de sí mismo, primero haciéndola más ávida excitándola?

2. Porque también debe discutirse esto, si los ángeles buenos hicieron en sí mismos la buena voluntad, si la hicieron con alguna voluntad, o sin ninguna. Si sin ninguna, ciertamente no la hicieron. Si con alguna, si mala, o buena. Si mala, ¿cómo pudo ser la mala voluntad la hacedora de la buena voluntad? Si buena, ya la tenían. ¿Y quién hizo esta, sino aquel que los creó con buena voluntad, es decir, con amor casto, con el cual se adhirieran a él, al mismo tiempo creando en ellos la naturaleza y otorgando la gracia? Por lo cual se debe creer que los santos ángeles nunca estuvieron sin buena voluntad, es decir, sin el amor de Dios. Pero estos, que aunque fueron creados buenos, sin embargo son malos, con su propia mala voluntad, que la buena naturaleza no hizo, sino cuando voluntariamente se apartaron del bien, para que el bien no sea causa del mal, sino el apartarse del bien, o recibieron una menor gracia del amor divino que aquellos que permanecieron en ella; o si ambos fueron creados igualmente buenos, aquellos al caer con mala voluntad, estos fueron más ayudados, y llegaron a aquella plenitud de bienaventuranza, de la cual estaban certísimos de que nunca caerían: como ya también en el libro que sigue a este, hemos tratado (cap. 13). Por tanto, se debe confesar con la debida alabanza al Creador, que no solo pertenece a los santos hombres, sino que también puede decirse de los santos ángeles, que la caridad de Dios ha sido derramada en ellos por el Espíritu Santo, que les ha sido dado (Romanos 5, 5); y que no solo es el bien de los hombres, sino primeramente y especialmente de los ángeles, lo que está escrito, Pero para mí, adherirme a Dios es bueno (Salmo 72, 28). Este bien que tienen en común, tienen también con aquel a quien se adhieren y entre sí una sociedad santa, y son una ciudad de Dios, y el mismo sacrificio vivo de él y su templo vivo. De la cual parte que se une a los ángeles inmortales, congregada de hombres mortales, y ahora peregrina mortalmente en la tierra, o en aquellos que han muerto, descansa en los secretos receptáculos y sedes de las almas, del mismo Dios creador, cómo surgió, como se ha dicho de los ángeles, ya veo que debe decirse. Porque de un solo hombre, que Dios creó primero, el género humano tomó su comienzo, según la fe de la Sagrada Escritura, que tiene una autoridad admirable no sin razón en el mundo, y en todas las naciones, que creyó que le creerían entre otras cosas verdaderas que dijo, predijo con verdadera divinidad.

CAPÍTULO X.---Sobre la falsedad de esa historia que atribuye muchos miles de años a los tiempos pasados.

1. Dejemos, por tanto, las conjeturas de los hombres que no saben lo que dicen sobre la naturaleza o la institución del género humano. Porque algunos, como creyeron del mismo mundo, opinan que siempre hubo hombres. Por lo cual también dice Apuleyo, cuando describía este género de seres animados: "Individualmente mortales, pero en conjunto perpetuos en todo el género" (En el libro sobre el dios de Sócrates). Y cuando se les dice, si

siempre existió el género humano, ¿cómo es verdad lo que dice su historia, narrando quiénes fueron los inventores de las cosas y quiénes los primeros instituyeron las disciplinas liberales y otras artes, o por quiénes primero esta o aquella región y parte de la tierra, esta y aquella isla comenzó a ser habitada: responden que por diluvios e incendios a intervalos ciertos de tiempo no todo, pero sí la mayor parte de la tierra es devastada, de modo que los hombres son reducidos a una escasa cantidad, de cuya progenie nuevamente se repone la multitud anterior, y así sucesivamente se repara e instituye como si fuera la primera vez, cuando se restauran más bien las cosas que fueron interrumpidas y extinguidas por aquellas vastas devastaciones; pero que el hombre no puede existir sino de hombre. Dicen lo que piensan, no lo que saben.

2. También los engañan algunas escrituras muy mendaces, que afirman contener en la historia de los tiempos muchos miles de años: cuando de las Escrituras Sagradas desde la institución del hombre aún no se han completado seis mil años. Por lo cual, para no discutir mucho sobre cómo se refuta la vanidad de aquellas escrituras, en las que se refieren muchos más miles de años, y no se encuentra en ellas ninguna autoridad adecuada para este asunto; aquella carta de Alejandro Magno a su madre Olimpiada, que escribió insinuando la narración de un sacerdote egipcio, que presentó de las escrituras que se consideraban sagradas entre ellos, conteniendo los reinos que también conoce la historia griega: en los cuales el reino de los asirios en la misma carta de Alejandro excede los cinco mil años; pero en la historia griega tiene casi mil trescientos desde el principado del mismo Bel, a quien el egipcio también pone en el comienzo de ese reino. Pero el imperio de los persas y macedonios hasta el mismo Alejandro, a quien hablaba, lo establece en más de ocho mil años: cuando entre los griegos los macedonios hasta la muerte de Alejandro se encuentran cuatrocientos ochenta y cinco; pero los persas, hasta que la victoria del mismo Alejandro terminó, se computan doscientos treinta y tres. Por tanto, estos números de años son mucho menores que los de aquellos egipcios, y ni siquiera si se computaran tres veces tanto, se igualarían. Porque se dice que los egipcios tuvieron en otro tiempo años tan breves, que se completaban en cuatro meses. Por lo cual un año más pleno y verdadero, como ahora es tanto para nosotros como para ellos, abarcaba tres de sus antiguos años. Pero ni siquiera así, como dije, la historia griega concuerda en el número de tiempos con la egipcia. Y por eso se debe dar más fe a la griega: porque no excede la verdad de los años, que se contienen en nuestras Escrituras, que verdaderamente son sagradas. Pero si esta carta de Alejandro, que es la más conocida, difiere mucho en los espacios de tiempo de la fe probable de las cosas; cuánto menos se debe creer en aquellas escrituras, que quisieron presentar llenas de fabulosas antigüedades contra la autoridad de los libros divinos y notísimos, que predijeron que todo el mundo les creería, y a los cuales todo el mundo, como fue predicho por ellos, ha creído; que muestra que narró verdaderamente lo pasado, por lo que predijo que sucedería en el futuro, cuando se cumple con tanta verdad.

CAPÍTULO XI.---Sobre aquellos que no consideran a este mundo como eterno, sino que opinan que o bien hay innumerables mundos, o que este mismo mundo nace y se disuelve siempre en una cierta conclusión de siglos. Otros, que no creen que este mundo sea eterno, ya sea que piensen que no es el único, sino que hay innumerables, o que es el único pero que surge y perece innumerablemente en ciertos intervalos de siglos; deben admitir que la raza humana existió antes sin seres humanos que la engendraran. Pues no pueden sostener, como aquellos que creen que las inundaciones y los incendios de la tierra no ocurren en todo el orbe, y por eso afirman que siempre quedan algunos hombres de los cuales se repuebla la multitud original, que algunos hombres queden en el mundo cuando el mundo perece: sino que, así como creen que el mundo renace de su propia materia, así también en él, de sus elementos, surge la raza humana, y luego la progenie de los mortales brota de los padres, como ocurre con otros animales.

CAPÍTULO XII.---Qué responder a aquellos que se quejan de que la primera creación del hombre fue tardía.

Lo que respondimos cuando se discutía sobre el origen del mundo, a aquellos que no quieren creer que no siempre existió, sino que comenzó a ser, como también Platón lo confiesa abiertamente (en el Timeo), aunque algunos creen que pensaba de manera contraria a lo que decía: esto mismo respondería sobre la primera creación del hombre, para aquellos que se preguntan de manera similar por qué el hombre no fue creado en tiempos infinitos e innumerables atrás, y por qué fue creado tan tarde, de modo que han pasado menos de seis mil años desde que, según las Sagradas Escrituras, comenzó a existir. Si la brevedad del tiempo les ofende, porque les parecen pocos los años desde que se lee en nuestras autoridades que el hombre fue instituido; consideren que nada es duradero si tiene un final, y que todos los espacios de los siglos, si se comparan con la eternidad interminable, no deben considerarse pequeños, sino nulos. Por lo tanto, si no cinco o seis, sino incluso sesenta mil, o seiscientos, o sesenta veces, o seiscientas veces, o seiscientas mil veces se dijeran los años; o si esta suma se multiplicara tantas veces, que ya no tuviéramos un nombre para el número, desde que Dios creó al hombre; igualmente se podría preguntar por qué no lo hizo antes. Pues la cesación de Dios desde la creación del hombre hacia atrás es tan eterna sin inicio, que si se compara con cualquier magnitud e inefable cantidad de tiempos, que sin embargo se concluye con un fin en un espacio determinado, no debería parecer tan grande como si comparáramos una brevísima gota de agua con todo el mar, incluso con el Océano que lo rodea: porque de estos dos, uno es ciertamente muy pequeño, el otro incomparablemente grande, pero ambos finitos; sin embargo, ese espacio de tiempo, que progresa desde algún inicio y se limita por algún término, por grande que sea, comparado con aquel que no tiene inicio, no sé si debe considerarse mínimo o más bien nulo. Pues si se restan del final momentos brevísimos uno a uno, disminuyendo el número, aunque sea tan grande que no encuentre un nombre al retroceder; como si restaras los días de un hombre desde aquel en que ahora vive hasta aquel en que nació: alguna vez esa resta llegará al inicio. Pero si se restan hacia atrás en un espacio que no comenzó en ningún inicio, no digo momentos breves uno a uno, ni cantidades de horas, días, meses o incluso años; sino espacios tan grandes como esa suma de años que ya no puede ser dicha por ningún calculador, que sin embargo se consume con la resta de momentos breves; y se restan estos grandes espacios, no una vez y otra vez, sino siempre: ¿qué sucede, qué se hace, cuando nunca se llega al inicio, que no existe en absoluto? Por lo tanto, lo que ahora preguntamos después de cinco mil y algo más de años, también podrían los posteriores preguntar con la misma curiosidad después de seiscientas mil veces los años, si en tanto esta mortalidad de los hombres al nacer y morir, y la ignorancia perseverara en su debilidad. También pudieron los que estuvieron antes que nosotros, en los mismos tiempos recientes de la creación del hombre, plantear esta cuestión. De hecho, el mismo primer hombre, ya sea al día siguiente o el mismo día después de haber sido creado, pudo preguntar por qué no fue creado antes. Y cuandoquiera que hubiera sido creado antes, no encontraría entonces otras fuerzas y ahora otras, o incluso después, esta controversia sobre el inicio de las cosas temporales.

CAPÍTULO XIII.---Sobre la revolución de los siglos, que concluidos con un fin cierto, algunos filósofos creyeron que todo volvería siempre al mismo orden y a la misma forma.

1. Sin embargo, estos filósofos no creyeron que este mundo pudiera o debiera disolverse de otra manera, sino introduciendo ciclos de tiempos, en los cuales siempre se renovaran y repitieran las mismas cosas en la naturaleza, y así sucesivamente, sin cesar, los volúmenes de los siglos venideros y pasados: ya sea que estos ciclos ocurrieran en el mundo permanente, o

que el mundo, naciendo y pereciendo en ciertos intervalos, exhibiera siempre las mismas cosas como nuevas, las que han pasado y las que vendrán. De este engaño no pueden liberar en absoluto al alma inmortal, incluso cuando ha alcanzado la sabiduría, yendo sin cesar hacia una falsa felicidad, y regresando sin cesar a una verdadera miseria. Pues, ¿cómo es verdadera felicidad aquella de cuya eternidad nunca se puede confiar, mientras el alma ignora en la verdad de manera muy ignorante la miseria venidera, o la teme de manera muy infeliz en la felicidad? O si nunca más va a regresar a las miserias, y avanza desde ellas hacia la felicidad; entonces algo nuevo ocurre en el tiempo, que no tiene fin de tiempo. ¿Por qué no entonces también el mundo? ¿Por qué no también el hombre creado en el mundo? para que esos falsos ciclos descubiertos por falsos sabios y engañosos, sean evitados en la doctrina sana por el camino recto.

2. Pues algunos también quieren entender lo que se lee en el libro de Salomón, llamado Eclesiastés, "¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Y qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se hará: y no hay nada nuevo bajo el sol. ¿Quién hablará y dirá, 'He aquí, esto es nuevo'? Ya fue en los siglos que fueron antes de nosotros" (Eclesiastés 1, 9-10); como dicho a causa de estos ciclos que regresan a lo mismo y revocan todo a lo mismo: lo que él dijo ya sea sobre estas cosas de las que hablaba antes, es decir, sobre otras generaciones que van y vienen, sobre los giros del sol, sobre los deslizamientos de los torrentes; o ciertamente sobre los géneros de todas las cosas que nacen y perecen. Pues hubo hombres antes de nosotros, los hay con nosotros, y los habrá después de nosotros; así también cada ser viviente, o arbusto. Incluso los mismos monstruos que nacen inusitados, aunque sean diversos entre sí, y algunos de ellos se narren hechos una sola vez, sin embargo, según lo que generalmente son milagros y monstruos, ciertamente fueron y serán; ni es nuevo y reciente que un monstruo nazca bajo el sol. Aunque algunos han entendido estas palabras como si el sabio hubiera querido que se entendiera que todo ya estaba hecho en la predestinación de Dios, y por eso no hay nada nuevo bajo el sol. Sin embargo, lejos esté de la fe recta que creamos que en estas palabras de Salomón se significan esos ciclos, en los cuales ellos piensan que los mismos volúmenes de tiempos y cosas temporales se repiten, de modo que, por ejemplo, así como en este siglo el filósofo Platón enseñó a sus discípulos en la ciudad de Atenas, y en esa escuela que se llamó Academia, así a través de innumerables siglos pasados, con intervalos muy largos, pero ciertos, el mismo Platón y la misma ciudad y la misma escuela y los mismos discípulos se repitieron, y a través de innumerables siglos futuros se repetirán: lejos esté, digo, que creamos tales cosas. Pues Cristo murió una sola vez por nuestros pecados; resucitando de entre los muertos ya no muere, y la muerte ya no tendrá dominio sobre él (Romanos 6, 9): y nosotros después de la resurrección siempre estaremos con el Señor (1 Tesalonicenses 4, 16), a quien ahora decimos, como el sagrado Salmo nos advierte, "Tú, Señor, nos guardarás, y nos preservarás de esta generación para siempre". Creo que a estos les conviene lo que sigue, "Los impíos andan en derredor" (Salmo 11, 8-9): no porque su vida vaya a regresar por los círculos que imaginan, sino porque ahora tal es el camino de su error, es decir, su falsa doctrina.

CAPÍTULO XIV.---Sobre la condición temporal del género humano, que Dios no estableció con un nuevo consejo, ni con una voluntad mutable.

¿Qué hay de extraño, entonces, si errando en estos ciclos, no encuentran ni entrada ni salida? Porque el género humano y esta nuestra mortalidad, no saben ni con qué inicio comenzó, ni con qué fin se cerrará; ya que no pueden penetrar la profundidad de Dios: porque aunque él es eterno y sin inicio, sin embargo, comenzó los tiempos desde algún inicio, y al hombre que nunca antes había hecho, lo hizo en el tiempo, no obstante, no con un consejo nuevo y repentino, sino con un consejo inmutable y eterno. ¿Quién puede investigar esta profundidad

investigable, y escudriñar lo inescrutable, según la cual Dios creó al hombre temporal, antes del cual nunca hubo ningún hombre, no con una voluntad mutable en el tiempo, y multiplicó el género humano a partir de uno? Pues el mismo Salmo, después de haber dicho, "Tú, Señor, nos guardarás, y nos preservarás de esta generación para siempre"; y luego haber refutado a aquellos, en cuya doctrina necia e impía no se guarda la eternidad de la liberación y la felicidad del alma, inmediatamente añadiendo, "Los impíos andan en derredor": como si se le dijera, ¿Qué crees, sientes, entiendes? ¿Acaso se debe pensar que de repente a Dios le agradó hacer al hombre, a quien nunca antes había hecho en una infinita eternidad pasada, a quien nada nuevo puede suceder, en quien no hay nada mutable? inmediatamente respondió hablando a Dios mismo, "Según tu altura multiplicaste a los hijos de los hombres" (Salmo 11, 8-9). Que los hombres sientan lo que piensan, y opinen y discutan lo que les place: "Según tu altura", que ningún hombre puede conocer, "multiplicaste a los hijos de los hombres". Pues es muy alto que Dios siempre haya sido, y que haya querido hacer al hombre, a quien nunca había hecho, desde algún tiempo, y que no haya cambiado su consejo y voluntad.

CAPÍTULO XV.---Si para que Dios siempre, también se entienda que siempre fue señor, se debe creer que nunca faltó una criatura a la que dominara: y cómo se dice siempre creado, lo que no puede decirse coeterno.

1. Yo, en verdad, así como no me atrevo a decir que el Señor Dios alguna vez no fue señor, así tampoco debo dudar que el hombre nunca antes existió, y que el primer hombre fue creado en un cierto tiempo. Pero cuando pienso en qué cosa fue siempre señor, si siempre no hubo criatura, temo afirmar algo: porque me miro a mí mismo, y recuerdo que está escrito, "¿Quién de los hombres puede conocer el consejo de Dios? o ¿quién podrá pensar qué quiere el Señor? Porque los pensamientos de los mortales son tímidos, y nuestras invenciones inciertas. Porque el cuerpo corruptible agobia al alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas" (Sabiduría 9, 13-15). Por lo tanto, de estas cosas que pienso en esta morada terrena (por eso ciertamente muchas, porque no puedo encontrar una que sea verdadera entre ellas o más allá de ellas, que tal vez no pienso), si dijera que siempre hubo una criatura, de la cual él fuera señor, que siempre es señor, y nunca no fue señor; pero ahora una, ahora otra, a través de otros y otros espacios de tiempos, para no decir que alguna es coeterna al Creador, lo cual la fe y la razón sana condenan: se debe tener cuidado de que no sea absurdo y ajeno a la luz de la verdad, que una criatura mortal siempre haya existido por turnos de tiempos, una sucediendo a otra; pero que una inmortal no haya comenzado a existir sino cuando se llegó a nuestro siglo, cuando también fueron creados los ángeles, si correctamente esa primera luz creada los significa, o más bien aquel cielo del que se dijo, "En el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Génesis 1, 1): aunque no existieron antes de ser creados, para que, si se dice que los inmortales siempre existieron, no se crea que son coeternos a Dios. Pero si dijera que los ángeles no fueron creados en el tiempo, sino antes de todos los tiempos, y que ellos fueron, de quienes Dios fuera señor, que nunca fue sino señor: se me preguntará también si fueron hechos antes de todos los tiempos, si pudieron siempre existir quienes fueron hechos. Aquí podría parecer que se debe responder, ¿Cómo no siempre, cuando lo que es en todo tiempo, no inconvenientemente se dice que siempre es? Pues estos ciertamente fueron en todo tiempo, de modo que incluso fueron hechos antes de todos los tiempos: si, sin embargo, el tiempo comenzó con el cielo, y ellos ya estaban antes del cielo. Pero si el tiempo no comenzó con el cielo, sino que también fue antes del cielo; no ciertamente en horas, días, meses y años (pues estas dimensiones de los espacios temporales, que usualmente y propiamente se llaman tiempos, es manifiesto que comenzaron con el movimiento de los astros; por eso también Dios, cuando los instituyó, dijo, "Y sean para señales, y para tiempos, y para días, y para años" (Génesis 1, 14): sino en algún movimiento

mutable, cuyo antes y después hayan pasado, porque no pueden ser simultáneamente: si, por lo tanto, antes del cielo en los movimientos angélicos hubo algo así, y por eso ya había tiempo, y los ángeles desde que fueron hechos, se movían temporalmente; incluso así fueron en todo tiempo, puesto que con ellos fueron hechos los tiempos. Pero, ¿quién dirá, No siempre fue, lo que fue en todo tiempo?

2. Pero si respondiera esto, se me dirá, ¿Cómo entonces no son coeternos al Creador, si siempre él, siempre ellos fueron? ¿Cómo también se pueden llamar creados, si se entiende que siempre existieron? ¿Qué se responderá a esto? ¿Acaso se debe decir que también siempre existieron, puesto que fueron en todo tiempo, quienes fueron hechos con el tiempo, o con quienes fueron hechos los tiempos, y sin embargo creados? Pues tampoco negaremos que los mismos tiempos fueron creados, aunque nadie dude que en todo tiempo hubo tiempo. Porque si no hubo tiempo en todo tiempo, ¿había entonces tiempo cuando no había tiempo? ¿Quién diría esto siendo el más necio? Pues podemos decir correctamente: Había tiempo cuando no existía Roma; había tiempo cuando no existía Jerusalén; había tiempo cuando no existía Abraham; había tiempo cuando no existía el hombre; y si algo de este tipo: finalmente, si el mundo no fue hecho con el inicio del tiempo, sino después de algún tiempo; podemos decir, Había tiempo cuando no existía el mundo. Pero, en verdad, ¿Había tiempo cuando no había tiempo?, lo decimos tan inconvenientemente como si alguien dijera, Había hombre cuando no había hombre; o, Este mundo existía cuando este mundo no existía. Pues si se entiende de uno y otro, se puede decir de alguna manera, esto es, Había otro hombre cuando no existía este hombre. Así, por lo tanto, podemos decir correctamente, Había otro tiempo cuando no existía este tiempo: pero, en verdad, ¿Había tiempo cuando no había tiempo?, ¿quién lo diría siendo el más insensato? Por lo tanto, así como decimos que el tiempo fue creado, aunque se diga que siempre existió, porque en todo tiempo hubo tiempo: así no es consecuente que si los ángeles siempre existieron, por eso no sean creados, para que se diga que siempre existieron, porque fueron en todo tiempo; y por eso fueron en todo tiempo, porque de ninguna manera sin ellos los mismos tiempos pudieron existir. Pues donde no hay criatura alguna, cuyos movimientos mutables se realicen en tiempos, no pueden existir tiempos en absoluto. Por lo tanto, aunque siempre existieron, fueron creados; ni, si siempre existieron, por eso son coeternos al Creador. Pues él siempre existió con una eternidad inmutable: pero ellos fueron hechos; pero por eso se dice que siempre existieron, porque fueron en todo tiempo, sin los cuales los tiempos de ninguna manera pudieron existir: pero el tiempo, porque transcurre con mutabilidad, no puede ser coeterno a la eternidad inmutable. Por lo tanto, aunque la inmortalidad de los ángeles no transcurre en el tiempo, ni es pasada como si ya no existiera, ni futura como si aún no existiera, sin embargo, sus movimientos por los cuales se realizan los tiempos, pasan del futuro al pasado: y por eso no pueden ser coeternos al Creador, en cuyo movimiento no se debe decir que fue lo que ya no es, o que será lo que aún no es.

3. Por lo tanto, si Dios siempre fue señor, siempre tuvo una criatura sirviendo a su dominio; sin embargo, no engendrada de Él, sino hecha por Él de la nada; ni coeterna con Él: pues existía antes que ella, aunque en ningún momento sin ella; no precediéndola en un espacio transcurrido, sino en una perpetuidad permanente. Pero si respondo esto a quienes preguntan cómo siempre fue creador, siempre señor, si la criatura servidora no siempre existió; o cómo fue creada, y no más bien coeterna con el creador, si siempre existió: temo que se me juzgue más fácilmente por afirmar lo que no sé, que por enseñar lo que sé. Regreso, por tanto, a lo que nuestro Creador quiso que supiéramos: confieso que aquellas cosas que permitió conocer a los más sabios en esta vida, o que reservó para ser conocidas por los completamente perfectos en otra vida, están más allá de mis fuerzas. Pero pensé que debían ser tratadas sin

afirmación, para que quienes las lean vean de qué peligros de cuestiones deben abstenerse, y no se consideren aptos para todo; y más bien entiendan cuán saludable es obedecer al Apóstol cuando dice: "Digo, pues, por la gracia que me es dada, a todos los que están entre vosotros, que no piensen de sí más de lo que deben pensar; sino que piensen con sensatez, según la medida de fe que Dios repartió a cada uno" (Rom. XII, 3). Pues si el niño es alimentado según sus fuerzas, crecerá y podrá recibir más; pero si excede sus fuerzas de capacidad, desfallecerá antes de crecer.

CAPÍTULO XVI.---Cómo debe entenderse la vida eterna prometida al hombre por Dios antes de los tiempos eternos.

Confieso que ignoro qué siglos pasaron antes de que se instituyera el género humano: sin embargo, no dudo que ninguna criatura es coeterna con el Creador. El Apóstol también habla de tiempos eternos, y no futuros, sino, lo que es más sorprendente, pasados. Pues dice: "En la esperanza de la vida eterna, que prometió el Dios que no miente, antes de los tiempos eternos; pero a su debido tiempo manifestó su Palabra" (Tit. I, 2 y 3). He aquí que dijo que hubo tiempos eternos, que sin embargo no fueron coeternos con Dios. Pues Él no solo existía antes de los tiempos eternos, sino que también prometió la vida eterna, que manifestó a su debido tiempo, es decir, en el momento oportuno, ¿qué otra cosa sino su Palabra? Esto es la vida eterna. Pero, ¿cómo prometió, si ciertamente prometió a los hombres, que aún no existían antes de los tiempos eternos; sino porque en su eternidad, y en su misma Palabra coeterna con Él, ya estaba fijado por predestinación lo que en su tiempo habría de suceder?

CAPÍTULO XVII.---Qué defiende la fe sana sobre el consejo o la voluntad inmutable de Dios, contra las argumentaciones de aquellos que quieren que las obras de Dios se repitan desde la eternidad en los mismos ciclos de los siglos.

1. Tampoco dudo de que, antes de que el primer hombre fuera creado, nunca existió ningún hombre: ni él mismo, no sé en qué ciclos, no sé cuántas veces repetido, ni otro semejante por naturaleza. Ni me apartan de esta fe los argumentos de los filósofos, cuyo más agudo se considera aquel que dice que ninguna ciencia puede comprender lo infinito: y por tanto, dicen, Dios tiene en sí todas las razones finitas de todas las cosas finitas que hace. Pero su bondad nunca debe creerse vacía, para que no sea temporal su operación, cuya cesación eterna fue antes, como si se hubiera arrepentido de su anterior vacación sin inicio, y por eso hubiera comenzado la obra. Y por eso, dicen, es necesario que siempre se repitan las mismas cosas, y que siempre transcurran repitiéndose: ya sea permaneciendo el mundo mutablemente, que aunque nunca no haya sido y sin inicio de tiempo, sin embargo fue hecho; o también con su nacimiento y ocaso siempre repetidos en esos ciclos, siempre repitiéndose: para que no se crea que, si alguna vez se dice que las obras de Dios comenzaron por primera vez, haya condenado de algún modo su anterior vacación sin inicio como inerte y perezosa, y por eso se haya creído que cambió. Pero si se dice que siempre ha operado cosas temporales, pero diferentes, y así alguna vez también llegó a hacer al hombre, que nunca antes había hecho: no parece haber hecho lo que hizo por la ciencia, que creen que no puede comprender lo infinito, sino como al momento, como venía a la mente, con una cierta inconstancia fortuita. Pero si se admiten esos ciclos, dicen, en los que, ya sea permaneciendo el mundo, o también con su nacimiento y ocaso revolubles insertándose en los mismos ciclos, se repiten las mismas cosas temporales, no se atribuye a Dios un ocio perezoso, especialmente de tan larga duración sin inicio, ni una temeridad imprudente de sus obras. Porque si no se repiten las mismas cosas, no pueden ser comprendidas por ninguna ciencia o presciencia suya con una infinita diversidad variada.

2. Estas argumentaciones con las que los impíos intentan desviar nuestra simple piedad de la vía recta para que caminemos con ellos en el ciclo, si la razón no pudiera refutarlas, la fe debería ridiculizarlas. A esto se añade que, con la ayuda de nuestro Señor Dios, la razón manifiesta rompe estos círculos volubles que la opinión inventa. Pues aquí es donde más se equivocan, prefiriendo caminar en un ciclo falso que en un camino verdadero y recto, porque miden la mente divina, completamente inmutable y capaz de cualquier infinitud, y que cuenta todas las cosas innumerables sin alternación de pensamiento, por su propia mente humana, mutable y estrecha. Y les sucede lo que dice el Apóstol: "Comparándose a sí mismos consigo mismos, no entienden" (II Cor. X, 12). Pues como a ellos les viene a la mente hacer algo nuevo, lo hacen con un nuevo consejo (llevan mentes mutables); ciertamente no piensan en Dios, a quien no pueden concebir, sino en sí mismos en lugar de Él, no lo comparan a Él, sino a sí mismos, ni a Él, sino a ellos mismos. Pero para nosotros no es lícito creer que Dios se afecta de manera diferente cuando descansa y cuando obra: porque tampoco se debe decir que se afecta, como si en su naturaleza ocurriera algo que no existía antes. Pues quien se afecta, padece, y todo lo que padece es mutable. Por tanto, no se debe pensar en su descanso como pereza, desidia, inercia; así como tampoco en su obra como labor, esfuerzo, industria. Sabe actuar descansando, y descansar actuando. Puede aplicar un consejo no nuevo, sino eterno, a una obra nueva; y no comenzó a hacer lo que no había hecho antes por arrepentirse de haber cesado antes. Pero incluso si cesó antes y obró después (lo cual no sé cómo puede ser entendido por el hombre), esto que se dice, antes y después, fue en las cosas que antes no existían y después existieron. En Él, sin embargo, una voluntad no precedió ni siguió a otra, sino que con una sola y misma voluntad sempiterna e inmutable, hizo que las cosas que creó no existieran antes, mientras no existieron, y que existieran después, cuando comenzaron a existir: mostrando quizás maravillosamente a aquellos que pueden ver tales cosas, cuán innecesarias le eran, sino que las creó por pura bondad, ya que sin ellas permaneció desde la eternidad sin inicio en no menor bienaventuranza.

CAPÍTULO XVIII.---Contra aquellos que dicen que las cosas infinitas no pueden ser comprendidas ni siquiera por la ciencia de Dios.

Pero aquello otro que dicen, que ni siquiera la ciencia de Dios puede comprender las cosas infinitas; les queda decir, y sumergirse en este abismo de profunda impiedad, que Dios no conoce todos los números. Pues es certísimo que son infinitos: porque en cualquier número en el que pienses poner fin, el mismo, no digo que se aumente añadiendo uno, sino que, por grande que sea y contenga una multitud inmensa, en la misma razón y ciencia de los números, no solo puede duplicarse, sino también multiplicarse. Así, cada número está limitado por sus propias propiedades, de modo que ninguno de ellos puede ser igual a otro. Por lo tanto, son desiguales entre sí y diferentes, y cada uno es finito, y todos son infinitos. ¿Acaso Dios no conoce todos los números por su infinitud; y hasta cierta suma de números llega la ciencia de Dios, y los demás los ignora? ¿Quién diría esto, incluso el más demente? Ni se atreverán a despreciar los números, y a decir que no pertenecen a la ciencia de Dios, aquellos entre quienes Platón recomienda a Dios con gran autoridad fabricando el mundo con números (En el Timeo): y entre nosotros se lee que se dijo a Dios: "Todo lo dispusiste con medida, número y peso" (Sab. XI, 21). De quien también dice el profeta: "Él saca el mundo con número" (Isaías XL, 26, según los LXX). Y el Salvador en el Evangelio: "Los cabellos de vuestra cabeza están todos contados" (Mat. X, 30). Por lo tanto, no dudemos de que Él conoce todo número, "cuya inteligencia", como se canta en el Salmo, "no tiene número" (Sal. CXLVI, 5). Por lo tanto, la infinitud del número, aunque no haya número de números infinitos, no es incomprensible para aquel cuya inteligencia no tiene número. Por lo tanto, si todo lo que se comprende por la ciencia se limita por la comprensión del que sabe;

ciertamente toda infinitud es de algún modo inefablemente finita para Dios, porque no es incomprensible para su ciencia. Por lo tanto, si la infinitud de los números no puede ser infinita para la ciencia de Dios, que la comprende; ¿quiénes somos nosotros, pequeños hombres, para atrevernos a fijar límites a su ciencia, diciendo que, a menos que los mismos ciclos de los tiempos repitan las mismas cosas temporales, Dios no puede prever todo lo que ha hecho o saberlo cuando lo ha hecho? cuya sabiduría, simplemente múltiple y uniformemente multiforme, con una comprensión incomprensible comprende todas las cosas incomprensibles, de modo que si siempre quisiera hacer cosas nuevas y diferentes, consecuentes a las precedentes, no podría tenerlas desordenadas e imprevistas; ni las prevería desde un tiempo cercano, sino que las contendría con una presciencia eterna.

CAPÍTULO XIX.---De los siglos de los siglos.

Si esto es así, y los llamados siglos de los siglos se conectan entre sí con una conexión continua, aunque diferentes, avanzando con una disimilitud ordenada, permaneciendo sin fin la bienaventuranza de los liberados; o si se llaman siglos de los siglos, para entenderse como siglos en la sabiduría de Dios permaneciendo con una estabilidad inconmovible, como si fueran los siglos de estos que pasan con el tiempo, no me atrevo a definirlo. Quizás se pueda decir que el siglo es lo que son los siglos; de modo que no se diga otra cosa por siglo del siglo que siglos de los siglos: así como no se dice otra cosa por cielo del cielo que cielos de los cielos. Pues Dios llamó cielo al firmamento sobre el cual están las aguas (Gén. I, 8), y sin embargo el Salmo dice: "Y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor" (Sal. CXLVIII, 4). ¿Qué de estos dos es, o si además de estos dos se puede entender algo más sobre los siglos de los siglos, es una cuestión profundísima: y no impide lo que ahora tratamos si se deja indiscutida por el momento; ya sea que podamos definir algo en ella, o que la misma investigación más diligente nos haga más cautelosos, para no atrevernos a afirmar algo temerariamente en tanta oscuridad de cosas. Pues ahora estamos discutiendo contra la opinión que sostiene esos ciclos, en los que se considera necesario que siempre se repitan las mismas cosas a intervalos de tiempo. Cualquiera de las opiniones sobre los siglos de los siglos que sea verdadera, no tiene nada que ver con estos ciclos: porque ya sea que los siglos de los siglos no sean los mismos repetidos, sino que uno proceda del otro con una conexión ordenadísima, permaneciendo sin ningún retorno la bienaventuranza de los liberados, ya sea que los siglos de los siglos sean eternos, como dominando sobre los temporales que les están sujetos, esos ciclos que repiten las mismas cosas no tienen lugar, los cuales son refutados principalmente por la vida eterna de los santos (Mat. XXV, 46).

CAPÍTULO XX.---De la impiedad de aquellos que afirman que las almas participantes de la suma y verdadera beatitud volverán una y otra vez a las mismas miserias y trabajos a través de los ciclos de los tiempos.

1. ¿Qué oídos de los piadosos soportarían, después de haber pasado una vida con tantas y tan grandes calamidades (si es que esta vida puede llamarse vida, que más bien es muerte, tan grave que la muerte que libera de ella se teme por amor a esta muerte), después de tan grandes males y tan numerosos y horrendos, finalmente expiados y terminados por la verdadera religión y sabiduría, llegar así a la visión de Dios, y hacerse así bienaventurado por la contemplación de la luz incorpórea mediante la participación de su inmutable inmortalidad, cuyo amor nos inflama para alcanzarla, que sea necesario abandonarla alguna vez, y que aquellos que la abandonan, arrojados de aquella eternidad, verdad y felicidad, sean implicados en la mortalidad tártara, en la estulticia vil, en miserias execrables, donde se pierda a Dios, donde se odie la verdad, donde se busque la felicidad a través de impurezas necias; y que esto se haga y se hará una y otra vez sin fin, con intervalos y dimensiones

ciertas de siglos anteriores y posteriores; y que esto sea para que Dios, con ciclos definidos que van y vienen siempre a través de nuestras falsas felicidades y verdaderas miserias, alternadamente, pero con una revolución incesante y sempiterna, conozca sus obras; ya que ni puede descansar de hacer, ni indagar conociendo lo que es infinito? ¿Quién escucharía esto? ¿Quién lo creería? ¿Quién lo soportaría? Si estas cosas fueran verdaderas, no solo se callarían más prudentemente, sino que (para decirlo como puedo) se ignorarían más sabiamente. Pues si allí no las recordaremos, y por eso seremos bienaventurados, ¿por qué aquí nuestra miseria se agrava más por su conocimiento? Pero si allí necesariamente las conoceremos, al menos aquí las ignoremos, para que aquí la expectativa sea más feliz que allí la consecución del sumo bien: cuando aquí se espera alcanzar la vida eterna; pero allí se conoce como bienaventurada, pero no eterna, cuando se sabe que alguna vez se perderá.

2. Pero si dicen que nadie puede llegar a esa bienaventuranza, a menos que en la enseñanza de esta vida conozca esos ciclos, donde la bienaventuranza y la miseria se alternan mutuamente; ¿cómo entonces admiten que cuanto más ame alguien a Dios, más fácilmente llegará a la bienaventuranza, quienes enseñan cosas que hacen que ese amor se enfríe? Pues ¿quién no amará con menos fervor y más tibieza a aquel a quien se imagina que necesariamente abandonará, y que sentirá contra su verdad y sabiduría, y esto cuando haya llegado a su plena capacidad de conocimiento de la bienaventuranza; cuando ni siquiera a un amigo humano se puede amar fielmente, a quien se sabe que se será enemigo? Pero lejos de nosotros que sean verdaderas las cosas que nos amenazan con una verdadera miseria nunca terminada, sino interrumpida a menudo y sin fin por interposiciones de falsa bienaventuranza. Pues ¿qué hay más falso y engañoso que aquella bienaventuranza, donde seremos futuros miserables, o en tanta luz de verdad lo ignoraremos, o en la cima de la felicidad lo temeremos? Pues si ignoraremos la calamidad venidera, nuestra miseria aquí es más sabia, donde conocemos la bienaventuranza venidera. Pero si allí no nos ocultará la desgracia inminente, el alma miserable pasa más felizmente los tiempos en los que, una vez pasados, se eleva a la bienaventuranza, que la bienaventurada en los que, una vez pasados, se revierte a la miseria. Y así, nuestra esperanza de infelicidad es feliz y de felicidad infeliz. De modo que, porque aquí sufrimos males presentes, allí tememos los inminentes, podemos ser más verdaderamente siempre miserables que alguna vez bienaventurados.

3. Pero dado que estas cosas son falsas, como lo proclama la piedad y lo confirma la verdad (pues se nos promete verdaderamente la verdadera felicidad, cuya seguridad cierta será siempre retenida y no rota por ninguna infelicidad); siguiendo el camino recto, que es Cristo para nosotros, con Él como guía y salvador, apartemos nuestro camino de fe y mente del vano e inepto circuito de los impíos. Pues si Porfirio, el platónico, no quiso seguir la opinión de los suyos sobre estos circuitos y los interminables viajes alternantes de ida y vuelta de las almas, ya sea movido por la vanidad de la cosa misma, o ya reverenciando los tiempos cristianos; y como mencioné en el libro décimo (cap. 30), prefirió decir que el alma fue entregada al mundo para conocer los males, para que, liberada y purificada de ellos, cuando regrese al Padre, no sufra nada más de este tipo: ¿cuánto más debemos nosotros detestar y evitar esta falsedad enemiga de la fe cristiana? Con estos circuitos eliminados y frustrados, ninguna necesidad nos obliga a pensar que no hay un comienzo del tiempo desde el cual comenzó a existir la raza humana, porque a través de ciertos circuitos no hay nada nuevo en las cosas, que no haya sido antes en ciertos intervalos de tiempo, y que no será después. Pues si el alma es liberada para no volver a las miserias, como nunca antes fue liberada, sucede en ella algo que nunca antes había sucedido, y esto es ciertamente muy grande, es decir, una felicidad eterna que nunca cesará. Pero si en la naturaleza inmortal ocurre una novedad tan grande, no repetida, no repetible en ningún circuito, ¿por qué se sostiene que no puede suceder en las

cosas mortales? Si dicen que no ocurre una novedad de felicidad en el alma, porque regresa a lo que siempre fue, ciertamente la liberación misma es nueva, cuando es liberada de la miseria en la que nunca estuvo, y la misma novedad de miseria se hizo en ella que nunca fue. Pero si esta novedad no entra en el orden de las cosas, que son gobernadas por la divina providencia, sino que ocurre más bien por casualidad, ¿dónde están esos circuitos determinados y medidos, en los que no ocurre nada nuevo, sino que se repiten las mismas cosas que fueron? Pero si esta novedad no está excluida de la ordenación de la providencia, ya sea que se haya dado al alma, o que haya caído, pueden ocurrir cosas nuevas, que no se hayan hecho antes, y sin embargo no sean ajenas al orden de las cosas. Y si el alma pudo hacer por imprudencia una miseria nueva para sí misma, que no fue imprevista por la divina providencia, para que también la incluyera en el orden de las cosas, y no la liberara imprudentemente de ella; ¿con qué temeridad de la vanidad humana nos atrevemos a negar que la divinidad puede hacer cosas nuevas para el mundo, que no son nuevas para sí misma, que no haya hecho antes, ni que alguna vez haya tenido imprevistas? Pero si dicen que las almas liberadas no volverán a la miseria, pero cuando esto sucede, no ocurre nada nuevo en las cosas, porque siempre otras y otras han sido liberadas, y son liberadas, y serán liberadas: ciertamente concedan esto, si es así, que se crean nuevas almas, para las cuales haya nueva miseria y nueva liberación. Pues si dicen que son antiguas, y eternas hacia atrás, de las cuales diariamente se hacen nuevos hombres, de cuyos cuerpos, si viven sabiamente, son liberadas de tal manera que nunca vuelvan a las miserias, consecuentemente dirán que son infinitas. Pues cualquier número finito de almas que hubiera sido, no podría haber sido suficiente para los siglos infinitos pasados, para que de él siempre se hicieran hombres, cuyas almas deban ser liberadas de esta mortalidad siempre, nunca volviendo a ella después. Y de ninguna manera explicarán cómo en las cosas, que quieren que sean finitas para que puedan ser conocidas por Dios, hay un número infinito de almas.

4. Por lo tanto, dado que esos circuitos ya han sido refutados, en los cuales se pensaba que el alma necesariamente volvería a las mismas miserias; ¿qué queda más conveniente para la piedad, que creer que no es imposible para Dios hacer cosas nuevas que nunca ha hecho, y no tener una voluntad cambiante con su inefable presciencia? Además, si el número de almas liberadas que no volverán a las miserias puede siempre aumentar, que lo consideren aquellos que discuten tan sutilmente sobre la limitación de la infinitud de las cosas: nosotros, sin embargo, terminamos nuestra argumentación desde ambos lados. Pues si puede, ¿qué causa hay para negar que pudo haber sido creado lo que nunca antes había sido creado, si el número de almas liberadas, que nunca antes existió, no solo ha sido hecho una vez, sino que nunca dejará de hacerse? Pero si es necesario que haya un cierto número de almas liberadas, que nunca vuelvan a la miseria, y que este número no aumente más; también este, sin duda, cualquiera que sea, nunca antes existió: que ciertamente no puede crecer, y llegar a su término de cantidad sin algún comienzo; lo cual de ninguna manera existió antes. Por lo tanto, para que esto fuera, el hombre fue creado, antes de quien no hubo ninguno.

CAPÍTULO XXI.---Sobre la condición del primer hombre, y en él de la raza humana.

Por lo tanto, con esta cuestión muy difícil explicada en cuanto a la eternidad de Dios creando cosas nuevas sin ninguna novedad de voluntad, no es difícil ver que fue mucho mejor lo que se hizo, que a partir de un solo hombre, al que creó primero, multiplicara la raza humana, que si lo hubiera comenzado a partir de muchos. Pues aunque creó a otros animales solitarios, y de alguna manera solitarios, es decir, que prefieren la soledad, como las águilas, los milanos, los leones, los lobos, y cualesquiera que sean así; y otros gregarios, que prefieren vivir reunidos y en manadas, como las palomas, los estorninos, los ciervos, los gamos, y otros de este tipo: sin embargo, no propagó cada género a partir de individuos, sino que ordenó que

existieran muchos a la vez. Pero al hombre, cuya naturaleza colocó de alguna manera entre los ángeles y las bestias, para que, si obedecía a su Creador como a su verdadero Señor, guardando su mandato con piadosa obediencia, pasara a la compañía angélica, alcanzando la inmortalidad bienaventurada sin muerte intermedia y sin fin; pero si ofendía a su Señor Dios usando su libre voluntad con soberbia y desobediencia, viviera bestialmente condenado a muerte, esclavo de la lujuria y destinado a un castigo eterno después de la muerte; lo creó uno y único, no para ser dejado solo sin sociedad humana, sino para que de esta manera se le recomendara más intensamente la unidad de la sociedad misma y el vínculo de la concordia, si no solo por la similitud de naturaleza, sino también por el afecto de parentesco los hombres fueran unidos; cuando ni siquiera a la mujer que debía unirse al hombre le plació crearla como a él, sino de él, para que toda la raza humana se difundiera de un solo hombre.

CAPÍTULO XXII.---Que Dios previó que el hombre, al que creó primero, pecaría; y al mismo tiempo previó cuán grande multitud de piadosos de su linaje trasladaría a la compañía angélica por su gracia.

Dios no ignoraba que el hombre pecaría, y que, ya sujeto a la muerte, propagaría a los que habrían de morir, y que los mortales progresarían en la enormidad del pecado, de modo que las bestias, que carecen de voluntad racional, vivirían más segura y pacíficamente entre sí, de las cuales surgió el principio de muchas de las aguas y de la tierra, que los hombres, cuyo linaje fue propagado de uno para recomendar la concordia. Pues nunca los leones entre sí, ni los dragones entre sí, han librado guerras como los hombres. Pero preveía también que por su gracia llamaría a un pueblo de piadosos a la adopción, y, perdonados sus pecados, justificados por el Espíritu Santo, los uniría a los santos ángeles en paz eterna, destruido el último enemigo, la muerte: a este pueblo le sería útil la consideración de que Dios había instituido la raza humana de un solo hombre para recomendar a los hombres cuán grata le es la unidad incluso en muchos.

CAPÍTULO XXIII.---Sobre la naturaleza del alma humana creada a imagen de Dios.

Dios hizo al hombre a su imagen. Le creó un alma tal, que por razón e inteligencia fuera superior a todos los animales terrestres, acuáticos y volátiles, que no tuvieran una mente de este tipo. Y cuando formó al hombre del polvo de la tierra, y le infundió el alma que he mencionado, ya sea que la hubiera hecho ya o la hubiera hecho al soplarla, y quiso que ese soplo que hizo al soplar fuera el alma del hombre, también le hizo una esposa como ayuda para la procreación, sacada de su costado, como Dios. Pues estas cosas no deben pensarse según la costumbre carnal, como solemos ver a los artesanos fabricando con cualquier materia terrena lo que la industria del arte pueda lograr con sus miembros corporales. La mano de Dios es el poder de Dios, que también opera invisiblemente las cosas visibles. Pero estas cosas se consideran más fabulosas que verdaderas por aquellos que miden el poder y la sabiduría de Dios, que sabe y puede hacer incluso sin semillas las mismas semillas, por estas obras usuales y cotidianas; pero piensan infielmente sobre aquellas cosas que fueron instituidas por primera vez, porque no las conocen: como si estas mismas cosas que conocen sobre los conceptos y partos humanos, si se narraran a los inexpertos, parecerían más increíbles; aunque muchos de ellos también asignan estas mismas cosas más a las causas corporales de la naturaleza que a las obras de la mente divina.

CAPÍTULO XXIV.---Si los ángeles pueden ser llamados creadores de alguna criatura, incluso la más pequeña.

Pero con estos no tenemos ningún negocio en estos libros, que no creen que la mente divina haga o cuide estas cosas. Sin embargo, aquellos que creen en su Platón, que no por ese Dios supremo que fabricó el mundo, sino por otros menores, que él mismo creó, con su permiso o mandato, fueron hechas todas las criaturas mortales, en las cuales el hombre ocupa un lugar preeminente y afín a los mismos dioses (En el Timeo); si carecen de la superstición, por la cual buscan cómo parecer justamente hacer sacrificios y ofrendas a sus supuestos creadores, fácilmente carecerán también del error de esta opinión. Pues no es lícito creer o decir que ningún creador de ninguna naturaleza, por pequeña y mortal que sea, es otro que Dios, incluso antes de que pueda ser entendido. Sin embargo, los ángeles, a quienes ellos prefieren llamar dioses, aunque presten su operación, ya sea por mandato o permiso, a las cosas que se generan en el mundo, no los llamamos creadores de los animales, así como tampoco a los agricultores de los frutos y árboles.

CAPÍTULO XXV.---Que toda naturaleza y toda especie de la creación universal no se forma sino por la obra de Dios.

Pues cuando una es la forma que se aplica externamente a cualquier materia corporal, como trabajan los hombres alfareros y carpinteros y artesanos de ese tipo, que también pintan y modelan formas similares a los cuerpos de los animales; y otra es la que tiene causas eficientes internamente, por el juicio secreto y oculto de la naturaleza viviente e inteligente, que no solo hace las formas naturales de los cuerpos, sino también las mismas almas de los seres animados, mientras no se hace, hace: aquella forma mencionada se atribuye a los artesanos; pero esta otra no se atribuye sino al único artífice creador y hacedor Dios, que hizo el mismo mundo y los ángeles sin ningún mundo y sin ningún ángel. Pues por la misma fuerza divina, y, por así decirlo, efectiva, que no sabe hacerse, sino hacer, recibió la forma la redondez del cielo y la redondez del sol cuando se hizo el mundo; por la misma fuerza divina y efectiva, que no sabe hacerse, sino hacer, recibió la forma la redondez del ojo y la redondez de la manzana, y las otras figuras naturales que vemos en las cosas que nacen, no aplicadas externamente, sino por la íntima potencia del Creador, que dijo: "Yo lleno el cielo y la tierra" (Jeremías XXIII, 24): y cuya sabiduría es la que "alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad" (Sabiduría VIII, 1). Por lo tanto, no sé qué ministerio prestaron los ángeles creados primero al Creador haciendo las demás cosas; ni me atrevo a atribuirles lo que tal vez no puedan, ni debo restarles lo que puedan. Sin embargo, atribuyo al mismo Dios, a quien también ellos saben con acción de gracias que deben lo que son, la creación y constitución de todas las naturalezas, por la cual se hace que sean en absoluto naturalezas. Por lo tanto, no solo no llamamos a los agricultores creadores de los frutos, cuando leemos: "Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento" (1 Corintios III, 7): sino que tampoco debemos llamar creadora de su parto a la mujer, aunque parezca ser la madre fecunda de todos, que promueve los brotes que emergen y los sostiene fijados con raíces, cuando también leemos: "Dios le da un cuerpo como quiso, y a cada una de las semillas su propio cuerpo" (1 Corintios XV, 38). Así tampoco debemos llamar creadora de su parto a la mujer, sino más bien a aquel que dijo a su siervo: "Antes de formarte en el vientre, te conocí" (Jeremías I, 5). Y aunque el alma así o así afectada de la embarazada pueda revestir al feto con algunas cualidades, como hizo Jacob con las varas variadas, para que el ganado naciera de color variado (Génesis XXX, 37); sin embargo, no hizo la naturaleza que se engendra, así como tampoco se hizo a sí misma. Por lo tanto, cualesquiera que sean las causas corporales o seminales que se apliquen a las cosas que se engendran, ya sea por las operaciones de ángeles o de hombres, o de cualquier animal, o por las mezclas de machos y hembras; cualesquiera que sean los deseos o movimientos del alma de la madre que puedan esparcir algo de los lineamientos o colores en los tiernos y blandos

conceptos, las mismas naturalezas en absoluto, que se afectan así o así en su género, no las hace sino el Dios supremo: cuya oculta potencia penetrando todo con presencia incontaminada hace que sea lo que sea de cualquier manera, en cuanto sea; porque si no lo hiciera, no sería tal o cual, sino que no podría ser en absoluto. Por lo tanto, si en aquella forma que los artesanos imponen externamente a las cosas corporales, decimos que la ciudad de Roma y la ciudad de Alejandría no tuvieron como fundadores a los artesanos y arquitectos, sino a los reyes, por cuya voluntad, consejo, mandato fueron fabricadas, aquella a Rómulo, aquella a Alejandro: cuánto más debemos decir que no hay otro creador de las naturalezas que Dios, que no hace nada de esa materia que él mismo no haya hecho, ni tiene operarios sino los que él mismo ha creado; y si retira su potencia, por así decirlo, fabricadora de las cosas, así no serán, como antes de que fueran hechas no fueron. Pero digo antes, en eternidad, no en tiempo. Pues ¿quién más es creador de los tiempos, sino quien hizo aquellas cosas, cuyos movimientos corren los tiempos?

CAPÍTULO XXVI.---Sobre la opinión de los platónicos, que pensaron que los ángeles fueron creados por Dios, pero que ellos mismos son los creadores de los cuerpos humanos.

Así ciertamente Platón quiso que los dioses menores, hechos por el Dios supremo, fueran los hacedores de los demás animales, para que tomaran de él la parte inmortal, y ellos mismos añadieran la mortal (En el Timeo). Por lo tanto, no quiso que fueran creadores de nuestras almas, sino de los cuerpos. Por lo cual, dado que Porfirio dice que para la purificación del alma todo cuerpo debe ser evitado, y al mismo tiempo con su Platón y otros platónicos siente que aquellos que han vivido desmedidamente y deshonestamente, para pagar las penas regresan a cuerpos mortales, Platón incluso a los de las bestias, Porfirio solo a los de los hombres; los sigue para que digan que estos dioses, a quienes quieren que adoremos como nuestros padres y creadores, no son otra cosa que los artesanos de nuestras cadenas y prisiones; ni nuestros institutores, sino nuestros encarceladores y atadores en ergástulas penosas y gravísimas cadenas. O bien, que los platónicos dejen de amenazar con penas de las almas en estos cuerpos; o bien que no nos prediquen que estos dioses deben ser adorados por nosotros, cuya operación en nosotros nos exhortan a evitar y escapar tanto como podamos; aunque ambos son falsísimos. Pues ni así las almas pagan penas cuando regresan a esta vida; y de todos los seres vivientes, ya sea en el cielo o en la tierra, no hay otro creador, sino aquel por quien fueron hechos el cielo y la tierra. Pues si no hay causa para vivir en este cuerpo, sino por vergonzosos castigos; ¿cómo dice el mismo Platón que de otra manera no podría haberse hecho el mundo tan hermoso y óptimo, si no se llenara con los géneros de todos los animales, es decir, inmortales y mortales (En el Timeo)? Pero si nuestra institución, por la cual fuimos creados mortales, es un don divino; ¿cómo es un castigo regresar a estos cuerpos, es decir, a los beneficios divinos? Y si Dios, como Platón repite constantemente, así como contenía en su inteligencia eterna las especies de todo el universo, también de todos los animales, ¿cómo no los creaba todos? ¿O no querría ser artífice de algunos, cuya arte de hacerlos tendría su mente inefable e inefablemente laudable?

CAPÍTULO XXVII.---Que en el primer hombre surgió toda la plenitud de la raza humana, en la cual Dios previó qué parte sería honrada con premio, y cuál sería condenada con castigo.

1. Por lo tanto, con razón la verdadera religión, que reconoce y proclama a él como el creador del universo del mundo, y de todos los animales, es decir, de las almas y los cuerpos. En los cuales, entre los terrenales, el hombre fue hecho por él a su imagen por la causa que mencioné, y si acaso hay otra mayor que permanece oculta, fue hecho uno, pero no fue dejado solo. Pues nada es tan discordante por vicio, tan social por naturaleza como este género. Ni más convenientemente contra el vicio de la discordia, ya sea para evitar que surja,

o para sanarlo cuando ha surgido, hablaría la naturaleza humana, que recordando a aquel padre, a quien Dios quiso crear uno, de quien se propagara la multitud, para que con esta advertencia también en muchos se conservara la unidad concordante. Y el hecho de que la mujer fue hecha de su costado, también de aquí se significó suficientemente cuán querida debe ser la unión del marido y la esposa. Estas obras de Dios son inusitadas porque son primeras. Pero quienes no creen estas cosas, no deben creer ningún prodigio hecho: pues tampoco estos, si se generaran por el curso usual de la naturaleza, se llamarían prodigios. ¿Qué, pues, bajo tan gran gobierno de la divina providencia, aunque su causa esté oculta, se genera en vano? Dice un cierto salmo sagrado: "Venid, y ved las obras del Señor, que ha puesto prodigios sobre la tierra" (Salmo XLV, 9). ¿Por qué, entonces, fue hecha la mujer del costado del hombre, y qué prefiguró este primer prodigio de alguna manera, lo diré en otro lugar, en cuanto Dios me ayude.

2. [XXVII.] Ahora que este libro debe ser cerrado, consideremos que en este primer hombre, que fue creado primero, ya han surgido en el género humano, no según la evidencia, pero sí según la presciencia de Dios, dos sociedades como dos ciudades. De él habrían de provenir hombres, unos para ser asociados con los ángeles malos en el castigo, y otros con los buenos en la recompensa, aunque por el juicio oculto de Dios, pero justo. Pues está escrito: "Todas las sendas del Señor son misericordia y verdad" (Salmo XXIV, 10): ni su gracia es injusta, ni su justicia puede ser cruel.

LIBRO DECIMOTERCERO. En el cual se enseña que la muerte en los hombres es penal y surgió del pecado de Adán.

CAPÍTULO PRIMERO.---Sobre la caída del primer hombre, por la cual se contrajo la mortalidad.

Habiendo resuelto las cuestiones más difíciles sobre el origen de nuestro siglo y el inicio del género humano, ahora el orden de las cosas exige que abordemos la discusión sobre la caída del primer hombre, o más bien de los primeros hombres, y sobre el origen y propagación de la muerte humana. Pues Dios no creó a los hombres de la misma manera que a los ángeles; de modo que, incluso si pecaran, no pudieran morir en absoluto: sino de tal manera que, habiendo cumplido el deber de obediencia, la inmortalidad angélica y la bienaventuranza eterna los seguirían sin intervención de la muerte; pero si desobedecían, la muerte los castigaría con la más justa condena: lo cual ya dijimos en el libro anterior (cap. 21).

CAPÍTULO II.---Sobre esa muerte que puede ocurrirle al alma que siempre vivirá de alguna manera, y aquella a la que el cuerpo está sujeto.

Pero veo que debo discutir con un poco más de detalle sobre el mismo tipo de muerte. Aunque el alma humana se dice verdaderamente inmortal, sin embargo, tiene también una cierta muerte propia. Pues se dice inmortal porque de alguna manera, aunque sea mínima, no deja de vivir y sentir: pero el cuerpo se dice mortal porque puede ser despojado de toda vida, y no vive de ninguna manera por sí mismo. Por lo tanto, la muerte del alma ocurre cuando Dios la abandona: así como la del cuerpo, cuando el alma lo abandona. Así, la muerte de ambas cosas, es decir, de todo el hombre, es cuando el alma, abandonada por Dios, abandona el cuerpo. Pues entonces ni vive ella de Dios, ni el cuerpo de ella. A esta muerte de todo el hombre le sigue aquella que la autoridad de las Escrituras divinas llama la segunda muerte (Apoc. II, 11; XXI, 8). El Salvador significó esto cuando dijo: "Temed a aquel que tiene poder para destruir tanto el cuerpo como el alma en el infierno" (Mat. X, 28). Aunque esto no

ocurre antes de que el alma esté unida al cuerpo de tal manera que ninguna separación los divida; puede parecer extraño cómo se dice que el cuerpo es muerto por esa muerte, en la que no es abandonado por el alma, sino que es torturado animado y sintiente. Pues en ese último y eterno castigo, del cual se debe discutir más detalladamente en su lugar, correctamente se llama muerte del alma, porque no vive de Dios: pero ¿cómo se llama muerte del cuerpo, cuando vive del alma? pues de otra manera no podría sentir los tormentos corporales que serán después de la resurrección. ¿O es porque cualquier tipo de vida es un bien, pero el dolor es un mal, por lo que no se debe decir que el cuerpo vive, en el que el alma no es causa de vivir, sino de doler? Así, el alma vive de Dios cuando vive bien; pues no puede vivir bien, a menos que Dios opere en ella lo que es bueno: pero el cuerpo vive del alma cuando el alma vive en el cuerpo; ya sea que viva ella misma, o no viva de Dios. Pues la vida de los impíos en los cuerpos no es la vida de las almas, sino la vida de los cuerpos: la cual las almas, aunque muertas, es decir, abandonadas por Dios, pueden conferirles con su mínima vida propia, de la cual también son inmortales, sin cesar. Sin embargo, en la última condenación, aunque el hombre no deje de sentir, sin embargo, porque ese mismo sentido no es dulce por el placer, ni saludable por la tranquilidad, sino penal por el dolor, no sin razón se llama muerte más que vida. Y se llama segunda porque es después de aquella primera, en la que ocurre la separación de las naturalezas unidas, ya sea de Dios y el alma, o del alma y el cuerpo. Por lo tanto, de la primera muerte del cuerpo se puede decir que es buena para los buenos, mala para los malos. Pero la segunda, sin duda, no es de ningún bien, así como no es buena para nadie.

CAPÍTULO III.---Si la muerte, que pasó a todos los hombres por el pecado de los primeros hombres, es también para los santos un castigo del pecado.

Sin embargo, surge una cuestión que no debe ser ignorada, si realmente la muerte, por la cual se separan el alma y el cuerpo, es buena para los buenos. Porque si es así, ¿cómo se puede sostener que también es un castigo del pecado? Pues los primeros hombres, si no hubieran pecado, ciertamente no habrían sufrido esta muerte. ¿Cómo, entonces, puede ser buena para los buenos, si no podría ocurrirles a menos que fueran malos? Pero, de nuevo, si no pudiera ocurrirles a menos que fueran malos, no debería ser buena para los buenos, sino ninguna. Pues, ¿por qué sería un castigo en aquellos en los que no hay nada que castigar? Por lo tanto, se debe admitir que los primeros hombres fueron instituidos de tal manera que, si no hubieran pecado, no habrían experimentado ningún tipo de muerte: pero esos mismos primeros pecadores fueron castigados con la muerte de tal manera que también todo lo que de su descendencia surgiera estaría sujeto al mismo castigo. Pues no nacería de ellos otra cosa que lo que ellos mismos eran. Porque por la magnitud de aquella culpa, la condena cambió la naturaleza para peor; de modo que lo que precedió penalmente en los primeros hombres pecadores, también siguiera naturalmente en los demás nacidos. Pues el hombre no procede del hombre como el hombre del polvo. Porque el polvo fue la materia para hacer al hombre: pero el hombre es el padre al engendrar al hombre. Por lo tanto, lo que es tierra, no es carne; aunque de la tierra fue hecha la carne. Pero lo que es el hombre padre, eso es también el hombre hijo. En el primer hombre, por lo tanto, a través de la mujer, todo el género humano iba a pasar a la descendencia, cuando esa unión conyugal recibió la sentencia divina de su condenación: y lo que el hombre fue hecho, no cuando fue creado, sino cuando pecó y fue castigado, eso engendró, en cuanto a la origen del pecado y la muerte. Pues no fue reducido o impulsado a la debilidad infantil y la impotencia del alma y el cuerpo, que vemos en los niños, por el pecado o el castigo: que Dios quiso que fueran como los comienzos de los cachorros, cuyos padres había arrojado a una vida y muerte bestial; como está escrito: "El hombre, cuando estaba en honor, no entendió; fue comparado con los animales sin

entendimiento, y se hizo semejante a ellos" (Salmo XLVIII, 13). Excepto que vemos a los infantes incluso más débiles en el uso y movimiento de los miembros y en el sentido de apetecer y evitar, que los más tiernos retoños de otros animales: como si la fuerza humana se elevara tanto más excelentemente sobre los demás animales, cuanto más difiriera su impulso, como una flecha, cuando el arco se extiende, retrocediendo. Por lo tanto, no fue a estos rudimentos infantiles que el primer hombre fue precipitado o impulsado por la presunción ilícita y la justa condena: sino que hasta tal punto la naturaleza humana fue viciada y cambiada en él, que sufrió la desobediencia concupiscente en los miembros, y fue obligado por la necesidad de morir; y así lo que fue hecho por el vicio y el castigo, es decir, engendrar sujetos al pecado y a la muerte. De la cual atadura del pecado, si los infantes son liberados por la gracia del Mediador, pueden sufrir solo esta muerte, que separa el alma del cuerpo: pero no pasan a aquella segunda sin fin penal, liberados de la obligación del pecado.

CAPÍTULO IV.---Por qué a aquellos que son absueltos del pecado por la gracia de la regeneración, no se les quita la muerte, es decir, el castigo del pecado.

Si a alguien le preocupa por qué incluso sufren esta, si también es un castigo del pecado, aquellos cuyo reato es abolido por la gracia; esta cuestión ya ha sido tratada y resuelta en otra de nuestras obras, que escribimos sobre el Bautismo de los niños, donde se dijo que se deja a la experiencia del alma la separación del cuerpo, aunque ya se haya eliminado el vínculo del crimen; porque, si el Sacramento de la regeneración fuera seguido inmediatamente por la inmortalidad del cuerpo, la misma fe se debilitaría, que es fe cuando se espera en esperanza lo que aún no se ve en realidad. Pero con la fortaleza y el combate de la fe, al menos en las edades mayores, también debía superarse el temor a la muerte, lo cual se manifestó especialmente en los santos mártires: de cuyo combate ciertamente no habría victoria, ni gloria; porque ni siquiera podría haber combate, si después del baño de la regeneración los santos ya no pudieran sufrir la muerte corporal. Pero con los niños que van a ser bautizados, ¿quién no correría más bien a la gracia de Cristo, para que no fueran separados del cuerpo? Y así, la fe no sería probada con una recompensa invisible; pero ya no sería fe, buscando y tomando inmediatamente la recompensa de su obra. Ahora, sin embargo, por la gracia mayor y más maravillosa del Salvador, el castigo del pecado se ha convertido en un uso de justicia. Pues entonces se dijo al hombre: Morirás, si pecas: ahora se dice al mártir: Muere, para que no peques. Entonces se dijo: Si transgreden el mandamiento, morirán (Gén. II, 17): ahora se dice: Si rehúsan la muerte, transgredirán el mandamiento. Lo que entonces debía temerse, para que no se pecara; ahora debe ser asumido, para que no se peque. Así, por la inefable misericordia de Dios, incluso el castigo de los vicios se convierte en armas de virtud, y el suplicio del pecador se convierte en mérito del justo. Pues entonces la muerte fue adquirida pecando, ahora se cumple la justicia muriendo. Pero esto en los santos mártires, a quienes el perseguidor propone una u otra cosa, para que o abandonen la fe, o sufran la muerte. Pues los justos prefieren sufrir creyendo, lo que los primeros inicuos sufrieron no creyendo. Pues si aquellos no hubieran pecado, no morirían: pero estos pecarán, si no mueren. Por lo tanto, aquellos murieron porque pecaron: estos no pecan porque mueren. Se hizo por la culpa de aquellos, que se llegara al castigo: se hace por el castigo de estos, que no se llegue a la culpa; no porque la muerte se haya convertido en un bien, que antes fue un mal; sino que Dios ha concedido tanta gracia a la fe, que la muerte, que se sabe que es contraria a la vida, se convierte en un instrumento por el cual se pasa a la vida.

CAPÍTULO V.---Que así como los inicuos usan mal la ley que es buena, así también los justos usan bien la muerte que es mala.

El Apóstol, cuando quiso mostrar cuánto puede el pecado, sin la gracia que lo socorra, para hacer daño, no dudó en decir que incluso la misma ley que prohíbe el pecado es la fuerza del pecado. "El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, la ley" (I Cor. XV, 56). Muy verdaderamente. Pues la prohibición aumenta el deseo de la obra ilícita, cuando la justicia no se ama de tal manera que el deseo de pecar sea vencido por su deleite. Pero para que se ame y deleite la verdadera justicia, no se socorre sino por la gracia divina. Pero para que no se piense que la ley es un mal porque se ha dicho que es la fuerza del pecado; por eso él mismo en otro lugar, tratando una cuestión de este tipo, dice: "La ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Lo que es bueno, entonces, se ha convertido en muerte para mí? De ninguna manera. Sino que el pecado, para que aparezca pecado, por lo bueno me ha obrado la muerte, para que el pecado se haga sobremanera pecador por el mandamiento" (Rom. VII, 12, 13). "Sobremanera", dijo; porque también se añade la transgresión, cuando con el deseo aumentado de pecar, incluso la misma ley es despreciada. ¿Por qué hemos considerado necesario mencionar esto? Porque así como la ley no es un mal, cuando aumenta la concupiscencia de los pecadores; así tampoco la muerte es un bien, cuando aumenta la gloria de los que la padecen: cuando aquella es abandonada por iniquidad, y hace transgresores; o esta es asumida por la verdad, y hace mártires. Por lo tanto, la ley es buena, porque es una prohibición del pecado; pero la muerte es mala, porque es el salario del pecado: pero así como los injustos usan mal no solo de los males, sino también de los bienes; así los justos usan bien no solo de los bienes, sino también de los males. De aquí se sigue que los malos usan mal la ley, aunque la ley sea un bien; y los buenos mueren bien, aunque la muerte sea un mal.

CAPÍTULO VI.---Sobre el mal de la muerte general, por el cual se separa la sociedad del alma y el cuerpo.

Por lo tanto, en lo que respecta a la muerte del cuerpo, es decir, la separación del alma del cuerpo, cuando la sufren los que se llaman moribundos, no es buena para nadie. Pues tiene un sentido áspero y contrario a la naturaleza la misma fuerza con la que se desgarra lo que había sido unido y ensamblado en el viviente, mientras dura, hasta que se quita todo sentido, que estaba en el mismo complejo del alma y la carne. Toda esta molestia a veces la intercepta un solo golpe del cuerpo o el rapto del alma, y no permite que se sienta por la rapidez que lo precede. Sin embargo, lo que sea eso en los moribundos, que con un sentido grave quita el sentido, al soportarlo piadosa y fielmente aumenta el mérito de la paciencia, no quita el nombre de castigo. Así, aunque de la propagación perpetuada del primer hombre sin duda la muerte es el castigo del que nace; sin embargo, si se paga por piedad y justicia, se convierte en la gloria del que renace: y aunque la muerte es la retribución del pecado, a veces obtiene que no se retribuya nada al pecado.

CAPÍTULO VII.---Sobre la muerte que los no regenerados asumen por la confesión de Cristo.

Porque cualquiera que, incluso sin haber recibido el baño de la regeneración, muere por la confesión de Cristo, le vale tanto para la remisión de los pecados, como si se lavara en la fuente sagrada del Bautismo. Pues quien dijo: "Si alguno no renace del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de los cielos" (Juan III, 5): con otra sentencia hizo excepción de estos, donde no menos generalmente dijo: "Quien me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Mat. X, 32); y en otro lugar: "Quien pierda su vida por mí, la encontrará" (Id. XVI, 25). De aquí que esté escrito: "Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos" (Salmo CXV, 15). Pues, ¿qué más precioso que la muerte, por la cual se hace que todos los delitos sean perdonados, y los méritos

aumenten más abundantemente? Pues no son de tanto mérito aquellos que, no pudiendo diferir la muerte, fueron bautizados, y con todos sus pecados borrados emigraron de esta vida, como lo son aquellos que no difirieron la muerte, pudiendo hacerlo, porque prefirieron terminar la vida confesando a Cristo, que negándolo llegar a su Bautismo. Lo cual ciertamente si lo hubieran hecho, también se les perdonaría en ese baño lo que por temor a la muerte habían negado a Cristo; en el cual baño también se perdonó tan enorme crimen a aquellos que mataron a Cristo. Pero, ¿cuándo, sin la abundancia de la gracia de aquel Espíritu, que sopla donde quiere (Juan III, 8), podrían amar tanto a Cristo, que no pudieran negarlo en tan gran peligro de vida con tanta esperanza de perdón? Por lo tanto, la muerte preciosa de los santos, a quienes con tanta gracia se les ha anticipado y otorgado la muerte de Cristo, que no dudaron en gastar la suya para adquirirlo, ha mostrado que se ha convertido en un uso lo que antes fue constituido para el castigo del pecador, para que de allí naciera un fruto más abundante de justicia. Por lo tanto, la muerte no debe parecer un bien, porque se ha convertido en una utilidad tan grande no por su propia fuerza, sino por la ayuda divina; para que lo que entonces se propuso temer, para que no se cometiera pecado; ahora se proponga asumir, para que no se cometa pecado, y el cometido sea borrado, y se devuelva la palma de la justicia debida a la gran victoria.

CAPÍTULO VIII.---Que en los santos la asunción de la primera muerte por la verdad es la absolución de la segunda muerte.

Pues si consideramos más detenidamente, incluso cuando alguien muere fiel y laudablemente por la verdad, se evita la muerte. Por eso se asume algo de ella, para que no ocurra toda, y además la segunda, que nunca termina, se añada. Pues se asume la separación del alma del cuerpo, para que, abandonada por Dios, no se separe también del cuerpo, y así, completada la primera muerte de todo el hombre, la segunda eterna lo reciba. Por lo tanto, la muerte, como dije, cuando la sufren los moribundos, y cuando en ellos hace que mueran, no es buena para nadie, pero se tolera laudablemente por mantener o adquirir el bien. Pero cuando están en ella, los que ya se llaman muertos, no absurdamente se dice que es mala para los malos, y buena para los buenos. Pues las almas de los piadosos están en reposo separadas del cuerpo; pero las de los impíos sufren penas: hasta que las de estos revivan para la vida eterna, y las de aquellos para la muerte eterna, que se llama segunda.

CAPÍTULO IX.---El tiempo de la muerte, en el que se quita el sentido de la vida, en los moribundos, si debe decirse que está en los moribundos o en los muertos.

Pero, ¿debería decirse que las almas separadas del cuerpo están en un estado bueno o malo después de la muerte, o más bien en la muerte misma? Pues si es después de la muerte, ya no es la muerte en sí, que ha pasado y es cosa del pasado, sino la vida presente del alma, buena o mala. La muerte fue mala para ellos cuando ocurrió, es decir, cuando la sufrían al morir, ya que experimentaban una sensación pesada y molesta; un mal que los buenos utilizan bien. Pero, ¿cómo puede ser buena o mala una muerte que ya no existe? Además, si observamos con más atención, esa muerte que describimos como una sensación pesada y molesta en los moribundos tampoco parece ser la muerte. Pues mientras sienten, ciertamente aún viven; y si aún viven, se debe decir que están antes de la muerte más que en la muerte, porque cuando esta llega, elimina toda sensación corporal, que es molesta cuando se aproxima. Por lo tanto, es difícil explicar cómo llamamos moribundos a aquellos que aún no han muerto, pero que ya están siendo sacudidos por la aflicción extrema y mortal de la muerte inminente: aunque correctamente se les llama moribundos; porque cuando la muerte que ya se avecina llega, no se les llama moribundos, sino muertos. Por lo tanto, no hay moribundo que no esté vivo; ya

que cuando está en la última extremidad de la vida, en la que decimos que está expirando, ciertamente quien aún no ha perdido el alma, aún vive. Así, él mismo es simultáneamente moribundo y viviente: pero acercándose a la muerte, alejándose de la vida; aún en la vida, porque el alma está en el cuerpo; pero aún no en la muerte, porque aún no ha salido del cuerpo. Pero si cuando ha salido, ni entonces está en la muerte, sino más bien después de la muerte; ¿cuándo se dirá que alguien está en la muerte? Pues no habrá moribundo, si nadie puede ser simultáneamente viviente y moribundo: ya que mientras el alma está en el cuerpo, no podemos negar que está vivo. O si más bien debe llamarse moribundo a aquel en cuyo cuerpo ya se está actuando para morir, y nadie puede ser simultáneamente viviente y moribundo; no sé cuándo será viviente.

CAPÍTULO X.---De la vida de los mortales, que más bien debe llamarse muerte que vida.

Desde que alguien comienza a existir en este cuerpo mortal, nunca deja de avanzar hacia la muerte. Pues la mutabilidad de esta vida (si es que debe llamarse vida) actúa para llegar a la muerte. No hay nadie que no esté más cerca de ella un año después de lo que estaba un año antes, y mañana más que hoy, y hoy más que ayer, y un poco después más que ahora, y ahora más que un poco antes. Porque cualquier tiempo que se viva, se resta del espacio de vida; y cada día se hace menos lo que queda: de modo que el tiempo de esta vida no es otra cosa que un curso hacia la muerte, en el que nadie puede detenerse ni ir más despacio: sino que todos son empujados con el mismo movimiento, y no son impulsados con diferente acceso. Pues quien tuvo una vida más corta no llevó el día más rápido que aquel cuya vida fue más larga: sino que, mientras ambos eran arrastrados por momentos iguales y equitativos, uno tenía más cerca, otro más lejos, el punto al que ambos corrían con igual velocidad. Sin embargo, es diferente haber recorrido más camino que haber caminado más despacio. Por lo tanto, quien hasta la muerte recorre un espacio de tiempo más largo, no avanza más lentamente, sino que completa más camino. Pero si alguien comienza a morir, es decir, a estar en la muerte, desde el momento en que comienza a actuar la misma muerte en él, es decir, la sustracción de la vida; porque, cuando se haya completado la sustracción, ya estará después de la muerte, no en la muerte: ciertamente desde que comienza a existir en este cuerpo, está en la muerte. Pues, ¿qué otra cosa se actúa día a día, hora a hora, momento a momento, hasta que se consuma la muerte que se estaba actuando, y comience ya el tiempo después de la muerte, que cuando se sustraía la vida, estaba en la muerte? Por lo tanto, nunca está el hombre en la vida, desde que está en este cuerpo que muere más que vive, si no puede estar simultáneamente en la vida y en la muerte. ¿O más bien está simultáneamente en la vida y en la muerte: en la vida, ciertamente, en la que vive, hasta que se sustraiga toda; en la muerte, sin embargo, en la que ya muere, cuando se sustrae la vida? Pues si no está en la vida, ¿qué es lo que se sustrae, hasta que se complete su perfecta consumación? Pero si no está en la muerte, ¿qué es la misma sustracción de la vida? Pues no en vano, cuando toda la vida ha sido sustraída del cuerpo, ya se dice que está después de la muerte, a menos que fuera muerte cuando se sustraía. Pues si, una vez sustraída, el hombre no está en la muerte, sino después de la muerte; ¿cuándo, sino cuando se sustrae, estará en la muerte?

CAPÍTULO XI.---Si alguien puede ser simultáneamente viviente y muerto.

1. Pero si es absurdo decir que el hombre, antes de llegar a la muerte, ya está en la muerte; (¿a quién se acercaría cumpliendo los tiempos de su vida, si ya está en ella?) especialmente porque es demasiado insólito que se diga que es simultáneamente viviente y moribundo, cuando no puede ser simultáneamente vigilante y dormido: se debe preguntar cuándo será moribundo. Pues antes de que llegue la muerte, no es moribundo, sino viviente: cuando la muerte haya llegado, será muerto, no moribundo. Eso, por lo tanto, es aún antes de la muerte,

esto ya después de la muerte. ¿Cuándo, entonces, en la muerte? (pues entonces es moribundo:) para que, así como hay tres cuando decimos, Antes de la muerte, en la muerte, después de la muerte; así se devuelvan tres a cada uno, Viviente, moribundo y muerto. Por lo tanto, es muy difícil definir cuándo está moribundo, es decir, en la muerte, donde no está viviente, que es antes de la muerte, ni muerto, que es después de la muerte, sino moribundo, es decir, en la muerte. Pues mientras el alma está en el cuerpo, especialmente si también hay sensación, sin duda vive el hombre, que consiste en alma y cuerpo; y por lo tanto, aún debe decirse que está antes de la muerte, no en la muerte: pero cuando el alma se ha ido, y ha quitado toda sensación del cuerpo, ya se dice que está después de la muerte y muerto. Por lo tanto, se pierde entre ambos, donde estaría moribundo, o en la muerte: porque si aún vive, está antes de la muerte; si ha dejado de vivir, ya está después de la muerte. Por lo tanto, nunca se comprende que esté moribundo, es decir, en la muerte. Así también en el transcurso del tiempo se busca el presente, y no se encuentra: porque no tiene espacio alguno, a través del cual se pasa del futuro al pasado. ¿No se debe considerar, entonces, que con esta razón se diga que no hay muerte del cuerpo? Pues si existe, ¿cuándo es, que no está en ningún lugar, y en la que nadie puede estar? ya que si se vive, aún no es; porque eso es antes de la muerte, no en la muerte: pero si ya se ha dejado de vivir, ya no es; porque eso también es después de la muerte, no en la muerte. Pero nuevamente, si no hay muerte antes o después, ¿qué es lo que se dice antes de la muerte, o después de la muerte? pues también esto se dice en vano, si no hay muerte. Y ojalá hubiéramos vivido bien en el paraíso, para que realmente no hubiera muerte. Pero ahora no solo existe, sino que es tan molesta, que no puede explicarse con ninguna locución, ni evitarse con ninguna razón.

2. Hablemos, pues, según la costumbre; no debemos hacerlo de otra manera: y digamos, Antes de la muerte, antes de que ocurra la muerte; como está escrito, Antes de la muerte no alabes a ningún hombre (Ecli. XI, 30). Digamos también cuando haya ocurrido, Después de la muerte de tal o cual, ocurrió esto o aquello. Hablemos también del tiempo presente como podamos, como cuando decimos, Moribundo, testó, y moribundo dejó esto y aquello a tales y tales: aunque esto no podría hacerlo en absoluto si no estuviera vivo, y más bien lo hizo antes de la muerte, no en la muerte. Hablemos también como habla la Escritura divina, que no duda en decir que los muertos no están después de la muerte, sino en la muerte. De ahí es aquello: Porque no hay en la muerte quien se acuerde de ti (Sal. VI, 6). Pues mientras no revivan, se dice correctamente que están en la muerte; así como se dice que alguien está en el sueño, hasta que despierte: aunque decimos que los que están en el sueño son durmientes, no podemos decir de la misma manera que los que ya están muertos son moribundos. Pues no están muriendo aún quienes, en lo que respecta a la muerte del cuerpo, de la que ahora estamos discutiendo, ya están separados de los cuerpos. Pero esto es lo que dije que no puede explicarse con ninguna locución, cómo se puede decir que los moribundos viven, o que los ya muertos también se dice que están en la muerte después de la muerte. Pues, ¿cómo después de la muerte si aún en la muerte? Especialmente cuando no decimos que son moribundos, como decimos que los que están en el sueño son durmientes; y los que están en la enfermedad, enfermos; y los que están en el dolor, dolientes; y los que están en la vida, vivientes: pero los muertos antes de resucitar, se dice que están en la muerte, y sin embargo no pueden ser llamados moribundos. Por lo tanto, no creo que sea inapropiado ni incongruente que, aunque no por industria humana, tal vez por juicio divino, este verbo que es, muere, en la lengua latina ni los gramáticos hayan podido declinarlo, con la regla con la que se declinan otros semejantes. Pues de lo que es surge, se forma el verbo del tiempo pasado, ha surgido: y si hay otros semejantes, se declinan por los participios del tiempo pasado. Pero de lo que es muere, si buscamos el verbo del tiempo pasado, se suele responder, ha muerto, con la letra u duplicada. Pues se dice muerto, como fatuo, arduo, conspicuo, y si

hay otros semejantes, que no son del tiempo pasado, sino que como son nombres, se declinan sin tiempo. Sin embargo, eso, como si se declinara lo que no puede declinarse, se pone como nombre en lugar del participio del tiempo pasado. Por lo tanto, se ha hecho convenientemente, que, así como lo que significa no puede actuarse, así el mismo verbo no puede declinarse hablando. Sin embargo, se puede actuar con la ayuda de la gracia de nuestro Redentor, para que al menos podamos declinar la segunda muerte. Pues esa es más grave, y de todos los males la peor, que no ocurre por la separación del alma y el cuerpo, sino más bien por el abrazo eterno de ambos. Allí, por el contrario, no habrá hombres antes de la muerte y después de la muerte, sino siempre en la muerte: y por lo tanto nunca vivientes, nunca muertos, sino muriendo sin fin. Pues nunca será peor para el hombre en la muerte, que donde la misma muerte será sin muerte.

CAPÍTULO XII.---Qué muerte Dios amenazó a los primeros hombres, si transgredían su mandato.

Por lo tanto, cuando se pregunta qué muerte Dios amenazó a los primeros hombres, si transgredían el mandato recibido de Él, y no guardaban la obediencia; si del alma, o del cuerpo, o de todo el hombre, o aquella que se llama segunda: se debe responder, Todas. Pues la primera consta de dos; la segunda de todas en su totalidad. Así como toda la tierra consta de muchas tierras, y toda la Iglesia de muchas Iglesias; así toda la muerte consta de todas. Porque la primera consta de dos, una del alma, otra del cuerpo: para que la primera muerte de todo el hombre sea cuando el alma sin Dios y sin cuerpo sufre penas temporalmente; la segunda, sin embargo, donde el alma sin Dios con el cuerpo sufre penas eternas. Por lo tanto, cuando Dios dijo al primer hombre, a quien había puesto en el paraíso, sobre el alimento prohibido, El día que comáis de él, moriréis (Gén. II, 17): no solo la parte anterior de la primera muerte, donde el alma es privada de Dios; ni solo la posterior, donde el cuerpo es privado del alma; ni solo toda la primera, donde el alma separada de Dios y del cuerpo es castigada: sino que toda muerte hasta la última, que se llama segunda, de la cual no hay posterior, fue abarcada por esa amenaza.

CAPÍTULO XIII.---La transgresión de los primeros hombres, qué pena sintió primero.

Pues después de que se cometió la transgresión del precepto, inmediatamente al ser abandonados por la gracia divina, se sintieron confundidos por la desnudez de sus cuerpos. Por lo cual también con hojas de higuera, que tal vez fueron las primeras que encontraron en su perturbación, cubrieron sus partes pudendas (Gén. III, 7): que antes eran los mismos miembros, pero no eran vergonzosos. Sintieron, por lo tanto, un nuevo movimiento de la carne desobediente de su alma desobediente, como una pena recíproca de su desobediencia. Pues ya el alma, deleitándose en su propia libertad perversa, y desdeñando servir a Dios, era abandonada por el servicio anterior del cuerpo: y porque había abandonado a su superior Señor por su propia voluntad, no mantenía al inferior siervo a su voluntad: ni de ninguna manera tenía sometida la carne, como siempre podría haberla tenido, si ella misma hubiera permanecido sometida a Dios. Entonces comenzó la carne a desear contra el espíritu (Gál. V, 17): con la cual controversia nacimos, llevando la herencia de la muerte, y en nuestros miembros y naturaleza viciada la contienda o victoria de la primera transgresión.

CAPÍTULO XIV.---Qué clase de hombre fue hecho por Dios, y en qué suerte cayó por el arbitrio de su voluntad.

Pues Dios creó al hombre recto, autor de las naturalezas, no de los vicios: pero voluntariamente depravado y justamente condenado, engendró depravados y condenados.

Pues todos estábamos en aquel uno, cuando todos éramos aquel uno, que por la mujer cayó en pecado, que fue hecha de él antes del pecado. Aún no se había creado y distribuido la forma en la que viviríamos individualmente; pero ya existía la naturaleza seminal, de la cual seríamos propagados: la cual, ciertamente viciada por el pecado, y atada por el vínculo de la muerte, y justamente condenada, no nacería de hombre de otra condición. Por lo tanto, de un mal uso del libre albedrío surgió esta serie de calamidades, que con una raíz depravada, como una raíz corrupta, lleva al género humano, con la conexión de miserias, hasta el fin de la segunda muerte, que no tiene fin, excepto para aquellos que son liberados por la gracia de Dios.

CAPÍTULO XV.---Que Adán pecando dejó primero a Dios, antes de ser dejado por Dios; y que la primera muerte del alma fue alejarse de Dios.

Por lo tanto, aunque en lo que se dijo, Moriréis, ya que no se dijo, Muertes, entendamos solo aquella que ocurre cuando el alma es abandonada por su vida, que es Dios para ella: (pues no fue abandonada para abandonar, sino que abandonó para ser abandonada: porque para su mal es primero su voluntad; pero para su bien es primero la voluntad de su Creador, ya sea para hacerla que no existía, o para restaurarla que caída pereció): aunque, por lo tanto, entendamos que Dios anunció esta muerte, en lo que dijo, El día que comáis de él, moriréis; como si dijera, El día que me abandonéis por desobediencia, os abandonaré por justicia: ciertamente en esa muerte también se anunciaron las demás, que sin duda habrían de seguir. Pues en lo que el movimiento desobediente surgió en la carne del alma desobediente, por lo cual cubrieron sus partes pudendas, se sintió una muerte en la que Dios abandonó al alma. Esa fue significada por sus palabras, cuando dijo al hombre que se escondía con temor demente, Adán, ¿dónde estás? (Gén. III, 9) no buscando por ignorancia, sino increpando para que atendiera dónde estaba en lo que no estaba Dios. Pero cuando el cuerpo es abandonado por el alma, envejecido y consumido por la vejez, se experimenta la otra muerte, de la cual Dios, aún castigando el pecado, dijo al hombre, Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19): para que de estas dos se completara aquella primera muerte, que es de todo el hombre, a la que sigue la segunda al final, a menos que el hombre sea liberado por gracia. Pues ni el cuerpo que es de la tierra volvería a la tierra, si no fuera por su muerte, que le ocurre cuando es abandonado por su vida, es decir, el alma. De donde se concluye entre los cristianos que verdaderamente sostienen la fe católica, que incluso la misma muerte del cuerpo, no por ley de naturaleza, por la cual Dios no hizo ninguna muerte para el hombre, sino que fue infligida por el mérito del pecado: porque Dios, vengando el pecado, dijo al hombre, en quien entonces todos estábamos, Tierra eres, y a la tierra volverás.

CAPÍTULO XVI.---De los filósofos, que no consideran que la separación del alma del cuerpo sea penal, cuando Platón introduce al sumo Dios prometiendo a los dioses menores que nunca serán despojados de sus cuerpos.

1. Pero los filósofos, contra cuyas calumnias defendemos la ciudad de Dios, es decir, su Iglesia, creen que es sabio burlarse de lo que decimos, que la separación del alma del cuerpo debe considerarse entre sus penas: porque piensan que su perfecta bienaventuranza se logra cuando, despojada de todo cuerpo, regresa a Dios simple, sola y de alguna manera desnuda. Si no encontrara nada en sus escritos que refutara esta opinión, tendría que argumentar más laboriosamente para demostrar que el cuerpo no es el alma, sino que el cuerpo corruptible es oneroso. De ahí lo que mencionamos de nuestras Escrituras en el libro anterior (cap. 15), "El cuerpo corruptible pesa sobre el alma" (Sab. IX, 15). Al añadir "corruptible", ciertamente no se refería a cualquier cuerpo, sino a uno hecho tal por el pecado y la consiguiente venganza,

que el alma se ve agobiada. Aunque no lo hubiera añadido, no deberíamos entender otra cosa. Pero cuando Platón proclama abiertamente que los dioses hechos por el Dios supremo tienen cuerpos inmortales, y hace que el mismo Dios, que los creó, les prometa como un gran beneficio que permanecerán eternamente con sus cuerpos, sin ser disueltos por ninguna muerte: ¿qué es lo que estos pretenden ignorar lo que saben para atacar la fe cristiana; o incluso prefieren contradecirse a sí mismos mientras no dejan de contradecirnos a nosotros? Estas son las palabras de Platón, tal como las tradujo Cicerón al latín, en las que introduce al Dios supremo hablando a los dioses que creó y diciendo: "Vosotros que habéis nacido de la estirpe de los dioses, prestad atención a las obras de las que soy padre y creador. Estas son indisolubles a menos que yo lo quiera: aunque todo lo que está unido puede ser disuelto. Pero no es propio de un buen ser querer disolver lo que está unido por la razón. Pero como habéis nacido, no podéis ser inmortales e indisolubles: sin embargo, no seréis disueltos, ni os destruirán los destinos de la muerte, ni serán más poderosos que mi consejo, que es un vínculo mayor para vuestra perpetuidad que aquellos con los que fuisteis unidos cuando nacisteis". He aquí que Platón dice que los dioses son mortales por la unión del cuerpo y el alma, y sin embargo inmortales por la voluntad y el consejo del Dios que los creó. Si, por tanto, es un castigo para el alma estar unida a cualquier cuerpo, ¿por qué Dios, al hablarles, los tranquiliza sobre su inmortalidad, no por su naturaleza, que es compuesta, no simple, sino por su invencible voluntad, que es capaz de hacer que ni los nacidos mueran, ni los unidos se disuelvan, sino que permanezcan incorruptibles?

2. Y esto, si Platón dice la verdad sobre los astros, es otra cuestión: pues no se le debe conceder inmediatamente que estos globos de luz, brillando sobre la tierra, ya sea de día o de noche, vivan con sus propias almas, y que estas sean intelectuales y bienaventuradas, lo que también afirma con insistencia sobre el universo mismo, como un gran animal en el que se contienen todos los demás animales. Pero esto, como dije, es otra cuestión que no hemos asumido discutir ahora. Solo he creído oportuno recordar esto contra aquellos que se glorían de ser llamados o ser platónicos, cuya soberbia del nombre les hace avergonzarse de ser cristianos, para que el término común con el vulgo no haga vil a los que llevan el manto, tanto más inflados cuanto más exiguo es su número: y buscando qué reprochar en la doctrina cristiana, atacan la eternidad de los cuerpos, como si estas cosas fueran contradictorias, que busquemos la bienaventuranza del alma y queramos que siempre esté en el cuerpo, como si estuviera atada por un vínculo penoso: cuando su autor y maestro Platón dice que es un don del Dios supremo concedido a los dioses hechos por él, que nunca mueran, es decir, que no se separen de los cuerpos a los que los unió.

CAPÍTULO XVII.---Contra aquellos que afirman que los cuerpos terrenales no pueden hacerse incorruptibles y eternos.

1. También sostienen estos que los cuerpos terrenales no pueden ser eternos, cuando no dudan de que la misma tierra, miembro del dios suyo, no el supremo, pero sí grande, es decir, de todo este mundo, está situada en el medio y es eterna. Cuando, por tanto, ese Dios supremo les hizo otro dios que consideran superior a los demás dioses que están debajo de él (Platón en el Timeo), es decir, este mundo, y creen que es un ser animado, con un alma racional o intelectual, como afirman, incluida en tan gran masa de su cuerpo; y que los cuatro elementos, como miembros de su cuerpo, están colocados y dispuestos en sus lugares, y quieren que su unión sea indisoluble y eterna para que su gran dios no muera: ¿qué razón hay para que en el cuerpo del gran ser animado la tierra sea un miembro eterno, y los cuerpos de los demás seres animados terrenales, si Dios lo quiere, no puedan ser eternos? Pero dicen que la tierra debe ser devuelta a la tierra, de donde se tomaron los cuerpos de los animales terrenales: de lo cual, dicen, es necesario que se disuelvan y mueran; y de esa manera se

restituyan a la tierra estable y eterna de donde fueron tomados. Si alguien afirmara lo mismo del fuego, y dijera que los cuerpos que se tomaron de él deben ser devueltos al fuego universal para que se conviertan en animales celestiales; ¿no se vería interrumpida la inmortalidad que Platón prometió a tales dioses, como si hablara el Dios supremo, por la violencia de esta argumentación? ¿O acaso no sucede allí porque Dios no quiere, cuya voluntad, como dice Platón, ninguna fuerza vence? ¿Qué, entonces, impide que Dios pueda hacer esto también con los cuerpos terrenales, ya que Platón confiesa que Dios puede hacer que ni los nacidos mueran, ni los unidos se disuelvan, ni los tomados de los elementos sean devueltos, y que las almas establecidas en los cuerpos nunca los abandonen, y que con ellos disfruten de la inmortalidad y la bienaventuranza eterna? ¿Por qué, entonces, no puede hacer que los cuerpos terrenales no mueran? ¿Acaso Dios no es tan poderoso como creen los cristianos, sino solo hasta donde quieren los platónicos? ¿Acaso los filósofos pudieron conocer el consejo y el poder de Dios, y no pudieron conocerlo los Profetas? cuando más bien al contrario, el Espíritu de Dios enseñó a sus Profetas a anunciar su voluntad, en la medida en que se dignó, mientras que los filósofos fueron engañados por la conjetura humana al conocerla.

2. Sin embargo, no debieron ser engañados hasta tal punto, no solo por ignorancia, sino más aún por obstinación, que se contradigan abiertamente a sí mismos, afirmando con gran fuerza de argumentación que para que el alma sea bienaventurada, no solo el cuerpo terrenal, sino todo cuerpo debe ser evitado; y luego diciendo que los dioses tienen almas bienaventuradas, y sin embargo están ligadas a cuerpos eternos, celestiales de fuego, y que el alma del mismo Júpiter, a quien consideran este mundo, está incluida en todos los elementos corporales, con los que esta gran masa se eleva de la tierra al cielo. Pues Platón opina que esta alma se extiende y difunde desde el centro más íntimo de la tierra, que los geómetras llaman centro, a través de todas sus partes hasta las cumbres y extremos del cielo, por números musicales, para que este mundo sea el animal más grande, bienaventurado y eterno, cuya alma posea la perfecta felicidad de la sabiduría, y no abandone su propio cuerpo; y cuyo cuerpo viva eternamente de ella, y aunque no sea simple, sino compuesto de tantos y tan grandes cuerpos, no pueda embotar ni retardar. Si, por tanto, permiten estas cosas en sus conjeturas, ¿por qué no quieren creer que por la voluntad y el poder divino los cuerpos terrenales pueden hacerse inmortales, en los que las almas, sin ser separadas de ellos por ninguna muerte, ni agobiadas por sus cargas, vivan eternamente y felizmente; lo que afirman que sus dioses pueden hacer en cuerpos de fuego, y el mismo Júpiter, su rey, en todos los elementos corporales? Pues si para que el alma sea bienaventurada, todo cuerpo debe ser evitado, que sus dioses huyan de los globos de las estrellas, que Júpiter huya del cielo y la tierra: o si no pueden, que sean juzgados miserables. Pero estos no quieren ni lo uno ni lo otro, que no se atreven a conceder a sus dioses la separación de los cuerpos, para que no parezca que adoran a mortales; ni la privación de la bienaventuranza, para que no tengan que admitir que son infelices. Por tanto, no todos los cuerpos deben ser evitados para alcanzar la bienaventuranza, sino los corruptibles, molestos, pesados, mortales; no como los hizo la bondad de Dios para los primeros hombres, sino como los hizo la pena del pecado.

CAPÍTULO XVIII.---De los cuerpos terrenales, que los filósofos afirman que no pueden estar en los celestiales; porque lo que es terrenal, por su peso natural, es atraído hacia la tierra.

Pero es necesario, dicen, que los cuerpos terrenales sean mantenidos por su peso natural en la tierra o sean atraídos hacia ella: y por eso no pueden estar en el cielo. Los primeros hombres estaban en la tierra boscosa y fructífera, que obtuvo el nombre de paraíso: pero como también hay que responder a esto, ya sea por el cuerpo de Cristo con el que ascendió al cielo, o por los

cuerpos de los santos que serán en la resurrección, que observen un poco más atentamente los mismos pesos terrenales. Pues si el arte humano logra que de los metales, que cuando se colocan en el agua se hunden inmediatamente, se fabriquen de ciertos modos vasijas que incluso pueden flotar; ¿cuánto más creíble y eficazmente algún modo oculto de operación de Dios, cuya voluntad omnipotente dice Platón que ni los nacidos pueden perecer, ni los unidos pueden disolverse, puede hacer que las masas terrenales no sean hundidas por ningún peso hacia abajo; y que las almas perfectamente bienaventuradas, aunque sean terrenales, coloquen sus cuerpos ya incorruptibles donde quieran, y los muevan adonde quieran, con la mayor facilidad de posición y movimiento? ¿O acaso si los ángeles hacen esto, y llevan cualquier animal terrestre de donde quieran, y lo colocan donde quieran, se debe creer que no pueden hacerlo sin esfuerzo, o que sienten el peso? ¿Por qué, entonces, no hemos de creer que los espíritus perfectos y bienaventurados de los santos, por don divino, pueden llevar sus cuerpos adonde quieran, y colocarlos donde quieran, sin ninguna dificultad? Pues aunque en los cuerpos terrenales, como estamos acostumbrados a sentir los pesos al llevarlos, cuanto mayor es la cantidad, mayor es el peso, de modo que más pesan los cuerpos más grandes que los más pequeños: sin embargo, el alma lleva más fácilmente los miembros de su carne cuando están robustos en salud, que cuando están delgados en enfermedad. Y aunque para otros que los llevan, es más pesado el sano y fuerte que el delgado y enfermo; sin embargo, él mismo es más ágil para mover y llevar su propio cuerpo cuando tiene más masa en buena salud, que cuando tiene menos fuerza en enfermedad o hambre. Tanto vale en tener incluso cuerpos terrenales, aunque aún corruptibles y mortales, no el peso de la cantidad, sino la medida de la proporción. ¿Y quién puede explicar con palabras cuánto difiere entre la presente, que llamamos salud, y la futura inmortalidad? Por tanto, que los filósofos no refuten nuestra fe sobre los pesos de los cuerpos. Pues no quiero preguntar por qué no creen que un cuerpo terrenal pueda estar en el cielo, cuando toda la tierra está equilibrada en la nada. Pues tal vez sobre el mismo lugar medio del mundo, porque en él convergen las cosas más pesadas, también se tenga una argumentación más verosímil. Digo esto: si los dioses menores, a quienes Platón encomendó la creación de los demás animales terrestres, incluso del hombre (en el Timeo), pudieron, como dice, quitar al fuego la cualidad de quemar, dejando la de brillar que emite a través de los ojos (Ibid.); ¿dudaremos en conceder al Dios supremo, a cuya voluntad y poder Platón concedió que las cosas nacidas no mueran, y que las cosas tan diversas y disímiles, es decir, corporales e incorpóreas, unidas entre sí, no puedan ser separadas por ninguna disolución, que de la carne del hombre, a quien concede la inmortalidad, quite la corrupción, deje la naturaleza, mantenga la congruencia de la figura y los miembros, y quite la pesadez del peso? Pero sobre la fe en la resurrección de los muertos, y sobre sus cuerpos inmortales, se debe discutir más diligentemente, si Dios quiere, al final de esta obra.

CAPÍTULO XIX.---Contra las doctrinas de aquellos que no creen que los primeros hombres, si no hubieran pecado, habrían sido inmortales.

Ahora expliquemos lo que hemos establecido sobre los cuerpos de los primeros hombres: porque ni esta muerte, que se considera buena para los buenos, ni solo para unos pocos que la entienden o creen, sino conocida por todos, por la cual se produce la separación del alma del cuerpo, por la cual ciertamente el cuerpo del ser animado, que evidentemente vivía, evidentemente muere, podría haberles sucedido, si no fuera por el mérito del pecado. Pues aunque no se debe dudar de que las almas de los justos y piadosos difuntos vivan en reposo, sin embargo, sería mucho mejor para ellos vivir con sus cuerpos bien dispuestos, de modo que incluso aquellos que consideran que es más bienaventurado estar sin cuerpo, sean refutados por su propia sentencia. Pues nadie se atreverá a anteponer a los hombres sabios, ya

sea que vayan a morir o que ya estén muertos, es decir, que carecen de cuerpos o que van a dejar sus cuerpos, a los dioses inmortales, a quienes el Dios supremo en Platón promete el gran don de la vida indisoluble, es decir, la eterna compañía con sus cuerpos. Pero Platón considera que se actúa óptimamente con los hombres, si han llevado esta vida piadosa y justamente, para que, separados de sus cuerpos, sean recibidos en el seno de esos dioses, que nunca abandonan sus cuerpos (en el Fedón y el Fedro): "Para que, olvidando las cosas superiores, vuelvan a desear regresar a los cuerpos". (Virgilio, Eneida, libro 6, versos 750, 751). Lo cual se alaba que Virgilio dijo según el dogma platónico. Pues Platón considera que las almas de los mortales no pueden estar siempre en sus cuerpos, sino que por la necesidad de la muerte se disuelven; ni pueden durar perpetuamente sin cuerpos, sino que, con alternancia de ciclos, incesantemente se hacen vivos de los muertos, y muertos de los vivos: de modo que los sabios parecen diferir de los demás hombres en que, después de la muerte, son llevados a las estrellas, para que descansen un poco más en el astro que les corresponde, y luego, olvidando su miseria pasada y vencidos por el deseo de tener un cuerpo, regresen a los trabajos y miserias de los mortales; pero aquellos que han llevado una vida necia, sean devueltos de inmediato a los cuerpos que merecen, ya sean de hombres o de bestias (en el Fedro). En esta durísima condición coloca también a las almas buenas y sabias, a las que no se les han asignado tales cuerpos con los que puedan vivir siempre e inmortalmente, de modo que no puedan permanecer en los cuerpos, ni sin ellos puedan durar en eterna pureza. Sobre este dogma platónico ya hemos dicho en libros anteriores (especialmente en el libro 10, cap. 30) que Porfirio se avergonzó en tiempos cristianos, y no solo removió los cuerpos de las bestias de las almas humanas, sino que también quiso que las almas de los sabios se liberaran de los lazos corporales, para que, huyendo de todo cuerpo, fueran mantenidas bienaventuradas con el Padre sin fin. Por tanto, para que no pareciera ser vencido por Cristo, quien promete vida eterna a los santos, él mismo, negando la resurrección de los cuerpos incorruptibles, afirmó que vivirían eternamente sin cuerpos terrenales, sino sin ningún cuerpo en absoluto. Sin embargo, no prohibió con esta opinión que al menos no se sometieran a dioses corporales con el servicio de la religión. ¿Por qué, si no porque no creyó que fueran mejores que ellos, aunque no estuvieran unidas a ningún cuerpo? Por tanto, si no se atreverán, como no creo que se atrevan, a anteponer las almas humanas a los dioses bienaventurados, y sin embargo constituidos en cuerpos eternos; ¿por qué les parece absurdo lo que predica la fe cristiana, que los primeros hombres fueron creados de tal manera que si no hubieran pecado, no habrían sido separados de sus cuerpos por ninguna muerte, sino que por el mérito de la obediencia guardada, habrían sido dotados de inmortalidad, y habrían vivido con ellos eternamente; y que los santos tendrán en la resurrección esos mismos cuerpos en los que aquí trabajaron, de tal manera que ni la carne de ellos pueda sufrir corrupción o dificultad, ni su bienaventuranza pueda sufrir dolor o infelicidad?

CAPÍTULO XX.---Que la carne de los santos, que ahora descansa en esperanza, será restaurada a una mejor calidad que la de los primeros hombres antes del pecado.

Por lo tanto, ahora las almas de los santos difuntos no experimentan una muerte dolorosa al separarse de sus cuerpos, porque su carne descansa en esperanza, aunque parezca haber recibido cualquier tipo de ultraje sin ya tener ningún sentido. No es que, como pensaba Platón, los cuerpos deseen el olvido: más bien, porque recuerdan lo que les ha sido prometido por aquel que no engaña a nadie, quien incluso les dio seguridad sobre la integridad de sus cabellos (Luc. XXI, 18), esperan con deseo y paciencia la resurrección de los cuerpos, en los cuales sufrieron muchas cosas duras, sin sentir nada más de eso en ellos. Pues si no odiaban su carne (Ephes. V, 29) cuando la sometían con derecho espiritual a su mente, que resistía por debilidad, ¿cuánto más la amarán cuando también ella se vuelva espiritual? Porque así como

el espíritu sirviendo a la carne no se llama incongruentemente carnal, así la carne sirviendo al espíritu se llamará correctamente espiritual; no porque se convierta en espíritu, como algunos piensan por lo que está escrito: "Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual" (I Cor. XV, 42), sino porque se someterá al espíritu con una facilidad suprema y maravillosa para obedecer, hasta la voluntad segurísima de inmortalidad indisoluble, despojada de todo sentido de molestia, de toda corruptibilidad y lentitud. No solo no será como es ahora en cualquier estado de salud óptima; sino que tampoco será como fue en los primeros hombres antes del pecado. Aunque no habrían muerto si no hubieran pecado, sin embargo, usaban alimentos como hombres, llevando aún cuerpos terrenales animales, no espirituales. Aunque no envejecieran por la vejez, para ser llevados a la muerte por necesidad (estado que les era otorgado por la maravillosa gracia de Dios del árbol de la vida, que estaba en medio del paraíso junto con el árbol prohibido): sin embargo, tomaban otros alimentos además del único árbol que les estaba prohibido, no porque este fuera malo, sino para encomendar el bien de la obediencia pura y simple, que es una gran virtud de la criatura racional bajo el Creador Señor. Pues donde no se tocaba ningún mal, ciertamente si se tocaba lo prohibido, solo se pecaba por desobediencia. Por lo tanto, se alimentaban de otras cosas que tomaban, para que sus cuerpos animales no sintieran molestia alguna por el hambre y la sed: pero del árbol de la vida se gustaba para que la muerte no se les infiltrara de ninguna manera, o perecieran consumidos por la vejez al transcurrir los tiempos: como si las demás cosas fueran alimento, y aquel un sacramento; para que así se entienda que el árbol de la vida estaba en el paraíso corporal, como en el espiritual, es decir, en el paraíso inteligible, la Sabiduría de Dios, de la cual está escrito: "Es árbol de vida para los que la abrazan" (Prov. III, 18).

CAPÍTULO XXI.---Del paraíso en el que estuvieron los primeros hombres, que correctamente puede entenderse en su significado espiritual, sin perder la verdad de la narración histórica sobre el lugar corporal.

Por lo tanto, algunos refieren todo el mismo paraíso, donde se narra que estuvieron los primeros padres del género humano según la verdad de la Sagrada Escritura, a lo inteligible, y convierten aquellos árboles y árboles frutales en virtudes de vida y costumbres: como si aquellas cosas visibles y corporales no hubieran sido, sino que se dijeron o escribieron de esa manera por causa de significar cosas inteligibles. Como si no pudiera haber sido un paraíso corporal, porque también puede entenderse espiritualmente: como si por eso no hubieran sido dos mujeres, Agar y Sara, y de ellas dos hijos de Abraham, uno de la esclava, otro de la libre, porque el Apóstol dice que en ellas se figuraron dos Testamentos (Galat. IV, 22-24): o por eso de ninguna roca golpeada por Moisés fluyó agua (Exod. XVII, 6; Num. XX, 11), porque allí también puede entenderse figuradamente a Cristo, diciendo el mismo apóstol: "La roca era Cristo" (I Cor. X, 4). Por lo tanto, nadie prohíbe entender el paraíso como la vida de los bienaventurados; sus cuatro ríos, las cuatro virtudes, prudencia, fortaleza, templanza y justicia; y sus árboles, todas las disciplinas útiles; y los frutos de los árboles, las costumbres de los piadosos; y el árbol de la vida, la misma sabiduría madre de todos los bienes; y el árbol del conocimiento del bien y del mal, la experiencia de la transgresión del mandato. Pues Dios estableció bien, porque justamente, el castigo para los pecadores, pero el hombre no lo experimenta para su bien. Estas cosas también pueden entenderse en la Iglesia, para que las aceptemos mejor como indicios proféticos que preceden a lo futuro: a saber, el paraíso como la misma Iglesia, como se lee de ella en el Cantar de los Cantares (Cant. IV, 13): y los cuatro ríos del paraíso, los cuatro Evangelios; los árboles frutales, los santos; y sus frutos, sus obras; el árbol de la vida, el Santo de los santos, ciertamente Cristo; el árbol del conocimiento del bien y del mal, el propio libre albedrío. Pues el hombre no puede usar de sí mismo, despreciando la voluntad divina, sino perniciosamente: y así aprende qué diferencia hay entre

adherirse al bien común de todos, o deleitarse en lo propio. Pues amándose a sí mismo, se le concede a sí mismo, para que lleno de temores y tristezas cante en el Salmo, si al menos siente sus males: "Mi alma está turbada dentro de mí" (Sal. XLI, 7): y corregido ya diga: "Guardaré mi fortaleza para ti" (Sal. LVIII, 10). Estas cosas, y si alguna otra puede decirse más convenientemente sobre entender espiritualmente el paraíso, que se digan sin que nadie lo prohíba: siempre que también se crea la verdad de aquella historia, encomendada por la narración fidelísima de los hechos.

CAPÍTULO XXII.---De los cuerpos de los santos después de la resurrección, que serán espirituales, pero no se convertirán en espíritu.

Por lo tanto, los cuerpos de los justos que estarán en la futura resurrección, no necesitarán de ningún árbol para que no mueran por enfermedad o vejez; ni de otros alimentos corporales para evitar cualquier molestia de hambre o sed: porque se revestirán del don cierto e inviolable de la inmortalidad, de modo que solo si quieren, por posibilidad, no por necesidad, se alimentarán. Lo cual también hicieron los ángeles, apareciendo visiblemente y de manera tangible, no porque lo necesitaran, sino porque querían y podían, para congraciarse con los hombres con cierta humanidad de su ministerio. Pues no se debe creer que los ángeles comieron en un fantasma, cuando los hombres los recibieron como huéspedes (Gen. XVIII, y Tob. XI): aunque a quienes ignoraban que eran ángeles, parecían comer con una necesidad similar a la nuestra. Por eso el ángel dice en el libro de Tobías: "Me veíais comer, pero con vuestra vista, me veíais" (Tob. XII, 19): es decir, pensabais que tomaba alimento por necesidad de reponer el cuerpo, como vosotros lo hacéis. Pero si acaso sobre los ángeles se puede discutir algo más creíble, ciertamente la fe cristiana no duda sobre el mismo Salvador, que incluso después de la resurrección, ya en carne espiritual, pero verdadera, tomó alimento y bebida con los discípulos (Luc. XXIV). No se les quitará a tales cuerpos la potestad de comer y beber, sino la necesidad. Por lo tanto, serán espirituales; no porque dejen de ser cuerpos, sino porque subsistirán por el espíritu vivificante.

CAPÍTULO XXIII.---Qué debe entenderse por cuerpo animal y por cuerpo espiritual: o quiénes mueren en Adán, y quiénes son vivificados en Cristo.

1. Pues así como estos cuerpos, que tienen un alma viviente, aún no un espíritu vivificante, se llaman cuerpos animales; sin embargo, no son almas, sino cuerpos: así aquellos se llaman cuerpos espirituales; pero lejos esté de nosotros creer que serán espíritus, sino cuerpos que tendrán la sustancia de la carne, pero no sufrirán ninguna lentitud ni corrupción carnal por el espíritu vivificante. Entonces ya no será un hombre terrenal, sino celestial: no porque el cuerpo que fue hecho de tierra no será el mismo; sino porque por el don celestial será tal que, habitando incluso en el cielo, convendrá no por la pérdida de su naturaleza, sino por el cambio de su cualidad. El primer hombre de la tierra, terrenal (I Cor. XV, 47), fue hecho en un alma viviente, no en un espíritu vivificante, lo cual se le reservaba por el mérito de la obediencia. Por eso su cuerpo, que necesitaba alimento y bebida para no ser afectado por el hambre y la sed, y no por aquella inmortalidad absoluta e indisoluble, sino por el árbol de la vida, se le prohibía la necesidad de la muerte, y se mantenía en el florecimiento de la juventud, no hay duda de que fue un cuerpo animal: sin embargo, no habría muerto, a menos que hubiera caído en la sentencia de Dios que predijo y amenazó. Y aunque los alimentos no le fueron negados incluso fuera del paraíso, sin embargo, prohibido del árbol de la vida, habría sido entregado al tiempo y a la vejez para ser terminado, en esa vida, que en un cuerpo aunque animal, mientras por el mérito de la obediencia se hiciera espiritual, podría haber tenido perpetua en el paraíso, si no hubiera pecado. Por lo tanto, aunque entendamos esta muerte manifiesta, en la que se produce la separación del alma del cuerpo, como

simultáneamente significada en lo que Dios dijo: "El día que comáis de él, moriréis" (Gen. II, 17); no por eso debe parecer absurdo, porque no fueron liberados del cuerpo precisamente el día en que tomaron el alimento prohibido y mortal. Pues ese día, con la naturaleza cambiada a peor y viciada, y con la separación justísima del árbol de la vida, se hizo en ellos la necesidad de la muerte incluso corporal, con la cual nacimos nosotros por necesidad. Por eso el Apóstol no dijo: "El cuerpo ciertamente morirá por el pecado"; sino que dijo: "El cuerpo ciertamente está muerto por el pecado, pero el espíritu es vida por la justicia. Luego añade: "Si el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos habita en vosotros; el que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que habita en vosotros" (Rom. VIII, 10, 11). Entonces será el cuerpo en espíritu vivificante, lo que ahora es en alma viviente; y sin embargo, el Apóstol lo llama muerto, porque ya está sujeto a la necesidad de morir. Entonces, sin embargo, era en alma viviente, aunque no en espíritu vivificante, de modo que no podía llamarse muerto correctamente; porque a menos que por la perpetración del pecado no podría tener la necesidad de morir. Y cuando Dios, al decir: "Adán, ¿dónde estás?" significó la muerte del alma, que se hizo por su abandono; y al decir: "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Gen. III, 9, 19), significó la muerte del cuerpo, que se produce cuando el alma se va: por eso no se cree que haya dicho nada sobre la segunda muerte, porque quiso que fuera oculta por la dispensación del Nuevo Testamento, donde la segunda muerte se declara muy claramente; para que primero se manifestara esta muerte primera, que es común a todos, que vino de aquel pecado que en uno se hizo común a todos: pero la segunda muerte no es común a todos, por aquellos que son llamados según el propósito, a quienes antes conoció y predestinó, como dice el Apóstol, conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos (Rom. VIII, 28 y 29), a quienes por el Mediador de la gracia de Dios liberó de la segunda muerte.

2. Por lo tanto, el Apóstol habla del primer hombre hecho en cuerpo animal de esta manera. Pues queriendo distinguir de lo espiritual que será en la resurrección, esto que ahora es animal, dice: "Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción; se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder; se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Luego, para probar esto, dice: "Si hay cuerpo animal, hay también espiritual. Y para mostrar qué es el cuerpo animal, dice: "Así está escrito: El primer hombre fue hecho en alma viviente. De esta manera, por lo tanto, quiso mostrar qué es el cuerpo animal, aunque la Escritura no dijo del primer hombre, que es llamado Adán, cuando se le creó el alma por el soplo de Dios, Y el hombre fue hecho en cuerpo animal; sino, El hombre fue hecho en alma viviente (Gen. II, 7). Por lo tanto, en lo que está escrito: "El primer hombre fue hecho en alma viviente", quiso el Apóstol que se entendiera el cuerpo del hombre como animal. Pero mostró cómo debía entenderse lo espiritual al añadir: "El último Adán en espíritu vivificante": sin duda significando a Cristo, que ya resucitó de entre los muertos de tal manera que ya no puede morir en absoluto. Finalmente, sigue y dice: "Pero no es primero lo espiritual, sino lo animal; después, lo espiritual. Donde mucho más claramente declaró que insinuó el cuerpo animal en lo que está escrito, que el primer hombre fue hecho en alma viviente: pero lo espiritual en lo que dice: "El último Adán en espíritu vivificante. Primero es, por lo tanto, el cuerpo animal, como el que tuvo el primer Adán, aunque no habría muerto si no hubiera pecado; como el que ahora tenemos nosotros, hasta el punto de su naturaleza cambiada y viciada, en cuanto se hizo en él, después de que pecó, de donde ya tenía la necesidad de morir; como también Cristo se dignó tener por nosotros al principio, no por necesidad, sino por potestad: pero después espiritual, como ya precedió en Cristo como en nuestra cabeza, seguirá en sus miembros en la última resurrección de los muertos.

3. Luego el Apóstol añade la diferencia más evidente de estos dos hombres, diciendo: "El primer hombre de la tierra, terrenal; el segundo hombre del cielo, celestial. Como el terrenal, tales también los terrenales: como el celestial, tales también los celestiales. Y como llevamos la imagen del terrenal, llevemos también la imagen del que es del cielo" (I Cor. XV, 42-49). Esto el Apóstol lo puso de tal manera que ahora se haga en nosotros según el Sacramento de la regeneración; como dice en otro lugar: "Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido" (Galat. III, 27): pero en realidad se perfeccionará entonces, cuando también en nosotros lo que es animal al nacer, se haga espiritual al resucitar. Pues para usar también sus palabras: "En esperanza fuimos salvados" (Rom. VIII, 24). Llevamos, por lo tanto, la imagen del hombre terrenal por la propagación de la transgresión y la muerte, que nos trajo la generación: pero llevamos la imagen del hombre celestial por la gracia del perdón y la vida perpetua, que nos otorga la regeneración, no sino por el Mediador de Dios y de los hombres, el hombre Jesucristo (I Tim. II, 5): a quien quiere que se entienda como el hombre celestial, porque vino del cielo, para ser vestido con el cuerpo de la mortalidad terrenal, que vestiría con la inmortalidad celestial. Y llama celestiales a los otros, porque se hacen por gracia miembros de él, para que con ellos sea un solo Cristo, como cabeza y cuerpo. Esto en la misma Epístola lo pone más claramente así: "Por un hombre la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados" (I Cor. XV, 21 y 22). Ya ciertamente en cuerpo espiritual, que será en espíritu vivificante. No porque todos los que mueren en Adán serán miembros de Cristo (pues de ellos muchos más serán castigados con la segunda muerte para siempre); sino que se dijo "todos y todos", porque así como nadie muere en cuerpo animal sino en Adán, así nadie es vivificado en cuerpo espiritual sino en Cristo. Por lo tanto, no se debe pensar que en la resurrección tendremos un cuerpo como el que tuvo el primer hombre antes del pecado. Ni aquello que se dijo: "Como el terrenal, tales también los terrenales"; debe entenderse según lo que se hizo por la admisión del pecado. Pues no se debe pensar que antes de pecar, él tuvo un cuerpo espiritual, y por el mérito del pecado se convirtió en animal. Pues para que esto se piense, se atienden poco las palabras de tan gran doctor, que dice: "Si hay cuerpo animal, hay también espiritual; como está escrito, El primer hombre fue hecho en alma viviente. ¿Acaso esto se hizo después del pecado, cuando esta es la primera condición del hombre, de la cual el bienaventurado Apóstol tomó este testimonio de la Ley para mostrar el cuerpo animal?

CAPÍTULO XXIV.---Cómo debe entenderse tanto aquella insuflación, en la que el primer hombre fue hecho en alma viviente; como aquella que el Señor hizo, diciendo: "Recibid el Espíritu Santo".

1. Por lo cual también aquello se ha visto poco considerado por algunos, en lo que se lee: "Dios inspiró en su rostro el espíritu de vida, y el hombre fue hecho en alma viviente" (Gen. II, 7), que no se dio entonces el alma al primer hombre, sino que la que ya estaba en él fue vivificada por el Espíritu Santo. Pues les mueve que el Señor Jesús, después de haber resucitado de entre los muertos, insufló, diciendo a sus discípulos: "Recibid el Espíritu Santo" (Juan XX, 22). De donde piensan que se hizo algo similar a lo que se hizo entonces: como si aquí el Evangelista hubiera dicho: Y fueron hechos en alma viviente. Lo cual si se hubiera dicho, entenderíamos que cierta vida de las almas es el Espíritu de Dios, sin el cual las almas racionales deben considerarse muertas, aunque por su presencia los cuerpos parezcan vivir. Pero no se hizo así cuando el hombre fue creado, lo atestiguan suficientemente las mismas palabras del libro, que se expresan así: "Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra". Lo cual algunos, pensando que debía interpretarse más claramente, dijeron: "Y modeló Dios al hombre del barro de la tierra". Pues anteriormente se había dicho: "Pero un manantial subía

de la tierra, y regaba toda la faz de la tierra" (Gen. II, 7, 6): para que de esto se entendiera el barro, concretado con humedad y tierra. Pues donde esto se dijo, inmediatamente sigue: "Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra": como tienen los códices griegos, de donde esta Escritura fue traducida al idioma latino. Ya sea que se diga "formó" o "modeló", lo que en griego se dice ἔπλασεν, no importa para el caso: sin embargo, más propiamente se dice "modeló". Pero se vio la ambigüedad evitada por aquellos que prefirieron decir "formó", porque en el idioma latino prevaleció más la costumbre de llamar "fingir" a quienes componen algo simulando con mentira. A este hombre formado del polvo de la tierra, o barro (pues era polvo humedecido); a este, digo, para expresarlo más claramente, como la Escritura lo ha dicho, "polvo de la tierra", el Apóstol enseña que fue hecho cuerpo animal, cuando recibió el alma. Y fue hecho este hombre en alma viviente: es decir, este polvo formado fue hecho en alma viviente.

2. Ya, dicen, tenía alma, de lo contrario no se le llamaría hombre: porque el hombre no es solo cuerpo, ni solo alma, sino aquel que consta de alma y cuerpo. Esto es ciertamente verdad, que no todo el hombre, sino la mejor parte del hombre es el alma; ni todo el hombre es cuerpo, sino la parte inferior del hombre es el cuerpo: pero cuando ambos están unidos juntos, tiene el nombre de hombre; lo cual, sin embargo, no pierden cada uno por separado, incluso cuando hablamos de cada uno. ¿Quién, en efecto, está prohibido de decir por una cierta ley cotidiana del lenguaje, Aquel hombre ha muerto, y ahora está en descanso o en penas; cuando esto solo puede decirse del alma: y, En tal o cual lugar aquel hombre ha sido sepultado; cuando esto no puede entenderse sino solo del cuerpo? ¿O dirán que la Escritura no suele hablar así? Al contrario, ella nos atestigua esto, que incluso cuando estas dos cosas están unidas y el hombre vive, sin embargo, también llama a cada una con el nombre de hombre; llamando al alma el hombre interior, y al cuerpo el hombre exterior (II Cor. IV, 16), como si fueran dos hombres, cuando juntos ambos son un solo hombre. Pero debe entenderse, según qué se dice que el hombre es a imagen de Dios, y el hombre es tierra y va a la tierra. Pues aquello se dice según el alma racional, tal como Dios insuflando, o, si se dice más convenientemente, inspirando, infundió al hombre, es decir, al cuerpo del hombre: pero esto según el cuerpo, tal como Dios formó al hombre del polvo, al cual se le dio alma, para que se hiciera cuerpo animal, es decir, hombre en alma viviente.

3. Por lo tanto, en lo que el Señor hizo, cuando insufló diciendo, Recibid el Espíritu Santo, sin duda quiso que se entendiera que el Espíritu Santo no solo es del Padre, sino también del Espíritu del Unigénito mismo. Pues el mismo Espíritu es del Padre y del Hijo, con quien es Trinidad el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no criatura, sino Creador. Pues aquel aliento corporal que sale de la boca de la carne no era la sustancia ni la naturaleza del Espíritu Santo, sino más bien una significación, para que entendiéramos, como dije, que el Espíritu Santo es común al Padre y al Hijo: porque no son para ellos cada uno por separado, sino uno para ambos. Sin embargo, este Espíritu en las Escrituras santas se llama con la palabra griega πνεῦμα, como también en este lugar el Señor lo llamó, cuando significándolo con el aliento de su boca corporal, lo dio a sus discípulos: y en todos los lugares de las palabras divinas no me ha ocurrido que se le llame de otra manera. Pero aquí, donde se lee, Y formó Dios al hombre del polvo de la tierra, e insufló, o inspiró en su rostro el espíritu de vida; no dice el griego πνεῦμα, que suele decirse Espíritu Santo, sino πνοήν: nombre que se lee más frecuentemente en la criatura que en el Creador: por lo cual algunos latinos, para diferenciar, han preferido llamar a este vocablo no espíritu, sino aliento. Pues esto es en griego también en aquel lugar de Isaías, donde Dios dice, Yo hice todo aliento (Isai. LVII, 16, según LXX), significando sin duda toda alma. Lo que en griego se dice πνοή, nuestros traductores a veces lo han interpretado como aliento, a veces como espíritu, a veces como inspiración, o

aspiración, incluso cuando se dice de Dios: πνεῦμα, sin embargo, nunca sino como espíritu; ya sea del hombre, de quien dice el Apóstol, ¿Quién conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? (I Cor. II, 11); o del animal, como está escrito en el libro de Salomón, ¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube hacia el cielo, y el espíritu del animal desciende hacia la tierra? (Eccle. III, 21); o este corporal, que también se llama viento: pues este es su nombre, donde en el Salmo se canta, Fuego, granizo, nieve, hielo, espíritu de tempestad (Psal. CXLVIII, 8): o ya no creado, sino Creador, como es de quien dice el Señor en el Evangelio, Recibid el Espíritu Santo; significándolo con el aliento de su boca corporal. Y donde dice, Id, bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Matth. XXVIII, 19): donde la misma Trinidad es excelentemente y evidentemente recomendada. Y donde se lee, Dios es espíritu (Joan. IV, 24). Y en muchos otros lugares de las Sagradas Escrituras. En todos estos testimonios de las Escrituras, en cuanto a los griegos se refiere, no vemos que esté escrito πνοήν, sino πνεῦμα: en cuanto a los latinos, no aliento, sino espíritu. Por lo tanto, en lo que está escrito, Inspiró, o, si más propiamente se debe decir, Insufló en su rostro el espíritu de vida; si el griego no hubiera puesto πνοήν, como allí se lee, sino πνεῦμα, ni así sería consecuente que nos viéramos obligados a entender al Espíritu Creador, que propiamente se dice en la Trinidad Espíritu Santo: puesto que πνεῦμα, como se ha dicho, no solo se dice del Creador, sino también de la criatura.

4. Pero cuando dijo, espíritu, no añadiría de vida, a menos que quisiera que allí se entendiera el Espíritu Santo: y cuando dijo, Fue hecho el hombre en alma, no añadiría viviente, a menos que significara la vida del alma, que le es impartida divinamente por el don del Espíritu de Dios. Pues cuando el alma vive, dicen, en su propio modo de vida, ¿qué necesidad había de añadir viviente, a menos que se entendiera aquella vida que le es dada por el Espíritu Santo? ¿Qué es esto sino contender diligentemente por una sospecha humana, y atender negligentemente a las Sagradas Escrituras? Pues ¿qué gran cosa era no ir más lejos, sino en el mismo libro un poco más arriba leer, Produzca la tierra alma viviente (Gen. I, 24); cuando todos los animales terrestres fueron creados? Luego, interponiendo algunas cosas, en el mismo libro, ¿qué gran cosa era advertir lo que está escrito, Y todo lo que tiene espíritu de vida, y todo el que estaba sobre la tierra seca, murió (Id. VII, 22); cuando insinuaba que todo lo que vivía en la tierra pereció en el diluvio? Si, por lo tanto, encontramos alma viviente y espíritu de vida incluso en los animales, como la Escritura divina suele hablar; y cuando también en este lugar, donde se lee, Todo lo que tiene espíritu de vida, el griego no dijo πνεῦμα, sino πνοήν: ¿por qué no decimos, ¿Qué necesidad había de añadir viviente, cuando el alma no puede ser sin vivir? o, ¿Qué necesidad había de añadir de vida, cuando dijo espíritu? Pero entendemos que espíritu de vida y alma viviente la Escritura lo dijo a su manera, cuando quería que se entendieran los animales, es decir, cuerpos animados, en los cuales estuviera presente por el alma este sentido también claro del cuerpo. En la condición del hombre, sin embargo, olvidamos cómo suele hablar la Escritura, cuando habló completamente a su manera: para insinuar que el hombre, incluso habiendo recibido un alma racional, que no como las de otras carnes producidas por las aguas y la tierra, sino creada por el soplo de Dios, quiso que se entendiera; así, sin embargo, hecho, que en un cuerpo animal, que se hace alma viviente en él, viviera como aquellos animales, de los cuales dijo, Produzca la tierra alma viviente: y que también dice que tenían en sí espíritu de vida; donde incluso en griego no dijo πνεῦμα, sino πνοήν: no ciertamente el Espíritu Santo, sino expresando su alma con tal nombre.

5. Pero el aliento de Dios, dicen, se entiende que sale de la boca de Dios, que si creemos que es alma, será consecuente que confesemos que es de la misma sustancia, y igual a aquella

Sabiduría, que dice, Yo salí de la boca del Altísimo (Eccli. XXIV, 5). No dijo ciertamente la Sabiduría que fue soplada por la boca de Dios, sino que salió de su boca. Así como nosotros podemos, no de nuestra naturaleza como hombres, sino de este aire circundante, que respirando y exhalando tomamos y devolvemos, hacer un aliento cuando soplamos: así el Dios omnipotente, no de su naturaleza, ni de la criatura subyacente, sino también de la nada pudo hacer un aliento, que al insertarlo en el cuerpo del hombre se dice convenientemente que lo inspiró o insufló, incorpóreo al incorpóreo, pero inmutable al mutable; porque no creado al creado. Sin embargo, para que sepan estos, que quieren hablar de las Escrituras, y no advierten las locuciones de las Escrituras, no solo se dice que sale de la boca de Dios aquello que es igual y de la misma naturaleza, escuchen, o lean lo que está escrito diciendo Dios: Porque eres tibio, y ni frío ni caliente, comenzaré a vomitarte de mi boca (Apoc. III, 16).

6. Por lo tanto, no hay causa para que resistamos al Apóstol que habla clarísimamente, donde discerniendo el cuerpo espiritual del cuerpo animal, es decir, de aquel en el que seremos, de este en el que ahora estamos, dice: Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual: si hay cuerpo animal, hay también espiritual, como está escrito, Fue hecho el primer hombre Adán en alma viviente, el último Adán en espíritu vivificante. Pero no primero lo que es espiritual, sino lo que es animal; después, lo que es espiritual. El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial. Cual terreno, tales también los terrenos: cual celestial, tales también los celestiales. Y como hemos llevado la imagen del terreno, llevemos también la imagen de aquel que es del cielo (I Cor. XV, 44-49). De todas estas palabras apostólicas hemos hablado anteriormente. Por lo tanto, el cuerpo animal, en el que el Apóstol dice que fue hecho el primer hombre Adán, fue hecho así, no para que no pudiera morir en absoluto; sino para que no muriera, a menos que el hombre pecara. Pues aquello que será espiritual por el espíritu vivificante e inmortal, no podrá morir en absoluto. Así como el alma fue creada inmortal, que aunque se dice muerta por el pecado careciendo de cierta vida suya, esto es, del Espíritu de Dios, por el cual también podía vivir sabiamente y felizmente: sin embargo, no deja de vivir con una cierta vida suya, aunque miserable; porque fue creada inmortal. Así también los ángeles desertores, aunque de cierto modo están muertos por el pecado; porque abandonaron la fuente de vida, que es Dios, bebiendo de la cual podían vivir sabiamente y felizmente: sin embargo, no pudieron morir de tal manera que dejaran de vivir y sentir en absoluto; porque fueron creados inmortales: y así serán precipitados en la segunda muerte después del último juicio, de tal manera que tampoco allí carecerán de vida; puesto que tampoco carecerán de sentido, cuando estarán en dolores. Pero los hombres pertenecientes a la gracia de Dios, ciudadanos de los santos ángeles que permanecen en la vida bienaventurada, serán revestidos de cuerpos espirituales de tal manera que ni pecarán más, ni morirán: sin embargo, vestidos con aquella inmortalidad, que, como la de los ángeles, no podrá ser quitada por el pecado; permaneciendo ciertamente la naturaleza de la carne, pero sin que quede ninguna corrupción o lentitud carnal en absoluto.

7. Sin embargo, sigue una cuestión que necesariamente debe ser tratada, y resuelta con la ayuda del Señor Dios de la verdad. Si la libido de los miembros desobedientes surgió del pecado de desobediencia en aquellos primeros hombres, cuando la gracia divina los había abandonado, de donde abrieron los ojos a su desnudez, es decir, la advirtieron más curiosamente, y porque el movimiento impúdico resistía al arbitrio de la voluntad, cubrieron las partes vergonzosas: ¿cómo habrían de procrear hijos, si hubieran permanecido como fueron creados, sin transgresión? Pero como este libro también debe cerrarse, y una cuestión tan grande no debe comprimirse en la estrechez del discurso, se diferirá a una disposición más conveniente en el que sigue.

LIBRO DECIMOCUARTO. Nuevamente sobre el pecado del primer hombre, del cual enseña Agustín que fluyó la causa de la vida carnal y de los afectos viciosos: pero especialmente muestra que el mal de la libido vergonzosa es un castigo recíproco de la desobediencia, e investiga cómo, si el hombre no hubiera pecado, habría procreado hijos sin libido.

CAPÍTULO PRIMERO.---Por la desobediencia del primer hombre, todos habrían caído en la perpetuidad de la segunda muerte, si la gracia de Dios no liberara a muchos.

Ya hemos dicho en los libros anteriores que Dios quiso instituir a los hombres de un solo hombre, no solo para ser unidos por la semejanza de la naturaleza, sino también por una cierta necesidad de parentesco en una unidad concordante unida por el vínculo de la paz: y que este género no habría de morir en cada uno de ellos, si los dos primeros, de los cuales uno fue creado de ninguno, la otra de él, no lo hubieran merecido por desobediencia: por quienes se cometió un pecado tan grande, que la naturaleza humana fue cambiada a peor por ello, transmitida incluso a los descendientes por la obligación del pecado y la necesidad de la muerte. El reino de la muerte, sin embargo, dominó sobre los hombres hasta tal punto que a todos los precipitaba en la segunda muerte, de la cual no hay fin, como castigo debido, a menos que de allí algunos fueran liberados por la gracia indebida de Dios. Y por lo tanto, sucedió que aunque tantas y tan grandes naciones viven en el mundo con diversos ritos y costumbres, distinguidas por la múltiple variedad de lenguas, armas, vestimentas; no obstante, no existen más que dos ciertos géneros de sociedad humana, que según nuestras Escrituras podemos llamar con razón dos ciudades. Una es, en efecto, de hombres que quieren vivir según la carne, la otra según el espíritu; y cuando logran lo que desean, viven en la paz de su propio género.

CAPÍTULO II.---Sobre la vida carnal, que debe entenderse no solo del cuerpo, sino también de los vicios del alma.

1. Por lo tanto, primero debe verse qué es vivir según la carne, qué es vivir según el espíritu. Pues quienquiera que mire esto que hemos dicho a primera vista, o no recordando, o menos advirtiendo cómo hablan las Sagradas Escrituras, puede pensar que los filósofos epicúreos viven según la carne, porque colocaron el sumo bien del hombre en el placer del cuerpo; y si hay otros que de alguna manera opinan que el bien del cuerpo es el sumo bien del hombre; y toda la multitud de ellos, que no filosofan con algún dogma, sino que inclinados a la libido, no saben alegrarse sino de los placeres que captan con los sentidos corporales: pero los estoicos, que colocan el sumo bien del hombre en el alma, viven según el espíritu; porque ¿qué es el alma del hombre, sino espíritu? Pero como habla la Escritura divina, ambos se muestran viviendo según la carne. Pues llama carne, no solo al cuerpo del animal terrenal y mortal: como cuando dice, No toda carne es la misma carne; sino una ciertamente del hombre, otra carne de bestia, otra de aves, otra de peces (I Cor. XV, 39): sino que usa de muchas maneras la significación de este nombre, entre las cuales a menudo también llama carne al mismo hombre, es decir, a la naturaleza del hombre, modo de locución por la parte el todo, como es, Por las obras de la ley no se justificará toda carne (Rom. III, 20). ¿Qué quiso entender, sino todo hombre? Lo cual más claramente poco después dice, En la ley nadie se justifica (Galat. III, 11): y a los Gálatas, Sabiendo que no se justifica el hombre por las obras de la ley (Id. II, 16). Según esto se entiende, Y el Verbo se hizo carne (Joan. I, 14): es decir, hombre. Lo cual no entendiendo correctamente algunos, pensaron que a Cristo le faltaba alma humana. Pues así como por el todo se toma la parte, donde se leen las palabras de María Magdalena en el Evangelio diciendo, Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto (Id. XX, 13); cuando hablaba solo de la carne de Cristo, que sepultada pensaba que había sido

llevada: así también por la parte se entiende el todo, nombrada la carne se entiende el hombre; como son aquellas que hemos mencionado arriba.

2. Por lo tanto, cuando en muchos modos, que sería largo investigar y recoger, la Escritura divina llama carne: para que podamos indagar qué es vivir según la carne (lo cual ciertamente es malo, cuando la misma naturaleza de la carne no es mala) miremos diligentemente aquel lugar de la Epístola del apóstol Pablo, que escribió a los Gálatas, donde dice, Manifiestas son las obras de la carne, que son adulterios, fornicaciones, inmundicias, lujurias, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios (Galat. V, 19-21). Todo este lugar de la Epístola apostólica, considerado en cuanto a la presente cuestión, podrá resolver esta cuestión, qué es vivir según la carne. Pues en las obras de la carne, que dijo que son manifiestas, y condenó al enumerarlas, no solo encontramos aquellas que pertenecen al placer de la carne, como son las fornicaciones, inmundicias, lujurias, borracheras, orgías; sino también aquellas por las cuales se demuestran los vicios del alma ajenos al placer de la carne. ¿Quién no entenderá que la idolatría o el error de alguna herejía son vicios del alma más que de la carne? Pues puede suceder que por la idolatría o el error de alguna herejía se abstenga de los placeres de la carne: y sin embargo, incluso entonces el hombre, aunque parezca contener y cohibir las libidines de la carne, se demuestra vivir según la carne por esta autoridad apostólica; y en lo que se abstiene de los placeres de la carne, se demuestra que realiza obras condenables de la carne. ¿Quién no tiene enemistades en el alma? ¿O quién habla de tal manera que diga a su enemigo, o a quien considera enemigo, Tienes mala carne, y no más bien, Tienes mal ánimo contra mí? Finalmente, así como carnalidades, por así decirlo, si alguien las oyera, no dudaría en atribuirlas a la carne; así nadie duda que las animosidades pertenecen al alma: ¿por qué entonces el Doctor de los Gentiles en fe y verdad llama a todas estas cosas y a cosas semejantes obras de la carne, sino porque por ese modo de locución, en el que se significa el todo por la parte, quiere que se entienda al mismo hombre con el nombre de carne?

CAPÍTULO III.---La causa del pecado provino del alma, no de la carne, y la corrupción contraída del pecado no es pecado, sino castigo.

1. Si alguien dice que la carne es la causa de los malos hábitos de cualquier vicio, porque el alma, afectada por la carne, vive de esa manera, ciertamente no ha considerado diligentemente toda la naturaleza humana. Pues el cuerpo corruptible pesa sobre el alma (Sab. IX, 15). De ahí que el mismo apóstol, al hablar de este cuerpo corruptible, del cual había dicho poco antes: "Aunque nuestro hombre exterior se va desmoronando" (II Cor. IV, 16), dice: "Sabemos que si nuestra morada terrenal, esta tienda, se deshace, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos. Y en esto gemimos, deseando ser revestidos de nuestra morada celestial, si es que, al ser revestidos, no seamos hallados desnudos. Porque los que estamos en esta tienda gemimos, cargados, no porque queramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida" (II Cor. V, 1-4). Y así, somos cargados por el cuerpo corruptible, y conociendo que la causa de esta carga no es la naturaleza y sustancia del cuerpo, sino su corrupción, no deseamos ser despojados del cuerpo, sino revestidos de su inmortalidad. Y entonces será, pero como no será corruptible, no pesará. Así que ahora el cuerpo corruptible pesa sobre el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). Sin embargo, aquellos que piensan que todos los males del alma provienen del cuerpo están en error.

2. Aunque Virgilio parece explicar con versos brillantes la sentencia platónica, diciendo: "El vigor es ígneo en ellos y de origen celestial en sus semillas, tanto como los cuerpos nocivos no los retrasan, y los miembros terrenales y mortales los embotan"; y queriendo que se entienda que todas esas conocidas cuatro perturbaciones del alma, el deseo, el temor, la alegría, la tristeza, como orígenes de todos los pecados y vicios, provienen del cuerpo, añade y dice: "De aquí temen y desean, sufren y se alegran, y no miran al aire, encerrados en tinieblas y en una prisión ciega" (Eneida, libro 6, versos 730-734); sin embargo, nuestra fe se comporta de otra manera. Pues la corrupción del cuerpo, que pesa sobre el alma, no es la causa del primer pecado, sino su castigo; y no es la carne corruptible la que hace al alma pecadora, sino el alma pecadora la que hizo corruptible a la carne. De esta corrupción de la carne pueden surgir ciertos incentivos de vicios, y los mismos deseos viciosos: sin embargo, no todos los vicios de una vida iniqua deben atribuirse a la carne, para no exonerar de todos ellos al diablo, que no tiene carne. Aunque el diablo no puede ser llamado fornicador o borracho, o cualquier otro mal que pertenezca a los placeres de la carne, siendo también el instigador oculto de tales pecados: es, sin embargo, sumamente orgulloso y envidioso. Este vicio lo ha dominado de tal manera que por él fue destinado al eterno castigo en las cárceles de este aire tenebroso. Estos vicios que tienen el principado en el diablo, el Apóstol los atribuye a la carne, que ciertamente el diablo no tiene. Pues dice que las enemistades, contiendas, celos, iras, envidias, son obras de la carne (Gál. V, 20-21): de todos estos males, la cabeza y origen es el orgullo, que reina sin carne en el diablo. ¿Quién es más enemigo de los santos que él? ¿Quién se encuentra más contencioso, animoso y envidioso contra ellos? Y teniendo todo esto sin carne, ¿cómo son estas obras de la carne, sino porque son obras del hombre, a quien, como dije, llama con el nombre de carne? No por tener carne, que el diablo no tiene; sino por vivir según sí mismo, es decir, según el hombre, el hombre se ha hecho semejante al diablo: porque también él quiso vivir según sí mismo, cuando no permaneció en la verdad; para no hablar de Dios, sino de lo suyo, la mentira, que no solo es mentiroso, sino también padre de la mentira (Juan VIII, 44). Pues él fue el primero en mentir, y de quien el pecado, de él comenzó la mentira.

CAPÍTULO IV.---Qué significa vivir según el hombre, y qué significa vivir según Dios.

1. Cuando, por tanto, el hombre vive según el hombre, no según Dios, es semejante al diablo. Porque ni al ángel le fue dado vivir según el ángel, sino según Dios, para que permaneciera en la verdad, y hablara la verdad de él, no de su mentira. Pues también del hombre en otro lugar el mismo apóstol dice: "Si la verdad de Dios abundó en mi mentira" (Rom. III, 7). Dijo mi mentira, la verdad de Dios. Por tanto, cuando el hombre vive según la verdad, no vive según sí mismo, sino según Dios. Porque Dios es quien dijo: "Yo soy la verdad" (Juan XIV, 6). Pero cuando vive según sí mismo, es decir, según el hombre, no según Dios, ciertamente vive según la mentira: no porque el hombre mismo sea mentira, siendo su autor y creador Dios, que no es ciertamente autor y creador de la mentira; sino porque el hombre fue hecho recto, para que no viviera según sí mismo, sino según aquel por quien fue hecho; es decir, que hiciera su voluntad más que la suya propia: pero no vivir así, como fue hecho para vivir, es mentira. Pues quiere ser feliz, incluso no viviendo de tal manera que pueda serlo. ¿Qué es más mentiroso que esta voluntad? Por lo cual no en vano se puede decir que todo pecado es mentira. Pues no se comete pecado, sino con esa voluntad, con la que queremos que nos vaya bien, o no queremos que nos vaya mal. Por tanto, es mentira, que cuando se hace para que nos vaya bien, de ahí nos va mal; o cuando se hace para que nos vaya mejor, de ahí nos va peor. ¿De dónde esto, sino porque de Dios puede irle bien al hombre, a quien abandona pecando; no de sí mismo, según quien viviendo peca?

2. Lo que hemos dicho, que de aquí surgieron dos ciudades diferentes y contrarias entre sí, porque unos vivían según la carne, otros según el espíritu; también puede decirse de esta manera que unos viven según el hombre, otros según Dios. Pues Pablo dice clarísimamente a los Corintios: "Porque habiendo entre vosotros envidia y contienda, ¿no sois carnales, y andáis según el hombre?" (I Cor. III, 3). Lo que es andar según el hombre, es ser carnal; lo que se entiende por carne, es decir, por parte del hombre, se entiende el hombre. Pues a los mismos los llamó antes animales, y después carnales, hablando así: "¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también las cosas de Dios, nadie las sabe sino el Espíritu de Dios. Pero nosotros, dice, no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado; lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino enseñadas por el Espíritu, comparando lo espiritual con lo espiritual. Pero el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios: porque para él son locura" (I Cor. II, 11-14). A tales, es decir, a los animales, poco después dice: "Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales" (Id. III, 1). Y eso se entiende de la misma manera de hablar, es decir, por parte del todo. Y por el alma, y por la carne, que son partes del hombre, se puede significar el todo, que es el hombre; y así no es otro el hombre animal, otro el carnal; sino que es lo mismo, es decir, el hombre que vive según el hombre. Como no se significan otros que hombres, ya sea donde se lee: "Por las obras de la ley no se justificará toda carne" (Rom. III, 20); o lo que está escrito: "Setenta y cinco almas descendieron con Jacob a Egipto" (Gen. XLVI, 27). Y allí por toda carne se entiende todo hombre, y allí por setenta y cinco almas se entienden setenta y cinco hombres. Y lo que se dijo: "No en palabras enseñadas por sabiduría humana", pudo decirse: No en sabiduría carnal: como lo que se dijo: "Andáis según el hombre"; pudo decirse: Según la carne. Pero esto se hizo más claro en lo que añadió: "Porque cuando uno dice: Yo soy de Pablo; y otro: Yo de Apolo; ¿no sois hombres?" (I Cor. III, 4). Lo que decía: "Sois animales", y, "Sois carnales"; lo dijo más expresamente: "Sois hombres": lo que es, Vivís según el hombre, no según Dios; según quien si vivierais, seríais dioses.

CAPÍTULO V.---Que la opinión de los platónicos sobre la naturaleza del cuerpo y del alma es más tolerable que la de los maniqueos; pero también ellos son reprobados, porque atribuyen las causas de los vicios a la naturaleza de la carne.

No es necesario, por tanto, en nuestros pecados y vicios, acusar la naturaleza de la carne para injuria del Creador, que en su género y orden es buena: sino que, abandonando al Creador bueno, vivir según el bien creado, no es bueno; ya sea que alguien elija vivir según la carne, o según el alma, o según todo el hombre, que consta de alma y carne (por lo cual puede significarse tanto por el nombre del alma sola, como por el nombre de la carne sola). Pues quien alaba como el sumo bien la naturaleza del alma, y acusa como mal la naturaleza de la carne, ciertamente desea el alma carnalmente, y huye de la carne carnalmente: porque lo siente por vanidad humana, no por verdad divina. No es que los platónicos, como los maniqueos, deliren, detestando la naturaleza de los cuerpos terrenales como si fueran malos; ya que atribuyen las cualidades de todos los elementos, con los que está compuesto este mundo visible y tangible, al artífice Dios. Sin embargo, opinan que las almas son afectadas de tal manera por los miembros terrenales y mortales, que de ahí provienen para ellas las enfermedades de los deseos y temores, alegrías o tristezas: en las cuales cuatro perturbaciones, como las llama Cicerón (Tuscul. quaest. lib. 4, cap.), o pasiones, como muchos, expresan el término griego, se contiene toda la viciosidad de los hábitos humanos. Pero si es así, ¿qué es lo que Eneas en Virgilio, cuando escuchó de su padre en el inframundo que las almas volverían de nuevo a los cuerpos, se maravilla de esta opinión, exclamando:

"Oh padre, ¿se ha de pensar que algunas almas sublimes van de aquí al cielo, y vuelven de nuevo a los cuerpos lentos? ¿Qué deseo tan terrible de la luz para los miserables?" (Eneida, libro 6, versos 719-721). ¿Acaso este deseo tan terrible aún está en la pureza tan alabada de las almas, proveniente de los miembros terrenales y mortales? ¿No las afirma estar purgadas de todas estas pestes corporales, como dice, cuando de nuevo comienzan a querer volver a los cuerpos? De donde se concluye, incluso si fuera así, lo cual es completamente vanísimo, que la purificación y contaminación alternante e incesante de las almas que van y vienen, no pudo decirse verdaderamente que todos los movimientos culpables y viciosos de las almas les sobrevienen de los cuerpos terrenales: ya que según ellos, ese deseo tan terrible no es del cuerpo, sino que, purgada de toda peste corporal y establecida fuera de todo cuerpo, impulsa a la misma a estar en el cuerpo. Por lo cual, incluso admitiéndolo ellos, no solo por la carne se afecta el alma, para desear, temer, alegrarse, entristecerse; sino que también por sí misma puede ser agitada por estos movimientos.

CAPÍTULO VI.---Sobre la calidad de la voluntad humana, bajo cuyo juicio las afecciones del alma se consideran malas o rectas.

Sin embargo, importa cuál sea la voluntad del hombre: porque si es perversa, tendrá estos movimientos perversos; pero si es recta, no solo serán inculpables, sino también laudables. Pues en todos está la voluntad: más bien, todos no son otra cosa que voluntades. Porque, ¿qué es el deseo y la alegría, sino la voluntad en consentimiento con lo que queremos? y ¿qué es el miedo y la tristeza, sino la voluntad en disenso de lo que no queremos? Pero cuando consentimos deseando lo que queremos, se llama deseo; y cuando consentimos disfrutando de lo que queremos, se llama alegría. Asimismo, cuando disentimos de lo que no queremos que suceda, tal voluntad es miedo; y cuando disentimos de lo que sucede a los que no quieren, tal voluntad es tristeza. Y completamente por la variedad de las cosas que se desean y se evitan, así como se atrae o se ofende la voluntad del hombre, así se transforma y se convierte en estos o aquellos afectos. Por lo tanto, el hombre que vive según Dios, no según el hombre, debe ser amante del bien: de donde se sigue que odie el mal. Y puesto que nadie es malo por naturaleza, sino que quien es malo, lo es por vicio: debe tener odio perfecto (Sal. CXXXVIII, 22) hacia los malos, quien vive según Dios; para que no odie al hombre por el vicio, ni ame el vicio por el hombre; sino que odie el vicio, ame al hombre. Pues sanado el vicio, quedará todo lo que debe amar, y nada que deba odiar.

CAPÍTULO VII.---Que el amor y la dilección se encuentran indistintamente en el bien y en el mal en las Sagradas Escrituras.

1. Pues quien tiene el propósito de amar a Dios, y no amar al prójimo según el hombre, sino según Dios, como también a sí mismo; sin duda por este amor se dice de buena voluntad, que más comúnmente en las Sagradas Escrituras se llama caridad: pero también se dice amor según las mismas Sagradas Escrituras. Pues el Apóstol dice que debe ser amante del bien, a quien ordenó elegir para gobernar al pueblo (I Tim. III, 1-10). Y el mismo Señor, preguntando al apóstol Pedro, cuando dijo: "¿Me amas más que estos?", él respondió: "Señor, tú sabes que te amo". Y de nuevo el Señor preguntó, no si lo amaba, sino si lo amaba Pedro: y él respondió de nuevo: "Señor, tú sabes que te amo". Pero en la tercera pregunta, el mismo Señor no dijo: "¿Me amas?", sino: "¿Me amas?" donde el Evangelista añadió: "Pedro se entristeció porque le dijo por tercera vez: ¿Me amas?", cuando el Señor no dijo por tercera vez: "¿Me amas?", sino una vez: "¿Me amas?", y dos veces dijo: "¿Me amas?". De donde entendemos que incluso cuando el Señor decía: "¿Me amas?", no decía otra cosa que: "¿Me amas?". Pero Pedro no cambió la palabra de esta única cosa, sino que también por tercera vez dijo: "Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo" (Juan XXI, 15-17).

2. Esto lo consideré necesario recordar, porque algunos piensan que la dilección o caridad es una cosa, y el amor otra. Dicen que la dilección debe entenderse en el bien, y el amor en el mal. Sin embargo, es certísimo que ni los autores de las letras seculares han hablado así. Pero que los filósofos vean si o de qué manera distinguen esto. Sin embargo, sus libros hablan suficientemente de que valoran el amor en las cosas buenas y hacia el mismo Dios. Pero las Escrituras de nuestra religión, cuya autoridad anteponemos a todas las demás letras, no dicen que el amor sea una cosa, y la dilección o caridad otra, era necesario insinuarlo. Pues ya hemos mostrado que el amor se dice en el bien. Pero para que nadie piense que el amor se dice tanto en el bien como en el mal, y la dilección solo en el bien, que atienda a lo que está escrito en el Salmo: "Pero el que ama la iniquidad, odia su alma" (Sal. X, 6). Y aquello del apóstol Juan: "Si alguno ama al mundo, no está en él la dilección del Padre" (1 Juan II, 15). He aquí en un solo lugar la dilección se dice tanto en el bien como en el mal. Pero para que nadie exija el amor en el mal (porque en el bien ya lo hemos mostrado), lea lo que está escrito: "Porque habrá hombres amadores de sí mismos, amadores del dinero" (II Tim. III, 2). Por tanto, la voluntad recta es buen amor, y la voluntad perversa mal amor. El amor, entonces, deseando tener lo que se ama, es deseo; y teniéndolo y disfrutándolo, es alegría: huyendo de lo que le es adverso, es temor: y si lo siente cuando sucede, es tristeza. Por tanto, estas cosas son malas, si el amor es malo; buenas, si es bueno. Lo que decimos, probémoslo con las Escrituras. El Apóstol desea disolverse y estar con Cristo (Filip. 1. 23): y, "Mi alma ha deseado desear tus juicios"; o si se dice más adecuadamente, "Mi alma ha deseado concupiscentemente tus juicios" (Sal. CXVIII, 20); y, "La concupiscencia de la sabiduría conduce al reino" (Sab. VI, 21). Sin embargo, ha prevalecido la costumbre de hablar, que si se dice deseo o concupiscencia, y no se añade de qué cosa es, no puede entenderse sino en el mal. La alegría está en el bien, "Alegraos en el Señor, y exultad justos" (Sal. XXXI, 11): y, "Has dado alegría en mi corazón" (Sal. IV, 7): y, "Me llenarás de alegría con tu rostro" (Sal. XV, 11). El temor está en el bien en el Apóstol, donde dice: "Con temor y temblor trabajad vuestra propia salvación" (Filip. II, 12): y, "No seas altivo, sino teme" (Rom. XI, 20): y, "Pero temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestras mentes sean corrompidas de la castidad que es en Cristo" (II Cor. XI, 3). Sobre la tristeza, que Cicerón llama más bien aflicción (Tuscul. quaest. lib. 3, cap. 10 sqq. y en otros lugares) y Virgilio dolor, donde dice, "Sufren y se alegran," (pero por eso preferí decir tristeza, porque aflicción o dolor se dice más comúnmente en los cuerpos), es una cuestión más escrupulosa si puede encontrarse en el bien.

CAPÍTULO VIII.---Sobre las tres perturbaciones que los estoicos quisieron que estuvieran en el ánimo del sabio, excluyendo el dolor o tristeza, que la virtud del ánimo no debe sentir.

1. Los griegos llaman a lo que los latinos, según Cicerón, denominan "constancias", y los estoicos han querido que sean tres, en lugar de las tres perturbaciones en el ánimo del sabio: en lugar del deseo, la voluntad; en lugar de la alegría, el gozo; en lugar del miedo, la precaución. En cuanto a la tristeza o el dolor, que para evitar ambigüedades preferimos llamar tristeza, negaron que pudiera existir algo así en el ánimo del sabio. La voluntad, dicen, busca el bien, que es lo que hace el sabio; el gozo es por el bien alcanzado, que el sabio siempre logra; la precaución evita el mal, que el sabio debe evitar. Pero la tristeza, al ser por un mal que ya ha ocurrido, no consideran que pueda sucederle al sabio; por lo tanto, dicen que no puede haber nada en su ánimo que corresponda a ella. Así, ellos hablan de manera que solo el sabio puede querer, gozar y precaverse; mientras que el necio solo puede desear, alegrarse, temer y entristecerse. Y esas tres son las constancias, mientras que las otras cuatro son perturbaciones según Cicerón, y según muchos, pasiones. En griego, esas tres se llaman

"εὐπάθειαι", y las otras cuatro "πάθη". Al investigar si esta terminología concuerda con las Sagradas Escrituras, encontré lo que dice el Profeta: "No hay gozo para los impíos, dice el Señor" (Isaías 57, 21, según la LXX), como si los impíos pudieran alegrarse más que gozar de los males; porque el gozo es propio de los buenos y piadosos. También en el Evangelio, "Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos" (Mateo 7, 12), parece dicho como si nadie pudiera querer algo malo o deshonesto, sino desearlo. Por costumbre, algunos intérpretes añadieron "buenas" y así lo interpretaron: "Todo lo que queráis que los hombres os hagan bueno". Creyeron necesario evitar que alguien deseara que se le hicieran cosas deshonestas, como banquetes lujuriosos, pensando que si él también hace lo mismo, estaría cumpliendo este precepto. Pero en el Evangelio griego, del cual se tradujo al latín, no se lee "buenas", sino "Todo lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo vosotros con ellos", creo que porque en lo que dijo "queráis", ya se entendía que quería decir "buenas". No dijo "deseáis".

2. Sin embargo, no siempre debemos restringir nuestro lenguaje a estas propiedades, sino que a veces debemos usarlas; y cuando leemos a aquellos cuya autoridad no podemos contradecir, deben entenderse donde el sentido correcto no puede encontrar otra salida; como los ejemplos que hemos recordado, en parte del Profeta, en parte del Evangelio. ¿Quién no sabe que los impíos se regocijan con alegría? Y sin embargo, "no hay gozo para los impíos, dice el Señor". ¿Por qué, sino porque gozar es otra cosa cuando se usa propiamente? ¿Quién negaría que no es correcto ordenar a los hombres que hagan con los demás lo que desean que se haga con ellos, para que no se deleiten mutuamente en la deshonestidad de un placer ilícito? Y sin embargo, es un precepto muy saludable y verdadero: "Todo lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo vosotros con ellos". ¿Y esto por qué, sino porque en este lugar la voluntad se ha puesto de manera propia, que no puede tomarse en el mal? En el lenguaje más común, que la costumbre del habla frecuenta, no se diría "No quieras mentir toda mentira" (Eclesiástico 7, 14); a menos que hubiera también una mala voluntad, de cuya depravación se distingue aquella que los ángeles proclamaron diciendo: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" (Lucas 2, 14). Pues se añadió "buena" en abundancia, si no pudiera ser sino buena. ¿Y qué grandeza habría dicho el Apóstol en las alabanzas de la caridad, que no se goza de la iniquidad (1 Corintios 13, 6), si no fuera porque así se goza la maldad? Pues también entre los autores de las letras seculares, se encuentra tal indiferencia de estas palabras. Dice Cicerón, el orador más ilustre: "Deseo, Padres conscriptos, ser clemente" (Orat. 1 en Catil., cap. 2). Porque puso esa palabra en el bien, ¿quién sería tan perversamente instruido que no contendiera que debió decir "Quiero" en lugar de "Deseo"? Por otro lado, en Terencio, un joven desvergonzado ardiendo en insana lujuria: "No quiero otra cosa", dice, "sino a Filomena". Que esa voluntad era lujuria, lo indica suficientemente la respuesta que allí se introduce de su anciano sirviente. Dice a su amo: "Cuánto mejor es que te esfuerces en apartar de tu alma ese amor, que hablar de manera que más se encienda tu lujuria en vano" (En Andria, acto 2, escena 1, vers. 6-8). Y que también pusieron el gozo en el mal, lo atestigua el mismo verso virgiliano, donde en suma brevedad abarcó estas cuatro perturbaciones: "De aquí temen y desean, sufren y se alegran" (Eneida, libro 6, vers. 733). También el mismo autor dijo: "Malos gozos de la mente" (Ibid. vers. 278, 279).

3. Por lo tanto, quieren, se precaven, se alegran tanto los buenos como los malos; y para expresarlo con otras palabras, desean, temen, se alegran tanto los buenos como los malos: pero aquellos bien, estos mal, según los hombres tengan voluntad recta o perversa. Incluso la tristeza, para la cual los estoicos pensaron que no podía encontrarse nada en el ánimo del sabio, se encuentra en el bien, y especialmente entre los nuestros. Pues el Apóstol alaba a los corintios por haberse entristecido según Dios. Pero tal vez alguien dirá que el Apóstol se

congratuló con ellos por haberse entristecido arrepintiéndose: una tristeza que no puede ser sino de aquellos que han pecado. Así dice: "Veo que esa carta, aunque por un momento os entristeció, ahora me alegro, no porque os entristecisteis, sino porque os entristecisteis para arrepentimiento. Porque os entristecisteis según Dios, para que en nada sufráis detrimento de nosotros. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, del cual no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Pues he aquí cuánto ha producido en vosotros el entristecerse según Dios" (2 Corintios 7, 8-11). Por lo tanto, los estoicos pueden responder por su parte que la tristeza parece útil para arrepentirse de haber pecado; pero que no puede estar en el ánimo del sabio, porque no cae en él pecado alguno que lo entristezca con arrepentimiento, ni ningún otro mal que lo haga triste al soportarlo y sentirlo. Pues se dice que Alcibíades (si no me falla la memoria sobre el nombre del hombre), cuando se consideraba feliz, al discutir Sócrates y demostrarle cuán miserable era por ser necio, lloró. Así que la necedad fue la causa de esta tristeza útil y deseable, por la cual el hombre se duele de ser lo que no debería ser. Pero los estoicos dicen que el sabio no puede estar triste.

CAPÍTULO IX.---De las perturbaciones del ánimo, cuyos afectos rectos tiene la vida de los justos.

1. Pero a estos filósofos, en lo que respecta a esta cuestión sobre las perturbaciones del ánimo, ya les hemos respondido en el noveno libro de esta obra, mostrando que no son tan amantes de las cosas como de las palabras, más deseosos de contienda que de verdad (Capítulos 4, 5). Entre nosotros, según las Sagradas Escrituras y la sana doctrina, los ciudadanos de la santa ciudad de Dios, viviendo según Dios en la peregrinación de esta vida, temen y desean, sufren y se alegran. Y porque su amor es recto, tienen rectas todas estas afecciones. Temen el castigo eterno, desean la vida eterna: sufren en la realidad, porque ellos mismos gimen en su interior, esperando la adopción, la redención de su cuerpo (Romanos 8, 23); se alegran en la esperanza, porque se cumplirá la palabra que está escrita: "La muerte ha sido absorbida en victoria" (1 Corintios 15, 54). También temen pecar, desean perseverar: sufren en los pecados, se alegran en las buenas obras. Para que teman pecar, escuchan: "Porque abundará la iniquidad, se enfriará el amor de muchos" (Mateo 24, 12). Para que deseen perseverar, escuchan lo que está escrito: "El que persevere hasta el fin, ese será salvo" (Mateo 10, 22). Para que sufran en los pecados, escuchan: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1, 8). Para que se alegren en las buenas obras, escuchan: "Dios ama al dador alegre" (2 Corintios 9, 7). También, según su debilidad o fortaleza, temen ser tentados, desean ser tentados: sufren en las tentaciones, se alegran en las tentaciones. Para que teman ser tentados, escuchan: "Si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal con espíritu de mansedumbre; considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gálatas 6, 1). Para que deseen ser tentados, escuchan a un hombre fuerte de la ciudad de Dios diciendo: "Pruébame, Señor, y examíname; quema mis riñones y mi corazón" (Salmo 26, 2). Para que sufran en las tentaciones, ven a Pedro llorando (Mateo 26, 75): para que se alegren en las tentaciones, escuchan a Santiago diciendo: "Tened por sumo gozo, hermanos míos, cuando os halléis en diversas pruebas" (Santiago 1, 2).

2. No solo se mueven por estos afectos por sí mismos, sino también por aquellos a quienes desean liberar, y temen que perezcan, y sufren si perecen, y se alegran si son liberados. Pues aquel hombre óptimo y fortísimo, que se gloría en sus debilidades (2 Corintios 12, 5), para que lo recordemos especialmente, quien vino a la Iglesia de Cristo de entre los gentiles, el Doctor de los gentiles en fe y verdad, que trabajó más que todos sus coapóstoles (1 Corintios 15, 10), y con muchas epístolas instruyó a los pueblos de Dios, no solo a aquellos que eran

vistos por él presentes, sino también a aquellos que se preveían futuros; aquel hombre, digo, atleta de Cristo, enseñado por él, ungido de él (Gálatas 1, 12), crucificado con él (Gálatas 2, 19), glorioso en él, en el teatro de este mundo, hecho espectáculo para ángeles y hombres (1 Corintios 4, 9), luchando legítimamente el gran combate, y persiguiendo la palma de la vocación celestial en lo que está adelante (Filipenses 3, 14), con los ojos de la fe lo contemplan con sumo gusto, alegrándose con los que se alegran, llorando con los que lloran (Romanos 12, 15), teniendo fuera luchas, dentro temores (2 Corintios 7, 5); deseando partir y estar con Cristo (Filipenses 1, 23); deseando ver a los romanos, para tener algún fruto también en ellos, como en las demás naciones (Romanos 1, 11, 13); emulando a los corintios, y con esa emulación temiendo que sus mentes sean seducidas de la castidad que está en Cristo (2 Corintios 11, 2, 3); teniendo gran tristeza y continuo dolor en su corazón por los israelitas (Romanos 9, 2), porque ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios (Romanos 10, 3); y no solo anunciando su dolor, sino también su luto a algunos que pecaron antes y no se arrepintieron de su inmundicia y fornicaciones (2 Corintios 12, 21).

3. Estos movimientos, estos afectos que vienen del amor al bien y de la santa caridad, si deben llamarse vicios, permitamos que las verdaderas virtudes sean llamadas vicios. Pero cuando estas afecciones siguen la razón recta, cuando se aplican donde es necesario, ¿quién se atrevería a llamarlas entonces enfermedades o pasiones viciosas? Por lo tanto, incluso el mismo Señor, en la forma de siervo, dignándose vivir la vida humana, pero sin tener en absoluto pecado, las aplicó donde juzgó que debían aplicarse. Pues en quien era verdadero cuerpo humano y verdadero ánimo humano, no era falso el afecto humano. Cuando, por lo tanto, se refieren en el Evangelio que se entristeció con ira por la dureza del corazón de los judíos (Marcos 3, 5); que dijo: "Me alegro por vosotros, para que creáis" (Juan 11, 15); que, al resucitar a Lázaro, también derramó lágrimas (Juan 11, 35); que deseó con sus discípulos comer la Pascua (Lucas 22, 15); que al acercarse su pasión, su alma estaba triste (Mateo 26, 38), no se refieren falsamente. Pero él asumió estos movimientos del ánimo humano por cierta disposición, cuando quiso, como cuando quiso se hizo hombre.

4. Por lo tanto, lo que debe admitirse es que incluso cuando tenemos estas afecciones rectas y según Dios, son de esta vida, no de aquella que esperamos en el futuro, y a menudo les cedemos incluso contra nuestra voluntad. Así que a veces, aunque no nos movamos por un deseo culpable, sino por una caridad loable, lloramos incluso cuando no queremos. Por lo tanto, las tenemos por la debilidad de la condición humana: pero no así el Señor Jesús, cuya debilidad fue por poder. Pero mientras llevamos la debilidad de esta vida, si no tenemos ninguna de ellas en absoluto, entonces más bien no vivimos rectamente. Pues el Apóstol censuraba y detestaba a algunos, a quienes también dijo que eran sin afecto (Romanos 1, 31). También el sagrado Salmo culpó a aquellos de quienes dijo: "Esperé quien se entristeciera conmigo, y no hubo" (Salmo 68, 21). Pues no dolerse en absoluto, mientras estamos en este lugar de miseria, ciertamente, como alguien incluso entre los literatos de este siglo sintió y dijo, no ocurre sin gran precio, de inhumanidad en el ánimo, de estupor en el cuerpo. Por lo tanto, aquella que en griego se llama "ἀπάθεια", que si pudiera decirse en latín, se diría impasibilidad, si debe entenderse así (pues se toma en el ánimo, no en el cuerpo), que se viva sin estas afecciones que ocurren contra la razón y perturban la mente, es ciertamente buena y muy deseable; pero ni siquiera ella es de esta vida. Pues no es la voz de cualquier tipo de hombres, sino especialmente de los piadosos y mucho más justos y santos: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1, 8). Por lo tanto, esa "ἀπάθεια" será cuando no haya pecado en el hombre. Ahora bien, se vive bastante bien si es sin crimen: pero quien piensa que vive sin pecado, no hace que no

tenga pecado, sino que no reciba perdón. Pero si esa "ἀπάθεια" debe llamarse cuando ningún afecto puede tocar en absoluto el ánimo, ¿quién no juzgaría este estupor peor que todos los vicios? Por lo tanto, no se puede decir absurdamente que la perfecta bienaventuranza será sin el aguijón del miedo y sin ninguna tristeza: pero ¿quién diría que allí no habrá amor y gozo, a menos que esté completamente apartado de la verdad? Pero si esa "ἀπάθεια" es donde ningún miedo aterra, ni dolor angustia, debe evitarse en esta vida si queremos vivir rectamente, es decir, según Dios: pero en aquella vida bienaventurada, que se promete eterna, ciertamente debe esperarse.

5. Pues aquel miedo del que dice el apóstol Juan: "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo; el que teme no ha sido perfeccionado en el amor" (1 Juan 4, 18), no es del tipo de miedo que tenía el apóstol Pablo, temiendo que los corintios fueran seducidos por la astucia de la serpiente (2 Corintios 11, 3); pues este miedo lo tiene el amor, más bien no lo tiene sino el amor: pero es del tipo de miedo que no está en el amor; del que el mismo apóstol Pablo dice: "No habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor" (Romanos 8, 15). Pero aquel temor casto, que permanece para siempre (Salmo 18, 10), si también estará en el futuro siglo (pues ¿de qué otra manera puede entenderse que permanece para siempre?), no es un temor que aterra por el mal que puede suceder; sino que mantiene en el bien que no puede perderse. Pues donde el amor del bien adquirido es inmutable, ciertamente, si puede decirse, el temor de evitar el mal es seguro. Pues con el nombre de temor casto se ha significado aquella voluntad por la cual será necesario que no queramos pecar, y no por la preocupación de la debilidad, no sea que pequemos, sino por la tranquilidad del amor evitar el pecado. O si no habrá en absoluto ningún tipo de temor en aquella certísima seguridad de gozos perpetuos y felices; así se dijo: "El temor del Señor es casto, permanece para siempre", como se dijo: "La paciencia de los pobres no perecerá para siempre" (Salmo 9, 19). Pues no será eterna la misma paciencia, que no es necesaria sino donde hay males que tolerar: pero será eterno aquello a lo que se llega por la paciencia. Así tal vez se dijo que el temor casto permanece para siempre, porque permanecerá aquello a lo que el mismo temor conduce.

6. Siendo así las cosas, puesto que se debe llevar una vida recta, para llegar a la bienaventurada, todas estas afecciones las tiene la vida recta rectas, la perversa perversas. Pero la bienaventurada y eterna tendrá amor y gozo no solo rectos, sino también ciertos; pero ningún temor ni dolor. Por lo tanto, ya se ve de alguna manera cómo deben ser en esta peregrinación los ciudadanos de la ciudad de Dios, viviendo según el espíritu, no según la carne, es decir, según Dios, no según el hombre: y cómo serán en aquella inmortalidad a la que tienden. Pero la ciudad, es decir, la sociedad, de los impíos que no viven según Dios, sino según el hombre, y en el mismo culto de la falsa divinidad, y desprecio de la verdadera, siguiendo las doctrinas de los hombres o de los demonios, es sacudida por estos afectos perversos como por enfermedades y perturbaciones. Y si tiene algunos ciudadanos que parecen moderar tales movimientos y como templarlos, son tan impíos, soberbios y altivos, que en ellos son mayores tumores cuanto menores son los dolores. Y si algunos, con una vanidad tanto más monstruosa cuanto más rara, han amado esto en sí mismos, que no se erijan ni se exciten por ningún afecto, ni se inclinen ni se doblen por ninguno; pierden toda humanidad más bien que alcanzar la verdadera tranquilidad. Pues no porque algo sea duro, por eso es recto; ni porque sea estúpido, por eso es sano.

CAPÍTULO X.---Si se debe creer que los primeros hombres establecidos en el paraíso no fueron afectados por ninguna perturbación antes de pecar.

Pero si el primer hombre o los primeros hombres (pues eran dos en matrimonio) tenían estos afectos en el cuerpo animal antes del pecado, tales como no los tendremos en el cuerpo espiritual, una vez purgado y terminado todo pecado, no sin razón se pregunta. Pues si los tenían, ¿cómo eran felices en aquel memorable lugar de felicidad, es decir, en el paraíso? ¿Quién puede ser llamado absolutamente feliz, si está afectado por el temor o el dolor? ¿Qué podían temer o dolerse aquellos hombres en tanta abundancia de bienes, donde no se temía la muerte, ni ninguna mala salud del cuerpo; ni faltaba nada que la buena voluntad pudiera alcanzar, ni había nada que ofendiera la carne o el alma del hombre que vivía felizmente? Había un amor imperturbado hacia Dios, y entre ellos una sociedad fiel y sincera de los cónyuges que vivían, y de este amor un gran gozo, sin cesar de disfrutar lo que se amaba. Había una tranquila evitación del pecado, permaneciendo la cual no irrumpía ningún mal que entristeciera. ¿O acaso deseaban tocar el árbol prohibido para comer, pero temían morir; y por esto, tanto el deseo como el miedo ya perturbaban a esos hombres incluso en aquel lugar? Lejos esté de nosotros pensar que esto fue así, donde no había pecado alguno. Pues no es ningún pecado desear lo que la ley de Dios prohíbe, y abstenerse de ello por temor al castigo, no por amor a la justicia. Lejos esté, digo, que antes de todo pecado ya hubiera allí tal pecado, que admitieran esto del árbol, lo que el Señor dijo de la mujer: "Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón" (Mateo 5, 28). Tan felices como eran los primeros hombres, y no eran agitados por perturbaciones del alma, ni dañados por incomodidades del cuerpo: tan feliz sería toda la sociedad humana, si ni ellos cometieran el mal que también transmitieron a sus descendientes, ni nadie de su linaje cometiera iniquidad que recibiera condenación: y permaneciendo esta felicidad, hasta que por aquella bendición, en la que se dijo: "Creced y multiplicaos" (Génesis 1, 28), se completara el número de los santos predestinados, se daría otra mayor, que fue dada a los bienaventurados ángeles: donde ya habría una seguridad cierta de que nadie pecaría, ni nadie moriría: y tal sería la vida de los santos, después de ninguna experiencia de trabajo, dolor, muerte, como será después de todo esto en la incorruptibilidad de los cuerpos restaurada por la resurrección de los muertos.

CAPÍTULO XI.---Sobre la caída del primer hombre, en la que la naturaleza bien creada fue, y no puede ser reparada sino por su Autor.

1. Pero como Dios previó todas las cosas, y por lo tanto no pudo ignorar que el hombre pecaría; según lo que previó y dispuso la ciudad santa, debemos afirmarlo, no según aquello que no pudo llegar a nuestro conocimiento, porque no estuvo en la disposición de Dios. Pues el hombre no pudo perturbar con su pecado el consejo divino, como si hubiera obligado a Dios a cambiar lo que había decidido: ya que Dios, previendo, anticipó ambos, es decir, tanto el hombre, que Él mismo creó bueno, como cuán malo sería en el futuro, y qué bien incluso así haría Él de él. Porque Dios, aunque se dice que cambia lo que ha decidido (de donde en las Escrituras santas, por una locución figurada, también se lee que Dios se arrepintió [Génesis 6, 6; 1 Samuel 15, 11]), se dice según lo que el hombre había esperado, o el orden de las causas naturales llevaba; no según lo que el Omnipotente había previsto que haría. Así que Dios hizo, como está escrito, al hombre recto (Eclesiastés 7, 30): y por lo tanto de buena voluntad. Pues no sería recto, si no tuviera buena voluntad. La buena voluntad, por tanto, es obra de Dios: con ella fue hecho el hombre por Él. Pero la primera mala voluntad, ya que precedió a todas las malas obras en el hombre, fue más bien un defecto de la obra de Dios hacia sus propias obras, que una obra alguna. Y por eso las malas obras, porque son según sí mismo, no según Dios: para que de esas obras, como de frutos malos, la misma voluntad sea como un árbol malo, o el mismo hombre en cuanto a mala voluntad. Ahora bien, la mala voluntad, aunque no es según la naturaleza, sino contra la naturaleza, porque es un vicio; sin

embargo, es de la naturaleza de la cual es vicio, que no puede estar sino en la naturaleza: pero en la que fue creada de la nada, no la que el Creador engendró de sí mismo, como engendró al Verbo, por el cual fueron hechas todas las cosas. Porque aunque Dios formó al hombre del polvo de la tierra; esa misma tierra y toda materia terrena es completamente de la nada, y dio al cuerpo un alma hecha de la nada, cuando el hombre fue hecho. Tanto es así que los males son vencidos por los bienes, que aunque se les permita existir para demostrar cuánto puede la justicia providente del Creador usarlos bien; sin embargo, los bienes pueden existir sin los males, como el mismo Dios verdadero y supremo, como toda criatura celestial invisible y visible sobre este aire oscuro; pero los males no pueden existir sin los bienes, ya que las naturalezas en las que están, en cuanto son naturalezas, son ciertamente buenas. Además, el mal se elimina, no por alguna naturaleza que se haya añadido o por alguna parte de ella eliminada, sino por aquella que había sido viciada y depravada, sanada y corregida. Por lo tanto, el libre albedrío de la voluntad es verdaderamente libre cuando no sirve a los vicios y pecados. Tal fue dado por Dios: lo que perdido por su propio vicio, no puede ser devuelto sino por quien pudo darlo. De donde la Verdad dice: "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8, 36). Esto es lo mismo que decir: "Si el Hijo os salva, seréis verdaderamente salvos". Pues de allí es el libertador, de donde es el salvador.

2. Así que el hombre vivía según Dios en el paraíso, tanto corporal como espiritual. Pues no era el paraíso corporal por los bienes del cuerpo, y no era espiritual por los de la mente; o verdaderamente era espiritual por lo que el hombre disfrutaba a través de los sentidos interiores, y no era corporal por lo que disfrutaba a través de los sentidos exteriores. Era claramente ambos por ambos. Pero después de que aquel ángel soberbio, y por lo tanto envidioso, por esa misma soberbia vuelto de Dios hacia sí mismo, eligiendo con cierto fastidio tiránico regocijarse en los súbditos, más que ser súbdito, cayó del paraíso espiritual (sobre cuya caída y la de sus compañeros, que de ángeles de Dios se convirtieron en sus ángeles, he discutido suficientemente, cuanto pude, en los libros undécimo y duodécimo de esta obra), deseando con astucia engañosa infiltrarse en los sentidos del hombre, a quien ciertamente en pie, ya que él había caído, envidiaba, eligió en el paraíso corporal, donde con aquellos dos hombres, macho y hembra, también se movían los demás animales terrestres sometidos e inofensivos, un animal resbaladizo y móvil con tortuosos giros, adecuado para su obra, a través del cual hablaría; y abusando de él como instrumento, sometido a su malicia espiritual por la presencia angélica y naturaleza más excelente, habló engañosamente a la mujer: comenzando, por así decirlo, desde la parte inferior de aquella unión humana, para llegar gradualmente a todo; no pensando que el hombre fuera fácilmente crédulo, ni que pudiera ser engañado errando, sino cediendo al error ajeno. Pues así como Aarón no consintió inducido al pueblo errante para fabricar un ídolo, sino que cedió obligado (Éxodo 32, 3-5); ni es creíble que Salomón pensara erróneamente que debía servirse a los ídolos, sino que fue compelido por las blandicias femeninas a esos sacrilegios (1 Reyes 11, 4): así se debe creer que aquel hombre, a su mujer, uno a una, hombre a hombre, cónyuge a cónyuge, para transgredir la ley de Dios, no creyó como si hablara verdad, sino que obedeció por necesidad social. Pues no en vano dijo el Apóstol: "Pero Adán no fue engañado, sino que la mujer fue engañada" (1 Timoteo 2, 14): sino porque ella aceptó como verdad lo que la serpiente le habló, pero él no quiso separarse de la única compañía, ni siquiera en la comunión del pecado; y por eso no menos culpable, pero pecó consciente y prudente. De donde también el Apóstol no dijo: "No pecó"; sino, "No fue engañado". Pues ciertamente lo mostró, donde dice: "Por un hombre entró el pecado en el mundo"; y poco después más claramente: "En la semejanza de la transgresión de Adán" (Romanos 5, 12, 14). Quiso que se entendiera que fueron engañados aquellos que no creen que lo que hacen es pecado: pero él lo sabía. De lo contrario, ¿cómo será verdad que "Adán no fue engañado"? Pero inexperto en la severidad

divina, pudo ser engañado al creer que lo cometido era venial. Y por lo tanto, en lo que la mujer fue engañada, él no fue engañado, pero le falló cómo sería juzgado lo que iba a decir: "La mujer que me diste, ella me dio, y comí" (Génesis 3, 12). ¿Qué más, entonces? Aunque no fueron ambos engañados creyendo, ambos fueron capturados pecando, y atrapados en las trampas del diablo.

CAPÍTULO XII.---Sobre la calidad del primer pecado cometido por el hombre.

Si a alguien le preocupa por qué otros pecados no cambian así la naturaleza humana, como fue cambiada por la transgresión de aquellos dos primeros hombres; para que estuviera sujeta a tanta corrupción, como vemos y sentimos, y por esta estuviera sujeta a la muerte, y perturbada y agitada por tantos y tan contrarios afectos, como no fue en el paraíso antes del pecado, aunque en un cuerpo animal: si alguien se preocupa por esto, como dije, no debe por eso pensar que fue leve y pequeño lo cometido, porque se hizo en la comida, no mala, ni nociva, sino porque estaba prohibida. Pues Dios no crearía ni plantaría nada malo en aquel lugar de tanta felicidad. Pero se recomendó la obediencia en el precepto, que es una virtud en la criatura racional, madre y guardiana de todas las virtudes: ya que fue hecha de tal manera que le es útil estar sujeta a Él; pero pernicioso hacer su propia voluntad, no la de aquel por quien fue creada. Así que de un solo género de alimento no comer, donde había tanta abundancia de otros, un precepto tan leve para observar, tan breve para retener en la memoria, especialmente donde aún no resistía la voluntad la concupiscencia, lo que siguió después como castigo de la transgresión, fue violado con tanta mayor injusticia, cuanto más fácil podría ser observado.

CAPÍTULO XIII.---Que en la transgresión de Adán precedió la mala voluntad al mal acto.

1. En lo oculto comenzaron a ser malos, para caer en la desobediencia abierta. Pues no se llegaría a la mala obra, es decir, aquella transgresión, si no hubiera precedido la mala voluntad. Ahora bien, ¿qué pudo ser el inicio de la mala voluntad sino la soberbia? Porque "el principio de todo pecado es la soberbia" (Eclesiástico 10, 15). ¿Y qué es la soberbia, sino el apetito de una altura perversa? Pues la altura perversa es, abandonado aquel principio al que el alma debe adherirse, hacerse y ser de algún modo principio para sí misma. Esto sucede cuando se complace demasiado en sí misma. Y se complace así en sí misma, cuando se aparta de aquel bien inmutable, que debió complacerle más que ella misma. Este defecto es espontáneo: porque si la voluntad permaneciera estable en el amor del bien superior inmutable, del cual era iluminada para ver, y encendida para amar, no se apartaría de él para complacerse a sí misma, y por esto se oscurecería y enfriaría, de modo que ella creyera que la serpiente decía la verdad, o él antepusiera el mandato de Dios a la voluntad de su esposa, y pensara que era venial ser transgresor del precepto, si no abandonaba a su compañera de vida incluso en la sociedad del pecado. No se hizo, por tanto, la mala obra, es decir, aquella transgresión, para que comieran del alimento prohibido, sino por aquellos que ya eran malos. Pues no se haría aquel fruto malo, sino por un árbol malo (Mateo 7, 18). Pero para que fuera un árbol malo, se hizo contra la naturaleza: porque no se haría sin el vicio de la voluntad, que es contra la naturaleza. Pero el vicio no podría depravarse, sino en una naturaleza hecha de la nada. Por lo tanto, para que sea naturaleza, lo tiene de que fue hecha por Dios; pero para que decaiga de lo que es, lo tiene de que fue hecha de la nada. Ni así el hombre decayó, para que no fuera nada en absoluto: sino para que, inclinado hacia sí mismo, fuera menos de lo que era, cuando adhería a aquel que es sumamente. Así que, abandonado Dios, ser en sí mismo, esto es complacerse a sí mismo, no es ya no ser nada, sino acercarse a la nada. De donde los soberbios, según las Escrituras santas, son llamados con otro nombre, "sibi placentes" (2 Pedro 2, 10). Pues es bueno tener el corazón en alto: pero no hacia sí mismo, que es de la

soberbia; sino hacia el Señor, que es de la obediencia, que no puede ser sino de los humildes. Por lo tanto, hay algo de humildad de un modo maravilloso que eleva el corazón, y hay algo de elevación que hace descender el corazón. Esto parece contrario, que la elevación sea hacia abajo, y la humildad hacia arriba. Pero la pía humildad hace al alma sujeta al superior; nada hay más superior que Dios: y por eso la humildad exalta, que hace al alma sujeta a Dios. Pero la elevación que está en el vicio, por el mismo hecho de rechazar la sujeción, cae de aquel que no tiene nada superior, y por esto será inferior, y se hace lo que está escrito: "Los derribaste cuando se exaltaron" (Salmo 72, 18). Pues no dijo, "Cuando fueron elevados", para que primero fueran exaltados, y después derribados: sino "cuando se exaltaron", entonces fueron derribados. Porque el mismo exaltarse, ya es ser derribado. Por lo tanto, lo que ahora en la ciudad de Dios, y a la ciudad de Dios peregrinando en este siglo se le recomienda principalmente la humildad, y en su Rey, que es Cristo, se predica principalmente; y el vicio contrario de esta virtud, la elevación, se enseña que domina principalmente en su adversario, que es el diablo: ciertamente esta es la gran diferencia, por la cual se distingue cada una de las dos ciudades de las que hablamos; una sociedad de hombres piadosos, otra de impíos, cada una con los ángeles que le pertenecen, en los cuales precedió aquí el amor de Dios, aquí el amor de sí mismo.

2. Por lo tanto, con el pecado manifiesto y abierto, donde se hizo lo que Dios había prohibido hacer, el diablo no habría capturado al hombre, si ya no hubiera comenzado a complacerse a sí mismo. De aquí que también le agradó lo que se dijo: "Seréis como dioses" (Génesis 3, 5). Lo que podrían ser mejor adhiriéndose al sumo y verdadero principio por la obediencia, no siendo su propio principio por la soberbia. Porque los dioses creados, no por su propia verdad, sino por la participación del Dios verdadero son dioses. Pero al apetecer más, es menos: quien al amar ser suficiente para sí mismo, decae de aquel que verdaderamente le basta. Por lo tanto, aquel mal, por el cual cuando el hombre se complace a sí mismo, como si él mismo fuera luz, se aparta de aquella luz, que si le agrada también se hace luz: aquel, digo, mal precedió en lo oculto, para que siguiera este mal que se perpetró en lo abierto. Porque es verdad lo que está escrito: "Antes de la ruina se exalta el corazón, y antes de la gloria se humilla" (Proverbios 16, 18). Aquella ruina que se hace en lo oculto, precede a la ruina que se hace en lo manifiesto, mientras aquella ruina no se cree que sea. Pues ¿quién considera la exaltación como ruina; cuando ya allí hay defecto, por el cual se ha dejado al Excelsior? Pero ¿quién no ve que es ruina, cuando se hace la transgresión evidente e indudable del mandato? Por esto Dios prohibió aquello, que cuando se cometiera, no podría defenderse con ninguna imaginación de justicia. Y me atrevo a decir, que es útil para los soberbios caer en algún pecado abierto y manifiesto, de donde se desagraden a sí mismos, quienes ya complaciéndose a sí mismos habían caído. Porque es más saludable que Pedro se desagradara a sí mismo cuando lloró, que cuando se complació a sí mismo cuando presumió (Mateo 26, 75, 33). Esto dice también el sagrado Salmo: "Llena sus rostros de ignominia, y buscarán tu nombre, Señor" (Salmo 82, 17): es decir, para que tú les agrades buscando tu nombre, quienes se complacieron a sí mismos buscando el suyo.

CAPÍTULO XIV.---Sobre la soberbia de la transgresión, que fue peor que la misma transgresión.

Pero hay una soberbia peor y más condenable, en la que incluso en los pecados manifiestos se busca un refugio de excusa: como aquellos primeros hombres, de los cuales ella dijo: "La serpiente me engañó, y comí"; y él dijo: "La mujer que me diste, ella me dio del árbol, y comí" (Génesis 3, 13, 12). En ninguna parte aquí suena la petición de perdón, en ninguna parte la imploración de medicina. Pues aunque estos no niegan lo que cometieron, como Caín (Génesis 4, 9), sin embargo, la soberbia busca referir a otro lo que hizo mal: la soberbia de la

mujer, en la serpiente; la soberbia del hombre, en la mujer. Pero es más acusación que excusa verdadera, donde hay una transgresión evidente del mandato divino. Pues no hicieron esto porque la mujer lo cometió por la persuasión de la serpiente, y el hombre por la entrega de la mujer; como si algo debiera anteponerse a Dios, a quien debía creerse o cederse.

CAPÍTULO XV.---Sobre la justicia de la retribución que los primeros hombres recibieron por su desobediencia.

1. Por tanto, al ser despreciado Dios que ordena, quien había creado, quien había hecho a su imagen, quien había puesto al hombre por encima de los demás animales, quien lo había establecido en el paraíso, quien le había proporcionado abundancia de todas las cosas y seguridad, quien no lo había cargado con mandamientos ni numerosos ni grandes ni difíciles, sino que lo había apoyado con uno solo, brevísimo y ligerísimo, para la salud de la obediencia, recordándole a esa criatura, a quien le convenía la servidumbre libre, que Él era el Señor: siguió una justa condena, y tal condena, que el hombre, que por guardar el mandamiento iba a ser espiritual incluso en la carne, se hizo carnal incluso en la mente; y quien por su soberbia se había complacido a sí mismo, fue entregado a sí mismo por la justicia de Dios; no de tal manera que estuviera en su poder absoluto, sino que, disintiendo también de sí mismo, bajo aquel a quien consintió pecando, por la libertad que codició, llevara una dura y miserable servidumbre; muerto en espíritu voluntariamente, y destinado a morir en cuerpo involuntariamente: desertor de la vida eterna, condenado también a la muerte eterna, a menos que la gracia lo liberara. Cualquiera que considere esta condena excesiva o injusta, ciertamente no sabe medir cuán grande fue la iniquidad al pecar, donde tan grande era la facilidad para no pecar. Pues así como la gran obediencia de Abraham no se predica sin razón, porque se le ordenó una cosa dificilísima, matar a su hijo (Gén. XXII, 2): así en el paraíso fue tanto mayor la desobediencia cuanto lo que se ordenó no tenía dificultad alguna. Y así como la obediencia del segundo hombre es más digna de alabanza, cuanto que fue obediente hasta la muerte (Filip. II, 8): así la desobediencia del primer hombre es tanto más detestable, cuanto que fue desobediente hasta la muerte. Pues donde se propone una gran pena por la desobediencia, y se ordena una cosa fácil por el Creador, ¿quién puede explicar suficientemente cuán grande mal es no obedecer en una cosa fácil, al mandato de tan gran poder, y a tan terrible castigo?

2. En resumen, en el castigo de aquel pecado, ¿qué se retribuyó a la desobediencia sino desobediencia? Pues ¿cuál es la miseria del hombre, sino la desobediencia de sí mismo contra sí mismo, de modo que, ya que no quiso lo que pudo, quiera lo que no puede? En el paraíso, aunque no podía todo antes del pecado, sin embargo, lo que no podía, no lo deseaba; y por eso podía todo lo que deseaba. Ahora bien, como conocemos en su descendencia, y la Escritura divina lo atestigua, el hombre se ha hecho semejante a la vanidad (Sal. CXLIII, 4). ¿Quién puede enumerar cuántas cosas desea que no puede, mientras su propia mente, es decir, su voluntad, y su carne inferior a ella, no le obedecen? Pues aun contra su voluntad, a menudo su mente se turba, y su carne duele, envejece y muere; y cualquier otra cosa que sufrimos, que no sufriríamos contra nuestra voluntad, si nuestra naturaleza obedeciera en todo y por todas partes a nuestra voluntad. Pero, ¿acaso la carne sufre algo que no le permite servir? ¿Qué importa de dónde, mientras que por la justicia del Dios dominante, a quien no quisimos servir como súbditos, nuestra carne, que había sido sometida, nos sea molesta al no servirnos; aunque al no servir a Dios, pudimos ser molestos para nosotros mismos, no para Él? Pues Él no necesita nuestro servicio corporal como nosotros lo necesitamos: y por eso lo que recibimos es nuestra pena, no la de Él, por lo que hicimos. Los dolores que se dicen de la carne, son del alma en la carne, y de la carne. Pues, ¿qué duele o desea la carne por sí misma

sin el alma? Pero lo que se dice que la carne desea o duele, o es el mismo hombre, como hemos discutido; o algo del alma, que la pasión de la carne afecta, ya sea áspera, para causar dolor; o suave, para causar placer. Pero el dolor de la carne es solo una ofensa del alma por la carne, y una cierta disensión de su pasión: así como el dolor del alma, que se llama tristeza, es una disensión de las cosas que nos suceden en contra de nuestra voluntad. Pero la tristeza a menudo es precedida por el miedo, que también está en el alma, no en la carne. Sin embargo, ningún miedo precede al dolor de la carne, que se sienta en la carne antes del dolor. El placer, en cambio, es precedido por un cierto apetito, que se siente en la carne como su deseo, como el hambre y la sed, y lo que en los genitales se llama más comúnmente libido, aunque este es un término general para todo deseo. Pues los antiguos definieron la ira como nada más que el deseo de venganza: aunque a veces el hombre, donde no hay sentido de venganza, también se enoja con cosas inanimadas, de modo que rompe el estilete que escribe mal, o rompe la pluma enojado. Pero incluso esto, aunque más irracional, es un cierto deseo de venganza, y no sé qué, por así decirlo, una especie de sombra de retribución, para que quienes hacen mal, sufran mal. Por lo tanto, hay un deseo de venganza, que se llama ira: hay un deseo de tener dinero, que se llama avaricia: hay un deseo de vencer de cualquier manera, que se llama obstinación: hay un deseo de gloria, que se llama jactancia. Hay muchos y variados deseos, algunos de los cuales tienen nombres propios, otros no. Pues, ¿quién fácilmente diría cómo se llama el deseo de dominar, que sin embargo se demuestra muy poderoso en las mentes de los tiranos, incluso en las guerras civiles?

CAPÍTULO XVI.---Del mal de la libido, cuyo nombre, aunque concuerda con muchos vicios, se atribuye propiamente a los movimientos obscenos del cuerpo.

Aunque hay deseos de muchas cosas, cuando se dice libido, y no se añade de qué cosa es el deseo, no suele ocurrir en la mente sino aquel por el cual se excitan las partes obscenas del cuerpo. Sin embargo, esta no solo reclama para sí todo el cuerpo, ni solo externamente, sino también internamente, y conmueve al hombre entero con el afecto del alma unido y mezclado con el apetito de la carne, de modo que sigue ese placer, que no hay mayor en los placeres del cuerpo: de tal manera que en el mismo momento en que se alcanza su extremo, casi toda la agudeza y como la vigilia del pensamiento se oscurece. Pero, ¿quién, amigo de la sabiduría y de los gozos santos, llevando una vida conyugal, pero, como advirtió el Apóstol, sabiendo poseer su vaso en santificación y honor, no en la enfermedad del deseo, como los Gentiles que no conocen a Dios (I Tes. IV, 4, 5), no preferiría, si pudiera, engendrar hijos sin esta libido; para que incluso en este deber de sembrar la prole, sus miembros, creados para esta obra, sirvieran a su mente, como los demás miembros distribuidos para sus respectivas obras, movidos por el mandato de la voluntad, no incitados por el ardor de la libido? Pero ni siquiera los amantes de este placer, ya sea para los concúbitos conyugales, ya sea para las inmundicias de los vicios, se conmueven cuando quieren: sino que a veces ese movimiento es inoportuno sin que nadie lo pida, y a veces abandona al que lo desea, y cuando la concupiscencia arde en el alma, se enfría en el cuerpo: y así, de manera maravillosa, no solo se opone a la voluntad de engendrar, sino también a la libido de lujuria; y aunque a menudo se opone totalmente a la mente que la contiene, a veces también se divide contra sí misma, y con el ánimo agitado, no se sigue a sí misma en el movimiento del cuerpo.

CAPÍTULO XVII.---De la desnudez de los primeros hombres, que después del pecado vieron como vergonzosa y deshonrosa.

Con razón se avergüenza principalmente de esta libido, con razón también se llaman pudendas a esos miembros, que mueve, o no mueve, a su arbitrio, que antes del pecado del hombre no lo eran. Pues como está escrito, estaban desnudos, y no se avergonzaban (Gén. II,

25): no porque su desnudez les fuera desconocida, sino porque la desnudez no era aún vergonzosa; porque aún la libido no movía esos miembros contra el arbitrio, aún la carne no daba testimonio con su desobediencia para reprobar la desobediencia del hombre. Pues no fueron creados ciegos, como opina el vulgo ignorante: ya que él vio a los animales, a los que puso nombres (Ib. 20); y de ella se lee, vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos para ver (Ib. III, 6). Por tanto, sus ojos estaban abiertos, pero no estaban abiertos, es decir, no atentos, para conocer qué les proporcionaba el vestido de la gracia, cuando sus miembros no sabían resistir a la voluntad. Removida esta gracia, para que la desobediencia fuera castigada con una pena recíproca, surgió en el movimiento del cuerpo una cierta novedad impúdica, de donde surgió una desnudez indecente; y los hizo atentos, y los devolvió confusos. De ahí que, después de haber violado el mandamiento de Dios con abierta transgresión, está escrito de ellos, y se abrieron los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos, y cosieron hojas de higuera, y se hicieron taparrabos. (Ibid. 7). Se abrieron, dice, los ojos de ambos, no para ver (pues ya veían); sino para discernir entre el bien que habían perdido, y el mal en el que habían caído. Por lo cual, el mismo árbol, porque hacía esta distinción, si se tocaba para comer contra el mandato, recibió su nombre de esa cosa, para ser llamado árbol del conocimiento del bien y del mal. Pues experimentada la molestia de la enfermedad, se hace más evidente también la alegría de la salud. Conocieron, por tanto, que estaban desnudos: despojados, a saber, de aquella gracia, por la cual sucedía que la desnudez del cuerpo no los confundía con ninguna ley del pecado que resistiera a su mente. Esto, por tanto, conocieron, lo que más felizmente ignorarían, si creyendo y obedeciendo a Dios no cometieran lo que los obligara a experimentar qué daño causaban la infidelidad y la desobediencia. Por consiguiente, confundidos por la desobediencia de su carne, como testigo de la pena de su desobediencia, cosieron hojas de higuera, y se hicieron taparrabos, es decir, cinturones para los genitales. Pues algunos intérpretes han puesto cinturones. Por lo demás, taparrabos es una palabra latina, pero se dice así porque los jóvenes, que se ejercitaban desnudos en el campo, cubrían sus pudendas: de donde los que están así ceñidos, el vulgo los llama taparrabos. Por lo tanto, lo que la libido movía desobedientemente contra la voluntad condenada por la culpa de la desobediencia, la vergüenza lo cubría pudorosamente. De esto todas las naciones, ya que fueron procreadas de aquella estirpe, hasta tal punto tienen innato cubrir las pudendas, que algunos bárbaros no tienen esas partes del cuerpo desnudas ni siquiera en los baños, sino que se lavan con sus coberturas. También en las oscuras soledades de la India, cuando algunos filosofan desnudos, de donde se les llama Gimnosofistas, sin embargo, aplican coberturas a los genitales, de las que carecen en las demás partes del cuerpo.

CAPÍTULO XVIII.---De la vergüenza del concúbito, no solo vulgar, sino también conyugal.

La obra misma que se realiza con tal libido, no solo en cualquier tipo de fornicación, donde se requieren escondites para evitar los juicios humanos; sino también en el uso de las prostitutas, que la ciudad terrena ha hecho una turpitud lícita, aunque se haga lo que ninguna ley de esa ciudad castiga, sin embargo, la libido permitida e impune evita el público espectáculo; y la misma vergüenza natural ha previsto el secreto de los burdeles, y más fácilmente pudo la impudicia no tener cadenas de prohibición, que la impudencia remover los escondites de esa fealdad. Pero incluso los mismos impúdicos llaman a esto turpitud: de la cual, aunque sean amantes, no se atreven a ser ostentadores. ¿Qué? ¿El concúbito conyugal, que según las prescripciones matrimoniales de las Tablas se hace con el fin de procrear hijos, no requiere también un lecho apartado de los testigos, aunque sea lícito y honesto? ¿No expulsa a todos los siervos, e incluso a los mismos padrinos, y a cualquiera que cualquier necesidad haya permitido entrar, antes de que el cónyuge comience a acariciar al cónyuge? Y

puesto que, como dice un cierto autor, el mayor de los romanos en elocuencia, todas las cosas bien hechas quieren colocarse en la luz, es decir, desean ser conocidas: esta cosa bien hecha así desea ser conocida, que sin embargo se avergüenza de ser vista. Pues, ¿quién no sabe qué hacen entre sí los cónyuges para procrear hijos? ya que para que eso se haga, las esposas son instruidas con tanta celebridad: y sin embargo, cuando se hace lo que hace que nazcan los hijos, ni siquiera a los mismos hijos, si ya han nacido de allí, se les permite ser testigos. Pues esta cosa bien hecha así desea la luz del conocimiento de los ánimos, que sin embargo huye de los ojos. ¿De dónde esto, sino porque así se hace lo que es decente por naturaleza, que también lo que avergüenza acompaña por pena?

CAPÍTULO XIX.---Que las partes de la ira y de la libido se mueven tan viciosamente, que es necesario refrenarlas con las riendas de la sabiduría, lo cual no existía en aquella salud de la naturaleza antes del pecado.

De aquí que también aquellos filósofos, que se acercaron más a la verdad, confesaron que la ira y la libido son partes viciosas del alma, porque se mueven de manera turbulenta y desordenada, incluso hacia aquellas cosas que la sabiduría no prohíbe perpetrar; y por lo tanto necesitan una mente moderadora y una razón. Esta parte del alma, tercera, la colocan como en una cierta fortaleza para gobernar a estas; para que, con ella mandando, y estas sirviendo, pueda mantenerse la justicia en el hombre en toda parte del alma. Estas partes, por tanto, que incluso en el hombre sabio y templado confiesan ser viciosas, para que la mente, refrenándolas y conteniéndolas, las aparte de aquellas cosas hacia las que se mueven injustamente, y las permita para aquellas que la ley de la sabiduría concede; como la ira para ejercer una justa corrección, como la libido para el deber de propagar la prole: estas partes, digo, en el paraíso antes del pecado no eran viciosas. Pues no se movían contra la voluntad recta hacia algo, de donde fuera necesario abstenerlas con las riendas de la razón. Pues que ahora se muevan así, y que por aquellos que viven templada, justa y piadosamente, unas veces más fácilmente, otras más difícilmente, sin embargo, se modifiquen refrenándolas y conteniéndolas, no es ciertamente salud de la naturaleza, sino languidez de la culpa. Pero que las obras de la ira y de otras afecciones en algunos dichos y hechos no las oculte la vergüenza, como las obras de la libido que se hacen con los miembros genitales, ¿qué causa hay, sino porque en los demás miembros del cuerpo no son las mismas afecciones, sino, cuando consiente con ellas, la voluntad la que los mueve, que en su uso domina por completo? Pues quien emite una palabra enojado, o incluso golpea a alguien, no podría hacerlo, si la lengua y la mano no se movieran como por mandato de la voluntad: estos miembros, incluso cuando no hay ira, se mueven por la misma voluntad. Pero en verdad las partes genitales del cuerpo, así la libido las ha sometido a su derecho, que no pueden moverse si ella falta, y a menos que ella se levante espontáneamente o excitada. Esto es lo que avergüenza, esto es lo que evita la mirada de los espectadores con rubor: y el hombre soporta más fácilmente la multitud de espectadores, cuando injustamente se enoja con un hombre, que la mirada de uno solo incluso cuando justamente se une a su esposa.

CAPÍTULO XX.---De la vanísima turpitud de los Cínicos.

Esto no vieron aquellos filósofos caninos, es decir, los Cínicos, proponiendo contra la vergüenza humana, ¿qué otra cosa que una sentencia canina, es decir, inmunda e impúdica? para que, puesto que es justo lo que se hace en la esposa, no avergüence hacerlo públicamente; ni evitar el concúbito conyugal en la calle o en cualquier plaza. Sin embargo, venció el pudor natural la opinión de este error. Pues aunque se dice que alguna vez lo hizo Diogenes, jactándose de que su secta sería más noble si su impudencia se fijara más notablemente en la memoria de los hombres: después, sin embargo, los Cínicos dejaron de

hacerlo; y más valió el pudor, para que los hombres se avergonzaran de los hombres, que el error, para que los hombres quisieran ser semejantes a los perros. Por lo cual, creo que aquel o aquellos, que se dice que lo hicieron, más bien dieron a los ojos de los hombres ignorantes de lo que se hacía bajo el manto, los movimientos de los que concumbían, que pudieron realizar esa voluptuosidad bajo la presión de la mirada humana. Pues allí los filósofos no se avergonzaban de ser vistos queriendo concumbir, donde la misma libido se avergonzaría de levantarse. Y ahora vemos que todavía hay filósofos Cínicos; pues estos son, que no solo se visten con el manto, sino que también llevan el bastón: sin embargo, ninguno de ellos se atreve a hacer esto; que si algunos se atrevieran, no diré con los golpes de los que lanzan piedras, ciertamente serían cubiertos con las salivas de los que escupen. Por lo tanto, la naturaleza humana sin ninguna duda se avergüenza de esta libido, y con razón se avergüenza. Pues en su desobediencia, que sometió los miembros genitales del cuerpo solo a sus movimientos, y los arrebató al poder de la voluntad, se muestra suficientemente qué es lo que se retribuyó a la primera desobediencia del hombre: lo cual debía aparecer principalmente en esa parte, por la cual se genera la misma naturaleza, que fue cambiada en peor por aquel primer y gran pecado: del cual nadie se libra, a menos que lo que, cuando todos estaban en uno, se perpetró para la perdición común, y fue vindicado por la justicia de Dios, sea expiado por la gracia de Dios en cada uno.

CAPÍTULO XXI.---De la bendición de la fecundidad multiplicadora humana antes del pecado, que la transgresión no quitaría, y a la que se añadió la enfermedad de la libido.

Por lo tanto, es inadmisible creer que aquellos esposos en el paraíso habrían cumplido con la libido, de la cual se avergonzaron y cubrieron sus miembros, lo que Dios dijo en su bendición: "Creced y multiplicaos, y llenad la tierra" (Gén. I, 28). Esta libido surgió después del pecado; después del pecado, la naturaleza, que no era impúdica, al perder el poder al que el cuerpo servía en todas sus partes, la sintió, la notó, se avergonzó y la cubrió. Sin embargo, la bendición del matrimonio, para que los casados crecieran, se multiplicaran y llenaran la tierra, aunque permaneció incluso en los que pecaron, fue dada antes de que pecaran, para que se conociera que la procreación de los hijos pertenece a la gloria del matrimonio, no al castigo del pecado. Pero ahora los hombres, ignorantes de aquella felicidad que existía en el paraíso, creen que los hijos no podrían haber nacido sino a través de esta libido, de la cual vemos que incluso la honestidad de las bodas se avergüenza: algunos no aceptan en absoluto las Escrituras divinas, donde se lee que después del pecado se avergonzaron de su desnudez y cubrieron sus partes vergonzosas, sino que las ridiculizan infielmente; otros, aunque las aceptan y honran, no quieren entender lo que se dijo, "Creced y multiplicaos", según la fecundidad carnal; porque también se lee algo similar dicho según el alma: "Me multiplicarás en mi alma con tu virtud" (Sal. CXXXVII, 4), para que lo que sigue en Génesis, "Y llenad la tierra y dominadla", entiendan que la tierra es la carne, que el alma llena con su presencia y sobre la cual domina principalmente cuando se multiplica en virtud. Sin embargo, los nacimientos carnales sin la libido, que surgió después del pecado, fue vista, confundida y cubierta, no podrían haber nacido entonces, como tampoco pueden ahora; ni habrían existido en el paraíso, sino fuera de él, como de hecho ocurrió. Pues después de que fueron expulsados de allí, se unieron para engendrar hijos y los engendraron.

CAPÍTULO XXII.---Sobre la unión conyugal instituida y bendecida por Dios desde el principio.

Nosotros, sin embargo, no dudamos en absoluto de que crecer y multiplicarse y llenar la tierra según la bendición de Dios es un don del matrimonio, que Dios instituyó desde el

principio antes del pecado del hombre, creando al varón y a la hembra: sexo que evidentemente está en la carne. A esta obra de Dios también se le añadió la bendición misma. Pues cuando la Escritura dijo: "Varón y hembra los creó", inmediatamente añadió: "Y los bendijo Dios, diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra, y dominadla" (Gén. I, 27, 28), y demás. Todo esto, aunque no inconvenientemente puede referirse también al entendimiento espiritual, sin embargo, es de gran absurdo resistirse a que el varón y la hembra, no como algo similar que también puede entenderse en un solo hombre, porque evidentemente en él hay algo que gobierna y algo que es gobernado, sino como aparece clarísimamente en los cuerpos de diferente sexo, fueron creados para crecer, multiplicarse y llenar la tierra generando descendencia. Pues no se trata del espíritu que manda y la carne que obedece; ni del alma racional que gobierna y el deseo irracional que es gobernado; ni de la virtud contemplativa que sobresale y la activa que se somete; ni del intelecto de la mente y el sentido del cuerpo: sino claramente del vínculo conyugal, por el cual ambos sexos se unen mutuamente, el Señor, al ser preguntado si era lícito repudiar a la esposa por cualquier causa, ya que Moisés permitió dar carta de divorcio por la dureza del corazón de los israelitas, respondió y dijo: "¿No habéis leído que el que los hizo desde el principio, varón y hembra los hizo, y dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne? Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre" (Mat. XIX, 4-6). Es cierto, por lo tanto, que el varón y la hembra fueron instituidos desde el principio tal como ahora vemos y conocemos a los hombres de dos sexos diferentes: pero se dice uno, ya sea por la unión, o por el origen de la mujer, que fue creada del costado del varón. Pues también el Apóstol, por este primer ejemplo que precedió por institución de Dios, amonesta a cada uno a que los maridos amen a sus esposas (Efes. V, 25 y Col. III, 19).

CAPÍTULO XXIII.---Si también en el paraíso se habría generado, si nadie hubiera pecado; o si habría habido una tradición de castidad luchando contra el acto de la libido.

1. Pero quien dice que no habrían tenido relaciones ni habrían generado, a menos que hubieran pecado, ¿qué dice, sino que el pecado del hombre fue necesario para la multitud de los santos? Pues si no pecando habrían permanecido solos, porque, como piensan, si no hubieran pecado, no podrían haber generado; ciertamente, para que no pudieran ser solo dos hombres justos, sino muchos, el pecado fue necesario. Pero si es absurdo creer esto, más bien debe creerse que el número de santos, suficiente para completar aquella beatísima ciudad, habría existido, incluso si nadie hubiera pecado, tal como ahora se recoge por la gracia de Dios de la multitud de pecadores, hasta que los hijos de este siglo engendran y son engendrados (Luc. XX, 34).

2. Y por eso aquellas bodas dignas de la felicidad del paraíso, si no hubiera habido pecado, habrían engendrado una prole digna de ser amada, y no habrían tenido una libido vergonzosa. Pero cómo podría hacerse esto, ahora no hay ejemplo que lo demuestre. Sin embargo, no debe parecer increíble que incluso aquella única cosa sin esta libido pudiera haber servido a la voluntad a la que ahora sirven tantos miembros. ¿O acaso movemos las manos y los pies, cuando queremos, para lo que estos miembros deben hacer, sin ninguna resistencia, con tanta facilidad como vemos en nosotros y en otros, especialmente en los artesanos de cualquier obra corporal, donde a la naturaleza más débil y lenta se le ha añadido una industria más ágil; y no creemos que para la obra de la generación de hijos, si no hubiera habido libido, que fue retribuida por el pecado de desobediencia, aquellos miembros podrían haber servido obedientemente al mandato de la voluntad de manera similar a los demás? ¿Acaso Cicerón en los libros sobre la República, cuando discutía sobre la diferencia de los imperios, y tomaba la semejanza de esta cosa de la naturaleza del hombre, no dijo que a los hijos se les manda a los

miembros del cuerpo por la facilidad de obedecer: pero a las partes viciosas del alma se les coacciona con un imperio más áspero? Y ciertamente, por orden natural, el alma se antepone al cuerpo, y sin embargo, el mismo alma manda al cuerpo más fácilmente que a sí misma. Sin embargo, esta libido, de la que ahora discutimos, existe tanto más vergonzosamente cuanto que el alma en ella no se manda eficazmente a sí misma, para que no le apetezca en absoluto; ni manda completamente al cuerpo, para que la voluntad más bien que la libido mueva los miembros vergonzosos: lo cual, si así fuera, no serían vergonzosos. Ahora bien, el alma se avergüenza de ser resistida por el cuerpo, que es inferior a ella y está sujeto a ella por naturaleza. Pues en otras afecciones, cuando el alma se resiste a sí misma, por eso se avergüenza menos, porque cuando es vencida por sí misma, ella misma se vence; aunque de manera desordenada y viciosa, porque es vencida por aquellas partes que deben estar sujetas a la razón; sin embargo, es vencida por sus propias partes, y por lo tanto, como se ha dicho, es vencida por sí misma. Pues cuando el alma se vence ordenadamente, para que sus movimientos irracionales se sometan a la mente y a la razón (si es que también está sometida a Dios), es motivo de alabanza y virtud. Sin embargo, se avergüenza menos cuando el alma no obedece a sí misma por sus partes viciosas, que cuando el cuerpo, que es otro de ella, y está por debajo de ella, y cuya naturaleza no vive sin ella, no cede a su voluntad y mandato.

3. Pero cuando otros miembros son retenidos por el mandato de la voluntad, sin los cuales aquellos que son excitados contra la voluntad por la libido no pueden cumplir lo que desean, se guarda la castidad, no por haber perdido, sino por no haber permitido el deleite del pecado. Esta resistencia, esta repugnancia, esta disputa entre la voluntad y la libido, o ciertamente la indigencia de la libido para la suficiencia de la voluntad, sin duda alguna, si la inobediencia culpable no fuera castigada con inobediencia penal, no existiría en las bodas del paraíso, sino que aquellos miembros servirían a la voluntad, como todos los demás. Así, el campo genital (Virgilio, Geórgicas, libro 3, verso 136) sembraría el vaso creado para esta obra, como ahora la mano siembra la tierra. Y lo que ahora nos resistimos a discutir más diligentemente sobre este asunto, la vergüenza nos detiene y nos obliga a pedir perdón con el debido respeto a los oídos pudorosos, no habría causa para que sucediera: sino que en todo lo que tocara el sentido del que piensa sobre estos miembros, el discurso libre se llevaría sin ningún temor a la obscenidad: ni habría palabras que se llamaran obscenas; sino que cualquier cosa que se dijera sobre ello, sería tan honesta como cuando hablamos de otras partes del cuerpo. Por lo tanto, quien se acerca a estas letras con impudicia, que rehúya la culpa, no la naturaleza; que denuncie los hechos de su propia torpeza, no las palabras de nuestra necesidad; en las cuales el lector o el oyente pudoroso y religioso me perdona fácilmente, mientras refuto la infidelidad, no argumentando sobre la fe de cosas no experimentadas, sino sobre el sentido de las experimentadas. Pues quien lee esto sin ofensa, no se horroriza del Apóstol reprendiéndolos horrendos vicios de las mujeres, que "cambiaron el uso natural por el que es contra la naturaleza" (Rom. I, 26): especialmente porque ahora no mencionamos ni reprendemos obscenidad condenable, como él, sino que en la explicación, tanto como podemos, de los efectos de la generación humana, evitamos, sin embargo, las palabras obscenas, como él.

CAPÍTULO XXIV.---Que los hombres inocentes y permaneciendo en el paraíso por el mérito de la obediencia, habrían usado los miembros genitales para la generación de la prole, como los demás a discreción de la voluntad.

1. Por lo tanto, el varón sembraría la prole, la hembra la recibiría con los miembros genitales cuando fuera necesario, y cuanto fuera necesario, movidos por la voluntad, no excitados por la libido. Pues no solo movemos a nuestro antojo aquellos miembros que están articulados con huesos compactos, como los pies y las manos y los dedos; sino también aquellos que

están relajados con nervios blandos, cuando queremos, los movemos agitando, y extendiéndolos los alargamos, y torciéndolos los doblamos, y apretándolos los endurecemos; como son aquellos que en la boca y el rostro, cuanto puede, mueve la voluntad. Los mismos pulmones, de todos los órganos, excepto las médulas, los más blandos, y por eso protegidos en la cavidad del pecho, para tomar y soltar el aliento y emitir o modular la voz, como los fuelles de los herreros o de los órganos, sirven a la voluntad del que sopla, respira, habla, grita, canta. Omito que a ciertos animales se les ha dado naturalmente que la cubierta con la que se viste todo el cuerpo, si sienten algo en cualquier lugar de ella que deba ser alejado, solo la muevan donde lo sienten; y no solo sacudan las moscas posadas, sino también las lanzas clavadas con el temblor de la piel. ¿Acaso porque el hombre no puede hacer esto, el Creador no pudo darlo a los animales que quiso? Así, por lo tanto, el mismo hombre pudo tener la obediencia incluso de los miembros inferiores, que perdió por su desobediencia. Pues no fue difícil para Dios crearle de tal manera que en su carne incluso aquello no se moviera sino por su voluntad, lo que ahora no se mueve sino por la libido.

2. Pues también conocemos naturalezas de algunos hombres muy diferentes a las demás, y admirables por su rareza, que hacen con su cuerpo lo que otros de ninguna manera pueden, y apenas creen cuando lo oyen. Hay quienes mueven las orejas, ya sea una o ambas a la vez. Hay quienes, con la cabeza inmóvil, bajan toda la cabellera hasta la frente, y la devuelven cuando quieren. Hay quienes de lo que han tragado, increíblemente mucho y variado, tras manipular un poco el estómago, sacan lo que les place completamente intacto. Algunos imitan y expresan las voces de aves, animales y otros hombres de tal manera que, a menos que se les vea, no pueden distinguirse en absoluto. Algunos emiten sonidos tan numerosos a voluntad desde lo más bajo sin ninguna vergüenza, que parecen cantar incluso desde esa parte. Yo mismo he conocido a un hombre que solía sudar cuando quería. Es conocido que algunos lloran cuando quieren, y derraman lágrimas abundantemente. Ya es mucho más increíble lo que muchos hermanos han experimentado en tiempos muy recientes. Hubo un presbítero llamado Restituto en la parroquia de la Iglesia de Calama, quien cuando le placía (se le pedía que lo hiciera por aquellos que deseaban conocer el hecho maravilloso en persona), imitando las voces de lamento de cualquier hombre, se apartaba de los sentidos y yacía como muerto, de tal manera que no solo no sentía los pellizcos y pinchazos, sino que a veces incluso se quemaba con fuego aplicado, sin ningún sentido de dolor, excepto posteriormente por la herida: pero se probaba que no resistía, sino que no sentía, porque en él no se encontraba respiración alguna, como en un difunto: sin embargo, decía después que escuchaba las voces de los hombres, si hablaban más fuerte, como desde lejos. Así pues, cuando el cuerpo incluso ahora sirve de manera tan maravillosa a algunos, aunque en carne corruptible llevando esta vida penosa, en muchas de sus acciones y afecciones fuera del modo natural acostumbrado; ¿qué razón hay para no creer que antes del pecado de la desobediencia y el castigo de la corrupción, los miembros humanos podrían haber servido a la voluntad humana para propagar la prole sin ninguna libido? Por lo tanto, el hombre fue entregado a sí mismo, porque abandonó a Dios complaciéndose a sí mismo: y no obedeciendo a Dios, no pudo obedecerse ni a sí mismo. De aquí proviene una miseria más evidente, por la cual el hombre no vive como quiere. Pues si viviera como quisiera, se consideraría feliz: pero ni siquiera así lo sería, si viviera deshonestamente.

CAPÍTULO XXV. Sobre la verdadera felicidad, que la vida temporal no obtiene.

Aunque si atendemos más diligentemente, nadie vive como quiere, a menos que sea feliz: y nadie es feliz, a menos que sea justo. Pero incluso el justo no vive como quiere, a menos que llegue a donde no pueda morir, ser engañado, ni ofenderse en absoluto; y le sea seguro que siempre será así. Pues esto es lo que la naturaleza desea: y no será plena y perfectamente

feliz, a menos que obtenga lo que desea. Ahora bien, ¿quién de los hombres puede vivir como quiere, cuando el mismo vivir no está en su poder? Pues quiere vivir, pero se ve obligado a morir. ¿Cómo vive entonces como quiere, quien no vive tanto tiempo como quiere? Y si quiere morir, ¿cómo puede vivir como quiere, quien no quiere vivir? Y si quiere morir no porque no quiera vivir, sino para vivir mejor después de la muerte: entonces aún no vive como quiere, sino cuando llegue a lo que quiere, muriendo. Pero he aquí que vive como quiere, porque se ha forzado a sí mismo y se ha mandado a sí mismo no querer lo que no puede, y querer lo que puede; como dice Terencio: "Puesto que no puede hacerse lo que quieres, quiere lo que puede hacerse" (And. act. 2, scen. 1, v. 5, 6). ¿Acaso por eso es feliz, porque es pacientemente miserable? Pues si no se ama la vida feliz, no se tiene. Pero si se ama y se tiene, es necesario que se ame más excelentemente que todas las demás cosas: porque por esta razón debe amarse cualquier otra cosa que se ame. Pero si se ama tanto como es digna de ser amada (pues no es feliz quien no ama la vida feliz como es digna de ser amada), no puede ser que quien así la ama, no la quiera eterna. Entonces será feliz cuando sea eterna.

CAPÍTULO XXVI.---Que la felicidad de los que viven en el paraíso debe creerse que podría cumplir con el deber de generar sin el apetito vergonzoso.

Vivía, pues, el hombre en el paraíso como quería, mientras deseaba lo que Dios había ordenado: vivía disfrutando de Dios, de quien provenía su bondad: vivía sin ninguna necesidad, teniendo siempre en su poder vivir eternamente. Tenía alimento para no pasar hambre; bebida, para no tener sed; el árbol de la vida, para que la vejez no lo desintegrara. Nada de corrupción en el cuerpo o del cuerpo causaba molestias a sus sentidos. No se temía ninguna enfermedad interna, ni ningún golpe externo. La salud en la carne era perfecta, y en el alma había total tranquilidad. Así como en el paraíso no había calor ni frío, tampoco en su habitante había ofensa a la buena voluntad por deseo o temor. No había nada triste, nada era vanamente alegre: el verdadero gozo perduraba en Dios, en quien ardía la caridad de un corazón puro, una buena conciencia y una fe no fingida (I Tim. I, 5): y entre los cónyuges había una fiel sociedad de amor honesto, una concordia de mente y cuerpo, y una custodia del mandato sin esfuerzo. No había fatiga que cansara al ocioso, ni sueño que lo abrumara contra su voluntad. En tanta facilidad de cosas y felicidad de los hombres, lejos de sospechar que no se podía engendrar descendencia sin la enfermedad de la lujuria: sino que esos miembros se moverían al mandato de la voluntad como los demás, y sin el estímulo seductor del ardor, con tranquilidad de alma y cuerpo, sin corrupción de la integridad, el esposo se uniría al regazo de la esposa (Aeneid. lib. 8, vers. 406). Pues no porque no pueda probarse por experiencia, debe dejar de creerse; ya que esas partes del cuerpo no serían movidas por un calor turbulento, sino que se aplicarían con poder espontáneo según fuera necesario; así entonces podría el semen viril ser introducido en el útero de la esposa sin dañar la integridad del órgano genital femenino, como ahora puede ser expulsado el flujo menstrual de una virgen sin dañar su integridad. Pues por el mismo camino podría ser introducido aquello, por el cual esto puede ser expulsado. Así como para dar a luz no el gemido del dolor, sino el impulso de la madurez relajaría las entrañas femeninas: así para engendrar y concebir no el apetito de la lujuria, sino el uso voluntario uniría ambas naturalezas. Hablamos ahora de cosas vergonzosas: y por eso, aunque antes de que fueran vergonzosas, conjeturamos cómo podrían haber sido, como podemos; sin embargo, es necesario que nuestra discusión sea más contenida por la modestia que nos retrae, que ayudada por la elocuencia, que poco nos asiste. Pues cuando digo esto, ni siquiera lo experimentaron aquellos que pudieron haberlo experimentado (ya que, al anticiparse el pecado, merecieron el exilio del paraíso antes de que pudieran acordar en la obra de engendrar descendencia con tranquilo juicio), ¿cómo ahora, cuando se recuerdan

estas cosas, se presentan a los sentidos humanos, sino por la experiencia de la lujuria turbulenta, no por la conjetura de la voluntad pacífica? De ahí que la vergüenza impida al que habla, aunque no falte la razón al que piensa. Sin embargo, al Dios omnipotente, sumo y sumamente bueno creador de todas las naturalezas, ayudador y remunerador de las buenas voluntades, y abandonador y condenador de las malas, y ordenador de ambas, no le faltó ciertamente el consejo, por el cual llenara el número cierto de ciudadanos predestinado en su sabiduría incluso del género humano condenado para su ciudad: no ya por méritos, puesto que toda la masa fue condenada como en una raíz viciada, sino discerniendo por gracia; y mostrando a los liberados no solo de ellos mismos, sino también de los no liberados, lo que les concede. Pues no por deuda, sino por bondad gratuita, entonces cada uno se reconoce rescatado de los males, cuando se hace inmune de la compañía de aquellos hombres con quienes le sería justa la pena común. ¿Por qué, entonces, no habría de crear Dios a aquellos que previó que pecarían; puesto que en ellos y de ellos, tanto lo que merecería su culpa, como lo que su gracia otorgaría, podría mostrar, y bajo ese creador y ordenador, la perversa desorden de los delincuentes no pervertiría el orden recto de las cosas?

CAPÍTULO XXVII.---De los pecadores y ángeles y hombres, cuya perversidad no perturba la providencia de Dios.

Por tanto, los pecadores, y los ángeles, y los hombres no hacen nada que impida las grandes obras del Señor, exquisitas en todas sus voluntades (Salmo CX, 2). Porque quien distribuye providente y omnipotentemente a cada uno lo suyo, sabe usar bien no solo de los buenos, sino también de los malos. Y por esto, debido al mérito de la primera mala voluntad, así fue condenado y endurecido el ángel malo, que ya no tendría buena voluntad, usando bien Dios de él, ¿por qué no permitiría que el primer hombre, que fue creado recto, es decir, de buena voluntad, fuera tentado por él? Puesto que estaba instituido de tal manera, que si confiaba en la ayuda de Dios, el hombre bueno vencería al ángel malo; pero si, complaciéndose soberbiamente, abandonaba a Dios creador y ayudador, sería vencido: teniendo buen mérito en la voluntad recta ayudada divinamente, y malo en la voluntad perversa que abandona a Dios. Porque incluso confiar en la ayuda de Dios, no podría sin la ayuda de Dios: sin embargo, no por eso no tenía en su poder apartarse de estos beneficios de la gracia divina complaciéndose en sí mismo. Pues así como vivir en esta carne sin la ayuda de los alimentos no está en el poder, no vivir en ella está en el poder; lo que hacen quienes se suicidan: así vivir bien sin la ayuda de Dios, incluso en el paraíso, no estaba en el poder; pero estaba en el poder vivir mal, aunque sin permanecer en la bienaventuranza, y con la más justa pena siguiéndola. Por tanto, cuando Dios no ignoraba esta futura caída humana, ¿por qué no permitiría que fuera tentado por la malicia del ángel envidioso? de ninguna manera, ciertamente, incierto de que sería vencido; pero no obstante, presciente de que de su semilla, ayudado por su gracia, el mismo diablo sería vencido por la mayor gloria de los santos. Así sucedió que ni a Dios se le ocultó nada de los futuros, ni por prever obligó a nadie a pecar; y qué diferencia había entre la presunción propia de cada uno y su protección, lo demostró a la criatura racional angélica y humana con la experiencia consecuente. Pues ¿quién se atrevería a creer, o a decir, que no estaba en el poder de Dios que ni el ángel ni el hombre cayeran? Pero prefirió no quitarles esto de su poder; y así mostrar cuánto mal valía su soberbia, y cuánto bien su gracia.

CAPÍTULO XXVIII.---De la calidad de las dos ciudades, terrena y celestial.

Hicieron, pues, dos ciudades dos amores; la terrena, a saber, el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la celestial, el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo. Finalmente, aquella se gloría en sí misma, esta en el Señor. Aquella busca la gloria de los hombres: para

esta, Dios, testigo de la conciencia, es la máxima gloria. Aquella en su gloria exalta su cabeza: esta dice a su Dios, Mi gloria, y el que exalta mi cabeza (Salmo III, 4). En aquella, en sus príncipes, o en las naciones que subyuga, domina la libido de dominar: en esta se sirven mutuamente en caridad, los superiores aconsejando, y los subordinados obedeciendo. Aquella en sus poderosos ama su propia virtud: esta dice a su Dios, Te amaré, Señor, mi fortaleza (Salmo XVII, 2). Por eso, en aquella, sus sabios viviendo según el hombre, han seguido los bienes de su cuerpo o de su alma, o de ambos; o quienes pudieron conocer a Dios, no lo honraron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato corazón se oscureció: diciendo ser sabios, es decir, dominando en ellos la soberbia en su sabiduría, se hicieron necios; y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de reptiles: pues a semejantes ídolos adoraron, ya fueran líderes de pueblos, ya fueran seguidores: y adoraron y sirvieron a la criatura antes que al Creador, que es bendito por los siglos (Rom. I 21-25). En esta, sin embargo, no hay sabiduría del hombre, sino piedad, con la que se adora correctamente al verdadero Dios, esperando esa recompensa en la sociedad de los santos, no solo de los hombres, sino también de los ángeles, para que Dios sea todo en todos (I Cor. XV, 28).

LIBRO QUINTO DÉCIMO. Después de haber tratado en los cuatro libros inmediatamente anteriores sobre el origen de las dos ciudades, terrena y celestial, Agustín añade otros tantos libros sobre el progreso de las mismas ciudades, y aborda este argumento de tal manera que trata los principales capítulos de la historia sagrada que a ello se refieren, comenzando en este decimoquinto libro con lo que se lee en el Génesis desde Caín y Abel hasta el diluvio.

CAPÍTULO PRIMERO.---De los dos órdenes de la generación humana que desde el principio se dirigen a diferentes fines.

1. Sobre la felicidad del paraíso, o sobre el mismo paraíso, y sobre la vida allí de los primeros hombres, su pecado y su castigo, muchos han tenido muchas opiniones, han dicho muchas cosas, han escrito muchas cosas. Nosotros también, según las Escrituras sagradas, ya sea lo que leemos en ellas, o lo que de ellas hemos podido entender, congruentes con su autoridad, hemos hablado de estas cosas en los libros anteriores. Sin embargo, si se investigan más a fondo, estas cuestiones generan múltiples y variadas disputas, que deben ser entretejidas en más volúmenes de los que esta obra y el tiempo demandan. No tenemos tiempo tan abundante como para detenernos en todo lo que pueden requerir los ociosos y escrupulosos, más preparados para preguntar que capaces de entender. Sin embargo, creo que ya hemos satisfecho suficientemente las grandes y difíciles cuestiones sobre el inicio del mundo, del alma, o del mismo género humano: que hemos distribuido en dos géneros; uno de aquellos que viven según el hombre, otro de aquellos que viven según Dios. A los que también mística y alegóricamente llamamos dos ciudades, es decir, dos sociedades de hombres: una de las cuales está predestinada a reinar eternamente con Dios; la otra, a sufrir eterno castigo con el diablo. Pero este es su fin, del cual hablaremos después. Ahora bien, ya que sobre su origen, ya sea en los ángeles, cuyo número nos es desconocido, o en los dos primeros hombres, se ha dicho lo suficiente, ya me parece que debe abordarse su progreso, desde que esos dos comenzaron a engendrar, hasta que los hombres dejen de engendrar. Pues todo este tiempo, o siglo, en el que los que mueren ceden, y los que nacen suceden, es el progreso de estas dos ciudades de las que estamos hablando.

2. Nació, pues, primero Caín de aquellos dos padres del género humano, perteneciente a la ciudad de los hombres; después Abel, a la ciudad de Dios. Pues así como en un solo hombre, lo que dijo el Apóstol, experimentamos que no es primero lo espiritual, sino lo animal,

después lo espiritual (I Cor. XV, 46): de donde cada uno, puesto que surge de una descendencia condenada, primero debe ser necesariamente malo y carnal de Adán; lo cual, si progresa renaciendo en Cristo, después será bueno y espiritual: así en todo el género humano, cuando primero comenzaron a avanzar naciendo y muriendo estas dos ciudades, el ciudadano de este mundo nació primero; pero después de este, el peregrino en el mundo, y perteneciente a la ciudad de Dios, predestinado por gracia, elegido por gracia, peregrino abajo por gracia, ciudadano arriba por gracia. Pues en cuanto a él mismo, surge de la misma masa, que originalmente está toda condenada: pero como alfarero Dios (pues esta similitud no la introduce imprudentemente, sino prudentemente el Apóstol) de la misma masa hizo un vaso para honra, otro para deshonra (Rom. IX, 21). Sin embargo, primero se hizo el vaso para deshonra, después el otro para honra: porque incluso en el mismo hombre, como ya dije, primero es reprobado, de donde es necesario que comencemos, y donde no es necesario que permanezcamos; después es aprobado, a donde avanzando llegamos, y donde permaneciendo nos quedamos. Por tanto, no todo hombre malo será bueno, pero nadie será bueno que no haya sido malo: pero cuanto más rápido se cambia uno a mejor, más hace que se le nombre por lo que más rápidamente alcanza, y con el nombre posterior cubre el anterior. Está escrito, pues, de Caín, que fundó una ciudad (Gen. IV, 17): pero Abel, como peregrino, no la fundó. Pues la ciudad de los santos es celestial, aunque aquí engendre ciudadanos, en los que peregrina, hasta que llegue el tiempo de su reino, cuando reunirá a todos en sus cuerpos resucitados, cuando se les dará el reino prometido, donde con su príncipe Rey de los siglos reinarán sin fin de tiempo.

CAPÍTULO II.---De los hijos de la carne, y de los hijos de la promesa.

Una sombra ciertamente de esta ciudad y una imagen profética sirvió para significarla más que para presentarla en la tierra, donde debía ser mostrada en su tiempo, y también se llamó ciudad santa por el mérito de la imagen que significaba, no de la verdad expresada, como será en el futuro. De esta imagen sirviente, y de aquella ciudad libre que significa, así habla el Apóstol a los Gálatas: Decidme, dice, los que queréis estar bajo la ley, ¿no habéis oído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava, y otro de la libre. Pero el que era de la esclava, nació según la carne; pero el de la libre, por la promesa: lo cual es en alegoría. Pues estas son dos alianzas; una ciertamente del monte Sinaí que engendra para servidumbre, que es Agar. Porque Sinaí es un monte en Arabia, que está unido a la que ahora es Jerusalén: pues sirve con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre, que es madre de todos nosotros. Porque está escrito, Alégrate, estéril, que no das a luz; rompe y clama, que no tienes dolores de parto: porque muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido. Nosotros, pues, hermanos, somos hijos de la promesa según Isaac. Pero como entonces el que nació según la carne, perseguía al que nació según el espíritu; así también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo: porque no será heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. Nosotros, pues, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre, con la libertad con que Cristo nos hizo libres (Gál. IV, 21-31). Esta forma de entender descendiendo de la autoridad apostólica nos abre el lugar, de cómo debemos recibir las Escrituras de los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo. Pues una parte de la ciudad terrena se convirtió en imagen de la ciudad celestial, no significándose a sí misma, sino a otra; y por eso sirviendo. Pues no fue instituida por sí misma, sino para significar a otra; y precediendo otra significación, también ella fue prefigurada prefigurando. Pues Agar, la esclava de Sara, y su hijo, fueron una imagen de esta imagen. Y porque las sombras iban a pasar con la llegada de la luz, por eso dijo la libre Sara, que significaba la ciudad libre, a la que de nuevo de otro modo significando también esa sombra servía: Echa fuera a la esclava, y a su hijo; porque no será heredero el hijo de la esclava con mi hijo Isaac,

lo que dice el Apóstol, con el hijo de la libre. Encontramos, pues, en la ciudad terrena dos formas; una demostrando su presencia, otra sirviendo con su presencia para significar a la ciudad celestial. La naturaleza viciada por el pecado engendra ciudadanos de la ciudad terrena; pero la gracia que libera de pecado engendra ciudadanos de la ciudad celestial: de donde aquellos son llamados vasos de ira; estos, vasos de misericordia (Rom. IX, 22, 23). Esto también se significó en los dos hijos de Abraham, que uno de la esclava, llamada Agar, nació según la carne Ismael, y el otro de Sara la libre nació Isaac según la promesa. Ambos ciertamente del semen de Abraham: pero aquel lo engendró mostrando la costumbre la naturaleza, este lo dio la promesa significando la gracia. Allí se muestra el uso humano, aquí se recomienda el beneficio divino.

CAPÍTULO III.---De la esterilidad de Sara, que la gracia de Dios fecundó.

Pues Sara era estéril, y en la desesperación de tener hijos, al menos de su esclava deseando tener lo que de sí misma no veía que pudiera, la dio a su marido para que engendrara, de quien había querido tener hijos, y no había podido. Así pues, incluso así exigió el débito de su marido, usando su derecho en el útero ajeno. Nació, pues, Ismael, como nacen los hombres, por la mezcla de ambos sexos, por la ley usual de la naturaleza. Por eso se dijo según la carne: no porque estos beneficios no sean de Dios, o no los opere Dios, cuya sabiduría artífice alcanza, como está escrito, de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas suavemente (Sab. VIII, 1): pero donde debía significarse el don de Dios, que gratuitamente la gracia otorgaría a los hombres, así debía darse un hijo, como no se debía a los cursos de la naturaleza. Pues la naturaleza ya niega hijos a tal mezcla de hombre y mujer, como podía ser la de Abraham y Sara en aquella edad, incluso con la esterilidad de la mujer, que ni entonces pudo dar a luz, cuando no la edad a la fecundidad, sino la fecundidad a la edad faltó. Lo que, pues, no se debía a la naturaleza así afectada el fruto de la posteridad, significa lo que la naturaleza del género humano viciada por el pecado, y por tanto justamente condenada, no merecía nada de verdadera felicidad en el futuro. Con razón, pues, Isaac nacido por la promesa significa a los hijos de la gracia, ciudadanos de la ciudad libre, compañeros de la paz eterna, donde no hay amor de la propia y privada voluntad, sino gozando del bien común e inmutable, y haciendo de muchos un solo corazón, es decir, perfectamente concorde, en la obediencia de la caridad.

CAPÍTULO IV.---De la contienda o paz de la ciudad terrena.

La ciudad terrenal, que no será eterna (pues cuando sea condenada al suplicio final, ya no será ciudad), tiene aquí su bien, del cual se alegra en la medida en que tal alegría puede provenir de estas cosas. Y dado que no es un bien tal que no cause angustias a sus amantes, esta ciudad a menudo se divide contra sí misma, litigando, guerreando y combatiendo, buscando victorias que son o mortales o ciertamente mortíferas. Pues cuando se levanta en guerra una parte de sí misma contra otra, busca ser victoriosa sobre las naciones, aunque sea cautiva de los vicios. Y si, al vencer, se exalta con mayor soberbia, incluso mortalmente; si, por el contrario, pensando en la condición y los azares comunes, se angustia más por lo que puede suceder adversamente que por lo que ha sucedido favorablemente, esta victoria es solo mortal. Pues no podrá siempre dominar permaneciendo sobre aquellos a quienes pudo someter venciendo. No se puede decir correctamente que no son bienes aquellos que esta ciudad codicia, cuando ella misma es mejor en su género humano. Codicia una cierta paz terrenal por las cosas más bajas: pues desea alcanzarla guerreando. Porque si vence, y no hay quien resista, habrá paz, la cual no tenían las partes que se oponían mutuamente, luchando por aquellas cosas que no podían tener juntas debido a su infeliz escasez. Esta paz buscan las

guerras laboriosas; esta paz se obtiene con la victoria que se considera gloriosa. Pero cuando vencen aquellos que luchaban con una causa más justa, ¿quién duda que la victoria debe ser celebrada y que ha llegado una paz deseable? Estos son bienes, y sin duda son dones de Dios. Pero si, descuidando los mejores, que pertenecen a la ciudad celestial, donde habrá victoria en una paz eterna y suprema, estos bienes se codician de tal manera que se creen ser los únicos, o se aman más que aquellos que se consideran mejores; es necesario que siga la miseria, y que la que ya existía se aumente.

CAPÍTULO V.---Del primer autor de la ciudad terrenal, el fratricida, cuya impiedad respondió el fundador de la ciudad de Roma con el asesinato de su hermano.

El primer fundador de la ciudad terrenal fue un fratricida: pues, vencido por la envidia, mató a su hermano, ciudadano de la ciudad eterna, que peregrinaba en esta tierra. Por lo tanto, no es de extrañar que mucho después, en la fundación de esa ciudad que iba a ser la cabeza de esta ciudad terrenal de la que hablamos, y que iba a gobernar sobre tantas naciones, una imagen de su propio género respondiera a este primer ejemplo, o como los griegos lo llaman, ἀρχετύπῳ. Pues también allí, como lo recordó un poeta de ellos, "Los muros primero se empaparon de sangre fraterna" (Lucano, libro 1 Farsalia, v. 95). Así fue fundada Roma, cuando la historia romana atestigua que Remo fue asesinado por su hermano Rómulo: salvo que ambos eran ciudadanos de la ciudad terrenal. Ambos buscaban la gloria en la fundación de la república romana: pero ambos querían una gloria tan grande que, si uno solo existiera, no podrían tenerla. Pues quien deseaba gloriarse dominando, ciertamente dominaría menos si su poder se viera disminuido por un compañero vivo. Para que uno tuviera todo el dominio, el compañero fue eliminado: y el crimen creció en maldad, lo que sería menos y mejor con la inocencia. Sin embargo, estos hermanos Caín y Abel no tenían entre sí una similar codicia de cosas terrenales; ni uno envidiaba al otro en que su dominio se hiciera más estrecho, quien mató al otro, si ambos dominaran (pues Abel no buscaba el dominio en esa ciudad que su hermano estaba fundando): sino que aquella envidia diabólica, por la cual los malos envidian a los buenos, no tiene otra causa, sino que aquellos son buenos, y estos malos. De ninguna manera se hace menor la posesión de la bondad con un compañero que se une o permanece; más bien, la posesión de la bondad es tanto más amplia cuanto más concordemente la caridad de los compañeros indivisos la posee. Finalmente, no tendrá esta posesión quien no quiera tenerla en común; y la encontrará tanto más amplia cuanto más pueda amar al compañero allí. Lo que surgió entre Remo y Rómulo muestra cómo la ciudad terrenal se divide contra sí misma; lo que ocurrió entre Caín y Abel demostró las enemistades entre las dos ciudades mismas, la de Dios y la de los hombres. Así, los malos luchan entre sí: también luchan entre sí los buenos y los malos. Pero los buenos y los buenos, si son perfectos, no pueden luchar entre sí: los que están progresando y aún no son perfectos pueden hacerlo, de modo que cada uno lucha contra el otro en la parte en que también lucha contra sí mismo. Pues en un solo hombre la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gálatas V, 17). Por lo tanto, la concupiscencia espiritual puede luchar contra la carnal de otro, o la concupiscencia carnal contra la espiritual de otro, como luchan entre sí los buenos y los malos: o ciertamente las mismas concupiscencias carnales entre dos buenos, aún no perfectos, como luchan entre sí los malos y los malos, hasta que la salud de aquellos que son curados se lleve a la victoria final.

CAPÍTULO VI.---De las dolencias que, como castigo del pecado, también sufren los ciudadanos de la ciudad de Dios en la peregrinación de esta vida, y de las cuales son sanados por Dios.

Esta dolencia, es decir, aquella desobediencia, de la que hablamos en el libro catorce (Capítulos 1, 11 y otros), es el castigo de la primera desobediencia; y por lo tanto no es naturaleza, sino vicio: por lo cual se dice a los buenos que progresan, y que viven en esta peregrinación por la fe, "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gálatas VI, 2). También se dice en otro lugar: "Amonestad a los inquietos, consolad a los pusilánimes, sostened a los débiles, sed pacientes con todos. Mirad que ninguno devuelva mal por mal a nadie" (1 Tesalonicenses V, 14 y 15). En otro lugar: "Si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restaurad a tal persona con espíritu de mansedumbre, considerando tú mismo, no sea que tú también seas tentado" (Gálatas VI, 1). Y en otro lugar: "No se ponga el sol sobre vuestro enojo" (Efesios IV, 26). Y en el Evangelio: "Si tu hermano peca contra ti, repréndelo entre tú y él solo" (Mateo XVIII, 15). También sobre los pecados en los que se teme la ofensa de muchos, el Apóstol dice: "A los que pecan, repréndelos delante de todos, para que los demás también teman" (1 Timoteo V, 20). Por esto, y sobre el perdón que se debe dar mutuamente, se dan muchos preceptos, y con gran cuidado, para mantener la paz, sin la cual nadie podrá ver a Dios (Hebreos XII, 14): donde está aquel terror, cuando se ordena al siervo que devuelva los diez mil talentos que le habían sido perdonados, porque no perdonó a su compañero la deuda de cien denarios. Con esta similitud propuesta, el Señor Jesús añadió y dijo: "Así también hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano" (Mateo XVIII, 35). De esta manera son curados los ciudadanos de la ciudad de Dios que peregrinan en esta tierra, y suspiran por la paz de la patria celestial. El Espíritu Santo obra internamente, para que la medicina que se aplica externamente pueda tener algún efecto. De lo contrario, aunque Dios mismo, usando una criatura sujeta a él en alguna forma humana, hable a los sentidos humanos, ya sean estos del cuerpo, o aquellos que tenemos muy similares en los sueños, si no gobierna y actúa sobre la mente con gracia interior, toda predicación de la verdad no sirve de nada al hombre. Pero Dios hace esto, distinguiendo los vasos de misericordia de los vasos de ira, con una dispensación que él mismo conoce, muy oculta, pero sin embargo justa. Pues con su ayuda, de maneras maravillosas y ocultas, cuando el pecado, que habita en nuestros miembros, que es más bien ya el castigo del pecado, como manda el Apóstol, no reina en nuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos, ni presentamos nuestros miembros como armas de iniquidad al pecado (Romanos VI, 12, 13), se convierte hacia la mente que no consiente en el mal, siendo gobernada por Dios; y ahora la tendrá más tranquila bajo su gobierno, después de que, con la salud perfecta y la inmortalidad recibida, el hombre reinará sin pecado en la paz eterna.

CAPÍTULO VII.---De la causa y la pertinacia del crimen de Caín, a quien ni siquiera la palabra de Dios apartó de su propósito criminal.

1. Pero esto mismo, que hemos expuesto como hemos podido, cuando Dios habló a Caín de la manera en que solía hablar con los primeros hombres a través de una criatura sujeta, como si fuera su compañero en una forma adecuada, ¿de qué le sirvió? ¿No cumplió el crimen concebido de matar a su hermano incluso después de la palabra de la advertencia divina? Pues cuando Dios distinguió los sacrificios de ambos, mirando al de uno y despreciando al del otro, lo cual no se debe dudar que pudo ser conocido por algún signo visible que lo atestiguara; y Dios hizo esto porque las obras de este eran malas, pero las de su hermano eran buenas: Caín se entristeció mucho, y su rostro se abatió. Así está escrito: "Y el Señor dijo a Caín: ¿Por qué te has entristecido, y por qué se ha abatido tu rostro? ¿No es cierto que si obras bien, serás aceptado? Pero si no obras bien, el pecado está a la puerta. Quiesce: a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él" (Génesis IV, 6, 7, según la LXX). En esta advertencia que Dios pronunció a Caín, aquello que se dijo, "¿No es cierto que si obras bien, serás

aceptado? Pero si no obras bien, el pecado está a la puerta", porque no queda claro por qué o de dónde se dijo, ha generado muchos sentidos debido a su oscuridad, cuando cada intérprete de las Escrituras divinas intenta explicarlo según la regla de la fe. Pues se ofrece correctamente un sacrificio cuando se ofrece al verdadero Dios, a quien solo se debe sacrificar. Pero no se divide correctamente cuando no se distinguen correctamente los lugares, los tiempos, las cosas mismas que se ofrecen, o quien ofrece, y a quien se ofrece, o aquellos a quienes se distribuye para comer lo que se ha ofrecido: para que entendamos por división aquí la discreción; ya sea cuando se ofrece donde no se debe, o lo que no se debe allí, sino en otro lugar; ya sea cuando se ofrece cuando no se debe, o lo que no se debe entonces, sino en otro momento; ya sea cuando se ofrece algo que nunca y en ningún lugar se debió ofrecer; ya sea cuando el hombre retiene para sí lo mejor de las cosas del mismo género que ofrece a Dios; ya sea cuando participa de lo que se ha ofrecido alguien profano, o cualquiera a quien no es lícito hacerlo. En cuál de estas cosas Caín desagradó a Dios, no es fácil de encontrar. Pero dado que el apóstol Juan, cuando hablaba de estos hermanos, dijo: "No como Caín, que era del maligno, y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, pero las de su hermano justas" (1 Juan III, 12): se da a entender que Dios no miró su ofrenda porque en esto mismo dividía mal, dando algo suyo a Dios, pero a sí mismo se daba a sí mismo. Lo que todos hacen quienes, no siguiendo la voluntad de Dios, sino la suya propia, es decir, no viviendo con un corazón recto, sino perverso, ofrecen sin embargo un don a Dios, con el cual piensan que lo redimen, para que no les ayude a sanar sus malas pasiones, sino a satisfacerlas. Y esto es propio de la ciudad terrenal, adorar a Dios o a los dioses, con cuya ayuda reine en victorias y paz terrenal, no por amor a aconsejar, sino por deseo de dominar. Pues los buenos usan el mundo para disfrutar de Dios: pero los malos, al contrario, para disfrutar del mundo, quieren usar a Dios; quienes sin embargo creen que él existe, o que se ocupa de los asuntos humanos. Pues son mucho peores aquellos que ni siquiera creen esto. Conocido por Caín que Dios había mirado el sacrificio de su hermano, pero no el suyo, ciertamente debió cambiar e imitar al hermano bueno, no envidiarlo con altivez. Pero se entristeció, y su rostro se abatió. Este pecado es el que principalmente reprende Dios, la tristeza por la bondad del otro, y esto de un hermano. Pues al reprender esto, preguntó diciendo: "¿Por qué te has entristecido, y por qué se ha abatido tu rostro?" Porque envidiaba a su hermano, Dios lo veía, y esto reprendía. Pues para los hombres, a quienes está oculto el corazón del otro, podría ser ambiguo, y completamente incierto, si aquella tristeza era por su propia maldad, en la que había aprendido que desagradaba a Dios, o si dolía por la bondad de su hermano, que agradó a Dios cuando miró su sacrificio. Pero al dar razón Dios de por qué no quiso aceptar su ofrenda, para que él mismo se desagradara con razón, más que su hermano sin razón, siendo injusto al no dividir correctamente, es decir, al no vivir correctamente, e indigno de que su ofrenda fuera aprobada, mostró que era más injusto porque odiaba sin causa a su hermano justo.

2. Sin embargo, no lo dejó sin un mandato santo, justo y bueno: "Quiesce", dijo; "a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él". ¿Acaso del hermano? De ninguna manera. ¿De quién, entonces, sino del pecado? Pues había dicho: "Has pecado": luego añadió, "Quiesce; a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él". Puede entenderse que el pecado debe convertirse al mismo hombre, para que sepa que debe atribuirse a sí mismo lo que peca. Esta es la medicina saludable de la penitencia, y la petición de perdón no incongruente, para que donde dice, "A ti será su deseo", no se entienda, "Será"; sino, "Sea"; como un mandato, no como una predicción. Pues entonces cada uno dominará el pecado, si no lo defiende, sino que lo somete con penitencia: de lo contrario, servirá a él como dominante, si le da apoyo al que ha llegado. Pero para que el pecado se entienda como la misma concupiscencia carnal, de la que dice el Apóstol, "La carne codicia contra el espíritu" (Gálatas V, 17); en cuyos frutos de la carne

menciona también la envidia, con la que ciertamente Caín se inflamaba y se encendía en el exterminio de su hermano: bien se entiende, "Será", es decir, "A ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él". Pues cuando se conmueve la parte carnal, que el Apóstol llama pecado, donde dice, "No soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí" (Romanos VII, 17): la parte del alma que también los filósofos dicen que es viciosa, no que deba arrastrar a la mente, sino que la mente debe gobernar, y contenerla con razón de las obras ilícitas: pues cuando se conmueve para cometer algo incorrecto, si se quiesce y se obedece al Apóstol que dice, "Ni presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado" (Romanos VI, 13); se convierte hacia la mente, domada y vencida, para que la razón la gobierne. Esto mandó Dios a este, que con las llamas de la envidia se inflamaba contra su hermano, y a quien debía imitar, deseaba eliminar. "Quiesce", dijo: detén la mano del crimen; no reine el pecado en tu cuerpo mortal para obedecer a sus deseos, ni presentes tus miembros como armas de iniquidad al pecado. "A ti será su deseo": mientras no se ayuda relajando, sino que se frena quietando. "Y tú te enseñorearás de él": para que cuando no se permite operar externamente, bajo el poder de la mente gobernante y benevolente, se acostumbre incluso internamente a no moverse. Algo similar se dijo en el mismo libro divino sobre la mujer, cuando después del pecado, al interrogar y juzgar Dios, recibieron las sentencias de condenación, en la serpiente el diablo, y en sí mismos ella y su marido. Pues cuando le dijo, "Multiplicando multiplicaré tus tristezas y tu gemido, y con tristeza darás a luz hijos": luego añadió, "Y a tu marido será tu deseo, y él se enseñoreará de ti" (Génesis III, 16). Lo que se dijo a Caín sobre el pecado, o sobre la concupiscencia carnal viciosa, esto se dijo en este lugar sobre la mujer pecadora: donde se debe entender que el hombre debe ser semejante al que gobierna el alma sobre la carne. Por lo cual dice el Apóstol: "El que ama a su esposa, se ama a sí mismo: pues nadie jamás aborreció su propia carne" (Efesios V, 28 y 29). Pues estas cosas deben ser sanadas, como las nuestras; no como ajenas, condenadas. Pero aquel mandato de Dios a Caín lo aceptó como transgresor. Pues prevaleciendo el vicio de la envidia, acechó y mató a su hermano. Tal era el fundador de la ciudad terrenal. Cómo, sin embargo, prefiguró también a los judíos, por quienes Cristo fue asesinado, el pastor de las ovejas humanas, que Abel, el pastor de las ovejas de ganado, prefiguraba, porque es un asunto de alegoría profética, me abstengo de decirlo ahora, y recuerdo haber dicho algo de esto contra Fausto el Maniqueo.

CAPÍTULO VIII.---De la razón por la cual Caín fundó una ciudad entre los principios del género humano.

1. Ahora bien, me parece necesario defender la historia, para que la Escritura no sea considerada increíble, la cual dice que una ciudad fue edificada por un solo hombre en un tiempo en que no parecían haber más de cuatro hombres, o más bien tres, después de que un hermano matara a otro; es decir, el primer hombre, padre de todos, y el mismo Caín, y su hijo Enoc, de cuyo nombre la ciudad misma fue llamada. Pero aquellos a quienes esto les inquieta, consideran poco que no todos los hombres que pudieron existir entonces debían ser nombrados por el escritor de esta sagrada historia, sino solo aquellos que la razón de la obra emprendida requería. Pues el propósito de aquel escritor, por quien el Espíritu Santo actuaba, era llegar a Abraham a través de las sucesiones de ciertas generaciones propagadas desde un solo hombre, y luego desde su descendencia al pueblo de Dios: en el cual, separado de las demás naciones, se prefiguraban y preanunciaban todas las cosas que se preveían que habrían de venir sobre la ciudad cuyo reino será eterno, y sobre su Rey y también fundador, Cristo, en el Espíritu; de modo que tampoco se callara sobre la otra sociedad de hombres, la que llamamos ciudad terrenal, en la medida en que fuera suficiente mencionarla para que la ciudad de Dios resplandeciera también en comparación con su adversaria. Por tanto, cuando

la Escritura divina, donde también menciona el número de años que vivieron aquellos hombres, concluye diciendo sobre aquel de quien hablaba, "Y engendró hijos e hijas, y fueron todos los días de aquel, o de aquel, los años que vivió, tantos, y murió" (Gén. V, 4, 5, y en otros lugares): ¿acaso porque no nombra a esos hijos e hijas, no debemos entender que durante tantos años, en los que vivían entonces en la primera edad de este mundo, pudieron nacer muchos hombres, con cuyos grupos se pudieran fundar también muchas ciudades? Pero correspondió a Dios, por cuya inspiración fueron escritas estas cosas, distinguir y separar primeramente estas dos sociedades con sus diversas generaciones: para que se entrelazaran por separado las generaciones de los hombres, es decir, de los que vivían según el hombre, y por separado las de los hijos de Dios, es decir, de los hombres que vivían según Dios, hasta el diluvio, donde se narra la separación y unión de ambas sociedades: separación, porque se mencionan por separado las generaciones de ambas, una del fratricida Caín, y la otra de aquel que se llamaba Set; pues también él había nacido de Adán, en lugar de aquel a quien su hermano mató: unión, porque, al declinar los buenos hacia lo peor, todos se habían hecho tales que fueron destruidos por el diluvio, excepto un justo, cuyo nombre era Noé, y su esposa, y sus tres hijos, y sus respectivas esposas, quienes, siendo ocho personas, merecieron escapar de aquella devastación de todos los mortales a través del arca.

2. Por tanto, lo que está escrito, "Y conoció Caín a su mujer, y concibiendo dio a luz a Enoc; y estaba edificando una ciudad en el nombre de su hijo Enoc": no es consecuente creer que este fue su primer hijo. Pues no debe pensarse esto porque se dice que conoció a su mujer, como si entonces por primera vez se hubiera unido a ella en el acto conyugal. Pues también del mismo padre de todos, Adán, no solo se dijo esto cuando fue concebido Caín, quien parece haber sido su primogénito: sino que más tarde la misma Escritura dice, "Conoció Adán a su mujer Eva, y concibió, y dio a luz un hijo, y llamó su nombre Set" (Gén. IV, 17, 25). De donde se entiende que esa Escritura suele hablar así, aunque no siempre que se lee en ella que se hicieron concepciones de hombres, no obstante, no solo cuando por primera vez se mezclan ambos sexos. Tampoco es necesariamente un argumento para pensar que Enoc fue el primogénito del padre, porque aquella ciudad fue llamada con su nombre. Pues no es sin razón que, por alguna causa, aunque tuviera otros, el padre lo amara más que a los demás. Pues tampoco Judá fue el primogénito, de quien se nombró Judea y los judíos. Pero incluso si este hijo fue el primero nacido del fundador de aquella ciudad, no por eso debe pensarse que entonces se le impuso su nombre a la ciudad fundada por el padre cuando nació; porque tampoco entonces podía ser constituida por uno solo una ciudad, que no es otra cosa que una multitud de hombres unida por algún vínculo de sociedad: pero cuando la familia de aquel hombre creció en tal número, que ya tenía la cantidad de un pueblo, entonces pudo ciertamente suceder que constituyera y diera el nombre de su primogénito a la ciudad constituida. Pues tan larga fue la vida de aquellos hombres, que de los mencionados allí, cuyos años no se callan, el que menos vivió antes del diluvio, llegó a setecientos cincuenta y tres. Pues muchos pasaron de novecientos años, aunque nadie llegó a mil. ¿Quién, pues, dudará que durante la vida de un solo hombre pudo multiplicarse tanto el género humano, que se pudiera constituir no una, sino muchas ciudades? Lo cual se puede conjeturar fácilmente a partir de esto, porque de un solo Abraham, en poco más de cuatrocientos años, se procreó una cantidad tan numerosa de la nación hebrea, que en la salida de ese pueblo de Egipto se dice que hubo seiscientos mil hombres de edad militar (Éxodo XII, 37), sin mencionar a la nación de los edomitas, que no pertenecía al pueblo de Israel, la cual engendró su hermano Esaú, nieto de Abraham, y otras nacidas de la semilla del mismo Abraham, no procreadas por Sara su esposa.

CAPÍTULO IX.---De la larga vida de los hombres, que fue antes del diluvio, y de la mayor forma de los cuerpos humanos.

Por lo tanto, ningún prudente evaluador de las cosas dudará que Caín pudo fundar no solo alguna, sino incluso una gran ciudad, cuando la vida de los mortales se extendía por tanto tiempo: a menos que tal vez algún incrédulo nos plantee una cuestión a partir de la misma cantidad de años, en la que se dice que los hombres vivieron entonces en nuestros autores; y niegue que esto deba ser creído. Pues tampoco creen que las magnitudes de los cuerpos fueran entonces mucho mayores que ahora. De donde también su poeta más noble, Virgilio, sobre una enorme piedra, que un hombre fuerte de aquellos tiempos arrancó, corrió, lanzó y arrojó en el límite de los campos, dice: "Apenas doce hombres escogidos podrían levantarla sobre sus hombros, como los cuerpos de hombres que ahora produce la tierra" (Eneida, libro 12, v. 899-900), significando que la tierra solía producir entonces cuerpos más grandes. ¿Cuánto más, pues, en los tiempos más recientes del mundo, antes de aquel noble y famoso diluvio? Pero la magnitud de los cuerpos a menudo convence a los incrédulos por las tumbas desenterradas por la antigüedad o por la fuerza de los ríos y varios accidentes, donde han aparecido, o de donde han caído, huesos de muertos de increíble tamaño. Yo mismo vi, no solo, sino con algunos otros, en la costa de Utica, un diente molar de un hombre tan enorme, que si se cortara en pequeños trozos del tamaño de nuestros dientes, parecería haber podido hacer cien. Pero creería que fue de algún gigante. Pues además de que los cuerpos eran entonces mucho más grandes que los nuestros, los gigantes superaban con mucho a los demás. Así como en otros tiempos posteriores y en los nuestros, rara vez, pero casi nunca han faltado, aquellos que exceden mucho el tamaño de los demás. Plinio el Viejo, un hombre muy erudito, testifica que cuanto más avanza el curso del siglo, la naturaleza soporta cuerpos más pequeños. Lo cual también recuerda que Homero a menudo se quejaba en su poesía, no ridiculizando estas cosas como si fueran ficciones poéticas, sino asumiéndolas en la fe histórica como escritor de milagros naturales (Historia natural, libro 7, cap. 16). Sin embargo, como dije, las magnitudes de los cuerpos antiguos a menudo se revelan por los huesos encontrados, ya que son duraderos, incluso en siglos mucho posteriores. Pero la cantidad de años de cada hombre que fue en aquellos tiempos, ahora no puede ser experimentada con tales documentos. Sin embargo, no por eso debe negarse la fe a esta sagrada historia, cuya narración no creemos con tanta impudencia, cuanto más ciertamente vemos cumplirse lo que fue predicho. Sin embargo, el mismo Plinio dice que todavía hay una nación donde se vive doscientos años. Si, por lo tanto, las longitudes de las vidas humanas, que no hemos experimentado, se cree que existen hoy en lugares desconocidos para nosotros, ¿por qué no se cree que también existieron en tiempos pasados? ¿O es creíble que en algún lugar exista lo que aquí no hay, y es increíble que alguna vez haya existido lo que ahora no hay?

CAPÍTULO X.---De la diferencia en la que los números de años parecen diferir entre los códices hebreos y los nuestros.

Por lo tanto, aunque entre los códices hebreos y los nuestros parece haber alguna distancia en el mismo número de años, lo cual ignoro cómo ha sucedido: no obstante, no es tanta como para que discrepen en que aquellos hombres fueron tan longevos. Pues el mismo primer hombre, Adán, antes de engendrar al hijo que fue llamado Set, se encuentra que vivió doscientos treinta años en nuestros códices, pero en los hebreos se dice que ciento treinta (Gén. V, 3). Pero después de que lo engendró, se lee que vivió setecientos años en los nuestros, y ochocientos en los de ellos (Ibid., 4). Y así, en ambos, la suma total concuerda. Y luego, en las generaciones siguientes, antes de que nazca el que se menciona que fue engendrado, se encuentra que su padre vivió menos en los hebreos por cien años: pero después de que fue engendrado, se encuentran cien menos en los nuestros que en los hebreos.

Y así, de aquí y de allá, la suma total de los números concuerda. Sin embargo, en la sexta generación, en ninguna parte los códices difieren. En la séptima, donde aquel que nació, Enoc, no murió, sino que se narra que fue trasladado porque agradó a Dios, hay la misma disonancia que en las cinco anteriores sobre los cien años antes de que engendrara al hijo que allí se menciona: y así, en la suma, hay una consonancia similar. Pues vivió años, antes de ser trasladado, según ambos códices, trescientos sesenta y cinco (Ibid., 21-23). La octava generación tiene ciertamente alguna diversidad, pero menor, y diferente de las demás. Pues Matusalén, a quien engendró Enoc, antes de engendrar al que sigue en ese orden, según los hebreos vivió no cien menos, sino veinte más: que nuevamente en los nuestros, después de que lo engendró, se encuentran añadidos, y en ambos la suma total de los números coincide (Ibid. 25-27). En la novena generación solamente, es decir, en los años de Lamec, hijo de Matusalén, y padre de Noé, la suma total difiere, pero no mucho. Pues se encuentra que vivió veinticuatro años más en los hebreos que en nuestros códices. Pues antes de engendrar al hijo que fue llamado Noé, tiene seis menos en los hebreos que en los nuestros: pero después de que lo engendró, treinta más en los mismos que en los nuestros (Ibid. 28-31). De donde, restando esos seis, quedan veinticuatro, como se ha dicho.

CAPÍTULO XI.---De los años de Matusalén, cuya edad parece exceder en catorce años al diluvio.

Pero por esta discrepancia entre los códices hebreos y los nuestros, surge aquella cuestión famosísima, donde se calcula que Matusalén vivió catorce años después del diluvio, cuando la Escritura menciona que de todos los que estaban en la tierra entonces, solo ocho personas en el arca escaparon de la destrucción del diluvio (I Pedro III, 20), entre los cuales no estaba Matusalén. Según nuestros códices, Matusalén, antes de engendrar a aquel que llamó Lamec, vivió ciento sesenta y siete años: luego el mismo Lamec, antes de que naciera de él Noé, vivió ciento ochenta y ocho años, que juntos hacen trescientos cincuenta y cinco. A estos se añaden seiscientos de Noé, en cuyo año se hizo el diluvio (Gén. VII, 6): que hacen novecientos cincuenta y cinco, desde que nació Matusalén hasta el año del diluvio. Pero todos los años de la vida de Matusalén se computan en novecientos sesenta y nueve: porque cuando vivió ciento sesenta y siete años, y engendró al hijo que fue llamado Lamec, después de que fue engendrado vivió ochocientos dos años; que todos, como dijimos, hacen novecientos sesenta y nueve (Gén. V, 25-27). De donde, restando novecientos cincuenta y cinco desde el nacimiento de Matusalén hasta el diluvio, quedan catorce, en los que se cree que vivió después del diluvio. Por lo cual, algunos, aunque no en la tierra, donde se sabe que toda carne, que por naturaleza no puede vivir en las aguas, fue destruida, creen que estuvo con su padre, quien había sido trasladado, y allí vivió hasta que pasó el diluvio; no queriendo restar fe a los códices, que la Iglesia ha adoptado en mayor autoridad, y creyendo que los judíos más bien que estos no tienen lo que es verdad. Pues no admiten que aquí pudo haber un error de los intérpretes, más que ser falso en aquella lengua de donde la Escritura misma fue traducida a la nuestra a través del griego. Pero dicen que no es creíble que los Setenta intérpretes, que al mismo tiempo y con un solo sentido interpretaron, pudieran haber errado, o que quisieran mentir donde nada de eso les interesaba; pero que los judíos, mientras nos envidian, porque la Ley y los Profetas han sido interpretados para nosotros, cambiaron algo en sus corazones, para que nuestra autoridad fuera disminuida. Que cada uno acepte esta opinión o sospecha como le parezca: sin embargo, es cierto que Matusalén no vivió después del diluvio, sino que murió en el mismo año, si es verdad lo que se encuentra sobre el número de años en los códices hebreos. Sobre aquellos Setenta intérpretes, lo que me parece, debe ser insertado más diligentemente en su lugar, cuando, con la ayuda del Señor, lleguemos a recordar esos tiempos, según lo requiera la necesidad de esta obra. Pues para la presente

cuestión basta que, según ambos códices, aquellos hombres tuvieron vidas tan largas, que durante la vida de uno solo, que fue el primero nacido de los dos, que eran los únicos padres que la tierra tenía entonces, pudo multiplicarse el género humano para constituir incluso una ciudad.

CAPÍTULO XII.---De la opinión de aquellos que no creen que los hombres de los primeros tiempos fueran tan longevos como se escribe.

1. Pues de ninguna manera deben ser escuchados aquellos que piensan que los años fueron computados de otra manera en aquellos tiempos, es decir, de tal brevedad, que un año nuestro se crea que contenía diez de ellos. Por lo cual, dicen, cuando alguien escucha o lee que alguien vivió novecientos años, debe entender que fueron noventa: pues aquellos diez años eran uno nuestro; y diez nuestros, eran cien de ellos. Y por lo tanto, según piensan, Adán tenía veintitrés años cuando engendró a Set; y el mismo Set tenía veinte y seis meses, cuando de él nació Enós, a quien la Escritura llama doscientos cinco años. Pues, como sospechan aquellos cuya opinión exponemos, un año como el que ahora tenemos, lo dividían en diez partes, y esas partes las llamaban años. De las cuales partes una tiene el cuadrado del seis, porque Dios completó sus obras en seis días, para descansar en el séptimo. Sobre lo cual he discutido en el libro undécimo, como pude. Seis veces seis, que hace el número cuadrado del seis, son treinta y seis días: que multiplicados por diez, llegan a trescientos sesenta, es decir, doce meses lunares. Pues por los cinco días restantes, con los que se completa el año solar, y el cuarto de día, por el cual cada cuatro años, en el año que llaman bisiesto, se añade un día, se añadían después días por los antiguos, para que coincidiera el número de años, que los romanos llamaban días intercalares. Por lo tanto, también Enós, a quien engendró Set, tenía diecinueve años, cuando de él nació su hijo Cainán, a quien la Escritura llama ciento noventa años (Gén. V, 9, según los LXX). Y así sucesivamente, a través de todas las generaciones, en las que se mencionan los años de los hombres antes del diluvio, casi ninguno se encuentra en nuestros códices, que cuando tenía cien años o menos, o incluso ciento veinte, o no mucho más, engendrara un hijo; sino que los que engendraron a la menor edad, se dice que tenían ciento sesenta, y algo más: porque nadie, dicen, puede engendrar hijos a los diez años, que era el número que aquellos hombres llamaban años; pero a los dieciséis años está la pubertad madura, y ya apta para procrear descendencia, a los que aquellos tiempos llamaban ciento sesenta años. Pero para que no sea increíble que el año se computara de otra manera entonces, añaden lo que se encuentra en muchos escritores de historia, que los egipcios tenían un año de cuatro meses, los acarnanios de seis meses, los lavinios de trece meses. Plinio el Viejo, después de haber mencionado que se había registrado en las letras que alguien vivió ciento cincuenta y dos años, otro diez más, otros tuvieron una vida de doscientos años, otros de trescientos, algunos llegaron a quinientos, otros a seiscientos, algunos incluso llegaron a ochocientos, pensó que todo esto sucedió por la ignorancia de los tiempos. Pues algunos, dice, determinaban un año en verano, y otro en invierno; otros en las estaciones divididas en cuatro partes, como los arcadios, dice, cuyos años eran trimestrales. Añadió también que en algún momento los egipcios, cuyos años pequeños dijimos antes que eran de cuatro meses, limitaron el año al final de la luna. Por lo tanto, dice, entre ellos se dice que vivieron incluso mil años.

2. Con ciertos argumentos probables, algunos, no destruyendo la fe de esta sagrada historia, sino intentando fortalecerla, para que no sea increíble que los antiguos vivieran tantos años, se persuadieron a sí mismos, y no creen imprudentemente persuadir a otros, que entonces se llamaba año a un período de tiempo tan breve, que diez de ellos eran uno de los nuestros, y diez de los nuestros eran cien de los de ellos. Sin embargo, esto se demuestra falsísimo con

una evidencia clarísima. Antes de hacerlo, no me parece que deba callar cuál podría ser una sospecha más creíble. Ciertamente podríamos refutar y convencer esta afirmación a partir de los códices hebreos, donde se encuentra que Adán tenía no doscientos treinta, sino ciento treinta años cuando engendró a su tercer hijo (Gén. V, 3): si esos años fueran trece de los nuestros, sin duda habría engendrado al primero cuando tenía once o no mucho más. ¿Quién puede engendrar a esa edad según la ley natural usual y más conocida por nosotros? Pero dejemos esto, que tal vez incluso cuando fue creado, pudo hacerlo. No es creíble que haya sido hecho tan pequeño como son nuestros infantes. Pero su hijo no tenía doscientos cinco, como leemos, sino ciento cinco años cuando engendró a Enós (Ibid., 6): y por lo tanto, según estos, aún no tenía once años de edad. ¿Qué puedo decir de su hijo Cainán, quien, aunque se encuentra que tenía ciento setenta años, según los hebreos tenía setenta cuando engendró a Malaleel (Ibid., 12)? ¿Quién engendra a los siete años, si entonces se llamaban setenta años a los que eran siete?

CAPÍTULO XIII.---Si en la enumeración de los años, debe seguirse la autoridad de los hebreos más que la de los Setenta intérpretes.

1. Pero cuando digo esto, inmediatamente se dirá que es una mentira de los judíos; sobre lo cual se ha hablado suficientemente antes: pues no se puede pensar que los Setenta intérpretes, hombres celebrados laudablemente, pudieran mentir. Si pregunto qué es más creíble, que la nación de los judíos, tan extendida y difundida, pudiera conspirar con un solo propósito para escribir esta mentira, y mientras envidian a otros la autoridad, se privan a sí mismos de la verdad; o que setenta hombres, que también eran judíos, reunidos en un solo lugar, ya que el rey de Egipto Ptolomeo los había convocado para esta obra, envidiaran la verdad misma a las naciones extranjeras, y lo hicieran con un consejo compartido: ¿quién no ve qué es más fácil y más creíble? Pero lejos esté que alguien prudente crea que los judíos, por cualquier perversidad y malicia, pudieron tanto en códices tan numerosos y tan ampliamente dispersos; o que aquellos setenta hombres memorables compartieran un solo consejo sobre la verdad que debía envidiarse a las naciones. Por lo tanto, alguien podría decir que cuando primero comenzaron a copiarse estas cosas de la biblioteca de Ptolomeo, entonces pudo haber ocurrido algo así en un solo códice, precisamente el primero copiado de allí, de donde ya se difundió más ampliamente, donde también pudo ocurrir un error del copista. Pero esto en la cuestión de la vida de Matusalén no es absurdo sospechar; y en aquel otro, donde al superar veinticuatro años, la suma no concuerda. Pero en estos en los que se continúa la similitud de la misma falsedad, de modo que antes de que se engendre al hijo que se inserta en el orden, en un lugar sobran cien años, en otro faltan; después de engendrado, donde faltaban, sobran; donde sobraban, faltan, para que la suma concuerde; y esto se encuentra en la primera, segunda, tercera, cuarta, quinta, séptima generación: parece tener una cierta, si se puede decir, constancia el mismo error; y no huele a casualidad, sino a industria.

2. Por lo tanto, esa diversidad de números que se encuentran de manera diferente en los códices griegos y latinos, y de manera diferente en los hebreos, donde no hay esa paridad continuada de cien años primero añadidos y luego restados a través de tantas generaciones, no debe atribuirse a la malicia de los judíos, ni a la diligencia o prudencia de los Setenta intérpretes, sino al error del copista, quien primero recibió el códice para copiar de la biblioteca del mencionado rey. Pues incluso ahora, donde los números no tienen intención hacia algo que pueda entenderse fácilmente, o que parezca útil aprender, se copian negligentemente, y se corrigen con más negligencia. ¿Quién, en efecto, considera que debe aprender cuántos miles de hombres pudieron tener las tribus de Israel por separado? ya que no se cree que pueda ser de alguna utilidad: y ¿quién es el hombre al que se le aparece la profundidad de esta utilidad? Pero aquí, donde a través de tantas generaciones continuadas,

en un lugar sobran cien años, en otro faltan; y después de nacido el hijo que debía ser mencionado, faltan donde estaban, están donde faltaban, para que la suma concuerde: ciertamente, cuando quien hizo esto quiso persuadir que los antiguos vivieron tantos años porque los llamaban brevísimos; y trató de mostrar esto por la madurez de la pubertad, por la cual se engendrarían hijos idóneos; y por eso pensó que debía insinuar en esos cien años diez de los nuestros a los incrédulos, para que no se negaran a aceptar en la fe que los hombres vivieron tanto tiempo; añadió cien donde no encontró edad adecuada para engendrar hijos; y los mismos, después de engendrados los hijos, para que la suma concordara, los restó. Así quiso hacer creíbles las conveniencias de edades idóneas para engendrar prole, de modo que no defraudara con el número las edades totales de los vivientes individuales. Pero que en la sexta generación no lo hizo, eso mismo es lo que más mueve, que lo hizo cuando lo que decimos lo requería, porque no lo hizo donde no lo requería. Pues encontró en la misma generación que Jaret, antes de engendrar a Enoc, vivió ciento sesenta y dos años según los hebreos (Gén. V, 18), que según esa razón de años breves son dieciséis años, y algo menos de dos meses; que ya es una edad apta para engendrar: y por eso no fue necesario añadir cien años breves, para que fueran veintiséis de los nuestros; ni restar después de nacido Enoc los que no había añadido antes de nacer. Así ocurrió que aquí no hubo variedad alguna entre ambos códices.

3. Pero nuevamente mueve, por qué en la octava generación, antes de que naciera Lamec de Matusalén, cuando según los hebreos se leen ciento ochenta y dos años, se encuentran veinte menos en nuestros códices, donde más bien suelen añadirse cien; y después de engendrado Lamec se restituyen para completar la suma, que no discrepa en ambos códices. Pues si ciento setenta años por la madurez de la pubertad, quería que se entendieran como diecisiete, así como no debía añadir, tampoco debía restar ya: porque había encontrado una edad adecuada para la generación de hijos, por la cual en otros añadía esos cien años donde no la encontraba. Esto de los veinte años con razón podríamos pensar que pudo haber ocurrido por casualidad de un error, si no se hubiera cuidado de restituirlos después como antes los había restado, para que la integridad de la suma concordara. ¿O acaso debe considerarse hecho más astutamente, para que se ocultara la industria por la cual suelen añadirse primero cien años y luego restarse, cuando también allí donde no era necesario, no de cien años, pero sí de un número cualquiera primero restado, luego restituido, se hiciera algo así? Pero de cualquier manera que se tome esto, ya sea que se crea que se hizo así, o no se crea; o finalmente, ya sea que sea así, o no sea así: no dudaría de ningún modo que se haga correctamente, que cuando se encuentra algo diverso en ambos códices, puesto que en cuanto a la fe de los hechos no puede ser verdadero ambos, se crea más bien a la lengua de la cual se hizo la traducción a otra por los intérpretes. Pues en algunos códices griegos, tres, y uno latino, y uno también sirio, concordando entre sí, se encontró que Matusalén había muerto seis años antes del diluvio.

CAPÍTULO XIV.---Sobre la paridad de los años, que corrieron en los mismos períodos que ahora y en los siglos anteriores.

1. Ahora veamos de qué manera se puede mostrar claramente que no eran tan breves, que diez de ellos fueran uno de los nuestros, sino que los años eran de la misma longitud que los que ahora tenemos (que ciertamente los circuitos del sol completan), en la vida larguísima de aquellos hombres. En efecto, está escrito que el diluvio ocurrió en el año seiscientos de la vida de Noé. ¿Por qué entonces se lee allí, "Y el agua del diluvio fue sobre la tierra en el año seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes, el día veintisiete del mes" (Gén. VII, 10, 11 según los LXX); si ese año mínimo, como aquellos diez que hacen uno de los nuestros, tenía treinta y seis días? Pues un año tan pequeño, si antiguamente recibió este nombre, o no tiene

meses, o su mes es de tres días, para tener doce meses. ¿Cómo, entonces, aquí se dijo, "En el año seiscientos, en el segundo mes, el día veintisiete del mes"; si no porque los meses eran tales como los de ahora? Pues de qué otra manera se diría que el diluvio comenzó el día veintisiete del segundo mes? Luego, al final del diluvio, se lee así: "Y el arca se asentó en el séptimo mes, el día veintisiete del mes, sobre los montes de Ararat. Y el agua disminuyó hasta el undécimo mes: en el undécimo mes, el primer día del mes, aparecieron las cimas de los montes" (Id. VIII, 4, 5). Si, por lo tanto, los meses eran tales, ciertamente también los años eran tales como los que ahora tenemos. Pues aquellos meses de tres días no podían tener veintisiete días. O si la parte trigésima de tres días entonces se llamaba día, para que todo se redujera en proporción; entonces ni siquiera en cuatro días nuestros se hizo aquel diluvio tan grande, que se recuerda que ocurrió en cuarenta días y noches. ¿Quién soportaría esta absurdidad y vanidad? Por lo tanto, que se quite este error, que con una conjetura falsa quiere fortalecer la fe de nuestras Escrituras, para destruirla en otro lugar. Sin duda, tanto entonces como ahora, el día era tan largo como lo es ahora, determinado por veinticuatro horas en su curso diurno y nocturno: el mes era tan largo como lo es ahora, concluido por la luna comenzada y terminada: el año era tan largo como lo es ahora, completado por doce meses lunares, añadiendo cinco días y un cuarto debido al curso solar: cuántos años eran seiscientos de la vida de Noé, el segundo mes de ellos y el día veintisiete del mes, cuando comenzó el diluvio; en el cual se recuerdan lluvias continuas e intensas durante cuarenta días (Gén. VII, 12), que no tenían dos horas y un poco más, sino veinticuatro horas pasadas día y noche. Y por lo tanto, aquellos antiguos vivieron años tan grandes hasta más de novecientos, como después vivió Abraham ciento setenta y cinco (Id. XXV, 7), y después de él su hijo Isaac ciento ochenta (Id. XXXV, 28), y su hijo Jacob casi ciento cincuenta (Id. XXVII, 28), y cuantos vivió Moisés, después de un intervalo de tiempo, ciento veinte (Deut. XXXIV, 7), y cuantos incluso ahora viven los hombres setenta u ochenta, o no mucho más, de los cuales se dijo: "Y su mayor parte es trabajo y dolor" (Sal. LXXXIX, 10).

2. Pero la variedad de números que se encuentra entre los códices hebreos y los nuestros, no difiere de esta longevidad de los antiguos, y si tiene algo tan diverso que no puede ser verdadero ambos, la fe de los hechos debe buscarse en esa lengua de la cual se hizo la traducción que tenemos. Aunque esta facilidad está disponible para los que quieren en todas partes de las naciones; no obstante, no es en vano que nadie se haya atrevido a corregir a los Setenta intérpretes en muchas cosas que parecen decir de manera diferente a partir de los códices hebreos. Pues esa diversidad no se consideró un error; ni yo de ningún modo creo que deba considerarse así. Pero donde no hay error del copista, debe creerse que ellos, por el Espíritu divino, donde el sentido era acorde con la verdad, y proclamando la verdad, quisieron decir algo diferente, no al modo de los intérpretes, sino con la libertad de los profetas. Por lo cual, con razón, no solo a los hebreos, sino también a ellos, cuando se aducen testimonios de las Escrituras, se encuentra que se les otorga autoridad apostólica. Pero de esto prometí hablar más diligentemente en un lugar más oportuno, si Dios lo permite: ahora resolveré lo que está pendiente. No hay duda de que desde el hombre que fue el primero nacido del primer hombre, cuando vivían tanto tiempo, pudo establecerse una ciudad, ciertamente terrenal, no aquella que se llama ciudad de Dios: sobre la cual para escribir, tomamos en nuestras manos el trabajo de esta gran obra.

CAPÍTULO XV.---Si es creíble que los hombres del primer siglo, hasta la edad en que se dice que engendraron hijos, se abstuvieron del coito.

1. Entonces alguien dirá: ¿Es creíble que un hombre que va a engendrar hijos, y que no tiene el propósito de la continencia, haya estado libre de la obra de la cópula durante cien años o más, o según los hebreos no mucho menos, es decir, ochenta, setenta, sesenta años; o si no

estaba libre, no pudo engendrar prole? Esta cuestión se resuelve de dos maneras. O bien la pubertad fue proporcionalmente más tardía cuanto mayor era la longevidad de toda la vida: o, lo que veo más creíble, no se mencionan aquí los hijos primogénitos, sino aquellos que el orden de sucesión requería, para llegar a Noé, de quien nuevamente se ve que se llegó a Abraham; y luego hasta un cierto punto en el tiempo, tanto como era necesario señalar también con las generaciones mencionadas el curso de la ciudad más gloriosa peregrinando en este mundo, y buscando la patria celestial. Pues lo que no se puede negar, Caín fue el primero de todos nacido de la unión del hombre y la mujer. Pues no habría dicho Adán, después de que nació, lo que se dice que dijo, "He adquirido un hombre por Dios"; si él no hubiera sido el primer hombre añadido al nacer. A este le siguió Abel, a quien su hermano mayor mató, prefigurando de alguna manera la ciudad peregrina de Dios, que iba a sufrir persecuciones injustas de los impíos, y de los que de alguna manera son terrígenas, es decir, que aman el origen terrenal, y se alegran con la felicidad terrena de la ciudad terrenal, lo mostró primero. Pero cuántos años tenía Adán cuando los engendró, no se muestra. Desde entonces se enumeran otras generaciones de Caín, otras de aquel que Adán engendró en lugar de aquel a quien su hermano mató, y llamó su nombre Set, diciendo como está escrito, "Porque Dios me ha suscitado otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín" (Gén. IV, 1, 25). Así que estas dos series de generaciones, una de Set, otra de Caín, insinúan estas dos ciudades de las que hablamos, con órdenes distintos, una celestial peregrinando en la tierra, otra terrenal deseando o adhiriéndose a los goces terrenales como si fueran los únicos: ninguno de la progenie de Caín, aunque se enumeró hasta la octava generación junto con Adán, se expresó cuántos años tenía cuando engendró al que se menciona después de él. Pues el Espíritu de Dios no quiso notar los tiempos en las generaciones de la ciudad terrenal antes del diluvio, sino que prefirió hacerlo en la celestial, como si fueran más dignas de memoria. Además, cuando nació Set, no se callaron los años de su padre, pero ya había engendrado a otros: y ¿quién se atrevería a afirmar que solo había engendrado a Caín y Abel? Pues no porque solo se mencionen por los órdenes de las generaciones que debían ser mencionadas, por eso debe parecer consecuente que solo ellos fueron engendrados entonces de Adán. Pues aunque se cubran con silencio todos los nombres de los demás, se lee que engendró hijos e hijas, ¿quién puede afirmar con seguridad cuál fue esa prole suya, si evita la culpa de la temeridad? Pues Adán pudo, divinamente advertido, decir, después de que nació Set, "Porque Dios me ha suscitado otro hijo en lugar de Abel"; porque tal iba a ser, que llenaría su santidad, no porque él fuera el primero en nacer después de él en orden de tiempo. Luego, lo que está escrito, "Y vivió Set doscientos cinco años, o según los hebreos, ciento cinco años, y engendró a Enós": ¿quién puede, si no es inconsiderado, afirmar que este fue su primogénito? Para que con razón nos preguntemos admirados, cómo pudo estar libre de matrimonio durante tantos años sin ningún propósito de continencia, o no engendrar estando casado; puesto que también se lee de él, "Y engendró hijos e hijas, y fueron todos los días de Set novecientos doce años, y murió" (Gén. V, 4-8). Y así sucesivamente, cuyos años se mencionan, ni se calla que engendraron hijos e hijas. Y por lo tanto, no aparece en absoluto si el que se nombra engendrado fue el primogénito: más bien, ya que no es creíble que aquellos padres con una edad tan larga fueran impúberes, o carecieran de esposas o de hijos; tampoco es creíble que aquellos fueran sus primeros hijos nacidos. Pero como el escritor sagrado de la historia se dirigía a llegar al nacimiento y vida de Noé, en cuyo tiempo ocurrió el diluvio, a través de las sucesiones de generaciones con los tiempos señalados, ciertamente mencionó aquellas que no fueron las primeras para sus padres, sino las que vinieron en el orden de la propagación.

2. A modo de ejemplo, para que esto sea más claro, interpondré algo de lo que nadie dude que pudo haber ocurrido lo que digo. El evangelista Mateo, queriendo encomendar a la

memoria la generación de la carne del Señor a través de la serie de padres, comenzando desde el padre Abraham, y dirigiéndose primero a llegar a David, dice: "Abraham engendró a Isaac": ¿por qué no dijo, Ismael, a quien primero engendró? "Isaac engendró a Jacob": ¿por qué no dijo, Esaú, que fue su primogénito? Porque evidentemente a través de ellos no podría llegar a David. Luego sigue, "Jacob engendró a Judá y a sus hermanos": ¿acaso Judá fue el primogénito? "Judá engendró a Fares y a Zara" (Mat. I, 2, 3): ninguno de estos gemelos fue el primogénito de Judá, sino que antes de ellos ya había engendrado tres. Así que mantuvo en el orden de las generaciones a aquellos por los cuales se llegaría a David, y de allí a donde se dirigía. De lo cual se puede entender que también los antiguos hombres antes del diluvio no fueron los primogénitos, sino aquellos que fueron mencionados, por los cuales el orden de las generaciones sucesivas llevaría al patriarca Noé, para que la oscura y no necesaria cuestión de su tardía pubertad no nos fatigue.

CAPÍTULO XVI.---Sobre el derecho de los matrimonios, que los primeros matrimonios tuvieron diferente de los matrimonios posteriores.

1. Así pues, cuando el género humano, después de la primera unión del hombre hecho del polvo y de su esposa hecha del costado del hombre, necesitaba la unión de hombres y mujeres para multiplicarse mediante la procreación; y no había otros humanos, sino los que hubieran nacido de esos dos; los hombres tomaron a sus hermanas como esposas: lo cual, cuanto más antiguo es por la necesidad que lo obligaba, tanto más tarde se volvió condenable por la religión que lo prohibía. Se tuvo en cuenta la razón más recta de la caridad, para que los hombres, a quienes les era útil y honesta la concordia, se unieran con vínculos de diversas relaciones; y no uno tuviera muchas en una, sino que cada una se distribuyera en uno; y así, para unir más diligentemente la vida social, muchas obtuvieran a muchos. Pues padre y suegro son nombres de dos relaciones. Para que cada uno tenga un padre y un suegro diferente, la caridad se extiende más ampliamente. Sin embargo, Adán se veía obligado a ser ambos para sus hijos e hijas, cuando los hermanos y hermanas se unían en matrimonio. Así también Eva, su esposa, fue para ambos sexos de sus hijos tanto suegra como madre: si hubieran sido dos mujeres, una madre y otra suegra, la relación social se habría unido más copiosamente. De hecho, la misma hermana, que también se convertía en esposa, sostenía dos relaciones en una: las cuales, distribuidas por separado, para que una fuera hermana y otra esposa, se aumentara el número de la proximidad social. Pero esto no podía hacerse entonces, cuando no había otros humanos que no fueran hermanos y hermanas nacidos de esos dos primeros. Por lo tanto, debía hacerse cuando fuera posible, para que, existiendo abundancia, se tomaran esposas que ya no fueran hermanas; y no solo eso, sino que si se hiciera, sería un sacrilegio. Pues si también los nietos de los primeros humanos, que ya podían tomar primas como esposas, se unieran en matrimonio con sus hermanas; no serían ya dos, sino tres las relaciones en un solo hombre, que para unir la caridad con una proximidad más numerosa, debían distribuirse por separado. Pues un hombre sería para sus hijos, hermano y hermana cónyuges, y padre y suegro y tío: así también su esposa para los mismos hijos comunes, madre y tía y suegra: y sus hijos entre sí, no solo serían hermanos y cónyuges, sino también primos; porque también son hijos de hermanos. Todas estas relaciones, que conectaban a tres personas con un solo hombre, conectarían a nueve, si estuvieran en cada uno por separado, para que un hombre tuviera una hermana, otra esposa, otra prima, otro padre, otro tío, otro suegro, otra madre, otra tía, otra suegra: y así el vínculo social no se restringiría en la escasez, sino que se difundiría más ampliamente y con más frecuencia en las proximidades.

2. Lo cual, con el crecimiento y multiplicación del género humano, también entre los impíos adoradores de muchos dioses falsos, vemos que se observa así, que aunque las leyes

perversas permitan los matrimonios fraternales, la mejor costumbre prefiere rechazar esa licencia; y aunque tomar hermanas en matrimonio fuera completamente permitido en los primeros tiempos del género humano, se rechaza como si nunca hubiera podido ser permitido. Pues la costumbre tiene mucho poder para atraer o ofender el sentido humano. Que cuando en esta causa modera la immoderación de la concupiscencia, se juzga con razón que es nefario que se designe y corrompa. Pues si es injusto, por avidez de poseer, transgredir el límite de los campos, ¿cuánto más injusto es, por lujuria de yacer, subvertir el límite de las costumbres? Hemos experimentado en los matrimonios de primas incluso en nuestros tiempos, debido al grado de proximidad cercano al grado fraternal, cuán raramente se hacía por costumbre lo que se permitía por leyes; porque ni la divina lo prohibió, ni aún lo había prohibido la ley humana. Sin embargo, lo hecho, aunque lícito, se temía por la vecindad de lo ilícito; y lo que se hacía con una prima, casi parecía hacerse con una hermana: porque también ellos entre sí, debido a la tan cercana consanguinidad, se llaman hermanos, y casi son hermanos de sangre. Sin embargo, fue de religiosa preocupación para los antiguos padres, que esa misma proximidad, al separarse gradualmente en los órdenes de las generaciones, no se alejara demasiado y dejara de ser proximidad, y aún no colocada lejos, volver a unirla con el vínculo del matrimonio, y de algún modo recuperar lo que huía. Por lo cual, ya con el mundo lleno de hombres, no tomaban hermanas nacidas de padre o madre, o de ambos padres, sino que amaban tomar esposas de su propio linaje. Pero, ¿quién duda que en este tiempo también los matrimonios de primos están prohibidos? no solo según lo que hemos discutido, para multiplicar las afinidades, para que una persona no tenga dos relaciones, cuando dos pueden tenerlas, y aumentar el número de proximidad; sino también porque de alguna manera hay en la vergüenza humana algo natural y loable, para que a quien debe el honor reverente por causa de la proximidad, se contenga de ella, aunque generadora, sin embargo, de lujuria, de la cual vemos que incluso la misma castidad conyugal se avergüenza.

3. La unión, por tanto, del hombre y la mujer, en cuanto al género mortal, es una especie de semillero de la ciudad: pero la ciudad terrena necesita solo generación, mientras que la celestial también necesita regeneración, para escapar del daño de la generación. Si hubo algún signo corporal y visible de regeneración antes del diluvio, como después se ordenó la circuncisión a Abraham (Gén. XVII, 10, 11), la historia sagrada guarda silencio. Sin embargo, no guarda silencio sobre que aquellos hombres antiquísimos sacrificaron a Dios: lo cual se hizo evidente en los dos primeros hermanos; y Noé, después del diluvio, cuando salió del arca, se lee que ofreció sacrificios a Dios (Gén. VIII, 20). Sobre lo cual ya hemos hablado en libros anteriores, que los demonios, arrogándose la divinidad y deseando ser considerados dioses, no buscan el sacrificio y se alegran de tales honores, sino porque saben que el verdadero sacrificio se debe al verdadero Dios.

CAPÍTULO XVII.---De los dos padres y príncipes procreados de un solo progenitor.

Así pues, siendo Adán el padre de ambos géneros, es decir, tanto de la serie que pertenece a la ciudad terrena como de la que pertenece a la celestial; con la muerte de Abel, y en su asesinato se encomienda un sacramento admirable, se convirtieron en dos padres de cada uno de los géneros, Caín y Set: en cuyos hijos, que debían ser mencionados, comenzaron a brillar más claramente las señales de estas dos ciudades en el género mortal. Caín engendró a Enoc, en cuyo nombre fundó una ciudad, terrena, por supuesto, no peregrinando en este mundo, sino descansando en su paz y felicidad temporal. Caín se interpreta como Posesión: de donde se dijo cuando nació, ya sea por su padre o por su madre, He adquirido un hombre por Dios (Gén. IV, 1). Enoc, en cambio, significa Dedicación: aquí se dedica la ciudad terrena, donde se funda; porque aquí tiene el fin que pretende y desea. Por otro lado, Set significa Resurrección, y su hijo Enós significa Hombre: no como Adán (pues este nombre también se

interpreta como Hombre), sino que se dice que es común en esa lengua, es decir, hebrea, tanto para el masculino como para la femenina. Pues así está escrito de él: Masculino y femenino los creó, y los bendijo, y les puso el nombre de Adán (Gén. V, 2). De donde no hay duda de que la mujer fue llamada Eva por su nombre propio, pero Adán, que se interpreta como Hombre, era el nombre de ambos. Enós, sin embargo, se interpreta como Hombre, de modo que los expertos en esa lengua aseguran que no puede llamarse así a una mujer, como hijo de la resurrección, donde no se casarán ni se darán en matrimonio (Luc. XX, 35). Pues allí no habrá generación, cuando la regeneración nos lleve allí. Por lo tanto, no creo que sea en vano notar que en esas generaciones que se propagan desde aquel que fue llamado Set, cuando se dice que engendraron hijos e hijas, no se expresa allí ninguna mujer nacida por su nombre: pero en las que se propagan desde Caín, al final hasta donde se extienden, se nombra a la última mujer nacida. Así se lee: Mathusael engendró a Lamec: y Lamec tomó para sí dos esposas, el nombre de una era Ada, y el nombre de la segunda era Sella; y Ada dio a luz a Jobel: él era el padre de los que habitan en tiendas de pastores. Y el nombre de su hermano era Jubal: él fue quien mostró el salterio y la cítara. Sella también dio a luz a Thobel, y era herrero y forjador de bronce y hierro. La hermana de Thobel era Noema (Gén. IV, 18-22). Hasta aquí se extienden las generaciones de Caín, que son todas desde Adán ocho, contando al mismo Adán, siete hasta Lamec, que fue el marido de dos esposas: y la octava es la generación en sus hijos, en los que se menciona también una mujer. Donde elegantemente se significó que la ciudad terrena tendrá generaciones carnales hasta su fin, que provienen de la unión de hombres y mujeres. Por lo cual también, lo que no se encuentra en ningún lugar antes del diluvio, excepto en Eva, se expresan con nombres propios las esposas de aquel hombre, que aquí se nombra como el último padre. Así como Caín, que se interpreta como Posesión, fundador de la ciudad terrena, y su hijo, en cuyo nombre fue fundada, Enoc, que se interpreta como Dedicación, indica que esta ciudad tiene un principio y un fin terrenal; donde no se espera nada más que lo que se puede ver en este siglo: así Set, que se interpreta como Resurrección, siendo el padre de las generaciones separadas en mejor parte, es decir, de la ciudad celestial, veamos qué dice la historia sagrada de su hijo.

CAPÍTULO XVIII.---Qué se significó en Abel, Set y Enós, que parece pertenecer a Cristo y su cuerpo, es decir, la Iglesia.

Y a Set, dice, le nació un hijo, y llamó su nombre Enós: este esperó invocar el nombre del Señor Dios (Gén. IV, 26). Sin duda, clama la atestación de la verdad. En esperanza vive el hombre hijo de la resurrección; en esperanza vive, mientras peregrina aquí la ciudad de Dios, que se engendra de la fe en la resurrección de Cristo. Pues de aquellos dos hombres, Abel, que se interpreta como Luto, y su hermano Set, que se interpreta como Resurrección, se figura la muerte de Cristo y su vida de entre los muertos. De esta fe se engendra aquí la ciudad de Dios, es decir, el hombre, que esperó invocar el nombre del Señor Dios. Porque en esperanza fuimos salvados, dice el Apóstol. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿qué espera? Pero si lo que no vemos, esperamos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25). Pues, ¿quién pensaría que esto carece de la altura del sacramento? ¿Acaso Abel no esperó invocar el nombre del Señor Dios, cuyo sacrificio la Escritura recuerda que fue tan acepto a Dios? ¿Acaso el mismo Set no esperó invocar el nombre del Señor Dios, de quien se dijo, Porque Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel (Gén. IV, 25)? ¿Por qué, entonces, se le atribuye propiamente a él lo que se entiende que es común a todos los piadosos, sino porque era necesario que en él, que es mencionado como el primer surgimiento del padre de las generaciones separadas en mejor parte, es decir, de la ciudad celestial, se prefigurara al hombre, es decir, a la sociedad de hombres, que no vive según el hombre en la felicidad terrena, sino según Dios en la esperanza de la felicidad

eterna? Ni se dijo, Este esperó en el Señor Dios; o, Este invocó el nombre del Señor Dios: sino, Este esperó, dice, invocar el nombre del Señor Dios. ¿Qué significa esto, Esperó invocar, sino que es una profecía de que surgirá un pueblo, que según la elección de la gracia invocará el nombre del Señor Dios? Esto es lo que por otro profeta se dice, el Apóstol lo entiende de este pueblo perteneciente a la gracia de Dios: Y será, todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo (Rom. X, 13; Joel II, 32). Pues esto mismo que se dice, Y llamó su nombre Enós, que se interpreta como Hombre; y luego se añade, Este esperó invocar el nombre del Señor Dios: se muestra suficientemente que el hombre no debe poner su esperanza en sí mismo. Porque maldito es todo aquel, como se lee en otro lugar, que pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII, 5): y por lo tanto, ni en sí mismo, para ser ciudadano de otra ciudad, que no se dedica según el hijo de Caín en este tiempo, es decir, en el transcurso pasajero de este siglo mortal, sino en aquella inmortalidad de bienaventuranza eterna.

CAPÍTULO XIX.---De la significación que se muestra en la traslación de Enoc.

Pues también esta descendencia, de la cual Set es el padre, tiene el nombre de dedicación en esa generación, que es la séptima desde Adán, contando a Adán. Pues séptimo desde él nació Enoc, que se interpreta como Dedicación. Pero él es el que fue trasladado, porque agradó a Dios, y en el número significativo en el orden de las generaciones, que es el séptimo desde Adán, en el cual se consagró el sábado. Pero desde el mismo padre de estas generaciones, que se distinguen de la descendencia de Caín, es decir, desde Set, es el sexto: en el día en que fue hecho el hombre, y Dios completó todas sus obras. Pero la traslación de este Enoc es la dilación de nuestra dedicación prefigurada. Que ya se ha hecho en Cristo nuestra cabeza, quien resucitó de tal manera que no muere más, sino que también él fue trasladado: pero queda otra dedicación de toda la casa, de la cual Cristo mismo es el fundamento, que se difiere hasta el fin, cuando será la resurrección de todos, que ya no morirán más. Ya sea que se llame casa de Dios, o templo de Dios, o ciudad de Dios, es lo mismo, y no está en desacuerdo con la costumbre del lenguaje latino. Pues también Virgilio llama a la ciudad más poderosa la casa de Asáraco, queriendo que se entienda a los romanos, que descienden de Asáraco a través de los troyanos; y la casa de Eneas a esos mismos (Eneida, lib. 1, vers. 284; lib. 3, vers. 97), porque con ese líder los troyanos, cuando llegaron a Italia, Roma fue fundada por ellos. Pues el poeta imitó las Sagradas Escrituras, en las cuales se dice que la casa de Jacob es un pueblo hebreo tan grande.

CAPÍTULO XX.---De que la sucesión de Caín se cierra en ocho generaciones desde Adán, y en los descendientes del mismo padre Adán, Noé se encuentra como el décimo.

1. Alguien podría decir: Si el escritor de esta historia pretendía en las generaciones mencionadas desde Adán a través de su hijo Set, llegar a Noé, bajo quien se produjo el diluvio, desde el cual nuevamente se tejería el orden de los nacimientos, para llegar a Abraham, desde quien el evangelista Mateo comienza las generaciones, con las cuales llega a Cristo, el Rey eterno de la ciudad de Dios; ¿qué pretendía en las generaciones desde Caín, y a dónde quería llevarlas? Se responde: Hasta el diluvio, en el cual toda aquella raza de la ciudad terrena fue destruida, pero fue restaurada desde los hijos de Noé. Pues no faltará esta ciudad terrena y la sociedad de hombres que viven según el hombre hasta el fin de este siglo, del cual el Señor dice, Los hijos de este siglo se casan y se dan en matrimonio (Luc. XX, 34). La ciudad de Dios, peregrinando en este siglo, la regeneración la lleva al otro siglo, cuyos hijos ni se casan ni se dan en matrimonio. Aquí, por tanto, generar y ser generados es común a ambas ciudades: aunque la ciudad de Dios también tiene aquí muchos miles de ciudadanos, que se abstienen del acto de generar; pero también lo tiene aquella por una cierta imitación,

aunque errante. Pues a ella pertenecen también aquellos que, desviándose de esta fe, fundaron diversas herejías: pues viven según el hombre, no según Dios. Y los Gimnosofistas de la India, que se dice que filosofan desnudos en las soledades de la India, son ciudadanos de ella, y se abstienen de generar. Pues esto no es bueno, sino cuando se hace según la fe en el sumo bien, que es Dios. Sin embargo, no se encuentra que nadie haya hecho esto antes del diluvio: ya que incluso el mismo Enoc, séptimo desde Adán, que se dice que fue trasladado, no muerto, engendró hijos e hijas antes de ser trasladado; entre los cuales estaba Matusalén, por quien transcurre el orden de las generaciones que deben ser mencionadas.

2. ¿Por qué, entonces, se menciona tan poca sucesión en las generaciones desde Caín, si debían llevarse hasta el diluvio, y no había una edad prolongada que precediera a la pubertad, que vacara de descendencia durante cien o más años? Pues si el autor del libro no pretendía llegar a alguien, a quien necesariamente llevara la serie de generaciones, como en aquellas que vienen de la semilla de Set pretendía llegar a Noé, desde quien nuevamente seguiría un orden necesario; ¿qué necesidad había de omitir a los primogénitos, para llegar a Lamec, en cuyos hijos termina esa conexión, en la octava generación desde Adán, séptima desde Caín, como si hubiera algo que conectar de allí en adelante, para llegar ya sea al pueblo israelita, en el cual la ciudad celestial también proporcionó una figura profética a la Jerusalén terrena, o a Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos (Rom. IX, 5), constructor y gobernante de la Jerusalén celestial; cuando toda la progenie de Caín fue destruida por el diluvio? De donde puede parecer que, en el mismo orden de generaciones, se mencionaron los primogénitos. ¿Por qué, entonces, son tan pocos? Pues no pudieron ser tantos hasta el diluvio, no estando los padres vacantes del oficio de generar hasta la pubertad centenaria, si no era entonces la pubertad tardía en proporción a aquella longevidad. Pues si igualmente tenían treinta años, cuando comenzaron a engendrar hijos, ocho veces treinta (ya que son ocho generaciones con Adán y con aquellos que engendró Lamec), son doscientos cuarenta años: ¿acaso no generaron durante todo el tiempo restante hasta el diluvio? ¿Qué causa, entonces, tuvo quien escribió esto para no querer mencionar las generaciones que siguen? Pues desde Adán hasta el diluvio se cuentan años, según nuestros códices, dos mil doscientos sesenta y dos: según los hebreos, mil seiscientos cincuenta y seis. Para que creamos que este número menor es más verdadero, de mil seiscientos cincuenta y seis años se restan doscientos cuarenta: ¿acaso es creíble que durante mil cuatrocientos y algo más años, que restan hasta el diluvio, la progenie de Caín pudiera haber estado vacante de generaciones?

3. Pero quien se siente movido por esto, recuerde que, cuando me preguntaba cómo se debía creer que aquellos antiguos hombres pudieran abstenerse de engendrar hijos durante tantos años, esta cuestión se resolvía de dos maneras: o por la pubertad tardía, en proporción a una vida tan larga; o por los hijos mencionados en las generaciones, que no fueron primogénitos, sino aquellos a través de los cuales el autor del libro podía llegar a quien pretendía, como a Noé en las generaciones de Set. Por lo tanto, en las generaciones de Caín, si no aparece quien debía ser considerado, a quien, dejando de lado a los primogénitos, se debía llegar a través de los mencionados, quedará por entenderse la pubertad tardía; de modo que, algo después de cien años, se volvieran púberes y aptos para engendrar, para que el orden de las generaciones siguiera a través de los primogénitos y hasta el diluvio se alcanzara el número de años de tal magnitud. Aunque puede ser que, por alguna razón más secreta que desconozco, al llegar la narración de las generaciones hasta Lamec y sus hijos, se destacara esta ciudad, que decimos ser terrenal; y luego el escritor del libro dejara de mencionar las demás, que pudieron existir hasta el diluvio. También puede ser esa la razón por la cual el orden de las generaciones no se siguió a través de los primogénitos, para que no fuera necesario creer en una pubertad tan

tardía en aquellos hombres, ya que esa misma ciudad, que Caín fundó en nombre de su hijo Enoc, pudo haber reinado ampliamente y tener reyes no simultáneamente varios, sino uno por uno en sus épocas, quienes engendraran a sus sucesores quienesquiera que reinaran. El primero de estos reyes pudo haber sido el mismo Caín, el segundo su hijo Enoc, en cuyo nombre se fundó la ciudad donde se reinaría: el tercero Gaidad, engendrado por Enoc: el cuarto Manihel, engendrado por Gaidad: el quinto Matusael, engendrado por Manihel: el sexto Lamec, engendrado por Matusael, quien es el séptimo desde Adán a través de Caín. Sin embargo, no era consecuente que los primogénitos de los reyes sucedieran a sus padres en el reinado, sino aquellos que el mérito de reinar, útil para la ciudad terrenal, o alguna suerte encontrara, o aquel que sucediera a su padre por un cierto derecho hereditario de reinar, a quien hubiera amado más que a los demás hijos. Sin embargo, pudo haber ocurrido el diluvio mientras Lamec aún vivía y reinaba, para que lo encontrara y lo perdiera junto con todos los demás hombres, excepto los que estaban en el arca. Pues no es de extrañar que, interpuesta una variada cantidad de años, a través de una vida tan larga desde Adán hasta el diluvio, ambas progenies no tuvieran generaciones de igual número, sino siete a través de Caín y diez a través de Set: pues el séptimo desde Adán es Lamec, y el décimo Noé: y por eso no se menciona un solo hijo de Lamec, como en los demás anteriormente, sino varios; porque era incierto quién le sucedería al morir, si el tiempo de reinar hubiera permanecido entre él y el diluvio.

4. Pero sea como sea, ya sea a través de los primogénitos o de los reyes, el orden de las generaciones descendiendo de Caín, me parece que no debe pasarse por alto en silencio que, cuando Lamec fue encontrado como el séptimo desde Adán, se enumeraron tantos hijos suyos hasta que se completó el número once, que significa pecado. Pues se añaden tres hijos y una hija. Las esposas pueden significar otra cosa, no lo que ahora parece digno de mención. Ahora estamos hablando de generaciones: de dónde nacieron ellas, se mantiene en silencio. Por lo tanto, la Ley se predica con el número diez, de donde proviene el memorable Decálogo; ciertamente el número once, porque transgrede el diez, significa la transgresión de la ley, y por lo tanto el pecado. De ahí que en el tabernáculo del testimonio, que era como un templo ambulante en el camino del pueblo de Dios, se ordenó hacer once velos de cilicio (Éxodo 26, 7). Pues en el cilicio hay un recuerdo de los pecados, debido a los cabritos que estarán a la izquierda: porque confesándonos en cilicio nos postramos, como diciendo lo que está escrito en el Salmo, "Y mi pecado está siempre ante mí" (Salmo 50, 5). Por lo tanto, la progenie de Adán a través del malvado Caín termina en el número once, que significa pecado: y ese número se cierra con una mujer, de cuyo sexo comenzó el pecado, por el cual todos morimos. Además, se permitió que siguiera el placer de la carne, que resistiría al espíritu. Pues la misma hija de Lamec, Noema, se interpreta como Placer. Pero a través de Set, desde Adán hasta Noé, se insinúa el número legítimo diez. A Noé se le añaden tres hijos: de los cuales, cuando uno cayó, dos fueron bendecidos por el padre, para que, al eliminar al reprobado y añadir a los hijos aprobados al número, también se insinuara el número doce, que es notable tanto en el número de los Patriarcas como en el de los Apóstoles, debido a las partes del siete, multiplicadas una por la otra. Pues tres veces cuatro, o cuatro veces tres, lo hacen. Con estas cosas así, veo que debe considerarse y recordarse cómo ambas progenies, que con generaciones distintas insinúan dos ciudades, una de los terrígenas, otra de los regenerados, después se mezclaron y confundieron de tal manera que todo el género humano, excepto ocho personas, mereció perecer en el diluvio.

CAPÍTULO XXI.---De qué manera, al mencionar a Enoc, que fue hijo de Caín, se continuó la narración de toda su generación hasta el diluvio; pero al mencionar a Enós, que fue hijo de Set, se volvió al principio de la condición humana.

Primero, debe observarse cómo, cuando se enumeraron las generaciones de Caín, al mencionar antes que a los demás descendientes suyos a aquel en cuyo nombre se fundó la ciudad, es decir, Enoc, se continuaron los demás hasta aquel fin del que hablé, hasta que esa raza y toda su descendencia fueron destruidas por el diluvio: pero cuando se mencionó a un solo hijo de Set, Enós, sin añadir aún a los demás hasta el diluvio, se interpone un artículo y se dice: "Este es el libro de la generación de los hombres, el día en que Dios creó a Adán, a imagen de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó, y los bendijo, y llamó su nombre Adán, el día en que los creó" (Génesis 5, 1-2). Esto me parece interpuesto para que desde aquí comenzara de nuevo la enumeración de los tiempos desde el mismo Adán, que no quiso hacer quien escribió estas cosas en la ciudad terrenal: como si Dios la recordara así, sin contarla. Pero, ¿por qué se vuelve a esta recapitulación después de que se menciona al hijo de Set, el hombre que esperó invocar el nombre del Señor Dios; sino porque así era necesario proponer estas dos ciudades, una a través del homicida hasta el homicida; pues Lamec también confiesa haber cometido homicidio a sus dos esposas (Génesis 4, 23): la otra a través de aquel que esperó invocar el nombre del Señor Dios? Esto es, en efecto, todo y lo más importante del negocio de la ciudad de Dios peregrinante en este mundo en esta mortalidad, que debía ser recomendado a través de un solo hombre, a quien ciertamente la resurrección del asesinado engendró. Pues ese único hombre es la unidad de toda la ciudad celestial; aún no completa, pero prefigurada por esta profética anticipación para ser completada. Por lo tanto, el hijo de Caín, es decir, el hijo de la posesión (¿de quién, sino de la terrenal?) tenga un nombre en la ciudad terrenal, que fue fundada en su nombre. De estos son de quienes se canta en el Salmo, "Invocarán sus nombres en sus tierras" (Salmo 48, 12). Por lo cual les sigue lo que está escrito en otro Salmo, "Señor, en tu ciudad reducirás a nada su imagen" (Salmo 72, 20). Pero el hijo de Set, es decir, el hijo de la resurrección, espere invocar el nombre del Señor Dios. Pues prefigura esa sociedad de hombres que dice, "Pero yo, como olivo fructífero en la casa de Dios, he esperado en la misericordia de Dios" (Salmo 51, 10). No busque las vanas glorias de un nombre famoso en la tierra: "Bienaventurado el hombre cuyo nombre es la esperanza del Señor, y no miró a vanidades y locuras engañosas" (Salmo 39, 5). Propuestas, pues, las dos ciudades, una en la realidad de este siglo, otra en la esperanza de Dios, como si salieran por la puerta común, que se abrió en Adán, de la mortalidad, para que corran y se extiendan hacia sus propios y debidos fines, comienza la enumeración de los tiempos: en la cual se añaden otras generaciones, hecha la recapitulación desde Adán, de cuya origen condenada, como una masa entregada a la merecida condenación, Dios hizo unos vasos de ira para deshonra, otros vasos de misericordia para honra (Romanos 9, 23); a aquellos pagando lo que se debe en castigo, a estos donando lo que no se debe en gracia: para que incluso de la comparación de los vasos de ira, la ciudad celestial aprenda, que peregrina en la tierra, a no confiar en la libertad de su albedrío, sino a esperar invocar el nombre del Señor Dios. Porque la voluntad, en la naturaleza que fue hecha buena por el buen Dios, pero mutable por el inmutable, porque de la nada, puede declinar del bien para hacer el mal, lo cual se hace por libre albedrío; y del mal, para hacer el bien, lo cual no se hace sin la ayuda divina.

CAPÍTULO XXII.---Sobre la caída de los hijos de Dios cautivados por el amor de mujeres extranjeras, por lo cual todos, excepto ocho personas, merecieron perecer en el diluvio.

Con este libre albedrío de la voluntad, el género humano progresando y creciendo, se produjo una mezcla, y una cierta confusión de ambas ciudades participando de la iniquidad. Este mal encontró nuevamente su causa en el sexo femenino: no de la misma manera que al principio; pues incluso entonces ninguna de esas mujeres seducidas por el engaño de alguien persuadió a los hombres al pecado: sino que al principio, aquellas que tenían malas costumbres en la

ciudad terrenal, es decir, en la sociedad de los terrígenas, fueron amadas por los hijos de Dios, ciudadanos de la otra ciudad peregrinante en este siglo, por la belleza del cuerpo (Génesis 6, 1 ss.). Lo cual es un don de Dios, ciertamente bueno: pero por eso lo concede también a los malos, para que no parezca un gran bien a los buenos. Abandonado, pues, el gran bien y propio de los buenos, se produjo una caída hacia un bien mínimo, no propio de los buenos, sino común a buenos y malos: y así los hijos de Dios fueron cautivados por el amor de las hijas de los hombres, y para disfrutar de ellas como esposas, se deslizaron en las costumbres de la sociedad terrígena, abandonando la piedad que guardaban en la santa sociedad. Pues la belleza del cuerpo, hecha por Dios, pero temporal, carnal, el bien más bajo, se ama mal cuando se pospone a Dios, el bien eterno, interno, sempiterno: así como la justicia abandonada y el oro es amado por los avaros, sin pecado del oro, sino del hombre. Así es toda criatura. Pues siendo buena, puede ser amada bien y mal: bien, guardando el orden; mal, perturbando el orden. Lo cual en cierta alabanza de Cereo brevemente dije en versos: "Estas cosas son tuyas, son buenas, porque tú, bueno, las creaste. Nada nuestro hay en ellas, sino que pecamos amándolas, descuidando el orden, en lugar de ti, lo que es creado por ti." Pero si el Creador es amado verdaderamente, es decir, si él mismo, no otra cosa en lugar de él que no es él, es amado, no puede ser amado mal. Pues incluso el amor mismo debe ser amado ordenadamente, por el cual se ama bien lo que debe ser amado, para que haya en nosotros la virtud por la cual se vive bien. Por lo cual me parece que una definición breve y verdadera de la virtud es el Orden del amor: por lo cual en el santo Cantar de los Cantares canta la esposa de Cristo, la ciudad de Dios, "Ordenad en mí la caridad" (Cantar de los Cantares 2, 4). Por lo tanto, con el orden de esta caridad, es decir, del amor y la dilección perturbado, los hijos de Dios descuidaron a Dios y amaron a las hijas de los hombres. Con estos dos nombres se distingue suficientemente cada ciudad. Pues tampoco ellos no eran hijos de los hombres por naturaleza: pero comenzaron a tener otro nombre por gracia. Pues en la misma Escritura, donde se dice que amaron a las hijas de los hombres los hijos de Dios, se dice también que eran ángeles de Dios. Por lo cual muchos piensan que no eran hombres, sino ángeles.

CAPÍTULO XXIII.---Si se debe creer que los ángeles de sustancia espiritual, cautivados por el amor de mujeres hermosas, entraron en matrimonio con ellas, de las cuales nacieron gigantes.

1. Esta cuestión, que mencionamos de pasada en el tercer libro de esta obra (cap. 5), la dejamos sin resolver, si los ángeles, siendo espíritus, pueden corporalmente unirse con mujeres. Pues está escrito, "El que hace a sus ángeles espíritus": es decir, a aquellos que son por naturaleza espíritus, los hace ser sus ángeles, encomendándoles el oficio de anunciar. Pues el que en griego se llama ἄγγελος, cuyo nombre en declinación latina se llama ángel, en lengua latina se interpreta mensajero. Pero si sus cuerpos los añadió consecuentemente, diciendo, "Y a sus ministros llama de fuego ardiente" (Salmo 103, 5): o si deben arder con amor espiritual como fuego, es ambiguo. Sin embargo, la Escritura más veraz testifica que los ángeles han aparecido a los hombres en tales cuerpos, que no solo podían ser vistos, sino también tocados. Y dado que hay una fama muy extendida, y muchos afirman haberlo experimentado, o haberlo oído de quienes lo experimentaron, de cuya fe no se debe dudar, que los Silvanos y Faunos, que vulgarmente se llaman íncubos, han sido a menudo lascivos con las mujeres, y han deseado y consumado el coito con ellas; y algunos demonios, que los galos llaman Dusios, intentan y logran esta inmundicia con frecuencia, muchos y tales lo aseguran, que negarlo parecería impudencia: no me atrevo a definir nada sobre si algunos espíritus corporizados en el elemento aéreo (pues este elemento incluso cuando se agita con un abanico, se siente con el sentido del tacto del cuerpo), pueden también sufrir esta lujuria, de modo que, como pueden, se mezclen con mujeres que lo sienten. Sin embargo, no creo que

los santos ángeles de Dios pudieran caer de esa manera en aquel tiempo: ni que el apóstol Pedro dijera de ellos, "Porque si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno, entregándolos a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio" (2 Pedro 2, 4); sino más bien de aquellos que primero apostataron de Dios con el diablo su príncipe, quien por envidia serpentina engañó al primer hombre. Sin embargo, los ángeles de Dios también han sido llamados hombres, como lo testifica abundantemente la misma Escritura santa. Pues también de Juan está escrito, "He aquí, envío mi ángel delante de tu faz, que preparará tu camino" (Marcos 1, 2). Y el profeta Malaquías, por una cierta gracia propia, es llamado ángel.

2. Pero esto mueve a algunos, que de aquellos que se dice que eran ángeles de Dios, y de las mujeres que amaron, no se dice que nacieron hombres de nuestra especie, sino gigantes. Como si cuerpos de hombres que exceden mucho nuestro tamaño, lo cual también mencioné antes (cap. 9), no hubieran nacido también en nuestros tiempos. ¿No fue hace pocos años, cuando se acercaba la destrucción de la ciudad de Roma, que fue hecha por los godos, que en Roma había una mujer con su padre y su madre, que por su cuerpo de alguna manera gigante, sobresalía mucho sobre los demás? A quien se hacía una maravillosa concurrencia para verla. Y esto era especialmente admirable, que ambos padres de ella no eran ni siquiera tan altos como los hombres más altos que solíamos ver. Por lo tanto, pudieron nacer gigantes antes de que los hijos de Dios, que también se llaman ángeles de Dios, se mezclaran con las hijas de los hombres, es decir, los hijos de Set con las hijas de Caín. Pues la Escritura canónica habla así, en el libro donde leemos estas cosas, cuyas palabras son estas: "Y sucedió que, cuando comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la tierra, y les nacieron hijas: viendo los ángeles de Dios a las hijas de los hombres, que eran buenas, tomaron para sí mujeres de todas las que eligieron. Y dijo el Señor Dios: No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre, porque son carne. Serán, pues, sus días ciento veinte años. Había gigantes en la tierra en aquellos días: y también después, cuando los hijos de Dios entraron a las hijas de los hombres, y les engendraron, ellos eran gigantes, hombres de renombre desde la antigüedad" (Génesis 6, 1-4). Las palabras de este libro divino indican suficientemente que ya en aquellos días había gigantes en la tierra, cuando los hijos de Dios tomaron esposas de las hijas de los hombres, cuando las amaron por ser buenas, es decir, hermosas. Pues es costumbre de esta Escritura llamar buenos también a los hermosos de cuerpo. Pero también después de que esto sucedió, nacieron gigantes. Pues dice: "Había gigantes en la tierra en aquellos días: y también después, cuando los hijos de Dios entraron a las hijas de los hombres." Por lo tanto, tanto antes en aquellos días, como después de eso. Pero lo que dice, "Y les engendraron", muestra suficientemente que antes, antes de que los hijos de Dios cayeran así, engendraban para Dios, no para sí mismos, es decir, no dominados por la lujuria de cohabitar, sino sirviendo al deber de propagar; no una familia de su orgullo, sino ciudadanos de la ciudad de Dios: a quienes anunciaban como ángeles de Dios, para que pusieran su esperanza en Dios (Salmo 77, 7), semejantes a aquel que nació de Set, hijo de la resurrección, y esperó invocar el nombre del Señor Dios: en cuya esperanza estarían con sus descendientes coherederos de los bienes eternos, y bajo Dios padre hermanos de los hijos.

3. No obstante, no eran ángeles de Dios de tal manera que no fueran hombres, como algunos piensan, sino que sin duda eran hombres, como la misma Escritura declara sin ambigüedad. Pues cuando se había dicho que los ángeles de Dios, al ver que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí esposas de entre todas las que eligieron, inmediatamente se añadió: Y dijo el Señor Dios: No permanecerá mi espíritu en estos hombres para siempre, porque son carne. Pues por el espíritu de Dios habían sido hechos ángeles de Dios y hijos de Dios; pero al inclinarse hacia lo inferior, se les llama hombres por el nombre de la naturaleza,

no de la gracia; también se les llama carne, desertores del espíritu y abandonados por abandonar. Y los setenta intérpretes llamaron a estos ángeles de Dios y hijos de Dios, lo cual no todos los códices contienen; pues algunos solo tienen hijos de Dios. Aquila, a quien los judíos prefieren sobre los demás intérpretes, tradujo no ángeles de Dios ni hijos de Dios, sino hijos de los dioses. Ambas cosas son verdaderas. Pues eran hijos de Dios, bajo cuyo padre también eran hermanos de sus padres; y eran hijos de los dioses, ya que habían sido engendrados por los dioses, con quienes también ellos eran dioses, según aquel salmo: Yo dije, sois dioses, e hijos del Altísimo todos (Sal. 81, 6). Con razón se cree que los setenta intérpretes recibieron el espíritu profético, de modo que si cambiaban algo por su autoridad y decían de manera diferente lo que interpretaban, no se dudara que esto también fue dicho divinamente. Aunque se dice que esto es ambiguo en hebreo, de modo que podría interpretarse tanto como hijos de Dios como hijos de los dioses.

4. Dejemos, por tanto, las fábulas de esas escrituras que se llaman apócrifas, porque su origen oculto no fue claro para los padres, de quienes hasta nosotros ha llegado la autoridad de las Escrituras verdaderas con una sucesión certísima y muy conocida. En estos apócrifos, aunque se encuentra alguna verdad, sin embargo, debido a muchas falsedades, no tienen autoridad canónica. No podemos negar que Enoc, el séptimo desde Adán, escribió algunas cosas divinas, ya que el apóstol Judas lo dice en su epístola canónica (Judas 14). Pero no en vano no están en el canon de las Escrituras, que se guardaba en el templo del pueblo hebreo con la diligencia de los sacerdotes sucesores, porque debido a su antigüedad se juzgaron de fe sospechosa, y no se podía encontrar si eran estas las que él había escrito, ya que no fueron presentadas por aquellos que se encontraran haberlas guardado debidamente por sucesión. Por lo tanto, aquellas que se presentan bajo su nombre y contienen estas fábulas sobre los gigantes, que no tuvieron hombres como padres, son juzgadas correctamente por los prudentes como no creíbles que sean de él; así como muchas cosas presentadas bajo los nombres de otros profetas, y más recientes bajo los nombres de los apóstoles por los herejes, todas las cuales bajo el nombre de apócrifos han sido removidas de la autoridad canónica mediante un examen diligente. Por lo tanto, según las Escrituras canónicas hebreas y cristianas, no hay duda de que hubo muchos gigantes antes del diluvio, y que estos fueron ciudadanos de la sociedad terrenal de los hombres; pero los hijos de Dios, que según la carne fueron propagados de Set, se desviaron hacia esta sociedad abandonando la justicia. Y no es de extrañar que incluso de ellos pudieran nacer gigantes. Pues no todos los gigantes, sino que ciertamente fueron más numerosos entonces que después del diluvio en otros tiempos. A quienes el Creador quiso crear para mostrar que no solo las bellezas, sino también las grandezas y fortalezas de los cuerpos no deben ser valoradas por el sabio, quien es bienaventurado por los bienes espirituales e inmortales, mucho mejores y más firmes, y propios de los buenos, no comunes a los buenos y malos. Un profeta recomendando esto dice: Allí estuvieron aquellos gigantes famosos, que desde el principio fueron de gran estatura, conocedores de la guerra. No los eligió el Señor, ni les dio el camino de la sabiduría: y perecieron, porque no tuvieron sabiduría, perecieron por su insensatez (Baruc 3, 26-28).

CAPÍTULO XXIV.---Cómo debe entenderse lo que el Señor dijo sobre aquellos que iban a ser destruidos por el diluvio: Serán sus días ciento veinte años.

Lo que Dios dijo, Serán sus días ciento veinte años (Gén. 6, 3), no debe entenderse como si se hubiera predicho que después de esto los hombres no vivirían más de ciento veinte años, ya que incluso después del diluvio encontramos que algunos excedieron los quinientos. Sino que debe entenderse que Dios dijo esto cuando Noé estaba cerca del final de sus quinientos años, es decir, cuando tenía cuatrocientos ochenta años de vida, que la Escritura llama quinientos a su manera, significando a menudo la mayor parte con el nombre del todo: pues en el año

seiscientos de la vida de Noé, en el segundo mes, ocurrió el diluvio (Gén. 7, 11); y así se predijeron ciento veinte años como futuros para la vida de los hombres que perecerían, al cabo de los cuales serían destruidos por el diluvio. Y no se cree en vano que el diluvio ocurrió de esta manera, ya que no se encontraron en la tierra quienes no fueran dignos de morir de tal manera, en la que se vengó a los impíos: no porque este tipo de muerte haga algo que pueda perjudicar a los buenos que alguna vez mueren. Sin embargo, ninguno de ellos murió en el diluvio, de aquellos que la santa Escritura menciona como propagados de la descendencia de Set. Así se narra divinamente la causa del diluvio: Viendo, dice, el Señor Dios, que se multiplicaban las maldades de los hombres sobre la tierra, y que todo lo que cada uno pensaba en su corazón era diligentemente sobre lo malo todos los días: y Dios pensó que había hecho al hombre sobre la tierra, y se arrepintió, y dijo Dios, Destruiré al hombre que he hecho de la faz de la tierra, desde el hombre hasta el ganado, y desde los reptiles hasta las aves del cielo, porque estoy enojado, porque los hice (Gén. 6, 5-7).

CAPÍTULO XXV.---Sobre la ira de Dios, que ninguna inflamación perturba su inmutable tranquilidad.

La ira de Dios no es una perturbación de su ánimo, sino el juicio por el cual se impone el castigo al pecado. Su pensamiento y arrepentimiento son la inmutable razón de las cosas que deben cambiarse. Pues no es como el hombre, que Dios se arrepienta de alguna de sus obras, cuya sentencia sobre todas las cosas es tan fija como su presciencia es cierta. Pero si la Escritura no usara tales palabras, no se insinuaría de alguna manera más familiarmente a todo tipo de hombres, a quienes quiere beneficiar, para aterrorizar a los soberbios, despertar a los negligentes, ejercitar a los que buscan y alimentar a los que entienden: lo cual no haría, si no se inclinara primero y de alguna manera descendiera a los que yacen. Pero cuando también anuncia la destrucción de todos los animales terrestres y volátiles, expresa la magnitud del desastre futuro; no amenaza con la destrucción a los seres irracionales, como si también ellos hubieran pecado.

CAPÍTULO XXVI.---Que el arca que Noé fue mandado a hacer, en todo significa a Cristo y a la Iglesia.

1. Ahora bien, lo que Dios manda a Noé, hombre justo, y como dice de él la Escritura verídica, perfecto en su generación (Gén. 6, 9) (no como serán perfeccionados los ciudadanos de la ciudad de Dios en aquella inmortalidad, en la que serán igualados a los ángeles de Dios, sino como pueden ser perfectos en esta peregrinación), que haga un arca, en la cual con los suyos, es decir, su esposa, hijos y nueras, y con los animales que por mandato de Dios entraron en el arca, se salvaría de la devastación del diluvio; sin duda es figura de la ciudad de Dios peregrinando en este mundo, es decir, la Iglesia, que es salvada por la madera, en la que colgó el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim. 2, 5). Pues las mismas medidas de longitud, altura y anchura de ella, significan el cuerpo humano, en cuya verdad fue anunciado que vendría a los hombres, y vino. La longitud del cuerpo humano desde la cabeza hasta los pies tiene seis veces la anchura, que es de un lado al otro; y diez veces la altura, cuya medida es en el lado desde la espalda hasta el vientre: como si midieras a un hombre acostado boca arriba o boca abajo, es seis veces más largo desde la cabeza hasta los pies, que ancho de derecha a izquierda, o de izquierda a derecha; y diez veces más alto desde el suelo. Por lo tanto, el arca fue hecha de trescientos codos de longitud, cincuenta de anchura y treinta de altura. Y que la puerta esté en el lado, sin duda es aquella herida, cuando el costado del crucificado fue perforado con una lanza (Juan 19, 34): pues por ella entran los que vienen a él; porque de allí manaron los sacramentos, por los cuales los creyentes son iniciados. Y que se ordene hacerla de maderas cuadradas, significa la vida estable de los

santos: pues como quiera que gires un cuadrado, permanecerá. Y las demás cosas que se dicen en la construcción de ese arca, son signos de cosas eclesiásticas.

2. Pero ahora sería largo seguirlas: y ya lo hemos hecho en la obra que escribimos contra Fausto el Maniqueo (lib. 12, cap. 14), quien negaba que en los libros de los hebreos se profetizara algo sobre Cristo. Y ciertamente puede suceder que alguien nos exponga estas cosas de manera más adecuada, siempre que lo que se diga se refiera a esta ciudad de Dios de la que hablamos, peregrinando en este siglo maligno como en un diluvio; si no quiere alejarse mucho del sentido de quien escribió estas cosas, quien las expone. Por ejemplo, si alguien lo que aquí está escrito, Harás inferior, bicamerada y tricamerada (Gén. 6, 16); no quiera entender lo que yo dije en aquella obra (lib. 4, cap. 16), que la Iglesia se congrega de todas las naciones, llamada bicamerada, por los dos tipos de hombres, a saber, la circuncisión y el prepucio, a quienes el Apóstol también llama de otro modo judíos y griegos (Rom. 3, 9); y tricamerada, porque todas las naciones fueron restauradas de los tres hijos de Noé después del diluvio: sino que diga algo más, que no esté fuera de la regla de la fe. Pues ya que no quiso que el arca tuviera solo habitaciones en las partes inferiores, sino también en las superiores, y llamó a estas bicameradas; y en las superiores de las superiores, y las llamó tricameradas: para que desde abajo hacia arriba se elevara la tercera habitación. Aquí se pueden entender también aquellas tres cosas que el Apóstol recomienda, fe, esperanza, caridad (1 Cor. 13, 13). También se pueden entender mucho más convenientemente aquellas tres fecundidades evangélicas, treinta, sesenta, ciento (Mat. 13, 8); para que en lo más bajo habite la castidad conyugal, sobre ella la viudal, y sobre esta la virginal: y si algo mejor puede entenderse y decirse según la fe de esta ciudad. Esto también lo he dicho de las demás cosas que aquí deben exponerse, porque aunque no se discutan de un solo modo, deben referirse a una sola concordia de la fe católica.

CAPÍTULO XXVII.---Sobre el arca y el diluvio, ni se debe consentir a aquellos que solo aceptan la historia sin significado alegórico; ni a aquellos que defienden solo las figuras rechazando la verdad histórica.

1. Sin embargo, nadie debe pensar que estas cosas están escritas en vano, o que solo debe buscarse la verdad de los hechos sin ningún significado alegórico; o por el contrario, que estas cosas no se realizaron en absoluto, sino que son solo figuras de palabras; o que, sea lo que sea, no tiene nada que ver con la profecía de la Iglesia. Pues ¿quién, sino alguien de mente perversa, sostendría que los libros han sido escritos en vano, custodiados con tanta religión y con una observancia de sucesión tan ordenada a lo largo de milenios; o que solo deben contemplarse los hechos, donde ciertamente, para omitir otras cosas, si la cantidad de animales obligaba a hacer el arca de tal magnitud, qué obligaba a introducir animales inmundos de dos en dos y limpios de siete en siete (Gén. 7, 2), cuando ambos podrían haberse conservado en igual número? ¿O acaso Dios, que mandó conservarlos para restaurar el género, no podía restituirlos de la manera que había establecido?

2. Aquellos que sostienen que no se realizaron, sino que son solo figuras de cosas que deben significarse, primero opinan que no pudo haber un diluvio tan grande que las aguas crecieran quince codos sobre las montañas más altas; debido a la cima del monte Olimpo, sobre la cual se dice que las nubes no pueden formarse, porque es tan alta como el cielo, de modo que no hay aire más denso allí, donde se generan los vientos, las nieblas y las lluvias: no consideran que la tierra, el más denso de todos los elementos, pudo estar allí. ¿O acaso niegan que la cima del monte sea tierra? ¿Por qué entonces se permitió que la tierra, más pesada e inferior, invadiera los espacios del cielo más tranquilos a lo largo de tantos años, y no se permitió que el agua, más ligera y superior, hiciera esto al menos por un breve tiempo, cuando estos

medidores y pesadores de elementos afirman que las aguas son superiores y más ligeras que las tierras? ¿Qué razón aportan, entonces, para que la tierra, más pesada e inferior, haya podido elevarse hasta esos espacios del cielo, y no se haya permitido que el agua, más ligera y superior, lo haga al menos por un breve tiempo?

3. También dicen que la cantidad de animales en ambos sexos, de dos en dos de los inmundos y de siete en siete de los limpios, no pudo caber en la magnitud del arca. Me parece que no consideran más que los trescientos codos de longitud y cincuenta de anchura, ni piensan que hay otro tanto en las partes superiores, y otro tanto en las superiores de las superiores, y por lo tanto, multiplicados esos codos, se hacen novecientos cincuenta. Pero si consideramos lo que Orígenes no inadecuadamente añadió (Homilía 2 en Génesis), que Moisés, hombre de Dios, fue instruido, como está escrito, en toda la sabiduría de los egipcios (Hechos 7, 22), quienes amaron la geometría, pudo haber significado codos geométricos, donde uno vale tanto como seis de los nuestros; ¿quién no ve cuánto pudo contener esa magnitud? Pues lo que disputan de que no se pudo construir un arca de tal magnitud, lo calumnian de manera muy inepta, cuando saben que se han construido ciudades inmensas, y no consideran los cien años en los que se fabricó el arca: a menos que tal vez una piedra pueda adherirse a otra solo unida por cal, para que un muro se extienda por tantos miles, y la madera no pueda adherirse a otra por medio de escuadras, clavos, clavos, y betún, para que se construya un arca, no con líneas curvas, sino rectas, extendiéndose a lo largo y ancho, que ningún esfuerzo humano la lance al mar, sino que la levante la ola, cuando venga, por el orden natural de los pesos, y más por la providencia divina que por la prudencia humana, la gobierne flotando, para que no naufrague en cualquier lugar.

4. Pero lo que se suele preguntar con gran escrupulosidad sobre las bestias más pequeñas, no solo como ratones y lagartijas, sino también como langostas, escarabajos, y finalmente moscas y pulgas, si no había un número mayor de ellas en ese arca que el que está definido, cuando Dios lo mandó: primero deben ser advertidos aquellos a quienes esto les preocupa, que debe entenderse lo que se dijo, Lo que se arrastra sobre la tierra; de modo que no fue necesario conservar en el arca lo que puede vivir en el agua, no solo sumergido, como los peces; sino también flotando, como muchas aves. Luego, cuando se dice, Serán macho y hembra: ciertamente se entiende que se dice para la restauración del género: y por lo tanto, tampoco era necesario que estuvieran allí, lo que puede nacer sin cópula de cualquier cosa o de las corrupciones de las cosas: o si estuvieron, como suelen estar en las casas, pudieron estar sin un número definido: o si el sagrado misterio que se realizaba, y la figura de tan gran cosa no podía cumplirse de otra manera, sino que todo debía estar allí en ese número cierto, que no podía vivir en el agua por naturaleza prohibiéndolo, no fue esta la preocupación de ese hombre, o de esos hombres, sino de Dios. Pues Noé no los capturaba e introducía, sino que permitía que vinieran y entraran. Pues para esto vale lo que se dijo, Entrarán a ti (Gén. 6, 19, 20): no por la acción del hombre, sino por el mandato de Dios: así ciertamente, que no deben creerse que estuvieron allí, lo que carece de sexo. Pues está prescrito y definido, Serán macho y hembra. Hay cosas, por supuesto, que nacen de cualquier cosa sin cópula, de modo que después copulan y engendran, como las moscas: pero hay otras en las que no hay nada de macho y hembra, como las abejas. Por otro lado, lo que tiene sexo, pero no tiene cría, como los mulos y mulas, es extraño si estuvieron allí, y no más bien que sus padres estuvieran allí, es decir, el género equino y asnal: y si hay otras cosas que engendran algún género por la mezcla de diferentes géneros. Pero si esto también pertenecía al misterio, estaban allí. Pues este género también tiene macho y hembra.

5. También suele inquietar a algunos el tipo de alimentos que podían tener allí los animales, que se cree que solo se alimentan de carne, si estaban allí sin transgredir el mandato, lo cual habría obligado a incluirlos por la necesidad de alimentar a otros: o más bien, lo que es más creíble, que además de carne, podrían haber existido otros alimentos que fueran adecuados para todos. Sabemos, en efecto, cuántos animales, para los cuales la carne es alimento, se alimentan de frutos y frutas, especialmente de higos y castañas. ¿Qué tiene de extraño, entonces, si aquel hombre sabio y justo, también advertido divinamente, preparó y almacenó un alimento adecuado para cada especie sin carne? ¿Qué hay, además, que el hambre no obligue a comer? ¿O qué no podría hacer Dios agradable y saludable, quien incluso podría conceder, por su facilidad divina, que vivieran sin alimento, a menos que alimentarlos también convenía para cumplir la figura de tan gran misterio? Sin embargo, nadie puede permitirse pensar que tan múltiples signos de cosas realizadas no pertenecen a la prefiguración de la Iglesia, a menos que sea contencioso. Pues ya las naciones han llenado tanto la Iglesia, y los limpios e inmundos, hasta que se llegue a un fin cierto, están contenidos en una cierta cohesión de su unidad, que de este único y manifiestísimo hecho, incluso de los demás, que alguna vez fueron dichos más oscuramente y más difícilmente reconocibles, no es lícito dudar. Siendo así las cosas, si nadie se atreverá a pensar que estas cosas fueron escritas en vano, ni que no significan nada cuando fueron realizadas, ni que solo las palabras son significativas, no los hechos, ni que son ajenas a la Iglesia para ser significadas, se puede decir con probabilidad: sino que más bien se debe creer que fueron sabiamente encomendadas a la memoria y a las letras, y que fueron realizadas, y que significan algo, y que ese algo pertenece a la prefiguración de la Iglesia. Hasta este punto, este libro debe cerrarse, para que el curso de ambas ciudades, la terrena según el hombre viviente, y la celestial según Dios, después del diluvio y en los eventos subsiguientes, sea investigado.

LIBRO DECIMOSEXTO. En cuya primera parte, desde el primer capítulo hasta el duodécimo, se exhibe el curso de ambas ciudades, la celestial y la terrena, según la historia sagrada desde Noé hasta Abraham: en la parte posterior se discute solo sobre el curso de la ciudad celestial desde Abraham hasta los reyes de Israel.

CAPÍTULO PRIMERO.---Si después del diluvio, desde Noé hasta Abraham, se encuentran algunas familias que vivan según Dios.

Después del diluvio, es difícil encontrar con claridad en las Escrituras, hablando de las huellas de la ciudad santa que avanzan, si fueron continuas o interrumpidas por tiempos de impiedad, de modo que no existiera ningún adorador del verdadero único Dios: porque en los Libros canónicos, después de Noé, quien con su esposa y sus tres hijos y sus tres nueras mereció ser liberado de la devastación del diluvio por el arca, no encontramos hasta Abraham la piedad de nadie proclamada por un evidente discurso divino, excepto que Noé encomienda a sus dos hijos Sem y Jafet con una bendición profética, mirando y previendo lo que estaba por venir en el futuro lejano. De donde también ocurrió que maldijo a su hijo del medio, es decir, menor que el primogénito y mayor que el último, quien había pecado contra su padre, no en él, sino en su hijo, su nieto, con estas palabras: Maldito sea Canaán, será siervo de sus hermanos. Canaán, por cierto, había nacido de Cam, quien no cubrió, sino que más bien reveló la desnudez de su padre dormido. De donde también lo que sigue añade la bendición de los dos hijos mayores y menores, diciendo: Bendito sea el Señor Dios de Sem, y Canaán será su siervo; que Dios ensanche a Jafet, y habite en las tiendas de Sem (Gén. IX, 25-27): como la misma plantación de la viña de Noé, y la embriaguez de su fruto, y la desnudez del dormido, y las demás cosas que allí se hicieron y escribieron, están cargadas de sentidos proféticos y veladas con coberturas.

CAPÍTULO II.---Qué fue prefigurado proféticamente en los hijos de Noé.

1. Pero ahora, con el efecto de las cosas ya conseguido en los descendientes, lo que estaba oculto está bastante claro. ¿Quién, al observar diligente e inteligentemente estas cosas, no reconoce a Cristo? Sem, de cuya descendencia en la carne nació Cristo, se interpreta como Nombrado. ¿Qué hay más nombrado que Cristo, cuyo nombre ya fragante en todas partes, de modo que en el Cantar de los Cantares, incluso la misma profecía que lo precede, se compara con un ungüento derramado (Cánt. 1, 2): en cuyas casas, es decir, iglesias, habita la amplitud de las naciones? Pues Jafet se interpreta como Amplitud. Cam, por otro lado, que se interpreta como Caliente, el hijo del medio de Noé, como si se distinguiera de ambos y permaneciera entre ambos, ni en las primicias de los israelitas, ni en la plenitud de las naciones, ¿qué significa sino el género de los herejes, caliente, no con el espíritu de sabiduría, sino de impaciencia, con el que suelen hervir las entrañas de los herejes, y perturbar la paz de los santos? Pero estas cosas resultan útiles para los que progresan, según aquello del Apóstol: Es necesario que haya herejías, para que los aprobados se manifiesten entre vosotros (I Cor, XI, 19). De donde también está escrito, El hijo instruido será sabio, pero usará al ministro imprudente (Prov. X, 4, según los LXX). Pues muchas cosas pertenecientes a la fe católica, mientras son agitadas por la inquietud caliente de los herejes, para que puedan ser defendidas contra ellos, se consideran más diligentemente, se entienden más claramente, y se predican más insistentemente: y la cuestión movida por el adversario se convierte en ocasión de aprendizaje. Aunque no solo los que están abiertamente separados, sino también todos los que se glorían con el nombre cristiano y viven perdidamente, no absurdamente pueden parecer figurados en el hijo del medio de Noé: pues anuncian la pasión de Cristo, que fue significada por la desnudez de aquel hombre, y la proclaman profesando, y la deshonran actuando mal. De tales, pues, se ha dicho, Por sus frutos los conoceréis (Mat. VII, 20). Por eso Cam fue maldecido en su hijo, es decir, en su fruto, es decir, en su obra. Sem y Jafet, como la circuncisión y el prepucio, o como de otro modo los llama el Apóstol, judíos y griegos, pero llamados y justificados, al conocer de alguna manera la desnudez del padre, que significaba la pasión del Salvador, tomando una vestidura, la pusieron sobre sus espaldas, y entraron de espaldas, y cubrieron la desnudez de su padre, y no vieron lo que reverentemente cubrieron (Gén. IX, 23). Pues de alguna manera en la pasión de Cristo, honramos lo que se hizo por nosotros, y rechazamos el crimen de los judíos. La vestidura significa el sacramento; las espaldas, la memoria de lo pasado: porque la pasión de Cristo, ya en el tiempo en que habita Jafet en las casas de Sem y el mal hermano en medio de ellos, la Iglesia celebra como pasada, no la espera aún futura.

2. Pero el mal hermano en su hijo, es decir, en su obra, es siervo de los buenos hermanos, cuando los buenos usan sabiamente de los malos, ya sea para el ejercicio de la paciencia o para el progreso de la sabiduría. Pues hay, según el testimonio del Apóstol, quienes anuncian a Cristo no sinceramente: Pero sea por pretexto, dice, o por verdad, Cristo es anunciado, en esto me gozo, y me gozaré (Filip. I, 18). Él mismo plantó la viña, de la cual dice el Profeta, La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isaías V. 7): y bebió de su vino: ya sea que aquí se entienda aquel cáliz, del cual dice, ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? (Mat. XX, 22) y, Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Id. XXVI, 39); con el cual sin duda significa su pasión: o porque el vino es fruto de la viña, esto más bien se signifique por aquello, que de la misma viña, es decir, del linaje de los israelitas, asumió carne y sangre por nosotros, para que pudiera sufrir: Y se embriagó, es decir, sufrió: Y se desnudó (Gén. IX, 21); allí, en efecto, se desnudó, es decir, apareció su debilidad, de la cual dice el Apóstol, Aunque fue crucificado por debilidad (II Cor. XIII, 4). De donde el mismo dice, Lo débil de Dios es más fuerte que los hombres, y lo necio de Dios es más sabio que los hombres (I Cor. I, 25).

Pero cuando se dijo, Y se desnudó; añadió la Escritura, en su casa: elegantemente mostró que iba a sufrir la cruz y la muerte de su propia gente de carne y de los domésticos de su sangre, es decir, de los judíos. Esta pasión de Cristo la anuncian fuera solo en el sonido de la voz los reprobos: pues no entienden lo que anuncian. Pero los probos tienen en el hombre interior tan grande misterio, y honran dentro en el corazón lo débil y necio de Dios, que es más fuerte y más sabio que los hombres. La figura de esto es que Cam saliendo lo anunció fuera; pero Sem y Jafet, para velarlo, es decir, honrarlo, entraron, es decir, lo hicieron interiormente.

3. Indagamos estos secretos de la Escritura divina, como podemos, unos más, otros menos congruentemente, pero fielmente manteniendo con certeza que no fueron realizadas y escritas sin alguna prefiguración de futuros, ni que deben referirse sino a Cristo y su Iglesia, que es la ciudad de Dios: cuya predicación no ha faltado desde el principio del género humano, la cual vemos cumplirse en todo. Bendecidos, pues, los dos hijos de Noé, y maldecido uno en medio de ellos, de ahí en adelante hasta Abraham se ha guardado silencio sobre la conmemoración de algunos justos que adoraran piadosamente a Dios durante más de mil años. Ni creo que hayan faltado: pero si todos fueran conmemorados, sería demasiado largo; y esto sería más una diligencia histórica que una providencia profética. Por lo tanto, el escritor de estas Sagradas Escrituras, o más bien el Espíritu de Dios a través de él, sigue aquello que no solo narra lo pasado, sino que también predice lo futuro, que sin embargo pertenece a la ciudad de Dios: porque incluso de los hombres que no son sus ciudadanos, lo que aquí se dice, se dice para que aquella, por comparación contraria, o progrese o resplandezca. Ciertamente no se debe pensar que todo lo que se narra como hecho también significa algo: pero para aquellas cosas que significan algo, también se añaden aquellas que no significan nada. Solo el arado surca la tierra; pero para que esto pueda hacerse, también los demás miembros del arado son necesarios: y solo las cuerdas en las cítaras y en tales instrumentos musicales se adaptan al canto; pero para que puedan ser adaptadas, también están las demás partes en las estructuras de los instrumentos, que no son golpeadas por los que tocan, sino que se conectan con aquellas que resuenan cuando son golpeadas. Así, en la historia profética se dicen también algunas cosas que no significan nada, pero a las que se adhieren aquellas que significan, y de alguna manera se enlazan.

CAPÍTULO III.---De las generaciones de los tres hijos de Noé.

1. Por lo tanto, las generaciones de los hijos de Noé deben ser observadas a continuación, y lo que parece necesario decir sobre ellas debe añadirse a esta obra, en la que se muestra el curso de ambas ciudades, la terrena y la celestial, a través de los tiempos. Comenzaron a ser conmemoradas desde el hijo menor, que fue llamado Jafet; cuyos hijos fueron nombrados ocho; y los nietos siete de dos de sus hijos, tres de uno, cuatro de otro: así que en total son quince. Los hijos de Cam, es decir, el hijo del medio de Noé, fueron cuatro, y los nietos cinco de uno de sus hijos, y dos bisnietos de un nieto: la suma de ellos es once. Después de enumerarlos, se vuelve como al principio, y se dice: Cus engendró a Nemrod: este comenzó a ser un gigante en la tierra. Este era un gigante cazador contra el Señor Dios. Por esto dicen: Como Nemrod, gigante cazador contra el Señor. Y el principio de su reino fue Babilonia, Erec, Acad y Calne en la tierra de Sinar. De esa tierra salió Asur, y edificó Nínive y la ciudad de Rehobot, y Cala, y Resen entre Nínive y Cala: esta es la gran ciudad. Este Cus, padre del gigante Nemrod, fue el primero nombrado entre los hijos de Cam, cuyos cinco hijos ya habían sido contados, y dos nietos. Pero a este gigante o lo engendró después de que nacieran sus nietos; o, lo que es más creíble, la Escritura habló de él por separado debido a su eminencia; ya que también se conmemoró su reino, cuyo principio era aquella nobilísima ciudad de Babilonia, y las que se mencionaron junto a ella, ya sean ciudades o regiones. Lo que se dijo, que de esa tierra, es decir, de la tierra de Sinar, que pertenecía al reino de

Nemrod, salió Asur, y edificó Nínive, y las otras ciudades que se mencionaron, se hizo mucho después, lo cual se mencionó de pasada por esta ocasión, debido a la nobleza del reino de los asirios, que Nino, hijo de Bel, extendió maravillosamente, fundador de la gran ciudad de Nínive: cuyo nombre de ciudad fue derivado del nombre de aquel, para que de Nino se llamara Nínive. Asur, sin embargo, de donde los asirios, no fue de los hijos de Cam, el hijo del medio de Noé, sino que se encuentra entre los hijos de Sem, que fue el hijo mayor de Noé. De donde se muestra que de la progenie de Sem surgieron los que después obtuvieron el reino de aquel gigante, y de allí procedieron, y fundaron otras ciudades, de las cuales la primera fue llamada Nínive por Nino. De aquí se vuelve al otro hijo de Cam, que se llamaba Mizraim, y se conmemoran los que engendró; no como individuos, sino como siete naciones. Y de la sexta, como del sexto hijo, se conmemora que salió una nación, que se llama Filisteos; de modo que son ocho. Luego se vuelve a Canaán, en cuyo hijo fue maldecido Cam; y se nombran los once que engendró. Luego, hasta qué límites llegaron, conmemoradas algunas ciudades, se dice. Por lo tanto, contando hijos y nietos, de la progenie de Cam se refieren treinta y uno.

2. Resta conmemorar a los hijos de Sem, el hijo mayor de Noé: pues a él gradualmente llegó la narración de las generaciones desde el menor. Pero donde comienzan a conmemorarse los hijos de Sem, hay algo de oscuridad que debe ser ilustrado con exposición: porque también mucho tiene que ver con el asunto que buscamos. Pues se lee así: Y a Sem le nació también el padre de todos los hijos de Heber, hermano mayor de Jafet. El orden de las palabras es: Y a Sem le nació Heber, también a él, es decir, a Sem, le nació Heber, quien es el padre de todos sus hijos. Sem, por lo tanto, quiso que se entendiera como patriarca de todos los que surgieron de su estirpe, que se conmemorarán, ya sean hijos, nietos, bisnietos, y de ahí en adelante nacidos de allí. No fue Sem quien engendró a este Heber: pero se encuentra como el quinto en la serie de progenitores. Pues Sem, entre otros hijos, engendró a Arfaxad, Arfaxad engendró a Cainán, Cainán engendró a Sala, Sala engendró a Heber. No en vano este fue nombrado primero en la progenie que viene de Sem, y preferido incluso a los hijos, siendo el quinto nieto; a menos que sea cierto lo que se transmite, que de él fueron llamados los hebreos, como Hebreos: aunque también puede haber otra opinión, que de Abraham, como Abraháeos, parecen haber sido llamados. Pero sin duda esto es cierto, que de Heber fueron llamados Heberaeos, y luego, quitando una letra, Hebreos: la lengua hebrea que solo el pueblo de Israel pudo conservar, en el cual la ciudad de Dios tanto peregrinó en los santos, como fue adumbrada en todos por el sacramento. Por lo tanto, primero se nombran seis hijos de Sem, luego de uno de ellos nacen cuatro nietos suyos: y también otro de los hijos de Sem engendró a su nieto, y de él también nació un bisnieto, y de allí un tataranieto, que es Heber. Heber engendró dos hijos, uno de los cuales llamó Faleg, que se interpreta como Dividiendo. Luego la Escritura, añadiendo y dando razón de este nombre, dice: Porque en sus días fue dividida la tierra. Esto, sin embargo, qué significa, aparecerá después. El otro que nació de Heber, engendró doce hijos: y por lo tanto, todos los nacidos de Sem son veintisiete. En total, pues, todos los nacidos de los tres hijos de Noé, es decir, quince de Jafet, y treinta y uno de Cam, veintisiete de Sem, son setenta y tres. Luego sigue la Escritura diciendo: Estos son los hijos de Sem en sus tribus según sus lenguas, en sus regiones y en sus naciones. Y también de todos: Estas, dice, son las tribus de los hijos de Noé según sus generaciones, y según sus naciones. De estos fueron dispersadas las islas de las naciones sobre la tierra después del diluvio. De donde se deduce que entonces había setenta y tres, o más bien (como se demostrará después) setenta y dos naciones, no hombres. Pues también antes, cuando se habían conmemorado los hijos de Jafet, así se concluyó: De estos fueron segregadas las islas de las naciones en su tierra, cada uno según su lengua en sus tribus y en sus naciones.

3. Ahora bien, en los hijos de Cam en cierto lugar más claramente se conmemoraron las naciones, como mostré anteriormente. Mizraim engendró a los que se llaman Ludim: y de la misma manera las demás hasta siete naciones. Y después de enumerar a todos, concluyendo después: Estos son los hijos de Cam, dice, en sus tribus, según sus lenguas en sus regiones y en sus naciones (Gén. X). Por eso, pues, no se conmemoraron los hijos de muchos, porque naciendo se añadieron a otras naciones, pero ellos mismos no pudieron formar naciones; porque, ¿qué otra causa hay, cuando se enumeran ocho hijos de Jafet, solo de dos de ellos se conmemoran los hijos nacidos; y cuando se nombran cuatro hijos de Cam, solo de tres se añaden los nacidos; y cuando se nombran seis hijos de Sem, solo de dos se añade la posteridad? ¿Acaso los demás quedaron sin hijos? Lejos de esto sea creer: pero no formaron naciones por las cuales fueran dignos de ser conmemorados; porque a medida que nacían, se añadían a otras naciones.

CAPÍTULO IV.---De la diversidad de lenguas y el principio de Babilonia.

Por lo tanto, cuando se dice que estas naciones existieron en sus propias lenguas, el narrador regresa a aquel tiempo en que había un solo idioma para todos, y luego explica qué sucedió para que naciera la diversidad de lenguas. Y dice: "Y toda la tierra tenía una sola lengua y una sola voz para todos. Y sucedió que, cuando se movieron desde el oriente, encontraron una llanura en la tierra de Senaar y se establecieron allí. Y el hombre dijo a su prójimo: 'Venid, hagamos ladrillos y cocinémoslos al fuego'. Y los ladrillos les sirvieron de piedra, y el betún les sirvió de argamasa. Y dijeron: 'Venid, edifiquemos para nosotros una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo, y hagámonos un nombre antes de que seamos dispersados sobre la faz de toda la tierra'. Y descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo el Señor Dios: 'He aquí que son un solo pueblo y tienen una sola lengua, y esto es lo que han comenzado a hacer; ahora nada les impedirá hacer todo lo que se propongan. Venid, descendamos y confundamos allí su lengua, para que no se entiendan unos a otros'. Y el Señor los dispersó desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad y la torre. Por eso se llamó su nombre Confusión, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó el Señor Dios sobre la faz de toda la tierra" (Gén. XI, 1-9).

Esta ciudad que fue llamada Confusión es Babilonia, cuya construcción admirable también es destacada por la historia de las naciones. Babilonia, de hecho, se interpreta como Confusión. De ahí se deduce que aquel gigante Nemrod fue su fundador, lo cual se había insinuado brevemente antes, cuando la Escritura, al hablar de él, dijo que el inicio de su reino fue Babilonia, es decir, la que ejercía el principado sobre las demás ciudades, donde estaba como en una metrópoli la sede del reino; aunque no fue completada en la medida en que la impía soberbia lo había planeado. Pues se disponía una altura excesiva, que se dijo que llegaba hasta el cielo, ya sea de una sola de sus torres, que intentaban hacer principal entre las demás, o de todas las torres, que fueron significadas en número singular, como se dice soldado, y se entienden miles de soldados: como rana, como langosta; así fue llamada la multitud de ranas y langostas en las plagas con las que los egipcios fueron golpeados por Moisés (Éxodo X, 4, y en otros lugares; Salmo LXXVII, 45).

¿Qué habría hecho la presunción humana y vana? ¿Qué altura de masa, por grande que fuera, podría elevarse contra Dios, cuando superara todos los montes? ¿Cuándo escaparía del espacio de este aire nebuloso? ¿Qué, en definitiva, podría dañar a Dios cualquier elevación, ya sea espiritual o corporal, por grande que fuera? La humildad construye un camino seguro y verdadero hacia el cielo, elevando el corazón hacia el Señor, no contra el Señor: como se dijo

de este gigante cazador contra el Señor (Gén. X, 9). Algunos, no entendiendo esto, fueron engañados por la ambigüedad del griego, de modo que no interpretaron "contra el Señor", sino "ante el Señor": pues ἐναντίον significa tanto "ante" como "contra". Este es el término en el Salmo: "Y lloremos ante el Señor, que nos hizo" (Salmo XCIV, 6). Y este es también el término en el libro de Job, donde está escrito: "Estallaste en furia contra el Señor" (Job XV, 13, según la LXX). Así, este gigante debe entenderse como cazador contra el Señor. ¿Qué significa aquí este nombre, que es cazador, sino engañador, opresor, destructor de animales terrestres? Por lo tanto, con sus pueblos erigía una torre contra el Señor, que significaba la impía soberbia. Con razón, pues, se castiga un mal afecto, incluso si no logra su efecto. ¿Y qué tipo de castigo fue? Dado que el dominio del que manda está en la lengua, allí fue condenada la soberbia, para que no se entendiera al que mandaba al hombre que no quiso entender para obedecer a Dios que mandaba. Así se disolvió aquella conspiración, cuando cada uno se apartó de aquel a quien no entendía, y solo se unió a aquel con quien podía hablar: y las naciones fueron divididas por lenguas y dispersadas por las tierras, como agradó a Dios, quien lo hizo de maneras ocultas e incomprensibles para nosotros.

CAPÍTULO V.---Sobre el descenso del Señor para confundir la lengua de los que edificaban la torre.

Porque lo que está escrito, "Y descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres"; esto es, no los hijos de Dios, sino aquella sociedad que vive según el hombre, a la que llamamos ciudad terrenal: Dios no se mueve de lugar, quien siempre está en todas partes; pero se dice que desciende cuando hace algo en la tierra que, hecho de manera maravillosa fuera del curso habitual de la naturaleza, muestra de algún modo su presencia: ni aprende viendo temporalmente, quien nunca puede ignorar algo; pero se dice que ve y conoce temporalmente lo que hace que sea visto y conocido. Así, pues, no se veía aquella ciudad como Dios hizo que se viera, cuando mostró cuánto le desagradaba. Aunque puede entenderse que Dios descendió a aquella ciudad porque descendieron sus ángeles en quienes habita; de modo que lo que se añadió, "Y dijo el Señor Dios: 'He aquí que son un solo pueblo y tienen una sola lengua'", y lo demás; y luego se añadió, "Venid, y descendiendo confundamos allí su lengua" (Gén. XI, 5-7); es una recapitulación que muestra cómo se hizo lo que se había dicho, "Descendió el Señor". Pues si ya había descendido, ¿qué significa "Venid, y descendiendo confundamos" (lo que se entiende dicho a los ángeles), sino que descendía por medio de los ángeles, quien estaba en los ángeles descendiendo? Y bien no dijo, "Venid, y descendiendo confundid", sino, "Confundamos allí su lengua"; mostrando así que obra por medio de sus ministros, de modo que ellos también son cooperadores de Dios: como dice el Apóstol, "Porque somos colaboradores de Dios" (I Cor. III, 9).

CAPÍTULO VI.---Cómo debe entenderse la locución con la que Dios habla a los ángeles.

1. También podría entenderse que cuando se hizo el hombre, lo que se dijo, "Hagamos al hombre", se refería a los ángeles, porque no dijo, "Haga": pero como sigue, "a nuestra imagen"; y no es lícito creer que el hombre fue hecho a imagen de los ángeles, o que la imagen de los ángeles y de Dios sea la misma; por eso, correctamente allí se entiende la pluralidad de la Trinidad. Sin embargo, esta Trinidad, porque es un solo Dios, incluso cuando dijo, "Hagamos": "Y Dios hizo al hombre a imagen de Dios" (Gén. I, 26, 27): no dijo, "Hicieron los dioses", o, "a imagen de los dioses". También aquí podría entenderse la misma Trinidad, como si el Padre dijera al Hijo y al Espíritu Santo, "Venid, y descendiendo confundamos allí su lengua"; si algo impidiera entender a los ángeles: a quienes más bien conviene venir a Dios con movimientos santos, es decir, con pensamientos piadosos, por los cuales consultan a la Verdad inmutable, como ley eterna en aquella su corte celestial. Pues no

son para sí mismos la verdad; sino que, partícipes de la Verdad creadora, se mueven hacia ella, como hacia la fuente de vida, para tomar de ella lo que no tienen por sí mismos. Y su movimiento es estable, por el cual vienen, quienes no se apartan. Ni así habla Dios a los ángeles, como nosotros entre nosotros, o a Dios, o a los ángeles, o los mismos ángeles a nosotros, ya sea por ellos Dios a nosotros; sino de su modo inefable, pero nos lo indica de nuestro modo. Pues la locución de Dios, más sublime que su hecho, es la razón inmutable de su propio hecho, que no tiene sonido resonante y pasajero, sino una fuerza que permanece eternamente y opera temporalmente. Así habla a los ángeles santos, pero a nosotros de otra manera, a los que estamos lejos. Cuando también nosotros captamos algo de tal locución con los oídos interiores, nos acercamos a los ángeles. Por tanto, no es necesario que en esta obra siempre se me pida razón de las locuciones de Dios. O bien la Verdad inmutable habla por sí misma de manera inefable a las mentes de las criaturas racionales, o habla por medio de la criatura mutable, ya sea con imágenes espirituales a nuestro espíritu, o con voces corporales al sentido del cuerpo.

2. Ciertamente, lo que se dijo, "Y ahora no les faltará nada de lo que intenten hacer" (Gén. XI, 6), no se dijo afirmando, sino como preguntando, como suele decirse por los que amenazan, de la misma manera que dijo alguien, "¿No prepararán las armas, y toda la ciudad los seguirá?" (Virgilio, Eneida, libro 4, v. 592). Así, pues, debe entenderse como si dijera, "¿No les faltará nada de lo que intenten hacer?" Pero si se dice así, no expresa al que amenaza. Sin embargo, para los más lentos añadimos la partícula, es decir, "No", para que dijéramos, "¿No les faltará?"; ya que no podemos escribir la voz del que pronuncia. Por lo tanto, de esos tres hombres, los hijos de Noé, setenta y tres, o más bien, como la razón lo aclarará, setenta y dos naciones y otras tantas lenguas comenzaron a existir por las tierras, que al crecer llenaron también las islas. Sin embargo, el número de naciones aumentó mucho más que el de lenguas. Pues también en África conocemos muchas naciones bárbaras en una sola lengua; y, de hecho, multiplicado el género humano, ¿quién duda que pudieron haber navegado para habitar las islas?

CAPÍTULO VII.---Si todas las especies de bestias, incluso en las islas más remotas de las tierras, recibieron su número de las que fueron salvadas en el arca del diluvio.

Pero hay una cuestión sobre todas las especies de bestias que no están bajo el cuidado de los hombres, ni nacen de la tierra como las ranas, sino que solo se propagan por la unión de macho y hembra, como los lobos y otros semejantes, ¿cómo después del diluvio, en el que todo lo que no estaba en el arca fue destruido, pudieron existir incluso en las islas, si no se repararon sino de aquellos cuyos géneros fueron preservados en ambos sexos en el arca? Pueden, de hecho, creerse que nadaron hasta las islas, pero las más cercanas. Sin embargo, hay algunas tan alejadas de las tierras continentales que parece que ninguna bestia pudo haber nadado hasta ellas. Si los hombres las llevaron capturadas consigo y de ese modo establecieron sus géneros donde habitaban, no es increíble que haya sido por el afán de cazar: aunque no se debe negar que por mandato de Dios o por permiso, incluso por obra de los ángeles, pudieron haber sido trasladadas. Si, en cambio, surgieron de la tierra según el origen primero, cuando Dios dijo, "Produzca la tierra alma viviente" (Gén. I, 24): mucho más claramente aparece que no tanto para la restauración de los animales, sino para la figuración de las diversas naciones por el sacramento de la Iglesia, estaban en el arca todos los géneros, si en las islas, donde no podían llegar, la tierra produjo muchos animales.

CAPÍTULO VIII.---Si de la descendencia de Adán o de los hijos de Noé surgieron algunos géneros monstruosos de hombres.

1. También se pregunta si de los hijos de Noé, o más bien de aquel único hombre, de quien también ellos surgieron, se debe creer que se propagaron algunos géneros monstruosos de hombres, que la historia de las naciones narra: como se dice que algunos tienen un solo ojo en medio de la frente: que algunos tienen las plantas vueltas hacia atrás: que algunos tienen la naturaleza de ambos sexos, y el pecho derecho masculino, el izquierdo femenino, y alternando en el coito, engendran y paren: que otros no tienen boca, y viven solo por el aliento a través de las narices: que otros son de estatura de un codo, a quienes los griegos llaman Pigmeos: que en otros lugares las mujeres conciben a los cinco años y no superan el octavo año de vida. También se dice que hay una nación donde tienen una sola pierna en los pies, y no doblan la rodilla, y son de una velocidad admirable; a quienes llaman Sciopodas, porque en el calor, acostados en el suelo boca arriba, se protegen con la sombra de sus pies: que algunos no tienen cuello y tienen los ojos en los hombros: y otros géneros de hombres, o casi hombres, que están pintados en mosaico en la plaza marítima de Cartago, extraídos de libros como de una historia más curiosa. ¿Qué diré de los Cinocéfalos, cuya cabeza canina y su mismo ladrido los confiesa más bestias que hombres? Pero no es necesario creer en todos los géneros de hombres que se dice que existen. Sin embargo, cualquiera que nazca en cualquier lugar como hombre, es decir, animal racional mortal, por más inusitada que sea para nuestros sentidos la forma de su cuerpo, o su color, o su movimiento, o su sonido, o cualquier fuerza, cualquier parte, cualquier cualidad de su naturaleza, ningún fiel dudará que desciende de aquel único protoplasto. Sin embargo, se hace evidente qué es lo que la naturaleza ha mantenido en la mayoría, y qué es lo que es admirable por su rareza.

2. La misma razón que se da para los partos monstruosos de hombres entre nosotros, puede darse para algunas naciones monstruosas. Porque Dios es el creador de todo, quien sabe dónde y cuándo debe o debió crear algo, sabiendo qué belleza del universo teje con la similitud o diversidad de sus partes. Pero quien no puede ver el todo, se ofende como por la deformidad de una parte; porque ignora a qué se ajusta y a qué se refiere. Sabemos que nacen hombres con más de cinco dedos en manos y pies; y esta diferencia es menor que aquella: pero, sin embargo, lejos esté que alguien sea tan insensato como para pensar que el Creador erró en el número de los dedos humanos, aunque no sepa por qué lo hizo. Así, aunque surja una mayor diversidad, él sabe lo que ha hecho, cuyas obras nadie puede justamente reprochar. En Hipona-Diarrhytus hay un hombre que tiene las plantas casi en forma de luna, y en ellas solo dos dedos, similares a las manos. Si hubiera una nación así, se añadiría a esa historia curiosa y maravillosa. ¿Negaremos, pues, que este hombre, por esto, desciende de aquel único que fue creado primero? Los andróginos, a quienes también llaman hermafroditas, aunque son muy raros, es difícil que falten en los tiempos, en los que aparece tan claramente cada sexo que es incierto de cuál deberían tomar el nombre: sin embargo, prevaleció la costumbre de hablar de ellos por el mejor, es decir, el masculino. Pues nadie los ha llamado nunca Androginaecas o Hermaphroditas. Hace algunos años, ciertamente en nuestra memoria, en Oriente nació un hombre doble en sus miembros superiores, simple en los inferiores: pues tenía dos cabezas, dos pechos, cuatro manos; pero un solo vientre y dos pies, como un solo hombre; y vivió tanto tiempo que muchos fueron atraídos por la fama para verlo. ¿Quién podría enumerar todos los nacimientos humanos muy diferentes de aquellos de los que se sabe con certeza que nacieron? Así como estos no pueden negarse que descienden de aquel único; así, cualquiera que sean las naciones en las diversidades de cuerpos que se dice que se apartaron del curso habitual de la naturaleza, que la mayoría y casi todos mantienen, si están incluidas en esa definición, de ser animales racionales y mortales, se debe confesar que descienden del mismo primer padre de todos: si es que son verdaderas las cosas que se transmiten sobre la variedad de esas naciones y tanta diversidad entre ellas y con nosotros. Pues si no supiéramos que los simios, los cercopitecos y las esfinges no son

hombres, sino bestias, esos historiadores, gloriándose de su curiosidad impune, podrían mentirnos con vanidad, como si fueran algunas naciones de hombres. Pero si son hombres, de quienes se han escrito esas cosas maravillosas; ¿qué si Dios quiso crear también algunas naciones así, para que en estos monstruos, que se ve que nacen de hombres entre nosotros, no pensáramos que su sabiduría, con la que forma la naturaleza humana, erró como el arte de algún artesano menos perfecto? Por lo tanto, no debe parecernos absurdo que, así como en cada una de las naciones hay algunos monstruos de hombres, así en todo el género humano haya algunos monstruos de naciones. Por lo tanto, para concluir esta cuestión con cautela y paso a paso: o bien aquellas cosas que se han escrito sobre algunas naciones son completamente falsas; o si son, no son hombres; o si son hombres, son de Adán.

CAPÍTULO IX.---Si se debe creer que la parte inferior de la tierra, que es contraria a nuestra habitación, tiene Antípodas.

Lo que se fabula sobre la existencia de Antípodas, es decir, hombres en la parte contraria de la tierra, donde el sol sale cuando se pone para nosotros, pisando con sus pies opuestos a los nuestros, no debe creerse de ninguna manera. Ni afirman haberlo aprendido por conocimiento histórico, sino que lo conjeturan como razonando, porque la tierra está suspendida dentro de las convexidades del cielo, y el mundo tiene el mismo lugar, tanto el más bajo como el medio: y de esto opinan que la otra parte de la tierra, que está abajo, no puede carecer de la habitación de hombres. No consideran que, aunque se crea o se demuestre por alguna razón que el mundo tiene una figura redonda y esférica, no es consecuente que también de esa parte la tierra esté desnuda de la acumulación de aguas: además, aunque esté desnuda, tampoco es necesario que tenga hombres. Porque de ninguna manera miente esta Escritura, que hace fe de las cosas pasadas narradas, porque se cumplen sus predicciones: y es demasiado absurdo decir que algunos hombres pudieron haber navegado y llegado desde aquí a esa parte, cruzando la inmensidad del Océano, para que también allí se estableciera el género humano desde aquel único primer hombre. Por lo tanto, entre aquellos pueblos de entonces, que se reúnen para haber sido divididos en setenta y dos naciones y otras tantas lenguas, busquemos, si podemos encontrar, aquella ciudad de Dios peregrinando en las tierras, que fue llevada hasta el diluvio y el arca, y se muestra que perseveró en los hijos de Noé por sus bendiciones, especialmente en el mayor, que fue llamado Sem: ya que Japheth fue bendecido de tal manera que habitaría en las casas de su hermano.

CAPÍTULO X.---Sobre la generación de Sem, en cuya progenie se dirige el orden de la ciudad de Dios tendiendo hacia Abraham.

1. Por lo tanto, debe mantenerse la serie de generaciones desde el mismo Sem, para que muestre la ciudad de Dios después del diluvio; así como la serie de generaciones desde aquel que fue llamado Set, la mostraba antes del diluvio. Por esta razón, la Escritura divina, después de haber mostrado la ciudad terrenal en Babilonia, es decir, en la confusión, regresa recapitulando al patriarca Sem y comienza desde allí las generaciones hasta Abraham, mencionando también el número de años en que cada uno de los pertenecientes a esta serie engendró un hijo y cuánto vivió. Aquí ciertamente debe reconocerse lo que prometí antes, para que aparezca por qué se dijo de los hijos de Heber: "El nombre de uno era Faleg, porque en sus días fue dividida la tierra" (Gén. X, 25). Pues, ¿qué otra cosa se debe entender por la división de la tierra, sino la diversidad de lenguas? Por lo tanto, omitidos los demás hijos de Sem que no pertenecen a este asunto, se conectan en el orden de las generaciones aquellos por los cuales se puede llegar a Abraham, así como se conectaban antes del diluvio aquellos por los cuales se llegaba a Noé, en las generaciones que se propagaron desde aquel hijo de

Adán que fue llamado Set. Así, pues, comienza esta conexión de generaciones: "Y estas son las generaciones de Sem. Sem tenía cien años cuando engendró a Arfaxad, dos años después del diluvio. Y vivió Sem, después de engendrar a Arfaxad, quinientos años, y engendró hijos e hijas, y murió" (Gén. XI, 10, 11). Así prosigue con los demás, diciendo en qué año de su vida cada uno engendró un hijo perteneciente a este orden de generaciones, que se extiende hasta Abraham; y cuántos años vivió después, indicando que engendró hijos e hijas: para que entendamos de dónde pudieron crecer los pueblos, y no nos quedemos puerilmente perplejos en los pocos hombres que se mencionan, de dónde pudieron llenarse tan vastos espacios de tierras y reinos del linaje de Sem; especialmente por el reino de los asirios, de donde aquel Nino, dominador de los pueblos orientales, reinó con gran prosperidad, y propagó a sus descendientes un reino amplísimo y bien fundado, que se prolongaría por mucho tiempo.

2. Pero nosotros, para no detenernos más de lo necesario, no mencionamos cuántos años vivió cada uno en esta serie de generaciones, sino en qué año de su vida engendró un hijo, solo ponemos esto en orden para reunir el número de años desde el diluvio hasta Abraham, y para tocar brevemente y de pasada otras cosas en las que la necesidad nos obliga a detenernos. Así, en el segundo año después del diluvio, Sem, cuando tenía cien años, engendró a Arfaxad; Arfaxad, cuando tenía ciento treinta y cinco años, engendró a Cainán; quien, cuando tenía ciento treinta, engendró a Sala. Por su parte, Sala tenía la misma edad cuando engendró a Heber. Heber tenía ciento treinta y cuatro años cuando engendró a Faleg, en cuyos días fue dividida la tierra. Faleg vivió ciento treinta años y engendró a Ragau; Ragau, ciento treinta y dos, y engendró a Serug; Serug, ciento treinta, y engendró a Nacor; Nacor, setenta y nueve, y engendró a Taré; Taré, setenta, y engendró a Abram (Gén. 10-26), a quien Dios después, cambiando su nombre, llamó Abraham (Gén. XVII, 5). Así, los años desde el diluvio hasta Abraham son mil setenta y dos, según la edición Vulgata, es decir, de los intérpretes de los Setenta. Sin embargo, en los códices hebreos se dice que se encuentran muchos menos años: de los cuales no dan razón alguna o es muy difícil de explicar.

3. Por lo tanto, cuando buscamos en esas setenta y dos naciones la ciudad de Dios, no podemos afirmar que en ese tiempo, cuando había un solo idioma para todos (Gén. XI, 1), es decir, una sola lengua, ya el género humano estaba alienado del culto al verdadero Dios, de modo que solo en estas generaciones permanecía la verdadera piedad, que descienden de la semilla de Sem por Arfaxad y se extienden hasta Abraham: sino que desde aquella soberbia de construir una torre hasta el cielo, que significa la impía elevación, apareció la ciudad, es decir, la sociedad, de los impíos. Por lo tanto, si antes no existía, o estaba oculta, o más bien ambas permanecieron, la piadosa en los dos hijos de Noé, que fueron bendecidos, y sus descendientes; y la impía en aquel que fue maldecido, y su progenie, donde también surgió el gigante cazador contra el Señor, no es fácil de juzgar. Pues tal vez, lo que ciertamente es más creíble, incluso en los hijos de aquellos dos ya entonces, antes de que Babilonia comenzara a ser establecida, había despreciadores de Dios, y en los hijos de Cam adoradores de Dios: sin embargo, se debe creer que nunca faltó en la tierra ninguno de los dos géneros de hombres. Pues incluso cuando se dijo: "Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles; no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo"; en ambos Salmos, donde están estas palabras, también se lee esto: "¿No conocerán todos los que hacen iniquidad, que devoran a mi pueblo como pan?" Por lo tanto, también entonces había pueblo de Dios. De donde lo que se dijo: "No hay quien haga el bien, no hay ni uno solo"; se dijo de los hijos de los hombres, no de los hijos de Dios. Pues se había dicho antes: "Dios miró desde el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios" (Sal. XIII, 3, 4, 2; Sal. LII, 4, 5, 3): y luego se añadieron aquellas cosas que demuestran que todos los hijos de los hombres, es decir, los que pertenecen a la ciudad que vive según el hombre, no según Dios, son reprobos.

CAPÍTULO XI.---Que el idioma que primero estuvo en uso entre los hombres fue el que después se llamó hebreo por el nombre de Heber, y que permaneció en su familia cuando se hizo la diversidad de lenguas.

1. Por lo tanto, así como había un solo idioma para todos, no por eso faltaron los hijos de la pestilencia; pues antes del diluvio también había un solo idioma, y sin embargo, todos, excepto la casa justa de Noé, merecieron ser destruidos por el diluvio: así, cuando por el merecido castigo de una impiedad más elevada las naciones fueron castigadas y divididas por la diversidad de lenguas, y la ciudad de los impíos recibió el nombre de confusión, es decir, fue llamada Babilonia, no faltó la casa de Heber, donde permaneció el idioma que antes era de todos. Por eso, como mencioné antes, cuando comenzaron a enumerarse los hijos de Sem, que cada uno engendró una nación, Heber fue el primero en ser mencionado, aunque es su bisnieto, es decir, se encuentra como el quinto desde él. Porque en su familia permaneció este idioma, mientras las demás naciones se dividieron en otros idiomas, que se cree con razón que fue el idioma común del género humano; por eso, desde entonces, se llamó hebreo. Pues entonces era necesario distinguirlo de los otros idiomas con un nombre propio, así como los otros también fueron llamados con nombres propios. Pero cuando era uno solo, no se llamaba de otra manera que idioma humano, o habla humana, con la que todo el género humano hablaba.

2. Alguien podría decir: Si en los días de Faleg, hijo de Heber, fue dividida la tierra por las lenguas, es decir, los hombres que entonces estaban en la tierra; más bien, el idioma que fue común a todos antes debería haberse llamado por su nombre. Pero se debe entender que Heber mismo le puso a su hijo un nombre tal, para que se llamara Faleg, que se interpreta como División, porque entonces le nació, cuando la tierra fue dividida por las lenguas, es decir, en ese mismo tiempo, para que esto sea lo que se dijo: "En sus días fue dividida la tierra" (Gén. X, 25). Pues si Heber no viviera aún cuando se hizo la multiplicidad de lenguas, no habría tomado su nombre el idioma que pudo permanecer con él. Y por eso se debe creer que este fue el primer idioma común: porque la multiplicación y el cambio de lenguas vino como un castigo; y sin duda, fuera de este castigo debía estar el pueblo de Dios. No en vano este es el idioma que mantuvo Abraham, y no pudo transmitirlo a todos sus hijos, sino solo a aquellos que, propagados por Jacob, y más notable y eminentemente, pudieron consolidarse en el pueblo de Dios y tener los Testamentos de Dios y la descendencia de Cristo. Ni siquiera Heber mismo difundió este idioma en toda su progenie; sino solo en aquella cuya generación se lleva hasta Abraham. Por lo tanto, aunque no se expresó claramente que hubiera algún género piadoso de hombres cuando los impíos fundaban Babilonia; esta oscuridad no sirvió para defraudar al que busca, sino más bien para ejercitar su intención. Pues cuando se lee que al principio había un solo idioma para todos, y antes de todos los hijos de Sem se menciona a Heber, aunque de él surge el quinto; y se llama hebreo el idioma que la autoridad de los Patriarcas y Profetas, no solo en sus discursos, sino también en las Escrituras sagradas, ha conservado: ciertamente, cuando se busca en la división de las lenguas, dónde pudo permanecer ese idioma que antes era común; que, sin duda alguna, donde permaneció, no allí fue el castigo que se hizo con el cambio de lenguas; ¿qué otra cosa se presenta, sino que permaneció en la gente de este, de cuyo nombre tomó su nombre; y esto no fue un pequeño vestigio de la justicia de esta gente, que, cuando las otras naciones eran castigadas con el cambio de lenguas, a esta no llegó tal castigo?

3. Pero aún nos inquieta: ¿cómo pudieron Heber y su hijo Faleg formar naciones individuales, si un idioma permaneció en ambos? Y ciertamente, una es la nación hebrea propagada desde Heber hasta Abraham, y a través de él en adelante, hasta que se convirtió en el gran pueblo de Israel. ¿Cómo, entonces, todos los hijos que se mencionan de los tres hijos de Noé formaron

naciones individuales, si Heber y Faleg no formaron naciones individuales? Sin duda, es más probable que aquel gigante Nemrod también formara su propia nación, pero debido a la excelencia de su dominio y cuerpo, fue nombrado por separado de manera más prominente, para que se mantenga el número de setenta y dos naciones y lenguas. Faleg, sin embargo, fue mencionado no porque formara una nación (pues su misma nación es hebrea, y su mismo idioma); sino por el tiempo notable, que en sus días fue dividida la tierra. Y no nos debe preocupar cómo pudo el gigante Nemrod coincidir con aquella época en que Babilonia fue fundada, y la confusión de lenguas fue hecha, y de esta la división de las naciones. Pues no porque Heber sea el sexto desde Noé, y él el cuarto, por eso no pudieron coincidir en ese tiempo viviendo. Esto sucedió, cuando vivían más tiempo, donde hay menos generaciones, menos donde hay más; o nacieron más tarde donde hay menos, más temprano donde hay más. Ciertamente, se debe entender que cuando la tierra fue dividida, no solo ya nacidos los demás hijos de los hijos de Noé, que se mencionan como padres de las naciones; sino también de tal edad que tenían familias numerosas, que eran dignas de los nombres de las naciones. Por lo tanto, no se debe pensar que fueron engendrados en el orden en que se leen mencionados. De lo contrario, ¿cómo pudieron los doce hijos de Jectán, que era otro hijo de Heber, hermano de Faleg, ya formar naciones, si nació después de su hermano Faleg, como se menciona después de él: puesto que en el tiempo en que nació Faleg, fue dividida la tierra? Por lo tanto, se debe entender que fue mencionado primero, pero nació mucho después de su hermano Jectán, cuyos doce hijos ya tenían familias tan grandes que podían dividirse en lenguas propias. Pues así pudo ser mencionado primero, quien era posterior en edad; como fueron mencionados primero los hijos de Jafet, que era el menor de los tres hijos de Noé; luego los hijos de Cam, que era el del medio; y finalmente los hijos de Sem, que era el primero y mayor. Sin embargo, los nombres de aquellas naciones en parte permanecieron, de modo que hoy en día aparece de dónde fueron derivadas; como de Asur los asirios, y de Heber los hebreos: en parte, con el paso del tiempo, fueron cambiados, de modo que apenas los hombres más doctos, investigando las historias más antiguas, pudieron encontrar los orígenes de algunas de estas naciones. Pues lo que se dice que los egipcios surgieron del hijo de Cam, que se llamaba Mesraim, aquí no resuena el origen del vocablo: como tampoco el de los etíopes, que se dice que pertenecen a aquel hijo de Cam que fue llamado Cus. Y si se consideran todas las cosas, aparecen más nombres cambiados que los que permanecen.

CAPÍTULO XII.---Del momento en Abraham, desde el cual se teje un nuevo orden de sucesión santa.

Ahora veamos el progreso de la ciudad de Dios, también desde aquel momento en el tiempo, que se hizo en el Padre Abraham, donde comienza a ser más evidente su conocimiento, y donde se leen más claramente las promesas divinas, que ahora vemos cumplidas en Cristo. Así pues, como hemos aprendido por la indicación de la Escritura santa, Abraham nació en la región de los caldeos (Gén. XI, 28): tierra que pertenecía al reino de los asirios. Pero entre los caldeos ya prevalecían entonces las supersticiones impías, como entre las demás naciones. Por lo tanto, solo había una casa de Taré, de la cual nació Abraham, en la que se conservaba el culto al único y verdadero Dios, y tanto como es creíble, en la que ya solo también permanecía el idioma hebreo; aunque ella misma, como el pueblo de Dios más manifiesto en Egipto, así en Mesopotamia se dice que sirvió a dioses ajenos, según lo relata Josué (Josué XXIV, 2); mientras los demás de la progenie de aquel Heber se deslizaban poco a poco en otros idiomas y en otras naciones. Por lo tanto, así como por el diluvio de agua solo quedó la casa de Noé para reparar el género humano, así en el diluvio de muchas supersticiones por todo el mundo solo quedó la casa de Taré, en la que se conservó la plantación de la ciudad de Dios. Finalmente, así como allí, enumeradas las generaciones hasta Noé junto con los

números de años, y expuesta la causa del diluvio, antes de que Dios comenzara a hablar de la construcción del arca a Noé, se dice: "Estas son las generaciones de Noé" (Gén. VI, 9): así también aquí, enumeradas las generaciones desde aquel que fue llamado Sem, hijo de Noé, hasta Abraham, luego se pone un artículo notable de manera similar, para que se diga: "Estas son las generaciones de Taré. Taré engendró a Abram, a Nacor y a Harán; y Harán engendró a Lot. Y murió Harán antes que su padre Taré en la tierra en que nació, en la región de los caldeos. Y tomaron Abram y Nacor para sí esposas: el nombre de la esposa de Abram era Sarai, y el nombre de la esposa de Nacor era Milca, hija de Harán" (Gén. XI, 27-29). Este Harán fue padre de Milca y padre de Iscá, quien se cree que Iscá es también Sara, esposa de Abraham.

CAPÍTULO XIII.---Qué razón parece haber hecho que en la migración de Taré, al dejar a los caldeos y pasar a Mesopotamia, no se mencione a su hijo Nacor.

Luego se narra cómo Taré con los suyos dejó la región de los caldeos, y llegó a Mesopotamia, y habitó en Jarán: pero no se menciona a uno de sus hijos, que se llamaba Nacor, como si no lo hubiera llevado consigo. Pues así se narra: "Y tomó Taré a Abram su hijo, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Sarai su nuera, esposa de Abram su hijo, y los sacó de la región de los caldeos para ir a la tierra de Canaán; y llegaron a Jarán, y habitaron allí" (Gén. XI, 31). En ninguna parte aquí se menciona a Nacor, ni a su esposa Milca. Pero encontramos después, cuando Abraham envió a su siervo a buscar esposa para su hijo Isaac, que está escrito: "Y tomó el siervo diez camellos de los camellos de su señor, y de todos los bienes de su señor consigo, y levantándose, fue a Mesopotamia, a la ciudad de Nacor" (Gén. XXIV, 10). Este y otros testimonios de esta historia sagrada muestran que también Nacor, hermano de Abraham, salió de la región de los caldeos, y estableció su residencia en Mesopotamia, donde había habitado con su padre. ¿Por qué, entonces, la Escritura no lo mencionó cuando Taré salió con los suyos de la nación caldea y habitó en Mesopotamia, donde no solo se menciona a su hijo Abraham, sino también a su nuera Sarai y a su nieto Lot, que los llevó consigo? ¿Por qué, suponemos, sino tal vez porque había desertado de la piedad paterna y fraterna, y se había adherido a la superstición de los caldeos, y después de eso, ya sea arrepintiéndose, o sufriendo persecución, porque se le consideraba sospechoso, él mismo emigró? Pues en el libro que se titula Judit, cuando Holofernes, enemigo de los israelitas, preguntó qué pueblo era aquel, si debía guerrear contra él, así le respondió Aquior, jefe de los amonitas: "Escuche nuestro señor la palabra de su siervo, y le referiré la verdad sobre el pueblo que habita cerca de esta montaña, y no saldrá mentira de la boca de su siervo. Esta es la descendencia del pueblo de los caldeos, y antes habitaron Mesopotamia, porque no quisieron seguir a los dioses de sus padres, que fueron gloriosos en la tierra de los caldeos, sino que se apartaron del camino de sus padres y adoraron al Dios del cielo, a quien conocieron, y los expulsaron de la presencia de sus dioses, y huyeron a Mesopotamia, y habitaron allí muchos días. Y su Dios les dijo que salieran de su morada, y fueran a la tierra de Canaán; y allí habitaron" (Judit V, 5-9): y las demás cosas que narra Aquior el amonita. De donde es evidente que la casa de Taré sufrió persecución por parte de los caldeos por la verdadera piedad, con la que se adoraba al único y verdadero Dios.

CAPÍTULO XIV.---De los años de Taré, quien completó el tiempo de su vida en Jarán.

Defuncto Thara en Mesopotamia, donde se dice que vivió doscientos cinco años, comienzan a manifestarse las promesas de Dios hechas a Abraham, como está escrito: "Y fueron los días de Thara en Harrán doscientos cinco años, y murió Thara en Harrán" (Gén. XI, 32). No debe entenderse que pasó todos esos días allí, sino que completó allí todos los días de su vida, que

fueron doscientos cinco años; de lo contrario, no se sabría cuántos años vivió Thara, ya que no se menciona en qué año de su vida llegó a Harrán. Sería absurdo pensar que en esta serie de generaciones, donde se menciona cuidadosamente cuántos años vivió cada uno, el número de años de vida de este solo no se haya registrado. Porque los años de algunos, que la misma Escritura menciona, no se mencionan en este orden, en el que la numeración de los tiempos se teje con la sucesión de los que mueren y los que nacen. Este orden, que se dirige desde Adán hasta Noé, y de allí hasta Abraham, no contiene a nadie sin el número de años de su vida.

CAPÍTULO XV.---Del tiempo de la partida de Abraham, cuando según el mandato de Dios salió de Harrán.

1. Después de mencionar la muerte de Thara, padre de Abraham, se lee: "Y dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre", y lo demás; no porque esto siga en el discurso del libro, debe pensarse que también sigue en el tiempo de los hechos. Si fuera así, surgiría una cuestión insoluble. Porque después de estas palabras de Dios a Abraham, la Escritura dice: "Y salió Abram, como el Señor le había dicho, y fue con él Lot. Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Harrán" (Gén. XII, 1, 4). ¿Cómo puede ser esto cierto si salió de Harrán después de la muerte de su padre? Pues cuando Thara tenía setenta años, como se indicó antes, engendró a Abraham; sumando setenta y cinco años, que tenía Abraham cuando salió de Harrán, resultan ciento cuarenta y cinco años. Por lo tanto, Thara tenía ciento cuarenta y cinco años cuando Abraham salió de esa ciudad de Mesopotamia: pues Abraham tenía setenta y cinco años; y por lo tanto, su padre, que lo engendró a los setenta años, tenía, como se ha dicho, ciento cuarenta y cinco. No salió, pues, de allí después de la muerte de su padre, es decir, después de los doscientos cinco años que vivió su padre; sino que el año de su partida de ese lugar, como era su septuagésimo quinto, sin duda fue el ciento cuarenta y cinco de su padre. Por lo tanto, se debe entender que la Escritura, como es su costumbre, regresó al tiempo que ya había pasado en la narración: como antes, cuando mencionó a los hijos de los hijos de Noé, dijo que estaban en sus naciones y lenguas (Gén. X, 31), y sin embargo, después, como si esto también siguiera en el orden de los tiempos, dice: "Y toda la tierra tenía una sola lengua y un mismo lenguaje" (Gén. XI, 1). ¿Cómo, pues, estaban según sus naciones y lenguas, si todos tenían una sola; a menos que la narración haya vuelto recapitulando a lo que ya había pasado? Así también aquí, cuando se dijo: "Y fueron los días de Thara en Harrán doscientos cinco años, y murió Thara en Harrán" (Gén. XI, 31): luego la Escritura, volviendo a lo que había omitido para completar primero lo que se había comenzado sobre Thara, dice: "Y dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra", y lo demás. Después de estas palabras de Dios, se añade: "Y salió Abram, como el Señor le había dicho, y fue con él Lot: Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Harrán". Entonces, pues, sucedió cuando su padre tenía ciento cuarenta y cinco años de edad: pues entonces era el septuagésimo quinto de Abraham. Esta cuestión también se resuelve de otra manera, de modo que los setenta y cinco años de Abraham, cuando salió de Harrán, se contaran desde que fue liberado del fuego de los caldeos, no desde que nació, como si entonces debiera considerarse que nació.

2. Pero el bienaventurado Esteban en los Hechos de los Apóstoles, al narrar esto, dice: "El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de habitar en Harrán, y le dijo: Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré". Según estas palabras de Esteban, Dios no habló a Abraham después de la muerte de su padre, quien ciertamente murió en Harrán, donde también habitó su hijo con él; sino antes de habitar en esa ciudad, aunque ya estaba en Mesopotamia. Ya había salido, pues, de los caldeos. Lo que Esteban añade: "Entonces Abraham salió de la tierra de

los caldeos y habitó en Harrán", no demuestra qué sucedió después de que Dios le habló (pues no salió de la tierra de los caldeos después de esas palabras de Dios, ya que dice que Dios le habló cuando estaba en Mesopotamia), sino que se refiere a todo el tiempo que dice: "Entonces", es decir, desde que salió de los caldeos y habitó en Harrán. Lo que sigue: "Y de allí, después de la muerte de su padre, lo trasladó a esta tierra en la que ahora habitáis vosotros y vuestros padres" (Hech. VII, 2-4): no dice, "Después de la muerte de su padre, salió de Harrán"; sino que aquí lo colocó después de la muerte de su padre. Se debe entender, pues, que Dios habló a Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de habitar en Harrán; pero que llegó a Harrán con su padre, reteniendo el mandato de Dios, y de allí salió en su septuagésimo quinto año, y en el ciento cuarenta y cinco de su padre. La colocación de él en la tierra de Canaán, no la partida de Harrán, se dice que ocurrió después de la muerte de su padre; porque ya su padre había muerto cuando compró la tierra, de la cual comenzó a ser poseedor. Lo que ya estando en Mesopotamia, es decir, ya habiendo salido de la tierra de los caldeos, dice Dios: "Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre"; no para que sacara de allí su cuerpo, lo que ya había hecho, sino para que apartara su ánimo, se dice. No había salido de allí en ánimo, si estaba retenido por la esperanza de regresar y el deseo, esperanza y deseo que, por mandato y ayuda de Dios, y por su obediencia, debían ser cortados. No se considera increíble que, cuando después siguió Nacor a su padre, entonces Abraham cumpliera el mandato del Señor, para que con su esposa Sara y Lot, hijo de su hermano, saliera de Harrán.

CAPÍTULO XVI.---Del orden y calidad de las promesas de Dios hechas a Abraham.

Ya deben considerarse las promesas de Dios hechas a Abraham. En ellas comenzaron a aparecer más claramente los oráculos de nuestro Dios, es decir, del Dios verdadero, sobre el pueblo de los piadosos, que la autoridad profética anunció. La primera de ellas se lee así: "Y dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que te mostraré; y haré de ti una gran nación, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendito, y bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra". Se debe advertir, pues, que se prometieron dos cosas a Abraham: una, que la tierra de Canaán sería poseída por su descendencia, lo que se significa cuando se dice: "Ve a la tierra que te mostraré, y haré de ti una gran nación"; y otra, mucho más excelente, no de la descendencia carnal, sino de la espiritual, por la cual es padre, no de una sola nación israelita, sino de todas las naciones que siguen las huellas de su fe, lo que comenzó a prometerse con estas palabras: "Y en ti serán benditas todas las familias de la tierra". Eusebio considera que esta promesa se hizo en el septuagésimo quinto año de la vida de Abraham, como si tan pronto como se hizo, Abraham hubiera salido de Harrán: porque no se puede contradecir a las Escrituras, donde se lee: "Abram tenía setenta y cinco años cuando salió de Harrán" (Gén. XII, 1-4). Pero si esta promesa se hizo ese año, ya ciertamente Abraham estaba habitando en Harrán con su padre. Pues no podría salir de allí, si no hubiera habitado allí primero. ¿Acaso se contradice a Esteban cuando dice: "El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de habitar en Harrán" (Hech. VII, 2)? Pero se debe entender que todo sucedió en el mismo año, tanto la promesa de Dios antes de que Abraham habitara en Harrán, como su estancia en Harrán, y su partida de allí: no solo porque Eusebio en las Crónicas cuenta desde el año de esta promesa y muestra que después de cuatrocientos treinta años fue la salida de Egipto, cuando se dio la ley; sino también porque el apóstol Pablo lo menciona (Gál. III, 17).

CAPÍTULO XVII.---De los tres reinos más excelentes de las naciones, de los cuales uno, es decir, el de los asirios, ya sobresalía más elevado cuando Abraham había nacido.

Por el mismo tiempo, había reinos eminentes de las naciones, en los cuales la ciudad de los terrenales, es decir, la sociedad de los hombres que viven según el hombre, bajo el dominio de los ángeles desertores, sobresalía más notablemente; a saber, tres reinos: el de los sicionios, el de los egipcios y el de los asirios. Pero el de los asirios era mucho más poderoso y sublime. Pues aquel rey Nino, hijo de Bel, había sometido a los pueblos de toda Asia, excepto la India. Ahora llamo Asia, no a esa parte que es una provincia de esta mayor Asia, sino a la que se llama toda Asia, que algunos han colocado en una de las dos partes, pero la mayoría en la tercera parte del mundo entero, para que sean todas, Asia, Europa y África: lo que no hicieron con una división equitativa. Pues esta que se llama Asia, se extiende desde el sur por el este hasta el norte; Europa desde el norte hasta el oeste; y de allí África desde el oeste hasta el sur. Por lo cual parece que Europa y África ocupan la mitad del orbe, y la otra mitad solo Asia. Pero por eso se hicieron esas dos partes, porque entre ambas entra desde el Océano todo lo que las aguas bañan las tierras, y esto nos hace el gran mar. Por lo tanto, si divides el orbe en dos partes, de Oriente y Occidente, Asia estará en una, y en la otra Europa y África. Por lo tanto, de los tres reinos que entonces sobresalían, a saber, el de los sicionios no estaba bajo los asirios, porque están en Europa: pero ¿cómo no estaba sujeto a ellos el de los egipcios, de quienes se decía que toda Asia estaba bajo su dominio, excepto los indios? En Asiria, pues, prevalecía el dominio de la ciudad impía: su capital era aquella Babilonia, cuyo nombre de la ciudad de los terrenales es el más apropiado, es decir, Confusión. Allí ya reinaba Nino después de la muerte de su padre Bel, quien había reinado allí primero sesenta y cinco años. Su hijo Nino, que sucedió a su padre en el reino, reinó cincuenta y dos años, y tenía cuarenta y tres en el reino cuando nació Abraham, que era aproximadamente el año mil doscientos antes de la fundación de Roma, como si fuera otra Babilonia en Occidente.

CAPÍTULO XVIII.---Del nuevo discurso de Dios a Abraham, en el que se le promete a él y a su descendencia la tierra de Canaán.

Abraham, pues, salió de Harrán en su septuagésimo quinto año de vida, y en el ciento cuarenta y cinco de su padre, y con Lot, hijo de su hermano, y su esposa Sara, se dirigió a la tierra de Canaán, y llegó hasta Siquem, donde nuevamente recibió un oráculo divino, del cual está escrito: "Y apareció el Señor a Abraham, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra" (Gén. XII, 7). Aquí no se prometió nada de esa descendencia en la que se convirtió en padre de todas las naciones, sino solo de aquella de la que es padre de una sola nación israelita; pues esta descendencia fue la que poseyó esa tierra.

CAPÍTULO XIX.---De la castidad de Sara en Egipto, custodiada por Dios, cuando Abraham dijo que no era su esposa, sino su hermana.

Luego, habiendo edificado allí un altar e invocado a Dios, Abraham partió de allí y habitó en el desierto, y luego, obligado por la necesidad del hambre, fue a Egipto. Allí dijo que su esposa era su hermana (Gén. XII, 7-19), sin mentir. Pues también lo era, porque era su pariente de sangre: como también Lot, con la misma cercanía, siendo hijo de su hermano, es llamado su hermano. Así que calló que era su esposa, no lo negó, confiando la protección de la castidad de su esposa a Dios, y precaviendo las insidias humanas como hombre: porque si no precaviera el peligro tanto como pudiera, más bien tentaría a Dios que confiar en Dios. De lo cual hemos hablado suficientemente contra el calumniador Fausto Maniqueo (Lib. 22, cap. 36). Finalmente, sucedió lo que Abraham presumió del Señor. Pues el faraón, rey de Egipto, que la había tomado por esposa, gravemente afligido, se la devolvió a su marido (Gén. XII, 20). Donde no debemos creer que fue mancillada por un concubinato ajeno: porque es mucho más creíble que el faraón, al ser afligido con grandes sufrimientos, no se le permitió hacerlo.

CAPÍTULO XX.---De la separación de Lot y Abraham, que les complació con caridad intacta.

Regresando, pues, Abraham de Egipto al lugar de donde había venido, entonces Lot, hijo de su hermano, se separó de él hacia la tierra de los sodomitas, con caridad intacta. Pues se habían enriquecido, y comenzaron a tener muchos pastores de ganado, que al pelear entre sí, evitaron de esa manera la discordia belicosa de sus familias. Pues de esto, como son las cosas humanas, también podría surgir alguna disputa entre ellos. Por lo tanto, las palabras de Abraham a Lot, previniendo este mal, son estas: "No haya contienda entre mí y ti, y entre mis pastores y tus pastores, porque somos hombres hermanos: ¿no está toda la tierra delante de ti? Apártate de mí: si vas a la izquierda, yo iré a la derecha; o si vas a la derecha, yo iré a la izquierda" (Gén. XIII, 8 y 9). De aquí tal vez se hizo entre los hombres la pacífica costumbre de que cuando algo terrenal debe ser dividido, el mayor divide, el menor elige.

CAPÍTULO XXI.---De la tercera promesa de Dios, en la que se promete la tierra de Canaán a Abraham y a su descendencia para siempre.

Cuando, pues, se separaron y habitaron por separado Abraham y Lot por la necesidad de sustentar a la familia, no por la fealdad de la discordia, y Abraham estaba en la tierra de Canaán, y Lot en Sodoma, en el tercer oráculo el Señor dijo a Abraham: "Alza tus ojos y mira desde el lugar donde estás, hacia el norte, el sur, el este y el oeste; porque toda la tierra que ves, te la daré a ti y a tu descendencia para siempre, y haré tu descendencia como el polvo de la tierra. Si alguien puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. Levántate, recorre la tierra a lo largo y a lo ancho, porque te la daré" (Gén. XIII, 14-17). En esta promesa no aparece claramente si también está aquella por la cual se convirtió en padre de todas las naciones. Pues puede parecer que se refiere a esto: "Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra", que se dijo con esa locución que los griegos llaman hipérbole; que ciertamente es un tropo, no propio. Sin embargo, nadie que haya aprendido la Escritura duda de que esta figura, es decir, el modo de hablar, se usa cuando lo que se dice es mucho más de lo que se significa con esa expresión. ¿Quién no ve cuán incomparablemente mayor es el número del polvo de la tierra que puede ser el de todos los hombres desde el mismo Adán hasta el fin del mundo? ¿Cuánto más, pues, que la descendencia de Abraham; no solo la que pertenece a la nación israelita, sino también la que es, y será, según la imitación de la fe, en todo el mundo en todas las naciones? Esta descendencia, en comparación con la multitud de los impíos, ciertamente es poca, aunque esos pocos hacen innumerable su multitud, que se significó según la hipérbole por el polvo de la tierra. Ciertamente, esta multitud que se promete a Abraham no es innumerable para Dios, sino para los hombres: pero para Dios ni siquiera el polvo de la tierra lo es. Por lo tanto, porque no solo la nación israelita, sino toda la descendencia de Abraham, donde está también la promesa, no según la carne, sino según el espíritu de más hijos, se compara más adecuadamente con la multitud del polvo; aquí se puede entender que se hizo la promesa de ambas cosas. Pero por eso dijimos que no aparece claramente, porque también la multitud de esa única nación, que nació según la carne de Abraham por su nieto Jacob, creció tanto que casi llenó todas las partes del mundo. Y por eso también ella sola pudo compararse según la hipérbole con la multitud del polvo; porque también esta sola es innumerable para el hombre. Ciertamente, nadie duda que se significó solo aquella tierra que se llamó Canaán. Pero lo que se dijo: "Te la daré a ti y a tu descendencia para siempre"; puede mover a algunos, si entienden "para siempre" como "eternamente". Pero si "para siempre" en este lugar se toma como fielmente sostenemos, que el comienzo del futuro siglo comienza al final del presente, no les moverá: porque aunque los israelitas fueron expulsados de Jerusalén, permanecen sin embargo en otras ciudades de la

tierra de Canaán, y permanecerán hasta el fin; y toda esa tierra, cuando es habitada por cristianos, también es la descendencia de Abraham.

CAPÍTULO XXII.---De los enemigos de los sodomitas vencidos por Abraham, cuando también liberó a Lot de la cautividad, y fue bendecido por el sacerdote Melquisedec.

Con esta respuesta de la promesa recibida, Abraham se trasladó y se estableció en otro lugar de la misma tierra, es decir, junto a la encina de Mambré, que estaba en Hebrón (Gén. XIII, 18). Luego, de los enemigos que habían atacado Sodoma, cuando cinco reyes luchaban contra cuatro y los sodomitas fueron vencidos, incluso Lot fue capturado, Abraham lo liberó, llevando consigo a la batalla a trescientos dieciocho de sus siervos nacidos en casa: y obtuvo la victoria para los reyes de Sodoma, sin querer llevarse nada del botín, aunque el rey al que había vencido se lo ofreció. Pero claramente entonces fue bendecido por Melquisedec, que era sacerdote del Dios altísimo (Gén. XIV, 1-20): sobre quien en la Epístola que se titula a los Hebreos, que muchos dicen que es del apóstol Pablo, aunque algunos lo niegan, se han escrito muchas y grandes cosas (Hebr. VII). Allí, de hecho, apareció por primera vez el sacrificio, que ahora es ofrecido por los cristianos a Dios en todo el mundo, y se cumple aquello que mucho después de este hecho se dice por el profeta a Cristo, que aún había de venir en carne: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4). No según el orden de Aarón: que era un orden que debía ser quitado al iluminarse las cosas que se prefiguraban en esas sombras.

CAPÍTULO XXIII.---Sobre la palabra del Señor a Abraham, en la que se le promete que su descendencia será multiplicada según la multitud de las estrellas; lo cual creyendo fue justificado aún estando en la incircuncisión.

También entonces la palabra del Señor vino a Abraham en una visión. Cuando le prometía protección y una recompensa muy grande; él, preocupado por su descendencia, dijo que cierto Eliezer, su siervo nacido en casa, sería su heredero: y de inmediato se le prometió un heredero, no ese siervo, sino uno que saldría de Abraham mismo: y nuevamente una descendencia innumerable, no como la arena de la tierra, sino como las estrellas del cielo (Gén. XV, 1-5): donde me parece más que se promete una descendencia elevada a la felicidad celestial. Pues en cuanto a la multitud, ¿qué son las estrellas del cielo comparadas con la arena de la tierra, a menos que alguien diga que esta comparación es similar en cuanto a que tampoco las estrellas pueden ser contadas? porque tampoco se puede creer que todas ellas puedan ser vistas. Pues cuanto más agudamente se observa, más se ven: por lo que se considera con razón que algunas están ocultas a los que ven con mayor agudeza, excepto aquellas estrellas que se dice que nacen y se ponen en otra parte del mundo muy alejada de nosotros. Finalmente, cualquiera que se jacte de haber comprendido y escrito el número total de estrellas, como Arato o Eudoxo, o si hay otros, la autoridad de este libro los desprecia. Aquí ciertamente se pone aquella sentencia, de la que el Apóstol hace mención para recomendar la gracia de Dios, Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. XV, 6; Rom. IV, 3, y Gál. III, 6): para que la circuncisión no se gloríe, y no quiera admitir a las naciones incircuncisas a la fe de Cristo. Pues esto sucedió cuando a Abraham creyente le fue contada la fe por justicia, aún no había sido circuncidado.

CAPÍTULO XXIV.---Sobre el significado del sacrificio que se le ordenó ofrecer a Abraham, cuando pidió ser instruido sobre lo que había creído.

1. En la misma visión, cuando Dios le hablaba, también le dijo: Yo soy Dios que te saqué de la región de los caldeos, para darte esta tierra, para que seas su heredero. Cuando Abraham preguntó cómo sabría que sería su heredero, Dios le dijo: Toma para mí una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y una paloma. Y tomó todos estos para él y los dividió por la mitad, y los puso uno frente al otro: pero no dividió las aves. Y descendieron, como está escrito, aves sobre los cuerpos que estaban divididos, y Abraham las espantó. Al atardecer, un terror cayó sobre Abraham, y he aquí un gran temor oscuro le sobrevino: y se le dijo a Abraham: Sabe con certeza que tu descendencia será extranjera en una tierra que no es suya, y los esclavizarán y los afligirán durante cuatrocientos años; pero a la nación a la que servirán, yo la juzgaré. Después de esto saldrán de allí con gran riqueza. Pero tú irás a tus padres en paz, nutrido en buena vejez. En la cuarta generación volverán aquí. Porque aún no se han completado los pecados de los amorreos hasta ahora. Y cuando el sol ya se había puesto, se hizo una llama, y he aquí un horno humeante y antorchas de fuego que pasaron por en medio de los divididos. En ese día el Señor Dios hizo un pacto con Abraham, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates, los ceneos, los cenezeos, los cadmoneos, los hititas, los ferezeos, los refaítas, los amorreos, los cananeos, los eveos, los gergeseos y los jebuseos.

2. Todas estas cosas fueron hechas y dichas divinamente en una visión, sobre las cuales sería largo disertar detalladamente, y excede la intención de esta obra. Por lo tanto, debemos saber lo suficiente: después de que se dijo que Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, no falló en la fe al decir, Señor soberano, ¿cómo sabré que seré su heredero? (Gén. XV, 7-21). Pues la herencia de esa tierra había sido prometida. No dijo, ¿Cómo sabré?, como si aún no creyera: sino que dijo, ¿Cómo sabré?, para que a lo que había creído se le aplicara alguna similitud por la cual se reconociera su modo. Así como no es desconfianza de la virgen María el que dijera, ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? Pues estaba segura de que sucedería, pero preguntaba el modo en que sucedería. Y cuando preguntó esto, escuchó, El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 34, 35). Finalmente, aquí también se dio una similitud de los animales, la ternera, la cabra y el carnero, y de las dos aves, la tórtola y la paloma: para que supiera según estas cosas lo que ya no dudaba que sucedería. Ya sea que por la ternera se signifique al pueblo puesto bajo el yugo de la ley, por la cabra el mismo pueblo pecador en el futuro, por el carnero el mismo pueblo también reinando (estos animales se dicen de tres años porque son notables los artículos de los tiempos desde Adán hasta Noé, y de allí hasta Abraham, y de allí hasta David, quien, rechazado Saúl, fue el primero en el reino de la nación israelita fundado por la voluntad del Señor; en este tercer orden, que se extiende desde Abraham hasta David, como llevando una tercera edad, ese pueblo creció); o si algo más conveniente significan estas cosas; de ninguna manera dudaría que los espirituales están prefigurados en ellos con el añadido de la tórtola y la paloma. Y por eso se dijo, Pero no dividió las aves: porque los carnales se dividen entre sí, pero los espirituales de ninguna manera; ya sea que se aparten de las ocupaciones de la vida humana, como la tórtola; o que vivan entre ellas, como la paloma: ambas aves son simples e inofensivas; significando que incluso en el mismo pueblo israelita, al que se le daría esa tierra, habría hijos indivisos de la promesa y herederos del reino que permanecerán en la felicidad eterna. Las aves que descienden sobre los cuerpos que estaban divididos no indican algo bueno, sino los espíritus de este aire, buscando su alimento de la división de los carnales. Pero el hecho de que Abraham las espantara significa que incluso entre esas divisiones de los carnales, los verdaderos fieles perseverarán hasta el fin. Y al atardecer, cuando un terror cayó sobre Abraham, y un gran temor oscuro, significa que al final de este siglo habrá una gran perturbación y tribulación de los fieles: de la cual el Señor

dijo en el Evangelio, Porque entonces habrá gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio (Mat. XXIV, 21).

3. Lo que se dijo a Abraham, Sabe con certeza que tu descendencia será extranjera en una tierra que no es suya, y los esclavizarán y los afligirán durante cuatrocientos años; se profetizó claramente sobre el pueblo de Israel, que iba a servir en Egipto. No porque ese pueblo fuera a pasar cuatrocientos años en la misma servidumbre bajo los egipcios que los afligían; sino que se predijo que esto sucedería dentro de esos cuatrocientos años. Así como está escrito sobre Taré, padre de Abraham, Y fueron los días de Taré en Harán doscientos cinco años (Gén. XI, 32); no porque todos se pasaran allí, sino porque allí se completaron: así también aquí se intercaló, Y los esclavizarán y los afligirán durante cuatrocientos años; porque este número se completó en la misma aflicción, no porque se pasara todo allí. Ciertamente se dicen cuatrocientos años por la plenitud del número, aunque sean un poco más; ya sea que se cuenten desde el momento en que estas cosas fueron prometidas a Abraham, o desde que nació Isaac, por la descendencia de Abraham, de la cual se predicen estas cosas. Pues se cuentan, como ya dijimos antes, desde el año setenta y cinco de Abraham, cuando se le hizo la primera promesa, hasta la salida de Israel de Egipto, cuatrocientos treinta años: de los cuales el Apóstol hace mención así: Esto digo, que el pacto confirmado por Dios, que fue hecho la ley cuatrocientos treinta años después, no invalida para anular la promesa (Gál. III, 17). Por lo tanto, estos cuatrocientos treinta años, podían llamarse cuatrocientos, porque no son mucho más: cuánto más cuando ya algunos de este número habían pasado, cuando estas cosas fueron mostradas y dichas a Abraham en la visión; o cuando Isaac nació a su padre centenario, veinticinco años después de la primera promesa, cuando ya de estos cuatrocientos treinta quedaban cuatrocientos cinco, que Dios quiso llamar cuatrocientos, y nadie dudará que las demás cosas que siguen en las palabras del Dios que profetiza pertenecen al pueblo israelita.

4. Lo que se añade, Cuando el sol ya se había puesto, se hizo una llama, y he aquí un horno humeante y antorchas de fuego que pasaron por en medio de los divididos; significa que al final del siglo los carnales serán juzgados por el fuego. Pues así como la aflicción de la ciudad de Dios, cual nunca antes ha habido, que se espera que suceda bajo el Anticristo, se significa por el temor oscuro de Abraham al atardecer, es decir, ya cercano el fin del siglo: así al atardecer, es decir, ya al mismo fin, se significa por este fuego el día del juicio que separa a los carnales que serán salvados por el fuego, y a los que serán condenados en el fuego. Luego, el pacto hecho con Abraham manifiesta propiamente la tierra de Canaán, y nombra en ella a once naciones desde el río de Egipto hasta el gran río Éufrates. No, por lo tanto, desde el gran río de Egipto, que es el Nilo; sino desde el pequeño, que divide entre Egipto y Palestina, donde está la ciudad de Rinocorura.

CAPÍTULO XXV.---Sobre Agar, la sierva de Sara, a quien la misma Sara quiso que Abraham tomara como concubina.

A partir de aquí, los tiempos de los hijos de Abraham, uno de Agar la sierva, el otro de Sara la libre, de los cuales ya hablamos en el libro anterior (cap. 3). Pero en cuanto al hecho, de ninguna manera se debe imputar a Abraham un crimen por esta concubina. Pues la usó para engendrar descendencia, no para satisfacer la lujuria; no insultando, sino más bien obedeciendo a su esposa, que creyó que sería un consuelo para su esterilidad si hacía suyo el vientre fecundo de la sierva, ya que por naturaleza no podía, lo haría por voluntad, y con el derecho que dice el Apóstol, Asimismo el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer (1 Cor. VII, 4), la mujer usara de otra para engendrar lo que no podía de sí misma. No hay aquí deseo de lascivia, ni deshonra de maldad. La sierva es entregada al

marido por la esposa por causa de la descendencia, y el marido la toma por causa de la descendencia: de ambos no se busca el lujo de la culpa, sino el fruto de la naturaleza. Finalmente, cuando la sierva embarazada se enorgulleció ante su señora estéril, y esto Sara, con sospecha femenina, lo imputó más bien a su marido, incluso allí Abraham demostró que no era un amante de las siervas, sino un generador libre, y que en Agar guardó la castidad de su esposa Sara; no cumplió su placer, sino su voluntad: la tomó, no la pidió; se acercó, no se apegó; sembró, no amó. Pues dijo: He aquí tu sierva en tus manos, haz con ella como te parezca (Gén. XVI, 6). ¡Oh hombre que usa virilmente de las mujeres, con la esposa con templanza, con la sierva con obediencia, con ninguna con intemperancia!

CAPÍTULO XXVI.---Sobre el testimonio de Dios a Abraham, en el que al anciano se le promete un hijo de la estéril Sara, y se le establece como padre de naciones, y se sella la fe de la promesa con el sacramento de la circuncisión.

1. Después de esto nació Ismael de Agar, en quien podría pensar que se había cumplido lo que se le había prometido, cuando quiso adoptar a su siervo nacido en casa, diciendo Dios, No será tu heredero este; sino el que saldrá de ti, él será tu heredero (Gén. XV, 4). Por lo tanto, para que no pensara que esta promesa se había cumplido en el hijo de la sierva, ya cuando tenía noventa y nueve años, el Señor se le apareció y le dijo: Yo soy Dios, camina delante de mí, y sé perfecto, y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera. Y Abraham cayó sobre su rostro. Y Dios le habló, diciendo: Y yo, he aquí mi pacto contigo; y serás padre de multitud de naciones: y no se llamará más tu nombre Abram, sino que tu nombre será Abraham; porque te he puesto por padre de muchas naciones: y te multiplicaré en gran manera, y te pondré en naciones, y reyes saldrán de ti: estableceré mi pacto entre mí y ti, y entre tu descendencia después de ti en sus generaciones por pacto eterno, para ser tu Dios, y de tu descendencia después de ti. Y te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en la que eres extranjero, toda la tierra de Canaán en posesión eterna, y seré su Dios. Y Dios dijo a Abraham: Pero tú guardarás mi pacto, tú y tu descendencia después de ti en sus generaciones. Y este es mi pacto que guardarás entre mí y vosotros, y entre tu descendencia después de ti en sus generaciones. Será circuncidado todo varón de entre vosotros, y circuncidaréis la carne de vuestro prepucio: y será por señal del pacto entre mí y vosotros. Y al octavo día será circuncidado todo varón de entre vosotros en vuestras generaciones. El nacido en casa y el comprado de cualquier hijo de extranjero, que no sea de tu descendencia, será circuncidado: el nacido en tu casa y el comprado. Y mi pacto estará en vuestra carne por pacto eterno. Y el varón incircunciso que no circuncide la carne de su prepucio al octavo día, esa alma será cortada de su pueblo; porque ha quebrantado mi pacto. Y Dios dijo a Abraham: Sara tu esposa, no se llamará más su nombre Sara, sino que su nombre será Sarra. Pero la bendeciré, y te daré de ella un hijo: y la bendeciré; y será en naciones, y reyes de pueblos saldrán de él. Y Abraham cayó sobre su rostro; y se rió, y dijo en su corazón, diciendo: ¿Nacerá un hijo a un hombre de cien años, y parirá Sarra de noventa años? Pero Abraham dijo a Dios: Que Ismael viva delante de ti. Pero Dios dijo a Abraham: Sí, he aquí que Sarra tu esposa te parirá un hijo, y llamarás su nombre Isaac: y estableceré mi pacto con él por pacto eterno, para ser su Dios, y de su descendencia después de él. Pero de Ismael, he aquí que te he oído: he aquí que lo he bendecido, y lo multiplicaré en gran manera. Doce príncipes engendrará: y lo haré una gran nación. Pero mi pacto lo estableceré con Isaac, que Sarra te parirá en este tiempo el año siguiente (Gén. XVII, 1-21).

2. Aquí se hacen más claras las promesas sobre la vocación de los Gentiles en Isaac, es decir, en el hijo de la promesa, lo que significa gracia, no naturaleza: porque se promete un hijo de un anciano y una anciana estéril. Aunque Dios también obra en el curso natural de la

procreación, donde la naturaleza está viciada y cesante, allí se entiende más evidentemente la gracia. Y porque esto no iba a suceder por generación, sino por regeneración, por eso ahora se ordena la circuncisión, cuando se promete un hijo de Sara. Y el hecho de que se ordene circuncidar a todos, no solo a los hijos, sino también a los siervos nacidos en casa y comprados, testifica que esta gracia pertenece a todos. ¿Qué significa la circuncisión sino despojarse de la vejez para renovar la naturaleza? ¿Y qué significa el octavo día sino a Cristo, que resucitó después del sábado, completada la semana? Se cambian también los nombres de los padres, todo resuena a novedad, y en el Antiguo Testamento se prefigura el nuevo. ¿Qué es lo que se llama Antiguo Testamento sino la ocultación del nuevo? ¿Y qué es lo que se llama nuevo sino la revelación del antiguo? La risa de Abraham es la exultación de quien se alegra, no la burla de quien desconfía. También sus palabras en su corazón, "¿Nacerá un hijo a mí que tengo cien años, y dará a luz Sara que tiene noventa años?" no son de quien duda, sino de quien se admira. Si a alguien le preocupa lo que se dice, "Y te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en la que eres extranjero, toda la tierra de Canaán en posesión eterna", cómo se entiende que se haya cumplido o si aún se espera que se cumpla, ya que ninguna posesión terrenal puede ser eterna para ninguna nación: sepa que lo que nuestros traducen como eterno, los griegos lo llaman αἰώνιον, derivado de saeculum: αἰών en griego se llama saeculum. Pero los latinos no se atrevieron a decir saecular, para no desviar el sentido hacia otra cosa. Muchas cosas se llaman saeculares, que en este saeculum se hacen de tal manera que pasan en breve tiempo: pero αἰώνιον, lo que se dice, o no tiene fin, o se extiende hasta el fin de este saeculum. CAPÍTULO XXVII. — Sobre el varón que si no es circuncidado al octavo día, su alma perece, porque ha violado el pacto de Dios.

También puede preocupar cómo debe entenderse lo que aquí se dice, "El varón que no sea circuncidado en la carne de su prepucio al octavo día, esa alma será cortada de su pueblo, porque ha violado mi pacto": ya que esto no es culpa del niño, cuya alma se dice que perecerá; ni él ha violado el pacto de Dios, sino los mayores que no se preocuparon por circuncidarlo: a menos que también los niños, no según la propiedad de su vida, sino según el origen común del género humano, todos en aquel uno violaron el pacto de Dios, en el cual todos pecaron (Rom. V, 12). Muchas cosas se llaman pactos de Dios, excepto aquellos dos grandes, el antiguo y el nuevo, que cualquiera puede conocer leyendo. El primer pacto, que se hizo con el primer hombre, es sin duda aquel: "El día que comas de él, morirás" (Gen. II, 17). De donde está escrito en el libro que se llama Eclesiástico, "Toda carne envejece como una vestidura. Porque el pacto desde el saeculum es, Muerte morirás" (Ecli. XIV, 18, según los LXX). Pues aunque la ley más evidente se dio después, y el Apóstol dice, "Donde no hay ley, tampoco hay transgresión" (Rom. IV, 15): ¿cómo es verdad lo que se lee en el Salmo, "Consideré a todos los pecadores de la tierra como transgresores" (Sal. CXVIII, 119); a menos que todos sean culpables de alguna ley transgredida, quienes están atados por algún pecado? Por lo tanto, si también los niños, lo que la verdadera fe sostiene, nacen no propiamente, sino originalmente pecadores, de donde confesamos que necesitan la gracia del perdón de los pecados; ciertamente de la misma manera que son pecadores, también se reconocen transgresores de aquella ley que se dio en el paraíso; para que sean verdaderas ambas cosas, lo que está escrito, "Consideré a todos los pecadores de la tierra como transgresores"; y, "Donde no hay ley, tampoco hay transgresión". Y por lo tanto, porque la circuncisión fue un signo de regeneración, y no sin razón la generación destruirá al niño por el pecado original, por el cual el primer pacto de Dios fue violado, a menos que la regeneración lo libere: así deben entenderse estas palabras divinas, como si se dijera, "El que no haya sido regenerado, esa alma será cortada de su pueblo, porque ha violado el pacto de Dios", cuando en Adán también él pecó con todos. Pues si hubiera dicho, "Porque ha violado este pacto mío"; obligaría a entenderse solo de esta circuncisión: pero ahora, ya que no

expresó qué tipo de pacto ha violado el niño, es libre entender que se dice de aquel pacto cuya violación puede referirse al niño. Pero si alguien insiste en que esto se dice solo de esta circuncisión, que en ella el pacto de Dios, porque no fue circuncidado, lo ha violado el niño; busque algún modo de expresión, por el cual no absurdamente pueda entenderse que ha violado el pacto, porque aunque no por él, sin embargo en él ha sido violado. Pero así también debe observarse, que ninguna negligencia suya hace perecer injustamente el alma del niño incircunciso, sino por la obligación original del pecado.

CAPÍTULO XXVIII. — Sobre el cambio de nombres de Abraham y Sara, quienes, debido a la esterilidad de uno y la vejez de ambos, no podían engendrar, pero recibieron el don de la fecundidad.

Hecha, pues, la promesa tan grande y tan clara a Abraham, a quien se le dijo muy evidentemente, "Te he puesto por padre de muchas naciones; y te multiplicaré en gran manera, y te pondré en naciones, y reyes saldrán de ti; y te daré de Sara un hijo; y lo bendeciré, y será en naciones, y reyes de pueblos saldrán de él": promesa que ahora vemos cumplirse en Cristo: desde entonces esos cónyuges ya no se llaman en las Escrituras como antes se llamaban, Abram y Sara; sino como nosotros los hemos llamado desde el principio, ya que así son llamados por todos, Abraham y Sara. Pero la razón del cambio de nombre de Abraham fue dada: "Porque te he puesto por padre de muchas naciones". Esto, pues, debe entenderse que significa Abraham: Abram, en cambio, lo que antes se llamaba, se interpreta como Padre excelso. Sobre el cambio de nombre de Sara no se dio razón: pero, como dicen quienes escribieron las interpretaciones de los nombres hebreos que se contienen en estas Sagradas Escrituras, Sara se interpreta como Mi princesa; pero Sarra, Virtud. De donde está escrito en la Epístola a los Hebreos: "Por la fe también la misma Sara recibió fuerza para concebir" (Heb. XI, 11). Ambos eran ancianos, como testifica la Escritura: pero ella también era estéril, y ya privada del flujo menstrual; por lo cual ya no podía dar a luz, aunque no hubiera sido estéril. Ahora bien, si una mujer es de edad avanzada, pero aún tiene el flujo habitual de las mujeres, puede concebir de un joven, pero no de un anciano: aunque aún pueda el anciano, pero engendrar de una joven: como Abraham después de la muerte de Sara pudo con Cetura, porque encontró su edad vigorosa. Esto es lo que el Apóstol destaca como maravilloso, y a esto dice que el cuerpo de Abraham ya estaba muerto (Rom. IV, 19): porque no de cualquier mujer, que aún tuviera algún tiempo extremo de parir, podría él en esa edad aún engendrar. Debemos entender que el cuerpo estaba muerto para algo, no para todo. Pues si para todo, ya no es la vejez de un vivo, sino el cadáver de un muerto. Aunque también suele resolverse esta cuestión, que Abraham engendró después de Cetura, porque el don de engendrar, que recibió del Señor, permaneció incluso después de la muerte de su esposa. Pero por eso me parece que la solución de esta cuestión que hemos seguido es preferible, porque un anciano de cien años, pero de nuestro tiempo, no puede engendrar de ninguna mujer; no entonces, cuando aún vivían tanto tiempo, que cien años aún no hacían a un hombre decrépito.

CAPÍTULO XXIX. — Sobre los tres hombres o ángeles, en los cuales se indica que el Señor apareció a Abraham en el encinar de Mambré.

También Dios apareció a Abraham en el encinar de Mambré en tres hombres, de los cuales no cabe duda de que eran ángeles; aunque algunos piensan que uno de ellos era el Señor Cristo, afirmando que incluso antes de revestirse de carne era visible. Es ciertamente de la potestad divina, y de la naturaleza invisible, incorpórea e inmutable, aparecer incluso a los ojos mortales, no por lo que es, sino por algo que le está sometido. ¿Y qué no le está sometido? Sin embargo, si por eso afirman que uno de estos tres era Cristo, porque cuando

vio a tres, habló al Señor en singular: pues así está escrito, "Y he aquí tres hombres estaban de pie junto a él, y viendo corrió a su encuentro desde la puerta de su tienda, y se postró en tierra, y dijo: Señor, si he hallado gracia ante ti" (Gen. XVIII, 1-3), y lo demás: ¿por qué no advierten también que dos de ellos vinieron para destruir a los sodomitas, mientras Abraham aún hablaba con uno, llamándolo Señor, e intercediendo para que no se perdiera al justo con el impío en Sodoma? Pero Lot los recibió a esos dos, de manera que también él en su conversación con ellos los llamaba Señor en singular. Pues cuando les dijo en plural, "He aquí, señores, os ruego que os desviéis a la casa de vuestro siervo", y lo demás que allí se dice: después, sin embargo, se lee, "Y los ángeles tomaron su mano, y la mano de su esposa, y las manos de sus dos hijas, en que el Señor le perdonaba. Y sucedió que, tan pronto como los sacaron fuera, dijeron: Salva tu vida, no mires atrás, ni te detengas en toda la región: sálvate en el monte, no sea que perezcas. Pero Lot les dijo: Te ruego, Señor, porque tu siervo ha hallado gracia ante ti", y lo que sigue. Luego, después de estas palabras, el Señor le respondió en singular, aunque estaba en los dos ángeles, diciendo, "He aquí, he mirado tu rostro" (Gen. XIX, 2-21), y lo demás. Por lo tanto, es mucho más creíble que tanto Abraham en los tres como Lot en los dos hombres reconocían al Señor, a quien hablaban en singular, incluso cuando pensaban que eran hombres: pues no por otra razón los recibieron de tal manera que les ministraron como si fueran mortales y necesitados de alimento humano: pero había ciertamente algo en ellos que los hacía sobresalir, aunque como hombres, de modo que no podían dudar de que el Señor estaba en ellos, como suele estar en los profetas; y por eso a veces los llamaban en plural, y al Señor en ellos a veces en singular. Pero la Escritura testifica que eran ángeles, no solo en este libro del Génesis, donde se narran estos hechos; sino también en la Epístola a los Hebreos, donde, al alabarse la hospitalidad, "Por esta, dice, algunos sin saberlo hospedaron ángeles" (Heb. XIII, 2). Por lo tanto, a través de esos tres hombres, cuando nuevamente se prometió a Abraham el hijo Isaac de Sara, se dio también una respuesta divina tal que se dijo, "Abraham será en una gran y poderosa nación, y en él serán bendecidas todas las naciones de la tierra" (Gen. XVIII, 18). Y aquí se prometieron brevemente y plenamente esas dos cosas, la nación de Israel según la carne, y todas las naciones según la fe.

CAPÍTULO XXX. — Sobre Lot liberado de Sodoma, y sobre la misma consumida por fuego celestial; y sobre Abimelec, cuya concupiscencia no pudo dañar la castidad de Sara.

Después de esta promesa, liberado Lot de Sodoma, y viniendo una lluvia de fuego del cielo, toda aquella región de la ciudad impía se convirtió en ceniza, donde los actos impuros con hombres habían llegado a tal costumbre, como las leyes suelen dar licencia a otros hechos. Pero también este castigo de ellos fue un ejemplo del juicio divino futuro. Pues ¿qué significa que se prohibió a los que eran liberados por los ángeles mirar atrás, sino que no se debe volver en el ánimo a la vida antigua, de la cual se despoja el regenerado por gracia, si pensamos en escapar del juicio final? Finalmente, la esposa de Lot, cuando miró atrás, se quedó; y convertida en sal (Gen. XIX) proporcionó a los fieles un cierto condimento, para que sepan algo, de donde se evite ese ejemplo. Luego Abraham hizo en Gerar con el rey de aquella ciudad Abimelec, lo que había hecho en Egipto con su esposa, y también le fue devuelta intacta. Donde ciertamente Abraham, al rey que le reprochaba por qué había callado a su esposa, y había dicho que era su hermana, revelando lo que temía, añadió también esto: "En verdad es mi hermana de padre, pero no de madre" (Gen. XX, 2): porque era hermana de Abraham por parte de padre, de quien era su pariente. Y era de tal belleza, que incluso en esa edad podía ser deseada.

CAPÍTULO XXXI. — Sobre Isaac nacido según la promesa, a quien se le dio el nombre por la risa de ambos padres.

Después de esto nació a Abraham, según la promesa de Dios, un hijo de Sara, y lo llamó Isaac, que se interpreta como Risa. Pues había reído el padre, cuando se le prometió, admirándose en alegría: y había reído la madre, cuando por aquellos tres hombres se le prometió de nuevo, dudando en alegría; aunque el ángel le reprochó que esa risa, aunque fue de alegría, no fue de plena fe (Gen. XVIII, 12-15). Después, por el mismo ángel, también fue confirmada en la fe. De esto, pues, el niño recibió el nombre. Pues que esa risa no era para burla de oprobio, sino para celebrar la alegría, lo mostró Sara cuando nació Isaac, y se le dio ese nombre; dijo, "Risa me ha hecho el Señor; cualquiera que lo oiga, se alegrará conmigo" (Gen. XXI, 6). Pero después de algún tiempo, la esclava es expulsada de la casa con su hijo, y esos dos, según el Apóstol, significan los Testamentos, el antiguo y el nuevo: donde Sara lleva la figura de la Jerusalén celestial, es decir, de la ciudad de Dios (Gál. IV, 26).

CAPÍTULO XXXII. — Sobre la obediencia y fe de Abraham, probada por la ofrenda de su hijo para ser inmolado, y sobre la muerte de Sara.

1. Entre estas cosas, que sería demasiado largo enumerar todas, Abraham es probado en cuanto a inmolar a su amado hijo Isaac, para que su piadosa obediencia fuera probada, no para Dios, sino para ser conocida por los siglos. Pues no toda tentación es censurable: porque también es digna de gratitud aquella por la cual se hace la prueba. Y muchas veces el alma humana no puede conocerse a sí misma de otra manera, sino que responde a sus propias fuerzas, no con palabras, sino con experiencia, como si la tentación le preguntara: donde si reconoce el don de Dios, entonces es piadosa, entonces se consolida con la firmeza de la gracia, no se infla con la vanidad de la jactancia. Ciertamente Abraham nunca creería que Dios se deleitara con sacrificios humanos: aunque, al resonar el mandato divino, se debe obedecer, no discutir. Sin embargo, Abraham es digno de alabanza por haber creído inmediatamente que su hijo, una vez inmolado, resucitaría. Pues Dios le había dicho, cuando no quería cumplir la voluntad de su esposa de echar fuera a la esclava y a su hijo: "En Isaac será llamada tu descendencia". Y ciertamente allí sigue y se dice, "Pero al hijo de esta esclava lo haré una gran nación; porque es tu descendencia" (Gen. XXI, 12, 13). ¿Cómo, pues, se dijo, "En Isaac será llamada tu descendencia", cuando también a Ismael Dios llamó su descendencia? Explicando el Apóstol lo que significa, "En Isaac será llamada tu descendencia": "Es decir, no los hijos de la carne, estos son hijos de Dios; sino que los hijos de la promesa son contados como descendencia". Por lo tanto, los hijos de la promesa, para ser descendencia de Abraham, son llamados en Isaac, es decir, congregados por la gracia que llama en Cristo. Esta promesa, pues, el piadoso padre la mantenía fielmente, porque debía cumplirse a través de aquel a quien Dios ordenaba matar, no dudó que le sería devuelto inmolado, quien pudo ser dado no esperado. Así se entendió también en la Epístola a los Hebreos, y así se expuso. "Por la fe, dice, Abraham, siendo probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas, ofreció a su unigénito, a quien se le había dicho, En Isaac será llamada tu descendencia: pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos. Por lo cual también lo recibió en figura" (Heb. XI, 17-19). ¿De quién es figura, sino de aquel de quien dice el mismo Apóstol, "El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Rom. VIII, 32)? Por eso también Isaac, como el Señor, llevó su propia cruz, así como él mismo llevó la leña al lugar del sacrificio, donde iba a ser puesto. Finalmente, porque no era necesario que Isaac fuera muerto, después de que el padre fue prohibido de herirlo, ¿quién era aquel carnero, al ser inmolado se cumplió el sacrificio con sangre significativa? Sin duda, cuando Abraham lo vio, estaba atrapado por los cuernos en un arbusto. ¿Quién, pues, era figurado por él, sino Jesús, antes de ser inmolado, coronado de espinas por los judíos?

2. Pero escuchemos más bien las palabras divinas a través del Ángel. Dice la Escritura: Y extendió Abraham su mano para tomar el cuchillo y matar a su hijo. Y lo llamó el Ángel del Señor desde el cielo, y dijo: ¡Abraham! Y él respondió: Aquí estoy. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el niño, ni le hagas nada: porque ahora sé que temes a Dios, y no has perdonado a tu hijo amado por mí. Ahora sé, se dijo, ahora he hecho saber: pues Dios ya lo sabía. Luego, después de inmolar el carnero en lugar de su hijo Isaac, Abraham llamó, como se lee, al lugar, El Señor vio: para que se diga hoy, En el monte el Señor apareció. Así como se dijo, Ahora sé, en lugar de, Ahora he hecho saber: así aquí, El Señor vio; en lugar de, El Señor apareció; es decir, Se hizo ver. Y llamó el Ángel del Señor a Abraham por segunda vez desde el cielo, diciendo: Por mí mismo he jurado, dice el Señor, porque has hecho esto, y no has perdonado a tu hijo amado por mí, ciertamente bendiciendo te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu descendencia, como las estrellas del cielo, y como la arena que está junto a la orilla del mar. Y tu descendencia poseerá las ciudades de sus enemigos; y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra; porque has obedecido mi voz (Gén. XXII, 10-18). De esta manera, la promesa sobre la vocación de las naciones en la descendencia de Abraham, después del holocausto, que significó a Cristo, también fue confirmada por el juramento de Dios. Pues muchas veces había prometido, pero nunca había jurado. ¿Y qué es el juramento del verdadero y veraz Dios, sino la confirmación de la promesa, y una cierta reprensión a los incrédulos?

3. Después de esto, Sara murió, en el año ciento veintisiete de su vida (Gén. XXIII, 1), y en el año ciento treinta y siete de su esposo. Pues le llevaba diez años de edad; como él mismo, cuando se le prometió un hijo de ella, dijo: ¿Nacerá un hijo a un hombre de cien años, y dará a luz Sara, de noventa años? (Id. XVII, 17). Entonces Abraham compró un campo en el que sepultó a su esposa. Entonces, según la narración de Esteban, se estableció en esa tierra, pues comenzó a ser poseedor allí (Hech. VII, 4); después de la muerte de su padre, quien se deduce que había fallecido dos años antes.

CAPÍTULO XXXIII.---De Rebeca, sobrina de Nacor, que Isaac tomó por esposa.

Luego, Rebeca, sobrina de Nacor, su tío, fue tomada por esposa por Isaac cuando tenía cuarenta años, en el año ciento cuarenta de la vida de su padre, tres años después de la muerte de su madre. Y para que la tomara, cuando su padre envió a un siervo a Mesopotamia, ¿qué otra cosa se demostró, cuando Abraham le dijo a ese siervo: Pon tu mano bajo mi muslo, y te haré jurar por el Señor Dios del cielo y el Señor de la tierra, que no tomarás para mi hijo Isaac esposa de las hijas de los cananeos (Gén. XXIV, 2, 3), sino que el Señor Dios del cielo y el Señor de la tierra vendría en la carne, que se derivaba de ese muslo? ¿Acaso no son estas pequeñas señales de la verdad anunciada, que vemos cumplirse en Cristo?

CAPÍTULO XXXIV.---Qué debe entenderse en que Abraham, después de la muerte de Sara, tomó por esposa a Cetura.

¿Qué significa que Abraham, después de la muerte de Sara, tomó por esposa a Cetura? Donde está lejos de nosotros sospechar incontinencia, especialmente en esa edad y en esa santidad de fe. ¿Acaso se buscaban aún hijos por engendrar, cuando ya con la promesa de Dios se tenía asegurada con fe probadísima una gran multiplicación de hijos de Isaac por las estrellas del cielo y la arena de la tierra? Pero ciertamente si Agar e Ismael, según el apóstol, significaron a los carnales del Antiguo Testamento (Gál. IV, 24); ¿por qué no también Cetura y sus hijos significan a los carnales, que se creen pertenecer al Nuevo Testamento? Pues ambas son llamadas esposas de Abraham, y concubinas: pero Sara nunca fue llamada

concubina. Porque cuando Agar fue dada a Abraham, así está escrito: Y tomó Sara, esposa de Abram, a Agar, su sierva egipcia, después de diez años de habitar Abram en la tierra de Canaán, y la dio a Abram su esposo, por esposa (Gén. XVI, 3). Pero de Cetura, a quien tomó después de la muerte de Sara, se lee así: Y añadió Abraham, y tomó por esposa a una mujer llamada Cetura. He aquí que ambas son llamadas esposas: pero ambas se encuentran después como concubinas, cuando la Escritura dice: Pero Abraham dio todo su patrimonio a Isaac su hijo, y a los hijos de sus concubinas dio Abraham dones, y los envió lejos de Isaac su hijo, mientras aún vivía, hacia el oriente, a la tierra del oriente (Id. XXV, 1, 5, 6). Tienen, pues, algunos dones los hijos de las concubinas, pero no llegan a la herencia prometida, ni los herejes, ni los judíos carnales: porque fuera de Isaac no hay heredero; y no los hijos de la carne, estos son hijos de Dios; sino que los hijos de la promesa son contados en la descendencia (Rom. IX, 8), de la cual se dijo: En Isaac te será llamada descendencia (Gén. XXI, 12). Pues no veo por qué también Cetura, tomada después de la muerte de su esposa, fue llamada concubina, sino por este misterio. Pero quien no quiera aceptar estas cosas en estos significados, no calumnie a Abraham. ¿Qué si también esto fue previsto contra los futuros herejes adversarios de las segundas nupcias, para que en el mismo padre de muchas naciones se demostrara que casarse de nuevo después de la muerte de la esposa no es pecado? Y murió Abraham, cuando tenía ciento setenta y cinco años (Id. XXV, 7). Dejó, pues, a su hijo Isaac de setenta y cinco años, a quien engendró siendo centenario.

CAPÍTULO XXXV.---De lo que indicó la respuesta divina sobre los gemelos aún en el vientre de Rebeca, su madre.

Ya desde aquí, veamos cómo a través de los descendientes de Abraham se desarrollan los tiempos de la ciudad de Dios. Desde el primer año de la vida de Isaac, hasta el sexagésimo en que le nacieron los hijos, es memorable que cuando rogó a Dios para que su esposa, que era estéril, concibiera, el Señor le concedió lo que pedía, y ella tuvo concepción, los gemelos aún en su vientre se agitaban. Angustiada por esta molestia, consultó al Señor, y recibió la respuesta: Dos naciones hay en tu vientre, y dos pueblos se separarán de tus entrañas, y un pueblo superará al otro, y el mayor servirá al menor (Ibid., 23). Lo que el apóstol Pablo quiere que se entienda como un gran testimonio de la gracia: porque aún no habían nacido, ni hecho bien o mal alguno, sin méritos buenos se elige al menor, siendo reprobado el mayor (Rom. IX, 11-13): cuando sin duda, en cuanto al pecado original, ambos eran iguales; pero en cuanto al propio, ninguno de ellos tenía ninguno. Pero ahora la razón del presente trabajo no permite decir algo más extenso sobre este asunto, del cual ya hemos dicho mucho en otros. Pero lo que se dijo, El mayor servirá al menor, casi ninguno de nosotros lo ha entendido de otra manera, sino que el mayor pueblo de los judíos servirá al menor pueblo cristiano. Y en verdad, aunque en la gente de los idumeos, que nació del mayor, quien tenía dos nombres (pues se llamaba Esaú, y Edom, de donde los idumeos), esto puede parecer cumplido; porque después debía ser superada por el pueblo que nació del menor, es decir, el israelita, y debía estar sujeta a él: sin embargo, se cree más conveniente que esta profecía, que dijo, Un pueblo superará a otro, y el mayor servirá al menor, estuviera dirigida a algo mayor. ¿Y qué es esto, sino lo que se cumple evidentemente en judíos y cristianos?

CAPÍTULO XXXVI.---Del oráculo y la bendición que Isaac recibió no de otra manera que su padre, por el mismo mérito de ser amado.

También Isaac recibió un oráculo tal como varias veces lo había recibido su padre. De este oráculo está escrito así: Y hubo hambre en la tierra, además del hambre que hubo antes en los días de Abraham. Y fue Isaac a Abimelec, rey de los filisteos, en Gerar. Y se le apareció el Señor, y le dijo: No desciendas a Egipto: habita en la tierra que te diré, y mora en esta tierra;

y estaré contigo, y te bendeciré. Porque a ti y a tu descendencia daré toda esta tierra: y estableceré mi juramento que juré a Abraham tu padre; y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia toda esta tierra, y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque Abraham tu padre obedeció mi voz, y guardó mis preceptos, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes (Gén. XXVI, 1-5). Este patriarca no tuvo otra esposa, ni ninguna concubina, sino que se contentó con la posteridad de dos gemelos procreados de un solo coito. También él temió el peligro por la belleza de su esposa, cuando habitaba entre extranjeros, e hizo lo que su padre, al decir que era su hermana, callando que era su esposa: pues era pariente suya por sangre paterna y materna: pero también ella, conocida por los extranjeros como su esposa, permaneció intacta. Sin embargo, no debemos preferirlo a su padre, porque él no conoció a ninguna mujer más que a una esposa. Pues sin duda los méritos de la fe y obediencia paternas eran mayores, tanto que por él dice Dios, que hace a este los bienes que hace: Serán bendecidas, dice, en tu descendencia todas las naciones de la tierra, porque Abraham tu padre obedeció mi voz, y guardó mis preceptos, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes. Y en otro oráculo: Yo soy, dice, el Dios de Abraham tu padre: no temas; porque yo estoy contigo, y te bendije, y multiplicaré tu descendencia por amor a Abraham tu padre (Ibid. 24). Para que entendamos cuán castamente hizo Abraham lo que a los hombres impúdicos y a los que buscan en las Escrituras santas defensas para su maldad les parece haber hecho por lujuria: luego, para que también sepamos esto, no comparar a los hombres entre sí por bienes individuales, sino considerar en cada uno el conjunto. Pues puede suceder que alguien tenga algo en su vida y costumbres por lo que supera a otro, y eso sea mucho más excelente que aquello por lo que es superado por otro. Y por tanto, con juicio sano y verdadero, aunque la continencia se prefiera al matrimonio, sin embargo, es mejor un hombre fiel casado, que un continente infiel. Pero el hombre infiel no solo es menos digno de alabanza, sino también sumamente detestable. Establezcamos a ambos como buenos; aun así, ciertamente es mejor un casado fidelísimo y obedientísimo a Dios, que un continente de menor fe y menor obediencia: si las demás cosas son iguales, ¿quién duda en preferir al continente sobre el casado?

CAPÍTULO XXXVII.---De lo que se prefiguraba místicamente en Esaú y Jacob.

Crecen juntos, pues, los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob. La primacía del mayor se transfiere al menor por pacto y acuerdo entre ellos, porque el mayor deseó desmesuradamente un guiso de lentejas que el menor había preparado, y por ese precio vendió su primogenitura a su hermano con juramento interpuesto. Donde aprendemos que en el comer no se debe culpar el tipo de alimento, sino la avidez desmedida. Envejece Isaac, y sus ojos pierden la vista por la vejez. Quiere bendecir al hijo mayor, y sin saberlo bendice al menor, quien se presenta a las manos paternas en lugar del hermano mayor, que era velludo, con pieles de cabrito ajustadas, como llevando pecados ajenos. Este engaño de Jacob, para que no se piense que fue un engaño fraudulento, y no se busque en él el misterio de una gran cosa, la Escritura lo predijo antes: Esaú era un hombre que sabía cazar, agreste: pero Jacob era un hombre sencillo, habitante de la casa (Gén. XXV, 29-34, 27). Algunos de los nuestros lo han interpretado como sin engaño. Ya sea sin engaño, ya sea sencillo, o más bien sin ficción, que es en griego ἄπλαστος, ¿cuál es en esta recepción de la bendición el engaño de un hombre sin engaño? ¿Cuál es el engaño del sencillo, qué ficción del que no miente, sino el profundo misterio de la verdad? ¿Y cuál es la bendición? He aquí, dice, el olor de mi hijo es como el olor de un campo lleno, que el Señor ha bendecido. Y te dé Dios del rocío del cielo, y de la abundancia de la tierra, y multitud de trigo y vino: y sírvante las naciones, y adórenle los príncipes, y sé señor de tu hermano, y te adorarán los hijos de tu padre. Quien te maldiga, maldito; y quien te bendiga, bendito. La bendición de Jacob, pues, es la predicación de Cristo en todas las

naciones. Esto se hace, esto se lleva a cabo: La Ley y la Profecía es Isaac: también por boca de los judíos Cristo es bendecido por ella como por un ignorante, porque ella es desconocida. El mundo se llena con el olor del nombre de Cristo, como un campo: suya es la bendición del rocío del cielo, es decir, de la lluvia de las palabras divinas; y de la abundancia de la tierra, es decir, de la congregación de los pueblos: suya es la multitud de trigo y vino, es decir, la multitud que recoge el trigo y el vino en el Sacramento de su cuerpo y sangre. A él le sirven las naciones, a él adoran los príncipes. Él es señor de su hermano, porque su pueblo domina a los judíos. A él adoran los hijos de su padre, es decir, los hijos de Abraham según la fe: porque él también es hijo de Abraham según la carne. Quien lo maldiga, maldito; y quien lo bendiga, bendito es. Cristo, digo, nuestro también es bendecido por boca de los judíos, aunque errantes, pero que cantan la Ley y los Profetas, es decir, se dice verdaderamente; y otro se cree bendecido, que es esperado por ellos errantes. He aquí que al repetir la bendición prometida el mayor, Isaac se estremece, y al conocer que ha bendecido a otro en lugar de otro, se maravilla, y pregunta quién es aquel; sin embargo, no se queja de haber sido engañado; más bien, inmediatamente revelado en su corazón el gran misterio, evita la indignación, confirma la bendición. ¿Quién, pues, dice, ha cazado para mí caza, y me la ha traído, y he comido de todo, antes de que vinieras, y lo he bendecido, y será bendito (Gén. XXVII, 27-29, 33)? ¿Quién no esperaría aquí más bien una maldición del enojado, si estas cosas no se llevaran a cabo por inspiración celestial, sino al modo terrenal? Oh cosas, realizadas pero proféticamente realizadas; en la tierra, pero celestiales; por hombres, pero divinamente. Si se examinan una a una, tan fecundas en misterios, se deben llenar muchos volúmenes: pero a este trabajo se le debe imponer un límite moderado que nos obliga a apresurarnos hacia otras cosas.

CAPÍTULO XXXVIII.---Del envío de Jacob a Mesopotamia para tomar esposa, y de la visión que soñó en el camino, y de sus cuatro mujeres, cuando pidió una esposa.

1. Jacob es enviado por sus padres a Mesopotamia, para que allí tome esposa. Estas son las palabras del padre que lo envía: No tomes esposa de las hijas de los cananeos: levántate, huye a Mesopotamia a la casa de Batuel, padre de tu madre, y toma de allí esposa de las hijas de Labán, hermano de tu madre. Y mi Dios te bendiga, y te haga crecer, y te multiplique; y serás en congregaciones de pueblos; y te dé la bendición de Abraham, tu padre, a ti y a tu descendencia después de ti, para que seas heredero de la tierra de tu peregrinación, que Dios dio a Abraham (Gén. XXVIII, 1-4). Aquí ya entendemos que la descendencia de Jacob está separada de la otra descendencia de Isaac, que se hizo por Esaú. Pues cuando se dijo, En Isaac te será llamada descendencia (Id. XXII, 12), refiriéndose ciertamente a la descendencia perteneciente a la ciudad de Dios; se separó de allí otra descendencia de Abraham, que estaba en el hijo de la esclava, y que iba a estar en los hijos de Cetura. Pero aún era ambiguo sobre los dos hijos gemelos de Isaac, si esa bendición se refería a ambos, o a uno de ellos; y si a uno, quién de ellos. Lo que ahora se ha aclarado, cuando proféticamente el padre bendice a Jacob, y le dice: Y serás en congregaciones de pueblos, y te dé la bendición de Abraham, tu padre.

2. Así que Jacob se dirigió a Mesopotamia y en sueños recibió un oráculo, del cual está escrito: Y salió Jacob del Pozo del Juramento y se dirigió a Jarán, y llegó a un lugar y durmió allí, porque el sol se había puesto. Tomó de las piedras del lugar, las puso bajo su cabeza y durmió en ese lugar, y soñó. Y he aquí una escalera estaba apoyada en la tierra, cuyo extremo tocaba el cielo; y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella; y el Señor estaba sobre ella y dijo: Yo soy el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac, no temas: la tierra en la que duermes, te la daré a ti y a tu descendencia; y tu descendencia será como la arena de la tierra;

y se extenderá hacia el mar, al sur, al norte y al oriente; y en ti serán bendecidas todas las tribus de la tierra, y en tu descendencia. Y he aquí, yo estoy contigo, cuidándote en todo camino por donde vayas; y te devolveré a esta tierra, porque no te abandonaré hasta que haya hecho todo lo que te he dicho. Y Jacob se despertó de su sueño y dijo: Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que la casa de Dios, y esta es la puerta del cielo. Y Jacob se levantó, tomó la piedra que había puesto bajo su cabeza, la erigió como un pilar y derramó aceite sobre su cima; y Jacob llamó a ese lugar Betel (Casa de Dios) (Gén. XXVIII, 10-19). Esto pertenece a la profecía: Jacob no derramó aceite sobre la piedra como un acto de idolatría, como si la convirtiera en un dios; ni la adoró ni le ofreció sacrificios: sino que, dado que el nombre de Cristo proviene de la unción, ciertamente aquí se prefiguró algo que pertenece a un gran sacramento. Esta escalera se entiende que el mismo Salvador nos la recuerda en el Evangelio, donde, después de haber dicho de Natanael: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño; porque Israel había visto esta visión, él es Jacob: en el mismo lugar dice: En verdad, en verdad os digo, veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre (Juan 1, 47, 51).

3. Jacob, por tanto, se dirigió a Mesopotamia para tomar de allí una esposa. La Escritura divina indica cómo le sucedió tener cuatro mujeres, de las cuales procreó doce hijos y una hija, sin desear ilícitamente a ninguna de ellas. Había venido a tomar una sola (Gén. XXIX); pero cuando le fue dada una en lugar de otra, no la rechazó, aunque la había tomado sin saberlo en la noche, para no parecer que la había tenido por burla; y en ese tiempo, cuando la ley no prohibía tener varias esposas para multiplicar la descendencia, también tomó a aquella a quien ya había prometido fidelidad en el futuro matrimonio. Y como ella era estéril, le dio a su marido su sierva, de la cual ella misma tendría hijos: lo que también hizo su hermana mayor, aunque había dado a luz, porque deseaba multiplicar la prole. No se lee que Jacob pidiera a ninguna otra que no fuera una, ni que usara a varias sino con el propósito de engendrar descendencia, manteniendo el derecho conyugal, de modo que no lo habría hecho si sus esposas, que tenían legítima potestad sobre el cuerpo de su marido, no lo hubieran solicitado. Así, engendró doce hijos y una hija de cuatro mujeres. Luego entró en Egipto a través de su hijo José, quien fue llevado allí después de ser vendido por sus envidiosos hermanos y allí fue exaltado.

CAPÍTULO XXXIX.---La razón por la cual Jacob también fue llamado Israel.

Jacob también fue llamado Israel, como dije antes, un nombre que el pueblo nacido de él adoptó. Este nombre le fue dado por el ángel que luchó con él en el camino de regreso de Mesopotamia, llevando evidentemente el tipo de Cristo. Pues el hecho de que Jacob prevaleciera sobre él, ciertamente con su consentimiento, para figurar el misterio, significa la pasión de Cristo, donde los judíos parecieron prevalecer sobre él. Y sin embargo, obtuvo la bendición del mismo ángel a quien había vencido: y así, la imposición de este nombre fue una bendición. Israel se interpreta como "Viendo a Dios": lo que será al final la recompensa de todos los santos. Además, el mismo ángel tocó el muslo de Jacob como si prevaleciera, y lo hizo cojo de esta manera (Gén. XXXII, 24-29). Así, Jacob era uno y el mismo, bendito y cojo; bendito en aquellos que creyeron en Cristo de entre su pueblo, y cojo en los incrédulos. Pues el muslo representa la multitud de la descendencia. Muchos en esa estirpe, de los cuales se profetizó: Y cojean de sus caminos (Sal. XVII, 46).

CAPÍTULO XL.---Cómo se dice que Jacob entró en Egipto con setenta y cinco almas; cuando muchos de los que se mencionan nacieron en un tiempo posterior.

Se dice que entraron en Egipto junto con Jacob setenta y cinco personas (Gén. XLVI, 27, según LXX, y Hech. VII, 14), contando a él mismo con sus hijos. En este número solo se mencionan dos mujeres, una hija y una nieta. Pero al considerar cuidadosamente el asunto, no se indica que hubiera tal número en la progenie de Jacob el día o el año en que entró en Egipto. Pues se mencionan también los bisnietos de José, que de ninguna manera pudieron haber existido ya entonces: porque Jacob tenía entonces ciento treinta años, y su hijo José treinta y nueve; y como se sabe que tomó esposa a los treinta años o más, ¿cómo pudo tener bisnietos de los hijos que tuvo con esa esposa en nueve años? Así que, como los hijos de Efraín y Manasés, hijos de José, no tenían hijos, sino que Jacob los encontró como niños menores de nueve años cuando entró en Egipto, ¿cómo es que no solo sus hijos, sino también sus nietos, se cuentan entre los setenta y cinco que entraron en Egipto con Jacob? Pues se menciona allí a Maquir, hijo de Manasés, nieto de José, y el hijo de Maquir, es decir, Galaad, nieto de Manasés, bisnieto de José: también está el que Efraín engendró, otro hijo de José, es decir, Utalaam, nieto de José; y el hijo de Utalaam, Edem, nieto de Efraín, bisnieto de José (Gén. L, 22; Núm. XXVI, 29 ss.): que de ninguna manera pudieron haber existido cuando Jacob llegó a Egipto, y encontró a los hijos de José, sus nietos, abuelos de estos, como niños menores de nueve años. Pero ciertamente la entrada de Jacob en Egipto, cuando la Escritura lo menciona con setenta y cinco almas, no es un solo día o un solo año, sino todo el tiempo que vivió José, por quien se hizo la entrada. Pues de José la misma Escritura dice: Y habitó José en Egipto, él y sus hermanos, y toda la casa de su padre: y vivió ciento diez años, y José vio a los hijos de Efraín hasta la tercera generación. Él es ese bisnieto suyo de Efraín, el tercero. Pues llama tercera generación al hijo, nieto, bisnieto. Luego sigue: Y los hijos de Maquir, hijo de Manasés, nacieron sobre las rodillas de José (Gén. L, 22). Y este es el mismo nieto de Manasés, bisnieto de José. Pero fueron llamados en plural, como suele hacer la Escritura; que también llamó hijas a una sola hija de Jacob: como en el uso del idioma latino se dice hijos en plural, aunque no haya más de uno. Así que cuando se predijo la felicidad de José, porque pudo ver a sus bisnietos, de ninguna manera se debe pensar que ya existían en el trigésimo noveno año de su bisabuelo José, cuando Jacob, su padre, llegó a Egipto. Pero lo que engaña a los que no observan esto con atención es que está escrito: Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto con Jacob su padre (Gén. XLVI, 8). Esto se dijo porque se cuentan setenta y cinco con él, no porque ya estuvieran todos juntos cuando él entró en Egipto: sino, como dije, todo el tiempo de su entrada se cuenta mientras vivió José, por quien se considera que entraron.

CAPÍTULO XLI.---De la bendición que Jacob prometió a su hijo Judá.

Por lo tanto, por el pueblo cristiano, en el que la ciudad de Dios peregrina en la tierra, si buscamos la carne de Cristo en la descendencia de Abraham, eliminando a los hijos de las concubinas, encontramos a Isaac: si en la descendencia de Isaac, eliminando a Esaú, que también es Edom, encontramos a Jacob, que es Israel: si en la descendencia de Israel, eliminando a los demás, encontramos a Judá, porque de la tribu de Judá surgió Cristo. Por lo tanto, cuando Israel estaba a punto de morir en Egipto y bendecía a sus hijos, escuchemos cómo bendijo proféticamente a Judá: Judá, te alabarán tus hermanos. Tus manos estarán sobre el cuello de tus enemigos: te adorarán los hijos de tu padre. Cachorro de león es Judá: de la germinación, hijo mío, has subido: recostado dormiste como un león, y como un cachorro de león, ¿quién lo despertará? No faltará príncipe de Judá, ni legislador de entre sus pies, hasta que venga lo que está reservado para él: y él será la expectativa de las naciones; atando a la vid su pollino, y al sarmiento el hijo de su asna. Lavará en vino su vestidura, y en la sangre de las uvas su manto. Sus ojos son más oscuros que el vino, y sus dientes más blancos que la leche (Gén. XLIX, 8-12). Expuse esto al disputar contra el maniqueo Fausto

(Contra Faustum Manichaeum, lib. 12, cap. 42): y considero que es suficiente, en cuanto a la claridad de la verdad de esta profecía; donde se predice la muerte de Cristo con la palabra dormición, y no la necesidad, sino el poder en la muerte, con el nombre de león. Este poder lo proclama él mismo en el Evangelio, diciendo: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla. Nadie me la quita: sino que yo la pongo de mí mismo, y la vuelvo a tomar (Juan X, 18, 17). Así rugió el león, así cumplió lo que dijo. A este poder pertenece lo que se añade sobre su resurrección, ¿Quién lo despertará? es decir, porque ningún hombre, sino él mismo, quien también dijo de su cuerpo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). El mismo género de muerte, es decir, la sublimidad de la cruz, se entiende en una sola palabra, que dice, Has subido. Lo que añadió, Recostado dormiste, el evangelista lo explica, donde dice, e inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan XIX, 30). O ciertamente se reconoce su sepultura, en la que recostado durmió; y de donde ningún hombre, como los profetas a algunos, o como él mismo a otros, lo resucitó, sino que él mismo se levantó como de un sueño. Su vestidura que lava en vino, es decir, limpia de pecados en su sangre, cuyo sacramento conocen los bautizados, de donde también añade, Y en la sangre de las uvas su manto, ¿qué es sino la Iglesia? Y sus ojos son más oscuros que el vino: sus espirituales embriagados con su cáliz, del cual canta el Salmo, Y tu cáliz embriagador, ¡cuán glorioso es! (Sal. XXII, 5). Y sus dientes más blancos que la leche: lo que beben los niños en el Apóstol, es decir, palabras nutritivas, aún no aptos para alimento sólido (I Cor. III, 2). Él es, por tanto, en quien estaban reservadas las promesas de Judá, que hasta que vinieran, nunca faltaron príncipes, es decir, reyes, de Israel de esa estirpe. Y él es la expectativa de las naciones: lo cual es más claro viendo que exponiendo.

CAPÍTULO XLII.---De los hijos de José, a quienes Jacob bendijo con la transposición profética de sus manos.

Así como los dos hijos de Isaac, Esaú y Jacob, ofrecieron la figura de dos pueblos en los judíos y cristianos (aunque en cuanto a la propagación de la carne, ni los judíos vinieron de la descendencia de Esaú, sino los edomitas; ni las naciones cristianas de Jacob, sino más bien los judíos, pues para esto solo valió la figura, que se dijo, El mayor servirá al menor [Gén. XXV, 23]); así también sucedió con los dos hijos de José: pues el mayor llevó el tipo de los judíos, y el menor de los cristianos. Cuando Jacob los bendijo, poniendo su mano derecha sobre el menor, que tenía a su izquierda; y la izquierda sobre el mayor, que tenía a su derecha: pareció grave a su padre, y advirtió a su padre como corrigiendo su error, y mostrando quién de ellos era el mayor. Pero él no quiso cambiar las manos, sino que dijo: Lo sé, hijo, lo sé. También este será un pueblo, y también este será exaltado: pero su hermano menor será mayor que él, y su descendencia será una multitud de naciones (Gén. XLVIII, 19). También aquí se muestran esas dos promesas. Pues aquel será un pueblo, este será una multitud de naciones: ¿qué más evidente que estas dos promesas contienen al pueblo de Israel y al mundo entero en la descendencia de Abraham, aquel según la carne, este según la fe?

CAPÍTULO XLIII.---De los tiempos de Moisés, y Josué, y los Jueces, y desde entonces de los Reyes, de los cuales Saúl es el primero, pero David es el principal tanto en sacramento como en mérito.

1. Después de la muerte de Jacob, y también de José, durante los siguientes ciento cuarenta y cuatro años, hasta que salieron de la tierra de Egipto, esa nación creció de manera increíble, incluso siendo oprimida por tantas persecuciones, que en cierto momento los nacidos varones eran asesinados, mientras los egipcios, asombrados, se aterrorizaban por el excesivo crecimiento de ese pueblo. Entonces Moisés, ocultado furtivamente de los asesinos de niños, llegó a la casa real, preparándose Dios para grandes cosas a través de él, y fue criado y

adoptado por la hija del faraón (que era el nombre de todos los reyes en Egipto), llegando a ser un hombre tan grande que él mismo sacó a esa nación, maravillosamente multiplicada, del durísimo y gravísimo yugo de servidumbre que soportaba allí, o más bien Dios a través de él, quien había prometido esto a Abraham. Pues antes, huyendo de allí porque había matado a un egipcio defendiendo a un israelita, y había tenido miedo; después, enviado divinamente en el poder del Espíritu de Dios, superó a los magos del faraón que resistían. Entonces, a través de él, se infligieron a los egipcios diez plagas memorables, cuando se negaron a dejar ir al pueblo de Dios; el agua convertida en sangre, ranas y mosquitos, moscas, muerte del ganado, úlceras, granizo, langostas, tinieblas, muerte de los primogénitos. Finalmente, los egipcios, que habían dejado ir a los israelitas después de tantas y tan grandes plagas, fueron destruidos en el Mar Rojo mientras los perseguían. Pues al irse, el mar dividido les hizo camino: pero a los que los perseguían, la ola al volver los sumergió. Luego, durante cuarenta años, bajo la guía de Moisés, el pueblo fue conducido por el desierto, cuando se estableció el Tabernáculo del Testimonio, donde Dios era adorado con sacrificios que preanunciaban el futuro: ya que la ley había sido dada en el monte de manera muy terrible; pues la divinidad se atestiguaba con signos y voces muy evidentes. Esto sucedió inmediatamente después de salir de Egipto, y cuando el pueblo comenzó a estar en el desierto, al quincuagésimo día después de celebrar la Pascua mediante la inmolación de un cordero: que es un tipo de Cristo, preanunciando que él, a través del sacrificio de su pasión, pasaría de este mundo al Padre (pues Pascua en hebreo se interpreta como Paso [Éxodo XII, 11]), de modo que cuando se revelara el Nuevo Testamento, después de que nuestra Pascua, Cristo, fue inmolado, al quincuagésimo día vendría del cielo el Espíritu Santo: que en el Evangelio se llama el dedo de Dios (Lucas XI, 20), para recordar nuestra memoria al primer hecho prefigurado; porque también se dice que las tablas de esa ley fueron escritas con el dedo de Dios (Éxodo XXXI, 18).

2. Después de la muerte de Moisés, el pueblo fue guiado por Josué, y lo introdujo en la tierra de la promesa, y la dividió entre el pueblo. Por estos dos líderes maravillosos, también se libraron guerras de manera próspera y maravillosa, con Dios testificando que no tanto por los méritos del pueblo hebreo, sino por los pecados de las naciones que se debelaban, les llegaron esas victorias. Después de estos líderes, hubo Jueces, ya con el pueblo establecido en la tierra de la promesa: para que comenzara a cumplirse la primera promesa hecha a Abraham sobre una sola nación, es decir, la hebrea, y la tierra de Canaán; aún no sobre todas las naciones y todo el mundo: lo cual el advenimiento de Cristo en la carne, y no la observancia de la antigua Ley, sino la fe del Evangelio, iba a cumplir. La prefiguración de esto se hizo, porque no Moisés, quien había recibido la ley para el pueblo en el monte Sinaí, sino Josué, cuyo nombre también fue cambiado por mandato de Dios para que se llamara Jesús, introdujo al pueblo en la tierra de la promesa. En los tiempos de los Jueces, según se comportaban los pecados del pueblo y la misericordia de Dios, alternaron las prosperidades y adversidades de las guerras.

3. Luego se llegó a los tiempos de los Reyes: el primero en reinar fue Saúl, quien, al ser rechazado y derrotado en batalla, y su linaje descartado para que de él no surgieran reyes, fue sucedido en el reino por David, de quien Cristo fue llamado especialmente hijo. En él se hizo un punto de inflexión y de alguna manera el comienzo de la juventud del pueblo de Dios: cuya genealogía se consideraba como una especie de adolescencia desde Abraham hasta este David. No en vano el evangelista Mateo enumeró las generaciones de tal manera que este primer intervalo lo destacó con catorce generaciones, desde Abraham hasta David (Mateo 1, 17). Desde la adolescencia, el hombre comienza a poder engendrar: por eso las generaciones comienzan desde Abraham, quien también fue constituido padre de las naciones cuando recibió su nombre cambiado. Antes de él, la infancia de este linaje del pueblo de Dios se

extendía desde Noé hasta el mismo Abraham: y por eso se inventó la primera lengua, es decir, el hebreo. Desde la infancia, el hombre comienza a hablar después de la niñez, que se llama así porque no puede hablar. Esta primera edad es ciertamente sumergida por el olvido, así como la primera edad del género humano fue borrada por el diluvio. ¿Quién es el que recuerda su infancia? Por lo tanto, en este avance de la ciudad de Dios, así como el libro anterior contenía una sola y misma primera edad, este libro contiene dos edades, la segunda y la tercera, en la cual, debido a la ternera de tres años, la cabra de tres años y el carnero de tres años (Gén. 15, 9), se impuso el yugo de la Ley, apareció la abundancia de pecados y surgió el comienzo del reino terrenal, donde no faltaron los espirituales, cuyo sacramento fue figurado en la tórtola y la paloma (Ibid.). LIBRO DECIMOSÉPTIMO. En el cual se trata del avance de la ciudad de Dios en los tiempos de los Reyes y Profetas desde Samuel y David hasta Cristo, y se exponen las profecías de esos tiempos consignadas en las Sagradas Escrituras en los libros de los Reyes, los Salmos y Salomón sobre Cristo y la Iglesia.

CAPÍTULO PRIMERO.---De los tiempos de los Profetas.

Las promesas de Dios, que fueron hechas a Abraham, cuyo linaje y la nación israelita según la carne y todas las naciones según la fe, aprendimos que se deben cumplir, serán indicadas por el avance de la ciudad de Dios a través del orden de los tiempos. Por lo tanto, dado que el final del libro anterior llegó hasta el reino de David, ahora desde ese mismo reino, en la medida en que parece suficiente para la obra emprendida, abordamos lo que sigue. Este tiempo, desde que el santo Samuel comenzó a profetizar, y en adelante hasta que el pueblo de Israel fue llevado cautivo a Babilonia, y luego, según la profecía del santo Jeremías, después de setenta años, cuando los israelitas regresaron (Jerem. 25, 11), se restauró la casa de Dios, es todo el tiempo de los Profetas. Aunque también podemos llamar con razón profetas al mismo patriarca Noé, en cuyos días toda la tierra fue destruida por el diluvio, y a otros antes y después hasta este tiempo, cuando comenzaron a existir reyes en el pueblo de Dios, debido a ciertas cosas futuras significadas o predichas de alguna manera a través de ellos, que pertenecían a la ciudad de Dios y al reino de los cielos; especialmente porque leemos que algunos de ellos fueron expresamente llamados así, como Abraham (Gén. 20, 7), como Moisés (Deut. 34, 10): sin embargo, los días de los Profetas se dijeron principalmente y especialmente desde que Samuel comenzó a profetizar, quien, por mandato de Dios, ungió primero a Saúl, y luego, al ser rechazado, a David como rey, de cuya descendencia sucederían los demás, hasta que fuera necesario que sucedieran de esa manera. Por lo tanto, si quisiera recordar todo lo que los Profetas predijeron sobre Cristo, mientras la ciudad de Dios corría a través de esos tiempos con sus miembros muriendo y naciendo, se extendería en gran medida. Primero, porque la misma Escritura, que al ordenar los Reyes y sus hechos y eventos parece estar ocupada con diligencia histórica en narrar los hechos, si se considera y trata con la ayuda del Espíritu de Dios, se encontrará más, o al menos no menos, dedicada a predecir el futuro que a enunciar el pasado. Y quien piense siquiera medianamente en esto, ¿quién ignora cuán laborioso y extenso es investigar y mostrar esto mediante el escrutinio y la disertación, y cuántos volúmenes se necesitan? Además, porque incluso aquellas cosas que sin duda pertenecen a la profecía son tantas sobre Cristo y el reino de los cielos, que es la ciudad de Dios, que para abrir esto se necesita una discusión mayor de la que exige el modo de esta obra. Por lo tanto, moderaré mi estilo, si puedo, de tal manera que, al llevar a cabo esta obra en la voluntad de Dios, no diga lo que sobra, ni omita lo que es suficiente.

CAPÍTULO II.---En qué tiempo se cumplió la promesa de Dios sobre la tierra de Canaán, que también recibió Israel según la carne en posesión.

En el libro anterior dijimos que desde el principio hasta Abraham, las promesas de Dios consistieron en dos cosas: una, que su descendencia poseería la tierra de Canaán; lo cual se significa donde se dijo: Ve a la tierra que te mostraré, y te haré una gran nación; y la otra, mucho más excelente, no de la descendencia carnal, sino de la espiritual, por la cual es padre, no de una sola nación israelita, sino de todas las naciones que siguen las huellas de su fe; lo cual comenzó a prometerse con estas palabras: Y en ti serán benditas todas las tribus de la tierra (Gén. 12, 1-3). Y luego, con muchos otros testimonios, mostramos que estas dos promesas fueron hechas. Así que ya estaba en la tierra de la promesa la descendencia de Abraham, es decir, el pueblo de Israel, según la carne: y allí no solo comenzó a reinar al poseer y habitar las ciudades de sus adversarios, sino también al tener reyes, cumpliéndose en gran parte las promesas de Dios sobre ese pueblo; no solo las que se hicieron a esos tres padres, Abraham, Isaac y Jacob, y cualesquiera otras en sus tiempos, sino también las que se hicieron por medio de Moisés, por quien ese mismo pueblo fue liberado de la servidumbre egipcia, y por quien todas las cosas pasadas fueron reveladas en sus tiempos, cuando conducía al pueblo por el desierto. Sin embargo, ni por el insigne líder Josué, hijo de Nun, por quien ese pueblo fue introducido en la tierra de la promesa, y después de conquistar a las naciones, la dividió entre las doce tribus, como Dios había ordenado, y murió; ni después de él, en todo el tiempo de los Jueces, se había cumplido la promesa de Dios sobre la tierra de Canaán, desde cierto río de Egipto hasta el gran río Éufrates (Gén. 15, 18): ni aún se profetizaba que sucedería, sino que se esperaba que se cumpliera. Sin embargo, se cumplió por medio de David y su hijo Salomón; cuyo reino se extendió tanto como se había prometido: pues sometieron a todos aquellos y los hicieron tributarios. Así, en la tierra de la promesa según la carne, es decir, en la tierra de Canaán, bajo estos reyes, la descendencia de Abraham fue establecida, de modo que nada más quedaba para que se cumpliera esa promesa terrenal de Dios, sino que en esa misma tierra, en cuanto a la prosperidad temporal se refiere, la nación hebrea permaneciera en un estado inquebrantable a través de la sucesión de generaciones hasta el fin de este siglo mortal, si obedecía las leyes de su Señor Dios. Pero como Dios sabía que no lo haría, usó incluso sus castigos temporales para ejercitar en ella a sus pocos fieles, y para advertir a los que después serían en todas las naciones, lo que era necesario que fueran advertidos, en quienes iba a cumplir la otra promesa, revelado el nuevo Testamento, por la encarnación de Cristo.

CAPÍTULO III.---De las significaciones tripartitas de los Profetas, que a veces se refieren a la Jerusalén terrenal, a veces a la celestial, y a veces a ambas.

1. Por lo tanto, así como aquellos oráculos divinos a Abraham, Isaac y Jacob, y cualesquiera otros signos o dichos proféticos hechos en las Sagradas Escrituras anteriores: así también las demás profecías desde este tiempo de los Reyes pertenecen en parte a la nación de la carne de Abraham, y en parte a esa descendencia suya, en la cual son bendecidas todas las naciones coherederas de Cristo por el nuevo Testamento, para poseer la vida eterna y el reino de los cielos. En parte, pues, pertenecen a la esclava, que engendra para servidumbre, es decir, a la Jerusalén terrenal, que sirve con sus hijos; y en parte a la ciudad libre de Dios, es decir, a la verdadera Jerusalén eterna en los cielos, cuyos hijos, viviendo según Dios, peregrinan en la tierra: pero hay en ellas algunas cosas que se entienden que pertenecen a ambas, propiamente a la esclava, figuradamente a la libre.

2. Así, se encuentran tripartitas las palabras de los Profetas: ya que algunas se refieren a la Jerusalén terrenal, otras a la celestial, y algunas a ambas. Creo que debo probar con ejemplos lo que digo. Fue enviado el profeta Natán para reprender al rey David por su grave pecado, y para predecirle los males que le seguirían (2 Sam. 12). Estas y otras cosas de este tipo, ya sea públicamente, es decir, por la salvación o utilidad del pueblo, o privadamente, cuando cada

uno por sus propios asuntos merecía recibir palabras divinas, por las cuales se conociera algo del futuro para el uso de la vida temporal, ¿quién duda que pertenecieron a la ciudad terrenal? Pero donde se lee: He aquí vienen días, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá, no como el pacto que hice con sus padres, el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto: porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo los deseché, dice el Señor. Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel: después de aquellos días, dice el Señor, pondré mis leyes en su mente, y las escribiré en sus corazones, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo (Jer. 31, 31-33; Hebr. 8, 8-10); sin duda se profetiza la Jerusalén celestial, cuyo premio es Dios mismo, y tenerlo a Él y ser de Él es allí el bien supremo y total. Pero a ambas se refiere esto mismo, que Jerusalén se llama ciudad de Dios, y en ella se profetiza que habrá una casa de Dios, y esa profecía parece cumplirse cuando el rey Salomón construye aquel templo tan noble. Pues estas cosas sucedieron en la Jerusalén terrenal según la historia, y fueron figuras de la Jerusalén celestial. Este tipo de profecía, compuesto y mezclado de ambos, en los libros canónicos antiguos, que contienen narraciones de hechos, tiene mucho valor, y ha ejercitado y sigue ejerciendo mucho las mentes de quienes escudriñan las Sagradas Escrituras, para que lo que se lee profetizado y cumplido históricamente en la descendencia de Abraham según la carne, también se investigue qué significa alegóricamente que se cumplirá en la descendencia de Abraham según la fe: tanto que a algunos les ha parecido que no hay nada en esos libros que no insinúe algo que deba referirse figuradamente a la ciudad celestial de Dios y a sus hijos peregrinos en esta vida. Pero si esto es así, ya no serán tripartitas, sino bipartitas las palabras de los Profetas, o más bien de todas aquellas Escrituras que se consideran bajo la denominación del Antiguo Testamento. Pues no habrá allí nada que pertenezca solo a la Jerusalén terrenal, si todo lo que allí se dice y se cumple sobre ella, o por ella, significa algo que también se refiere a la Jerusalén celestial por prefiguración alegórica: sino que habrá solo dos géneros, uno que pertenece a la Jerusalén libre, y otro que pertenece a ambas. Sin embargo, me parece que tanto se equivocan mucho quienes piensan que no hay hechos en ese género de Escrituras que signifiquen algo más allá de lo que se hizo de esa manera; como se atreven mucho quienes sostienen que absolutamente todo allí está envuelto en significaciones alegóricas. Por eso dije que son tripartitas, no bipartitas. Esto es lo que pienso, sin embargo, no culpando a quienes puedan extraer de cualquier hecho allí un sentido de inteligencia espiritual, siempre que se conserve primero la verdad histórica. Por lo demás, lo que se dice de tal manera que no puede convenir a hechos humanos o divinos realizados o por realizar, ¿quién fiel duda que no se dijo en vano? ¿quién no lo remite a la inteligencia espiritual, si puede, o admite que debe ser remitido por quien pueda?

CAPÍTULO IV.---De la prefigurada mutación del reino y sacerdocio israelita, y de lo que profetizó Ana, madre de Samuel, representando la persona de la Iglesia.

1. Por lo tanto, cuando el avance de la ciudad de Dios llegó a los tiempos de los Reyes, cuando David, al ser rechazado Saúl, obtuvo el reino por primera vez, de modo que luego sus descendientes reinaran en la Jerusalén terrenal con larga sucesión, dio una figura, significando y profetizando con el hecho realizado, sobre el cambio de cosas futuras, en lo que respecta a los dos Testamentos, el viejo y el nuevo: donde el sacerdocio y el reino fueron cambiados por un sacerdote y rey nuevo y eterno, que es Cristo Jesús. Pues tanto el sacerdote Helí, al ser rechazado, fue sustituido en el ministerio de Dios por Samuel, quien ejerció el oficio de sacerdote y juez, como Saúl, al ser desechado, fue sucedido por el rey David, fundado en el reino, figuraron esto que digo. También la misma madre de Samuel, Ana, que antes fue estéril y se alegró con su posterior fecundidad, no parece profetizar otra cosa cuando derrama su gratitud al Señor con exultante alabanza: cuando devuelve al mismo niño

nacido y destetado a Dios con la misma piedad con que lo había prometido. Pues dice: Mi corazón se regocija en el Señor, y mi poder se exalta en mi Dios. Mi boca se ha ensanchado sobre mis enemigos; me he alegrado en tu salvación. Porque no hay santo como el Señor; y no hay justo como nuestro Dios; no hay santo fuera de ti. No os jactéis con soberbia, y no habléis con altivez, ni salga arrogancia de vuestra boca. Porque el Señor es el Dios de los conocimientos, y el Dios que prepara sus invenciones. El arco de los poderosos se ha quebrado, y los débiles se han ceñido de fuerza. Los que estaban llenos de pan se han empobrecido, y los hambrientos han pasado la tierra. Porque la estéril ha dado a luz siete, y la que tenía muchos hijos se ha debilitado. El Señor mata y da vida; lleva al sepulcro y hace subir. El Señor empobrece y enriquece; humilla y exalta. Levanta del polvo al pobre, y del estiércol al necesitado: para sentarlo con los poderosos del pueblo, y darles en herencia un trono de gloria: dando el voto al que hace voto, y bendijo los años del justo: porque no en la fuerza es poderoso el hombre. El Señor hará débil a su adversario, el Señor santo. No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni se gloríe el fuerte en su fuerza, ni se gloríe el rico en sus riquezas: sino en esto gloríese el que se gloría, en entender y conocer al Señor, y en hacer juicio y justicia en medio de la tierra. El Señor subió a los cielos, y tronó: él juzgará los confines de la tierra porque es justo; y da fuerza a nuestros reyes, y exaltará el poder de su Cristo (1 Sam. 2, 1-10, según LXX).

2. ¿Acaso se considerarán estas palabras como las de una simple mujer regocijándose por el hijo que le nació? ¿Está tan apartada la mente de los hombres de la luz de la verdad que no percibe que estas palabras superan el límite de lo que una mujer podría expresar? Por otra parte, quien se mueve adecuadamente por los hechos mismos, que ya han comenzado a cumplirse incluso en esta peregrinación terrenal, ¿no percibe, observa y reconoce que a través de esta mujer, cuyo nombre, Ana, se interpreta como Gracia de ella, la misma religión cristiana, la misma ciudad de Dios, cuyo rey y fundador es Cristo, la misma gracia de Dios habló con espíritu profético, de la cual los soberbios son alejados para que caigan, y los humildes son llenados para que se levanten, lo cual este himno proclamó principalmente? A menos que alguien diga que esta mujer no profetizó nada, sino que solo alabó a Dios con exultante proclamación por el hijo que había pedido y obtenido. ¿Qué significa entonces lo que dice: El arco de los poderosos se ha quebrado, y los débiles se han ceñido de fuerza: los que estaban llenos de pan se han empobrecido, y los hambrientos han pasado la tierra: porque la estéril ha dado a luz siete, y la que tenía muchos hijos se ha debilitado? ¿Acaso ella misma había dado a luz siete, aunque hubiera sido estéril? Tenía un solo hijo cuando decía estas cosas: pero ni después dio a luz siete, ya sea seis, de los cuales el séptimo fuera Samuel; sino tres varones y dos mujeres (1 Sam. 2, 20). Luego, en ese pueblo, cuando aún nadie reinaba, lo que puso al final, Da fuerza a nuestros reyes, y exaltará el poder de su Cristo; ¿de dónde lo decía, si no profetizaba?

3. Diga, pues, la Iglesia de Cristo, ciudad del gran Rey, llena de gracia, fecunda en prole; diga lo que tanto tiempo antes fue profetizado sobre ella por boca de esta piadosa madre: Mi corazón está firme en el Señor, y exaltado está mi poder en mi Dios. Verdaderamente firme el corazón, y verdaderamente exaltado el poder; porque no en sí misma, sino en el Señor su Dios. Mi boca se ha ensanchado sobre mis enemigos: porque aun en las angustias de las presiones, la palabra de Dios no está encadenada, ni en los pregoneros encadenados. Me he alegrado, dice, en tu salvación. Este es Cristo Jesús, a quien Simeón, como se lee en el Evangelio, anciano abrazando al pequeño, reconociendo al grande, dice: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, porque han visto mis ojos tu salvación (Luc. II, 29 y 30). Diga, pues, la Iglesia: Me he alegrado en tu salvación. Porque no hay santo como el Señor; y no hay justo como nuestro Dios; como santo y santificador, justo y justificador. No hay santo fuera

de ti: porque nadie lo es sino por ti. Finalmente sigue: No os gloriéis con soberbia, y no habléis con altanería, ni salga arrogancia de vuestra boca. Porque el Señor es el Dios de las ciencias. Él os conoce, y donde nadie sabe: porque el que piensa ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo (Gál. VI, 3). Estas cosas se dicen a los adversarios de la ciudad de Dios pertenecientes a Babilonia, presumiendo de su propia virtud, gloriándose en sí mismos, no en el Señor; de los cuales son también los israelitas carnales, ciudadanos terrenales de Jerusalén, quienes, como dice el Apóstol, ignorando la justicia de Dios, es decir, la que Dios da al hombre, que solo es justo justificando; y queriendo establecer la suya propia, es decir, como si fuera adquirida por ellos mismos, no impartida por Él; no se han sometido a la justicia de Dios (Rom. X, 3), ciertamente porque son soberbios, pensando que pueden agradar a Dios con lo suyo, no con lo de Dios, quien es el Dios de las ciencias, y por tanto también el árbitro de las conciencias, viendo allí los pensamientos de los hombres, que son vanos (Sal. XCIII, 11), si son de los hombres, y no de Él. Y preparando, dice, sus invenciones. ¿Qué invenciones creemos, sino que los soberbios caigan, y los humildes se levanten? Estas invenciones ejecuta, diciendo: El arco de los poderosos se ha debilitado, y los débiles se han ceñido de fuerza. Se ha debilitado el arco, es decir, la intención de aquellos que se ven tan poderosos, que sin el don y la ayuda de Dios creen que la suficiencia humana puede cumplir los mandamientos divinos; y se ciñen de fuerza, cuya voz interna es: Ten piedad de mí, Señor, porque estoy débil (Sal. VI, 3).

4. Los llenos de pan, dice, han sido disminuidos, y los hambrientos han pasado la tierra. ¿Quiénes deben entenderse como llenos de pan, sino los mismos que se creen poderosos, es decir, los israelitas, a quienes fueron confiadas las palabras de Dios (Rom. III, 2)? Pero en ese pueblo los hijos de la esclava han sido disminuidos: con esta expresión, aunque menos latina, se expresa bien que de mayores se han hecho menores: porque incluso en esos panes, es decir, en las palabras divinas, que solo los israelitas recibieron entonces de entre todas las naciones, tienen un sabor terrenal. Las naciones a las que no se les había dado esa ley, después de que por el Nuevo Testamento llegaron a esas palabras, pasaron la tierra con gran hambre; porque en ellas no saborearon lo terrenal, sino lo celestial. Y esto, como si se preguntara la causa de por qué ha sucedido, dice: Porque la estéril ha dado a luz siete, y la que tenía muchos hijos ha sido debilitada. Aquí resplandece todo lo que se profetizaba para quienes reconocen el número septenario, con el cual se significa la perfección de toda la Iglesia. Por lo cual también el apóstol Juan escribe a las siete Iglesias (Apoc. I, 4), mostrando de ese modo que escribe a la plenitud de una sola: y en los Proverbios de Salomón, la Sabiduría prefigurando esto antes, edificó su casa, y la sostuvo con siete columnas (Prov. IX, 1). Pues la ciudad de Dios era estéril en todas las naciones, antes de que naciera este fruto que vemos. Vemos también que la que era numerosa en hijos, ahora es debilitada la Jerusalén terrenal. Porque cualquiera de los hijos de la libre que había en ella, era su fuerza: ahora, sin embargo, allí, porque hay letra, y no hay espíritu, perdida la fuerza, ha sido debilitada.

5. El Señor da muerte y da vida: ha dado muerte a aquella que era numerosa en hijos; y ha dado vida a esta estéril, que ha dado a luz siete. Aunque más convenientemente puede entenderse que da vida a los mismos a quienes ha dado muerte. Pues esto lo repitió añadiendo: Hace descender al sepulcro, y hace subir. A quienes el Apóstol dice: Si habéis muerto con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios: ciertamente son salubremente muertos por el Señor: a quienes añade: Saboread las cosas de arriba, no las de la tierra; para que ellos sean aquellos que, hambrientos, pasaron la tierra. Porque habéis muerto, dice: he aquí cómo salubremente da muerte Dios. Luego sigue: Y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 1-3): he aquí cómo Dios da vida a los mismos. Pero, ¿acaso los hizo descender al sepulcro y los hizo subir? Ambas cosas sin

controversia de los fieles las vemos cumplidas más bien en aquel, a saber, en nuestra Cabeza, con quien el Apóstol dijo que nuestra vida está escondida en Dios. Pues cuando no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32), de este modo ciertamente le dio muerte. Y porque lo resucitó de entre los muertos, lo mismo lo dio vida de nuevo. Y porque en la profecía se reconoce su voz: No dejarás mi alma en el infierno (Sal. XV, 10), lo mismo lo hizo descender al sepulcro y lo hizo subir. Con esta su pobreza hemos sido enriquecidos. Porque el Señor empobrece y enriquece. Pues para que sepamos qué es esto, escuchemos lo que sigue: Humilla y exalta; ciertamente humilla a los soberbios, y exalta a los humildes. Porque lo que se lee en otro lugar, Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6); esto es todo lo que tiene el discurso de este, cuyo nombre se interpreta Su Gracia.

6. Ahora bien, lo que se añade: Levanta del polvo al pobre: de nadie mejor que de aquel entiendo, que por nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza, como se dijo poco antes, fuésemos enriquecidos (II Cor. VIII, 9). Pues a él lo levantó de la tierra tan pronto, que su carne no vio corrupción. Ni apartaré de él lo que se añadió: Y del estiércol levanta al necesitado. Pues el necesitado es el mismo que el pobre. El estiércol del que fue levantado, se entiende muy correctamente como los perseguidores judíos, en cuyo número, cuando el Apóstol dijo que había perseguido a la Iglesia, dice: Lo que para mí era ganancia, esto lo consideré pérdida por Cristo: y no solo pérdida, sino que también lo consideré estiércol, para ganar a Cristo (Filip. III, 7 y 8). De la tierra, pues, fue levantado aquel pobre sobre todos los ricos, y de aquel estiércol fue levantado sobre todos los opulentos aquel necesitado: para que se siente con los poderosos del pueblo, a quienes dice: Os sentaréis sobre doce tronos. Y dando herencia de trono de gloria a ellos. Pues aquellos poderosos dijeron: He aquí que hemos dejado todo, y te hemos seguido (Mat. XIX, 28, 27), este voto lo habían hecho poderosísimamente.

7. Pero, ¿de dónde esto para ellos, sino de aquel, de quien aquí se dijo inmediatamente: Dando el voto al que hace voto? De lo contrario, serían de aquellos poderosos, cuyo arco fue debilitado. Dando, dice, el voto al que hace voto. Pues nadie haría un voto recto al Señor, si no recibiera de Él lo que va a votar. Sigue: Y bendijo los años del justo: para que viva con él sin fin, a quien se le dijo: Y tus años no fallarán (Sal. CI, 28). Pues allí los años permanecen, pero aquí pasan, o más bien perecen: porque antes de que vengan, no son; cuando vienen, no serán, porque vienen con su fin. De estos dos, es decir, Dando el voto al que hace voto, y bendijo los años del justo; uno es lo que hacemos, otro lo que recibimos. Pero este otro no se recibe del dador Dios, sino cuando con su ayuda se cumple el primero: porque no en la virtud es poderoso el hombre. El Señor hará débil a su adversario: a aquel, ciertamente, que envidia al hombre que hace voto, y resiste, para que no pueda cumplir lo que ha votado. Puede entenderse del ambiguo griego también como su adversario. Pues cuando el Señor comienza a poseernos, ciertamente el adversario que era nuestro se convierte en suyo, y es vencido por nosotros; pero no con nuestras fuerzas: porque no en la virtud es poderoso el hombre. El Señor, pues, hará débil a su adversario, el Señor santo: para que sea vencido por los santos, a quienes el Señor santo de los santos ha hecho santos.

8. Y por tanto, No se gloríe el sabio en su sabiduría, y no se gloríe el poderoso en su poder, y no se gloríe el rico en sus riquezas: sino en esto se gloríe el que se gloría, en entender y conocer al Señor, y hacer juicio y justicia en medio de la tierra. No en pequeña parte entiende y conoce al Señor, quien entiende y conoce también que esto le es dado por el Señor, para que entienda y conozca al Señor. Pues, ¿qué tienes, dice el Apóstol, que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? (I Cor. IV, 7). Es decir, como si fuera de ti mismo lo que te hace gloriarte. Hace juicio y justicia, quien vive

rectamente. Vive rectamente, quien obedece al Dios que manda: y el fin del mandamiento, es decir, a lo que se refiere el mandamiento, es la caridad de un corazón puro, y de una buena conciencia, y de una fe no fingida (I Tim. I, 5, 15). Ahora bien, esta caridad, como testifica el apóstol Juan, es de Dios (I Juan IV, 7). Hacer, pues, juicio y justicia, es de Dios. Pero, ¿qué es, en medio de la tierra? Pues, ¿acaso no deben hacer juicio y justicia quienes habitan en los extremos de la tierra? ¿quién diría esto? ¿Por qué, entonces, se añadió, en medio de la tierra? Si no se hubiera añadido, y solo se dijera, hacer juicio y justicia, más bien este precepto se referiría a ambos hombres, tanto a los mediterráneos como a los marítimos. Pero para que nadie pensara que después del fin de la vida, que se lleva a cabo en este cuerpo, queda tiempo para hacer juicio y justicia, que no hizo mientras estaba en la carne, y así poder evadir el juicio divino; en medio de la tierra, me parece que se dijo, cuando alguien vive en el cuerpo. Pues en esta vida cada uno lleva su tierra, que al morir el hombre recibe la tierra común, para devolverla ciertamente al resucitar. Por tanto, en medio de la tierra, es decir, cuando nuestra alma está encerrada en este cuerpo terrenal, se debe hacer juicio y justicia, lo que nos aproveche en el futuro, cuando cada uno reciba según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V, 10). Pues por medio del cuerpo dijo allí el Apóstol, por el tiempo que vivió en el cuerpo. Pues si alguien blasfema con mente maligna e impía, y no lo realiza con ningún miembro del cuerpo, no por eso no será culpable, porque no lo hizo con movimiento del cuerpo, ya que lo hizo durante el tiempo en que también hizo el cuerpo. De este modo también puede entenderse congruentemente lo que se lee en el Salmo: Pero Dios es nuestro rey desde la antigüedad, ha obrado la salvación en medio de la tierra (Sal. LXXIII, 12): para que se entienda al Señor Jesús como nuestro Dios que es desde la antigüedad, porque por Él fueron hechos los siglos, obrando nuestra salvación en medio de la tierra, cuando el Verbo se hizo carne, y habitó en cuerpo terrenal (Juan I, 14).

9. Luego, después de que se profetizó en estas palabras de Ana, cómo debe gloriarse quien se gloría, no en sí mismo, sino en el Señor; por la retribución que habrá en el día del juicio, dice: El Señor ha subido a los cielos, y ha tronado: Él juzgará los confines de la tierra, porque es justo. Ha mantenido completamente el orden de la confesión de los fieles. Pues el Señor Cristo ha subido al cielo, y de allí vendrá a juzgar a vivos y muertos. Pues, ¿quién subió, como dice el Apóstol, sino el que también descendió a las partes inferiores de la tierra? El que descendió, es el mismo que subió sobre todos los cielos, para llenar todas las cosas (Efes. IV, 9 y 10). Por sus nubes, pues, ha tronado, que llenó con el Espíritu Santo, cuando subió. De las cuales a las siervas de Jerusalén, es decir, a la viña ingrata, amenazó por medio del profeta Isaías, que no llovieran sobre ella lluvia (Isa. V, 6). Así, sin embargo, se dijo: Él juzgará los confines de la tierra: como si se dijera, También los confines de la tierra. Pues no juzgará otras partes, quien sin duda juzgará a todos los hombres. Pero mejor se entienden los confines de la tierra, como los confines del hombre: porque no se juzgarán, las que en mejor o peor se cambian en el tiempo intermedio, sino en los confines en que se encuentre quien será juzgado. Por lo cual se dijo: El que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22). Quien, pues, perseverantemente hace juicio y justicia en medio de la tierra, no será condenado, cuando se juzguen los confines de la tierra. Y da, dice, fuerza a nuestros reyes: para que no los condene juzgándolos. Les da fuerza, para que como reyes gobiernen la carne, y en Él venzan al mundo, que por ellos derramó su sangre. Y exaltará el poder de su Cristo. ¿Cómo exaltará Cristo el poder de su Cristo? Pues de quien se dijo antes: El Señor ha subido a los cielos, y se entendió al Señor Cristo; Él mismo, como aquí se dice, exaltará el poder de su Cristo. ¿Quién, pues, es el Cristo de su Cristo? ¿O exaltará el poder de cada uno de sus fieles, como esta misma al principio de este himno dice: Mi poder ha sido exaltado en mi Dios? Pues a todos sus ungidos con el crisma, correctamente podemos llamarlos cristos: lo cual, sin embargo, todo él con su cabeza, el cuerpo es un solo Cristo. Esto profetizó Ana,

madre de Samuel, hombre santo y muy alabado. En quien entonces se figuró el cambio del antiguo sacerdocio, y ahora se ha cumplido, cuando fue debilitada la que era numerosa en hijos, para que la estéril tuviera en Cristo un nuevo sacerdocio, que ha dado a luz siete.

CAPÍTULO V.---De lo que al sacerdote Elí le habló un hombre de Dios con espíritu profético, significando que el sacerdocio, que había sido instituido según Aarón, sería quitado.

1. Pero esto más claramente lo dice un hombre de Dios enviado al mismo sacerdote Elí, cuyo nombre ciertamente se omite, pero se entiende sin duda por su oficio y ministerio que es profeta. Pues así está escrito: Y vino un hombre de Dios a Elí, y le dijo: Así dice el Señor: Revelándome me revelé a la casa de tu padre, cuando estaban en la tierra de Egipto como siervos en la casa de Faraón; y elegí la casa de tu padre de entre todas las tribus de Israel para que me sirviera en el sacerdocio, para que subieran a mi altar, y quemaran incienso, y llevaran el Efod; y di a la casa de tu padre todas las ofrendas de los hijos de Israel como alimento. ¿Y por qué miraste mi incienso, y mi sacrificio con ojo impúdico, y glorificaste a tus hijos sobre mí, bendiciendo las primicias de todo sacrificio en Israel ante mí? Por esto dice el Señor Dios de Israel: Dije, Tu casa y la casa de tu padre pasarán delante de mí para siempre. Y ahora dice el Señor: De ninguna manera, sino que glorificaré a los que me glorifican; y el que me desprecia, será despreciado. He aquí que vienen días, y exterminaré tu descendencia y la descendencia de la casa de tu padre, y no habrá anciano en tu casa todos los días, y exterminaré a un hombre de tu altar, para que sus ojos se debiliten, y su alma desfallezca; y todo el que sobreviva de tu casa, caerá a espada de hombres. Y esto te será señal, que vendrá sobre tus dos hijos, Ofni y Finees; ambos morirán en un solo día. Y levantaré para mí un sacerdote fiel, que haga todo lo que está en mi corazón y en mi alma; y le edificaré una casa fiel, y pasará delante de mi Cristo todos los días. Y será, que el que sobreviva en tu casa, vendrá a adorarle por una moneda de plata, diciendo: Ponme en una parte de tu sacerdocio para comer pan (I Sam. II, 27-36).

2. No se puede decir que esta profecía, donde se anuncia con tanta claridad el cambio del sacerdocio antiguo, se haya cumplido en Samuel. Aunque Samuel no pertenecía a otra tribu que la establecida por el Señor para servir al altar, no era de los hijos de Aarón, cuya descendencia había sido designada para que de ella surgieran los sacerdotes. Así, en este hecho también se prefiguró el cambio que habría de realizarse por Cristo Jesús, y la profecía del hecho, no solo de la palabra, pertenecía propiamente al Antiguo Testamento, pero figuradamente al Nuevo. Esto significaba con el hecho lo que se dijo con la palabra al sacerdote Helí por el Profeta. Pues después hubo sacerdotes del linaje de Aarón, como Sadoc y Abiatar en el reinado de David (II Sam. XV), y otros posteriormente, antes de que llegara el tiempo en que lo predicho sobre el cambio del sacerdocio debía cumplirse por Cristo. ¿Quién ahora, con ojo fiel, no ve que esto se ha cumplido? Ya que no queda tabernáculo, ni templo, ni altar, ni sacrificio, y por lo tanto, tampoco sacerdote alguno entre los judíos, a quienes, según la ley de Dios, se les había mandado que fueran ordenados del linaje de Aarón. Esto también se menciona aquí, cuando el profeta dice: "Así dice el Señor Dios de Israel: Dije que tu casa y la casa de tu padre caminarían delante de mí para siempre. Pero ahora dice el Señor: No será así, sino que honraré a los que me honran; y los que me desprecian, serán despreciados". Al mencionar la casa de su padre, no se refiere al padre inmediato, sino a Aarón, quien fue instituido como el primer sacerdote, de cuya descendencia seguirían los demás, como se muestra en lo anterior, donde dice: "Me revelé a la casa de tu padre cuando estaban en la tierra de Egipto, esclavos en la casa de Faraón, y elegí a la casa de tu padre de entre todas las tribus de Israel para ejercer el sacerdocio para mí". ¿Quién de sus padres

estuvo en aquella servidumbre egipcia, de donde, al ser liberados, fue elegido para el sacerdocio, sino Aarón? Por lo tanto, de su linaje se dijo en este lugar que no habría más sacerdotes, lo cual ya vemos cumplido. Que la fe esté alerta, los hechos están presentes, se ven, se sostienen, y se imponen a los ojos de los que no quieren ver. "He aquí", dice, "vienen días en que exterminaré tu descendencia y la descendencia de la casa de tu padre, y no habrá anciano en tu casa todos los días, y exterminaré a un hombre de tu altar, para que sus ojos se apaguen y su alma desfallezca". He aquí, los días que fueron anunciados ya han llegado. No hay sacerdote según el orden de Aarón: y cualquiera que sea de su linaje, cuando ve el sacrificio de los cristianos prevalecer en todo el mundo, y que a él se le ha quitado ese gran honor, sus ojos se apagan y su alma desfallece de tristeza.

3. Pero propiamente lo que sigue se refiere a la casa de Helí, a quien se le decían estas cosas: "Y todo el que sobreviva de tu casa, caerá a espada de hombres. Y esto te será señal, lo que vendrá sobre tus dos hijos, Ofni y Finees; ambos morirán en un solo día". Esta señal, por tanto, se hizo para cambiar el sacerdocio de la casa de este, señal que significaba el cambio del sacerdocio de la casa de Aarón. La muerte de los hijos de este significó la muerte, no de hombres, sino del mismo sacerdocio de los hijos de Aarón. Lo que sigue, ya se refiere a aquel sacerdote cuya figura representó Samuel al sucederle. Por lo tanto, lo que sigue se dice de Cristo Jesús, el verdadero sacerdote del Nuevo Testamento: "Y levantaré para mí un sacerdote fiel, que hará todo lo que está en mi corazón y en mi alma; y le edificaré una casa fiel". Esta es la Jerusalén eterna y celestial. "Y caminará", dice, "delante de mi Cristo todos los días". "Caminará", dijo, "vivirá": como antes había dicho de la casa de Aarón, "Dije que tu casa y la casa de tu padre caminarían delante de mí para siempre". Pero cuando dice, "caminará delante de mi Cristo", debe entenderse de la misma casa, no de aquel sacerdote, que es Cristo mismo, Mediador y Salvador. Por lo tanto, su casa caminará delante de él. También se puede entender "caminará" como pasar de la muerte a la vida, todos los días, mientras dure esta mortalidad hasta el fin de este siglo. Pero cuando Dios dice, "Que hará todo lo que está en mi corazón y en mi alma", no debemos pensar que Dios tiene alma, siendo el creador del alma; sino que esto se dice de Dios de manera figurada, no propiamente, como se dice de las manos y pies y otros miembros del cuerpo. Y para que no se crea que el hombre fue hecho a imagen de Dios según esta figura de carne, se añaden también alas, que ciertamente el hombre no tiene; y se dice a Dios, "Protégeme bajo la sombra de tus alas" (Sal. XVI, 8): para que los hombres entiendan que de esa naturaleza inefable se habla, no con palabras propias, sino con términos trasladados.

4. Lo que se añade, "Y será que el que sobreviva en tu casa, vendrá a adorarle": no se dice propiamente de la casa de este Helí, sino de aquella de Aarón, de la cual hasta la venida de Jesucristo quedaron hombres, de cuyo linaje incluso ahora no faltan. Pues de la casa de este Helí ya se había dicho antes, "Y todo el que sobreviva de tu casa, caerá a espada de hombres". ¿Cómo, entonces, aquí se pudo decir verdaderamente, "Y será que el que sobreviva en tu casa, vendrá a adorarle", si es verdad que por la espada vengadora no quedará nadie de allí? A menos que se quiera entender a aquellos que pertenecen a la estirpe, pero de todo aquel sacerdocio según el orden de Aarón. Por lo tanto, si es de aquellos restos predestinados, de los cuales otro profeta dijo, "El remanente será salvo" (Isaías X, 22); de donde también el Apóstol, "Así pues", dice, "también en este tiempo el remanente ha sido salvo por la elección de la gracia" (Rom. XI, 5); porque de tales restos se entiende bien que se dice, "El que sobreviva en tu casa": ciertamente cree en Cristo; como en tiempos de los Apóstoles muchos de esa gente creyeron; y ahora no faltan quienes, aunque muy raramente, sin embargo creen, y se cumple en ellos lo que este hombre de Dios añadió inmediatamente, "Vendrá a adorarle con un óbolo de plata": ¿a quién adorar, sino a aquel sumo sacerdote, que

también es Dios? Pues en aquel sacerdocio según el orden de Aarón, no venían los hombres al templo o al altar de Dios para adorar al sacerdote. ¿Qué significa entonces lo que dice, "con un óbolo de plata", sino la brevedad de la palabra de fe, de la cual el Apóstol recuerda que se dijo, "El Señor hará una obra breve y rápida sobre la tierra" (Rom. IX, 28; Isaías X, 23); y el Salmo es testigo de que la plata se pone por elocuencia, donde se canta: "Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego" (Sal. XI, 7).

5. ¿Qué dice entonces este que viene a adorar al sacerdote de Dios y sacerdote a Dios? "Lánzame en una parte de tu sacerdocio, para comer pan". No quiero ser colocado en el honor de mis padres, que no es ninguno: lánzame en una parte de tu sacerdocio. "Porque he elegido ser despreciado en la casa de Dios" (Sal. LXXXIII, 11): deseo ser un miembro cualquiera y pequeño de tu sacerdocio. Pues aquí llama sacerdocio al mismo pueblo, del cual ese sacerdote es Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. A este pueblo le dice el apóstol Pedro, "Pueblo santo, sacerdocio real" (I Pedro II, 9). Aunque algunos han interpretado "de tu sacrificio", no "de tu sacerdocio": lo cual significa igualmente al mismo pueblo cristiano. De donde dice el apóstol Pablo, "Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos" (I Cor. X, 17). Lo que añadió, "para comer pan", también expresa elegantemente el mismo tipo de sacrificio, del cual dice el mismo sacerdote, "El pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo" (Juan VI, 52). Este es el sacrificio, no según el orden de Aarón, sino según el orden de Melquisedec: quien lea, entienda. Así que esta breve confesión y humildemente saludable, en la que se dice, "Lánzame en una parte de tu sacerdocio, para comer pan", es el mismo óbolo de plata; porque es breve, y es la palabra del Señor habitando en el corazón del creyente. Porque había dicho antes que había dado a la casa de Aarón alimentos de las víctimas del Antiguo Testamento, donde dice, "Di a la casa de tu padre todo lo que es del fuego de los hijos de Israel como alimento"; pues estos eran los sacrificios de los judíos: por eso aquí dijo, "para comer pan"; que es en el Nuevo Testamento el sacrificio de los cristianos.

CAPÍTULO VI.---Del sacerdocio y reino judío, que aunque se dice que están establecidos para siempre, no permanecen; para que se entiendan otras cosas, cuya eternidad se promete.

1. Así que, aunque estas cosas fueron predichas con tanta profundidad entonces, ahora se manifiestan con tanta claridad; sin embargo, no es en vano que alguien pueda ser movido y decir: ¿Cómo confiamos en que vendrán todas las cosas que en esos libros se predijeron que vendrían, si esto mismo que allí se dijo divinamente, "Tu casa y la casa de tu padre caminarán delante de mí para siempre", no pudo cumplirse? Porque vemos que aquel sacerdocio fue cambiado; y lo que se prometió a esa casa, ni siquiera se puede esperar que se cumpla alguna vez: porque lo que le sucede a esa casa reprobada y cambiada, esto más bien se predica como eterno. Quien dice esto, aún no entiende, o no recuerda, que incluso el mismo sacerdocio según el orden de Aarón fue constituido como una sombra del futuro sacerdocio eterno: y por lo tanto, cuando se le prometió eternidad, no fue a esa sombra y figura, sino a lo que por ella se prefiguraba y simbolizaba. Pero para que no se pensara que esa sombra iba a permanecer, por eso también su cambio debía ser profetizado.

2. El reino también de esta manera, incluso el mismo Saúl, que ciertamente fue reprobado y rechazado, era una sombra del reino futuro que habría de permanecer en la eternidad. Pues aquel óleo con el que fue ungido, y por ese crisma se le llamó ungido, debe ser entendido mística y como un gran sacramento: que en él tanto veneró el mismo David, que se sintió golpeado en el corazón y temió, cuando oculto en una cueva oscura, donde también Saúl había entrado por necesidad natural, cortó en secreto una pequeña parte de su manto, para tener con qué mostrar cómo le había perdonado, cuando podía matarlo; y así quitar la

sospecha de su ánimo, por la cual Saúl, pensando que el santo David era su enemigo, lo perseguía vehementemente. Para que no fuera culpable de violar tan gran sacramento en Saúl, porque así tocó su vestimenta, se estremeció. Pues así está escrito: "Y el corazón de David lo golpeó, porque había cortado la orla de su manto. Y a los hombres que estaban con él, y le aconsejaban que matara a Saúl, que había sido entregado en sus manos, les dijo: No me suceda a mí por el Señor, si hago esto a mi señor, el ungido del Señor, alzar mi mano contra él; porque es el ungido del Señor" (I Sam. XXIV, 6, 7). A esta sombra del futuro no se le rendía tanta veneración por sí misma, sino por lo que prefiguraba. De donde también lo que Samuel le dijo a Saúl, "Porque no guardaste mi mandato, que el Señor te mandó; como ahora el Señor había preparado tu reino para siempre sobre Israel, y ahora tu reino no permanecerá para ti; y el Señor buscará para sí un hombre según su corazón, y le mandará ser príncipe sobre su pueblo; porque no guardaste lo que el Señor te mandó" (I Sam. XIII, 13, 14): no debe entenderse como si Dios hubiera preparado a Saúl para reinar eternamente, y luego no quisiera cumplirlo al pecar; pues no ignoraba que pecaría: sino que había preparado su reino, en el que sería una figura del reino eterno. Por eso añadió, "Y ahora tu reino no permanecerá para ti". Permaneció, pues, y permanecerá, lo que en él fue significado: pero no permanecerá para él, porque no iba a reinar eternamente, ni su descendencia, para que al menos por los sucesores, uno tras otro, pareciera cumplirse lo que se dijo, "para siempre". "Y buscará", dice, "el Señor para sí un hombre": ya sea refiriéndose a David, o significando al mismo Mediador del Nuevo Testamento, que fue prefigurado en el crisma con el que fue ungido el mismo David y su descendencia. Pero Dios no busca para sí un hombre como si no supiera dónde está; sino que habla como hombre, porque también así hablando nos busca. Pues no solo al Padre Dios, sino también al mismo Unigénito suyo, que vino a buscar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10), ya éramos tan conocidos, que en él fuimos elegidos antes de la fundación del mundo (Efe. I, 4). "Buscará para sí", pues, dijo, "tendrá para sí". De donde en la lengua latina este verbo toma una preposición, y se dice "Adquirirá": lo cual es bastante claro lo que significa. Aunque también sin el añadido de la preposición "Buscar" se entiende como "Adquirir": de donde se llaman ganancias y lucro.

CAPÍTULO VII.---De la ruptura del reino israelita, que prefigura la perpetua división del Israel espiritual del Israel carnal.

1. Nuevamente pecó Saúl por desobediencia, y nuevamente Samuel le dijo en la palabra del Señor: "Porque despreciaste la palabra del Señor, el Señor te ha despreciado para que no seas rey sobre Israel. Y nuevamente por el mismo pecado, cuando Saúl lo confesó, y pidió perdón, y rogó a Samuel que volviera con él para apaciguar a Dios: 'No volveré contigo', dijo, 'porque despreciaste la palabra del Señor, y el Señor te despreciará para que no seas rey sobre Israel'. Y Samuel volvió su rostro para irse: y Saúl tomó la orla de su manto, y la rasgó. Y Samuel le dijo: 'El Señor ha rasgado el reino de Israel de tu mano hoy, y lo dará a tu prójimo mejor que tú, y se dividirá Israel en dos: y no se convertirá, ni se arrepentirá; porque no es como hombre, para que se arrepienta: él amenaza, y no permanece'" (I Sam. XV, 23-29). A este a quien se le dice, "El Señor te despreciará para que no seas rey sobre Israel"; y, "El Señor ha rasgado el reino de Israel de tu mano hoy"; reinó cuarenta años sobre Israel, por el mismo espacio de tiempo que David, y escuchó esto al principio de su reinado: para que entendamos que se dijo porque ninguno de su linaje iba a reinar; y miremos a la descendencia de David, de donde surgió según la carne el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús.

2. Pero la Escritura no tiene lo que se lee en muchos códices latinos, "El Señor ha rasgado el reino de Israel de tu mano"; sino como lo hemos puesto encontrado en los griegos, "El Señor ha rasgado el reino de Israel de tu mano": para que se entienda esto, "de tu mano"; que es, "de Israel". Así que el pueblo de Israel figuradamente representaba a este hombre, que el pueblo

iba a perder el reino, Cristo Jesús nuestro Señor reinando no carnalmente, sino espiritualmente por el nuevo Testamento. De quien cuando se dice, "Y lo dará a tu prójimo", se refiere a la relación de carne: pues Cristo es de Israel según la carne, de donde también Saúl. Lo que se añadió, "mejor que tú", puede entenderse, "mejor que tú"; pues algunos así lo han interpretado: pero mejor se entiende, "mejor que tú", para que porque él es bueno, por eso esté sobre ti, según aquello otro profético, "Hasta que ponga a todos tus enemigos bajo tus pies" (Sal. CIX, 1). Entre los cuales está también Israel, a quien su perseguidor Cristo le quitó el reino. Aunque había allí también Israel, en quien no había engaño (Juan I, 47), como un grano de aquellas pajas. Pues ciertamente de allí eran los Apóstoles, de allí tantos mártires, de los cuales el primero fue Esteban; de allí tantas Iglesias, que el apóstol Pablo menciona, magnificando a Dios en su conversión (Gál. I, 24).

3. Sobre este asunto no dudo que se entienda lo que sigue, "Y se dividirá Israel en dos": en Israel enemigo de Cristo, e Israel adherido a Cristo; en Israel perteneciente a la esclava, e Israel perteneciente a la libre. Pues estos dos géneros primero estaban juntos, como si Abraham aún se adhiriera a la esclava, hasta que la estéril por la gracia de Cristo clamó, "Echa a la esclava y a su hijo" (Gén. XXI, 10). Por el pecado de Salomón, reinando su hijo Roboam, sabemos que Israel fue dividido en dos, y así permaneció, teniendo cada parte sus propios reyes, hasta que toda esa nación fue subvertida y trasladada por los caldeos con gran devastación. Pero ¿qué tiene esto que ver con Saúl, cuando si algo así debía ser amenazado, más bien debía ser amenazado a David, cuyo hijo era Salomón? Finalmente, ahora la nación hebrea no está dividida entre sí, sino indiferentemente en la sociedad del mismo error dispersa por las tierras. Pero aquella división, que Dios bajo la persona de Saúl, representando la figura de aquel reino y pueblo, amenazó a ese reino y pueblo, fue significada como eterna e inmutable, por lo que se añadió, "Y no se convertirá, ni se arrepentirá; porque no es como hombre, para que se arrepienta: él amenaza, y no permanece": es decir, el hombre amenaza, y no permanece; pero no Dios, a quien no le pesa, como al hombre. Donde se lee que le pesa, se significa un cambio de cosas, permaneciendo la inmutable presciencia divina. Donde, pues, se dice que no le pesa, se entiende que no cambia.

4. Vemos claramente que por estas palabras se ha pronunciado divinamente una sentencia absolutamente irrevocable sobre esta división del pueblo de Israel, y completamente perpetua. Porque cualquiera que haya pasado, pase o pasará a Cristo desde allí, no era de allí según la presciencia de Dios, no según la única y misma naturaleza del género humano. Ciertamente, cualquiera de los israelitas que perseveran adheridos a Cristo, nunca estarán con aquellos israelitas que persisten en ser sus enemigos hasta el final de esta vida: sino que permanecerán perpetuamente en la división que aquí se ha predicho. Porque de nada sirve el Antiguo Testamento que engendra servidumbre desde el monte Sinaí (Gálatas IV, 24), sino porque da testimonio del Nuevo Testamento. De lo contrario, mientras se lea a Moisés, un velo está puesto sobre sus corazones: pero cuando alguien pase a Cristo, el velo será quitado (I Corintios III, 15 y 16). Pues la intención de los que pasan se transforma de lo viejo a lo nuevo; para que ya no busque cada uno recibir la felicidad carnal, sino la espiritual. Por eso el gran profeta Samuel, antes de ungir al rey Saúl, cuando clamó al Señor por Israel, y Él lo escuchó; y cuando ofrecía el holocausto, al acercarse los extranjeros para luchar contra el pueblo de Dios, el Señor tronó sobre ellos, y fueron confundidos, y cayeron ante Israel, y fueron derrotados: tomó una piedra, y la colocó entre Massephat nueva y vieja, y la llamó Abenézer, que en latín es Piedra de ayuda: y dijo, Hasta aquí nos ha ayudado el Señor (I Samuel VII, 5-12). Massephat se interpreta como Intención. Esa piedra de ayuda es la mediación del Salvador, por quien se debe pasar de la Massephat vieja a la nueva, es decir, de la intención que esperaba una falsa felicidad carnal en el reino terrenal, a la intención que, por

el Nuevo Testamento, espera la verdadera felicidad espiritual en el reino de los cielos: ya que no hay nada mejor que esto, hasta aquí nos ayuda Dios.

CAPÍTULO VIII.---De las promesas hechas a David en su hijo, que de ninguna manera se encuentran cumplidas en Salomón, sino plenamente en Cristo.

1. Ahora veo que es necesario mostrar qué prometió Dios a David, quien sucedió a Saúl en el reino, cuya mutación figuró aquella mutación final, por la cual todo fue dicho y escrito divinamente, en relación con el asunto que tratamos. Cuando al rey David le sucedieron muchas cosas prósperas, pensó en hacer una casa para Dios, es decir, aquel templo excelentemente famoso, que fue construido después por el rey Salomón, su hijo. Mientras pensaba en esto, la palabra del Señor vino a Natán el profeta, para que la llevara al rey. Allí, cuando Dios dijo que no sería David quien le construiría una casa, ni había mandado en tanto tiempo a nadie en su pueblo que le hiciera una casa de cedro: Y ahora, dice, dirás esto a mi siervo David: Así dice el Señor todopoderoso: Te tomé del redil de las ovejas, para que fueras príncipe sobre mi pueblo en Israel, y estuve contigo en todo lo que andabas, y exterminé a todos tus enemigos de tu presencia, y te hice famoso como los grandes que están sobre la tierra: y pondré un lugar para mi pueblo Israel, y lo plantaré, y habitará aparte, y no será inquietado más; y el hijo de iniquidad no volverá a humillarlo, como al principio desde los días en que establecí jueces sobre mi pueblo Israel. Y te daré descanso de todos tus enemigos: y el Señor te anunciará que tú le construirás una casa. Y será que cuando se cumplan tus días, y duermas con tus padres, levantaré tu descendencia después de ti, que saldrá de tus entrañas, y estableceré su reino. Él edificará una casa para mi nombre, y estableceré su trono para siempre. Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo. Y si viene su iniquidad, lo corregiré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres: pero no apartaré de él mi misericordia, como la aparté de aquellos que aparté de mi presencia: y su casa será fiel, y su reino será para siempre delante de mí, y su trono será establecido para siempre (II Samuel VII, 8-16).

2. Quien piense que esta gran promesa se cumplió en Salomón, se equivoca mucho. Considera lo que se dijo, Él edificará una casa para mí; porque Salomón construyó aquel noble templo: y no considera, Su casa será fiel, y su reino será para siempre delante de mí. Que observe, pues, y vea la casa de Salomón llena de mujeres extranjeras adorando dioses falsos, y al mismo rey, alguna vez sabio, seducido y caído en la misma idolatría: y no se atreva a pensar que Dios prometió esto falsamente, o que no pudo prever que Salomón y su casa serían así. No deberíamos dudar de esto, ni siquiera si no viéramos ya estas cosas cumplirse en nuestro Señor Cristo, que fue hecho del linaje de David según la carne (Romanos I, 3), para no buscar en vano e inútilmente a otro, como los carnales judíos. Pues ellos mismos hasta tal punto entienden que el hijo prometido en este lugar al rey David no fue Salomón, que, con tanta manifestación ya declarada, aún con una ceguera maravillosa dicen esperar a otro. Se hizo ciertamente alguna imagen de la cosa futura también en Salomón, en que edificó el templo, y tuvo paz según su nombre (Salomón, en latín, es Pacífico), y al inicio de su reino fue admirablemente loable: pero su misma persona, a través de la sombra del futuro, también preanunciaba a nuestro Señor Cristo, no lo exhibía. Por eso algunas cosas están escritas de él, como si estas predicciones fueran sobre él, mientras la Escritura santa, profetizando incluso en los hechos, de alguna manera dibuja en él la figura de lo que vendrá. Pues además de los libros de la historia divina, donde se narra su reinado, también el Salmo setenta y uno lleva el título de su nombre: en el cual se dicen tantas cosas que de ninguna manera pueden aplicarse a él, pero que con clarísima adecuación se aplican al Señor Cristo, que evidentemente aparece que en él se esbozó una figura cualquiera, pero en este se presentó la misma verdad. Es conocido con qué límites fue circunscrito el reino de Salomón: y sin

embargo, en ese salmo se lee, por no mencionar otras cosas, Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra (Salmo LXXI, 8); lo cual vemos cumplirse en Cristo. Pues comenzó a dominar desde el río, donde bautizado por Juan, siendo mostrado por él, comenzó a ser reconocido por los discípulos, quienes no solo lo llamaron maestro, sino también Señor.

3. No por otra razón, mientras aún vivía su padre David, comenzó Salomón a reinar, lo cual no le ocurrió a ninguno de aquellos reyes, sino para que de aquí también resplandezca suficientemente que no es él a quien esta profecía señala, que habla a su padre diciendo: Y será, cuando se cumplan tus días, y duermas con tus padres, levantaré tu descendencia después de ti, que saldrá de tus entrañas, y estableceré su reino. ¿Cómo, entonces, por lo que sigue, Él edificará una casa para mí, se pensará que este Salomón fue profetizado: y no más bien por lo que precede, Cuando se cumplan tus días, y duermas con tus padres, levantaré tu descendencia después de ti, se entiende que otro pacífico es prometido, que no antes, como este, sino después de la muerte de David fue anunciado que sería levantado? Pues aunque Jesús Cristo viniera después de un largo tiempo interpuesto, sin duda debía venir después de la muerte del rey David, a quien así se le prometió, aquel que edificaría una casa para Dios, no de maderas y piedras, sino de hombres, como nos alegramos de que él la edifique. A esta casa dice el Apóstol, es decir, a los fieles de Cristo: Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo (I Corintios III, 17).

CAPÍTULO IX.---Cuán similar es en el Salmo ochenta y ocho la profecía sobre Cristo, a las que se prometen en los libros de los Reyes con la profecía de Natán.

Por lo cual también en el Salmo ochenta y ocho, cuyo título es, Instrucción de Etán el israelita, se recuerdan las promesas de Dios hechas al rey David, y algunas cosas allí se dicen similares a las que están puestas en el libro de los Reyes; como es: Juré a David mi siervo: Prepararé su descendencia para siempre. Y de nuevo: Entonces hablaste en visión a tus santos, y dijiste: He puesto ayuda sobre el poderoso, y he exaltado a un escogido de mi pueblo. Hallé a David mi siervo, con mi santo óleo lo ungí. Mi mano lo asistirá, y mi brazo lo fortalecerá. No prevalecerá el enemigo sobre él, ni el hijo de iniquidad lo afligirá. Y destruiré a sus enemigos de su presencia, y a los que lo odian, los haré huir. Y mi verdad y mi misericordia estarán con él, y en mi nombre se exaltará su poder. Y pondré su mano sobre el mar, y su diestra sobre los ríos. Él me invocará: Tú eres mi padre, mi Dios y la roca de mi salvación. Y yo lo haré mi primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra. Para siempre guardaré mi misericordia para él, y mi pacto será fiel con él. Y estableceré su descendencia para siempre, y su trono como los días del cielo (Salmo LXXXVIII, 4, 5, 20-30). Todas estas cosas se entienden de nuestro Señor Jesús, cuando se entienden correctamente, bajo el nombre de David, por la forma de siervo que el mismo Mediador asumió de la semilla de David de la virgen. Inmediatamente también se dice algo sobre los pecados de sus hijos, algo similar a lo que está puesto en el libro de los Reyes, y que más fácilmente se toma como referido a Salomón. Pues allí, es decir, en el libro de los Reyes, Y si viene su iniquidad, dice, lo corregiré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres: pero no apartaré de él mi misericordia (II Samuel VII, 14 y 15): significando con azotes las plagas de corrección. De donde viene aquello, No toquéis a mis ungidos (Salmo CV, 15). ¿Qué es esto sino, No los dañéis? En el Salmo, sin embargo, cuando hablaba como de David, para decir algo similar también allí, Si sus hijos abandonan mi ley, y no andan en mis juicios; si profanan mis estatutos, y no guardan mis mandamientos; visitaré con vara sus iniquidades, y con azotes sus transgresiones: pero no apartaré de él mi misericordia (Salmo LXXXVIII, 31-34). No dijo, De ellos, cuando hablaba de sus hijos, no de él: sino que dijo, de él; lo cual bien entendido vale lo mismo. Pues no podrían encontrarse pecados en el mismo Cristo, que es la cabeza de

la Iglesia, que necesitaran ser corregidos con reprensiones humanas guardando la misericordia divinamente; sino en su cuerpo y miembros, que es su pueblo. Por eso en el libro de los Reyes, se dice su iniquidad; en el Salmo, de sus hijos: para que entendamos que se dice de él de alguna manera, lo que se dice de su cuerpo. Por lo cual también él mismo desde el cielo, cuando su cuerpo, que son sus fieles, era perseguido por Saulo, dijo, Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4). Luego, en las siguientes partes del Salmo, Ni haré daño, dice, en mi verdad, ni profanaré mi pacto, y lo que sale de mis labios no lo rechazaré. Una vez juré por mi santidad, si miento a David: es decir, de ninguna manera mentiré a David, pues la Escritura suele hablar así. ¿Qué es lo que no mentirá, añade, y dice, Su descendencia permanecerá para siempre; y su trono como el sol delante de mí, y como la luna perfecta para siempre, y el testigo fiel en el cielo (Salmo LXXXVIII, 34-38).

CAPÍTULO X.---Cuán diferentes fueron los hechos en el reino de la Jerusalén terrenal, de lo que Dios había prometido, para que se entendiera que la verdad de la promesa pertenecía a la gloria de otro Rey y reino.

Después de estos firmísimos fundamentos de tan gran promesa, para que no se pensara que se cumplieron en Salomón, como si se esperara eso y no se encontrara: Pero tú, dice, rechazaste y redujiste a nada, Señor. Pues esto fue lo que sucedió con el reino de Salomón en sus descendientes, hasta la destrucción de la misma Jerusalén terrenal, que fue la sede de ese reino; y especialmente la mancha del mismo templo, que fue construido por Salomón. Pero para que no se pensara que Dios había actuado contra sus promesas, inmediatamente añadió, Distanciaste a tu Cristo (Salmo LXXXVIII, 39). No es, por tanto, aquel Salomón, ni tampoco el mismo David, si el Cristo del Señor fue distanciado. Pues aunque se llamaban cristos suyos todos los reyes consagrados con aquella unción mística, no solo desde el rey David en adelante, sino desde aquel Saúl, que fue el primero ungido como rey para ese pueblo (I Samuel XXIV, 7); el mismo David lo llama el cristo del Señor: sin embargo, había un verdadero Cristo, cuya figura llevaban ellos con la unción profética; que según la opinión de los hombres, que pensaban que debía entenderse en David o en Salomón, se distanciaba en el tiempo; pero según la disposición de Dios, se preparaba para venir en su tiempo. Mientras tanto, mientras él se distanciaba, ¿qué sucedió con el reino de la Jerusalén terrenal, donde se esperaba que reinara, ciertamente, el salmo siguiente añadió, y dijo: Destruiste el pacto de tu siervo, profanaste en la tierra su santidad. Derribaste todas sus murallas, pusiste sus fortalezas en temor. Lo saquearon todos los que pasaban por el camino, se convirtió en oprobio para sus vecinos. Exaltaste la mano derecha de sus enemigos, alegraste a todos sus adversarios. Apartaste la ayuda de su espada, y no le asististe en la batalla. Lo despojaste de su pureza, su trono derribaste a la tierra. Acortaste los días de su trono, lo cubriste de vergüenza (Salmo LXXXVIII, 40-46). Todas estas cosas vinieron sobre la sierva Jerusalén, en la cual reinaron algunos incluso hijos de la libre, manteniendo aquel reino en una dispensación temporal: pero teniendo el reino de la Jerusalén celestial, de la cual eran hijos, en la verdadera fe y esperando en el verdadero Cristo. Cómo estas cosas vinieron sobre aquel reino, es evidente en el registro de los hechos, si se lee la historia.

CAPÍTULO XI.---De la sustancia del pueblo de Dios, que es por la asunción de la carne en Cristo: quien solo tuvo el poder de liberar su alma del infierno.

Después de estas profecías, el Profeta se vuelve a orar a Dios: pero incluso esta oración es profecía. ¿Hasta cuándo, Señor, te apartarás para siempre? (Salmo LXXXVIII, 47). Se sobreentiende, tu rostro: como allí se dice, ¿Hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? (Salmo XII, 1). Pues por eso algunos códices aquí no tienen, apartarás; sino, te apartarás: aunque puede entenderse, Apartarás tu misericordia, que prometiste a David. Pero lo que dijo, para

siempre; ¿qué es, sino, Hasta el fin? Este fin debe entenderse como el último tiempo, cuando incluso esa nación creerá en Cristo Jesús, antes de cuyo fin debían suceder aquellas cosas que lamentó anteriormente. Por lo cual también aquí sigue, Tu ira arderá como fuego. Recuerda cuál es mi sustancia. Nada aquí mejor que el mismo Jesús se entiende, la sustancia de su pueblo, de la cual es la naturaleza de su carne. Pues no en vano, dice, constituiste a todos los hijos de los hombres (Salmo LXXXVIII, 48). Porque si no hubiera un Hijo del hombre, sustancia de Israel, por quien los hijos de los hombres fueran liberados, ciertamente todos los hijos de los hombres habrían sido constituidos en vano. Ahora bien, toda la naturaleza humana por el pecado del primer hombre cayó de la verdad a la vanidad, por lo cual dice otro salmo, El hombre es semejante a la vanidad, sus días pasan como sombra (Salmo CXLIII, 4): pero Dios no constituyó en vano a todos los hijos de los hombres; porque también libera a muchos de la vanidad por medio del mediador Jesús, y a quienes previó que no serían liberados, para la utilidad de los que han de ser liberados y la comparación de las dos ciudades entre sí en contraste, no los constituyó en vano en la más hermosa y justísima ordenación de toda la criatura racional. Luego sigue, ¿Quién es el hombre que vivirá, y no verá la muerte; librará su alma de la mano del infierno? (Salmo LXXXVIII, 49). ¿Quién es este, sino aquella sustancia de Israel de la semilla de David, Cristo Jesús? De quien dice el Apóstol, que resucitando de los muertos, ya no muere, y la muerte no se enseñoreará más de él (Romanos VI, 9). Pues vivirá y no verá la muerte, aunque haya muerto; pero librará su alma de la mano del infierno, adonde descendió para romper las cadenas del infierno de algunos: pero la librará con aquel poder, del cual en el Evangelio dice, Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla (Juan X, 18).

CAPÍTULO XII.---A quiénes se debe entender que pertenece la demanda de las promesas, de las cuales en el Salmo se dice, ¿Dónde están tus antiguas misericordias, Señor, etc.

Sed las demás partes de este salmo, que se expresan de la siguiente manera: "¿Dónde están tus antiguas misericordias, Señor, que juraste a David en tu verdad? Recuerda, Señor, el oprobio de tus siervos, que llevo en mi seno de muchas naciones: lo que tus enemigos, Señor, han reprochado; lo que han reprochado, el cambio de tu Cristo", se puede cuestionar si fueron dichas desde la perspectiva de aquellos israelitas que deseaban que se les devolviera la promesa hecha a David, o más bien de los cristianos, que no son israelitas según la carne, sino según el espíritu. Estas palabras fueron dichas o escritas en el tiempo de Etán, de cuyo nombre este salmo toma su título; y ese mismo tiempo fue el del reino de David. Por lo tanto, no se diría: "¿Dónde están tus antiguas misericordias, Señor, que juraste a David en tu verdad?", a menos que el Profeta se transfigurara en la persona de aquellos que habrían de venir mucho después, para quienes este tiempo sería antiguo, cuando estas promesas fueron hechas al rey David.

Sin embargo, se puede entender que muchas naciones, cuando perseguían a los cristianos, les reprochaban la pasión de Cristo, a la que la Escritura llama cambio; porque al morir se hizo inmortal. También se puede interpretar que el cambio de Cristo fue reprochado a los israelitas, porque, aunque se esperaba que fuera de ellos, se convirtió en el de las naciones: y esto es lo que ahora muchas naciones que han creído en Él a través del Nuevo Testamento les reprochan, mientras ellos permanecen en la antigüedad: de modo que se dice: "Recuerda, Señor, el oprobio de tus siervos", porque no es que el Señor los olvide, sino que más bien, por su misericordia, ellos también creerán después de este oprobio. Sin embargo, el sentido que propuse primero me parece más adecuado. Porque a los enemigos de Cristo, a quienes se les reprocha que Cristo los dejó para ir a las naciones, no se les puede aplicar adecuadamente esta voz: "Recuerda, Señor, el oprobio de tus siervos"; pues tales judíos no pueden ser

llamados siervos de Dios: pero estas palabras son adecuadas para aquellos que, sufriendo graves humillaciones de persecuciones por el nombre de Cristo, pudieron recordar que un reino excelso fue prometido a la descendencia de David; y con su deseo decir, no desesperando, sino pidiendo, buscando, llamando: "¿Dónde están tus antiguas misericordias, Señor, que juraste a David en tu verdad? Recuerda, Señor, el oprobio de tus siervos, que llevo en mi seno de muchas naciones"; es decir, lo he soportado pacientemente en mi interior. Lo que tus enemigos, Señor, han reprochado; lo que han reprochado, el cambio de tu Cristo: no considerando eso un cambio, sino una consumación. ¿Y qué es "Recuerda, Señor", sino que tengas misericordia, y por mi humildad soportada pacientemente, devuelvas la grandeza que juraste a David en tu verdad?

Si asignamos estas palabras a los judíos, aquellos siervos de Dios pudieron haber dicho tales cosas, que, después de que Jerusalén terrenal fue conquistada, antes de que Jesucristo naciera humanamente, fueron llevados al cautiverio, entendiendo el cambio de Cristo, porque ciertamente no a través de Él se debía esperar una felicidad terrenal y carnal, como la que apareció por pocos años en el reino de Salomón, sino una celestial y espiritual que debía ser esperada fielmente: la cual, entonces, la infidelidad de las naciones, ignorante, mientras se regocijaba e insultaba al pueblo de Dios por estar cautivo, ¿qué otra cosa sino el cambio de Cristo, aunque sin saberlo, reprochaba a los que sabían? Y por eso lo que sigue, donde este salmo concluye: "Bendición del Señor por siempre: sea, sea" (Salmo 88, 50-53); se adapta bastante bien a todo el pueblo de Dios perteneciente a la Jerusalén celestial, ya sea en aquellos que estaban ocultos en el Antiguo Testamento, antes de que se revelara el Nuevo, o en aquellos que ya, con el Nuevo Testamento revelado, se ven claramente pertenecientes a Cristo. Porque la bendición del Señor en la descendencia de David no debe esperarse por un tiempo, como apareció en los días de Salomón, sino por siempre, en la cual con la esperanza más segura se dice: "Sea, sea". La repetición de esta palabra es la confirmación de esa esperanza. Por lo tanto, entendiendo esto, David dice en el segundo libro de los Reyes, de donde nos desviamos a este salmo: "Y has hablado para la casa de tu siervo en el futuro". Y por eso, poco después dice: "Ahora comienza, y bendice la casa de tu siervo para siempre" (2 Reyes 7, 19, 29), y otras cosas; porque entonces iba a engendrar un hijo, de quien su descendencia sería llevada a Cristo, por quien su casa sería eterna, y la misma casa de Dios. La casa de David, por la descendencia de David; pero la misma casa de Dios, por el templo de Dios, hecho de hombres, no de piedras, donde habitará eternamente el pueblo con Dios y en su Dios, y Dios con su pueblo y en su pueblo: de modo que Dios sea llenando a su pueblo, y el pueblo lleno de su Dios, cuando Dios sea todo en todos (1 Corintios 15, 28), Él mismo en paz la recompensa, que es la fuerza en la guerra. Por eso, cuando en las palabras de Natán se dijo: "Y el Señor te anunciará que le edificarás una casa", después se dijo en las palabras de David: "Porque tú, Señor Dios omnipotente de Israel, has revelado al oído de tu siervo, diciendo: Te edificaré una casa" (2 Reyes 7, 11, 27). Esta casa la edificamos nosotros viviendo bien, y Dios ayudándonos a vivir bien: porque "si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican" (Salmo 126, 1). Cuando venga la última dedicación de esta casa, entonces se cumplirá lo que aquí Dios habló a través de Natán, diciendo: "Y pondré un lugar para mi pueblo Israel, y lo plantaré, y habitará separado, y no estará más preocupado: y no añadirá el hijo de iniquidad a humillarlo, como al principio en los días en que establecí jueces sobre mi pueblo Israel" (2 Reyes 7, 10 y 11).

CAPÍTULO XIII.---Si la verdad de la paz prometida puede atribuirse a aquellos tiempos que fluyeron bajo Salomón.

Cualquiera que espere este gran bien en este mundo y en esta tierra, piensa insensatamente. ¿O alguien pensará que en la paz del reino de Salomón se cumplió esto? Porque la Escritura

recomienda aquella paz en la sombra de lo futuro con una excelente predicación. Pero a esta sospecha se le ha hecho frente vigilante, cuando, después de que se dijo: "Y no añadirá el hijo de iniquidad a humillarlo", inmediatamente se añadió: "Como al principio en los días en que establecí jueces sobre mi pueblo Israel". Porque los jueces, antes de que comenzaran a haber reyes allí, fueron establecidos sobre ese pueblo, desde que recibió la tierra de la promesa. Y ciertamente el hijo de iniquidad, es decir, el enemigo extranjero, lo humillaba a través de intervalos de tiempo, en los cuales se leen alternancias de paz con guerras: y se encuentran allí tiempos de paz más prolongados que los que tuvo Salomón, quien reinó cuarenta años. Pues bajo el juez llamado Aod, hubo ochenta años de paz (Jueces 3, 30). Por lo tanto, es absurdo creer que los tiempos de Salomón fueron predichos en esta promesa: mucho menos, por supuesto, los de cualquier otro rey. Porque ninguno de ellos reinó en tanta paz como él: ni jamás en absoluto esa nación mantuvo el reino de tal manera que no estuviera preocupada por ser sometida a enemigos; porque en tanta mutabilidad de las cosas humanas, nunca se ha concedido a ningún pueblo tanta seguridad, que no temiera incursiones hostiles en esta vida. Por lo tanto, este lugar que se promete de una habitación tan pacífica y segura, es eterno, y se debe a la madre Jerusalén libre, donde verdaderamente será el pueblo de Israel: porque este nombre se interpreta como "Viendo a Dios": por el deseo de esta recompensa, la vida piadosa por la fe debe ser llevada en esta peregrinación llena de sufrimientos.

CAPÍTULO XIV.---Sobre el celo de David en la disposición y misterio de los Salmos.

Por lo tanto, mientras la ciudad de Dios avanza a través del tiempo, primero en la sombra de lo futuro, David reinó en la Jerusalén terrenal. David era un hombre instruido en cánticos, que amaba la armonía musical no por placer vulgar, sino por voluntad fiel; y la servía a su Dios, que es el verdadero Dios, con la mística figura de una gran realidad. Porque la armonía razonable y moderada de diversos sonidos insinúa la unidad de una ciudad bien ordenada, compactada con variedad concordante. De hecho, casi toda su profecía está en los Salmos, que el libro contiene ciento cincuenta, al que llamamos de los Salmos. En los cuales algunos quieren que solo aquellos que llevan su nombre hayan sido hechos por David. También hay quienes piensan que no fueron hechos por él, sino aquellos que están preanotados, "De David": pero los que tienen en los títulos, "Para David", fueron hechos por otros, adaptados a su persona. Esta opinión es refutada por la voz evangélica del mismo Salvador, donde dice que David mismo en el Espíritu llamó a Cristo su Señor (Mateo 22, 43): porque el Salmo ciento nueve comienza así: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies" (Salmo 109, 1). Y ciertamente ese mismo salmo no tiene en el título, "De David", sino "Para David", como muchos otros. Sin embargo, me parece más creíble la opinión de aquellos que atribuyen todos esos ciento cincuenta Salmos a su obra, y que él preanotó algunos incluso con los nombres de otros, figurando algo que pertenece al asunto, pero que no quiso que los demás tuvieran el nombre de ningún hombre en los títulos: como el Señor le inspiró esta disposición de variedad, aunque oculta, no obstante no vacía. Y no debe movernos a no creer esto, que los nombres de algunos profetas, que fueron mucho después de los tiempos del rey David, se leen inscritos en algunos salmos en ese libro; y lo que se dice allí, parece ser dicho por ellos. Porque el Espíritu profético pudo revelar al rey David que profetizaba estos nombres de futuros profetas, para que algo que convenía a sus personas se cantara proféticamente: como el rey Josías, que iba a surgir y reinar después de más de trescientos años, fue revelado con su nombre a un profeta, quien también predijo sus futuras acciones (1 Reyes 13).

CAPÍTULO XV.---Si todo lo que se profetiza en los Salmos sobre Cristo y la Iglesia debe ser adaptado al contexto de esta obra.

Ahora ya veo que se espera de mí que en este lugar del libro abra lo que David profetizó en los Salmos sobre el Señor Jesucristo o su Iglesia. Sin embargo, para no hacerlo de la manera que parece exigir la misma expectativa (aunque ya lo hice en uno), me impide más la abundancia que la escasez. Porque me veo impedido de poner todo por evitar la prolijidad: pero temo que, al elegir algunas, parezca a muchos que las conocen que he pasado por alto las más necesarias; además, porque el testimonio que se presenta debe tener el apoyo del contexto de todo el Salmo para que ciertamente no haya nada que se le oponga, si no todo lo apoya), no sea que, al modo de los centones, parezcamos arrancar versículos para el asunto que queremos, como de un gran poema, que no se encuentra escrito sobre ese asunto, sino sobre otro muy diferente. Pero para que esto pueda mostrarse en cualquier salmo, debe exponerse todo: lo cual, de qué magnitud de obra es, lo indican suficientemente tanto otros volúmenes como los nuestros, en los cuales hemos hecho esto. Que lo lea, pues, quien quiera y pueda: encontrará cuántas y cuán grandes cosas profetizó el mismo rey David sobre Cristo y su Iglesia, sobre el Rey y la ciudad que fundó.

CAPÍTULO XVI.---De lo que en el Salmo cuarenta y cuatro se dice de Cristo y la Iglesia, ya sea abiertamente o de manera figurada.

1. Porque aunque las locuciones proféticas sean propias y manifiestas sobre cualquier asunto, es necesario que también se mezclen con ellas las figuradas: las cuales, especialmente para los más lentos, imponen a los doctores la laboriosa tarea de discutir y exponer. Sin embargo, algunas cosas muestran a Cristo y la Iglesia en la misma primera apariencia, tan pronto como se dicen; aunque queden por explicar en el ocio aquellas que se entienden menos: como aquello en el mismo libro de los Salmos: "Mi corazón ha proferido una palabra buena, yo digo mis obras al rey. Mi lengua es la pluma de un escriba que escribe rápidamente. Eres el más hermoso de los hijos de los hombres: la gracia se ha derramado en tus labios, por eso Dios te ha bendecido para siempre. Ciñe tu espada sobre tu muslo, poderoso. Con tu esplendor y tu hermosura, avanza, prospera, y reina. Por la verdad, la mansedumbre y la justicia; y tu diestra te guiará maravillosamente. Tus flechas son agudas, poderosísimas. Los pueblos caerán bajo ti, en el corazón de los enemigos del rey. Tu trono, Dios, es por los siglos de los siglos, el cetro de rectitud es el cetro de tu reino. Has amado la justicia y aborrecido la iniquidad: por eso te ungió Dios, tu Dios, con el óleo de la alegría más que a tus compañeros. Mirra, áloe y casia de tus vestiduras, de los palacios de marfil: de los cuales te deleitaron las hijas de los reyes en tu honor" (Salmo 44, 2-10). ¿Quién no reconoce aquí a Cristo, a quien predicamos y en quien creemos, aunque sea lento, cuando oye a Dios, cuyo trono es por los siglos de los siglos; y ungido por Dios, ciertamente como unge Dios, no con un crisma visible, sino espiritual e inteligible? Porque ¿quién es tan rudo en esta religión, o tan sordo ante su fama difundida por todas partes, que no sepa que Cristo fue llamado así por el crisma, es decir, por la unción? Reconocido el rey Cristo, ya lo demás que aquí se dice de manera figurada, cómo es hermoso en forma más que los hijos de los hombres, con una belleza tanto más digna de ser amada y admirada cuanto menos corpórea; cuál es su espada, cuáles sus flechas, y lo demás que no se dice propiamente, sino figuradamente, ya lo investigue quien está sometido a él que reina por la verdad, la mansedumbre y la justicia, en su ocio.

2. Luego contemple su Iglesia, unida a tan gran esposo con un matrimonio espiritual y amor divino: de la cual se dice en lo que sigue: "La reina está a tu derecha en vestidura de oro, rodeada de variedad. Escucha, hija, y ve, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre. Porque el rey ha deseado tu belleza, porque él es tu Señor Dios. Y las hijas de Tiro lo adorarán con regalos: los ricos del pueblo buscarán tu favor. Toda la gloria de la hija del rey es interior, en bordados de oro, rodeada de variedad. Serán llevadas al rey vírgenes tras ella, sus compañeras serán llevadas a ti. Serán llevadas con alegría y regocijo: serán conducidas al

templo del rey. En lugar de tus padres, nacieron para ti hijos: los constituirás príncipes sobre toda la tierra. Recordarán tu nombre en toda generación y generación. Por eso los pueblos te confesarán para siempre, y por los siglos de los siglos" (Salmo 44, 10-18). No creo que nadie sea tan insensato como para creer que aquí se predica y describe a alguna mujer: la esposa, por así decirlo, de aquel a quien se le dijo: "Tu trono, Dios, es por los siglos de los siglos: el cetro de rectitud es el cetro de tu reino. Has amado la justicia y aborrecido la iniquidad: por eso te ungió Dios, tu Dios, con el óleo de la alegría más que a tus compañeros": ciertamente a Cristo más que a los cristianos. Porque estos son sus compañeros, de cuya unidad y concordia en todas las naciones se forma esta reina: como en otro salmo se dice de ella, "Ciudad del gran Rey" (Salmo 47, 3). Ella es Sion espiritualmente: este nombre se interpreta como "Especulación". Porque especula el gran bien del futuro siglo: ya que hacia allí se dirige su intención. Ella es también Jerusalén de la misma manera espiritualmente, de la cual ya hemos dicho mucho. Su enemiga es la ciudad del diablo, Babilonia, que se interpreta como "Confusión". De la cual, sin embargo, esta reina en todas las naciones es liberada por regeneración, y del peor rey pasa al mejor Rey, es decir, del diablo a Cristo. Por lo cual se le dice: "Olvida a tu pueblo y la casa de tu padre". De esta ciudad impía son parte también los israelitas solo según la carne, no según la fe: también ellos son enemigos de este gran Rey y de su reina. Porque viniendo a ellos, y siendo Cristo por ellos asesinado, se hizo más de otros, a quienes no vio en la carne. Por lo cual, a través de la profecía de un salmo, dice nuestro mismo Rey: "Me librarás de las contradicciones del pueblo, me constituirás en cabeza de las naciones. El pueblo que no conocí, me sirvió; al oír con el oído, me obedeció" (Salmo 17, 44 y 45). Por lo tanto, este pueblo de las naciones, que Cristo no conoció con presencia corporal, pero en quien Cristo anunciado a ellos creyeron, para que merecidamente se dijera de él: "Al oír con el oído, me obedeció"; porque la fe viene por el oído (Romanos 10, 17); este pueblo, digo, añadido a los verdaderos israelitas tanto en carne como en fe, es la ciudad de Dios, que también dio a luz a Cristo según la carne, cuando estaba solo en esos israelitas. Porque de allí era la virgen María, en quien Cristo asumió la carne para ser hombre. De esta ciudad dice otro salmo: "Madre Sion, dirá el hombre, y el hombre fue hecho en ella, y el Altísimo la fundó" (Salmo 86, 5). ¿Quién es este Altísimo, sino Dios? Y por lo tanto, Cristo Dios, antes de hacerse hombre en esa ciudad a través de María, él mismo la fundó en los Patriarcas y Profetas. Por lo tanto, cuando a esta reina ciudad de Dios se le dijo mucho antes por profecía, lo que ya vemos cumplido: "En lugar de tus padres, nacieron para ti hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra": porque de sus hijos por toda la tierra son los que están al frente y sus padres, cuando los pueblos que concurren a ella con confesión de alabanza eterna en el siglo de los siglos le confiesan: sin duda, cualquier cosa que aquí se haya dicho de manera figurada y oscura, de cualquier manera que se entienda, debe convenir con estas cosas clarísimas.

CAPÍTULO XVII.---De lo que en el Salmo ciento nueve se refiere al sacerdocio de Cristo, y de lo que en el Salmo veintidós se refiere a su pasión.

Así como también en aquel salmo, donde el sacerdote Cristo, al igual que aquí el rey, es proclamado de manera clarísima: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies". Se cree que Cristo está sentado a la derecha de Dios Padre, aunque no se ve; tampoco se ve aún que sus enemigos sean puestos bajo sus pies; eso se está llevando a cabo y se verá al final; también esto se cree ahora, y después se verá. Pero lo que sigue, "El Señor enviará desde Sión la vara de tu poder, y dominarás en medio de tus enemigos", es tan claro que no solo se niega de manera infiel e infeliz, sino también descarada. Incluso los mismos enemigos admiten que la ley de Cristo, que nosotros llamamos Evangelio, fue enviada desde Sión, y reconocemos en ella la vara de su poder. Que

Él domine en medio de sus enemigos, lo atestiguan los mismos entre quienes domina, rechinando los dientes y consumiéndose, sin poder hacer nada contra Él. Luego, lo que dice un poco después, "Juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec" (Sal. 109, 1, 2, 4), dado que ya no existe en ninguna parte el sacerdocio y sacrificio según el orden de Aarón, y en todas partes se ofrece bajo el sacerdote Cristo lo que Melquisedec presentó cuando bendijo a Abraham (Gén. 14, 18 ss.), ¿quién puede dudar de quién se habla aquí? A estas cosas manifiestas se refieren las que están puestas un poco más oscuramente en el mismo salmo, cuando se entienden correctamente: lo que ya hemos hecho en nuestros sermones populares. Así también en aquel donde Cristo, a través de la profecía, expresa la humildad de su pasión, diciendo: "Han horadado mis manos y mis pies, han contado todos mis huesos. Ellos me miran y me observan". Con estas palabras, sin duda, significó el cuerpo extendido en la cruz, con las manos y pies perforados y atravesados por los clavos, y de esa manera se ofreció como espectáculo a los que lo miraban y observaban. Añadiendo también: "Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes" (Sal. 21, 17-19). Esta profecía, tal como se cumplió, se narra en la historia evangélica (Mat. 27, 35). Entonces, ciertamente, se entienden correctamente otras cosas que allí se dijeron menos claramente, cuando concuerdan con aquellas que se manifestaron con tanta claridad: especialmente porque también aquellas que no creemos que hayan pasado, sino que contemplamos presentes, como se leen en el mismo salmo predichas tanto tiempo antes, ahora se ven cumplidas en todo el mundo. Pues allí se dice un poco después: "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones; porque del Señor es el reino, y Él dominará sobre las naciones" (Sal. 21, 28, 29).

CAPÍTULO XVIII.---Del Salmo tercero, y del cuadragésimo, y del decimoquinto, y del sexagésimo séptimo, en los cuales se profetiza la muerte y resurrección del Señor.

1. Tampoco los oráculos de los Salmos callaron sobre su resurrección. Pues, ¿qué es lo que se canta en el Salmo tercero en su persona: "Yo me acosté y dormí; me desperté porque el Señor me sostiene" (Sal. 3, 6)? ¿Acaso alguien es tan insensato como para creer que el Profeta quiso indicarnos algo grande, que se acostó y se despertó, si no fuera que este sueño es la muerte, y el despertar la resurrección, que debía ser profetizada así sobre Cristo? Pues también en el cuadragésimo se muestra mucho más claramente, donde en la persona del mismo Mediador, como es habitual, se narran como pasados los eventos que se profetizaban como futuros; porque lo que iba a venir ya estaba hecho en la predestinación y presciencia de Dios, porque era cierto. "Mis enemigos", dice, "hablaron mal de mí: ¿Cuándo morirá y perecerá su nombre? Y si entraba para ver, su corazón hablaba vanidades, acumulaba iniquidad para sí. Salía afuera y hablaba. Todos mis enemigos murmuraban contra mí, pensaban mal de mí. Idearon una palabra iniqua contra mí: ¿Acaso el que duerme no añadirá para resucitar?" Aquí ciertamente están puestas estas palabras de tal manera que no se entiende otra cosa que si dijera: ¿Acaso el que muere no añadirá para revivir? Pues lo anterior demuestra que sus enemigos pensaron y dispusieron su muerte, y esto se llevó a cabo por aquel que entraba para ver y salía para traicionar. ¿A quién no le viene a la mente Judas, hecho traidor de su discípulo? Porque, ya que iban a hacer lo que planeaban, es decir, iban a matarlo, mostrando que con su vana malicia lo matarían en vano, pues resucitaría, añadió este verso, como si dijera: ¿Qué hacéis, insensatos? Lo que será vuestro crimen, será mi sueño. ¿Acaso el que duerme no añadirá para resucitar? Y sin embargo, indica en los versos siguientes que no cometerán tan gran crimen impunemente, diciendo: "Incluso el hombre de mi paz en quien confié, que comía mi pan, levantó contra mí su talón; es decir, me pisoteó. Pero tú, Señor, ten misericordia de mí, y levántame, y les devolveré" (Sal. 40, 6-11). ¿Quién negará esto ahora,

viendo a los judíos después de la pasión y resurrección de Cristo arrancados de sus asientos por la guerra y la destrucción? Pues resucitó después de ser asesinado por ellos, y les devolvió por ahora una disciplina temporal, excepto que a los no corregidos les reserva cuando juzgue a vivos y muertos. Pues el mismo Señor Jesús, mostrando a sus Apóstoles a su traidor por el pan entregado (Juan 13, 26), también recordó este verso de este salmo, y dijo que se cumplió en él: "El que comía mi pan, levantó contra mí su talón". Pero lo que dice, "En quien confié", no concuerda con la cabeza, sino con el cuerpo. Pues el Salvador mismo no ignoraba de quién ya había dicho antes: "Uno de vosotros es un diablo" (Juan 6, 71). Pero suele transferir a sí mismo la persona de sus miembros, y atribuirse lo que es de ellos, porque Cristo es uno, cabeza y cuerpo: de donde es aquello en el Evangelio: "Tuve hambre, y me disteis de comer". Explicando esto, dice: "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mat. 25, 35, 40). Así que dijo que él había confiado, lo que entonces sus discípulos esperaban de Judas, cuando fue contado entre los Apóstoles.

2. Pero los judíos no esperan que el Cristo en quien creen muera. Por eso no piensan que aquel que la Ley y los Profetas anunciaron sea nuestro; sino que se imaginan a un Cristo suyo, ajeno a la pasión de la muerte. Por eso, con una maravillosa vanidad y ceguera, sostienen que las palabras que hemos puesto no significan muerte y resurrección, sino sueño y despertar. Pero también el Salmo decimoquinto les clama: "Por eso se alegró mi corazón, y se gozó mi lengua, y aun mi carne descansará en esperanza: porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea corrupción" (Sal. 15, 9-10). ¿Quién diría que su carne descansó en esa esperanza, para que su alma no fuera dejada en el infierno, sino que, regresando pronto a ella, reviviera, para no corromperse, como suelen corromperse los cadáveres, sino quien resucitó al tercer día? Lo cual ciertamente no pueden decir del profeta y rey David. También clama el Salmo sexagésimo séptimo: "Nuestro Dios es un Dios de salvación, y del Señor son los caminos de la muerte" (Sal. 67, 21). ¿Qué podría decirse más claramente? Pues el Señor Jesús es el Dios de salvación, que se interpreta como Salvador. Porque esta es la razón de este nombre, cuando antes de nacer de la virgen se dijo: "Dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mat. 1, 21). En cuya remisión de pecados, ya que su sangre fue derramada, no debía tener otra salida de esta vida que la muerte. Por eso, cuando se dijo: "Nuestro Dios es un Dios de salvación", inmediatamente se añadió: "Y del Señor son los caminos de la muerte", para mostrar que al morir haría salvos. Pero se dijo de manera admirable: "Y del Señor", como si se dijera: Tal es esta vida de los mortales, que ni siquiera el mismo Señor saldría de ella de otra manera que por la muerte.

CAPÍTULO XIX.---Del Salmo sexagésimo octavo, en el que se declara la pertinaz infidelidad de los judíos.

Pero para que los judíos no cedan en absoluto a estos testimonios tan manifiestos de esta profecía, llevados a un efecto tan claro y cierto, ciertamente en ellos se cumple lo que está escrito en el salmo que sigue a este. Pues cuando también allí se decían proféticamente, en la persona de Cristo, las cosas que pertenecen a su pasión, se recordó lo que se hizo evidente en el Evangelio: "Dieron en mi comida hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre" (Sal. 68, 22; Mat. 27, 34, 48). Y como si después de tal banquete y tales manjares ofrecidos a él, inmediatamente añadió: "Sea su mesa delante de ellos por lazo, y en retribución, y en tropiezo: oscurezcan sus ojos para que no vean, y dobla siempre su espalda" (Sal. 68, 23, 24): y otras cosas, que no se dicen deseando, sino profetizando bajo la apariencia de desear. ¿Qué maravilla, entonces, si no ven estas cosas manifiestas, cuyos ojos están oscurecidos para que no vean? ¿Qué maravilla si no miran las cosas celestiales, quienes para estar inclinados hacia las terrenales, su espalda está siempre doblada? Con estas palabras trasladadas del cuerpo, se

significan los vicios de las almas. De los Salmos, es decir, de la profecía del rey David, se ha dicho lo suficiente, para que haya algún límite. Sin embargo, que quienes lean esto y ya conozcan todas esas cosas, perdonen; y que no se quejen de que he pasado por alto lo que tal vez consideran más firme.

CAPÍTULO XX.---Del reino y mérito de David, y de su hijo Salomón, y de aquella profecía que se encuentra relacionada con Cristo, ya sea en los libros que se le atribuyen, o en aquellos que indudablemente son suyos.

1. David reinó, pues, en la Jerusalén terrenal, hijo de la Jerusalén celestial, muy alabado por el testimonio divino: porque también sus delitos fueron superados con tanta piedad, a través de la humildad de una penitencia muy saludable, que está entre aquellos de quienes él mismo dice: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos" (Sal. 31, 1). Después de él, reinó sobre todo el pueblo su hijo Salomón, quien, como se dijo antes, comenzó a reinar mientras su padre vivía. Este tuvo buenos comienzos, pero malos finales. Pues las cosas prósperas, que fatigan las almas de los sabios, le perjudicaron más que le benefició la misma sabiduría, aún ahora y en adelante memorable, y entonces ampliamente alabada. También se encuentra que él profetizó en sus libros, de los cuales tres han sido aceptados en la autoridad canónica: Proverbios, Eclesiastés y Cantar de los Cantares. Otros dos, uno llamado Sabiduría y otro Eclesiástico, debido a cierta similitud de estilo, la costumbre ha prevalecido para que se digan de Salomón: pero los más doctos no dudan que no son suyos; sin embargo, la Iglesia, especialmente la occidental, los ha recibido en la autoridad desde antiguo: en uno de los cuales, llamado Sabiduría de Salomón, se profetiza clarísimamente la pasión de Cristo. Pues se mencionan los impíos asesinos de él diciendo: "Rodeemos al justo, porque nos es molesto, y contrario a nuestras obras, y nos reprocha los pecados de la ley, y nos infama los pecados de nuestra disciplina. Promete tener el conocimiento de Dios, y se llama a sí mismo hijo de Dios. Se ha hecho para nosotros una reprensión de nuestros pensamientos. Nos es pesado incluso verlo, porque su vida es diferente a la de los demás, y sus caminos son cambiados. Nos considera como cosas vanas, y se aparta de nuestros caminos como de inmundicias: prefiere el fin de los justos, y se gloría de tener a Dios por padre. Veamos, pues, si sus palabras son verdaderas, y probemos lo que le sucederá, y conoceremos su fin. Porque si el justo es hijo de Dios, lo recibirá y lo librará de la mano de sus contrarios. Probémoslo con afrenta y tormento, para conocer su reverencia, y probemos su paciencia. Condenémoslo a una muerte vergonzosa: porque, según sus palabras, habrá cuidado de él. Esto pensaron, y erraron: porque los cegó su malicia" (Sab. 2, 12-21). En el Eclesiástico, sin embargo, se predice la futura fe de las naciones de esta manera: "Ten misericordia de nosotros, Señor de todos, y envía tu temor sobre todas las naciones: levanta tu mano sobre las naciones extranjeras, y vean tu poder. Como delante de ellos fuiste santificado en nosotros, así delante de nosotros magnifícate en ellos, para que te reconozcan como nosotros te hemos reconocido, porque no hay Dios fuera de ti, Señor" (Ecli. 36, 1-5). Esta profecía en forma de deseo y oración la vemos cumplida por Jesucristo. Pero contra los contradictores no se presentan con tanta firmeza las cosas que no están escritas en el canon de los judíos.

2. En esos tres, que se sabe que son de Salomón, y que los judíos tienen como canónicos, para mostrar que lo que se encuentra de este tipo se refiere a Cristo y a la Iglesia, es necesaria una laboriosa discusión, que si se aplica ahora, nos extiende más de lo debido. Sin embargo, lo que se lee en los Proverbios, que los hombres impíos dicen: "Escondamos en la tierra al hombre justo injustamente, y devorémoslo como el infierno a los vivos, y quitemos su memoria de la tierra, apoderémonos de su posesión preciosa" (Prov. 1, 11-13); no es tan oscuro que no pueda entenderse sin una laboriosa exposición sobre Cristo y su posesión, la

Iglesia. Pues algo similar también el mismo Señor Jesús mostró que dijeron los malos labradores en la parábola evangélica: "Este es el heredero, venid, matémoslo, y nuestra será la herencia" (Mat. 21, 38). Asimismo, aquello en el mismo libro, que ya mencionamos antes, cuando hablábamos de la estéril que dio a luz siete (arriba, cap. 4, n. 4), no se suele entender de otra manera que de Cristo y la Iglesia, tan pronto como se pronuncia por aquellos que saben que Cristo es la Sabiduría de Dios. "La Sabiduría edificó su casa, y la sostuvo con siete columnas; sacrificó sus víctimas, mezcló su vino en un cáliz, y preparó su mesa. Envió a sus siervos convocando con excelente predicación al cáliz, diciendo: ¿Quién es insensato? Que se desvíe hacia mí. Y a los pobres de entendimiento dijo: Venid, comed de mis panes, y bebed el vino que he mezclado para vosotros" (Prov. 9, 1-5). Aquí ciertamente reconocemos a la Sabiduría de Dios, es decir, al Verbo coeterno con el Padre, que en el seno virginal se edificó una casa, su cuerpo humano, y a este, como cabeza, añadió los miembros, la Iglesia, sacrificó las víctimas de los mártires, preparó la mesa en vino y panes, donde también aparece el sacerdocio según el orden de Melquisedec, llamó a los insensatos y pobres de entendimiento; porque, como dice el Apóstol, eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte (1 Cor. 1, 27). A estos débiles, sin embargo, lo que sigue les dice: "Dejad la insensatez, para que viváis; y buscad la prudencia, para que tengáis vida" (Prov. 9, 6). Hacerse partícipe de esa mesa es comenzar a tener vida. Pues también en otro libro, llamado Eclesiastés, donde dice: "No hay bien para el hombre, sino lo que comerá y beberá" (Ecl. 8, 15); ¿qué se entiende más creíblemente que se refiere a la participación de esta mesa, que el mismo Mediador del Nuevo Testamento ofrece según el orden de Melquisedec de su cuerpo y sangre? Pues ese sacrificio sucedió a todos aquellos sacrificios del Antiguo Testamento, que se inmolaban en la sombra de lo futuro: por lo cual también reconocemos aquella voz en el Salmo treinta y nueve del mismo Mediador hablando por profecía: "Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero cuerpo me preparaste" (Sal. 39, 7). Porque en lugar de todos aquellos sacrificios y ofrendas, se ofrece su cuerpo, y se ministra a los participantes. Pues este Eclesiastés, en esta sentencia de comer y beber, que repite a menudo y mucho recomienda, no se refiere a las comidas carnales de placer, lo muestra suficientemente cuando dice: "Mejor es ir a la casa de luto, que ir a la casa de banquete": y poco después, "El corazón de los sabios está en la casa de luto, y el corazón de los insensatos en la casa de banquetes" (Ecl. 7, 3, 5). Pero considero más digno de mención de este libro lo que se refiere a las dos ciudades, una del diablo; otra de Cristo, y sus reyes, el diablo y Cristo: "¡Ay de ti, tierra, cuyo rey es joven, y cuyos príncipes comen por la mañana! Bienaventurada tú, tierra, cuyo rey es hijo de nobles, y cuyos príncipes comen a su debido tiempo, con fortaleza, y no con confusión" (Ecl. 10, 16-17). Llamó joven al diablo, por la insensatez, y soberbia, y temeridad, y petulancia, y otros vicios que suelen abundar en esta edad: pero a Cristo, hijo de nobles, es decir, de los santos Patriarcas, pertenecientes a la ciudad libre, de los cuales es engendrado en la carne. Los príncipes de esa ciudad comiendo por la mañana, es decir, antes de la hora conveniente; porque no esperan la verdadera felicidad, que es en el futuro siglo, deseando apresuradamente ser felices con la celebridad de este siglo. Pero los príncipes de la ciudad de Cristo esperan pacientemente el tiempo de la verdadera felicidad. Esto dice, "con fortaleza, y no con confusión": porque no les falla la esperanza; de la cual dice el Apóstol, "Y la esperanza no avergüenza" (Rom. 5, 5). Y dice el Salmo, "Ciertamente los que te esperan, no serán avergonzados" (Sal. 24, 3). Ahora bien, el Cantar de los Cantares es un cierto gozo espiritual de las santas mentes, en el matrimonio de aquel Rey y la reina de la ciudad, que es Cristo y la Iglesia. Pero este gozo está envuelto en velos alegóricos, para que se desee con más ardor, y se descubra con más deleite, y aparezca el esposo, a quien se dice en el mismo Cantar, "La equidad te amó" (Cant. 1, 3); y la esposa que allí escucha, "La caridad en tus delicias" (Cant. 7, 6). Pasamos en silencio muchas cosas, por la preocupación de terminar esta obra.

CAPÍTULO XXI.---De los reyes después de Salomón, ya sea en Judá, ya sea en Israel.

Los demás reyes de los hebreos después de Salomón apenas se encuentran profetizando sobre Cristo y la Iglesia a través de enigmas de sus dichos o hechos, ya sea en Judá o en Israel. Así se llamaron las partes de ese pueblo, que se dividió por la ofensa de Salomón en tiempos de su hijo Roboam, quien sucedió a su padre en el reino, bajo la venganza de Dios. Por lo tanto, las diez tribus que recibió Jeroboam, siervo de Salomón, y que fueron establecidas como reino en Samaria, se llamaban propiamente Israel, aunque ese era el nombre de todo el pueblo. Las dos tribus restantes, Judá y Benjamín, que permanecieron bajo la ciudad de Jerusalén por causa de David, para que su linaje no fuera completamente erradicado, se llamaron Judá, ya que esa era la tribu de donde provenía David. La otra tribu, Benjamín, que también pertenecía al mismo reino, como he dicho, era de donde provenía Saúl, el rey antes de David. Pero estas dos tribus juntas, como se ha dicho, se llamaban Judá; y con este nombre se distinguían de Israel, que era el nombre propio de las diez tribus que tenían su propio rey. La tribu de Leví, siendo sacerdotal, estaba dedicada al servicio de Dios, no al de los reyes, y se contaba como la decimotercera. José, uno de los doce hijos de Israel, no formó una sola tribu como los demás, sino dos: Efraín y Manasés. Sin embargo, la tribu de Leví también pertenecía más al reino de Jerusalén, donde estaba el templo de Dios al que servía. Así, dividido el pueblo, primero reinó en Jerusalén Roboam, rey de Judá, hijo de Salomón; y en Samaria, Jeroboam, rey de Israel, siervo de Salomón. Y cuando Roboam quiso perseguir con guerra la tiranía de esa parte dividida, el pueblo fue prohibido de luchar contra sus hermanos, diciendo Dios por medio del profeta que Él había hecho esto (III Reyes XII, 24). De ahí se vio que no hubo pecado en esa acción, ni del rey de Israel ni del pueblo, sino que se cumplió la voluntad de Dios vengador. Conociendo esto, ambas partes se pacificaron entre sí: pues no fue una división de religión, sino de reino.

CAPÍTULO XXII.---De Jeroboam, quien con la impiedad de la idolatría profanó al pueblo que le estaba sometido, en el cual, sin embargo, Dios no dejó de inspirar a los profetas y de guardar a muchos del crimen de la idolatría.

Pero el rey de Israel, Jeroboam, con mente perversa, no creyendo en Dios, quien había demostrado ser veraz al darle el reino prometido, temió que al ir al templo de Dios, que estaba en Jerusalén, adonde según la ley divina debía ir toda esa gente para sacrificar, el pueblo se apartara de él y se devolviera a la estirpe de David como semilla real; e instituyó la idolatría en su reino, y engañó al pueblo de Dios con el culto a los ídolos, atándolos a una impiedad nefanda. Sin embargo, Dios no cesó del todo de reprender no solo a ese rey, sino también a sus sucesores e imitadores en la impiedad, y al mismo pueblo, a través de los profetas. Pues allí surgieron aquellos grandes y notables profetas, que también hicieron muchos milagros, Elías y Eliseo, su discípulo. Incluso allí, cuando Elías decía: "Señor, han matado a tus profetas, han derribado tus altares, y yo he quedado solo, y buscan mi vida" (III Reyes XIX, 10); se le respondió que había allí siete mil hombres que no habían doblado sus rodillas ante Baal.

CAPÍTULO XXIII.---Del variado estado de ambos reinos de los hebreos, hasta que ambos pueblos fueron llevados en cautiverio en diferentes tiempos, siendo luego Judá devuelto a su reino, que finalmente pasó al poder de los romanos.

Asimismo, en el reino de Judá perteneciente a Jerusalén, tampoco faltaron profetas en los tiempos de los reyes sucesores: como a Dios le placía enviarlos, ya sea para anunciar lo que era necesario, o para corregir pecados y prescribir justicia. Pues también allí, aunque mucho

menos que en Israel, hubo reyes que ofendieron gravemente a Dios con sus impiedades, y fueron castigados con moderadas flagelaciones junto con el pueblo similar. Sin embargo, los méritos de los reyes piadosos allí no son pequeños. En Israel, en cambio, leemos que todos los reyes, unos más, otros menos, fueron reprobados. Así, ambas partes, como lo ordenaba o permitía la providencia divina, se levantaban con prosperidades y eran oprimidas con adversidades: y así eran afligidas, no solo por guerras externas, sino también por guerras civiles entre ellas, de modo que, existiendo causas ciertas, se manifestaba la misericordia o la ira de Dios; hasta que, con su indignación creciendo, toda esa nación fue subyugada por los caldeos, no solo siendo subvertida en sus sedes, sino también en gran parte trasladada a las tierras de los asirios, primero la parte que se llamaba Israel en las diez tribus; y después también Judá, con Jerusalén y su templo nobilísimo destruidos: en esas tierras pasaron setenta años en cautiverio. Después de los cuales, liberados de allí, restauraron el templo que había sido destruido: y aunque muchos de ellos vivían en tierras extranjeras, ya no tuvieron dos partes del reino, ni dos reyes diferentes en cada parte: sino que en Jerusalén había un solo príncipe de ellos; y al templo de Dios, que estaba allí, todos venían de todas partes, dondequiera que estuvieran, y de donde pudieran, en tiempos determinados. Pero ni siquiera entonces les faltaron enemigos de otras naciones y conquistadores: pues incluso Cristo los encontró tributarios de los romanos.

CAPÍTULO XXIV.---De los profetas que fueron los últimos entre los judíos, o que la historia evangélica menciona alrededor del tiempo del nacimiento de Cristo.

Durante todo ese tiempo, desde que regresaron de Babilonia, después de Malaquías, Ageo y Zacarías, que profetizaron entonces, y Esdras, no tuvieron profetas hasta la venida del Salvador, excepto a otro Zacarías, padre de Juan, y a Isabel, su esposa, ya próxima la natividad de Cristo; y ya nacido Él, a Simeón, anciano, y a Ana, viuda y ya anciana, y al mismo Juan, el último: quien joven, ya joven Cristo, no lo predijo como futuro, pero sí lo mostró desconocido con conocimiento profético: por lo cual el mismo Señor dijo: "La Ley y los Profetas hasta Juan" (Mateo XI, 13). Pero la profecía de estos cinco nos es conocida por el Evangelio: donde también se encuentra que la misma Virgen madre del Señor profetizó antes que Juan (Lucas I, 46-55). Pero los judíos reprobos no aceptan esta profecía de ellos: la aceptaron, sin embargo, los innumerables que de ellos creyeron en el Evangelio. Entonces, en verdad, Israel se dividió en dos, con aquella división que por el profeta Samuel fue inmutablemente predicha al rey Saúl. A Malaquías, Ageo, Zacarías y Esdras, incluso los judíos reprobos los tienen como los últimos aceptados en la autoridad canónica. Pues también sus escritos, como los de otros, que en la gran multitud de profetas muy pocos escribieron lo que obtuviera la autoridad del canon. De sus predicciones, que conciernen a Cristo y a su Iglesia, veo que debo poner algunas en esta obra: lo cual se hará más convenientemente, con la ayuda del Señor, en el libro siguiente; para no sobrecargar más este que ya es tan extenso.

LIBRO DECIMOCTAVO. Habla sobre el curso de la ciudad terrena desde el tiempo de Abraham hasta el fin del mundo junto con la ciudad celestial: y toca los oráculos sobre Cristo, tanto de las Sibilas como principalmente de los santos profetas, que escribieron desde el inicio del reino de los romanos, Oseas, Amós, Isaías, Miqueas, y los siguientes.

CAPÍTULO PRIMERO.---De lo que se ha discutido en diecisiete volúmenes hasta los tiempos del Salvador.

Sobre las dos ciudades, una de Dios, la otra de este siglo, en la cual ahora está, en cuanto al género humano se refiere, también esta peregrina, prometí escribir sobre su origen, curso y debidos fines: después de haber refutado, con la ayuda de su gracia, a los enemigos de la

ciudad de Dios, que prefieren a sus dioses al fundador de ella, Cristo, y con un odio pernicioso envidian ferozmente a los cristianos, lo cual hice en los diez volúmenes anteriores. De esta mi promesa tripartita, que acabo de mencionar, el origen de ambas está distribuido en los cuatro libros siguientes; luego el curso desde el primer hombre hasta el diluvio en un libro, que es el decimoquinto de esta obra; y desde allí hasta Abraham, nuevamente ambas, como en los tiempos, así también en nuestras letras, han corrido. Pero desde el padre Abraham hasta el tiempo de los reyes de Israel, donde concluimos el decimosexto volumen, y desde allí hasta el mismo advenimiento del Salvador en la carne, hasta donde se extiende el decimoséptimo libro, solo parece haber corrido en mi estilo la ciudad de Dios: aunque en este siglo no corrió sola, sino ambas ciertamente en el género humano, variaron sus tiempos con su curso. Sin embargo, hice esto para que primero, desde que comenzaron las promesas más claras de Dios, hasta su nacimiento de la Virgen, en quien debían cumplirse las que primero se prometieron, sin interrupción de la contraria ciudad, la que es de Dios corriendo, apareciera más claramente; aunque hasta la revelación del Nuevo Testamento, no corrió en la luz, sino en la sombra. Ahora, pues, veo que debo hacer lo que interrumpí, para que desde los tiempos de Abraham cómo también aquella corrió, en cuanto parece suficiente, lo toque, para que ambas puedan ser comparadas entre sí por la consideración de los lectores.

CAPÍTULO II.---De los reyes y tiempos de la ciudad terrena, con los cuales coinciden los tiempos de los santos desde el surgimiento de Abraham.

1. La sociedad de los mortales, difundida por todas partes de la tierra y unida por una cierta comunión de una misma naturaleza, mientras cada uno persigue sus utilidades y deseos, ya que lo que se busca o no es suficiente para nadie, o no lo es para todos, porque no es lo mismo, a menudo se divide contra sí misma, y la parte que prevalece oprime a la otra. Pues la vencida sucumbe a la vencedora, prefiriendo cualquier tipo de paz y salvación a la dominación, o incluso a la libertad: de modo que fueron motivo de gran admiración aquellos que prefirieron perecer antes que servir. Pues en casi todas las naciones resonó de algún modo esta voz de la naturaleza, que preferían ser subyugados por los vencedores, a quienes les tocó ser vencidos, antes que ser completamente destruidos por la devastación bélica. De ahí se hizo que no sin la providencia de Dios, en cuyo poder está que cada uno sea subyugado o subyugue en la guerra, algunos estuvieran dotados de reinos, otros sometidos a los que reinan: pero entre los muchos reinos de la tierra, en los que la sociedad de la utilidad o deseo terrenal está dividida (a la que llamamos con el nombre universal de ciudad de este mundo), vemos que dos reinos han surgido mucho más claros que los demás, primero el de los asirios, luego el de los romanos, ordenados y distinguidos entre sí en tiempos y lugares. Pues así como aquel fue primero, este fue después; de la misma manera aquel surgió en Oriente, este en Occidente: finalmente, al final de aquel fue el inicio de este. Los demás reinos y reyes los llamaría como apéndices de estos.

2. Nino, pues, ya era el segundo rey de los asirios, quien sucedió a su padre Belo, el primer rey de ese reino, cuando en la tierra de los caldeos nació Abraham. También en ese tiempo existía el reino de los sicionios, muy pequeño, del cual aquel doctísimo Marco Varrón, escribiendo sobre la Gente del pueblo romano, comenzó como de un tiempo antiguo. Pues desde estos reyes de los sicionios llegó a los atenienses, de los cuales a los latinos, y de allí a los romanos; pero antes de la fundación de Roma, en comparación con el reino de los asirios, estas cosas se mencionan como muy pequeñas. Aunque los atenienses en Grecia se reconoce que fueron muy ilustres, incluso el historiador romano Salustio lo admite, más por fama que por la realidad. Pues hablando de ellos: "Las hazañas de los atenienses", dice, "según yo creo, fueron bastante amplias y magníficas: pero algo menores, sin embargo, de lo que la fama las hace. Pero como allí surgieron grandes talentos de escritores, las acciones de los atenienses se

celebran por todo el mundo como las más grandes. Así, la virtud de los que las hicieron se tiene en tanta estima, cuanto pudieron ensalzarla con palabras los talentos ilustres" (Guerra de Catilina, cap. 8). A esta ciudad se le añade no poca gloria también por las letras y los filósofos, ya que allí principalmente tales estudios florecieron. Pues en cuanto al imperio, no hubo ninguno mayor en los primeros tiempos que el de los asirios, ni tan extendido y difundido. Pues se dice que el rey Nino, hijo de Belo, subyugó toda Asia, que se dice que es la tercera parte del mundo en número de partes, pero en magnitud se encuentra que es la mitad, hasta los límites de Libia. Pues solo a los indios en las partes de Oriente no dominaba: a quienes, sin embargo, después de su muerte, Semíramis, su esposa, se atrevió a atacar en guerra. Así se hizo que todos los pueblos y reyes en esas tierras obedecieran al reino y dominio de los asirios, y ejecutaran todo lo que se les ordenara. Abraham, pues, nació en ese reino entre los caldeos en tiempos de Nino. Pero como las cosas griegas nos son mucho más conocidas que las asirias, y a través de los griegos a los latinos, y luego a los romanos, que también son latinos, han deducido la serie de tiempos quienes han investigado la antigüedad del origen del pueblo romano; por esto debemos, donde sea necesario, recordar a los reyes asirios: para que aparezca cómo Babilonia, como la primera Roma, corre con la ciudad peregrina de Dios en este mundo. Pero las cosas que, por la comparación de ambas ciudades, la terrena y la celestial, es necesario insertar en esta obra, debemos tomarlas más de los griegos y latinos, donde también Roma misma es como la segunda Babilonia.

3. Cuando, pues, nació Abraham, eran segundos reyes, entre los asirios Nino, entre los sicionios Europs: los primeros, sin embargo, allí Belo, aquí Egialeo fueron. Pero cuando, habiendo salido Abraham de Babilonia, Dios le prometió que de él haría una gran nación, y en su simiente la bendición de todas las naciones, los asirios tenían su cuarto rey, los sicionios el quinto: pues entre ellos reinaba el hijo de Nino después de su madre Semíramis, quien se dice que fue asesinada por él, atreviéndose la madre a incestar al hijo con su concubinato. Algunos creen que ella fundó Babilonia, aunque pudo haberla restaurado. Cuando y cómo fue fundada, lo dijimos en el libro decimosexto (Cap. 4). El hijo de Nino y Semíramis, que sucedió a su madre en el reino, algunos también lo llaman Nino, otros derivando el nombre del padre, Ninías. El reino de los sicionios entonces lo tenía Telxión. Durante su reinado, los tiempos fueron tan benignos y prósperos allí, que al morir lo adoraron como a un dios sacrificando, y celebrando juegos, que dicen que fueron instituidos para él por primera vez.

CAPÍTULO III.---Con qué reyes reinando entre los asirios y los sicionios, Isaac nació de la promesa a Abraham centenario, o a Isaac sexagenario le nacieron los gemelos Esaú y Jacob de Rebeca.

En tiempos de este, también Isaac nació de la promesa de Dios, hijo de Abraham centenario de Sara su esposa, quien estéril y anciana ya había perdido la esperanza de prole. Entonces también los asirios tenían su quinto rey, Ario. A Isaac mismo, a los sesenta años, le nacieron los gemelos Esaú y Jacob, que le dio a luz Rebeca su esposa, mientras su abuelo Abraham aún vivía, y tenía ciento sesenta años: quien, habiendo cumplido ciento setenta y cinco, murió; reinando entre los asirios Jerjes el más antiguo, que también se llamaba Baleo, y entre los sicionios Thuriaco, a quien algunos escriben Thurímaco, los séptimos reyes. El reino de los argivos surgió al mismo tiempo que los nietos de Abraham, donde primero reinó Ínaco. Ciertamente, lo que no debía pasarse por alto, también junto a la tumba de su séptimo rey Thuriaco, los sicionios solían sacrificar, refiere Varrón. Reinando, pues, los octavos reyes, Armamitra de los asirios, Leucipo de los sicionios, y el primero de los argivos Ínaco, Dios habló a Isaac, y también a él le prometió las mismas dos cosas que a su padre, a saber, a su simiente la tierra de Canaán, y en su simiente la bendición de todas las naciones. Estas

mismas promesas se hicieron también a su hijo; al nieto de Abraham, quien fue llamado primero Jacob, después Israel, cuando ya Beloco era el noveno rey de los asirios, y Foroneo, hijo de Ínaco, el segundo reinaba en Argos, permaneciendo aún Leucipo entre los sicionios. En estos tiempos Grecia se hizo más conocida por ciertas instituciones de leyes y juicios bajo el rey argivo Foroneo: sin embargo, Phego, hermano menor de este Foroneo, cuando murió, se le erigió un templo en su sepulcro, donde se le adoraba como a un dios, y se le sacrificaban bueyes. Creo que lo consideraron digno de tanto honor porque en parte de su reino (pues el padre había distribuido lugares a ambos para que reinaran en ellos mientras él vivía) este había establecido capillas para adorar a los dioses, y había enseñado a observar los tiempos por meses y años, para que midieran y numeraran lo que de ellos. Admirando estas cosas nuevas en él, los hombres aún rudos, al morir, o pensaron o quisieron que se hubiera convertido en un dios. Pues también se dice que lo fue Ío, hija de Ínaco, quien después fue llamada Isis, y fue adorada como una gran diosa en Egipto: aunque otros escriben que ella vino de Etiopía a Egipto como reina; y que porque gobernó ampliamente y con justicia, y les instituyó muchas comodidades y letras, se le rindió ese honor divino después de que murió allí, y tanto honor, que se convertía en un crimen capital si alguien decía que había sido humana.

CAPÍTULO IV.---De los tiempos de Jacob y su hijo José.

Regnantibus el décimo rey de los Asirios, Baleo, y el noveno de los Sicionios, Mesapo, quien también es conocido como Céfiso por algunos (si bien se trata de un solo hombre con dos nombres, y no de dos personas distintas como algunos han supuesto en sus escritos), mientras el tercer rey de los Argivos, Apis, gobernaba, murió Isaac a la edad de ciento ochenta años, dejando a sus gemelos de ciento veinte años: de los cuales el menor, Jacob, perteneciente a la ciudad de Dios sobre la que escribimos, fue elegido sobre el mayor, quien fue rechazado. Jacob tuvo doce hijos, de los cuales sus hermanos vendieron a José, el más joven, a unos mercaderes que iban a Egipto, mientras Isaac, su abuelo, aún vivía. José se presentó ante el faraón cuando, tras soportar la humillación, fue elevado a una posición de poder a los treinta años, ya que interpretó divinamente los sueños del rey, prediciendo siete años de abundancia seguidos de siete años de escasez que consumirían la abundancia anterior. Por esto, el rey lo puso a cargo de Egipto, liberándolo de la cárcel a la que había sido enviado por su integridad y castidad, al resistir las insinuaciones de una señora que lo deseaba y de un amo que creyó en sus mentiras, huyendo incluso dejando su manto en manos de quien lo atraía. En el segundo año de los siete años de escasez, Jacob fue a Egipto con toda su familia para reunirse con su hijo, a la edad de ciento treinta años, como él mismo respondió al rey que le preguntó (Gén. XLVII, 9); mientras José tenía treinta y nueve años, sumando los siete de abundancia y los dos de hambre a los treinta que tenía cuando fue honrado por el rey.

CAPÍTULO V.---Sobre el rey Apis de los Argivos, a quien los egipcios adoraron como Serapis con honores divinos.

En esos tiempos, el rey de los Argivos, Apis, fue llevado en barcos a Egipto, y al morir allí, se convirtió en Serapis, el dios más grande de los egipcios. Varro ofrece una explicación sencilla de por qué, después de su muerte, no fue llamado Apis sino Serapis. La razón es que el sarcófago, donde se coloca al muerto, se llama "soros" en griego; y como comenzaron a venerarlo allí enterrado antes de que se construyera su templo, de "Soros" y "Apis" se formó primero "Sorapis", y luego, como suele suceder, cambiando una letra, se le llamó "Serapis". Se decretó también que quien dijera que había sido un hombre, sufriría la pena capital. Y como en casi todos los templos donde se adoraban a Isis y Serapis había una estatua que, con

un dedo en los labios, parecía indicar silencio, Varro cree que esto significaba que debía callarse que habían sido humanos. El buey que Egipto, engañado por una vana admiración, alimentaba con lujos en su honor, era llamado Apis, no Serapis, porque lo veneraban vivo sin sarcófago. Cuando este buey moría, buscaban y encontraban un ternero del mismo color, es decir, con ciertas manchas blancas similares; creían que esto era algo maravilloso y divinamente dispuesto para ellos. No era difícil para los demonios, para engañarlos, mostrar a una vaca preñada la imagen de un toro de tal apariencia, que solo ella podía ver, de modo que el deseo de la madre atrajera lo que ya aparecería corporalmente en su cría: como Jacob hizo con las varas rayadas para que nacieran ovejas y cabras manchadas (Gén. XXX, 37-42). Lo que los hombres pueden hacer con colores y cuerpos reales, los demonios pueden hacerlo fácilmente con figuras ficticias para los animales preñados.

CAPÍTULO VI.---Bajo qué reyes de Argos y Asiria murió Jacob en Egipto.

Apis, por tanto, rey no de los egipcios, sino de los argivos, murió en Egipto. Su hijo Argos le sucedió en el reino, y de su nombre se derivaron los nombres de Argi y Argivos: los reyes anteriores aún no tenían este nombre ni el lugar ni la gente. Durante su reinado en Argos, y con Erato en Sición, y Baleo aún en Asiria, Jacob murió en Egipto a la edad de ciento cuarenta y siete años, después de bendecir a sus hijos y nietos de José, y profetizar claramente sobre Cristo, diciendo en la bendición de Judá: "No faltará príncipe de Judá, ni caudillo de entre sus muslos, hasta que venga lo que está reservado para él: y él será la esperanza de las naciones" (Gén. XLIX, 10). Durante el reinado de Argos, Grecia comenzó a usar sus propios frutos y a tener cosechas en la agricultura, con semillas traídas de otros lugares. Argos también comenzó a ser considerado un dios después de su muerte, honrado con un templo y sacrificios. Este honor fue otorgado durante su reinado a un hombre privado y fulminado llamado Homogiro, porque fue el primero en unir bueyes al arado.

CAPÍTULO VII.---En qué tiempo murió José en Egipto.

Durante el reinado del duodécimo rey de los Asirios, Mamito, y el undécimo de los Sicionios, Plemneo, y aún reinando Argos en Argos, José murió en Egipto a la edad de ciento diez años (Gén. L, 25). Después de su muerte, el pueblo de Dios creció maravillosamente y permaneció en Egipto durante ciento cuarenta y cinco años, primero en paz, hasta que murieron aquellos que conocieron a José; luego, debido a la envidia por su crecimiento, y porque eran sospechosos, fueron oprimidos con persecuciones (durante las cuales, sin embargo, crecían divinamente multiplicados) y con trabajos de servidumbre intolerable. En Asiria y Grecia, durante ese tiempo, los mismos reinos permanecieron.

CAPÍTULO VIII.---En qué tiempo nació Moisés, y qué dioses surgieron en esos tiempos.

Cuando reinaba el decimocuarto rey de los Asirios, Saphros, y el duodécimo de los Sicionios, Orthopolis, y el quinto de los Argivos, Criasus, nació Moisés en Egipto, por quien el pueblo de Dios fue liberado de la servidumbre egipcia, en la que debía ser ejercitado para desear la ayuda de su Creador. Durante el reinado de estos reyes, se cree que existió Prometeo, quien se dice que formó hombres de barro porque fue considerado el mejor maestro de sabiduría: sin embargo, no se muestra quiénes fueron los sabios de su tiempo. Su hermano Atlas se dice que fue un gran astrólogo: de ahí que la fábula encontrara ocasión para fingir que sostenía el cielo: aunque se dice que el monte que lleva su nombre, por su altura, dio lugar a la opinión popular de que sostenía el cielo. También comenzaron a forjarse muchas otras fábulas en Grecia en esos tiempos: pero hasta el rey Cécrope de los Atenienses, bajo cuyo reinado la misma ciudad recibió también tal nombre, y bajo cuyo reinado Dios sacó a su pueblo de

Egipto a través de Moisés, varios muertos fueron contados entre los dioses por la ciega y vana costumbre y superstición de los griegos. Entre ellos, la esposa del rey Criasus, Melantomice, y su hijo Forbas, quien fue el sexto rey de los Argivos después de su padre, y el hijo del séptimo rey Triopas, Iaso, y el noveno rey Sthenelas, o Stheneleus, o Sthenelus, ya que se encuentra de diversas maneras en diferentes autores. En estos tiempos también se dice que existió Mercurio, nieto de Atlas, hijo de Maia: lo que también proclaman las letras más vulgares. Destacó por su habilidad en muchas artes, que también enseñó a los hombres: por este mérito, después de su muerte, quisieron que fuera un dios, o incluso lo creyeron. Hércules se dice que fue posterior, aunque pertenece a esos tiempos de los Argivos: aunque algunos lo prefieren a Mercurio en tiempo; creo que se equivocan. Pero, nacieran cuando nacieran, es un hecho entre los historiadores serios, que han consignado estos antiguos hechos en sus escritos, que ambos fueron hombres, y que por los muchos beneficios que aportaron a los mortales para llevar esta vida más cómodamente, merecieron honores divinos de ellos. Minerva, sin embargo, es mucho más antigua que ellos. Pues se dice que apareció en tiempos de Ogygio, junto al lago llamado Tritonis, en edad virginal; de ahí que también se la llame Tritonia: inventora de muchas obras; y tanto más fácilmente creída como diosa, cuanto menos se conocía su origen. Pues lo que se canta de que nació de la cabeza de Júpiter, debe aplicarse a los poetas y fábulas, no a la historia y hechos reales. Aunque el mismo Ogygio, cuándo fue, en cuyos tiempos también ocurrió un gran diluvio, no el más grande en el que no sobrevivieron hombres, excepto los que pudieron estar en el arca, que la historia de las naciones ni griega ni latina conoce, pero sí mayor que el que ocurrió después en tiempos de Deucalión, no está de acuerdo entre los escritores de historia. Pues Varro comenzó su libro, del que hice mención anteriormente, y no propone nada más antiguo que el diluvio de Ogygio, es decir, ocurrido en tiempos de Ogygio, para llegar a los asuntos romanos. Sin embargo, nuestros cronistas, primero Eusebio, luego Jerónimo, quienes ciertamente siguieron a algunos historiadores anteriores en esta opinión, mencionan que el diluvio de Ogygio ocurrió más de trescientos años después, ya en el segundo reinado del rey Foroneo de los Argivos. Pero, sea cuando sea que ocurrió, ya Minerva era adorada como diosa, reinando Cécrope sobre los Atenienses, bajo cuyo reinado también se dice que la ciudad fue fundada o restaurada.

CAPÍTULO IX.---Cuándo fue fundada la ciudad de los Atenienses, y qué causa del nombre Varro menciona.

Varro indica que la razón por la que se llamaron Atenas, que ciertamente es un nombre derivado de Minerva, quien en griego se llama Ἀθηνᾶ, es la siguiente. Cuando apareció de repente un árbol de olivo allí, y en otro lugar brotó agua, el rey se sintió conmovido por estos prodigios y envió a consultar a Apolo en Delfos para saber qué significaban y qué debía hacerse. Él respondió que el olivo significaba a Minerva, y el agua a Neptuno, y que estaba en poder de los ciudadanos decidir de cuál de los dos dioses, cuyos signos eran esos, la ciudad debería tomar su nombre. Cécrope, al recibir este oráculo, convocó a todos los ciudadanos de ambos sexos (pues en esos lugares era costumbre que también las mujeres participaran en las consultas públicas) para votar. Consultada la multitud, los hombres votaron por Neptuno, y las mujeres por Minerva: y como se encontró que había una mujer más, Minerva ganó. Entonces Neptuno, enojado, devastó las tierras de los Atenienses con las olas del mar: pues no es difícil para los demonios esparcir más ampliamente cualquier agua. Para apaciguar su ira, el mismo autor dice que las mujeres fueron castigadas por los Atenienses con un triple castigo: que no participaran más en los sufragios, que ningún nacido llevara el nombre de su madre, y que nadie las llamara Atenienses. Así, esa ciudad, madre y nodriza de las doctrinas liberales, y de tantos y tan grandes filósofos, que Grecia no tuvo nada

más claro y noble, recibió el nombre de Atenas por la burla de los demonios sobre la disputa de sus dioses, un hombre y una mujer, y sobre la victoria de una mujer por las mujeres; y fue obligada a castigar la victoria de la vencedora, más temerosa de las aguas de Neptuno que de las armas de Minerva. Pues en las mujeres que fueron así castigadas, Minerva, que había vencido, fue vencida; y no asistió a sus sufragantes, para que, habiendo perdido el poder de votar, y habiendo sido sus hijos alejados de los nombres de sus madres, al menos pudieran ser llamadas Atenienses, y merecer el nombre de esa diosa, a quien los hombres de su dios hicieron vencedora al votar. ¿Cuántas cosas podrían decirse de esto, si el discurso no se apresurara a otros temas?

CAPÍTULO X.---Qué dice Varro sobre la denominación del Areópago, y sobre el diluvio de Deucalión.

Sin embargo, Marco Varro no quiere dar crédito a las ficciones fabulosas contra los dioses, para no pensar algo indigno de la dignidad de su majestad. Y por eso tampoco quiere que el Areópago, donde el apóstol Pablo discutió con los Atenienses (Hechos XVII, 19 ss.), de donde los Areopagitas fueron llamados curiales de esa misma ciudad, haya recibido su nombre porque Marte, quien en griego se llama Ἄρης, fue acusado de homicidio, y juzgado por doce dioses en ese lugar, fue absuelto por seis votos; porque cuando había un número igual de votos, la absolución solía prevalecer sobre la condena. Pero contra esta opinión, que es mucho más celebrada, intenta establecer otra causa del nombre de este lugar, basada en el conocimiento de letras oscuras, para que no se crea que los Atenienses llamaron al Areópago por el nombre de Marte y del lugar, como si fuera el lugar de Marte; para no ofender a los dioses, de quienes cree que los litigios o juicios son ajenos: afirmando que esto que se dice de Marte es tan falso como lo que se narra de las tres diosas, Juno, Minerva y Venus, que se dice que compitieron por la manzana de oro ante el juez Paris sobre la excelencia de su belleza; y para aplacar a los dioses con juegos, que se deleitan con estos crímenes suyos, ya sean verdaderos o falsos, se cantan y se bailan entre aplausos teatrales. Varro no cree en estas cosas, para no creer en algo incongruente con la naturaleza o costumbres de los dioses: y sin embargo, al dar una razón histórica, no fabulosa, del nombre de Atenas, inserta en sus escritos una disputa tan grande entre Neptuno y Minerva sobre de cuál de los dos debería tomar su nombre esa ciudad, que, al contender con la ostentación de prodigios, ni siquiera Apolo consultado se atrevió a juzgar, sino que, como Júpiter envió el litigio de las tres diosas a Paris, así también él lo remitió a los hombres, donde Minerva ganó por sufragios, y en la pena de sus sufragantes fue vencida, quien pudo obtener Atenas entre sus adversarios varones, y no pudo tener a sus amigas mujeres como Atenienses. En estos tiempos, según Varro, reinando Cranao sobre los Atenienses, sucesor de Cécrope, según nuestros Eusebio y Jerónimo, aún permaneciendo el mismo Cécrope, ocurrió el diluvio llamado de Deucalión, porque él reinaba en las partes de esas tierras donde principalmente ocurrió. Este diluvio no llegó de ninguna manera a Egipto ni a sus cercanías.

CAPÍTULO XI.---Cuándo Moisés sacó al pueblo de Egipto; y sobre Josué, quien le sucedió, en qué tiempo murió.

Moisés sacó al pueblo de Dios de Egipto, en el último tiempo del rey Cécrope de los Atenienses, mientras reinaba Ascatades en Asiria, Marathus en Sición, y Triopas en Argos. Después de sacar al pueblo, en el monte Sinaí, entregó la ley recibida divinamente: lo que se llama el Antiguo Testamento, porque tiene promesas terrenales; y a través de Jesucristo habría de venir el Nuevo Testamento, en el que se prometería el reino de los cielos. Este orden debía ser observado, como se hace en cada hombre que progresa en Dios, lo que dice el Apóstol, que no es primero lo espiritual, sino lo animal, y después lo espiritual: porque como

dice, y es verdad, "El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es del cielo, celestial" (I Cor. XV, 46 y 47). Moisés gobernó al pueblo durante cuarenta años en el desierto: y murió a la edad de ciento veinte años, habiendo profetizado también sobre Cristo a través de figuras de observancias carnales en el tabernáculo, el sacerdocio, los sacrificios, y muchos otros mandamientos místicos. Josué, hijo de Nun, sucedió a Moisés: y después de introducir al pueblo en la tierra prometida, lo estableció allí, por autoridad divina, derrotando a las naciones que ocupaban esos lugares. Después de gobernar al pueblo durante veintisiete años tras la muerte de Moisés, también él murió: reinando el decimoctavo rey de los Asirios, Amyntas, el decimosexto de los Sicionios, Corace, el décimo de los Argivos, Danao, y el cuarto de los Atenienses, Erichthonio.

CAPÍTULO XII.---Sobre los cultos de falsos dioses que los reyes de Grecia instituyeron en esos tiempos, que se cuentan desde la salida de Israel de Egipto hasta la muerte de Josué.

Por estos tiempos, es decir, desde la salida de Israel de Egipto hasta la muerte de Josué, por quien el mismo pueblo recibió la tierra prometida, se instituyeron ceremonias sagradas a dioses falsos por los reyes de Grecia, que conmemoraron el diluvio y la liberación de los hombres de este, así como la vida penosa de entonces, migrando a veces a las alturas, a veces a las llanuras, con solemne celebración. Pues interpretan el ascenso y descenso de los Lupercos por la vía sagrada de tal manera que dicen que significan a los hombres que, debido a la inundación de agua, buscaron las cimas de las montañas y, al retirarse esta, regresaron a las llanuras. En estos tiempos, se dice que Dionisio, también llamado Liber Pater y considerado dios después de su muerte, mostró la vid a su huésped en la tierra de Ática. Entonces se instituyeron juegos musicales para Apolo en Delfos, para aplacar su ira, ya que se creía que las regiones de Grecia habían sido afligidas con esterilidad porque no defendieron su templo, que el rey Dánao incendió cuando invadió esas tierras en guerra. Fueron advertidos por su oráculo para instituir estos juegos. En Ática, el rey Erictonio fue el primero en instituirle juegos, no solo a él, sino también a Minerva, donde el premio para los vencedores era aceite, ya que se dice que Minerva fue la inventora de su fruto, al igual que Liber del vino. Durante esos años, se dice que Europa fue raptada por el rey Xanto de los cretenses, cuyo nombre varía en otras fuentes, y de ahí nacieron Radamanto, Sarpedón y Minos, quienes más comúnmente se dice que son hijos de Júpiter con la misma mujer. Pero los adoradores de tales dioses consideran que lo que dijimos sobre el rey de los cretenses pertenece a la verdad histórica; sin embargo, lo que los poetas cantan sobre Júpiter, lo que resuena en los teatros y celebran los pueblos, lo atribuyen a la vanidad de las fábulas, para que haya motivo para hacer juegos para aplacar incluso a los falsos dioses con sus crímenes. En estos tiempos, Hércules era famoso en Tiro; pero ciertamente otro, no aquel del que hablamos antes. Pues en una historia más secreta se dice que hubo varios Libres Pater y Hércules. Este Hércules, cuyas doce grandes hazañas enumeran, entre las cuales no mencionan la muerte de Anteo el africano, porque ese asunto pertenece a otro Hércules, se dice que se incineró a sí mismo en el monte Eta, ya que, aunque había sometido monstruos con su virtud, no pudo soportar la enfermedad que lo aquejaba. En ese tiempo, ya sea rey o más bien tirano, Busiris sacrificaba a sus huéspedes a sus dioses, a quien se dice que fue hijo de Neptuno, de madre Libia, hija de Epafos. Sin embargo, no se debe creer que Neptuno cometió este ultraje, para que los dioses no sean acusados: sino que estas cosas se atribuyen a los poetas y teatros, para que haya motivo para aplacarlos. Se dice que Vulcano y Minerva fueron los padres de Erictonio, rey de los atenienses, en cuyos últimos años murió Josué. Pero como quieren que Minerva sea virgen, dicen que Vulcano, en su disputa, derramó su semen en la tierra, y de ahí nació un hombre al que se le dio tal nombre por esa razón. En griego, ἔρις es contienda, y χθών es tierra; de estas dos palabras se compone el nombre

Erictonio. Sin embargo, lo que debe admitirse es que los más sabios refutan y rechazan estas cosas de sus dioses, quienes sostienen que esta opinión fabulosa surgió porque en el templo de Vulcano y Minerva, que ambos compartían en Atenas, se encontró expuesto un niño envuelto en un dragón, lo que significó que sería grande, y debido al templo común, al ser desconocidos sus padres, se le llamó hijo de Vulcano y Minerva: pero el origen de su nombre lo designa más la fábula que la historia. Pero, ¿qué nos importa? Que en los libros veraces instruya a los hombres religiosos, y en los juegos falaces deleite a los demonios impuros: a quienes, sin embargo, esos religiosos adoran como dioses; y aunque niegan estas cosas sobre ellos, no pueden purgarlos de todo crimen, ya que les ofrecen juegos a su demanda, donde se realizan indecentemente cosas que se niegan con aparente sabiduría, y con estas falsedades e indecencias se aplacan a los dioses, donde aunque la fábula canta un crimen falso de los dioses, deleitarse con un crimen falso es un crimen verdadero.

CAPÍTULO XIII.---De qué tipo de fábulas surgieron en el tiempo en que los jueces comenzaron a gobernar a los hebreos.

Después de la muerte de Josué, el pueblo de Dios tuvo jueces, durante cuyos tiempos alternaron entre ellos las humillaciones de los trabajos por sus pecados y las prosperidades de las consolaciones por la misericordia de Dios. En estos tiempos se inventaron fábulas sobre Triptólemo, que por orden de Ceres, llevado por serpientes aladas, llevó volando trigo a las tierras necesitadas: sobre el Minotauro, que fue una bestia encerrada en el Laberinto; donde, cuando los hombres entraban, no podían salir debido a un error inextricable: sobre los Centauros, que se decía que tenían la naturaleza conjunta de caballos y hombres: sobre Cerbero, que era un perro de tres cabezas del inframundo: sobre Frixo y su hermana Hele, que volaron montados en un carnero: sobre la Gorgona, que tenía serpientes por cabellos y convertía en piedra a quienes la miraban: sobre Belerofonte, que fue llevado por un caballo alado, llamado Pegaso: sobre Anfión, que con la dulzura de su cítara atrajo y movió piedras: sobre el artesano Dédalo y su hijo Ícaro, que volaron con alas ensambladas: sobre Edipo, que obligó a un monstruo llamado Esfinge, con rostro humano y cuerpo cuadrúpedo, a perecer al resolver el enigma que solía proponer como insoluble: sobre Anteo, a quien mató Hércules, que se decía hijo de la Tierra, por lo que al caer en la tierra solía levantarse más fuerte: y si acaso omití alguna otra. Estas fábulas, hasta la guerra de Troya, donde Marco Varrón en su libro sobre el pueblo romano concluyó, surgieron de la ocasión de historias que contienen hechos verdaderamente ocurridos, de tal manera que no están vinculadas a los reproches de los dioses. Sin embargo, quienes inventaron que Júpiter raptó al hermoso joven Ganímedes para el ultraje, lo que hizo el rey Tántalo, y la fábula lo atribuye a Júpiter; o que deseó la unión con Dánae a través de una lluvia de oro, donde se entiende que la castidad de la mujer fue corrompida por el oro; lo que en esos tiempos fue hecho o inventado, o hecho por otros e inventado sobre Júpiter, no se puede decir cuánto mal presumieron en los corazones de los hombres, que pudieron soportar pacientemente estas mentiras, que sin embargo también abrazaron con gusto: quienes, ciertamente, cuanto más devotamente adoran a Júpiter, tanto más deberían haber castigado severamente a quienes se atrevieron a decir estas cosas sobre él. Ahora bien, no solo no se enojaron con quienes inventaron estas cosas; sino que temieron más tener a los dioses enojados si no representaban tales ficciones en los teatros. En estos tiempos, Latona dio a luz a Apolo, no aquel cuyos oráculos solían consultarse, como mencionamos antes, sino aquel que sirvió con Hércules a Admeto: quien, sin embargo, fue considerado dios, de tal manera que muchos y casi todos opinan que fue el mismo Apolo. Entonces también Liber Pater luchó en la India, quien tuvo muchas mujeres en su ejército, llamadas Bacantes, no tanto nobles por su virtud como por su furia. Algunos incluso escriben que este Liber fue vencido y capturado; algunos incluso dicen que fue asesinado en batalla

por Perseo, y no callan sobre dónde fue sepultado: y sin embargo, en su nombre como dios, a través de demonios impuros, se instituyeron las Bacanales, ceremonias o más bien sacrilegios: de cuya rabiosa indecencia, después de tantos años, el senado se avergonzó tanto que prohibió que existieran en la ciudad de Roma. En esos tiempos, Perseo y su esposa Andrómeda, después de muertos, se creyó que fueron recibidos en el cielo, de tal manera que no se avergonzaron ni temieron designar sus imágenes con estrellas y llamarlas por sus nombres.

CAPÍTULO XIV.---Sobre los poetas teológicos.

Durante el mismo intervalo de tiempo surgieron poetas, que también se llamaron teólogos, ya que componían poemas sobre los dioses: pero sobre tales dioses, que aunque grandes hombres, sin embargo, fueron hombres; o son elementos de este mundo, que el verdadero Dios creó; o están ordenados en principados y potestades según la voluntad del Creador y sus méritos: y si cantaron algo sobre el único verdadero Dios entre muchas cosas vanas y falsas, al adorar con él a otros que no son dioses, y al rendir servicio a quienes solo se debe al único Dios, ciertamente no le sirvieron correctamente, ni pudieron abstenerse ellos mismos del deshonor fabuloso de sus dioses. Orfeo, Museo, Lino. Sin embargo, estos teólogos adoraron a los dioses, no fueron adorados como dioses: aunque Orfeo, de alguna manera, la ciudad de los impíos solía ponerlo al frente de los ritos infernales, o más bien sacrilegios. La esposa del rey Atamante, que se llamaba Ino, y su hijo Melicertes perecieron en el mar por un precipicio voluntario, y por la opinión de los hombres fueron elevados a dioses: como otros hombres de esos tiempos, Cástor y Pólux. A la madre de Melicertes, los griegos la llamaron Leucótea, y los latinos Matuta: ambos, sin embargo, considerándola una diosa.

CAPÍTULO XV.---Sobre la caída del reino de los argivos, en cuyo tiempo en Laurentes Pico, hijo de Saturno, recibió por primera vez el reino de su padre.

En esos tiempos, el reino de los argivos terminó, trasladado a Micenas, de donde fue Agamenón: y surgió el reino de Laurentes, donde Pico, hijo de Saturno, fue el primero en recibir el reino, mientras en los hebreos juzgaba una mujer, Débora: pero a través de ella actuaba el Espíritu de Dios: pues también era profetisa, cuya profecía (Jueces V) es menos clara, como para que podamos demostrar sin una larga exposición que fue pronunciada sobre Cristo. Ya entonces reinaban los Laurentes, ciertamente en Italia, de quienes se deriva un origen romano más evidente después de los griegos: y sin embargo, aún permanecía el reino de los asirios, donde el vigésimo tercer rey era Lamparis, cuando Pico fue el primero de los Laurentes. Sobre el padre de este Pico, Saturno, que decidan qué piensan los adoradores de tales dioses, que niegan que fue un hombre: sobre quien otros escribieron que antes de su hijo Pico, él mismo reinó en Italia; y Virgilio dice en letras más conocidas: "Este pueblo indócil y disperso en altas montañas, lo organizó, y les dio leyes, y prefirió que se llamara Lacio; ya que allí se ocultó seguro en estas costas; y como dicen, bajo su reinado fueron los siglos dorados." (Eneida, libro 8, versos 321-325.) Pero que estas sean consideradas ficciones poéticas, y que afirmen que el padre de Pico fue Sterces, de quien se dice que fue un agricultor muy hábil que descubrió que los campos se fertilizaban con estiércol de animales, que se llamó así por su nombre: algunos dicen que fue llamado Stercutio. Cualquiera que sea la razón por la que quisieron llamarlo Saturno, ciertamente hicieron de este Sterces o Stercutio un dios por mérito de la agricultura. También recibieron a Pico, su hijo, de manera similar en el número de tales dioses, a quien afirman que fue un augur y guerrero destacado. Pico engendró a Fauno, el segundo rey de Laurentes: también este es o fue un dios para ellos. Antes de la guerra de Troya, otorgaron honores divinos a hombres muertos.

CAPÍTULO XVI.---Sobre Diómedes, después de la caída de Troya, elevado a dios, cuyos compañeros se dice que fueron convertidos en aves.

Troya, destruida, con su caída cantada por todas partes y bien conocida por los niños, que tanto por su magnitud como por las excelentes lenguas de los escritores fue notablemente difundida y divulgada, ocurrió mientras ya reinaba Latino, hijo de Fauno, de quien comenzó a llamarse el reino de los latinos, y cesó el de Laurentes: los griegos vencedores, dejando Troya destruida y regresando a sus tierras, fueron destrozados y aplastados por diversas y horrendas calamidades: y sin embargo, incluso de ellos aumentaron el número de sus dioses. Pues hicieron dios a Diómedes, a quien, según dicen, una pena divina impuesta le impidió regresar a los suyos; y sus compañeros fueron convertidos en aves, no por una mentira fabulosa y poética, sino confirmada por testimonio histórico: a quienes ni el dios, como creen, hecho, pudo devolver la naturaleza humana, ni ciertamente lo impetró de su rey Júpiter como nuevo habitante del cielo. Incluso dicen que hay un templo suyo en la isla Diomedea, no lejos del monte Gargano, que está en Apulia, y que este templo es rodeado y habitado por estas aves con una obediencia tan maravillosa, que llenan su pico de agua y la rocían: y si vienen griegos, o descendientes de griegos, no solo están tranquilas, sino que además adulan; pero si ven extranjeros, vuelan hacia sus cabezas y las hieren con golpes tan graves que incluso los matan, pues se dice que están armadas para estas batallas con picos duros y grandes.

CAPÍTULO XVII.---Sobre las increíbles transformaciones de los hombres, qué ha transmitido Varrón.

Para sostener esto, Varrón menciona otras cosas no menos increíbles sobre la famosa maga Circe, que también transformó a los compañeros de Ulises en bestias, y sobre los arcadios, que, elegidos por sorteo, cruzaban a nado un cierto estanque, y allí se convertían en lobos, y vivían con otras fieras en los desiertos de esa región. Pero si no comían carne humana, al cabo de nueve años, al regresar al mismo estanque, volvían a ser hombres. De hecho, también mencionó a un tal Demaeneto, que al haber probado del sacrificio que los arcadios solían hacer a su dios Liceo con un niño inmolado, fue transformado en lobo, y al décimo año fue restaurado a su figura propia, se ejercitó en el pugilato y venció en el certamen olímpico. Y el mismo historiador no cree que el nombre Liceo se haya dado a Pan y a Júpiter Liceo en Arcadia por otra razón que por esta transformación de hombres en lobos, ya que no creían que esto pudiera hacerse sin poder divino. Pues lobo en griego se dice λύκος, de donde parece derivarse el nombre Liceo. También dice que los romanos Lupercos surgieron como una especie de semilla de esos misterios.

CAPÍTULO XVIII.---Qué debe creerse sobre las transformaciones que parecen ocurrir a los hombres por arte de los demonios.

1. Pero sobre este gran engaño de los demonios, tal vez quienes lean esto esperen que digamos algo. ¿Y qué diremos, sino que se debe huir del medio de Babilonia? Este precepto profético (Isaías XLVIII, 20) se entiende espiritualmente, de modo que huyamos de la ciudad de este mundo, que ciertamente es la sociedad de ángeles y hombres impíos, avanzando hacia el Dios vivo con pasos de fe, que obra por amor. Pues cuanto más vemos el poder de los demonios en estas cosas bajas, tanto más debemos adherirnos al Mediador, por quien ascendemos de lo bajo a lo alto. Si dijéramos que no se deben creer estas cosas, no faltan incluso ahora quienes afirman haber oído o incluso experimentado algunas de estas cosas con certeza. Pues también nosotros, cuando estábamos en Italia, oíamos tales cosas sobre una región de esas partes, donde se decía que las mujeres posaderas, imbuidas de estas malas artes, solían dar en el queso a los viajeros, a quienes querían o podían, de modo que se

transformaran inmediatamente en bestias de carga, y llevaran las cosas necesarias, y después de cumplir con su tarea, volvieran a ser ellos mismos: sin embargo, no se transformaba en ellos la mente en bestial, sino que se conservaba racional y humana, como Apuleyo en los libros que tituló Asno de oro, indicó que le sucedió a él mismo, que al tomar un veneno, permaneciendo su mente humana, se convirtió en asno, o lo indicó, o lo fingió.

2. Estas cosas o son falsas, o tan inusitadas que con razón no se creen. Sin embargo, se debe creer firmemente que el Dios omnipotente puede hacer todo lo que quiera, ya sea castigando o concediendo, y que los demonios no operan nada según el poder de su naturaleza (porque también es una criatura angélica, aunque por su propio vicio es maligna), sino lo que él permite, cuyos juicios son muchos ocultos, ninguno injusto. Y ciertamente los demonios no crean naturalezas, si hacen algo de lo cual se trata en esta cuestión; sino que cambian en apariencia las cosas que el verdadero Dios ha creado, para que parezcan ser lo que no son. Por lo tanto, no solo el alma, sino que tampoco el cuerpo creo que pueda ser convertido verdaderamente en miembros y formas bestiales por arte o poder de los demonios: sino que el phantasticum del hombre, que también se varía por innumerables géneros de cosas al pensar o soñar, y aunque no es cuerpo, sin embargo, toma formas similares a cuerpos con maravillosa rapidez, con los sentidos corporales del hombre dormidos u oprimidos, puede ser llevado de alguna manera inexplicable a la percepción de otros como si fuera una figura corpórea: de modo que los mismos cuerpos de los hombres yacen en algún lugar, vivos, pero con sus sentidos mucho más gravemente y vehementemente cerrados que en el sueño; y el phantasticum, como si fuera corpóreo, aparece en la figura de algún animal a los sentidos ajenos, y el hombre también se ve a sí mismo como tal, como podría verse a sí mismo en sueños, y llevar cargas: las cuales, si son verdaderos cuerpos, son llevadas por los demonios, para engañar a los hombres, viendo en parte verdaderos cuerpos de carga, en parte falsas bestias de carga. Pues un tal Praestantius indicaba que le sucedió a su padre, que tomó ese veneno a través del queso en su casa, y yacía en su cama como dormido, quien sin embargo de ninguna manera podía ser despertado. Después de algunos días, decía que despertó como si hubiera estado soñando, y narró como sueños lo que había experimentado, que se había convertido en caballo, y entre otras bestias de carga había llevado provisiones a los soldados, que se llama Retica, porque se transporta a Retias. Lo cual, como lo narró, se comprobó que había sucedido: sin embargo, le parecían sus sueños. Otro indicó que en su casa, por la noche, antes de descansar, vio venir a él a un filósofo muy conocido para él, y le expuso algunos puntos platónicos que antes había rehusado exponer cuando se lo pidió en su casa. Y cuando se le preguntó a ese mismo filósofo por qué hizo en su casa lo que había negado hacer en la suya, dijo: "No lo hice, sino que soñé que lo hacía." Y así, a uno se le mostró a través de una imagen phantastica lo que el otro vio en sueños.

3. Estas cosas no nos llegaron por cualquier persona, a quienes consideraríamos indignos de creer, sino por aquellos que no pensaríamos que nos hubieran mentido. Por lo tanto, lo que se dice de los hombres, y que está registrado en escritos, que los dioses o más bien los demonios de Arcadia solían convertirlos en lobos, y que Circe transformó a los compañeros de Ulises con sus cánticos, me parece que pudo haber sucedido de la manera que mencioné; si es que realmente sucedió. En cuanto a las aves de Diomedes, ya que se dice que su especie perdura a través de la sucesión, creo que no fueron hombres transformados, sino sustituidos por otros, como la cierva en lugar de Ifigenia, la hija del rey Agamenón. Pues a los demonios, permitidos por el juicio de Dios, no les habría sido difícil realizar tales engaños; pero como esa virgen fue encontrada viva después, fue fácil reconocer que una cierva había sido sustituida por ella. Sin embargo, los compañeros de Diomedes, como nunca aparecieron de repente en ningún lugar, y después no se vieron en ningún lugar, se cree que fueron

transformados en esas aves que fueron traídas secretamente de otros lugares, donde existe este tipo de aves, a esos lugares y repentinamente sustituidas, por los ángeles vengadores que los destruyeron. Que las aves de Diomedes lleven agua al templo y la rocíen con sus picos, que sean amables con los griegos y persigan a los extranjeros, no es sorprendente que suceda por instigación de los demonios; a quienes les interesa persuadir que Diomedes se convirtió en un dios, para engañar a los hombres, para que adoren a muchos dioses falsos con injuria al verdadero Dios, y sirvan a hombres muertos, que ni siquiera cuando vivían, vivieron verdaderamente, con templos, altares, sacrificios, sacerdotes (todo lo cual, cuando es correcto, solo se debe al único Dios vivo y verdadero).

CAPÍTULO XIX.---Que Eneas llegó a Italia en el tiempo en que Labdón era juez de los hebreos.

En ese tiempo, después de la captura y destrucción de Troya, Eneas llegó a Italia con veinte naves, en las que se transportaban los restos de los troyanos, reinando allí Latino, y en Atenas Menesteo, en Sición Polifides, en Asiria Tautanes; y entre los hebreos, el juez era Labdón. Al morir Latino, Eneas reinó tres años, permaneciendo los mismos reyes en los lugares mencionados, excepto que ya Pelasgo era el rey de los sicionios, y el juez de los hebreos era Sansón: quien, siendo maravillosamente fuerte, fue considerado Hércules. Pero a Eneas, como no apareció cuando murió, los latinos lo hicieron un dios. Los sabinos también elevaron a su primer rey Sanco, o como algunos lo llaman Sancto, a la categoría de dioses. En el mismo tiempo, Codro, rey de los atenienses, se ofreció a sí mismo para ser asesinado por los peloponesios, enemigos de su ciudad, sin ser reconocido: y así fue. De esta manera, dicen que liberó a su patria. Pues los peloponesios habían recibido la respuesta de que solo vencerían si no mataban a su rey. Así que los engañó apareciendo con el atuendo de un pobre, y provocando su propia muerte mediante una disputa. Por eso dice Virgilio: Y las disputas de Codro. Y los atenienses lo honraron como a un dios con sacrificios. En el cuarto rey de los latinos, Silvio, hijo de Eneas, no de Creusa, de quien fue Ascanio, que fue el tercero en reinar allí, sino de Lavinia, hija de Latino, a quien Eneas se dice que tuvo póstumamente; en el vigésimo noveno de los asirios, Oneo, y en el decimosexto de los atenienses, Melanto. Bajo el juez de los hebreos, el sacerdote Elí, el reino de los sicionios se consumió, que se dice que duró novecientos cincuenta y nueve años.

CAPÍTULO XX.---Sobre la sucesión del orden real entre los israelitas después de los tiempos de los jueces.

Pronto, mientras los mismos reyes gobernaban en los lugares mencionados, el reino de los israelitas, al finalizar el tiempo de los jueces, comenzó con el rey Saúl: en cuyo tiempo fue el profeta Samuel. Desde entonces, estos reyes de los latinos comenzaron a ser llamados Silvios: pues desde el que fue llamado primero Silvio, hijo de Eneas, a los demás que le siguieron se les imponían nombres propios, y no faltaba este sobrenombre; así como mucho después fueron llamados Césares, los que sucedieron a César Augusto. Pero al ser rechazado Saúl, para que nadie de su linaje reinara, y al morir, David sucedió en el reino después de cuarenta años del gobierno de Saúl. Entonces los atenienses dejaron de tener reyes después de la muerte de Codro, y comenzaron a tener magistrados para administrar la república. Después de David, que también reinó cuarenta años, su hijo Salomón fue rey de los israelitas, quien construyó el famoso templo de Dios en Jerusalén. En cuyo tiempo se fundó Alba entre los latinos, de donde en adelante comenzaron a ser llamados reyes de los albanos, no de los latinos, aunque en el mismo Lacio. A Salomón le sucedió su hijo Roboam, bajo quien el pueblo se dividió en dos reinos, y cada parte comenzó a tener sus propios reyes.

CAPÍTULO XXI.---Sobre los reyes del Lacio, de los cuales el primero, Eneas, y el duodécimo, Aventino, fueron hechos dioses.

El Lacio, después de Eneas, a quien hicieron dios, tuvo once reyes, de los cuales ninguno fue hecho dios. Aventino, sin embargo, que sigue a Eneas en el duodécimo lugar, al ser abatido en batalla y sepultado en el monte que aún lleva su nombre, fue añadido al número de tales dioses como los que solían hacer. Algunos, sin embargo, no quisieron escribir que fue muerto en batalla, sino que dijeron que no apareció: y que el monte no fue llamado por su nombre, sino por la llegada de aves, llamado Aventino. Después de él, no se hizo dios en el Lacio, sino Rómulo, fundador de Roma. Entre este y aquel se encuentran dos reyes: el primero de ellos, para expresarlo con un verso de Virgilio, Próximo está Procas, gloria de la raza troyana. En cuyo tiempo, ya que de alguna manera Roma estaba siendo gestada, aquel gran reino de los asirios llegó a su fin después de tanta duración. Pues fue transferido a los medos después de casi mil trescientos cinco años, contando también los tiempos de Belo, quien engendró a Nino, y allí, contento con un pequeño imperio, fue el primer rey. Procas reinó antes que Amulio. Amulio, por su parte, hizo a la hija de su hermano Numitor, llamada Rea, también conocida como Ilia, madre de Rómulo, una virgen vestal, de quien se dice que concibió gemelos de Marte, honrando o excusando de esta manera su violación, y aportando como argumento que los infantes expuestos fueron amamantados por una loba. Pues creen que este tipo de bestia pertenece a Marte, de modo que se cree que la loba ofreció sus ubres a los pequeños porque reconoció a los hijos de su señor Marte: aunque no faltan quienes dicen que, cuando yacían expuestos llorando, fueron recogidos primero por una prostituta desconocida, y que succionaron sus primeros pechos (llamaban lobas a las prostitutas, de donde incluso ahora se llaman lupanares a sus lugares de mala reputación), y que después llegaron a Faustulo, el pastor, y fueron criados por su esposa Acca. Aunque si para acusar al rey que cruelmente ordenó que fueran arrojados al agua, Dios quiso ayudar a esos infantes, por quienes se iba a fundar una gran ciudad, liberándolos divinamente del agua, a través de una fiera lactante, ¿qué hay de extraño en ello? A Amulio le sucedió en el reino del Lacio su hermano Numitor, abuelo de Rómulo, en cuyo primer año se fundó Roma; y por lo tanto reinó con su nieto, es decir, Rómulo.

CAPÍTULO XXII.---Que en el tiempo en que Roma fue fundada, el reino de los asirios cayó, y Ezequías reinaba en Judá.

Para no extenderme demasiado, la ciudad de Roma fue fundada, como una segunda Babilonia, y como hija de la primera Babilonia, por la cual a Dios le plació conquistar el mundo de las tierras y llevarlo a una sola sociedad de república y leyes, y pacificarlo ampliamente. Pues ya había pueblos fuertes y poderosos, y naciones entrenadas en armas, que no cederían fácilmente, y que era necesario superar con grandes peligros y devastación mutua no pequeña y un trabajo horrendo. Pues cuando el reino de los asirios subyugó casi toda Asia, aunque fue hecho mediante la guerra, no pudo hacerse con guerras muy ásperas y difíciles, porque las naciones aún eran rudas para resistir, ni tan numerosas, ni tan grandes: ya que después de aquel gran y universal diluvio, cuando solo ocho personas sobrevivieron en el arca de Noé, no habían pasado mucho más de mil años, cuando Nino subyugó toda Asia, excepto la India. Pero Roma no sometió con tal rapidez y facilidad a tantas naciones de Oriente y Occidente, que vemos sometidas al imperio romano; porque al crecer poco a poco, las encontró robustas y belicosas, dondequiera que se expandía. En el tiempo en que Roma fue fundada, el pueblo de Israel había estado en la tierra prometida setecientos dieciocho años. De los cuales veintisiete pertenecen a Josué, hijo de Nun, luego al tiempo de los jueces trescientos veintinueve. Desde que comenzaron a tener reyes allí, habían pasado trescientos sesenta y dos años. Y el rey entonces en Judá se llamaba Acaz, o, como otros cuentan, su

sucesor Ezequías, quien ciertamente fue un rey muy bueno y piadoso en los tiempos de Rómulo. En la parte del pueblo hebreo que se llamaba Israel, había comenzado a reinar Oseas.

CAPÍTULO XXIII.---Sobre la Sibila Eritrea, que entre otras sibilas se conoce por haber profetizado claramente sobre Cristo.

1. En el mismo tiempo, algunos dicen que la Sibila Eritrea profetizó. Varrón afirmó que hubo varias sibilas, no una sola. Esta Sibila Eritrea ciertamente escribió algunas cosas claras sobre Cristo: lo cual también leímos antes en latín en versos mal latinos y no correctos, por la impericia de un traductor desconocido, como después supimos. Pues el ilustre Flacciano, quien también fue procónsul, hombre de fácil elocuencia y gran erudición, cuando hablábamos sobre Cristo, nos mostró un códice griego, diciendo que eran poemas de la Sibila Eritrea, donde mostró en un lugar el orden de las letras en los comienzos de los versos, de modo que se leían estas palabras: Ἰησοῦς Χρειστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτὴρ: que en latín es, Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador. Estos versos, cuyas primeras letras dan el sentido que mencionamos, como alguien los ha interpretado en versos latinos y correctos, contienen esto: Signo del juicio, la tierra se empapará de sudor. El Rey vendrá del cielo para siempre: Evidentemente en carne presente para juzgar al mundo. Entonces verán a Dios el incrédulo y el fiel, Elevado con los santos, ya en el fin del siglo. Así las almas con carne estarán presentes, a quienes él juzga: Cuando yace inculto el mundo en densos matorrales. Rechazarán las imágenes de los hombres, y toda la riqueza: El fuego consumirá la tierra, el mar y el cielo, Buscando, romperá las puertas del oscuro Averno. Pero la luz libre será entregada a toda la carne de los santos. La llama eterna quemará a los culpables. Revelando los actos ocultos, entonces cada uno hablará Secretos, y Dios abrirá los corazones a la luz. Entonces habrá llanto, todos rechinarán los dientes. Se quitará el brillo del sol, y el coro de las estrellas desaparecerá. El cielo se enrollará, el esplendor lunar se desvanecerá. Derribará las colinas, elevará los valles desde el fondo. No habrá en las cosas de los hombres nada sublime o alto. Ya se igualarán los campos con los montes, y el azul del mar. Todo cesará, la tierra rota perecerá. Así se secarán las fuentes, y los ríos con fuego. Pero entonces la trompeta emitirá un sonido triste desde lo alto, Gimiendo el orbe por el crimen miserable y los diversos trabajos: Y el caos del Tártaro mostrará la tierra abriéndose. Y aquí ante el Señor los reyes serán presentados juntos. Caerá del cielo un río de fuego y azufre. En estos versos latinos traducidos de alguna manera del griego, no pudo aparecer el sentido que se obtiene cuando se conectan las letras que están al principio de los versos, donde la letra Y está puesta en griego; porque no se pudieron encontrar palabras latinas que comenzaran con la misma letra y que se ajustaran al sentido. Estos son los versos tres, el quinto, el decimoctavo y el decimonoveno. Por lo tanto, si conectamos las letras que están al principio de todos los versos, no leamos las de estos tres que están escritas, sino que recordemos la letra Y, como si estuviera puesta en esos lugares, se expresa en cinco palabras, Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador; pero cuando se dice en griego, no en latín. Y son veintisiete versos, que el número cuadrado ternario sólido da. Pues tres multiplicado por tres da nueve: y esos nueve si se multiplican por tres, para que la figura se eleve de ancho a alto, llegan a veintisiete. De estas cinco palabras griegas, que son, Ἰησους Χρειστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτερ, que es en latín, Jesús Cristo Hijo de Dios Salvador, si unes las primeras letras, será Ἰχθύς, que es Pez, en cuyo nombre se entiende mística y secretamente a Cristo, porque en el abismo de esta mortalidad, como en la profundidad de las aguas, pudo vivir, es decir, sin pecado.

2. Esta Sibila, ya sea Eritrea, o como algunos creen más, Cumea, no tiene en todo su poema, del cual esta es una pequeña parte, nada que se refiera al culto de dioses falsos o fabricados; sino que incluso habla contra ellos y contra sus adoradores, de modo que parece ser contada

entre aquellos que pertenecen a la ciudad de Dios. Lactancio también inserta en su obra algunas profecías de la Sibila sobre Cristo, aunque no especifica de cuál. Pero lo que él puso individualmente, pensé que debía ser puesto junto como si fuera uno solo extenso, lo que él mencionó como varios y breves. En manos iniquas, dice, vendrá después: pero darán a Dios bofetadas con manos impuras, y con boca impura escupirán escupitajos venenosos: pero dará su santo dorso a los azotes simplemente. Y recibiendo golpes, callará, para que nadie reconozca, qué palabra, o de dónde viene para hablar a los infiernos, y será coronado con una corona de espinas. Pero para comida le dieron hiel, y para sed vinagre: mostrarán esta mesa de inhospitalidad. Pues comenzando tú no entendiste a tu Dios, jugando con las mentes de los mortales; pero lo coronaste con espinas, y mezclaste horrible hiel. Pero el velo del templo se rasgará: y al mediodía habrá una noche muy oscura durante tres horas. Y morirá en muerte, durmiendo tres días: y entonces regresando de los infiernos vendrá a la luz primero, mostrando el principio de la resurrección a los llamados. Lactancio usó estos testimonios sibilinos, intercalándolos en su discurso según lo requería lo que intentaba probar, sin interponer nada, sino poniéndolos en una serie continua, solo cuidando de distinguirlos con encabezados, si los escritores sucesivos no descuidan conservarlos. Algunos dicen que la Sibila Eritrea no fue en tiempos de Rómulo, sino en tiempos de la guerra de Troya.

CAPÍTULO XXIV.---Que en el reinado de Rómulo brillaron los siete sabios, en cuyo tiempo las diez tribus llamadas Israel fueron llevadas cautivas por los caldeos, y Rómulo muerto fue honrado con divinidad.

En el reinado de Rómulo se dice que vivió Tales de Mileto, uno de los siete sabios, que después de los poetas teólogos, entre los cuales Orfeo fue el más famoso, fueron llamados Σοφοί, que en latín es Sabios. En el mismo tiempo, las diez tribus, que en la división del pueblo fueron llamadas Israel, fueron derrotadas por los caldeos y llevadas cautivas a esas tierras, quedando en la tierra de Judá las dos tribus que se llamaban con el nombre de Judá, y tenían su sede en Jerusalén. A Rómulo muerto, como tampoco apareció, los romanos lo elevaron a la categoría de dioses, lo cual es muy conocido, y no se hizo después sino por adulación, no por error, en tiempos de los Césares, de modo que Cicerón atribuye grandes alabanzas a Rómulo, porque no en tiempos rudos e incultos, cuando los hombres eran fácilmente engañados, sino ya en tiempos refinados y educados mereció estos honores; aunque aún no había florecido y proliferado la sutil y aguda elocuencia de los filósofos. Pero aunque los tiempos posteriores no hicieron dioses a los hombres muertos, sin embargo, no dejaron de adorar y tener como dioses a los instituidos por los antiguos: incluso aumentaron la atracción de la vana e impía superstición con imágenes, que los antiguos no tenían, lo que hicieron los demonios inmundos en sus corazones, engañándolos también con oráculos engañosos, para que incluso los crímenes fabulosos de los dioses, que ya no se inventaban en tiempos más civilizados, se representaran vergonzosamente en los juegos en honor de esos mismos falsos dioses. Luego reinó Numa después de Rómulo, quien creyó que esa ciudad debía ser protegida por la multitud de dioses falsos, pero él mismo no mereció ser contado entre esa multitud al morir, como si se pensara que había llenado el cielo de tal multitud de dioses que no pudo encontrar lugar allí. Durante su reinado en Roma, y al inicio del reinado de Manasés entre los hebreos, se dice que existió la Sibila Samia.

CAPÍTULO XXV.---Qué filósofos brillaron durante el reinado de Tarquinio Prisco en Roma, y de Sedequías entre los hebreos, cuando Jerusalén fue capturada y el templo destruido.

Durante el reinado de Sedequías entre los hebreos, y de Tarquinio Prisco en Roma, quien sucedió a Anco Marcio, el pueblo judío fue llevado cautivo a Babilonia, siendo destruida Jerusalén y el templo construido por Salomón. Pues los profetas, increpándolos por sus

iniquidades e impiedades, les habían predicho estas cosas, especialmente Jeremías, quien incluso definió el número de años. En ese tiempo se dice que vivió Pitaco de Mitilene, otro de los siete sabios. Y Eusebio escribe que los otros cinco, que se añaden a Tales, a quien mencionamos antes, y a este Pitaco, para que se cuenten como siete, vivieron en el tiempo en que el pueblo de Dios estaba cautivo en Babilonia. Estos son, Solón de Atenas, Quilón de Esparta, Periandro de Corinto, Cleóbulo de Lindos, y Bías de Priene. Todos estos siete, llamados sabios, brillaron después de los poetas teólogos, porque se destacaban entre los hombres por un cierto modo de vida loable, y resumieron algunos preceptos de moral en sentencias breves. Sin embargo, no dejaron monumentos escritos para la posteridad, excepto que se dice que Solón dio algunas leyes a los atenienses; Tales fue un físico y dejó libros de sus doctrinas. En el tiempo de la cautividad judía, también brillaron Anaximandro, Anaxímenes y Jenófanes, físicos. Entonces también Pitágoras, de quien comenzaron a llamarse filósofos.

CAPÍTULO XXVI.---Que en el tiempo en que se cumplían los setenta años de la cautividad de los judíos, los romanos también fueron liberados del dominio regio.

Por el mismo tiempo, Ciro, rey de los persas, quien también gobernaba a los caldeos y asirios, permitió que una parte de los judíos cautivos regresara, haciendo que cincuenta mil de ellos volvieran para restaurar el templo. Solo se comenzaron los cimientos y se construyó el altar. Sin embargo, debido a los ataques de los enemigos, no pudieron avanzar en la construcción, y la obra se pospuso hasta el reinado de Darío. Durante este mismo tiempo, también ocurrieron los eventos narrados en el libro de Judit, el cual, según se dice, no fue aceptado en el canon de las Escrituras por los judíos. Bajo el reinado de Darío, rey de los persas, se cumplió el período de setenta años que había profetizado Jeremías, y los judíos recuperaron su libertad al ser liberados de la cautividad, mientras gobernaba el séptimo rey de los romanos, Tarquinio. Al ser expulsado este, también los romanos comenzaron a ser libres del dominio de sus reyes. Hasta este tiempo, el pueblo de Israel tuvo profetas, de los cuales, aunque fueron muchos, solo se conservan los escritos canónicos de unos pocos tanto entre los judíos como entre nosotros. Prometí incluir algunos de ellos en este libro, al cerrar el anterior, lo cual veo que ya es necesario hacer.

CAPÍTULO XXVII.---De los tiempos de los profetas, cuyos oráculos se encuentran en los libros; y quienes entonces profetizaron mucho sobre la vocación de los gentiles, cuando comenzó el reino romano y decayó el asirio.

Para poder advertir sus tiempos, retrocedamos un poco. En el inicio del libro del profeta Oseas, quien es el primero en ser colocado entre los doce, está escrito: "Palabra del Señor que fue dirigida a Oseas en los días de Ozías, y Jotam, y Acaz, y Ezequías, reyes de Judá" (Oseas I, 1). Amós también escribe que profetizó en los días del rey Ozías, añadiendo también al rey Jeroboam de Israel, quien fue contemporáneo (Amós I, 1). Asimismo, Isaías, hijo de Amós, ya sea el mencionado profeta o, como se dice más comúnmente, otro con el mismo nombre, menciona a los mismos cuatro reyes que Oseas en el inicio de su libro, durante cuyos días profetizó. Miqueas también menciona los mismos tiempos de su profecía después de los días de Ozías, nombrando a los tres reyes que también mencionó Oseas: Jotam, Acaz y Ezequías (Miqueas I, 1). Estos son los que se encuentran profetizando simultáneamente en sus escritos. A ellos se une Jonás durante el reinado del mismo rey Ozías, y Joel cuando ya reinaba Jotam, quien sucedió a Ozías. Pero los tiempos de estos dos profetas no los pudimos encontrar en las Crónicas, ya que sus libros no mencionan sus días. Estos días se extienden desde el rey de los latinos Proca, o el anterior Aventino, hasta el rey Rómulo de los romanos, o incluso hasta los

inicios del reino de su sucesor Numa Pompilio: pues el rey Ezequías de Judá reinó hasta entonces; y por lo tanto, en esos tiempos, estos profetas surgieron como fuentes de profecía, cuando el reino asirio decayó y comenzó el romano: para que así como en el primer tiempo del reino de los asirios existió Abraham, a quien se le hicieron promesas clarísimas de bendición para todas las naciones en su descendencia; así, al inicio de la Babilonia occidental, bajo cuyo imperio habría de venir Cristo, en quien se cumplirían aquellas promesas, los oráculos de los profetas, no solo hablando, sino también escribiendo en testimonio de tan gran acontecimiento futuro, se cumplieran. Pues aunque los profetas casi nunca faltaron al pueblo de Israel desde que comenzaron a tener reyes, solo fueron para su uso, no para las naciones: pero cuando se estaba componiendo esa escritura profética que algún día sería útil para las naciones, era necesario que comenzara cuando se estaba fundando esta ciudad que habría de gobernar a las naciones.

CAPÍTULO XXVIII.---De lo que Oseas y Amós profetizaron respecto al Evangelio de Cristo.

El profeta Oseas, cuanto más profundamente habla, tanto más laborioso es penetrarlo. Pero algo debe tomarse de allí y colocarse aquí según nuestra promesa. Y será, dice, en el lugar donde se les dijo: "No sois mi pueblo", serán llamados hijos del Dios vivo (Oseas I, 10). Este testimonio profético sobre la vocación del pueblo de los gentiles, que antes no pertenecía a Dios, también lo entendieron los apóstoles (Rom. IX, 26). Y porque este mismo pueblo de los gentiles es espiritualmente parte de los hijos de Abraham, y por lo tanto se le llama correctamente Israel, sigue diciendo: "Y se congregarán los hijos de Judá y los hijos de Israel en uno, y se pondrán un solo jefe, y subirán de la tierra" (Oseas I, 11). Si quisiéramos explicar esto más, se perdería el sabor profético. Sin embargo, recordemos aquella piedra angular, y aquellos dos muros, uno de los judíos, otro de los gentiles (Efes. II, 14, 15, 20-22); aquel bajo el nombre de los hijos de Judá, este bajo el nombre de los hijos de Israel, apoyándose en su único jefe, y subiendo de la tierra. Estos israelitas carnales, que ahora no quieren creer en Cristo, después creerán, es decir, sus hijos (pues ciertamente estos pasarán a su lugar al morir), el mismo profeta lo testifica, diciendo: "Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin sacerdocio, sin manifestaciones. ¿Quién no ve que ahora los judíos están así? Pero escuchemos lo que añade: "Y después, dice, volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey: y se asombrarán en el Señor, y en sus bienes, en los últimos días" (Oseas III, 4, 5, según la LXX). No hay nada más claro que esta profecía, cuando se entiende que con el nombre del rey David se significa a Cristo, quien fue hecho, como dice el apóstol, del linaje de David según la carne (Rom. I, 3). Este profeta también predijo la resurrección de Cristo al tercer día, como debía ser predicha con la altura profética, donde dice: "Nos sanará después de dos días, al tercer día resucitaremos" (Oseas VI, 3). Según esto, el apóstol nos dice: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba" (Col. III, 1). Amós también profetiza sobre tales cosas: "Prepárate, dice, para invocar a tu Dios, Israel; porque he aquí yo afirmo el trueno, y creo el espíritu, y anuncio a los hombres su Cristo" (Amós IV, 12 y 13, según la LXX). Y en otro lugar: "En aquel día, dice, levantaré el tabernáculo de David que cayó, y reedificaré lo que cayó de él, y resucitaré sus ruinas, y lo reedificaré como en los días antiguos; para que me busquen los restos de los hombres, y todas las naciones sobre las cuales es invocado mi nombre, dice el Señor que hace esto" (Amós IX, 11 y 12, según la LXX).

CAPÍTULO XXIX.---Lo que Isaías predijo sobre Cristo y la Iglesia.

1. El profeta Isaías no está en el libro de los doce profetas, que se llaman menores porque sus discursos son breves, en comparación con aquellos que se llaman mayores porque escribieron volúmenes extensos: de los cuales es este Isaías, a quien por los mismos tiempos de profecía añado a los dos mencionados anteriormente. Isaías, pues, entre las cosas que reprende como iniquas, y las justas que ordena, y las malas que predice al pueblo pecador, profetizó mucho más que los demás sobre Cristo y la Iglesia, es decir, sobre el Rey y la ciudad que fundó: tanto que algunos lo llamaron evangelista más que profeta. Pero por la razón de terminar la obra, pondré aquí una de las muchas. Hablando en persona de Dios Padre: "He aquí, dice, mi siervo entenderá, será exaltado y glorificado en gran manera. Como muchos se asombraron de ti, así será desfigurada su apariencia más que la de cualquier hombre, y su forma más que la de los hijos de los hombres: así asombrará a muchas naciones, y los reyes cerrarán su boca ante él: porque verán lo que no les fue anunciado, y entenderán lo que no oyeron. Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio, y a quién se ha revelado el brazo del Señor? Lo anunciamos delante de él, como un niño, como una raíz en tierra seca: no tiene apariencia ni hermosura. Y lo vimos, y no tenía apariencia ni belleza: sino que su apariencia era sin honor, desfigurado más que todos los hombres. Hombre de dolores, experimentado en sufrimiento: porque su rostro estaba vuelto: fue menospreciado, y no lo estimamos. Él llevó nuestros pecados, y sufrió por nosotros: y nosotros lo consideramos herido, golpeado por Dios, y afligido. Pero él fue herido por nuestras transgresiones, y molido por nuestras iniquidades. El castigo de nuestra paz fue sobre él: y por sus llagas fuimos sanados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada uno se apartó por su camino: y el Señor cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros: y él, aunque fue afligido, no abrió su boca. Como cordero fue llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores, en silencio, así no abrió su boca. En su humillación fue quitado su juicio. ¿Quién contará su generación? Porque fue cortado de la tierra de los vivientes. Por las transgresiones de mi pueblo fue herido. Y le daré los malvados por su sepultura, y los ricos por su muerte. Porque no hizo iniquidad, ni hubo engaño en su boca: y el Señor quiso purificarlo de la plaga. Si ofrecéis vuestra alma por el pecado, veréis descendencia prolongada: y el Señor quiere quitar el dolor de su alma, mostrarle la luz, y formar el entendimiento, justificar al justo que sirve bien a muchos: y él llevará sus iniquidades. Por tanto, él heredará a muchos, y con los fuertes repartirá el botín: porque su alma fue entregada a la muerte; y fue contado con los transgresores, y él llevó los pecados de muchos, y por sus transgresiones fue entregado" (Isaías LII, 13-15; LIII, 1-12, según la LXX). Esto sobre Cristo.

2. Ahora bien, sobre la Iglesia, escuchemos lo que sigue: "Regocíjate, estéril, que no das a luz; rompe en júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto: porque más son los hijos de la desolada que los de la casada. Ensancha el lugar de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones: alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas; extiéndete aún a la derecha y a la izquierda. Y tu descendencia heredará naciones; y habitarás las ciudades desoladas. No temas, porque no serás avergonzada; ni te sientas humillada, porque no serás deshonrada: porque olvidarás la vergüenza de tu juventud, y no recordarás más el oprobio de tu viudez. Porque tu Hacedor es tu esposo, el Señor de los ejércitos es su nombre: y tu Redentor, el Santo de Israel, será llamado Dios de toda la tierra" (Isaías LIV, 1-5), y lo demás. Pero esto es suficiente: y en ellos hay algunas cosas que deben ser explicadas; pero considero que es suficiente lo que está tan claro, que incluso los enemigos se ven obligados a entenderlo.

CAPÍTULO XXX.---Lo que Miqueas, Jonás y Joel profetizaron en concordancia con el Nuevo Testamento.

1. El profeta Miqueas, poniendo a Cristo en figura de un gran monte, dice: "En los últimos días será manifiesto el monte de la casa del Señor, preparado sobre la cima de los montes; y

será exaltado sobre los collados. Y acudirán a él pueblos, y vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas: porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor. Y juzgará entre muchos pueblos, y reprenderá a naciones poderosas hasta muy lejos" (Miqueas IV, 1-3). Este profeta también predice el lugar donde nacería Cristo: "Y tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá: de ti me saldrá el que será gobernante en Israel: y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad. Por tanto, los entregará hasta el tiempo en que dé a luz la que ha de dar a luz, y el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel. Y él estará, y pastoreará con la fuerza del Señor, y en la majestad del nombre del Señor su Dios: y ellos habitarán seguros, porque ahora será engrandecido hasta los confines de la tierra" (Miqueas V, 2-4, según la LXX).

2. Jonás, sin embargo, no profetizó tanto con palabras sobre Cristo, como con su propia experiencia, ciertamente más claramente que si hubiera proclamado con su voz la muerte y resurrección de Cristo. ¿Por qué, si no, fue tragado por el vientre del gran pez y devuelto al tercer día, sino para significar que Cristo regresaría del abismo del infierno al tercer día?

3. Joel, todo lo que profetiza, requiere ser explicado con muchas palabras para que lo que se refiere a Cristo y la Iglesia se haga claro. Sin embargo, no omitiré una cosa que también los apóstoles mencionaron, cuando el Espíritu Santo, como había sido prometido por Cristo, descendió sobre los creyentes reunidos (Hechos II, 17, 18). "Y será, dice, después de esto, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones: y también sobre los siervos y las siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu" (Joel II, 28 y 29).

CAPÍTULO XXXI.---Lo que se encuentra en Abdías, Nahúm y Habacuc sobre la salvación del mundo en Cristo.

1. Tres profetas de los menores, Abdías, Nahúm, Habacuc, no mencionan sus tiempos, ni se encuentran en las Crónicas de Eusebio y Jerónimo, cuándo profetizaron. Abdías está colocado por ellos junto a Miqueas, pero no en el lugar donde se anotan los tiempos en que se sabe que Miqueas profetizó: lo cual creo que ocurrió por error de los que descuidadamente transcribieron los trabajos de otros. No pudimos encontrar a los otros dos mencionados en los códices de las Crónicas que tuvimos: sin embargo, como están contenidos en el canon, no deben ser omitidos por nosotros. Abdías, en cuanto a su escritura, es el más breve de los profetas, habla contra Edom, la nación de Esaú, de los dos gemelos hijos de Isaac, nietos de Abraham, el mayor de los cuales fue rechazado. Ahora bien, si tomamos a Edom en el modo de hablar en que se entiende una parte por el todo, podemos reconocer que se refiere a las naciones: sobre Cristo podemos entender lo que dice entre otras cosas: "Pero en el monte Sion habrá salvación, y será santo. Y poco después, al final de su profecía: "Y subirán los salvados del monte Sion para juzgar el monte de Esaú, y el reino será del Señor" (Abdías 17, 21, según la LXX). Esto se cumplió evidentemente cuando los salvados del monte Sion, es decir, de Judea, creyentes en Cristo, que se reconocen principalmente como los apóstoles, subieron para juzgar el monte de Esaú. ¿Cómo lo juzgarían, sino salvando a los que creyeron a través de la predicación del Evangelio, para que fueran liberados del poder de las tinieblas y trasladados al reino de Dios? Lo cual expresó consecuentemente añadiendo: "Y el reino será del Señor". Pues el monte Sion significa Judea, donde se predijo que habría salvación y santidad, que es Cristo Jesús: el monte de Esaú es Edom, por el cual se significó la Iglesia de los gentiles, que fue juzgada, como expliqué, por los salvados del monte Sion, para que fuera el reino del Señor. Esto era oscuro antes de que sucediera; pero ¿quién no lo reconoce ahora que ha sucedido?

2. Nahúm, en verdad, a través de él Dios dice: "Exterminaré las imágenes talladas y fundidas: pondré tu sepultura: porque son veloces sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz. Celebra, Judá, tus fiestas, cumple tus votos: porque ya no pasarán más a la antigüedad. Se ha consumado, se ha acabado, ha sido quitado. Ha subido el que sopla en tu rostro, librándote de la tribulación" (Nahúm I, 14 y 15; II, 1, según la LXX). Recuerde quién ascendió de entre los muertos y sopló en el rostro de Judá, es decir, de los discípulos judíos, el Espíritu Santo, quien recuerda el Evangelio. Pues pertenecen al Nuevo Testamento, cuyas fiestas se renuevan espiritualmente de tal manera que no pueden pasar a la antigüedad. Por el Evangelio vemos exterminadas las imágenes talladas y fundidas, es decir, los ídolos de los dioses falsos, y entregadas al olvido como a una sepultura; y reconocemos que esta profecía también se ha cumplido en este asunto.

3. Habacuc, ¿de qué otro se entiende que habla, sino del advenimiento de Cristo, que había de venir, cuando dice: "Y el Señor me respondió, y dijo: Escribe la visión claramente en tablas; para que corra el que la lea: porque la visión es aún para un tiempo señalado, y se levantará al final, y no será en vano: si tarda, espéralo; porque vendrá, y no tardará" (Habacuc II, 2 y 3)?

CAPÍTULO XXXII.---De la profecía contenida en la Oración de Habacuc y el Cántico.

En su oración con el Cántico, ¿a quién sino al Señor Cristo dice: "Señor, he oído tu fama y temí; Señor, he considerado tus obras y me he espantado"? ¿Qué es esto sino la admiración inefable de la salvación de los hombres, conocida de antemano, nueva y repentina? "En medio de dos animales serás conocido", ¿qué es esto sino en medio de los dos Testamentos, o en medio de los dos ladrones, o en medio de Moisés y Elías hablando con Él en el monte? "Cuando se acerquen los años, serás conocido; en el tiempo del advenimiento serás manifestado", no necesita explicación. "Cuando mi alma esté turbada, en la ira recordarás la misericordia", ¿qué es esto sino que transformó en sí mismo a los judíos, de cuya nación era, quienes, turbados con gran ira, crucificaron a Cristo, y Él, recordando la misericordia, dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Luc. XXIII, 34)? "Dios vendrá de Temán, y el Santo del monte sombrío y denso". Lo que aquí se dice, "vendrá de Temán", otros lo han interpretado como "del Sur" o "del África": por lo cual se significa el mediodía, es decir, el fervor de la caridad y el esplendor de la verdad. El monte sombrío y denso, aunque puede entenderse de muchas maneras, prefiero aceptarlo como la profundidad de las Escrituras divinas, en las cuales Cristo fue profetizado. Allí hay muchas cosas sombrías y densas que ejercitan la mente del que busca. De allí viene, cuando lo encuentra quien entiende. "Cubrió los cielos su poder, y la tierra está llena de su alabanza", ¿qué es esto sino lo que también se dice en el Salmo: "Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria" (Sal. LVI, 6)? "Su esplendor será como la luz", ¿qué es esto sino que su fama iluminará a los creyentes? "Cuernos en sus manos", ¿qué es esto sino el trofeo de la cruz? "Y puso el amor firme de su fortaleza", no necesita explicación. "Delante de su rostro irá la palabra, y saldrá al campo tras sus pasos", ¿qué es esto sino que antes de que viniera aquí, fue anunciado; y después de que regresó de aquí, fue proclamado? "Se detuvo, y la tierra se conmovió", ¿qué es esto sino que se detuvo para socorrer; y la tierra se conmovió para creer? "Miró y se derritieron las naciones": esto es, tuvo misericordia y convirtió a los pueblos en penitentes. "Los montes fueron quebrantados por la violencia": esto es, por los milagros que hicieron violencia, fue quebrantado el orgullo de los altivos. "Los collados eternos fluyeron": esto es, fueron humillados por un tiempo, para ser elevados eternamente. "Vi sus entradas eternas por los trabajos": esto es, no sin la recompensa de la eternidad, contemplé el trabajo de la caridad. "Las tiendas de los etíopes temerán, y las tiendas de la tierra de Madián": esto

es, las naciones repentinamente aterradas por el anuncio de tus maravillas, incluso las que no están bajo la ley romana, estarán en el pueblo cristiano. "¿Acaso en los ríos te enojaste, Señor, o en los ríos fue tu furia, o en el mar tu ímpetu?" Esto se dice porque no vino ahora para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvado por Él (Juan III, 17). "Porque subirás sobre tus caballos; y tu cabalgadura es la salvación": esto es, tus evangelistas te llevarán, quienes son guiados por ti; y tu Evangelio es salvación para aquellos que creen en ti. "Tensando, tensarás tu arco sobre los cetros, dice el Señor": esto es, amenazarás tu juicio incluso a los reyes de la tierra. "Los ríos dividirán la tierra": esto es, por los discursos influyentes de los que te predican, se abrirán para confesar los corazones de los hombres, a quienes se les dice: "Rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos" (Joel II, 13). ¿Qué es "Te verán, y los pueblos se dolerán", sino para que sean bienaventurados llorando? ¿Qué es "Dispersando aguas en su andar", sino que caminando en aquellos que te anuncian por todas partes, dispersas las corrientes de doctrina? ¿Qué es "El abismo dio su voz"? ¿Acaso la profundidad del corazón humano expresó lo que le parecía? "La altura de su fantasía", es como la exposición del verso anterior; la altura es el abismo. Pero lo que dice, "de su fantasía", debe entenderse como "dio su voz": esto es, lo que dijimos, expresó lo que le parecía. La fantasía es una visión, que no retuvo, no cubrió, sino que confesando eructó. "El sol se elevó, y la luna se detuvo en su orden": esto es, Cristo ascendió al cielo, y la Iglesia fue ordenada bajo su rey. "Tus dardos irán a la luz": esto es, no en oculto, sino en manifiesto serán enviados tus palabras. "En el resplandor del brillo de tus armas": debe entenderse, "tus dardos irán". Pues había dicho a los suyos: "Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz" (Mat. X, 27). "En la amenaza disminuirás la tierra": es decir, amenazando humillarás a los hombres. "Y en la furia derribarás a las naciones": porque a aquellos que se exaltan, los derribarás vengándote. "Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tus ungidos; enviaste la muerte sobre las cabezas de los inicuos": nada de esto necesita explicación. "Despertaste las cadenas hasta el cuello". Y aquí pueden entenderse las buenas cadenas de la sabiduría, para que se pongan los pies en sus grilletes, y el cuello en su collar. "Cortaste en el estupor de la mente": entendamos, "las cadenas": pues despertó las buenas, cortó las malas, de las cuales se le dice: "Rompiste mis cadenas" (Sal. CXV, 16): y esto "en el estupor de la mente", es decir, maravillosamente. "Las cabezas de los poderosos se moverán en ella": en esa admiración. "Abrirán sus bocas, como comiendo el pobre en secreto". Pues algunos poderosos de los judíos venían al Señor maravillados por sus hechos y palabras, y hambrientos comían el pan de la doctrina en secreto por miedo a los judíos, como los delató el Evangelio (Juan XIX, 38). "Y enviaste al mar tus caballos, turbando muchas aguas": que no son otra cosa que muchos pueblos. Pues no se convertirían unos por temor, otros perseguirían con furia, si no todos se turbaran. "Observé, y mi vientre se espantó por la voz de la oración de mis labios: y el temblor entró en mis huesos, y debajo de mí se turbó mi estado". Prestó atención a lo que decía, y se aterrorizó con su propia oración, que proféticamente pronunciaba, y en la que veía el futuro. Pues viendo a muchos pueblos turbados, vio las tribulaciones inminentes de la Iglesia, y de inmediato se reconoció como miembro de ella, y dijo: "Descansaré en el día de la tribulación": como perteneciendo a aquellos que son gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación (Rom. XII, 12). "Para que suba", dice, "al pueblo de mi peregrinación": alejándose ciertamente del pueblo maligno de su parentesco carnal, que no peregrina en esta tierra, ni busca la patria celestial. "Porque la higuera", dice, "no dará fruto, y no habrá nacimientos en las viñas: mentirá la obra del olivo, y los campos no darán alimento. Las ovejas han fallado en el alimento, y no quedan bueyes en los establos". Vio a esa nación, que iba a matar a Cristo, perder la abundancia de las riquezas espirituales, que figuró proféticamente a través de la fecundidad terrenal. Y porque esa nación sufrió tal ira de Dios, porque ignorando la justicia de Dios, quiso establecer la suya propia (Id. X, 3), él de inmediato dice: "Pero yo me regocijaré en el Señor, me alegraré

en Dios mi salvador. El Señor Dios es mi fortaleza, afirmará mis pies en la consumación; me pondrá sobre las alturas, para que venza en su cántico" (Habacuc III), ciertamente en ese cántico, del cual se dicen cosas similares en el Salmo: "Puso mis pies sobre la roca, y dirigió mis pasos; y puso en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios" (Sal. XXXIX, 3 y 4). Por tanto, vence en el cántico del Señor, quien se complace en su alabanza, no en la suya, para que "el que se gloría, gloríese en el Señor" (I Cor. I, 31). Sin embargo, me parece mejor que algunos códices tengan: "Me alegraré en Dios mi Jesús", que aquellos que queriendo ponerlo en latín, no pusieron el nombre mismo, que es más amigable y dulce de nombrar para nosotros.

CAPÍTULO XXXIII.---De Cristo y la vocación de los Gentiles que Jeremías y Sofonías profetizaron con el Espíritu profético.

1. El profeta Jeremías es de los mayores, como Isaías; no de los menores, como los demás, de cuyos escritos ya he puesto algunos. Profetizó durante el reinado de Josías en Jerusalén, y entre los romanos Anco Marcio, ya cercana la cautividad de los judíos. Extendió su profecía hasta el quinto mes de la cautividad, como encontramos en sus escritos. Sofonías, uno de los menores, se le une. Pues él mismo dice que profetizó en los días de Josías (Sofon. I, 1): pero no dice hasta cuándo. Jeremías, por tanto, profetizó no solo en los tiempos de Anco Marcio, sino también en los de Tarquinio Prisco, a quien los romanos tuvieron como quinto rey. Pues él ya había comenzado a reinar cuando se produjo esa cautividad. Profetizando, pues, sobre Cristo, Jeremías dice: "El Espíritu de nuestra boca, el Señor Cristo, fue capturado en nuestros pecados" (Lament. IV, 20); mostrando así brevemente, tanto a nuestro Señor Cristo, como que sufrió por nosotros. También en otro lugar: "Este es mi Dios", dice, "y no se estimará a otro junto a Él: quien encontró todo el camino de la prudencia, y la dio a Jacob su siervo, y a Israel su amado: después de esto fue visto en la tierra, y conversó con los hombres" (Baruc III, 36-38). Este testimonio algunos no lo atribuyen a Jeremías, sino a su escriba, que se llamaba Baruc: pero se tiene más celebrado como de Jeremías. Nuevamente, el mismo profeta sobre él: "He aquí", dice, "vienen días, dice el Señor, y levantaré a David un renuevo justo, y reinará un rey, y será sabio, y hará juicio y justicia en la tierra. En esos días será salvo Judá, e Israel habitará confiadamente: y este es el nombre con que lo llamarán, el Señor nuestra justicia" (Jerem. XXIII, 5, 6). También sobre la vocación de los gentiles, que iba a suceder (y que ahora vemos cumplida) habló así: "Señor, mi Dios y mi refugio en el día de los males, a ti vendrán las naciones desde los confines de la tierra, y dirán: Verdaderamente mentiras heredaron nuestros padres, ídolos, y no hay en ellos utilidad" (Id. XVI, 19). Porque no iban a reconocerlo los judíos, de quienes debía ser muerto, así lo indica el mismo profeta: "El corazón es engañoso sobre todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?" (Id. XVII, 9, según LXX). También es de él lo que en el libro decimos séptimo puse sobre el Nuevo Testamento (Cap. 3), del cual Cristo es mediador. Pues Jeremías dice: "He aquí vienen días, dice el Señor, y haré sobre la casa de Jacob un Nuevo Testamento" (Jerem. XXXI, 31), y lo demás que allí se lee.

2. De Sofonías, el profeta que profetizaba con Jeremías, pondré por ahora estas cosas dichas sobre Cristo: "Espérame, dice el Señor, en el día de mi resurrección, en el futuro: porque mi juicio es reunir las naciones, y juntar los reinos" (Sofon. III, 8). Y nuevamente: "Terrible", dice, "será el Señor sobre ellos, y exterminará a todos los dioses de la tierra; y lo adorará cada uno desde su lugar, todas las islas de las naciones" (Id. II, 11). Y poco después: "Entonces", dice, "transformaré a los pueblos en un lenguaje puro, para que todos invoquen el nombre del Señor, y le sirvan bajo un solo yugo; desde los confines de los ríos de Etiopía me traerán ofrendas. En ese día no te avergonzarás de todas tus acciones, con las que impíamente actuaste contra mí: porque entonces quitaré de en medio de ti a los que se alegran en tu

soberbia; y no te ensoberbecerás más en mi monte santo: y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre; y confiarán en el nombre del Señor, los que queden de Israel" (Id. III, 9-13, según LXX). Estas son las reliquias, de las cuales se profetiza en otro lugar, lo que también el Apóstol recuerda: "Si el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, las reliquias serán salvas" (Isa. X, 22; Rom. IX. 27). Pues estas reliquias de esa nación creyeron en Cristo.

CAPÍTULO XXXIV.---De la profecía de Daniel y Ezequiel, que concuerda con Cristo y la Iglesia.

1. En la misma cautividad de Babilonia profetizaron primero Daniel y Ezequiel, otros dos de los Profetas mayores. De los cuales Daniel también definió el tiempo en que Cristo había de venir y sufrir, con un número de años: lo cual es largo de mostrar computando, y ha sido hecho por otros antes de nosotros. Sobre su poder y gloria habló así: "Miraba", dice, "en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como hijo de hombre, y llegó hasta el Anciano de días; y fue presentado delante de él; y le fue dado dominio, gloria y reino: y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán. Su dominio es un dominio eterno, que no pasará; y su reino no será destruido" (Dan. VII, 13 y 14).

2. Ezequiel también, significando a Cristo por David de manera profética, porque tomó carne del linaje de David; por la cual forma de siervo, en la que se hizo hombre, también se llama siervo de Dios el mismo Hijo de Dios; así lo profetiza anunciándolo desde la persona de Dios Padre: "Y levantaré", dice, "sobre mis ovejas un pastor que las apaciente, mi siervo David: él las apacentará, y él será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos: yo, el Señor, he hablado" (Ezequiel XXXIV, 23 y 24). Y en otro lugar: "Y un rey", dice, "será para todos ellos: y no serán más dos naciones, ni se dividirán más en dos reinos; ni se contaminarán más con sus ídolos, y con sus abominaciones, y con todas sus iniquidades. Y los salvaré de todas sus moradas, en las cuales pecaron, y los limpiaré: y serán mi pueblo, y yo seré su Dios: y mi siervo David será rey sobre ellos, y pastor único de todos ellos" (Id. XXXVII, 22-24).

CAPÍTULO XXXV.---De la profecía de tres profetas, es decir, Ageo, Zacarías y Malaquías.

1. Quedan tres profetas menores, que profetizaron al final de la cautividad, Ageo, Zacarías, Malaquías. De los cuales Ageo profetiza a Cristo y la Iglesia con esta brevedad más clara: "Así dice el Señor de los ejércitos: Aún un poco más, y yo conmoveré el cielo, y la tierra, y el mar, y la tierra seca, y moveré a todas las naciones; y vendrá el Deseado de todas las naciones" (Ageo II, 7 y 8). Esta profecía en parte ya se ve cumplida, en parte se espera que se cumpla al final. Pues movió el cielo con el testimonio de los ángeles y las estrellas, cuando Cristo se encarnó. Movió la tierra con el gran milagro de su nacimiento virginal. Movió el mar y la tierra seca, cuando Cristo es anunciado tanto en las islas como en todo el mundo. Así vemos que todas las naciones se mueven hacia la fe. Ahora bien, lo que sigue, "Y vendrá el Deseado de todas las naciones", se espera en su último advenimiento. Pues para que fuera deseado por los que esperan, primero debía ser amado por los que creen.

2. Zacarías sobre Cristo y la Iglesia: "Alégrate", dice, "mucho, hija de Sion; grita de júbilo, hija de Jerusalén: he aquí tu Rey viene a ti, justo y salvador; él es pobre, y montado sobre un asno, y sobre un pollino hijo de asna: y su dominio será de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra" (Zacarías IX, 9 y 10). Esto, cuando sucedió que el Señor Cristo usó en su camino un animal de este tipo, se lee en el Evangelio: donde también se recuerda esta profecía en parte, tanto como se consideró suficiente para ese lugar (Mat. XXI). En otro

lugar, hablando al mismo Cristo en el Espíritu de profecía sobre la remisión de los pecados por su sangre: "Tú también", dice, "en la sangre de tu pacto liberaste a tus prisioneros del pozo en el que no hay agua" (Zacarías IX, 11). Lo que se quiere significar por este pozo, pueden entenderse diversas cosas, incluso según la fe recta. Sin embargo, me parece que no se significa mejor por él, sino la profundidad seca y estéril de la miseria humana, donde no hay corrientes de justicia, sino el lodo de la iniquidad. Pues de esto también se dice en el Salmo: "Y me sacó del pozo de la miseria, y del lodo del fango" (Sal. XXXIX, 3).

3. Malachías, profetizando sobre la Iglesia que vemos propagada por Cristo, dice clarísimamente a los judíos en persona de Dios: No tengo complacencia en vosotros, y no aceptaré ofrenda de vuestra mano. Porque desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrificará y ofrecerá a mi nombre una ofrenda pura: porque grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor (Malach. I, 10). Este sacrificio, por el sacerdocio de Cristo según el orden de Melquisedec, ya lo vemos ofrecido a Dios en todo lugar desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, mientras que el sacrificio de los judíos, a quienes se les dijo: No tengo complacencia en vosotros, ni aceptaré ofrenda de vuestras manos, no pueden negar que ha cesado; ¿qué esperan aún de otro Cristo, cuando lo que leen profetizado y ven cumplido no podría haberse realizado sino por Él? Pues dice poco después de Él en persona de Dios: Mi pacto era con él de vida y de paz: y le di para que me temiera, y de la presencia de mi nombre se reverenciara. La ley de verdad estaba en su boca, en paz caminó conmigo, y a muchos apartó de la iniquidad: porque los labios del sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca buscarán la ley; porque es el ángel del Señor omnipotente (Malach. II, 5-7). No es de extrañar que Cristo Jesús sea llamado ángel del Dios omnipotente. Pues así como es siervo por la forma de siervo en la que vino a los hombres, así también es ángel por el Evangelio que anunció a los hombres. Porque si interpretamos estas palabras griegas, Evangelio es buena noticia, y ángel es mensajero. De Él dice nuevamente: He aquí que envío mi ángel, y preparará el camino delante de mí: y de repente vendrá a su templo el Señor a quien buscáis, y el ángel del pacto a quien deseáis. He aquí que viene, dice el Señor omnipotente: ¿y quién podrá soportar el día de su venida? ¿o quién podrá resistir en su presencia? (Malach. III, 1, 2). En este lugar predijo tanto la primera como la segunda venida de Cristo: la primera, de la que dice, Y de repente vendrá a su templo; es decir, a su carne, de la que dijo en el Evangelio, Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19): la segunda, donde dice, He aquí que viene, dice el Señor omnipotente, y ¿quién podrá soportar el día de su venida, o quién podrá resistir en su presencia? Lo que dice, El Señor a quien buscáis, y el ángel del pacto a quien deseáis, significó ciertamente que también los judíos, según las Escrituras que leen, buscan y desean a Cristo. Pero muchos de ellos no reconocieron que había venido aquel a quien buscaron y desearon, cegados en sus corazones por sus méritos precedentes. Lo que aquí llama pacto, o arriba, donde dice, Mi pacto era con él; o aquí, donde lo llama ángel del pacto: sin duda debemos entenderlo como el Nuevo Pacto, donde son eternas; no el antiguo, donde las promesas son temporales: que muchos débiles consideran grandes, y sirviendo al verdadero Dios por la recompensa de tales cosas, cuando ven a los impíos abundar en ellas, se turban. Por eso el mismo profeta, para distinguir la bienaventuranza eterna del nuevo pacto, que no se dará sino a los buenos, de la felicidad terrena del antiguo, que a menudo se da también a los malos: Habéis agravado, dice, sobre mí vuestras palabras, dice el Señor, y decís, ¿En qué hemos hablado contra ti? Decís, Vano es servir a Dios; y ¿qué ganamos con guardar sus observancias, y con andar suplicantes ante la presencia del Señor omnipotente? Y ahora llamamos bienaventurados a los extraños, y se edifican todos los que hacen iniquidad: y se han opuesto a Dios, y han sido salvos. Esto hablaron los que temían al Señor, cada uno a su prójimo: y el Señor lo notó, y lo oyó: y

escribió un libro de memoria delante de él, para los que temen al Señor, y reverencian su nombre. En este libro se significó el Nuevo Pacto. Finalmente, escuchemos lo que sigue: Y serán para mí, dice el Señor omnipotente, en el día en que yo haga, en posesión; y los elegiré, como el hombre elige a su hijo que le sirve: y os convertiréis, y veréis la diferencia entre el justo y el injusto, y entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque he aquí que viene el día ardiente como un horno, y los consumirá: y serán todos los extranjeros, y todos los que hacen iniquidad como paja, y los quemará el día que vendrá, dice el Señor omnipotente: y no quedará de ellos raíz ni rama. Y para vosotros que teméis mi nombre, nacerá el sol de justicia: y la salud en sus alas: y saldréis, y saltaréis como becerros liberados de sus ataduras; y pisotearéis a los inicuos, y serán ceniza bajo vuestros pies en el día en que yo haga, dice el Señor omnipotente (Malach. III, 13-18; IV, 1-3). Este es el día que se llama del juicio: del cual hablaremos más ampliamente en su lugar, si Dios quiere.

CAPÍTULO XXXVI.---De Esdras y los libros de los Macabeos.

Después de estos tres profetas, Ageo, Zacarías, Malaquías, en el mismo tiempo de la liberación del pueblo de la servidumbre babilónica, también escribió Esdras, quien es considerado más un escritor de hechos que un profeta: así como el libro llamado Ester: cuya historia se encuentra en alabanza de Dios no lejos de estos tiempos: a menos que Esdras deba entenderse que profetizó a Cristo en el debate surgido entre algunos jóvenes sobre qué tenía más poder en las cosas; cuando uno dijo que los reyes, otro el vino, y un tercero las mujeres, que a menudo mandan a los reyes: sin embargo, el mismo tercero demostró que la verdad es vencedora sobre todo (III Esdras, III, 9 ss.). Consultando el Evangelio, reconocemos que Cristo es la verdad. Desde este tiempo en los judíos, con el templo restaurado, no hubo reyes, sino príncipes hasta Aristóbulo: cuyo cómputo de tiempos no se encuentra en las Escrituras sagradas, que se llaman canónicas, sino en otras, en las que están también los libros de los Macabeos, que no los judíos, sino la Iglesia tiene por canónicos, debido a las vehementes y admirables pasiones de algunos mártires, que antes de que Cristo viniera en carne, lucharon hasta la muerte por la ley de Dios, y soportaron males gravísimos y horribles.

CAPÍTULO XXXVII.---Que la autoridad profética se encuentra más antigua que cualquier origen de la filosofía gentil.

Por tanto, en el tiempo de nuestros profetas, cuyos escritos ya han llegado al conocimiento de casi todas las naciones, aún no existían los filósofos de las naciones, que se llamaran con este nombre, que comenzó con Pitágoras de Samos, quien comenzó a sobresalir y ser conocido en el tiempo en que se liberó la cautividad de los judíos. Por tanto, mucho más se encuentran los demás filósofos después de los profetas. Pues el mismo Sócrates ateniense, maestro de todos los que entonces más brillaron, teniendo el principado en la parte que se llama moral o activa, se encuentra después de Esdras en las Crónicas. No mucho después también nació Platón, quien superó con mucho a los demás discípulos de Sócrates. Si añadimos a estos también los anteriores, que aún no se llamaban filósofos, los siete sabios, y luego los físicos que sucedieron a Tales, imitando su estudio en la investigación de la naturaleza de las cosas, Anaximandro, Anaxímenes y Anaxágoras, y algunos otros, antes de que Pitágoras se profesara filósofo, tampoco ellos preceden en antigüedad a todos nuestros profetas: puesto que Tales, después de quien fueron los demás, se dice que floreció bajo el reinado de Rómulo, cuando de las fuentes de Israel en esas letras, que se difundieron por todo el mundo, brotó el río de la profecía. Por tanto, solo aquellos poetas teólogos, Orfeo, Lino, Museo, y si hubo algún otro entre los griegos, se encuentran anteriores en años a estos profetas hebreos, cuyos escritos tenemos en autoridad. Pero ni siquiera ellos precedieron en tiempo a nuestro verdadero teólogo Moisés, quien predicó verdaderamente al único Dios verdadero, cuyos

escritos ahora son los primeros en el canon de autoridad, y por tanto, en lo que respecta a los griegos, en cuya lengua las letras de este siglo más han florecido, no tienen nada de lo que puedan jactarse de su sabiduría, por lo que nuestra religión, donde está la verdadera sabiduría, si no superior, al menos parezca más antigua. Sin embargo, lo que debe admitirse, no en Grecia, sino en las naciones bárbaras, como en Egipto, ya había antes de Moisés alguna doctrina que se llamara sabiduría de ellos: de lo contrario no estaría escrito en los Libros sagrados que Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios (Hechos VII, 22), ciertamente cuando allí nació, y fue adoptado y criado por la hija de Faraón, también educado liberalmente. Pero ni siquiera la sabiduría de los egipcios pudo preceder en tiempo a la sabiduría de nuestros profetas, puesto que también Abraham fue profeta (Gén. XX, 7). ¿Y qué sabiduría pudo haber en Egipto antes de que Isis, a quien consideraron como una gran diosa digna de culto después de muerta, les enseñara las letras? Isis, por cierto, se dice que fue hija de Ínaco, quien primero comenzó a reinar sobre los argivos, cuando ya se encuentran nacidos los nietos de Abraham.

CAPÍTULO XXXVIII.---Que ciertos escritos de los santos no fueron recibidos en el canon eclesiástico debido a su excesiva antigüedad, para que no se introdujeran falsedades entre las verdades.

Ahora bien, si retrocedo mucho más en el tiempo, y antes de aquel gran diluvio, ciertamente era nuestro Noé patriarca, a quien no sin razón llamaría profeta: si es que el mismo arca que hizo, y en la que escapó con los suyos, fue una profecía de nuestros tiempos. ¿Y qué de Enoc, séptimo desde Adán, no se dice en la epístola canónica del apóstol Judas que profetizó (Judas 14)? Cuyos escritos, para que no estuvieran en autoridad entre los judíos y entre nosotros, lo hizo la excesiva antigüedad, por la cual parecían ser sospechosos, no sea que se presentaran falsedades en lugar de verdades. Pues también se presentan algunos que se dicen ser de ellos por aquellos que, según su propio juicio, creen lo que quieren. Pero la castidad del canon no los recibió, no porque se repruebe la autoridad de esos hombres que agradaron a Dios, sino porque no se cree que sean de ellos. Y no debe parecer extraño que se tengan por sospechosos los que se presentan bajo el nombre de una antigüedad tan grande; puesto que en la misma historia de los reyes de Judá y de los reyes de Israel, que contiene hechos de los que creemos en las mismas Escrituras canónicas, se mencionan muchas cosas que no se explican allí, y se dice que se encuentran en otros libros, que los profetas escribieron, y en algunos lugares tampoco se callan los nombres de esos profetas (I Crón. XXIX, 29; II Crón. IX, 29); sin embargo, no se encuentran en el canon que recibió el pueblo de Dios. De lo cual, confieso, ignoro la causa; a menos que piense que incluso a aquellos a quienes el Espíritu Santo revelaba lo que debía estar en la autoridad de la religión, pudieron escribir algunas cosas como hombres con diligencia histórica, y otras como profetas con inspiración divina; y que estas cosas estaban tan distinguidas, que aquellas se juzgaban como de ellos, pero estas como de Dios hablando por ellos; y así aquellas pertenecían a la abundancia del conocimiento, estas a la autoridad de la religión: en cuya autoridad se guarda el canon, fuera del cual si se presentan ahora también escritos bajo el nombre de antiguos profetas, no valen ni siquiera para la abundancia de la ciencia, ya que es incierto si son de aquellos de quienes se dice que son; y por eso no se les tiene fe, especialmente en aquellos en los que también se leen algunas cosas contra la fe de los libros canónicos, por lo que claramente no son de ellos.

CAPÍTULO XXXIX.---De las letras hebreas, que nunca han dejado de existir en la propiedad de su lengua.

No se debe creer, por tanto, lo que algunos piensan, que solo la lengua hebrea fue preservada por aquel que se llamaba Heber, de donde proviene el nombre de los hebreos, y que las letras

hebreas comenzaron con la ley que fue dada por Moisés; sino más bien que a través de esa sucesión de padres, se preservó la lengua con sus letras. De hecho, Moisés estableció en el pueblo de Dios a quienes debían presidir la enseñanza de las letras, antes de que conocieran las letras de la ley divina. Estos son llamados en la Escritura γραμματοεισαγωγεῖς, que en latín pueden llamarse inductores o introductores de letras, porque las introducen, es decir, las introducen de algún modo en los corazones de los que aprenden, o más bien a ellos mismos en las letras que enseñan. Por tanto, ninguna nación debe jactarse de la antigüedad de su sabiduría sobre nuestros Patriarcas y Profetas, en quienes estaba la sabiduría divina; puesto que ni siquiera Egipto se encuentra, que suele gloriarse falsamente y vanamente de la antigüedad de sus doctrinas, haber precedido con cualquier sabiduría a la de nuestros Patriarcas. Pues nadie se atreverá a decir que fueron peritísimos en admirables disciplinas antes de conocer las letras, es decir, antes de que Isis llegara allí y las enseñara. Por cierto, su memorable doctrina, que fue llamada sabiduría, ¿qué era sino principalmente astronomía, y si alguna otra de tales disciplinas que más sirven para ejercitar los ingenios que para iluminar las mentes con verdadera sabiduría? Pues en cuanto a la filosofía, que se profesa enseñar algo de cómo los hombres pueden ser felices, tales estudios brillaron en aquellas tierras en el tiempo de Mercurio, a quien llamaron Trismegisto: mucho antes que los sabios o filósofos de Grecia, pero sin embargo después de Abraham, Isaac, Jacob y José; ciertamente también después del mismo Moisés. Pues en el tiempo en que Moisés nació, se encuentra que existió aquel gran astrólogo Atlas, hermano de Prometeo, abuelo materno del mayor Mercurio, cuyo nieto fue este Mercurio Trismegisto.

CAPÍTULO XL.---De la vanidad más mendaz de los egipcios, que atribuyen cien mil años a la antigüedad de su ciencia.

Por tanto, en vano con la presunción más vana algunos dicen que desde que Egipto comprendió la razón de los astros, se cuentan más de cien mil años. ¿En qué libros recogieron este número, quienes no mucho antes de dos mil años aprendieron las letras de la maestra Isis? Pues no es un pequeño autor en la historia Varrón, quien esto ha revelado, lo cual no disuena de la verdad de las letras divinas. Pues desde el mismo primer hombre, que fue llamado Adán, aún no se han completado seis mil años, ¿cómo no han de ser más bien ridiculizados que refutados aquellos que intentan persuadir cosas tan diversas y contrarias a esta verdad explorada? ¿A quién mejor creemos narrando el pasado, que a quien también predijo el futuro, que ya vemos presente? Pues la misma disonancia de los historiadores entre sí nos proporciona la oportunidad de que debamos creer más bien a quien no contradice la historia divina que tenemos. Por lo demás, los ciudadanos de la ciudad impía, difundidos por todas partes de la tierra, cuando leen a hombres muy doctos, cuya autoridad no debe despreciarse, discrepando entre sí sobre hechos remotos de la memoria de nuestra época, no encuentran a quién creer más. Pero nosotros, en la historia de nuestra religión, apoyados en la autoridad divina, no dudamos que todo lo que se le opone es falsísimo, sea como sea que se presenten las demás cosas en las letras seculares; que sean verdaderas o falsas, no aportan nada que influya en cómo vivir recta y felizmente.

CAPÍTULO XLI.---De las disensiones de las opiniones filosóficas, y la concordia de las Escrituras canónicas en la Iglesia.

1. Pero para dejar ya de lado el conocimiento de la historia, los mismos filósofos, de quienes hemos progresado hasta aquí, que no parecen haber trabajado en sus estudios sino para encontrar cómo se debe vivir adecuadamente para alcanzar la bienaventuranza, ¿por qué discreparon tanto de sus maestros los discípulos, como entre sí los condiscípulos, sino porque como hombres buscaron estas cosas con sentidos humanos y razonamientos humanos?

Donde, aunque pudo haber habido también el deseo de gloria, por el cual cada uno desea parecer más sabio y agudo que otro, no estando de algún modo sujeto a la opinión ajena, sino siendo inventor de su propio dogma y opinión: sin embargo, aunque conceda que algunos o incluso muchos de ellos fueron apartados de sus maestros o compañeros de estudio por amor a la verdad, para luchar por lo que creían verdad, ya fuera o no lo fuera; ¿qué hace, o adónde o cómo se extiende la infelicidad humana para llegar a la bienaventuranza, si no guía la autoridad divina? Finalmente, nuestros autores, en quienes se fija y termina el canon de las sagradas letras, lejos de que disientan entre sí de alguna manera. Por lo cual no sin razón, cuando escribieron, no pocos en las escuelas y gimnasios de disputas litigiosas, sino en los campos y en las ciudades con doctos e indoctos, tantos y tan grandes pueblos creyeron que Dios habló por ellos o a través de ellos. Ellos mismos ciertamente debieron ser pocos, para que no se despreciara por la multitud lo que debía ser de la religión de ellos: pero no tan pocos que no sea admirable su consenso. Pues en la multitud de filósofos, que también dejaron monumentos literarios de sus dogmas, no se encontrará fácilmente a quienes concuerden en todo lo que pensaron: lo cual sería largo de mostrar en esta obra.

2. ¿Quién, sin embargo, ha sido aprobado como líder de una secta en esta ciudad adoradora de demonios, mientras que otros fueron desaprobados por tener opiniones diferentes y opuestas? ¿No brillaron en Atenas los epicúreos, afirmando que los asuntos humanos no eran de interés para los dioses, y los estoicos, que sostenían lo contrario, argumentando que estos eran gobernados y protegidos por los dioses como ayudantes y guardianes? Me sorprende, entonces, que Anaxágoras fuera acusado por decir que el sol era una piedra ardiente, negando así que fuera un dios, mientras que en la misma ciudad floreció la gloria de Epicuro, quien vivió sin temor, no solo sin creer que el sol o cualquier estrella fuera un dios, sino también afirmando que ni Júpiter ni ningún dios habitaban en el mundo para recibir las oraciones y súplicas de los hombres. ¿No fue allí donde Aristipo, colocando el sumo bien en el placer del cuerpo, y Antístenes, afirmando que el hombre se hace feliz por la virtud del alma, dos filósofos nobles y ambos socráticos, situaron la suma de la vida en fines tan diversos y opuestos entre sí, de los cuales uno decía que la república debía ser evitada y el otro que debía ser administrada por el sabio, y cada uno reunía discípulos para seguir su secta? En efecto, abiertamente en el pórtico visible y conocido, en los gimnasios, en los jardines, en lugares públicos y privados, cada uno luchaba en grupos por su opinión: unos afirmando que había un solo mundo, otros innumerables; y ese único mundo, unos decían que había tenido un origen, otros que no tenía principio; unos que perecería, otros que sería eterno; unos que era gobernado por una mente divina, otros por azar y casualidades; unos que las almas eran inmortales, otros mortales; y de los inmortales, unos que se reencarnaban en bestias, otros que no; y de los mortales, unos que perecían inmediatamente después del cuerpo, otros que vivían un poco más o mucho más, pero no para siempre: unos situando el fin del bien en el cuerpo, otros en el alma, otros en ambos, y otros añadiendo bienes externos al alma y al cuerpo: unos creyendo siempre en los sentidos del cuerpo, otros no siempre, otros nunca. ¿Qué pueblo, qué senado, qué poder o dignidad pública de una ciudad impía se ha preocupado alguna vez por juzgar estas casi innumerables disensiones de los filósofos, aprobando y aceptando unas, desaprobando y rechazando otras, y no las ha tenido todas confusamente en su seno sin ningún juicio, tantas controversias de hombres que disienten, no sobre campos y casas, o cualquier cuestión pecuniaria, sino sobre aquellas cosas por las cuales se vive miserable o felizmente? Donde, aunque se decían algunas verdades, con la misma libertad se decían falsedades; de modo que no en vano tal ciudad recibió el nombre místico de Babilonia. Babilonia, en efecto, se interpreta como Confusión, como ya recordamos haber dicho (Libro 16, cap. 4, y en otros lugares). Y no le importa al diablo, su

rey, cuán en discordia estén entre sí por sus errores, a quienes con razón posee en común por su mucha y variada impiedad.

3. Pero en verdad aquella nación, aquel pueblo, aquella ciudad, aquella república, aquellos israelitas, a quienes se confiaron las palabras de Dios, de ninguna manera confundieron a los falsos profetas con los verdaderos profetas con igual libertad: sino que, concordes entre sí y sin disensiones, reconocían y mantenían a los autores veraces de las Sagradas Escrituras. Ellos mismos eran sus filósofos, es decir, amantes de la sabiduría, ellos mismos sabios, ellos mismos teólogos, ellos mismos profetas, ellos mismos maestros de probidad y piedad. Cualquiera que haya sido sabio y vivido según ellos, no fue según los hombres, sino según Dios, quien habló a través de ellos, que fue sabio y vivió. Allí, si se prohibió el sacrilegio, Dios lo prohibió. Si se dijo, Honra a tu padre y a tu madre, Dios lo ordenó. Si se dijo, No cometerás adulterio, No matarás, No robarás (Éxodo XX, 12-15), y otras cosas semejantes, no fueron bocas humanas, sino oráculos divinos los que las pronunciaron. Cualquier verdad que algunos filósofos pudieron ver entre las falsedades que imaginaron, y que intentaron persuadir con laboriosas disputas, que Dios creó este mundo y que él mismo lo administra con la mayor providencia, sobre la honestidad de las virtudes, sobre el amor a la patria, sobre la fidelidad en la amistad, sobre las buenas obras y todas las cosas que pertenecen a las costumbres probas, aunque sin saber a qué fin y de qué manera debían referirse todas estas cosas, fueron recomendadas al pueblo en aquella ciudad por voces proféticas, es decir, divinas, aunque a través de hombres, no inculcadas por disputas argumentativas; para que quien las conociera temiera despreciar no el ingenio humano, sino la palabra de Dios.

CAPÍTULO XLII.---Con qué disposición de la providencia de Dios las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento fueron traducidas del hebreo al griego, para que fueran conocidas por los gentiles.

Estas Sagradas Escrituras también un rey de los Ptolomeos de Egipto deseó conocer y poseer. Pues después del poderosísimo y brevísimo poder de Alejandro de Macedonia, quien también fue apodado el Grande, y que sometió toda Asia, o más bien casi todo el mundo, en parte por la fuerza y las armas, en parte por el terror, cuando entre otras cosas también entró y conquistó Judea; al morir él, sus compañeros, al no poder dividir pacíficamente entre ellos ese vastísimo reino, sino más bien al haberlo disuelto, devastando todo con guerras, Egipto comenzó a tener a los reyes Ptolomeos: el primero de los cuales, hijo de Lagos, trasladó a muchos cautivos de Judea a Egipto. A este le sucedió otro Ptolomeo, llamado Filadelfo, quien permitió que todos los que aquel había llevado como subyugados regresaran libres: además, envió dones reales al templo de Dios, y pidió a Eleazar, entonces sumo sacerdote, que le diera las Escrituras, que ciertamente había oído proclamar como divinas; y por eso deseaba tenerlas en la biblioteca que había hecho muy noble. Cuando el mismo sumo sacerdote le envió estas Escrituras en hebreo, también pidió intérpretes; y se le dieron setenta y dos, seis hombres de cada una de las doce tribus, muy doctos en ambas lenguas, hebrea y griega. La costumbre ha establecido que su traducción se llame la de los Setenta. Se dice que hubo un consenso tan maravilloso, asombroso y completamente divino en sus palabras, que aunque cada uno se sentó por separado para esta obra (pues así le pareció bien a Ptolomeo probar su fidelidad), no discreparon en ninguna palabra que significara lo mismo y tuviera el mismo valor, ni en el orden de las palabras, sino que, como si hubiera sido un solo intérprete, lo que todos interpretaron fue uno: porque en verdad el Espíritu era uno en todos ellos. Y por eso recibieron un don de Dios tan maravilloso, que la autoridad de esas Escrituras, no como humanas, sino como divinas, incluso de esta manera fue recomendada, para el beneficio futuro de los gentiles que algún día creerían, lo cual ya vemos realizado.

CAPÍTULO XLIII.---Sobre la autoridad de los Setenta intérpretes, que, sin deshonrar el estilo hebreo, debe ser preferida a todos los demás intérpretes.

Pues aunque hubo otros intérpretes que tradujeron esas sagradas palabras del hebreo al griego, como Aquila, Símaco, Teodoción; así como también está esa traducción cuyo autor no aparece, y por eso se llama la Quinta edición sin el nombre del intérprete: sin embargo, la Iglesia recibió esta que es de los Setenta, como si fuera la única, y de ella se sirven los pueblos griegos cristianos, de los cuales muchos ignoran si hay alguna otra. De esta traducción de los Setenta también se ha traducido al latín lo que las Iglesias latinas tienen. Aunque no faltó en nuestros tiempos el presbítero Jerónimo, hombre muy docto y versado en los tres idiomas, quien no desde el griego, sino desde el hebreo, tradujo esas mismas Escrituras al latín. Pero aunque los judíos admiten que su trabajo tan erudito es veraz, y sostienen que los Setenta intérpretes se equivocaron en muchas cosas; sin embargo, las Iglesias de Cristo no juzgan que nadie deba ser preferido a la autoridad de tantos hombres, elegidos para esta obra por el sumo sacerdote Eleazar: porque aunque no hubiera aparecido en ellos un Espíritu sin duda divino, sino que los Setenta doctos hubieran comparado entre sí las palabras de su interpretación al modo humano, para que lo que agradara a todos permaneciera, ningún otro intérprete debería haber sido antepuesto a ellos; pero como apareció en ellos un signo tan grande de divinidad, ciertamente cualquier otro intérprete de esas Escrituras del hebreo a cualquier otro idioma es veraz, o concuerda con esos Setenta intérpretes, o si no parece concordar, se debe creer que allí hay una profundidad profética. Pues el Espíritu que estaba en los Profetas cuando dijeron esas cosas, era el mismo que estaba también en los Setenta hombres cuando las interpretaron: quien ciertamente con autoridad divina pudo decir algo diferente, como si aquel profeta hubiera dicho ambas cosas, porque el mismo Espíritu decía ambas; y decirlo de otra manera, para que si no las mismas palabras, el mismo sentido resplandeciera para los bien entendidos; y omitir algo, y añadir algo, para que también de esto se mostrara que no fue una servidumbre humana en esa obra, que el intérprete debía a las palabras, sino más bien un poder divino, que llenaba y gobernaba la mente del intérprete. Algunos, sin embargo, pensaron que los códices griegos de la interpretación de los Setenta debían ser corregidos a partir de los códices hebreos: pero no se atrevieron a quitar lo que los hebreos no tenían y los Setenta pusieron; sino que solo añadieron lo que encontraron en los hebreos y no estaba en los Setenta; y lo marcaron con ciertos signos en forma de estrellas al comienzo de esos mismos versículos, los cuales llaman asteriscos. Aquellas cosas que no tienen los hebreos, pero que tienen los Setenta, las marcaron de manera similar al comienzo de los versículos con pequeñas líneas horizontales, como se escriben las onzas. Y muchos códices que tienen estas notas se han difundido por todas partes, incluso en latín. Pero las cosas que no se omiten ni se añaden, sino que se dicen de otra manera, ya sea que hagan otro sentido que tampoco sea discordante, o que se muestren explicando de otra manera el mismo sentido, no pueden encontrarse a menos que se inspeccionen ambos códices. Si, por lo tanto, como es debido, no miramos nada más en esas Escrituras, sino lo que el Espíritu de Dios dijo a través de los hombres, cualquier cosa que esté en los códices hebreos y no esté en los intérpretes Setenta, el Espíritu de Dios no quiso decirla a través de estos, sino a través de aquellos Profetas. Pero cualquier cosa que esté en los Setenta y no esté en los códices hebreos, el mismo Espíritu prefirió decirla a través de estos que a través de aquellos, mostrando así que ambos eran profetas. Pues de esta manera dijo otras cosas a través de Isaías, otras a través de Jeremías, otras a través de otro y otro profeta, o las mismas de manera diferente a través de este y aquel, como quiso. Pero cualquier cosa que se encuentre en ambos, quiso decirla a través de ambos el mismo Espíritu; pero de tal manera que aquellos precedieran profetizando, y estos siguieran proféticamente interpretándolos: porque así como en aquellos que decían cosas verdaderas y concordantes

había un Espíritu de paz, así también en estos que no conferenciaban entre sí, y sin embargo interpretaban todo como con una sola voz, apareció el mismo Espíritu uno.

CAPÍTULO XLIV.---Qué debe entenderse sobre la destrucción de Nínive, cuya denuncia se extiende en hebreo por un período de cuarenta días, pero se concluye en la brevedad de tres días en los Setenta.

Pero alguien podría decir, ¿Cómo sé qué dijo el profeta Jonás a los ninivitas, si fue Tres días, y Nínive será destruida; o, Cuarenta días (Jonás III, 4)? Pues, ¿quién no ve que no pudo decirse ambas cosas en ese momento por el Profeta, quien había sido enviado para aterrorizar a la ciudad con la amenaza de una inminente destrucción? Si la destrucción iba a ocurrir al tercer día, ciertamente no sería al cuadragésimo día: pero si al cuadragésimo, ciertamente no sería al tercer día. Si, por lo tanto, se me pregunta qué de estas cosas dijo Jonás, creo más bien lo que se lee en hebreo, Cuarenta días, y Nínive será destruida. Pues los Setenta, al interpretar mucho después, pudieron decir algo diferente, que sin embargo se refería al asunto y convergía en un mismo sentido, aunque bajo otra significación; y advertía al lector, sin despreciar ambas autoridades, que se elevara de la historia a buscar aquellas cosas para las cuales la historia misma fue escrita. Pues esas cosas sucedieron en la ciudad de Nínive, pero también significaron algo que excede el alcance de esa ciudad: así como sucedió que el mismo Profeta estuvo en el vientre del cetáceo por tres días, y sin embargo significó a otro que estaría en las profundidades del infierno por tres días, quien es el Señor de todos los Profetas. Por lo tanto, si a través de esa ciudad se entiende correctamente que la Iglesia de los gentiles fue figurada proféticamente, destruida, es decir, a través del arrepentimiento, para que ya no fuera como había sido; esto, porque fue hecho por Cristo en la Iglesia de los gentiles, de la cual Nínive llevaba la figura, ya sea a través de cuarenta días, o a través de tres días, el mismo Cristo fue significando; a través de cuarenta, porque pasó tantos días con sus discípulos después de la resurrección, y ascendió al cielo; a través de tres días, porque resucitó al tercer día: como si los Setenta intérpretes, y los mismos Profetas, hubieran despertado al lector que deseaba adherirse solo a la historia de los hechos, para investigar la profundidad de la profecía, y de alguna manera hubieran dicho: En cuarenta días busca a aquel en quien también puedas encontrar el triduo; lo encontrarás en la ascensión, y esto en su resurrección. Por lo cual pudo ser significada muy convenientemente con ambos números, de los cuales uno fue dicho por el profeta Jonás, el otro por la profecía de los Setenta intérpretes, sin embargo, el mismo Espíritu dijo ambos. Evito la longitud, para no demostrar esto con muchos ejemplos, en los cuales se piensa que los Setenta intérpretes difieren de la verdad hebrea, y bien entendidos se encuentran concordantes. Por lo cual también yo, siguiendo en mi medida las huellas de los Apóstoles, porque ellos también pusieron testimonios proféticos de ambos, es decir, de los hebreos y de los Setenta, he considerado que se debe usar ambas autoridades, ya que ambas son una y divina. Pero ya lo que resta, como podamos, lo llevaremos a cabo.

CAPÍTULO XLV.---Que después de la restauración del templo los judíos dejaron de tener profetas, y desde entonces hasta el nacimiento de Cristo fueron afligidos por continuas adversidades, para que se probara que la edificación de otro templo había sido prometida por voces proféticas.

1. Después de que la nación judía comenzó a no tener profetas, sin duda se volvió peor, precisamente en el tiempo en que esperaba, con el templo restaurado después de la cautividad que fue en Babilonia, ser mejor. Pues el pueblo carnal entendía así lo que fue anunciado por el profeta Ageo diciendo, Grande será la gloria de esta última casa, más que la de la primera. Lo cual se dijo del nuevo Testamento, lo demostró un poco antes, donde claramente

prometiendo a Cristo, dice, Y moveré a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones (Ageo II, 10, 8). En cuyo lugar los Setenta intérpretes dijeron con autoridad profética otro sentido más conveniente al cuerpo que a la cabeza, es decir, más a la Iglesia que a Cristo: Vendrán los elegidos del Señor de todas las naciones, es decir, hombres, de los cuales el mismo Jesús en el Evangelio dice, Muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mateo XXII, 14). Pues con tales elegidos de las naciones, la casa de Dios se edifica a través del Nuevo Testamento con piedras vivas, mucho más gloriosa que aquel templo que fue construido por el rey Salomón, y restaurado después de la cautividad. Por esta razón, pues, desde ese tiempo no tuvo profetas esa nación, y fue afligida por muchas calamidades por reyes extranjeros, e incluso por los romanos, para que no pensara que esta profecía de Ageo se había cumplido en esa restauración del templo.

2. Pues no mucho después, al llegar Alejandro, fue subyugada; cuando, aunque no se hizo ninguna devastación, ya que no se atrevieron a resistirle, y por eso, sometidos, lo recibieron fácilmente apaciguado, sin embargo, no había tanta gloria en esa casa como cuando estaba bajo el poder libre de sus propios reyes. Ciertamente Alejandro ofreció sacrificios en el templo de Dios, no convertido a su culto por verdadera piedad, sino con impía vanidad, creyendo que debía ser adorado junto con los falsos dioses. Luego Ptolomeo, hijo de Lagos, como mencioné antes, después de la muerte de Alejandro, trasladó cautivos de allí a Egipto, a quienes su sucesor Ptolomeo Filadelfo liberó muy benevolentemente: por quien se hizo lo que narré un poco antes, para que tuviéramos las Escrituras de los Setenta intérpretes. Luego fueron aplastados por las guerras que se explican en los libros de los Macabeos. Después de esto, fueron capturados por el rey de Alejandría Ptolomeo, quien fue llamado Epífanes; luego por el rey de Siria Antíoco, obligados por muchos y gravísimos males a adorar ídolos, y el mismo templo fue llenado con las sacrílegas supersticiones de las naciones, lo cual, sin embargo, su valiente líder Judas, quien también fue llamado Macabeo, después de expulsar a los generales de Antíoco, purificó de toda esa contaminación de idolatría.

3. No mucho después, un tal Alcimo, por ambición, aunque era ajeno al linaje sacerdotal, lo cual era un sacrilegio, fue hecho sumo sacerdote. Casi cincuenta años después, durante los cuales no tuvieron paz, aunque lograron algunos éxitos, Aristóbulo fue el primero entre ellos en asumir la diadema, convirtiéndose en rey y sumo sacerdote. Antes de esto, desde que regresaron del cautiverio en Babilonia y se restauró el templo, no tuvieron reyes, sino líderes o príncipes. Aunque quien es rey puede ser llamado príncipe por su autoridad para gobernar, y líder por ser conductor del ejército, no todos los príncipes o líderes pueden ser llamados reyes, como lo fue Aristóbulo. A él le sucedió Alejandro, también rey y sumo sacerdote, quien se dice que gobernó cruelmente sobre los suyos. Después de él, su esposa Alejandra fue reina de los judíos, y desde su tiempo en adelante, les siguieron males más graves. Los hijos de esta Alejandra, Aristóbulo e Hircano, luchando entre sí por el poder, provocaron la intervención de las fuerzas romanas contra el pueblo israelita. Hircano pidió ayuda a los romanos contra su hermano. Para entonces, Roma ya había subyugado África, Grecia, y gobernaba ampliamente otras partes del mundo, pero, como si no pudiera soportarse a sí misma, se había quebrado de alguna manera por su propia grandeza. Había llegado a graves sediciones internas, luego a guerras sociales y pronto a guerras civiles, debilitándose tanto que se avecinaba un cambio en el estado de la república, para ser gobernada por reyes. Pompeyo, el más ilustre líder del pueblo romano, ingresó a Judea con su ejército, capturó la ciudad, abrió el templo, no con devoción de un suplicante, sino con el derecho de un vencedor, y se acercó al sanctasanctórum, donde solo el sumo sacerdote podía entrar, no como venerador, sino como profanador. Confirmó el sumo sacerdocio de Hircano y, imponiendo un guardián a la nación subyugada, Antípatro, a quienes entonces llamaban

procuradores, llevó consigo a Aristóbulo encadenado. Desde entonces, los judíos comenzaron a ser tributarios de los romanos. Más tarde, Casio también saqueó el templo. Después de unos pocos años, incluso merecieron tener a Herodes, un extranjero, como rey, durante cuyo reinado nació Cristo. Ya había llegado la plenitud del tiempo, señalada por el Espíritu profético a través de la boca del patriarca Jacob, donde dice: "No faltará príncipe de Judá, ni líder de sus lomos, hasta que venga aquel a quien está reservado, y él será la esperanza de las naciones" (Gén. XLIX, 10). Por lo tanto, no faltó un príncipe judío de entre los judíos hasta este Herodes, a quien primero aceptaron como rey extranjero. Era ya el tiempo para que viniera aquel a quien estaba reservado, lo que fue prometido en el Nuevo Testamento, para que él fuera la esperanza de las naciones. No podría ser que las naciones esperaran su venida, como lo vemos ser esperado para venir a hacer juicio en la claridad de su poder, si primero no creyeran en él, cuando vino a sufrir juicio en la humildad de la paciencia.

CAPÍTULO XLVI.---Del nacimiento de nuestro Salvador, según el cual el Verbo se hizo carne; y de la dispersión de los judíos por todas las naciones, como había sido profetizado.

Reinando Herodes en Judea, y ya cambiado el estado de la república en Roma, con César Augusto gobernando, y pacificado el mundo por él, nació Cristo según la profecía anterior (Miqueas V, 2) en Belén de Judea, hombre manifiesto de una virgen, Dios oculto de Dios Padre. Así lo había predicho el profeta: "He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que interpretado es, Dios con nosotros" (Isaías VII, 14; Mateo I, 23; Lucas I, 31). Para demostrar que era Dios, hizo muchos milagros; de los cuales algunos, en la medida en que se consideró suficiente para proclamarlo, están contenidos en la Escritura evangélica. El primero de ellos es que nació de manera tan maravillosa; el último, que ascendió al cielo con su cuerpo resucitado de entre los muertos. Pero los judíos, que lo mataron y no quisieron creer en él, porque era necesario que muriera y resucitara, fueron devastados más infeliz y completamente por los romanos, arrancados de su reino, donde ya los extranjeros los dominaban, y dispersos por la tierra (donde ciertamente no faltan en ninguna parte), son testimonio para nosotros a través de sus Escrituras de que no inventamos las profecías sobre Cristo; muchos de ellos, al considerar esto, tanto antes de la pasión como especialmente después de su resurrección, creyeron en él, de quienes se había predicho: "Si el número de los hijos de Israel fuera como la arena del mar, solo un remanente será salvo" (Isaías X, 22). Pero los demás fueron cegados, de quienes se había predicho: "Sea su mesa delante de ellos un lazo, y en retribución, y en escándalo. Oscurézcanse sus ojos para que no vean; y encorva siempre su espalda" (Salmo LXVIII, 23 y 24). Por lo tanto, cuando no creen en nuestras Escrituras, se cumplen en ellos las suyas, que leen ciegamente: a menos que alguien diga que los cristianos inventaron esas profecías sobre Cristo, que se presentan bajo el nombre de la Sibila, o de otros, si es que hay algunas que no pertenecen al pueblo judío. A nosotros nos bastan aquellas que se extraen de los códices de nuestros enemigos, a quienes reconocemos por este testimonio, que nos dan a regañadientes al tener y guardar esos mismos códices, dispersos entre todas las naciones, dondequiera que se extienda la Iglesia de Cristo. Pues la profecía en los Salmos, que también leen, fue anticipada sobre este asunto, donde está escrito: "Dios mío, su misericordia me precederá. Dios mío, me ha mostrado en mis enemigos, no los mates, para que no olviden tu ley: dispérsalos con tu poder" (Salmo LVIII, 11, 12). Así, Dios mostró a la Iglesia en sus enemigos judíos la gracia de su misericordia, porque, como dice el Apóstol, "su delito es la salvación de los gentiles" (Romanos XI, 11). Y por eso no los mató, es decir, no destruyó en ellos lo que son judíos, aunque fueron vencidos y oprimidos por los romanos; para que, al no olvidar la ley de Dios, no fueran inútiles para el testimonio de lo que tratamos. Por eso no fue suficiente decir: "No los mates, para que no olviden tu ley", sino que también añadió: "Dispérsalos", porque si con este testimonio de las

Escrituras estuvieran solo en su propia tierra, y no en todas partes, ciertamente la Iglesia, que está en todas partes, no podría tenerlos como testigos de las profecías que se anticiparon sobre Cristo en todas las naciones.

CAPÍTULO XLVII.---Si antes de los tiempos cristianos hubo algunos fuera del linaje israelita que pertenecieran a la comunidad de la ciudad celestial.

Por lo tanto, cualquiera que sea extranjero, es decir, no nacido de Israel, ni recibido de ese pueblo en el canon de las Sagradas Escrituras, que se lea que profetizó algo sobre Cristo, si llega o ha llegado a nuestro conocimiento, puede ser mencionado por nosotros como complemento: no porque sea necesario, aunque falte, sino porque no es incongruente creer que también en otras naciones hubo hombres a quienes se les reveló este misterio, y que también fueron impulsados a predicarlo, ya sea que fueran partícipes de la misma gracia, o ajenos a ella, pero enseñados por ángeles malos, quienes también confesaron a Cristo presente, a quien los judíos no reconocían. Tampoco creo que los judíos se atrevan a afirmar que nadie pertenecía a Dios, excepto los israelitas, desde que comenzó la descendencia de Israel, rechazando a su hermano mayor. Pues en verdad, no hubo otro pueblo que propiamente se llamara pueblo de Dios; pero no pueden negar que hubo algunos hombres en otras naciones que pertenecieron a la sociedad celestial, a la verdadera Jerusalén, porque si lo niegan, fácilmente se les puede convencer con el santo y admirable Job, quien no fue ni indígena ni prosélito, es decir, extranjero del pueblo de Israel; sino que, descendiendo de la gente de Idumea, allí nació y allí murió: quien es alabado en el divino discurso de tal manera que, en cuanto a justicia y piedad se refiere, ningún hombre de su tiempo se le iguala (Job I; Ezequiel XIV, 20). Aunque no encontramos sus tiempos en las Crónicas, sin embargo, deducimos de su libro, que los israelitas recibieron en la autoridad canónica por su mérito, que fue posterior a Israel por tres generaciones. No dudo que fue divinamente previsto que, a partir de este único caso, supiéramos que también en otras naciones pudo haber quienes vivieron según Dios y le agradaron, pertenecientes a la Jerusalén espiritual. No se debe creer que esto se concedió a nadie, a menos que le fuera revelado divinamente el único mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús: quien, viniendo en carne, fue anunciado a los santos antiguos, así como a nosotros se nos ha anunciado que vino, para que una misma fe a través de él conduzca a todos los predestinados a la ciudad de Dios, a la casa de Dios, al templo de Dios. Pero cualquiera que sea la profecía de otros sobre la gracia de Dios a través de Cristo Jesús que se presente, puede pensarse que fue inventada por los cristianos. Por eso, no hay nada más firme para convencer a cualquier extraño, si discuten sobre este asunto, y para hacerlos nuestros, si piensan correctamente, que presentar las predicciones divinas sobre Cristo que están en los códices escritos por los judíos: quienes, arrancados de sus propias sedes y dispersos por todo el mundo por este testimonio, han visto crecer la Iglesia de Cristo en todas partes.

CAPÍTULO XLVIII.---Que la profecía de Ageo, que decía que la gloria de la casa de Dios sería mayor que la primera, no se cumplió en la reconstrucción del templo, sino en la Iglesia de Cristo.

Esta casa de Dios es de mayor gloria que la primera, construida con maderas, piedras y otros materiales preciosos y metales. Por lo tanto, la profecía de Ageo no se cumplió en la restauración de aquel templo. Desde que fue restaurado, nunca se muestra que haya tenido tanta gloria como tuvo en tiempos de Salomón: más bien se muestra que primero la gloria de aquella casa fue disminuida por el cese de la profecía, y luego por las calamidades de la misma nación hasta la última destrucción, que fue hecha por los romanos, como lo testifican las cosas mencionadas anteriormente. Pero esta casa, que pertenece al Nuevo Testamento, es

ciertamente de mayor gloria, cuanto mejores son las piedras vivas, con las que se construye renovando a los creyentes. Pero por eso se significó a través de la restauración de aquel templo, porque esa renovación de aquel edificio significa en el discurso profético otro Testamento, que se llama nuevo. Lo que Dios dijo a través del profeta mencionado, "Y daré paz en este lugar" (Ageo II, 10); por el lugar que significa, se debe entender aquel que es significado: para que, ya que en aquel lugar restaurado se significó la Iglesia, que iba a ser edificada por Cristo, no se entienda otra cosa que lo que se dijo, "Daré paz en este lugar", sino "Daré paz en el lugar que significa este lugar". Porque todas las cosas que significan parecen de alguna manera sostener las personas de las cosas que significan: como dijo el Apóstol, "La roca era Cristo" (I Cor. X, 4); porque aquella roca, de la que se dijo esto, ciertamente significaba a Cristo. Por lo tanto, la gloria de esta casa del Nuevo Testamento es mayor que la de la casa del antiguo Testamento: y entonces aparecerá mayor, cuando sea dedicada. Entonces vendrá el Deseado de todas las naciones (Ageo II, 8), como se lee en hebreo. Pues antes de su venida, aún no era deseado por todas las naciones. No sabían a quién debían desear, en quien no habían creído. Entonces también, según los Setenta intérpretes (porque también ese es un sentido profético), "vendrán las cosas elegidas del Señor de todas las naciones". Entonces verdaderamente no vendrán sino los elegidos, de quienes dice el Apóstol, "Como nos eligió en él antes de la fundación del mundo" (Efesios I, 4). Pues el mismo arquitecto, que dijo, "Muchos son llamados, pero pocos elegidos" (Mateo XXII, 14), no mostrará la casa edificada con aquellos que fueron llamados de tal manera que fueron arrojados del banquete, sino con los elegidos, que no temerán ninguna ruina. Ahora, cuando también llenan las iglesias aquellos que serán separados como en la era por la ventilación, no aparece tanta gloria de esta casa como aparecerá entonces, cuando quienquiera que esté allí, siempre estará.

CAPÍTULO XLIX.---De la indiscriminada multiplicación de la Iglesia, en la que en este siglo muchos réprobos se mezclan con los elegidos.

En este siglo maligno, en estos días malos, donde la Iglesia, a través de la humildad presente, compara la futura altura, y es instruida por los estímulos del temor, los tormentos del dolor, las molestias del trabajo, los peligros de las tentaciones, alegrándose solo en la esperanza, cuando se alegra sanamente, muchos réprobos se mezclan con los buenos; y ambos son recogidos indiscriminadamente en la red evangélica (Mateo XIII, 47); y en este mundo, como en el mar, ambos nadan encerrados en las redes, hasta que se llegue a la orilla, donde los malos serán separados de los buenos, y en los buenos, como en su templo, Dios será todo en todos (I Cor. XV, 28). Por lo tanto, reconocemos ahora que se cumple la voz de aquel que hablaba en el Salmo, y decía: "Anuncié, y hablé, se multiplicaron más allá del número" (Salmo XXXIX, 6). Esto sucede ahora, desde que primero a través de la boca de su precursor Juan, luego a través de su propia boca, anunció y habló, diciendo: "Haced penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mateo III, 2; IV, 17). Eligió discípulos, a quienes también llamó apóstoles (Lucas VI, 13), nacidos humildemente, deshonrados, iletrados; para que cualquier cosa grande que fueran y hicieran, él mismo fuera y lo hiciera en ellos. Tuvo entre ellos a uno, usando su maldad para cumplir su disposición de pasión, y para ofrecer a su Iglesia un ejemplo de tolerancia de los malos. Habiendo sembrado el santo Evangelio tanto como era necesario durante su presencia corporal, sufrió, murió, resucitó: mostrando con su pasión lo que debemos soportar por la verdad, y con su resurrección lo que debemos esperar en la eternidad; excepto por la altura del sacramento, por el cual su sangre fue derramada para la remisión de los pecados. Estuvo en la tierra cuarenta días con sus discípulos, y ascendió al cielo a la vista de ellos, y después de diez días envió el prometido Espíritu Santo: cuya venida sobre los que creyeron, entonces era el mayor y más necesario signo, para que cada uno de

ellos hablara en las lenguas de todas las naciones: así significando la unidad de la Iglesia católica que habría de estar en todas las naciones, y así hablar en todas las lenguas.

CAPÍTULO L.---De la predicación del Evangelio, que se hizo más clara y poderosa a través de las pasiones de los predicadores.

Luego, según aquella profecía, "De Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor" (Isaías II, 3): y según las predicciones del mismo Señor Cristo, donde después de la resurrección, asombrando a sus discípulos, les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: "Así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de los muertos al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Lucas XXIV, 46, 47); y donde nuevamente, respondiendo a ellos sobre su última venida, les dijo: "No os corresponde a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre ha puesto en su potestad: pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra" (Hechos I, 7, 8): primero la Iglesia se difundió desde Jerusalén, y cuando en Judea y Samaria muchos creyeron, se fue a otras naciones, anunciándoles el Evangelio, aquellos a quienes él mismo, como luminarias, había preparado con la palabra y encendido con el Espíritu Santo. Pues les había dicho: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Mateo X, 28). Para que no estuvieran fríos por el temor, ardían con el fuego de la caridad. De hecho, a través de ellos, no solo los que lo vieron y oyeron antes de la pasión y después de la resurrección, sino también después de su muerte, a través de sus sucesores, se predicó el Evangelio en todo el mundo, entre horrendas persecuciones y varios tormentos y muertes de mártires, con Dios testificando con señales, prodigios, diversas virtudes y dones del Espíritu Santo: para que los pueblos de las naciones, creyendo en aquel que fue crucificado por su redención, veneraran con amor cristiano la sangre de los mártires, que derramaron con furia diabólica; y los mismos reyes, cuyas leyes devastaban la Iglesia, se sometieran saludablemente a ese nombre que intentaron cruelmente eliminar de la tierra, y comenzaran a perseguir a los falsos dioses, por cuya causa antes persiguieron a los adoradores del verdadero Dios.

CAPÍTULO LI.---Que incluso a través de las disensiones de los herejes, la fe católica se fortalece.

1. Viendo el diablo que los templos de los demonios eran abandonados y que la humanidad corría hacia el nombre del Mediador liberador, movió a los herejes, quienes bajo el nombre cristiano resistieran a la doctrina cristiana, como si pudieran ser tolerados sin corrección alguna en la ciudad de Dios, de la misma manera que la ciudad de la confusión toleraba indiferentemente a los filósofos que sostenían opiniones diversas y contrarias entre sí. Aquellos que en la Iglesia de Cristo tienen pensamientos enfermos y perversos, si al ser corregidos para que piensen de manera sana y recta, resisten con obstinación y no quieren enmendar sus dogmas pestilentes y mortales, sino que persisten en defenderlos, se convierten en herejes y, saliendo fuera, son considerados entre los enemigos que ejercen. Sin embargo, incluso así, para su propio mal, son útiles a los verdaderos miembros católicos de Cristo, ya que Dios utiliza bien a los malos, y todas las cosas cooperan para el bien de los que lo aman (Rom. VIII, 28). Todos los enemigos de la Iglesia, ya sea que estén cegados por el error o depravados por la malicia, si reciben el poder de afligir corporalmente, ejercitan su paciencia; si solo se oponen con malos pensamientos, ejercitan su sabiduría; y para que incluso los enemigos sean amados, ejercitan su benevolencia o incluso su beneficencia, ya sea que se

trate con ellos mediante doctrina persuasiva o disciplina temible. Por lo tanto, el diablo, príncipe de la ciudad impía, al mover sus propios vasos contra la ciudad de Dios que peregrina en este mundo, no se le permite hacerle daño. Sin duda, se le procura por la divina providencia tanto consuelo en las cosas prósperas, para que no se quiebre en las adversas, como ejercicio en las adversas, para que no se corrompa en las prósperas; y así se templa una cosa con la otra, de modo que en el Salmo reconocemos que aquella voz no surgió de otro lugar: Según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus consolaciones alegraron mi alma (Sal. XCIII, 19). De aquí también es aquello del Apóstol: Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación (Rom. XII, 12).

2. Pues también aquello que dice el mismo doctor: Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución (II Tim. III, 12), no debe pensarse que pueda faltar en ningún tiempo. Porque incluso cuando parece haber tranquilidad por parte de aquellos que están fuera y no son violentos, y realmente la hay, y aporta mucho consuelo, especialmente a los débiles; sin embargo, no faltan, más bien son muchos dentro, quienes con sus costumbres perdidas atormentan los corazones de los que viven piadosamente: porque por ellos se blasfema el nombre cristiano y católico: cuanto más querido es para aquellos que quieren vivir piadosamente en Cristo, tanto más les duele que por los malos que están dentro se ame menos de lo que desean las mentes de los piadosos. Los mismos herejes, cuando se piensa que tienen el nombre y los sacramentos cristianos, y las Escrituras, y la profesión, causan gran dolor en los corazones de los piadosos: porque muchos que quieren ser cristianos, debido a sus disensiones, se ven obligados a dudar, y muchos maldicientes encuentran en ellos materia para blasfemar el nombre cristiano; porque también ellos de alguna manera son llamados cristianos. Con estas y otras costumbres y errores perversos de los hombres, sufren persecución aquellos que quieren vivir piadosamente en Cristo, incluso sin que nadie infeste o atormente sus cuerpos. Sufren esta persecución no en los cuerpos, sino en los corazones. De ahí aquella voz: Según la multitud de mis dolores en mi corazón. No dijo, En mi cuerpo. Pero nuevamente, porque se consideran inmutables las promesas divinas, y lo que dice el Apóstol: Conoce el Señor a los que son suyos (II Tim. II, 19): A los que conoció de antemano, también los predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo (Rom. VIII, 29); de ellos no puede perecer ninguno; por eso sigue en aquel salmo: Tus consolaciones alegraron mi alma. Pero el mismo dolor que se produce en los corazones de los piadosos, a quienes persiguen las costumbres de los malos o falsos cristianos, es útil para los que sufren; porque desciende de la caridad, por la cual no quieren que perezcan, ni que impidan la salvación de otros. Finalmente, grandes consolaciones se producen también por sus correcciones, que llenan las almas de los piadosos con tanta alegría como los dolores que les causaron por su perdición. Así, en este siglo, en estos días malos, no solo desde el tiempo de la presencia corporal de Cristo y sus Apóstoles, sino desde el mismo Abel, a quien primero mató su hermano impío, y desde entonces hasta el fin de este siglo, la Iglesia avanza peregrinando entre las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios.

CAPÍTULO LII.---Si debe creerse que, como algunos piensan, después de cumplidas las diez persecuciones que hubo, no queda ninguna más que la undécima, que será en el tiempo mismo del Anticristo.

1. Por lo tanto, tampoco creo que deba decirse o creerse temerariamente, como a algunos les ha parecido, que la Iglesia no sufrirá más persecuciones hasta el tiempo del Anticristo, que las que ya ha sufrido, es decir, diez, para que la undécima y última sea del Anticristo. Cuentan la primera desde Nerón, la segunda desde Domiciano, la tercera desde Trajano, la cuarta desde Antonino, la quinta desde Severo, la sexta desde Maximino, la séptima desde Decio, la octava desde Valeriano, la novena desde Aureliano, la décima desde Diocleciano y

Maximiano. Pues creen que las plagas de los egipcios, que fueron diez, antes de que el pueblo de Dios comenzara a salir de allí, deben referirse a este entendimiento, para que la última persecución del Anticristo parezca similar a la undécima plaga, en la que los egipcios, mientras perseguían hostilmente a los hebreos, perecieron en el Mar Rojo, mientras el pueblo de Dios pasaba en seco. Pero yo no creo que aquellas cosas hechas en Egipto signifiquen proféticamente estas persecuciones: aunque a aquellos que lo piensan, les parece que han comparado ingeniosa y exquisitamente cada una de esas cosas con estas, no por el Espíritu profético, sino por conjetura de la mente humana, que a veces llega a la verdad, a veces se equivoca.

2. ¿Qué dirán, pues, los que piensan esto sobre la persecución en la que el mismo Señor fue crucificado? ¿En qué número la colocarán? Si, sin embargo, piensan que debe exceptuarse, como si debieran contarse aquellas que afectan al cuerpo, no en la que fue atacada y asesinada la misma cabeza; ¿qué harán con aquella que, después de que Cristo ascendió al cielo, se hizo en Jerusalén, donde el bienaventurado Esteban fue lapidado, donde Santiago, hermano de Juan, fue asesinado a espada, donde el apóstol Pedro fue encarcelado para ser asesinado y liberado por un ángel, donde los hermanos fueron expulsados y dispersados de Jerusalén, donde Saulo, que después se convirtió en el apóstol Pablo, devastaba la Iglesia; donde él mismo, ya predicando la fe que perseguía, sufrió cosas similares, ya sea en Judea o entre otras naciones, donde fervorosamente predicaba a Cristo? ¿Por qué, entonces, les parece que debe comenzar desde Nerón, cuando la Iglesia, creciendo, llegó a los tiempos de Nerón entre persecuciones atroces, de las cuales es demasiado largo hablar de todas? Si piensan que deben contarse las persecuciones hechas por reyes; Herodes fue un rey que también hizo una muy grave después de la ascensión del Señor. Luego, ¿qué responden sobre Juliano, a quien no cuentan entre los diez? ¿Acaso él no persiguió a la Iglesia, quien prohibió a los cristianos enseñar y aprender letras liberales? Bajo él, Valentiniano el Mayor, quien fue el tercer emperador después de él, se destacó como confesor de la fe cristiana y fue privado de su milicia. Para no mencionar lo que comenzó a hacer en Antioquía, si no hubiera sido por la constancia y fidelidad de un joven que, entre muchos que fueron apresados para ser torturados, fue el primero en ser torturado durante todo el día, y cuya libertad y alegría al cantar salmos en medio de las uñas y torturas lo asombraron y aterrorizaron, y temió avergonzarse más horriblemente en los demás. Finalmente, en nuestra memoria, Valente, hermano del mencionado Valentiniano, arriano, ¿no devastó la Iglesia católica con una gran persecución en las partes orientales? ¿Cómo es posible no considerar que la Iglesia, fructificando y creciendo en todo el mundo, puede sufrir persecución en algunas naciones por parte de los reyes, incluso cuando en otras no la sufre? A menos que tal vez no se deba contar como persecución cuando el rey de los godos persiguió a los cristianos en la misma Gothia con una crueldad admirable, cuando allí no había más que católicos, de los cuales muchos fueron coronados con el martirio: como escuchamos de algunos hermanos que entonces eran niños allí y recordaban sin dudar haber visto estas cosas. ¿Qué hay ahora en Persia? ¿Acaso no ha hervido la persecución contra los cristianos (si es que ya ha cesado), de modo que algunos que huían de allí llegaron hasta las ciudades romanas? Reflexionando sobre estas y otras cosas similares, no me parece que deba definirse un número de persecuciones por las que debe ejercitarse la Iglesia. Pero nuevamente, afirmar que habrá algunas futuras por parte de los reyes, además de aquella última, sobre la cual ningún cristiano duda, no es menos temerario. Por lo tanto, dejamos esto en medio, sin afirmar ni destruir ninguna parte de esta cuestión, sino solo apartándonos de la audaz presunción de afirmar cualquiera de estas cosas.

CAPÍTULO LIII.---Sobre el tiempo oculto de la última persecución.

1. Ciertamente, la última persecución, que será del Anticristo, Jesús mismo la extinguirá con su presencia. Pues está escrito que lo matará con el espíritu de su boca y lo anulará con la iluminación de su presencia (2 Tes. II, 8). Aquí suele preguntarse, ¿Cuándo será esto? Totalmente de manera inoportuna. Porque si nos beneficiara saber esto, ¿de quién mejor que del mismo Dios maestro se les diría a los discípulos que preguntaban? Pues no guardaron silencio sobre esto ante él; sino que le preguntaron en su presencia, diciendo: Señor, ¿si en este tiempo te presentarás, y cuándo el reino de Israel? Pero él respondió: No os corresponde a vosotros saber los tiempos que el Padre ha puesto en su potestad (Hech. I, 6, 7). Sin duda, no le preguntaron sobre la hora, o el día, o los años, sino sobre el tiempo cuando recibieron esta respuesta. Por lo tanto, en vano intentamos calcular y definir los años que quedan para este siglo, cuando escuchamos de la boca de la Verdad que no es nuestro saber esto. Sin embargo, algunos han dicho que se completarán cuatrocientos, otros quinientos, otros incluso mil años desde la ascensión del Señor hasta su último advenimiento. Pero cómo cada uno de ellos sostiene su opinión, es largo de demostrar y no necesario. Pues utilizan conjeturas humanas, no presentan nada cierto de la autoridad de la Escritura canónica. Pero aquel que dice: No os corresponde a vosotros saber los tiempos que el Padre ha puesto en su potestad, disuelve los cálculos de todos los que calculan sobre esta cuestión y les ordena descansar.

2. Pero como esta es una sentencia evangélica, no es de extrañar que no haya reprimido a los adoradores de muchos dioses falsos, para que no fingieran que por respuestas de demonios, a quienes adoran como dioses, se había definido cuánto tiempo duraría la religión cristiana. Pues al ver que ni con tantas y tan grandes persecuciones pudo ser consumida, sino que más bien con ellas tomó incrementos admirables, inventaron no sé qué versos griegos, como si fueran pronunciados por un oráculo divino a alguien que consultaba, donde hacen a Cristo inocente de este crimen de sacrilegio; pero añaden que Pedro hizo con sus hechicerías que el nombre de Cristo fuera venerado por trescientos sesenta y cinco años, y que después de completado el mencionado número de años, sin demora llegaría a su fin. ¡Oh corazones de hombres doctos! ¡Oh ingenios letrados dignos de creer estas cosas sobre Cristo, que no quieren creer en Cristo, que su discípulo Pedro no aprendió de él artes mágicas, sino que, siendo él inocente, sin embargo, fue su hechicero y prefirió que su nombre, más que el suyo, fuera venerado con sus artes mágicas, con sus grandes trabajos y peligros, finalmente incluso con la efusión de su sangre! Si Pedro el hechicero hizo que el mundo amara a Cristo de esta manera: ¿qué hizo el inocente Cristo para que Pedro lo amara de esta manera? Que respondan, pues, a sí mismos, y si pueden, entiendan que fue hecho por la gracia suprema para que el mundo amara a Cristo por la vida eterna, por la cual gracia fue hecho que también Pedro amara a Cristo para recibir de él la vida eterna y para sufrir incluso hasta la muerte temporal por él. Además, ¿quiénes son estos dioses que pueden predecir estas cosas, pero no pueden evitarlas, sucumbiendo así a un solo hechicero y a un solo crimen mágico, por el cual un niño, como dicen, de un año fue asesinado, despedazado y sepultado en un rito impío, para que una secta adversaria a ellos creciera tanto tiempo, superara las horrendas crueldades de tantas y tan grandes persecuciones, no resistiendo sino sufriendo, y llegara a la destrucción de sus simulacros, templos, ritos y oráculos? ¿Quién es, finalmente, el dios, no nuestro ciertamente, sino de ellos, que fue seducido por un crimen tan grande o impulsado a hacer estas cosas? Pues no dicen que algún demonio, sino un dios, fue quien Pedro definió estas cosas con su arte mágica. Tal dios tienen, quienes no tienen a Cristo.

CAPÍTULO LIV.---Sobre la mentira más estúpida de los paganos, que fingieron que la religión cristiana no duraría más de trescientos sesenta y cinco años.

1. Estas y muchas otras cosas reuniría, si aún no hubiera pasado el año mismo que la falsa adivinación prometió, y la vanidad engañada creyó. Pero como desde que el culto del nombre

de Cristo fue instituido por su presencia en la carne y por los Apóstoles, hace algunos años se han completado trescientos sesenta y cinco años, ¿qué más buscamos para refutar esta falsedad? Pues para no poner el inicio de esta cuestión en el nacimiento de Cristo, ya que siendo niño y joven no tenía discípulos, sin embargo, cuando comenzó a tenerlos, sin duda entonces se dio a conocer por su presencia corporal la doctrina y religión cristiana, es decir, después de que fue bautizado en el río Jordán por el ministerio de Juan. Pues por esto se había profetizado de él: Dominará de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra (Sal. LXXI, 8). Pero como antes de que sufriera y resucitara de entre los muertos, aún no se había definido la fe para todos; pues en la resurrección de Cristo se definió (pues así el apóstol Pablo habla a los atenienses diciendo: Ahora anuncia a los hombres que todos en todas partes se arrepientan, porque ha establecido un día para juzgar al mundo con equidad, en el hombre en quien ha definido la fe para todos, resucitándolo de entre los muertos [Hech. XVII, 30 y 31]): mejor tomamos el inicio de esta cuestión desde allí; especialmente porque entonces también fue dado el Espíritu Santo, como debía ser dado después de la resurrección de Cristo en esa ciudad, de la cual debía comenzar la segunda ley, es decir, el Nuevo Testamento. Pues la primera fue desde el monte Sinaí por Moisés, lo que se llama el Antiguo Testamento. De esta que debía ser dada por Cristo, se había predicho: De Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor (Is. II, 3). Por eso él mismo dijo que debía predicarse en su nombre el arrepentimiento por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Luc. XXIV, 47). Allí, pues, comenzó el culto de este nombre, para que se creyera en Cristo Jesús, quien había sido crucificado y resucitado: allí esta fe ardió con inicios tan notables, que varios miles de hombres convertidos con admirable prontitud al nombre de Cristo, vendieron sus bienes para que se distribuyeran a los necesitados, y con un propósito santo y ardentísima caridad llegaron a la pobreza voluntaria, y entre los judíos que rugían y sedientos de sangre, se prepararon para luchar por la verdad hasta la muerte, no con poder armado, sino con paciencia más poderosa. Si esto no se hizo con artes mágicas, ¿por qué dudan en creer que por la misma virtud divina pudo hacerse esto en todo el mundo como se hizo allí? Pero si para que en Jerusalén se encendiera tanta multitud de hombres al culto del nombre de Cristo, que lo había fijado en la cruz, o se había burlado de él fijado, ya había hecho ese hechizo Pedro, desde ese año debe buscarse cuándo se completaron trescientos sesenta y cinco. Cristo murió bajo el consulado de los dos Gemelos, el octavo día antes de las calendas de abril. Resucitó al tercer día, como los Apóstoles también probaron con sus sentidos. Luego, después de cuarenta días, ascendió al cielo: después de diez días, es decir, el quincuagésimo día después de su resurrección, envió el Espíritu Santo. Entonces tres mil hombres creyeron al predicar los Apóstoles. Entonces comenzó el culto de ese nombre, como creemos nosotros, y la verdad lo tiene, por la eficacia del Espíritu Santo; como, sin embargo, la impía vanidad fingió o pensó, por las artes mágicas de Pedro. Poco después, también hecho un milagro notable, cuando a la palabra del mismo Pedro un cierto mendigo cojo desde el vientre de su madre, de tal manera que era llevado por otros y puesto a la puerta del templo donde pedía limosna, en el nombre de Jesucristo fue sanado y saltó, cinco mil hombres creyeron: y luego con otros y otros accesos de creyentes creció la Iglesia. Por lo tanto, se recoge también el día desde el cual comenzó el año mismo, es decir, cuando fue enviado el Espíritu Santo, es decir, por las idus de mayo. Contando, pues, los cónsules, se encuentran cumplidos trescientos sesenta y cinco años por esas mismas idus, en el consulado de Honorio y Eutiquiano. Pero al año siguiente, bajo el consulado de Mallio Teodoro, cuando según aquel oráculo de los demonios o invención de los hombres ya no debía haber religión cristiana, lo que tal vez se hizo en otras partes de la tierra no fue necesario investigar. Mientras tanto, lo que sabemos en la ciudad muy conocida y eminente de Cartago en África, los condes Gaudencio y Jovio del emperador Honorio, el decimocuarto día antes de las calendas de abril, destruyeron los templos de los falsos dioses y rompieron las estatuas. Desde entonces hasta este tiempo, por

casi treinta años, ¿quién no ve cuánto ha crecido el culto del nombre de Cristo, especialmente después de que muchos de ellos se hicieron cristianos, quienes eran llamados a apartarse de la fe por aquella supuesta verdadera adivinación, y al ver que después de completado el mismo número de años, la encontraron vana y ridícula? Por lo tanto, nosotros que somos llamados cristianos, no creemos en Pedro, sino en aquel en quien creyó Pedro; edificados por los sermones de Pedro sobre Cristo, no envenenados por cánticos; ni engañados por sus hechicerías, sino ayudados por sus beneficios. Aquel maestro de Pedro, Cristo, en la doctrina que conduce a la vida eterna, es también nuestro maestro.

2. Pero concluyamos ya este libro, discutiendo hasta aquí y demostrando cuanto ha parecido suficiente, cuál es el recorrido mortal de las dos ciudades, la celestial y la terrena, mezcladas desde el principio hasta el fin. Aquella que es terrena se ha hecho dioses falsos de donde ha querido, incluso de entre los hombres, a los que sirve sacrificando; pero la que es celestial peregrina en la tierra, no hace dioses falsos, sino que es hecha por el verdadero Dios, cuyo verdadero sacrificio es ella misma. Ambas, sin embargo, usan por igual de los bienes temporales o sufren por igual los males, con diferente fe, diferente esperanza, diferente amor, hasta que en el juicio final sean separadas y cada una reciba su fin, que no tiene fin: sobre los fines de ambas se ha de discutir a continuación.

LIBRO DECIMONOVENO. En el cual se discute sobre los fines de ambas ciudades, la terrena y la celestial. Se enumeran las opiniones de los filósofos sobre los fines de los bienes y los males, quienes en vano intentaron hacer la felicidad en esta vida: mientras se refutan con más esfuerzo, se demuestra cuál es la felicidad y la paz de la misma ciudad celestial, o del pueblo cristiano, y cómo puede ser tenida aquí o esperada en el futuro.

CAPÍTULO PRIMERO.---Que en la cuestión que la disputa filosófica sobre los fines de los bienes y los males ha ventilado, Varro ha percibido que pueden existir doscientas ochenta y ocho sectas.

1. Puesto que veo que debo discutir a continuación sobre los fines debidos de ambas ciudades, la terrena y la celestial; primero deben exponerse, en la medida en que lo permite la razón de terminar esta obra, los argumentos de los mortales, con los cuales intentaron hacerse a sí mismos la felicidad en la infelicidad de esta vida, para que nuestra esperanza, que Dios nos ha dado, y la misma realidad, es decir, la verdadera felicidad que dará, no solo resplandezca por la autoridad divina, sino también con la razón que podemos aplicar por los infieles. Sobre los fines de los bienes y los males, los filósofos han discutido mucho y de muchas maneras entre sí: tratando con la máxima atención esta cuestión, intentaron encontrar qué hace al hombre feliz. Pues ese es el fin de nuestro bien, por el cual deben ser apetecidas las demás cosas, y él mismo por sí mismo: y ese es el fin del mal, por el cual deben ser evitadas las demás cosas, y él mismo por sí mismo. Llamamos, pues, fin del bien, no a aquel por el cual se consuma, para que no exista, sino a aquel por el cual se perfeccione, para que sea pleno; y fin del mal, no a aquel por el cual deje de ser, sino hasta donde conduzca haciendo daño. Estos fines, por tanto, son el sumo bien y el sumo mal. Sobre su descubrimiento, y sobre alcanzar el sumo bien en esta vida, y evitar el sumo mal, mucho, como he dicho, han trabajado aquellos que profesaron el estudio de la sabiduría en la vanidad de este siglo: sin embargo, aunque errando de diversas maneras, la frontera de la naturaleza no les permitió desviarse tanto del camino de la verdad, que no pusieran unos el fin de los bienes y los males en el alma, otros en el cuerpo, y otros en ambos. De esta tripartita distribución general de sectas, Marco Varro, en su libro sobre Filosofía, investigando diligente y sutilmente tanta variedad de doctrinas, advirtió que podía llegar fácilmente a

doscientas ochenta y ocho sectas, no que ya existieran, sino que pudieran existir, aplicando ciertas diferencias.

2. Para mostrar esto brevemente, es necesario comenzar por lo que él mismo advirtió y puso en el libro mencionado: que hay cuatro cosas que los hombres, sin maestro, sin ningún auxilio de doctrina, sin industria o arte de vivir, que se llama virtud y sin duda se aprende, apetecen como naturalmente; o el placer, que mueve deleitablemente el sentido del cuerpo; o la tranquilidad, que hace que nadie sufra molestia alguna del cuerpo; o ambas, que sin embargo Epicuro llama con un solo nombre placer; o universalmente las primeras de la naturaleza, en las que están estas y otras, ya sea en el cuerpo, como la integridad de los miembros, y la salud y bienestar de este; o en el alma, como son aquellas que se encuentran pequeñas o grandes en los ingenios de los hombres. Estas cuatro cosas, es decir, el placer, la tranquilidad, ambas, las primeras de la naturaleza, están en nosotros de tal manera que o la virtud, que luego la doctrina inserta, debe ser apetecida por estas, o estas por la virtud, o ambas por sí mismas: y por esto se hacen de aquí doce sectas: pues por esta razón cada una se triplica; lo cual, cuando lo demuestre en una, no será difícil encontrarlo en las demás. Cuando, por tanto, el placer del cuerpo se somete a la virtud del alma, o se prefiere, o se une, se varía la tripartita diversidad de sectas. Se somete a la virtud cuando se asume para el uso de la virtud. Pertenece, en efecto, al deber de la virtud, tanto vivir para la patria como procrear hijos para la patria: ninguna de las cuales puede hacerse sin el placer del cuerpo. Pues sin él no se toma alimento ni bebida para vivir; ni se concibe para que se propague la generación. Pero cuando se prefiere a la virtud, se apetece por sí misma, y se cree que la virtud debe ser asumida por ella, es decir, para que la virtud no haga nada sino para conseguir o conservar el placer del cuerpo: vida que es deforme, ciertamente, donde la virtud sirve a la señora del placer; aunque de ningún modo debe llamarse esto virtud: pero sin embargo, incluso esta horrible torpeza tuvo algunos filósofos como patronos y defensores. El placer, por otro lado, se une a la virtud cuando ninguna de ellas se apetece por la otra, sino ambas por sí mismas. Por lo cual, así como el placer sometido, preferido o unido a la virtud, hace tres sectas; así la tranquilidad, así ambas, así las primeras de la naturaleza se encuentran haciendo otras tres. Por la variedad, en efecto, de las opiniones humanas, a veces se someten a la virtud, a veces se prefieren, a veces se unen, y así se llega al número de doce sectas. Pero este número también se duplica aplicando una diferencia, a saber, de la vida social: porque cualquiera que sigue alguna de estas doce sectas, ciertamente lo hace o solo por sí mismo, o también por el compañero, a quien debe querer esto que para sí mismo. Por lo cual, doce son de aquellos que creen que debe seguirse cada una solo por sí mismos; y otras doce de aquellos que deciden que no solo por sí mismos debe filosofarse así o así, sino también por otros, cuyo bien desean como el suyo. Estas sectas veinticuatro se duplican de nuevo, añadiendo la diferencia de los nuevos Académicos, y se hacen cuarenta y ocho. Pues de aquellas veinticuatro sectas, cada una puede ser sostenida y defendida por alguien como cierta, como defendieron los Estoicos, que el bien del hombre, por el cual sería feliz, consistía solo en la virtud del alma: otro puede hacerlo como incierta, como defendieron los nuevos Académicos, que aunque no les parecía cierto, sin embargo les parecía verosímil. Veinticuatro, por tanto, se hacen por aquellos que las tienen como ciertas por la verdad, y otras veinticuatro por aquellos que creen que deben seguirse las mismas aunque inciertas por la verosimilitud. De nuevo, porque cada una de estas cuarenta y ocho sectas puede ser seguida por alguien con el hábito de los demás filósofos, y también por otro con el hábito de los Cínicos, por esta diferencia también se duplican, y se hacen noventa y seis. Luego, porque cada una de ellas puede ser sostenida y seguida por los hombres de tal manera que o aman la vida ociosa, como aquellos que solo quisieron y pudieron dedicarse a los estudios de la doctrina; o la vida activa, como aquellos que, aunque filosofaban, sin embargo estaban

ocupadísimos en la administración de la república y en gobernar los asuntos humanos; o una vida templada de ambos géneros, como aquellos que dedicaron parte de su tiempo al ocio erudito y parte al necesario negocio, por estas diferencias también puede triplicarse este número de sectas, y llegar a doscientas ochenta y ocho.

3. Esto del libro de Varrón, cuanto he podido, lo he expuesto brevemente y claramente, explicando sus sentencias con mis palabras. Pero cómo, refutando las demás, elige una que quiere que sea de los Académicos antiguos, que desde Platón hasta Polemón, quien fue el cuarto en tener su escuela, que se llamó Academia, quiere que parezca que tuvieron dogmas ciertos; y por esto los distingue de los nuevos Académicos, para quienes todo es incierto, género de filosofía que comenzó con Arcesilao, sucesor de Polemón; y cómo cree que esa secta, es decir, de los Académicos antiguos, está libre de toda duda y error, es largo de demostrar en todo: sin embargo, no debe omitirse del todo. Remueve, por tanto, primero todas aquellas diferencias que multiplicaron el número de sectas: las cuales cree que deben ser removidas porque no está en ellas el fin del bien. Pues no considera que deba llamarse secta filosófica a ninguna que no se distinga de las demás por tener diferentes fines de bienes y males. Ya que no hay causa para filosofar para el hombre, sino para ser feliz: lo que hace feliz es el fin del bien: no hay, por tanto, causa para filosofar, sino el fin del bien: por lo cual, la que no sigue ningún fin del bien, no debe llamarse secta filosófica. Cuando, por tanto, se pregunta sobre la vida social, si debe ser tenida por el sabio, para que quiera y cuide el sumo bien, por el cual el hombre es feliz, de su amigo como de sí mismo, o si hace todo lo que hace solo por causa de su propia felicidad; no se trata del mismo sumo bien, sino de asumir o no asumir un compañero para la participación de este bien, no por sí mismo, sino por el mismo compañero, para que se alegre de su bien como se alegra del suyo. También cuando se pregunta sobre los nuevos Académicos, para quienes todo es incierto, si las cosas en las que se debe filosofar deben ser tenidas así, o, como a otros filósofos les pareció, debemos tenerlas como ciertas; no se pregunta qué debe seguirse en el fin del bien, sino sobre la verdad del mismo bien, que parece que debe seguirse, si debe dudarse de si es o no. Esto es, para decirlo más claramente, si debe seguirse de tal manera que quien lo sigue diga que es verdadero; o de tal manera que quien lo sigue diga que le parece verdadero, aunque tal vez sea falso; sin embargo, ambos siguen un mismo bien. En aquella diferencia también que se aplica del hábito y costumbre de los Cínicos, no se pregunta cuál es el fin del bien, sino si debe vivirse en aquel hábito y costumbre por quien sigue el verdadero bien, cualquiera que le parezca verdadero y digno de seguirse. Finalmente, hubo quienes, aunque seguían diferentes bienes finales, unos la virtud, otros el placer, sin embargo mantenían el mismo hábito y costumbre, de la cual se llamaban Cínicos. Así, aquello que sea, por lo cual los filósofos Cínicos se distinguen de los demás, ciertamente no valía nada para elegir y seguir el bien por el cual serían felices. Pues si algo importara para esto, ciertamente el mismo hábito obligaría a seguir el mismo fin, y el hábito diverso no permitiría seguir el mismo fin.

CAPÍTULO II.---Cómo, removidas todas las diferencias que no son sectas, sino cuestiones, Varro llega a la tripartita definición del sumo bien, de las cuales, sin embargo, una debe ser elegida.

En esos tres géneros de vida, uno ciertamente no perezoso, sino ocioso en la contemplación o investigación de la verdad, otro activo en los asuntos humanos, y el tercero templado de ambos géneros, cuando se pregunta cuál de ellos debe ser elegido, no hay controversia sobre el fin del bien; sino que se trata de qué de estos tres aporta dificultad o facilidad para alcanzar o retener el fin del bien, eso se discute en esta cuestión. Pues el fin del bien, cuando alguien llega a él, inmediatamente lo hace feliz. Sin embargo, en el ocio erudito, o en el negocio público, o cuando ambos se alternan, no inmediatamente alguien es feliz. Muchos, en efecto,

pueden vivir en cualquiera de estos tres y errar en el apetito del fin del bien por el cual el hombre es feliz. Otra es, por tanto, la cuestión sobre los fines de los bienes y los males, que hace cada secta de los filósofos: y otras son las cuestiones sobre la vida social, sobre la duda de los Académicos, sobre el vestido y alimento de los Cínicos, sobre los tres géneros de vida, ocioso, activo, y templado de ambos; de las cuales ninguna trata sobre los fines de los bienes y los males. Por tanto, puesto que Marco Varro, aplicando estas cuatro diferencias, es decir, de la vida social, de los nuevos Académicos, de los Cínicos, de este género de vida tripartito, llegó a doscientas ochenta y ocho sectas, y si alguna otra puede añadirse de manera similar; removidas todas ellas, puesto que no introducen ninguna cuestión sobre seguir el sumo bien, y por eso no son sectas ni deben llamarse sectas, vuelve a aquellas doce, en las que se pregunta qué es el bien del hombre, por el cual, alcanzado, es feliz, para mostrar que una de ellas es verdadera y las demás falsas. Pues removido aquel género de vida tripartito, se quitan dos partes de este número, y quedan noventa y seis sectas. Removida la diferencia añadida de los Cínicos, se reducen a la mitad, y quedan cuarenta y ocho. Quitamos también lo que se añadió de los nuevos Académicos, de nuevo queda la mitad, es decir, veinticuatro. También se quite lo que se añadió de la vida social, quedan doce, que esta diferencia había duplicado para hacer veinticuatro. De estas doce, por tanto, no puede decirse nada por lo cual no deban ser tenidas como sectas. Pues en ellas no se pregunta otra cosa que los fines de los bienes y los males. Encontrados los fines de los bienes, ciertamente se encuentran los de los males. Estas, para que sean doce sectas, aquellas cuatro se triplican, el placer, la tranquilidad, ambas, y las primeras de la naturaleza, que Varro llama primigenias. Pues estas cuatro, cuando individualmente se someten a la virtud, para que no sean apetecidas por sí mismas, sino que parezcan apetecibles por el deber de la virtud, a veces se prefieren, para que no sean apetecidas por sí mismas, sino que la virtud se crea necesaria para alcanzarlas o conservarlas, a veces se unen, para que se crean apetecibles por sí mismas tanto la virtud como estas; el número cuaternario se triplica y se llega a doce sectas. De estas cuatro cosas, Varro elimina tres, a saber, el placer, la tranquilidad, y ambas: no porque las desapruebe, sino porque aquellas primigenias de la naturaleza contienen tanto el placer como la tranquilidad. ¿Qué necesidad hay, entonces, de hacer tres cosas de estas dos, es decir, dos cuando se apetecen individualmente el placer o la tranquilidad, y una tercera cuando ambas juntas; cuando las primeras de la naturaleza contienen tanto estas como muchas otras cosas además de ellas? Por tanto, le parece que debe tratarse diligentemente sobre estas tres sectas, cuál debe ser elegida. Pues la verdadera razón no permite que haya más de una verdadera, ya sea que esté en estas tres o en algún otro lugar, lo cual veremos después. Mientras tanto, discutamos cómo Varro elige una de estas tres, cuanto más brevemente y claramente podamos. Estas tres sectas, en efecto, se hacen cuando o las primeras de la naturaleza son apetecidas por la virtud, o la virtud por las primeras de la naturaleza, o ambas, es decir, tanto la virtud como las primeras de la naturaleza, son apetecidas por sí mismas.

CAPÍTULO III.---De las tres sectas que buscan el sumo bien del hombre, cuál define Varro que debe ser elegida, siguiendo la sentencia de la antigua Academia, con Antíoco como autor.

1. ¿Qué, pues, de estas tres cosas es verdadero y digno de seguirse? Intenta persuadir de esta manera. Primero, porque el sumo bien en la filosofía no se busca en el árbol, ni en el ganado, ni en el dios, sino en el hombre, considera que es necesario investigar qué es el hombre mismo. Siente, en efecto, que en su naturaleza hay dos cosas, el cuerpo y el alma: y de estas dos, no duda en absoluto que el alma es mejor y mucho más excelente; pero si el alma sola es el hombre, de modo que el cuerpo sea para ella como el caballo para el jinete. Pues el jinete no es hombre y caballo, sino solo hombre: sin embargo, se le llama jinete porque de algún modo se relaciona con el caballo. O si el cuerpo solo es el hombre, de alguna manera

relacionado con el alma, como el vaso con la bebida: pues no se llama vaso al cáliz y a la bebida que contiene, sino solo al cáliz; sin embargo, porque está adaptado para contener la bebida. O si ni el alma sola, ni solo el cuerpo, sino ambos juntos son el hombre, del cual una parte es el alma o el cuerpo, pero él en su totalidad consiste en ambos, de modo que sea hombre: como llamamos bigas a dos caballos unidos, de los cuales ya sea el derecho o el izquierdo es parte de las bigas, pero no llamamos bigas a uno de ellos de cualquier manera que se relacione con el otro, sino a ambos juntos. De estas tres, elige la tercera, y considera que el hombre no es ni solo alma, ni solo cuerpo, sino alma y cuerpo juntos. Por lo tanto, dice que el sumo bien del hombre, por el cual se hace feliz, consiste en los bienes de ambas cosas, del alma y del cuerpo. Y por esto estima que las primeras cosas de la naturaleza deben ser buscadas por sí mismas, y la virtud misma que la doctrina introduce como el arte de vivir, que es el bien más excelente de los bienes del alma. Por lo tanto, la misma virtud, es decir, el arte de vivir, cuando ha recibido las primeras cosas de la naturaleza, que existían sin ella, pero que también existían cuando aún les faltaba la doctrina, las desea todas por sí misma, y también a sí misma: y usa todas ellas y a sí misma con el fin de deleitarse y disfrutar de todas, más o menos, según sean mayores o menores entre sí, sin embargo, gozando de todas, y despreciando algunas menores, si la necesidad lo exige, para obtener o mantener las mayores. De todos los bienes, ya sean del alma o del cuerpo, la virtud no antepone absolutamente nada a sí misma. Pues esta usa bien tanto de sí misma como de los demás bienes que hacen al hombre feliz. Pero donde ella no está, por muchos que sean los bienes, no son buenos para aquel a quien pertenecen; y por lo tanto, ya no deben llamarse bienes de aquel a quien no pueden ser útiles si los usa mal. Por lo tanto, esta vida del hombre, que disfruta de la virtud y de otros bienes del alma y del cuerpo, sin los cuales la virtud no puede existir, se dice que es feliz: si además de estos, sin los cuales la virtud puede existir, tiene algunos o muchos, es más feliz: si tiene absolutamente todos, de modo que no falte ningún bien, ya sea del alma o del cuerpo, es la más feliz. Pues la vida no es lo mismo que la virtud; ya que no toda vida, sino la vida sabia es virtud: y sin embargo, cualquier tipo de vida puede existir sin ninguna virtud; pero la virtud no puede existir sin ninguna vida. Esto lo diré también de la memoria y la razón, y si hay algo más de este tipo en el hombre. Pues estas cosas existen incluso antes de la doctrina, pero sin ellas no puede haber ninguna doctrina: y por lo tanto, tampoco virtud, que ciertamente se aprende. Correr bien, ser hermoso de cuerpo, prevalecer con grandes fuerzas, y otras cosas de este tipo son tales que la virtud puede existir sin ellas, y ellas sin virtud: sin embargo, son bienes; y según estos, la virtud también los ama por sí mismos, los usa y disfruta de ellos, como corresponde a la virtud.

2. Dicen que esta vida feliz también es social, que ama los bienes de los amigos por sí mismos como los suyos propios, y desea para ellos lo que para sí mismo; ya sea en casa, como el cónyuge y los hijos y cualquier doméstico; ya sea en el lugar donde está su casa, como es la ciudad, como son aquellos que se llaman ciudadanos; ya sea en todo el mundo, como son las naciones, que la sociedad humana le une; ya sea en el mismo mundo, que se considera con el nombre de cielo y tierra, como dicen que son los dioses, que quieren que sean amigos del hombre sabio, a quienes nosotros llamamos más familiarmente ángeles. Sobre los fines de los bienes y, por el contrario, de los males, niegan que deba haber alguna duda, y afirman que esta es la diferencia entre ellos y los nuevos Académicos, y no les importa en absoluto, ya sea con el hábito cínico o con cualquier otro hábito y modo de vida, en estos fines, que consideran verdaderos, quienquiera que filosofe. De los tres géneros de vida, el ocioso, el activo, y el que está compuesto de ambos, aseguran que este tercero les agrada. Varro afirma que los Académicos antiguos pensaron y enseñaron esto, bajo la autoridad de Antíoco, maestro de Cicerón y suyo, a quien ciertamente Cicerón quiere que se vea más como estoico que como antiguo Académico. Pero ¿qué nos importa a nosotros, que

más bien debemos juzgar sobre las cosas mismas, que saber qué pensó cada uno de los hombres?

CAPÍTULO IV.---Sobre el sumo bien y el sumo mal, qué piensan los cristianos contra los filósofos, que dijeron que el sumo bien está en sí mismos.

1. Si, pues, se nos pregunta qué respondería la ciudad de Dios sobre cada una de estas cuestiones, y primero sobre los fines de los bienes y los males, responderá que la vida eterna es el sumo bien, y la muerte eterna el sumo mal: por lo tanto, para obtener aquella y evitar esta, debemos vivir rectamente. Por lo cual está escrito, El justo vivirá por la fe (Habacuc II, 4; Gálatas III, 11): porque ni nuestro bien ya lo vemos, por lo que debemos buscarlo creyendo; ni el vivir rectamente es de nosotros mismos, a menos que creyendo nos ayude y orando, quien también nos dio la fe misma, por la cual creemos que debemos ser ayudados por él. Pero aquellos que en esta vida pensaron que los fines de los bienes y los males están, ya sea en el cuerpo, ya sea en el alma, ya sea poniendo el sumo bien en ambos; y, para explicarlo más claramente, ya sea en el placer, ya sea en la virtud, ya sea en ambos; ya sea en la quietud, ya sea en la virtud, ya sea en ambos; ya sea en el placer y la quietud juntos, ya sea en la virtud, ya sea en ambos; ya sea en las primeras cosas de la naturaleza, ya sea en la virtud, ya sea en ambos: aquí quisieron ser felices, y hacerse felices a sí mismos con una asombrosa vanidad. La Verdad se burló de ellos a través del profeta diciendo, El Señor conoce los pensamientos de los hombres; o, como el apóstol Pablo puso este testimonio, El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos (Salmo XCIII, 11; I Corintios III, 20).

2. ¿Quién puede, con cualquier torrente de elocuencia, explicar las miserias de esta vida? Como las lamentó Cicerón en la Consolación por la muerte de su hija, como pudo: pero ¿cuánto es lo que pudo? Pues aquellas cosas que se llaman primeras de la naturaleza, ¿cuándo, dónde, cómo pueden estar tan bien en esta vida, que no fluctúen bajo inciertos azares? ¿Qué dolor contrario al placer, qué inquietud contraria a la quietud, no puede caer en el cuerpo del sabio? Ciertamente, la amputación o debilidad de los miembros ataca la integridad del hombre, la deformidad la belleza, la debilidad la salud, las fuerzas el cansancio, la movilidad la torpeza o la lentitud: ¿qué de esto no puede irrumpir en la carne del sabio? También el estado y el movimiento del cuerpo, cuando son decentes y congruentes, se cuentan entre las primeras cosas de la naturaleza: pero ¿qué si alguna mala salud sacude los miembros con temblores? ¿qué si la columna vertebral se curva hasta poner las manos en el suelo, y de algún modo hace al hombre cuadrúpedo? ¿no pervertirá toda la apariencia y el decoro del cuerpo al estar y moverse? ¿Qué de los mismos bienes primigenios del alma, donde ponen dos primeros para la comprensión y percepción de la verdad, el sentido y el intelecto? Pero ¿qué sentido queda, si, por no mencionar otras cosas, el hombre se vuelve sordo y ciego? ¿Dónde se irá la razón y la inteligencia, si se adormece, si por alguna enfermedad se vuelve insano? Los frenéticos dicen y hacen muchas cosas absurdas, a menudo ajenas a su buen propósito y costumbres, o más bien contrarias a su buen propósito y costumbres, ya sea que las pensemos o las veamos, si las consideramos dignamente, apenas podemos contener las lágrimas, o tal vez no podemos. ¿Qué decir de aquellos que sufren ataques de demonios? ¿dónde tienen escondida o sepultada su inteligencia, cuando el espíritu maligno usa su alma y cuerpo según su voluntad? ¿Y quién confía en que este mal no puede sucederle al sabio en esta vida? Además, ¿qué percepción de la verdad hay en esta carne, cuando, como leemos en el libro veraz de la Sabiduría, El cuerpo corruptible pesa sobre el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX, 15)? El impulso o apetito de acción, si se llama correctamente en latín de esta manera a lo que los griegos llaman ὁρμήν, porque también lo cuentan entre los primeros bienes de la naturaleza,

¿no es el mismo por el cual se llevan a cabo también los miserables movimientos de los insanos, y los hechos que horrorizan, cuando el sentido se pervierte y la razón se adormece?

3. Por otra parte, la misma virtud, que no está entre las primeras cosas de la naturaleza, ya que les llega después con la introducción de la doctrina, cuando reclama para sí la cumbre de los bienes humanos, ¿qué hace aquí sino perpetuas guerras con los vicios, no exteriores, sino interiores; no ajenos, sino claramente nuestros y propios; especialmente aquella que en griego se llama σωφροσύνη, en latín templanza, con la cual se frenan las libidines carnales, para que no arrastren la mente consintiente a cualquier tipo de depravación? Pues no es que no haya ningún vicio, ya que, como dice el Apóstol, La carne desea contra el espíritu: a este vicio se opone la virtud, ya que, como dice el mismo, El espíritu desea contra la carne. Pues estas cosas, dice, se oponen entre sí; para que no hagáis lo que queréis (Gálatas V, 17). Pero ¿qué queremos hacer, cuando queremos alcanzar el fin del sumo bien, sino que la carne no desee contra el espíritu, ni haya en nosotros este vicio, contra el cual el espíritu desea? Lo cual, aunque lo queramos en esta vida, ya que no podemos hacerlo, al menos hagamos con la ayuda de Dios, para que no cedamos a la carne que desea contra el espíritu, con el espíritu sucumbiendo, y seamos arrastrados a cometer pecado con nuestro consentimiento. Por lo tanto, mientras estemos en esta guerra interna, no nos atrevamos a decir que ya hemos alcanzado la bienaventuranza a la que queremos llegar venciendo. ¿Y quién es tan sabio que no tiene ningún conflicto contra las libidines?

4. ¿Qué de aquella virtud que se llama prudencia? ¿no discierne con toda su vigilancia los bienes de los males, para que no se infiltre ningún error en desear aquellos y evitar estos? Y por lo tanto, ella misma nos testifica que hay males en nosotros, o que los males están en nosotros. Pues ella nos enseña que es malo consentir en pecar, y que es bueno no consentir en pecar a la libidine. Sin embargo, aquel mal al que nos enseña la prudencia a no consentir, lo hace la templanza, y ni la prudencia ni la templanza lo quitan de esta vida. ¿Qué de la justicia, cuyo oficio es dar a cada uno lo suyo (de donde se hace en el mismo hombre un cierto orden justo de la naturaleza, para que el alma se someta a Dios y la carne al alma, y por lo tanto a Dios tanto el alma como la carne), no demuestra que aún está trabajando en esta obra, más que descansando en el fin de esta obra? Pues tanto menos se somete el alma a Dios, cuanto menos concibe a Dios en sus mismos pensamientos; y tanto menos se somete la carne al alma, cuanto más desea contra el espíritu. Mientras, pues, nos queda esta debilidad, esta peste, esta enfermedad, ¿cómo nos atreveremos a decir que ya estamos salvos; y si aún no estamos salvos, cómo ya somos bienaventurados con aquella bienaventuranza final? Ahora bien, aquella virtud cuyo nombre es fortaleza, en cualquier sabiduría que sea, es un testimonio evidente de los males humanos, que se ve obligada a soportar con paciencia. ¿Qué males los filósofos estoicos, me pregunto con qué cara, sostienen que no son males, cuando confiesan que si son tan grandes que el sabio no puede o no debe soportarlos, se ve obligado a infligirse la muerte a sí mismo y emigrar de esta vida? Sin embargo, tal es el estupor de soberbia en estos hombres, que piensan que tienen el fin del bien y se hacen felices a sí mismos; que su sabio, es decir, el que describen con una asombrosa vanidad, aunque quede ciego, sordo, mudo, debilitado en sus miembros, atormentado por dolores, y si puede decirse o pensarse cualquier otro de tales males, le suceda, que se vea obligado a infligirse la muerte a sí mismo, no les avergüenza llamar a esta vida constituida en estos males, vida feliz. ¡Oh vida feliz, que para terminarse busca la ayuda de la muerte! Si es feliz, permanezca en ella: pero si se huye de ella por estos males, ¿cómo es feliz? ¿O cómo no son males aquellos que vencen el bien de la fortaleza, y no solo la hacen ceder, sino que también la obligan a delirar, para que llame a esta vida feliz y persuada que debe ser evitada? ¿Quién es tan ciego que no vea que, si fuera feliz, no debería ser evitada? Pero si confiesan que debe ser evitada por el

peso de la debilidad que la oprime, ¿qué razón hay, entonces, para que no confiesen también que es miserable, con el cuello de la soberbia quebrado? ¿Acaso, pregunto, Cato se quitó la vida por paciencia, o más bien por impaciencia? Pues no lo habría hecho si no hubiera soportado impacientemente la victoria de César. ¿Dónde está la fortaleza? Ciertamente cedió, ciertamente sucumbió, ciertamente fue tan vencida que abandonó, desertó, huyó de la vida feliz. ¿O no era ya feliz? Entonces era miserable. ¿Cómo, pues, no eran males aquellos que hacían la vida miserable y digna de ser evitada?

5. Por lo tanto, incluso aquellos que han confesado que estos males existen, como los Peripatéticos y los antiguos Académicos, cuya secta defiende Varrón, hablan de manera más tolerable: pero también es asombroso su error, al afirmar que en estos males, aunque sean tan graves que deban ser evitados con la muerte, la vida sigue siendo feliz para quien los padece. "Los tormentos y sufrimientos del cuerpo son males", dicen, "y son peores cuanto más grandes puedan ser; para evitarlos, hay que huir de esta vida". ¿De qué vida, pregunto? "De esta", responden, "que está cargada de tantos males". ¿Entonces es feliz en esos mismos males, por los cuales dices que debe ser evitada? ¿O dices que es feliz porque puedes alejarte de estos males con la muerte? ¿Qué pasaría si, por algún juicio divino, estuvieras atrapado en ellos, sin poder morir ni ser liberado de ellos? ¿No dirías entonces que tal vida es miserable? Por lo tanto, no es menos miserable porque se abandone rápidamente: ya que si fuera eterna, incluso tú mismo la juzgarías miserable. No debe parecer que no hay miseria porque es breve; o, lo que es más absurdo, que porque la miseria es breve, deba llamarse felicidad. Hay una gran fuerza en esos males que obligan al hombre, incluso al sabio según ellos, a quitarse lo que es: cuando dicen, y dicen la verdad, que esta es la primera y más grande voz de la naturaleza, que el hombre se reconcilie consigo mismo, y por eso naturalmente huye de la muerte; tan amigo de sí mismo, que quiere ser un ser vivo, y vivir en esta unión de cuerpo y alma, y lo desea intensamente. Hay una gran fuerza en esos males que vencen este sentido de la naturaleza, por el cual la muerte se evita con todas las fuerzas y esfuerzos; y se vence de tal manera que lo que se evitaba, se desea, se busca, y si no puede lograrse de otra manera, el mismo hombre se lo inflige a sí mismo. Hay una gran fuerza en esos males que hacen que la fortaleza se convierta en homicida: si todavía debe llamarse fortaleza, que es vencida por estos males, de tal manera que no solo no puede proteger al hombre que, como virtud, ha asumido para gobernar y proteger, sino que además se ve obligada a matarlo. El sabio debe soportar pacientemente incluso la muerte, pero la que ocurre por causas externas: según ellos, si se ve obligado a infligírsela a sí mismo, ciertamente deben admitir que no solo son males, sino males intolerables, los que lo obligan a hacer esto. Por lo tanto, la vida que está oprimida por cargas tan grandes y graves, o sujeta a tales caídas, de ninguna manera se llamaría feliz, si los hombres que dicen esto, al igual que vencidos por los males crecientes, cuando se infligen la muerte, ceden a la infelicidad, así también vencidos por razones ciertas, cuando buscan la vida feliz, se dignaran ceder a la verdad, y no creyeran que en esta mortalidad se debe gozar del fin del bien supremo; donde las mismas virtudes, que ciertamente aquí no se encuentran nada mejor ni más útil en el hombre, cuanto mayores son las ayudas contra la fuerza de los peligros, trabajos, dolores, tanto más fieles testimonios son de las miserias. Porque si son verdaderas virtudes, que no pueden existir sino en aquellos en quienes hay verdadera piedad; no se jactan de poder hacer que los hombres en quienes están no sufran miserias: porque las verdaderas virtudes no son mentirosas, para jactarse de esto; sino que la vida humana, que se ve obligada a ser miserable por tantos y tan grandes males de este siglo, sea feliz en la esperanza del siglo futuro, así como salva. ¿Cómo puede ser feliz, si aún no es salva? Por eso el apóstol Pablo, no hablando de hombres imprudentes, impacientes, intemperantes e inicuos, sino de aquellos que vivían según la verdadera piedad, y por eso tenían verdaderas virtudes,

dijo: "Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos" (Rom. VIII, 24 y 25). Así como en esperanza fuimos salvados, así en esperanza fuimos hechos felices: y así como la salvación, así la felicidad, no la tenemos ya presente, sino que esperamos la futura: y esto con paciencia; porque estamos en males, que debemos soportar pacientemente, hasta que lleguemos a aquellos bienes donde todo será, con lo que nos deleitaremos inefablemente; y no habrá nada que debamos soportar. Tal salvación, que será en el siglo futuro, será también la felicidad final. Esta felicidad que estos filósofos, porque no quieren creer lo que no ven, intentan fabricarse aquí una falsísima, cuanto más soberbia, tanto más mentirosa virtud.

CAPÍTULO V.---De la vida social, que aunque debe ser buscada, a menudo se ve trastornada por muchas ofensas.

Pero que desean que la vida social sea del sabio, nosotros lo aprobamos mucho más. Pues, ¿de dónde esta ciudad de Dios, de la cual ya estamos manejando el decimonoveno libro de esta obra, comenzaría su surgimiento, o progresaría en su curso, o alcanzaría sus fines debidos, si no hubiera vida social de los santos? Pero en la aflicción de esta mortalidad, ¿quién podría enumerar, quién podría estimar cuántos y cuán grandes males abundan en la sociedad humana? Escuchen en sus comedias a un hombre decir con el sentido y consenso de todos los hombres: "Me casé, ¡qué miseria vi allí! Nacieron hijos, otra preocupación." (Terencio, Adelphorum, acto 5, escena 4, versos 13, 14). ¿Qué hay de aquellos vicios que en el amor menciona el mismo Terencio, injurias, sospechas, enemistades, guerra, paz de nuevo (Eunuch. acto 1, escena I, v. 14-16): ¿no han llenado las cosas humanas por todas partes? ¿No ocurren a menudo incluso en los honestos amores de los amigos? ¿No están llenas de estas cosas las cosas humanas, donde sentimos injurias, sospechas, enemistades, guerra, males ciertos; pero la paz es un bien incierto, porque desconocemos los corazones de aquellos con quienes queremos mantenerla; y si pudiéramos conocerlos hoy, ciertamente no sabríamos cómo serían mañana? ¿Quiénes, además, suelen ser o deben ser más amigos entre sí que aquellos que están contenidos en una misma casa? Y sin embargo, ¿quién está seguro de eso, cuando a menudo han surgido tantos males de sus ocultas insidias; tanto más amargos, cuanto más dulce fue la paz; que se creyó verdadera, cuando se fingía con gran astucia? Por lo cual toca los corazones de todos, obligándolos a gemir, lo que dice Cicerón: "No hay insidias más ocultas que las que se esconden en la simulación del deber, o en algún nombre de parentesco. Porque al que es abiertamente adversario, puedes fácilmente evitarlo con precaución: pero este mal oculto, interno y doméstico no solo existe, sino que también oprime, antes de que puedas preverlo y explorarlo" (Cicerón, en Verrem, acto 2, libro 1, cap. 15). Por lo cual también aquella voz divina, "Y los enemigos del hombre serán los de su propia casa" (Mateo X, 36), se escucha con gran dolor del corazón: porque aunque alguien sea tan fuerte que lo soporte con ánimo ecuánime; o tan vigilante que con consejo prudente evite lo que la amistad simulada trama contra él: sin embargo, por el mal de esos hombres pérfidos, cuando experimenta que son pésimos, si él mismo es bueno, necesariamente se verá gravemente atormentado; ya sea que siempre hayan sido malos y se hayan fingido buenos, o que se hayan transformado en tal maldad desde la bondad. Si, por lo tanto, la casa, refugio común en estos males del género humano, no es segura, ¿qué decir de la ciudad, que cuanto mayor es, tanto más lleno está su foro de pleitos civiles y criminales, aunque estén en calma, no solo turbulentas, sino a menudo también sangrientas sediciones, y guerras civiles, de cuyos eventos a veces las ciudades están libres, pero nunca de los peligros?

CAPÍTULO VI.---Del error de los juicios humanos, cuando la verdad está oculta.

¿Qué pensamos de los mismos juicios de los hombres sobre los hombres, que no pueden faltar en las ciudades que permanecen en cualquier paz, cuán miserables, cuán lamentables son? ya que juzgan aquellos que no pueden ver las conciencias de aquellos sobre quienes juzgan. Por lo cual a menudo se ven obligados a buscar la verdad con tormentos de testigos inocentes en una causa ajena. ¿Qué cuando alguien es torturado en su propia causa; y cuando se investiga si es culpable, es torturado, y el inocente sufre penas certísimas por un crimen incierto; no porque se descubra que lo cometió, sino porque no se sabe que no lo cometió? Y por lo tanto, la ignorancia del juez a menudo es la calamidad del inocente. Y lo que es más intolerable, y más digno de llanto, si fuera posible, con fuentes de lágrimas; cuando el juez tortura al acusado para no matar a un inocente sin saberlo, por la miseria de la ignorancia, sucede que tortura y mata a un inocente, a quien torturó para no matar a un inocente sin saberlo. Porque si según la sabiduría de estos elige huir de esta vida, en lugar de soportar más tiempo esos tormentos; dice que cometió lo que no cometió. Al ser condenado y ejecutado, el juez aún no sabe si mató a un culpable o a un inocente, a quien torturó para no matar a un inocente sin saberlo: y por lo tanto, torturó al inocente para saberlo, y lo mató sin saberlo. En estas tinieblas de la vida social, ¿se sentará el juez sabio, o no se sentará? Claro que se sentará. Porque lo constriñe, y lo arrastra a este oficio la sociedad humana, que considera un sacrilegio abandonar. Porque no considera un sacrilegio que se torturen testigos inocentes en causas ajenas: que aquellos que son acusados, a menudo superados por la fuerza del dolor, y confesando falsamente sobre sí mismos, también sean castigados siendo inocentes, cuando ya han sido torturados siendo inocentes: que aunque no sean castigados con la muerte, a menudo mueren en los mismos o por los mismos tormentos: que a veces incluso los mismos acusadores, tal vez deseando beneficiar a la sociedad humana para que los crímenes no queden impunes, y no pudiendo probar lo que acusan con testigos mentirosos, y el acusado resistiendo cruelmente contra los tormentos, sin confesar, aunque hayan acusado verdaderamente, son condenados por el juez ignorante. No considera estos tantos y tan grandes males como pecados: porque el juez sabio no los hace con voluntad de dañar, sino por necesidad de ignorancia; y sin embargo, porque la sociedad humana lo obliga, también por necesidad de juzgar. Esta es, por lo tanto, la miseria que decimos, ciertamente del hombre, aunque no la malicia del sabio. ¿O acaso por necesidad de ignorancia y de juzgar tortura a los inocentes, castiga a los inocentes, y no le basta con no ser culpable, si no es además feliz? Cuánto más considerado y digno del hombre es reconocer en esta necesidad la miseria, y odiarla en sí mismo; y, si es piadosamente sabio, clama a Dios, "De mis necesidades líbrame" (Salmo XXIV, 17).

CAPÍTULO VII.---De la diversidad de lenguas, que divide la sociedad humana; y de la miseria de las guerras, incluso las que se llaman justas.

Después de la ciudad o urbe sigue el orbe de la tierra, en el cual colocan el tercer grado de la sociedad humana, comenzando desde la casa, y de allí a la ciudad, luego al orbe progresando: que ciertamente, como la acumulación de aguas, cuanto mayor es, tanto más llena de peligros. En el cual, en primer lugar, la diversidad de lenguas aliena al hombre del hombre. Porque si dos se encuentran, y no pueden pasar de largo, sino que se ven obligados a estar juntos por alguna necesidad, de los cuales ninguno conoce la lengua del otro; más fácilmente se asocian entre sí los animales mudos, incluso de diferente especie, que ellos, siendo ambos hombres. Porque cuando no pueden comunicar entre sí lo que sienten, debido a la sola diversidad de lengua, no sirve de nada para asociar a los hombres tanta similitud de naturaleza: de tal manera que el hombre prefiere estar con su perro, que con un hombre extraño. Pero se ha hecho un esfuerzo para que la ciudad dominante no solo imponga su yugo, sino también su lengua a las naciones sometidas por la paz de la sociedad; por la cual

no faltaría, sino que incluso abundaría la abundancia de intérpretes. Es cierto: pero ¿cuántas y cuán grandes guerras, cuánta matanza de hombres, cuánta efusión de sangre humana ha costado? Y una vez pasadas, no ha terminado la miseria de esos mismos males. Aunque no han faltado, ni faltan enemigos de naciones extranjeras, contra los cuales siempre se han librado y se libran guerras: sin embargo, la misma amplitud del imperio ha engendrado guerras de peor género, a saber, sociales y civiles; con las cuales el género humano es sacudido más miserablemente, ya sea cuando se lucha para que alguna vez haya paz; o cuando se teme que resurjan. De cuyas calamidades, muchas y múltiples, duras y terribles necesidades, si quisiera expresarlas como es digno, aunque de ninguna manera como lo exige el asunto podría hacerlo; ¿cuál sería el límite de una larga disertación? Pero el sabio, dicen, librará guerras justas. Como si no, si se recuerda a sí mismo como hombre, dolerá mucho más por la necesidad de justas guerras que le ha surgido; porque si no fueran justas, no tendría que librarlas, y por lo tanto el sabio no tendría guerras. Porque la iniquidad de la parte adversa impone justas guerras al sabio: la cual iniquidad ciertamente es dolida por el hombre, porque es de hombres, aunque no naciera de ella ninguna necesidad de guerrear. Estos males tan grandes, tan horrendos, tan crueles, quien los considera con dolor, que confiese la miseria. Pero quien los sufre sin dolor del alma, o los piensa, mucho más miserablemente se cree feliz, porque ha perdido incluso el sentido humano.

CAPÍTULO VIII.---Que la amistad de los buenos no puede ser segura, mientras sea necesario temer los peligros que hay en esta vida.

Pero si no ocurre alguna ignorancia similar a la demencia, que sin embargo en esta miserable condición de vida a menudo ocurre, que se crea que es amigo quien es enemigo, o enemigo quien es amigo; ¿qué nos consuela en esta sociedad humana llena de errores y aflicciones, sino la fe no fingida, y el mutuo amor de verdaderos y buenos amigos? Cuantos más y en más lugares los tenemos, tanto más lejos y más ampliamente tememos, que les ocurra algún mal de tantos montones de males de este siglo. Porque no solo estamos preocupados, no sea que sufran hambre, guerras, enfermedades, cautiverios, no sea que en la misma servidumbre sufran tales cosas, que ni siquiera podemos imaginar: sino también, donde el temor es mucho más amargo, no sea que se transformen en perfidia, malicia y maldad. Y cuando esto ocurre (tanto más cuanto más numerosos son, y en más lugares) y llega a nuestro conocimiento, con lo que nuestro corazón es azotado, ¿quién puede, sino quien siente tales cosas, advertirlo? Porque preferiríamos escuchar que han muerto: aunque tampoco podemos escuchar esto sin dolor. Porque la vida de aquellos a quienes amamos nos deleitaba, ¿cómo puede ser que su muerte no nos cause tristeza? Quien lo prohíbe, que prohíba, si puede, las conversaciones amistosas, que prohíba o interrumpa el afecto amistoso, que rompa con la dureza de un corazón insensible todos los lazos de las necesidades humanas; o que considere que deben usarse de tal manera que ninguna dulzura de ellas inunde el alma. Lo cual si de ninguna manera puede hacerse, ¿cómo será posible que no nos cause amargura la muerte de aquel cuya vida es dulce para nosotros? De ahí viene también el luto, una especie de herida o úlcera de un corazón no inhumano, al cual se aplican consolaciones oficiosas para sanar. Porque no por eso deja de haber algo que sanar, ya que cuanto mejor es el alma, tanto más rápidamente y fácilmente se sana en ella. Por lo tanto, incluso por las muertes de los más queridos, especialmente aquellos cuyos oficios son necesarios para la sociedad humana, ahora más suavemente, ahora más ásperamente se aflige la vida de los mortales; sin embargo, preferiríamos escuchar que han muerto aquellos a quienes amamos, que verlos o saber que han caído de la fe o de las buenas costumbres, es decir, muertos en el alma misma: de lo cual la tierra está llena de una gran materia de males; por lo cual está escrito, "¿No es acaso una tentación la vida humana sobre la tierra?" (Job VII, 1). Y por lo cual el mismo Señor dice,

"¡Ay del mundo por los escándalos!" (Mateo XVIII, 7): y de nuevo, "Porque abundó", dice, "la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos" (Id. XXIV, 12). De lo cual resulta que nos alegramos por la muerte de buenos amigos, y aunque su muerte nos entristezca, ella misma nos consuela más ciertamente: porque han evitado los males, en los cuales en esta vida incluso los buenos hombres o son quebrantados, o son corrompidos, o en ambos casos están en peligro.

CAPÍTULO IX.---De la amistad de los santos ángeles, que no puede ser manifiesta al hombre en este mundo, debido a la falacia de los demonios, en los que cayeron quienes pensaron que muchos dioses debían ser adorados.

En la sociedad de los santos ángeles, que aquellos filósofos, que quisieron que los dioses fueran amigos nuestros, colocaron en el cuarto lugar, como viniendo al mundo desde el orbe de la tierra, para así de alguna manera abarcar también el cielo; de ninguna manera tememos, que tales amigos nos entristezcan con su muerte, o con su depravación. Pero porque no se mezclan con nosotros con esa familiaridad con la que los hombres (lo cual también pertenece a las aflicciones de esta vida) y a veces satanás, como leemos, se transfigura como ángel de luz (II Cor. XI, 14), para tentar a aquellos a quienes es necesario instruir de esta manera, o es justo engañar; es necesaria la gran misericordia de Dios, para que nadie, cuando cree tener a los buenos ángeles como amigos, tenga a los malos demonios como amigos fingidos, y los sufra como enemigos tanto más dañinos, cuanto más astutos y engañosos. Y ¿a quién es necesaria esta gran misericordia de Dios, sino a la gran miseria humana, que está tan oprimida por la ignorancia, que fácilmente es engañada por la simulación de estos? Y ciertamente es certísimo que aquellos filósofos en la impía ciudad, que dijeron que los dioses eran sus amigos, cayeron en los demonios malignos, a los cuales toda esa ciudad está sujeta, y tendrá con ellos eterno castigo. Porque de sus ritos, o más bien sacrilegios, en los cuales pensaron que debían ser adorados, y de los juegos, inmundísimos, donde se celebran sus crímenes, con los cuales pensaron que debían ser aplacados, por los mismos autores y ejecutores de tales y tantos deshonores, está suficientemente claro a quienes adoran.

CAPÍTULO X.---Qué fruto está preparado para los santos por superar la tentación de esta vida.

Pero ni siquiera los santos y fieles adoradores del único y verdadero Dios están seguros de sus engaños y de la multiforme tentación. En este lugar de debilidad y en días malignos, esta preocupación no es inútil, para que aquella seguridad, donde hay paz plena y certísima, sea buscada con un deseo más ferviente. Allí estarán los dones de la naturaleza, es decir, los que nos son otorgados por el Creador de todas las naturalezas, no solo buenos, sino también eternos; no solo en el alma, que es sanada por la sabiduría, sino también en el cuerpo, que será renovado por la resurrección. Allí las virtudes no lucharán contra ningún vicio o mal, sino que tendrán como premio de la victoria la paz eterna, que ningún adversario perturbará. Esa es la bienaventuranza final, el fin de la perfección, que no tiene fin consumador. Aquí, sin embargo, se nos llama bienaventurados cuando tenemos paz, por pequeña que sea, en esta buena vida: pero esta bienaventuranza, comparada con aquella que llamamos final, se encuentra completamente en la miseria. Por lo tanto, esta paz, tal como puede ser aquí, los mortales la tienen en cosas mortales cuando vivimos rectamente, y la virtud usa bien de sus bienes: pero cuando no la tenemos, incluso de los males que el hombre sufre, la virtud hace buen uso. Pero entonces es verdadera virtud, cuando todo bien del que hace buen uso, y todo lo que hace en el buen uso de los bienes y males, y ella misma se refiere a ese fin, donde tendremos una paz tal y tan grande, que no puede ser mejor ni mayor.

CAPÍTULO IX.---De la bienaventuranza de la paz eterna, en la cual es el fin de los santos, es decir, la verdadera perfección.

Por lo tanto, podemos decir que los fines de nuestros bienes son la paz, así como hemos dicho que la vida es eterna: especialmente porque a la misma ciudad de Dios, de la cual es esta laboriosa discusión, en el santo Salmo se dice: Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sion. Porque ha reforzado los cerrojos de tus puertas, ha bendecido a tus hijos en ti, quien ha puesto tus límites en paz (Salmo 147, 12-14). Porque cuando los cerrojos de sus puertas hayan sido reforzados, ya nadie entrará en ella, ni nadie saldrá de ella. Y por lo tanto, debemos entender aquí que sus límites son esa paz que queremos demostrar como final. Pues también el nombre místico de la misma ciudad, es decir, Jerusalén, que ya hemos dicho antes, se interpreta como Visión de paz. Pero dado que el nombre de paz también se usa frecuentemente en estas cosas mortales, donde ciertamente no hay vida eterna; por eso preferimos recordar el fin de esta ciudad, donde estará su sumo bien, como vida eterna más que como paz. De este fin el Apóstol dice: Ahora, liberados del pecado, hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en santificación, y el fin, la vida eterna (Rom. 6, 22). Pero nuevamente, porque la vida eterna puede ser entendida por aquellos que no tienen familiaridad con las Escrituras sagradas, incluso como la vida de los malos; o según algunos filósofos, debido a la inmortalidad del alma; o incluso según nuestra fe, debido a los castigos interminables de los impíos, que ciertamente no podrían ser atormentados eternamente, a menos que también vivieran eternamente: ciertamente el fin de esta ciudad, en el cual tendrá su sumo bien, debe ser llamado paz en la vida eterna, o vida eterna en paz, para que pueda ser entendido más fácilmente por todos. Tan grande es el bien de la paz, que incluso en las cosas terrenales y mortales nada suele ser escuchado con más agrado, nada más deseado con ansia, nada finalmente puede ser encontrado mejor. De lo cual, si quisiéramos hablar un poco más extensamente, no seremos, según creo, gravosos para los lectores, tanto por el fin de esta ciudad, de la cual estamos hablando, como por la misma dulzura de la paz que es querida por todos.

CAPÍTULO XII.---Que incluso la ferocidad de los beligerantes y todas las inquietudes humanas desean llegar al fin de la paz, sin cuyo deseo ninguna naturaleza existe.

1. Porque quienquiera que contemple conmigo las cosas humanas y la naturaleza común reconoce, así como no hay nadie que no quiera alegrarse, tampoco hay nadie que no quiera tener paz. Pues incluso aquellos que desean guerras, no desean otra cosa que vencer: por lo tanto, desean llegar a una gloriosa paz luchando. Porque ¿qué es la victoria sino la sumisión de los que resisten? lo cual, cuando se ha logrado, habrá paz. Por lo tanto, las guerras se llevan a cabo con la intención de la paz, incluso por aquellos que se esfuerzan por ejercitar la virtud bélica mandando y combatiendo. De donde se deduce que la paz es el fin deseable de la guerra. Pues todo hombre, incluso luchando, busca la paz: pero nadie hace la paz para hacer la guerra. Porque incluso aquellos que desean perturbar la paz en la que están, no odian la paz, sino que desean cambiarla a su antojo. No quieren, por lo tanto, que no haya paz, sino que sea la que desean. Finalmente, aunque se separen de otros por sedición, a menos que mantengan con sus conspiradores o conjurados alguna especie de paz, no logran lo que intentan. Por lo tanto, los mismos ladrones, para ser más vehementemente y con más seguridad hostiles a la paz de los demás, desean tener paz con sus compañeros. Pero incluso si uno es tan poderoso en fuerzas, y tan cauteloso con los cómplices, que no se confía a ningún compañero, y solo acechando y prevaleciendo, oprime y extermina a quienes puede, y saquea, ciertamente con aquellos a quienes no puede matar, y a quienes desea ocultar lo que hace, mantiene alguna sombra de paz. En su casa, sin embargo, con su esposa e hijos, y si

tiene a otros allí, ciertamente se esfuerza por estar en paz: pues sin duda se deleita en que le obedezcan a su voluntad. Porque si no se hace, se indigna, reprende, castiga: y compone la paz de su casa, si es necesario, incluso con violencia; porque siente que no puede haberla, a menos que todo en la misma sociedad doméstica esté sujeto a un principio, que él mismo es en su casa. Por lo tanto, si se le ofreciera el servicio de muchos, ya sea de una ciudad o de una nación, de modo que le sirvieran como desea ser servido en su casa; ya no se escondería como un ladrón en guaridas, sino que se elevaría como un rey visible, permaneciendo en él la misma codicia y malicia. Por lo tanto, todos desean tener paz con los suyos, a quienes desean vivir a su antojo. Porque incluso con aquellos con quienes hacen la guerra, desean, si pueden, hacerlos suyos, y a ellos sometidos imponerles las leyes de su paz.

2. Pero hagamos a alguien, como canta la narración poética y fabulosa; a quien tal vez, debido a su misma ferocidad insociable, prefirieron llamar semihombre que hombre. Aunque, por tanto, el reino de este fuera la soledad de una cueva espantosa, y tan singular malicia, que de esta se le encontró el nombre; pues malo en griego se dice κακός, que era como se le llamaba: ninguna esposa le dirigía y respondía con dulce palabra, no jugaba con hijos pequeños, ni mandaba a los mayores, no disfrutaba de la conversación de un amigo, ni de Vulcano su padre, por lo cual fue al menos en esto más feliz, porque tal monstruo no engendró: no daba nada a nadie, sino que de quien pudiera, lo que quisiera, y cuando pudiera, y cuanto quisiera, lo arrebataba; sin embargo, en su misma cueva solitaria, cuyo suelo siempre estaba caliente con reciente matanza, no deseaba otra cosa que paz, en la que nadie le molestara, ni ninguna fuerza o terror perturbara su tranquilidad. Finalmente, deseaba tener paz con su propio cuerpo: y cuanto tenía, tanto le iba bien. Pues mandaba a sus miembros obedientes; y para apaciguar su mortalidad rebelándose contra él por la indigencia, y la sedición del hambre incitando a disociar y expulsar el alma del cuerpo, con la mayor rapidez posible, arrebataba, mataba, devoraba; y aunque inhumano y feroz, sin embargo, cuidaba de su paz de vida y salud de manera inhumana y feroz: y por lo tanto, si la paz que en su cueva y en sí mismo procuraba tener, también quisiera tenerla con otros, no sería llamado malo, ni monstruo, ni semihombre. O si la forma de su cuerpo, y el vómito de negros fuegos alejaba la sociedad humana; tal vez no por deseo de hacer daño, sino por necesidad de vivir, era feroz. Pero este no existió, o, lo que es más creíble, no fue tal como se describe con vanidad poética: pues si Caco no fuera acusado en exceso, Hércules no sería suficientemente alabado. Por lo tanto, tal hombre, o semihombre, mejor, como dije, se cree que no existió, como muchas ficciones de los poetas. Pues incluso las fieras más salvajes, de las cuales él tenía parte de ferocidad (pues también fue llamado semiferus), guardan su especie con cierta paz, uniéndose, engendrando, pariendo, cuidando y alimentando a sus crías, aunque muchas sean insociables y solitarias: no ciertamente como ovejas, ciervos, palomas, estorninos, abejas; sino como leones, zorros, águilas, búhos. Pues ¿qué tigresa no murmura suavemente a sus crías, y con ferocidad pacífica les acaricia? ¿Qué milano, por más solitario que vuele en busca de presas, no se une en matrimonio, construye un nido, incuba huevos, alimenta polluelos, y como con su ama de casa conserva la sociedad doméstica con la mayor paz posible? Cuánto más el hombre es llevado de algún modo por las leyes de su naturaleza a establecer sociedad y paz con los hombres, en cuanto depende de él, con todos: pues incluso los malos luchan por la paz de los suyos, y todos desean, si pueden, hacer suyos a los demás, para que todos y todo sirvan a uno; de qué manera, sino consintiendo en su paz, ya sea amando o temiendo. Así la soberbia imita perversamente a Dios. Pues odia la igualdad con los compañeros bajo Él: pero quiere imponer su dominio sobre los compañeros en lugar de Él. Por lo tanto, odia la justa paz de Dios y ama su injusta paz: sin embargo, no puede no amar alguna paz. Pues ningún vicio es tan contrario a la naturaleza, que borre incluso los vestigios extremos de la naturaleza.

3. Por lo tanto, la paz de los inicuos en comparación con la paz de los justos no es vista como paz por quien sabe preferir lo recto a lo torcido y lo ordenado a lo desordenado. Pero lo que es perverso, también necesariamente debe estar en alguna y de alguna y con alguna parte de las cosas en paz, en las que está, o de las que consta; de lo contrario, no sería en absoluto. Así como si alguien cuelga cabeza abajo, ciertamente es un sitio perverso del cuerpo y un orden de los miembros; porque lo que la naturaleza exige que esté arriba, está abajo, y lo que ella quiere que esté abajo, está arriba; ha perturbado la paz de la carne esta perversidad, y por eso es molesta: sin embargo, el alma está en paz con su cuerpo, y se preocupa por su salud, y por eso hay quien sufre; si el alma, expulsada por sus molestias, se aparta, mientras dure la unión de los miembros, no está sin cierta paz de las partes lo que queda, y por eso todavía hay quien cuelga. Y lo que el cuerpo terrenal se esfuerza por la tierra, y resiste al vínculo por el cual está suspendido, tiende al orden de su paz, y de algún modo pide con la voz del peso el lugar donde descansar, ya sin vida y sin ningún sentido, sin embargo, no se aparta de la paz natural de su orden, ya sea cuando la mantiene, o cuando se dirige hacia ella. Pues si se aplican medicinas y cuidado, que no permitan que la forma del cadáver se disuelva y se descomponga, todavía una cierta paz une las partes a las partes, y aplica toda la masa a lo terrenal y conveniente, y por lo tanto a un lugar pacífico. Pero si no se aplica ningún cuidado de conservación, sino que se deja al curso natural, se agita como si fuera tumulto con exhalaciones discordantes e inconvenientes a nuestro sentido: eso es lo que se percibe en el hedor, hasta que se une a los elementos del mundo, y se disuelve en su paz poco a poco. Sin embargo, nada se sustrae de las leyes de aquel sumo Creador y Ordenador, por quien se administra la paz del universo: porque incluso si del cadáver de un gran animal nacen animales pequeños, la misma ley del Creador hace que cada cuerpo sirva en la paz de su salud a sus pequeñas almas: y si las carnes de los muertos son devoradas por otros animales, las mismas leyes, difundidas por todas partes para la salud de cada género de mortales, pacificando lo conveniente con lo conveniente, encuentran su camino dondequiera que sean llevadas, y a cualquier cosa que se unan, y en cualquier cosa que se conviertan y cambien.

CAPÍTULO XIII.---De la paz universal, que entre cualquier perturbación no puede ser privada de la ley de la naturaleza, mientras bajo el justo juez cada uno llega por ordenación a lo que mereció por voluntad.

1. Por lo tanto, la paz del cuerpo es la temperatura ordenada de las partes. La paz del alma irracional, el reposo ordenado de las apetencias. La paz del alma racional, el consenso ordenado de la cognición y la acción. La paz del cuerpo y el alma, la vida y salud ordenada del ser viviente. La paz del hombre mortal y de Dios, la obediencia ordenada en la fe bajo la ley eterna. La paz de los hombres, la concordia ordenada. La paz del hogar, la concordia ordenada de mandar y obedecer de los cohabitantes. La paz de la ciudad, la concordia ordenada de mandar y obedecer de los ciudadanos. La paz de la ciudad celestial, la sociedad más ordenada y concorde de disfrutar de Dios y mutuamente en Dios. La paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden. El orden es la disposición que asigna a cada cosa su lugar, de las cosas iguales y desiguales. Por lo tanto, los miserables, porque en cuanto son miserables, ciertamente no están en paz, carecen de la tranquilidad del orden, donde no hay perturbación: sin embargo, porque son miserablemente y justamente miserables, tampoco pueden estar fuera del orden en su misma miseria; no unidos a los bienaventurados, pero sí separados de ellos por la ley del orden. Quienes, aunque están sin perturbación, se adaptan con alguna congruencia a las cosas en las que están: y por lo tanto hay en ellos alguna tranquilidad del orden: por lo tanto, hay alguna paz. Pero por eso son miserables, porque, aunque en alguna seguridad no sufren, no están allí donde deberían estar seguros y no sufrir: más miserables aún, si no tienen paz con la misma ley por la cual se administra el orden natural. Pero cuando

sufren, en la parte en que sufren, se ha hecho una perturbación de la paz: pero todavía hay paz en la parte en que ni el dolor quema, ni la misma unión se disuelve. Así como, por lo tanto, hay una cierta vida sin dolor, pero el dolor no puede existir sin alguna vida: así hay una cierta paz sin ninguna guerra, pero la guerra no puede existir sin alguna paz; no según lo que es guerra, sino según lo que se lleva a cabo por ellos o en ellos, que son algunas naturalezas: lo cual de ningún modo serían, si no subsistieran con alguna paz.

2. Por lo tanto, hay una naturaleza en la que no hay mal, o incluso en la que no puede haber mal: pero no puede haber una naturaleza en la que no haya bien. Por lo tanto, ni siquiera la naturaleza del diablo, en cuanto es naturaleza, es mala: pero la perversidad la hace mala. Por lo tanto, no permaneció en la verdad (Juan 8, 44), pero no escapó al juicio de la verdad: no permaneció en la tranquilidad del orden, pero no por eso escapó al poder del Ordenador. El bien de Dios, que es en su naturaleza, no lo sustrae a la justicia de Dios, por la cual es ordenado en el castigo: ni allí Dios persigue el bien que creó, sino el mal que él cometió. Pues no le quita todo lo que dio a la naturaleza; pero le quita algo, le deja algo, para que haya quien sufra lo que le quita. Y ese dolor es testimonio del bien quitado y del bien dejado. Pues si no quedara bien, no podría doler el bien perdido. Porque quien peca, es peor si se alegra en la pérdida de la equidad. Pero quien sufre, si no adquiere de ello algún bien, sufre la pérdida de la salvación. Y puesto que la equidad y la salvación son ambos bienes, y debe dolerse por la pérdida de ellos más que alegrarse (si no hay compensación de un bien mayor, pero la equidad del alma es mejor que la salud del cuerpo), ciertamente es más conveniente que el injusto sufra en el castigo, que se alegrara en el delito. Así como, por lo tanto, la alegría del bien abandonado en el pecado es testimonio de la mala voluntad; así el dolor del bien perdido en el castigo es testimonio de la buena naturaleza. Pues quien sufre por la pérdida de la paz de su naturaleza, lo sufre por algunos restos de paz, por los cuales su naturaleza le es amiga. Esto, sin embargo, se hace correctamente en el extremo castigo, para que los inicuos e impíos lloren las pérdidas de los bienes naturales en los tormentos, sintiendo al justísimo Dios, quien es el que se los quita, a quien despreciaron como el más benigno dador. Por lo tanto, el sapientísimo creador y justísimo ordenador de todas las naturalezas, que instituyó el género humano como el mayor ornamento de las cosas terrenales, dio a los hombres ciertos bienes congruentes a esta vida, es decir, la paz temporal según la medida de la vida mortal en la misma salud e integridad y sociedad de su género, y lo que sea necesario para mantener o recuperar esta paz, como lo que se adapta y conviene a los sentidos, luz, noche, aires respirables, aguas potables, y todo lo que es adecuado para alimentar, cubrir, curar y adornar el cuerpo: con el pacto más justo, que quien use rectamente de tales bienes acomodados a la paz de los mortales, reciba mayores y mejores, a saber, la misma paz de la inmortalidad, y la gloria y honor convenientes a ella en la vida eterna para disfrutar de Dios, y del prójimo en Dios: pero quien los use mal, no reciba ni aquellos, y pierda estos.

CAPÍTULO XIV.---Del orden y la ley, ya sea celestial o terrena, por la cual se cuida de la sociedad humana incluso dominando, a la cual también se sirve cuidando.

Por tanto, todo uso de las cosas temporales se refiere al fruto de la paz terrenal en la ciudad terrena; pero en la ciudad celestial se refiere al fruto de la paz eterna. Por lo tanto, si fuéramos criaturas irracionales, no desearíamos nada más que una temperatura ordenada de las partes del cuerpo y el descanso de los deseos: nada más que la tranquilidad de la carne y la abundancia de placeres, para que la paz del cuerpo beneficiara a la paz del alma. Pues si falta la paz del cuerpo, también se impide la paz irracional del alma, porque no puede alcanzar el descanso de los deseos. Ambas cosas, sin embargo, benefician simultáneamente a esa paz que el alma y el cuerpo tienen entre sí, es decir, a la vida ordenada y a la salud. Pues así como los

seres vivos muestran que aman la paz del cuerpo cuando huyen del dolor, y la paz del alma cuando siguen el placer para satisfacer las necesidades de sus deseos, así también al huir de la muerte indican cuánto aman la paz, por la cual el alma y el cuerpo se reconcilian entre sí. Pero como el hombre tiene un alma racional, todo lo que tiene en común con los animales lo somete a la paz del alma racional, para contemplar algo con la mente y actuar según ello, de modo que haya en él una armonía ordenada de conocimiento y acción, que llamamos paz del alma racional. Pues debe querer no ser molestado por el dolor, ni perturbado por el deseo, ni disuelto por la muerte, para conocer algo útil y, según ese conocimiento, ordenar su vida y costumbres. Pero para que no caiga en el error por el mismo afán de conocimiento debido a la debilidad de la mente humana, necesita la enseñanza divina, a la cual obedecer con certeza, y la ayuda para obedecer libremente. Y puesto que, mientras está en este cuerpo mortal, está ausente del Señor, camina por fe, no por vista (II Cor. V, 6 y 7): y por tanto, toda paz, ya sea del cuerpo, del alma, o del cuerpo y el alma juntos, se refiere a aquella paz que el hombre mortal tiene con el Dios inmortal; para que esté ordenada en la fe bajo la ley eterna de obediencia. Ahora bien, como el maestro Dios enseña dos mandamientos principales, a saber, el amor a Dios y el amor al prójimo, en los cuales el hombre encuentra tres cosas que amar: a Dios, a sí mismo y al prójimo; y aquel que se ama a sí mismo no yerra si ama a Dios: es consecuente que también procure que el prójimo ame a Dios, a quien se le ordena amar como a sí mismo. Así con la esposa, así con los hijos, así con los domésticos, así con los demás hombres a quienes pueda; y para esto desea ser aconsejado por el prójimo, si acaso lo necesita: y por tanto estará en paz, en cuanto dependa de él, con todo hombre, con la paz de los hombres, es decir, con la concordia ordenada: cuyo orden aquí es, primero, no dañar a nadie, luego, beneficiar a quien pueda. Por tanto, primeramente tiene cuidado de los suyos: pues a ellos tiene un acceso más oportuno y fácil para aconsejar, ya sea por el orden de la naturaleza o por la misma sociedad humana. De donde el Apóstol dice: "Pero si alguno no provee para los suyos, y especialmente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un infiel" (I Tim. V, 8). De aquí, pues, surge también la paz doméstica, es decir, la concordia ordenada de mandar y obedecer entre los que cohabitan. Pues mandan los que aconsejan: como el marido a la esposa, los padres a los hijos, los amos a los siervos. Y obedecen aquellos a quienes se aconseja: como las mujeres a los maridos, los hijos a los padres, los siervos a los amos. Pero en la casa del justo que vive por fe, y que aún peregrina lejos de la ciudad celestial, incluso los que mandan sirven a aquellos a quienes parecen mandar. Pues no mandan por deseo de dominar, sino por el deber de aconsejar; ni por soberbia de gobernar, sino por misericordia de proveer.

CAPÍTULO XV.---De la libertad natural y de la servidumbre, cuya primera causa es el pecado, por la cual el hombre de mala voluntad, aunque no sea esclavo de otro hombre, es siervo de su propia lujuria.

Este es el orden natural que prescribe; así creó Dios al hombre. Pues dijo: "Domine sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra" (Gén. I, 26). Habiéndolo hecho racional a su imagen, no quiso que dominara sino sobre los irracionales: no al hombre sobre el hombre, sino al hombre sobre el animal. Por eso los primeros justos fueron constituidos pastores de animales más que reyes de hombres: para que así Dios insinuara qué exige el orden de las criaturas, qué demanda el mérito de los pecados. Pues la condición de la servidumbre se entiende impuesta justamente al pecador. Por tanto, en ninguna parte de las Escrituras leemos de un siervo antes de que Noé, el justo, castigara el pecado de su hijo con este término (Gén. IX, 25). Así que este nombre lo mereció la culpa, no la naturaleza. Se cree que el origen del término "siervos" en la lengua latina proviene de que aquellos que podían ser muertos por derecho de guerra, al ser preservados por los vencedores,

se convertían en siervos, llamados así por ser preservados; lo cual tampoco es sin mérito de pecado. Pues incluso cuando se lleva a cabo una guerra justa, se lucha por el pecado y contra el pecado: y toda victoria, incluso cuando se da a los malos, humilla a los vencidos por juicio divino, ya sea corrigiendo pecados o castigándolos. Es testigo el hombre de Dios, Daniel, cuando en cautiverio confiesa a Dios sus pecados y los de su pueblo, y con piadoso dolor testifica que esta es la causa de aquel cautiverio (Dan. IX, 5-19). Por tanto, la primera causa de la servidumbre es el pecado; para que el hombre se someta al hombre con el vínculo de la condición: lo cual no sucede sino por el juicio de Dios, en quien no hay iniquidad, y sabe distribuir diversas penas según los méritos de los delincuentes. Así como el Señor supremo dice: "Todo el que comete pecado es esclavo del pecado" (Juan VIII, 34): y por tanto, muchos religiosos sirven a amos inicuos, aunque no sean libres: "Porque de quien uno es vencido, de ese es hecho esclavo" (II Pedro II, 19). Y ciertamente es más feliz servir al hombre que a la lujuria; cuando con un dominio muy cruel devasta los corazones de los mortales, por no mencionar otros, la misma lujuria de dominar. Pero a los hombres, en ese orden de paz, en el que unos están sujetos a otros, así como la humildad beneficia a los que sirven, así la soberbia perjudica a los que dominan. Sin embargo, por naturaleza, en la que Dios creó al hombre primero, nadie es esclavo del hombre ni del pecado. Pero también la servidumbre penal se ordena por esa ley que manda conservar el orden natural, y prohíbe perturbarlo: porque si no se hubiera hecho contra esa ley, nada habría que coartar con servidumbre penal. Por eso el Apóstol también aconseja a los siervos que estén sujetos a sus amos, y que les sirvan de corazón con buena voluntad (Efes. VI, 5): para que, si no pueden ser liberados por sus amos, hagan de su servidumbre una especie de libertad; sirviendo no con temor engañoso, sino con amor fiel, hasta que pase la iniquidad, y se anule todo principado y poder humano, y Dios sea todo en todos.

CAPÍTULO XVI.---Del justo derecho de dominar

Por lo tanto, aunque nuestros justos padres tuvieron siervos, administraban la paz doméstica de tal manera que, según estos bienes temporales, distinguían la suerte de los hijos de la condición de los siervos; pero para adorar a Dios, en quien se esperan los bienes eternos, aconsejaban con igual amor a todos los miembros de su casa. Lo cual prescribe el orden natural, de modo que el nombre de "padres de familia" surgió de aquí, y se ha extendido tanto, que incluso los que dominan injustamente se alegran de ser llamados así. Pero los verdaderos padres de familia aconsejan a todos en su familia como a hijos para adorar y merecer a Dios; deseando y esperando llegar a la casa celestial, donde no será necesario el oficio de mandar a los mortales, porque no será necesario el oficio de aconsejar ya en aquella inmortalidad a los felices: hasta que se llegue allí, los padres deben soportar más el dominio que los siervos la servidumbre. Pero si alguno en la casa se opone a la paz doméstica por desobediencia, se le corrige, ya sea con palabra, con azote, o con cualquier otro género de castigo justo y lícito, tanto como la sociedad humana lo permite, para utilidad de quien se corrige, para que se reintegre a la paz de la que se había separado. Pues así como no es de beneficencia hacer que se pierda un bien mayor al ayudar; así tampoco es de inocencia permitir que se caiga en un mal mayor al perdonar. Por tanto, pertenece al oficio del inocente no solo no hacer mal a nadie, sino también cohibir el pecado, o castigar el pecado; para que o bien el que es castigado se corrija con la experiencia, o bien otros se atemoricen con el ejemplo. Por tanto, como la casa del hombre debe ser el inicio o parte de la ciudad, y todo inicio se refiere a algún fin de su género, y toda parte se refiere a la integridad del todo del que es parte: es bastante evidente que es consecuente que la paz doméstica se refiera a la paz cívica, es decir, que la concordia ordenada de mandar y obedecer entre los que cohabitan se refiera a la concordia ordenada de mandar y obedecer entre los ciudadanos. Así sucede que el

padre de familia debe tomar preceptos de la ley de la ciudad, con los cuales gobierne su casa de tal manera que esté acomodada a la paz de la ciudad.

CAPÍTULO XVII.---De dónde la sociedad celestial tiene paz con la ciudad terrena, y de dónde discordia.

Pero la casa de los hombres que no viven por fe busca la paz terrena a partir de las cosas y comodidades de esta vida temporal. Pero la casa de los hombres que viven por fe espera las cosas eternas prometidas para el futuro, y usa las cosas terrenas y temporales como peregrina, no para ser capturada y desviada de su camino hacia Dios, sino para ser sostenida y soportar más fácilmente y no aumentar las cargas del cuerpo corruptible, que agobia al alma (Sab. IX, 15). Por eso, el uso de las cosas necesarias para esta vida mortal es común a ambos tipos de hombres y a ambas casas; pero el fin de su uso es propio de cada uno, y muy diverso. Así también la ciudad terrena, que no vive por fe, busca la paz terrena; y en ello fija la concordia de mandar y obedecer entre los ciudadanos, para que haya una cierta composición de voluntades humanas sobre las cosas que pertenecen a la vida mortal. Pero la ciudad celestial, o más bien la parte de ella que peregrina en esta mortalidad y vive por fe, también debe usar esta paz, hasta que pase esta mortalidad para la cual tal paz es necesaria. Y por tanto, mientras vive su vida de peregrinación como cautiva en la ciudad terrena, ya habiendo recibido la promesa de redención y el don espiritual como prenda, no duda en obedecer las leyes de la ciudad terrena, por las cuales se administran las cosas que son adecuadas para sostener la vida mortal: para que, dado que esta mortalidad es común, se conserve la concordia entre ambas ciudades en las cosas que a ella pertenecen. Pero como la ciudad terrena tuvo algunos de sus sabios, a quienes la disciplina divina reprueba, que sospechaban o eran engañados por los demonios para creer que muchos dioses debían ser conciliados con los asuntos humanos, a cuyos diversos oficios de alguna manera se subordinaban diversas cosas, al uno el cuerpo, al otro el alma; y en el mismo cuerpo, a uno la cabeza, a otro el cuello, y así sucesivamente cada parte a cada uno; de manera similar en el alma, a uno el ingenio, a otro la doctrina, a otro la ira, a otro la concupiscencia; y en las mismas cosas adyacentes a la vida, a uno el ganado, a otro el trigo, a otro el vino, a otro el aceite, a otro los bosques, a otro el dinero, a otro la navegación, a otro las guerras y las victorias, a otro los matrimonios, a otro los partos y la fecundidad, y a otros las demás cosas; pero la ciudad celestial conocía que solo un Dios debía ser adorado, y que solo a Él debía servirse con ese servicio que en griego se llama λατρεία, y que solo se debe a Dios, con piadosa fidelidad: sucedió que no podía tener leyes de religión comunes con la ciudad terrena, y por estas tenía que diferir de ella, y ser una carga para los que pensaban diferente, y soportar sus iras, odios e impulsos de persecución, a menos que a veces repeliera los ánimos de los adversarios con el terror de su multitud, y siempre con la ayuda divina. Por tanto, esta ciudad celestial, mientras peregrina en la tierra, llama a ciudadanos de todas las naciones, y recoge una sociedad peregrina en todas las lenguas; no preocupándose por las diferencias en costumbres, leyes e instituciones, con las cuales se busca o se mantiene la paz terrena; no aboliendo ni destruyendo nada de eso, sino más bien conservándolo y siguiéndolo: lo cual, aunque diverso en diferentes naciones, se dirige sin embargo a un mismo fin de paz terrena, si no impide la religión que enseña que solo un Dios supremo y verdadero debe ser adorado. Por tanto, la ciudad celestial también usa en su peregrinación esta paz terrena, y en las cosas que pertenecen a la naturaleza mortal de los hombres, mantiene y busca, en cuanto se permite con piedad y religión, la composición de voluntades humanas, y refiere esa paz terrena a la paz celestial: que verdaderamente es paz, de modo que solo debe ser considerada y llamada paz de la criatura racional, una sociedad ordenadísima y concordísima de disfrutar de Dios, y mutuamente en Dios; a la cual cuando se llegue, no habrá vida mortal, sino verdaderamente y ciertamente vital; ni cuerpo

animal, que mientras se corrompe, agobia al alma, sino espiritual sin ninguna necesidad, en toda parte sujeto a la voluntad. Esta paz, mientras peregrina en la fe, la tiene; y de esta fe vive justamente, cuando refiere a la consecución de esa paz todo lo que hace de buenas acciones hacia Dios y el prójimo, ya que la vida de la ciudad es ciertamente social.

CAPÍTULO XVIII.---Cuán diferente es la ambigüedad de la nueva Academia de la constancia de la fe cristiana.

En cuanto a aquella diferencia que Varro introdujo sobre los nuevos Académicos, para quienes todo es incierto, la ciudad de Dios detesta tal duda como una locura, teniendo sobre las cosas que comprende con mente y razón, aunque sea poco debido al cuerpo corruptible que agobia al alma, ya que como dice el Apóstol, "En parte conocemos" (I Cor. XIII, 9), sin embargo, un conocimiento certísimo: y cree en los sentidos en la evidencia de cada cosa, que el alma usa a través del cuerpo: pues es más miserablemente engañado quien nunca cree que deben ser creídos. También cree en las Escrituras sagradas, tanto antiguas como nuevas, que llamamos Canónicas, de donde se concibió la misma fe, por la cual vive el justo (Habacuc II, 4); por la cual caminamos sin duda mientras peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V, 6): con la cual salva y cierta, sobre algunas cosas que no hemos percibido ni con sentido ni con razón, ni nos han sido aclaradas por la Escritura canónica, ni han llegado a nuestro conocimiento por testigos a quienes no creer sería absurdo, dudamos sin justa reprensión.

CAPÍTULO XIX.---Sobre el hábito y las costumbres del pueblo cristiano.

Ciertamente nada de esto pertenece a esta ciudad, qué hábito o modo de vida, si no es contra los preceptos divinos, sigue cada uno en esta fe, por la cual se llega a Dios: de donde incluso a los mismos filósofos, cuando se hacen cristianos, no se les obliga a cambiar el hábito o la costumbre de vida, que no impide la religión, sino los falsos dogmas. Por eso aquella diferencia que Varro introdujo de los Cínicos, si no actúan de manera deshonesta e intemperante, no le importa en absoluto. De esos tres géneros de vida, el ocioso, el activo y el compuesto de ambos, aunque con la fe salva cualquiera puede vivir en cualquiera de ellos y llegar a las recompensas eternas; sin embargo, importa qué amor tiene por la verdad, qué dedica al deber de la caridad. Ni debe ser alguien tan ocioso que en ese ocio no piense en la utilidad del prójimo; ni tan activo que no busque la contemplación de Dios. En el ocio no debe deleitarse en una vacación inerte; sino en la búsqueda o el descubrimiento de la verdad: para que cada uno progrese en ella, y lo que encuentre lo retenga, y no lo envidie a otro. En la acción no debe amarse el honor en esta vida, ni el poder; pues todo es vano bajo el sol: sino la obra misma, que a través de ese honor o poder se hace, si se hace recta y útilmente, es decir, para que valga para la salvación de los súbditos, que es según Dios; de lo cual ya hemos discutido anteriormente (Cap. 6). Por eso dice el Apóstol: "El que desea el episcopado, buen trabajo desea" (I Tim. III, 1). Quiso exponer qué es el episcopado; porque es un nombre de obra, no de honor. Pues es griego, y de ahí proviene el vocablo, que el que es puesto al frente, a aquellos a quienes está al frente, les supervisa, cuidando de ellos: pues ἐπί significa, Sobre; σκοπός, Intención: por tanto, ἐπισκοπεῖν, si queremos, podemos decir en latín Superintender; para que entienda que no es obispo quien ama estar al frente, no para beneficiar. Por tanto, nadie está prohibido del estudio de conocer la verdad, lo cual pertenece al laudable ocio: pero el lugar superior, sin el cual no puede gobernarse el pueblo, aunque se mantenga y administre como conviene, sin embargo, se busca indecentemente. Por eso el ocio santo busca la caridad de la verdad: el negocio justo asume la necesidad de la caridad. Si nadie impone esa carga, debe dedicarse a percibir y contemplar la verdad: pero si se impone, debe asumirse por la necesidad de la caridad: pero ni siquiera así debe abandonarse de todo modo el deleite de la verdad, para que no se quite esa dulzura, y oprima esta necesidad.

CAPÍTULO XX.---Que los ciudadanos de los santos en el tiempo de esta vida son bienaventurados en esperanza.

Por tanto, como el sumo bien de la ciudad de Dios es la paz eterna y perfecta, no por la cual los mortales pasan naciendo y muriendo, sino en la cual los inmortales permanecen sin sufrir absolutamente nada adverso; ¿quién es el que niegue que esa vida es beatísima, o que en comparación con ella esta vida que aquí se vive, por más llena que esté de bienes del alma, del cuerpo y de cosas externas, no es la más miserable? Sin embargo, quienquiera que la tenga de tal manera que refiera su uso al fin de aquella que ama ardentísimamente, y espera fidelísimamente, puede no absurdamente ser llamado bienaventurado incluso ahora, más por aquella esperanza que por esta realidad. Pero esta realidad sin aquella esperanza es una falsa bienaventuranza y una gran miseria: pues no usa de los verdaderos bienes del alma. Porque no es verdadera sabiduría la que no dirige su intención en lo que prudentemente discierne, lleva a cabo valientemente, cohibe temperadamente, y distribuye justamente, a aquel fin donde Dios será todo en todos (I Cor. XV, 28), con eternidad cierta y paz perfecta.

CAPÍTULO XXI.---Si según las definiciones de Escipión, que están en el diálogo de Cicerón, alguna vez existió la república romana.

1. Por lo tanto, ahora es el momento de explicar, tan brevemente y claramente como pueda, lo que prometí demostrar en el segundo libro de esta obra (Cap. 21, n. 4), que según las definiciones que Escipión utiliza en los libros de Cicerón sobre la República, nunca fue la República romana. Brevemente, define la república como la cosa del pueblo. Si esta definición es verdadera, nunca fue la república romana, porque nunca fue la cosa del pueblo; definición que quiso que fuera de la república. Define al pueblo como una reunión de multitud asociada por el consenso del derecho y la comunidad de utilidad. Explica qué quiere decir con consenso del derecho, mostrando que sin justicia no puede haber república: donde no hay verdadera justicia, tampoco puede haber derecho. Porque lo que se hace con derecho, ciertamente se hace justamente: lo que se hace injustamente, no puede hacerse con derecho. No deben llamarse ni considerarse derechos las disposiciones injustas de los hombres: ya que incluso ellos dicen que el derecho es lo que emana de la fuente de la justicia; y es falso lo que algunos, que no piensan correctamente, suelen decir, que el derecho es lo que es útil para el que tiene más poder. Por lo tanto, donde no hay verdadera justicia, no puede haber una reunión de hombres asociada por el consenso del derecho, y por lo tanto, tampoco pueblo, según la definición de Escipión o Cicerón: y si no hay pueblo, tampoco hay cosa del pueblo; sino cualquier multitud que no es digna del nombre de pueblo. Y por lo tanto, si la república es la cosa del pueblo, y no hay pueblo que no esté asociado por el consenso del derecho, y no hay derecho donde no hay justicia: se concluye sin duda que donde no hay justicia, no hay república. La justicia, además, es la virtud que distribuye a cada uno lo suyo. ¿Qué justicia es la del hombre que le quita al verdadero Dios y se somete a demonios inmundos? ¿Es esto distribuir a cada uno lo suyo? ¿O es injusto quien le quita una propiedad a quien la compró y se la entrega a quien no tiene ningún derecho sobre ella; y justo quien se quita a sí mismo del dominio de Dios, que lo creó, y sirve a espíritus malignos?

2. Ciertamente se discute con gran agudeza y fuerza en esos mismos libros sobre la República contra la injusticia a favor de la justicia. Y puesto que, cuando se argumentaba a favor de la injusticia contra la justicia, y se decía que sin injusticia la república no podía mantenerse ni crecer; se planteaba como un argumento muy fuerte que era injusto que los hombres sirvieran a otros hombres dominantes; sin embargo, si no sigue esta injusticia, la ciudad imperiosa, que

es una gran república, no podría gobernar las provincias: se respondió desde la parte de la justicia, que es justo porque a tales hombres les es útil la servidumbre, y se hace por su utilidad cuando se hace correctamente, es decir, cuando se les quita a los malvados la licencia de cometer injurias; y estarán mejor sometidos, porque indomados se comportaban peor: y se añadió, para fortalecer esta razón, un noble ejemplo tomado de la naturaleza, y se dijo: ¿Por qué entonces Dios gobierna al hombre, el alma al cuerpo, la razón a la lujuria y a las demás partes viciosas del alma? Claramente, con este ejemplo se ha enseñado suficientemente que a algunos les es útil la servidumbre; y ciertamente es útil para todos servir a Dios. El alma que sirve a Dios gobierna correctamente al cuerpo, y en el mismo alma, la razón sometida al Señor Dios gobierna correctamente la lujuria y los demás vicios. Por lo tanto, donde el hombre no sirve a Dios, ¿qué se puede pensar que hay de justicia en él; puesto que no sirviendo a Dios, de ninguna manera puede el alma gobernar justamente al cuerpo, ni la razón humana a los vicios? Y si en tal hombre no hay justicia alguna, sin duda tampoco la hay en la reunión de hombres que consta de tales hombres. Por lo tanto, aquí no está el consenso del derecho que hace al pueblo, cuya cosa se dice que es la república. ¿Qué puedo decir de la utilidad, cuya comunidad también hace que la reunión de hombres, según esta definición, se llame pueblo? Aunque, si prestas atención diligente, no hay utilidad alguna para los que viven impíamente; como vive todo aquel que no sirve a Dios, y sirve a los demonios, tanto más impíos cuanto más a sí mismos, ya que siendo espíritus inmundísimos, quieren ser sacrificados como dioses: sin embargo, lo que dijimos sobre el consenso del derecho, creo que es suficiente para que aparezca por esta definición que no es pueblo, cuya cosa se dice que es la república, en la que no hay justicia. Porque si dicen que los romanos no servían a espíritus inmundos, sino a dioses buenos y santos en su república; ¿acaso deben repetirse tantas veces las cosas que ya hemos dicho suficientemente, o más que suficientemente? ¿Quién, habiendo llegado a este punto a través de los libros anteriores de esta obra, puede aún dudar de que los romanos servían a demonios malos e impuros, a menos que sea demasiado necio o impudentemente contencioso? Pero para no hablar de la calidad de aquellos a quienes adoraban con sacrificios; en la ley del verdadero Dios está escrito: El que sacrifica a los dioses será exterminado, a menos que sea solo al Señor (Éxodo XXII, 20). Por lo tanto, no quiso que se sacrificara ni a dioses buenos ni malos, quien ordenó esto con tanta amenaza.

CAPÍTULO XXII.---Si es verdadero el Dios a quien sirven los cristianos, a quien solo se debe sacrificar.

Pero se puede responder: ¿Quién es este Dios, o cómo se prueba que es digno de que los romanos le obedecieran, para que no adoraran a ningún dios con sacrificios excepto a él? Es de gran ceguera seguir preguntando quién es este Dios. Él es el Dios cuyos profetas predijeron estas cosas que vemos. Él es el Dios de quien Abraham recibió la respuesta: En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Génesis XXII, 18). Lo cual, al cumplirse en Cristo, quien según la carne surgió de esa simiente, incluso aquellos que permanecen como enemigos de este nombre, quieran o no, lo reconocen. Él es el Dios cuyo Espíritu divino habló a través de aquellos cuyas profecías y cumplimientos a través de la Iglesia, que vemos extendida por todo el mundo, he puesto en los libros anteriores. Él es el Dios que Varrón, el más docto de los romanos, considera Júpiter, aunque sin saber lo que dice: lo cual, sin embargo, consideré digno de mencionar, ya que un hombre de tal conocimiento no pudo considerarlo inexistente ni vil. Creyó que él era el que consideraba el Dios supremo. Finalmente, él es el Dios que el más docto de los filósofos, aunque acérrimo enemigo de los cristianos, incluso a través de los oráculos de aquellos que considera dioses, Porfirio confiesa como el gran Dios.

CAPÍTULO XXIII.---Lo que Porfirio dice que son las respuestas de los oráculos de los dioses sobre Cristo.

1. Porque en los libros que llama ἐκ λογίων φιλοσοφίας, en los que expone y consigna las cosas relacionadas con la filosofía como respuestas divinas, para poner sus propias palabras, tal como han sido interpretadas del griego al latín: Al preguntar, dice, qué dios podría aplacar para hacer que su esposa regresara del cristianismo, Apolo dijo en versos. Luego, las palabras de Apolo son estas: Más fácilmente podrías escribir en el agua con letras impresas, o volar como un ave inflando ligeras alas por el aire, que hacer que regrese el sentido de tu esposa impía y contaminada. Que continúe como quiera perseverando en vanas falacias, y cantando con lamentaciones engañosas a un Dios muerto, a quien, por jueces que piensan correctamente, fue destruido, y una muerte atroz en apariencia hermosa lo mató con hierro. Luego, después de estos versos de Apolo, que no están en metro al ser interpretados al latín, añadió y dijo: En esto manifestó la tergiversación de la sentencia irremediable de ellos, diciendo que los judíos reciben a Dios más que estos. Aquí, al decolorar a Cristo, prefirió a los judíos sobre los cristianos, confesando que los judíos reciben a Dios. Así expuso los versos de Apolo, donde dice que Cristo fue asesinado por jueces que piensan correctamente, como si, al juzgar justamente, merecidamente fue castigado. Veremos qué dijo el falso profeta Apolo sobre Cristo, y si este lo creyó, o tal vez este mismo inventó que el profeta dijo lo que no dijo: pero veremos después cómo se ajustan sus oráculos entre sí. Sin embargo, aquí dice correctamente que los judíos, como receptores de Dios, juzgaron correctamente sobre Cristo, al considerar que debía ser torturado con una muerte atroz. Por lo tanto, el Dios de los judíos, a quien da testimonio, debió ser escuchado, diciendo: El que sacrifica a los dioses será exterminado, a menos que sea solo al Señor (Éxodo XXII, 20). Pero vayamos a cosas más claras, y escuchemos cuán grande dice que es el Dios de los judíos. Nuevamente, a lo que preguntó a Apolo, qué es mejor, la palabra o la ley; respondió, dice, con estos versos. Y luego añade los versos de Apolo, en los que están estos, para que tome de allí lo que es suficiente: En el Dios verdadero, dice, el creador, y en el rey antes de todo, a quien temen el cielo, la tierra, el mar, y los abismos del infierno, y los mismos numina tiemblan: cuya ley es el Padre, a quien los hebreos muy santos honran. Con tal oráculo de su dios Apolo, Porfirio dijo que el Dios de los hebreos es tan grande, que incluso los mismos numina lo temen. Por lo tanto, cuando este Dios dijo: El que sacrifica a los dioses será exterminado, me sorprende que Porfirio mismo no haya temido, y no haya temido ser exterminado por sacrificar a los dioses.

2. Este filósofo también dice cosas buenas sobre Cristo, como si hubiera olvidado su contumelia de la que hablamos hace poco; o como si sus dioses hubieran maldecido a Cristo en sueños, y al despertar lo hubieran reconocido como bueno y lo hubieran alabado dignamente. Finalmente, como si fuera a decir algo maravilloso e increíble, dice: Sin duda, a algunos les parecerá sorprendente lo que vamos a decir. Porque los dioses han proclamado a Cristo como el más piadoso y hecho inmortal, y lo han recordado con buena predicación: pero dicen que los cristianos están contaminados y manchados, y atrapados en el error; y usan muchas blasfemias contra ellos. Luego añade como oráculos de los dioses que blasfeman contra los cristianos. Y después de esto, dice: Sobre Cristo, al preguntar si es Dios, Hécate respondió: Porque ciertamente el alma inmortal después del cuerpo, como sabes, al estar separada de la sabiduría siempre yerra, es del hombre más piadoso esa alma, a quien adoran con una verdad ajena a ellos. Luego, después de las palabras de este supuesto oráculo, él mismo añade: Por lo tanto, lo llamó el hombre más piadoso, y su alma, como la de otros piadosos, después de la muerte dotada de inmortalidad, y a esta adoran los cristianos ignorantes. Pero al preguntar, dice, ¿por qué fue condenado? el oráculo respondió la diosa: El cuerpo siempre está expuesto a tormentos debilitantes: pero el alma de los piadosos reside en

la sede celestial. Esa alma, sin embargo, fatalmente dio a otras almas, a quienes el destino no concedió obtener dones de los dioses, ni tener el conocimiento del inmortal Júpiter, ser atrapados en el error. Por lo tanto, son odiados por los dioses: porque a quienes el destino no les permitió conocer a Dios, ni recibir dones de los dioses, a estos fatalmente les dio este ser atrapados en el error. Él mismo, sin embargo, piadoso, y como los piadosos, ascendió al cielo. Por lo tanto, no lo blasfemarás, pero te compadecerás de la locura de los hombres: de ahí en ellos el peligro fácil y precipitado.

3. ¿Quién es tan necio que no entienda que estos oráculos fueron inventados por un hombre astuto, y enemigo acérrimo de los cristianos, o que fueron respuestas de demonios impuros con un propósito similar; para que, ya que alaban a Cristo, por eso se crea que vituperan verazmente a los cristianos; y así, si pueden, cierren el camino de la salvación eterna, en el que uno se convierte en cristiano? Porque sienten que no es contrario a su astucia dañina de mil formas, si se les cree al alabar a Cristo, siempre que también se les crea al vituperar a los cristianos; para que quien crea ambas cosas, se convierta en un talador de Cristo, que no quiera ser cristiano: y así, aunque sea alabado por él, sin embargo, Cristo no lo libere del dominio de estos demonios mentirosos. Especialmente porque alaban a Cristo de tal manera que quien crea en él tal como es predicado por ellos, no sea un verdadero cristiano, sino un hereje fotiniano, que solo conoce a Cristo como hombre, no también como Dios: y por lo tanto no puede ser salvo por él, ni evitar o desatar las trampas de estos demonios mentirosos. Pero nosotros no podemos aprobar ni a Apolo vituperando a Cristo, ni a Hécate alabándolo. Porque aquel quiere que se crea que Cristo es injusto, a quien dice que fue asesinado por jueces que piensan correctamente; esta, que es el hombre más piadoso, pero solo un hombre. Sin embargo, la intención de ambos es que no quieran que los hombres sean cristianos; porque si no son cristianos, no podrán ser liberados de su poder. Este filósofo, o más bien quienes creen en tales oráculos contra los cristianos, primero hagan, si pueden, que Hécate y Apolo concuerden entre sí sobre Cristo, y que ambos lo condenen, o ambos lo alaben. Si pudieran hacerlo, sin embargo, evitaríamos a los demonios engañosos que vituperan y alaban a Cristo. Pero como su dios y diosa difieren entre sí sobre Cristo, aquel vituperándolo, esta alabándolo; ciertamente no creen en ellos blasfemando a los cristianos, si ellos mismos piensan correctamente.

4. Ciertamente, al alabar a Cristo, ya sea Porfirio o Hécate, cuando dice que él mismo dio fatalmente a los cristianos para que se implicaran en el error, sin embargo, expone las causas de ese error, como él cree. Antes de exponerlas con sus palabras, primero pregunto, si Cristo dio fatalmente a los cristianos la implicación en el error, ¿lo hizo queriendo o sin querer? Si queriendo, ¿cómo es justo? si sin querer, ¿cómo es bienaventurado? Pero ahora escuchemos las causas de ese error. Hay, dice, espíritus terrenales de menor rango sujetos en cierto lugar al poder de demonios malignos. De estos, los sabios hebreos, de los cuales uno fue también este Jesús, como escuchaste de los divinos de Apolo, que se dijeron anteriormente; de estos demonios hebreos, malos y menores espíritus, prohibían a los religiosos, y les prohibían dedicarse a ellos: pero venerar más a los dioses celestiales, y venerar más al Dios Padre. Esto, dice, también lo ordenan los dioses, y en lo anterior mostramos cómo aconsejan dirigir la mente hacia Dios, y ordenan adorarlo en todas partes. Pero los indoctos y de naturaleza impía, a quienes verdaderamente el destino no concedió obtener dones de los dioses, ni tener el conocimiento del inmortal Júpiter, no escuchando ni a los dioses ni a los hombres divinos, rechazaron a todos los dioses, pero no odiaron a los demonios prohibidos, sino que los reverenciaron. Simulando adorar a Dios, no hacen las cosas por las cuales Dios es adorado. Porque Dios, como Padre de todos, no necesita de nada: pero nos va bien cuando lo adoramos a través de la justicia y la castidad y otras virtudes, haciendo de la misma vida una oración

hacia él, a través de la imitación y la búsqueda de él. La búsqueda purifica, dice: la imitación deifica al operar la afección hacia él. Bien predicó al Dios Padre, y dijo con qué costumbres debe ser adorado. Con estos preceptos están llenos los Libros proféticos de los hebreos, cuando se vitupera o se alaba la vida de los santos. Pero en los cristianos se equivoca tanto, o tanto calumnia, como quieren los demonios, que él considera dioses, como si fuera difícil recordar qué cosas vergonzosas y deshonrosas se hacían en los teatros y templos en servicio de los dioses; y atender a lo que se lee, se dice, se escucha en las iglesias, o lo que se ofrece al verdadero Dios; y de ahí entender dónde está el edificio, y dónde la ruina de las costumbres. ¿Quién le dijo o le inspiró, sino un espíritu diabólico, una mentira tan vana y abierta, que los demonios prohibidos por los hebreos son reverenciados más que odiados por los cristianos? Pero ese Dios a quien adoraron los sabios hebreos, incluso a los santos ángeles celestiales y Virtudes de Dios, a quienes veneramos y amamos como bienaventurados ciudadanos en esta nuestra peregrinación mortal, prohíbe sacrificar, tronando en su ley, que dio a su pueblo hebreo, y diciendo muy amenazadoramente: El que sacrifica a los dioses será exterminado. Y para que nadie piense que se prohíbe sacrificar a los demonios malos y espíritus terrenales, que él llama menores o más pequeños, porque también en las Escrituras sagradas se les llama dioses, no de los hebreos, sino de las naciones; lo cual los Setenta intérpretes pusieron claramente en el Salmo, diciendo: Porque todos los dioses de las naciones son demonios (Salmo XCV, 5): para que nadie piense que está prohibido a estos demonios, pero permitido sacrificar a los celestiales o a todos, o a algunos, añadió inmediatamente, a menos que sea solo al Señor, es decir, solo al Señor: para que no crea alguien que el Señor es el sol, a quien piensa que debe sacrificarse: lo cual no debe entenderse así, se encuentra fácilmente en las Escrituras griegas.

5. Por lo tanto, el Dios de los hebreos, a quien incluso este gran filósofo da tan gran testimonio, dio una ley a su pueblo hebreo, escrita en lengua hebrea, no oscura ni desconocida, sino ya difundida entre todas las naciones, en la cual está escrito: "El que sacrificare a los dioses será exterminado, a menos que sea solo al Señor". ¿Qué necesidad hay de investigar mucho sobre este asunto en su ley y en sus profetas? Más bien, no es necesario investigar, pues no son cosas ocultas o raras; sino recoger lo que está claro y frecuente, y ponerlo en mi discusión: en las cuales aparece más claro que la luz que Dios no quiso que se sacrificara a nadie más que a Él mismo, el verdadero y supremo Dios. He aquí que esta única cosa, brevemente, más bien grandemente, amenazadoramente, pero verdaderamente dicha por aquel Dios, a quien sus más doctos predican tan excelentemente, sea escuchada, temida, cumplida, para que la desobediencia no traiga exterminio. "El que sacrificare a los dioses será exterminado, a menos que sea solo al Señor": no porque necesite algo, sino porque nos conviene ser suyos. De aquí se canta en las Sagradas Escrituras de los hebreos: "Dije al Señor: Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes" (Salmo XV, 2). Sin embargo, el sacrificio más claro y excelente somos nosotros mismos, es decir, su ciudad, cuyo misterio celebramos con nuestras ofrendas, conocidas por los fieles, como discutimos en los libros precedentes (Libro 10, cap. 6, y en otros lugares). Pues las víctimas que los judíos ofrecían en la sombra del futuro cesarían, y las naciones ofrecerían un solo sacrificio desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, como ya vemos que sucede, según los oráculos divinos proclamados por los profetas hebreos: de los cuales hemos presentado algunos, y los hemos esparcido en esta obra. Por lo tanto, donde no hay esta justicia, para que según su gracia Dios, el único y supremo, gobierne la ciudad obediente, y no se sacrifique a nadie más que a Él; y por esto, en todos los hombres pertenecientes a esa misma ciudad y obedientes a Dios, el alma también gobierne al cuerpo, y la razón a los vicios, con orden legítimo y fielmente; para que así como uno es justo, así viva el conjunto y el pueblo de los justos por la fe, que obra por el amor, con

el cual el hombre ama a Dios, como debe ser amado Dios, y al prójimo como a sí mismo: donde no hay esta justicia, ciertamente no hay una comunidad de hombres unida por el consenso del derecho y la comunión de la utilidad. Y si no lo hay, ciertamente no hay pueblo, si esta definición del pueblo es verdadera. Por lo tanto, tampoco hay república: porque no hay cosa del pueblo, donde no hay pueblo.

CAPÍTULO XXIV.---Con qué definición se puede afirmar correctamente que no solo los romanos, sino también otros reinos, se apropian de la denominación de pueblo y república.

Si, sin embargo, el pueblo no se define de esta manera, sino de otra, como si se dijera: "El pueblo es una reunión de multitud racional, unida por la comunión concordante de las cosas que ama": ciertamente, para ver qué tipo de pueblo es, se debe observar lo que ama. Sin embargo, cualquiera que sea lo que ame, si es una reunión de multitud, no de bestias, sino de criaturas racionales, y está unida por la comunión concordante de las cosas que ama, no absurdamente se llama pueblo; tanto mejor, cuanto en mejores cosas; y tanto peor, cuanto en peores cosas está concorde. Según esta definición nuestra, el pueblo romano es un pueblo; y su cosa, sin duda, es una república. Pero lo que en sus primeros tiempos, y lo que en los siguientes, amó ese pueblo, y con qué costumbres, llegando a las más sangrientas sediciones, y de ahí a las guerras sociales y civiles, rompió y destruyó esa misma concordia, que de alguna manera es la salvación del pueblo, lo atestigua la historia: de la cual hemos puesto mucho en los libros precedentes. Sin embargo, no por eso diría que no es pueblo, ni que su cosa no es república, mientras permanezca cualquier tipo de reunión de multitud racional, unida por la comunión concordante de las cosas que ama. Pero lo que he dicho sobre este pueblo y esta república, lo mismo se entiende que he dicho y sentido sobre los atenienses o cualquier otro de los griegos, sobre los egipcios, sobre la antigua Babilonia de los asirios, cuando en sus cosas públicas tuvieron imperios, ya sean pequeños o grandes, y sobre cualquier otra de las naciones. En general, la ciudad de los impíos, a la que Dios no gobierna obedeciéndole, para que no ofrezca sacrificio, sino solo a Él, y por esto en ella el alma gobierne al cuerpo, y la razón a los vicios correctamente y fielmente, carece de la verdad de la justicia.

CAPÍTULO XXV.---Que no pueden existir verdaderas virtudes donde no hay verdadera religión.

Por más que parezca que el alma gobierna al cuerpo, y la razón a los vicios de manera loable; si el alma y la razón misma no sirven a Dios, como Él mismo ha ordenado que se le sirva, de ninguna manera gobierna correctamente al cuerpo y a los vicios. Pues, ¿qué tipo de mente puede ser la dueña del cuerpo y de los vicios, ignorante del verdadero Dios, no sometida a su imperio, sino corrompida y prostituida por los demonios más viciosos? Por lo tanto, las virtudes que parece tener, por las cuales gobierna al cuerpo y a los vicios para lograr o mantener cualquier cosa, si no las refiere a Dios, incluso ellas mismas son más bien vicios que virtudes. Pues aunque algunos las consideren verdaderas y honestas virtudes cuando se refieren a sí mismas, y no se buscan por otra razón; incluso entonces están infladas y soberbias: y por eso no deben juzgarse virtudes, sino vicios. Pues así como no es de la carne, sino sobre la carne, lo que hace vivir a la carne: así no es del hombre, sino sobre el hombre, lo que hace vivir felizmente al hombre; no solo al hombre, sino también a cualquier Poder y Virtud celestial.

CAPÍTULO XXVI.---Sobre la paz del pueblo alejado de Dios, que el pueblo de Dios utiliza para la piedad, mientras es peregrino en este mundo.

Por lo tanto, así como la vida del cuerpo es el alma, así la vida bienaventurada del hombre es Dios, de quien dicen las Sagradas Escrituras de los hebreos: "Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor" (Salmo CXLIII, 15). Miserable, por tanto, el pueblo alejado de este Dios. Sin embargo, también ama una cierta paz suya no reprobable, que ciertamente no tendrá al final, porque no la usa bien antes del fin. Pero para que la tenga mientras tanto en esta vida, también nos interesa: porque mientras ambas ciudades están mezcladas, también nosotros usamos la paz de Babilonia: de la cual el pueblo de Dios se libera por la fe, mientras peregrina en ella. Por lo cual el Apóstol también advirtió a la Iglesia que orara por sus reyes y por los que están en eminencia, añadiendo y diciendo: "para que llevemos una vida quieta y tranquila con toda piedad y caridad" (I Tim. II, 2). Y el profeta Jeremías, cuando anunciaba al pueblo de Dios la futura cautividad, y ordenaba divinamente que fueran obedientemente a Babilonia, sirviendo a su Dios también con esta paciencia, también aconsejó que se orara por ella, diciendo: "porque en su paz tendréis vosotros paz" (Jerem. XXIX, 7), ciertamente temporal, que es común a buenos y malos.

CAPÍTULO XXVII.---Sobre la paz de los que sirven a Dios, cuya perfecta tranquilidad no puede alcanzarse en esta vida temporal.

Pero nuestra propia paz, aquí es con Dios por la fe, y en la eternidad será con Él por la visión. Pero aquí, ya sea la común, ya sea nuestra propia, es tal paz que es más bien un consuelo de la miseria que un gozo de la bienaventuranza. Incluso nuestra justicia, aunque es verdadera por el fin del verdadero bien al que se refiere, sin embargo, es tal en esta vida que se compone más bien del perdón de los pecados que de la perfección de las virtudes. Testigo es la oración de toda la ciudad de Dios, que peregrina en la tierra. Pues por todos sus miembros clama a Dios: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mat. VI, 12). Y esta oración no es eficaz para aquellos cuya fe está muerta sin obras (Santiago II, 17, 26): sino para aquellos cuya fe obra por el amor (Gálatas V, 6). Porque aunque está sometida a Dios, en esta condición mortal, y con el cuerpo corruptible que pesa sobre el alma (Sabiduría IX, 15), la razón no gobierna perfectamente a los vicios, por eso es necesaria tal oración para los justos. Pues ciertamente, aunque se ordene, no se gobierna a los vicios sin conflicto. Y ciertamente se desliza algo en este lugar de debilidad incluso para el que bien combate, ya sea venciendo y sometiendo a tales enemigos, de modo que, si no por fácil operación, ciertamente por locución resbaladiza o pensamiento volátil se peca. Y por eso, mientras se gobierna a los vicios, no hay paz plena: porque tanto los que resisten son combatidos con peligroso combate; y los que han sido vencidos, aún no son triunfados con ocio seguro, sino que todavía son oprimidos con imperio solícito. En estas tentaciones, de las cuales en las palabras divinas se ha dicho brevemente: "¿Acaso no es una tentación la vida humana sobre la tierra?" (Job VII, 1, según los LXX), ¿quién se atrevería a vivir de tal manera que no necesite decir a Dios: "Perdona nuestras deudas", sino un hombre altivo? No verdaderamente grande, sino inflado y presuntuoso, a quien por justicia resiste quien otorga gracia a los humildes. Por lo cual está escrito: "Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes" (Santiago IV, 6; I Pedro V, 5). Aquí, por lo tanto, en cada uno está la justicia, para que Dios obedezca al hombre, el alma al cuerpo, y la razón a los vicios, incluso resistiendo, ya sea sometiendo o resistiendo; y para que se pida a Dios tanto la gracia de los méritos como el perdón de los delitos, y se rinda acción de gracias por los bienes recibidos. Pero en aquella paz final, a la que debe referirse, y por cuya causa debe tenerse esta justicia, puesto que la naturaleza sanada de la inmortalidad y la incorruptibilidad no tendrá vicios, ni a cada uno de nosotros le repugnará nada ni de otro ni de sí mismo, no será necesario que la razón gobierne a los vicios, que no existirán: sino que Dios gobernará al hombre, el alma al cuerpo; y habrá tanta suavidad y facilidad para obedecer, cuanta felicidad para vivir y reinar.

Y esto allí en todos y cada uno será eterno, y será cierto que será eterno: y por eso la paz de esta bienaventuranza, o la bienaventuranza de esta paz, será el sumo bien.

CAPÍTULO XXVIII.---En qué fin llegará el destino de los impíos.

Pero de aquellos que no pertenecen a esta ciudad de Dios, habrá una miseria contraria y sempiterna, que también se llama segunda muerte (Apoc. II, 11; XX, 6; XXI, 8): porque ni el alma allí se puede decir que vive, que estará alejada de la vida de Dios; ni el cuerpo, que estará sujeto a dolores eternos. Y por lo tanto, esta segunda muerte será más dura, porque no podrá ser terminada por la muerte. Pero puesto que así como la miseria a la bienaventuranza, y la muerte a la vida, así la guerra parece ser contraria a la paz; con razón se pregunta, así como la paz ha sido predicada y alabada en los fines de los buenos, qué o qué tipo de guerra puede entenderse en los fines de los malos. Pero quien pregunta esto, considere qué hay de nocivo y pernicioso en la guerra, y verá que no es otra cosa que la adversidad y el conflicto de las cosas entre sí. Por lo tanto, ¿qué guerra más grave y amarga se puede concebir, que donde la voluntad es tan adversa a la pasión, y la pasión a la voluntad, que ninguna de ellas pone fin a tales enemistades con su victoria; y donde el dolor así combate con la misma naturaleza del cuerpo, que ninguno cede al otro? Pues aquí, cuando ocurre este conflicto, o el dolor vence, y la muerte quita el sentido; o la naturaleza vence, y la salud quita el dolor. Pero allí, tanto el dolor permanece, para afligir; como la naturaleza perdura, para sentir: porque ninguno de los dos falta, para que no falte el castigo. Pero a estos fines de los buenos y de los malos, aquellos deseables, estos evitables, puesto que por el juicio pasarán a aquellos los buenos, a estos los malos; sobre este juicio, cuanto Dios conceda, discutiré en el volumen siguiente.

LIBRO VIGÉSIMO. Sobre el juicio final, y sobre los testimonios tanto del Nuevo como del Antiguo Testamento, que anuncian que sucederá.

CAPÍTULO PRIMERO.---Que aunque Dios juzga en todo tiempo, en este libro se debe tratar propiamente sobre su juicio final.

1. Hablando del día del último juicio de Dios, según lo que Él nos conceda, y afirmándolo contra los impíos e incrédulos, debemos primero, como en el fundamento del edificio, poner los testimonios divinos. Aquellos que no quieren creerlos, intentan contradecirlos con razonamientos humanos falsos y engañosos, para que o bien sostengan que el testimonio tomado de las Sagradas Escrituras significa otra cosa, o bien nieguen que haya sido dicho divinamente. Pues no creo que haya ningún mortal que, habiendo entendido estas cosas tal como han sido dichas, y creyendo que han sido dichas por el sumo y verdadero Dios a través de almas santas, no ceda y consienta a ellas: ya sea que lo confiese también con su boca, o que por algún vicio se avergüence o tema confesarlo; o incluso con una obstinación muy similar a la locura, intente defender con la mayor contención lo que sabe o cree que es falso, contra lo que sabe o cree que es verdadero.

2. Por lo tanto, lo que en la confesión y profesión sostiene toda la Iglesia del verdadero Dios, que Cristo vendrá del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos, llamamos a este día el día del juicio de Dios, es decir, el tiempo final. Pues cuántos días se extenderá este juicio, es incierto: pero nadie que haya leído esas letras, aunque sea negligentemente, ignora que en el uso de las Escrituras santas el día suele ponerse por el tiempo. Por eso, cuando decimos el día del juicio de Dios, añadimos último o final; porque también ahora juzga, y desde el principio del género humano ha juzgado, expulsando del paraíso, y separando del árbol de la vida a los primeros hombres, perpetradores de un gran pecado: más aún, cuando no perdonó a los

ángeles pecadores (II Pedro II, 4), cuyo príncipe, subvertido por sí mismo, subvirtió a los hombres envidiando, sin duda juzgó. Ni sin su alto y justo juicio, en este cielo aéreo, y en la tierra, es la vida de los demonios y de los hombres miserable, llena de errores y sufrimientos. Sin embargo, aunque nadie hubiera pecado, no sin buen y recto juicio retendría en eterna bienaventuranza a toda la criatura racional adherida a Él, su Señor, con la mayor perseverancia. También juzga, no solo universalmente sobre el género de demonios y hombres, para que sean miserables por el mérito del primer pecado; sino también sobre las obras propias de cada uno, que realizan por el arbitrio de su voluntad. Pues también los demonios ruegan para no ser atormentados (Mat. VIII, 29): y ciertamente no se les perdona injustamente, ni se les atormenta por su propia maldad. Y los hombres a menudo abiertamente, siempre ocultamente, pagan divinamente las penas por sus hechos, ya sea en esta vida, ya sea después de la muerte: aunque ningún hombre actúe rectamente, a menos que sea ayudado por el auxilio divino; ningún demonio o hombre actúe inicuamente, a menos que sea permitido por el mismo juicio divino y justísimo. Pues como dice el Apóstol, "No hay iniquidad en Dios" (Rom. IX, 14); y, como él mismo dice en otro lugar, "Inescrutables son los juicios de Dios, e ininvestigables sus caminos" (Id. XI, 33). Por lo tanto, en este libro no trataré de aquellos primeros, ni de estos juicios medios de Dios, sino del mismo juicio final, cuanto Él mismo conceda, cuando Cristo vendrá del cielo para juzgar a los vivos y a los muertos. Este día del juicio se llama propiamente ya, porque allí no habrá lugar para la queja ignorante, de por qué aquel injusto es feliz, y por qué aquel justo es infeliz. Pues entonces aparecerá la verdadera y plena felicidad de todos los buenos, y la digna y suma infelicidad de todos los malos.

CAPÍTULO II.---Sobre la variedad de las cosas humanas, a la que no se puede decir que le falte el juicio de Dios, aunque no pueda ser investigado.

Ahora aprendemos a soportar con ecuanimidad los males que también sufren los buenos, y a no sobrevalorar los bienes que también alcanzan los malos. Por lo tanto, incluso en estas situaciones donde no se manifiesta la justicia divina, la doctrina divina es saludable. No sabemos con qué juicio de Dios aquel bueno es pobre y aquel malo es rico: que este se regocije, a quien por sus costumbres perdidas pensamos que debería ser atormentado por tristezas; que aquel se entristezca, a quien una vida loable persuade que debería regocijarse: que salga del juicio no solo impune, sino incluso condenado siendo inocente, ya sea oprimido por la iniquidad del juez o sepultado por falsos testimonios; por el contrario, que su malvado adversario no solo quede impune, sino incluso reivindicado, se burle: que el impío goce de buena salud, que el piadoso languidezca en enfermedad: que jóvenes sanísimos se dediquen al latrocinio; y que niños que no pudieron dañar a nadie ni con la palabra sean afligidos por la atrocidad de diversas enfermedades: que alguien útil para los asuntos humanos sea arrebatado por una muerte prematura; y que aquellos que parecen no haber debido nacer vivan largamente además: que alguien lleno de crímenes sea elevado a honores, y que las tinieblas de la ignominia oculten a un hombre sin reproche: y otras cosas de este tipo, ¿quién las recoge, quién las enumera? Si estas cosas tuvieran constancia en su misma aparente absurdidad, de modo que en esta vida, en la cual el hombre, como dice el sagrado Salmo, se ha hecho semejante a la vanidad, y sus días pasan como una sombra (Salmo 143, 4), solo los malos adquirieran estos bienes transitorios y terrenales, y solo los buenos sufrieran tales males, esto podría atribuirse al justo juicio de Dios, o incluso a su benevolencia; para que aquellos que no iban a alcanzar los bienes eternos, que hacen felices, fueran engañados por su malicia con bienes temporales, o consolados por la misericordia de Dios; y aquellos que no iban a sufrir tormentos eternos, fueran afligidos temporalmente por sus pecados, cualesquiera y cuán pequeños fueran, o ejercitados en males para cumplir virtudes. Pero ahora, cuando no

solo en el mal están los buenos, y en el bien los malos, lo cual parece injusto; sino que también a menudo a los malos les suceden males, y a los buenos les sobrevienen bienes: los juicios de Dios se vuelven más inescrutables (Rom. 11, 33), y sus caminos ininvestigables. Aunque no sepamos con qué juicio Dios hace o permite que sucedan estas cosas, en quien hay suma virtud y suma sabiduría, suma justicia, ninguna debilidad, ninguna temeridad, ninguna iniquidad: sin embargo, aprendemos saludablemente a no sobrevalorar ni los bienes ni los males que vemos ser comunes a buenos y malos; y a buscar aquellos bienes que son propios de los buenos, y a evitar especialmente aquellos males que son propios de los malos. Cuando lleguemos al juicio de Dios, cuyo tiempo ya propiamente se llama día del juicio, y a veces día del Señor; no solo todo lo que entonces será juzgado, sino también todo lo que desde el principio ha sido juzgado, y todo lo que hasta ese tiempo aún será juzgado, aparecerá como justísimo. Allí también se manifestará cuán justo es el juicio de Dios, que ahora tantos y casi todos los justos juicios de Dios permanecen ocultos a los sentidos y mentes de los mortales; aunque en esta cuestión la fe de los piadosos no ignora que es justo lo que está oculto.

CAPÍTULO III.---Lo que Salomón discutió en el libro del Eclesiastés sobre las cosas que en esta vida son comunes a buenos y malos.

Ciertamente, Salomón, el rey más sabio de Israel, que reinó en Jerusalén, comenzó el libro llamado Eclesiastés, que también los judíos tienen en el canon de las Sagradas Escrituras, de esta manera: Vanidad de vanidades, dijo el Eclesiastés; vanidad de vanidades, y todo es vanidad. ¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana bajo el sol? (Ecl. 1, 2-3). Y al conectar con esta sentencia las demás, recordando las penalidades y errores de esta vida, y los lapsos de tiempo que se desvanecen, donde nada sólido, nada estable se retiene; en esa vanidad de las cosas bajo el sol, también deplora de alguna manera que, aunque hay abundancia de sabiduría sobre la insensatez, como hay abundancia de luz sobre las tinieblas, y los ojos del sabio están en su cabeza, y el necio camina en tinieblas; sin embargo, un mismo suceso acontece a todos (Ecl. 2, 13-14), ciertamente en esta vida que se lleva a cabo bajo el sol: significando evidentemente esos males que vemos ser comunes a buenos y malos. También dice aquello de que los buenos sufren males, como si fueran malos, y los malos, como si fueran buenos, alcanzan bienes, hablando así: Hay, dice, una vanidad que se ha hecho sobre la tierra; porque hay justos a quienes acontece como si fueran obras de impíos; y hay impíos a quienes acontece como si fueran obras de justos. Dije que esto también es vanidad (Ecl. 8, 14). En esta vanidad, a la cual, en la medida que pareció suficiente, el hombre más sabio dedicó todo este libro, no por otra razón, sino para que deseemos aquella vida que no tiene vanidad bajo este sol, sino verdad bajo aquel que hizo este sol: en esta vanidad, ¿acaso no sería por el justo y recto juicio de Dios que el hombre, hecho semejante a esa misma vanidad, se desvaneciera? Sin embargo, en los días de su vanidad, importa mucho si resiste o se somete a la verdad, y si es ajeno a la verdadera piedad o partícipe de ella: no para adquirir los bienes de esta vida o evitar los males que se desvanecen al pasar; sino por el juicio futuro, por el cual habrá bienes para los buenos, y males para los malos, que permanecerán sin fin. Finalmente, este sabio concluyó este libro diciendo: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es todo el hombre: porque Dios traerá toda obra a juicio, con toda cosa oculta, sea buena o sea mala (Ecl. 12, 13-14). ¿Qué podría decirse más breve, más verdadero, más saludable? Teme a Dios, dice, y guarda sus mandamientos; porque esto es todo el hombre. Porque quienquiera que sea, esto es, ciertamente es guardián de los mandamientos de Dios: porque quien no es esto, no es nada. No se reforma a la imagen de la verdad, permaneciendo en la semejanza de la vanidad. Porque toda obra, es decir, lo que el hombre hace en esta vida, sea bueno o malo, Dios lo

traerá a juicio, con toda cosa oculta, es decir, con todo aquel que aquí parece despreciable, y por eso ni siquiera se ve: porque Dios también lo ve, ni lo desprecia, ni lo pasa por alto cuando juzga.

CAPÍTULO IV.---Que para disertar sobre el juicio final de Dios, primero se presentarán testimonios del Nuevo Testamento, y luego del Antiguo.

Por lo tanto, los testimonios de este último juicio de Dios que he decidido presentar de las Sagradas Escrituras, primero deben elegirse de los libros del Nuevo Testamento, y luego del Antiguo. Aunque los antiguos son anteriores en el tiempo, los nuevos, sin embargo, deben anteponerse en dignidad; porque aquellos antiguos son anuncios de los nuevos. Por lo tanto, primero se presentarán los nuevos, que para probarlos más firmemente, se tomarán también los antiguos. En los antiguos se encuentran la Ley y los Profetas, en los nuevos el Evangelio y las cartas apostólicas. Pero dice el Apóstol: Porque por la ley es el conocimiento del pecado. Pero ahora, sin la ley, la justicia de Dios se ha manifestado, testificada por la Ley y los Profetas: la justicia de Dios, por la fe en Jesucristo para todos los que creen (Rom. 3, 20-22). Esta justicia de Dios pertenece al Nuevo Testamento, y tiene testimonio de los libros antiguos, es decir, de la Ley y los Profetas. Por lo tanto, primero debe exponerse la causa misma, y luego introducirse los testigos. Este mismo orden demostró que debía observarse Jesús mismo, diciendo: Todo escriba instruido en el reino de Dios es semejante a un hombre padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mat. 13, 52). No dijo, Viejas y nuevas: lo cual ciertamente habría dicho, si no hubiera preferido observar el orden de los méritos antes que el de los tiempos.

CAPÍTULO V.---Con qué sentencias del Señor Salvador se declara el juicio divino futuro al final del mundo.

1. Así pues, el mismo Salvador, cuando reprendía a las ciudades en las que había hecho grandes milagros y no habían creído, y les anteponía a los extranjeros, dijo: Pero os digo que a Tiro y a Sidón les será más tolerable en el día del juicio que a vosotras. Y poco después a otra ciudad: En verdad os digo que a la tierra de Sodoma le será más tolerable en el día del juicio que a ti (Mat. 11, 22, 24). Aquí predica evidentemente que vendrá el día del juicio. Y en otro lugar: Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás está aquí. La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará; porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón está aquí (Mat. 12, 41-42). En este lugar aprendemos dos cosas, que vendrá el juicio, y que vendrá con la resurrección de los muertos. Porque cuando decía estas cosas de los ninivitas y de la reina del Sur, sin duda hablaba de los muertos, a quienes, sin embargo, predijo que resucitarían en el día del juicio. Y no dijo que condenarán porque ellos juzgarán: sino porque por la comparación con ellos, estos justamente serán condenados.

2. Nuevamente, en otro lugar, cuando hablaba de la mezcla actual de buenos y malos hombres, y de su posterior separación, que ciertamente ocurrirá en el día del juicio, utilizó la similitud del trigo sembrado y la cizaña sembrada encima, y explicándola a sus discípulos: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre: el campo es el mundo: la buena semilla son los hijos del reino; la cizaña son los hijos del maligno: el enemigo que la sembró es el diablo: la siega es el fin del mundo, los segadores son los ángeles. Así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será en el fin del mundo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes. Entonces los justos

resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga (Mat. 13, 37-43). Aquí, ciertamente, no nombró el juicio o el día del juicio, pero lo expresó mucho más claramente con las mismas cosas, y predijo que ocurrirá al final del mundo.

3. También a sus discípulos: En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. 19, 28). Aquí aprendemos que Jesús juzgará con sus discípulos. Por lo cual también en otro lugar dijo a los judíos: Si yo expulso los demonios por Beelzebú, ¿en quién los expulsan vuestros hijos? Por eso ellos serán vuestros jueces (Mat. 12, 27). Y no porque dijo que se sentarán sobre doce tronos, debemos pensar que solo doce hombres juzgarán con él. En el número duodenario, ciertamente, se significó una cierta multitud universal de jueces, debido a las dos partes del número septenario, que a menudo significa universalidad: estas dos partes, es decir, tres y cuatro, multiplicadas una por la otra, hacen doce. Porque tanto cuatro por tres, como tres por cuatro son doce: y si se encuentra alguna otra razón de este número duodenario que sirva para esto. De lo contrario, porque leemos que en lugar de Judas el traidor fue ordenado el apóstol Matías (Hech. 1, 26); el apóstol Pablo, que trabajó más que todos ellos (1 Cor. 15, 10), no tendrá donde sentarse para juzgar: quien ciertamente con otros santos demuestra pertenecer al número de los jueces, cuando dice: ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (1 Cor. 6, 3). También de los que serán juzgados en este número duodenario hay una causa similar. Porque no porque se dijo, juzgando a las doce tribus de Israel, la tribu de Leví, que es la decimotercera, no será juzgada por ellos, o solo juzgarán a ese pueblo, no también a las demás naciones. Pero lo que dijo, en la regeneración, sin duda quiso que se entendiera la resurrección de los muertos con el nombre de regeneración. Así como nuestra carne será regenerada por la incorruptibilidad, como nuestra alma ha sido regenerada por la fe.

4. Paso por alto muchas cosas que parecen decirse sobre el juicio final de tal manera que, consideradas cuidadosamente, se encuentran ambiguas, o más bien pertenecientes a otra cosa; ya sea al advenimiento del Salvador, que durante todo este tiempo viene en su Iglesia, es decir, en sus miembros, parcial y paulatinamente, porque toda ella es su cuerpo; o a la destrucción de la Jerusalén terrenal: porque también cuando habla de eso, a menudo habla de tal manera que parece estar hablando del fin del mundo y de aquel día del juicio último y grande; de modo que no puede discernirse en absoluto, a menos que todo lo que sobre este asunto se dice de manera similar en los tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas, se compare entre sí. Pues uno lo dice más oscuramente, otro lo explica más claramente; para que lo que se dice refiriéndose a una cosa, aparezca de dónde se dice. Lo cual he procurado hacer de alguna manera en una carta que respondí al hombre de bendita memoria Hesiquio, obispo de la ciudad de Salona, cuyo título de la carta es, sobre el Fin del mundo (Epist. 199).

5. Por lo tanto, ahora diré lo que se lee en el Evangelio según Mateo sobre la separación de los buenos y los malos por el juicio más presente y último de Cristo. Cuando venga el Hijo del Hombre en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones, y separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te recogimos; o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el

Rey les dirá: En verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los que estén a su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Luego de manera similar también les enumera lo que no hicieron, que recordó que los de la derecha hicieron. Y de manera similar, preguntando cuándo lo vieron en necesidad de estas cosas: lo que no se hizo a los más pequeños de los suyos, no se hizo a él; y concluyendo el discurso, Y estos irán al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna (Mat. 25, 31-46). El evangelista Juan, sin embargo, narra muy claramente que predijo que el juicio ocurrirá en la resurrección de los muertos. Pues cuando dijo: Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio lo ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre: el que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió: inmediatamente añadió: En verdad, en verdad os digo, que el que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a juicio, sino que ha pasado de muerte a vida (Juan 5, 22-24). Aquí dijo que sus fieles no vendrán a juicio. ¿Cómo, pues, serán separados de los malos por juicio, y estarán a su derecha, sino porque en este lugar puso juicio por condenación? A tal juicio no vendrán, quienes oyen su palabra, y creen al que lo envió.

CAPÍTULO VI.---Cuál es la primera resurrección, cuál la segunda.

1. Luego añade y dice: Amén, amén os digo que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan, vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V, 25 y 26). Aún no habla de la segunda resurrección, es decir, de los cuerpos, que será al final; sino de la primera, que es ahora. Para distinguirla, dijo: Viene la hora, y ahora es. Pero esta no es de los cuerpos, sino de las almas. Pues también las almas tienen su muerte en la impiedad y los pecados: según esta muerte están muertos, de quienes el mismo Señor dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mat. VIII, 22); para que, muertos en el alma, entierren a los muertos en el cuerpo. Por estos, muertos en el alma por impiedad e iniquidad, dice: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan, vivirán. Dijo los que oigan, es decir, los que obedezcan, los que crean, y perseveren hasta el fin. Aquí no hizo ninguna distinción entre buenos y malos. Pues es bueno para todos oír su voz y vivir, pasando a la vida de piedad desde la muerte de la impiedad. De esta muerte dice el apóstol Pablo: Por tanto, todos murieron, y por todos murió (II Cor. V, 14, 15), para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que por ellos murió y resucitó. Así que todos están muertos en pecados, sin excepción alguna, ya sean originales, ya sean añadidos por voluntad, ya sea por ignorancia, ya sea sabiendo y no haciendo lo que es justo: y por todos los muertos murió uno vivo, es decir, sin tener absolutamente ningún pecado: para que los que viven por la remisión de los pecados, ya no vivan para sí, sino para aquel que por todos murió por nuestros pecados, y resucitó por nuestra justificación; para que creyendo en aquel que justifica al impío, justificados de la impiedad, como vivificados de la muerte, podamos pertenecer a la primera resurrección, que es ahora. Pues a esta primera no pertenecen sino los que serán bienaventurados eternamente: a la segunda, de la que pronto hablará, enseñará que pertenecen tanto los bienaventurados como los miserables. Esta es de misericordia, aquella de juicio. Por lo cual está escrito en el Salmo: Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor (Sal. C, 1).

2. De este juicio añadió consecuentemente, y dijo: Y le dio potestad de hacer juicio, porque es el Hijo del hombre. Aquí muestra que vendrá a juzgar en aquella carne en la que vino a ser juzgado. Por eso dijo: porque es el Hijo del hombre. Y luego añadiendo de lo que tratamos: No os maravilléis de esto, porque viene la hora en que todos los que están en los sepulcros

oirán su voz; y saldrán los que hicieron el bien, a la resurrección de vida; y los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Juan V, 27-29). Este es el juicio que antes, como ahora, puso por condenación, diciendo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a juicio, sino que ha pasado de muerte a vida (Ibid., 24): es decir, perteneciendo a la primera resurrección, por la cual ahora se pasa de muerte a vida, no vendrá a la condenación, que significó con la apelación de juicio, como también en este lugar, donde dice: Y los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio, es decir, de condenación. Resucite, pues, en la primera, quien no quiere ser condenado en la segunda resurrección. Porque viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan, vivirán (Ibid., 25), es decir, no vendrán a la condenación, que se llama segunda muerte: en la cual muerte, después de la segunda resurrección, que será de los cuerpos, serán precipitados los que no resucitan en la primera, que es de las almas. Porque vendrá la hora (donde no dijo, y ahora es; porque será al final del siglo, es decir, en el último y gran juicio de Dios), cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán (Ibid., 28). No dijo como en la primera, y los que oigan, vivirán. Pues no todos vivirán, con aquella vida que, por ser bienaventurada, solo debe llamarse vida. Porque ciertamente no podrían oír sin alguna vida, y resurgir con carne de los sepulcros. Pero por qué no todos vivirán, lo enseña en lo que sigue: Los que hicieron el bien, dice, a la resurrección de vida, estos son los que vivirán: y los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio, estos son los que no vivirán; porque morirán con la segunda muerte. Pues hicieron el mal, porque vivieron mal: y vivieron mal, porque en la primera resurrección, que es ahora, de las almas, no revivieron, o en lo que revivieron, no permanecieron hasta el fin. Así como hay dos regeneraciones, de las que ya he hablado antes, una según la fe, que ahora se hace por el Bautismo; otra según la carne, que se hará en su incorrupción e inmortalidad por el gran y último juicio: así también hay dos resurrecciones, una primera, que es ahora, y es de las almas, que no permite venir a la segunda muerte; otra segunda, que ahora no es, sino que será al final del siglo, y no es de las almas, sino de los cuerpos, que por el último juicio enviará a unos a la segunda muerte, a otros a aquella vida, que no tiene muerte.

CAPÍTULO VII.---De las dos resurrecciones y de los mil años, qué está escrito en el Apocalipsis de Juan, y qué se puede pensar razonablemente sobre ellas.

1. De estas dos resurrecciones el mismo Juan evangelista habló en el libro llamado Apocalipsis, de tal manera que la primera de ellas no fue entendida por algunos de los nuestros, y además se convirtió en algunas fábulas ridículas. Pues dice en el libro mencionado el apóstol Juan: Y vi un ángel que descendía del cielo, teniendo la llave del abismo, y una cadena en su mano, y prendió al dragón, aquella serpiente antigua, que es llamado diablo y satanás, y lo ató por mil años, y lo arrojó al abismo; y lo encerró, y selló sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que se cumplieran mil años: después de esto es necesario que sea soltado por un poco de tiempo. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y se les dio juicio. Y las almas de los decapitados por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, y los que no adoraron a la bestia, ni a su imagen, ni recibieron la marca en su frente o en su mano, y reinaron con Jesús mil años: los demás de ellos no vivieron, hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en esta primera resurrección. En estos la segunda muerte no tiene poder; sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años (Apoc. XX, 1-6). Los que por estas palabras de este libro sospecharon que la primera resurrección sería corporal, entre otras cosas, fueron movidos principalmente por el número de mil años, como si fuera necesario que en los santos se hiciera de ese modo un sabatismo de tanto tiempo, es decir, un descanso santo después de los trabajos de seis mil años, desde que fue creado el hombre, y por el mérito de aquel gran

pecado fue expulsado de la felicidad del paraíso a las miserias de esta mortalidad, para que, puesto que está escrito, Un día para el Señor es como mil años, y mil años como un día (II Pedro III, 8), cumplidos los seis mil años como seis días, siguiera como un séptimo sábado en los últimos mil años, para celebrar este sábado resucitando los santos. Esta opinión sería de algún modo tolerable, si se creyera que en ese sábado habría delicias espirituales para los santos por la presencia del Señor. Pues también nosotros lo creímos así alguna vez. Pero como dicen que los que resuciten entonces se dedicarán a banquetes carnales desmedidos, en los que habrá tal comida y bebida, que no solo no guardarán ninguna moderación, sino que excederán incluso el límite de la incredulidad: de ningún modo estas cosas pueden ser creídas sino por los carnales. Pero los que son espirituales, llaman a estos que creen tales cosas Quiliastas con un término griego; que, expresando palabra por palabra, podemos llamar Milenarios. Pero es largo refutarlos en cada punto; más bien, debemos ya mostrar cómo debe entenderse esta Escritura.

2. Dice el mismo Señor Jesucristo: Nadie puede entrar en la casa del fuerte, y saquear sus bienes, si primero no ata al fuerte (Marcos III, 27): queriendo que se entienda al diablo como el fuerte, porque él pudo tener cautivo al género humano; y los bienes de él, que iba a arrebatar, serían sus fieles, a quienes él poseía en diversos pecados e impiedades. Para que, pues, fuera atado este fuerte, por eso vio este apóstol en el Apocalipsis a un ángel descendiendo del cielo, teniendo la llave del abismo, y una cadena en su mano. Y prendió, dice, al dragón, aquella serpiente antigua, que es llamado diablo y satanás, y lo ató por mil años, es decir, cohibió y frenó su poder para seducir y poseer a aquellos que iban a ser liberados. Los mil años pueden entenderse de dos maneras, según se me ocurre: o porque en los últimos mil años se realiza esta obra, es decir, en el sexto milenio de años como en el sexto día, cuyos espacios posteriores se están desarrollando ahora; siguiéndole después el sábado, que no tiene tarde, es decir, el descanso de los santos, que no tiene fin: para que llamara mil años a la última parte de este milenio como día, que quedaba hasta el fin del siglo; de ese modo de hablar, en el que la parte se significa por el todo: o ciertamente puso mil años por todos los años de este siglo; para que con un número perfecto se señalara la plenitud misma del tiempo. Pues el número mil es el cuadrado sólido del número diez. Porque diez multiplicado por diez, son cien; que ya es una figura cuadrada, pero plana. Para que se eleve en altura y se haga sólida, de nuevo cien multiplicado por diez, son mil. Por otra parte, si los mismos cien a veces se ponen por la universalidad, como aquello que el Señor prometió al que deja todo lo suyo y lo sigue, diciendo: Recibirá en este siglo cien veces más (Mat. XIX, 29; Marc. X, 30): que el Apóstol, de algún modo explicando, dice: Como no teniendo nada, y poseyéndolo todo (II Cor. VI, 10); porque ya antes se había dicho: Todo el mundo es riqueza para el hombre fiel: cuánto más mil se ponen por la universalidad, donde está la solidez de la cuadratura misma del diez. Por lo cual tampoco se entiende mejor aquello que se lee en el Salmo: Se acordó para siempre de su pacto, de la palabra que mandó para mil generaciones (Sal. CIV, 8), es decir, para todas.

3. Y lo arrojó, dice, al abismo: ciertamente al diablo lo arrojó al abismo. Con este nombre se significó la multitud innumerable de impíos, cuyos corazones son muy profundos en maldad contra la Iglesia de Dios: no porque el diablo no estuviera allí antes; sino que se dice que fue arrojado allí, porque excluido de los creyentes comenzó a poseer más a los impíos. Pues más es poseído por el diablo quien no solo está alejado de Dios, sino que además odia gratuitamente a los que sirven a Dios. Y lo encerró, dice, y selló sobre él, para que ya no engañase a las naciones, hasta que se cumplieran mil años. Lo encerró sobre él, se dijo, le prohibió que pudiera salir, es decir, le prohibió transgredir. Y lo selló, lo que añadió, me parece que significó, porque quiso que fuera oculto quiénes pertenecen a la parte del diablo, y

quiénes no pertenecen. Pues esto en este siglo está completamente oculto: porque incluso el que parece estar firme, si caerá; y el que parece caído, si se levantará, es incierto. De las naciones que seducía, está prohibido y cohibido el diablo con el vínculo y cerrojo de esta prohibición, las cuales pertenecen a Cristo, y seducidas las tenía antes, antes de que fuera Iglesia. Pues Dios eligió antes de la constitución del mundo librarlas del poder de las tinieblas (Efe. I, 4), y trasladarlas al reino del Hijo de su amor (Col. I, 13), como dice el Apóstol. Pues que seduzca a las naciones incluso ahora, y las arrastre consigo a la pena eterna, pero no predestinadas a la vida eterna, ¿quién fiel lo ignora? Ni debe mover que a menudo el diablo seduce también a aquellos que ya regenerados en Cristo, caminan por los caminos de Dios. Pues el Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19): de estos a la condenación eterna no seduce a ninguno. Pues así los conoce el Señor, como Dios, a quien nada le es oculto incluso de lo futuro; no como hombre, que ve al hombre en el presente (si es que lo ve, cuyo corazón no ve), cómo será después, ni él mismo se ve. Por tanto, el diablo fue atado, e incluido en el abismo, para que ya no seduzca a las naciones, de las cuales consta la Iglesia, que antes seducidas tenía, antes de que fuera Iglesia. Pues no se dijo, para que no seduzca a alguno; sino, para que no seduzca, dice, ya a las naciones; en las cuales quiso que se entendiera sin duda a la Iglesia: hasta que se cumplan, dice, mil años, es decir, o lo que queda del sexto día, que consta de mil años; o todos los años, en los cuales de aquí en adelante este siglo ha de transcurrir.

4. Ni debe entenderse así lo que dice, para que ya no seduzca a las naciones, hasta que se cumplan mil años; como si después fuera a seducir a aquellas naciones, de las cuales consta la Iglesia predestinada, de las cuales está prohibido con aquel vínculo y cerrojo. Sino que se dijo con aquella locución, que se encuentra algunas veces en las Escrituras, como está en el Salmo: Así nuestros ojos al Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros (Sal. CXXII, 2); pues no porque tenga misericordia, no estarán los ojos de sus siervos al Señor su Dios: o ciertamente este es el orden de las palabras, Y lo encerró, y selló sobre él, hasta que se cumplan mil años; lo que intercaló, para que ya no seduzca a las naciones, se entiende de tal manera que está libre de la conexión de este orden, y debe entenderse por separado, como si se añadiera después, para que toda la sentencia se mantuviera así, Y lo encerró, y selló sobre él, hasta que se cumplan mil años, para que ya no seduzca a las naciones; es decir, por eso lo encerró, hasta que se cumplan mil años, para que ya no seduzca a las naciones.

CAPÍTULO VIII.---De la atadura y liberación del diablo.

1. Después de esto, dice, es necesario que sea soltado por un poco de tiempo (Apoc. XX, 3). Si esto es para el diablo ser atado e incluido, no poder seducir a la Iglesia; ¿será entonces su liberación, poder hacerlo? ¡De ninguna manera!: pues nunca será seducida por él la Iglesia predestinada y elegida antes de la constitución del mundo, de la cual se dijo: El Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19): y sin embargo, estará aquí incluso en aquel tiempo, cuando el diablo ha de ser soltado, como desde que fue instituida, ha estado y estará en todo tiempo, en sus miembros que suceden naciendo y muriendo. Pues poco después dice, que el diablo suelto atraerá a las naciones seducidas de todo el orbe a la guerra contra ella, cuyo número de enemigos será como la arena del mar. Y subieron, dice, sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos, y la ciudad amada: y descendió fuego del cielo de parte de Dios, y los devoró: y el diablo que los seducía, fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos (Apoc. XX, 8-10). Pero esto ya pertenece al juicio final, que ahora he creído conveniente mencionar, para que nadie piense que en ese mismo poco tiempo, cuando el diablo sea soltado, la Iglesia no estará en esta tierra, ya sea que él no la encuentre aquí

cuando sea soltado, o que la destruya cuando la persiga de todas las maneras. No, pues, durante todo este tiempo, que este libro abarca, desde el primer advenimiento de Cristo hasta el fin del siglo, cuando será su segundo advenimiento, está el diablo atado, de modo que esta misma sea su atadura, durante este intervalo, que llama con el número de mil años, no seducir a la Iglesia; puesto que ciertamente tampoco suelto la seducirá. Pues ciertamente si para él ser atado es, no poder seducir, o no ser permitido; ¿qué será ser soltado, sino poder seducir, o ser permitido? Lo cual de ninguna manera sucederá: sino que la atadura del diablo es no ser permitido ejercer toda la tentación que puede, ya sea por fuerza o por engaño, para seducir a los hombres, atrayéndolos a su parte violentamente, o engañándolos fraudulentamente. Pues si se le permitiera en tan largo tiempo y tanta debilidad de muchos, derribaría a muchos tales, cuales Dios no quiere que lo sufran, y impediría que creyeran: lo cual para que no haga, está atado.

2. Entonces será liberado, cuando también será un breve tiempo. Pues se lee que durante tres años y seis meses actuará con toda su fuerza y la de los suyos: y tales serán aquellos con quienes tendrá que luchar, que no podrán ser vencidos por su gran ímpetu y engaños. Sin embargo, si nunca fuera liberado, su maligna potencia se manifestaría menos, la fidelísima paciencia de la santa ciudad sería menos probada; y finalmente, se percibiría menos cuán bien ha usado el Omnipotente de su gran mal: quien no lo ha apartado completamente de la tentación de los santos, aunque expulsado de sus hombres interiores, donde se cree en Dios, para que exteriormente progresaran con su ataque; y lo ha atado en aquellos que están de su parte, para que no derramando y ejerciendo toda la maldad que pudiera, disuadiera de la fe de la piedad a innumerables débiles de los cuales la Iglesia debía multiplicarse y llenarse, algunos que creerían, otros ya creyentes; y será liberado al final, para que la ciudad de Dios contemple con gran gloria a su redentor, ayudador, liberador, al adversario tan fuerte que ha superado. En comparación con aquellos santos y fieles que entonces serán, ¿qué somos nosotros? ya que para probarlos a ellos será liberado un enemigo tan grande, con el cual nosotros luchamos estando atado con tantos peligros. Aunque no hay duda de que incluso en este intervalo de tiempo ha habido y hay algunos soldados de Cristo tan prudentes y fuertes, que incluso si vivieran en esta mortalidad cuando él sea liberado, evitarían todas sus trampas e ímpetus con gran sabiduría, y los soportarían con gran paciencia.

3. Esta atadura del diablo no solo se hizo desde que la Iglesia comenzó a expandirse más allá de la tierra de Judea a otras naciones; sino que también se hace ahora, y se hará hasta el fin del siglo, cuando será liberado. Porque incluso ahora los hombres se convierten de la infidelidad, en la cual él los poseía, a la fe, y sin duda se convertirán hasta ese fin: y ciertamente a cada uno se le ata este fuerte, cuando es arrebatado de él como su vasija: y el abismo donde está encerrado no se ha consumido en ellos, cuando han muerto, aquellos que estaban cuando comenzó a estar encerrado; sino que otros les han sucedido naciendo, y sucederán, hasta que se termine este siglo, que odien a los cristianos, en cuyos corazones ciegos y profundos, como en un abismo, es encerrado diariamente. Sin embargo, si en esos últimos tres años y seis meses, cuando será liberado para actuar con toda su fuerza, alguien que no había estado en la fe, se unirá a ella, es una cuestión no resuelta. Pues, ¿cómo se mantendrá lo que se ha dicho, "¿Quién entra en la casa del fuerte para saquear sus bienes, si no ata primero al fuerte?" (Mat. XII, 29), si incluso liberado se saquean? Y por esto, esta sentencia parece obligarnos a creer que en ese tiempo, aunque breve, nadie se unirá al pueblo cristiano, sino que el diablo luchará con aquellos que ya se encuentren cristianos: de los cuales, incluso si algunos vencidos lo siguieran, no pertenecerán al número predestinado de los hijos de Dios. Pues no en vano el mismo apóstol Juan, quien escribió este Apocalipsis, dice en su epístola sobre algunos, "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros: porque si

hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros" (I Juan II, 19). Pero, ¿qué será de los pequeños? Pues es increíble que no haya hijos de cristianos ya nacidos y no bautizados en ese tiempo, ni que nazcan en esos días; o si los hay, que no sean llevados por sus padres al baño de la regeneración de alguna manera. Si esto sucede, ¿cómo se saquearán estos bienes ya liberado el diablo, en cuya casa nadie entra para saquear sus bienes, si no lo ata primero? Más bien, es más creíble que ni los que caen de la Iglesia, ni los que se unen a la Iglesia en ese tiempo faltarán: pero ciertamente serán tan fuertes tanto los padres por bautizar a sus pequeños, como aquellos que entonces creerán por primera vez, que vencerán a ese fuerte incluso no atado, es decir, con todas las artimañas y fuerzas que nunca antes, ya sea insidioso o urgente, y lo entenderán vigilante y lo soportarán pacientemente; y así serán arrebatados incluso no atado. Y no por eso será falsa aquella sentencia evangélica, "¿Quién entra en la casa del fuerte para saquear sus bienes, si no ata primero al fuerte?" Pues según la verdad de su sentencia, se ha mantenido este orden, para que primero se ate al fuerte, y arrebatados sus bienes, la Iglesia se multiplique en todas las naciones de fuertes y débiles, de tal manera que por la fe robustísima de las cosas divinamente predichas y cumplidas, incluso liberado pueda saquear bienes. Pues así como hay que admitir que el amor de muchos se enfriará cuando abunde la iniquidad (Mat. XXIV, 12), y en las persecuciones y engaños del diablo ya liberado, muchos que no están escritos en el libro de la vida cesarán: así también hay que pensar que no solo aquellos buenos fieles que ese tiempo encontrará, sino también algunos que aún estarán fuera, con la ayuda de la gracia de Dios por la consideración de las Escrituras, en las que se ha predicho tanto otras cosas como el mismo fin, que ya sienten que viene, serán más firmes para creer lo que no creían, y más fuertes para vencer incluso al diablo no atado. Si así será, se debe decir que su atadura precedió para que siguiera el saqueo tanto del atado como del liberado: porque de esto se ha dicho, "¿Quién entrará en la casa del fuerte para saquear sus bienes, si no ata primero al fuerte?"

CAPÍTULO IX.---Qué es el reino de los santos con Cristo por mil años, y en qué se distingue del reino eterno.

1. Mientras tanto, mientras el diablo está atado por mil años, los santos reinan con Cristo también durante esos mil años, sin duda, y de la misma manera entendidos, es decir, en este tiempo ya de su primer advenimiento. Excepto aquel reino, del cual al final dirá, "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros" (Mat. XXV, 34), a menos que de alguna otra manera, aunque muy inferior, ya ahora reinen con él sus santos, a quienes dice, "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Id. XXVIII, 20); ciertamente no se diría ahora también la Iglesia su reino, o el reino de los cielos. Pues en este tiempo, en el reino de Dios, se instruye aquel escriba que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas (Mat. XIII, 52), de lo cual hemos hablado antes. Y de la Iglesia recogerán los segadores la cizaña, que permitió crecer junto con el trigo hasta la siega: lo cual explicando dijo, "La siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será en el fin del mundo: enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos" (Ibid., 39-41). ¿Acaso de aquel reino, donde no hay escándalos? De este reino suyo, que aquí es la Iglesia, serán recogidos. También dice, "Quien quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado muy pequeño en el reino de los cielos: pero quien los haga y así enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos" (Mat. V, 19). Dice en el reino de los cielos tanto al que no hace los mandamientos que enseña, que es quebrantar, no guardar, no hacer; como al que los hace y así enseña: pero a este pequeño, a aquel grande. Y enseguida añade, "Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos" (Id. V, 20), es decir, mayor que la justicia de aquellos que quebrantan lo que enseñan. Pues de

los escribas y fariseos dice en otro lugar, "Porque dicen y no hacen" (Mat. XXIII, 3). Si, por tanto, vuestra justicia no es mayor que la de ellos, es decir, que no quebrantéis, sino que más bien hagáis lo que enseñáis, "no entraréis", dice, "en el reino de los cielos" (Id. V, 20). De otra manera, por tanto, se ha de entender el reino de los cielos, donde están ambos, tanto aquel que quebranta lo que enseña, como aquel que hace; pero aquel pequeño, este grande: y de otra manera se dice el reino de los cielos, donde no entra sino aquel que hace. Por lo tanto, donde están ambos géneros, es la Iglesia tal como es ahora: pero donde solo estará aquel, es la Iglesia tal como será entonces, cuando no habrá malo en ella. Por lo tanto, la Iglesia es ahora el reino de Cristo, y el reino de los cielos. Así que reinan con él también ahora sus santos, de manera diferente, sin duda, de como reinarán entonces: pero no reinan con él la cizaña, aunque crezcan en la Iglesia con el trigo. Pues reinan con él quienes hacen lo que dice el Apóstol, "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios: buscad las cosas de arriba, no las de la tierra" (Col. III, 1 y 2). De quienes también dice, que su conversación está en los cielos (Filip. III, 20). Finalmente, reinan con él, quienes están de tal manera en su reino, que son también ellos su reino. Pero, ¿cómo son el reino de Cristo, quienes, por no mencionar otras cosas, aunque estén allí hasta que se recojan al final del siglo de su reino todos los escándalos, sin embargo, buscan lo suyo, no lo de Jesucristo (Id. II, 21)?

2. De este reino de milicia, en el cual aún se lucha con el enemigo, y a veces se resiste a los vicios que se oponen, a veces se les manda cuando ceden, hasta que se llegue a aquel reino pacífico, donde se reinará sin enemigo, y de esta primera resurrección que ahora es, este libro habla así. Pues cuando dijo que el diablo sería atado por mil años, y después liberado por un breve tiempo; enseguida recapitulando lo que en estos mil años hace la Iglesia o se hace en ella, "Y vi", dice, "tronos y se sentaron sobre ellos, y se les dio juicio". No se debe pensar que esto se dice del juicio final: sino que se deben entender los tronos de los prelados, y los mismos prelados, por quienes ahora se gobierna la Iglesia. El juicio dado no parece mejor entenderse que aquello que se dijo, "Lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo; y lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo" (Mat. XVIII, 18). De donde el Apóstol, "¿Qué tengo yo que juzgar a los que están fuera? ¿No juzgáis vosotros a los que están dentro?" (I Cor. V, 12). "Y las almas", dice, "de los decapitados por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios": se sobreentiende lo que después dirá, "reinaron con Jesús mil años" (Apoc. XX, 4), es decir, las almas de los mártires aún no devueltas a sus cuerpos. Pues las almas de los piadosos muertos no se separan de la Iglesia, que ahora también es el reino de Cristo. De lo contrario, no se haría memoria de ellos en el altar de Dios en la comunión del cuerpo de Cristo; ni serviría de nada correr al bautismo de él en los peligros, para que no se termine esta vida sin él; ni a la reconciliación, si acaso por penitencia o mala conciencia alguien se ha separado de ese cuerpo. ¿Por qué se hacen estas cosas, sino porque los fieles, incluso muertos, son miembros de él? Aunque, por tanto, aún no con sus cuerpos, ya sin embargo sus almas reinan con él, mientras estos mil años transcurren. De donde en este mismo libro se lee también en otro lugar: "Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, desde ahora y ya dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos; pues sus obras los siguen" (Id. XIV, 13). Reina, por tanto, con Cristo ahora primero la Iglesia en vivos y muertos. Pues, como dice el Apóstol, "Cristo murió para ser Señor tanto de los vivos como de los muertos" (Rom. XIV, 9). Pero por eso solo mencionó las almas de los mártires, porque ellos especialmente reinan muertos, quienes hasta la muerte lucharon por la verdad. Pero por una parte entendemos también a los demás muertos pertenecientes a la Iglesia, que es el reino de Cristo.

3. Lo que sigue, "Y si alguno no adoró a la bestia, ni a su imagen, ni recibió la marca en su frente, o en su mano": debemos entenderlo tanto de vivos como de muertos. ¿Qué es esta bestia, aunque deba investigarse con más diligencia, no obstante, no se aparta de la fe recta entender que es la ciudad impía, y el pueblo de infieles contrario al pueblo fiel y a la ciudad de Dios? La imagen de ella me parece ser su simulación, en aquellos hombres, a saber, que profesan la fe pero viven infielmente. Pues fingen ser lo que no son, y se les llama no por una verdadera imagen, sino por una imagen engañosa cristianos. Pues a la misma bestia pertenecen no solo los enemigos abiertos del nombre de Cristo y de su gloriosísima ciudad, sino también la cizaña, que del reino de él, que es la Iglesia, al final del siglo será recogida. Y ¿quiénes son los que no adoran a la bestia ni a su imagen, sino los que hacen lo que dice el Apóstol, "No os unáis en yugo desigual con los infieles" (II Cor. VI, 14)? Pues no adoran, es decir, no consienten, no se someten: ni reciben la marca, la señal del crimen, en la frente, por la profesión; en la mano, por la operación. De estos males, por tanto, ajenos, ya sea aún viviendo en esta carne mortal, ya muertos, reinan con Cristo ya ahora, de una manera adecuada a este tiempo, durante todo este intervalo, que se significa con el número de mil años.

4. "Los demás de ellos", dice, "no vivieron". Pues ahora es la hora, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que oigan, vivirán: pero los demás de ellos no vivirán (Juan V, 25). Lo que añadió, "hasta que se terminen los mil años"; se debe entender que en ese tiempo no vivieron, cuando debieron vivir, pasando a la vida desde la muerte. Y por eso, cuando venga el día en que se haga también la resurrección de los cuerpos, no saldrán de los sepulcros a la vida, sino al juicio; a la condenación, a saber, que se llama segunda muerte. Pues hasta que se terminen los mil años, cualquiera que no haya vivido, es decir, en todo este tiempo en que se realiza la primera resurrección, no haya oído la voz del Hijo de Dios, y haya pasado a la vida desde la muerte; ciertamente en la segunda resurrección, que es de la carne, pasará a la segunda muerte con la misma carne. Pues sigue diciendo, "Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en esta primera resurrección" (Apoc. XX, 5-6), es decir, es partícipe de ella. Pero es partícipe de ella, quien no solo revive de la muerte, que está en los pecados, sino que también permanece en lo que ha revivido. "En estos", dice, "la segunda muerte no tiene poder". Por tanto, tiene poder en los demás, de quienes dijo antes, "Los demás de ellos no vivieron, hasta que se terminen los mil años": porque en todo este intervalo de tiempo, que llama mil años, por mucho que en él haya vivido cualquiera de ellos en el cuerpo, no revivió de la muerte, en la cual lo tenía la impiedad, para que así reviviendo se hiciera partícipe de la primera resurrección, y en él no tuviera poder la segunda muerte.

CAPÍTULO X.---Qué responder a aquellos que piensan que la resurrección se refiere solo a los cuerpos, no también a las almas.

Hay quienes piensan que no se puede decir resurrección sino de los cuerpos: y por eso también sostienen que esta primera será en los cuerpos. Pues, dicen, de quienes es caer, de ellos es resucitar: pero caen los cuerpos al morir: pues también de caer se llaman cadáveres. Por tanto, no puede ser resurrección de las almas, dicen, sino de los cuerpos. Pero, ¿qué dicen contra el Apóstol, quien llama resurrección a eso? Pues según el hombre interior, no según el exterior, ciertamente habían resucitado, a quienes dice, "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba" (Col. III, 1). Este sentido lo puso con otras palabras en otro lugar, diciendo, "Para que así como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida" (Rom. VI, 4). De aquí es también aquello, "Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo" (Efes. V, 14). Pero lo que dicen, que no puede resucitar sino quien cae; y por eso piensan que la

resurrección se refiere a los cuerpos, no a las almas, porque es de los cuerpos caer: ¿por qué no oyen, "No os apartéis de él, para que no caigáis" (Eclo. II, 7); y, "A su señor está o cae" (Rom. XIV, 4); y, "El que piensa estar firme, mire que no caiga" (I Cor. X, 12)? Pues creo que en el alma, no en el cuerpo, es de temer esta caída. Si, por tanto, es de los que caen la resurrección, pero caen también las almas; ciertamente también se debe confesar que las almas resucitan. Pero cuando dijo, "En estos la segunda muerte no tiene poder"; añadió y dijo, "Sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años" (Apoc. XX, 6): no se dice ciertamente solo de los obispos y presbíteros, que propiamente ya se llaman en la Iglesia sacerdotes: sino como decimos a todos los cristianos por el crisma místico, así a todos sacerdotes, porque son miembros de un solo sacerdote. De quienes el apóstol Pedro dice, "Pueblo santo, sacerdocio real" (I Pedro II, 9). Ciertamente, aunque brevemente y de paso, insinuó que Dios es Cristo, diciendo, "Sacerdotes de Dios y de Cristo", es decir, del Padre y del Hijo; aunque por la forma de siervo, como hijo del hombre, así también sacerdote Cristo se hizo para siempre, según el orden de Melquisedec (Sal. CIX, 4). De lo cual en esta obra hemos hablado no una sola vez.

CAPÍTULO XI.---De Gog y Magog, a quienes el diablo liberado incitará cerca del fin del siglo para perseguir a la Iglesia de Dios.

Y cuando hayan terminado, dice, los mil años, Satanás será liberado de su prisión y saldrá a seducir a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, Gog y Magog, y los arrastrará a la guerra, cuyo número es como la arena del mar. Para esto, entonces, los seducirá, para llevarlos a esta guerra. Pues incluso antes, de las maneras que podía, los seducía a través de muchos y variados males. Sin embargo, se ha dicho que saldrá, en una persecución abierta, irrumpirá desde las guaridas del odio. Esta será la última persecución, con el juicio final inminente, que la santa Iglesia sufrirá en todo el orbe de la tierra, es decir, toda la ciudad de Cristo por toda la ciudad del diablo, por grande que sea cada una sobre la tierra. Estas naciones, a las que llama Gog y Magog, no deben ser entendidas como si fueran algunos bárbaros establecidos en alguna parte de la tierra, o como algunos sospechan, los Getas y los Masagetas, debido a las primeras letras de estos nombres, o algunos otros extranjeros, separados del derecho romano. Pues estos han sido significados en todo el orbe de la tierra, cuando se dijo, "Naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra", y las sometió a ser Gog y Magog. Hemos descubierto que la interpretación de estos nombres es Gog, techo, Magog, del techo: como una casa, y él mismo que procede de la casa. Por lo tanto, son naciones en las que entendíamos que el diablo estaba encerrado como en un abismo; y él mismo de alguna manera se eleva y procede de ellas: para que ellas sean el techo, él del techo. Pero si referimos ambos a las naciones, no uno de ellos a ellas y el otro al diablo; ellas mismas son el techo, porque en ellas ahora está encerrado y de alguna manera cubierto el enemigo antiguo; y ellas serán del techo cuando irrumpan en odio abierto desde lo oculto. Lo que dice, "Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada" (Apoc. XX, 7, 8): no significa que hayan venido o vayan a venir a un solo lugar, como si en algún lugar único estuvieran el campamento de los santos y la ciudad amada; ya que esta no es sino la Iglesia de Cristo difundida por todo el orbe de la tierra: y por lo tanto, dondequiera que esté entonces, que estará en todas las naciones, lo que se significó con el nombre de la anchura de la tierra, allí estarán los campamentos de los santos, allí estará la ciudad amada de Dios; allí será rodeada por todos sus enemigos, porque ellos también estarán en todas las naciones con ella, será rodeada por la inmensidad de esa persecución, es decir, será estrechada en las angustias de la tribulación, será presionada, será encerrada; pero no abandonará su milicia, que es llamada con el nombre de campamentos.

CAPÍTULO XII.---Si el fuego que descendió del cielo y los devoró se refiere al último castigo de los impíos.

Lo que dice, "Y descendió fuego del cielo y los devoró" (Apoc. XX, 9): no debe considerarse que sea el último castigo, que será cuando se diga, "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno" (Mat. XXV, 41). Pues entonces serán arrojados al fuego, no vendrá fuego del cielo sobre ellos. Aquí, sin embargo, se entiende bien el fuego del cielo, de la misma firmeza de los santos, que no cederán a los que se enfurecen, para hacer su voluntad. Pues el firmamento es el cielo, por cuya firmeza ellos serán atormentados con un ardiente celo; porque no podrán atraer a los santos de Cristo a las filas del Anticristo. Y ese será el fuego que los devorará, y esto de Dios: porque por el don de Dios los santos se vuelven invencibles, de donde se torturan los enemigos. Pues así como se ha dicho en el bien, "El celo de tu casa me consume" (Sal. LXVIII, 10); así en el contrario, "El celo ha ocupado al pueblo ignorante, y ahora el fuego devorará a los adversarios" (Is. XXVI, 11, según la LXX). Y ahora ciertamente, excepto, por supuesto, aquel último fuego del juicio. O si llamó fuego descendente del cielo a esa plaga con la que serán golpeados los perseguidores de la Iglesia, cuando Cristo ya venga, a quienes encontrará vivos sobre la tierra, cuando matará al Anticristo con el espíritu de su boca (II Tes. II, 8), tampoco este será el último castigo de los impíos, sino aquel que sufrirán después de la resurrección de los cuerpos.

CAPÍTULO XIII.---Si el tiempo de la persecución del Anticristo debe contarse entre los mil años.

Esta última persecución, que será del Anticristo (como ya hemos dicho, porque también en este libro anteriormente [Apoc. X, y XI], y en el profeta Daniel [Dan. XII] está puesto), será de tres años y seis meses. Este tiempo, aunque breve, si pertenece a los mil años, en los que dice que el diablo está atado, y los santos reinan con Cristo; o si este pequeño espacio se añade a esos años, y está fuera, es motivo de duda. Porque si decimos que esto pertenece a esos mismos años, se encontrará que el reino de los santos con Cristo se extiende por más tiempo que el tiempo que el diablo está atado. Pues ciertamente los santos con su Rey también en esa persecución principalmente reinarán venciendo tantos males, cuando ya el diablo no estará atado, para que pueda perseguirlos con todas sus fuerzas. ¿Cómo, entonces, esta Escritura determina ambos en los mismos mil años, a saber, la atadura del diablo y el reino de los santos; cuando con el intervalo de tres años y seis meses primero cesará la atadura del diablo, que el reino de los santos en estos mil años con Cristo? Pero si decimos que este breve espacio de persecución no debe contarse en los mil años, sino que debe añadirse más bien cuando estos se completen; para que pueda entenderse propiamente, que cuando dijo, "Los sacerdotes de Dios y de Cristo reinarán con él mil años", añadió, "Y cuando se completen los mil años, Satanás será liberado de su prisión"; de esta manera significa que tanto el reino de los santos como la atadura del diablo cesarán al mismo tiempo, para que luego el tiempo de esa persecución no pertenezca ni al reino de los santos, ni a la prisión de Satanás, ambos en los mil años, sino que se crea que se añade y se cuenta aparte: nos veremos obligados a admitir que los santos no reinarán con Cristo en esa persecución. Pero ¿quién se atreverá a decir que entonces sus miembros no reinarán con él, cuando más y más fuertemente se adherirán a él, y en el tiempo en que cuanto más feroz sea el ímpetu de la guerra, mayor será la gloria de no ceder, tanto más densa la corona del martirio? O si debido a las tribulaciones que sufrirán, no deben ser llamados reinantes; será consecuente que también en los días anteriores en esos mismos mil años, cualquiera de los santos que sufría tribulación, en ese mismo tiempo de su tribulación no se diga que reinaba con Cristo: y por lo tanto, también aquellos cuyas almas el autor de este libro escribe que vio, de los muertos por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, no reinaban con Cristo cuando sufrían

persecución; y ellos mismos no eran el reino de Cristo, a quienes Cristo poseía de manera más excelente. Esto es ciertamente lo más absurdo y de todo modo de evitar. Pero ciertamente las almas victoriosas de los mártires más gloriosos, habiendo superado y terminado todos los dolores y trabajos, después de haber dejado sus cuerpos mortales, ciertamente reinaron y reinan con Cristo, hasta que se completen los mil años, para que después, habiendo recibido también cuerpos ya inmortales, reinen. Por lo tanto, en esos tres años y medio, las almas de los muertos por su martirio, tanto las que salieron de los cuerpos antes, como las que saldrán en esa última persecución, reinarán con él, hasta que se termine el siglo mortal, y se pase a aquel reino, donde no habrá muerte. Por lo tanto, los años de los santos que reinan con Cristo serán más que los del vínculo y prisión del diablo: porque ellos con su rey, el Hijo de Dios, ya con el diablo no atado, también durante esos tres años y medio, reinarán. Queda, por lo tanto, que cuando escuchamos, "Los sacerdotes de Dios y de Cristo reinarán con él mil años, y cuando se completen los mil años, Satanás será liberado de su prisión"; o no entendamos que los mil años de este reino de los santos se completan, sino el vínculo y prisión del diablo; para que los mil años, es decir, todos sus años, cada parte tenga que terminar con diferentes y propias prolongaciones, con un reino de los santos más amplio, un vínculo del diablo más breve: o ciertamente, ya que tres años y seis meses es un espacio brevísimo, se crea que no quiso contarse, ya sea porque el vínculo de Satanás es menor, o porque el reino de los santos parece mayor: como sobre los cuatrocientos años en el volumen dieciséis de esta obra discutí (cap. 24); porque eran algo más, y sin embargo fueron llamados cuatrocientos: y tales cosas a menudo se encuentran en las Escrituras sagradas, si alguien presta atención.

CAPÍTULO XIV.---Sobre la condenación del diablo con los suyos, y por recapitulación sobre la resurrección corporal de todos los muertos, y sobre el juicio de la última retribución.

Después de esta mención de la última persecución, brevemente abarca todo lo que el diablo, y con su príncipe la ciudad enemiga, sufrirá en el juicio final. Pues dice: "Y el diablo que los seducía, fue lanzado al lago de fuego y azufre, donde la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos" (Apoc. XX, 9 y 10). Ya hemos dicho que la bestia se entiende bien como la misma ciudad impía. El falso profeta suyo es o el Anticristo, o aquella imagen, es decir, el engaño, del que hablamos allí. Después de esto, narrando el mismo juicio final, que será en la segunda resurrección de los muertos, que es de los cuerpos, recapitulando dice cómo le fue revelado: "Y vi", dice, "un gran trono blanco, y al que estaba sentado en él, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra, y no se halló lugar para ellos" (Ibid., 11). No dice, Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, y de su presencia huyeron el cielo y la tierra; porque no fue hecho entonces, es decir, antes de que se juzgara a los vivos y a los muertos: sino que dijo que vio al que estaba sentado en el trono, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra; pero después. Pues una vez completado el juicio, entonces este cielo y esta tierra dejarán de ser, cuando comience a ser el cielo nuevo y la tierra nueva. Pues este mundo pasará por un cambio de cosas, no por una destrucción total. Por eso también el Apóstol dice, "Porque la figura de este mundo pasa, quiero que estéis sin preocupaciones" (I Cor. VII, 31 y 32). Por lo tanto, pasa la figura, no la naturaleza. Cuando, por lo tanto, Juan dijo que vio al que estaba sentado en el trono, de cuya presencia, lo que será después, huyeron el cielo y la tierra: "Y vi", dice, "a los muertos, grandes y pequeños; y se abrieron los libros; y otro libro fue abierto, que es el de la vida de cada uno; y los muertos fueron juzgados por las cosas escritas en los libros según sus obras" (Apoc. XX, 12). Dijo que se abrieron libros, y un libro: pero no calló qué tipo de libro; "que es", dice, "la vida de cada uno". Por lo tanto, aquellos libros que puso en primer lugar deben entenderse como los santos y antiguos y nuevos, para que en ellos se mostrara lo que Dios había mandado hacer con sus

mandamientos: pero en aquel que es la vida de cada uno, lo que cada uno de ellos no había hecho, o había hecho. Si este libro se piensa carnalmente, ¿quién puede estimar su magnitud, o su longitud, o cuánto tiempo se podrá leer un libro en el que están escritas todas las vidas de todos? ¿O habrá un número de ángeles tan grande como el de los hombres, y cada uno escuchará su vida recitada por el ángel que se le asigne? Por lo tanto, no será un libro de todos, sino uno de cada uno. Sin embargo, esta Escritura queriendo que se entienda uno, "Y otro", dice, "libro fue abierto". Por lo tanto, debe entenderse alguna fuerza divina, por la cual se hará que a cada uno se le recuerden todas sus obras, buenas o malas, y se vean con la mirada de la mente con una rapidez maravillosa; para que la ciencia acuse o excuse la conciencia; y así al mismo tiempo todos y cada uno sean juzgados. Esta fuerza divina, sin duda, ha recibido el nombre de libro. Pues en ella de alguna manera se lee, todo lo que por ella se recuerda. Pero para mostrar quiénes son los muertos que deben ser juzgados, pequeños y grandes, recapitulando dice como volviendo a lo que había pasado, o más bien había diferido: "Y el mar entregó a los muertos que estaban en él, y la muerte y el infierno entregaron a los muertos que tenían en ellos" (Ibid., 13). Esto sin duda se hizo antes de que los muertos fueran juzgados: y sin embargo, eso se dijo primero. Esto es, por lo tanto, lo que dije, que recapitulando volvió a lo que había omitido. Ahora, sin embargo, mantuvo el orden, y para que se explicara ese mismo orden, también repitió lo que ya había dicho sobre los muertos juzgados, en su lugar. Pues cuando dijo, "Y el mar entregó a los muertos que estaban en él, y la muerte y el infierno entregaron a los muertos que tenían en ellos"; añadió inmediatamente lo que había puesto un poco antes, "Y fueron juzgados cada uno según sus obras". Esto es lo que antes había dicho, "Y los muertos fueron juzgados según sus obras".

CAPÍTULO XV.---Quiénes son los muertos que el mar entregó, o que la muerte y el infierno devolvieron.

Pero ¿quiénes son los muertos que el mar entregó, que estaban en él? Pues no es que los que mueren en el mar no estén en el infierno, o que sus cuerpos se conserven en el mar; o, lo que es más absurdo, que el mar tenía a los buenos muertos, y el infierno a los malos. ¿Quién pensaría esto? Pero ciertamente algunos adecuadamente entienden que aquí el mar se toma por este mundo. Por lo tanto, cuando también los que Cristo encontrará en el cuerpo constituidos, significó que serían juzgados junto con aquellos que resucitarán, también a ellos los llamó muertos, tanto a los buenos a quienes se dice, "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Col. III, 3); como a los malos de quienes se dice, "Deja que los muertos entierren a sus muertos" (Mat. VIII, 22). También pueden ser llamados muertos por esto, que llevan cuerpos mortales: de donde el Apóstol, "El cuerpo", dice, "ciertamente está muerto a causa del pecado; pero el espíritu es vida a causa de la justicia" (Rom. VIII, 10): mostrando que ambos están en el hombre viviente, y en este cuerpo constituido, tanto el cuerpo muerto, como el espíritu vida. Sin embargo, no dijo cuerpo mortal, sino muerto: aunque poco después también llama a los cuerpos mortales (Ibid. 11), como se llaman más comúnmente. Estos muertos, por lo tanto, el mar entregó, que estaban en él, es decir, el mundo entregó a los hombres, cualquiera que estuviera en él, porque aún no habían muerto. Y la muerte y el infierno, dice, devolvieron a los muertos que tenían en ellos. El mar entregó, porque como fueron encontrados, asistieron: pero la muerte y el infierno devolvieron, porque los llamaron de nuevo a la vida, de la cual ya habían salido. Y no en vano tal vez no fue suficiente decir muerte, o infierno; sino que se dijo ambos: muerte, por los buenos, que solo pudieron sufrir la muerte, no también el infierno; pero el infierno por los malos, que también pagan penas en el infierno. Pues si no parece absurdo creer que los antiguos santos, que mantuvieron la fe en el Cristo venidero, aunque en lugares muy alejados de los tormentos de los impíos, estaban en el infierno, hasta que la sangre de Cristo y su

descenso a esos lugares los liberó, ciertamente los buenos fieles desde entonces, ya redimidos por aquel precio derramado, no conocen en absoluto el infierno, hasta que también habiendo recibido cuerpos, reciban los bienes que merecen. Pero cuando dijo, "Y fueron juzgados cada uno según sus obras"; brevemente añadió, cómo fueron juzgados: "Y la muerte y el infierno", dice, "fueron lanzados al lago de fuego": significando con estos nombres al diablo, porque es el autor de la muerte y de las penas infernales, y toda la sociedad de los demonios. Esto es lo que antes más claramente había dicho anticipando, "y el diablo que los seducía, fue lanzado al lago de fuego y azufre". Lo que allí añadió de manera más oscura, diciendo, "Donde también la bestia, y el falso profeta"; aquí más claramente, "Y los que no fueron", dice, "encontrados escritos en el libro de la vida, fueron lanzados al lago de fuego" (Apoc. XX, 14, 15). Este libro no recuerda a Dios, para que no sea engañado por el olvido: sino que significa la predestinación de aquellos a quienes se dará la vida eterna. Pues Dios no los desconoce, y en este libro lee, para saber: sino que más bien su presciencia de ellos, que no puede ser engañada, es el libro de la vida, en el que están escritos, es decir, previamente conocidos.

CAPÍTULO XVI.---Sobre el cielo nuevo y la tierra nueva.

Finito el juicio, en el cual anunció el destino de los malvados, queda por hablar también de los buenos. Ya ha explicado lo que brevemente dijo el Señor: "Irán estos al suplicio eterno"; sigue, pues, que explique lo que también allí se conecta: "Pero los justos a la vida eterna" (Mateo 25, 46). Y vi, dice, "un cielo nuevo y una tierra nueva. Porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe" (Apocalipsis 21, 1). Esto sucederá en el orden que ya mencionó anteriormente, cuando dijo que vio al que estaba sentado en el trono, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra. Una vez juzgados aquellos que no están escritos en el libro de la vida y enviados al fuego eterno (fuego cuya naturaleza y ubicación en el mundo o en las cosas creo que nadie conoce, a menos que el Espíritu divino se lo haya revelado), entonces la figura de este mundo pasará en la conflagración de los fuegos mundanos, como sucedió con el diluvio de las aguas mundanas. Así, como dije, en esa conflagración mundana, las cualidades de los elementos corruptibles, que eran adecuadas para nuestros cuerpos corruptibles, perecerán completamente al arder; y la misma sustancia tendrá aquellas cualidades que convengan a los cuerpos inmortales mediante una maravillosa transformación: de modo que el mundo, renovado para mejor, se adapte adecuadamente a los hombres también renovados en la carne para mejor. Pero lo que dice, "Y el mar ya no existe": si se secará con ese gran ardor, o si también se transformará para mejor, no lo diría fácilmente. Leemos que habrá un cielo nuevo y una tierra nueva: pero no recuerdo haber leído en ninguna parte sobre un mar nuevo; excepto lo que se encuentra en este mismo libro, "como un mar de vidrio semejante al cristal" (Apocalipsis 4, 6; 15, 2). Pero entonces no hablaba del fin del mundo: ni parece haber dicho propiamente mar, sino "como mar". Aunque ahora, como el lenguaje profético ama mezclar palabras propias con metáforas, y así de alguna manera velar lo que se dice, pudo referirse a ese mar cuando dijo, "Y el mar ya no existe"; del cual había dicho antes, "Y el mar entregó a los muertos que estaban en él". Pues ya no será este mundo la vida turbulenta y tormentosa de los mortales, que figuró con el nombre de mar.

CAPÍTULO XVII.---De la glorificación eterna de la Iglesia después del fin.

Y vi, dice, "la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia adornada para su esposo. Y oí una gran voz del trono que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y habitará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos. Y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos; y ya no habrá muerte, ni

llanto, ni clamor, ni dolor alguno, porque las cosas anteriores pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, hago nuevas todas las cosas" (Apocalipsis 21, 2-5). Se dice que esta ciudad desciende del cielo, porque es por la gracia celestial que Dios la hizo. Por eso también le dice a través de Isaías: "Yo soy el Señor que te hace" (Isaías 45, 8). Y desde el principio desciende del cielo, desde que, a lo largo del tiempo de este mundo, la gracia de Dios viene desde arriba a través del lavacro de la regeneración en el Espíritu Santo enviado desde el cielo, y así sus ciudadanos aumentan. Pero por el juicio de Dios, que será el último por su Hijo Jesucristo, aparecerá una claridad tan grande y tan nueva por el don de Dios, que no quedará rastro alguno de lo antiguo: ya que incluso los cuerpos pasarán a una nueva incorruptibilidad e inmortalidad desde la antigua corrupción y mortalidad. Pues tomar esto como referido a este tiempo, en el que reina con su Rey mil años, me parece de una impudencia extrema: ya que dice clarísimamente, "Enjugará Dios toda lágrima de sus ojos; y ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor alguno". ¿Quién sería tan absurdo y obstinadamente insensato para atreverse a afirmar que en las miserias de esta mortalidad, no digo el pueblo santo, sino cada uno de los santos que lleva, llevará o ha llevado esta vida, no tiene lágrimas ni dolores; cuando más bien, cuanto más santo es alguien y más lleno de deseo santo, tanto más abundante es su llanto en la oración? ¿No es voz del ciudadano de la Jerusalén celestial, "Mis lágrimas fueron mi pan de día y de noche" (Salmo 41, 4)? y, "Lavaré mi lecho cada noche, con mis lágrimas regaré mi cama" (Salmo 6, 7)? y, "Mi gemido no está oculto de ti" (Salmo 37, 10)? y, "Mi dolor se ha renovado" (Salmo 38, 3)? ¿O no son hijos suyos aquellos que gimen agobiados, en los cuales no quieren ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida (2 Corintios 5, 4)? ¿No son ellos quienes, teniendo las primicias del Espíritu, gimen en sí mismos, esperando la adopción, la redención de su cuerpo (Romanos 8, 23)? ¿O acaso el apóstol Pablo no era ciudadano de la Jerusalén celestial, o no lo era mucho más cuando por sus hermanos carnales israelitas tenía gran tristeza y continuo dolor en su corazón (Romanos 9, 2)? ¿Cuándo no habrá muerte en esta ciudad, sino cuando se diga, "¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?" El aguijón de la muerte es el pecado (1 Corintios 15, 55-56). Lo cual ciertamente no existirá cuando se diga, "¿Dónde está?" Ahora bien, no cualquier ciudadano ínfimo de esa ciudad, sino el mismo Juan en su Epístola clama, "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1, 8). Y en este libro, cuyo nombre es Apocalipsis, muchas cosas se dicen oscuramente, para ejercitar la mente del lector, y hay pocas en él, de cuya manifestación se indagan las demás con esfuerzo: especialmente porque repite las mismas cosas de muchas maneras, de modo que parece decir cosas diferentes; cuando en realidad se busca que diga estas mismas cosas de manera diferente. Pero en estas palabras, donde dice, "Enjugará Dios toda lágrima de sus ojos; y ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor alguno": se ha dicho con tanta claridad sobre el siglo futuro y la inmortalidad y eternidad de los santos (pues entonces y solo allí no existirán estas cosas), que no debemos buscar ni leer en las Escrituras sagradas cosas más manifiestas, si consideramos estas oscuras.

CAPÍTULO XVIII.---Lo que el apóstol Pedro predicó sobre el juicio final de Dios.

Veamos ahora lo que también el apóstol Pedro escribió sobre este juicio: "Vendrán en los últimos días burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación. Porque ignoran voluntariamente esto, que en otro tiempo existieron cielos y tierra, formados por el agua y por medio del agua, por la palabra de Dios; por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua. Pero los cielos y la tierra que ahora existen, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día

del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Pero no ignoreis, amados, que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no tarda su promesa, como algunos la tienen por tardanza; sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento. Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡qué clase de personas debéis ser vosotros en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán! Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia" (2 Pedro 3, 3-13). Aquí no dijo nada sobre la resurrección de los muertos: pero ciertamente sobre la perdición de este mundo, bastante. Al recordar lo sucedido antes del diluvio, parece haber advertido de alguna manera que debemos creer que al final de este siglo este mundo perecerá. Pues también dijo que en aquel tiempo pereció el mundo que entonces existía: no solo la tierra, sino también los cielos, que entendemos como los aéreos, cuyo lugar y espacio el agua había superado al crecer. Por lo tanto, todo, o casi todo este aire ventoso (que llama cielo o más bien cielos, pero ciertamente estos inferiores, no aquellos superiores donde están el sol, la luna y las estrellas), se había convertido en una cualidad húmeda; y de esta manera pereció junto con la tierra, cuya faz anterior había sido borrada por el diluvio. Pero los cielos y la tierra que ahora existen, dice, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Por lo tanto, los cielos y la tierra, es decir, el mundo, que fue reservado por el mismo agua en lugar del mundo que pereció en el diluvio, está reservado para el fuego final en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Pues no duda en llamar perdición futura de los hombres, debido a una gran transformación; aunque su naturaleza, aunque en penas eternas, permanecerá. Quizás alguien pregunte, si después del juicio este mundo arderá, antes de que se establezca un cielo nuevo y una tierra nueva en su lugar, ¿dónde estarán los santos en ese tiempo de conflagración, ya que es necesario que estén en algún lugar corporal teniendo cuerpos? Podemos responder que estarán en las partes superiores, donde la llama de ese incendio no llegará, así como tampoco lo hizo la ola del diluvio. Pues tendrán cuerpos tales que estarán donde quieran estar. Pero tampoco temerán el fuego de esa conflagración, hechos inmortales e incorruptibles: así como los cuerpos corruptibles y mortales de los tres hombres pudieron vivir ilesos en el horno ardiente (Daniel 3, 24).

CAPÍTULO XIX.---Lo que el apóstol Pablo escribió a los Tesalonicenses sobre la manifestación del Anticristo, cuyo tiempo seguirá al día del Señor.

1. Veo que muchas sentencias evangélicas y apostólicas sobre este juicio divino final debo pasar por alto, para que este volumen no se extienda en demasía: pero de ninguna manera debe pasarse por alto al apóstol Pablo, quien escribiendo a los Tesalonicenses, dice: "Os rogamos, hermanos, por la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Que nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se

manifestará aquel inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia" (2 Tesalonicenses 2, 1-11).

2. No hay duda de que habló de Anticristo; y que el día del juicio (pues así llama al día del Señor) no vendrá sin que antes venga aquel a quien llama apóstata, ciertamente de Dios. Lo cual, si puede decirse con razón de todos los impíos, cuánto más de este. Pero en qué templo de Dios se sentará, es incierto: si en aquella ruina del templo que fue construido por el rey Salomón, o en la Iglesia. Pues el Apóstol no llamaría templo de Dios a un templo de algún ídolo o demonio. Por lo cual algunos no quieren entender aquí al mismo príncipe, sino a todo su cuerpo, es decir, a la multitud de hombres que le pertenece, junto con su príncipe, como Anticristo: y piensan que es más correcto decir también en latín, como está en griego, no "en el templo de Dios", sino "como templo de Dios se sienta", como si él mismo fuera el templo de Dios, que es la Iglesia: así como decimos, "Se sienta como amigo", es decir, como amigo; o si algo más se dice de esta manera. Pero lo que dice, "Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene", es decir, qué lo retiene, cuál es la causa de su demora, "para que se manifieste a su debido tiempo", sabéis: porque dijo que ellos lo sabían, no quiso decirlo abiertamente. Y por eso nosotros, que no sabemos lo que ellos sabían, deseamos con esfuerzo llegar a lo que el Apóstol quiso decir, y no podemos: especialmente porque lo que añadió hace este sentido más oscuro. Pues, ¿qué significa, "Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad. Solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio; y entonces se manifestará aquel inicuo"? Confieso que ignoro lo que quiso decir. Sin embargo, no callaré las sospechas de los hombres que he podido escuchar o leer.

3. Algunos piensan que esto fue dicho del imperio romano; y por eso el apóstol Pablo no quiso escribirlo abiertamente, para no incurrir en la calumnia de desear mal al imperio romano, que se esperaba eterno: de modo que lo que dijo, "Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad", quiso referirse a Nerón, cuyas acciones ya parecían las de un Anticristo. Por lo cual algunos sospechan que él mismo resucitará y será el Anticristo. Otros, sin embargo, no creen que haya sido asesinado, sino más bien sustraído, para que se creyera muerto; y que vive oculto en el vigor de la misma edad en la que se creía extinto, hasta que a su debido tiempo se revele y sea restaurado en el reino. Pero me parece muy sorprendente la presunción de estos opinantes. Sin embargo, lo que dice el Apóstol, "Solo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio": no se cree absurdamente que se refiera al mismo imperio romano, como si se dijera, "Solo que quien ahora impera, impere, hasta que sea quitado de en medio". Y entonces se manifestará aquel inicuo: a quien nadie duda que se refiere al Anticristo. Otros, sin embargo, piensan que lo que dice, "Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene", y "el misterio de la iniquidad está en acción", no se dijo sino de los malos y falsos que están en la Iglesia, hasta que lleguen a un número tal que hagan un gran pueblo para el Anticristo; y que esto es el misterio de la iniquidad, porque parece oculto. Pero el Apóstol exhorta a los fieles a perseverar firmemente en la fe que tienen, diciendo, "Solo que quien ahora lo detiene, lo detenga, hasta que sea quitado de en medio": es decir, hasta que salga de en medio de la Iglesia el misterio de la iniquidad, que ahora está oculto. Pues creen que este misterio se refiere a lo que dice en su Epístola Juan el evangelista, "Hijitos, es la última hora; y como habéis oído que el Anticristo viene, ahora han surgido muchos anticristos; por lo cual conocemos que es la última hora. Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros. Porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros"

(1 Juan 2, 18-19). Así como antes del fin en esta hora, dicen, que Juan llama última, salieron muchos herejes de en medio de la Iglesia, a quienes llama muchos anticristos: así también entonces saldrán todos de allí, quienes no pertenecen a Cristo, sino a aquel último Anticristo, y entonces se revelará.

4. Algunos interpretan las palabras oscuras del Apóstol de una manera, otros de otra: sin embargo, no hay duda de que dijo que Cristo no vendrá a juzgar a vivos y muertos, a menos que primero venga su adversario, el Anticristo, a seducir a los muertos en espíritu; aunque esto pertenece al juicio oculto de Dios, por el cual serán seducidos. Porque su presencia será, como se ha dicho, según la operación de Satanás, con todo poder, señales y prodigios de mentira, y con toda seducción de iniquidad para aquellos que perecen. Entonces Satanás será liberado, y a través de ese Anticristo operará maravillosamente, pero de manera engañosa, con todo su poder. Se suele debatir si estos son llamados signos y prodigios de mentira porque engañará a los sentidos mortales con fantasmas, de modo que parezca hacer lo que no hace; o porque esos mismos, aunque sean verdaderos prodigios, llevarán al engaño a quienes crean que no podrían hacerse sino por poder divino, ignorando el poder del diablo; especialmente cuando haya recibido un poder tan grande como nunca antes tuvo. Porque cuando cayó fuego del cielo y consumió de un golpe a toda la familia y los rebaños de ganado del santo Job, y un torbellino irrumpió y derribó la casa matando a sus hijos (Job I), no fueron fantasmas: sin embargo, fueron obras de Satanás, a quien Dios había dado este poder. Por qué razón se llaman prodigios y signos de mentira, se verá más claramente entonces. Pero por cualquiera de estas razones que se diga, serán seducidos por esos signos y prodigios aquellos que merezcan ser seducidos: porque no recibieron el amor de la verdad, dice, para ser salvos. Y el Apóstol no dudó en añadir y decir: Por eso Dios les enviará una operación de error, para que crean en la mentira. Porque Dios enviará, ya que Dios permitirá que el diablo haga estas cosas, con justo juicio, aunque él lo haga con consejo iniquo y maligno. Para que sean juzgados, dice, todos los que no creyeron en la verdad, sino que consintieron en la iniquidad. Por lo tanto, los juzgados serán seducidos, y los seducidos serán juzgados. Pero los juzgados serán seducidos por esos juicios de Dios ocultamente justos, justamente ocultos, con los cuales desde el principio del pecado de la criatura racional nunca ha dejado de juzgar: pero los seducidos serán juzgados en el último y manifiesto juicio por Jesucristo, quien juzgará con toda justicia, habiendo sido juzgado con toda injusticia.

CAPÍTULO XX.---Lo que el mismo apóstol enseñó en la primera Epístola a los mismos sobre la resurrección de los muertos.

1. Pero aquí el Apóstol guardó silencio sobre la resurrección de los muertos: sin embargo, escribiendo a los mismos en la primera Epístola, dice: No queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con Él a los que durmieron por Jesús. Esto os decimos en palabra del Señor, que nosotros los que vivimos, que quedamos hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron: porque el mismo Señor con mandato, con voz de arcángel y con trompeta de Dios descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero; luego nosotros los que vivimos, que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor (1 Tes. IV, 12-16). Estas palabras apostólicas muestran clarísimamente la futura resurrección de los muertos, cuando venga el Señor Cristo, ciertamente para juzgar a vivos y muertos.

2. Pero suele preguntarse si aquellos a quienes Cristo encontrará vivos aquí, cuya persona el Apóstol transfiguraba en sí mismo y en aquellos que vivían con él en ese momento, nunca morirán en absoluto; o si en el mismo instante en que sean arrebatados con los resucitados en las nubes para recibir a Cristo en el aire, pasarán a la inmortalidad a través de la muerte con una rapidez maravillosa. Porque no se puede decir que no sea posible que mientras son llevados por el aire hacia lo alto, en ese espacio mueran y revivan. Porque lo que dice, Y así estaremos siempre con el Señor: no debe entenderse como si dijera que estaremos siempre con el Señor en el aire; porque ni siquiera Él permanecerá allí, ya que viniendo pasará. Porque se va al encuentro del que viene, no del que permanece: sino que así estaremos con el Señor, es decir, así estaremos teniendo cuerpos eternos, dondequiera que estemos con Él. A este sentido, por el cual pensamos que incluso aquellos a quienes el Señor encontrará vivos aquí, en ese pequeño espacio sufrirán la muerte y recibirán la inmortalidad, el mismo Apóstol parece urgirnos, donde dice: En Cristo todos serán vivificados (1 Cor. XV, 22): cuando en otro lugar hablando de la misma resurrección de los cuerpos dice: Lo que siembras, no es vivificado si no muere (Ibid., 36). ¿Cómo, pues, aquellos a quienes Cristo encontrará vivos aquí, serán vivificados en Él por la inmortalidad, si no mueren; cuando vemos que se ha dicho por esta razón, Lo que siembras, no es vivificado si no muere? O si correctamente no decimos que se siembran sino aquellos cuerpos humanos que al morir de alguna manera regresan a la tierra; como también se sostiene aquella sentencia divina pronunciada sobre el transgresor padre del género humano, Tierra eres, y a la tierra volverás (Gén. III, 19): debemos admitir que estos, a quienes Cristo encontrará cuando venga, aún no salidos de sus cuerpos, no están sujetos a estas palabras del Apóstol, ni a las de Génesis: porque arrebatados hacia arriba en las nubes, ciertamente no son sembrados; porque ni van a la tierra, ni regresan; ya sea que no experimenten ninguna muerte en absoluto, o que mueran un poco en el aire.

3. Pero surge otra cuestión, que el mismo apóstol dijo, cuando hablaba de la resurrección de los cuerpos a los Corintios: Todos resucitaremos; o, como tienen otros códices, Todos dormiremos (1 Cor. XV, 51). Entonces, ya que no puede haber resurrección sin que la muerte la preceda; ni podemos entender el dormir en ese lugar sino como la muerte; ¿cómo todos dormirán o resucitarán, si tantos, a quienes Cristo encontrará en el cuerpo, ni dormirán ni resucitarán? Si, por lo tanto, creemos que los santos, que serán encontrados vivos por Cristo cuando venga, y que serán arrebatados para encontrarse con Él, saldrán de sus cuerpos mortales en ese mismo rapto, y regresarán a ellos inmediatamente como inmortales, no sufriremos ninguna dificultad en las palabras del Apóstol, ya sea donde dice: Lo que siembras, no es vivificado si no muere; o donde dice: Todos resucitaremos; o, Todos dormiremos: porque ni ellos serán vivificados por la inmortalidad, a menos que, aunque sea un poco, sin embargo, mueran antes; y por lo tanto no estarán ajenos a la resurrección, que precede al dormir, aunque sea brevísimo, no obstante no inexistente. ¿Por qué, entonces, nos parecería increíble que esa multitud de cuerpos sea de alguna manera sembrada en el aire, y allí inmediatamente reviva inmortal e incorruptiblemente, cuando creemos que el mismo Apóstol dice clarísimamente que la resurrección será en un abrir y cerrar de ojos (1 Cor. XV, 52), y que el polvo de los cadáveres más antiguos regresará a los miembros para vivir sin fin con tanta facilidad y velocidad inimaginable? Ni creemos que aquellos santos futuros estarán exentos de la sentencia que fue dicha al hombre: Tierra eres, y a la tierra volverás, si sus cuerpos al morir no caen a la tierra, sino que, como morirán en el mismo rapto, así también resucitarán, mientras son llevados al aire. Porque a la tierra volverás, significa, volverás a lo que eras antes de recibir la vida: es decir, Serás inanimado lo que eras antes de ser animado. Porque Dios sopló en la cara de la tierra el aliento de vida, cuando el hombre fue hecho un alma viviente: como si se dijera, Tierra animada eres, lo que no eras; tierra inanimada serás,

como eras. Lo que son todos los cuerpos de los muertos antes de que se descompongan: lo que serán también aquellos, si mueren, dondequiera que mueran, cuando carezcan de la vida que inmediatamente recibirán. Así, pues, irán a la tierra, porque de hombres vivos serán tierra: como va a ceniza lo que se convierte en ceniza; va a vejez lo que se vuelve viejo; va a cerámica lo que de barro se convierte en cerámica: y así hablamos de seiscientas otras cosas. Pero cómo será lo que ahora de alguna manera conjeturamos según la capacidad de nuestra pequeña razón, será más bien entonces cuando podamos conocerlo. Porque debemos creer, si queremos ser cristianos, que habrá una resurrección de los muertos en la carne, cuando Cristo venga a juzgar a vivos y muertos. Pero nuestra fe no es vana por no poder comprender perfectamente cómo será. Sin embargo, ya, como prometimos antes, debemos mostrar qué han predicho los antiguos libros proféticos sobre este último juicio de Dios, en la medida en que parezca suficiente: lo cual, como creo, no será necesario tratar y exponer con tanta demora, si el lector se preocupa por ser ayudado por lo que hemos adelantado.

CAPÍTULO XXI.---Lo que el profeta Isaías dijo sobre la resurrección de los muertos y la retribución del juicio.

1. El profeta Isaías dice: Resucitarán los muertos, y resucitarán los que estaban en los sepulcros: y se alegrarán todos los que están en la tierra; porque el rocío que viene de ti es salud para ellos: pero la tierra de los impíos caerá (Isaías XXVI, 19, según LXX). Todo lo anterior se refiere a la resurrección de los bienaventurados. Pero lo que dice, La tierra de los impíos caerá, se entiende bien como dicho, Los cuerpos de los impíos serán recibidos por la ruina de la condenación. Ahora bien, si queremos examinar más detenidamente y con más detalle lo que se ha dicho sobre la resurrección de los buenos, lo primero se refiere a lo que se ha dicho, Resucitarán los muertos; y lo segundo a lo que sigue, y resucitarán los que estaban en los sepulcros. Ahora bien, si buscamos también a aquellos santos que el Señor encontrará vivos aquí, se les puede atribuir adecuadamente lo que añade, Y se alegrarán todos los que están en la tierra; porque el rocío que viene de ti es salud para ellos. En este lugar, salud se entiende correctamente como inmortalidad. Porque esa es la salud más plena, que no se restaura con alimentos como si fueran medicinas diarias. Nuevamente, sobre el día del juicio, primero dando esperanza a los buenos, luego aterrorizando a los malos, el mismo profeta habla así: Así dice el Señor, He aquí que yo inclino sobre ellos como un río de paz, y como un torrente inundante la gloria de las naciones. Sus hijos serán llevados sobre los hombros, y serán consolados sobre las rodillas. Como si una madre consolara a alguien, así yo os consolaré; y en Jerusalén seréis consolados: y veréis, y se alegrará vuestro corazón, y vuestros huesos brotarán como la hierba. Y se conocerá la mano del Señor a los que le sirven: y amenazará a los contumaces. Porque he aquí que el Señor vendrá como fuego, y como una tempestad sus carros, para devolver en indignación venganza, y devastación en llama de fuego. Porque en el fuego del Señor será juzgada toda la tierra, y en su espada toda carne: muchos serán heridos por el Señor (Id. LXVI, 12-16, según LXX). En la promesa a los buenos, debemos entender el río de paz como la abundancia de esa paz, que no puede ser mayor. Esta ciertamente nos regará al final: sobre la cual hemos hablado abundantemente en el libro anterior. Este río dice que se inclina sobre aquellos a quienes promete tanta bienaventuranza, para que entendamos que en la región de esa felicidad, que está en los cielos, todo se sacia con este río. Pero porque también a los cuerpos terrenales fluirá la paz de la incorruptibilidad y la inmortalidad desde allí, por eso dice que este río se inclina, para que de alguna manera también lo inferior sea perfundido desde lo alto, y los hombres sean hechos iguales a los ángeles. También entendamos a Jerusalén, no aquella que sirve con sus hijos, sino la libre, nuestra madre, según el Apóstol, eterna en los cielos (Gálatas IV, 26). Allí, después de los trabajos de las miserias y cuidados mortales, seremos consolados, como niños

suyos llevados en los hombros y rodillas. Porque esa beatitud desconocida para nosotros nos recibirá con ayudas suavísimas. Allí veremos, y se alegrará nuestro corazón. No expresó qué veremos: pero ¿qué, sino a Dios? para que se cumpla en nosotros la promesa evangélica, Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo V, 8); y todas aquellas cosas que ahora no vemos, pero creyendo, según la medida de la capacidad humana, pensamos mucho menos de lo que son y de manera incomparable. Y veréis, dice, y se alegrará vuestro corazón. Aquí creéis, allí veréis.

2. Pero porque dijo, Y se alegrará vuestro corazón: para que no pensáramos que esos bienes de Jerusalén pertenecen solo a nuestro espíritu; Y vuestros huesos, dice, brotarán como la hierba: donde alude a la resurrección de los cuerpos, como si devolviera lo que no había dicho: porque no será cuando veamos, sino cuando haya sido hecho, veremos. Porque también sobre el nuevo cielo y la nueva tierra ya había dicho antes, mientras decía a menudo y de muchas maneras lo que se promete a los santos al final: Será, dice, un nuevo cielo y una nueva tierra, y no se recordarán las cosas anteriores, ni subirán a su corazón: sino que encontrarán alegría y exultación en ella. He aquí que yo haré de Jerusalén una exultación, y de mi pueblo una alegría; y exultaré en Jerusalén, y me alegraré en mi pueblo; y no se oirá más en ella voz de llanto (Isaías LXV, 17-19, según LXX): y otras cosas, que algunos intentan referir a esos mil años carnales. Porque las locuciones tropológicas se mezclan con las propias al modo profético: para que la intención sobria llegue al entendimiento espiritual con cierto trabajo útil y saludable: pero la pereza carnal, o la lentitud de la mente inexperta e ineducada, contenta con la superficie de la letra, no cree que haya que buscar nada más profundo. He dicho lo suficiente sobre las palabras proféticas que fueron escritas antes de este lugar. En este lugar, sin embargo, de donde nos desviamos hacia aquellos, después de haber dicho, Y vuestros huesos brotarán como la hierba, para mostrar que se refiere ahora a la resurrección de la carne, pero de los buenos, añadió, Y se conocerá la mano del Señor a los que le sirven. ¿Qué es esto, sino la mano que distingue a sus servidores de sus despreciadores? De los cuales, continuando el discurso, dice: Y amenazará a los contumaces, o, como dice otro intérprete, a los incrédulos. Ni entonces amenazará: sino que lo que ahora se dice amenazadoramente, entonces se cumplirá eficazmente. Porque he aquí que el Señor vendrá como fuego, y como una tempestad sus carros, para devolver en indignación venganza, y devastación en llama de fuego. Porque en el fuego del Señor será juzgada toda la tierra, y en su espada toda carne: muchos serán heridos por el Señor. Ya sea fuego, o tempestad, o espada, significa el castigo del juicio: ya que dice que el mismo Señor vendrá como fuego, ciertamente para aquellos para quienes su venida será punitiva. Los carros suyos (pues se dice en plural) no se entienden inadecuadamente como los ministerios angélicos. Pero lo que dice, que toda la tierra y toda carne serán juzgadas en su fuego y en su espada, no entendamos aquí también a los espirituales y santos, sino a los terrenales y carnales, de los cuales se ha dicho, Que piensan en las cosas terrenales (Filipenses III, 19); y, El pensar según la carne es muerte (Romanos VIII, 6): y los que en absoluto son llamados carne por el Señor, donde dice, No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Génesis VI, 3). Pero lo que aquí se ha puesto, Muchos serán heridos por el Señor: con esta herida se hará la segunda muerte. También puede entenderse el fuego, la espada y la herida en un sentido bueno. Porque el Señor dijo que quería enviar fuego al mundo (Lucas XII, 49). Y se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, cuando vino el Espíritu Santo (Hechos II, 3). Y, No he venido, dice el mismo Señor, a traer paz a la tierra, sino espada (Mateo X, 34). Y la Escritura dice que la palabra de Dios es una espada de dos filos (Hebreos IV, 12); por la doble agudeza de los dos Testamentos. Y en el Cantar de los Cantares, la santa Iglesia dice que está herida de amor, como si fuera flechada por el ímpetu del amor (Cantar II, 5, según

LXX). Pero aquí, cuando leemos o escuchamos que el Señor viene como vengador, está claro cómo deben entenderse estas cosas.

3. Luego, después de haber mencionado brevemente a aquellos que serán consumidos por este juicio; bajo la figura de los alimentos prohibidos en la Ley antigua, de los cuales no se abstuvieron, significando a los pecadores e impíos, recapitula desde el principio la gracia del nuevo Testamento desde el primer advenimiento del Salvador hasta el último juicio, del cual ahora tratamos, llevando y terminando el discurso. Porque narra que el Señor dice que viene para reunir a todas las naciones, y que vendrán y verán su gloria (Isaías LXVI, 17, 18). Porque todos, como dice el Apóstol, han pecado y carecen de la gloria de Dios (Romanos III, 23). Y dice que dejará sobre ellos señales, para que maravillándose crean en Él: y que enviará de ellos a los salvados a diversas naciones, y a islas lejanas, que no han oído su nombre, ni han visto su gloria; y anunciarán su gloria entre las naciones; y traerán a sus hermanos, a quienes hablaba, es decir, en la fe bajo Dios Padre, hermanos de los israelitas elegidos: y los traerán de todas las naciones como ofrenda al Señor en animales y vehículos (que se entienden bien como ayudas divinas, a través de cualquier tipo de ministerios de Dios, ya sean angélicos o humanos), a la ciudad santa de Jerusalén, que ahora está difundida en los santos fieles por las tierras. Porque donde son ayudados divinamente, allí creen; y donde creen, allí vienen. El Señor los comparó, como por similitud, a los hijos de Israel ofreciéndole sus sacrificios con salmos en su casa; lo cual ahora hace la Iglesia en todas partes; y prometió que de ellos aceptaría para sí Sacerdotes y Levitas; lo cual vemos que ahora se hace. No según el linaje de carne y sangre, como era el primero según el orden de Aarón; sino como debía ser en el nuevo Testamento, donde según el orden de Melquisedec el sumo sacerdote es Cristo (Salmo CIX, 4), según el mérito de cada uno lo que la gracia divina le haya conferido, vemos que ahora se eligen Sacerdotes y Levitas: quienes no deben ser juzgados por este nombre, que a menudo alcanzan los indignos, sino por la santidad que no es común a buenos y malos.

4. Después de haber hablado de esta clara y muy conocida misericordia de Dios que ahora se concede a la Iglesia, prometió también los fines a los que se llegará mediante el juicio final, una vez hecha la distinción entre buenos y malos, diciendo a través del Profeta, o el mismo Profeta hablando del Señor: "Porque como el nuevo cielo y la nueva tierra permanecerán delante de mí, dice el Señor, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre; y será de mes en mes, y de sábado en sábado. Vendrá toda carne a adorar delante de mí en Jerusalén, dice el Señor: y saldrán, y verán los cuerpos de los hombres que se rebelaron contra mí. Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará, y serán un espectáculo para toda carne" (Isaías 66, 22-24, según la LXX). Este profeta terminó su libro con lo que terminará el mundo. Algunos ciertamente no interpretaron "cuerpos de hombres", sino "cadáveres de hombres", significando con cadáveres el evidente castigo corporal: aunque un cadáver no suele llamarse así a menos que sea carne sin vida; pero esos cuerpos estarán animados, de lo contrario no podrían sentir tormentos: a menos que, tal vez, porque serán cuerpos de muertos, es decir, de aquellos que caerán en la segunda muerte, por eso no absurdamente también puedan llamarse cadáveres. De ahí también lo que el mismo profeta dijo anteriormente: "La tierra de los impíos caerá". ¿Quién no ve que los cadáveres se llaman así por caer? Sin embargo, es evidente que esos intérpretes usaron "hombres" en lugar de "humanos". Pues nadie dirá que las mujeres transgresoras no estarán en ese suplicio: pero se toma a ambos sexos a partir del más importante, especialmente de aquel del cual fue hecha la mujer. Pero lo que más importa, cuando se dice también de los buenos, "Vendrá toda carne": porque este pueblo estará compuesto de toda clase de hombres; no todos los hombres estarán allí, ya que muchos estarán en los castigos: pero, como comencé a decir, cuando tanto en los buenos se

menciona la carne, como en los malos los cuerpos o cadáveres; ciertamente después de la resurrección de la carne, cuya fe se fortalece completamente con estos términos, se declara que habrá un juicio en el que los buenos y los malos serán separados en sus respectivos destinos.

CAPÍTULO XXII.---Cómo será la salida de los santos para ver los castigos de los malos.

Pero, ¿cómo saldrán los buenos para ver los castigos de los malos? ¿Acaso dejarán sus bienaventuradas moradas con movimiento corporal y se dirigirán a los lugares de castigo para contemplar los tormentos de los malos con presencia corporal? De ninguna manera: sino que saldrán por medio del conocimiento. Con esta palabra se significó que aquellos que serán torturados estarán fuera. Por eso el Señor llama a esos lugares tinieblas exteriores (Mateo 25, 30): en contraste con aquella entrada de la que se dice al buen siervo, "Entra en el gozo de tu Señor" (Mateo 25, 21): para que no se piense que los malos entran allí para ser conocidos; sino que más bien los buenos, como si salieran hacia ellos, los conocerán por medio del conocimiento, porque conocerán lo que está fuera. Pues los que estarán en los castigos no sabrán lo que sucede dentro, en el gozo del Señor: pero los que estarán en ese gozo sabrán lo que sucede fuera, en esas tinieblas exteriores. Por eso se dijo "saldrán": porque aquellos que estarán fuera de ellos, ciertamente no les serán desconocidos. Pues si los profetas pudieron conocer estas cosas aún no sucedidas, por lo que Dios era, aunque fuera poco, en sus mentes mortales; ¿cómo no sabrán los santos inmortales lo que ya ha sucedido, cuando Dios será todo en todos (1 Corintios 15, 28)? Permanecerá, por tanto, en aquella bienaventuranza de los santos la descendencia y el nombre; la descendencia, ciertamente de la que Juan dice, "Y su simiente permanece en él" (1 Juan 3, 9): el nombre, de la que por este Isaías se dijo, "Les daré un nombre eterno" (Isaías 56, 5). Y será para ellos de mes en mes y de sábado en sábado, como luna de luna y descanso de descanso: ambos serán ellos mismos, cuando de estas sombras antiguas y temporales pasen a aquellas luces nuevas y eternas. En los castigos de los malos, tanto el fuego inextinguible como el gusano vivísimo han sido interpretados de diferentes maneras por diferentes personas. Algunos han referido ambos al cuerpo, otros ambos al alma: algunos propiamente al cuerpo el fuego, y figuradamente al alma el gusano, lo cual parece más creíble. Pero ahora no es el momento de discutir esta diferencia. Pues hemos asumido completar este volumen sobre el juicio final, en el que se hará la separación de buenos y malos: sobre las mismas recompensas y castigos se debe discutir con más detalle en otro momento.

CAPÍTULO XXIII.---Lo que profetizó Daniel sobre la persecución del Anticristo, el juicio de Dios y el reino de los santos.

1. Daniel profetiza sobre este juicio final de tal manera que primero anuncia que el Anticristo vendrá, y lleva su narración hasta el reino eterno de los santos. Pues cuando en visión profética vio cuatro bestias que significaban cuatro reinos; y el cuarto reino superado por un cierto rey, que se reconoce como el Anticristo; y después de esto el reino eterno del Hijo del Hombre, que se entiende como Cristo: "Mi espíritu se horrorizó", dice, "yo, Daniel, en mi apariencia, y las visiones de mi cabeza me turbaban. Y me acerqué", dice, "a uno de los que estaban de pie, y buscaba la verdad de él sobre todas estas cosas: y me dijo la verdad". Luego, lo que oyó de aquel a quien preguntó sobre todas estas cosas, como si él mismo se lo explicara, así habla: "Estas cuatro grandes bestias son cuatro reinos que surgirán en la tierra, que serán quitados, y los santos del Altísimo recibirán el reino: y lo poseerán hasta el siglo y hasta el siglo de los siglos. Y buscaba", dice, "diligentemente sobre la cuarta bestia, que era diferente de todas las bestias, más terrible: sus dientes de hierro, y sus uñas de bronce, devorando y desmenuzando, y pisoteando el resto con sus pies: y sobre sus diez cuernos, que

estaban en su cabeza, y sobre otro que subió, y derribó a tres de los primeros: ese cuerno en el que había ojos, y una boca que hablaba grandes cosas; y su apariencia era mayor que las otras. Veía, y ese cuerno hacía guerra contra los santos: y prevalecía sobre ellos, hasta que vino el Anciano de días, y dio el reino a los santos del Altísimo: y llegó el tiempo, y los santos poseyeron el reino". Esto dijo Daniel que había preguntado. Luego, lo que oyó, inmediatamente añade, "Y dijo", dice, es decir, aquel a quien había preguntado, respondió, y dijo, "La cuarta bestia será el cuarto reino en la tierra, que prevalecerá sobre todos los reinos; y devorará toda la tierra, y la pisoteará, y la triturará. Y sus diez cuernos, diez reyes surgirán: y después de ellos surgirá otro, que superará en maldad a todos los que fueron antes que él; y humillará a tres reyes, y hablará palabras contra el Altísimo: y desgastará a los santos del Altísimo. Y pensará en cambiar los tiempos y la ley: y será entregado en su mano hasta un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo. Y el juicio se sentará, y quitarán su dominio para destruirlo y arruinarlo hasta el fin; y el reino, y el dominio, y la grandeza de los reinos bajo todo el cielo, será dado a los santos del Altísimo. Y su reino será un reino eterno: y todos los dominios le servirán y obedecerán. Hasta aquí", dice, "el fin del discurso. Yo, Daniel, mis pensamientos me turbaban mucho, y mi apariencia cambió sobre mí, y guardé la palabra en mi corazón" (Daniel 7, 15-28). Algunos han interpretado esos cuatro reinos como los de los asirios, persas, macedonios y romanos. Quienes deseen saber cuán adecuadamente lo hicieron, lean el libro del presbítero Jerónimo sobre Daniel, escrito con bastante diligencia y erudición. Sin embargo, el reino del Anticristo, el más cruel contra la Iglesia, aunque de breve duración, hasta que por el juicio final de Dios los santos reciban el reino eterno, no se permite dudar a quien lea esto, aunque sea somnoliento. Pues el tiempo, tiempos y medio tiempo, se aclara más adelante por el número de días, y a veces se declara en las Escrituras por el número de meses. Parecen, en efecto, tiempos dichos indefinidamente en latín: pero se dijeron en número dual, que los latinos no tienen. Así como los griegos, también se dice que los hebreos lo tienen. Así, se dijeron tiempos, como si se dijeran dos tiempos. Confieso que temo que en los diez reyes, que parece que el Anticristo encontrará como diez hombres, tal vez nos equivoquemos, y así él llegue inesperadamente, sin que existan tantos reyes en el mundo romano. Pues, ¿qué si en este número diez se significó la totalidad de los reyes, después de los cuales él vendrá: como a menudo se significa la totalidad por el número mil, cien, siete, y otros números que ahora no es necesario mencionar?

2. En otro lugar, el mismo Daniel dice: "Y será un tiempo de tribulación, cual no fue desde que hubo nación sobre la tierra hasta ese tiempo. Y en ese tiempo será salvado tu pueblo, todos los que se encuentren escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán: unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna. Y los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento, y los que enseñan a muchos la justicia, como las estrellas por los siglos" (Daniel 12, 1-3). Y este lugar es muy similar a aquella sentencia evangélica, sobre la resurrección de los cuerpos muertos. Pues los que allí se dice que están "en los sepulcros", aquí se llaman "durmientes en el polvo de la tierra"; o, como otros han interpretado, "en el polvo de la tierra". Y así como allí se dijo "saldrán", aquí se dice "se levantarán". Así como allí, "Los que hicieron lo bueno, a resurrección de vida; y los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación"; así también en este lugar, "Unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna" (Juan 5, 28-29). No se debe pensar que es diferente porque allí se dice "Todos los que están en los sepulcros", y aquí el Profeta no dice "Todos", sino "Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra". Pues a veces la Escritura pone "muchos" por "todos". Por eso también se le dijo a Abraham, "Te he puesto por padre de muchas naciones"; a quien sin embargo en otro lugar se le dice, "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Génesis 17, 5; 22, 18). Sobre tal resurrección también se le dice a este mismo profeta Daniel un poco después: "Y tú, ve y descansa: porque

aún hay días para la consumación; y descansarás, y te levantarás en tu suerte al fin de los días" (Daniel 12, 13).

CAPÍTULO XIV.---Lo que se profetiza en los Salmos de David sobre el fin de este mundo y el juicio final de Dios.

1. Se dice mucho sobre el juicio final en los Salmos, pero la mayoría de ellos de manera breve y rápida. Sin embargo, no pasaré en silencio lo que se dice allí más claramente sobre el fin de este mundo. "Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, pero tú permaneces; y todos ellos como una vestidura se envejecerán, y como un manto los cambiarás, y serán cambiados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán" (Salmo 102, 25-27). ¿Qué es lo que Porfirio, al alabar la piedad de los hebreos, por la cual un gran y verdadero Dios, temido incluso por sus propios dioses, es adorado por ellos, acusa a los cristianos de gran necedad, incluso basándose en los oráculos de sus propios dioses, porque dicen que este mundo perecerá? He aquí que en las escrituras de la piedad de los hebreos se dice a Dios, a quien, según confiesa tan gran filósofo, incluso los mismos dioses temen, "Los cielos son obra de tus manos, ellos perecerán". ¿Acaso cuando los cielos perezcan, el mundo, cuya parte superior son esos mismos cielos, no perecerá? Si esta sentencia desagrada a Júpiter, cuyo oráculo, como escribe este filósofo, de mayor autoridad parece condenar la credulidad de los cristianos; ¿por qué no condena de igual manera la sabiduría, como si fuera necedad, de los hebreos, en cuyos libros piadosísimos se encuentra? Por otro lado, si en aquella sabiduría, que tanto agrada a Porfirio que la alaba con las voces de sus dioses, se lee que los cielos perecerán; ¿por qué es tan vana esta falacia, que en la fe de los cristianos, ya sea entre otras cosas o principalmente, detestan esto, que en ella se cree que el mundo perecerá, cuando ciertamente sin que perezcan los cielos no puede perecer el mundo? Y en las Escrituras sagradas, que son propiamente nuestras, no comunes a los hebreos y a nosotros, es decir, en los libros evangélicos y apostólicos, se lee, "La figura de este mundo pasa" (1 Corintios 7, 31): se lee, "El mundo pasa" (1 Juan 2, 17): se lee, "El cielo y la tierra pasarán" (Mateo 24, 35). Pero creo que "pasa", "pasa", "pasarán", a veces se dice más suavemente que "perecerán". En la Epístola también del apóstol Pedro, donde se dice que el mundo que entonces existía pereció inundado por agua (2 Pedro 3, 6), es bastante claro, y qué parte del mundo fue significada por el todo, y en qué medida se dijo que pereció, y qué cielos están reservados para el fuego, guardados para el día del juicio y la perdición de los hombres impíos. Y en lo que dice un poco después, "Vendrá el día del Señor como ladrón, en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, los elementos ardiendo se disolverán, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas"; y luego añadió, "Pereciendo todas estas cosas, ¿qué clase de personas debéis ser?" (2 Pedro 3, 10-11)? pueden entenderse esos cielos que perecerán, que dijo que están reservados para el fuego; y esos elementos que arderán, que subsisten en esta parte inferior del mundo, tormentosa y turbulenta, en la que dijo que esos mismos cielos están reservados, permaneciendo a salvo aquellos superiores, y permaneciendo en su integridad, en cuyo firmamento están establecidas las estrellas. Pues también aquello que está escrito, que las estrellas caerán del cielo (Mateo 24, 29), además de que puede entenderse de manera mucho más probable y de otra manera, más bien muestra que esos cielos permanecerán: si, sin embargo, las estrellas caerán de allí; cuando sea una locución figurada, lo cual es más creíble, o sucederá en este cielo inferior, ciertamente más maravilloso de lo que ahora sucede. De donde también aquella de Virgilio: "Una estrella, llevando una antorcha, corrió con mucha luz, y se ocultó en el bosque Ideo" (Eneida, libro II, v. 694, 696). Sin embargo, lo que he mencionado del Salmo, no parece dejar ningún cielo que no diga que perecerá. Pues donde se dice, "Los cielos son obra de tus manos, ellos perecerán"; así como ningún cielo se separa de la obra de Dios, así ningún cielo se separa de

la perdición. Pues no se dignarán defender la piedad de los hebreos, aprobada por los oráculos de sus dioses, de la locución del apóstol Pedro, para que al menos no se crea que todo el mundo perecerá, así como se toma una parte por el todo en lo que se dice, "Ellos perecerán", cuando solo los cielos inferiores perecerán; como en aquella Epístola apostólica se toma una parte por el todo, cuando se dice que el mundo pereció por el diluvio, aunque solo pereció la parte inferior con sus cielos. Pero porque esto, como dije, no se dignarán, para no aprobar el sentido del apóstol Pedro o conceder tanto a la conflagración final como decimos que valió el diluvio, que ningún agua, ningún fuego puede hacer perecer a toda la humanidad: queda que digan que por eso sus dioses alabaron la sabiduría hebrea, porque no habían leído este Salmo.

2. En el Salmo cuadragésimo noveno se entiende que se habla del juicio final de Dios cuando se dice: "Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios, y no callará. Fuego arderá delante de Él, y a su alrededor habrá una fuerte tempestad. Convocará al cielo arriba, y a la tierra para discernir a su pueblo. Congregad a sus justos, los que disponen su testamento sobre sacrificios" (Sal. XLIX, 3-5). Esto lo entendemos acerca de nuestro Señor Jesucristo, a quien esperamos que venga del cielo para juzgar a vivos y muertos. Vendrá manifiesto para juzgar justamente entre justos e injustos, Él que primero vino oculto para ser juzgado injustamente por los injustos. Él, digo, vendrá manifiesto y no callará, es decir, aparecerá evidente con la voz del juez, quien antes, cuando vino oculto, guardó silencio ante el juez, cuando fue llevado como oveja al sacrificio, y como cordero ante el que lo trasquila, sin abrir la boca, como leemos que fue profetizado por Isaías (Is. LIII, 7), y vemos cumplido en el Evangelio (Mat. XXVI, 63). Sobre el fuego y la tempestad, cuando tratamos algo similar en la profecía de Isaías, ya dijimos cómo deben entenderse (cap. 21). Lo que se dice, "Convocará al cielo arriba", ya que los santos y justos son llamados correctamente cielo; esto es, sin duda, lo que dice el Apóstol: "Seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire" (I Tes. IV, 16). Pues según la superficie de la letra, ¿cómo se convoca al cielo arriba, como si pudiera estar en otro lugar que no sea arriba? Pero lo que se añade, "Y a la tierra para discernir a su pueblo", si solo se entiende "convocará", es decir, convocará también a la tierra, y no se entiende "arriba", parece tener este sentido según la fe correcta, que el cielo se entienda en aquellos que con Él van a juzgar, y la tierra en aquellos que van a ser juzgados: para que "Convocará al cielo arriba", no lo entendamos aquí como "Arrebatará en el aire", sino "Erigirá en los asientos judiciales". También puede entenderse: "Convocará al cielo arriba", convocará a los ángeles en los lugares altos y excelsos, con quienes descenderá para hacer el juicio: "Convocará también a la tierra", es decir, a los hombres en la tierra que ciertamente serán juzgados. Pero si ambos deben entenderse cuando se dice "y a la tierra", es decir, "convocará" y "arriba"; para que este sea el sentido, "Convocará al cielo arriba, y a la tierra convocará arriba": no creo que pueda entenderse mejor que los hombres que serán arrebatados para recibir a Cristo en el aire, pero llamados cielo por las almas, tierra por los cuerpos. Discernir a su pueblo, ¿qué es sino separar por juicio a los buenos de los malos, como ovejas de cabritos? Luego, el discurso se dirige a los ángeles: "Congregad a sus justos". Pues ciertamente, por el ministerio angélico se llevará a cabo tan gran obra. Si buscamos a los justos que los ángeles le congregarán: "Los que disponen", dice, "su testamento sobre sacrificios". Esta es toda la vida de los justos, disponer el testamento de Dios sobre sacrificios. O bien las obras de misericordia son sobre sacrificios, es decir, deben ser preferidas a los sacrificios, según la sentencia de Dios que dice: "Misericordia quiero y no sacrificio" (Oseas VI, 6): o si sobre sacrificios, se entiende en los sacrificios, como se dice que se hace sobre la tierra lo que ciertamente se hace en la tierra: ciertamente las mismas obras de misericordia son sacrificios con los que se agrada a Dios, como recuerdo haber

discutido en el libro décimo de esta obra (cap. 6, y en otros lugares): en estas obras los justos disponen el testamento de Dios, porque por las promesas contenidas en su Nuevo Testamento, hacen estas cosas. Por lo cual, habiendo congregado a sus justos y colocándolos a su derecha, en el juicio final, Cristo dirá: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer" (Mat. XXV, 34); y las demás cosas que allí se mencionan sobre las buenas obras de los buenos, y sobre sus premios eternos por la última sentencia del juez.

CAPÍTULO XXV.---De la profecía de Malaquías que declara el juicio final de Dios, y de la purificación de algunos mediante penas purificadoras.

El profeta Malaquías, o Malachí, quien también fue llamado Ángel, y que algunos creen que fue Esdras el sacerdote, cuyas otras escrituras fueron recibidas en el canon (pues Jerónimo dice que esta es la opinión de los hebreos sobre él [Prólogo en Malach.]), profetiza el juicio final, diciendo: "He aquí que viene, dice el Señor todopoderoso: ¿y quién podrá soportar el día de su venida, o quién podrá resistir para verlo? Porque Él entra como fuego de fundidor, y como jabón de lavadores: y se sentará fundiendo y purificando, como oro y como plata, y purificará a los hijos de Leví, y los refinará como oro y plata: y serán, ofreciendo al Señor sacrificios en justicia. Y agradará al Señor el sacrificio de Judá y Jerusalén, como en los días antiguos, y como en los años pasados. Y me acercaré a vosotros en juicio, y seré un testigo rápido contra los hechiceros, y contra los adúlteros, y contra los que juran falsamente en mi nombre, y los que defraudan el salario del jornalero, y oprimen con poder a las viudas, y golpean a los huérfanos, y pervierten el juicio del extranjero y que no me temen, dice el Señor todopoderoso. Porque yo soy el Señor vuestro Dios, y no cambio" (Malach. III, 1-6). De lo que se ha dicho, parece más evidente que en ese juicio habrá algunas penas purificadoras para algunos. Pues donde se dice: "¿Quién podrá soportar el día de su venida, o quién podrá resistir para verlo? Porque Él entra como fuego de fundidor, y como jabón de lavadores: y se sentará fundiendo y purificando, como oro y como plata, y purificará a los hijos de Leví, y los refinará como oro y plata"; ¿qué otra cosa se debe entender? Isaías dice algo similar: "El Señor lavará las inmundicias de los hijos e hijas de Sion, y limpiará la sangre de en medio de ellos con espíritu de juicio y espíritu de ardor" (Is. IV, 4). A menos que se deba decir que serán purificados de sus inmundicias, y de alguna manera refinados, cuando los malos sean separados de ellos por un juicio penal, de modo que la segregación y condenación de aquellos sea la purificación de estos, porque vivirán sin la mezcla de tales. Pero cuando dice: "Y purificará a los hijos de Leví, y los refinará como oro y plata, y serán ofreciendo al Señor sacrificios en justicia, y agradará al Señor el sacrificio de Judá y Jerusalén", ciertamente muestra que ellos mismos, que serán purificados, de ahí en adelante serán agradables al Señor en sacrificios de justicia, y por lo tanto ellos mismos serán purificados de su injusticia, en la cual desagradaban al Señor. Las ofrendas, en plena y perfecta justicia, cuando hayan sido purificados, serán ellos mismos. Pues, ¿qué ofrecen más aceptable a Dios que a sí mismos? Sin embargo, esta cuestión de las penas purificadoras, para tratarla con más detalle, debe diferirse a otro momento. Pero debemos entender a los hijos de Leví y a Judá y Jerusalén como la misma Iglesia de Dios, no solo reunida de los hebreos, sino también de otras naciones: ni tal como es ahora, donde "si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (I Juan I, 8): sino como será entonces, purgada como una era por la ventilación, así por el juicio final; también purificados por el fuego aquellos a quienes tal purificación es necesaria; de modo que no haya absolutamente nadie que ofrezca sacrificio por sus pecados. Pues todos los que así ofrecen, ciertamente están en pecados, por los cuales ofrecen para que sean perdonados, para que cuando hayan ofrecido, y haya sido aceptado por Dios, entonces sean perdonados.

CAPÍTULO XXVI.---De los sacrificios que los santos ofrecerán a Dios, agradables como en los días antiguos y en los años pasados.

1. Pero queriendo Dios mostrar que su ciudad no estará entonces en esta costumbre, dijo que los hijos de Leví ofrecerán sacrificios en justicia: no, pues, en pecado, y por lo tanto no por el pecado. De donde se puede entender en lo que añadió a continuación, y dijo: "Y agradará al Señor el sacrificio de Judá y Jerusalén, como en los días antiguos, y como en los años pasados", que los judíos se prometen en vano a sí mismos los tiempos pasados de sus sacrificios según la ley del Antiguo Testamento. Pues entonces no ofrecían sacrificios en justicia, sino en pecados, cuando principalmente y en primer lugar ofrecían por los pecados, hasta el punto de que el mismo sacerdote, a quien debemos creer más justo que los demás, solía ofrecer primero por sus propios pecados, luego por los del pueblo, según el mandato de Dios (Lev. XVI, 6; Hebr. VII, 27). Por lo tanto, debemos explicar cómo debe entenderse lo que se dijo: "Como en los días antiguos, y como en los años pasados". Quizás recuerda aquel tiempo en que los primeros hombres estuvieron en el paraíso. Entonces, puros e íntegros de toda inmundicia y mancha de pecado, se ofrecían a sí mismos a Dios como sacrificios purísimos. Pero desde que fueron expulsados de allí por causa de la transgresión cometida, y la naturaleza humana fue condenada en ellos, excepto en un Mediador, y después del lavacro de la regeneración en los niños aún pequeños, "Nadie es puro de inmundicia", como está escrito, "ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra" (Job XIV, 4, según LXX). Si se responde que también ellos pueden decirse con razón que ofrecen sacrificios en justicia, quienes ofrecen en fe; "El justo vivirá por la fe" (Rom. I, 17); aunque se engañe a sí mismo si dice que no tiene pecado (I Juan I, 8); y por eso no lo diga, porque vive por la fe: ¿acaso alguien dirá que este tiempo de fe debe equipararse a aquel fin, cuando serán purificados por el fuego del juicio final, para que ofrezcan sacrificios en justicia? Y por lo tanto, puesto que después de tal purificación no se debe creer que los justos tendrán pecado alguno, ciertamente aquel tiempo, en cuanto a no tener pecado, no se puede comparar con ningún tiempo, sino cuando los primeros hombres vivieron en el paraíso antes de la transgresión con una felicidad inocentísima. Por lo tanto, se entiende correctamente que esto fue significado cuando se dijo: "Como en los días antiguos, y como en los años pasados". Pues también por Isaías, después de que se prometió un nuevo cielo y una nueva tierra, entre otras cosas que allí se exponen sobre la bienaventuranza de los santos mediante alegorías y enigmas, cuya exposición adecuada nos impide la preocupación por evitar la longitud, "Según los días", dice, "del árbol de la vida serán los días de mi pueblo" (Is. LXV, 22). ¿Y quién que haya tocado las Sagradas Escrituras ignora dónde plantó Dios el árbol de la vida, del cual, separados aquellos hombres por su iniquidad, cuando los expulsó del paraíso, se colocó una custodia ígnea y terrible alrededor de ese árbol?

2. Pero si alguien sostiene que aquellos días del árbol de la vida, que el profeta Isaías mencionó, son estos días que ahora se viven en la Iglesia de Cristo, y que el mismo Cristo es llamado proféticamente el árbol de la vida, porque Él es la Sabiduría de Dios, de la cual Salomón dice: "Es árbol de vida para los que la abrazan" (Prov. III, 18); y que aquellos primeros hombres no vivieron años en el paraíso, de donde fueron expulsados tan pronto, que no engendraron allí ningún hijo; y por eso no se puede entender aquel tiempo en lo que se dijo: "Como en los días antiguos, y como en los años pasados": paso por alto esta cuestión, para no verme obligado (lo cual es extenso) a discutir todo, para que la verdad manifiesta confirme algo de esto. Pues veo otro sentido, para que no creamos que los días antiguos y los años pasados de los sacrificios carnales nos fueron prometidos como un gran don por el Profeta. Pues aquellas víctimas de la antigua Ley, en los animales sin mancha y sin ningún defecto, se ordenaban ofrecer, y significaban a los hombres santos, como solo se encontró

Cristo, sin ningún pecado en absoluto. Por lo tanto, porque después del juicio, cuando también sean purificados por el fuego aquellos que son dignos de tal purificación, en todos los santos no se encontrará ningún pecado en absoluto, y así se ofrecerán a sí mismos en justicia, de modo que tales sacrificios sean de todo modo inmaculados y sin ningún defecto, serán ciertamente como en los días antiguos y como en los años pasados, cuando en la sombra de esta futura realidad se ofrecían sacrificios purísimos. Pues esta será la pureza entonces en la carne inmortal y la mente de los santos, que se figuraba en los cuerpos de aquellas víctimas.

3. Luego, por aquellos que no son dignos de purificación, sino de condenación, "Y me acercaré", dice, "a vosotros en juicio, y seré un testigo rápido contra los hechiceros y contra los adúlteros", y demás, enumerando los crímenes condenables, añadió: "Porque yo soy el Señor vuestro Dios, y no cambio": como si dijera, Cuando vuestra culpa os haya cambiado para peor, y mi gracia para mejor, yo no cambio. Se dice que será testigo porque en su juicio no necesita testigos: y rápido, ya sea porque vendrá de repente, y el juicio será rapidísimo por su inesperada venida, que parecía tardar; o porque convencerá sin ninguna prolijidad de palabras las mismas conciencias. Pues en las cogitaciones, como está escrito, "será la interrogación del impío" (Sab. I, 9). Y el Apóstol, "Las cogitaciones", dice, "acusando o también excusando en el día en que Dios juzgará los secretos de los hombres, según mi Evangelio por Jesucristo" (Rom. II, 15, 16). Así también, por lo tanto, el Señor debe entenderse como futuro testigo rápido, cuando sin demora traerá a la memoria, de donde convencerá y castigará la conciencia.

CAPÍTULO XXVII.---De la separación de buenos y malos, por la cual se declara la discreción del juicio final.

También aquello que, tratando otro asunto en el libro decimoctavo, puse de este profeta (capítulo 35, al final), se refiere al juicio final, donde dice: "Serán para mí, dice el Señor todopoderoso, en el día en que yo haga en adquisición, y los elegiré como elige el hombre a su hijo que le sirve: y os convertiréis, y veréis qué diferencia hay entre el justo y el iniquo, y entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Porque he aquí que viene el día ardiente como un horno, y los quemará, y todos los extranjeros, y todos los que hacen iniquidad, serán como paja: y los quemará el día venidero, dice el Señor todopoderoso: y no quedará en ellos raíz ni rama. Y para vosotros, que teméis mi nombre, se levantará el sol de justicia, y la sanidad en sus alas; y saldréis, y saltaréis como becerros liberados de las ataduras: y pisotearéis a los inicuos, y serán ceniza bajo vuestros pies, dice el Señor todopoderoso" (Malach. III, 17, 18; IV, 1-3). Esta diferencia de premios y castigos que separa a los justos de los injustos, que bajo este sol en la vanidad de esta vida no se ve, cuando bajo aquel sol de justicia en la manifestación de aquella vida se hará clara, entonces ciertamente será un juicio como nunca lo ha habido.

CAPÍTULO XXVIII.---De la ley de Moisés entendida espiritualmente, para no incurrir en murmuraciones condenables del sentido carnal.

Lo que sigue diciendo el mismo profeta: "Acordaos de la ley de Moisés mi siervo, que le mandé en Horeb para todo Israel" (Malach. IV, 4); oportunamente recuerda los preceptos y juicios, después de declarar tan gran diferencia futura entre los observadores de la ley y los que la desprecian; también para que aprendan a entender la ley espiritualmente, y encuentren en ella a Cristo, por quien se hará la discreción entre buenos y malos. Pues no en vano el mismo Señor dijo a los judíos: "Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él" (Juan V, 46). Pues al entender la ley carnalmente, y no sabiendo que sus

promesas terrenales eran figuras de cosas celestiales, cayeron en murmuraciones, hasta atreverse a decir: "Es vano servir a Dios: y ¿qué más, porque guardamos sus mandamientos, y porque anduvimos humildes ante el rostro del Señor todopoderoso? Y ahora decimos que son bienaventurados los extranjeros, y se edifican todos los que hacen iniquidad" (Malach. III, 14 y 15). Con estas palabras suyas, el profeta se vio de algún modo obligado a anunciar el juicio final, donde los malos no serán ni siquiera falsamente bienaventurados, sino que aparecerán claramente como los más miserables; y los buenos no sufrirán ninguna miseria temporal, sino que disfrutarán de una beatitud clara y sempiterna. Pues había dicho de ellos tales palabras también anteriormente, diciendo: "Todo el que hace mal, es bueno a los ojos del Señor, y tales le agradan" (Id. II, 17). A estas murmuraciones contra Dios llegaron, al entender la ley de Moisés carnalmente. Por lo cual, también aquel en el Salmo setenta y tres, dice que sus pies casi se movieron, y sus pasos casi se deslizaron, ciertamente hacia la caída, porque tuvo envidia de los pecadores, viendo la paz de los pecadores; hasta el punto de que entre otras cosas decía: "¿Cómo supo Dios, y hay conocimiento en el Altísimo?" también decía: "¿Acaso en vano he justificado mi corazón, y he lavado mis manos en inocencia?" Pero para resolver esta cuestión tan difícil, que surge cuando los buenos parecen ser miserables, y los malos felices: "Esto", dice, "es trabajo para mí, hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda en los últimos tiempos" (Sal. LXXII, 11, 13, 16, 17). Pues en el juicio final no será así: sino que en la miseria manifiesta de los inicuos, y en la felicidad manifiesta de los justos, aparecerá algo muy diferente de lo que es ahora.

CAPÍTULO XXIX.---Del advenimiento de Elías antes del juicio, cuya predicación revelando los secretos de las Escrituras, los judíos se convertirán a Cristo.

Cuando les advirtió que recordaran la ley de Moisés, porque preveía que aún por mucho tiempo no la aceptarían espiritualmente como debían, inmediatamente añadió: "He aquí, yo os envío a Elías, el Tesbita, antes de que venga el día grande y glorioso del Señor, quien convertirá el corazón del padre hacia el hijo, y el corazón del hombre hacia su prójimo, no sea que viniendo hiera la tierra por completo" (Malaquías IV, 5, 6, según los Setenta). Es muy conocido entre los discursos y corazones de los fieles que, por medio de este gran y maravilloso profeta Elías, los judíos, al final de los tiempos antes del juicio, creerán en Cristo verdadero, es decir, en nuestro Cristo, habiéndoles sido expuesta la ley. No sin razón se espera que él venga antes de la llegada del juez Salvador, porque también ahora se cree que vive, ya que fue arrebatado de las cosas humanas en un carro de fuego, como lo atestigua evidentemente la Sagrada Escritura (IV Reyes II, 11). Cuando venga, exponiendo la ley espiritualmente, que ahora los judíos entienden carnalmente, "convertirá el corazón del padre hacia el hijo", es decir, el corazón de los padres hacia los hijos: los intérpretes de los Setenta usaron el singular en lugar del plural. Y el sentido es que los hijos, es decir, los judíos, entiendan la ley como la entendieron los padres, es decir, los profetas, entre los cuales estaba Moisés. Así, el corazón de los padres se convertirá hacia los hijos, cuando la inteligencia de los padres se lleve a la inteligencia de los hijos; "y el corazón de los hijos hacia sus padres", cuando ellos consientan en lo que aquellos sintieron: donde los Setenta dijeron, "y el corazón del hombre hacia su prójimo". Porque los padres y los hijos son muy próximos entre sí. Aunque en las palabras de los intérpretes de los Setenta, que interpretaron proféticamente, puede encontrarse otro sentido igualmente preferible; para que se entienda que Elías convertirá el corazón de Dios Padre hacia el Hijo: no actuando para que el Padre ame al Hijo, sino enseñando que el Padre ama al Hijo; para que también los judíos, a quienes antes odiaban, amen al mismo, que es nuestro Cristo. Porque ahora los judíos creen que Dios tiene su corazón alejado de nuestro Cristo. Entonces, su corazón se convertirá hacia el Hijo, cuando ellos, con el corazón convertido, aprendan el amor del Padre hacia el Hijo. Lo que

sigue, "y el corazón del hombre hacia su prójimo", es decir, Elías también convertirá el corazón del hombre hacia su prójimo; ¿qué mejor se entiende que el corazón del hombre hacia el hombre Cristo? Porque aunque nuestro Dios está en forma de Dios, dignándose tomar la forma de siervo, también es nuestro prójimo. Esto hará Elías. "No sea que venga y hiera la tierra por completo". Porque son tierra aquellos que piensan en cosas terrenales; como los judíos carnales hasta ahora: de donde vinieron aquellas murmuraciones contra Dios, "Porque a los malos les agrada"; y, "Es vano servir a Dios" (Malaquías II, 17; III, 14).

CAPÍTULO XXX.---Que en los libros del Antiguo Testamento, cuando se lee que Dios juzgará, no se muestra evidentemente la persona de Cristo: pero de algunos testimonios, donde habla el Señor Dios, aparece sin duda que él es Cristo.

1. Hay muchos otros testimonios de las Escrituras divinas sobre el juicio final de Dios; si los recopilara todos, sería demasiado extenso. Por lo tanto, basta con que hayamos demostrado que esto ha sido anunciado tanto en las Escrituras nuevas como en las antiguas. Pero en las antiguas, que el juicio será por medio de Cristo, es decir, que Cristo vendrá del cielo como juez, no está tan claramente expresado como en las nuevas: porque cuando allí dice el Señor Dios que vendrá, o se dice que vendrá el Señor Dios, no se entiende consecuentemente que es Cristo. Porque el Señor Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: sin embargo, no debemos dejar esto sin testimonio. Por lo tanto, primero debe demostrarse cómo Jesucristo habla como el Señor Dios en los libros proféticos, y sin embargo, Jesucristo aparece claramente: para que también cuando no aparece así, y sin embargo se dice que el Señor Dios vendrá para ese último juicio, pueda entenderse que es Jesucristo. Hay un lugar en el profeta Isaías que muestra claramente lo que digo. Porque Dios, a través del profeta, dice: "Escúchame, Jacob e Israel a quien llamo. Yo soy el primero, y yo en la eternidad: y mi mano fundó la tierra, y mi diestra afirmó el cielo. Los llamaré, y estarán juntos, y se reunirán todos, y escucharán. ¿Quién les anunció estas cosas? Amándote, hice tu voluntad sobre Babilonia, para quitar la descendencia de los caldeos. Y hablé, y yo llamé: lo traje, y prosperé su camino. Acérquense a mí, y escuchen estas cosas. No he hablado en secreto desde el principio: cuando se hacían, allí estaba. Y ahora el Señor Dios me ha enviado, y su Espíritu" (Isaías XLVIII, 12-16). Sin duda, él es quien hablaba como el Señor Dios: sin embargo, no se entendería que es Jesucristo, si no hubiera añadido, "Y ahora el Señor Dios me ha enviado, y su Espíritu". Esto lo dijo según la forma de siervo, usando el verbo en tiempo pasado para un hecho futuro: como se lee en el mismo profeta, "Como oveja fue llevado al matadero" (Isaías LIII, 7, según los Setenta). No dijo, "Será llevado": sino que por lo que iba a suceder, usó el verbo en tiempo pasado. Y la profecía habla así constantemente.

2. Hay también otro lugar en Zacarías que muestra claramente que el omnipotente envió al omnipotente: ¿quién a quién, sino Dios Padre a Dios Hijo? Pues está escrito así: "Así dice el Señor omnipotente, Después de la gloria me envió sobre las naciones que os despojaron; porque quien os toca, toca la niña de su ojo. He aquí, yo levantaré mi mano sobre ellos, y serán despojos para aquellos que les sirvieron; y conoceréis que el Señor omnipotente me ha enviado" (Zacarías II, 8 y 9). He aquí que dice el Señor omnipotente que ha sido enviado por el Señor omnipotente. ¿Quién se atrevería a entender aquí sino a Cristo hablando, evidentemente a las ovejas perdidas de la casa de Israel? Pues dice en el Evangelio, "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mateo XV, 24): a las que aquí comparó con la niña del ojo de Dios, por el afecto de amor más excelente; de cuyo género de ovejas también fueron los mismos Apóstoles. Pero después de la gloria de su resurrección, que antes de que sucediera, dice el evangelista, "Jesús aún no había sido glorificado" (Juan VII, 39); también fue enviado sobre las naciones en sus Apóstoles: y así se cumplió lo que se lee en el Salmo, "Me librarás de las contradicciones del pueblo, me pondrás por cabeza de las

naciones" (Salmo XVII, 44): para que aquellos que despojaron a los israelitas, y a quienes los israelitas sirvieron cuando fueron sometidos a las naciones, no fueran despojados de la misma manera, sino que ellos mismos fueran despojos de los israelitas. Esto prometió a los Apóstoles, diciendo, "Os haré pescadores de hombres" (Mateo IV, 19). Y a uno de ellos, "Desde ahora, serás pescador de hombres" (Lucas V, 10). Así que serían despojos, pero para bien, como vasijas arrebatadas a aquel fuerte, pero atado por uno más fuerte (Mateo XII, 29).

3. También a través del mismo profeta, el Señor hablando, dice: "Y sucederá en aquel día, que buscaré destruir a todas las naciones que vienen contra Jerusalén, y derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el Espíritu de gracia y de misericordia; y mirarán a mí, a quien traspasaron; y llorarán por él como se llora por un unigénito, y se lamentarán por él como se lamenta por un primogénito" (Zacarías XII, 9, 10). ¿Acaso no es de Dios destruir a todas las naciones enemigas de la santa ciudad de Jerusalén, que vienen contra ella, es decir, que son contrarias a ella, o, como otros han interpretado, que vienen sobre ella, es decir, para someterla a sí mismas: o derramar sobre la casa de David y sobre los habitantes de la misma ciudad el Espíritu de gracia y de misericordia? Esto ciertamente es de Dios, y se dice desde la persona de Dios a través del Profeta: y sin embargo, este Dios que hace cosas tan grandes y divinas se muestra a sí mismo como Cristo, añadiendo y diciendo, "Y mirarán a mí, a quien traspasaron; y llorarán por él como se llora por un unigénito". En aquel día, los judíos se arrepentirán, incluso aquellos que recibirán el Espíritu de gracia y de misericordia, de que en su pasión insultaron a Cristo, cuando lo vean venir en su majestad, y lo reconozcan como aquel a quien antes humillaron en sus padres: aunque también sus mismos padres, autores de tan gran impiedad, resucitarán y lo verán, pero ya para ser castigados, no para ser corregidos. Por lo tanto, en este lugar no deben entenderse ellos, donde se dice, "Y derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén el Espíritu de gracia y de misericordia; y mirarán a mí, a quien traspasaron": sino aquellos que de su descendencia vendrán, que por Elías en ese tiempo creerán. Pero así como decimos a los judíos, "Vosotros matasteis a Cristo", aunque lo hicieron sus padres: así también estos se dolerán de haber hecho de alguna manera lo que aquellos hicieron, de cuya descendencia descienden. Aunque, por lo tanto, habiendo recibido el Espíritu de gracia y de misericordia, ya fieles no serán condenados con sus impíos padres; sin embargo, se dolerán como si ellos mismos hubieran hecho lo que aquellos hicieron. No se dolerán, por lo tanto, por la culpa del crimen, sino por el afecto de piedad. Ciertamente, donde los intérpretes de los Setenta dijeron, "Y mirarán a mí, a quien traspasaron"; así se interpretó del hebreo, "Y mirarán a mí, a quien traspasaron". Con esta palabra, Cristo crucificado aparece más claramente. Pero esa burla, que los Setenta prefirieron poner, no faltó en toda su pasión. Pues tanto al ser detenido, como al ser atado, y condenado, y vestido con la ignominiosa vestidura de burla, y coronado de espinas, y golpeado en la cabeza con una caña, y adorado con rodillas dobladas en burla, y llevando su cruz, y ya colgado en el madero, ciertamente le insultaron. Por lo tanto, no siguiendo una sola interpretación, sino uniendo ambas, cuando leemos tanto "insultaron" como "traspasaron", reconocemos más plenamente la verdad de la pasión del Señor.

4. Por lo tanto, cuando en las escrituras proféticas se lee que Dios vendrá para hacer el juicio final, aunque no se ponga otra distinción de él; solo por el mismo juicio debe entenderse a Cristo: porque aunque el Padre juzgue, juzgará por la venida del Hijo del Hombre. Pues él, por la manifestación de su presencia, no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo (Juan V, 22): quien se manifestará como hombre para juzgar, así como fue juzgado como hombre. ¿Quién es otro, de quien también Dios habla a través de Isaías bajo el nombre de Jacob e Israel, de cuya descendencia tomó cuerpo? que está escrito así: "Jacob mi siervo, lo recibiré: Israel mi elegido, mi alma lo asumió. Di mi Espíritu sobre él, juicio a las naciones

traerá. No clamará, ni cesará, ni se oirá su voz en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea; pero en verdad traerá juicio. Resplandecerá, y no se quebrará, hasta que ponga en la tierra juicio; y en su nombre esperarán las naciones" (Isaías XLII, 1-4, según los Setenta). En hebreo no se lee Jacob e Israel: pero lo que allí se lee "mi siervo", sin duda los intérpretes de los Setenta, queriendo advertir cómo debe entenderse, porque ciertamente se dijo por la forma de siervo, en la cual el Altísimo se mostró muy humilde, pusieron el nombre del mismo hombre para significarlo, de cuya descendencia se asumió la misma forma de siervo. Se dio en él el Espíritu Santo, lo cual también se mostró en forma de paloma, como testifica el Evangelio (Mateo III, 16). Trajo juicio a las naciones, porque predijo lo que iba a suceder, lo que estaba oculto a las naciones. Con mansedumbre no clamó, ni cesó en predicar la verdad. Pero no se oyó su voz en las calles, ni se oye; ya que por aquellos que están fuera, cortados de su cuerpo, no se le obedece: y a sus mismos perseguidores judíos, que son comparados con una caña cascada, perdida su integridad, y con un pábilo que humea, perdida su luz, no los quebró, ni los apagó; porque les perdonó, que aún no había venido a juzgarlos, sino a ser juzgado por ellos. Sin embargo, en verdad trajo juicio, prediciéndoles cuándo serían castigados, si persistían en su maldad. Resplandeció en el monte su rostro (Mateo XVII, 1, 2), en el mundo su fama: ni fue quebrado, ni quebrantado, porque ni en sí mismo, ni en su Iglesia, cedió a los perseguidores para dejar de ser. Y por eso no se hizo, ni se hará, lo que sus enemigos dijeron, o dicen, "¿Cuándo morirá y perecerá su nombre?" (Salmo XL, 6). Hasta que ponga en la tierra juicio. He aquí que se ha manifestado lo que buscábamos oculto. Esto es el juicio final, que pondrá en la tierra, cuando él venga del cielo. De lo cual ya vemos cumplido, lo que aquí se puso al final: "Y en su nombre esperarán las naciones". Por esto ciertamente, que no puede negarse, también se crea aquello que se niega impúdicamente. ¿Quién esperaría que las naciones esperaran en el nombre de Cristo, cuando era detenido, atado, golpeado, burlado, crucificado; cuando incluso sus discípulos perdieron la esperanza que ya habían comenzado a tener en él? Lo que entonces apenas un ladrón esperó en la cruz, ahora lo esperan las naciones extendidas por todas partes; y para que no mueran eternamente, son marcadas con la cruz en la que él murió.

5. Por lo tanto, nadie niega ni duda que por Jesucristo tal como se predice en estas sagradas Escrituras, será el juicio final, a menos que no crea en estas mismas Escrituras, no sé con qué increíble animosidad o ceguera, que ya han demostrado su verdad al mundo entero. En ese juicio, o alrededor de ese juicio, hemos aprendido que vendrán estas cosas: Elías el Tesbita, la fe de los judíos, el Anticristo persiguiendo, Cristo juzgando, la resurrección de los muertos, la separación de buenos y malos, la conflagración del mundo, y su renovación. Todas estas cosas ciertamente deben creerse que vendrán: pero de qué manera, y en qué orden vendrán, más bien entonces la experiencia de los hechos lo enseñará, que ahora la inteligencia humana puede alcanzar perfectamente. Sin embargo, creo que vendrán en el orden en que las he mencionado.

6. Nos quedan dos libros relacionados con esta obra, para que con la ayuda del Señor completemos lo prometido: uno de los cuales será sobre el castigo de los malos, y el otro sobre la felicidad de los justos: en los cuales principalmente, como Dios lo conceda, se refutarán los argumentos humanos que parecen roer sabiamente contra las cosas predichas y prometidas por Dios, y desprecian como falsas y ridículas los nutrientes de la fe saludable. Pero aquellos que piensan según Dios, tienen como máximo argumento de todas las cosas que parecen increíbles a los hombres, y sin embargo están contenidas en las Escrituras sagradas, cuya verdad ya ha sido afirmada de muchas maneras, la veraz omnipotencia de Dios, a quien tienen por cierto que de ninguna manera pudo mentir en ellas, y puede hacer lo que es imposible para el incrédulo.

LIBRO VIGÉSIMO PRIMERO. Sobre el fin debido de la ciudad del diablo, es decir, el castigo eterno de los condenados, y sobre los argumentos humanos de los incrédulos contra ello.

CAPÍTULO PRIMERO.---Del orden de la discusión, en la que primero se debe tratar sobre el castigo perpetuo de los condenados con el diablo, antes que sobre la eterna felicidad de los santos.

Cuando por Jesucristo nuestro Señor, juez de vivos y muertos, ambas ciudades hayan llegado a sus fines debidos, de qué tipo será el castigo del diablo y de todos los que le pertenecen, en este libro, en la medida en que con la ayuda divina podamos, debemos discutirlo con más diligencia. Sin embargo, preferí seguir este orden, para que después hable de la felicidad de los santos, ya que ambos serán con cuerpos; y parece más increíble que los cuerpos duren en eternos tormentos, que permanezcan sin ningún dolor en la eterna bienaventuranza. Por lo tanto, cuando haya demostrado que ese castigo no debe ser increíble, me ayudará mucho para que se crea mucho más fácilmente que la inmortalidad de los cuerpos en los santos será sin ninguna molestia. Y este orden no es ajeno a las divinas escrituras, donde a veces se pone primero la bienaventuranza de los buenos, como es aquello, "Los que hicieron el bien, a la resurrección de vida; pero los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio" (Juan V, 29): pero a veces también después, como es, "Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos, y los echarán en el horno de fuego ardiente, allí será el llanto y el crujir de dientes; entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre" (Mateo XIII, 41-43); y aquello, "Así irán estos al castigo eterno; pero los justos, a la vida eterna" (Mateo XXV, 46). Y en los Profetas, lo cual sería largo de mencionar, ahora este, ahora aquel orden, si alguien lo examina, se encuentra. Pero ya he dicho por qué elegí este orden.

CAPÍTULO II.---Si los cuerpos pueden ser perpetuos en la quema del fuego.

CAPÍTULO II.

¿Qué, entonces, mostraré para convencer a los incrédulos de que los cuerpos humanos animados y vivientes no solo nunca se disolverán por la muerte, sino que también pueden durar en los tormentos de los fuegos eternos? No quieren referir esto al poder del Omnipotente, sino que exigen ser persuadidos con algún ejemplo. Si les respondemos que ciertamente hay animales corruptibles, porque son mortales, que sin embargo viven en medio de las llamas: también se encuentra un cierto tipo de gusanos en las fuentes de aguas calientes, cuyo calor nadie puede tocar impunemente; y que estos no solo están allí sin sufrir daño alguno, sino que no pueden estar fuera de allí: o no quieren creerlo si no podemos mostrarlo; o si podemos demostrarlo, ya sea mostrando las cosas mismas a sus ojos o enseñándoles a través de testigos idóneos, argumentarán con la misma incredulidad que esto no es suficiente como ejemplo de la cuestión en disputa: porque estos animales no viven siempre, y en esos calores viven sin dolores, ya que se alimentan, no se torturan, con elementos que les son convenientes a su naturaleza; como si no fuera más increíble alimentarse que sufrir con tales cosas. Es ciertamente maravilloso sufrir en el fuego y, sin embargo, vivir; pero es más maravilloso vivir en el fuego y no sufrir. Si esto se cree, ¿por qué no también aquello?

CAPÍTULO III. —¿Es consecuente que el dolor corporal lleve a la destrucción de la carne?

1. Pero, dicen, no hay cuerpo que pueda sufrir dolor y no pueda morir. ¿Y cómo sabemos esto? Pues, ¿quién está seguro de los cuerpos de los demonios, si sienten dolor cuando confiesan ser afligidos con grandes tormentos? Si se responde que no hay cuerpo terrenal sólido y visible, y para explicarlo con un solo nombre, no hay carne que pueda sufrir dolor y no pueda morir: ¿qué otra cosa se dice sino lo que los hombres han recogido por el sentido corporal y la experiencia? No conocen carne alguna sino la mortal: y esta es toda su razón, que lo que no han experimentado, no creen que pueda existir. Pues, ¿qué razón hay para hacer del dolor un argumento de muerte, cuando es más bien un indicio de vida? Aunque busquemos si puede vivir siempre: sin embargo, es cierto que todo lo que sufre dolor vive, y que todo dolor no puede existir sino en algo viviente. Por lo tanto, es necesario que viva el que sufre dolor, no es necesario que el dolor lo mate: porque ni siquiera todos los dolores matan estos cuerpos mortales, y ciertamente destinados a morir; y para que algún dolor pueda matar, la causa es que el alma está tan conectada a este cuerpo que cede y se separa ante los dolores extremos: porque también la estructura de los miembros y órganos vitales es tan débil que no puede soportar la fuerza que causa un gran o extremo dolor. Sin embargo, entonces, el alma se conecta a tal cuerpo de tal manera que ese vínculo no se disuelve por ninguna longitud de tiempo, ni se rompe por ningún dolor. Por lo tanto, aunque ahora no haya carne que pueda soportar el sentido del dolor y no pueda morir: sin embargo, habrá entonces tal carne, como ahora no hay; así como habrá una muerte tal, como ahora no hay. No será una muerte inexistente, sino eterna, cuando el alma no pueda vivir al no tener a Dios, ni carecer de los dolores del cuerpo muriendo. La primera muerte expulsa al alma del cuerpo contra su voluntad, la segunda muerte retiene al alma en el cuerpo contra su voluntad: de ambas muertes se obtiene en común que el alma sufre de su cuerpo lo que no quiere.

2. Sin embargo, estos contradictores observan que ahora no hay carne que pueda sufrir dolor y no pueda morir; y no observan que hay algo que es mayor que el cuerpo. Pues el mismo espíritu, cuya presencia da vida y gobierna el cuerpo, puede sufrir dolor y no puede morir. He aquí que se ha encontrado algo que, aunque tiene el sentido del dolor, es inmortal. Esto, por lo tanto, será entonces también en los cuerpos de los condenados, lo que ahora sabemos que existe en las almas de todos. Pero si consideramos más detenidamente, el dolor que se dice del cuerpo, pertenece más al alma. Pues el dolor es del alma, no del cuerpo, incluso cuando la causa del dolor proviene del cuerpo, cuando duele en el lugar donde el cuerpo es herido. Así como decimos cuerpos sensibles y cuerpos vivientes, cuando el sentido y la vida son del alma para el cuerpo; así también decimos cuerpos dolientes, cuando el dolor no puede existir en el cuerpo sin el alma. Por lo tanto, el alma sufre con el cuerpo en el lugar de este, donde algo sucede para que sufra. También sufre sola, aunque esté en el cuerpo, cuando por alguna causa invisible está triste mientras el cuerpo está ileso. También sufre cuando no está en el cuerpo: pues ciertamente sufría aquel rico en el infierno, cuando decía: "Estoy atormentado en esta llama" (Lucas 16, 24). Pero el cuerpo ni muerto sufre, ni animado sin alma sufre. Si, por lo tanto, se tomara correctamente el argumento del dolor para la muerte, de modo que la muerte pueda ocurrir porque el dolor pudo ocurrir, más bien correspondería al alma morir, a la que más corresponde sufrir. Pero como aquello que más puede sufrir, no puede morir, ¿qué motivo hay para creer que esos cuerpos, porque estarán en dolores, también morirán? Los platónicos dijeron que de los cuerpos terrenales y miembros mortales el alma teme, desea, sufre y se alegra. De donde Virgilio dice: "De aquí, temen, desean, sufren y se alegran" (Eneida, libro 6, verso 733). Pero los hemos refutado en el libro decimocuarto de esta obra, que las almas, según ellos, purgadas de toda mancha corporal, tienen un deseo terrible, por el cual nuevamente comienzan a querer volver a los cuerpos (Ibid. versos 720, 721). Donde puede haber deseo, ciertamente también puede haber dolor. Pues el deseo frustrado, ya sea

por no alcanzar lo que buscaba, o por perder lo que había alcanzado, se convierte en dolor. Por lo tanto, si el alma, que sufre sola o principalmente, tiene sin embargo una cierta inmortalidad según su modo, no por eso esos cuerpos podrán morir porque sufrirán. Finalmente, si los cuerpos hacen que las almas sufran, ¿por qué pueden causarles dolor, pero no pueden causarles muerte, sino porque no es consecuente que lo que causa dolor cause muerte? ¿Por qué, entonces, es increíble que los fuegos puedan causar dolor a esos cuerpos, no muerte, así como los mismos cuerpos hacen sufrir a las almas, pero no las obligan a morir? Por lo tanto, el dolor no es un argumento necesario de muerte futura.

CAPÍTULO IV. —Sobre los ejemplos naturales cuya consideración enseña que los cuerpos vivientes pueden permanecer entre tormentos.

1. Por lo tanto, si, como han escrito quienes han investigado más curiosamente las naturalezas de los animales, la salamandra vive en el fuego; y ciertos montes muy conocidos de Sicilia, que hasta ahora y en adelante arden con llamas por tan larga duración de tiempo y antigüedad, y permanecen intactos, son testigos suficientemente idóneos de que no todo lo que arde se consume; y el alma indica que no todo lo que puede sufrir dolor puede también morir: ¿qué ejemplos de cosas se nos piden aún para enseñar que no es increíble que los cuerpos de los hombres castigados con suplicio eterno no pierdan el alma en el fuego, y ardan sin detrimento, y sufran sin destrucción? Pues entonces la sustancia de la carne tendrá esa cualidad impuesta por aquel que ha impuesto cualidades tan maravillosas y variadas a tantas cosas que vemos, que porque son muchas, no nos maravillamos. ¿Quién sino Dios, creador de todo, dio a la carne del pavo muerto que no se pudriera? Cuando se escuchó esto, parecía increíble, sucedió que en Cartago se nos sirvió esta ave cocida: de cuyo pecho, la cantidad de pulpa que pareció, ordenamos que se guardara: lo cual, después de tanto tiempo, cuando cualquier otra carne cocida se habría podrido, fue sacado y presentado, y no ofendió en nada nuestro olfato. Y nuevamente guardado después de más de treinta días, se encontró igual que era: y también después de un año, salvo que fue algo más seco y contraído en corpulencia. ¿Quién dio a la paja un poder tan frío que conserva la nieve enterrada; o tan caliente que madura las frutas inmaduras?

2. ¿Quién puede explicar las maravillas del fuego, que hace que las cosas quemadas se ennegrezcan, cuando él mismo es luminoso; y casi todo lo que rodea y lame, siendo de color bellísimo, lo decolora, y de una brasa resplandeciente produce un carbón negrísimo? Y no es como si estuviera definido regularmente: pues, por el contrario, las piedras cocidas en fuego candente se vuelven blancas, y aunque él es más rojo, ellas se vuelven blancas, lo cual conviene a la luz lo que es blanco, así como lo negro a las tinieblas. Así, cuando el fuego arde en la madera para cocer las piedras, tiene efectos contrarios en cosas no contrarias. Pues aunque las piedras y la madera son diferentes; sin embargo, no son contrarias, como lo son el blanco y el negro, de los cuales hace uno en las piedras, otro en la madera, aclarando aquellas, oscureciendo estas; cuando en aquellas se extinguiría, si no viviera en estas. ¿No es admirable en los carbones tanta debilidad que se rompen con un golpe levísimo, se desmenuzan con una presión facilísima; y tanta firmeza que no se corrompen con ninguna humedad, no son vencidos por ninguna edad, hasta el punto de que suelen ser colocados debajo por quienes fijan límites, para convencer al litigante, quienquiera que surja después de cualquier tiempo, y contienda que la piedra fija no es el límite? ¿Quién los hizo durar incorruptiblemente tanto tiempo enterrados en tierra húmeda, donde la madera se pudriría, sino el mismo fuego corruptor de las cosas?

3. Consideremos también el milagro de la cal, excepto lo que ya hemos dicho suficientemente, que se vuelve blanca con el fuego, por el cual otras cosas se vuelven negras,

incluso más ocultamente concibe fuego del fuego, y lo guarda tan latentemente en la masa fría que no aparece a ninguno de nuestros sentidos, pero descubierto por la experiencia, incluso cuando no aparece, se sabe que está presente dormido. Por lo cual hablamos de cal viva, como si el mismo fuego latente fuera el alma invisible del cuerpo visible. ¿Qué es más maravilloso que cuando se apaga, entonces se enciende? Pues para que carezca del fuego oculto, se le vierte agua, o se le rocía con agua; y cuando antes está fría, de allí se calienta, de donde todas las cosas calientes se enfrían. Por lo tanto, como si expirara, el fuego que estaba oculto se manifiesta, y luego como si muriera, está tan fría que el agua añadida no la quemará, y lo que llamábamos cal viva, llamamos apagada. ¿Qué puede añadirse a este milagro? Y sin embargo, se añade. Pues si no le aplicas agua, sino aceite, que es más combustible para el fuego, no se calienta con ninguna de sus aplicaciones o infusiones. Este milagro, si lo leyéramos de alguna piedra india, o lo escucháramos, y no pudiera llegar a nuestro experimento, ciertamente lo consideraríamos una mentira, o ciertamente lo admiraríamos grandemente. Pero las cosas que se nos presentan diariamente ante nuestros ojos, no por ser menos maravillosas en su género, sino por la misma asiduidad, se vuelven vulgares, de modo que hemos dejado de admirar algunas cosas de la India, que es una parte del mundo lejana de nosotros, que han podido llegar a nosotros como cosas admirables.

4. Muchos entre nosotros tienen la piedra adamantina, especialmente los orfebres y engastadores de gemas, que se dice que no puede ser vencida por hierro, fuego, ni otra fuerza, excepto por la sangre de cabra. Pero quienes la tienen y la conocen, ¿acaso la admiran tanto como aquellos a quienes se les muestra por primera vez su poder? Pero quienes no se les muestra, tal vez no lo creen; o si lo creen, lo admiran sin haberlo experimentado; y si les sucede experimentarlo, aún lo admiran como algo inusual, pero la asiduidad de experimentarlo poco a poco quita el estímulo de la admiración. Conocemos la piedra imán como un maravilloso captor de hierro: cuando la vi por primera vez, me estremecí intensamente. Pues veía un anillo de hierro capturado y suspendido por la piedra; luego, como si le hubiera dado su poder al hierro que había capturado, y lo hubiera hecho común, el mismo anillo fue acercado a otro, y lo suspendió, y así como el primero al imán, así el segundo anillo se adhería al primer anillo: se añadió de la misma manera un tercero, se añadió un cuarto, y ya colgaba una cadena de anillos unidos por mutuos círculos, no intrínsecamente entrelazados, sino adheridos extrínsecamente. ¿Quién no se asombraría de este poder de la piedra, que no solo estaba en ella, sino que también pasaba a través de tantos suspendidos, y los ataba con vínculos invisibles? Pero es mucho más maravilloso lo que supe de esta piedra imán por mi hermano y coobispo Severo de Milevi. Pues él mismo narró haber visto cómo Bathanarius, antiguo Conde de África, cuando el Obispo cenaba con él, sacó la misma piedra y la sostuvo bajo la plata, y puso hierro sobre la plata; luego, como movía la mano debajo, con la que sostenía la piedra, así se movía el hierro encima, y con la plata en medio sin sufrir nada, el hierro era arrastrado por la piedra con un movimiento muy rápido de ida y vuelta. Dije lo que vi, dije lo que escuché de él, a quien creí como si lo hubiera visto yo mismo. También diré lo que leí sobre esta piedra imán. Cuando se coloca cerca de ella un diamante, no atrae el hierro; y si ya lo había atraído, tan pronto como se le acerca, lo suelta. India envía estas piedras: pero si ya no las admiramos porque las conocemos, ¿cuánto más aquellos de donde vienen, si las tienen fácilmente, tal vez las tienen como nosotros la cal, que de manera maravillosa se calienta con agua, con la que suele apagarse el fuego, y no se calienta con aceite, con el que suele encenderse el fuego, porque está a nuestro alcance, no la admiramos?

CAPÍTULO V. —Cuántas cosas hay cuya razón no puede conocerse, y sin embargo no hay duda de que son verdaderas.

1. Sin embargo, los hombres incrédulos, cuando predicamos milagros divinos, ya sean pasados o futuros, que no podemos mostrarles para que los experimenten, nos exigen la razón de esas cosas; la cual, como no podemos dar (pues exceden las fuerzas de la mente humana), piensan que lo que decimos es falso; ellos mismos, de tantas cosas maravillosas que podemos ver o vemos, deben dar razón. Si ven que esto no puede ser hecho por el hombre, deben admitir que no por eso algo no fue o no será, porque no se puede dar razón de ello; ya que hay cosas de las que tampoco se puede. Por lo tanto, no me detengo en muchas cosas que han sido consignadas a las letras, no hechas y pasadas, sino permaneciendo en ciertos lugares; a donde si alguien quisiera y pudiera ir, exploraría si son verdaderas, pero menciono pocas. Se dice que la sal de Agrigento en Sicilia, cuando se acerca al fuego, fluye como en agua; pero cuando se acerca al agua, crepita como en fuego. En Garamantes hay una fuente tan fría durante el día que no se puede beber; tan caliente durante la noche que no se puede tocar. En Epiro hay otra fuente, en la que las antorchas, como en otras, se apagan encendidas; pero, no como en otras, se encienden apagadas. Se dice que la piedra Asbesto de Arcadia se llama así porque una vez encendida ya no puede apagarse. Se dice que la madera de cierto higo egipcio, no como otras maderas, flota en el agua, sino que se hunde; y lo que es más maravilloso, cuando ha estado en el fondo por un tiempo, vuelve a emerger a la superficie del agua, cuando debería haberse hundido por el peso de la humedad. Se dice que las frutas en la tierra de Sodoma se producen y llegan a la apariencia de madurez; pero cuando se muerden o presionan, se desvanecen en humo y ceniza al romperse la piel. Se dice que la piedra pirita persa quema la mano que la sostiene si se aprieta con fuerza, por lo cual recibió su nombre del fuego. En la misma Persia se dice que se produce la piedra Selenita, cuyo brillo interior crece y decrece con la luna. En Capadocia también se dice que las yeguas conciben por el viento, y que esos fetos no viven más de tres años. Se dice que la isla Tylon de India se prefiere a otras tierras porque todo árbol que crece en ella nunca se desnuda de su cobertura de hojas.

2. De estos y otros innumerables milagros, que la historia no de hechos y transacciones, sino de lugares permanentes contiene, para mí, que estoy ocupado en otra cosa, sería demasiado largo seguirlos. Que den razón, si pueden, esos infieles que no quieren creer en las Escrituras divinas; ¿qué otra cosa sino no pensar que son divinas, porque contienen cosas increíbles, como esto de lo que ahora hablamos? No admite, dicen, ninguna razón que la carne arda y no se consuma; que duela y no muera: grandes razonadores, que de todas las cosas que se sabe que son maravillosas, pueden dar razón. Que den razón, pues, de estas pocas que hemos mencionado, que sin duda, si no supieran que existen, y dijéramos que van a existir, creerían mucho menos que lo que ahora, al decirles nosotros que vendrá, no quieren creer. ¿Quién de ellos nos creería si, así como decimos que los cuerpos vivos de los hombres en el futuro serán siempre ardientes y dolorosos, pero nunca morirán, dijéramos que en el futuro siglo habrá una sal que el fuego hará fluir como en agua, y que el agua hará crepitar como en fuego; o una fuente cuya agua en el frescor de la noche arderá tanto que no podrá tocarse, y en los calores del día enfriará tanto que no podrá beberse; o una piedra que, o bien quemará con su calor la mano que la sujeta, o bien, una vez encendida, no podrá extinguirse de ninguna manera, y otras cosas que, dejando de lado otras innumerables, he considerado oportuno mencionar por ahora? Si dijéramos que estas cosas van a existir en ese siglo futuro, y los incrédulos nos respondieran: Si quieren que creamos, den razón de cada una: confesaríamos que no podemos, porque la débil razón de los mortales es vencida por estas y otras obras maravillosas de Dios; pero tenemos la razón firme de que el Omnipotente no hace nada sin razón, aunque la mente humana débil no pueda dar razón de ello: y en muchas cosas, ciertamente, no sabemos qué quiere; pero es certísimo que nada de lo que quiere le es

imposible: y creemos en Él que lo predice, a quien no podemos creer ni impotente ni mentiroso. Sin embargo, estos críticos de la fe, exigentes de razón, ¿qué responden sobre estas cosas de las que no se puede dar razón por el hombre, y sin embargo existen, y parecen ser contrarias a la razón de la naturaleza? Si dijéramos que van a existir, de manera similar a lo que decimos que va a existir, los infieles nos exigirían razón. Por lo tanto, cuando en tales obras de Dios falla la razón del corazón y del discurso humano, así como estas cosas no dejan de ser por eso, tampoco aquellas dejarán de ser, porque no se puede dar razón de ambas por el hombre.

CAPÍTULO VI.---Que no todos los milagros son naturales, sino que muchos están modificados por el ingenio humano, y muchos otros compuestos por el arte de los demonios.

1. Aquí tal vez respondan: En absoluto, ni estas cosas son, ni las creemos, son falsas las dichas sobre ellas, falsas las escritas; y añadan razonando, y diciendo: Si tales cosas deben creerse, crean también ustedes lo que se ha relatado en esos mismos escritos, que hubo o hay un cierto templo de Venus, y allí un candelabro, y en él una lámpara al aire libre ardiendo de tal manera que ninguna tempestad, ninguna lluvia la extinguía, de donde, al igual que esa piedra, así esta λύχνος ἄσβεστος, es decir, lámpara inextinguible, fue nombrada. Podrán decir esto para ponernos en aprietos al responder: porque si decimos que no debe creerse, debilitaremos esos escritos de milagros; si concedemos que debe creerse, confirmaremos los dioses de los paganos. Pero nosotros, como ya dije en el libro dieciocho de esta obra (cap. 18), no tenemos necesidad de creer todo lo que contiene la historia de las naciones, ya que incluso los historiadores entre sí, como dice Varrón, casi de manera deliberada y como si fuera con intención, discrepan en muchas cosas; pero creemos, si queremos, lo que no se opone a los libros en los que no dudamos que debemos creer. De estos lugares de milagros, para persuadir a los incrédulos de lo que va a suceder, nos bastan aquellos que nosotros mismos podemos experimentar, y no es difícil encontrar testigos idóneos de ellos. Sobre ese templo de Venus y la lámpara inextinguible, no solo no estamos en aprietos, sino que se nos abre un campo de amplitud. Añadimos a esa lámpara inextinguible, tanto de las artes humanas como mágicas, es decir, a través de los hombres, de las artes demoníacas, y muchos milagros de los propios demonios por sí mismos: que si quisiéramos negar, nos opondríamos a la verdad de las Sagradas Escrituras en las que creemos. O bien en esa lámpara algo mecánico del asbesto fue elaborado por el arte humano, o fue hecho por arte mágica, lo que los hombres admiraban en ese templo, o algún demonio bajo el nombre de Venus se presentó allí con tal eficacia, que ese prodigio apareciera a los hombres y permaneciera por mucho tiempo. Los demonios son atraídos a habitar por las criaturas, que no ellos, sino Dios creó, por cosas deleitables diversas según su diversidad, no como los animales por alimentos, sino como espíritus por signos, que se ajustan a la delectación de cada uno, a través de varios tipos de piedras, hierbas, maderas, animales, cánticos, ritos. Para que sean atraídos por los hombres, primero ellos mismos los seducen con astucia muy astuta, ya sea inspirando en sus corazones un veneno oculto, o incluso apareciendo con amistades engañosas, y hacen de ellos a pocos sus discípulos, y de muchos sus maestros. Pues no podría haberse aprendido, si primero no enseñaran ellos mismos, qué desea cada uno de ellos, qué teme, por qué nombre es invitado, por qué es obligado: de donde surgieron las artes mágicas y sus artífices. Pero sobre todo poseen los corazones de los mortales, en la posesión de la cual se glorían principalmente, cuando se transforman en ángeles de luz (II Cor. XI, 14). Por lo tanto, hay muchos de sus hechos, que cuanto más confesamos que son maravillosos, tanto más cautelosamente debemos evitarlos. Pero para lo que ahora tratamos, incluso ellos mismos nos son útiles. Si estos demonios inmundos pueden hacer estas cosas, ¿cuánto más poderosos son

los santos ángeles, cuánto más poderoso es Dios que todos ellos, quien hizo incluso a los ángeles autores de tantos milagros?

2. Por lo tanto, si tantas y tan maravillosas cosas, que llaman μηχανήματα, se hacen usando las artes humanas con la criatura de Dios, de modo que quienes no las conocen piensan que son divinas; de donde se hizo que en un cierto templo, con piedras magnéticas colocadas en el suelo y el techo en proporción de magnitud, una estatua de hierro en el medio del aire entre ambas piedras, para quienes ignoraban lo que estaba arriba y abajo, parecía colgar por el poder de una deidad; algo similar también en esa lámpara de Venus del asbesto dijimos que pudo haber sido hecho por un artífice: si las obras de los magos, a quienes nuestra Escritura llama hechiceros y encantadores, pudieron elevar tanto a los demonios, que un poeta noble pareció estar de acuerdo con los sentidos de los hombres, sobre una cierta mujer que se destacaba en tal arte, diciendo:Esta promete con sus cánticos liberar las mentes,De quienes quiera, y a otros imponerles duras preocupaciones;Detener el agua de los ríos, y hacer retroceder las estrellas;Y convoca a los manes nocturnos: verás mugirBajo sus pies la tierra, y descender de los montes los fresnos: (Virgilio, Eneida, libro 4, versos 487-491.)¿cuánto más puede Dios hacer cosas que son increíbles para los infieles, pero fáciles para su poder; ya que Él mismo animó la fuerza de las piedras y otras cosas, y las mentes de los hombres que las usan de maneras maravillosas, y las naturalezas angélicas más poderosas que todos los seres animados terrenales, venciendo con su virtud maravillosa todos los milagros, y con la sabiduría de obrar, mandar y permitir, usando todas las cosas tan maravillosamente como las creó?

CAPÍTULO VII.---Que en las cosas maravillosas la razón suprema de creer es la omnipotencia del Creador.

1. ¿Por qué, entonces, no puede hacer Dios que resuciten los cuerpos de los muertos, y que los cuerpos de los condenados sean atormentados por el fuego eterno, quien hizo el mundo en el cielo, en la tierra, en el aire, en las aguas, lleno de innumerables milagros; siendo el mundo mismo, sin duda, un milagro mayor y más excelente que todos los que contiene? Pero estos con quienes o contra quienes discutimos, que creen que hay un Dios por quien fue hecho el mundo, y dioses hechos por Él por quienes el mundo es administrado, y que no niegan, sino que incluso proclaman las potestades mundanas como hacedoras de milagros, ya sean espontáneos, ya sean ordenados por cualquier culto y rito, o incluso mágicos, cuando les proponemos la fuerza maravillosa de otras cosas, que no son animales racionales, ni espíritus dotados de razón, como son aquellas de las que hemos mencionado algunas, suelen responder: Esta es la fuerza de la naturaleza, así es la naturaleza de ellas, estas son las eficacias propias de sus naturalezas. Toda la razón, entonces, es que la llama haga fluir la sal de Agrigento, y el agua la haga crepitar, porque esta es su naturaleza. Pero esto parece más bien contra la naturaleza, que no dio al fuego, sino al agua, disolver la sal; y al fuego, no al agua, tostar. Pero esta, dicen, es la fuerza natural de esta sal, que sufre cosas contrarias. Esta es la razón que se da también sobre esa fuente de los Garamantes, donde una vena enfría de día, y hierve de noche, ambas molestias para quienes la tocan. Esta es también sobre esa otra, que siendo fría al tacto, y apagando una antorcha como otras fuentes, sin embargo, de manera diferente y maravillosamente, la misma enciende la apagada. Esta es también sobre la piedra asbesto, que aunque no tiene fuego propio, una vez encendida con fuego ajeno, arde de tal manera que no puede extinguirse. Esta es sobre las demás cosas que es tedioso volver a contar, en las que aunque parece haber una fuerza inusual contra la naturaleza, no se da otra razón sobre ellas, sino que se dice que esta es su naturaleza. Ciertamente, esta es una razón breve, lo admito, y una respuesta suficiente. Pero siendo Dios el autor de todas las naturalezas, ¿por qué no quieren que demos una razón más fuerte cuando algo parece

imposible de creer, y a ellos que exigen la rendición de razón les respondemos que esta es la voluntad del Dios omnipotente; quien ciertamente no es llamado omnipotente por otra razón, sino porque puede hacer todo lo que quiere; quien pudo crear tantas cosas, que si no se mostraran, o fueran dichas por testigos creíbles hoy, ciertamente serían consideradas imposibles, no solo las que son desconocidísimas para nosotros, sino también las que he mencionado que son muy conocidas. Pues aquellas que no tienen testigos entre nosotros, excepto aquellos cuyos libros leemos, y fueron escritas por quienes no fueron divinamente enseñados y pudieron haber sido engañados humanamente, cualquiera puede no creerlas sin justa reprensión.

2. Pues ni yo quiero que se crea temerariamente todo lo que he mencionado, porque ni yo mismo las creo de tal manera que no haya en mi pensamiento alguna duda sobre ellas, excepto aquellas que he experimentado yo mismo, y que cualquiera puede experimentar fácilmente; como sobre la cal, que hierve en agua, y está fría en aceite; sobre la piedra imán, que no sé con qué sorbición insensible no mueve la paja, y atrae el hierro; sobre la carne de pavo que no se pudre, mientras que la de Platón sí; sobre la paja que está tan fría que no deja que la nieve se derrita, y tan caliente que hace madurar las frutas; sobre el fuego resplandeciente, que según su resplandor cuece las piedras volviéndolas blancas, y contra ese mismo resplandor quema oscureciendo muchas cosas. Tal es también que manchas negras se vierten del aceite brillante, y de manera similar líneas negras se imprimen en la plata blanca. También sobre los carbones, que al encenderse con fuego se transforman de tal manera en lo contrario, que de maderas hermosísimas se vuelven tétricos, frágiles de duros, imputrescibles de putrescibles. Estas cosas las conozco yo mismo con muchos, algunas con todos, y otras muchas que sería largo incluir en este libro. Pero de las que he mencionado no experimentadas, sino leídas, excepto sobre esa fuente donde se apagan las antorchas encendidas y se encienden las apagadas, y sobre las frutas de la tierra de Sodoma que por fuera parecen maduras, pero por dentro están llenas de humo, no he podido encontrar testigos idóneos que me dijeran si eran verdaderas. Y no encontré esa fuente en Epiro, pero sí quienes conocían una similar en Galia, no lejos de la ciudad de Gratianópolis. Sobre los frutos de los árboles de Sodoma, no solo las letras dignas de fe lo indican, sino que también tantos dicen haberlo experimentado, que no puedo dudar de ello. Las demás cosas las tengo de tal manera que no he decidido ni afirmarlas ni negarlas: pero las he mencionado porque las leí en los historiadores de aquellos contra quienes discutimos, para mostrar que tales cosas, y muchas de ellos, sin razón dada, creen en los escritos de sus literatos, quienes no se dignan creer cuando decimos que el Dios omnipotente va a hacer algo que trasciende su experiencia y sentido, sin razón dada. Pues ¿qué mejor y más fuerte razón se da sobre tales cosas, que cuando se dice que el Omnipotente puede hacerlas, y se dice que las va a hacer, quien se lee que las ha predicho, donde se lee que ha predicho muchas otras cosas que se muestra que ha hecho? Él mismo hará, porque ha predicho que lo hará, lo que se considera imposible, quien prometió e hizo que las naciones incrédulas creyeran cosas increíbles.

CAPÍTULO VIII.---Que no es contra la naturaleza cuando en alguna cosa, cuya naturaleza se ha conocido, algo comienza a ser diferente de lo que era conocido.

1. Pero si responden que no creen lo que decimos sobre los cuerpos humanos que siempre arderán y nunca morirán, porque conocemos la naturaleza de los cuerpos humanos dispuesta de manera muy diferente; de donde tampoco se puede dar esa razón aquí que se daba sobre aquellas naturalezas maravillosas, para que se pueda decir: Esta es la fuerza natural, esta es la naturaleza de esta cosa; ya que sabemos que esta no es la naturaleza de la carne humana: ciertamente tenemos algo que responder de las Sagradas Escrituras, a saber, que esta misma carne humana fue dispuesta de manera diferente antes del pecado, es decir, que podía nunca

sufrir la muerte; pero de manera diferente después del pecado, tal como se ha conocido en la miseria de esta mortalidad, que no puede mantener la vida perpetua. Así, pues, será dispuesta de manera diferente en la resurrección de los muertos. Pero como no creen en esas Escrituras, donde se lee cómo vivió el hombre en el paraíso, y cuán alejado estaba de la necesidad de la muerte, a las cuales si creyeran, no discutiríamos con ellos más laboriosamente sobre la pena de los condenados que va a venir; de los escritos de aquellos que fueron los más doctos entre ellos, se debe traer algo para que aparezca que puede hacerse que una cosa se comporte de manera diferente a como antes se conocía en las cosas por la determinación de su naturaleza.

2. Hay en los libros de Marco Varrón, cuyo título es, Sobre la gente del pueblo romano, algo que con las mismas palabras con las que allí se lee, también pondré aquí: «En el cielo, dice, apareció un portento maravilloso: pues en la estrella Venus, la más noble, que Plauto llama Vesperugina (Amphitryon, acto 1, escena 1, verso 119), Homero la llama Héspero, diciendo que es la más hermosa (Ilíada X, verso 318), Castor escribe que apareció un portento tan grande, que cambió de color, magnitud, figura, curso: lo cual no había sucedido ni antes ni después. Decían que esto sucedió en tiempos del rey Ogyges, Adrasto de Cyzicus y Dion de Nápoles, matemáticos nobles» (Virgilio, Eneida, libro 4, verso 489). Ciertamente, Varrón, un autor tan grande, no llamaría portento a esto si no pareciera ser contra la naturaleza. Pues llamamos portentos a todas las cosas que parecen ser contra la naturaleza: pero no lo son. ¿Cómo es contra la naturaleza lo que se hace por la voluntad de Dios, cuando la voluntad de un Creador tan grande es ciertamente la naturaleza de cada cosa creada? Por lo tanto, un portento ocurre, no contra la naturaleza, sino contra lo que es conocido de la naturaleza. ¿Quién cuenta la multitud de portentos que contiene la historia de las naciones? Pero ahora en este uno atendamos, que se refiere a lo que tratamos. ¿Qué está dispuesto por el autor de la naturaleza del cielo y la tierra, como el curso más ordenado de las estrellas? ¿Qué está tan fijado por leyes firmes y fijas? Y sin embargo, cuando quiso aquel que gobierna con supremo imperio y poder lo que creó, la estrella más conocida por su magnitud y esplendor, cambió de color, magnitud, figura, y (lo que es más maravilloso) el orden y ley de su curso. Sin duda, entonces, perturbó, si ya había cánones de los astrólogos, que tienen escritos como si fueran cálculos inerrables sobre los movimientos pasados y futuros de las estrellas, siguiendo los cuales se atrevieron a decir que esto que sucedió con el Lucero, no sucedió ni antes ni después. Pero nosotros leemos en los libros divinos, que incluso el sol mismo se detuvo; cuando esto fue pedido al Señor Dios por el santo varón Josué, hasta que la batalla comenzada terminara con victoria (Josué X, 13); y que retrocedió, para que al rey Ezequías se le añadieran quince años de vida, esto también se significó con este prodigio añadido a la promesa de Dios (Isaías XXXVIII, 8). Pero también estos milagros, que fueron concedidos por los méritos de los santos, cuando creen que fueron hechos, los atribuyen a las artes mágicas. De donde es lo que mencioné antes que dijo Virgilio,Detener el agua de los ríos, y hacer retroceder las estrellas. (Eneida, libro 4, verso 489.)Pues leemos en las Sagradas Escrituras que el río se detuvo arriba y fluyó abajo, cuando el pueblo de Dios, con el mencionado Josué como guía, avanzaba (Josué IV, 18), y que esto también sucedió cuando el profeta Elías cruzaba, y después su discípulo Eliseo (IV Reyes II, 8, 14); y que el gran astro retrocedió en tiempos del rey Ezequías, lo acabamos de mencionar. Pero lo que Varrón escribió sobre el Lucero, no se dice allí que fue concedido a algún hombre que lo pidiera.

3. No hagan, por tanto, los infieles de la ignorancia de las naturalezas una oscuridad para sí mismos, como si no pudiera en alguna cosa hacerse divinamente algo distinto de lo que han conocido en su naturaleza por su experiencia humana: aunque incluso las cosas que en la naturaleza de las cosas son conocidas por todos, no son menos maravillosas; y serían asombrosas para todos los que las consideran, si los hombres acostumbraran a maravillarse de

las maravillas, excepto de las raras. Pues, ¿quién, consultando la razón, no ve en la innumerable cantidad de hombres, y en tanta similitud de naturaleza, que es muy maravilloso que cada uno tenga su propio rostro, de modo que si no fueran semejantes entre sí, no se distinguiría su especie de los demás animales; y, por otro lado, si no fueran diferentes entre sí, no se distinguirían unos de otros entre los demás hombres? A quienes, por tanto, confesamos semejantes, los encontramos diferentes. Pero es más maravillosa la consideración de la disimilitud; ya que la semejanza parece más justamente exigirla la naturaleza común. Y, sin embargo, como las cosas raras son las maravillosas, nos admiramos mucho más cuando encontramos a dos tan semejantes, que al discernirlos erramos siempre o frecuentemente.

4. Pero lo que dije que fue escrito por Varrón, aunque sea un historiador de ellos y muy docto, tal vez no lo crean verdaderamente sucedido; o porque no duró mucho tiempo tal curso del mismo astro, sino que se volvió a lo habitual, se conmueven menos con este ejemplo. Tienen, por tanto, otro, que incluso ahora puede mostrarse, y creo que debería ser suficiente para ellos, para que sean advertidos, cuando noten algo en alguna institución de la naturaleza, y la hagan muy conocida para sí mismos, que no deben prescribirle a Dios desde allí, como si no pudiera cambiar y transformar en algo muy diferente de lo que les es conocido. La tierra de Sodoma no fue ciertamente como es ahora: sino que yacía con un rostro similar al de las demás, y se destacaba por la misma o incluso mayor fertilidad; pues fue comparada con el paraíso de Dios en los divinos discursos (Gén. XIII, 10). Esta, después de haber sido tocada desde el cielo, como también atestigua su historia, y ahora es vista por aquellos que vienen a esos lugares, es un horror por su prodigiosa ceniza, y sus frutos encierran una ceniza interior bajo una engañosa superficie de madurez. He aquí que no era así, y así es. He aquí que por el Creador de las naturalezas, su naturaleza ha sido convertida en esta feísima diversidad por una maravillosa mutación: y lo que ocurrió después de tanto tiempo, persiste por tanto tiempo.

5. Así como no fue imposible para Dios instituir las naturalezas que quiso, tampoco le es imposible cambiar en lo que quiera las que instituyó. De ahí que también la multitud de aquellos milagros se desborda, que se llaman monstruos, prodigios, portentos, maravillas: que si quisiera recordar y mencionar, ¿cuál sería el fin de esta obra? Ciertamente se dice que los monstruos se llaman así por mostrar, porque demuestran algo significando; y los prodigios por mostrar; y los portentos por presagiar, es decir, por predecir; y las maravillas, porque dicen de lejos, es decir, predicen el futuro. Pero que lo vean sus intérpretes, cómo de ellos, ya sea que se equivoquen, o por instinto de los espíritus, a quienes les importa atrapar con redes de curiosidad nociva a las almas de los hombres dignas de tal castigo, incluso predicen la verdad, o al decir muchas cosas a veces caen en algo de verdad. Sin embargo, para nosotros, estas cosas que se hacen como contra la naturaleza, y se dice que se hacen contra la naturaleza (en el modo de hablar de los hombres habló también el Apóstol, diciendo que el acebuche fue injertado contra la naturaleza en el olivo para participar de la gordura del olivo [Rom. XI, 17, 24]), y se llaman monstruos, prodigios, portentos, maravillas, deben mostrar esto, deben demostrar esto, o presagiar esto, deben predecir esto, que Dios hará lo que ha anunciado que hará con los cuerpos de los hombres, sin que ninguna dificultad lo impida, sin que ninguna ley de la naturaleza lo prescriba. Y cómo lo ha anunciado, creo que he enseñado suficientemente en el libro anterior, extrayendo de las Escrituras sagradas tanto nuevas como antiguas, no todo lo que pertenece a esto, sino lo que juzgué suficiente para esta obra.

CAPÍTULO IX.---De la gehena, y la calidad de los castigos eternos.

1. Lo que, por tanto, Dios dijo que sucederá sobre el castigo eterno de los condenados a través de su profeta, ciertamente sucederá: Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará

(Isaías LXVI, 24). Para recomendar esto con mayor vehemencia, también el Señor Jesús, cuando ponía los miembros que escandalizan al hombre por estos hombres, a quienes uno ama como sus miembros derechos, y mandaba amputarlos: Es mejor, dijo, entrar manco en la vida, que teniendo dos manos ir a la gehena, al fuego inextinguible, donde su gusano no muere, y su fuego no se apaga. De manera similar sobre el pie: Es mejor, dijo, entrar cojo en la vida eterna, que teniendo dos pies ser arrojado a la gehena del fuego inextinguible, donde su gusano no muere, y su fuego no se apaga. No dijo de otra manera sobre el ojo: Es mejor, dijo, entrar tuerto en el reino de Dios, que teniendo dos ojos ser arrojado a la gehena del fuego, donde su gusano no muere, y su fuego no se apaga (Marcos IX, 42-47). No le molestó decir las mismas palabras tres veces en un solo lugar: ¿a quién no aterra esta repetición, y la tan vehemente amenaza de ese castigo con boca divina?

2. Ambos, el fuego y el gusano, quienes quieren que pertenezcan a los castigos del alma, no al cuerpo, dicen que también arden por el dolor del alma tardía e infructuosamente arrepentida aquellos que han sido separados del reino de Dios: y por eso sostienen que el fuego pudo haber sido puesto no incongruentemente por este dolor ardiente: de donde es aquello del Apóstol, ¿Quién se escandaliza, y yo no ardo? (II Cor. XI, 29). También creen que el gusano debe entenderse de la misma manera. Pues está escrito, dicen, Como la polilla al vestido y el gusano a la madera, así el dolor atormenta el corazón del hombre (Prov. XXV, 20). Pero quienes no dudan que los castigos del alma y del cuerpo estarán en ese suplicio, afirman que el cuerpo será quemado por el fuego, y el alma será roída de alguna manera por el gusano del dolor. Y aunque esto se dice más creíblemente; porque ciertamente es absurdo que allí falte el dolor del cuerpo o del alma: sin embargo, para mí es más fácil decir que ambos pertenecen al cuerpo, que ninguno; y por eso el dolor del alma está tácito en esas palabras de la Escritura divina, ya que se entiende que es consecuente, aunque no se diga, para que con el cuerpo sufriendo así, el alma también sea atormentada con un estéril arrepentimiento. Pues se lee también en las Escrituras antiguas, La venganza de la carne del impío es fuego y gusano (Eclo. VII, 19). Se pudo haber dicho más brevemente, La venganza del impío. ¿Por qué, entonces, se dijo, de la carne del impío, sino porque ambos, es decir, el fuego y el gusano, serán castigo de la carne? O si quiso decir venganza de la carne porque esto se vengará en el hombre, porque vivió según la carne (por esto vendrá a la segunda muerte, que el Apóstol significó diciendo, Porque si vivís según la carne, moriréis [Rom. VIII, 13]); que cada uno elija lo que le plazca, o atribuir el fuego al cuerpo, el gusano al alma: esto propiamente, aquello de manera figurada; o ambos propiamente al cuerpo. Pues ya he discutido suficientemente arriba, que los animales pueden vivir incluso en los fuegos, en la quema sin consumirse, en el dolor sin morir, por el milagro del Creador omnipotente: quien niega que esto sea posible, ignora de quién es todo lo que en todas las naturalezas amenaza. Pues Él es Dios, quien hizo en este mundo todos los grandes y pequeños milagros que hemos recordado, y incomparablemente más que no hemos recordado, y los incluyó en el mismo mundo, uno y el mayor de todos los milagros. Que cada uno elija, por tanto, uno de los dos, lo que le plazca, si cree que el gusano pertenece propiamente al cuerpo, o al alma con un término trasladado de lo corporal a lo incorpóreo. Pero lo que de esto sea verdad, la misma realidad lo indicará más claramente, cuando haya tanta ciencia de los santos, que para ellos no sea necesaria la experiencia de esos castigos, sino que la sabiduría que entonces será plena y perfecta, sea suficiente solo para saber esto también. Pues ahora sabemos en parte, hasta que venga lo que es perfecto (I Cor. XIII, 9). Sin embargo, de ninguna manera creamos que esos cuerpos serán tales, que no sean afectados por dolores del fuego.

CAPÍTULO X.---Si el fuego de la gehena, si es corporal, puede quemar con su contacto a los espíritus malignos, es decir, a los demonios incorpóreos.

1. Aquí surge la pregunta, si no será el fuego incorpóreo, como es el dolor del alma, sino corporal, nocivo al tacto, para que los cuerpos puedan ser atormentados por él; ¿cómo será también el castigo de los espíritus malignos? Pues el mismo fuego, será atribuido al castigo de los hombres y de los demonios, diciendo Cristo, Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 41). A menos que haya ciertos cuerpos propios incluso para los demonios, como ha parecido a hombres doctos, de este aire denso y húmedo, cuyo impulso se siente cuando sopla el viento. Si este tipo de elemento no pudiera sufrir nada del fuego, no quemaría cuando se calienta en los baños. Pues para que queme, primero se quema, y hace lo que padece. Pero si alguien afirma que los demonios no tienen cuerpos, no es necesario esforzarse en una investigación laboriosa sobre este asunto, ni luchar en una disputa contenciosa. Pues, ¿por qué no decimos que, aunque de maneras maravillosas, pero verdaderas, incluso los espíritus incorpóreos pueden ser afligidos por el castigo del fuego corporal, si los espíritus de los hombres, también ellos ciertamente incorpóreos, ahora han podido ser incluidos en miembros corporales, y entonces podrán ser atados inseparablemente a los vínculos de sus cuerpos? Por lo tanto, se adherirán, si no tienen cuerpos, los espíritus de los demonios, más bien los espíritus demonios, aunque incorpóreos, a los fuegos corporales para ser atormentados: no para que los mismos fuegos, a los que se adherirán, sean inspirados por su unión, y se conviertan en animales, que consisten en espíritu y cuerpo; sino, como dije, de maneras maravillosas e inefables, adhiriéndose, recibiendo de los fuegos el castigo, no dando vida a los fuegos. Porque este otro modo, por el cual los espíritus se adhieren a los cuerpos, y se convierten en animales, es completamente maravilloso, y no puede ser comprendido por el hombre, y esto es el mismo hombre.

2. Diría, ciertamente, que los espíritus arderán sin ningún cuerpo propio, como ardía aquel rico en el infierno, cuando decía, Estoy atormentado en esta llama (Luc. XVI, 24); a menos que vea que se puede responder convenientemente, que aquella llama era tal como los ojos que levantó, y vio a Lázaro, como la lengua a la que deseó que se le infundiera una pequeña cantidad de humedad, como el dedo de Lázaro del que pidió que se le hiciera eso: donde, sin embargo, estaban las almas sin cuerpos. Así, por tanto, era incorpórea aquella llama en la que ardía, y aquella gota que pidió; como también son las visiones de los que duermen o de los que ven en éxtasis cosas incorpóreas, teniendo, sin embargo, semejanza con los cuerpos. Pues el mismo hombre, cuando está en tales visiones con el espíritu, no con el cuerpo, se ve a sí mismo entonces tan similar a su cuerpo, que no puede discernirlo en absoluto. Pero aquella gehena, que también se ha llamado lago de fuego y azufre (Apoc. XX, 9), será un fuego corporal, y atormentará los cuerpos de los condenados, o de hombres y demonios, sólidos los de los hombres, aéreos los de los demonios; o solo los cuerpos de los hombres con sus espíritus, pero los demonios, espíritus sin cuerpos, adheridos recibiendo el castigo, no impartiendo vida a los fuegos corporales. Pues será un solo fuego para ambos, como dijo la Verdad (Mat. XXV, 41).

CAPÍTULO XI.---Si esto tiene la razón de justicia, que los tiempos de los castigos no sean más extensos que los de los pecados.

Así, algunos de ellos, contra quienes defendemos la ciudad de Dios, consideran injusto que por pecados, por grandes que sean, cometidos en un tiempo ciertamente breve, alguien sea condenado a un castigo eterno; como si alguna vez la justicia de la ley atendiera a que alguien sea castigado por tanto tiempo como el que cometió el delito. Cicerón escribe que hay ocho tipos de castigos en las leyes: daño, cadenas, azotes, talión, ignominia, exilio, muerte, esclavitud. ¿Cuál de estos es el que se limita a un breve tiempo por la rapidez del pecado, para que se vengue con tanta demora como se descubre que se cometió, a menos que sea talión? pues eso hace que cada uno sufra lo que hizo. De donde es aquello de la Ley, Ojo por

ojo, diente por diente (Éxodo XXI, 24). Pues puede suceder que alguien pierda el ojo por la severidad de la venganza tan rápidamente como lo quitó a otro por la maldad del pecado. Pero si el beso dado a la mujer ajena es razonable castigarlo con azotes, ¿no es cierto que quien lo hizo en un instante, es azotado por un espacio de horas incomparablemente mayor, y la dulzura de un placer breve es castigada con un dolor prolongado? ¿Qué, en las cadenas, acaso alguien debe ser juzgado estar tanto tiempo como cometió lo que mereció ser atado; cuando muy justamente un esclavo paga con penas de años en los grilletes, quien con una palabra o un golpe que pasa rápidamente provocó o golpeó al amo? Ahora bien, el daño, la ignominia, el exilio, la esclavitud, cuando a menudo se infligen de tal manera que no se relajan con ninguna indulgencia, ¿no parecen similares a los castigos eternos por el modo de esta vida? Por eso no pueden ser eternos, porque ni siquiera la vida misma, que es castigada con ellos, se extiende eternamente: y, sin embargo, los pecados, que se vengan con penas de muy largo tiempo, se cometen en un tiempo brevísimo; ni ha habido nadie que opinara que los tormentos de los culpables debían terminar tan pronto como se cometió el homicidio, o el adulterio, o el sacrilegio, o cualquier otro crimen, que no debe medirse por la longitud del tiempo, sino por la magnitud de la iniquidad e impiedad. Pero quien es castigado con la muerte por algún gran crimen, ¿acaso la duración de su ejecución, que es muy breve, es considerada por las leyes como su castigo, y no porque lo apartan para siempre de la sociedad de los vivos? Lo que es, por tanto, de esta ciudad mortal quitar a los hombres con el castigo de la primera muerte, es de aquella ciudad inmortal quitar a los hombres con el castigo de la segunda muerte. Pues así como las leyes de esta ciudad no hacen que alguien sea devuelto a ella después de ser ejecutado; así tampoco las de aquella, que alguien sea devuelto a la vida eterna después de ser condenado a la segunda muerte. ¿Cómo, entonces, es verdad, dicen, lo que dice vuestro Cristo, Con la medida con que midáis, se os medirá (Luc. VI, 38), si el pecado temporal se castiga con un castigo eterno? No atienden, sin embargo, que no por la igualdad del tiempo, sino por la reciprocidad del mal, es decir, para que quien hizo el mal, sufra el mal, se dijo que era la misma medida. Aunque esto puede entenderse propiamente en el asunto sobre el cual el Señor hablaba cuando dijo esto, es decir, sobre los juicios y condenaciones. Por lo tanto, quien juzga y condena injustamente, si es juzgado y condenado justamente, recibe en la misma medida, aunque no lo que dio. Pues hizo con juicio, padece con juicio: aunque hizo con condenación lo que es injusto, padece con condenación lo que es justo.

CAPÍTULO XII.---Sobre la magnitud de la primera transgresión, por la cual se debe un castigo eterno a todos los que están fuera de la gracia del Salvador.

Pero el castigo eterno parece duro e injusto a los sentidos humanos, porque en esta debilidad de los sentidos mortales falta aquel sentido de la sabiduría altísima y purísima, por el cual se pueda sentir cuán grande fue el crimen cometido en aquella primera transgresión. Pues cuanto más disfrutaba el hombre de Dios, con tanta mayor impiedad abandonó a Dios, y se hizo digno de un mal eterno, quien destruyó en sí mismo aquel bien que podía ser eterno. De aquí proviene toda la masa condenada del género humano: porque quien primero cometió esto, fue castigado con su descendencia que estaba enraizada en él, para que nadie sea liberado de este justo y debido castigo, sino por misericordia y gracia inmerecida; y así se divida el género humano, para que en algunos se demuestre lo que puede la gracia misericordiosa, en otros lo que puede la justa venganza. Pues no se demostraría ambos en todos: porque, si todos permanecieran en los castigos de la justa condenación, en ninguno aparecería la gracia misericordiosa del redentor: de nuevo, si todos fueran trasladados de las tinieblas a la luz, en ninguno aparecería la severidad de la venganza. En la cual, por eso, son muchos más que en aquella, para que así se muestre lo que a todos se debía. Que si a todos se les devolviera,

nadie podría reprochar justamente la justicia del vengador: porque, en verdad, tantos son liberados de allí, hay de qué dar las mayores gracias al don gratuito del liberador.

CAPÍTULO XIII.---Contra la opinión de aquellos que piensan que los castigos se aplican a los criminales después de la muerte con el propósito de purificación.

Platonici, aunque no quieren que ningún pecado quede impune, piensan que todas las penas se aplican para la corrección, ya sean infligidas por leyes humanas o divinas, ya sea en esta vida o después de la muerte, si aquí se perdona a alguien o se le castiga de tal manera que no se corrige. De ahí la sentencia de Virgilio, donde, después de haber hablado de los cuerpos terrenales y de los miembros mortales, dice que las almas temen y desean, sufren y se alegran, y no miran al aire, encerradas en tinieblas y en una cárcel oscura; y añade: "Y cuando la vida deja la última luz", es decir, cuando en el último día esta vida las deja. Sin embargo, dice: "No todo el mal se desvanece en los miserables, ni todas las plagas corporales se alejan por completo, y es necesario que muchas, concretadas durante mucho tiempo, se adhieran de manera asombrosa. Por lo tanto, son ejercitadas con penas, y pagan los castigos de sus antiguos males: unas son expuestas vacías, suspendidas al viento, a otras bajo el vasto abismo se les lava el crimen infecto, o se les quema con fuego" (Eneida, libro 6, v. 733-742). Los que opinan esto, no quieren que haya penas después de la muerte, excepto las purgatorias, para que, dado que los elementos superiores a la tierra son el agua, el aire y el fuego, se purifique a través de penas expiatorias lo que se ha contraído por la contaminación terrenal. El aire se entiende en lo que dice, "suspendidas al viento"; el agua en lo que dice, "bajo el vasto abismo"; y el fuego se expresa con su propio nombre cuando dice, "o se les quema con fuego". Nosotros, sin embargo, confesamos que también en esta vida mortal hay algunas penas purgatorias, no aquellas en las que se afligen aquellos cuya vida no se mejora con ellas, o más bien se empeora; sino que son purgatorias para aquellos que, cohibidos por ellas, se corrigen. Todas las demás penas, ya sean temporales o eternas, se infligen según la providencia divina, ya sea por pecados pasados o por aquellos en los que aún vive el que es castigado, o para ejercitar y declarar virtudes, a través de hombres y ángeles, ya sean buenos o malos. Porque aunque alguien sufra algún mal por la maldad o el error de otro, el hombre peca, quien por ignorancia o injusticia hace algún mal a alguien; pero no peca Dios, quien permite que suceda con un juicio justo, aunque oculto. Pero las penas temporales son sufridas por algunos solo en esta vida, por otros después de la muerte, y por otros tanto ahora como entonces, sin embargo, antes de ese juicio severísimo y último. No todos, sin embargo, llegan a las penas eternas, que serán después de ese juicio, quienes después de la muerte sufren penas temporales. Pues a algunos, lo que no se les perdona en este mundo, se les perdonará en el siglo futuro (Mateo XII, 32), es decir, para que no sean castigados con el eterno suplicio del siglo futuro, como ya hemos dicho.

CAPÍTULO XIV.---De las penas temporales de esta vida, a las que está sujeta la condición humana.

Son muy raros aquellos que no sufren ninguna pena en esta vida, sino solo después de ella. Sin embargo, ha habido algunos que hasta la vejez decrepita no han sentido ni siquiera una leve fiebre, y han llevado una vida tranquila, como sabemos y hemos oído: aunque la vida misma de los mortales es toda una pena, porque toda es una tentación, como proclaman las Sagradas Escrituras, donde está escrito: "¿Acaso no es una tentación la vida humana sobre la tierra?" (Job VII, 1, según la LXX). Pues no es una pequeña pena la misma insensatez o ignorancia, que con razón se juzga tan digna de ser evitada, que los niños son obligados a aprender artes o letras a través de penas llenas de dolores: y el mismo aprendizaje, al que son

obligados por penas, es tan penoso para ellos, que a veces prefieren soportar las mismas penas por las que son compelidos a aprender, que aprender. ¿Quién no se horrorizaría y elegiría morir, si se le propusiera, o soportar la muerte, o volver a la infancia? La cual, de hecho, al no comenzar esta luz con risa, sino con llanto, profetiza de algún modo, sin saberlo, cuántos males ha ingresado. Se dice que solo Zoroastro, al nacer, rió; y esa risa monstruosa no le auguró nada bueno. Pues se dice que fue el inventor de las artes mágicas: las cuales no pudieron beneficiarle ni siquiera para la vana felicidad de esta vida contra sus enemigos. Fue vencido en guerra por Nino, rey de los asirios, siendo él de los bactrianos. En verdad, lo que está escrito, "Un yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de su salida del vientre de su madre, hasta el día de su sepultura en la madre de todos" (Eclesiástico XL, 1), debe cumplirse hasta tal punto, que incluso los pequeños, liberados ya del vínculo del pecado original, al que solo estaban sujetos, por el lavacro de la regeneración, sufren muchos males, y algunos incluso sufren ataques de espíritus malignos. Que esta pasión no les perjudique, si terminan esta vida en esa edad, incluso con la pasión misma agravándose y expulsando el alma del cuerpo.

CAPÍTULO XV.---Que toda obra de la gracia de Dios que nos arranca de la profundidad del antiguo mal, pertenece a la novedad del siglo futuro.

Sin embargo, en el yugo pesado que se ha puesto sobre los hijos de Adán, desde el día de su salida del vientre de su madre, hasta el día de su sepultura en la madre de todos, se encuentra también este mal admirable, para que seamos sobrios y entendamos que esta vida, debido a aquel pecado tan nefario que se cometió en el paraíso, se nos ha hecho penosa, y todo lo que se hace con nosotros a través del Nuevo Testamento, no pertenece sino a la nueva herencia del siglo nuevo, para que, habiendo recibido aquí la prenda, obtengamos a su debido tiempo aquello de lo que esta prenda es garantía: ahora caminemos en esperanza, y progresando de día en día, mortifiquemos las obras de la carne por el espíritu (Rom. VIII, 13). Porque el Señor conoce a los que son suyos (II Tim. II, 19); y, "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios" (Rom. VIII, 14), pero por gracia, no por naturaleza. Porque el único Hijo de Dios por naturaleza, por nosotros, por misericordia, se hizo hijo del hombre, para que nosotros, por naturaleza hijos del hombre, nos hiciéramos hijos de Dios por él, por gracia. Permaneciendo él inmutable, asumió de nosotros nuestra naturaleza, en la que nos recibiría; y, aferrándose a su divinidad, se hizo partícipe de nuestra debilidad: para que nosotros, transformados en algo mejor, perdiéramos lo que somos pecadores y mortales, por la participación de su inmortalidad y justicia, y conserváramos lo que hizo bueno en nuestra naturaleza, completado en el sumo bien en la bondad de su naturaleza. Porque así como por un hombre pecador (Rom. V, 12) caímos en este mal tan grave, así por un hombre, el mismo Dios justificador, llegaremos a aquel bien tan sublime. Y nadie debe confiar en haber pasado de este a aquel, a menos que esté allí donde no habrá tentación alguna; a menos que mantenga la paz que busca en esta guerra, en la que la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17), con muchos y variados combates. Esta guerra no existiría nunca si la naturaleza humana hubiera permanecido en la rectitud en la que fue creada, por el libre albedrío. Ahora bien, la que no quiso tener una feliz paz con Dios, lucha infeliz consigo misma, y aunque este mal es miserable, es mejor que los anteriores de esta vida. Es mejor luchar contra los vicios que ser dominado por ellos sin lucha alguna. Es mejor, digo, la guerra con la esperanza de una paz eterna, que la cautividad sin pensamiento alguno de liberación. Deseamos, por supuesto, también librarnos de esta guerra, y para alcanzar la paz más ordenada, donde con la estabilidad más firme lo inferior se someta a lo superior, somos encendidos por el fuego del amor divino. Pero si, Dios no lo quiera, no hubiera esperanza de

aquel gran bien, deberíamos preferir permanecer en la molestia de esta lucha, que permitir a los vicios dominar sobre nosotros sin resistirles.

CAPÍTULO XVI.---Bajo qué leyes de gracia se encuentran todas las edades de los regenerados.

Sin embargo, tan grande es la misericordia de Dios en los vasos de misericordia que ha preparado para gloria, que incluso la primera edad del hombre, es decir, la infancia que sin resistencia alguna está sujeta a la carne, y la segunda que se llama niñez, donde aún no ha recibido la razón esta lucha, y yace casi bajo todas las deleitaciones viciosas, porque aunque ya puede hablar, y por eso parece haber pasado la infancia, aún no tiene la debilidad de la mente capaz de recibir el precepto; si ha recibido los sacramentos del Mediador, incluso si termina esta vida en esos años, trasladada de la potestad de las tinieblas al reino de Cristo, no solo no se le preparan penas eternas, sino que tampoco sufrirá tormentos purgatorios después de la muerte. Pues basta la sola regeneración espiritual, para que después de la muerte no le perjudique lo que la generación carnal contrajo con la muerte. Pero cuando se llega a la edad en que ya puede recibir el precepto, y puede ser sometida al imperio de la ley, debe emprenderse la guerra contra los vicios, y librarse con vigor, para que no conduzca a pecados condenables. Y si aún no están fortalecidos por la costumbre de las victorias, se vencen y ceden más fácilmente: pero si han acostumbrado a vencer y dominar, se superan con dificultad laboriosa. Y esto no se hace verdaderamente y sinceramente, sino por el verdadero deleite de la justicia: y esto es en la fe de Cristo. Porque si la ley que manda está presente, y el espíritu que ayuda falta, por la misma prohibición, con el deseo creciendo y venciendo, también se añade la culpa de la transgresión. A veces, ciertamente, los vicios más evidentes son vencidos por otros vicios ocultos, que se creen virtudes, en las que reina la soberbia y una cierta altitud ruinosa de complacencia en sí mismo. Entonces, por lo tanto, los vicios deben considerarse vencidos, cuando son vencidos por el amor de Dios, que nadie sino Dios mismo da, y no de otra manera sino por el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, quien se hizo partícipe de nuestra mortalidad, para hacernos partícipes de su divinidad. Sin embargo, son muy pocos los de tanta felicidad, que desde la misma adolescencia incipiente no cometen ningún pecado condenable, ya sea en flagicios, ya sea en crímenes, o en el error de alguna impiedad nefaria, sino que con gran largueza del espíritu oprimen todo lo que podría dominarles con deleite carnal. Pero la mayoría, habiendo recibido el precepto de la ley, cuando primero han sido vencidos por los vicios prevalecientes y se han convertido en transgresores de ella, entonces recurren a la gracia que ayuda, para que se hagan, tanto amargamente arrepintiéndose, como combatiendo con más vehemencia, primero sometidos a Dios, y así, con la mente puesta sobre la carne, vencedores. Por lo tanto, quien desee evitar las penas eternas, no solo debe ser bautizado, sino también justificado en Cristo, y así verdaderamente pasar del diablo a Cristo. No debe pensar que habrá penas purgatorias futuras, sino antes de ese último y temible juicio. Sin embargo, no debe negarse que incluso el fuego eterno, por la diversidad de los méritos, aunque sean malos, será más leve para unos, más grave para otros, ya sea que su fuerza y ardor se varíen según la pena digna de cada uno, o que arda igualmente, pero no se sienta con igual molestia.

CAPÍTULO XVII.---De aquellos que piensan que las penas de ningún hombre permanecerán para siempre.

Ahora veo que debemos tratar con nuestros misericordiosos, y discutir pacíficamente, quienes no quieren creer que la pena eterna será para todos aquellos hombres que el Juez justísimo juzgará dignos del suplicio del infierno, o para algunos de ellos, sino que después de ciertos límites de tiempo, según la cantidad de pecado de cada uno, más largo o más corto, serán

liberados de allí. En lo cual, ciertamente, fue más misericordioso Orígenes, quien incluso creyó que el mismo diablo y sus ángeles, después de castigos más graves y prolongados según sus méritos, serían liberados de esos tormentos y asociados con los santos ángeles. Pero la Iglesia lo reprobó con razón, no solo por esto, sino también por otras cosas, y especialmente por las alternancias sin cesar de bienaventuranzas y miserias, y los interminables idas y venidas de estas a aquellas, y de aquellas a estas, en intervalos establecidos de siglos: y aunque parecía misericordioso, perdió esto, haciendo verdaderas miserias para los santos para que pagaran penas, y falsas bienaventuranzas en las que no tendrían el verdadero y seguro, es decir, sin temor, gozo cierto del bien eterno. Sin embargo, la misericordia de estos yerra con afecto humano, quienes piensan que las miserias temporales de los hombres condenados en aquel juicio, y la eterna felicidad de todos los que son liberados, ya sea más pronto o más tarde. Si esta sentencia es buena y verdadera porque es misericordiosa, tanto mejor y más verdadera será cuanto más misericordiosa sea. Extiéndase, pues, y profundícese la fuente de esta misericordia hasta los ángeles condenados, al menos después de muchos y prolongados siglos, sean liberados. ¿Por qué se extiende hasta toda la naturaleza humana, y cuando se llega a la angélica, se seca de inmediato? Sin embargo, no se atreven a extenderse más allá en su misericordia, y llegar a la liberación del mismo diablo. Pero si alguien se atreve, ciertamente supera a estos, y sin embargo se encuentra errando más deformemente, y contra las rectas palabras de Dios más perversamente, cuanto más clemente le parece sentir.

CAPÍTULO XVIII.---De aquellos que piensan que en el juicio final, por las intercesiones de los santos, nadie será condenado.

1. También hay quienes, como he experimentado en nuestras conversaciones, aunque parecen venerar las Sagradas Escrituras, son reprobables en sus costumbres; y defendiendo su causa, atribuyen a Dios una misericordia mucho mayor que estos hacia el género humano. Dicen que de los hombres malos e infieles, ciertamente se ha predicho divinamente la verdad, que son dignos de pena: pero cuando se llegue al juicio, la misericordia prevalecerá. Porque Dios misericordioso, dicen, los perdonará por las oraciones e intercesiones de sus santos. Pues si oraban por ellos cuando los sufrían como enemigos, ¿cuánto más cuando los vean humildes y suplicantes? Porque no se debe creer, dicen, que entonces los santos perderán las entrañas de misericordia, cuando serán plenísimos y perfectísimos en santidad, de modo que quienes entonces oraban por sus enemigos, cuando ellos mismos no estaban sin pecado, entonces no oren por sus suplicantes, cuando no tendrán ningún pecado. ¿O acaso Dios no los escuchará entonces, a tantos y tales hijos suyos, cuando en tanta santidad de ellos no encontrará impedimento alguno para la oración? En verdad, el testimonio del Salmo, y aquellos que permiten que los hombres infieles e impíos sean al menos por largo tiempo torturados, y luego liberados de todos los males, pero más estos dicen que es para ellos, donde se lee: "¿Acaso olvidará Dios tener misericordia, o contendrá en su ira sus misericordias?" (Salmo LXXVI, 10). Su ira es, dicen, que todos los indignos de la bienaventuranza eterna, sean juzgados por él para ser castigados con suplicio eterno. Pero si permite que sea largo, o en absoluto, ciertamente para que esto pueda suceder, contendrá en su ira sus misericordias, lo que el Salmo dice que no hará. Porque no dice, ¿Acaso contendrá por mucho tiempo en su ira sus misericordias? sino que muestra que no las contendrá en absoluto.

2. Así, pues, estos quieren que la amenaza del juicio de Dios no sea mentirosa, aunque no va a condenar a nadie, como no podemos decir que fue mentirosa su amenaza, cuando dijo que iba a destruir la ciudad de Nínive (Jonás III, 4); y sin embargo, no se hizo lo que predijo sin ninguna condición. Porque no dijo, Nínive será destruida, si no hacen penitencia y se corrigen: pero predijo su destrucción futura sin añadir esto. Por lo tanto, esto era, dicen, en la

verdad de la severidad, porque eran dignos de ello; pero en la razón de la misericordia no era, que no la contuvo en su ira, para perdonar a los suplicantes de aquella pena que había amenazado a los contumaces. Si entonces perdonó, dicen, cuando iba a entristecer a su santo profeta perdonando, ¿cuánto más entonces perdonará misericordiosamente a los suplicantes, cuando todos sus santos orarán para que perdone? Pero lo que ellos mismos sospechan en sus corazones, por eso piensan que las Escrituras divinas lo han callado, para que muchos se corrijan, por el temor de penas prolongadas o eternas, y haya quienes puedan orar por aquellos que no se han corregido: sin embargo, no piensan que las palabras divinas lo hayan callado de ninguna manera. Porque, ¿a qué se refiere, dicen, lo que está escrito, "¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has escondido para los que te temen!" (Salmo XXX, 20), sino para que entendamos que por temor se ha escondido la tan grande y secreta dulzura de la misericordia divina? También añaden que por eso dijo el Apóstol, "Porque Dios encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos" (Rom. XI, 32), para significar que nadie será condenado por él. Sin embargo, estos que sienten esto, no extienden esta opinión suya hasta la liberación o ninguna condenación del diablo y sus ángeles. Porque sus misericordias humanas se mueven solo hacia los hombres, y principalmente defienden su causa, prometiéndose una falsa impunidad para sus perdidos hábitos a través de una misericordia general de Dios hacia el género humano: y por lo tanto superarán a aquellos en predicar la misericordia de Dios, quienes prometen esta impunidad incluso al príncipe de los demonios y sus secuaces.

CAPÍTULO XIX.---De aquellos que prometen impunidad de todos los pecados incluso a los herejes, por la participación del cuerpo de Cristo.

También hay otros, que no prometen liberación del suplicio eterno, ni siquiera a todos los hombres, sino solo a los lavados por el Bautismo de Cristo, que se hacen partícipes de su cuerpo, vivan como vivan, en cualquier herejía o impiedad que estén, por aquello que dijo Jesús: "Este es el pan que descendió del cielo, para que si alguno come de él, no muera. Yo soy el pan vivo que descendí del cielo: si alguno come de este pan, vivirá para siempre" (Juan VI, 50-52). Por lo tanto, dicen, es necesario que estos sean liberados de la muerte eterna, y llevados a la vida eterna en algún momento.

CAPÍTULO XX.---De aquellos que no prometen indulgencia a todos, sino solo a aquellos que han renacido entre los católicos, aunque después hayan caído en muchos crímenes y errores.

Item, hay quienes no prometen esto a todos los que tienen el Bautismo de Cristo y el sacramento de su cuerpo, sino solo a los católicos, aunque vivan mal; porque no solo con el sacramento, sino en realidad, han comido el cuerpo de Cristo, estando constituidos en su cuerpo, del cual dice el Apóstol: "Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos" (I Cor. X, 17): de modo que, incluso si después caen en alguna herejía o incluso en la idolatría de los gentiles, solo porque en el cuerpo de Cristo, es decir, en la Iglesia católica, recibieron el Bautismo de Cristo y comieron el cuerpo de Cristo, no morirán eternamente, sino que algún día alcanzarán la vida eterna; y toda esa impiedad, por grande que sea, no les valdrá para la eternidad, sino para la duración y magnitud de los castigos.

CAPÍTULO XXI.---Sobre aquellos que definen que los que permanecen en la fe católica, aunque hayan vivido muy mal y por ello merezcan ser quemados, sin embargo, por el fundamento de la fe, deben ser salvados.

Hay quienes, debido a lo que está escrito: "El que persevere hasta el fin, este será salvo" (Mat. XXIV, 13), prometen esto solo a los que perseveran en la Iglesia católica, aunque vivan mal en ella, siendo salvados por el fuego en virtud del fundamento, del cual dice el Apóstol: "Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús. Si alguno edifica sobre este fundamento oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada, y el fuego probará la obra de cada uno, cuál sea. Si la obra de alguno permanece, recibirá recompensa; si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida; pero él mismo será salvo, aunque así como por fuego" (I Cor. III, 11-15). Dicen, por tanto, que cualquier cristiano católico, de cualquier vida, tiene a Cristo en el fundamento, fundamento que ninguna herejía tiene, al estar cortada de la unidad de su cuerpo. Y por eso, debido a este fundamento, aunque el cristiano católico sea de mala vida, como quien ha edificado sobre él madera, heno, hojarasca, piensan que será salvo por el fuego, es decir, liberado después de las penas de aquel fuego, con el que en el último juicio serán castigados los malos.

CAPÍTULO XXII.---Sobre aquellos que piensan que los crímenes cometidos entre las obras de limosna no serán llamados a juicio de condenación.

He descubierto también que algunos piensan que solo arderán en la eternidad del suplicio aquellos que descuidan hacer dignas limosnas por sus pecados, según lo dicho por el apóstol Santiago: "El juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia" (Santiago II, 13). Dicen, por tanto, que quien haya hecho misericordia, aunque no haya cambiado sus costumbres para mejor, sino que haya vivido nefaria y malvadamente entre sus limosnas, el juicio le será con misericordia, de modo que o no será castigado con condenación alguna, o después de algún tiempo, ya sea corto o largo, será liberado de esa condenación. Por eso piensan que el mismo Juez de vivos y muertos no quiso recordar que diría otra cosa, ya sea a los de la derecha, a quienes dará la vida eterna, o a los de la izquierda, a quienes condenará al suplicio eterno (Mat. XXV, 33 ss.), sino las limosnas hechas o no hechas. Dicen que esto también se refiere a la petición diaria en la oración del Señor: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mat. VI, 12). Porque quien perdona el pecado a aquel que pecó contra él, sin duda hace una limosna. El Señor mismo recomendó esto diciendo: "Si perdonáis a los hombres sus ofensas, también vuestro Padre celestial os perdonará a vosotros; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará" (Mat. VI, 14-15). Por tanto, también pertenece a este tipo de limosnas lo que dice el apóstol Santiago, que el juicio será sin misericordia para quien no hizo misericordia. Y el Señor no dijo grandes o pequeñas; sino: "Perdonará vuestro Padre vuestras ofensas, si vosotros perdonáis a los hombres". Por lo tanto, piensan que incluso aquellos que han vivido perdidamente, hasta que cierren el último día de esta vida, por esta oración, cualesquiera y cuantas sean, todos los pecados diarios les serán perdonados, ya que esta oración se repite diariamente, si solo recuerdan guardar esto, que cuando les piden perdón, quienes los han ofendido con cualquier pecado, perdonen de corazón. Cuando haya respondido a todo esto, con la ayuda de Dios, este libro debe cerrarse.

CAPÍTULO XXIII.---Contra la opinión de aquellos que dicen que ni los castigos del diablo ni de los hombres malos serán perpetuos.

Primero, es necesario investigar y conocer por qué la Iglesia no pudo soportar la discusión de los hombres que prometían al diablo, incluso después de los mayores y más prolongados castigos, purificación o indulgencia. Porque no es que tantos santos, instruidos en las sagradas Escrituras antiguas y nuevas, envidiaran la purificación y la bienaventuranza del reino de los cielos después de cualesquiera y cuantas penas, a cualesquiera y cuantos ángeles;

sino que más bien vieron que la sentencia divina, que el Señor anunció que pronunciaría y diría en el juicio, no puede ser vaciada ni debilitada: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. XXV, 41). Así mostró que el diablo y sus ángeles arderán en el fuego eterno. Y lo que está escrito en el Apocalipsis: "El diablo que los engañaba fue arrojado al lago de fuego y azufre, donde también están la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos" (Apoc. XX, 9-10). Lo que allí se dijo "eterno", aquí se dijo "por los siglos de los siglos": con estas palabras, la Escritura divina no suele significar otra cosa que lo que no tiene fin en el tiempo. Por lo tanto, no se puede encontrar otra causa, ni más justa y manifiesta, por la cual se mantenga con verdadera piedad, fija e inamovible, que el diablo y sus ángeles no tendrán regreso a la justicia y la vida de los santos, sino porque la Escritura, que no engaña a nadie, dice que Dios no les perdonó (II Pedro II, 4), y que están condenados de antemano por Él, para ser entregados, encerrados en las cárceles de la oscuridad del infierno, para ser guardados y castigados en el último juicio, cuando el fuego eterno los recibirá, donde serán atormentados por los siglos de los siglos. Si esto es así, ¿cómo se sustraerán de la eternidad de este castigo, ya sea todos o algunos hombres, después de cualquier tiempo, y no se debilitará inmediatamente la fe, que cree que el castigo de los demonios será eterno? Porque si a quienes se les dirá: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mat. XXV, 41), ya sea todos o algunos de ellos, no estarán siempre allí; ¿qué causa hay para que se crea que el diablo y sus ángeles estarán siempre allí? ¿O acaso la sentencia de Dios, que se pronunciará sobre los malos ángeles y hombres, será verdadera para los ángeles y falsa para los hombres? Esto ciertamente será así, si no lo que Dios dijo, sino lo que los hombres sospechan, prevalecerá más. Como esto no puede suceder, no deben argumentar contra Dios, sino más bien obedecer el precepto divino mientras haya tiempo, quienes desean evitar el castigo eterno. Además, ¿cómo es que se considera eterno el castigo por un fuego de largo tiempo, y se cree que la vida eterna será sin fin, cuando Cristo en ese mismo lugar, en una sola y misma sentencia, dijo ambos, abarcando: "Así irán estos al castigo eterno; pero los justos, a la vida eterna" (Mat. XXV, 46)? Si ambos son eternos, ciertamente o ambos deben entenderse como de larga duración con fin, o ambos sin fin perpetuo. Porque están relacionados de manera paritaria, de un lado el castigo eterno, del otro la vida eterna. Pero decir en este mismo sentido, la vida eterna será sin fin, el castigo eterno tendrá fin, es muy absurdo. Por lo tanto, ya que la vida eterna de los santos será sin fin, el castigo eterno para quienes lo tendrán, sin duda no tendrá fin.

CAPÍTULO XXIV.---Contra la opinión de aquellos que piensan que en el juicio de Dios todos los culpables deben ser perdonados por las oraciones de los santos.

1. Esto también vale contra aquellos que, defendiendo sus causas, intentan ir contra las palabras de Dios, como si con mayor misericordia; para que, en efecto, sean verdaderas, porque lo que dijo que los hombres sufrirán, lo merecen, no porque lo vayan a sufrir. Porque dicen que los perdonará, por las oraciones de sus santos, que entonces orarán tanto más por sus enemigos, cuanto más santos sean, y más eficaz sea su oración, y más digna de ser escuchada por Dios, ya sin pecado alguno. ¿Por qué, entonces, con esa santidad perfectísima, y con oraciones purísimas y misericordiosísimas capaces de obtener todo, no orarán también por los ángeles, para quienes está preparado el fuego eterno, para que Dios mitigue su sentencia y la cambie a mejor, y los haga ajenos a ese fuego? ¿O habrá acaso alguien que también presuma esto, afirmando que incluso los santos ángeles, junto con los santos hombres, que entonces serán iguales a los ángeles de Dios, orarán por los ángeles y hombres condenados, para que por misericordia no sufran lo que merecen sufrir por la verdad? Nadie con fe sana ha dicho esto, nadie lo dirá. De lo contrario, no hay razón para que la Iglesia no

ore ahora también por el diablo y sus ángeles, a quienes Dios mandó orar por sus enemigos. Por lo tanto, esta es la causa por la cual ahora la Iglesia no ora por los ángeles malos, que sabe que son sus enemigos, y esta misma causa será la que hará que en aquel juicio tampoco ore por los hombres que serán castigados con fuego eterno, aunque sea perfecta en santidad. Porque ahora ora por ellos, a quienes tiene como enemigos en el género humano, porque es tiempo de penitencia fructuosa. Pues, ¿por qué ora principalmente por ellos, sino para que Dios les conceda, como dice el Apóstol, "arrepentimiento, y se rescaten del lazo del diablo, en el cual están cautivos a voluntad de él" (II Tim. II, 25-26)? Finalmente, si estuviera tan segura de algunos, que supiera quiénes son, que aunque aún estén en esta vida, sin embargo están predestinados a ir al fuego eterno con el diablo; no oraría por ellos, como tampoco por él. Pero como no está segura de ninguno, ora por todos, al menos por los hombres enemigos suyos en este cuerpo: sin embargo, no es escuchada por todos. Solo es escuchada por aquellos que, aunque se opongan a la Iglesia, están predestinados de tal manera que la Iglesia sea escuchada por ellos, y se conviertan en hijos de la Iglesia. Pero si algunos tendrán un corazón impenitente hasta la muerte, y no se convertirán de enemigos en hijos, ¿acaso ya ora por ellos, es decir, por los espíritus de tales difuntos, la Iglesia? ¿Por qué no, sino porque ya se cuenta entre la parte del diablo quien, mientras estaba en el cuerpo, no fue trasladado a Cristo?

2. Por lo tanto, la misma causa es por la que no se orará entonces por los hombres que serán castigados con fuego eterno, que es la causa por la que ni ahora ni entonces se ora por los ángeles malos: que es también la causa por la que, aunque se ore por los hombres, ya no se ora ahora por los infieles e impíos difuntos. Porque por algunos difuntos, ya sea de la misma Iglesia o de algunos piadosos, la oración es escuchada: pero por aquellos cuya vida en Cristo, aunque regenerados, no fue tan mal llevada en el cuerpo, que se juzguen indignos de tal misericordia, ni tan bien, que se encuentren no necesitar tal misericordia. Así como tampoco faltarán, después de la resurrección de los muertos, aquellos a quienes, después de las penas que sufren los espíritus de los muertos, se les otorgue misericordia, para que no sean enviados al fuego eterno. Porque no se diría verdaderamente de algunos que no se les perdonará ni en este siglo ni en el futuro (Mat. XII, 32), si no hubiera quienes, aunque no en este, sin embargo, se les perdonará en el futuro. Pero cuando el Juez de vivos y muertos haya dicho: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo"; y a otros, por el contrario: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles"; y, "Irán estos al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna" (Mat. XXV, 34, 41, 46): es de excesiva presunción decir que el castigo eterno no será para ninguno de ellos, a quienes Dios dijo que irán al castigo eterno, para que por la persuasión de esta presunción se haga que incluso de la vida eterna se desespere o se dude.

3. Por lo tanto, nadie entienda así el Salmo que canta: "¿Acaso olvidará Dios tener misericordia, o contendrá en su ira sus misericordias?" (Sal. LXXVI, 10), como para pensar que sobre los hombres buenos es verdadera, sobre los malos falsa, o sobre los hombres buenos y los ángeles malos es verdadera, pero sobre los hombres malos es falsa la sentencia de Dios. Porque lo que dice el Salmo se refiere a los vasos de misericordia y a los hijos de la promesa, de los cuales era uno el mismo Profeta; quien, después de haber dicho: "¿Acaso olvidará Dios tener misericordia, o contendrá en su ira sus misericordias?", inmediatamente añadió: "Y dije, ahora comienzo, esta es la mutación de la diestra del Altísimo" (Sal. LXXVI, 11). Explicó ciertamente lo que dijo: "¿Acaso contendrá en su ira sus misericordias?" Porque la ira de Dios es también esta vida mortal, donde el hombre se ha hecho semejante a la vanidad, y sus días pasan como sombra (Sal. CXLIII, 4). En la cual ira, sin embargo, Dios no olvida tener misericordia, haciendo que su sol salga sobre buenos y malos, y lloviendo sobre

justos e injustos; y así no contiene en su ira sus misericordias (Mat. V, 45): especialmente en lo que expresó este Salmo, diciendo: "Ahora comienzo, esta es la mutación de la diestra del Altísimo"; porque en esta misma vida llena de miserias, que es la ira de Dios, cambia para mejor los vasos de misericordia, aunque aún permanezca en la miseria de esta corrupción su ira, porque ni en su ira contiene sus misericordias. Por lo tanto, cuando de este modo se cumple la verdad de ese divino cántico, no es necesario entenderlo también allí, donde los que no pertenecen a la ciudad de Dios serán castigados con suplicio eterno. Pero a quienes les agrada extender esta sentencia hasta aquellos tormentos de los impíos, al menos entiendan así, que, permaneciendo en ellos la ira de Dios, que está pronunciada en el castigo eterno, Dios no contenga en esta ira sus misericordias, y haga que no sean atormentados con tanta atrocidad de penas como merecen; no para que no sufran esas penas o para que alguna vez terminen, sino para que las sufran más leves de lo que son sus méritos. Así, también la ira de Dios permanecerá, y en su ira no contendrá sus misericordias. Lo cual ciertamente no confirmo, porque no resisto.

4. Sin embargo, a aquellos que piensan que se dijo más como amenaza que como verdad: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno"; y, "Irán estos al castigo eterno" (Mat. XXV, 41, 46); y, "Serán atormentados por los siglos de los siglos" (Apoc. XX, 10), y, "Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará" (Isaías LXVI, 24), y otras cosas semejantes, no tanto yo, sino la misma Escritura divina los refuta y refuta de manera clarísima y plenísima. Porque los ninivitas hicieron penitencia en esta vida (Jonás III, 7); y por eso fructuosa, como sembrando en este campo, en el cual Dios quiso que se sembrara con lágrimas, para que después se cosechara con alegría (Sal. CXXV, 6): y sin embargo, ¿quién negará que lo que el Señor predijo se cumplió en ellos, a menos que preste poca atención a cómo Dios no solo iracundo, sino también misericordioso, destruye a los pecadores? Porque los pecadores son destruidos de dos maneras, o como los sodomitas, para que los mismos hombres sean castigados por sus pecados, o como los ninivitas, para que los mismos pecados de los hombres sean destruidos por la penitencia. Por lo tanto, se hizo lo que Dios predijo: Nínive, que era mala, fue destruida, y se edificó la buena que no era. Porque, permaneciendo las murallas y las casas, la ciudad fue destruida en sus malas costumbres. Y así, aunque el Profeta se entristeció, porque no se hizo lo que esos hombres temieron que vendría al profetizar él (Jonás IV, 1-3): sin embargo, se hizo lo que había sido predicho por Dios, porque sabía quien lo predijo, cómo debía cumplirse para mejor.

5. Para que aquellos que son misericordiosos de manera perversa comprendan a qué se refiere lo que está escrito, "¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen!", lean lo que sigue: "La has perfeccionado para los que esperan en ti" (Salmo 30, 20). ¿Qué significa "Has reservado para los que temen, has perfeccionado para los que esperan", sino que para aquellos que, por temor al castigo, quieren establecer su propia justicia que está en la ley, la justicia de Dios no es dulce (Rom. 10, 3), porque no la conocen? No la han probado. Confían en sí mismos, no en Él; por eso se les oculta la multitud de la dulzura de Dios, porque temen a Dios, pero con ese temor servil que no está en la caridad, ya que la caridad perfecta expulsa el temor (1 Juan 4, 18). Por eso, a los que esperan en Él, Él perfecciona su dulzura, inspirándoles su caridad, para que con un temor casto, no el que la caridad expulsa, sino el que permanece por los siglos de los siglos (Salmo 18, 10), cuando se glorían, se gloríen en el Señor. La justicia de Dios es Cristo, quien se ha hecho para nosotros, como dice el Apóstol, sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención: para que, como está escrito, "El que se gloría, gloríese en el Señor" (1 Cor. 1, 30-31). Esta justicia de Dios, que la gracia concede sin méritos, no la conocen aquellos que quieren establecer su propia justicia, y por eso no están sujetos a la justicia de Dios, que es Cristo (Rom. 10, 3). En

esta justicia hay una gran multitud de la dulzura de Dios, por la cual se dice en el Salmo, "Gustad y ved qué dulce es el Señor" (Salmo 33, 9). Y aunque en esta peregrinación la probamos, no la tomamos hasta la saciedad, sino que más bien la anhelamos y tenemos sed de ella, para que después nos saciemos de ella, cuando lo veamos tal como es (1 Juan 3, 2), y se cumplirá lo que está escrito, "Me saciaré cuando se manifieste tu gloria" (Salmo 16, 15). Así, Cristo perfecciona la gran multitud de su dulzura para los que esperan en Él. Pero si Dios oculta su dulzura a los que le temen, como ellos piensan, para no condenar a los impíos, de modo que, al no saber esto y temer ser condenados, vivan rectamente, y así puedan ser quienes oren por los que no viven rectamente; ¿cómo perfecciona su dulzura para los que esperan en Él, cuando, como sueñan, por esta dulzura no condenará a los que no esperan en Él? Por lo tanto, busquemos esa dulzura suya que perfecciona para los que esperan en Él, no la que se supone que perfecciona para los que lo desprecian y blasfeman. En vano, pues, el hombre busca después de este cuerpo lo que en este cuerpo descuidó adquirir.

6. También lo que dice el apóstol, "Porque Dios encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos", no se dijo para significar que no va a condenar a nadie, sino que se ve claramente de dónde se dijo. Pues cuando el Apóstol hablaba de los judíos que después creerían, escribía a los gentiles, a quienes ya creyentes dirigía sus epístolas: "Porque así como vosotros en otro tiempo no creísteis a Dios, ahora habéis alcanzado misericordia por la incredulidad de ellos; así también estos ahora no han creído, para que por la misericordia que se os ha mostrado, también ellos alcancen misericordia" (Rom. 11, 31-32). Luego añadió, de donde estos se engañan a sí mismos, y dijo: "Porque Dios encerró a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos". ¿A quiénes se refiere con "todos", sino a aquellos de quienes hablaba, como diciendo, tanto a vosotros como a ellos? Dios, pues, encerró a gentiles y judíos, a quienes previó y predestinó conformes a la imagen de su Hijo (Rom. 8, 29), a todos en desobediencia: para que, arrepentidos y confundidos por la amargura de su desobediencia, y convertidos creyendo en la dulzura de la misericordia de Dios, clamen aquello en el Salmo, "¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen, pero has perfeccionado para los que esperan, no en sí mismos, sino en ti!" Por lo tanto, tiene misericordia de todos los vasos de misericordia. ¿Qué significa "de todos"? De aquellos, ciertamente, que de entre los gentiles y de entre los judíos predestinó, llamó, justificó, glorificó; no de todos los hombres, sino de todos estos, a ninguno de los cuales va a condenar.

CAPÍTULO XXV.---Si aquellos que fueron bautizados entre los herejes, y después se hicieron peores viviendo mal, o aquellos que renacidos entre los católicos pasaron a herejías o cismas, o aquellos que no se apartaron de los católicos entre los que renacieron, pero persistieron viviendo criminalmente, pueden esperar la remisión del suplicio eterno por el privilegio de los sacramentos.

1. Pero ya respondamos también a aquellos que no solo prometen liberación del fuego eterno al diablo y a sus ángeles, como tampoco estos, sino ni siquiera a todos los hombres, sino solo a aquellos que, lavados en el Bautismo de Cristo y hechos partícipes de su cuerpo y sangre, vivieron de cualquier manera, en cualquier herejía o impiedad. Pero el Apóstol les contradice, diciendo: "Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicación, impureza, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gál. 5, 19-21). Esta sentencia apostólica sería falsa si tales personas, después de cualquier tiempo, fueran liberadas y heredaran el reino de Dios. Pero como no es falsa, ciertamente no heredarán el reino de Dios. Y si nunca estarán en posesión del reino de Dios, serán retenidos en el suplicio

eterno: porque no hay lugar intermedio, donde no esté en suplicio quien no esté establecido en el reino.

2. Por lo tanto, lo que dice el Señor Jesús, "Este es el pan que desciende del cielo, para que el que coma de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre" (Juan 6, 50-52), merece ser investigado cómo debe entenderse. Y de hecho, aquellos a quienes ahora respondemos, quitan este entendimiento a aquellos a quienes luego se debe responder: estos son los que prometen esta liberación, no a todos los que tienen el sacramento del Bautismo y del cuerpo de Cristo, sino solo a los católicos, aunque vivan mal; porque dicen que no solo han comido sacramentalmente, sino realmente el cuerpo de Cristo, estando constituidos en su cuerpo: del cual cuerpo dice el Apóstol, "Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos" (1 Cor. 10, 17). Por lo tanto, quien está en la unidad de su cuerpo, es decir, en la estructura de los miembros cristianos, cuyo sacramento del cuerpo los fieles acostumbran a recibir del altar, ese es verdaderamente llamado a comer el cuerpo de Cristo y a beber la sangre de Cristo. Por lo tanto, los herejes y cismáticos, separados de esta unidad del cuerpo, pueden recibir el mismo sacramento, pero no para su beneficio, sino más bien para su daño, para que sean juzgados más gravemente, que liberados más tarde. No están, de hecho, en ese vínculo de paz que se expresa en ese sacramento.

3. Pero nuevamente, incluso aquellos que entienden correctamente que no se debe decir que comen el cuerpo de Cristo quienes no están en el cuerpo de Cristo, no prometen correctamente a aquellos que caen de la unidad de ese cuerpo a la herejía, o incluso a la superstición de los gentiles, la liberación alguna vez del suplicio del fuego eterno. Primero, porque deben considerar cuán intolerable y demasiado desviado de la sana doctrina es que muchos y casi todos los que fundaron herejías impías saliendo de la Iglesia católica, y se convirtieron en herejes, tengan mejores causas que aquellos que nunca fueron católicos, cuando cayeron en sus lazos; si esos herejes son liberados del suplicio eterno porque fueron bautizados en la Iglesia católica, y recibieron el sacramento del cuerpo de Cristo en el verdadero cuerpo de Cristo al principio: cuando ciertamente es peor el desertor de la fe y convertido en su opositor, que aquel que no desertó de lo que nunca sostuvo. Luego, porque el Apóstol también se les opone, pronunciando las mismas palabras, y enumerando esas obras de la carne, predicando con la misma verdad, "Porque los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gál. 5, 21).

4. Por lo tanto, tampoco deben estar seguros en sus costumbres perdidas y condenables aquellos que perseveran hasta el final, como si estuvieran en la comunión de la Iglesia católica, observando lo que se ha dicho, "El que persevere hasta el fin, este será salvo" (Mat. 10, 22); y por la iniquidad de su vida, abandonan la misma justicia de vida, que es Cristo para ellos, ya sea fornicando, o cometiendo otras impurezas de las que el Apóstol no quiso expresar, en su cuerpo, o disolviéndose en la lujuria de la lascivia, o haciendo cualquier otra cosa de las que dice, "Porque los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios". Por lo tanto, cualquiera que practique tales cosas, si no estará en el suplicio eterno, porque no podrá estar en el reino de Dios. Porque perseverando en estas cosas hasta el fin de esta vida, no se puede decir que han perseverado en Cristo hasta el fin: porque perseverar en Cristo es perseverar en su fe. La cual fe, como la define el mismo apóstol, "obra por el amor" (Gál. 5, 6). Pero el amor, como él mismo dice en otro lugar, "no obra el mal" (1 Cor. 13, 4; Rom. 13, 10). Por lo tanto, tampoco se puede decir que estos comen el cuerpo de Cristo; porque no se les puede contar entre los miembros de Cristo. Para no mencionar otras cosas, no pueden ser al mismo tiempo miembros de Cristo y miembros de una prostituta (1 Cor. 6, 15). Finalmente, él mismo dice, "El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él" (Juan 6, 57); muestra qué significa no solo sacramentalmente, sino realmente comer el

cuerpo de Cristo y beber su sangre: esto es permanecer en Cristo, para que Cristo permanezca en él. Así lo dijo, como si dijera, "El que no permanece en mí, y en quien yo no permanezco, no diga ni piense que come mi cuerpo o bebe mi sangre". Por lo tanto, no permanecen en Cristo, quienes no son sus miembros. No son, sin embargo, miembros de Cristo, quienes se hacen miembros de una prostituta, a menos que, arrepintiéndose, dejen de ser ese mal, y regresen a este bien mediante la reconciliación.

CAPÍTULO XXVI.---Qué significa tener a Cristo como fundamento, y a quiénes se les promete la salvación como a través del fuego.

1. Pero, dicen, los cristianos católicos tienen a Cristo como fundamento, de cuya unidad no se han apartado, aunque hayan edificado sobre este fundamento una vida pésima, como madera, heno, paja (1 Cor. 3, 11-12): por lo tanto, la fe recta, por la cual Cristo es el fundamento, aunque con pérdida, ya que lo que se ha edificado será quemado, sin embargo, podrá salvarlos alguna vez de la perpetuidad de ese fuego. Que el apóstol Santiago les responda brevemente: "Si alguno dice que tiene fe, pero no tiene obras, ¿podrá la fe salvarlo?" (Santiago 2, 14). Y, ¿quién es, dicen, de quien habla el apóstol Pablo, "Él mismo será salvo, pero como a través del fuego" (1 Cor. 3, 15)? Busquemos juntos quién puede ser este: sin embargo, es ciertísimo que no es este, para no poner en conflicto las sentencias de dos apóstoles, si uno dice, "Aunque tenga malas obras, la fe lo salvará a través del fuego"; y el otro, "Si no tiene obras, ¿podrá la fe salvarlo?"

2. Por lo tanto, encontraremos quién puede ser salvado a través del fuego, si primero encontramos qué significa tener a Cristo como fundamento. Para que lo entendamos rápidamente a partir de la misma similitud: Nada en un edificio se antepone al fundamento; por lo tanto, quien tiene a Cristo en su corazón de tal manera que no antepone a Él las cosas terrenales y temporales, ni siquiera las que son lícitas y permitidas, tiene a Cristo como fundamento. Pero si las antepone, aunque parezca tener fe en Cristo, sin embargo, Cristo no es el fundamento en él, a quien se anteponen tales cosas: cuánto más, si despreciando los preceptos saludables comete lo ilícito, se le demuestra que no ha antepuesto a Cristo, sino que lo ha pospuesto, a quien ha preferido su propia lujuria al elegir satisfacerla contra sus mandamientos o concesiones. Por lo tanto, si algún cristiano ama a una prostituta, y adhiriéndose a ella se convierte en un solo cuerpo (1 Cor. 6, 16), ya no tiene a Cristo como fundamento. Pero si ama a su esposa, si es según Cristo (Ef. 5, 25), ¿quién duda que tiene a Cristo como fundamento? Si, sin embargo, es según este mundo, si carnalmente, si en la enfermedad de las concupiscencias, como también los gentiles que no conocen a Dios (1 Tes. 4, 5), incluso esto lo concede el Apóstol, o más bien Cristo a través del Apóstol. Por lo tanto, también este puede tener a Cristo como fundamento. Porque si no antepone nada de tal afecto y placer, aunque edifique madera, heno, paja, Cristo es el fundamento, por lo cual será salvo a través del fuego. Porque tales delicias y amores terrenales, no condenables por la unión conyugal, el fuego de la tribulación los quemará: a este fuego pertenecen también las orfandades y cualquier calamidad que los quite. Por lo tanto, para quien edificó, esta edificación será dañosa; porque no tendrá lo que edificó, y sufrirá por la pérdida de lo que disfrutaba con alegría. Pero será salvo a través de este fuego por el mérito del fundamento, porque aunque se le propusiera por un perseguidor si preferiría tener eso o a Cristo, no lo antepondría a Cristo. Mira en las palabras del Apóstol a un hombre edificando sobre el fundamento oro, plata, piedras preciosas: "El que está sin esposa, se preocupa por las cosas del Señor, cómo agradar al Señor". Mira a otro edificando madera, heno, paja: "Pero el que está casado, se preocupa por las cosas del mundo, cómo agradar a su esposa" (1 Cor. 7, 32-33). La obra de cada uno se manifestará: porque el día la declarará; el día ciertamente de la tribulación: porque en el fuego, dice, se revelará (1 Cor. 3, 13). Llama fuego a la misma

tribulación, como se lee en otro lugar, "El horno prueba los vasos del alfarero, y la tentación de la tribulación prueba a los hombres justos" (Eclo. 27, 6). Y, "La obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará. Si la obra de alguno permanece" (permanece ciertamente lo que uno piensa en las cosas de Dios, cómo agradar a Dios), "lo que edificó, recibirá recompensa": es decir, recibirá de lo que pensó. "Si la obra de alguno se quema, sufrirá pérdida": porque no tendrá lo que amaba. "Él mismo, sin embargo, será salvo"; porque ninguna tribulación lo movió de la estabilidad de ese fundamento: "pero como a través del fuego" (1 Cor. 3, 13-15). Porque lo que no tuvo sin amor tentador, no lo pierde sin dolor ardiente. He aquí, según me parece, se ha encontrado el fuego que no condena a ninguno de ellos, sino que enriquece a uno, perjudica a otro, y prueba a ambos.

3. Pero si quisiéramos entender ese fuego en este lugar, del que el Señor dirá a los de la izquierda, "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno" (Mat. 25, 41); para que en ellos también se crea que están aquellos que edifican sobre el fundamento madera, heno, paja, y que de ese fuego los libere después de un tiempo el mérito del buen fundamento: ¿qué pensaremos de los de la derecha a quienes se les dirá, "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros" (Mat. 25, 34), sino que son aquellos que edificaron sobre el fundamento oro, plata, piedras preciosas? Pero en ese fuego, del que se dice, "pero como a través del fuego", si debe entenderse de este modo, deben ser enviados ambos, tanto los de la derecha como los de la izquierda. Porque ese fuego probará a ambos, del que se dice, "Porque el día lo declarará, porque en el fuego se revelará, y la obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará" (1 Cor. 3, 13). Si, por lo tanto, probará a ambos, para que si la obra de alguno permanece, es decir, no es consumida por el fuego lo que edificó, reciba recompensa; si la obra de alguno se quema, sufra pérdida: ciertamente no es el mismo fuego eterno. Porque en ese fuego solo los de la izquierda serán enviados con la última y perpetua condenación, pero este prueba a los de la derecha. Pero a algunos de ellos los prueba de tal manera que la edificación que encuentra construida sobre el fundamento de Cristo no la quema ni consume: a otros, sin embargo, de manera diferente, es decir, para que lo que edificaron arda, y sufran pérdida por ello; pero sean salvos, porque mantuvieron firmemente a Cristo como fundamento con una caridad sobresaliente. Pero si serán salvos, ciertamente estarán a la derecha, y con los demás escucharán, "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros": no a la izquierda, donde estarán aquellos que no serán salvos, y por eso escucharán, "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno". Porque nadie será salvado de ese fuego, ya que irán al suplicio eterno todos aquellos (Mat. 25, 46), donde su gusano no morirá, y el fuego no se apagará (Isa. 66, 24), donde serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos (Apoc. 20, 10).

4. Después de la muerte de este cuerpo, hasta que lleguemos a aquel último día de resurrección de los cuerpos, que será de condenación y recompensa, si en este intervalo de tiempo se dice que los espíritus de los difuntos sufren un fuego tal que no lo sienten aquellos que no tuvieron tales costumbres y amores en la vida de este cuerpo, de modo que su madera, heno y paja se consuman; pero otros sí lo sienten, quienes llevaron consigo tales edificaciones, ya sea solo allí, o aquí y allí, o aquí para que no sea allí, encuentran un fuego que quema las cosas veniales seculares, aunque no de condenación, de tribulación transitoria, no lo refuto, porque tal vez es verdad. Puede pertenecer a esta tribulación incluso la misma muerte de la carne, que fue concebida por la perpetración del primer pecado, de modo que según la edificación de cada uno, el tiempo que la sigue sea sentido por cada uno. Las persecuciones por las que los mártires fueron coronados, y las que sufren cualesquiera cristianos, prueban ambas edificaciones como fuego, y consumen unas con los mismos edificadores, si no encuentran a Cristo como fundamento en ellos; otras sin ellos, si lo

encuentran, porque, aunque con pérdida, ellos mismos serán salvos: otras no las consumen, porque encuentran tales que permanecen para siempre. Habrá también al final del mundo una tribulación en el tiempo del Anticristo, como nunca antes hubo. Cuántas edificaciones habrá entonces, ya sean de oro o de heno sobre el mejor fundamento, que es Cristo Jesús, para que ese fuego pruebe ambas, y de unas traiga alegría, de otras daño; sin embargo, no perderá a ninguno en quienes las encuentre, debido al fundamento estable. Pero cualquiera que, no digo esposa, cuya misma unión carnal usa para el placer carnal, sino incluso aquellos nombres de piedad que están alejados de tales deleites, antepone a Cristo amando carnalmente de manera humana, no lo tiene como fundamento, y por lo tanto no será salvo por el fuego, sino que no será salvo, porque no podrá estar con el Salvador, quien hablando clarísimamente sobre esto dijo: "El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí" (Mateo 10, 37). Pero quien ama estas relaciones carnalmente de tal manera que no las antepone al Señor Cristo, y prefiere carecer de ellas antes que de Cristo, si es llevado a este punto de tentación, será salvo por el fuego: porque de su pérdida necesariamente arderá el dolor tanto como había adherido el amor. Por otro lado, quien ama a padre, madre, hijos, hijas según Cristo, para aconsejarles obtener su reino y adherirse a él, o ama en ellos que son miembros de Cristo, lejos de que este amor se encuentre en madera, heno y paja que se consumen, sino que será asignado a un edificio de oro, plata, gemas. ¿Cómo puede amar más a ellos que a Cristo, a quienes ama precisamente por Cristo?

CAPÍTULO XXVII.---Contra la persuasión de aquellos que piensan que sus pecados no les perjudicarán, en los cuales, mientras hacían limosnas, persistieron.

1. Resta responder a aquellos que dicen que solo arderán en el fuego eterno aquellos que descuidan hacer limosnas dignas por sus pecados, debido a lo que dice el apóstol Santiago: "El juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia" (Santiago 2, 13). Por lo tanto, dicen, quien hizo misericordia, aunque no corrigió sus malas costumbres, sino que vivió nefaria y malvadamente entre sus limosnas, tendrá un juicio con misericordia, para que no sea condenado del todo, o después de algún tiempo sea liberado de la condenación última. Y no piensan que Cristo hará la distinción entre los de la derecha y los de la izquierda solo por la elección y el descuido de las limosnas, enviando a unos al reino y a otros al castigo eterno. Para que crean que sus pecados, cualesquiera y cuántos sean, pueden ser perdonados por las limosnas que hacen diariamente, intentan usar la oración que el mismo Señor enseñó como su intercesora y testigo. Pues dicen que no hay día en que los cristianos no digan esta oración: así no hay pecado diario, cualquiera que sea, que no sea perdonado por ella, cuando decimos: "Perdona nuestras deudas", si nos preocupamos por hacer lo que sigue: "como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6, 12). Porque el Señor no dijo, dicen, "Si perdonáis a los hombres sus pecados, vuestro Padre os perdonará vuestros pecados diarios pequeños"; sino que dijo: "os perdonará vuestros pecados" (Mateo 6, 14). Por lo tanto, cualesquiera y cuántos sean, aunque se cometan diariamente, y aunque la vida no se aparte de ellos cambiada a mejor, presumen que pueden ser perdonados por la limosna no negada.

2. Pero es bueno que estos recuerden que deben hacerse limosnas dignas por los pecados: porque si dijeran que cualesquiera limosnas pueden obtener la misericordia divina por los pecados, tanto diarios como grandes, y por cualquier costumbre de crímenes, para que siga el perdón diario, verían que dicen algo absurdo y ridículo. Pues se verían obligados a admitir que es posible que un hombre muy rico, gastando diez monedas diarias en limosnas, redima homicidios, adulterios y cualquier acto nefasto. Lo cual, si es lo más absurdo e insensato de decir: ciertamente, si se pregunta cuáles son las limosnas dignas por los pecados, de las que incluso el precursor de Cristo decía: "Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento" (Mateo

3, 8); sin duda no se encontrarán haciéndolas aquellos que perforan su vida hasta la muerte con la perpetración diaria de crímenes. Primero, porque al quitar las cosas ajenas, saquean mucho más, de lo cual, dando muy poco a los pobres, piensan que alimentan a Cristo para obtener de él la licencia de sus maldades, o más bien creen comprarla diariamente, cometiendo con seguridad cosas tan condenables. Si por un solo crimen distribuyeran todos sus bienes a los miembros necesitados de Cristo, a menos que desistieran de tales actos, teniendo caridad, que no actúa indebidamente (1 Corintios 13, 4), no les podría beneficiar en nada. Por lo tanto, quien hace limosnas dignas por sus pecados, primero debe comenzar a hacerlas consigo mismo. Es indigno que quien las hace para el prójimo no las haga para sí mismo, cuando escucha al Señor decir: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo 22, 39). Y también escucha: "Ten misericordia de tu alma agradando a Dios" (Eclesiástico 30, 24). Esta limosna, es decir, agradar a Dios, no haciéndola para su alma, ¿cómo se puede decir que hace limosnas dignas por sus pecados? Pues también está escrito: "¿Quién será bueno para otro si es malo para sí mismo?" (Eclesiástico 14, 5). Las oraciones ciertamente ayudan a las limosnas. Y ciertamente debe considerarse lo que leemos: "Hijo, has pecado, no lo hagas más, y ruega por los pasados, para que te sean perdonados" (Eclesiástico 21, 1). Por esto, pues, deben hacerse limosnas, para que cuando roguemos por los pecados pasados, seamos escuchados, no para que, perseverando en ellos, creamos que compramos la licencia de hacer el mal a través de las limosnas.

3. Por eso el Señor predijo que imputaría a los de la derecha las limosnas hechas por ellos, y a los de la izquierda las no hechas, para mostrar cuánto valen las limosnas para borrar lo anterior, no para cometer perpetuamente pecados impunemente. No se debe decir que hacen tales limosnas quienes no quieren cambiar su vida de la costumbre de los crímenes a mejor. Porque también en lo que dijo: "Cuando no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, a mí no lo hicisteis" (Mateo 25, 45); mostró que no lo hacen incluso cuando piensan que lo hacen. Pues si dieran pan a un cristiano hambriento como a un cristiano, ciertamente no se negarían a sí mismos el pan de la justicia, que es el mismo Cristo: porque Dios no atiende a quién se da, sino con qué ánimo se da. Por lo tanto, quien ama a Cristo en el cristiano, le da la limosna con el mismo ánimo con el que se acerca a Cristo, no con el que quiere alejarse impunemente de Cristo. Pues cuanto más ama uno lo que Cristo reprueba, tanto más abandona a Cristo. Porque, ¿de qué le sirve a alguien ser bautizado, si no es justificado? ¿No es el mismo que dijo: "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de Dios" (Juan 3, 5); el mismo que también dijo: "A menos que vuestra justicia abunde más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo 5, 20)? ¿Por qué, temiendo eso, muchos corren a bautizarse, y no temiendo esto, no muchos se preocupan por ser justificados? Así como no dice a su hermano: "Necio", quien al decirlo, no está enfadado con la fraternidad, sino con su pecado; de lo contrario, será culpable del fuego del infierno (Mateo 5, 22): así, por el contrario, quien da limosna a un cristiano, no se la da a un cristiano, quien no ama a Cristo en él; no ama a Cristo, quien se niega a ser justificado en Cristo. Y del mismo modo, si alguien es sorprendido en esta falta, de decir a su hermano: "Necio", es decir, no queriendo quitar su pecado, lo insulta injustamente; no es suficiente para él hacer limosnas para redimirlo, a menos que también añada el remedio de la reconciliación que sigue allí. Pues allí sigue: "Si, pues, ofreces tu ofrenda en el altar, y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu ofrenda" (Mateo 5, 23-24). Así, no es suficiente hacer limosnas, por muchas que sean, por cualquier crimen, y permanecer en la costumbre de los crímenes.

4. La oración diaria, que el mismo Señor enseñó, de donde también se llama Dominical, borra ciertamente los pecados diarios, cuando se dice diariamente: "Perdona nuestras deudas"; y lo

que sigue no solo se dice, sino que también se hace: "como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6, 12): pero porque se cometen pecados, por eso se dice; no para que se cometan porque se dice. Pues a través de ella, el Salvador quiso mostrarnos que, por más justamente que vivamos en la oscuridad y debilidad de esta vida, no nos faltan pecados por los cuales debemos orar, y perdonar a quienes pecan contra nosotros, para que también se nos perdone. No dijo el Señor, "Si perdonáis a los hombres sus pecados, vuestro Padre os perdonará también vuestros pecados diarios pequeños"; sino que dijo: "os perdonará vuestros pecados" (Mateo 6, 14). Por lo tanto, cualesquiera y cuántos sean, aunque se cometan diariamente, y aunque la vida no se aparte de ellos cambiada a mejor, presumen que pueden ser perdonados por la limosna no negada.

5. Pero es bueno que estos recuerden que deben hacerse limosnas dignas por los pecados: porque si dijeran que cualesquiera limosnas pueden obtener la misericordia divina por los pecados, tanto diarios como grandes, y por cualquier costumbre de crímenes, para que siga el perdón diario, verían que dicen algo absurdo y ridículo. Pues se verían obligados a admitir que es posible que un hombre muy rico, gastando diez monedas diarias en limosnas, redima homicidios, adulterios y cualquier acto nefasto. Lo cual, si es lo más absurdo e insensato de decir: ciertamente, si se pregunta cuáles son las limosnas dignas por los pecados, de las que incluso el precursor de Cristo decía: "Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento" (Mateo 3, 8); sin duda no se encontrarán haciéndolas aquellos que perforan su vida hasta la muerte con la perpetración diaria de crímenes. Primero, porque al quitar las cosas ajenas, saquean mucho más, de lo cual, dando muy poco a los pobres, piensan que alimentan a Cristo para obtener de él la licencia de sus maldades, o más bien creen comprarla diariamente, cometiendo con seguridad cosas tan condenables. Si por un solo crimen distribuyeran todos sus bienes a los miembros necesitados de Cristo, a menos que desistieran de tales actos, teniendo caridad, que no actúa indebidamente (1 Corintios 13, 4), no les podría beneficiar en nada. Por lo tanto, quien hace limosnas dignas por sus pecados, primero debe comenzar a hacerlas consigo mismo. Es indigno que quien las hace para el prójimo no las haga para sí mismo, cuando escucha al Señor decir: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mateo 22, 39). Y también escucha: "Ten misericordia de tu alma agradando a Dios" (Eclesiástico 30, 24). Esta limosna, es decir, agradar a Dios, no haciéndola para su alma, ¿cómo se puede decir que hace limosnas dignas por sus pecados? Pues también está escrito: "¿Quién será bueno para otro si es malo para sí mismo?" (Eclesiástico 14, 5). Las oraciones ciertamente ayudan a las limosnas. Y ciertamente debe considerarse lo que leemos: "Hijo, has pecado, no lo hagas más, y ruega por los pasados, para que te sean perdonados" (Eclesiástico 21, 1). Por esto, pues, deben hacerse limosnas, para que cuando roguemos por los pecados pasados, seamos escuchados, no para que, perseverando en ellos, creamos que compramos la licencia de hacer el mal a través de las limosnas.

6. Esta liberación que se hace ya sea por las oraciones de cada uno, ya sea por la intercesión de los santos, tiene como objetivo que uno no sea enviado al fuego eterno: no para que, una vez enviado, después de cualquier tiempo sea sacado de allí. Pues aquellos que piensan que debe entenderse así, lo que está escrito, que la tierra buena produce fruto abundante, unos treinta, otros sesenta, otros cien (Mateo 13, 8): que los santos, por la diversidad de sus méritos, liberan a treinta hombres, otros a sesenta, otros a cien: suelen sospechar que esto sucederá en el día del juicio, no después del juicio. Con esta opinión, cuando alguien vio a hombres prometiéndose impunidad de la manera más perversa, porque todos parecen poder pertenecer a esta liberación de este modo, se dice que respondió elegantemente, que es mejor vivir bien, para que cada uno se encuentre entre aquellos que intercederán por otros para ser liberados; no sea que sean tan pocos, que al llegar rápidamente a su número, ya sea de treinta,

sesenta o cien, muchos queden que no puedan ser liberados por la intercesión de ellos, y se encuentre entre ellos quien se promete a sí mismo la esperanza del fruto ajeno con la más vana temeridad. Que esta respuesta mía sea suficiente para aquellos que no desprecian la autoridad de las Sagradas Escrituras, que tenemos en común, pero que al entenderlas mal, no creen que sucederá lo que ellas dicen, sino lo que ellos quieren. Con esta respuesta dada, terminamos el libro, como prometimos.

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO. Sobre el fin debido de la ciudad de Dios, es decir, sobre la felicidad eterna de los santos. Se afirma la fe en la resurrección de los cuerpos, y se explica cómo será. Luego, al decir qué harán los santos en cuerpos inmortales y espirituales, se termina la obra.

CAPÍTULO PRIMERO.---Sobre la condición de los ángeles y los hombres.

1. Tal como prometimos en el libro anterior, este último de toda la obra contendrá la discusión sobre la eterna bienaventuranza de la ciudad de Dios. Esta no ha recibido el nombre de eternidad por la longitud de su existencia a través de muchos siglos, que en algún momento terminará, sino como está escrito en el Evangelio: "Su reino no tendrá fin" (Lucas 1, 33). No de manera que, al morir unos y nacer otros, aparezca en ella una especie de perpetuidad, como en un árbol que se viste de follaje perenne, donde parece que la misma vitalidad permanece mientras las hojas caen y otras nuevas nacen, conservando la apariencia de opacidad; sino que todos los ciudadanos en ella serán inmortales, alcanzando los hombres lo que los santos ángeles nunca perdieron. Esto lo hará Dios, su omnipotente creador. Pues lo ha prometido, y no puede mentir; y para darles fe, ha hecho muchas cosas, tanto prometidas como no prometidas.

2. Él es quien al principio creó el mundo, lleno de todos los bienes visibles e inteligibles, en el cual no instituyó nada mejor que los espíritus, a quienes dio inteligencia y los hizo capaces de contemplarlo, y los unió en una sociedad que llamamos la ciudad santa y celestial, en la cual Dios mismo es para ellos el sustento y la bienaventuranza, como vida y alimento común. Él otorgó a esta naturaleza intelectual un libre albedrío tal que, si quisiera, podría abandonar a Dios, su bienaventuranza, y la miseria seguiría inmediatamente. Aunque previó que algunos ángeles, por su altivez, al querer bastarse a sí mismos para la vida bienaventurada, serían desertores de tan gran bien, no les quitó este poder, juzgando que es más poderoso y mejor hacer el bien a partir del mal, que no permitir que exista el mal. Estos males no existirían en absoluto si la naturaleza mutable, aunque buena y creada por el sumo Dios y bien inmutable, que creó todos los bienes, no se los hubiera causado a sí misma pecando. Con este pecado, su propia naturaleza testifica que fue creada buena. Pues si no fuera un gran bien, aunque no igual al Creador, la deserción de Dios, como de su luz, no podría ser su mal. Así como la ceguera es un defecto del ojo, y esto mismo indica que el ojo fue creado para ver la luz, y por este mismo defecto se muestra más excelente que los demás miembros, ya que no habría otra causa para su defecto que carecer de luz; así la naturaleza que disfrutaba de Dios muestra que fue creada óptima incluso por el mismo defecto, por el cual es miserable porque no disfruta de Dios; quien ató la caída voluntaria de los ángeles con el justísimo castigo de la infelicidad eterna, y a los demás que permanecen en el sumo bien, para que estuvieran seguros de su permanencia sin fin, les dio como premio su permanencia. Él hizo al hombre también recto con el mismo libre albedrío, un animal terrenal, pero digno del cielo si se adhería a su creador: la miseria seguiría de manera similar si lo abandonara, como convendría a una naturaleza de este tipo. Aunque previó que pecaría al transgredir la ley de Dios por el abandono de Dios, no le quitó el poder del libre albedrío, previendo al mismo tiempo qué

bien haría él mismo del mal de este, quien de la progenie mortal justamente condenada reúne por su gracia a un pueblo tan grande, que de allí suple y restaura la parte de los ángeles que cayó; y así esa amada y celestial ciudad no se verá privada del número de sus ciudadanos, sino que quizás incluso se regocije con mayor abundancia.

CAPÍTULO II.---Sobre la eterna e inmutable voluntad de Dios.

1. Muchas cosas son hechas por los malos contra la voluntad de Dios: pero él es de tal sabiduría y poder, que todo lo que parece contrario a su voluntad tiende hacia aquellos fines que él previó como buenos y justos. Por lo tanto, cuando se dice que Dios cambia su voluntad, de modo que a quienes era benigno, por ejemplo, se vuelve airado, ellos son los que cambian más que él, y lo encuentran de algún modo cambiado en lo que sufren: como el sol cambia para los ojos heridos, y de suave se vuelve áspero, y de deleitable, molesto, aunque él mismo permanece igual. También se dice que la voluntad de Dios es la que realiza en los corazones de los que obedecen sus mandamientos, de la cual dice el Apóstol: "Porque Dios es el que obra en vosotros el querer" (Filipenses 2, 13). Así como se dice la justicia de Dios, no solo aquella por la cual él es justo, sino también la que hace en el hombre que es justificado por él: así también se llama su ley, que más bien es de los hombres, pero dada por él. Pues ciertamente eran hombres a quienes Jesús dijo: "En vuestra ley está escrito" (Juan 8, 17): aunque en otro lugar leemos: "La ley de su Dios está en su corazón" (Salmo 36, 31). Según esta voluntad, que Dios obra en los hombres, también se dice que quiere lo que él no quiere, pero hace que los suyos lo quieran: así como se dice que conoció, lo que hizo que fuera conocido por aquellos que lo ignoraban. Pues cuando el Apóstol dice: "Ahora, empero, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios" (Gálatas 4, 9), no es lícito creer que Dios los conoció entonces, habiéndolos preconocido antes de la fundación del mundo (1 Pedro 1, 20): sino que se dice que los conoció entonces, porque entonces hizo que fueran conocidos. Ya he discutido sobre estos modos de expresión en libros anteriores. Según esta voluntad, por la cual decimos que Dios quiere lo que hace que otros quieran, de quienes los futuros son desconocidos, quiere muchas cosas, pero no las hace.

2. [II.] Pues muchos de sus santos quieren que se hagan cosas inspiradas por su santa voluntad, y no se hacen; así como oran por algunos piadosa y santamente, y lo que oran no lo hace, aunque él mismo en ellos hizo esta voluntad de orar con su santo Espíritu. Por lo tanto, cuando los santos quieren y oran según Dios para que alguien sea salvo, podemos decir de esa manera de hablar: Dios quiere y no lo hace; para que digamos que él quiere, quien hace que estos quieran. Según su voluntad, que es eterna con su presciencia, ciertamente en el cielo y en la tierra ha hecho todo lo que quiso, no solo lo pasado o presente, sino también lo futuro (Salmo 113, 3 bis). Pero antes de que llegue el tiempo en que quiso que se hiciera lo que previó y dispuso antes de todos los tiempos, decimos: Se hará cuando Dios quiera. Pero si no solo ignoramos el tiempo en que será, sino también si será, decimos: Se hará, si Dios quiere: no porque Dios tendrá entonces una nueva voluntad que no tenía; sino porque lo que desde la eternidad está preparado en su inmutable voluntad, entonces será:

CAPÍTULO III.---Sobre la promesa de la eterna bienaventuranza de los santos y los castigos perpetuos de los impíos.

Por lo tanto, para pasar por alto tantas otras cosas, así como ahora vemos cumplirse en Cristo lo que prometió a Abraham, diciendo: "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Génesis 22, 18): así se cumplirá lo que prometió a su simiente, donde dice por el profeta: "Resucitarán los que estaban en los sepulcros": y lo que dice: "Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, y no se recordarán las cosas anteriores, ni subirán a su corazón; sino que

encontrarán alegría y regocijo en ella. He aquí que yo haré de Jerusalén un regocijo y de mi pueblo una alegría; y me regocijaré en Jerusalén, y me alegraré en mi pueblo; y ya no se oirá en ella voz de llanto" (Isaías 26, 19, según LXX; 65, 17-19, según LXX). Y por otro profeta, lo que predijo diciendo al mismo profeta: "En aquel tiempo será salvo tu pueblo, todos los que se encuentren escritos en el libro: y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra (o, como algunos han interpretado, en el terraplén) se levantarán; unos para vida eterna, y otros para oprobio y confusión eterna" (Daniel 12, 1 y 2). Y en otro lugar por el mismo profeta: "Recibirán el reino los santos del Altísimo, y lo poseerán hasta el siglo, y hasta el siglo de los siglos" (Id. 7, 18). Y poco después, "Su reino, dice, será un reino eterno" (Ibid., 27). Y otras cosas relacionadas con esto que puse en el libro vigésimo (cap. 21 ss.), o que no puse, pero que están escritas en las mismas Escrituras: vendrán estas cosas, como vinieron aquellas que los incrédulos no creían que vendrían. Pues el mismo Dios prometió ambas, predijo que ambas vendrían, a quien temen los dioses de los paganos, como también lo atestigua Porfirio, el más noble filósofo de los paganos.

CAPÍTULO IV.---Contra los sabios del mundo, que piensan que los cuerpos terrenales de los hombres no pueden ser trasladados a la morada celestial.

Pero evidentemente los hombres doctos y sabios, contra la fuerza de tan gran autoridad, que ha convertido a todos los géneros de hombres, como se predijo mucho antes, en esta creencia y esperanza, parecen argumentar agudamente contra la resurrección de los cuerpos, y decir lo que en el tercer libro de la República fue mencionado por Cicerón. Pues al afirmar que Hércules y Rómulo fueron hechos dioses desde hombres, dice: "Cuyos cuerpos no fueron elevados al cielo; pues la naturaleza no permitiría que lo que es de la tierra, permaneciera en otro lugar que no fuera en la tierra. Esta es la gran razón de los sabios", cuyos pensamientos el Señor conoce, que son vanos (Salmo 94, 11). Pues si fuéramos solo almas, es decir, espíritus sin cuerpo alguno, y habitando en el cielo no conociéramos a los animales terrenales, y se nos dijera que nos sucedería que seríamos unidos de alguna manera maravillosa a cuerpos terrenales animados; ¿no argumentaríamos mucho más fuertemente rehusando creerlo, y diríamos que la naturaleza no permite que una cosa incorpórea sea unida por un vínculo corpóreo? Y sin embargo, la tierra está llena de almas que animan estos miembros terrenales, maravillosamente conectados e implicados entre sí. ¿Por qué, entonces, no podrá el mismo Dios, que hizo este animal, elevar el cuerpo terrenal a un cuerpo celestial, si el alma, superior a todo cuerpo, y por lo tanto también al cuerpo celestial, pudo ser unida a un cuerpo terrenal? ¿Acaso una partícula terrenal tan pequeña pudo contener algo mejor que el cuerpo celestial, para tener sentido y vida, y el cielo se negará a recibirla, o no podrá sostenerla una vez recibida, cuando siente y vive por algo mejor que cualquier cuerpo celestial? Pero por eso ahora no sucede, porque aún no es el tiempo en que quiso que sucediera, quien hizo esto que ya se ha visto y ha perdido su novedad, mucho más maravilloso que aquello que no se cree por estos. Pues, ¿por qué no admiramos más intensamente que los espíritus incorpóreos, superiores al cuerpo celestial, estén unidos a cuerpos terrenales, que los cuerpos, aunque terrenales, sean elevados a sedes celestiales, aunque también corpóreas, sino porque estamos acostumbrados a ver esto, y somos esto, pero aún no somos aquello, ni lo hemos visto alguna vez? Pues ciertamente, al consultar con sobria razón, se encuentra que es una obra divina más admirable unir de alguna manera lo incorpóreo con lo corpóreo, que unir cuerpos y cuerpos, aunque diferentes, porque aquellos son celestiales y estos terrenales.

CAPÍTULO V.---Sobre la resurrección de la carne, que algunos no creen mientras el mundo cree.

Pero esto fue increíble alguna vez: he aquí que ya el mundo ha creído que el cuerpo terrenal de Cristo fue elevado al cielo; la resurrección de la carne y la ascensión a las sedes celestiales, con muy pocos quedando asombrados, ya sean doctos o indoctos, ya han sido creídas por doctos e indoctos. Si creyeron algo creíble, vean cuán necios son los que no creen: pero si algo increíble fue creído, también esto es ciertamente increíble, que haya sido creído algo increíble. Por lo tanto, estos dos increíbles, la resurrección de nuestro cuerpo para siempre, y que el mundo creería algo tan increíble, el mismo Dios, antes de que uno de estos sucediera, predijo que ambos sucederían (Mateo 26, 13). Uno de los dos increíbles ya lo vemos hecho, que lo que era increíble, el mundo lo creyó: ¿por qué se desespera de lo que queda, que también esto venga, que el mundo creyó algo increíble, como ya vino, lo que igualmente fue increíble, que el mundo creyera algo tan increíble, cuando ambos increíbles, de los cuales vemos uno, creemos el otro, fueron predichos en las mismas Escrituras, por las cuales el mundo creyó? Y el mismo modo en que el mundo creyó, si se considera, se encuentra más increíble. Hombres no instruidos en disciplinas liberales, y completamente, en cuanto a las doctrinas de estos, sin pulir, no peritos en gramática, no armados con dialéctica, no inflados con retórica, Cristo envió a pescadores con las redes de la fe al mar de este siglo, y así capturó de todo tipo de peces, y tanto más maravillosos cuanto más raros, incluso a los mismos filósofos. A esos dos increíbles, si les place, o más bien porque debe agradar, añadamos este tercero. Ya, por tanto, son tres los increíbles que, sin embargo, se han hecho. Es increíble que Cristo haya resucitado en la carne y haya ascendido al cielo con la carne: es increíble que el mundo haya creído algo tan increíble: es increíble que hombres ignobles, ínfimos, poquísimos, inexpertos hayan podido persuadir al mundo, y en él incluso a los doctos, de algo tan increíble. De estos tres increíbles, el primero no quieren estos, con quienes discutimos, creer; el segundo se ven obligados a verlo; lo que no encuentran de dónde ha sido hecho, si no creen el tercero. Ciertamente, la resurrección de Cristo, y su ascensión al cielo con la carne en la que resucitó, ya se predica y se cree en todo el mundo: si no es creíble, ¿de dónde ha sido ya creída en todo el orbe de la tierra? Si muchos nobles, sublimes, doctos dijeron que lo vieron, y se preocuparon por difundir lo que vieron, no es de extrañar que el mundo les haya creído; pero es perdurable que estos aún no quieran creer: pero si, como es verdad, el mundo creyó a pocos, oscuros, ínfimos, indoctos que decían y escribían que lo vieron: ¿por qué unos pocos obstinados, que han quedado, aún no creen al mundo ya creyente? Que por eso creyó a un número tan pequeño de hombres ignobles, ínfimos, inexpertos, porque en testigos tan despreciables la divinidad se persuadió a sí misma mucho más maravillosamente. Pues las palabras de los que persuadían lo que decían, fueron hechos maravillosos, no palabras. Porque quienes no habían visto a Cristo resucitar en la carne, y ascender con ella al cielo, creían a los que decían que lo vieron, no solo hablando, sino también haciendo señales maravillosas. Pues los hombres, a quienes conocían como de una, o a lo sumo, dos lenguas, de repente los oían hablar maravillosamente en las lenguas de todas las naciones (Hechos 2). Veían que un cojo desde el seno de su madre, a la palabra de ellos en el nombre de Cristo, después de cuarenta años, era restablecido en salud; que los pañuelos tomados de sus cuerpos servían para sanar a los enfermos; que innumerables enfermos de diversas enfermedades, puestos en orden en el camino por donde iban a pasar, solían recibir salud inmediatamente al pasar sobre ellos la sombra de los que caminaban; y muchas otras cosas asombrosas hechas en el nombre de Cristo por ellos, finalmente incluso veían resucitar a los muertos (ibid. III, IV). Si conceden que estas cosas, como se leen, fueron hechas, he aquí que añadimos tantos increíbles a esos tres increíbles; y para que se crea un increíble, que se dice de la resurrección de la carne y la ascensión al cielo, acumulamos tantos testimonios de muchos increíbles, y aún no doblamos a los incrédulos con horrenda dureza para creer. Pero si no creen que también estos milagros fueron hechos por los apóstoles de

Cristo, para que se les creyera predicando la resurrección y ascensión de Cristo, este único gran milagro nos basta, que el orbe de la tierra lo creyó sin milagros.

CAPÍTULO VI.---Que Roma hizo dios a su fundador Rómulo amándolo; pero la Iglesia amó a Cristo creyéndolo Dios.

1. Recordemos también en este lugar aquello que Tullio admira sobre la divinidad atribuida a Rómulo. Insertaré sus palabras tal como están escritas: "Es más admirable en Rómulo", dice, "que los demás que se dice que fueron hechos dioses a partir de hombres, existieron en épocas menos eruditas de la humanidad, de modo que la razón para inventar era más proclive, ya que los ignorantes eran fácilmente llevados a creer. Sin embargo, vemos que la época de Rómulo fue hace menos de seiscientos años, cuando ya las letras y las doctrinas estaban establecidas, y todo aquel antiguo error de la vida inculta de los hombres había sido eliminado". Y poco después, hablando del mismo Rómulo, dice lo siguiente, que se refiere a este sentido: "De lo cual se puede entender", dice, "que existió muchos años antes de Homero que Rómulo, de modo que ya en tiempos de hombres doctos y épocas eruditas apenas había lugar para inventar algo. La antigüedad aceptó fábulas, a veces incluso inventadas de manera desordenada: pero esta era ya cultivada, especialmente burlándose de todo lo que no puede suceder, lo rechaza" (De Republica, libro 2, cap. 10 completado desde aquí). Uno de los hombres más doctos, y el más elocuente de todos, M. Tullius Cicerón, dice que la divinidad de Rómulo fue creída de manera admirable porque ya eran tiempos eruditos que no aceptarían la falsedad de las fábulas. Pero, ¿quién sino Roma creyó que Rómulo era un dios, y eso cuando era pequeña y comenzaba? Luego, fue necesario que los descendientes conservaran lo que habían recibido de sus mayores, de modo que la ciudad creciera con esa superstición, como si la bebiera de la leche materna, y llegara a un imperio tan grande que desde su cúspide, como desde un lugar más alto, también pudiera impregnar a otras naciones, sobre las que dominaba, con esta opinión suya; de modo que no creyeran, pero al menos dijeran que Rómulo era un dios, para no ofender a la ciudad a la que servían, llamándolo de otra manera que no fuera Roma; que no lo creyó por amor a este error, sino por error de amor. Sin embargo, Cristo, aunque es el celestial y eterno fundador de la ciudad, no fue creído como Dios porque fue fundada por él, sino que más bien debe ser fundada porque se creyó en él. Roma adoró a su fundador como un dios en un templo ya construida y dedicada: pero esta Jerusalén puso a su fundador, Dios Cristo, en el fundamento de la fe para que pudiera ser construida y dedicada. Aquella creyó que él era un dios amándolo, esta amó a este creyendo que era Dios. Así como, por lo tanto, precedió aquello de lo que aquella amó, y de lo amado ya con gusto también creyó un bien falso; así precedió aquello de lo que esta creyó, para que con fe recta, no temerariamente lo que era falso, sino lo que era verdadero, amara. Exceptuando tantos y tan grandes milagros, que persuadieron que Cristo era Dios, también precedieron profecías divinas dignas de fe, que en él no se creen aún por los padres que se cumplirán, sino que ya se demuestran cumplidas. Pero de Rómulo, porque fundó Roma y reinó en ella, se escucha o se lee lo que se hizo, no lo que antes había sido profetizado; pero que fue recibido entre los dioses, las letras lo sostienen como creído, no lo enseñan como hecho. Pues no se muestra que esto le haya sucedido verdaderamente por ningún signo de cosas maravillosas. La loba nodriza, que parece haber sido un gran prodigio, ¿qué es o cuánto es para demostrar que es un dios? Ciertamente, aunque no fue una prostituta loba, sino una bestia, siendo común a ambos, sin embargo, su hermano no es considerado un dios. ¿Quién fue prohibido de llamar a Rómulo, o a Hércules, o a otros hombres semejantes dioses, y prefirió morir antes que no llamarlos así? ¿O alguna nación adoraría a Rómulo entre sus dioses, si no la obligara el temor al nombre romano? ¿Quién, además, puede contar cuántos prefirieron ser asesinados con cualquier crueldad antes que negar a Cristo como Dios? Por lo

tanto, el temor, por leve que fuera, de la indignación que se pensaba que podía surgir de los ánimos de los romanos si no se hacía, obligaba a algunas ciudades bajo el derecho romano a adorar a Rómulo como un dios: pero el temor no pudo apartar de Cristo Dios, no solo adorándolo, sino también confesándolo, a una multitud tan grande de mártires por todo el mundo, no de una leve ofensa de ánimos, sino de inmensas y variadas penas, y de la misma muerte, que es más temida que las demás. Ni entonces la ciudad de Cristo, aunque aún peregrinaba en la tierra, y sin embargo tenía grandes ejércitos de pueblos, luchó contra sus impíos perseguidores por la salvación temporal; sino que más bien, para obtener la eterna, no resistió. Eran atados, encerrados, golpeados, torturados, quemados, desgarrados, masacrados, y se multiplicaban. No era para ellos luchar por la salvación, sino despreciar la salvación por el Salvador.

2. Sé que en el tercer libro de Cicerón, si no me equivoco, de la República, se discute que ninguna guerra debe ser emprendida por una ciudad óptima, sino por la fe o por la salvación. Pero, ¿qué quiere decir con salvación, o qué salvación quiere, lo demuestra en otro lugar, "Pero de estas penas", dice, "que incluso los más estúpidos sienten, de la pobreza, el exilio, las cadenas, los azotes, a menudo los privados escapan, con la rapidez de la muerte ofrecida. Pero para las ciudades, la misma muerte es una pena, que parece vengar a los individuos de la pena. Pues la ciudad debe estar constituida de tal manera que sea eterna. Por lo tanto, no hay muerte natural de la república, como la del hombre, en la que la muerte no solo es necesaria, sino que a menudo es deseable. Pero cuando la ciudad es destruida, borrada, extinguida: es de alguna manera similar (para comparar lo pequeño con lo grande) a si todo este mundo pereciera y colapsara". Cicerón dijo esto porque siente con los platónicos que el mundo no perecerá. Por lo tanto, está claro que él quería que la guerra fuera emprendida por la ciudad por esa salvación, por la cual la ciudad permanece, como dice, eterna, aunque los individuos mueran y nazcan; así como es perenne la opacidad del olivo o del laurel, y de otras árboles semejantes, por la caída y el nacimiento de los hijos. Pues la muerte, como dice, no es la pena de los individuos, sino de toda la ciudad, que a menudo libra a los individuos de la pena. Por lo tanto, se pregunta con razón si los saguntinos actuaron correctamente cuando prefirieron que toda su ciudad pereciera antes que romper la fe que tenían con la misma república romana: en lo cual su acción es alabada por los hombres, ciudadanos de la república terrenal. Pero no veo cómo podrían obedecer a esta discusión, donde se dice que no debe emprenderse ninguna guerra, sino por la fe o por la salvación: y no se dice, si en un solo peligro así concurren estos dos, de modo que no se pueda mantener uno sin perder el otro, qué debe elegirse. Pues ciertamente los saguntinos, si eligieran la salvación, habrían tenido que abandonar la fe: si la fe debía mantenerse, la salvación debía perderse, como de hecho sucedió. Pero la salvación de la ciudad de Dios es tal que puede mantenerse, o más bien adquirirse, con fe y por la fe; pero perdida la fe, nadie puede llegar a ella. Esta reflexión de un corazón firme y paciente hizo tantos y tan grandes mártires, como no tuvo ni pudo tener siquiera uno cuando Rómulo fue creído dios.

CAPÍTULO VII.---Que para que el mundo creyera en Cristo, fue obra de la virtud divina, no de la persuasión humana.

Pero es muy ridículo, al hablar de Cristo, mencionar la falsa divinidad de Rómulo. Sin embargo, dado que Rómulo fue casi seiscientos años antes de Cicerón, y se dice que esa era ya estaba cultivada con doctrinas, de modo que rechazaba todo lo que no podía suceder: cuánto más después de seiscientos años en el tiempo del mismo Cicerón, y especialmente después bajo Augusto y Tiberio, en tiempos ciertamente más eruditos, la resurrección de la carne de Cristo y su ascensión al cielo, como algo que no puede suceder, la mente humana no podría soportarlo, y burlándose lo rechazaría de los oídos y corazones, a menos que la

divinidad de la verdad misma, o la verdad de la divinidad, y los signos de los milagros que lo atestiguan mostraran que podía suceder y que sucedió; de modo que, con tantas y tan grandes persecuciones aterradoras y contradictorias, la resurrección y la inmortalidad de la carne, precediendo en Cristo, y luego a seguir en el nuevo siglo en los demás, se creyera fidelísimamente, y se predicara intrépidamente, y se sembrara más fecundamente por todo el mundo con la sangre de los mártires. Pues se leían las proclamaciones precedentes de los Profetas, coincidían los prodigios de las virtudes, y se persuadía la verdad nueva a la costumbre, no contraria a la razón, hasta que el mundo que perseguía con furia, siguiera con fe.

CAPÍTULO VIII.---De los milagros que se hicieron para que el mundo creyera en Cristo, y que no cesan de hacerse en el mundo creyente.

1. Preguntan, ¿por qué ahora no se hacen aquellos milagros que predicáis que se hicieron? Podría decir que fueron necesarios antes de que el mundo creyera, para que el mundo creyera. Cualquiera que aún busque prodigios para creer, es un gran prodigio él mismo, que no cree cuando el mundo cree. Pero dicen esto para que no se crea que aquellos milagros se hicieron entonces. ¿De dónde, entonces, se canta a Cristo con tanta fe por todas partes, elevado al cielo con carne? ¿De dónde, en tiempos eruditos, y rechazando todo lo que no puede suceder, sin milagros, el mundo creyó cosas increíblemente maravillosas? ¿O acaso dirán que eran creíbles, y por eso fueron creídas? ¿Por qué, entonces, ellos no creen? Nuestra respuesta es breve: O bien otra cosa increíble, que no se veía, hizo creer en la cosa increíble, que sin embargo se hacía y se veía; o ciertamente la cosa era tan creíble, que no necesitaba milagros para ser persuadida, lo que refuta la excesiva incredulidad de estos. Esto lo digo para refutar a los más vanos. Pues no podemos negar que se hicieron muchos milagros que atestiguaron aquel único gran y saludable milagro, por el cual Cristo ascendió al cielo con la carne en la que resucitó. Pues en los mismos Libros veracísimos están escritos todos los que se hicieron, y por qué se hicieron para ser creídos. Estos, para hacer fe, se dieron a conocer; estos, por la fe que hicieron, se dan a conocer mucho más claramente. Se leen entre los pueblos, para que se crean; pero entre los pueblos no se leerían si no se hubieran creído. Pues incluso ahora se hacen milagros en su nombre, ya sea por sus sacramentos, o por las oraciones o memorias de sus santos; pero no se ilustran con la misma claridad, para que se difundan con tanta gloria como aquellos. Pues el canon de las Sagradas Escrituras, que debía estar definido, hace que aquellos se reciten en todas partes, y se adhieran a la memoria de todos los pueblos: pero estos, dondequiera que se hagan, apenas se conocen en toda la misma ciudad o en cualquier lugar donde habiten. Pues a menudo incluso allí muy pocos lo saben, mientras los demás lo ignoran, especialmente si la ciudad es grande; y cuando se cuentan en otros lugares y a otras personas, no los recomienda una autoridad tan grande, para que se crean sin dificultad o duda, aunque sean indicados por cristianos fieles a fieles.

2. El milagro que se hizo en Milán, cuando estábamos allí, cuando un ciego fue iluminado, pudo llegar al conocimiento de muchos, porque es una gran ciudad, y allí estaba entonces el Emperador, y el hecho fue presenciado por una inmensa multitud, que acudió a los cuerpos de los mártires Protasio y Gervasio: que, aunque estaban ocultos y completamente desconocidos, fueron revelados al obispo Ambrosio en un sueño y encontrados; donde aquel ciego, al disiparse las antiguas tinieblas, vio el día.

3. Pero en Cartago, ¿quién sabe, excepto muy pocos, la salvación que se hizo a Inocencio, abogado de la vicaria prefectura, donde estuvimos presentes y vimos con nuestros propios ojos? Pues al venir de ultramar, mi hermano Alipio y yo, aún no clérigos, pero ya sirviendo a Dios, él, siendo muy religioso con toda su casa, nos recibió, y entonces vivíamos con él. Era

tratado por médicos: las fístulas, que tenía numerosas y complejas en la parte posterior e inferior del cuerpo, ya se las habían cortado, y los demás tratamientos de su arte los realizaban con medicamentos. Pero había sufrido en esa operación dolores prolongados y agudos. Sin embargo, un seno entre muchos había engañado a los médicos, y había permanecido oculto, de modo que no lo tocaron, cuando debieron abrirlo con hierro. De hecho, sanados todos los que se curaban abiertos, este permaneció solo, al que se le aplicaba trabajo en vano. Sospechando él de estas demoras, y temiendo mucho que lo volvieran a cortar, lo que le había predicho otro médico, su médico doméstico, a quien no habían admitido, al menos para que viera, cuando fue cortado por primera vez, cómo lo hacían, y enojado lo había echado de la casa, y apenas lo había recibido de nuevo, estalló y dijo: ¿Me van a cortar de nuevo? ¿Voy a llegar a las palabras de aquel a quien no quisisteis presente? Aquellos se burlaban del médico inexperto, y trataban de calmar el miedo del hombre con buenas palabras y promesas. Pasaron también muchos otros días, y nada de lo que se hacía avanzaba. Sin embargo, los médicos persistían en su promesa de que cerrarían ese seno no con hierro, sino con medicamentos. También trajeron a otro médico ya anciano, bastante alabado en ese arte (pues aún vivía) Ammonio, quien, al inspeccionar el lugar, prometió lo mismo que ellos por su diligencia y habilidad. De cuya autoridad él se hizo seguro, y con hilaridad ingeniosa, como si ya estuviera sano, se burló de su médico doméstico, que había predicho otra operación futura. ¿Qué más? Pasaron después tantos días consumidos en vano, que, cansados y confundidos, confesaron que no podía ser sanado sin hierro. Se espantó, palideció, turbado por el miedo excesivo: y cuando se recuperó, y pudo hablar, los despidió, y les ordenó que no se acercaran más a él, y no se le ocurrió otra cosa, agotado por las lágrimas y ya constreñido por esa necesidad, que llamar a un tal Alejandro, que entonces era considerado un cirujano admirable, para que él hiciera lo que enojado no quería que hicieran. Pero después de que vino, y como experto vio su trabajo en las cicatrices, actuando como un buen hombre, persuadió al hombre para que aquellos que habían trabajado tanto en él, como admiraba al ver, disfrutaran del fin de su curación, añadiendo que realmente, a menos que fuera cortado, no podría estar sano; pero que estaba muy lejos de sus costumbres quitarles la palma de tanto trabajo por lo poco que quedaba. Fueron devueltos a su ánimo, y decidió que, con el mismo Alejandro asistiendo, ellos mismos abrieran con hierro ese seno, que ya por consenso de todos se consideraba incurable de otra manera. Este asunto se pospuso para el día siguiente. Pero cuando se fueron, surgió en esa casa tal dolor por la tristeza excesiva del amo, que apenas pudo ser contenido por nosotros, como un lamento fúnebre. Lo visitaban diariamente hombres santos, el entonces obispo de Uzalis, de bendita memoria Saturnino, y el presbítero Geloso, y los diáconos de la Iglesia de Cartago: entre los cuales estaba, y de los cuales solo uno está ahora en los asuntos humanos, ya obispo con el honor debido por nosotros, Aurelio, con quien recordando las maravillosas obras de Dios, hemos hablado a menudo de este asunto, y encontramos que lo recuerda mucho. Cuando lo visitaron, como solían, por la tarde, les rogó con lágrimas miserables que se dignaran estar presentes a su funeral más que a su dolor. Pues tal miedo lo había invadido por las penas anteriores, que no dudaba que moriría en manos de los médicos. Lo consolaron, y lo exhortaron a confiar en Dios, y a soportar su voluntad con valentía. Luego entramos en oración: donde, al arrodillarnos según la costumbre, y postrarnos en tierra, él se lanzó de tal manera, como si hubiera sido empujado gravemente por alguien, y comenzó a orar: ¿con qué modos, con qué afecto, con qué movimiento del alma, con qué flujo de lágrimas, con qué gemidos y sollozos que sacudían todos sus miembros y casi le cortaban la respiración, quién puede explicarlo con palabras? No sabía si los demás oraban, ni si su atención se desviaba hacia esto. Sin embargo, yo no podía orar en absoluto: solo dije brevemente en mi corazón, Señor, ¿qué oraciones de los tuyos escuchas, si no escuchas estas? Pues no me parecía que pudiera añadirse nada más, sino que expirara orando. Nos levantamos, y después de recibir la bendición del Obispo, nos

fuimos; rogando él que estuvieran presentes por la mañana, y ellos exhortándolo a que estuviera de buen ánimo. Amaneció el día que se temía, estaban presentes los siervos de Dios, como habían prometido estar: entraron los médicos, se prepararon todas las cosas que la hora requería, se sacaron los temibles instrumentos, con todos atónitos y expectantes. Pero aquellos cuya autoridad era mayor, consolando y levantando su ánimo decaído, sus miembros se colocaron en el lecho para ser cortados, se desataron los nudos de las ligaduras, se descubrió el lugar, el médico lo inspeccionó, y armado e intencionado buscó el seno que debía ser cortado. Lo examinó con los ojos, lo palpó con los dedos; finalmente lo probó de todas las maneras: encontró una cicatriz muy firme. Ahora aquella alegría y alabanza y acción de gracias al misericordioso y omnipotente Dios, que se derramó de la boca de todos con lágrimas de alegría, no debe ser confiada a mis palabras: más bien debe ser pensada que dicha.

3. En la misma Cartago, una mujer muy religiosa llamada Inocencia, de las principales de la ciudad, tenía un cáncer en el pecho: una enfermedad que, según dicen los médicos, no es curable con ningún medicamento. O bien se suele extirpar, separando del cuerpo el miembro donde aparece; o, para que la persona viva un poco más, aunque la muerte llegue más tarde, según la sentencia de Hipócrates (Aforismos, sección 6, aforismo 38), se debe abandonar todo tratamiento. Ella había recibido esta información de un médico experto y muy cercano a su familia, y se había vuelto a Dios en oración. Se le advirtió en sueños, al acercarse la Pascua, que en la parte de las mujeres que observaban en el baptisterio, la primera que se le acercara bautizada debía marcarle el lugar con el signo de Cristo. Lo hizo, y de inmediato recuperó la salud. El médico que le había dicho que no aplicara ningún tratamiento si quería vivir un poco más, al examinarla después y encontrarla completamente sana, habiendo conocido antes su enfermedad mediante tal inspección, le preguntó insistentemente qué había aplicado; deseando, según se puede entender, conocer el medicamento que superara la definición de Hipócrates. Y cuando escuchó de ella lo que había hecho, con voz y rostro como de desprecio, de modo que ella temiera que dijera alguna palabra insultante contra Cristo, se dice que respondió con religiosa urbanidad: "Pensé", dijo, "que me ibas a contar algo grande". Y mientras ella se estremecía, añadió de inmediato: "¿Qué gran cosa es que Cristo sane un cáncer, quien resucitó a un muerto de cuatro días?" (Juan XI). Cuando escuché esto, y me molestó mucho que en esa ciudad y en esa persona, no precisamente oscura, un milagro tan grande permaneciera oculto, pensé que debía advertirle y casi reprenderle. Cuando me respondió que no había guardado silencio al respecto, pregunté a las matronas amigas que estaban con ella si lo sabían antes. Respondieron que no lo sabían en absoluto. "Miren", dije, "cómo no guardas silencio, de modo que ni siquiera ellas, que están tan unidas a ti, lo escuchan". Y como le había preguntado brevemente, hice que, en presencia de ellas, que escuchaban y se maravillaban mucho, glorificando a Dios, relatara todo en orden, tal como había sucedido.

4. Un cierto médico en la misma ciudad, que sufría de gota, habiendo dado su nombre para el Bautismo, y el día antes de ser bautizado, fue prohibido en sueños por niños negros con rizos, que entendía como demonios, de ser bautizado ese año. No obedeciendo a ellos, y aunque le pisotearon los pies con un dolor agudísimo, como nunca había experimentado, fue, y venciendo más a ellos, no pospuso ser lavado en el baño de regeneración, como había prometido. En el mismo Bautismo, no solo se libró del dolor, que lo atormentaba más allá de lo habitual, sino también de la gota, y nunca más, habiendo vivido mucho tiempo después, le dolieron los pies, ¿quién lo sabe? Sin embargo, nosotros lo sabemos, y unos pocos hermanos a quienes pudo llegar.

5. Un cierto mimo de Curubis, no solo fue sanado de la parálisis, sino también del peso deforme de sus genitales, cuando fue bautizado; y liberado de ambas molestias, como si no hubiera tenido ningún mal en el cuerpo, ascendió de la fuente de regeneración. ¿Quién sabe esto aparte de Curubis, y de algunos rarísimos que pudieron escucharlo en cualquier lugar? Pero cuando lo supimos, por orden del santo obispo Aurelio, también hicimos que viniera a Cartago: aunque primero lo escuchamos de tales personas, de cuya fe no podíamos dudar.

6. Hesperio, un hombre de rango tribunicio, está entre nosotros; tiene una finca en el territorio de Fussala llamada Zubedi. Cuando descubrió que su casa sufría la nociva violencia de espíritus malignos, afectando a sus animales y siervos, rogó a nuestros presbíteros, en mi ausencia, que alguno de ellos fuera allí, cuyas oraciones los hicieran ceder. Uno fue, ofreció allí el sacrificio del cuerpo de Cristo, orando cuanto pudo para que cesara esa aflicción: y por la misericordia de Dios, cesó de inmediato. Había recibido de un amigo suyo tierra santa traída de Jerusalén, donde Cristo fue sepultado y resucitó al tercer día; y la había colgado en su habitación, para que él mismo no sufriera ningún mal. Pero cuando su casa fue purgada de esa infestación, pensó qué hacer con esa tierra; no quería tenerla más tiempo en su habitación por reverencia. Sucedió que yo y mi colega, entonces obispo de la iglesia de Sinitensis, Máximino, estábamos cerca; nos rogó que viniéramos, y fuimos. Después de contarnos todo, también pidió que se enterrara en algún lugar, y allí se hiciera un lugar de oración, donde también los cristianos pudieran reunirse para celebrar las cosas de Dios. No nos opusimos: se hizo. Había allí un joven paralítico campesino: al escuchar esto, pidió a sus padres que lo llevaran sin demora a ese lugar santo. Cuando fue llevado allí, oró, y de inmediato se fue sano por sus propios pies.

7. Hay una villa llamada Victoriana, a menos de treinta millas de Hipona-Regio. Allí está la memoria de los mártires milaneses Protaso y Gervasio. Fue llevado allí un joven que, mientras lavaba un caballo en el río a mediodía en verano, fue poseído por un demonio. Mientras yacía allí, cercano a la muerte o muy parecido a un muerto, la señora de la propiedad entró con sus sirvientas y algunas monjas para los himnos y oraciones vespertinas, como era costumbre; y comenzaron a cantar himnos. Al escuchar esa voz, fue como si lo golpearan, y fue sacudido: y con un terrible rugido, sin atreverse o no pudiendo mover el altar que había agarrado, como si estuviera atado o fijado a él, lo sostenía: y con un gran lamento, rogando que se le perdonara, confesó dónde, cuándo y cómo había invadido al joven. Finalmente, anunciando que iba a salir, nombraba cada uno de sus miembros, amenazando con amputarlos al salir: y entre estas palabras, se fue del hombre. Pero su ojo, caído sobre la mejilla, colgaba de una delgada vena desde la raíz interior, y todo su medio, que había sido negro, se había vuelto blanco. Al ver esto, los presentes (habían acudido otros también, atraídos por sus voces, y todos se habían postrado en oración por él), aunque se alegraban de verlo de pie con mente sana, sin embargo, entristecidos por su ojo, decían que había que buscar un médico. Allí, el esposo de su hermana, que lo había llevado allí, dijo: "Dios es poderoso, por las oraciones de los santos, para devolver la luz, quien expulsó al demonio". Entonces, como pudo, colocó el ojo caído y colgante en su lugar, lo ató con un pañuelo, y no pensó en desatarlo hasta después de siete días. Cuando lo hizo, lo encontró completamente sano. Allí también fueron sanados otros, de los cuales sería largo hablar.

8. Conozco a una virgen de Hipona que, al ungirse con aceite en el que un presbítero había derramado sus lágrimas orando por ella, fue sanada de inmediato de un demonio. También sé de un obispo que oró una vez por un joven que no vio, y este fue liberado del demonio de inmediato.

9. Había un anciano llamado Florencio, de Hipona, nuestro, un hombre religioso y pobre; se sustentaba con el oficio de sastre, había perdido su capa, y no tenía con qué comprarse otra: oró en voz alta para ser vestido ante los Veinte Mártires, cuya memoria es muy célebre entre nosotros. Lo escucharon unos jóvenes que estaban allí por casualidad, burlones; y lo siguieron, molestándolo mientras se iba, como si hubiera pedido a los Mártires cincuenta monedas para comprar ropa. Pero él, caminando en silencio, vio un gran pez arrojado y palpitante en la orilla, y con la ayuda y el favor de ellos, lo atrapó, y se lo vendió a un cocinero llamado Catoso, un buen cristiano, en la cocina de condimentos, contándole lo que había sucedido, por trescientas monedas, disponiéndose a comprar lana con eso, para que su esposa le hiciera algo con qué vestirse. Pero el cocinero, al cortar el pez, encontró un anillo de oro en su estómago, y de inmediato, movido por la compasión y aterrorizado por la religión, se lo devolvió al hombre, diciendo: "Mira cómo los Veinte Mártires te han vestido".

10. En Aquas-Tibilitanas, cuando el obispo Praejecto traía las reliquias del gloriosísimo mártir Esteban, una gran multitud acudía a su memoria. Allí, una mujer ciega oró para ser llevada al obispo que las portaba: le dio las flores que llevaba; las recibió, las acercó a sus ojos, y de inmediato vio. Asombrados los presentes, ella avanzaba exultante, continuando su camino, y ya no necesitaba un guía.

11. La memoria del mártir, que está en el castillo de Sinitensis, cercano a la colonia de Hipona, fue llevada por el obispo Lucilo, precedido y seguido por el pueblo. Una fístula, de la que había sufrido mucho tiempo, y esperaba las manos de su médico más cercano para ser cortada, fue sanada de repente por el transporte de esa piadosa carga: pues después no la encontró en su cuerpo.

12. Euchario es un presbítero de España, que vive en Calama, sufría de una antigua enfermedad de cálculos; fue sanado por la memoria del mártir mencionado, que el obispo Possidio llevó allí. El mismo, después, al prevalecer otra enfermedad, yacía muerto de tal manera que ya le ataban los pulgares: con la ayuda del mártir mencionado, cuando la túnica del presbítero fue traída de su memoria y colocada sobre su cuerpo, fue resucitado.

13. Había allí un hombre de rango, llamado Marcial, ya anciano, y muy reacio a la religión cristiana. Tenía una hija fiel, y un yerno bautizado ese mismo año. Cuando lo rogaron con muchas y grandes lágrimas, mientras estaba enfermo, para que se hiciera cristiano, se negó rotundamente, y los alejó de sí con turbada indignación. A su yerno le pareció bien ir a la memoria de San Esteban, y allí orar por él cuanto pudiera, para que Dios le diera una buena mente, con la cual no tardara en creer en Cristo. Hizo esto con gran gemido y llanto, y con un sincero y ardiente afecto de piedad: luego, al irse, tomó algunas flores del altar, que encontró, y las puso junto a su cabeza cuando ya era de noche: y se durmió. Y he aquí, antes del amanecer, clamó para que corrieran al obispo, que por casualidad estaba conmigo entonces en Hipona. Cuando escuchó que estaba ausente, pidió que vinieran los presbíteros. Vinieron, dijo que creía, para admiración y gozo de todos, y fue bautizado. Esto, mientras vivió, lo tenía en su boca: "Cristo, recibe mi espíritu": sin saber que estas palabras fueron las últimas del beatísimo Esteban cuando fue apedreado por los judíos (Hechos VII, 58); y también fueron las últimas de él: pues no mucho después también él murió.

14. Allí fueron sanados por el mismo mártir dos gotosos, uno ciudadano, otro peregrino; pero el ciudadano de todas maneras: el peregrino, sin embargo, escuchó en una revelación qué debía aplicar cuando le doliera; y cuando lo hizo, el dolor cesó de inmediato.

15. Audurus es el nombre de una finca, donde hay una iglesia, y en ella la memoria del mártir Esteban. Un niño pequeño, mientras jugaba en el patio, fue aplastado por las ruedas de unos bueyes desbocados que tiraban de un carro, y de inmediato palpitó exhalando su último aliento. Su madre lo llevó a esa memoria; y no solo revivió, sino que apareció ileso.

16. Una monja en una propiedad cercana, llamada Caspaliana, mientras sufría de una enfermedad y se la daba por perdida, su túnica fue llevada a esa memoria: y antes de que fuera devuelta, ella murió. Sin embargo, sus parientes cubrieron su cadáver con esa túnica, y al recuperar el espíritu, fue sanada.

17. En Hipona, un sirio llamado Baso oraba en la memoria del mismo mártir por su hija enferma y en peligro, y había llevado consigo su vestido: cuando de repente los niños de la casa corrieron para anunciarle que había muerto. Pero mientras él oraba, sus amigos los interceptaron, prohibiéndoles decirle, para que no llorara en público. Cuando regresó a casa, ya resonando con los lamentos de los suyos, y arrojó el vestido de su hija que llevaba sobre ella, fue devuelta a la vida.

18. Nuevamente, en nuestra ciudad, el hijo de un recaudador llamado Ireneo murió de una enfermedad. Y mientras su cuerpo yacía sin vida, y los dolientes y lamentadores preparaban el funeral, uno de sus amigos, entre las palabras de consuelo de otros, sugirió que el cuerpo fuera ungido con el aceite del mismo mártir. Se hizo, y revivió.

19. También en nuestra ciudad, un hombre de rango tribunicio llamado Eleusino colocó a su hijo infante, muerto por enfermedad, sobre la memoria del mártir, que está en su suburbio: y después de la oración que allí derramó con muchas lágrimas, lo levantó vivo.

20. ¿Qué haré? La promesa de completar esta obra me apremia, de modo que no puedo aquí mencionar todo lo que sé: y sin duda muchos de los nuestros, cuando lean esto, lamentarán que haya omitido tantas cosas que ciertamente saben conmigo. A quienes ya ahora les pido que me perdonen; y piensen cuán laborioso sería hacer lo que la necesidad de la obra que he emprendido me obliga a no hacer aquí. Pues si quisiera escribir solo los milagros de sanidades, por no mencionar otros, que se han hecho por este mártir, es decir, el gloriosísimo Esteban, en la colonia de Calama, y en la nuestra, se necesitarían muchos libros: y sin embargo, no se podrían recoger todos, sino solo aquellos de los que se han dado libelos para ser leídos en el pueblo. Esto quisimos que se hiciera, cuando vimos que señales divinas de virtudes similares a las antiguas también se repetían en nuestros tiempos; y que no debían perderse del conocimiento de muchos. Sin embargo, no ha pasado aún un bienio desde que comenzó a estar esta memoria en Hipona Regio, y con muchos libelos no dados, de los que se han hecho maravillosamente, aquellos mismos que se han dado han llegado a casi setenta en número, cuando escribí esto. En Calama, donde también comenzó a estar esta memoria primero, y se dan más frecuentemente, superan en incomparable multitud.

21. También en Uzali, que es una colonia cercana a Útica, hemos conocido muchos hechos notables por el mismo mártir: cuya memoria fue establecida allí mucho antes que entre nosotros, por el obispo Evodio. Pero no hay, o más bien no había, la costumbre de dar libelos allí: pues tal vez ahora ha comenzado a haberla. Pues cuando estuvimos allí recientemente, exhortamos a Petronia, una mujer clarísima, que fue sanada maravillosamente de una gran y prolongada enfermedad, en la que todos los auxilios de los médicos habían fallado, a que diera un libelo, que se leyera en el pueblo; y obedeció con la mayor disposición. En el cual también puso, lo que no puedo omitir aquí, aunque me vea obligado a apresurarme hacia lo que urge esta obra. Dijo que un judío le había persuadido de que insertara un anillo en un

cinturón de cabello, que se ciñera al cuerpo desnudo bajo toda vestimenta: que el anillo tuviera bajo la gema una piedra encontrada en los riñones de un buey. Con este remedio atado, venía a los umbrales del santo mártir. Pero al partir de Cartago, cuando se detuvo en su propiedad en la frontera del río Bagrada, al levantarse para continuar su viaje, vio el anillo yaciendo ante sus pies, y al probar el cinturón de cabello, lo encontró completamente atado con sus nudos firmísimos, como estaba. Sospechó que el anillo había reventado y saltado: que también fue encontrado completamente intacto, y presumió haber recibido un tipo de prenda de la futura salud de tan gran milagro, y soltando ese vínculo, junto con el mismo anillo, lo arrojó al río. No creen esto quienes tampoco creen que el Señor Jesús nació de una virgen intacta, y que entró a los discípulos con las puertas cerradas: pero ciertamente busquen esto, y si lo encuentran verdadero, crean aquello. Es una mujer clarísima, de noble nacimiento, noblemente casada, vive en Cartago: una ciudad amplia, una persona amplia no permite que los que investigan el asunto permanezcan ocultos. Ciertamente, el mismo mártir, por cuya intercesión fue sanada, creyó en el Hijo de la virgen permanente, creyó en aquel que entró a los discípulos con las puertas cerradas, creyó: finalmente, por lo que todas estas cosas son dichas por nosotros, creyó en aquel que ascendió al cielo con la carne en la que resucitó; y por eso se hacen tantas cosas por él, porque puso su alma por esta fe. Por lo tanto, también ahora se hacen muchos milagros, por el mismo Dios que hace a través de quienes quiere, y como quiere, quien también hizo aquellos que leemos: pero estos no se hacen igualmente conocidos, ni, para que no se pierdan de la mente, se golpean como grava de la memoria con la frecuente lectura. Pues incluso donde hay diligencia, que ahora ha comenzado a estar entre nosotros, para que los libelos de aquellos que reciben beneficios sean leídos en el pueblo, esto se escucha una vez por los presentes, y muchos no están presentes, de modo que ni siquiera aquellos que estuvieron presentes, después de algunos días, retienen en la mente lo que escucharon, y apenas se encuentra alguno de ellos que le cuente a quien sabe que no estuvo presente lo que escuchó.

22. Hay un hecho entre nosotros, no más grande que los que he mencionado, pero tan claro y notable milagro, que no creo que haya ningún habitante de Hipona que no lo haya visto o aprendido, ni nadie que pueda olvidarlo de ninguna manera. Diez hermanos (de los cuales siete son varones y tres mujeres) de Cesarea de Capadocia, no desconocidos entre sus conciudadanos, fueron divinamente castigados con tal pena que todos temblaban horriblemente con un temblor de miembros, debido a la maldición de su madre, recientemente viuda por la muerte de su padre, quien soportó con gran amargura la injuria que le hicieron. En esta espantosa condición, incapaces de soportar la mirada de sus conciudadanos, vagaron casi por todo el mundo romano, cada uno yendo donde le parecía. De ellos, dos llegaron a nosotros, un hermano y una hermana, Pablo y Palladia, ya conocidos en muchos otros lugares por su miseria. Llegaron unos quince días antes de Pascua, frecuentaban diariamente la iglesia y en ella la memoria del gloriosísimo Esteban, orando para que Dios se aplacara con ellos y les devolviera la salud perdida. Tanto allí como dondequiera que iban, atraían la atención de la ciudad. Algunos que los habían visto en otros lugares y conocían la causa de su temblor, se lo contaban a otros como podían. Llegó la Pascua, y en la mañana del mismo día domingo, cuando ya estaba presente una multitud de personas, y el joven sostenía orando las rejas del lugar santo donde estaba el martirio, de repente cayó postrado y yacía como dormido; sin embargo, no temblaba, como solía incluso en sueños. Mientras los presentes estaban asombrados, algunos temerosos, otros dolidos, cuando algunos querían levantarlo, otros lo impidieron, diciendo que era mejor esperar el desenlace. Y he aquí que se levantó, y no temblaba, porque había sido sanado, y estaba de pie, sano, mirando a los que lo miraban. ¿Quién, entonces, se contuvo de alabar a Dios? La

iglesia se llenó por todas partes de voces de júbilo y gratitud. De allí corrieron hacia mí, donde ya estaba sentado a punto de salir: irrumpieron uno tras otro, cada uno posterior anunciando como nuevo lo que otro anterior ya había dicho; y mientras yo me alegraba y daba gracias a Dios en mi interior, él mismo entró con muchos otros, se inclinó ante mis rodillas y se levantó para besarme. Salimos hacia el pueblo, la iglesia estaba llena, resonaba con voces de alegría, ¡Gracias a Dios! ¡Alabado sea Dios! nadie callaba, clamaban de un lado y otro. Saludé al pueblo, y de nuevo clamaban con voz aún más ferviente. Finalmente, hecho el silencio, se leyeron las solemnes Escrituras divinas. Pero cuando llegó el momento de mi sermón, dije pocas palabras, adecuadas al tiempo y a la alegría de aquel júbilo. Pues más bien les permití considerar una cierta elocuencia de Dios en la obra divina, que escucharla. El hombre almorzó con nosotros y nos contó diligentemente toda la historia de su calamidad, la de su madre y su hermana. Al día siguiente, después de haber dado el sermón, prometí al pueblo que al día siguiente se leería el librito de su narración (Serm. 321). Y cuando esto se hizo al tercer día del domingo de Pascua en los escalones del pórtico desde donde hablaba desde un lugar elevado, hice que ambos hermanos se quedaran de pie mientras se leía su librito (Serm. 322). Todo el pueblo, de ambos sexos, miraba a uno de pie sin movimiento deformante, y a la otra temblando con todos sus miembros. Y los que no lo habían visto, veían en su hermana lo que la misericordia divina había hecho en él. Veían, pues, por qué alegrarse en él y por qué orar por ella. Mientras se leía su librito, les ordené que se retiraran de la vista del pueblo; y comencé a discutir con más detalle sobre toda esa causa, cuando de repente, mientras yo discutía, se escucharon otras voces de nueva gratitud desde la memoria del Mártir. Los que me escuchaban se volvieron hacia allí y comenzaron a correr. Pues ella, al bajar de los escalones donde había estado de pie, había ido a orar al santo Mártir. Tan pronto como tocó las rejas, colapsó de manera similar como en un sueño, y se levantó sana. Mientras preguntábamos qué había sucedido, de dónde provenía ese alegre clamor, entraron con ella en la basílica donde estábamos, llevándola sana desde el lugar del Mártir. Entonces se levantó tal clamor de admiración de ambos sexos, que la voz continua con lágrimas parecía no poder terminar (Vid. Serm. 323). Fue llevada al lugar donde poco antes había estado temblando. Se regocijaban de que ella fuera ahora similar a su hermano, por quien habían lamentado que permaneciera diferente: y aunque aún no habían ofrecido sus oraciones por ella, ya veían que su voluntad previa había sido escuchada tan rápidamente. Se regocijaban en la alabanza a Dios con una voz sin palabras, con un sonido tan fuerte que nuestros oídos apenas podían soportarlo. ¿Qué había en los corazones de los que se regocijaban, sino la fe en Cristo, por la cual fue derramada la sangre de Esteban?

CAPÍTULO IX.---Que todos los milagros que se realizan en nombre de Cristo a través de los mártires dan testimonio de la fe en la que los mártires creyeron en Cristo.

¿A qué otra cosa, sino a esta fe, atestiguan estos milagros, en la que se proclama que Cristo resucitó en la carne y ascendió al cielo con carne? Porque los mismos mártires fueron mártires de esta fe, es decir, testigos de esta fe, soportaron al mundo más enemigo y cruel, y lo vencieron, no resistiendo, sino muriendo. Por esta fe murieron, quienes pueden obtener estas cosas del Señor, por cuyo nombre fueron asesinados. Para esta fe precedió su admirable paciencia, para que en estos milagros siguiera tal poder. Pues si la resurrección eterna de la carne no precedió en Cristo, o no va a venir, como se predice por Cristo, o como fue predicha por los Profetas, por quienes fue predicho Cristo; ¿por qué pueden tanto los muertos, que fueron asesinados por la fe en la que se predica esta resurrección? Porque ya sea que Dios mismo, de manera maravillosa, opere estas cosas por sí mismo, como eterno que es, o a través de sus ministros; y las mismas cosas que hace a través de los ministros, ya sea que haga algunas también a través de los espíritus de los Mártires, como a través de hombres aún

en el cuerpo; o todas estas cosas a través de los Ángeles, a quienes manda invisiblemente, inmutablemente, e incorpóreamente; para que lo que se dice que se hace por los Mártires, se haga solo por sus oraciones e intercesiones, no también por sus acciones; o de otras maneras que de ninguna manera pueden ser comprendidas por los mortales: sin embargo, estas cosas atestiguan esta fe, en la que se predica la resurrección eterna de la carne.

CAPÍTULO X.---Cuánto más dignamente se deben honrar a los mártires, quienes obtienen muchos milagros para que se adore al verdadero Dios, que a los demonios, quienes hacen ciertas cosas para que se crea que ellos son dioses.

Aquí tal vez dirán que también sus dioses han hecho algunos milagros. Bien, si ya comienzan a comparar a sus dioses con nuestros hombres muertos. ¿O dirán que también tienen dioses de hombres muertos, como Hércules, como Rómulo, como muchos otros, que creen que han sido recibidos en el número de los dioses? Pero para nosotros los mártires no son dioses: porque sabemos que Dios es uno y el mismo tanto nuestro como de los mártires. Sin embargo, los milagros que se realizan a través de las Memorias de nuestros mártires de ninguna manera son comparables a los milagros que se dice que se han hecho a través de los templos de ellos. Pero si algunos parecen similares, como los magos de Faraón fueron vencidos por Moisés (Éxodo VIII), así sus dioses fueron vencidos por nuestros mártires. Los demonios hicieron aquellas cosas con la arrogancia de su impura soberbia, queriendo ser considerados dioses: pero los mártires hacen estas cosas, o más bien Dios, ya sea orando o cooperando con ellos, para que progrese aquella fe en la que creemos que no son nuestros dioses, sino que tenemos un solo Dios con ellos. Finalmente, a tales dioses suyos les construyeron templos, erigieron altares, instituyeron sacerdotes, y ofrecieron sacrificios: pero nosotros a nuestros mártires no les construimos templos como a dioses, sino Memorias como a hombres muertos, cuyos espíritus viven ante Dios; ni allí erigimos altares en los que sacrifiquemos a los mártires, sino al único Dios de ellos y nuestro: en cuyo sacrificio, como hombres de Dios que vencieron al mundo en su confesión, son nombrados en su lugar y orden; pero no son invocados por el sacerdote que sacrifica. Porque el sacerdote es de Dios, no de ellos. El mismo sacrificio es el cuerpo de Cristo, que no se ofrece a ellos, porque eso son ellos mismos. ¿A quién, pues, se debe creer más, a los que hacen milagros? ¿A aquellos que quieren ser considerados dioses por aquellos a quienes hacen estas cosas; o a aquellos que, para que se crea en Dios, que es Cristo, hacen cualquier cosa maravillosa que hagan? ¿A aquellos que quisieron que sus ritos fueran también sus crímenes; o a aquellos que no quieren que sus alabanzas sean sus ritos, sino que todo lo que verdaderamente se les alaba, progrese para la gloria de aquel en quien son alabados? Porque en el Señor son alabadas sus almas (Salmo XXXIII, 3). Creámosles, pues, tanto a los que dicen la verdad como a los que hacen maravillas. Porque diciendo la verdad, sufrieron para poder hacer maravillas. En esas verdades está lo principal, que Cristo resucitó de entre los muertos, y mostró primero la inmortalidad de la resurrección en su carne, la cual nos prometió que vendría, ya sea al principio del nuevo siglo o al final de este.

CAPÍTULO XI.---Contra los platónicos, que argumentan sobre los pesos naturales de los elementos que un cuerpo terrenal no puede estar en el cielo.

1. Contra este gran don de Dios, estos razonadores, cuyas cavilaciones conoce el Señor que son vanas (Salmo XCIII, 11), argumentan sobre los pesos de los elementos: ya que, según aprendieron del maestro Platón, los dos cuerpos más grandes y extremos del mundo están unidos y conectados por dos medios, a saber, el aire y el agua. Por lo tanto, dicen, ya que la tierra es la primera desde aquí hacia arriba, el agua la segunda sobre la tierra, el aire el tercero sobre el agua, y el cielo el cuarto sobre el aire; un cuerpo terrenal no puede estar en el cielo.

Porque cada elemento está equilibrado por sus propios pesos para mantener su orden. He aquí con qué argumentos la debilidad humana, poseída por la vanidad, contradice la omnipotencia de Dios. ¿Qué hacen, entonces, tantos cuerpos terrenales en el aire, cuando el aire es el tercero desde la tierra? A menos que, quien otorgó a los cuerpos terrenales de las aves, a través de la ligereza de las plumas y las alas, que sean llevados en el aire, no pueda otorgar a los cuerpos humanos, hechos inmortales, la virtud para que puedan habitar incluso en el cielo más alto. También los mismos animales terrenales, que no pueden volar, entre los cuales están los hombres, deberían haber vivido bajo tierra, como los peces bajo el agua, que son animales de las aguas. ¿Por qué, entonces, no al menos del segundo, es decir, de las aguas, sino del tercer elemento, que está sobre la tierra, el animal terrenal toma esta vida? ¿Por qué, cuando pertenece a la tierra, si se le obliga a vivir en el segundo elemento, que está sobre la tierra, inmediatamente se asfixia, y para vivir, vive en el tercero? ¿Está equivocado este orden de los elementos, o más bien no falla en la naturaleza de las cosas, sino en las argumentaciones de estos? Omito decir, lo que ya dije en el libro decimotercero (cap. 18), cuántos cuerpos terrenales pesados, como el plomo, reciben forma del artífice, por la cual pueden flotar sobre el agua: y se contradice al Artífice omnipotente que el cuerpo humano reciba una cualidad por la cual pueda ser llevado al cielo, y pueda estar en el cielo.

2. Ahora bien, considerando y tratando también este orden de los elementos, en el que confían, no encuentran en absoluto qué decir. Porque así es, desde aquí hacia arriba, la tierra primera, el agua segunda, el aire tercero, el cielo cuarto, que sobre todo está la naturaleza del alma. Pues Aristóteles dijo que era el quinto cuerpo, y Platón ninguno. Si fuera el quinto, ciertamente estaría por encima de los demás: pero como no es ninguno, mucho más supera a todos. ¿Qué hace, entonces, en un cuerpo terrenal? ¿Qué hace en esta masa, más sutil que todos? ¿Qué hace en este peso, más ligera que todos? ¿Qué hace en esta lentitud, más rápida que todos? ¿Acaso por el mérito de esta naturaleza tan excelente no podrá lograrse que su cuerpo sea elevado al cielo, y cuando ahora la naturaleza de los cuerpos terrenales pueda deprimir las almas hacia abajo, alguna vez las almas no podrán elevar hacia arriba los cuerpos terrenales?

3. Ahora bien, si llegamos a sus milagros, que oponen a nuestros Mártires, ¿no se encontrarán incluso ellos haciendo y avanzando completamente a nuestro favor? Porque entre los grandes milagros de sus dioses, ciertamente es grande aquel que Varro menciona, que una virgen vestal, cuando estaba en peligro por la falsa sospecha de adulterio, llenó un tamiz con agua del Tíber y lo llevó a sus jueces sin que se derramara ninguna parte de él. ¿Quién sostuvo el peso del agua sobre el tamiz? ¿Quién no permitió que nada de él cayera al suelo a través de tantas aberturas abiertas? Responderán, Algún dios, o algún demonio. Si es un dios, ¿acaso es mayor que Dios, quien hizo este mundo? Si es un demonio, ¿acaso es más poderoso que un Ángel, quien sirve a Dios, por quien fue hecho el mundo? Si, por lo tanto, un dios menor, o un ángel, o un demonio pudo suspender el peso del elemento húmedo de tal manera que pareció que la naturaleza de las aguas había sido cambiada: ¿acaso Dios omnipotente, quien creó todos los elementos, no podrá quitar el peso pesado al cuerpo terrenal, para que el cuerpo vivificado habite en el mismo elemento en el que el espíritu vivificante quiera?

4. Además, cuando colocan el aire como medio entre el fuego arriba y el agua abajo, ¿qué es lo que lo encontramos entre agua y agua, y entre agua y tierra a menudo? Porque, ¿qué quieren que sean las nubes acuosas, entre las cuales y los mares se encuentra el aire medio? ¿Cómo, por favor, se logra por el peso y orden de los elementos, que torrentes violentísimos y ondosos, antes de correr bajo el aire en la tierra, cuelguen sobre el aire en las nubes? ¿Por qué, finalmente, el aire es medio entre las alturas del cielo y las tierras desnudas,

extendiéndose por todas partes del orbe, si su lugar está establecido entre el cielo y las aguas, como el de las aguas está entre él y las tierras?

5. Finalmente, si el orden de los elementos está dispuesto de tal manera que, según Platón, los dos extremos, es decir, el fuego y la tierra, están unidos por dos medios, es decir, el aire y el agua, y el cielo ocupa el lugar más alto, y esta tierra el más bajo, como fundamento del mundo, y por eso no puede estar la tierra en el cielo; ¿por qué está el mismo fuego en la tierra? Según esta razón, estos dos elementos, el fuego y la tierra, deberían haber estado en sus lugares propios, el más bajo y el más alto, de tal manera que, así como no quieren que lo que es del más bajo esté en el más alto, tampoco lo que es del más alto podría estar en el más bajo. Así como, por lo tanto, no creen que haya o vaya a haber ninguna partícula de tierra en el cielo, así no deberíamos haber visto ninguna partícula de fuego en la tierra. Pero ahora no solo está en las tierras, sino también bajo las tierras, de tal manera que los picos de las montañas lo eructan; además de que en los usos de los hombres vemos que el fuego está en la tierra, y que nace de la tierra: ya que nace de maderas y piedras, que son cuerpos sin duda terrenales. Pero ese fuego, dicen, es tranquilo, puro, inofensivo, eterno: este, sin embargo, es turbulento, humeante, corruptible y corruptor. Sin embargo, no corrompe las montañas, en las que arde continuamente, ni las cavernas de las tierras. Pero sea así, que sea diferente para que se adapte a las moradas terrenales: ¿por qué, entonces, no quieren que creamos que la naturaleza de los cuerpos terrenales, hecha incorruptible alguna vez, será adecuada para el cielo, como ahora el fuego corruptible se adapta a estas tierras? Por lo tanto, no aportan nada de los pesos y el orden de los elementos, para que prescriban al Dios omnipotente que no haga nuestros cuerpos de tal manera que puedan habitar incluso en el cielo.

CAPÍTULO XII.---Contra las calumnias de los infieles, que se burlan de los cristianos por creer en la resurrección de la carne.

1. Pero aquellos que investigan con extremo escrúpulo, y la fe con la que creemos que la carne resucitará, al investigar de esta manera, suelen burlarse, preguntando si los fetos abortivos resucitarán. Y dado que el Señor dijo: "En verdad os digo, ni un cabello de vuestra cabeza perecerá" (Lucas 21, 18), se preguntan si la estatura y la fortaleza serán iguales para todos, o si habrá diferentes cantidades de cuerpos. Pues si habrá igualdad de cuerpos, ¿de dónde obtendrán lo que aquí no tuvieron en masa corporal aquellos abortivos, si también ellos resucitan? O si no resucitarán porque no nacieron, sino que fueron expulsados, plantean la misma cuestión sobre los niños pequeños, de dónde les vendrá la medida del cuerpo que ahora vemos que les falta, cuando mueren en esta edad. Pues no diremos que no resucitarán, aquellos que no solo son capaces de generación, sino también de regeneración. Luego preguntan qué medida tendrá esa igualdad. Pues si todos serán tan grandes y tan altos como fueron aquí los más grandes y más altos, no solo preguntan sobre los pequeños, sino sobre muchos, de dónde les vendrá lo que aquí les faltó, si cada uno recibirá lo que aquí tuvo. Pero si, como dice el Apóstol, nos encontraremos todos "en la medida de la edad de la plenitud de Cristo" (Efesios 4, 13); y aquello otro, "a los que predestinó conformes a la imagen de su Hijo" (Romanos 8, 29), se entiende de tal manera que la estatura y el modo del cuerpo de Cristo será el de todos los que estarán en su reino: dicen que a muchos se les restará de la magnitud y longitud del cuerpo: y ¿dónde quedará "ni un cabello de vuestra cabeza perecerá", si de la misma cantidad del cuerpo perecerá tanto? Aunque también se puede preguntar sobre los mismos cabellos, si volverá todo lo que cayó al cortarlos. Y si ha de volver, ¿quién no se horrorizaría ante tal deformidad? Pues esto parece seguir necesariamente también con las uñas, que volverá tanto de lo que el cuidado del cuerpo cortó. ¿Y dónde estará la belleza? que ciertamente debe ser mayor en aquella inmortalidad que en esta corrupción. Pero si no

volverá, entonces perecerá: ¿cómo entonces, dicen, no perecerá el cabello de vuestra cabeza? También discuten de manera similar sobre la delgadez o gordura. Pues si todos serán iguales; ciertamente no habrá algunos delgados y otros gordos. Por lo tanto, a unos se les añadirá algo, a otros se les restará. Y por lo tanto, no se recibirá lo que era, sino que en algún lugar se añadirá lo que no fue; y en algún lugar se perderá lo que fue.

2. También se inquietan no poco por las corrupciones y disoluciones de los cuerpos muertos, cuando algo se convierte en polvo, algo se exhala en aires; algunos son devorados por bestias, otros consumidos por el fuego; algunos perecen en naufragios o en cualquier agua de tal manera que sus carnes se disuelven en humedad por la putrefacción; y no creen que todo esto pueda ser recogido en carne y restaurado. También persiguen todas las fealdades y vicios, ya sea que se añadan o nazcan: donde con horror y burla mencionan los partos monstruosos, y preguntan cuál será la resurrección de cada deformidad. Pues si decimos que nada de esto volverá al cuerpo humano, presumen que confutarán nuestra respuesta con los lugares de las heridas con las que predicamos que el Señor Cristo resucitó. Pero entre todas estas cosas se plantea la cuestión más difícil, en la carne de quién volverá la carne con la que se nutre el cuerpo de otro, obligado por el hambre a comer entrañas humanas. Pues se ha convertido en carne de aquel que vivió de tales alimentos; y lo que la delgadez mostró como pérdida, lo suplió. Por lo tanto, preguntan si volverá a aquel hombre cuya carne fue primero, o más bien a aquel cuya carne se hizo después, para burlarse de la fe en la resurrección: y así las almas humanas, ya sea alternando, como Platón, prometen verdaderas infelicidades y falsas bienaventuranzas; o después de muchas revoluciones a través de diversos cuerpos, finalmente, como Porfirio, confiesan que terminarán las miserias y nunca volverán a ellas; pero no teniendo un cuerpo inmortal, sino huyendo de todo cuerpo.

CAPÍTULO XIII.---Si los abortivos no pertenecen a la resurrección, si pertenecen al número de los muertos.

Por lo tanto, a estas cosas que me parecen opuestas desde su parte contraria, con la dirección de Dios, y con su misericordia ayudando a mis esfuerzos, responderé. No me atrevo a afirmar ni a negar que los fetos abortivos, que ya vivieron en el útero y allí murieron, resucitarán: aunque no veo cómo no pertenecerían a la resurrección de los muertos, si no se les excluye del número de los muertos. Pues o no todos los muertos resucitarán, y habrá algunas almas humanas sin cuerpos para siempre, que llevaron cuerpos humanos, aunque dentro de las entrañas maternas; o si todas las almas humanas recibirán sus cuerpos resucitados, que tuvieron en cualquier lugar viviendo, y los dejaron al morir, no encuentro cómo decir que no pertenecen a la resurrección de los muertos, cualquiera que sea el muerto, incluso en los úteros de las madres. Pero cualquiera que sea la opinión de estos, lo que dijimos de los niños ya nacidos, también debe entenderse de ellos, si resucitan.

CAPÍTULO XIV.---Si los niños resucitarán en la condición corporal que habrían tenido con el paso del tiempo.

¿Qué diremos entonces de los niños, sino que no resucitarán con la pequeñez corporal con la que murieron; sino que lo que les habría llegado más tarde con el tiempo, lo recibirán con esa obra de Dios maravillosa y rapidísima? En la sentencia del Señor, donde dice: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá" (Lucas 21, 18), se dijo que no faltará lo que fue, pero no se negó que estará presente lo que faltó. Sin embargo, al niño muerto le faltó la cantidad perfecta de su cuerpo: al niño perfecto le falta ciertamente la perfección de la magnitud corporal; que cuando se añade, ya no puede ser más largo en estatura. Todos tienen esta medida de perfección, de modo que con ella son concebidos y nacen; pero la tienen en razón, no en

masa: como todos los miembros ya están latentes en la semilla, aunque a algunos nacidos todavía les falten, como los dientes, o algo similar. En esta razón de la materia de cada uno, ya parece estar, por así decirlo, enrollado lo que aún no es, más bien lo que está oculto, pero con el paso del tiempo será, o más bien aparecerá. En esta razón, el niño ya es breve o largo, que será breve o largo. Según esta razón, ciertamente en la resurrección del cuerpo no tememos las pérdidas del cuerpo: porque, aunque la igualdad fuera tal que todos llegaran a magnitudes gigantescas, para que aquellos que fueron los más grandes no tuvieran menos en estatura, lo que les perecería contra la sentencia de Cristo, quien dijo que ni un cabello perecería; al Creador que creó todo de la nada, ¿cómo podría faltarle de dónde añadir lo que el maravilloso artífice supiera que debía añadirse?

CAPÍTULO XV.---Si los cuerpos de todos los muertos resucitarán a la medida del cuerpo del Señor.

Pero ciertamente Cristo resucitó en la medida del cuerpo en la que murió, y no es lícito decir que, cuando llegue el tiempo de la resurrección de todos, se añadirá a su cuerpo esa magnitud que no tuvo, cuando apareció a los discípulos en la que le era conocida, para que pueda hacerse igual a los más largos. Pero si decimos que los cuerpos mayores de algunos se reducirán a la medida del cuerpo del Señor, perecerá de los cuerpos de muchos mucho, cuando él mismo prometió que ni un cabello perecería. Queda, por lo tanto, que cada uno reciba su medida, que tuvo en la juventud, aunque haya muerto anciano; o que habría tenido, si hubiera muerto antes. Y aquello que el Apóstol recordó sobre la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Efesios 4, 13), o entendamos que se dijo por otra razón, es decir, para que a esa cabeza, con la perfección de todos los miembros en los pueblos cristianos, se complete la medida de su edad; o, si esto se dijo sobre la resurrección de los cuerpos, entendamos que se dijo de tal manera que ni más allá, ni por debajo de la forma juvenil resucitarán los cuerpos de los muertos; sino en esa edad y fortaleza, hasta la que sabemos que Cristo llegó aquí. Pues los hombres más doctos de este siglo han definido que la juventud está alrededor de los treinta años: que cuando se ha terminado en su propio espacio, desde allí el hombre ya se inclina hacia las pérdidas de la edad más grave y senil. Y por eso no se dijo, En la medida del cuerpo; o, En la medida de la estatura: sino, en la medida de la edad de la plenitud de Cristo.

CAPÍTULO XVI.---Cómo debe entenderse la conformación de los santos a la imagen del Hijo de Dios.

Aquello también que dice, predestinados conformes a la imagen del Hijo de Dios (Romanos 8, 29), puede entenderse también según el hombre interior. De donde en otro lugar nos dice, No os conforméis a este siglo, sino transformaos en la renovación de vuestra mente (Romanos 12, 2). Donde, por lo tanto, nos transformamos para no conformarnos a este siglo, allí nos conformamos al Hijo de Dios. También puede entenderse así, que, como él se hizo conforme a nosotros en mortalidad, así nosotros nos hagamos conformes a él en inmortalidad: lo cual también se refiere a la misma resurrección de los cuerpos. Pero si también en estas palabras se nos advierte sobre la forma en que resucitarán los cuerpos; así como aquella medida, también esta conformación, no debe entenderse de cantidad, sino de edad. Resucitarán, por lo tanto, todos tan grandes de cuerpo, como lo eran, o habrían sido en la edad juvenil, aunque no habrá ningún daño, incluso si habrá la forma de un cuerpo infantil o senil, donde no quedará ninguna debilidad de mente ni del mismo cuerpo. Por lo tanto, incluso si alguien sostiene que cada uno resucitará en la forma corporal en la que murió, no es necesario luchar con él con una contradicción laboriosa.

CAPÍTULO XVII.---Si los cuerpos de las mujeres resucitarán y permanecerán en su propio sexo.

Algunos, debido a lo que se dijo, Hasta que todos lleguemos al hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo (Efesios 4, 13); y, conformes a la imagen del Hijo de Dios; no creen que las mujeres resucitarán en el sexo femenino, sino que dicen que todas serán en el masculino. porque Dios hizo solo al hombre del barro, y a la mujer del hombre. Pero me parece que tienen mejor juicio aquellos que no dudan que ambos sexos resucitarán. Pues no habrá allí lujuria, que es la causa de la confusión. Pues antes de que pecaran, estaban desnudos, y no se avergonzaban el hombre y la mujer. Por lo tanto, a esos cuerpos se les quitarán los vicios, se conservará la naturaleza. Pero el sexo femenino no es un vicio, sino naturaleza: que entonces estará libre tanto del coito como del parto: sin embargo, habrá miembros femeninos, no adaptados al uso antiguo, sino a la nueva belleza, que no atraerá la concupiscencia del que mira, que no habrá, sino que se alabará la sabiduría y la clemencia de Dios, que hizo lo que no era, y liberó de la corrupción lo que hizo. Pues en el principio del género humano, para que de la costilla del hombre dormido se hiciera la mujer, era necesario que se profetizara entonces a Cristo y la Iglesia con tal hecho. Pues aquel sueño del hombre (Génesis 2, 21), era la muerte de Cristo, cuyo costado fue perforado con una lanza mientras colgaba sin vida en la cruz, y de allí brotó sangre y agua (Juan 19, 34): que sabemos que son sacramentos con los que se edifica la Iglesia. Pues también la Escritura usó esta palabra, donde no se lee, Formó, o Hizo; sino, La edificó en mujer (Génesis 2, 22): de donde también el Apóstol habla de la edificación del cuerpo de Cristo (Efesios 4, 12), que es la Iglesia. Por lo tanto, la mujer es criatura de Dios, como el hombre: pero para que se hiciera del hombre, se recomendó la unidad; y para que se hiciera de esa manera, como se dijo, se figuró a Cristo y la Iglesia. Por lo tanto, quien instituyó ambos sexos, restaurará ambos. Finalmente, el mismo Jesús, interrogado por los saduceos, que negaban la resurrección, de quién será esposa en la resurrección, la que tuvo siete hermanos, mientras cada uno de ellos quería levantar descendencia al difunto, como la Ley había ordenado: "Erráis", dijo, "no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios" (Mateo 22, 29). Y cuando había lugar para decir, Porque de quien me preguntáis, también ella será varón, no mujer; no dijo esto: sino que dijo, "En la resurrección ni se casarán, ni se darán en matrimonio, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo" (Mateo 22, 30). Iguales ciertamente a los ángeles en inmortalidad y felicidad, no en carne: como tampoco en resurrección, de la que no necesitaron los ángeles; porque no pudieron morir. Por lo tanto, el Señor negó que habría matrimonios en la resurrección, no mujeres: y lo negó allí, donde se planteaba tal cuestión, que la habría resuelto con mayor facilidad negando el sexo femenino, si hubiera sabido que no estaría allí: más bien afirmó que estaría allí diciendo, "No se casarán", lo que se refiere a las mujeres; "ni se darán en matrimonio", lo que se refiere a los hombres. Por lo tanto, estarán allí, las que aquí suelen casarse, o los que suelen tomar esposas: pero allí no lo harán.

CAPÍTULO XVIII.---Del hombre perfecto, es decir, Cristo, y su cuerpo, es decir, la Iglesia, que es su plenitud.

Por lo tanto, lo que dice el Apóstol, que todos llegaremos al hombre perfecto, debemos considerar toda la circunstancia de la lectura, que se presenta así: "El que descendió, es el mismo que también ascendió por encima de todos los cielos, para llenar todas las cosas. Y él mismo dio a algunos como apóstoles, a otros como profetas, a otros como evangelistas, a otros como pastores y maestros, para la perfección de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe, y al conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo: para que ya no seamos niños, llevados y zarandeados por todo viento de doctrina, por

la astucia de los hombres, por la astucia para engañar con el error: sino que, hablando la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, Cristo; de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la operación en la medida de cada parte, hace que el cuerpo crezca para su edificación en amor" (Efesios 4, 10-16). He aquí el hombre perfecto, la cabeza y el cuerpo, que consta de todos los miembros, que se completarán en su tiempo. Sin embargo, diariamente se añaden a ese cuerpo, mientras se edifica la Iglesia, a la que se dice, "Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros" (1 Corintios 12, 27). Y en otro lugar, "Por su cuerpo, que es la Iglesia" (Colosenses 1, 24). Y también en otro lugar, "Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos" (1 Corintios 10, 17). De cuya edificación del cuerpo también se dijo aquí, "Para la perfección de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo", y luego se añadió lo que ahora tratamos, "Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe, y al conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo", y lo demás; hasta que mostrara que esa medida debe entenderse en el cuerpo, diciendo: "Crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, Cristo; de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la operación en la medida de cada parte". Así como es la medida de cada parte; así es la medida de la plenitud de todo el cuerpo, que consta de todas sus partes, de la que se dijo: "A la medida de la edad de la plenitud de Cristo". Esta plenitud también la recordó en aquel lugar, donde dice de Cristo: "Y él mismo dio como cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo" (Efesios 1, 22 y 23). Sin embargo, si esto se refiriera a la forma de la resurrección en la que estará cada uno; ¿qué nos impediría entender al hombre nombrado como también a la mujer, para que tomáramos al hombre como puesto por el ser humano? Como en aquello que se dijo, "Bienaventurado el hombre que teme al Señor" (Salmo 111, 1): ciertamente allí están también las mujeres que temen al Señor.

CAPÍTULO XIX.---Que todos los vicios del cuerpo, que en esta vida son contrarios a la belleza humana, no estarán en la resurrección, donde permaneciendo la sustancia natural, la calidad y la cantidad concurrirán en una sola belleza.

1. ¿Qué responderé ahora sobre los cabellos y las uñas? Una vez entendido que nada del cuerpo perecerá, de modo que nada deforme habrá en él, se comprende que aquello que habría causado una deformidad excesiva se añadirá a la masa misma, no a los lugares donde la forma de los miembros se afearía. Como si de barro se hiciera un vaso, que al ser reducido nuevamente a barro, se hiciera todo de nuevo del todo, no sería necesario que la parte del barro que formaba el asa volviera al asa, o que la que formaba el fondo, volviera a hacer el fondo; mientras que todo regresara al todo, es decir, todo el barro volviera al vaso sin perder parte alguna de sí mismo. Por lo tanto, si los cabellos tantas veces cortados o las uñas recortadas regresan de forma deforme a sus lugares, no regresarán: sin embargo, no perecerán para quien resucite, porque se transformarán en la misma carne, para ocupar cualquier lugar del cuerpo, conservando la congruencia de las partes, mediante la mutabilidad de la materia. Aunque lo que dice el Señor, "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá" (Lucas 21, 18), puede entenderse más adecuadamente no en cuanto a la longitud, sino al número de cabellos. Por eso, en otro lugar dice, "Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados" (Lucas 12, 7). No digo esto porque piense que algo del cuerpo de alguien perecerá, que naturalmente estaba en él; sino que lo que había nacido deforme (no por otra razón, sino para mostrar también de esta manera cuán penal es esta condición mortal), regresará de tal manera que, conservando la integridad de la sustancia, la deformidad perecerá. Pues si un artesano humano puede fundir una estatua que había hecho deforme por alguna razón, y devolverle su belleza, de modo que nada de su sustancia, sino solo la deformidad, perezca, y si algo en esa

figura anterior estaba indecentemente presente y no concordaba con la paridad de las partes, no lo ampute y separe de todo lo que había hecho, sino que lo mezcle y disperse en el todo, de modo que no cause fealdad ni disminuya la cantidad; ¿qué se debe pensar del Artífice omnipotente? ¿Acaso no podrá eliminar y destruir las deformidades de los cuerpos humanos, no solo las habituales, sino también las raras y monstruosas, que son congruentes con esta vida miserable, pero que son ajenas a la futura felicidad de los santos, de tal manera que cualquier excrecencia natural, aunque indecorosa, de la sustancia corporal, sea eliminada sin disminuirla?

2. Por lo tanto, no deben temer los delgados o los obesos que allí sean como no quisieran ser aquí, si pudieran. Toda la belleza del cuerpo es la congruencia de las partes con cierta suavidad de color. Donde no hay congruencia de partes, algo ofende porque es torcido, o porque es poco, o porque es demasiado. Por lo tanto, no habrá deformidad, que es causada por la incongruencia de las partes, donde lo que es torcido será corregido; y lo que es menos de lo que conviene, será suplido de donde el Creador sabe; y lo que es más de lo que conviene, será reducido, conservando la integridad de la materia. ¿Cuánta será la suavidad del color, donde los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mateo 13, 43)? Esa claridad en el cuerpo de Cristo, cuando resucitó, se cree que fue más bien ocultada a los ojos de los discípulos que ausente. Pues la vista humana e infirme no podría soportarla, cuando debía ser observada por los suyos para que pudiera ser reconocida. Por eso también mostró a los que lo tocaban las cicatrices de sus heridas; y tomó alimento y bebida, no por necesidad de alimento, sino por el poder con el que podía hacerlo. Pero cuando algo no se ve, aunque esté presente, por aquellos que ven otras cosas que también están presentes, se dice en griego ἀορασία: lo que nuestros intérpretes, no pudiendo decir en latín, interpretaron como ceguera en el libro del Génesis. Esto fue lo que sufrieron los sodomitas cuando buscaban la puerta del justo y no podían encontrarla (Génesis 19, 11). Si hubiera sido ceguera, por la cual nada puede ser visto, no habrían buscado la puerta para entrar, sino guías para ser llevados de allí.

3. [XX.] No sé de qué manera nos sentimos tan atraídos por el amor a los mártires bienaventurados, que deseamos ver en aquel reino en sus cuerpos las cicatrices de las heridas que sufrieron por el nombre de Cristo: y tal vez las veremos. No será una deformidad en ellos, sino una dignidad, y una cierta belleza, aunque en el cuerpo, no del cuerpo, sino de la virtud, resplandecerá. Sin embargo, si a algunos mártires se les amputaron y quitaron miembros, no estarán sin esos miembros en la resurrección de los muertos, a quienes se les dijo: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá". Pero si conviene en aquel nuevo siglo que se vean las señales de las gloriosas heridas en aquella carne inmortal, donde los miembros fueron golpeados o cortados para ser amputados, allí aparecerán las cicatrices, pero con los mismos miembros restituidos, no perdidos. Aunque todos los defectos que ocurrieron al cuerpo no estarán entonces; sin embargo, no deben considerarse ni llamarse defectos las señales de la virtud.

CAPÍTULO XX.---Que en la resurrección de los muertos la naturaleza de los cuerpos, por más dispersos que estén, será restaurada íntegramente desde donde sea.

1. Pero lejos esté que para resucitar los cuerpos y devolverles la vida, la omnipotencia del Creador no pueda recuperar todo lo que las bestias, el fuego han consumido, o lo que se ha desmoronado en polvo o ceniza, o lo que se ha disuelto en humedad, o lo que se ha exhalado en aires. Lejos esté que algún seno o secreto de la naturaleza reciba algo sustraído a nuestros sentidos, de modo que escape al conocimiento o al poder del Creador de todo. Ciertamente, Cicerón, un gran autor de ellos, queriendo definir a Dios como podía, dijo: "Es una mente libre y suelta, separada de toda concreción mortal, que todo lo siente y mueve, y está dotada

de movimiento eterno" (Tusculanas, libro 1, cap. 27). Esto lo encontró en las doctrinas de los grandes filósofos. Así que, para hablar según ellos, ¿cómo puede algo ocultarse a quien todo lo siente, o escapar irrevocablemente a quien todo lo mueve?

2. De donde ya también debe resolverse aquella cuestión que parece más difícil que las demás: donde se pregunta, cuando la carne de un hombre muerto se convierte en carne de otro viviente, a cuál de ellos se le devolverá en la resurrección. Pues si alguien, consumido por el hambre y obligado, se alimenta de cadáveres humanos, lo cual ha sucedido algunas veces, como lo atestigua la historia antigua y lo han enseñado los infelices experimentos de nuestros tiempos; ¿acaso alguien con razón verídica sostendrá que todo fue digerido por los intestinos, y que nada de ello se transformó y convirtió en su carne, cuando la misma delgadez que fue y ya no es, indica suficientemente qué pérdidas fueron suplidas con esos alimentos? Ya he adelantado algunas cosas que también servirán para resolver este nudo. Pues todo lo que el hambre ha consumido de las carnes, ciertamente se ha exhalado en aires: de donde dijimos que el Dios omnipotente puede recuperar lo que ha huido. Por lo tanto, esa carne será devuelta al hombre en quien comenzó a ser carne humana por primera vez. Pues debe considerarse como prestada por el otro, y como una deuda, debe ser devuelta a quien se tomó. La suya, en cambio, a quien el hambre había vaciado, le será devuelta por aquel que puede recuperar incluso lo exhalado. Aunque incluso si hubiera perecido de todas las maneras, y no quedara ninguna materia de ella en ningún escondite de la naturaleza, el Omnipotente la repararía de donde quisiera. Pero debido a la sentencia de la Verdad, que dice: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá"; es absurdo pensar que, cuando el cabello de un hombre no puede perecer, tanta carne consumida por el hambre pudo haber perecido.

3. Considerando y tratando todo esto según nuestra capacidad, se concluye que en la resurrección de la carne, la magnitud de los cuerpos tendrá eternamente las medidas que tenía la razón de la juventud, ya sea para ser perfeccionada o perfecta, impuesta al cuerpo, conservando el decoro congruente en todos los módulos de los miembros. Para que se conserve ese decoro, si algo se quita de alguna grandiosidad indecente en alguna parte, que se distribuya por todo, de modo que ni eso perezca, ni se pierda la congruencia de las partes en todas partes, no es absurdo creer que algo de eso también pueda añadirse a la estatura del cuerpo; cuando a todas las partes, para que conserven el decoro, se distribuye lo que, si estuviera desproporcionadamente en una, ciertamente no sería decoroso. O si se sostiene que cada uno resucitará en la estatura del cuerpo en la que murió, no se debe resistir combativamente; siempre que esté ausente toda deformidad, toda debilidad, toda lentitud, y toda corrupción, y cualquier otra cosa que no convenga a ese reino, en el cual los hijos de la resurrección y de la promesa serán iguales a los ángeles de Dios, si no en cuerpo, no en edad, ciertamente en felicidad.

CAPÍTULO XXI.---De la novedad del cuerpo espiritual, en la que la carne de los santos será transformada.

Por lo tanto, se restaurará todo lo que de los cuerpos vivos, o después de la muerte de los cadáveres, haya perecido, y junto con lo que quedó en las tumbas, resurgirá transformado en la novedad del cuerpo espiritual desde la vejez del cuerpo animal, revestido de incorrupción e inmortalidad. Pero incluso si por algún grave accidente o por la crueldad de los enemigos se pulveriza completamente, y se dispersa en aires o aguas tanto como sea posible, de modo que no se permita que esté en ninguna parte, de ninguna manera podrá sustraerse a la omnipotencia del Creador, pero el cabello de su cabeza no perecerá. Por lo tanto, la carne será sometida al espíritu como cuerpo espiritual, pero aún carne, no espíritu: así como el espíritu mismo fue sometido a la carne como espíritu carnal, pero aún espíritu, no carne. De

lo cual tenemos un ejemplo en la deformidad de nuestra pena. Pues no eran carnales según la carne, sino según el espíritu, a quienes el Apóstol dice: "No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales" (1 Corintios 3, 1). Y el hombre espiritual se dice así en esta vida, aunque aún sea carnal en el cuerpo, y vea otra ley en sus miembros que lucha contra la ley de su mente (Romanos 7, 23): pero será también espiritual en el cuerpo, cuando la misma carne resucite de tal manera que se cumpla lo que está escrito: "Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual" (1 Corintios 15, 42). Pero cuál y cuán grande es la gracia del cuerpo espiritual, puesto que aún no ha llegado a la experiencia, temo que sea temerario cualquier discurso que se pronuncie sobre ella. Sin embargo, porque el gozo de nuestra esperanza no debe callarse para alabanza de Dios, y se ha dicho desde las entrañas más íntimas del amor santo ardiente: "Señor, he amado el decoro de tu casa" (Salmo 25, 8): de los dones que en esta vida tan llena de miserias concede a buenos y malos, con su ayuda, conjeturemos, como podamos, cuánto es aquello que aún no hemos experimentado, y que ciertamente no podemos expresar dignamente. Pues omito cuando hizo al hombre recto; omito aquella vida feliz de los dos cónyuges en la fecundidad del paraíso, ya que fue tan breve que ni siquiera llegó al sentido de los nacidos: en esta que conocemos, en la que aún estamos, cuyas tentaciones, o más bien que toda ella es una tentación, mientras estemos en ella, por mucho que progresemos, no dejamos de sufrir, ¿quién podrá explicar cuáles son las señales de la bondad de Dios hacia el género humano?

CAPÍTULO XXII.---De las miserias y males a los que el género humano está sujeto por el merecimiento de la primera transgresión, y de los cuales nadie se libera sino por la gracia de Cristo.

1. Pues en cuanto a la primera origen, toda la progenie de los mortales ha sido condenada, esta misma vida, si es que puede llamarse vida, llena de tantos y tan grandes males, lo atestigua. ¿Qué otra cosa indica la horrenda profundidad de la ignorancia, de la cual surge todo error, que recibe a todos los hijos de Adán en un seno tenebroso, de modo que el hombre no puede ser liberado de ella sin trabajo, dolor, temor? ¿Qué indica el amor mismo de tantas cosas vanas y nocivas, y de esto las mordaces preocupaciones, perturbaciones, tristezas, temores, alegrías insanas, discordias, disputas, guerras, insidias, iras, enemistades, engaños, adulaciones, fraudes, robos, rapinas, perfidias, soberbias, ambiciones, envidias, homicidios, parricidios, crueldades, sevicias, maldades, lujurias, petulancias, impudencias, impurezas, fornicaciones, adulterios, incestos, y contra la naturaleza de ambos sexos tantas violaciones e inmundicias, que es vergonzoso incluso mencionar, sacrilegios, herejías, blasfemias, perjurios, opresiones de inocentes, calumnias, engaños, prevaricaciones, falsos testimonios, juicios inicuos, violencias, latrocinios, y cualquier otro mal que no venga a la mente, y sin embargo no se aleja de esta vida de los hombres? Pero estos son males de los hombres malvados, que provienen de esa raíz de error y amor perverso con la que nace todo hijo de Adán. Pues ¿quién ignora con cuánta ignorancia de la verdad, que ya es manifiesta en los infantes; y con cuánta abundancia de vana codicia, que comienza a aparecer en los niños, viene el hombre a esta vida, de modo que si se le deja vivir como quiere, y hacer lo que quiera, llegará a estos crímenes y flagelos que he mencionado, y que no pude mencionar, o a muchos de ellos?

2. Pero la divina gobernación no abandona de todo modo a los condenados, y Dios no contiene en su ira sus misericordias (Salmo 76, 10), en los mismos sentidos del género humano la prohibición y la enseñanza vigilan contra estas tinieblas con las que nacemos, y se oponen a estos impulsos, llenas también ellas mismas de trabajos y dolores. ¿Qué significan, pues, los múltiples temores que se aplican para contener las vanidades de los pequeños? ¿Qué los pedagogos, qué los maestros, qué las férulas, qué las correas, qué las varas, qué la

disciplina aquella que la Sagrada Escritura dice que los costados del hijo amado deben ser golpeados, para que no crezca indómito, y ya duro de domar, o apenas pueda ser domado, o tal vez no pueda serlo (Eclesiástico 30, 12)? ¿Qué se hace con todas estas penas, sino para vencer la impericia, y frenar la codicia desordenada con la que venimos a este mundo? Pues ¿qué es lo que con trabajo recordamos, sin trabajo olvidamos; con trabajo aprendemos, sin trabajo desconocemos; con trabajo somos diligentes, sin trabajo somos inertes? ¿No se muestra aquí hacia qué se inclina y se dirige por su propio peso la naturaleza viciosa, y cuánta ayuda necesita para ser liberada de esto? La desidia, la negligencia, la pereza, son vicios por los cuales se huye del trabajo, cuando el mismo trabajo, incluso el útil, es una pena.

3. Pero además de las penas infantiles, sin las cuales no se puede aprender lo que los mayores quieren, quienes apenas quieren algo útil, ¿cuántas y cuán grandes penas agitan al género humano, que no pertenecen a la malicia y maldad de los inicuos, sino a la condición y miseria común? ¿Quién puede describirlas con palabras, quién puede comprenderlas con pensamiento? ¿Cuán grande es el miedo, cuán grande la calamidad de las orfandades y el luto, de las pérdidas y condenaciones, de los engaños y mentiras de los hombres, de las sospechas falsas, de todos los actos violentos y crímenes ajenos? Pues de ellos provienen el despojo, la cautividad, las cadenas, las cárceles, los exilios, los tormentos, la amputación de miembros, la privación de sentidos, la opresión del cuerpo para satisfacer la obscena lujuria del opresor, y muchas otras cosas horrendas que a menudo suceden. ¿Qué de los innumerables accidentes que se temen externamente para el cuerpo, de los calores y fríos, de las tempestades, lluvias, inundaciones, relámpagos, truenos, granizo, rayos, movimientos y grietas de la tierra, de las opresiones de ruinas, de la ofensa y el miedo o incluso la malicia de los animales, de tantos venenos de plantas, aguas, aires, bestias, de las mordeduras de fieras que son molestas o incluso mortales, de la rabia que ocurre por un perro rabioso, de modo que incluso un animal blando y amigo de su dueño a veces se teme más y más amargamente que leones y dragones, y hace que el hombre, a quien tal vez ha tocado, se vuelva tan rabioso por el contagio pestilente, que sea temido por sus padres, esposa, hijos, peor que cualquier bestia? ¿Qué males sufren los navegantes? ¿Qué los que caminan por caminos terrestres? ¿Quién camina en cualquier lugar sin estar sujeto a accidentes inesperados? Alguien regresando del foro a casa con sus pies sanos, cayó, se rompió el pie, y de esa herida terminó esta vida. ¿Qué parece más seguro que estar sentado? El sacerdote Elí cayó de la silla en la que estaba sentado, y murió (1 Samuel 4, 18). ¿Cuántos y cuán grandes accidentes temen los agricultores, o más bien todos los hombres, para los frutos de los campos, del cielo y la tierra, o de los animales perniciosos? Sin embargo, suelen estar seguros de los granos finalmente recogidos y almacenados. Pero a algunos, como sabemos, una inundación imprevista, mientras los hombres huían, les sacó y se llevó la mejor cosecha de granos de los graneros. Contra los mil ataques de los demonios, ¿quién confía en su inocencia? Pues para que nadie confíe, incluso a los pequeños bautizados, que ciertamente no hay nada más inocente, a veces los atormentan de tal manera que, permitiéndolo Dios, se muestra en ellos principalmente la calamidad lamentable de esta vida, y la felicidad deseable de la otra. Ahora bien, de los mismos cuerpos surgen tantos males de enfermedades, que ni siquiera los libros de los médicos los han comprendido todos. En muchos de ellos, y casi en todos, incluso las mismas ayudas y medicinas son tormentos, para que los hombres sean rescatados del final de las penas con una ayuda penal. ¿No ha llevado el ardor inmenso a los hombres sedientos a beber incluso orina humana o incluso la suya propia? ¿No ha llevado el hambre a que no pudieran abstenerse de las carnes humanas, y no a los hombres muertos encontrados, sino a los asesinados por ellos mismos por esta razón, y no a cualquier extraño, sino incluso a los hijos, las madres con una increíble crueldad, que la rabiosa hambre causaba, los consumieran? Finalmente, el mismo sueño, que propiamente ha recibido el nombre de descanso, ¿quién

puede explicar con palabras cuán inquieto es a menudo por las visiones de los sueños; y cuán grandes, aunque falsos, terrores, que exhibe y de algún modo expresa, de modo que no podemos distinguirlos de los verdaderos, perturba el alma miserable y los sentidos? Con esta falsedad de visiones, incluso los que están despiertos en ciertas enfermedades y venenos son agitados más miserablemente: aunque con una variedad múltiple de engaños, los demonios malignos a veces engañan a los hombres sanos con tales visiones, de modo que, aunque no puedan llevarlos a sus fines a través de ellas, al menos burlan sus sentidos con el solo intento de persuadirles de alguna falsedad.

4. De esta vida tan miserable, casi como si fuera un infierno, no nos libera sino la gracia del Salvador Cristo, nuestro Dios y Señor. Este es el nombre de Jesús; pues se interpreta como Salvador: principalmente para que después de esta vida no se reciba una muerte más miserable y eterna. Porque en esta vida, aunque hay grandes consuelos de curaciones por los santos y las cosas santas, no siempre se otorgan estos beneficios a quienes los piden, para que no se busque la religión por esto, sino por otra vida mejor, donde no habrá ningún mal en absoluto: y para esto, la gracia ayuda a los mejores en estos males, para que cuanto más fieles sean, con tanto más fuerte corazón se toleren. Para esto también dicen que la filosofía es útil, según los sabios de este siglo, que los dioses dieron a algunos pocos, dice Cicerón, como verdadera. Ni a los hombres, dice, les fue dado un don mayor por ellos, ni pudo ser dado alguno: hasta tal punto incluso ellos, contra quienes argumentamos, de alguna manera se vieron obligados a confesar la gracia divina en la verdadera filosofía. Además, si a pocos les fue dado divinamente el único auxilio de la verdadera filosofía contra las miserias de esta vida, también de aquí se evidencia que el género humano está condenado a pagar las penas de las miserias. Así como esto, como admiten, no es un don divino mayor, así no se debe creer que lo da ningún dios, sino aquel que incluso ellos, que adoran a muchos dioses, dicen que no hay ninguno mayor.

CAPÍTULO XXIII.---De aquellos males que, además de los que son comunes a buenos y malos, pertenecen especialmente al trabajo de los justos.

Además de estos males de esta vida comunes a buenos y malos, los justos tienen en ella también algunos trabajos propios, con los que luchan contra los vicios, y se encuentran en las tentaciones y peligros de tales combates. Pues a veces más intensamente, a veces más suavemente, no deja de desear la carne contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagamos lo que queremos (Gálatas V, 17), consumiendo todo mal deseo; sino que, tanto como podamos con la ayuda divina, la sometamos no consintiendo en ella, vigilando continuamente, para que no nos engañe una opinión verosímil, no nos engañe un discurso astuto, no nos envuelvan las tinieblas de algún error, no se crea que lo que es bueno es malo, o lo que es malo es bueno, no nos retraiga el miedo de lo que se debe hacer, no nos precipite el deseo en lo que no se debe hacer, no se ponga el sol sobre nuestra ira (Efesios IV, 26), no provoquen las enemistades a la retribución del mal por el mal, no nos absorba en una tristeza deshonesta o desmedida, no nos infunda una mente ingrata el letargo de impartir beneficios, no se fatigue la buena conciencia con rumores maliciosos, no nos engañe una sospecha temeraria sobre otro, no nos quiebre lo falso que otros dicen de nosotros, no reine el pecado en nuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos, no se presenten nuestros miembros como armas de iniquidad al pecado (Romanos VI, 12, 13), no siga el ojo la concupiscencia, no venza el deseo de venganza, no se detenga la visión o el pensamiento en lo que deleita malamente, no se escuche con gusto una palabra impropia o indecente, no se haga lo que no se permite, aunque se desee, no se espere la victoria en esta guerra llena de trabajos y peligros por nuestras fuerzas, ni se atribuya a nuestras fuerzas la victoria lograda, sino a su gracia, de

quien dice el Apóstol: Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo (I Corintios XV, 57). Y en otro lugar dice: En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (Romanos VIII, 37). Sepamos, sin embargo, que por mucha virtud que tengamos para luchar contra los vicios, o incluso para vencerlos y someterlos, mientras estemos en este cuerpo, no podemos dejar de decir a Dios: Perdona nuestras deudas (Mateo VI, 12). Pero en aquel reino donde siempre estaremos con cuerpos inmortales, no habrá para nosotros ni combates ni deudas; las cuales no existirían en ningún lugar ni en ningún momento, si nuestra naturaleza, tal como fue creada recta, permaneciera. Y por tanto, también este conflicto nuestro, en el que estamos en peligro, y del que deseamos ser liberados por la última victoria, pertenece a los males de esta vida, que probamos estar condenada por el testimonio de tantos y tan grandes males.

CAPÍTULO XXIV.---De los bienes con los que el Creador también llenó esta vida sujeta a condenación.

1. Ahora debemos considerar cómo esta misma miseria del género humano, en la que se alaba la justicia del que castiga, ha sido llenada por la bondad del mismo, que administra todo lo que ha creado, con tantos y tan grandes bienes. Primero, aquella bendición que pronunció antes del pecado, diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (Génesis I, 28), no quiso prohibirla después del pecado, y permaneció la fecundidad otorgada en la estirpe condenada; ni el vicio del pecado pudo quitar aquella fuerza maravillosa de las semillas, o incluso más maravillosa por la que se hacen las semillas, implantada en los cuerpos humanos y de alguna manera entretejida, por la cual nos fue impuesta también la necesidad de la muerte: pero ambas cosas corren juntas en este como río y torrente del género humano; el mal que se arrastra del padre, y el bien que se otorga por el creador. En el mal original hay dos cosas, el pecado y el castigo: en el bien original hay otras dos, la propagación y la conformación. Pero en cuanto a nuestra presente intención, de los males, de los cuales uno viene de nuestra audacia, es decir, el pecado, y el otro del juicio de Dios, es decir, el castigo, ya hemos dicho bastante. Ahora he comenzado a hablar de los bienes de Dios, que también a la naturaleza viciada y condenada por el pecado ha conferido, o hasta ahora confiere. Pues al condenar no quitó del todo lo que había dado, de lo contrario no existiría en absoluto; ni la removió de su poder, aunque la sometió penalmente al diablo, ya que ni siquiera al mismo diablo lo ha alejado de su dominio; puesto que para que subsista la naturaleza del mismo diablo, lo hace aquel que es sumamente, y hace ser todo lo que de alguna manera es.

2. De esos dos bienes que dijimos que manan como de una fuente de su bondad incluso en la naturaleza viciada por el pecado y condenada por el castigo, la propagación la otorgó con bendición en las primeras obras del mundo, de las cuales descansó el séptimo día. La conformación, en cambio, es de aquella obra suya, en la que hasta ahora opera (Juan VI, 17). Pues si retira su eficaz poder de las cosas, no podrán avanzar y cumplir sus tiempos con sus movimientos medidos, ni en absoluto permanecerán en lo que fueron creadas. Así, pues, creó Dios al hombre, para añadirle una cierta fertilidad, por la cual propagara a otros hombres, generando en ellos la misma posibilidad de propagar, no la necesidad, la cual, sin embargo, quiso quitar a algunos hombres, y fueron estériles: pero no quitó al género humano la bendición de generar dada una vez a los dos primeros cónyuges. Esta propagación, aunque no fue quitada por el pecado, no obstante, no es tal como hubiera sido si nadie hubiera pecado. Desde que el hombre, puesto en honor, después de delinquir, fue comparado a los animales (Salmo XLVIII, 13), genera de manera similar: no obstante, no se extinguió del todo en él una cierta chispa de razón, en la que fue hecho a imagen de Dios. A esta propagación, si no se le añadiera la conformación, no procedería en las formas y modos de su género. Pues si los hombres no hubieran cohabitado, y sin embargo Dios quisiera llenar la tierra de hombres; así

como creó a uno sin la mezcla de varón y hembra, así podría crear a todos: pero los que cohabitan no pueden ser generadores sin que él los cree. Así como dice el Apóstol sobre la institución espiritual, por la cual el hombre se forma para la piedad y la justicia, Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento (I Corintios III, 7), así también aquí se puede decir, Ni el que cohabita, ni el que siembra, es algo; sino Dios, que forma. Ni la madre que lleva el concebido, y nutre al nacido, es algo; sino Dios, que da el crecimiento. Pues él, con la operación con la que hasta ahora opera, hace que las semillas desplieguen sus números, y desde ciertos envoltorios ocultos e invisibles se desarrollen en formas visibles de esta belleza que vemos. Él, uniendo y conectando de modos maravillosos la naturaleza incorpórea y la corpórea, aquella superior, esta inferior, hace que sea animada. Esta obra suya es tan grande y maravillosa, que no solo en el hombre, que es un animal racional, y por esto más excelente y superior a todos los animales terrenales, sino que en cualquier minúscula hormiga, al que bien lo considera, le infunde asombro en la mente, y produce alabanza al Creador.

3. Él, por tanto, dio a la mente del alma humana, donde la razón y la inteligencia están en el infante como adormecidas, como si no existieran, para ser despertadas y desarrolladas con el crecimiento de la edad, para que sea capaz de ciencia y doctrina, y hábil para la percepción de la verdad y el amor del bien: con esta capacidad absorba la sabiduría y esté dotada de virtudes, con las que prudentemente, valientemente, templadamente, y justamente, luche contra los errores y los demás vicios innatos, y los venza con el deseo de nada más que del bien supremo e inmutable. Aunque no lo haga, la misma capacidad de tales bienes, instituida divinamente en la naturaleza racional, ¿quién puede expresar adecuadamente, o concebir, cuánto bien es, qué obra tan maravillosa del Omnipotente? Además de las artes de vivir bien y llegar a la felicidad inmortal, que se llaman virtudes, y que solo por la gracia de Dios, que está en Cristo, se otorgan a los hijos de la promesa y del reino, ¿no son tantas y tan grandes las artes inventadas y ejercitadas por el ingenio humano, en parte necesarias, en parte voluptuarias, que la mente y razón humana, en estas cosas incluso que busca superfluas, o incluso peligrosas y perniciosas, testifica cuánto bien tiene en su naturaleza, de donde pudo inventar, aprender, o ejercer estas cosas? ¿A qué obras tan maravillosas, tan asombrosas, ha llegado la industria humana en vestimentas y edificios; cuánto ha progresado en la agricultura, cuánto en la navegación; qué ha ideado y realizado en la fabricación de diversos vasos, o incluso en la variedad de estatuas y pinturas; qué maravillas ha ideado y exhibido en los teatros para los espectadores, cosas increíbles para los oyentes; qué y cuántas cosas ha descubierto en la captura, matanza, doma de animales irracionales: cuántos géneros de venenos, cuántas armas, cuántas maquinaciones ha encontrado contra los mismos hombres, y cuántos medicamentos y ayudas ha comprendido para proteger y restaurar la salud mortal: cuántos condimentos y estímulos para el paladar ha descubierto para el placer de la garganta: cuánta multitud y variedad de signos ha inventado para indicar y persuadir pensamientos, donde las palabras y las letras ocupan el lugar principal; qué adornos de elocución, qué abundancia de diversos poemas ha ideado para deleitar los ánimos; cuántos instrumentos musicales, qué modos de canciones ha ideado para deleitar los oídos: cuánta pericia de dimensiones y números, con cuánta sagacidad ha comprendido los movimientos y órdenes de los astros: cuánta ciencia de las cosas mundanas ha llenado, ¿quién puede expresar, especialmente si queremos no amontonar todo de manera desordenada, sino detenernos en cada cosa? Finalmente, en los mismos errores y falsedades defendidas, ¿quién puede estimar cuán grandes han sido los ingenios de los filósofos y herejes? Pues ahora hablamos de la naturaleza de la mente humana, con la que se adorna esta vida mortal, no de la fe y el camino de la verdad, con la que se adquiere aquella inmortal. Siendo el Creador de esta naturaleza tan grande, ciertamente Dios verdadero y supremo, administrando todo lo que ha hecho y

teniendo el supremo poder y la suprema justicia, nunca habría caído en estas miserias, y de ellas, excepto aquellos pocos que serán liberados, habría ido a las eternas, si no hubiera precedido un pecado demasiado grande en el primer hombre, del cual surgieron los demás.

4. Ahora bien, en el mismo cuerpo, aunque tengamos en común con las bestias la mortalidad, y se encuentre más débil que muchas de ellas, ¿cuánta bondad de Dios, cuánta providencia del gran Creador aparece? ¿Acaso no están dispuestos en él los lugares de los sentidos y los demás miembros, y la misma especie y figura y estatura de todo el cuerpo está tan bien medida, que se indica hecho para el servicio del alma racional? Pues no como vemos a los animales irracionales inclinados hacia la tierra, así fue creado el hombre: sino que la forma erguida del cuerpo hacia el cielo le advierte que piense en las cosas de arriba. Además, la maravillosa movilidad, que se ha atribuido a la lengua y las manos, apta y conveniente para hablar y escribir, y para completar las obras de muchas artes y oficios, ¿no muestra suficientemente a qué alma se ha unido tal cuerpo para servirle? Aunque, incluso quitadas las necesidades de obrar, la congruencia numerosa de todas las partes es tal, y responde con una hermosa paridad, que no sabes si en su creación se tuvo más en cuenta la utilidad que la belleza. Ciertamente, no vemos nada creado en el cuerpo por causa de la utilidad, que no tenga también lugar en la belleza. Pero esto nos aparecería más si conociéramos los números de las medidas, por los cuales todo está conectado y ajustado entre sí, que quizás con esfuerzo en las cosas que sobresalen externamente, la habilidad humana podría investigar; pero lo que está oculto, y alejado de nuestra vista, como es la gran complejidad de venas y nervios y vísceras, los secretos de los órganos vitales, nadie puede descubrir. Porque aunque la diligencia de algunos médicos crueles, a quienes llaman anatómicos, ha desgarrado cuerpos de muertos, o incluso de moribundos en manos del que corta y examina, y ha investigado bastante inhumanamente todo lo oculto en las carnes humanas, para aprender qué y cómo y en qué lugares debía curarse; sin embargo, los números de los que hablo, por los cuales la conexión, que en griego se llama armonía, de todo el cuerpo, tanto externa como internamente, consiste, ¿qué digo, nadie ha podido encontrar, que nadie se ha atrevido a buscar? Si pudieran ser conocidos, también en las vísceras internas, que no muestran ninguna belleza, la belleza de la razón deleitaría tanto, que por el juicio de la misma mente, que usa los ojos, se preferiría a toda forma aparente que agrada a los ojos. Hay, sin embargo, algunas cosas dispuestas en el cuerpo de tal manera que solo tienen belleza, no uso: como el pecho masculino tiene pezones, como el rostro tiene barba, que no es un adorno, sino un ornamento viril, lo indican los rostros puros de las mujeres, a quienes ciertamente convendría más proteger con un adorno, ya que son más débiles. Si, pues, no hay ningún miembro, al menos en estos visibles (de los cuales nadie duda), que esté tan acomodado a alguna obra, que no sea también hermoso; hay, sin embargo, algunos que solo tienen belleza, y no uso: creo que es fácil entender que en la creación del cuerpo se prefirió la dignidad a la necesidad. Pues la necesidad pasará, y vendrá el tiempo cuando disfrutemos mutuamente de la belleza sin ninguna lujuria: lo cual debe referirse principalmente a la alabanza del Creador, a quien se dice en el Salmo: Te has vestido de confesión y de belleza (Salmo CIII, 1).

5. Ahora bien, ¿cómo puede terminarse con palabras la belleza y utilidad de la creación, que al hombre, aunque arrojado y condenado a estos trabajos y miserias, le ha sido concedida por la divina largueza para ser contemplada y tomada? en la multimodal y variada belleza del cielo y la tierra y el mar, en la misma luz con tanta abundancia y tan maravillosa apariencia, en el sol y la luna y las estrellas, en las sombras de los bosques, en los colores y olores de las flores, en la diversidad y multitud de aves parlanchinas y pintadas, en la multiforme especie de tantos y tantos animales, de los cuales aquellos tienen más admiración, que son de menor tamaño (pues admiramos más las obras de las hormigas y las abejas, que los inmensos

cuerpos de las ballenas); en el mismo espectáculo tan grande del mar, cuando se viste de diversos colores como de vestiduras, y a veces es verde, y esto de muchos modos, a veces púrpura, a veces azul. ¿Cuán deleitablemente se contempla también cuando se agita, y de ahí surge mayor suavidad, porque así acaricia al que lo contempla, que no sacude y agita al que navega? ¿Qué decir de la abundancia de alimentos por todas partes contra el hambre? ¿Qué de la diversidad de sabores contra el hastío, difundida por las riquezas de la naturaleza, no buscada por el arte y trabajo de los cocineros? ¿Cuántos auxilios para conservar y recuperar la salud en tantas cosas? ¿Cuán grata es la alternancia del día y la noche? ¿Cuán suave es la temperatura de las brisas? ¿Cuánta materia para confeccionar vestimentas en arbustos y ganados? ¿Quién puede enumerar todo? Pero estas cosas solas, que he reunido como en un montón, si quisiera desatar y examinar como envoltorios atados, ¿cuánto tiempo me llevaría en cada una, que contienen muchas cosas? Y todas estas cosas son consuelos de los miserables y condenados, no premios de los bienaventurados. ¿Cuáles, pues, son aquellos, si tantas y tan grandes son estas? ¿Qué dará a aquellos que predestinó para la vida, quien dio estas cosas incluso a aquellos que predestinó para la muerte? ¿Qué bienes en aquella vida bienaventurada hará que tomen, por los cuales en esta miserable quiso que su unigénito Hijo sufriera tantos males hasta la muerte? De donde el apóstol, hablando de los predestinados a aquel reino, dice: El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Romanos VIII, 32). Cuando se cumpla esta promesa, ¿qué seremos? ¿Cómo seremos? ¿Qué bienes recibiremos en aquel reino, puesto que ya hemos recibido tal prenda con la muerte de Cristo por nosotros? ¿Cómo será el espíritu del hombre, no teniendo en absoluto ningún vicio, ni bajo el cual yacer, ni al cual ceder, ni contra el cual al menos luchar laudablemente, perfeccionado con la virtud más pacífica? ¿Cuán grande, cuán hermosa, cuán cierta será la ciencia de todas las cosas allí, sin error alguno o trabajo, donde se beberá la sabiduría de Dios de su misma fuente, con suma felicidad, sin ninguna dificultad? ¿Cómo será el cuerpo, que en todo sentido sujeto al espíritu, y suficientemente vivificado por él, no necesitará de ningún alimento? Pues no será animal, sino espiritual, teniendo ciertamente la sustancia de la carne, pero sin ninguna corrupción carnal.

CAPÍTULO XXV.---De la obstinación de algunos, que impugnan la resurrección de la carne, que, como se ha predicho, todo el mundo cree.

Verdaderamente, sobre los bienes del alma, de los cuales gozará beatísimamente después de esta vida, los filósofos nobles no disienten de nosotros: sobre la resurrección de la carne discuten; la niegan tanto como pueden. Pero muchos creyentes han dejado a muy pocos negadores, y se han convertido con corazón fiel a Cristo, quien mostró en su resurrección lo que a ellos les parece absurdo, tanto doctos como indoctos, sabios del mundo e insensatos. Pues el mundo creyó esto que Dios predijo; quien también predijo que el mundo lo creería. No fue por los hechizos de Pedro que se vio obligado a anunciarlo con la alabanza de los creyentes mucho antes. Porque Él es Dios, a quien (como ya he dicho varias veces, y no me cansa recordar), confesando Porfirio, y queriendo probarlo con los oráculos de sus dioses, las mismas deidades temen: a quien alabó de tal manera, que lo llamó Dios padre y rey. Lejos esté que se entienda lo que predijo de la manera que quieren aquellos que no creyeron con el mundo lo que predijo que el mundo creería. ¿Por qué no más bien así, como el mundo fue predicho que creería, no como murmuran los poquísimos que no quisieron creer con el mundo lo que fue predicho que creería? Pues si dicen que deben creerse de otro modo, para no hacerle injuria a aquel Dios, a quien dan tan gran testimonio, al decir que son vanas las escrituras, le hacen una injuria tan grande o incluso mayor, si dicen que deben entenderse de otro modo, no como el mundo las creyó, a quien Él alabó por creer, prometió que creería, y

cumplió. ¿Acaso no puede hacer que la carne resucite y viva eternamente; o no debe creerse que lo hará porque es malo e indigno de Dios? Pero sobre su omnipotencia, con la cual hace tantas cosas increíbles, ya hemos dicho mucho. Si quieren encontrar algo que el omnipotente no puede, ciertamente lo tienen: yo diré, no puede mentir. Creámosle, pues, que puede, no creyendo que no puede. No creyendo, por tanto, que pueda mentir, crean que hará lo que prometió que haría: y crean así, como creyó el mundo, a quien predijo que creería, a quien alabó por creer, a quien prometió que creería, a quien ya mostró que creyó. Pero, ¿cómo demuestran que esto es malo? No habrá allí corrupción alguna, que es el mal del cuerpo. Ya hemos discutido sobre el orden de los elementos, hemos dicho bastante sobre otras conjeturas humanas: cuán grande será en el cuerpo incorruptible la facilidad de movimiento, sobre el temperamento de la buena salud presente, que de ninguna manera puede compararse con aquella inmortalidad, en el libro decimotercero, creo que lo hemos mostrado suficientemente. Lean las partes anteriores de esta obra, quienes no las han leído, o quieren recordar lo que leyeron.

CAPÍTULO XXVI.---Cómo la definición de Porfirio, que cree que todo cuerpo debe ser evitado por las almas bienaventuradas, es destruida por la sentencia del mismo Platón, quien dice que el Dios supremo prometió a los dioses que nunca serían despojados de sus cuerpos.

Pero Porfirio dice, afirman, que para que el alma sea bienaventurada, todo cuerpo debe ser evitado. Por lo tanto, no sirve de nada que hayamos dicho que el cuerpo será incorruptible, si el alma no será bienaventurada a menos que evite todo cuerpo. Pero ya he discutido sobre esto en el libro mencionado tanto como fue necesario (capítulos 16, 17): sin embargo, aquí recordaré solo una cosa de allí. Que Platón, maestro de todos ellos, corrija sus libros y diga que sus dioses, para ser bienaventurados, evitarán sus cuerpos, es decir, morirán, a quienes dijo que estaban encerrados en cuerpos celestiales; a los cuales, sin embargo, Dios, por quien fueron hechos, para que pudieran estar seguros, les prometió inmortalidad, es decir, permanencia eterna en esos mismos cuerpos, no por la naturaleza de ellos, sino prevaleciendo su consejo. Donde también destruye aquello que dicen, que es imposible, por lo tanto, no debe creerse en la resurrección de la carne. Pues clarísimamente, según el mismo filósofo, cuando Dios no hecho prometió inmortalidad a los dioses hechos por él, dijo que haría lo que es imposible. Así lo narra Platón: "Puesto que habéis nacido", dice, "no podéis ser inmortales e indisolubles: sin embargo, no seréis disueltos, ni os destruirán los destinos de la muerte, ni serán más poderosos que mi consejo, que es un vínculo mayor para vuestra perpetuidad que aquellos con los que estáis atados". Si no son no solo absurdos, sino sordos quienes escuchan esto, no dudan que a los dioses hechos, por aquel dios que los hizo, según Platón, se les prometió lo que es imposible. Porque quien dice, "Vosotros ciertamente no podéis ser inmortales, pero por mi voluntad seréis inmortales": ¿qué otra cosa dice, sino que lo que no puede hacerse, sin embargo, por mí haciéndolo, seréis? Aquel, por tanto, resucitará la carne incorruptible, inmortal, espiritual, quien según Platón, prometió hacer lo que es imposible. ¿Por qué aún claman que lo que Dios prometió, lo que el mundo creyó al Dios prometedor, quien también fue prometido que creería, es imposible? Puesto que nosotros clamamos que Dios, quien incluso según Platón hace imposibles, hará eso. No, por tanto, para que las almas sean bienaventuradas, todo cuerpo debe ser evitado, sino que debe recibirse un cuerpo incorruptible. ¿Y en qué cuerpo se alegrarán más convenientemente que en el incorruptible, en el que gemían en el corruptible? Pues así no habrá en ellos aquel terrible deseo, que Virgilio, tomando de Platón, puso, donde dice: "De nuevo comienzan a desear regresar a los cuerpos" (Eneida, libro 6, verso 751). Así, digo, no tendrán el deseo de regresar a los cuerpos, cuando tendrán consigo los cuerpos a los que desean regresar; y los tendrán de tal manera,

que nunca no los tendrán, nunca los dejarán por muerte alguna, ni siquiera por un tiempo breve.

CAPÍTULO XXVII.---Sobre las definiciones contrarias de Platón y Porfirio, en las cuales si cada uno cediera al otro, ninguno se desviaría de la verdad.

Platón y Porfirio dijeron ciertas cosas, que si pudieran compartir entre sí, tal vez se habrían hecho cristianos. Platón dijo que las almas no pueden existir eternamente sin cuerpos. Por eso dijo que incluso las almas de los sabios, después de un tiempo largo, volverán a los cuerpos. Porfirio, sin embargo, dijo que el alma purísima, cuando regrese al Padre, nunca volverá a estos males del mundo. Y por lo tanto, si Platón hubiera dado a Porfirio lo que vio como verdadero, que incluso las almas purísimas de los justos y sabios volverán a los cuerpos humanos; y si Porfirio hubiera dado a Platón lo que vio como verdadero, que las almas santas nunca volverán a las miserias del cuerpo corruptible: para que no cada uno dijera estas cosas por separado, sino ambos y cada uno dijera ambas, creo que verían que ya es consecuente que las almas vuelvan a los cuerpos, y reciban tales cuerpos en los que vivan bienaventuradamente y de manera inmortal. Porque según Platón, incluso las almas santas volverán a los cuerpos humanos; según Porfirio, las almas santas no volverán a los males de este mundo. Que Porfirio diga, por tanto, con Platón, "Volverán a los cuerpos": que Platón diga con Porfirio, "No volverán a los males": y consentirán en que vuelvan a esos cuerpos en los que no sufrirán ningún mal. Estos, por tanto, no serán sino aquellos que Dios promete, haciendo a las almas bienaventuradas con su carne eterna para siempre. Esto, según creo, ya nos lo concederían fácilmente ambos, para que quienes admitieran que las almas de los santos volverán a cuerpos inmortales, permitieran que regresen a los suyos, en los que sufrieron los males de este siglo, en los que adoraron a Dios piadosa y fielmente para librarse de estos males.

CAPÍTULO XXVIII.---Qué podrían haber aportado a la verdadera fe de la resurrección Platón, Labeo o incluso Varrón, si sus opiniones hubieran coincidido en una sola sentencia.

Algunos de los nuestros, por un cierto género de elocuencia muy notable, y por algunas cosas que percibió verdaderamente, amando a Platón, dicen que él también percibió algo similar a nosotros sobre la resurrección de los muertos. Lo cual Cicerón toca en sus libros de la República, de tal manera que afirma que Platón quiso decirlo más como un juego que como una afirmación de verdad. Pues introduce a un hombre que resucitó y narró ciertas cosas que concordaban con las disputas platónicas. Labeo también dice que dos hombres murieron el mismo día y se encontraron en un cruce, luego fueron ordenados a regresar a sus cuerpos, y decidieron vivir como amigos, y así fue hasta que murieron después. Pero estos autores narraron una resurrección del cuerpo tal como la de aquellos que sabemos que resucitaron, y ciertamente devueltos a la vida, pero no de tal manera que no murieran más. Sin embargo, Marco Varrón presenta algo más maravilloso en sus libros, que escribió sobre la Gente del pueblo romano: de los cuales pensé que debía poner las mismas palabras. "Algunos astrólogos", dice, "escribieron que en el renacimiento de los hombres, lo que los griegos llaman παλιγγενεσίαν, se realiza en un número de cuatrocientos cuarenta años, para que el mismo cuerpo y el mismo alma, que alguna vez estuvieron unidos en un hombre, vuelvan a unirse". Este Varrón, o aquellos astrólogos no sé quiénes (pues no reveló los nombres de aquellos cuya opinión mencionó), dijeron algo que, aunque falso (pues cuando las almas vuelvan una vez a los mismos cuerpos que llevaron, nunca más los dejarán); sin embargo, derriba y destruye muchos de los argumentos de imposibilidad que estos murmuran contra nosotros. Pues quienes sienten esto, o lo sintieron, no les pareció imposible que los cadáveres descompuestos en aires, en polvo, en cenizas, en humores, en cuerpos de bestias que se

alimentan, o incluso de los mismos hombres, vuelvan a ser lo que fueron. Por lo tanto, Platón y Porfirio, o más bien quienes los aman y aún viven, si están de acuerdo con nosotros en que incluso las almas santas volverán a los cuerpos, como dice Platón, y sin embargo no volverán a ningún mal, como dice Porfirio; para que de esto resulte lo que predica la fe cristiana, que recibirán tales cuerpos en los que vivirán felizmente sin ningún mal para siempre; tomen también esto de Varrón, que vuelvan a los mismos cuerpos en los que estuvieron antes; y entre ellos se resolverá toda la cuestión sobre la resurrección eterna de la carne.

CAPÍTULO XXIX.---Sobre la calidad de la visión con la que en el futuro siglo los santos verán a Dios.

1. Ahora veamos, con la ayuda del Señor, qué harán los santos en cuerpos inmortales y espirituales, no viviendo ya carnalmente en su carne, sino espiritualmente. Y aquella acción, o más bien descanso y ocio, cómo será, si quiero decir la verdad, no lo sé. Pues nunca lo he visto a través de los sentidos del cuerpo. Si digo que lo he visto con la mente, es decir, con la inteligencia, ¿cuánto es, o qué es nuestra inteligencia en comparación con aquella excelencia? Pues allí está la paz de Dios, que, como dice el Apóstol, supera todo entendimiento (Filipenses IV, 7): ¿cuál sino el nuestro, o tal vez incluso el de los santos ángeles? pues no el de Dios. Si, por tanto, los santos vivirán en la paz de Dios, ciertamente vivirán en esa paz que supera todo entendimiento. Porque nuestro entendimiento, sin duda, lo supera: pero si también supera el de los ángeles, para que no parezca haber exceptuado a nadie quien dijo "todo entendimiento"; debemos entender que la paz de Dios, con la que Él mismo está en paz, no podemos conocerla como Dios la conoce, ni ningún ángel. Por lo tanto, supera todo entendimiento, sin duda excepto el suyo. Pero como también nosotros, según nuestra medida, hechos partícipes de su paz, obtendremos la suma paz en nosotros y entre nosotros y con Él, tanto como es nuestra suma, así los santos ángeles la conocen según su medida, pero los hombres ahora mucho más abajo, por más que se eleven en el progreso de la mente. Pues consideremos cuán grande era el hombre que decía: "En parte conocemos, y en parte profetizamos, hasta que venga lo que es perfecto" (I Corintios XIII, 9, 10); y, "Vemos ahora por espejo en enigma, pero entonces cara a cara" (Ibid. 12). Así ya ven los santos ángeles, quienes también son llamados nuestros ángeles, porque liberados del poder de las tinieblas, y habiendo recibido el penhor del Espíritu, trasladados al reino de Cristo, ya comenzamos a pertenecer a esos ángeles, con quienes tendremos la santa y dulcísima, de la que ya hemos escrito tantos libros, la misma ciudad de Dios común. Así, pues, son nuestros ángeles, que son ángeles de Dios, como Cristo de Dios, Cristo es nuestro. Son de Dios, porque no abandonaron a Dios: son nuestros, porque comenzaron a tenernos como sus conciudadanos. Pero el Señor Jesús dijo: "Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños. Porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos" (Mateo XVIII, 10). Así como ellos ven, así también veremos nosotros: pero aún no vemos así. Por lo cual dice el Apóstol, lo que mencioné antes, "Vemos ahora por espejo en enigma, pero entonces cara a cara". Por lo tanto, esta visión se nos reserva como recompensa de la fe, de la cual también habla el apóstol Juan, "Cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es" (I Juan III, 2). Pero la faz de Dios debe entenderse como su manifestación, no como algún miembro tal como el que tenemos en el cuerpo, y que llamamos con este nombre.

2. Por lo tanto, cuando se me pregunta qué harán los santos en aquel cuerpo espiritual, no digo lo que ya veo, sino lo que creo: según aquello que leo en el Salmo, "Creí, por lo cual hablé" (Salmo CXV, 10). Digo, por tanto, que verán a Dios en ese mismo cuerpo: pero si a través de él, como ahora vemos el sol, la luna, las estrellas, el mar, y la tierra, y lo que hay en ella, no es una pequeña cuestión. Pues es difícil decir que los santos tendrán entonces tales

cuerpos que no puedan cerrar y abrir los ojos cuando quieran. Más difícil aún, que allí quien cierre los ojos no verá a Dios. Pues si el profeta Eliseo vio a su siervo Giezi, ausente en cuerpo, recibiendo los regalos que le dio Naamán el sirio, a quien el mencionado profeta había limpiado de la deformidad de la lepra, lo que el siervo malvado pensó haber hecho en secreto sin que su señor lo viera (IV Reyes V, 8-27); ¿cuánto más en aquel cuerpo espiritual verán los santos todas las cosas, no solo si cierran los ojos, sino también donde están ausentes en cuerpo? Pues entonces será perfecto aquello de lo que habla el Apóstol, "En parte conocemos, y en parte profetizamos; pero cuando venga lo que es perfecto, lo que es en parte se acabará". Luego, para mostrar, como pudo, con alguna similitud, cuán lejos está esta vida de la que será, no de cualquier hombre, sino incluso de aquellos que aquí están dotados de la más alta santidad: "Cuando era niño", dice, "como niño pensaba, como niño hablaba, como niño razonaba; pero cuando llegué a ser hombre, dejé lo que era de niño. Vemos ahora por espejo en enigma, pero entonces cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido" (I Corintios XIII, 11, 12). Si, por tanto, en esta vida, donde la profecía de hombres maravillosos es así comparada con aquella vida como los niños con el joven, sin embargo Eliseo vio a su siervo recibiendo regalos donde él no estaba; ¿será que cuando venga lo que es perfecto, y ya no el cuerpo corruptible agravará el alma, sino que el incorruptible no impedirá nada, aquellos santos necesitarán de los ojos corporales para ver lo que debe ser visto, de los cuales Eliseo no necesitó para ver al ausente? Pues según los intérpretes de los Setenta, estas son las palabras del Profeta a Giezi: "¿No fue mi corazón contigo, cuando el hombre se volvió de su carro para encontrarte, y tomaste el dinero?" (IV Reyes V, 26), y lo demás. Pero como el presbítero Jerónimo lo interpretó del hebreo, "¿No estaba mi corazón presente, cuando el hombre se volvió de su carro para encontrarte?" Dijo el Profeta que vio esto con su corazón, ciertamente ayudado de manera maravillosa, sin que nadie dude, divinamente. Pero cuánto más entonces todos abundarán en este don, cuando Dios será todo en todos (I Corintios XV, 28). Sin embargo, también aquellos ojos corporales tendrán su función, y estarán en su lugar, y el espíritu los usará a través del cuerpo espiritual. Pues tampoco aquel Profeta, porque no los necesitó para ver al ausente, no los usó para ver lo presente; lo cual, sin embargo, podría ver con el espíritu, incluso si los cerrara, como vio lo ausente, donde él mismo no estaba con ellos. Lejos esté, por tanto, que digamos que aquellos santos en aquella vida no verán a Dios con los ojos cerrados, a quien siempre verán con el espíritu.

3. Pero si lo verán también a través de los ojos del cuerpo, cuando los tengan abiertos, es una cuestión. Pues si en el cuerpo espiritual solo pudieran ver de la misma manera que ahora lo hacen con estos ojos que tenemos, sin duda no podrían ver a Dios a través de ellos. Por lo tanto, tendrán una potencia muy diferente, si a través de ellos se verá esa naturaleza incorpórea, que no está contenida en un lugar, sino que está en todas partes. No porque digamos que Dios está en el cielo y en la tierra (pues Él mismo dijo por el Profeta: "Yo lleno el cielo y la tierra" [Jeremías XXIII, 24]), diremos que tiene una parte en el cielo y otra en la tierra: sino que está todo en el cielo, todo en la tierra; no en tiempos alternos, sino ambos al mismo tiempo, lo cual ninguna naturaleza corporal puede hacer. Por lo tanto, la visión de esos ojos será más poderosa, no para ver más agudamente, como se dice que ven algunas serpientes o águilas (pues por muy aguda que sea su visión, estos animales no pueden ver más que cuerpos): sino para ver también lo incorpóreo. Y tal vez esta gran capacidad de visión fue dada por un momento incluso en este cuerpo mortal a los ojos del santo varón Job, cuando dijo a Dios: "De oídas te había oído, pero ahora mis ojos te ven; por eso me desprecio a mí mismo, y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job XLII, 5 y 6, según la LXX). Aunque aquí nada impide entender el ojo del corazón, de los cuales el Apóstol dice: "Teniendo

iluminados los ojos de vuestro corazón" (Efesios I, 18). Sin embargo, ningún cristiano que acepte fielmente lo que dijo ese maestro divino duda de que Dios será visto por ellos: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo V, 8). Pero si también será visto allí con los ojos corporales, es lo que discutimos en esta cuestión.

4. Porque lo que está escrito: "Y toda carne verá la salvación de Dios" (Lucas III, 6), puede entenderse sin ninguna dificultad, como si se hubiera dicho: "Y todo hombre verá a Cristo de Dios": quien ciertamente fue visto en el cuerpo, y será visto en el cuerpo cuando juzgue a vivos y muertos. Que Él mismo es la salvación de Dios, hay muchos otros testimonios de las Escrituras: pero las palabras del venerable anciano Simeón lo declaran más claramente, quien al tomar al niño Cristo en sus brazos, dijo: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación" (Lucas II, 29, 30). También lo que dijo el mencionado Job, como se encuentra en los ejemplares que son del hebreo: "Y en mi carne veré a Dios" (Job XIX, 26, según la Vulgata): sin duda profetizó la resurrección de la carne; sin embargo, no dijo: "Por mi carne". Si lo hubiera dicho, podría entenderse que Dios Cristo, quien será visto en la carne por la carne: ahora bien, puede entenderse así. "En mi carne veré a Dios"; como si hubiera dicho: "En mi carne estaré cuando vea a Dios". Y lo que dice el Apóstol: "Cara a cara" (I Corintios XIII, 12), no nos obliga a creer que veremos a Dios por esta cara corporal, donde están los ojos corporales, a quien veremos sin interrupción con el espíritu. Pues si no hubiera también un rostro del hombre interior, no diría el mismo apóstol: "Nosotros todos, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor" (II Corintios III, 18). Tampoco entendemos de otra manera lo que se canta en el Salmo: "Acercaos a Él, y seréis iluminados, y vuestros rostros no se avergonzarán" (Salmo XXXIII, 6). Pues se accede a Dios por la fe, que es del corazón, no del cuerpo. Pero como no sabemos cuántos accesos tendrá el cuerpo espiritual (pues hablamos de algo inexperto); donde no ocurre ni acude la autoridad de las Escrituras divinas que no pueda entenderse de otra manera, es necesario que nos suceda lo que se lee en el libro de la Sabiduría: "Los pensamientos de los mortales son tímidos, y nuestras previsiones inciertas" (Sabiduría IX, 14).

5. Pues aquella argumentación de los filósofos, por la cual discuten que los inteligibles se ven con la vista de la mente, y los sensibles, es decir, los corporales, con el sentido del cuerpo, de modo que ni los inteligibles pueden ser contemplados por el cuerpo, ni los corporales por la mente misma, si pudiera ser certísima para nosotros, ciertamente sería seguro que de ninguna manera Dios puede ser visto por los ojos del cuerpo, incluso espiritual. Pero esa argumentación es ridiculizada tanto por la verdadera razón como por la autoridad profética. Pues ¿quién está tan alejado de la verdad que se atreva a decir que Dios no conoce estas cosas corporales? ¿Acaso tiene un cuerpo por cuyos ojos pueda aprenderlas? Además, lo que dijimos antes sobre el profeta Eliseo, ¿no indica suficientemente que incluso los corporales pueden ser vistos por el espíritu, no por el cuerpo? Pues cuando aquel siervo recibió los dones, ciertamente fue un acto corporal; lo cual, sin embargo, el Profeta vio no por el cuerpo, sino por el espíritu. Así como, por lo tanto, se constata que los cuerpos son vistos por el espíritu; ¿qué si el cuerpo espiritual tiene tal potencia que el espíritu sea visto por el cuerpo? Pues Dios es espíritu. Además, cada uno conoce su propia vida, con la cual ahora vive en el cuerpo y anima estos miembros terrenales y los hace vivientes, por un sentido interior, no por los ojos corporales: pero ve las vidas de otros, aunque sean invisibles, a través del cuerpo. Pues ¿cómo discernimos los cuerpos vivientes de los no vivientes, sino viendo simultáneamente los cuerpos y las vidas, que no podemos ver sino a través del cuerpo? Sin embargo, no vemos las vidas sin cuerpos con los ojos corporales.

6. Por lo tanto, es posible, y muy creíble, que veamos entonces los cuerpos mundanos del nuevo cielo y la nueva tierra, de tal manera que veamos a Dios presente en todas partes y gobernando incluso todas las cosas corporales, a través de los cuerpos que llevaremos, y que contemplaremos dondequiera que dirijamos nuestros ojos, con clarísima perspicuidad: no como ahora las cosas invisibles de Dios, entendidas por las cosas que han sido hechas, se contemplan (Romanos I, 20) a través de un espejo en enigma, y en parte (I Corintios XIII, 12), donde más vale en nosotros la fe con la que creemos, que la apariencia de las cosas corporales que vemos con los ojos corporales. Pero así como los hombres, entre los cuales vivimos y ejercemos movimientos vitales, tan pronto como los miramos, no creemos que vivan, sino que los vemos; aunque no podamos ver sus vidas sin cuerpos, que sin embargo en ellos contemplamos a través de los cuerpos sin ninguna ambigüedad: así, dondequiera que llevemos esos ojos espirituales de nuestros cuerpos, contemplaremos a Dios incorpóreo gobernando todo, incluso a través de los cuerpos. O bien, a través de esos ojos, Dios será visto de tal manera que tengan algo en tanta excelencia similar a la mente, por lo cual se vea la naturaleza incorpórea, lo cual es difícil o imposible de mostrar con ejemplos o testimonios de las Escrituras divinas: o lo que es más fácil de entender, Dios nos será conocido y conspicuo, de tal manera que sea visto por el espíritu por cada uno de nosotros en cada uno de nosotros, sea visto por otro en otro, sea visto en sí mismo, sea visto en el nuevo cielo y en la nueva tierra, y en toda criatura que entonces exista; sea visto también a través de los cuerpos en todo cuerpo dondequiera que los ojos del cuerpo espiritual sean dirigidos. También nuestras pensamientos se revelarán mutuamente. Entonces se cumplirá lo que el Apóstol dijo: "No juzguéis nada antes de tiempo; hasta que venga el Señor, y saque a la luz las cosas ocultas de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón, y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios" (I Corintios IV, 5).

CAPÍTULO XXX.---De la eterna felicidad de la ciudad de Dios, y del sabbat perpetuo.

1. ¡Cuánta será aquella felicidad, donde no habrá mal alguno, ningún bien estará oculto, se dedicará a las alabanzas de Dios, quien será todo en todos! Pues no sé qué otra cosa se hará allí, donde no se cesará por ninguna desidia, ni se trabajará por ninguna necesidad. También me recuerda el santo Cántico, donde leo, o escucho: "Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor, por los siglos de los siglos te alabarán" (Salmo LXXXIII, 5). Todos los miembros y entrañas del cuerpo incorruptible, que ahora vemos distribuidos por diversos usos de necesidad, ya que entonces no existirá esa necesidad, sino una felicidad plena, cierta, segura y sempiterna, se dedicarán a las alabanzas de Dios. Todos aquellos de los que ya he hablado, que ahora están ocultos, los números de la armonía corporal no estarán ocultos, dispuestos por todo el cuerpo tanto interna como externamente; y con las demás cosas que allí se verán grandes y maravillosas, las mentes racionales se encenderán en alabanza del gran artífice con el deleite de la belleza racional. No me atrevo a definir temerariamente qué movimientos tendrán allí tales cuerpos, lo cual no puedo concebir. Sin embargo, tanto el movimiento como el estado, así como la misma apariencia, serán decentes, cualquiera que sea, donde no habrá nada que no sea decente. Ciertamente, donde quiera que el espíritu desee, allí estará inmediatamente el cuerpo: ni deseará el espíritu algo que no pueda convenir ni al espíritu ni al cuerpo. Allí habrá verdadera gloria, donde nadie será alabado por error ni por adulación. Verdadero honor, que no se negará a ninguno digno, ni se conferirá a ninguno indigno: pero tampoco lo ambicionará ningún indigno, donde no se permitirá estar a nadie que no sea digno. Verdadera paz, donde nadie sufrirá nada adverso, ni de sí mismo ni de otro. El premio de la virtud será Él mismo quien dio la virtud, y se prometió a sí mismo, que nada mejor ni mayor puede ser. Pues ¿qué otra cosa es lo que dijo por el Profeta: "Seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (Levítico XXVI, 12); sino, Yo seré de donde se sacien, yo seré todo lo

que honestamente se desea por los hombres, y vida, y salud, y sustento, y abundancia, y gloria, y honor, y paz, y todos los bienes? Así también se entiende correctamente lo que dice el Apóstol: "para que Dios sea todo en todos" (I Corintios XV, 28). Él será el fin de nuestros deseos, quien será visto sin fin, será amado sin hastío, será alabado sin fatiga. Este don, este afecto, esta acción será ciertamente común a todos, como la misma vida eterna.

2. Sin embargo, ¿quién es capaz de pensar, cuánto más de decir, cuáles serán los grados de honor y gloria de las recompensas según los méritos? Pero que los habrá, no se debe dudar. Y también esa bienaventurada ciudad verá en sí misma un gran bien, que ningún inferior envidiará a ningún superior, como ahora no envidian los demás ángeles a los arcángeles: y cada uno no querrá ser lo que no ha recibido, aunque esté unido con el vínculo pacífico de la concordia a quien lo ha recibido, como tampoco el ojo en el cuerpo quiere ser lo que es el dedo, aunque ambos miembros estén contenidos por la pacífica estructura de toda la carne. Así, pues, tendrá uno menos don que otro, de tal manera que también tendrá este don, de no querer más.

3. Ni por eso no tendrán libre albedrío, porque no podrán deleitarse en pecar. Pues será más libre, liberado de la delectación de pecar hasta la delectación indeclinable de no pecar. Pues el primer libre albedrío, que fue dado al hombre cuando fue creado recto, podía no pecar, pero también podía pecar: pero este último será más poderoso, porque no podrá pecar. Sin embargo, esto también por el don de Dios, no por la posibilidad de su naturaleza. Pues una cosa es ser Dios; otra, ser partícipe de Dios. Dios por naturaleza no puede pecar; pero el partícipe de Dios recibe de Él, para que no pueda pecar. Sin embargo, había grados de don divino que debían ser guardados, para que primero se diera el libre albedrío, por el cual el hombre pudiera no pecar; y el último, por el cual no pudiera pecar: y aquel para adquirir mérito, este para recibir el premio. Pero como esta naturaleza pecó cuando pudo pecar, es liberada por una gracia más abundante, para que sea llevada a esa libertad en la que no pueda pecar. Pues así como la primera inmortalidad fue, que Adán perdió pecando, poder no morir, la última será no poder morir: así el primer libre albedrío poder no pecar, el último no poder pecar. Así será inamovible la voluntad de piedad y equidad, como lo es la de felicidad. Pues ciertamente pecando no mantuvimos ni la piedad ni la felicidad, pero no perdimos la voluntad de felicidad aunque perdiéramos la felicidad. Ciertamente, ¿acaso Dios mismo, porque no puede pecar, debe ser negado tener libre albedrío? Por lo tanto, habrá en esa ciudad una voluntad libre, una en todos, e inseparable en cada uno, liberada de todo mal, y llena de todo bien, disfrutando indeficientemente de la alegría de los eternos gozos, olvidada de las culpas, olvidada de las penas; pero no por eso olvidada de su liberación, para que no sea agradecida a su libertador.

4. Por lo tanto, en cuanto a la ciencia racional, recordando incluso sus males pasados; pero en cuanto al sentido experimentado, completamente olvidada. Pues un médico muy experto, como se conocen por el arte, sabe casi todas las enfermedades del cuerpo: pero como se sienten en el cuerpo, desconoce muchas, que él mismo no ha sufrido. Así que hay dos maneras de conocer los males. Una, por la cual no escapan a la potencia de la mente; otra, por la cual se adhieren a los sentidos del experimentador (pues de otra manera se conocen todos los vicios por la doctrina de la sabiduría, de otra manera por la vida pésima del insensato): así también hay dos olvidos de los males. De otra manera los olvida el erudito y docto, de otra manera el experimentado y sufrido: aquel, si descuida la pericia; este, si carece de miseria. Según este olvido que puse en segundo lugar, los santos no recordarán los males pasados: pues carecerán de todos, de tal manera que se borrarán completamente de sus sentidos. Sin embargo, esa potencia de conocimiento, que será grande en ellos, no solo no les ocultará sus pasados, sino también la eterna miseria de los condenados. De lo contrario, si no sabrán que

fueron miserables, ¿cómo, como dice el Salmo, cantarán las misericordias del Señor para siempre (Salmo LXXXVIII, 2)? Pues en esa canción en gloria de la gracia de Cristo, por cuya sangre fuimos liberados, nada será más gozoso para esa ciudad. Allí se cumplirá: "Estad quietos, y ved que yo soy Dios" (Salmo XLV, 11). Lo cual será verdaderamente el máximo sabbat sin tener tarde, que el Señor recomendó en las primeras obras del mundo, donde se lee: "Y reposó Dios en el séptimo día de todas sus obras que había hecho: y bendijo Dios el séptimo día, y lo santificó, porque en él reposó de todas sus obras que había comenzado a hacer" (Génesis II, 2, 3). Pues el séptimo día también seremos nosotros mismos, cuando estemos llenos y renovados por su bendición y santificación. Allí, estando quietos, veremos que Él es Dios: lo cual quisimos ser nosotros mismos, cuando caímos de Él, escuchando al seductor: "Seréis como dioses" (Génesis III, 5); y alejándonos del verdadero Dios, por cuya acción seríamos dioses por su participación, no por su abandono. Pues ¿qué hicimos sin Él, sino que en su ira desfallecimos (Salmo LXXXIX, 9)? De quien, siendo renovados y perfeccionados por una gracia mayor, descansaremos para siempre, viendo que Él es Dios, en quien estaremos llenos, cuando Él sea todo en todos. Pues también nuestras buenas obras, cuando se entienden más bien como suyas que nuestras, entonces se nos imputan para alcanzar este sabbat. Porque si las atribuimos a nosotros mismos, serán serviles; cuando del sabbat se dice: "No haréis en él obra servil alguna" (Deuteronomio V, 14). Por lo cual también se dice por el profeta Ezequiel: "Y les di mis sabbats como señal entre mí y ellos, para que supieran que yo soy el Señor que los santifico" (Ezequiel XX, 12). Esto lo sabremos perfectamente entonces, cuando perfectamente descansemos, y perfectamente veamos que Él es Dios.

5. También el número de las edades, como de los días, si se computa según esos artículos del tiempo que parecen expresados en las Escrituras, este sabbatismo aparecerá más claramente, pues se encuentra séptimo: para que la primera edad sea como el primer día desde Adán hasta el diluvio, la segunda desde allí hasta Abraham, no por igualdad de tiempos, sino por número de generaciones: pues se encuentran que tienen diez cada una. Desde aquí ya, como determina el evangelista Mateo, siguen tres edades hasta el advenimiento de Cristo, que se explican cada una en catorce generaciones: una desde Abraham hasta David, otra desde allí hasta la transmigración a Babilonia, la tercera desde allí hasta el nacimiento carnal de Cristo. Así pues, todas son cinco. Ahora se lleva a cabo la sexta, que no se mide por número de generaciones, debido a lo que se dijo: "No os corresponde a vosotros saber los tiempos que el Padre ha puesto en su potestad" (Hechos I, 7). Después de esta, como en el séptimo día, Dios descansará, cuando hará que ese séptimo día, que seremos nosotros, descanse en Él mismo. De estas edades por separado ahora es largo discutir diligentemente. Sin embargo, esta séptima será nuestro sabbat, cuyo fin no será la tarde, sino el día del Señor como octavo eterno, que fue consagrado por la resurrección de Cristo, prefigurando el descanso eterno no solo del espíritu, sino también del cuerpo. Allí descansaremos, y veremos; veremos, y amaremos; amaremos, y alabaremos. He aquí lo que será al final sin fin. Pues ¿quién otro es nuestro fin, sino llegar al reino, cuyo fin no tiene fin?

6. Me parece que he pagado la deuda de esta gran obra, con la ayuda del Señor. A quienes les parezca poco, o a quienes les parezca mucho, que me perdonen: pero a quienes les parezca suficiente, que no me den las gracias a mí, sino a Dios conmigo, congratulándose. Amén.